

ME

Nume

Estat

Tabla

Nume

Encu

$\xi = 10$
 $\phi = 75$.

LA
ILUSTRACIÓN MODERNA

LA
ILUSTRACION MODERNA

SEMANARIO DEDICADO Á LAS FAMILIAS

REDACTADO POR

DISTINGUIDOS LITERATOS ESPAÑOLES

É ILUSTRADO POR REPUTADOS ARTISTAS

NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO III. — AÑO II

BARCELONA

Espasa y Compañía, Editores

221, CALLE DE LAS CORTES, 223

1893

Ayuntamiento de Madrid

LA ILUSTRACIÓN MODERNA



VIAJES, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MÚSICA, MODAS

SEMANARIO DEDICADO Á LAS FAMILIAS



EN LA ORILLA

CUADRO DE MODESTO TEXIDOR

TOMO III.—1.



HEMEROTEC
MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid

LA LEYENDA DE AZENOR

TRADICIÓN BRETONA (1)

I



ALGUNO de vosotros, hombres de mar, ha visto en lo alto de la torre que se levanta junto á la orilla, en lo alto de la torre de Armor, doña Azenor puesta de hinojos?

—Puesta de hinojos la hemos visto, señor, en la ventana de la torre; pálidas estaban sus mejillas, su vestido era negro, y su corazón, no obstante, parecía sereno.»

II

Un día de verano habían llegado los embajadores de la casa más noble de Bretaña; los vestidos que llevaban eran amarillos; de plata eran los arneses y pardos los fogosos corceles.

El centinela, desde que les vió venir, acercóse al rey y le dijo:

«He aquí doce caballeros que suben, ¿hay que abrirles las puertas?»

—Ábranseles de par en par, centinela, y que sean dignamente recibidos; cúbranse inmediatamente de manjares las mesas. Magnífico sea el recibimiento que se les haga.

—De parte del hijo de nuestro rey venimos, señor, á pedirte la mano de tu hija; á pedirte con el mayor respeto la mano de tu hija Azenor.

—La mano de mi hija se la entrego muy complacido. Es alto y hermoso; hermosa y alta es asimismo mi hija, dulce, además, como un pajarillo y blanca como la leche.»

El obispo de Ys consagró la boda, cuyas fiestas duraron quince días; durante quince días de banquetes y danzas no descansaron un punto los tocadores de harpa.

«Hermosa esposa mía, ¿os parece bien, ahora, que partamos ya para mi casa?»

—Como os plazca, gallardo esposo; donde vos iréis allá iré yo gustosa.»

En cuanto la madrastra la vió llegar pensó morir de envidia: «¡Desde hoy aquí todo el mundo va á deshacerse en obsequiar á esta mosquita muerta!

Todo el mundo prefiere las llaves nuevas á las viejas, y sin embargo, las viejas suelen servir mejor que las nuevas!»

Unos ocho meses habrían transcurrido cuando la madrastra dijo al gallardo esposo:

«¿Sufrirías, hijo mío, que os echaran á la puerta? Pues andad con los ojos muy abiertos,

(1) El sabio folk-lorista vizconde Hersart de la Villamarqué considera muy fundadamente este hermoso poemita popular obra del siglo VI.

porque lo que no os ha sucedido hasta ahora va á sucederos muy pronto. Velad por vuestro honor... y preservad vuestro nido de las asechanzas del cuclillo.

—Si vuestro consejo es leal, señora, la adúltera será aherrojada inmediatamente; aherrojada en la torre de Armor y quemada viva al tercer día.»

III

Cuando el anciano rey, el padre de Azenor, supo tan infausta nueva, lloró abundantemente y se arrancó sus nevados cabellos: «¡Desgraciado de mí! ¡he vivido demasiado!»

Entonces fué cuando el anciano rey, rey sin ventura, preguntó á los marineros que llegaron á sus playas:

«No me ocultéis nada, marineros: mi hija ¿ha sido ya quemada viva?»

—Vuestra hija, señor, no ha sido quemada todavía, pero lo será mañana. La hemos visto en lo alto de la torre de Armor y la vimos ayer mismo á la caída de la tarde. Ayer mismo, á la caída de la tarde, la oímos cantar y, sabedlo, señor, cantaba con voz muy serena, y dulcemente cantaba: «¡Apiadaos, apiadaos de ellos, Dios mío!»

IV

Aquella mañana Azenor caminaba hacia la hoguera, descuidada como un corderillo; su vestido era blanco, descalzos estaban sus pies; su rubia cabellera flotaba sobre sus hombros.

Mientras Azenor, la pobrecilla, iba acercándose á la hoguera, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, todos repetían: «Es un crimen, un crimen horrendo, quemar viva una mujer que está próxima á ser madre.»

Todos sollozaban, grandes y chicos, todos menos la madrastra:

«No es ningún crimen,—contestaba,—antes al contrario, es una obra meritoria matar la víbora y con ella su proge.

¡Ea, soplad! ¡soplad, fuelleros! haced que la llama se extienda roja y abrasadora!—Soplemos, soplemos recio, que la llama lo devore todo.»

Pero por más que soplaban y trasudaban, la llama no se extendía; por más que trasudaban y soplaban, el fuego se extinguía antes que tocarla.

Cuando el Jefe de los Jueces vió la imposibilidad de que fuera quemada permaneció asombrado:

«Sin duda ha hechizado el fuego; ya que no hay manera de que arda, muera ahogada en el agua.»

V

«¿Qué es lo que has visto en el mar, marinero?»

—He visto una barca sin remos y sin vela; por piloto lleva un ángel de pie con las alas extendidas.

He visto, mar adentro, una barca, y en ella una mujer con su hijo recién nacido junto á su blanco pecho como una palomita junto á su nacarada concha.

La mujer no se cansaba de besar sus hombros desnuditos y le cantaba con voz dulcísima:

—¡Duerme, duerme, niño bendito; duerme, pobrecillo!

Si tu padre pudiera verte, hijo mío, ¡cuán orgulloso estaría de tí! ¡mas ay, que jamás ha de verte!... Tu padre, pobre hijo mío, está perdido para siempre.»

VI

El pánico que reina en el castillo de Armor jamás reinó en otro castillo alguno; el pánico y la consternación reinan en el castillo: la madrastra está agonizando.

«Junto á mí veo el infierno abierto de par en par, hijo mío; en nombre de Dios acorredme, ¡acorredme que estoy condenada!... Vuestra esposa, sabedlo, era una santa; obra mía fué su deshonra.»

Apenas hubo hablado estas palabras, he aquí que todos vieron una serpiente armada de un dardo y silbando, deslizarse de su boca, morderla y ahogarla.

Horrorizado su hijastro huyó del castillo; huyó lejos, muy lejos; recorrió tierras y mares y preguntaba por Azenor en todas partes.

Había buscado ya su esposa en el Oriente, habíala buscado en el Occidente; la había buscado asimismo en el Norte y en el Mediodía.

Hasta que finalmente desembarcó en la Isla grande (1). Un muchachuelo jugaba en la playa junto al agua y se entretenía en recoger conchas marinas.

Sus cabellos eran rubios, azules sus ojos, azules como el mar, azules como los de Azenor; tanto que, al verle, el corazón del bretón se estremeció profundamente.

«¿Quién es tu padre, niño? dime quién es.

—No tengo más padre que Dios; tres años hace que perdí aquel que lo era. Mi madre se echa á llorar cada vez que piensa en ello.

—Y ¿quién es tu madre, niño? ¿quién es y dónde está?

—Es lavandera, y está allí bajo donde veis aquellos manteles tendidos.

—Vayamos los dos á reunirnos con ella.

Tomó por la mano al niño y se dejó guiar por él; dirigiéronse al lavadero y andando, andando, he aquí que la sangre hervía en la mano del hijo puesta en contacto con la del padre.

«Madrecita, levántate y mira: aquí está mi padre á quien acabo de encontrar; aquí está mi padre que llorabas perdido, ¡bendito sea Dios mil veces!»

Y bendijeron mil veces á Dios, que es bueno y que devuelve el padre á sus hijos; y alegremente emprendieron el regreso á la Bretaña.

¡La Trinidad proteja á los navegantes! (2).

A. M.

(1) La Gran Bretaña, ó la Islandia, según los legendarios latinos; Irlanda, según Alberto el Magno.

(2) Lo único que á esta poética tradición puede añadir la historia es que el padre de Azenor fué Audren, jefe de los Bretones Armoricanos, muerto hacia el año 464, y que su hijo, el gracioso niño que aparece al final del poema, fué Budok, á quien la piedad popular canonizó al igual que á su madre.





LA LEYENDA DE AZENOR.—ACUARELA POR APELES MESTRES





LA FORTUNA



I

El tiempo está frío... la tarde lluviosa... el cielo entoldado. A través de los cristales veo las verdes hojas de la enredadera que tamiza la luz, temblar como tiemblan los chiquillos en el cuarto oscuro, y es que el nublado amedrenta á las campanillas azules, que quieren luz y aire y rayos dorados de sol, y ambiente de primavera y olores de rosas y aromas de fresas. El tiempo está frío, la tarde lluviosa y los pájaros no salen de sus nidos. ¿Quieres tú, nena mía, hacer por hoy de pájaro y no salir de tu casita, donde no se siente ni la lluvia, ni el frío, y donde te hallas como flor en estufa?... No pienses que vas á aburrirte por no poder disfrutar por una sola tarde del paseito acostumbrado y que tan á maravilla prueba al color de tu rostro, impregnándole de las tintas rojas de las amapolas del campo... Para conseguirlo, rebuscaré en mi memoria algún cuentecillo que tenga el encanto de los que á tí tanto te agradan de hadas y trovadores y la lección práctica que tanto avalora á los de Andersen... ¿Quieres? ¿Te resignas?... Pues escucha.

II

Es el caso que en cierta ocasión la señora Fortuna, que, según dicen los que la han hospedado en su casa, es muy amable, muy cariñosa y sobre todo muy risueña, estaba una noche bastante enojada porque hasta sus oídos había llegado el clamoreo de gran parte de un pueblo que no sabía hacer otra cosa que lamentarse de que la Fortuna no hubiese descendido hasta él y solamente hubiera visitado, dejando en ellos gratísimos recuerdos, los palacios de los ricos, los alcázares de los poderosos, las residencias, en suma, de unos cuantos caballeros particulares. — «Yo no sé ir hasta todos esos que me llaman y me solicitan», decía la pobre señora, acostumbrada á ir y venir siempre por el mismo caminito; «que vengan ellos á buscarme y marcharé con ellos donde quieran, haré lo que digan y les daré lo que pueda. ¿Lo he de hacer yo todo?»

Y efectivamente, pasó tiempo y tiempo, y los quejumbrosos aquellos no hicieron otra cosa que clamar contra la conducta de señora tan poderosa, que á su solo contacto, los pobres se hacen ricos, los postergados triunfan, los desvalidos brillan y el erial donde pone su planta queda transformado, por arte de encantamiento, en oasis lleno de plantas y flores y arroyos y vida.

III

La señora de mi cuento, no obstante ser algo vanidosilla, cansada, más que cansada, rendida de oír constantemente el clamoreo de los hombres de aquella localidad, que eran sobre poco más ó menos iguales á los demás hombres, se determinó una noche á hacer una hombrada, y abandonando su solio de oro, cuajado de brillantes tan puros y cristalinos como esas gotas de agua que titilan en las corolas de las campanillas azules de nuestra enredadera, su manto de armiño, propio sólo de las reinas, y su camarín tapizado de encajes hechos con hilos de plata, púsose de pie en un coche, que era ni más ni menos que una gran rueda con alas como las de los ángeles y cargada de monedas de cinco duros, envuelta en una tupida gasa que la hacía invisible, dandola solamente el aspecto de una columna de humo y tapados los ojos con una venda blanca para que sus destellos no fueran denunciándola por el camino, pian, pianito se dirigió al lugar desde donde tanto tiempo le habían llamado.

Después de recorrer un trecho bastante grande, durante el cual fué arrojando su lastre aurífero, que ¡mira qué casualidad! iba á caer siempre en donde menos lo esperaban, llegó envuelta en un remolino de aire y polvo al sitio que los periodistas llamarían de la «ocurrencia.»

La primera impresión que éste produjo á la espléndida viajera no fué por cierto muy agradable, pues halló, de los mismos que de continuo la invocaban, á unos, tendidos á la bartola, á otros, tranquilamente paseando, y á los que más trabajaban entretenidos en hacer pajarritas de papel, pero á todos, ¡eso sí! renegando de su mala estrella y de su poca ó ninguna fortuna.

—¿Qué méritos hacen, dijo para sí el hada de la rueda con alas de ángel, para merecer mis favores y protección? Ciertamente que si buscaran el bienestar por los caminos de la laboriosidad y aplicación, es más que probable que no se acordaran del santo de mi nombre, pero ¡caramba! ¿no es una triste gracia que haya quien todo lo espere de mi voluntad?

IV

Indecisa anduvo vagando la protagonista de este cuento, durante varios días, por los contornos del villorrio que por primera vez visitaba, y sin saber á punto fijo la conducta que en el mismo había de seguir, disgustábala la idea de favorecer á quienes verdaderamente no lo merecían y sentía al propio tiempo haber hecho un viaje estéril. En la duda, su ingenio, femenino al cabo y por ende claro, sugirióla la idea de prestar su apoyo al que demostrara merecerlo, y para ello, envolvió en un papel de estraza un puñado de billetes de Banco, que bien equivalían á un capital. Colocó el envoltorio en sitio perfectamente visible y esperó, envuelta en sus gasas que la hacían incorpórea, ver el caso que hacía toda aquella gente de lo que les llovía como el maná y por lo que de ordinario y por costumbre estaba suspirando.

Nueva desilusión de nuestra hada. Todos pasaban indiferentes ante aquella riqueza que sólo esperaba ser recogida de en medio del arroyo para realizar los sueños dorados de su descubridor. Quien, al llegar al envoltorio, describía en su camino una pequeña curva para no rozarse con aquel papelote de mezquino aspecto; quien le daba con el pie, sin pararse á más; quien, con el bastón, le enviaba á confundirse con las hojas secas que caían de los árboles, y quien, por último, se lamentaba de que la limpieza de la población no fuese, como es debido, en un sitio culto.

—¿Es posible que pase todo el mundo junto á la Fortuna sin descubrirla? se preguntó, enojada, á sí misma la poderosa visión.

Por fin, un pobre muchachuelo, que se dedicaba á vivir de lo que los demás hombres des-

preciaban, huerfanillo que para poder vivir iba recogiendo los desperdicios que de las casas arrojaban á la calle los vecinos del pueblo; desheredado que sentía secretamente en el interior de su pecho y en las concavidades de su cerebro, la necesidad imperiosa del trabajo para comprar el mendrugo de pan que había de impedirle morirse de hambre, se acercó al envoltorio, descubrió su contenido, sintió un mareo, anubláronse los ojos, guardó entre los harapos de su vestido el capital hallado... y al día siguiente, los vagos de la población volvían á recrudecer sus denuestos contra la fortuna que de tal manera había favorecido á un arrapiezo y de ellos no se había acordado.

V

¿Te agrada el cuento, nenita mía? ¿Verdad que no sientes haberte quedado sin paseo?... Mira ahora, por entre esos huequecillos que dejan las hojas de la enredadera para el paso de la luz, mira cuántos niños pobres andan por la calle, recogiendo lo que el azar abandona y con ello manteniéndose... Son rapaces como los del cuento; que andan buscando el envoltorio que para ellos deje la fortuna y que seguramente han de hallar si le buscan con fe.

Es decir: si trabajan.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.





Las alabanzas

TRADUCIDO DE LA SECCIÓN «EL GRAN SIGLO»
DE «LA COMEDIA DE LA HISTORIA»
DE J. AUTRAN

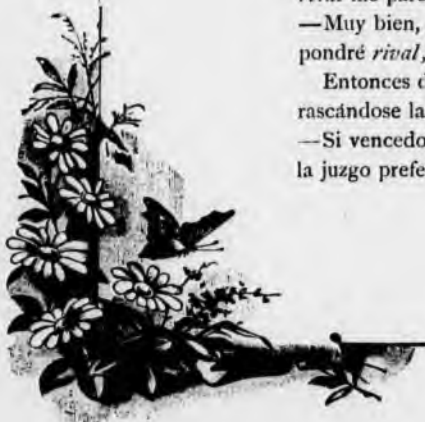
I

POR muy exagerado que nuestro elogio sea,
adulación villana ó bien incienso puro,
lancémoslo sin miedo cual fuera nuestra idea;
que siempre, sin dudarlo, su efecto es bien seguro.
De un pueblo una erudita, enorme parletera,
—¡Qué gusto fuera el mío, á Fontenelle decía,
alabar vuestras obras en alta voz doquiera;
¡pero ay! que las mejores no he visto todavía!
—No importa, le repuso, hacedlo cada día.

II

Barthe, el poeta, un día, que era hijo de Marsella,
á un joven tuvo en casa versado en los autores
de Roma esclarecida, de Grecia siempre bella,
que le enseñó unos versos de Barthe con loores.
En ellos le llamaba el *vencedor* sublime
de Ovidio, de Bión y de otros vates ciento.
—Vencedor, dijo el viejo, aunque el favor estime,
rival me pareciera mejor á vuestro intento.
—Muy bien, dijo el novicio, ante la nota aquella;
pondré *rival*, el cambio es cosa de un instante.
Entonces de repente el hombre de Marsella,
rascándose la oreja, le dijo vacilante:
—Si vencedor parece palabra algo ambiciosa,
la juzgo preferible, porque es más armoniosa.

ADOLFO DE LA FUENTE.





SALIDA Á MISA

CUADRO DE RAMIRO LORENZALE

Ayuntamiento de Madrid



DOS ESCULTORES RIVALES

POR

CLARA KLEIN



I

UNA hermosa tarde del mes de Mayo estaba Pablo Denys muy atareado en su taller dando la última mano á una obra que absorbía completamente su existencia. Junto á la ventana estaba sentada una muchacha con un gran gato de Persia en el regazo. Doris Milson — que así se llamaba — podía tener unos diez y siete años y su radiante belleza tenía el puro esplendor de una mañana de primavera. Pablo veía realizado en ella la hermosura ideal de sus ensueños y el compendio de todas las gracias. Eran compañeros de infancia, y habíase acordado entre ellos que se casarían tan pronto como Pablo tuviese posición para contraer matrimonio.

Entonces era un artista oscuro y sin más capital que la confianza y la ambición del genio. Un mes antes casi desesperaba de alcanzar renombre ni fortuna en los días de su vida en aquella ignorada aldea del Devonshire donde vivía arrinconado con su madre.

La señora Denys era viuda y amaba apasionadamente á su único hijo, afligiéndola sobremanera la inutilidad de sus esfuerzos para persuadirle que abrazase una profesión *lucrativa*. El pobre artista vióse al cabo presa de tal desaliento, que ya estaba tentado de darle gusto, cuando le hizo cambiar de resolución un suceso de todo punto inesperado.

Un día, al ir á recoger sus periódicos, tendióle uno el librero diciéndole:

—Ved lo que dice ahí. Tal vez podría conveniros.

Leyó Pablo el suelto, y vió que decía que un lord, muy opulento y muy conocido por la espléndida protección que dispensaba á los artistas, ofrecía un premio de mil guineas al escultor que presentase el mejor busto de mujer. Los concurrentes al certamen debían ser ingleses de nacimiento y tener concluidos sus trabajos dentro de un plazo determinado.

Pablo salió disparado, corriendo á la casita que habitaba su madre, á un extremo de la aldea.

—¡Madre! exclamó transportado de júbilo. Lea esto. Ya se ha cansado la suerte de perseguirme.

Luego puso sin más dilación manos á la obra, porque no era hombre para tenerlas un momento cruzadas cuando de tal modo le enajenaba el entusiasmo. Un mes había transcurrido desde este acontecimiento y podía decirse que el busto ya estaba terminado. Con dificultad habría podido elegir un modelo más gracioso que su amada, porque es raro encontrar una fisonomía tan admirablemente armoniosa como la de la bella Doris.

El joven artista trabajó sin descanso hasta la puesta del sol. Al levantarse tapó cariñosamente su tesoro y dijo á su novia:

—Te acompañaré hasta tu casa. ¡Qué cansada debes estar!

Respondióle ella jovialmente y salieron juntos, no sin cerrar antes Pablo la puerta del taller, como lo tenía por costumbre. Habíale dado la manía de no dejar ver á nadie el busto hasta que estuviese enteramente concluido.

Reinaba á aquella hora una calma profunda, y era un gusto andar á lo largo de la peñascosa y escarpada orilla, mientras el mar rugía sordamente en medio de la oscuridad que iba por grados envolviéndole. La joven pareja charlaba haciendo castillos en el aire. En aquellos momentos parecían hermosísima la vida y sus corazones rebosaban de gozo. ¡Si pudiésemos prever las sorpresas que nos reserva el tiempo futuro! Yo pienso que si ellos hubiesen gozado de este privilegio, hubieran deseado parar la marcha del tiempo, á fin de eternizar aquellos deliciosos instantes. ¡Ah! la dicha de este mundo es muy efímera. Los desengaños y los sinsabores acaban siempre con ella mucho más pronto de lo que podíamos figurarnos.

Pasaba la enamorada pareja por un campo de aromosa alfalfa, cuando de súbito vieron aparecer un hombre de gallarda estatura.

—Parece Jaime Grey, dijo la muchacha. No sé por qué, pero no quisiera verle en este momento. ¿Creerías que no ha vuelto á acercarse á casa desde que no consentí en que hiciese mi busto?

—No parece sino que te preocupa esa idea, replicó Pablo. ¿Te apena quizá que se aparte de tí?

—¡Quita allá! ¡qué ocurrencia! exclamó la niña. Lo que sí me disgusta es haberle causado enojo.

Hasta el día que Pablo emprendió su última obra, él y Jaime habían sido íntimos amigos. Este lazo tan estrecho y antiguo lo habían roto los celos. Jaime también era escultor, y harto se le alcanzaba que un modelo tan correcto y elegante como Doris Milson no había de encontrarlo. No se le ocultaba á Pablo la causa de aquella repentina tibieza, pero imaginábase que no podía durar mucho; así, cuando se encontraron cara á cara, saludóle con la cariñosa afabilidad de siempre.

—¿Cómo estás? le preguntó. Te vendes muy caro. Te robará el tiempo la grande obra que estás preparando ¿no es verdad? ¿Cómo marcha?

—Bien, respondió friamente Jaime. Supongo que la tuya debe estar casi concluida. A propósito. ¿Perseveras todavía en la firme resolución de no enseñarla á nadie?

—Por supuesto. Pero si hubiese de hacer una excepción...

—No, no; de ninguna manera, replicó Jaime interrumpiéndole. Pero hay que confesar que en otro tiempo eras más expansivo.

Así diciendo, despidióse bruscamente de ellos.

Pasaron tras esto algunos días, y, por último, llegó la hora de enviar los bustos á Londres. Pablo estaba calenturiento. Su confianza crecía por instantes, porque tenía la convicción de haber hecho una obra muy superior á lo que se había atrevido á esperar de sí mismo.

Una tarde estaba el joven contemplándola por última vez. Era realmente bella por lo primorosamente ejecutada y maravillosa por su acabada semejanza con el modelo. Estuvo unos momentos embebido en esta contemplación; luego consultó el reloj y vió que eran las cuatro y media. Doris debía haber ido á las cuatro en punto para ver el busto antes de su envío.

—¡Es extraño, porque ella es muy puntual! exclamó. ¿Qué le habrá pasado?

En esto la señora Denys entró arrebatadamente en el taller con el semblante alterado por una profunda emoción, y, como contestando á su pregunta, le dijo:

—Querido Pablo, ha pasado una desgracia. La pobre Doris ha sido atropellada por un caballo desbocado.

Pablo dió un grito, cogió precipitadamente el sombrero y corrió desolado á la casa de su novia.

—¡Pobre muchacho! exclamó su madre saliendo en pos de él. ¡Quiera Dios que Doris no nos dé un disgusto, porque á mi hijo le costaría muy caro!

Al salir á la calle encontró á Jaime Grey y contóle en pocas palabras lo que había sucedido.

La puerta había quedado entreabierta y en la casa no había nadie. En otro tiempo Jaime no habría tenido reparo en entrar y salir como si estuviera en la suya; pero las circunstancias habían cambiado y no se atrevía á traspasar aquellos umbrales. Sin embargo, aquella irresolución fué cosa de pocos momentos. Miró á derecha é izquierda para ver si podían observarle y entró. El taller estaba también abierto.

—Me lo figuré, dijo para sí, penetrando en el recinto vedado.

En aquel momento no llevaba mala intención. No le impulsaba otro sentimiento que el de la curiosidad. Harto comprendía que estaba cometiendo una mala acción; pero había hecho propósito de ver el busto á todo trance.

Aún estaba sobre la mesa, en el mismo sitio donde Pablo lo había dejado. Jaime quedó mudo de asombro al verlo. Era mucho más hermoso de lo que él se había figurado. No sólo era perfecta la semejanza material, sino que reproducía fielmente la graciosa expresión y la hechicera sonrisa de Doris. Su obra resultaba pobre y adocenada puesta en parangón con aquel inspirado engendro del genio. Hubiera sido preciso no tener ojos para no ver que era imposible disputarle el premio. Al hacerse esta reflexión recordó Jaime los desaires de Doris, y sin tener en cuenta la desgracia que recientemente había ocurrido, sintió que le ahogaba la cólera como si le hubiesen inferido una injuria mortal.

Este sentimiento le inspiró un malvado designio, el de destruir el busto. ¿Quién había de averiguar que el atentado fuese obra de sus manos? Sin meditarlo, como obedeciendo á un impulso mecánico, dió una vigorosa manotada á aquella hermosa obra escultórica, que cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos. Luego, contento y espantado á la vez de su acción, huyó sin volver atrás la cabeza.

II

Ya había cerrado la noche cuando Pablo y su madre volvieron á casa muy afligidos por el alarmante estado en que dejaban á Doris. Según decían los médicos, á buen librar, pasarían algunos meses antes que hubiese convalidado por completo.

Pablo se fué para el taller, porque ya no le quedaba sino el tiempo estrictamente necesario para embalar el busto y remitirlo á Londres. Buscó maquinalmente la llave en el bolsillo, y no encontrándola recordó que en su precipitación se había olvidado de cerrar la puerta. La empujó, metióse en el taller, y admiróse al dirigirse á una tablilla donde solía poner los fósforos, de tropezar con un cuerpo duro que estuvo en un tris de hacerle dar con el suyo en tierra. Poseído de un instintivo espanto encendió apresuradamente una vela y vió el pavimento cubierto de fragmentos de mármol.

—¡Gran Dios! ¿Cómo ha sido esto? exclamó viendo aquel desastre.

Parecíale que era juguete de una terrible pesadilla, no atreviéndose á dar crédito á sus ojos; pero cuando éstos le hubieron convencido de la realidad del hecho cayó aplomado en una silla tapándose el rostro con las manos. En esto, el gato, que durante su ausencia había estado dormitando sobre un mueble, se le acercó, saltó á sus rodillas y acaricióle frotándose la cabeza con el pecho del angustiado artista. Éste le rechazó irritado, pensando que sólo él podía haber sido la causa de semejante desgracia.

Recogió los dispersos fragmentos de su obra, los puso sobre la mesa y estuvo un rato contemplándolos con honda amargura.

Cuando fué su madre á llamarle para la cena quedó consternada y no halló palabras para

consolarle. La buena mujer pensaba también que sólo al gato podía atribuirse aquella desgracia tan trascendental para el porvenir de Pablo.

Éste quedó tan abatido y desconsolado que daba pena el verle. Jaime Grey, que en el fondo no era malo, sintió un doloroso remordimiento al verle tan triste y demudado.

A todo esto ya había enviado su obra á Londres, en donde el jurado había dictado su fallo, adjudicando el premio á un joven artista de la ciudad. El busto laureado fué expuesto al público. Jaime fué á verlo y comprendió que había privado á su amigo de ganar las mil guineas, porque el tal busto era en todos conceptos muy inferior al que Pablo había esculpido reproduciendo la agraciada imagen de Doris.

Este pensamiento causóle tal desazón, que hasta llegó á olvidar su propia derrota. No pensaba sino en la manera de indemnizar á su amigo del mal que le había hecho, y poseído de esta idea regresó á su casa resuelto á confesárselo todo. Entonces supo el percance que le había ocurrido á la pobre Doris poniéndola á dos dedos del sepulcro.

Todos los días iba Pablo, no una, sino muchas veces, á informarse de su estado, y decíanle siempre que era muy grave, y que el médico había prohibido rigurosamente la entrada en el aposento de la enferma á las personas que no fuesen de todo punto necesarias para asistirle.

Desesperado por aquella triste é invariable contestación fué una tarde á pasear por la orilla del mar ansioso de soledad. Aquel monótono rumor de las olas que rompían espumeando en las peñas parecía calmar la violenta agitación de su ánimo. El sol corría á su ocaso sepultándose en el abismo de las aguas. Sus postreros fulgores teñían de arrebolados visos las nubes del horizonte. Las gaviotas volaban en todas direcciones dando agudos chillidos. Embebido en la contemplación de aquel poético espectáculo no oyó un ruido de pasos que hacia él se iba acercando. De pronto oyó una voz que le llamaba por su nombre.

Volvió el rostro y vió que tenía delante á Jaime Grey.

—¿Tú aquí? le dijo con triste acento. Hacía un siglo que no te había visto.

—He llegado ahora mismo de Londres.

Pablo no respondió. Pintóse en su semblante un dolor profundo. Pensaba en el certamen artístico y no se atrevía á pedir noticias de él á su amigo. Éste se hallaba también muy conmovido porque el instinto del bien estaba librando con el rubor una gran batalla en su espíritu. Por fin prevaleció en él la voz de la conciencia y haciendo un esfuerzo de voluntad, dijo:

—Pablo, no culpes á nadie por la destrucción del busto de Doris, lo rompí yo.

—¡Tú! exclamó atónito Pablo. No es posible.

Pero al ver la confusión y tristeza de su semblante conoció que no le engañaba.

Jaime le hizo una ingenua confesión de sus pensamientos y sus actos, y cuando la hubo terminado, añadió con acento compungido:

—Quiero reparar el mal que te he hecho y creo haber encontrado un medio para lograrlo; pero, por Dios, dime que me perdonas.

Pablo no despegó los labios. Véase que mil encontrados sentimientos combatían en su alma. Jaime le tendió la mano con gesto humilde y díjole nuevamente:

—Dime que me perdonas, dímelo por amor de ella.

Esta invocación hizo en su ánimo un efecto mágico. Pensó que Dios no escucharía las fervientes plegarias que le hacía pidiéndole la curación de su amada si no ahogaba el rencor que hervía en su pecho, y tendiendo á su vez la mano á su arrepentido rival, respondió:

—Está bien; por el amor de Doris te perdono.

—¡Dios te bendiga! respondió regocijado Jaime.

Echaron á andar hacia la aldea sin añadir palabra. Allí se separaron, y Pablo fué directamente á casa de Doris para pedir noticias de su estado. Iba á llamar á la puerta cuando se encontró de manos á boca con el doctor que acertaba á salir en aquel momento.

—De mal en peor, como siempre, ¿no es verdad? le preguntó Pablo.

—¿Cómo se entiende de mal en peor? Nada de eso, respondió el médico. Vamos muy bien. Esta tarde se ha declarado una franca mejoría.

—¡Lado sea Dios! exclamó el joven transportado de júbilo.

Y al decir esto, parecíale que aquella buena noticia era la recompensa que el cielo le otorgaba por la generosidad con que había perdonado la ofensa de Jaime.

Una tranquila y poética tarde de otoño paseaban Pablo y Doris por un parque al cual los primeros fríos empezaban á despojar de sus galas. El cuadro era melancólico; pero la joven pareja hacía un dichoso contraste con aquellos detalles precursores del invierno. El rostro de la hermosa niña había recobrado casi por completo su antigua animación y sus rosados colores. Volvióse de pronto á su compañero y le dijo con gozoso acento:

—Casi podemos dar por terminado mi segundo busto. Si vale decir verdad, no sé cuál ha salido mejor, si éste ó...

—Este, tal vez, respondió su compañero, viendo que no se atrevía á proseguir, como pesadora de haber suscitado en su mente un triste recuerdo. Lo que no tenemos ahora es tantas probabilidades como entonces de encontrar quien lo compre.

—¡Quién sabe! repuso la muchacha. Después de todo, no me atrevería á decir si fuera un bien para mí que de improviso adquirieses reputación y fortuna.

—¿Es posible que eso digas, sabiendo cuánto te amo? Mira, ahí viene el cartero. Me da el corazón que trae una carta para nosotros.

En efecto, el cartero fué derechamente á ellos, saludóles y entregó á Pablo una carta cerrada con un sello heráldico. Miró el sobre y no conoció la letra. Lo rompió con febril impaciencia y vió que decía:

«Muy señor mío: Por encargo del señor marqués de Somerdene os ruego que le enviéis lo más pronto posible una de vuestras obras escultóricas. Enterado de las especiales circunstancias que os privaron de concurrir al certamen, desea poder juzgar vuestro mérito teniendo á la vista alguna obra de vuestras manos. Recibid, caballero, la seguridad de mi más distinguida consideración.

» J. BARTON, secretario particular de S. E. »

—¡Qué dicha! exclamó Doris. Pero, ¿quién puede haberle contado eso á lord Somerdene? Pablo no contestó. Estaba profundamente conmovido. Sólo Jaime Grey podía haber enterado al marqués de lo que había pasado, y Grey no estaba entonces en la comarca. Hacía algunas semanas que se había marchado á París, en donde colaboraba á una obra muy importante.

En efecto, Jaime había querido reparar con esta buena acción el daño que había causado á su amigo.

Pablo obtuvo la protección del marqués, casóse con Doris, y hoy la feliz y hermosa pareja figura en los primeros círculos artísticos de Londres.

(Traducido del inglés de *The Sketch*)



LA BACANAL

(DESFILE ANTIGUO)



I

Está de fiesta la triunfante Roma;
cerrado y mudo su elocuente Foro,
con estallar de estrépito sonoro
la bacanal en su recinto asoma.

No importa que minando la carcoma
esté su base de sillares de oro,
ni que entre mares de imborrable lloro
caiga como la impúdica Sodoma.

El festival con su esplendor la baña
y sus noches magníficas recrea
y con tirsos y bailes la acompaña.

Y Roma entre el festín que la rodea,
vacila como tronco en la montaña
que, antes de herirlo, el viento bambolea!

II

Abren la marcha, de ostentarse avaros,
silenos caprichosos, revestidos
con púrpuras de tonos encendidos,
ó con velos de púrpura más claros.

Sátiros mil cual los que en terso paros
diseñó el cincel ático, tejidos
van en lúbricas danzas y ceñidos
de piedras ricas y de trajes raros.

Arden y multiplican las riquezas
las antorchas de rayos penetrantes,
del cuadro destacando las bellezas.

Y el escuadrón de sátiros saltantes
conduce en las corníferas cabezas
hojas de hiedra en círculos triunfantes.

III

Mujeres con figura de victoria
siguen vestidas de lujosas galas,
y abren en sus omóplatos las alas,
símbolo de su triunfo y de su gloria.

Altas piras ardiendo á la memoria
del gran Dionysos brillan cual bengalas,
y de sus tonos tienden las escalas
sobre el festín de la romana escoria.

Un doble altar de perlas coronado
que irradia como asiático tesoro,
va de frondosas pámpanas orlado.

Y en pos cien niños á compás sonoro
llevan como presente delicado
el azafrán en páteras de oro.

IV

Tras de un tropel que rompe y desbarata,
libre de toda ley, lazos y frenos,
llegan en el tumulto dos silenos
con traje en que la luz rayos desata.

Uno ostenta birrete de escarlata
y caduceo, de esplendores llenos,
y el otro lanza vibradores truenos
de una trompeta de maciza plata.

Entre los dos, de trágico vestido,
un hombre va colérico accionando
y el rostro tras la máscara escondido.

Es el actor que avanza declamando
y viene con acento enardecido
dátiles y espondeos recitando.

V

Derramando prolíficas sus dones
de flores y de frutos, sobre un ara,
entre pompas que un rey ambicionara,
avanzan las diversas estaciones.

Resuenan encomiásticas canciones
en las que va la perfección más rara,
y en copa inmensa que de hervir no para
hacen sátiros mil sus libaciones.

Trípodes al de Delfos semejantes
y piedras erizadas de facetas,
van mezclados con copas deslumbrantes.

Y ensalzan en su lira los poetas
con ditirambos bellos y brillantes
el premio destinado á los atletas.

VI

Baco encima de un carro reluciente
va por trescientos hombres arrastrado,
y en un vaso de perlas esmaltado
bebe la espuma del licor hirviente.

Un tazón de Laconia transparente,
bajo el dosel de pámpanas formado,
luce su primoroso cincelado
junto á jarros y perlas del Oriente.

Muestran las cabelleras destrenzadas
en el carro triunfal nobles matronas
con las sacerdotisas inspiradas.

Y cubiertas en pieles de leonas
van al pagano rito encadenadas
mujeres con harneros y coronas.

VII

Mil hombres de otro carro van tirando;
es un lagar de áureos racimos lleno,
que están al son de un canto de Sileno
enardecidos sátiros pisando.

Al brusco ritmo con que van bailando
la uva derrama su jugoso seno,
y fingen sordo resonar de trueno
las pezuñas el suelo golpeando.

Copas de plata, al chorro desprendido
reciben en sus fondos deslumbrantes
cual si el nácar hubiéralos bruñido.

Trasiéganlos las turbas delirantes,
y el carro lleva á su espaldas uncido
un reguero de lúbricas bacantes.

VIII

Arrastrado también por fuerza humana
avanza otro vehículo asombroso
con un odre gigante y prodigioso
que de leopardas pieles se engalana.

Sobre su inmensa cima soberana,
como en hombros de homérico coloso,
en montón hacinado y prodigioso
junta sus artes la ciudad romana.

Jarros, trípodes, vasos á porfía,
bajo relieves de cincel divino
asombran la exaltada fantasa.

Y sin descanso van por el camino
por sus bordes de ardiente pedrería
cien mil tazones derramando el vino.

IX

Sigue un cuadro de gracia y de belleza:
niños vestidos de ideal blancura,
muestran ceñidas á la frente pura
coronas que tejó naturaleza.

Sobre un carro cargado de riqueza
vierte una gruta esencias y frescura,
y hay un coro de ninfas que asegura
verde laurel á la gentil cabeza.

Dos fuentes de las peñas se desmandan
entre ramajes y odorables pomas
y leche y vino en sus raudales mandan.

Ungen el aire asiáticos aromas,
y por cima del carro se desbandan
espirales de espléndidas palomas.

X

Dos cazadores con venablos de oro
de numerosos perros circundados
que Hircania regaló de sus collados
para ornamento del festín sonoro,

van escuchando el encendido coro
de entusiásticos himnos, dedicados

al dios que lleva á su poder atados
tanto regío esplendor, tanto tesoro.

Árboles de magnífico follaje
ponen dosel de agreste pöesia
al cuadro halagador con su ramaje.

Y en sus hojas estalla la armonía
de cien aves de espléndido plumaje
que en áureas jaulas regaló Etiopía.

XI

Siguen el lento paso torvas fieras
de hirsuta piel en tintas salpicadas,
osos rudos de clámides nevadas,
las de diente voraz rubias panteras.

Con lanas como crespas cabelleras
van las llamas de líneas delicadas,
y las alas de armiño immaculadas
abren los cisnes como dos banderas.

Águilas de pupila rutilante
de duras garras y de corvo pico,
nobleza prestan al festín brillante.

Y el pavo real de tornasoles rico,
desata la baraja deslumbrante
de las plumas sin fin de su abanico.

XII

Cierra la marcha espléndido y grandioso
un grupo de cien carros resonantes,
donde avestruces, ciervos y elefantes
pasan en un desfile esplendoroso.

Baco en medio deslumbra victorioso
coronado de pámpanas flotantes
entre sabias ciudades, que triunfantes
simbolizó el artista prodigioso.

El vino en copas cinceladas prueban
sátiros que bédos van saltando
y á las bacantes lúbricas sublevan.

Y esclavos indios, á compás danzando,
ebano en troncos colosales llevan
sobre los recios hombros descansando.

XIII

Y entre esa orgía de placer profundo,
pasma y asombro del cerebro humano
que atraviesa en desfile soberano
con su tropel de carros rubicundo;

entre ese delirar vivo y jocundo,
río que busca el lóbrego oceano
donde revueltas en su estruendo vano
van á morir las glorias de este mundo,

la antigua sociedad, roto su cielo,
siente que en sus espaldas se desploma
y herida pliega el vacilante vuelo.

Borra el festín su embriagador aroma,
se apagan las antorchas, tiembla el suelo,
¡se abre el abismo, y se sepulta Roma!

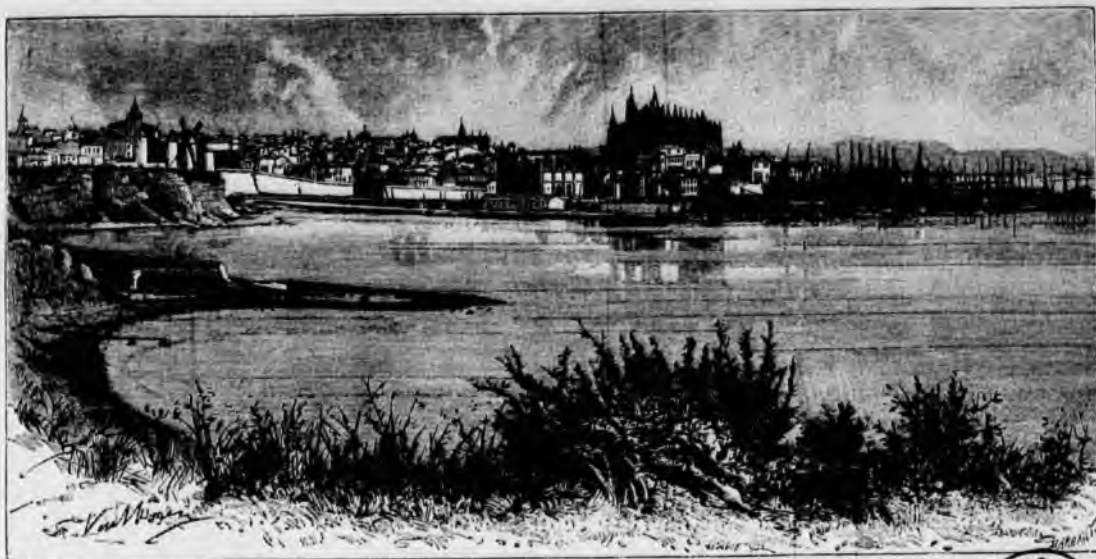
SALVADOR RUEDA.



LA PASTORA.—CUADRO POR YEEND KING

Ayuntamiento de Madrid





Vista de Palma

VIAJE A LAS BALEARES ⁽¹⁾



MALLORCA

BARCELONA, á bordo del vapor *Cataluña*, á las cinco de la tarde, Octubre de 1888.
Levamos anclas; el piloto manda la maniobra; el buque marcha suavemente, y deja atrás la entrada del puerto.

La brisa del sudeste riza apenas la tersa superficie del mar.

El sol camina á su ocaso en medio de rojos celajes, y sus rayos, iluminando la hermosa ciudad, doran la parte superior de los edificios más elevados; los mástiles de los buques surtos en las tranquilas aguas del puerto; los octógonos campanarios de Santa María del Mar, y la colosal figura de Cristóbal Colón, cuya estatua, levantada sobre gigantesca columna, domina la bahía, indicando con su derecha los espacios infinitos del horizonte.

Dejé á Barcelona en plena Exposición. Había pasado dos días en esta encantadora ciudad, cuyas calles llenaba una muchedumbre inmensa, comunicándole vida, animación y desusada alegría.

Cierra la noche en tanto que avanzamos en nuestro viaje, y apoyado en la borda del buque, sigo con la vista la estela fosforescente que va á desvanecerse en la sombra misteriosa de las costas de España, en las cuales algunas vagas claridades revelan á duras penas la populosa ciudad que acabamos de dejar. Permanecí sobre cubierta gran parte de la noche; presencié la salida de la luna, y sumido en profundo arrobamiento contemplaba sus argentados reflejos en las aguas sombrías y salobres, en tanto que repetía mentalmente las bellas estrofas del poeta catalán Jacinto Verdaguer, en el canto VI de su inspirado *Canigó*:

¡Qué bonica n' es la mar,
qué bonica en nit serenal
De tant mirar lo cel blau,
los ulls li blavejan.

Hi devallan cada nit
ab la lluna les estrelles,
y en son pit, que bat d' amor,
gronxades se breçan.

(1) El autor del viaje que empezamos á publicar en el presente número de LA ILUSTRACIÓN MODERNA, es M. Gastón Vuillier. Nos hemos limitado á traducirlo, sin que esto quiera decir que participemos de algunos juicios y apreciaciones que sugieren al autor los cuadros que contempla y las escenas que describe, en general bastante ajustados á la verdad, y sin los espejismos que suelen caracterizar á los escritores franceses, cuando se ocupan en cosas de España. (Nota del Traductor.)

Poco antes de rayar el alba, habiendo aumentado un poco el movimiento, por hallarnos en el golfo, abrí los ojos, y á través del ventanillo del camarote pude distinguir las accidentadas costas de la isla de Mallorca, la *Balearis Major* de los romanos.

Era noche aún: la elevada silueta de la isla se perfilaba vagamente sobre el cielo pálido; las estrellas brillaban con tenue claridad, y el buque seguía su derrota en medio del silencio de la noche.

Pasado un rato subí á cubierta, donde supe por el marinero de cuarto, que antes de tres horas estaríamos en Palma.

Llegamos á la altura de la Dragonera, islote peñascoso y escarpado en cuya cima se eleva un faro, y atravesamos el estrecho canal (el Trión) que separa este peñasco de la tierra, teniendo á uno y otro lado abruptos acantilados.

De la costa arrancan promontorios cortados á pico, de considerable altura, que forman pequeñas ensenadas de bizarras formas, en el fondo de las cuales se distinguen rústicas habitaciones, cabañas de pescadores, perdidas en medio de ese desierto de rocas.

Cuando el tiempo es duro y la mar está agitada, se hace muy difícil la navegación á lo largo de este paso, por lo mismo que hacia su centro se halla sembrado de peligrosos arrecifes.

El lado sudoeste de la isla, que seguimos hasta el cabo Calanguera, es sumamente accidentado y árido, y está lleno de bajos y de precipicios.

Entramos en la bahía de Palma en el momento en que salía el sol, cuyos rayos inundaban de luz la capital de Mallorca, su catedral, sus edificios, sus monumentos que recuerdan el estilo árabe, y sombrean cimbreadas palmeras, y sus casas, blancas como la nieve, que se destacan vigorosamente sobre el azulado fondo de las montañas, envueltas aún en la tenue neblina de la mañana, en tanto que las aspas de algunos molinos de viento, alineados á lo largo de la costa, giran con la mayor rapidez.

Estamos en el puerto: los muelles ofrecen gran animación, pues la llegada del vapor constituye una de las mayores distracciones para los habitantes de la ciudad. Numerosas lanchas rodean el buque; ligeras *galeras* marchan á todo el correr de sus mulas ó caballos; todo es vida y animación en este cuadro esplendente de luz, bajo un cielo azul, puro, diáfano, transparente.

En cuanto salté del buque, tomé asiento en una de las *galeras* que en corto tiempo me condujo á la *fonda*.

Acababa de dejar el Mediodía de Francia, donde, después de un verano sofocante, y vario por demás, durante el cual no fueron pocos los días que nos vimos privados de la luz del sol, había visto fríos, sombríos los primeros días de Octubre. En Palma me encontré con el calor y el cielo brillante de los hermosos días de estío. No hay, pues, para qué decir que, apenas instalado, me eché á la calle á fin de disfrutar los encantos de aquella risueña mañana, y hacerme cargo del aspecto general de la ciudad.

Las calles estrechas, para evitar los inconvenientes del calor, estaban animadísimas, influyendo en ello la circunstancia de ser domingo, con cuyo motivo, mallorquines y mallorquinas, gentes del pueblo y soldados, se dirigían á misa llamados por las campanas de las iglesias. Muchas de las calles estaban tapizadas de follaje y adornadas de verdura; en los balcones y ventanas se veían colgaduras rojas recamadas de oro, y se hacían preparativos para iluminarlas durante la noche.

La causa de todo ello eran las fiestas religiosas y populares con que iba á celebrarse la canonización del beato Alonso Rodríguez, que hacía cien años había sido beatificado.

De pronto llamó mi atención un anuncio en el cual se leía en grandes caracteres:

PLAZA DE TOROS DE PALMA

GRAN CORRIDA

LA SEÑORA MAZANTINA

CAPEARÁ, BANDERILLEARÁ Y MATARÁ UNO DE LOS TOROS

En Palma entienden perfectamente la manera de emplear el tiempo: entre la misa y la procesión, la corrida.

A eso de las tres ocupaba yo mi asiento en la plaza... Un público numeroso é impaciente, que llenaba las gradas del inmenso circo, gritaba hasta desgañitarse, bajo los esplendorosos rayos del sol, en tanto que el movimiento de los abanicos sembrados de lentejuelas de oro de las que se hallaban en los palcos, agitados sin cesar, producían un efecto deslumbrador.

Al cabo de un rato, y después de los preliminares propios de todas las corridas, abrióse de par en par la puerta del *toril*, y apareció por ella una joven, la señora Mazantina en persona, que, como rezaba el anuncio, debía desempeñar el peligroso oficio de *toreador*.

Debo confesar que nunca había sentido el asco é indignación que me produjo el bárbaro espectáculo á que asistía. Aquella muchedumbre, embriagada á la vista de la sangre, gesticulaba y rugía como una bestia feroz, en tanto que el pobre animal lanzaba mugidos de dolor, cada vez que sentía el aguijón de las *banderillas* que dilaceraban sus carnes; y aquella mujer, cubierta de mortal palidez, que ponía más de manifiesto su negra cabellera, cubierta de oro-peles, procuraba tomar una apostura valerosa y decidida, que contrastaba con su actitud, hasta tanto que, cediendo á no sé qué sentimiento de orgullo, impropio de su sexo, irguióse sobre el caballo que montaba para atravesar con su lanza al toro maltrecho y por todas partes acosado.

Arrastrados por las mulillas, en derredor de la plaza, en medio de la gritería de la muchedumbre, los tres toros que terminaron su vida á manos de la *espada*, saltó á la arena el cuarto, que era el último de la corrida.

Después de las suertes acostumbradas, y de haber ensangrentado sus ijares con las agudas *banderillas*, adelantóse para dar cuenta de él la señora Mazantina.

El estoque, sostenido por su mano temblorosa, se desvió, y el toro arremetió á la malhadada mujer: en un abrir y cerrar de ojos rodaron ambos por la arena. No quise ver más, y me salí de la plaza tristemente impresionado por tan repulsivo espectáculo.

Aquella noche supe que aquella señora había sido sacada sin sentido del redondel, pues el toro, sin fuerzas ya, no había tenido empuje para hierirla mortalmente.

Cuando dejé la *Plaza de Toros*, las campanas de todas las iglesias y capillas de Palma (me dijeron que son treinta y seis las que existen en la ciudad), echadas á vuelo anunciaban con sus repiques que comenzaba á salir la procesión que debía verificarse para honrar la memoria de san Alonso Rodríguez.

Marché en pos de aquella multitud que, después de haber asistido al bárbaro espectáculo de la corrida, iba á postrarse devotamente ante la imagen del Dios que enseña á ser buenos y humanos.

Las calles estaban adornadas con damascos, con ramaje, con luces y con flores, viéndose en ellas numerosos cuadros en los cuales se hallaban representados los pasos más importantes de la vida del santo que se festejaba, colocados en altarcillos en que debía detenerse la procesión, y que, si bien dejaban no poco que desear en el concepto del arte, en cambio estaban de sobra iluminados con cirios y lámparas, y rodeados de flores y verde follaje. Los tapices y colgaduras eran más numerosos que durante la mañana; veíanse en todas las aberturas, por insignificantes que fueran, y las puertas desaparecían bajo verdaderos haces de palmas. La calle estaba alfombrada de flores y plantas aromáticas. De pronto llenó el espacio cercano rumor de cantos que se confundían con los armoniosos sonos de las músicas: la muchedumbre se estremeció, y alineándose agrupada á uno y otro lado, dejó la calle libre y expedita para que por ella pudiera discurrir la procesión.

Por encima de la cabeza de los graves *maceros* del Ayuntamiento, que abrían la marcha, distinguíanse numerosas figuras ó efigies de santos, de escultura pobre, pintadas con colores chillones, y con ojos de vidrio desmesuradamente abiertos, que conducidos en andas por cuatro hombres, emergían triunfalmente sobre los ricos adornos de las calles, bamboleándose y



Los maceros del Ayuntamiento

Ayuntamiento de Madrid

ejecutando variados movimientos, al compás del andar de los portantes. Muchas de ellas ostentan un símbolo religioso; pero las más un ramo de flores artificiales. En cuanto á la Virgen, para mayor honra, lleva á la mano un rico pañuelo, y sobre su cabeza una enorme corona de metal dorado, que oscila según el movimiento de los que sobre sus espaldas la sostienen.

Seguía en pos la efigie de san Alonso Rodríguez, labrada en cera, de tamaño natural, encerrada en una urna de cristales, con el rostro enjuto y macilento, propio de un cadáver, y las manos demacradas, apergaminadas y amarillentas, cruzadas sobre el pecho.

Las lindas y coquetuelas mallorquinas, con el rosario en la mano, se santiguaban devotamente, no siendo obstáculo su profunda devoción para que lanzaran á hurtadillas ardientes miradas á la pollería que las rodeaba.

Pasaron unos en pos de otros, cofradías, asociaciones de hijas de María, corporaciones religiosas, y por último, numerosa clerecía, presidida por el obispo, que con su capa magna, su argentada mitra y el simbólico báculo, por su edad avanzada marchaba penosamente, inundado de sudor, cerrando la comitiva una música excelente, que llenaba el espacio de sonos alegres y regocijados.

Y dí por tan bien aprovechado este mi primer día pasado en Palma, que llegada la noche y en cuanto me levanté de la mesa, sólo pensé en ganar la cama para descansar de mis fatigas, hijas de las múltiples y variadas emociones que durante el mismo había experimentado. No logré, con todo, conciliar el sueño, sin pensar en las causas que influyen que en esta región, separada del continente europeo por el breve espacio de 160 kilómetros, y cuyo carácter singular y especial fisonomía habrían de ser causa poderosa de grandísimo interés, sea punto menos que desconocida, cual si se hallara á distancia prodigiosa. Se explica fácilmente.

Los puertos de las Baleares, cuyo comercio no es cosa mayor, no son puntos de escala ni lugar de refugio en días de tempestad, que no son raros en estos parajes, para los buques de alto bordo que surcan el Mediterráneo, que en casos apurados, y cuando no pueden pasar por otro punto, se acogen únicamente á la seguridad que les ofrecen la bahía de Palma y el puerto de Mahón. Resulta de esto que para visitar estas islas debe hacerse un viaje expresamente, aprovechando los medios que ofrecen los vapores que hacen viajes semanales á los puertos de Barcelona y Valencia, únicos puntos de contacto entre España y las Baleares. De los frágiles barquichuelos por cuyo medio se sostiene un limitado comercio de vinos y naranjas con la costa del Mediodía de Francia, no hay para qué hablar, pues de fijo no ha de acudirle jamás á viajero alguno aprovechar tan incómodo medio de locomoción.

C. V. DE V.

(Continuará).



Dama palmesana



NUESTROS GRABADOS

EN LA ORILLA

CUADRO DE MODESTO TEXIDOR

¿Quién no ha visto en alguna costa escenas parecidas á la que ha pintado Modesto Texidor en este cuadro? Los chicos que viven á orillas del mar se pasan las horas jugando cabe las olas. Viven en el agua salada y encuentran en ella una atracción y un encanto irresistibles. Como es natural, procuran imitar á los mayores, y cuando no pueden haber á mano siquiera un esquife ó una falúa para ensayarse en el remo, aguzan el ingenio y utilizan su destreza en hacer barquichuelos, ya primero con corteza de pino, ya luego con madera más fuerte, á la cual dan forma á puro de tiempo y de paciencia. Hecho ya el casco, viene luego el armar los palos y el velamen, lo que da origen á nuevos trabajos. Todo lo vence la perseverancia, y los chicos de marina logran al fin con ella armar unos barquitos que ya copian un falucho ó una balandra, ya llegan á ser imagen en pequeño de un bergantín goleta y hasta de una fragata de tres palos. La vela latina, empero, se lleva sus aficiones y les va mejor para que el barco pueda navegar por un espacio reducido de la costa, y mejor por las lagunas que en ciertos puntos se forman ó por las pequeñas ensenadas. Modesto Texidor se ha inspirado en una de estas escenas para componer y pintar un cuadro que rebosa verdad, que tiene aire popular y en el cual se advierte además un delicado sentimiento de la naturaleza.

SALIDA Á MISA

CUADRO DE RAMIRO LORENZALE

El asunto de este cuadro no necesita leyenda ni casi explicación ninguna. No habrá quien lo vea que no lo adivine al instante, porque dicen con claridad las dos figuras que ocupan el centro que una de ellas sale á misa de parida y que la acompaña la comadrona llevando al tierno infante y la simbólica hacha. Hizo Ramiro Lorenzale más linda la pintura colocando la acción á fines del

siglo pasado ó principios del actual, en aquellos tiempos en que imperaba todavía en España la típica mantilla y en que la peineta algo pronunciada, sin llegar á la exageración de otros días, la realizaba elevando algo el peinado. Airosas son las dos figuras de la madre y de la comadrona, esta última joven también, probablemente bisoña en el oficio. Dibujada con elegancia, delicados todos los detalles del vestido, incluso asimismo las ricas mantillas del recién nacido, hábilmente agrupadas, puede afirmarse que llenan todo el cuadro, sirviéndoles de marco la escenografía elegida también con sumo gusto y dando más variedad á toda la escena las dos figuras de personajes de escalera abajo, tratadas también por el artista con suma maestría. *Salida á misa* es un cuadro que reclama un gabinete lujoso y más que lujoso alhajado y decorado con exquisito buen gusto.

LA PASTORA

CUADRO DE LYEND KING

La pastora del artista inglés, autor de este cuadro, tiene algo de los personajes bucólicos. Es pulcra y atildada, como no lo son las pastoras de verdad que pasan la vida apacentando rebaños. Sirvióle á Lyend King de medio para dar interés á su lienzo, en el cual lo más importante se cifra en el paisaje y en parte también en el rebaño. Quiso imprimir distinción á su obra y juzgó que lo lograría, como lo ha logrado, pintando en ella una figurita elegante que armonizara bien con las hermosas líneas del paisaje. Con ello el cuadro resulta en conjunto algo convencional en verdad, pero á la vez aristocrático en todos sus pormenores, de manera tal, que podría emplearse muy bien para decorar un salón ó gabinete puesto á la moda del día, con todos los refinamientos del arte suntuario. Un desempeño esmeradísimo, un estudio cariñoso de todas las partes del lienzo contribuyen á imprimirle el carácter de que hemos hablado y que reconocerán nuestros lectores contemplando la lámina que publicamos.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY



I

AZULES Y COLORADOS

A las puertas de *Jai Alai* hervía la multitud pidiendo, dinero en mano, limosna de billetes para el gran partido que se jugaba aquella tarde. Estrujábanse los aficionados en torno de los revendedores, arrebatándoles el papel lo mismo que pan bendito. Irún, Portal y otros dos ó tres *divos* de la pelota, eran los jugadores cuyos nombres se leían en el cartel, y hallábanse devastadas las taquillas.

En el ambiente cálido del frontón henchido, rebosante, nadaban como en un baño delicioso la alegría, la trivialidad, las ilusiones y las esperanzas. Aquel público desigual y barajado como el de los toros, dilataba á lo largo de los tendidos su mancha blanquizca, de ropas de primavera, con salpicaduras chillonas de los sombreros, flores, lazos y abanicos, todo agitado sin cesar como llamas, y chispas, y mariposas. En las alturas, por las barandillas de los balcones voladizos, asomaba un verjel de caras risueñas y seductoras; y en la *cancha*, sobre cuyas baldosas iban á botar en breve las pelotas finas de Sainz, de Pamplona, se apiñaban los *dilettanti* discurriendo sobre las vicisitudes calculables del próximo partido, y escuchando los vaticinios de los *profesores*, miembros respetables de la *cátedra*, que lo mismo aciertan unas veces que se equivocan otras de medio á medio, á costa de sus buenos cuartos y de los de sus creyentes.

Por encima del coro sin palabras que producía el animado parlotear de todo el mundo, oíanse dominantes las voces de los corredores que pregonaban las puestas de los arriscados.

—¡Veinte á nueve por los azules!

—¡Treinta á quince por los colorados!

—¡Cuarenta á veinticinco!

—¡Cincuenta á veintiocho!

Aquella tarde se jugaba fuerte. Muchos eran los que soltaban prendas antes del primer saque. El público estaba enardecido bajo la influencia de un sol de Mayo, y mientras se desgañitaban los voceros, llamados de acá y de acullá familiarmente por sus apellidos, las carteras que traían colgándoles por delante, como las de los cobradores de tranvías, se iban hinchiendo de duros y billetes de Banco.

Así el honesto y bullicioso trinquete de la buena tierra de Navarra, y el frontón á plaza abierta de los pueblos vascongados, se hallan convertidos en Bolsas de azares y codicias desde que los trasplantaron al suelo culto donde florecen el casino, el *club* y los círculos de recreo. Sobre las piedras oscuras de la *cancha* el *pelotari* no es más que una bola de ruleta. El cabrito y la cidra que allá en las frescas y serenas montañas del Norte se disputan los mozos, para saborearlos después en amigable merienda vencidos y vencedores, en los reñideros suntuosos de la ciudad y de la corte están sustituidos por la cantidad anónima ganada y perdida sin saberse de quién viene ni adónde va, lo mismo que sucede alrededor del tapete verde.

Empezaba el partido.

Sentáronse los espectadores en las angostas localidades obtenidas á un ojo de la cara, y por encima de las hileras apiñadísimas de cabezas emprendieron su ir y venir las boinas rojas de los corredores. Cada movimiento de una de aquellas boinas significaba el anuncio de una ambición que despertaba ó que se embravecía; cada grito de aquellos pregoneros era el de una esperanza que salía á pedir gloria ó entierro.

Los muchachos ya estaban en la *cancha*, provocando admiraciones y arrebatos. Ceñida la faja roja ó azul, calzada en la diestra la corva y larga *chistera*, pegados al cuerpo la camisa y el pantalón, en cuyo blanco lienzo se moldeaba la recia musculatura, corrían los chicos, saltaban, encogíanse, gritaban, dirigiéndose unos á otros palabras vivas y pintorescas de su lenguaje euskaro. Y siguiendo los lances de aquel ejercicio viril y gallardo, el cuadro marcadador, enclavado al fondo del local, acusaba las ventajas y reveses de la batalla en grandes cifras encarnadas y azules.

El partido iba reñidísimo; cada tanto costaba una denodada lucha á los de uno y á los de otro color. Marchaban casi iguales: 2 por 2, luego 3 por 2, en seguida 3 por 3, igualados de nuevo. Y así continuó la riña. Los delanteros rugían, brincaban, tiraban *boleas*, *rasas* y *paredes* con el alma puesta en los ojos; los zagueros hacían *largas* maravillosas, imposibles, formidables, como si sus brazos fueran catapultas. Chorreaban sudor aquellos cuerpos ágiles y vigorosos. La pelota iba y venía por la longitud del frontón, sonando en la pared negra del fondo con su ruidito seco y penetrante en medio de un silencio absoluto. Y cuando el veloz proyectil venía á dar contra una de las dos fajas metálicas que limitan el espacio legal de las

jugadas, anunciando con su sonido hueco, difamante, de cacerola, la falta de un jugador, entonces estallaba un clamoreo rugiente en el que se mezclaban vítores, insultos, bendiciones y anatemas.

Hacia el extremo interior del local, en las sillas inmediatas al cuadro marcador, se hallaba Paco Dulce. Jugaba por los azules, pero con toda la suavidad que correspondía al significado de su apellido. Ni gritaba, ni seguía con emoción alguna las hazañas de los *pelotaris*, ni casi atendía á lo que pasaba en la *cancha*. Con su cartera abierta en la mano había ido sacando billetes para trocarlos por los talones de las puestas que le entregaban los corredores.

Al soltar el último billete, cerrando con él una puesta de cien duros contra quince, fanfarronada que encandiló á los partidarios de los azules, el sereno mozo se sentó reposadamente, y acariciándose distraído la rubia barba, empezó á pasar revista de las mujeres que á lo largo de la primera galería mostraban sus talles y sus rostros por encima de los antepechos.

Una de esas mujeres, hermosa, joven, extremada en su elegancia, llamativa por su traza desenfadada, saludó á Paco Dulce con un gracioso movimiento de cabeza, y enviándole una descarada sonrisa.

—¿Por los azules? le preguntó luego inclinándose sobre la barandilla.

Paco respondióle con un gesto de afirmación.

—Deme usted parte en su puesta.

—La que usted quiera. Eche el dinero.

Con ademán festivo alargó el sombrero como para recibir el capital de la bella, al tiempo que ésta, con la más deliciosa desvergüenza, le decía desde el palco:

—¡Si es que no tengo dinero!

—¿Ni garantía?... Empeñe usted algo.

—Estas rosas.

—Lleve usted cincuenta duros por los azules.

Dulce recogió en seguida las rosas que habían rodado á sus pies. De buena gana las hubiera dejado en el suelo, pues ya pasado el momento de aquella vana carantoña, cayó en la cuenta de que el dichoso ramo le estorbaba mucho entre las manos. Casi se decidía á tirarlo con disimulo debajo de la silla.

—¿Tiene usted el mayor interés en guardar esas flores? dijo en eso una voz que sonaba al lado del joven.

Éste apretó la mano con que sostenía el ramo, y respondió enérgicamente, volviéndose hacia el que le dirigía la pregunta:

—¡Sí, señor!

Hallóse con un caballero de discutible juventud, de excesiva elegancia, que llevaba su obesidad empaquetada dentro de una correctísima levita. Su asiento estaba á la derecha de Paco, y desde allí no había cesado de mirar á la beldad del palco, asestándole los gemelos con embelesada porfía y con alguna que otra mueca de mal humor.

A continuación de la viva respuesta de Paco, se cruzó entre éste y su adlátere un diálogo á media voz, con centelleos intermitentes de ira y amenaza.

—Poco tiene usted que agradecer el obsequio.

—¡Señor mío!... ¿usted, qué sabe?

—Esa mujer le ha festejado á usted, por desairarme á mí.

—¡Ah, ya!... ¿Es cosa de usted esa niña?

—Pudo usted haberlo observado.

—Pues no lo observé, ni me importaba... Y sigue no importándome.

—Le importará saber otra cosa.

—¿Y cuál?

—Que ese ramo, lo he comprado yo. ¿A que me lo entrega usted ahora?

—¡Yo, qué he de entregárselo!

—¡Es que lo quiero!

TOMO III.—4.

—Pues se queda usted sin él. Y no levante la voz, ni haga gestos, porque nos ponemos en ridículo.

—Bien, pues, así, muy bajito... ¿Me devuelve usted el ramo?

—Lo recibí en garantía. ¿Usa usted prendas procedentes de empeño?

—¡Caballero!

—Déjeme cobrar, y le devuelvo sus flores.

—¡Es usted un insolente!

—Y usted un cargante. Pero no riñamos aquí...

—Reñiremos en otro sitio.

—Donde usted quiera.

Ambos contrincantes cambiaron sus tarjetas, y el bélico diálogo terminó marchándose del frontón el elegante obeso.

Paco Dulce volvió el rostro á la *cancha* para enterarse del juego. En aquel instante los colorados acababan de hacer los cincuenta tantos. Los azules, por quienes tomó partido Paco Dulce, habían perdido. La función concluía entre huracanes de aplausos; los jugadores gananciosos desahogaban con aquel estruendo su alegría y entusiasmo, la *cancha* se llenaba de cigarros y de duros para los *pelotaris* vencedores, y el público, saciado de emociones, aflúa por las puertas del frontón á la espaciosa calle de Alfonso XII.

Paco Dulce encaminóse también hacia la salida, muy reposado y con un aire de distracción aturdida que le era peculiar.

Cerca de la puerta, se halló al paso con la hermosa del palco.

—Hemos perdido, le dijo.

—¿Os vais á batir? le preguntó ella.

—Así parece.

—¡Siempre serás loco!... Adiós. Que vayas á verme.

Y se separaron.

Poco después, ya en la calle, le echaron á Dulce un brazo al cuello. Era, el que le acariciaba, un amigo, Carlos Albuera, que también salía del partido.

—¿Tienes ahí tu coche? le preguntó Paco.

—Sí, pero lo necesito.

—Llévame en él á mi casa.

—Hombre, toma un simón.

—Es que he de hablar contigo.

—A ver... Resumen de la conferencia. ¿Qué has de decirme?

—Oye. Que me dejo ahí, en el frontón, bajo las alpargatas de los colorados, mi última peseta, pero así como lo digo: mi última peseta. Y que mañana me caso. ¿Me abandonarás en tan fiero trance?

—Hombre, súbete conmigo.

—Al Retiro, pero sin llegar al paseo de coches, dijo Paco al lacayo que tenía abierta la portezuela.

El carruaje partió, y los dos amigos comenzaron á charlar.

II

DINERO Á CUENTA

Mientras se entraba el coche por las arboledas extraviadas del Parque de Madrid, Paco exponía á la conmiseración de su amigo la enmarañada cuenta de sus apuros.

En efecto, aquel mozo que apenas había cumplido los veinticinco años, galán y apuesto, de ojos azules y rutilantes, barba de luces y rosada tez, bonito como una oleografía y atildado

como un figurín de sastre, que acababa de perder su última peseta en el frontón y de enredarse en un lance, quizás de muerte, por una cualquiera de cuyo nombre no se acordaba muy fijamente; aquel mozo iba á casarse, antes de las veinticuatro horas, con una mujer honesta, hermosa, enamorada y rica.

Muy rica. La conoció en el baile del Círculo Mercantil.

— Ya sabes, dijo riéndose, al amigo Carlos. El baile de las *dotes*.

Habíale dado el antojo de concurrir á aquella fiesta anual de las talegas y los billetes de Banco. Una noche ociosa que le halló con el frac puesto. Fué allá, y vino en gana, para matar el tiempo hasta la amanecida, ponerse á enamorar á una muchachilla morena, de ojazos negros, la más guapa sin disputa, y la más distinguida de aquella exposición de vírgenes casaderas, con apellidos clasificados en el Banco de España.

Chocóle la gentil criatura, porque además de expresarse muy bien, lo hacía con gran vehemencia en sus acentos; y sobre todo, porque le dispensó á él una predilección tan resuelta, dando señales de su buen gusto, y se le mostró tan ingenuamente cautivada, que llegó á hacerle pensar en el socorro que podría ofrecerle aquella mano blanca, símbolo de millones sonantes, si él se cogiese á ella para salir del piélago de trampas en que naufragaba.

La encontró de nuevo, ya menos casualmente, en el Teatro Real, en un baile de Beneficencia, y allí volvió el galán á sentir dos horas de verdadero amor, y la niña á rendirle otra vez el alma tierna y embebecida.

Siguió luego un año de relaciones indecisas, llenas de episodios y peripecias; amores medio en público y medio en secreto, ella siempre enamorada, él amartelado unas veces, otras infiel y distraído, y, lo que era más gracioso, teniendo á lo mejor que recatarse como un colegial, en sus días de amorosa blandura, porque al paso que en la familia de ella se recibían muy á placer las pretensiones de aquel novio selecto, fruto apetecido del cercado de la *high life*, los padres de él, frequentadores de los altos círculos, abonados al primer turno de la Ópera y hasta sospechosos de nobleza, al decir de ellos mismos, se oponían indignados á un matrimonio que había de deprimirles.

Paco no desconocía que á sus padres les sobraba la razón, pero ¿y la dote? Habíase informado minuciosamente; había ido á las oficinas de espionaje mercantil, y los datos eran fijos, redondos, tentadores, regocijados como una alborada de pajarillos.

«Don Roque Bermúdez Trigueros. Frutos coloniales y banca. Capital, 25 millones de pesetas. Fincas en Madrid, Sevilla y Granada. Montes en Guadalajara y Cuenca. Tierras y ganados en Estepa y otros puntos.»

¿Cómo no había de acabar por concertarse aquella doradísima boda? Los papás inapetentes tuvieron que ceder al apremio de su hijo y á otros apremios, y el matrimonio quedó convenido.

A Carlos de Albuera, que iba escuchando esta relación, ya de él conocida aunque no tan en detalle, le sorprendía poco la cínica y bruta franqueza con que se expresaba su amigo. En éste era cosa acostumbrada el proceder, y sobre todo el hablar sin rebozo ni empacho, delante de los que él consideraba como pertenecientes á su mundo. Dulce solía referir y ostentar sus demasías, lo mismo que esos mascarones de Carnaval que andan por las calles dando bromazos, sin cuidar de ponerse la careta.

— ¿Y en la víspera de tu matrimonio has ido á dejar tu último céntimo en la cancha? — dijo Albuera cuando se hubo concluido la exposición de antecedentes.

— He perdido tres mil y pico de pesetas que para nada me servían.

— Dí que lo has hecho por gracia. Y no deja de tenerla... Luego lo contarás en el Casino, y nos reiremos con ese rasgo.

— No, chico. Fui á jugar por ver si ganaba sencilla y vulgarmente. Repartí mis pesetas con tino estratégico, proponiéndome triplicar ó cuadruplicar el dinero. Pero, ¡ya ves! ¡Irún derrotado! Desde hoy no creo ya en nada. Si mis cálculos no hubiesen quebrado, luego me habría ido al treinta y cuarenta á redondear mi fortuna.

—Mañana te embolsarás esos millones.

—No tan pronto. Mi suegro, que se retira de los negocios, está liquidando. Además, no puedo descubrir en seguida mis estrecheces. Por mí lo haría sin reparo; mas no lo ha querido papá, que, como tú sabes, se fija mucho en estas apariencias y vanidades.

—¡Eso es! Tu padre te prestará ayuda.

—Tampoco tiene un cuarto. Considera, pues, si estoy divertido. Me aguardan en fila, tendiéndome la mano, el casero, dueño del hotel que he tomado en la Castellana... Un palacio real; tú has de verlo. El tapicero que me ha puesto la casa suntuosa... El comisionista que me ha mandado traer los carruajes de París... Y añade á eso, los regalos, el viaje de boda... En fin, todo lo que cuesta casarse con una mujer que tiene cinco millones.

Al llegar aquí, el *gentleman* tronado se calló, y estuvo un instante mirando á su camarada con una sonrisa truhanesca. El otro iba repitiendo entretanto:

—¡Pues estás divertido!... ¡Muy divertido!... ¡Muy divertido!

Paco le cogió la mano.

—Todo eso no será nada.

—¿Sabes dónde hay dinero?

—Ya lo creo, pero como si no lo supiera.

Entonces empezó otro relato: el de la peregrinación hecha por el novio pobre en busca de los necesarios recursos. Una peregrinación infructuosa, desesperada; un calvario de humillaciones y de iras. No había habido Banco, ni usurero, ni amigo que le otorgara la menor fe para pactar con él un préstamo. En ocho días, y lanzado en una carrera loca, había recorrido el alto y el bajo mundo de los negocios, mostrando desfachatadamente su carta dotal, la promesa de los millones, llamando de puerta en puerta, entrando en los despachos alfombrados de las Sociedades de crédito, arrastrándose por los tugurios de los prestamistas ruines, discutiendo combinaciones, ofreciéndose á todos los sacrificios. En todas partes se había visto rechazado; le conocían por la historia de sus deudas anteriores, nunca pagadas, y si alguno de los solicitados llegó á creer en la certeza de la garantía, se mantuvo remiso ante las circunstancias de la persona.

Pero todo eso no iba á ser nada, como acababa él de decir. Allí estaba Carlos, su amigo Carlos, en cuyas manos se entregaba para dejarse despellejar, si era preciso, sin que de sus labios hubiese de salir un ¡ay!... Carlos, el diestro buscador de oro, ángel tutelar de títulos y señoronas comprometidas, prodigioso hechicero, gracias al cual se daban bailes espléndidos en salones embargados, y corrían trenes magníficos por entre los escombros de casas principales, y emprendían viajes de lujo ciertas familias ilustres y menesterosas. Porque Carlos, manteniéndose apartado del mundo visible de los negocios, conocía miserias clandestinas y usuras clandestinas también, que por su mediación discreta entablaban inteligencias y concluían sus tratos leoninos.

—Tiéndeme, pues, esa mano que de tal virtud está dotada, terminó diciendo Paco Dulce, y tú que eres zahorí búscame ese dinero.

Hubo aquí un simulacro de resistencia; pero Albuera, que ya estaba previendo hacía rato el final de aquel coloquio, y que se sentía con ánimos para dominar los riesgos de la operación, no se defendió más tiempo que el indispensable para que fueran quedando puestos los puntos sobre las íes.

—No sé yo si podré valerte. Tienes tanta urgencia...

—Urgencia, mucha. Pero, ¿vamos? que no he de agradecértelo mal, y á tí no te amargaré un dulce. ¿Me encuentras hoy mismo... ahora mismo, siete ú ocho mil duros?

—No son ahí dos pesetas.

—Te firmo un pagaré de quince mil duros.

—Si fuera de veinte...

—Mira; tráeme diez mil duros, y te firmo treinta mil.

—Entendidos. ¿Dónde está la carta dotal?

—En el Casino estará. La tiene uno de los porteros.

—Bueno; vamos por ella, y empezaremos á buscar. Pero repara que ya es muy tarde.

Carlos dió una voz al cochero para que les llevase al Casino. Allí, efectivamente, estaba, en poder de un criado, la escritura matrimonial de Paco Dulce. Aquel criado tenía encargo de negociarla como garantía del empréstito. El papel sagrado que una pobre niña había suscrito con pulso tembloroso pocos días antes, como pacto de amor y fidelidad, corría así, de mano en mano hasta los más viles tenduchos de la granjería.

—¿Te llevas eso? preguntó Dulce al amigo Carlos que no soltaba el documento.

—Me es indispensable. Puesto que te empeñas en que te sirva...

—De modo, que cuento con esa suma.

—Con una sola condición. He de presenciar el acto de tu matrimonio.

—Hombre, date por convidado. ¿Desconfías, tal vez, de que me case mañana?

—No, pero suelo precaverme. ¿A qué hora es la ceremonia?

—A las diez de la mañana, en el hotel de mi suegro, Alcalá, 129.

—Asistiré.

—Acuérdate de que es á las diez.

—A las once te entregaré el cheque.

Llegaban al portal del Casino y se despidieron. Carlos marchóse en su coche, y Paco Dulce, feliz y triunfante, se dirigía á tomar uno de los de la parada contigua, cuando se topó con Rafael Laso, otro amigo, que le detuvo en la acera para decirle:

—¿Qué has tenido esta tarde en el frontón?

—¡Calla! ¡es verdad! Se me había olvidado.

—Pues Encarna está loca de orgullo porque dice que te bates por ella.

—He cruzado unas palabras... ¡Qué!... un majadero que quiso armarme camorra. Toma su tarjeta, búscame otro padrino, y vais á veros con él. En tus manos lo dejo todo.

—¿Y qué condiciones?

—Las que te plazcan. Una sola me conviene.

—¿Cuál?

—Que el duelo no sea mañana.

—Bien está. Pero dime, ¿por qué?

—Porque mañana me caso.

(Continuará).





MESA REVUELTA

Las materias que se han empleado como instrumentos de cambio son muy distintas según los pueblos; así vemos que la sal ha servido de moneda en la Abisinia, el bacalao en Terranova, ciertas conchas llamadas *cauris* en las Maldivas y en varias regiones de la India y del África, los granos de cacao en Méjico, el cuero en Rusia hasta el reinado de Pedro el Grande, etc., etc. Sin embargo, casi en todas partes se ha convenido en emplear para este uso los metales, y hoy día se entiende generalmente por moneda las distintas piezas de metal que sirven como instrumento general de cambio. Los metales más comunmente empleados son el oro, la plata y el cobre con más ó menos aleación.

Sin embargo, los lacedemonios emplearon durante mucho tiempo el hierro, y los rusos han acuñado durante algunos años monedas de platino. A veces el papel sustituye á las monedas y toma el nombre de papel moneda.

Existen distintas clases de monedas. Las reales ó efectivas, que son de oro, plata ó cobre, con libre curso en el comercio, á los cuales el Estado les da un valor determinado; las imaginarias, que no tienen existencia real y que se usan, ya por efecto de antiguas costumbres, ya para facilitar las cuentas fundándolas en una base fija y siempre invariable: tales son, por ejemplo, las libras esterlinas en Inglaterra, los reales de vellón en España, los reis en Portugal, la libra de banca (*pfund*) en Prusia, el rublo de cuenta en Rusia; las de convención, monedas metálicas en circulación en algunos Estados y ciudades por un contrato particular, como, por ejemplo, en Alemania los florines, las piezas de 30, 20 y 10 kreuzer, etc. Por último, existen también las monedas llamadas obsidiales ó de necesidad, y así se denominan aquellas que en determinadas circunstancias se ven obligadas á acuñar las ciudades sitiadas, á fin de suplir las especies que no pueden recibir de fuera.

El origen de la moneda se remonta á la más lejana antigüedad. Sus primeros inventores parecen ser los egipcios. En la Biblia sólo se habla de monedas (ciclos) en la época del viaje de Abraham á Egipto. Entre los griegos, la invención de la moneda se atribuyó á los Sidias ó á Phidias, rey de Argos, en el siglo ix antes de J. C. Las primeras monedas griegas llevaban grabada la figura de un buey, más tarde, figuras simbólicas particulares de cada región; así, por ejemplo, las de Delfos representaban un delfín, las de Atenas un mochuelo, etc. En Roma el tipo empleado en el *as* era en el anverso la cabeza de Jano y en el reverso la proa de un buque.

Entre los modernos las monedas representan generalmente la efigie del soberano reinante.

La unidad monetaria en Grecia era el dracma, que valía 93 céntimos, las monedas de más valor eran la mina ó 100 dracmas, el talento de plata, 60 minas, y el talento de oro, que valía 10 talentos de plata; como moneda de menor valor que el dracma había el óbolo, cuyo valor era de unos 15 céntimos.

La moneda más importante en Persia era de oro y se llamaba dárico, cuyo nombre procedía de Darío de Media que fué el primero que la mandó acuñar.

En Roma las primeras monedas fueron de cobre, de tierra cocida y hasta de madera pintada. Servio Tulio hizo acuñar la primera moneda de plata en 269 antes de J. C. Las más antiguas tenían grabada la figura de un animal (*pecus*), de ahí (*pecunia*), y las más conocidas son: el *as*, cuyo valor era muy variable; el sextercio ó *nummus*, que valía 2 ases y medio; el dinero (*denarius*), que valía cuatro sextercios ó sean 10 ases, y el *aureus* ó *solidus*, 100 sextercios ó sean 250 ases.

En la Edad Media reinó gran confusión en la moneda á causa de su inmensa variedad. La facultad de acuñarla, reservada antes á los reyes, perteneció á los señores feudales y hasta á simples abades. Luis XIV puso término á este desorden estableciendo la unidad en el sistema monetario.

Un bibliomano compró un libro á un precio exorbitante.

— Muy caro es, le dijeron.

— Sí, pero también es un libro muy raro.

— ¿Y si lo reimprimen?

— ¡Quia! si lo reimprimiesen, nadie lo compraría.

Un estudiante fué á bañarse al río, y por poco se ahoga. Asustado del peligro que había corrido dijo a sus camaradas que juraba no volver á meterse en el agua sin haber aprendido á nadar!!

En un gabinete de lectura de Londres, fijó su dueño el siguiente aviso, que no fuera malo reproducir en nuestros gabinetes: *Los concurrentes que deletrean ó que se duermen leyendo, no podrán tomar más que los periódicos atrasados.*

El abate de Larolles publicó una pésima traducción francesa de los Epigramas de Marcial; y Menage, al mandar un ejemplar del libro á la encuadernación, encargó al encuadernador que pusiese en el lomo: *Epigramas contra Marcial*.

Un provenzal fué á despedirse (en Marsella) de un amigo diciéndole que se iba á París, donde quería hacerse retratar al óleo (*à l'huile*). — Pues entonces, te aconsejo, le dijo el amigo, que te lleves el aceite de aquí, porque en París todo lo hacen con manteca.

En la última guerra de los ingleses y franceses contra la Rusia, un inglés y un irlandés se comprometieron á socorrerse mutuamente en cualquier desgracia que tuviesen. Llegado el combate del 16 de Agosto (1855), una bala de cañón llevó una pierna al irlandés. Fiel á su promesa, el inglés acudió á las voces de su camarada, y echándose á las espaldas se dirigió al hospital de sangre; pero apenas había dado algunos pasos, y al atravesar por medio de lo más encarnizado de la pelea, otra bala se llevó la cabeza del herido sin que el conductor lo notase. Un cirujano le detuvo por último.

— ¿A dónde llevas ese cuerpo?

— Al hospital de sangre.

— ¡Imbécil! ¿no ves que va sin cabeza?

El inglés, sorprendido, arrojó el tronco al suelo, y al verlo, dijo:

— Pues él no me había hablado más que de la pierna.

En todos los libros de secreto se aconseja emplear una ascua dentro una cuchara de plata, y un pliego de papel de estraza que se aplica encima para absorber las substancias que producen las manchas de cera y de bujía. Este procedimiento no es bueno, porque da más extensión á la mancha y no la extrae del todo. Así, pues, es más útil, para quitar esta clase de manchas, emplear el alcohol muy puro, ó en su defecto de aguardiente muy fuerte; se frota la mancha y se la deja empapar un instante dentro, y muy luego se la ve caer en polvo, haciéndola desaparecer inmediatamente por medio de una ligera frotación.

El mejor modo de limpiar las garrafas, frascos y otros utensilios de vidrio y de cristal, es el siguiente: fórmese de papel de anafea (papel basto) unas bolas más ó menos gruesas á discreción, las que se hacen entrar en el vaso que se quiere limpiar, echando en el agua jabón algo caliente, y agítase fuertemente el vaso volteándolo en todos sentidos: vacíese luego todo lo que se había metido y enjuáguese bien con agua fría.

El que come el pan solo, también solo tendrá que arrastrar los sinsabores de la vida. — PROVERBIO TURCO.

La más diminuta gota de agua unida al Océano no se seca. — SAS RYA-PANDITA.

Dos pedazos de leña seca encienden un pedazo de leña verde. — PROVERBIO HEBREO.

Con un vil metal, el esmeril, se comunica el brillo al diamante. No insultéis á los malvados, porque pueden contribuir al perfeccionamiento de vuestras virtudes. — PENSAMIENTO CHINO.

Mentiroso será el que repita lo que oye decir. — PROVERBIO TURCO.

Las campanas pequeñas suenan á menudo más que las grandes. — PENSAMIENTO CHINO.

Es preciso buscar la belleza y el bien por el mismo camino. — PLOTINO.

Un millón de lágrimas no pagan una deuda. — PROVERBIO CHINO.

Si los hombres buscan la virtud, están seguros de encontrarla; pero prefieren buscar las riquezas y los honores que dependen de los demás y que es muy posible no alcancen nunca. — MENG-TSEU.

El pesar, el placer, la alegría y la tristeza no tienen punto fijo donde poder detenerse. Hay quien piensa morir de alegría al obtener un primer empleo, y más adelante, habiendo ascendido al desempeño de altas dignidades, ha muerto de dolor por no haber podido alcanzar la primera de todas. — PENSAMIENTO CHINO.

A veces el que está lejos es más útil que el que está cerca. — PROVERBIO ÁRABE.

El que está contento de sí mismo, descontenta á mucha gente. — PROVERBIO ÁRABE.



Solución á la charada anterior:

CHA-LU-PA

Solución al logogrifo numérico:

ROMANCE

Solución á la combinación:

DÁBALE ARROZ Á LA ZORRA EL ABAD
DÁBALE ARROZ Á LA ZORRA EL ABAD

REFRAN DISPERSO



Empieza en el signo x y termina en el .

CHARADA TRUNCADA

Primera, no siendo cie.,
puede hacerlo desde lue.;
Una dos la religio.,
lleva como casta espo.;
y *dos cinco* le salpi.,
á quien virtud mortifi.;
Cuatro dos corta el barbe.,
y hasta lo esquila el cabre.;
Dos cuatro es gloria españo.,
que se recomienda so.;
Y la *quinta* empieza esca.,
en cantata buena ó ma.;
El *todo*, lector queri.,
podrás haber comprendi.,
pues consuena sin traba.,
con la firma de aquí aba.

PARALELEPÍPEDO.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	Pueblo de la provincia de Santander.
7	8	5	6	4	6	2	9		Los hombres después de mucho trabajo.
7	8	6	2	5	6	2			Lo son los circos.
6	4	5	8	7	2				Necesario en el mundo
6	2	3	2	7					Resultado de una defunción.
5	4	6	2						Lo que hacen los pájaros.
7	8	8							Animal.
		9	4						Nota musical.
		6							Consonante.

J. M.^a L., de Vendrell.

TERCIO DE SÍLABAS

.....
.....
.....

Búsquense tres nombres propios, dos de varón y uno de mujer, de modo que, leídas las sílabas vertical y horizontalmente, den el mismo resultado.

R. MONTES.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello. Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. — IMP. ESPASA Y COMP.^a



1. Últimos apuntes. — 2. Ojeada al plan. — 3. Disculpándose. — 4. La conclusión del discurso. — 5. En provecho de sus propios partidarios. — 6. Algo retórico. — 7. Un pequeño conforativo. — 8. Ataque á la oposición. — 9. Anteriores autoridades. — 10. Gladstone se sienta en medio de prolongados aplausos

DISTINTAS ACTITUDES DE MR. GLADSTONE EN LA DISCUSIÓN DEL PROYECTO DE «HOME RULE»





1. Últimos apuntes. — 2. Ojeada al plan. — 3. Disculpándose. — 4. La conclusión del discurso. — 5. En provecho de sus propios partidarios. — 6. Algo retórico. — 7. Un pequeño confortativo. — 8. Ataque á la oposición. — 9. Anteriores autoridades. — 10. Gladstone se sienta en medio de prolongados aplausos

DISTINTAS ACTITUDES DE MR. GLADSTONE EN LA DISCUSIÓN DEL PROYECTO DE «HOME RULE»



Ayuntamiento de Madrid



CASA PARA VENDER



SOBRE una desvencijada puerta de madera, al través de la cual se mezclaba por un grande hueco la arena del jardincito y la tierra del camino, había un letrero desde mucho tiempo allí colgado, inmóvil, sufriendo los ardores del sol de estío, y atormentado y sacudido por los vientos otoñales. *Casa para vender*, decía, y, á juzgar por el silencio que en su alrededor reinaba, parecía también decir casa abandonada.

Y, con todo, alguien habitaba en ella. Azulada humareda salía por la chimenea de ladrillo que asomaba en la pared, revelando una existencia oculta, modesta y triste como el humo de aquel pobre hogar. Luego, al través de los movedizos goznes de la puerta, en vez del aire de abandono, de aquella soledad de especial aspecto que precede y anuncia una venta ó una partida, veíanse las calles del jardín en línea recta, las glorietas muy arregladas, las regaderas junto al pilón y las herramientas del jardinero al pie de la casita. Aquel edificio era la vivienda de un campesino construida sobre una pendiente, en cuya parte baja había una escalerita, indispensable para nivelar el terreno, pues lo que en el lado Norte era el primer piso, en el Mediodía era la planta baja. De este último lado parecía un invernáculo, porque estaba lleno de campanas de cristal amontonadas en los peldaños, tiestos vacíos puestos boca abajo, otros en orden con geranios y verbenas que se destacaban sobre la ardiente y blanca arena. El resto del jardín, con excepción de la sombra que proyectaban dos ó tres grandes plátanos, estaba invadido por los ardientes rayos del sol. Algunos frutales cortados en forma de abanico y sujetos con alambres, ó bien puestos en espaldas veíanse, allí bañados por la luz, algo deshojados, y plantados con el exclusivo fin de aprovechar sus frutos. Había allí, además, plantíos de fresas y guisantes, y por entre todas estas plantas, por entre aquel ambiente de orden y calma, un anciano con sombrero de paja que andaba todo el día por los caminitos en las horas de fresco, regando, cortando, podando las ramitas y las flores.

Aquel hombre no conocía á nadie en el país, y si se exceptúa el coche del tahonero, que se detenía á todas las puertas de la única calle del pueblo, no recibía otras visitas. De vez en cuando algún transeunte que iba en busca de tierras, que son todas muy fértiles y á propósito para huertas, á la mitad de la colina, al ver el letrero, se detenía y llamaba. Al primer golpe

nadie le contestaba; al segundo oíase el ruido producido por unos zuecos que avanzaban lentamente desde el fondo del jardín, y el anciano, entreabriendo la puerta, con aire furioso preguntaba:

—¿Qué quiere usted?

—¿Se vende esta casa?

—Sí, contestaba el buen hombre haciendo un grande esfuerzo, sí... se vende, pero le advierto á usted que piden mucho dinero por ella.

Y con la mano dispuesta para cerrar, atrancaba la puerta. Miraba con ojos de desdiseño huéspedes, tal era la cólera que revelaba, y permanecía allí cual dragón en acecho guardando sus plantíos de legumbres y el pequeño patio enarenado. Entonces la persona que le había hecho aquellas preguntas se marchaba, sin acertar á explicarse qué clase de maniático era aquél, y qué locura aquella de poner la casa en venta y desear al propio tiempo conservarla.

La clave de este enigma me fué revelada. Cierta día, que pasaba por delante de la casita, oí voces muy agitadas, el murmullo de una discusión:

—Es preciso vender, papá; es preciso vender... Usted lo ha prometido.

Y el anciano contestaba con voz temblorosa:

—Pero, hijos míos, no pido otra cosa sino vender... ved sino por qué he fijado el anuncio.

Entonces comprendí que eran sus hijos y sus nueras, tenderos parisienses, los que le obligaban á vender aquel rincón tan querido. ¿Por qué? Lo ignoro. Lo que me consta es que comprendían que el asunto de la venta se eternizaba, y, á partir de aquel día, iban allí cada domingo, sin falta, para hostigar al infeliz anciano, obligándole á que cumpliera su promesa. Desde el camino lo oía perfectamente, en medio del gran silencio de los domingos, en los que la misma tierra parece que descansa por haber sido labrada y sembrada durante toda la semana. Los tenderos conversaban, discutían entre sí jugando á la teja; la palabra dinero pronunciábase con aspereza; sus voces eran agudas como el ruido que producían los tejos al chocar unos contra otros. Al anochecer todos se marchaban, y cuando nuestro buen anciano había andado un pequeño trecho por el camino para acompañarles, volvíase rápidamente hacia la casa, y lleno de gozo cerraba la puerta, al considerar que tenía una semana más de tregua. Durante ocho días reinaba el silencio en aquella vivienda. En el jardincito, abrasado por el sol, sólo se oía el ruido de lentas pisadas ó del rastrillo al chocar en la arena.

Cada semana, sin embargo, veíase el pobre viejo más y más acosado y perseguido. Los tenderos valíanse de todos los medios. Llevábanle los nietos para que se decidiera.

—Abuelo, ¿cuando la casa estará vendida vendrá usted á vivir con nosotros? ¡Qué felices seremos cuando esté usted allí!

Y en los paseos y en los caminitos y en todas partes menudeaban las insinuaciones y se echaban cálculos en alta voz. Un día pude oír á una de las hijas que decía:

—Esta casucha no vale cien sueldos... sólo sirve para derribarla.

El anciano escuchaba sin pronunciar una palabra. Se hablaba de él como si ya no existiese y de la casa como si hubiese sido ya derribada. Encorvado, con los ojos preñados de lágrimas, andaba buscando por la fuerza del hábito una rama que podar, una fruta que arreglar y sentía su existencia tan aferrada á aquel rinconcito de tierra que tenía por imposible abandonarlo. En efecto, por más que le instaran, retardaba cuanto podía la partida. En verano, cuando maduraban los frutos algo ácidos, como las cerezas y las grosellas, solía decir:

—Esperemos la cosecha... Venderé en cuanto termine.

Pero una vez terminada, recolectadas las cerezas, venía la de los melocotones, luego la de

las uvas, y después de ésta la de los hermosos nísperos que se recogen casi con la nieve. Con todo esto ya nos hallábamos en invierno. El campo se presentaba ceniciento y el jardín desierto. Ya no se veían transeúntes ni compradores, ni aun los tenderos venían los domingos. Venían los tres largos meses para preparar las simientes, podar los frutales, y mientras tanto el letrado anunciador se movía sobre la carretera vuelto y revuelto una y mil veces por la lluvia y el huracán.

Al cabo de algún tiempo, impacientes y persuadidos de que el anciano hacía cuanto podía para alejar á los compradores, tomaron sus hijos un gran partido. Una de las nueras vino á establecerse con el viejo. Era una mujercita de mostrador, que se adornaba muy de mañana, con aquel aire de complacencia de falsa dulzura y de extremada amabilidad de las personas habituadas al comercio. El camino parecía suyo. Abría de par en par la puerta, hablaba mucho, y sonreía á los transeúntes como para decirles:

—Entren ustedes... vean... la casa está en venta.

Para el pobrecito viejo no había ya descanso. A veces, procurando olvidar que la nuera estaba allí, cavaba el huerto, lo sembraba de nuevo, como aquellas personas que sintiendo acercarse sus últimos días, se complacen en hacer proyectos para engañar sus temores. Pero la tendera le seguía sin darle tregua ni reposo y sin cesar le atormentaba.

—¡Bah! ¿y por qué hace usted esto?... ¿Para los demás se toma usted tanto trabajo?

El pobre hombre no sabía contestarle y se ponía á trabajar con más empeño todavía, con verdadero frenesí. Dejar descuidado el huerto hubiera sido para él perderle ya en parte, empezar á desprenderse de su tesoro. Por esto en los caminitos no se veía ni una hierba y en los rosales no había ramas chupadoras.

Pero mientras tanto no se presentaban compradores. Esto ocurría en tiempo de la guerra, y por más que á la nuera le gustaba tener la puerta abierta y mirar con afabilidad á los que por allí pasaban, sólo veía familias que cambiaban de casa y en aquella no entraba más que el polvo del camino. Así fué que aquella señora cada día se ponía más áspera. Los negocios la llamaban á París, é impaciente llenaba á su suegro de reproches, dando con ello verdaderos escándalos y golpeando las puertas. El pobre viejo inclinaba la cabeza y no pronunciaba ni una palabra. Consolábase contemplando cómo crecían los guisantes y viendo el cartel siempre en el mismo sitio: *Casa para vender*.

... Este año al llegar allí, he vuelto á encontrar la casa; pero ¡ay! aquel letrado no estaba ya. Algunos anuncios rasgados, enmohecidos, pendían todavía de las paredes. Todo había concluido; la casa estaba vendida. En vez de una puerta gris veíase una verde, recién pintada, con un frontón de medio punto, la cual por medio de un pequeño enrejado al través del cual se veía el jardín, que ya no era el huerto de antes sino un batiburrillo grosero de canastillas, césped, cascadas reflejándose en una gran esfera de metal que se movía sobre la escalera de entrada. En aquella esfera los caminitos del jardín semejaban cordones de flores chillonas y entre ellas se destacaban dos figuras achatadas y contrahechas, la de un hombre grueso, colorado y bañado en sudor, arrellanado en una silla rústica, y la de una señora de estatura colosal, sofocada, que decía en alta voz agitando en la mano una regadera:

—He echado ya catorce á las balsaminas.

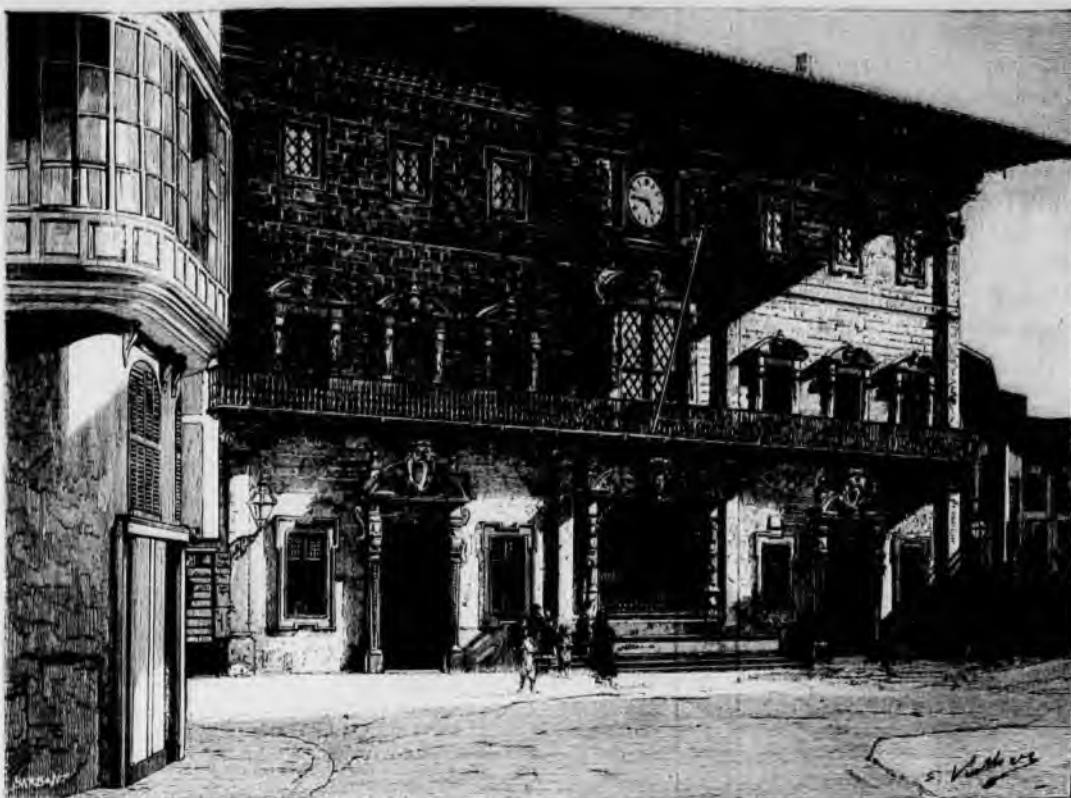
Se había construido un piso, reconstruido el espaldar, y en aquel rincón del todo renovado, oliendo á pintura, había un piano que no cesaba un punto de tocar los rigodones más conocidos y las polkas de los bailes públicos. Aquellos aires de baile que se oían desde el camino y que, junto con el polvo del mes de Julio, mareaban á todo el mundo; aquella mezc-

lanza de flores y de señoras gordas; aquella alegría tan extraordinaria y al mismo tiempo tan trivial me causaba viva pesadumbre. Recordaba al pobre anciano que se paseaba por allí, dichoso, tranquilo, y me lo figuraba en París, con sombrero de paja, las espaldas de antiguo hortelano, moviéndose en el fondo de alguna trastienda, fastidiado, tímido, con los ojos llenos de lágrimas, mientras su nuera triunfaba en un mostrador nuevo en donde sonaban los escudos producto de la casita.

ALFONSO DAUDET.



EL PRÍNCIPE FERNANDO DE BULGARIA Y SU ESPOSA LA PRINCESA
MARÍA LUISA DE BORBÓN PARMA



Ayuntamiento ó Casa Consistorial

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

AL otro día de mi llegada tuve ocasión de trabar relaciones con un distinguido caballero que ha vivido largos años en París, el cual, con grandísima cortesía y atención exquisita, ofrecióseme para hacerme conocer los monumentos más importantes, entre los muchos que encierra la capital de las Baleares.

En verdad que no podía depararme la suerte mejor y más ilustrado cicerone; porque el señor Sellarés, que es la persona á quien me refiero, artista por temperamento y entusiasta por todas las manifestaciones que el arte puede ofrecer, conoce al dedillo todo cuanto Palma encierra en el concepto indicado, y se halla, como ninguno, en situación de comprender qué es lo que puede ofrecer interés al artista en la ciudad en que vive.

Acepté, con agradecimiento, sus desinteresadas ofertas, y nos dirigimos al *Ayuntamiento ó Casa Consistorial*.

De paso llamó mi atención sobre un puesto establecido al aire libre, en el cual se vendía la carne de los toros lidiados la tarde precedente. Dicha carne, de un rojo oscuro, nada tiene que

á la vista la haga apetitosa; pero, según parece, la gente pobre la come con mucho gusto, especialmente porque la adquiere á bajo precio.

En cuanto á la Casa del Ayuntamiento, constituye un bellissimo monumento, que recuerda el estilo florentino, especialmente por el alero voladizo de su tejado. La fachada, con sus aberturas que rematan frontones truncados, y con el lujo de su arquitectura, perteneciente, al parecer, al siglo xvi, es severa y de buen carácter: el prominente tejado avanza unos tres metros, formando un riquísimo artesonado, sostenido por robustas cariátides inclinadas, que parecen soportar con dificultad la pesada carga que sobre ellas gravita. Dicho alero, de madera esculpida y tallada, hallábase antiguamente enriquecido por el oro y los colores más brillantes; lo cual, como fácilmente se deja entender, debía comunicar gran aspecto de magnificencia á todo el conjunto; pero en el transcurso de los años se ha ido apagando el brillo del oro y de

los colores; las maderas han adquirido ese color sombrío que comunican el tiempo y los agentes atmosféricos, y á la impresión de magnificencia ha sucedido un tinte de gravedad acaso más en armonía con la que ofrece la fachada.

Ya en el interior pueden verse en el vasto salón de sesiones unos monumentales sillones de cuero claveteados de bronce, dispuestos en semicírculo, viéndose en el centro el sillón presidencial encima del cual campea el retrato de la actual Reina Regente, debido al diestro pincel de un pintor mallorquín.

Penden de los muros los de los mallorquines ilustres, y entre ellos, como se deja comprender, el del rey Jaime, el *Conquistador*, de quien dice Ruiz Gómez á Carlos V en el *Hernani*:

Recordad, señor, al rey don Jaime
que á Zamet venció y á otros ciento
por la fuerza de su brazo y su valor.

En otra sala puede admirarse un soberbio cuadro de Van Dyck, el *Martirio de san Sebastián*.

Se me dijo más tarde que forma parte de la galería referida el retrato de Aníbal (¿de pintor contemporáneo?), pero lo que es yo no supe verlo. Pretenden los mallorquines que al pasar Hámilcar desde África á Cataluña, en compañía de su esposa, que se hallaba en días mayores, se detuvo en un cabo de la isla, en el cual se hallaba erigido un templo consagrado á Lucina, y que, gracias á esta circunstancia, nació Aníbal en Mallorca.

En el preciso momento en que salíamos de la *Casa Consistorial*, llegó á nuestros oídos un prolongado redoble de tambores. El señor Sellarés me dijo que eran los «tamboreros» de la sala, y yo debo consignar aquí, que «sala» por extensión, significa el Ayuntamiento.

Los *tamboreros* en cuestión desempeñan el papel de pregoneros, y entre otras atribuciones y menesteres de menos importancia, tienen el de romper la marcha en las procesiones.

Su traje, que tiene no poco de singular, se compone de capote azul, boina del propio color, y pantalón encarnado. Todas las costuras del uniforme están cubiertas por una pasamanería roja; en el pecho llevan bordado en oro el escudo de la ciudad de Palma. El talabarte es de correa blanca.

El *tamborero mayor* usa idéntico uniforme, sin más distintivo ni diferencia que ser de oro los pasamanos de las costuras.

Juzgo excusado consignar que la más importante de sus atribuciones consiste en anunciar al público los acuerdos del Ayuntamiento.



Almivir

Un *tamborero*

El día de año nuevo felicitan á las personas más conspicuas de la ciudad con estrepitosos redobles, que ejecutan ante las casas respectivas, redobles que se prolongan sin la menor interrupción en tanto no han recibido del *obsequiado* la propina ó aguinaldo que es legítima recompensa á su testimonio de aprecio, y que por punto general consiste en una moneda de cinco pesetas. No hay para qué decir que las familias se apresuran á pagar el acostumbrado tributo, en lo cual hacen perfectamente, pues de lo contrario correrían riesgo de quedarse sordas para todos los días de su vida. Tan recios y prolongados son los redobles, y con tanto entusiasmo los dan los señores *tamboreros*.

La ciudad poseía en otro tiempo el capacete, la silla y la señera ó pendón del rey don Jaime I el *Conquistador*. El 31 de Diciembre, aniversario de la gran victoria que libertó la isla del poder de la morisma, exhibíase el retrato del rey en el frontispicio de la casa del Ayuntamiento, bajo dosel, que remataba el pendón, y rodeado de retratos de ilustres mallorquines, terminando la fiesta con iluminaciones y fuegos de artificio que se disparaban durante la velada.

En el día referido se exponía también sobre la puerta de la casa de un conocido boticario un lagarto disecado de gran tamaño. Al decir de la tradición, ese monstruo causaba en otro tiempo en la isla grandes devastaciones, despoblando los lugares que había elegido para su guarida. Uno de los antepasados del boticario tuvo la fortuna de librar la isla de tan cruel azote, y en conmemoración de un hecho, del cual se mostró siempre orgullosa la familia del feliz vencedor, y para perpetua memoria del mismo, tenía efecto la exposición de los restos del *monstruo*. Hoy ha caído en desuso esta fiesta peregrina, gracias á haber desaparecido lo que quedaba del terrible saurio.

Tampoco se hallan en Palma los trofeos del rey don Jaime, que en 1830 fueron trasladados á la Armería Real de Madrid. Afortunadamente quedó en la capital de las Baleares el astil de la señera, y todos los años, el día 31 de Diciembre, piadosamente adornado de cintas de variados colores y de verde ramaje, es conducido respetuosamente á la catedral por los individuos del Ayuntamiento.

En el instante en que penetra en la sagrada basílica este resto glorioso, lo saluda una salva de artillería, en tanto que la orquesta deja oír los sonos majestuosos de la marcha real: el clero de las diferentes parroquias, reunido en el templo, canta un solemne *Te Deum*, y terminado éste, retumba de nuevo el cañón, llenan otra vez el espacio los sonos de la marcha, y concluye la fiesta yéndose tranquilamente cada mochuelo á su olivo.

Antiguamente esta ceremonia, parte religiosa, parte cívica, se celebraba con mayor magnificencia. La procesión salía fuera de la ciudad, donde la esperaba una brillante hueste de caballeros ricamente enjaezados, que, formando escolta de honor, la acompañaban luego hasta la catedral. Á esta ceremonia se le daba el nombre de la *colcada*: la cabalgata.

Nos hallamos en la víspera de Todos los Santos. Desde mi llegada tuve ocasión de ver en los pisos bajos de las casas á las mujeres y á las jóvenes ocupadas en ensartar cuentas de rosario de gran tamaño y de diferentes colores, que no eran otra cosa que frutas azucaradas ó productos de pastelería. En el sitio en que llevan generalmente los rosarios la cruz bendita, veíase un pez de confitura adornado de varios dibujos, un corazón de pasta de membrillo, ó una cruz de honor hecha de chocolate.

Según parece, es costumbre, lo mismo en Palma que en las aldeas y villorrios de la isla, agasajar á la chiquillería en la fiesta de Todos los Santos con uno de estos rosarios, probablemente con el propósito de iniciarla en la práctica de esta devoción. Quise obsequiar al hijo de mi amigo el señor Sellarés con uno de esos dijes comestibles; pero el padre no lo consintió en manera alguna, manifestándome que el año anterior había dado cuenta el chiquillo en una sola sesión del rosario entero, lo cual le proporcionó una indigestión que lo puso muy al cabo. Algunos días después, hallándome en Pollensa, tuve ocasión de ver á todos los pilluelos, lo mismo varones que hembras, luciendo sendos rosarios que hasta el suelo les arrastraban, muy

contentos y satisfechos de ostentar tan bello ornamento, al cual, sin duda para mayor prueba de estimación y respeto, aplicaban de cuando en cuando y á hurtadillas prolongados lengüetazos.

Un día el señor Sellarés me dijo:—Esta tarde tendré el gusto de mostrarle en la catedral una cosa muy notable.

A mi llegada á la isla, y hallándome aún á bordo del vapor, había llamado mi atención ese edificio grandioso é imponente, y por lo tanto tenía empeño en visitarle; pero mi amable compañero encontró siempre razones para retardar la visita. Al fin llegó el momento, y una tarde me acompañó al templo.

La inmensa nave estaba sumida en las tinieblas: á duras penas podía verse á las devotas mallorquinas, que arrodilladas sobre las losas pasaban las cuentas de su rosario, interrumpiéndose de cuando en cuando para abanicarse graciosamente, y á los hombres, más escasos en número, pero que no oraban con menos fervor. Al cabo de poco tiempo cesó la salmodia



Visita al cadáver del rey don Jaime

en el coro, las luces se extinguieron, y los canónigos, graves y mesurados, fueron desapareciendo paulatinamente, sumiéndose en la oscuridad, detrás de las esbeltas columnas.

Entonces se acercó á nosotros una persona que nos dijo:—Vengan ustedes.

La seguimos: se nos unieron un sacerdote y un amigo de Sellarés. Debo confesar que me dominaba la curiosidad.

Encendieron unas antorchas, y nos encontramos delante de un sarcófago de mármol negro que remataba un grupo formado por un cetro, una espada y una corona real.

En uno de los lados, esculpida en mármol, leí la siguiente inscripción:

AQUÍ REPOSA EL CADÁVER DEL SERENÍSIMO
SEÑOR DON JAIME DE ARAGÓN II
REY DE MALLORCA
QUE MERECE LA MÁS PÍA Y LAUDABLE
MEMORIA EN LOS ANALES. FALLECIÓ
EN EL 28 DE MAYO DE 1311

—Abrid, dijo en voz baja Sellarés. Se introdujo en el mármol una llave, y quedó abierto uno de los lados menores: dentro del sarcófago había un féretro: sacáronlo, y pudimos con-

templar el cadáver momificado del rey, cubierto de armiños, con la boca desmesuradamente abierta y las cuencas de los ojos profundamente hundidas.

Gruesas gotas de cera desprendidas de los cirios parecían lágrimas heladas sobre el rostro del monarca: dijérase que el cadáver padece bajo las miradas profanas que turban frecuentemente su sueño eterno.

A la luz de las antorchas la corona brilla y la espada centellea, cual si quedara algo de gloria aún en los despojos fúnebres de una realeza.

Al cabo de un rato empujóse el féretro para que ocupara de nuevo en el sarcófago el sitio acostumbrado; dióse vuelta á la llave, y cruzamos la inmensa nave cuyos ecos reproducían el rumor de nuestros pasos sobre las losas: después salimos á la calle y vimos de nuevo el azul del firmamento tachonado de rutilantes estrellas y las blancas casas argentadas por la claridad de la luna.

—¿En qué está usted pensando? me dijo Sellarés en cuanto hubimos dejado á nuestra espalda las bóvedas del templo.

—Pienso, le dije, en los que mueren ignorados en el fondo de un barranco, y cuyos despojos duermen en el silencio eterno, sin que miradas profanas puedan analizar los horrores que la muerte ha impreso en sus rostros. ¿No le parece á usted que hay algo de triste en la consideración de que los restos de ese rey, — que fué grande por sus hechos; que dominó sobre el Mediterráneo; cuyo poder, salvando los abismos insondables, se extendió sobre los vastos dominios aragoneses, — se hallen á merced de un simple sacristán, que mediante pocos sueldos los expone á la mirada del primer advenedizo?

Un sacerdote que nos acompañaba me dijo que hace algunos años la regia vestimenta que amortajaba al rey, consumida por el tiempo, dejaba al descubierto el esqueleto: que la reina Isabel, conmovida ante semejante profanación, dispuso que se evitara en adelante, y que á esto se debe que aquella desnudez haya desaparecido bajo el manto de armiño. También ha sido indispensable cubrir con un cristal el féretro, para impedir que manos sacrílegas de viajeros sin conciencia arrancaran pedazos de las ropas, fragmentos del esqueleto, y hasta dientes, para guardarlos como recuerdo de su visita.

En la *iglesia de la Sangre* puede visitarse también el cadáver de un fraile, fundador del hospital. Hállase en mejor estado de conservación que el del rey don Jaime.

Por lo que á mí toca, dime por satisfecho con la exhibición de que acababa de ser testigo, y no acepté los buenos oficios del joven sacerdote que se me ofreció para acompañarme á esta nueva visita.

Al cabo de algunos días volví á la catedral. Su aspecto interior, como el de todas las iglesias españolas en general, era sombrío; pero aun así llamó poderosamente mi atención lo atrevido del conjunto, y lo elevado de la bóveda sostenida por dos líneas de esbeltas columnas, simplicísimas en sus detalles y en número de siete cada una de aquéllas. El coro, situado en el centro de la nave, perjudica su belleza quitándole grandiosidad. Forma un recinto muy sencillo: en uno de los ángulos existe un púlpito, que por su disposición y sus proporciones, más que de tal tiene de tribuna.

Detrás del altar mayor, sumido en la oscuridad, existe un antiguo retablo de madera esculpido y dorado. Constituye una obra maestra de estilo ojival, y se halla en perfecto estado de conservación. Las figuras de santos y vírgenes recuerdan por su factura las iluminaciones de los antiguos misales.

Llegó un día en que faltaron medios para continuar la obra del vasto templo, y entonces acudieron á ello las familias de la nobleza, que entregaron, unas ciento, otras cincuenta libras de Mallorca, y en conmemoración de este acto de munificencia, se grabaron y pintaron los escudos de las que contribuyeron en las claves de la bóveda principal y en las de las laterales.

El producto debió ser de importancia, á juzgar por el número de blasones que existen.

El edificio no quedó terminado hasta el año 1601, es decir, cuatrocientos después de haberlo comenzado la piedad de don Jaime el *Conquistador*, que lo dedicara á la Virgen María, en cumplimiento de un voto que hiciera en alta mar, en medio de una espantosa tormenta que amenazó destruir la flota que acababa de realizar la conquista de la isla. Y aquí cumple decir que en el siglo XIV el trabajo manual estaba en Palma muy poco retribuido, puesto que los maes-



Puerta del Mar

tros alarifes que se ocupaban en la construcción de la catedral sólo ganaban ocho sueldos, poco más de una peseta, siendo, como se comprende, inferior á éste el de los peones y las mujeres.

No puede imaginarse un conjunto de líneas más encantador, ni una delicadeza de ejecución más perfecta y acabada que la que ofrece la portada que mira al mar. Nunca se ha presentado más inspirado, más correcto y más expresivo el arte ojival.

Estatuas; doseletes de piedra labrados con tal delicadeza y pulcritud que materialmente parecen encajes; holgadas vestimentas, tan tenues y flexibles, que la brisa, al parecer, podría

agitarlas; graciosas guirnalda de flores; bien hallados atributos; enlaces caprichosos; festones, columnas, hojarasca, grandes estatuas de santos y doctores de la Iglesia, concurren á la realización de un conjunto maravilloso, y hacen de esta portada una verdadera obra maestra en toda la extensión de la palabra.

Los vendabales que reinan en la isla han hecho indispensable, y es una verdadera lástima, tapiar la puerta principal, para evitar que las bocanadas del viento, penetrando en el templo, derribaran los cuadros y los vasos sagrados, y apagaran las luces, durante las ceremonias del culto, cosa que había acontecido repetidas veces.

Entre las riquezas que forman el tesoro de la catedral, llaman especialmente la atención seis gigantescos candelabros de plata, de siete brazos cada uno de ellos, cuyo pie se halla sostenido por seres quiméricos. Muéstranse entre las reliquias un gran fragmento de la Cruz, tres espigas de la corona de Jesucristo, un pedazo de la túnica, fragmentos del velo y de la camisa de la Virgen y un brazo de san Sebastián. Tan preciosas reliquias son debidas á la munificencia de un arcediano de Rodas, Manuel Suriá, que de ellas hizo donación al templo en 1512.

En el palacio episcopal, anexo al mismo, se ven los retratos de todos los prelados que han regido la sede de Mallorca.

C. V. DE V.

(Continuará).



MISTERIOS DE UNA PASIONARIA

I

TAN leve como un suspiro,
apacible como el aura,
de azul, de carmín y de oro
enriquecidas las alas,
una bella mariposa
inquieta y fácil volaba.
Por verla mejor la fuente
detiene sus ondas claras,
y por besarla, las flores
afanosas se levantan.
Ella su vuelo siguiendo,
ni se agita ni se cansa,
y ya entre las flores vuela,
ya se detiene en las aguas,
y de la pradera al bosque
huye, vuela, gira, pasa,
torna de nuevo, y de nuevo
se pierde en las verdes ramas.

II

Entre los brazos de un sauce
dulcemente reclinada,
tiende sus hermosos tallos
una fresca pasionaria;
y de la flor misteriosa
las verdes hojas lozanas,
ciñen el cáliz oculto
y pudorosas le abrazan,
dejando entrever suave
ligeramente rizada,
del botón maravilloso
la recogida guirnalda.
Un suspiro incomprensible
en torno de ella se exhala;
y ora tímida se inclina,
ora modesta se alza.
En tanto gimen las flores,
suspira invisible el aura,
trinan inquietas las aves,
corre murmurando el agua.

III

Mirando á la mariposa
cómo por volar se afana,

suspira tímidamente
la modesta pasionaria;
y al sentir que el manso vuelo
por sus pétalos resbala,
con solícita ternura
sus verdes hojas dilata;
y entonces la mariposa
trémula, impaciente y casta,
en su regalado seno
plegó las lujosas galas.
Tendía por Occidente
la tarde tímida y mansa
su espléndido manto de oro,
su tibio encaje de nácar;
y en reposado silencio
flores, aves, fuentes y auras,
ven al sol cómo se oculta
tras las vecinas montañas;
y sigue la mariposa
prendida á la pasionaria,
como el amor á la vida
y como al amor el alma;
y lo mismo que la tarde
su vivo color apaga,
se ve que la mariposa
pierde el matiz de sus alas;
y el bello carmín, y el oro,
y el azul brillante cambian
en esa tinta ligera
que anuncia la luz del alba
y alzándose lentamente
el sauce pomposo salva,
y de sus vanos colores
y su afán purificada,
piérdese en los altos cielos
donde la vista no alcanza.

Muere el sol en Occidente,
dóblase la pasionaria,
tornan á gemir las flores,
vuelve á suspirar el aura,
las aves trinan de nuevo,
sigue murmurando el agua.

JOSÉ SELGAS.



COGIENDO ROSAS. — CUADRO DE A. AUBLET

EN EL INSTITUTO DE SOBREDA

SEÑOR director de LA VELADA.

Siéntese á mi vera y vaya tomando nota.

El tribunal de examen está constituido; el presidente, con los periódicos del día sobre la mesa, está dispuesto á leérselos todos desde la cabecera hasta el pie de imprenta, á fin de evitar la audición de unos exámenes, cosa por demás molesta.

El vocal tiene infinidad de asuntos por resolver durante las horas de examen; unas veces en Secretaría, otras en el cuarto de profesores, y muchas revolviendo los volúmenes de la Biblioteca; por eso sólo va al tribunal cuando el presidente le manda recado por el bedel, para decirle: «ahí queda eso, en seguida vengo.»

Queda, pues, el profesor de la asignatura dueño absoluto del campo, como Sancho en su Ínsula Barataria.

PROFESOR. — ¿Don Joaquín Rodajas Dadivoso?



JOAQUINITO. — Servidor de usted.
(Con aire resuelto Joaquinito se sienta en la silla. El profesor le sonríe. Se conocen particularmente).

PROFESOR. — Vamos á ver; despacito y no hay que aturdirse: *Porosidad*. ¿Qué se entiende por porosidad? Fíjese usted bien. (Joaquinito calla). Vamos, hombre; si eso lo sabe usted. La propiedad que tienen los cuerpos de... de... (indicándole los agujeros de la salvadera).

JOAQUINITO. — (Disparándose). La propiedad que tienen los cuerpos de tener agujeros.

PROFESOR. — Bien comprendido, pero mal expresado. Agujeros ó intersticios pequeños en su interior ha querido usted decir, ¿verdad?

JOAQUINITO. — Sí, señor.

PROFESOR. — Muy bien. ¿Ve usted cómo lo sabía?

Vamos á ver si me dice usted qué se entiende por *capilaridad*.

(Joaquinito se revuelve en la silla; mira al suelo y al techo sucesivamente por espacio de algunos segundos).

PROFESOR. — Pero hombre, ¡si está usted cansado de saberlo! ¿No ha ido usted nunca al café? ¿No se ha fijado en lo que hace el café cuando se moja un terrón de azúcar?

JOAQUINITO.— (Volviéndose á disparar). Sí, señor; porosidad es la propiedad que tiene el azúcar de hacer subir el café.

PROFESOR.— Bien, bien; no sólo el azúcar tiene esa propiedad; hay otros muchos cuerpos que están en el mismo caso. ¿No es así?

JOAQUINITO.— Sí, señor.

PROFESOR.— Muy bien. Está perfectamente.

Diga usted; *maleabilidad* es la propiedad... que tienen los cuerpos?... de?... extenderse?... en?...

JOAQUINITO.— ...Que tienen los cuerpos de tenderse en el suelo...

PROFESOR.— ¡Hombre! ¡por Dios! Se precipitan ustedes y deslucen un examen, sabiendo las cosas... «de extenderse en láminas.» ¿No es así?

JOAQUINITO.— En láminas; sí, señor.

PROFESOR.— ¿Y *tenacidad*?

JOAQUINITO.— La propiedad que tienen los cuerpos de... de... de...

PROFESOR.— Vamos, recuerde con calma; de... (figurando con el puño el movimiento de un martillo).

JOAQUINITO.— ...De pegar puñetazos.

PROFESOR.— Al contrario; de resistirlos sin romperse. Quien dice puñetazos, dice cualquier otro golpe. ¿Verdad?

JOAQUINITO.— Sí, señor.

PROFESOR.— Está perfectamente. ¿Cuándo se hiela el agua?

JOAQUINITO.— En invierno.

PROFESOR.— No quise preguntar eso. Usted ha contestado muy bien. Yo he sido el que ha preguntado mal. Quise preguntar «á qué temperatura se hiela ó congela el agua.»

JOAQUINITO.— Cuando hace frío.

PROFESOR.— Muy bien. ¿Y cuándo hace frío?

JOAQUINITO.— Cuando los termómetros se quedan sin grados ó á cero grados.

PROFESOR.— Perfectísimamente. (Volviéndose al presidente). ¿Qué le parece á usted este chico?

PRESIDENTE.— Está regular de carnes.

PROFESOR.— Es uno de los mejores de clase. Voy á ver si puedo levantarle la nota para que haga oposición al premio.

(Al examinando).—Vamos á ver, señor de Rodajas, si me contesta usted bien á esto; pero nada de azorarse, y como si estuviese en el seno de su respetable familia. ¿Qué es el ruido?

JOAQUINITO.— El ruido... es... la... el... son los golpes que se pegan contra cosas que suenan y que luego se oyen.

PROFESOR.— Al expresarse, confunde usted la causa con el efecto, pero no está mal; se ve que lo sabe usted, aun cuando la explicación no sea del todo correcta, porque los sonidos...

(Y aquí toma la palabra el profesor y echa un discurso acerca de las ondas sonoras, la propagación del sonido en diversos medios; su movimiento en el interior de los tubos; velocidad del sonido; vientres y nodos; placas vibrantes; sirena, y una porción de cosas más que Joaquinito sabe, seguramente, á las mil maravillas, pero que el profesor se toma el trabajo de explicar en obsequio á la brevedad. De cuando en cuando pregunta el profesor: «¿No es así?» «¿No es verdad?» Y Joaquinito contesta: «Sí, señor.» «Sí, señor.»).

El examen se termina con un «Está muy bien; puede usted retirarse.»

* * *

PROFESOR.— ¿Don Pedro Gómez Manocerrada?

GÓMEZ.— Servidor de usted.

PROFESOR.—(Dando golpecitos con el mango de la pluma sobre la mesa y sin mirar al examinando).

—Propiedades físicas de los cuerpos, dependientes de las posiciones de sus partículas.

(Gómez se queda absorto. Por vez primera en su vida le apuntan con aquella arma. Sigue un silencio horrible. El profesor continúa sus acompasados golpes con el mango de la pluma).
¿No lo sabe usted? Pues me parece que la pregunta está bien clara. «Propiedades físicas de los cuerpos, dependientes de las posiciones de sus partículas.»

(Sigue otro silencio).

—Pasemos á otro asunto. Movimiento vibratorio molecular y estados á que conduce.

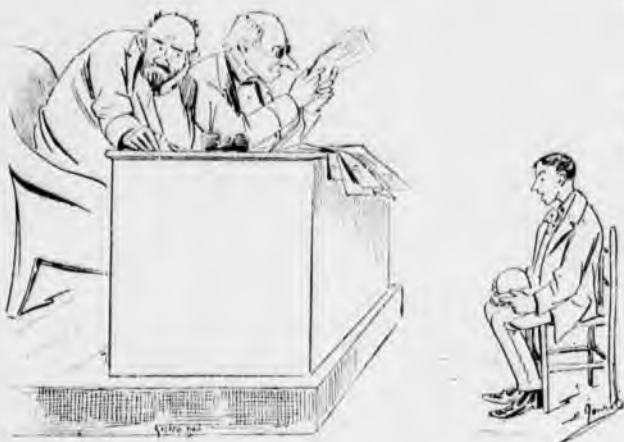
(Otro silencio).

—Esto lo he repetido en clase infinitas veces durante el curso. No le pregunto á usted ningún arco de iglesia.

Dígame usted, entonces, ¿en qué consiste el movimiento aéreo interno tubular acústico?

(Silencio).

Veo que no sabe usted una palabra. Puede usted retirarse.



Gómez ha salido *suspenso*, y con justicia.

Ya ha visto usted que no ha contestado ni palabra.

Joaquinito Rodajas contestó bien, bastante bien; como que ha merecido la calificación de *sobresaliente*.

Hay quien asegura que las preguntas hechas á uno y á otro vienen á ser lo mismo en el fondo.

Siendo así, no hay por qué hablar de injusticias; Joaquinito contestó; Gómez no contestó. Luego el fallo del tribunal es justo.

Digo yo.

Y si no que lo diga el profesor de la asignatura.

MELITÓN GONZÁLEZ.



LA RADIACIÓN

DE los dos hemisferios en que dividen los geógrafos el globo que habitamos, en el hemisferio Norte se hallan los continentes más extensos y mayor cantidad de aire y en el hemisferio Sur mayor cantidad de agua, á pesar de lo cual, en opinión de los meteorólogos, en este último llueve menos que en el nuestro, que no tan sólo se ve favorecido por abundantes y provechosas lluvias, sino que recibe además mayor cantidad de luz y de calor, debido á que el sol permanece ocho días más en el lado Norte del Ecuador.

La cantidad de calórico que el sol nos envía anualmente es constante, y puede afirmarse que desde que la extensión de los mares no se altera, la evaporación, al igual que la precipitación, tomadas en su conjunto, dan cantidades también constantes y perfectamente iguales entre sí.

El globo terrestre recibe su principal fuerza de los rayos solares, que dan alas al viento y producen la circulación del aire y las corrientes del Océano. Ellos animan también las plantas y comunican á todos los seres el movimiento y la vida. Evaporan las aguas de la superficie de los mares y las reparten en forma de lluvia en los continentes, para fecundizar los campos y alimentar los ríos. Nos comunican diariamente una cantidad de calor suficiente para fundir una capa de hielo de tres pulgadas de espesor que cubriera toda la superficie del globo.

La temperatura de éste no sufre en la actualidad variación sensible, y por lo tanto, es muy interesante conocer qué es del calor solar. Parecido al que hace funcionar una máquina de vapor, aunque perdido para el hombre, no lo es en modo alguno para la naturaleza, pues, al igual que la materia, el calor no puede destruirse. Lo que hay sólo es que, cumplida ya su misión en la economía terrestre, desaparece de nuestra vista como el calor de un horno, y, obedeciendo á las leyes de la radiación, se aleja del globo para penetrar en los espacios celestes y desempeñar allí un nuevo papel en la economía cósmica.

TOMO III.—7.

El fenómeno de la radiación se verifica del modo siguiente: los cuerpos pierden el calor de dos modos; ya por la conductibilidad ó comunicación del calor, á menudo favorecida por los líquidos y los gases, á causa de la multiplicidad de corrientes que en ellos se establecen; ya por medio de la radiación, ó sea la dispersión de una parte del calor hacia el espacio, sin que éste modifique sensiblemente la temperatura del aire que atraviesa. Un hierro calentado al rojo, sumergido en una corriente de agua, le comunica su calor por el primero de los modos indicados; suspendido en el centro de una habitación á su alrededor se experimenta una sensación de calor, mientras que el aire que le envuelve y que no está en contacto directo con él conserva la temperatura primitiva. Por una radiación parecida, la tierra pierde calor durante las noches, particularmente si son claras y tranquilas. Estos rayos caloríficos pasan al través del aire para dispersarse luego en el espacio, del mismo modo como los del sol ó del fuego atraviesan una clase especial de vidrio sin calentarlo.

Conviene recordar aquí una ley física de carácter general á la cual se someten los rayos solares y que se anuncia en los siguientes términos: cuando dos cuerpos desigualmente calientes se hallan en contacto tienden á ponerse en equilibrio respecto á su temperatura.

Tanto durante el día como durante la noche la superficie terrestre desprende calor radiante. En el transcurso de un día de verano no devuelve nuestro hemisferio todo el calor que el sol le ha comunicado y apenas llega á la mitad aproximadamente; de manera que en la primavera y en verano la radiación durante el día y la noche no compensa el aumento de calor que experimenta la tierra en aquellas estaciones del año, y de ahí la acumulación gradual de calórico que de ello resulta hasta los meses de Agosto y Septiembre en la capa terrestre de nuestro planeta. En Octubre el calor solar es menos intenso y el hemisferio Norte deja ya de almacenar aquel fluido; llega un instante en que nuestro suelo desprende más del que recibe y gasta por tanto

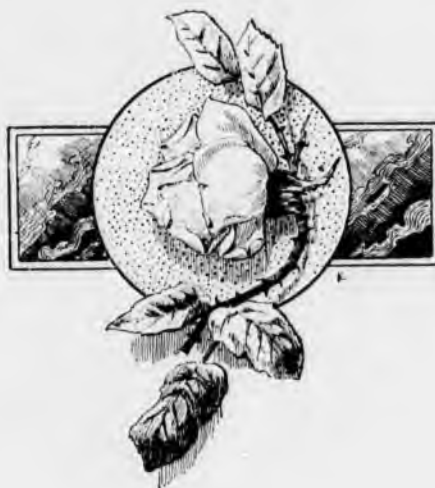
una provisión que ya no se renueva, porque las noches son más largas y el día más corto. Esta falta de compensación del calor perdido es lo que produce el invierno en nuestro hemisferio, cada vez más enfriado, hasta que la fuerza del sol aumenta de nuevo.

Debido á la radiación, las noches son más frías que los días, y se forma el rocío. Desde que se pone el sol, las hierbas, las plantas y otros objetos situados en la superficie del globo desprenden calor y se enfrían, en particular cuando el horizonte está despejado y las nubes no impiden, por consiguiente, la radiación. Una vez enfriados roban al calórico latente el vapor de agua que se halla constantemente esparcido por el aire, y se deposita condensado en la superficie de aquéllas en forma de rocío, de la misma manera que se deposita la humedad en una botella de agua helada.

Si el aire no contuviera, conforme llevamos dicho,

un vapor invisible, que aun en los días más despejados permanece suspendido en la atmósfera, el sol quemaría la superficie de la tierra en nuestras latitudes, de la misma manera que en los desiertos próximos al Ecuador. Según el profesor Tyndall, las partículas transparentes de vapor pueden considerarse como una especie de escudos dispuestos para defender la tierra de los ardientes rayos del sol, á fin de impedir que la hierba se seque durante el día ó que sea destruída por las fuertes heladas nocturnas. Rompiendo y dispersando, por decirlo así, los rayos solares, estas partículas protegen la tierra contra la excesiva intensidad de aquéllas, ó cuando han penetrado en el suelo impiden el rápido desprendimiento de calor adquirido. El invisible vapor de agua es, pues, un importantísimo elemento modificador de la radiación.

M. F. MAURY. •





LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

FOR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

III

EPITALAMIO

TODA la naturaleza parecía haber despertado sonora, perfumada, llena de luz, para festejar el matrimonio de Blanca Bermúdez, la prometida de Paco Dulce.

Hubiérase dicho ante la alegre hermosura y el esplendor de aquel día, que durante su sereno transcurso no había de manchar la tierra ninguna sombra de iniquidad.

No parecía posible que al halago de la brisa pura, bajo la bóveda del cielo nítido, entre las galas de la vida que resucitaba al calor suave y al impulso generoso de la estación risueña, en aquella mañana limpia de impurezas y henchida de glorias, hubieran de nacer pensamientos alevés, ni pudiesen fraguarse engaños para el amor confiado de un alma.

En la magnífica vivienda que con su hija y su servidumbre habitaba el opulento don Roque Bermúdez,—hacia lo alto de la calle de Alcalá, camino de la plaza de Toros,—introducía el sol sus rayos por todos los balcones de Oriente y Mediodía. Era el de don Roque un soberbio hotel, rodeado de jardín espacioso é interiormente puesto con lujo positivo, mucha comodidad y poca ostentación.

Los sirvientes habían madrugado, y á los raudales de luz radiante que entraba en las habitaciones mezclado con las oleadas de aromosa frescura venidas del Retiro, allí inmediato, agitábanse criados y camareras con esa diligencia presurosa y atribulada, propia de las tareas solemnes y á término fijo.

En el salón estaban desenfundando la sillería, los espejos y la araña. En una sala contigua arreglaban, con blanquísimos paños de batista y encajes, la mesa del altar sobre el cual se alzaba una copia de la Concepción de Murillo y en cuyas gradas habían de recibir la bendición los desposados. En el amplio comedor se disponía la mesa para el almuerzo y se hacinaban botellas. Anunciábase con todos estos preludios una gran fiesta, y de ellos entraba á disfrutar furtivamente, aprovechando la hora temprana, la gente menuda de la vecindad, criados y porteros con sus trajes de la labor matinal, protegidos por los domésticos de la casa, quienes se permitían aquella recepción principalmente para lucir como grandeza propia, á los ojos de sus favorecidos, la deslumbrante exposición de los regalos de boda, instalada en la rotunda.

Blanca se despertaba, en la linda y risueña alcoba que en aquel mismo día tenía que abandonar. La mañana había entrado á sorprenderla en medio del intranquilo madrugar de su espíritu embelesado, y aquel lecho blanco y pequeño, cuyas ropas agitaba suavemente el cuerpo de la niña desperezándose, parecía un copo de nieve que se deshacía á los toques de cálida luz que en ella sembraba el sol á través de los postigos mal ajustados.

Acariciada por el primer pensamiento de dicha, el mismo que se había dormido en un rincón de su mente la noche antes, al apagar la luz, Blanca se incorporó en la cama y saludó aquel día jubiloso con una sonrisa intensa, florida, luminosa, brotada en la hermosura de aquel rostro cual un lucero en la mitad del día. Era el alma la que se asomaba á sonreír en aquel semblante; el alma que salía á verter bendiciones y á lanzar acentos de felicidad.

Al incorporarse, con el brazo apoyado en la hundida almohada y la cabeza vencida atrás sobre la palma de la mano, tendió á lo ancho del aposento una mirada perezosa y satisfecha, como si recorriera una por una todas las dichas del porvenir soñado. Sus negros ojos, abrasándose en su propia lumbré, denunciaban la vehemencia y el vigor con que experimentaba sus impresiones aquel temperamento vivo y generoso. La oscura cabellera, deshecha por el sueño, ondulada, lustrosa, opulenta, coronaba una erguida frente, debajo de la cual arqueábanse y frunciáanse dos cejas espesas y sombrías, enérgicos trazos descritos sobre la tez morena del rostro sembrado de hechizos, y que anunciaban la entereza y el poder del carácter que regía los sentimientos y los actos de aquella muchacha próxima á ser esposa.

Todo aquel tesoro de encantos, cuerpo gentil y alma fogosa, juventud lozana, voluntad fuerte, con sus esperanzas, y sus embelesos, y sus impetuosidades, y sus millones, pertenecía entero al gran perdido, de intención fría y traicionera, que el día antes paseaba aún por Madrid

el contrato nupcial, buscando quien lo incluyera en la lista de los valores cotizables. Después de haber resistido á cien galanes que enamorados le pidieron cariño y boda, Blanca se había entregado á la locura de amar á aquel hombre seductor y engañoso. Le quería tan ciegamente confiada, que jamás en las desigualdades y asperezas de sus amores le ocurrió descubrir indicio de traición ni de frialdad. Dueña era de su albedrío, y de este peligroso dominio dispuso ella, pura é inocente, sin miedo ni sospecha, para rendirlo en absoluto al gallardo joven, de palabra enloquecedora, cuyo bizarro aspecto y distinguido trato ejercían poder mágico de atracción, y despertaban en el pecho afanes de intimidad y ternura, reduciendo á la vida al gozo inefable de pertenecerle.

—¡Hoy!... ¡Sí, hoy!... repetía Blanca en su pensamiento, prolongando el éxtasis de su venturoso despertar.

Le había visto la noche antes, ¡y qué contento estaba, qué decididor, qué lisonjero, y sobre todo cuán tiernamente enamorado! La pobre niña ignoraba que ella había cobrado las albri-cias del negocio de los diez mil duros.

—Hasta mañana, le dijo él oprimiéndola con blandura amorosa sobre su pecho...

¡Y ya era mañana!... ¡Ya llegaba la hora!... Todo el bien, todo el triunfo, todos los galardones de la tierra estaban allí, que rodeaban el lecho, que bullían por la estancia, cantando coros de música alborozada y enriqueciendo el ambiente con aromas que desvanecían.

Siete golpes que sonaron en el timbre de un reloj contiguo interrumpieron aquel enajenamiento.

Blanca se arrojó fuera de la cama, y hablando consigo misma, injuriándose festivamente, se llamó poltrona, holgazana, todo un rosario muy largo de cómicos adjetivos, en tanto que vestía su cuerpo lozano y esbelto con una bata de holgados pliegues.

Tocó en seguida un botón y entró la doncella.

Cinco minutos en el baño; hora y media en el tocador, porque el tiempo no daba más; y ya prendida y peinada, hecho su rostro y su cabeza un ramillete de gracias, la novia entró en el gabinete rosa, inmediato á la alcoba, y allí, donde la esperaba el vestido de raso blanco y el velo, sobre una butaca, junto al espejo de inmaculada y ancha luna, comenzaron en breve á acudir las señoras mayores de la parentela, las primas próximas y lejanas, las amigas del colegio, toda la cohorte de damas curiosas que por uno ú otro título se consideraban con derecho á invadir el cuarto de la desposada.

Todas ayudaban y todas contribuían afanosamente á que Blanca no pudiese vestirse con la prisa que su impaciencia demandaba. ¡Cuánto estorbo, cuánto enfado! La doncella lo entendía mejor; le bastaba la doncella sola... ¿El velo? No, todavía no; quería darse algunos retoques al peinado. ¿Los guantes?... Después, hasta el último momento. ¿No estaba diciendo que tenía aún que andarse en la cabeza?... ¿El ramo de azahar?... Quería ella ponérselo con sus manos. ¡Gracias, gracias! Nadie le hacía falta... ¡Y tener que hablar con todas, respondiendo al cumplido vano, á la admiración exagerada, á la caricia enojosa, al parabién mil veces repetido!... ¡Ella, que anhelaba callar, recluirse en sí misma con sus pensamientos, acordarse de su amado, estremecerse al nuevo júbilo de cada idea nueva, oír en silencio con mucha atención, los golpecitos con que llamaba á su pecho la felicidad próxima á ser su cautiva!

Cuando estuvo ya vestida y dispuesta, habría querido huir de aquel cortejo importuno. Pero tenía que permanecer allí presa, en aquel gabinete color de rosa, que le parecía en tal momento una celda de tortura. Allí debía quedar esperando que su padre fuese por ella, con-

forme al ritual, para sacarla al salón y conducirla al altar. Y su padre tardaba; le parecía á ella que tardaba. En el reloj de *faience*, que latía sobre la chimenea, acababan de dar las diez.

Blanca se acercó impaciente á la puerta del gabinete, y se puso á mirar por el hueco de las colgaduras. Desde la puerta de su cuarto se dominaba toda la línea de los aposentos principales, que formaban una larga crujía, siguiendo toda la fachada meridional de la casa. Primero, el saloncito de tertulia, pegado al gabinete de la niña; luego la sala amarilla, con la sillería y los cortinajes de este color, todo conservado sin mudanza desde 1850, cuando don Roque se estableció en Madrid; las sillas con su respaldo de quita y pon; los cortinajes con sus borlones y el pabellón recortado en ondas; luego la pieza de los retratos, cuya exposición presidía el de la madre de Blanca, obra espléndida de arte, pagada á peso de oro á un maestro que conoció en vida á la difunta; más allá el salón, rica y severamente adornado, y al extremo la rotunda con la mesa cubierta de alhajas cuyas piedras se encendían al contacto del sol, semejando un hervidero de mágicas luciérnagas removiéndose sobre un lecho de ascuas; los maniqués derechos, en semicírculo, ostentando la copiosa y rica colección de vestidos para baile, para paseo, para viaje, las cajas del *trousseau* con las ropas de deslumbrante blancura; toda una nube de muselinas y batistas, flecos, encajes y blondas, bordados y realces, y á todos lados, en desordenada colección, bronce, porcelanas, *faïences*, aljófares, estuches, sombrillas, abanicos, pinturas, chucherías, obras de arte; un cúmulo de colores, luces y contornos, envuelto en la claridad deslumbrante de una mañana de Mayo. A lo largo de la crujía, en todas las piezas, jarros y canastillas de flores, muchas flores, en las mesas, en las chimeneas, en las repisas; rosas, claveles, azucenas, alelís, todas las galas que da la tierra para glorificar las fiestas del amor, de la juventud y de la esperanza.

Desde su escondrijo Blanca veía cómo iban llenándose las salas de convidados, y percibía el sordo murmullo que resultaba de la mezcla de todas las conversaciones. Ya casi nadie faltaba. Los escasos parientes de la novia, los Bermúdez y los Trigueros, se reunían allí puntuales, con sus mujeres y sus hijas, y formaban grupos aparte de los Dulce y sus ramificaciones, que, des-
embarazados y con aire de conquista, andaban curioseando de una en otra estancia y concediendo á los de la rama plebeya saludos y frases de protección.

El coro de niñas y matronas curiosas, que entró poco antes á presenciar el tocado de la desposada, había desalojado el aposento, y Blanca ya estaba sola atisbando desde el umbral de la puerta, por entre los cortinajes. Su corazón, poseído de ese frío propio de las emociones violentas y profundas, enviaba saludos á cada cual de los convidados que se diseminaban por el salón y sus piezas contiguas, viendo en cada uno un testigo de la ventura que Dios enviaba para ella, para ella sola, envuelta en una lluvia de bendiciones.

Todo el mundo se encontraba ya allí, hasta el sacerdote que había de consagrar la feliz unión. Solamente faltaba el novio, y éste se apareció al fin, risueño, bizarro, en el lleno de su ufanía, recibiendo bienvenidas, prodigando apretones de mano, envidia de los hombres y admiración de las mujeres. Seguía su padre, el solemne é insignificante don Luis Eugenio, con una mano en el cruce de las solapas y la otra, la izquierda, extendida para tocar displicentemente, con los dedos pulgar é índice, las manos que se le ofrecían.

Al mismo tiempo, por el fondo de la crujía, por la habitación de los regalos, entraba don Roque Bermúdez, el banquero acaudalado, padre de Blanca. Avanzó con lentitud y desmayo atravesando los grupos, en dirección al gabinete donde le aguardaba su hija. Cualquier observador menos distraído que lo estaban en aquel momento sus invitados, hubiera conocido que el millonario no traía cara de fiesta. El continente algo cerril que le daba su estatura aventa-

jada, su porte suelto y sin atildamiento ninguno, y sobre todo su rostro serio, franco, ajado por la lucha de los negocios, contrastaba raramente en aquel sitio, con las actitudes comunicativas y las caras alegres de los que acudían á saludarle.

Blanca no reparó en el talante severo con que su padre se acercaba, ni en que éste no se detenía para escuchar parabienes; ni puso tampoco atención en que el anciano pasaba por delante del que ya casi era su yerno, sin cruzar con él una frase, ni tenderle siquiera una mirada. La niña, suspensa el alma, temblando de placer, rendida por la emoción, no veía nada en aquel instante; esperaba la mano de su padre para besarla y en seguida ser guiada por ella al altar donde encontraría otra mano, la del hombre querido.

Hízose adentro en la estancia, y entró en ella don Roque, dejando tras de sí caer las cortinas. Dirigióse hacia su hija, la cogió entre sus brazos, estrechóla contra su corazón y la dió en la frente un beso muy largo, apretado, tiernísimo.

Luego pronunció estas terribles palabras:

—Blanca, hija mía, vé y desnúdate de esas ropas. No puede efectuarse tu casamiento.

La niña alzó la cabeza aterrada.

—¡Papá!... ¿qué dices?

—¡Silencio!... Vé, y quédate encerrada en tu dormitorio.

—Pero ¡si Paco me espera!...

—Ese hombre no puede ser tu marido.

—¡Virgen santa!... ¿Por qué, papá?...

—Porque yo no lo quiero.

Bajo el cráneo de Blanca se desató un vendabal; un vendabal rugiente, con nubes de polvo que oscurecieron la luz de la razón y de la vida. Cayó la pobre criatura, privada de sentido, en los brazos de su padre. Éste oprimió el botón de un timbre, acudieron criadas, les entregó la niña para que la acostasen y socorriesen, y apareció grave y decidido en la puerta del gabinete, en la cual estaban puestas todas las miradas esperando la presentación de la novia.

—Señores... dijo don Roque en alta voz. ¡Qué contratiempo!... Mi niña se ha puesto mala, y el matrimonio no puede celebrarse.

IV

COMPUESTO Y SIN NOVIA

Reinó en los salones de Bermúdez un instante de motín. Todas las voces hablaron á un tiempo, publicando la novedad ó comentándola; viéronse pintados en los rostros el descontento, la contrariedad, el asombro, y en un remolino de rebaño asustado el acompañamiento de señoras y caballeros se apiñó dirigiéndose á la puerta del cuarto de Blanca.

Delante de todos se precipitó Paco Dulce, con una expresión de verdadero espanto. En sus labios contraídos y trémulos se revolvía aún la interjección colérica, envenenada, que fué á lanzar y que estrujó al oír el anuncio de don Roque.

Este último, en pie delante de la puerta, defendía el paso.

—No entre nadie, dijo rechazando la embestida general. Lo que necesita la niña es silencio y reposo.

—Pero yo... ¡yo, sí! exclamó Paco revelando un afán que ciertamente sentía.

—No; tampoco, respondió el anciano extendiendo los brazos.

—Es necesario; quiero verla.

—Imposible.

—¿Por qué?

El concurso se había hecho algo atrás, y don Roque pudo decir en voz baja á Paco, respondiendo á aquél «¿por qué?» formulado con imperio y osadía:

—Porque usted es quien menos debe entrar.

Paco levantó la cabeza aún con mayor altivez. En aquella contestación que escuchaba, él descubría una declaración de guerra: su futuro suegro le cambiaba el tratamiento, le llamaba de usted, abandonando bruscamente el tú con que ya había empezado á otorgarle la consideración de hijo.

Disponiéndose á librar una batalla junto al umbral de aquella puerta, el airado joven se armó de toda su impertinencia.

—Ya comprende usted que no he de marcharme sin ver á Blanca. Y ahora mismo...

—Ni ahora, ni nunca. No ha de volver usted á verla.

—¡Blanca es mía!

—No lo será jamás.

—¿Intenta usted deshacer la boda?

—La deshago resueltamente desde este instante.

—Me explicará los motivos.

—Sin tartamudear. Entre en mi despacho, permítame que despida á esta gente, y allá voy á darle todas las explicaciones.

—Bien está. Me gusta que hablemos solos.

Marchóse Dulce por un pasadizo lateral que conducía al despacho. Libre ya de la sorpresa, recobrada su fría serenidad durante el diálogo con don Roque, sentíase el mozo fuerte y audaz para reñir cara á cara con el arisco comerciante.

Empezó á pasearse por el despacho, y entretuvo la espera contemplando varios lienzos y acuarelas con buenas firmas, que adornaban las paredes de la ancha pieza.

Sobre la mesa escritorio, entre *Guías* mercantiles y periódicos financieros, se levantaba el retrato de Blanca metido en un marco de plata repujada. Paco lo cogió y dijo dándole golpecitos con el dedo:

—Esto es mío, muy mío. Veremos quién me lo quita.

Dejó el retrato en su sitio, y continuó los paseos.

Mientras tanto se iban despidiendo del señor de Bermúdez los convidados á la frustrada boda. El magnífico don Luis Eugenio y su digna esposa, al frente de la legión de los Dulces, fueron de los primeros en retirarse, limpio su corazón de toda mácula de sospecha.

—Ahí se queda el chico. Por él sabremos de la niña. ¡Que nos la cuide usted mucho!...

No dijeron más, ni les ocurrió más, y pasaron acompañados de su séquito, cuyos personajes dejaron la alfombra sembrada de cumplimientos insustanciales. Uno solo de aquéllos, el que iba el último, el tío Magdaleno, tío en efecto de todos los Dulces sus coetáneos, se llegó á don Roque con su cuerpecito esmirriado y su cara chiquita, y mirándole con un ojo guiñado y el otro muy abierto detrás del monoclo, conteniendo el tono agudo de su voz atiplada, habló al banquero, muy estirado para llegarle al oído:

—¿Sabe usted lo que le digo? Que eso ha estado muy bien hecho... ¡Muy bien, señor don Roque!... De buena ha salvado usted á su hija.



Se alejó, mientras el banquero respondía algunas palabras de negación formularia.

Al pie de la casa sonó el ruido de los últimos coches, y don Roque se encaminó al despacho donde el amado de Blanca le recibió con ademán tranquilo y provocador.

—Vamos, dijo el joven encarándose con el viejo, de pie, con las manos en los bolsillos y levemente apoyado en el canto de la mesa *ministra*. Aquí me tiene usted compuesto y sin novia.

—Esa es la verdad, contestóle Bermúdez quedándose también de pie.

—¿Y sabré ahora las causas por qué le ha ocurrido jugarme esa broma?

El anciano tomó, al llegar aquí, un tono pausado que acentuaba sus palabras y las revestía de severidad y amargura.

—Mi hija le adora á usted, dijo. Yo le quería casi con tanta pasión como ella. ¡Y usted nos engañaba!... ¿Mueve usted la cabeza?... ¿Que no nos engañaba usted?

—No. Yo quiero á Blanca con toda mi alma.

—Usted vino á nuestra casa deslumbrado por nuestro dinero.

—Podría decir que usted me recibió deslumbrado por mi nobleza.

—Su nobleza no está muy bien averiguada. Lo que se sabe de cierto es que no la tiene usted en el corazón, que es donde la tienen los verdaderos nobles, los bien nacidos.

—Muy fuerte me va usted hablando.

—Pues sígame usted oyendo. Si usted tuviese nobleza en el corazón, si usted no quisiera engañarnos, el nombre mío, el amor purísimo y cándido de mi hija, la santidad del vínculo que iba á contraer le habrían inspirado miramiento y devoción. Pero usted ha llevado todo eso á la plaza pública, á la tienda y al garito.

—¿Quién le ha contado imposturas de mí?

—Ha ido usted con la carta dotal, con la libranza de mis millones, buscando la suma en que rebozar su miseria vergonzosa. Vergonzosa, porque es fruto de la ociosidad y de la educación corrompida. ¡Eso es! Un nombre falso, una juventud inútil, una gallardía como la de la mariposa, una pompa como la del pavo real, la cabeza sin ideas, el pecho repleto de ambiciones, mucha osadía, buena ropa, y á la caza del millón, con todo ese equipo, que no es de cazador sino de bandido! Así se ha portado usted, y por poco nos da el asalto.

—No quiero contestar como debiera, don Roque...

—Sí; fingiendo aquí enojos que no siente... Porque á usted, de lo que pasa, no le importa otra cosa sino el fortunón que vuela. Le conozco á usted bien. Ayer le tenía aún por el hombre estimable que creí haber hallado en usted; con algunos resabios de la mala crianza y con inclinaciones algo torcidas, pero amante á lo menos y capaz de convertirse con el cariño de un ángel y la vecindad de un hombre de bien. Mas averigüé su conducta, que ha pregonado nuestra estupidez, que ha hecho del casamiento una operación de bolsa... peor que eso, en alboroque de chalanes, y ya abiertos mis ojos, he pasado la noche haciendo la disección de su alma. ¡Pobre hija mía! ¡En qué abismo de dolores iba á lanzarse!... No hablemos más. Eso es imposible. Váyase usted, y busque por ahí otra millonada. Aquí se acabó todo para usted.

Lleno de enojo y de brava resolución, Bermúdez abrió la mampara del despacho, y con el brazo extendido mostró la puerta á Paco Dulce.

Éste era bastante sagaz para comprender que en tal momento se hacía inútil un debate más prolongado. La actitud del viejo banquero mostraba bien lo irrevocable de su acuerdo, y el mozo renunció, por lo tanto, á toda la estrategia que poco antes se proponía emplear.

—No quiero humillarme con ruegos ni con disculpas, dijo, adoptando una traza hipó-

crita. Espero que la reflexión influirá en usted más que mis discursos. ¿Me despide usted de su casa?

—Sí. Váyase usted.

—En Dios y en mi inocencia confío. Déme la mano, don Roque.

—¡No! exclamó el banquero rehusando la que Dulce le tendía.

—Es usted muy duro conmigo. Adiós.

Buscando fin á una escena para él violenta y queriendo ausentarse de un modo cualquiera, Paco se fingió acometido de vivo dolor; hizo que le embargaban sollozos y lágrimas y tomó á toda prisa la puerta del despacho cubriéndose el rostro.

Siguióle don Roque, bajó detrás de él hasta el vestíbulo y allí estuvo quieto y mudo hasta que le vió salir á la calle, pasando la verja del jardín.

(Continuará).





DISTINTAS ACTITUDES DE MR. GLADSTONE EN LA DISCUSIÓN DEL PROYECTO DE «HOME RULE»

Está siendo objeto de admiración la energía del ilustre político inglés Mr. Gladstone en la edad avanzadísima que cuenta. Ha traspuesto ya hace tiempo los ochenta años, y á pesar de esto, á pesar de los graves cuidados que lleva consigo el cargo de primer ministro de la Gran Bretaña, á pesar de la fatiga intelectual y física que ha de soportar quien lo desempeña, el octogenario Mr. Gladstone no da señales de cansancio, y no contento con despachar en su bufete todos los asuntos de su incumbencia, asiste á las sesiones de la Cámara de los Comunes, se pasa allí largas horas y pronuncia extensos discursos. Patrocinador del *Home Rule* para Irlanda, ó dígame de la ley de autonomía administrativa para aquella gran provincia, ha acudido á defender su proyecto contra los ataques de la oposición, ataques muy rudos, porque los conservadores y los unionistas ingleses que la forman entienden que el proyecto de *Home Rule* ha de destruir la integridad del imperio Británico. En algunas de las sesiones á que aludimos, Mr. Gladstone ha pronunciado discursos de tres y más horas, sin que llegase al final aplastado, como les sucedería á la mayoría de los hombres, aun á los más robustos, á la edad de ochenta años cumplidos. Este espectáculo ha despertado el interés de amigos y de adversarios, y de ahí el que en toda Inglaterra hayan aparecido los retratos de Mr. Gladstone, por todos los procedimientos y en todas las actitudes del retratado. El lápiz fácil y verdadero de uno de los primeros dibujantes ingleses sorprendió durante la discusión del proyecto de *Home Rule*, y supo reproducir diversas actitudes del primer ministro inglés y la expresión de su rostro, haciéndolo con una fidelidad que trae á la memoria las fotografías instantáneas. Por la representación que hoy tiene Mr. Gladstone y por la naturalidad y verdad de los dibujos, aun no mediando tal circunstancia, hemos creído que nuestros lectores verían con gusto los dibujos de que hablamos, por cuyo motivo los hemos insertado en este número. Hasta cierto punto son también cuadro fiel de una de las fases de la vida parlamentaria.

EL PRINCIPE FERNANDO DE BULGARIA Y SU ESPOSA LA PRINCESA MARÍA LUISA DE BORBÓN PARMA

Hace pocos meses contrajo matrimonio el príncipe soberano de Bulgaria con la princesa cuyo retrato damos junto con el suyo. El hecho produjo vivo contentamiento entre los búlgaros, no poniendo obstáculos la *Sobranie*, ó dígame su Cámara de representantes, en que se alterase el artículo de la Constitución, relativo á la religión en que deben ser educados é instruidos los hijos del Príncipe. Consintió la Cámara en que los vástagos de este matrimonio fuesen católicos, condición que impuso la católica familia de la princesa Luisa. Es ésta hija de Roberto de Borbón, duque de Parma, y de María Pía de Borbón, hija del difunto Fernando II, rey de las Dos Sicilias. El príncipe Fernando nació el día 26 de Febrero de 1861 y su esposa en Roma el 17 de Enero de 1870.

COGIENDO ROSAS CUADRO DE A. AUBLER

En un jardín magnífico, que bien revela pertenecer á morada señorial, se hallan las damas, que ha pintado el artista francés A. Aubler, cogiendo rosas y formando ramilletes para una fiesta religiosa. Tienen ya arreglada una canastilla y están montando un colosal ramillete, al que un palo servirá de espiga para ir sujetando las rosas y otras odoríferas y hermosas flores. Las que se hallan entretenidas en tan agradable y señorial ocupación son las hijas de la dueña del palacio, la cual asoma por el fondo llevando de la mano á un niño. De luto parece vestir aquella señora, mas la pena que abrigue en su corazón no le privará de tomar parte en la tarea de las señoritas, ya que las flores, como la vista del campo, como todas las maravillas de la naturaleza distraen, por lo menos, si no alegran al pecho afligido. El asunto ha sido tratado por A. Aubler con peregrina elegancia, ya en la agrupación de las figuras, ya en el dibujo de cada una de éstas, ora también en el paisaje, presentando el conjunto del cuadro un aspecto que atrae desde la primera mirada.



El barnizado del Campo de Marte cerró la serie de reuniones artísticas que constituyen brillantes etapas en los fastos de la moda, etapas siempre favorecidas por las parisienses. Cada primavera es mayor el éxito de aquel acto, al cual se impone la asistencia, como si fuese un deber, la sociedad elegante. En este año aparecieron en gran número las *toilettes* de crespón y de seda, mas la nota dominante en la moda, que señalamos ya, la forman el blanco y el negro. Las señoras elegantes parece que la han adoptado como un uniforme original, y



Vestido de verano de M.^{mes} Lipman
Sombbrero de M.^{me} Julia

nuestras primeras modistas han arreglado con aquellos dos colores mil encantadoras combinaciones. Ya es un vestido de seda negro listado de entredoses de guipur *bise* ú orlado en los volantes y en la berta de viejo valenciennes; ya se trata de un vestido blanco de *foulard* ó muselina incrustado de encaje y entredos negros. Todo esto resulta muy bonito, sienta bien y es original.

Los adornos negros de terciopelo ó de encaje producen un lindo efecto en los vestidos de batista ó de seda de colores claros. Hemos visto uno hecho de seda de la India, fondo rosa, con entredoses y encaje negros. Otro era de muselina con motitas sobre fondo cielo, con un encaje finísimo que orlaba los volantes y la berta, rodeada además la última de varias líneas angostas de terciopelo negro.

M.^{mes} Lipman, que han inventado en este género verdaderas maravillas, preparan en estos momentos *toilettes* ideales. Una de ellas estará confeccionada en raso real rosa Rubens, adornada la falda de un volante de muselina de seda de igual color. En el cuerpo, que será muy gracioso, se empleará la muselina de seda plegada formando berta cruzada por delante y por detrás, y viniendo á perderse en el cinturón de terciopelo rosa. Las mangas irán sujetas al codo por un brazal de terciopelo, del que tendrá el traje cuello fruncido y fijado á un lado por medio de una joya. Otra de las *toilettes*, á que he aludido, será de seda á fajas, paja y crema, con falda lisa acanalada y cuerpo embellecido por una berta con vueltas de terciopelo negro: un cinturón de terciopelo sujetará delicadamente el talle. He ahí otro elegante vestido de moaré

antiguo hortensia con la parte de delante floja en muselina de seda, dorso de moaré plegado muy ajustado, cinturón y cuello de terciopelo hortensia.

La elegancia de una dama no estriba sólo en un vestido bien hecho y llevado con gracia, puesto que se hace preciso también que el vestido sea apropiado para cada caso. Un traje encantador para visitas ó *five o' clock* estaría fuera de su puesto para paseo á pie. Aunque las parisienses tienen el instinto de estas cosas, en muchas ocasiones les puede ser útil un consejo, y nadie más experto en este arte delicado que M.^{me} Lipman. Por esto ven cada día sus salones invadidos por hermosas señoras que acuden allá, como á un gabinete de consultas, á oír el parecer de aquellas hábiles modistas, cuya amabilidad y complacencia van de par con su talento.

Del mismo modo los salones de M.^{me} Julia, la modista también del mundo elegante, son visitados hoy día por todas las parisienses que buscan un tocado inédito, un sombrero que caiga bien, á fin de obtener con ellos el título de mujeres á la moda en las reuniones del *sport*, en los castillos y en los casinos más celebrados. Como verdadera artista y conocedora del rostro, M.^{me} Julia compone sombreros apropiados para cada una de sus favorecedoras, todos muy coquetones, por ejemplo, un lindo sombrero de medianas dimensiones, de paja blanca, con plumas blancas y verde Nilo, sujetas con arte exquisito por medio de lazos de muselina de seda blanca. En los detalles, en una línea más ó menos acusada, en la colocación de un lazo, de una flor ó de una pluma, se distingue M.^{me} Julia. Para ciertas señoras inventará un sombrero de carácter en paja de Italia, empenachado con plumas blancas sujetas por un lazo crema; hará para otras un precioso sombrero de paja de arroz de fantasía, muy levantadas las alas por delante y retenidas por un lazo color marfil. Una cinta crema sostendrá en lo alto dos plumas en *aigrette*. Entre las capotitas hemos visto algunas monisimas expuestas en sus salones del bulevar des Capucines. Una de ellas es de crin labrada, amarillo de azafrán, adornada de tres pequeños mazos de rosas blancas, con bridas también blancas. La otra está hecha con paja de fantasía, tabaco de Oriente con rosas tabaco y terciopelo rubí. Merece notarse igualmente un gracioso sombrero polichinela, de paja rosa, con plumas negras y *aigrette* negra con azabache, y un lazo rosa colocado detrás. Hay también los sombreros para viaje y otros para los balnearios y casinos, cuyas formas coquetonas realzarán los encantos de nuestras damas elegantes.

Representa el figurín una elegante *toilette* de foulard escocés inventada por M.^{me} Lipman, 2, rue de la Paix. Las entonaciones del foulard son suaves. La falda va adornada por tres volantes. El cuerpo fruncido se abre sobre un chaleco con cuello de guipure y elevado corpiño interior de terciopelo verde guarnecido de guipure, mangas anchas, *jockey* de foulard orlado también de de guipure y estrecho cinturón de terciopelo verde.

El sombrero que acompaña á este traje es uno de los bonitos modelos de M.^{me} Julia, 7, bulevar des Capucines. El que publicamos está hecho de paja natural, adornado por una cinta crema con forro de cinta verde Nilo y puntillas negras. Dos plumas, á modo de cuchillos, color crema, orladas de azabache, forman *aigrette* en uno de los lados.



Se conocen distintas clases de meses, según sea el astro cuyas revoluciones sirven para dividir el tiempo. Así, por ejemplo, si se trata de la luna, el mes se llama lunar, y si del sol, solar.

Los meses lunares, que por estar fundados en una observación más sencilla fueron los primeros que se formaron, se dividen en *sinódicos* y *periódicos*; los primeros comprenden el espacio de tiempo que media entre dos conjunciones de la luna con el sol, alcanzan 29 días, 12 horas, 44 minutos y 2 segundos por término medio, y se conocen propiamente con el nombre de lunares. Los segundos comprenden el espacio de tiempo que la luna emplea en volver al mismo punto del Zodíaco de donde salió, y alcanza 27 días, 7 horas, 45 minutos y 4 segundos.

Se entiende por mes solar el tiempo que la tierra emplea en recorrer un signo entero en su órbita, y se supone que alcanza exactamente la duodécima parte del año. Pero si se tiene en consideración el verdadero movimiento, los meses solares son desiguales, lo cual es debido á la variación que sufre en la velocidad el movimiento de la tierra en que habitamos y á la desigualdad de distancias entre este planeta y el sol, pero para simplificar y regularizar las divisiones se consideran iguales; de ahí toma origen una nueva división en mes *astronómico* ó mes *natural*, medido por el intervalo exacto correspondiente al movimiento aparente del sol ó de la luna, y mes *civil*, el que empieza y termina en un día fijo, se compone de un determinado número de días enteros y se aproxima á la cantidad real del mes astronómico, ya sea éste lunar, ya solar.

El número de meses, el número de días de cada mes y la división de estos días, varía según los países y las épocas. El año de los romanos no tenía al principio más que diez meses; los judíos y los griegos, á causa de haber adoptado el año lunar, que es más corto que el solar, añadían á determinados años otro mes á fin de establecer la armonía entre las dos clases de años. Los mejicanos tenían un año de 18 meses compuesto de 20 días cada uno.

Hoy día todos los pueblos han adoptado la división del año en 12 meses. Entre los cristianos éstos son de 31 y de 30 días alternativamente (á partir de Enero, que tiene 31), excepción de Febrero que tiene 28, en los años comunes, y 29 en los bisiestos, y de Julio y Agosto que alcanzan 31.

Algunas veces, particularmente en lenguaje poético,

se designan los meses por el signo del Zodíaco á que corresponden; así, por ejemplo, á Enero se le llama también Acuario, á Febrero Piscis, á Marzo Aries, á Abril Tauro, á Mayo Géminis, á Junio Cáncer, á Julio Leo, á Agosto Virgo, á Septiembre Libra, á Octubre Escorpio, á Noviembre Sagitario y Capricornio á Diciembre.

* * *

Theron, hijo de Ménippo, durante su juventud había disipado en infames placeres todo su patrimonio. Euctemón, amigo de su padre, viéndole atormentado por los más grandes apuros, le acogió con bondad y le casó con su hija, á la que entregó un dote considerable. Pero en cuanto Theron, contra lo que esperaba, se vió rico otra vez, empezó de nuevo sus primeras locuras. No se privó de los más vergonzosos placeres, de suerte que la miseria más horrible le envolvió de nuevo. Entonces Euctemón se lamentaba amargamente, no de la conducta de aquél, sino de la dote y del matrimonio de su hija, y reconoció que el que ha abusado de sus propias riquezas no puede ser más precavido con las de los demás.

* * *

Preguntaron á una joven pobre qué es lo que había aportado en dote, y contestó:—El pudor de mi familia.

* * *

En la mesa del papa Alejandro VI se disputaba un día si era provechoso que hubiese médicos en la República. La mayor parte opinaron que no, y alegaron en su razón que Roma estuvo seiscientos años sin ellos. El Papa manifestó que no era éste su parecer, sino antes opinaba que los hubiese, porque á faltar ellos, crecería tanto la multitud de los hombres que no cabrían en el mundo.

* * *

El Rey Católico decía que lo más dificultoso en las mujeres era saber callar.

* * *

Había mandado un señor á un criado suyo un sayo de terciopelo, y tanto se detuvo en dárselo, que ya estaba raído; y juntamente con esto no le daba el tercio de su salario. Como no iba á palacio, envió el señor á

saber por un paje, qué era la causa de su ausencia, y respondió:

—Decid á su merced que si me manda que vaya, me envíe siquiera el tercio, pues el pelo ya es ido.

Haciendo el aposento en Toledo, dijo uno á un aposentador:—En verdad, señor, que he recibido gran contentamiento en haberme echado usted sus huéspedes.—Preguntó por qué, pues, á todos les pesa de recibirlos.—Respondió:—Por el placer que me han de dar cuando se vayan.

Entrando en la corte del emperador Carlos V el duque de Nájera muy acompañado y con muy ricas libreas, viéndolo la emperatriz dijo:

—Más viene el duque á que le veamos, que á vernos.

El marqués de Santillana era muy aficionado á leer y fué por ello reprendido de algunos caballeros. Respondió:—Converso mucho con los libros, porque hallo en ellos mejor conversación que con vosotros.

El duque Filipo de Borgoña decía:—De los grandes señores no digáis bien ni mal, porque si decís bien, mentiréis, y si mal, os ponéis en peligro.

Puede calentarse una cama ó aposento por medio de una caja de hierro ó estaño, en la que se echa uno ó más pedazos de cal mojada en agua fría. Ciérrase herméticamente dicha caja; al cabo de algunos minutos se observará que está tan caliente que es imposible tocarla.

El calor que despiden es suave y tiene la ventaja que se obtiene á poca costa.

Sin tener que emplear la nieve se puede tener vino ó agua fría en verano. Para ello no hay más que llenar medio cubo de agua y meter en él los frascos de vino ó agua. Se echa luego en el cubo un pedazo de azufre entero, el cual conserva el vino ó agua por dos horas como si hubiese estado en la nieve. El azufre puede aprovecharse después para otros usos.

El perverso es egoísta, porque todo lo que hace lo hace con interés propio. Pero el hombre honrado, el hombre de bien, no puede ser egoísta precisamente porque obra en interés del prójimo.—ARISTÓTELES.

Guarda con más fidelidad todavía el secreto que el dinero que te han confiado.—ISÓCRATES.

Si piensas en los males de los demás te afligirás menos por los tuyos propios.—CHILON.

Lo más difícil en una obra literaria es que sea dramática y patética sin que se aparte de lo natural.—CRAUTOR.

Decíase en cierta ocasión á Diógenes:—Sois un exagerado.—No, repuso, hago como los directores de orquesta, que acentúan enérgicamente el compás para que los músicos sigan más fácilmente.—DIÓGENES LAERCIO.



EL BASTÓN UNIVERSAL

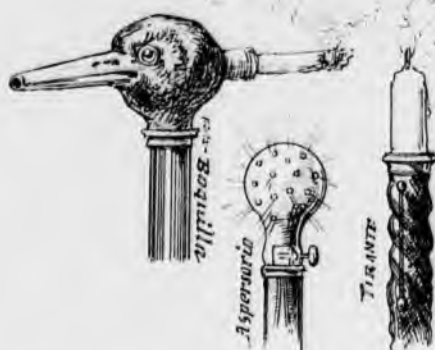
Es inverosímil el número de aplicaciones del bastón, ese adminículo que entre el sexo fuerte representa lo que entre las mujeres el abanico; parece que un bastón es cosa indispensable á la vida, ya que desde el niño al anciano y desde el mendigo al magnate, todos llevan bastón, más ó menos pintoresco.

Vamos á decir algo sobre esa *tercera pierna* de los viejos y *prolongación del brazo derecho* de los jóvenes.

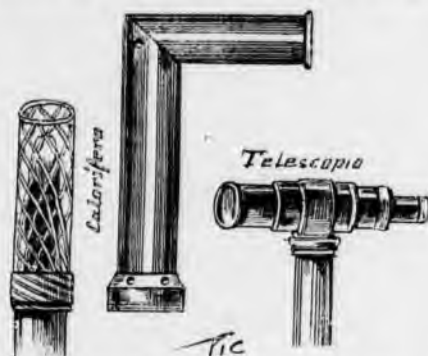
Hay bastones de todas las maderas, de junco, de caña, de hierro, de huesos, de papel, marfil, cristal, asta, aluminio, etc., etc., siendo uno de los más curiosos el bastón de papel, que se forma introduciendo gran número de trozos de cartulina en una varilla de hierro, y apretándolos luego, se tornean como si fuesen de madera.

Pero lo más curioso del bastón consiste en las aplicaciones que se le ha querido dar por la ciencia utilitaria de nuestros días; hay el bastón silla, que se descompone

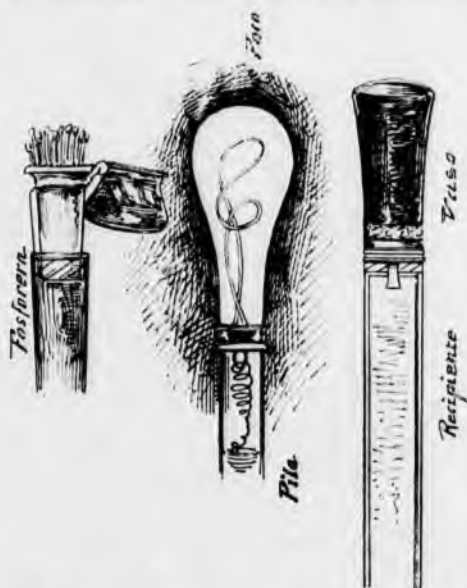
en tres trozos articulados: el bastón que se alarga hasta



convertirse en caña de pescar, el bastón escopeta, el



bastón telescopio, el fuma-cigarros, el calorífero, el can-



delero, el neceser de escribiente, el aspersorio y mil otros más, siendo entre ellos muy notable, por los des-

aguisados que evita ó que causa, el que contiene á modo de vaina una verdadera hoja de espada toledana.

En los adjuntos dibujos pueden verse algunas de las más curiosas aplicaciones del bastón.

Y si el lector quiere construir uno con las ramas flexibles que sean de su preferencia, no estará de más decirle que para enderezar estas ramas y secarlas es preciso darles un baño nada grato, es decir, enterrarlas por algún tiempo en estiércol; al cabo de algunos días aparecerá el bastón derecho, blando y seco, saliendo de su fétida prisión como la oruga al convertirse en mariposa; el resto de la decoración es fácil, disponiendo de color y de un barniz de alcohol cualquiera.—JULIÁN.

Solución al refrán disperso:

HASTA CUARENTA DE MAYO NO TE QUITES EL SAYO

Solución á la charada truncada:

VE-LO-CÍ-PE-DO

Solución al logogrifo numérico:

COLINDRES

Solución al tercio de sílabas

RI	CAR	DO
CAR	ME	LO
DO	LO	RES

ENIGMA

Soy metalizada fiera,
de un aspecto sobrehumano
y mi cuerpo es tan liviano
que asombro del sabio fuera;
ruedo por burgo y pradera
y, sin cesar perseguida,
á muchos les doy la vida
y otros me encuentran fatal,
convirtiendo mi metal
en un cuchillo homicida

D.^a P. de O.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	Nombre de mujer.
7	9	4	3	2	8	6	9		"
7	5	7	8	2	8	3			Nombre de hombre.
2	5	3	6	3	4				Nombre de mujer.
7	5	2	8	9					"
2	3	2	9						"
9	6	9							"
1	5								Lo que deben tener los hombres.
1									Consonante.

M. BUXÓ.

MOSAICO

.
.
.
.
.

Sustituir los 49 puntos por letras tales que formen tanto en dirección vertical como horizontal, siete palabras propias para dar sentido á las siguientes proposiciones:

1.º, verbo vulgar; 2.º, lo que falta á muchos; 3.º, orden para peones camineros; 4.º, bueno para cuadros y malo para hombres; 5.º, notabilidades plutocráticas; 6.º, la que elogia; 7.º, joroba comercial.

J. SOLER FORCADA.



DIOS ES CARIDAD. — CUADRO DE JUAN LLIMONA

Ayuntamiento de Madrid





LÓGICA INFLEXIBLE

DON Fernando X tenía todos los caracteres esenciales del antiguo progresista recalci-
trante: era defensor acérrimo de la soberanía de la nación, entusiasta de la milicia na-
cional y enemigo declarado de los balandranes y de los sombreros de teja. Aparte de
esto y de su chifladura por Volney, cuyas *Ruinas de Palmira* se sabía de memoria, resultaba
un excelente señor, dispuesto á hacer el bien (prefiriendo siempre, por supuesto, á sus correli-
gionarios, en igualdad de circunstancias). Dentro de su casa practicaba el principio de la tole-
rancia hasta el punto de que dejaba á sus hijos en libertad de hacer lo que se les antojara, sin
irles á la mano, ni mucho ni poco, ni de lejos ni de cerca.

En el cuarto contiguo de su casa vivía un don César Y, que era el reverso de la medalla.
Procedía de la antigua casta conservadora, y como conservador, con ribetes y aun franjas abso-
lutistas, era enemigo jurado de la milicia, defensor á todo trance del principio de autoridad y
abogado á macha martillo de la Iglesia y sus ministros, piedras angulares, como él decía, del
orden social; y dentro de su casa tenía puestas sus potencias en la instrucción, y sobre todo en
la educación moral y religiosa de sus hijos, á quienes profesaba entrañable cariño.

El avisado lector comprenderá, sin que se lo digamos, lo que había de suceder forzosa-
mente al ponerse al habla los dos vecinos. Con tan opuesto espíritu y tendencias era entre ellos
imposible el acuerdo; y por regla general, después de una acalorada discusión, que solía dege-
nerar en disputa, se separaban con la resolución de no volver á discutir; pero en cuanto se
reunían volvían á las andadas, que á esto conduce la fuerza de los antagonismos políticos y so-
ciales.

Suscitóse un día la batallona cuestión de la educación de los hijos: cada cual encareció la
bondad de su sistema, y como las razones de don Fernando y de don César no se recomenda-
ban por la novedad, haremos de ellas caso omiso y sólo citaremos lo que, por vía de epílogo,
dijeron al dar fin á su controversia los enardecidos oradores:

—Ni yo he de convencerte, dijo César á Fernando, ni tú á mí. Siga cada cual en sus trece,
y al fin de la jornada veremos quién se ha orientado mejor. No creas que me figuro que voy á
hacer de mis hijos dos seres perfectos; hartó sé que el mundo, los amigos, y principalmente sus
pasiones, les inducirán á practicar lo contrario de lo que les predico; pero éste es un motivo
más para que yo los prepare contra extrañas y peligrosas influencias, y para que, sin descanso,

TOMO III. — 9.

ejerza mi oficio de padre, siguiéndoles los pasos, aconsejando y corrigiendo, atento á su felicidad, que para mí sólo se encuentra en el amor al trabajo, en el cumplimiento del deber y en las reglas del honor.

—Tú predicas á lo misionero y cohibes á tus hijos á lo déspota, replicó Fernando. Allá te las hayas y con tu pan te lo comas. Yo, que veo las cosas de distinta manera, dejo en libertad á los míos, y hasta ahora no tengo por qué arrepentirme. No quiero que crezcan sometidos á ninguna preocupación religiosa...

César marcó un gesto de disgusto, y advirtiéndolo Fernando rectificó:

—En lugar de preocupación digamos idea religiosa: quedas complacido. Mi deseo es que mis hijos lleguen á la edad de la razón sin la impedimenta de ciertos principios, que suelen ser motivo de amargas dudas y de cobardes desfallecimientos; y así, libres de trabas, se desarrollarán sus inteligencias hasta donde fuese posible, con absoluta espontaneidad. Si más tarde quieren abrazar alguna religión positiva, como resultado de sus investigaciones, respetaré su resolución; y si prefieren seguir mi camino, dicho se está que me parecerá mejor. Reniego de la autoridad que se impone, y aspiro á que mis hijos vean en mí un amigo cariñoso, no un censor severo.

—¡Bonito porvenir te preparas y preparas á tus hijos! repuso César.

—No sé en qué fundas tus temores. Mi casa es una balsa de aceite...

—Hoy, ¿y mañana? ¿Cuántos años tiene tu hijo Ricardo?

—Doce.

—¿Y tu hija Mercedes?

—Ocho.

—Amigo Fernando: dentro de ocho años, si vivimos, hablaremos. Te emplazo para entonces.

*
* *

A los diez y seis era Ricardo lo que por *eufemismo* se llama *una alhaja*, y á los doce Mercedes podía presentarse como ejemplo de rara y funesta precocidad.

Ricardo decía á menudo, viniera ó no viniera á cuento, que *él no temía ni debía*, y habiendo vivido hasta esa edad en una sociedad relativamente culta, ofrecía rasgos y genialidades del salvaje que se rige sólo por los impulsos de sus antojos y de sus malas pasiones.

No le gustaba el estudio y no estudiaba: le pareció insustancial el trato de algunas familias y dejó de frecuentarlas; le sedujo la libertad sin freno ni cortapisas, le encantaron la jerga y los chistes soeces de la gente de la carda (valentones y rufianes), y metióse de rondón en su círculo, aceptando como modelos, dignos de imitación, á los asiduos al café de la Alegría y á ciertos billares y tabernas de los barrios bajos, futuros pensionistas del presidio y algunos con aspiraciones

« á escalar más alto puesto. »

Dime con quién andas y te diré quién eres, y este refrán podía también aplicarse á Mercedes, uña y carne de la cocinera, de la lavandera y de toda la gente de baja estofa que entraba en la casa por razón de su oficio.

La niña era un encanto de hermosura: sus ojos azules, su perfilada nariz, su tez finísima y sus rubios y enortijados cabellos le daban el aspecto de un ángel; pero cuando hablaba brotaban de aquellos labios de rosa palabras y frases que hubiera aceptado sin vacilar la chula más abyecta.

Como se ve por la muestra, los hermanos eran dignos uno de otra y, al verlos juntos, el menos observador comprendía que no les ahogaba el cariño fraternal; cada uno vivía por sí y para sí, y llevaba camino de estrellarse por distinto despeñadero.

Ricardo, en poco tiempo, hizo grandes progresos en toda clase de desórdenes: llevó su inteligencia y su energía al mal: sentó plaza de jugador, bebedor y pendenciero, y su hermana, coquetuela y voluntariosa hasta un grado inverosímil, pateaba como una furia al sentir la menor contrariedad, y abofeteaba y arañaba á cualquiera que se atreviese á hacerle la menor indicación opuesta á sus deseos.

¿Y don Fernando? El buen señor cayó al fin en la cuenta de que su casa era lo contrario de la *balsa de aceite*, y quiso llamar al orden á los *autónomos*, que hicieron tanto caso de sus palabras como de las nubes de antaño.

—He sabido, dijo á Ricardo, que andas entre gente de mal vivir; que vienes á casa á las cuatro ó á las cinco de la mañana, y que no vienes algunas noches, y esto es abusar indignamente de mi tolerancia. Por los desórdenes se va á la ruina de la salud y de la fortuna, y á la deshonra de mi nombre, y esto no lo puedo consentir.

El muchacho se quedó como quien ve visiones al encontrarse con el rostro severo de su padre, y al oír su primera reconvención, y con la mayor naturalidad replicó:

—¿Qué tiene de particular que quiera divertirme?

—Es que te estás encanallando.

—Dura es la palabra: si otro que no fuera mi padre me hubiera hablado de este modo, no le hubieran quedado ganas de repetírmelo.

—Me aseguraron que la echabas de temerón y veo que es verdad.

—Soy como usted me ha hecho. ¿Y decía usted que era enemigo de que los padres sermoneasen á los hijos? Poco se conoce.

Don Fernando, con mansedumbre de cordero, se achicó en presencia del mozuelo irrespetuoso y deslenguado, y contentóse con decirle:

—El mal camino que llevas me obliga á aconsejarte en interés tuyo.

Y el muchacho contestó:

—No se lo agradezco: así me va bien, y no pienso enmendarme.

Y dando muestras de una grosería más propia de un jifero que de una persona bien nacida, volvió la espalda y salió pegando un tremendo portazo.

—¡Padre! dijo Mercedes, ¿qué mosca te ha picado hoy que gastas tan mal humor? ¡Pobre Ricardo! ¿qué tiene de particular que no le guste recogerse temprano? ¿Qué mal hay en esto?

Molestó á don Fernando que la niña se convirtiese en abogado defensor del insolente manco; quejóse de ello amargamente, y á renglón seguido censuró la violencia de carácter de Mercedes, sus intimidaciones con personas de baja ralea, la ordinariez de su lenguaje y sus coquetos con los vecinos, algunos de los cuales pertenecían á la ínfima categoría, y ella replicó con aire despachado:

—¿También hay sermón para mí? ¿A qué vienen estas novedades? Hago hoy lo mismo que el año pasado: no sé por qué ahora te ha de parecer mal lo que entonces te parecía bien.

Y apelando al supremo recurso de las lágrimas, cual pudiera una mujer curtida en las batallas de la vida, se echó á llorar como una Magdalena, y entre sollozos exclamó:

—¡Ay, padre; que me han asegurado que quieres casarte por segunda vez! Me había resistido á creerlo y debe ser verdad. Si no quisieses á una mujer extraña no tratarías tan mal á Ricardo y á tu pobre hija.

Don Fernando afirmó que lo de las segundas nupcias era un cuento mal forjado, un embuste calumnioso, y Mercedes (¡buena actriz!) se colgó de su cuello; y á fuerza de mimos, besos y abrazos, consiguió que dijese el padre, visiblemente conmovido:

—Basta, hija mía, y no se hable más del asunto; pero es preciso que te enmiendes y que me ayudes á traer á tu hermano por buen camino, á puerto de salvación.

*
* * *

Las amonestaciones de don Fernando fueron *vox clamantis in deserto*.

Ricardo siguió con vertiginosa carrera por la pendiente del vicio, saboreando á sus anchas el satánico placer de la desobediencia. Su *Ateneo* era un garito de la Cava baja en que se reunían á todas horas matuteros de diversos grados, próceres del matadero, alguno que otro torero de verano, y además, la flor y nata de los perdidos y perdidas de Madrid. Por entonces Mercedes andaba ciegamente enamorada de un pillastre, de un matutero apodado «el Caribe,» que no *tenía desperdicio*, al decir de sus compañeros de glorias y fullerías.

Cuando se enteró don Fernando de la monstruosa aberración de su hija, le dirigió los cargos que le sugirieron su propia dignidad y el cariño á su hija, la cual contestó, poniéndose en jarras, «que quería casarse con su novio y que se casaría, aunque se opusieran cielo y tierra,» y el afligido padre, en un momento de exaltación, la cogió por un brazo y la arrojó al suelo, diciéndole:

—¡Antes te quiero muerta que casada con ese miserable perdonavidas!

¿No presiente el lector que las catástrofes se acercan?

*
* * *

Estaba una mañana don Fernando hojeando *La Correspondencia*, y en las noticias de la capital encontró la relación de una sangrienta escena ocurrida á altas horas de la noche en un garito de la Cava baja. Por cuestiones de juego armóse recia disputa; los *socios* se dividieron en dos campos; salieron á relucir revólvers, facas y puñales, y cerradas con llave las puertas de la habitación, entablóse una riña feroz de que resultaron cuatro muertos y varios heridos.

A don Fernando le dió un vuelco el corazón, y púsose en pie, á tiempo que entraba en la habitación un su amigo en cuyo demudado rostro leyó la confirmación de su presentimiento.

—¿Es verdad mi desgracia? preguntó al amigo.

Y éste, haciendo una señal afirmativa, con voz apenas perceptible contestó:

—¡Es verdad!

Uno de los que murieron en la refriega de la Cava baja era, en efecto, Ricardo.

Horrible, desgarradora fué la escena en que don Fernando vió á su hijo con una puñalada que le había partido el corazón y con un pistoletazo que le había destrozado el cráneo; más desgarradora y horrible porque el desventurado padre se acusaba de haber sido la causa del trágico fin de su hijo. Abrazóse al cadáver, lo besó, y cuando, á viva fuerza, lo sacaron de aquel recinto, llevaba el traje, el rostro y las manos ensangrentadas; y al oírle repetir, en el colmo de la desesperación, que él había matado á su hijo, cualquiera hubiera podido imaginar que era don Fernando un execrable parricida.

Dos amigos lograron meterle en un coche de punto y lo condujeron á su casa, en donde, desgraciadamente, le esperaba otra inmensa desdicha. Subió llamando á Mercedes; entró en su gabinete, y vió ropas tiradas por el suelo, y abiertos los cajones de las cómodas y las puertas de los armarios. Sin darse cuenta de la razón de aquel desorden pasó á su despacho y encontró quebrantada la cerradura de la caja donde guardaba el dinero y las alhajas; empezó á dar grandes voces llamando á Mercedes, y acudieron las criadas, que no supieron ó no quisieron dar de ella noticia alguna; sólo el portero, con la imperturbabilidad propia de su cargo, refirió que la señorita y un joven de arrogante figura habían entrado en un coche de camino, hacía cosa de una hora, y que habían partido al galope desempedrando la calle.

Mercedes se había fugado de la casa paterna, llevándose sus alhajas, las de su madre y todo el dinero que tenía su padre en la caja, ¡y la acompañaba un miserable matutero!!!

Este fué para don Fernando el golpe decisivo. Como un furioso recorrió todas las habitaciones de la casa, sin oír las palabras de los amigos que le iban siguiendo; se daba de puñe-

tazos en la cabeza y en el pecho, gritando con voz estentórea: «¡Hija infame! ¡Hija malvada!» abrió un balcón, sin duda con el propósito de suicidarse, pero los amigos lo sujetaron; de pronto lanzó una carcajada estridente y se dejó caer en un sillón, apoyando los codos en las rodillas y la barba en ambas manos y moviendo los ojos vidriosos y extraviados de derecha á izquierda y de izquierda á derecha con automática regularidad. ¡Espantosa solución de la crisis!

Don Fernando había perdido la razón para no recobrarla jamás.

De las premisas de ciertos errores trascendentales se derivan desastrosas consecuencias; la lógica de los hechos es inflexible.

J. FEDERICO MUNTADAS.

Residencia de Piedra, Junio, 1893.



LA PEINADORCITA.—CUADRO DE PABLO WAGNER

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

EL *Palacio Real* de Palma, que se halla cercano, es un edificio señorial muy característico. Pretenden algunos que en su construcción se confunden el estilo románico y el árabe. Sin que pueda admitirse esta opinión, no cabe ocultar que se ven en él tales anomalías, que no es extraño que los inteligentes se hayan visto perplejos para la resolución del problema. Remata sus muros un ángel gótico que dirige la mirada al mar.

Entre las numerosas iglesias de Palma no son para olvidadas las de Santa Eulalia y San Magín, siquiera no sea por otra cosa que por el privilegio de asilo de que han gozado hasta hace muy pocos años, privilegio en virtud del cual se veían libres de la persecución de la justicia los criminales que en su interior se guarecían.

La puerta de la iglesia de Monte Sión se distingue por una ornamentación suntuosa. En nuestros países sombríos podría parecer pesado y recargado el estilo á que pertenece; pero bajo los deslumbrantes rayos del sol del Mediodía, merced á los cuales las sombras más insignificantes se proyectan decididas y cortadas, adquieren relieve los detalles más insignificantes, produciendo efecto sorprendente lo acabado de las esculturas y la riqueza del conjunto.

En la iglesia de San Francisco se encuentra el sepulcro que contiene los restos del gran Ramón Lull, el célebre místico, honor de Mallorca, su patria, que fué al par escritor fecundo, teólogo, físico y arquitecto.

La sepultura en cuestión es uno de los más notables monumentos funerarios del último período del arte ojival.

Ramón Lull nació en Palma en 1235; desde muy joven dió muestra de sus felices disposiciones para el ejercicio de las armas, y entró á formar parte de la servidumbre del infante don Jaime, en calidad de paje. Más adelante, después de una juventud borrascosa, sus padres, con el propósito de poner término á su vida desordenada, le indujeron á que tomara estado. Los lazos del matrimonio no fueron bastantes, sin embargo, á domar su carácter arrebatado y emprendedor, que le llevó al extremo de penetrar un domingo, á caballo, en la iglesia de Santa Eulalia, en seguimiento de una arrogante matrona, de la cual estaba perdidamente enamorado.

En otra ocasión se dirigió á una joven, por demás agraciada, requiriéndola de amores; pero esta nueva aventura, no menos singular que poética, debía producir un cambio radical en su existencia, comenzando por hacerle alquimista por amor.

En efecto, dicha joven, siquiera enamorada del gallardo Lull, resistió denodadamente sus ruegos y acometidas. No hay para qué decir que tan obstinada resistencia era leña añadida al fuego de los deseos en que ardía el corazón del enamorado galán, quien, empeñado en conocer las causas de tan desusada resistencia, iba á prescindir de toda consideración, cuando la doncella, armándose de un valor superior á lo que de su condición podía esperarse, arrancó decidida las

ropas que cubrían su seno, y dejó de manifiesto un espantoso y hediondo cáncer que paulatinamente lo roía. Añade la leyenda que Lull, horrorizado ante aquel espectáculo, consagróse con gran empeño á sus estudios favoritos, no dándose por satisfecho en tanto no encontró un remedio eficaz para aquella terrible enfermedad.

Y no fué este únicamente el cambio que se operó en aquel hombre desvanecido. Sobreponiéndose la reflexión á los arrebatos de la juventud; considerando lo efímero de la humana belleza, resolvió abandonar los engaños del mundo para consagrarse al estudio y á la penitencia, á cuyo fin comenzó por vender su patrimonio, distribuyendo entre su mujer y sus hijos la mayor parte de su producto. Después de haber hecho un viaje á la Península para visitar, como romero, los santuarios de Montserrat, en Cataluña, y Santiago de Compostela, en Galicia, regresó á Mallorca, donde se retiró á las soledades del monte de Randa, para hacer vida eremita. Entregado al estudio y á la meditación, compuso allí diferentes libros, que le valieron la honra de ser llamado por Jaime II, que en aquella sazón se encontraba en Montpellier, el cual le confió la fundación de un instituto, en que debían consagrarse al estudio de la lengua árabe trece religiosos franciscanos, idioma que conocía Lull perfectamente, por haberlo aprendido de uno de sus siervos.

Dicho instituto, siquiera establecido en Miramar, en la isla de Palma, en virtud de una donación debida á la regia munificencia, no alcanzó larga duración, ni dió los resultados que se prometían para la conversión de los infieles, que fué el propósito principal que tuvo en cuenta el fundador.

Más adelante encontramos á Lull en Génova, donde tradujo un libro árabe; y en Túnez, donde predicó el Evangelio, cuyas excelencias sostuvo valerosamente en animada controversia con los alfaquíes mahometanos. Expulsado de este reino, donde corrió innumerables peligros, embarcóse para Nápoles.

De allí pasó á Roma y después á París para tratar con el rey el asunto de la conversión de los infieles, que era el objeto constante de sus preocupaciones, á cuyo efecto no perdonaba medio ni ocasión, ora escribiendo, ora enseñando, ora predicando, para lo cual se trasladó nuevamente al África. Los habitantes de Bugía, tratándole como enemigo de su fe, le persiguieron cruelmente, acabando por matarle á pedradas como un perro junto á las puertas de la ciudad.

Unos pescadores genoveses recogieron su cadáver, y con él á bordo hicieron rumbo hacia su patria; pero cuando imaginaban entrar en el puerto de Génova, observaron, con no poca sorpresa, que se hallaban delante de Mallorca. En vista de ello determinaron seguir adelante;



Puerta de la iglesia de Monte-Sión

pero el leño, detenido por una fuerza prodigiosa, no avanzaba á pesar de henchir sus velas un viento propicio, y no obstante los esfuerzos de los resueltos marineros. En vista de esto determinaron desembarcar: dieron cuenta del suceso prodigioso, y viniendo por ello en conocimiento de que el cadáver que en el buque traían era el cuerpo del que llamóse en vida Ramón Lull, determinaron dejarlo en la isla, como lo hicieron, con lo cual pudieron continuar su viaje, sin obstáculo ni inconveniente que á sus fines se opusiera.



Puerta de San Francisco

Pensóse en un principio en depositar el cadáver en la iglesia de Santa Eulalia, en la cual yacían los individuos de la familia de Lull: opusieron á ello los padres franciscanos, alegando que aquel mártir de la fe había pertenecido á su orden: prevalecieron las razones de éstos, y después de haber permanecido depositado el cadáver en la sacristía del convento, fué al cabo trasladado al sepulcro donde actualmente reposan sus restos mortales.

Tal fué la extraña y accidentada existencia de ese hombre, al cual profesan los habitantes de las Baleares un verdadero culto.

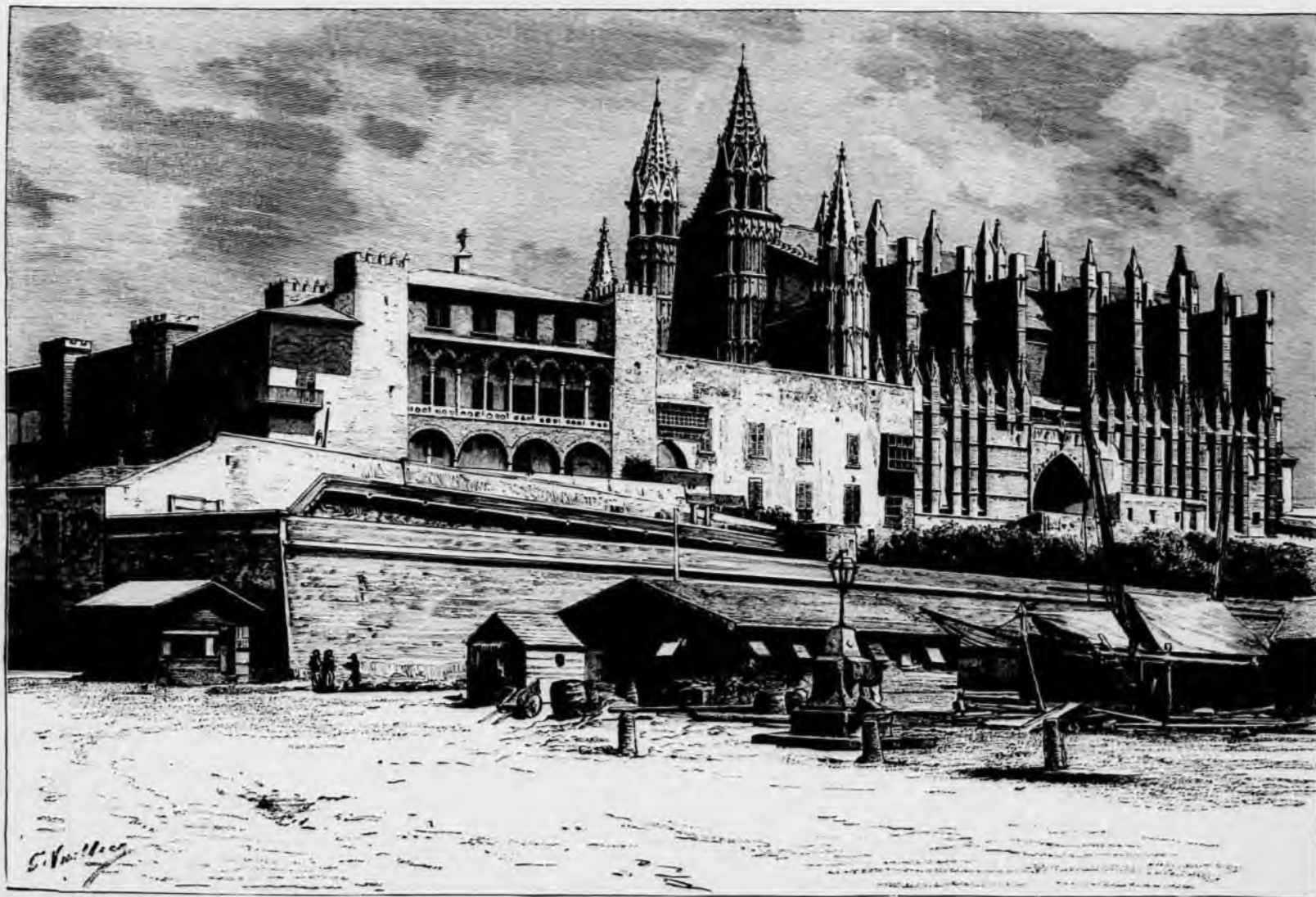
La nave de la iglesia de San Francisco es espaciosa y de muy bien halladas proporciones, siendo de lamentar que una mal entendida restauración haya perjudicado y hasta destruido el sello que distinguía y caracterizaba sus antiguas capillas.

Su puerta principal constituye uno de los ejemplares más acabados del estilo arquitectónico del siglo XVIII.

El convento de San Francisco, el mayor y el más espacioso de Palma, sin duda alguna, tenía en otro tiempo dos claustros, que ocupaban ciento cincuenta religiosos. Más adelante fué destinado á residencia del Gobernador de la provincia. Posteriormente sirvió para cárcel de la Audiencia, y en la actualidad está destinado á *presidio*. En el momento en que penetramos en el patio, la mayor parte de los penados estaban paseando en grupos fumando cigarrillos, al paso

que otros, sentados alrededor, se ocupaban tejiendo esteras de esparto. Como me llamara la atención lo crecido del número de los presidiarios, me dijo Sellarés que á la penitenciaría de Mallorca iban destinados muchos criminales procedentes de otras audiencias de España, sin lo cual apenas habría personal, puesto que, así como en las Baleares no se encuentran animales dañinos, ni reptiles venenosos, tampoco hay malhechores.

Esto es cierto: tanto que el viajero puede recorrer la isla en todas direcciones, de día y de noche y hasta por los sitios más agrestes, seguro de no encontrar quien se meta con él, como no sea para ofrecerle franca acogida y sincera hospitalidad.



MALLORCA.--LA CATEDRAL Y EL PALACIO REAL.

Ayuntamiento de Madrid

El claustro de San Francisco es la única obra ojival de su género existente en las Baleares, siendo admirable, así por el sello original de su arquitectura, como por su elegancia y su grandiosidad, que se apartan de las formas comunmente conocidas.

Las dimensiones del patio son inmensas, según he manifestado: á cada uno de sus cuatro lados se abren espaciosas galerías, y como no existe construcción alguna intermedia que interrumpa las líneas de sus columnas, que se elevan delicadas y esbeltas hasta la galería superior, no parece sino que el largo espacio en que se desarrollan esté cerrado por una elegante verja.

Las arquivoltas de dichas columnas rematan en un elegante festón de cinco lóbulos, que forma un dibujo por demás delicado: las arcuaciones de la galería oriental son trilobadas, diferenciándose en eso de las demás, que, como he dicho, tienen cinco lóbulos.

El techo de las mismas no es abovedado, sino de obra de carpintería, y el tejado que las cubre avanza mucho sobre el delicado apoyo que lo sostiene. Hay motivos para presumir que esta cubierta pertenece al siglo xvi.

No puede imaginarse nada más bello que este claustro.

Los muros de las galerías contienen un gran número de lápidas sepulcrales y sarcófagos, llamando especialmente la atención una que se encuentra en el lado oriental.

En la parte baja de la ciudad, muy cerca de los muelles, existe el edificio de la *Lonja*, antigua casa de contratación, cuya masa rectangular se mira en las tranquilas aguas del puerto. Flanquean sus ángulos sendas torres de planta octogonal. El cornisamento lo compone una serie de aberturas cuadradas, adornadas primorosamente, surmontadas por una lindísima crestería que afea en una graciosa y delicada cornisa. Sirve de basamento al edificio, comunicándole gracia y robustez al par un suave talud, y sus fachadas quedan divididas en varios compartimentos constituidos por ligeros contrafuertes en forma de esbeltas torrecillas. La portada la constituye una robusta ojiva dividida por una columna, sobre la cual existía en otro tiempo una linda imagen de la Virgen. Al presente campea sobre el tímpano un ángel, por cierto no del mejor gusto: esta parte parece resentirse de las influencias del período de decadencia del estilo ojival.

Aun así, es la Lonja un edificio soberbio, y, según se dice, constituye uno de los más bellos ejemplares del gótico civil que existen en España.

Su disposición interior es notable, pues ofrece uno de esos esfuerzos que son rasgo característico del arte medio-eval. Consiste en una sala espaciosísima, cuya bóveda rebajada, se halla sostenida por solas seis columnas, cuya robustez desaparece bajo sus estrias retorcidas en forma de cable. Para que pueda formarse idea de sus vastas dimensiones, bastará saber que cuando se daban en ella los bailes de máscara en la época del carnaval, se reunían allí, sin la menor apretura ni confusión, más de 1,200 personas. Así lo dice M. Grasset de Saint-Sauver, y puede asegurarse que no hay en ello exageración.

Tan importante monumento constituye un testimonio elocuente de lo que fueron el comercio y la navegación de Mallorca antes de que Cristóbal Colón, merced al descubrimiento del Nuevo Mundo, hubiese modificado la importancia de todos los puertos de Europa.

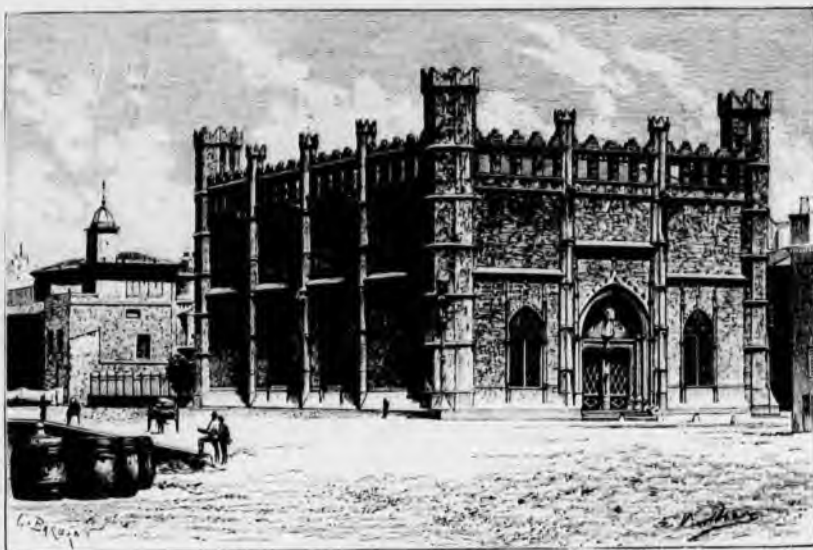
Su construcción, y hasta el lugar donde se halla emplazado, son debidos á Jaime I el Con-

TOMO III.—10.



Sepulcro de Ramón Lull

quistador, que quiso con ello proporcionar un sitio donde pudieran congregarse, para realizar sus contratos, los mercaderes, á los cuales miraba este rey con especial predilección. Durante largos años las islas Baleares fueron uno de los centros mercantiles más importantes del mundo, debiéndose semejante prosperidad, más bien que á su industria local y á la riqueza de sus moradores, á su situación geográfica, que la convertía en lazo de unión para las relaciones



La Lonja

mercantiles entre las costas de África y los puertos de Italia, Francia y el antiguo reino de Aragón.

Durante el reinado de dicho soberano el comercio de Mallorca tomó un vuelo considerable, siendo el puerto de Palma uno de los más frecuentados. En el siglo xv eran tantos los cambistas genoveses establecidos en las Baleares, que tenían en Palma una casa especial de contratación. Habitaban la parte de la ciudad ocupada al presente por los descendientes de los judíos convertidos al Cristianismo.

Existen en los archivos ordenanzas suntuarias de esta época que revelan el lujo y la opulencia de sus habitantes. Una de dichas ordenanzas fija el peso de las cadenas de oro, que entonces, como hoy, formaban parte de las joyas femeniles.

C. V. DE V.

(Continuará).

ROMANCE

PARÍOME adrede mi madre:
¡ojalá no me pariera!
aunque estaba cuando me hizo
de gorja naturaleza.

Dos maravedís de Luna
alumbraban á la tierra;
que por ser yo el que nacia,
no quiso que un cuarto fuera.

Nací tarde, porque el Sol
tuvo de verme vergüenza,
en una noche templada
entre clara y entre yema.

Un Miércoles, con un Martes
tuvieron grande revuelta,
sobre que ninguno quiso
que en sus términos naciera.

Nací debajo de Libra,
tan inclinado á las pesas,
que todo mi amor le fundo
en las madres vendederas.

Dióme el León su cuartana,
dióme el Escorpión su lengua.
Virgo el deseo de hallarle,
y el Carnero su paciencia.

Murieron luego mis padres,
Dios en el Cielo los tenga,
porque no vuelvan acá,
y á engendrar más hijos vuelvan.

Tal ventura desde entonces
me dejaron los Planetas,
que puede servir de tinta,
según ha sido de negra.

Porque es tan feliz mi suerte,
que no hay cosa mala ó buena,
que aunque la piense de tajo,
al revés no me suceda.

De estériles soy remedio,
pues con mandarme su hacienda
les dará el Cielo mil hijos
por quitarme las herencias.

Y para que vean los ciegos
pónganme á mí á la vergüenza,
y para que cieguen todos,
llevenme en coche ó litera.

Como á imagen de milagros
me sacan por las aldeas,
si quieren sol, abrigado,
y desnudo, porque llueva.

Cuando alguno me convida,
no es á banquetes, ni á fiestas,
si no á los misacantanos,
para que yo les ofrezca.

De noche soy parecido
á todos cuantos esperan
para molearlos á palos,
y así inocente me pegan.

Aguarda hasta que yo pase,
si ha de caer una teja:
aciértanme las pedradas,
las curas sólo me yerran.

Si á alguno pido prestado,
me responde tan á secas,
que en vez de prestarme á mí,
me hace prestarle paciencia.

No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.

No hay camino que no yerre,

ni juego donde no pierda,
ni amigo que no me engañe,
ni enemigo que no tenga.

Agua me falta en el mar,
y la hallo en las tabernas;
que mis contentos y el vino
son agüados donde quiera.

Dejo de tomar oficio,
porque sé por cosa cierta,
que en siendo yo calcetero,
andarán todos en pierna.

Si estudiara Medicina,
aunque es socorrida ciencia,
porque no curara yo
no hubiera persona enferma.

Quise casarme estotro año
por sosegar mi conciencia,
y dábanme en dote al diablo,
con una mujer muy fea.

Si intentara ser cornudo,
por comer de mi cabeza,
según soy de desgraciado,
diera mi mujer en buena.

Siempre fué mi vecindad
mal casados que vocean,
herradores que madrugan,
herreros que me desvelan.

Si yo camino con fieltro,
se abrasa en fuego la tierra;
y en llevando guardasol,
está ya de Dios que llueva.

Si hablo á alguna mujer,
y la digo mil ternezas,
ó me pide, ó me despide,
que en mí es una cosa mesma.

En mí lo picado, es roto:
ahorro cualquier limpieza:
cualquiera bostezo es hambre:
cualquiera color, vergüenza.

Fuera un hábito en mi pecho
remiendo sin resistencia,
y peor que besamanos
en mí cualquiera encomienda.

Para que no estén en casa
los que nunca salen de ella,
buscarlos yo sólo basta,
pues con eso estarán fuera.

Si alguno quiere morirse
sin ponzoña ó pestilencia,
proponga hacerme algún bien,
y no vivirá hora y media.

Y á tanto vino á llegar
la adversidad de mi estrella,
que me inclinó que adorase
con mi humildad tu soberbia.

Y viendo que mi desgracia,
no dió lugar á que fuera,
como otros, tu pretendiente,
vine á ser tu pretenmuela.

Bien sé que apenas soy algo;
mas tú, de puro discreta,
viéndome en tantas faltas,
que estoy preñado sospechas.

Aquesto Fabio cantaba
á los balcones y rejas
de Aminta, que aun de olvidar
le han dicho que no se acuerda.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

COCO DE MAR

HISTORIETA

POR

ERNESTO LENBACH



A señorita me manda le diga que luego saldrá.

El anciano criado desapareció y el profesor Hellig quedó solo en la media oscuridad de buen tono del salón. Con timidez asombrosa tomó asiento en una preciosa silla rococó. Sintió que sus manos temblaban ligeramente y se incomodó consigo mismo.

—De manera que todavía eres el mismo de antes, estúpido Hans, refunfuñó interiormente, y que de nada te ha servido pasar dos veces el Ecuador como una buena barrica de Madera. En la cátedra hablas con aplomo, has recorrido sin temor las más peligrosas regiones donde reinan fiebres de la India, y así que pisas un elegante pavimento alemán y percibes el olor de un salón, vuelves á ser y serás siempre el antiguo tímido aldeano del pueblecito de las montañas del Rhin... ¡Ah! ¡bien sé yo por qué tiembles aquí precisamente!... ¿Qué es lo que querrá Dina? Existe ahora una persona á la cual debería dirigirse para todo con preferencia á mí ó á otro cualquiera.

Pasóse descorazonado la robusta y tostada mano por la rojiza barba, y reparó entonces que no llevaba guantes. Buscó apresuradamente en los bolsillos. Era demasiado tarde; oyó el crujido de un vestido de seda y se levantó de la silla con espanto. Positivamente tenía el aire de un desdichado, siendo así que más de un joven hubiese pagado por ser llamado á una conferencia á solas con la bella y rica baronesa Dina Hendriksen.

La baronesa Dina era una hermosa y esbelta muchacha; sus anchas espaldas y su cabello de un rubio ceniciento, poco común, al cual un rayo de sol que entraba por la abertura de la *portiere* daba un reflejo metálico, revelaban su origen holandés. También en su hablar había un ligero acento holandés, pero sólo lo preciso para realzar con este dejo extranjero el encanto de su voz profunda y armoniosa.

Su traje era rico y sencillo. Un precioso aro de oro le sujetaba el cabello más arriba de la frente, delicado rasgo de amor á las costumbres de la patria, aunque tal vez hubiese también en esto un poquillo de inocente coquetería.

En la mano izquierda llevaba una caja bastante voluminosa, de forma ovalada y cubierta de arabescos que colocó cuidadosamente encima de la mesa, delante de la cual se sentó, frente al que venía á visitarla.

—Doy á usted gracias, señor profesor, por su amabilidad en atender tan prontamente mi

súplica. En otro tiempo, añadió, mientras una sonrisa asomaba á su rostro bello y grave, en otro tiempo solía usted venir alguna vez sin ser llamado.

—Esto era antes, baronesa, en mi pueblo natal y en otras circunstancias...

—¿De manera que las circunstancias de esta nuestra casa le acomodan á usted menos?

—Sí, baronesa, lo confieso. En el pueblecito donde usted y su madre pasaban una temporada como sencillas huéspedes, era el trato natural. Con delicia recuerdo los agradables ratos pasados en el antiguo parque de robles, que nunca me había parecido tan majestuoso como entonces, después de haber residido dos años en los trópicos, conversando con su bondadosa madre y...

—¡Y esforzándose vanamente en enseñar botánica á la traviesa Dina! ¿No es verdad? ¡Ah! sí, pasaron aquellos tiempos, y aun diré que comprendo que no le guste la etiqueta de nuestra casa...

—Pero, baronesa...

—No, no, lo comprendo perfectamente. Crea usted que preferiría sentarme otra vez en el parque de Adolfsruh; pero usted sabe muy bien lo que debemos á la sociedad, lo que se llama representación.

Parecióle al profesor que al pronunciar estas palabras el bello semblante de Dina había tomado una expresión nueva; podría ser de dolor, empero él creyó leer otra cosa, orgullo de nobleza ó como quiera que se le llame: un sentimiento democrático se apoderó de él y le sugirió las palabras siguientes:

—Lo comprendo muy bien, baronesa: á pesar de mis nuevas ocupaciones como profesor de cierto renombre, no estoy tan apartado del mundo que no sepa que nuestra sociedad festeja á usted como á reina de ella. Mi puesto jamás estuvo en este círculo.

Como le mirase ella un instante con extrañeza, arrepintióse de sus palabras y del tono con que las había pronunciado.

Dina dijo:

—Estoy deteniendo á usted; deje usted que le hable del asunto por el cual he solicitado su visita. Vea usted.

Y cogiendo la caja, de la cual colgaba una llave de oro, la abrió apresuradamente.

—¿Tiene esto algún valor?

Estas últimas palabras díjolas con cierta confusión y poniéndose muy colorada.

En la caja, cuidadosamente envuelto en algodón, había un reluciente trozo de madera, de color castaño oscuro y de forma redonda. El profesor lo sacó y se puso á mirarlo, mientras sus facciones tomaban la expresión de un examen concienzudo. Luego miró á la baronesa como interrogándola.

Adelantóse ella á su pregunta, diciéndole:

—¡Ah, sí! tengo, naturalmente, que dar á usted algunas explicaciones. Mi madre habrá sin duda hablado á usted á menudo de mi antepasado, el gran almirante Cornelio Hendriksen, de quien procede este objeto. Cuando en el año 1602, libró á una ciudad de la India de los portugueses, cuya flota destruyó, se lo regaló el rajah como un don precioso. Dicen que es una fruta de un valor extraordinario. En nuestra crónica consta que los judíos de Amsterdam ofrecieron 20,000 florines por ella á mis antepasados. ¿Tiene verdaderamente esta nuez tanto valor?

Todo esto lo dijo Dina con voz insegura, primero con precipitación y luego cada vez más despacio, casi tartamudeando al observar cuán lejos estaba la expresión del rostro del profesor de la apreciación de los judíos de Amsterdam.

—Siento, baronesa, replicó Hans Hellig lentamente, que mi contestación sea tal vez un desengaño para usted. El rajah indio y los judíos de Amsterdam tenían razón en su época, pero aquel tiempo pasó. Esta fruta—aquí Hans Hellig, dichoso de llegar á la parte docente,

navegaba á toda vela por el mar de la ciencia—esta fruta es una nuez de coco de las Sichelles. Crece únicamente en tres de las islas africanas é invariablemente á la orilla del mar. Cuando el fruto está maduro cae al mar, y la corriente lo lleva centenares de millas lejos hasta las islas Maldivas, en la costa de la India. Allí los pescan, y por esto los llaman *Coco de mar*. Por ser su origen enigmático, se le consideraba entonces un fruto precioso, y se le atribuía grande eficacia contra toda clase de venenos y de enfermedades. A principios del siglo xvii podía valer un hermoso ejemplar 20,000 florines, especialmente en la India.

—¿Y ahora? preguntó Dina casi angustiada.

El profesor la miró con asombro y notó su agitación.

—¡Raro capricho, pensó, es el de esta joven opulenta, que aprecia más esta reliquia por el valor que por la gloria que está ligada con ella.

Y no sólo lo pensó, sino que lo dió á entender claramente con su dictamen: la nuez tenía para todo el mundo sólo el valor de una rareza de poco precio; para su familia, empero, era un recuerdo precioso.

—Quedamos en esto, contestó la baronesa con voz dura. Un recuerdo, nada más. Doy á usted gracias, señor profesor.

Había vuelto á colocar la nuez dentro de la caja, y mientras la cerraba se vió mejor una inscripción que rodeaba el borde.

—Árabe, murmuró el profesor.

—¿Qué quiere decir en alemán?

—Se refiere al contenido de la caja, baronesa. La corteza es fea, pero magnífica, porque contiene la pepita. Vea usted, la superstición ligada á esa nuez de las Sichelles.

En aquel instante apareció el anciano criado en el dintel de la puerta.

—Señorita, la medicina.

La baronesa se levantó.

—Vuelvo luego. Usted me dispensará, dijo dirigiéndose al profesor, mi madre...

—¿Cómo? ¿Es que no está buena? preguntó con ímpetu Hans levantándose de la silla con todo su aplomo.

—Está muy enferma, contestó la baronesa con gravedad. Por este motivo ruego á usted que me dispense y le repito un millón de gracias.

*
* * *

En la ancha alameda, cuyos altos castaños tapaban con sus copas la villa de la baronesa, reanudó el profesor Hellig su coloquio consigo mismo. Era éste un defecto adquirido en sus largos viajes solo y que había acabado por ser una costumbre lamentable. Esta vez el curso de su monólogo fué poco placentero. Empezó, como acostumbraba en casos análogos, con una acerba crítica de su conducta.

—¡Cuán poco acertado ha sido el no preguntar yo mismo antes por la baronesa! murmuró. ¿Debía haber preguntado acaso por su primo y prometido? ¡Pero si no le conozco!... ¿Y ella?... A ella apenas la reconozco. ¿Es esta la alegre y franca Dina, cuya imagen llevo grabada para siempre en el corazón? No; esta criatura fría é interesada, que se entera del valor de una memoria de su antepasado, no es mi Dina.

A la palabra «mía», notó que el color se le subía al rostro, y esto le incomodó.

—¿Qué te importa á tí, al fin y al cabo, viejo Hans? El pobre y torpe profesor ha de pensar en otras cosas y no filosofar sobre la existencia de la primera figura de la sociedad de nuestra ciudad, llamada de las musas. ¡De manera que este es el resultado de tres años de sociedad! No, la pequeña Dina, que en el parque de Adolfsruh estudiaba y jugaba con el doctor Hans, era otra; pero ha desaparecido, Hans, ha desaparecido, ha muerto para tí!

Al llegar á este punto de su soliloquio, el profesor dió de narices contra la barrera del

camino de hierro. Retrocedió asustado y miró el reloj. Para su habitual partida de ajedrez en el café de Viena era ya demasiado tarde; empero por pura costumbre fué en busca de su sitio y allí continuó discurriendo con un vaso de cerveza y un periódico delante.

Cerca de él se habían sentado dos jovencitos que parecían prometer mucho y que llevaban unos pantalones exageradamente anchos y rozados de abajo, anchísimos y ridículos chalecos y una chaqueta casi imperceptible. Uno de ellos usaba el pelo rizado á *la Raoul* y se diferenciaba de su compañero en que tenía el cabello poco abundante, partido matemáticamente formando dos islas sobre su calva. Durante un rato permanecieron silenciosos. El joven á *la Raoul* bostezaba, y con sus dedos cubiertos de sortijas se tapaba una boca de seis palmos. El otro estaba muy ocupado procurando ahogar con un poco de café á una mosca que se paseaba por la mesa de mármol. Empezaron luego una conversación, con palabras entrecortadas y medio ahogadas y con voz soñolienta.

Hans conocía á ambos superficialmente: uno de ellos, el noble Lubliner de Cracovia, había asistido á su clase, pero naturalmente «sólo asistido,» y el otro un barón Sigfredo de Kampffer acababa de ser reprobado por él en los exámenes. Hans se alegró de que al parecer ninguno de los dos se acordara de que le conocían. El contemplar aquellos hombres insignificantes le interesaba tan poco como su conversación.

Empero, de pronto se puso á escuchar. Había oído un nombre, ¿cómo sonaba aquel nombre en tales labios?

—Oye, dijo el barón de Kampffer, mientras con el auxilio de la cucharita de café sitiaba á la mosca en un círculo líquido, ¿tienes noticia de la ruina de los Hendriksen?

—Ya lo creo, contestó bostezando el noble Lubliner. ¿Qué quieres? ¡es una gran desgracia! El futuro yerno ha quebrado y se ha fugado.

—Con toda la fortuna de su prometida, ¿no es eso?

—Vaya, vaya. ¡Qué lástima por la chica! Era un partido colosal; bien lo hubiera aceptado si me lo hubiesen ofrecido.

El noble Lubliner hizo un gesto de asentimiento é hizo sonar la repetición de su reloj.

—Ha sido una bancarrota colosal la de este Jonkheer Hendriksen de Amsterdam.

Ahora fué el barón Kampffer quien bostezó.

—Vaya, vaya, dejó á su cargo la revista financiera, ¡ja, ja, ja! Estúpido muchacho, tragarse la fortuna de su novia. No ofrece ésta ya ninguna ventaja.

Y luego añadió con melancolía:

—¡Qué lástima, qué lástima! Hubiese podido declararme á la muchacha... no hubiera sonado mal Hollandina, baronesa de Hendriksen, y Sigfredo, barón de Kampffer del Bajo Zuppkehmen. También las armas resultarían en armonía, una cabeza de moro en campo de plata, y unas hojas de ortiga verdes sobre fondo de gules. Muy distinguido, ¿no es verdad?

—¿Qué le pasa á aquel prójimo? Parece que lleva una prisa muy plebeya.

—Es un joven profesor. ¿No le conoces?

—¿Cómo se llama?

—Se me ha olvidado el nombre.

Este último lacónico diálogo se refería á Hans, que efectivamente había abandonado el café precipitadamente.

Una vez fuera respiró con fuerza. ¡De manera que era esto lo que ocurría! Por esto quería Dina enajenar la prenda heredada de sus antepasados. Su prometido deshonorado por una bancarrota; robada su fortuna; su madre enferma y sin duda ignorante de la reciente desgracia. Para no privar á su querida madre del lujo á que estaba acostumbrada, quería Dina vender la prenda de la gloria de sus antepasados.

—¡Sí, esta es mi Dina!

Volvió á enrojecer al decir la palabra *mía*; pero esta vez sabía por qué.

El antiguo criado sorprendióse cuando vió que había de volver á anunciar al señor profesor, quien hacía apenas una hora que había salido de la casa.

—En verdad no sé, dijo titubeando; el señor profesor habrá visto abajo el coche.

Pero Hans ni había visto el coche ni nada podía detenerle.

Dina volvió á salir grave, algo ofendida, y aguardó á que hablase el profesor.

—Baronesa, balbuceó Hans, la nuez, lo he reflexionado, desearía adquirirla para mi colección, es decir, me gustaría hacer una colección, si me cediese usted el precioso ejemplar por cuatro mil marcos.

—¡Quería ofrecer tres mil, díjose á sí mismo; dos mil quinientos los tengo ya en efectivo, y la caja de la Universidad me adelantará seguramente la paga de medio año.

Dina se había puesto muy colorada y un temblor sobrecogió su esbelto cuerpo.

—Acababa usted de opinar, señor profesor, que la nuez no tenía otro valor que el de una insignificante curiosidad.

—Sí, es cierto, empero podría tal vez ser de una determinada especie botánica... Creo...

—No, señor profesor, interrumpió Dina, no puedo aceptar esto así, á la buena de Dios.

—Pues debe usted aceptarlo, querida baronesa, exclamó imprudentemente. Yo se lo ruego, no rechace usted mi pobre auxilio.

—¿Su auxilio?

Dina se había erguido y un ligerísimo crujido estremeció los pesados pliegues de su vestido.

—¡Ah, señor profesor, lo comprendo! Usted ha sabido por qué quería deshacerme de esta prenda, y viene usted á ofrecerme *auxilio*.—Parecía que esta palabra iba á ahogarla.—Pues bien, yo le doy gracias, señor profesor; estamos deshonorados, abandonados y robados, ¡empero no aceptamos limosnas! ¡Adiós!

—¡Dina!

—¡Señor profesor!

Medio vuelta la espalda pronunció Dina estas dos palabras con tono de sorpresa y de persona ofendida.

¿Adivinaba por ventura la declaración que cortaba? ¿Lo hacía con esta intención?

¡Ah, sí! Hans hubiera casi tenido valor para ofrecerle más que dinero, pero el tono de aquellas palabras le había parado.

(Continuará).

(Traducido del alemán).



LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA.—CUADRO DE GUILLERMO CAMPHAUSEN
TOMO III.—11.

Ayuntamiento de Madrid



LA AUSENCIA

Mírote en noche del helado invierno,
rotos tus cuernos, luna amortiguada;
y entre negros celajes ofuscada,
muestras falto de luz el rostro tierno,
de Febo desdeñada.

Tal yo, mezquina, entre una niebla oscura
quedo al desdén que el ánimo me hiela,
sin luz ni gala: mi cariño vuela,
mísero, solo, y pobre de ventura,
y sin tu centinela.

Sólo á tí he descubierto mis amores,
sólo á tí he dado cuenta de mi vida,
como á la secretaria más querida

que el cielo pudo darme en sus favores,
de que ando despedida.

Que si acaso el cruel cuya memoria
siempre en mi alma vivirá guardada,
llegare aquí á sazón que declarada
está ya por la muerte la victoria
de mi vida cansada;

Cuéntale con dolor mi amarga nueva:
y por corona de mi triste suerte
dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
muy más su ausencia el ánimo me lleva
que el brazo de la muerte.

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.



EL PERFUME DE LAS ORQUÍDEAS

Consideraciones generales.—Las orquídeas de olor.—Particularidades que presenta el desprendimiento de los perfumes.
—Investigaciones de M. E. Mesnard.

LAS orquídeas son, como es sabido, plantas de adorno, originarias en su mayor parte de los países meridionales, y muy notables por la singularidad de sus flores. En efecto, tienen éstas formas sumamente ca-

tales son, por ejemplo, la ofris-mosca y la ofris-araña llamadas así por la semejanza que presentan con los insectos de estos nombres, la *Aceras anthropophora*, que



Ofris-araña

prichosas, y el más raro aspecto que pueda imaginarse.

Las especies que poseemos no pueden darnos más que una ligera idea de los variados cambios que á menudo presentan las flores de ciertas orquídeas exóticas; y sin embargo, entre las del país las hay muy curiosas,



Epidendrum guttatum

tiene la figura de un ahorcado, el *Epidendrum guttatum*, etc.

Visitando los invernáculos del Museo de París, se tiene una idea de las formas extraordinarias que pueden tomar ciertas orquídeas en los países meridionales; allí

se puede admirar el extravagante *Gastrochilus aphyllus*, parecido á un ovillo ó pelota de alambre embrollada, pintada de distintos colores; el elegante *Angraecum eburneum*, que cuando tiene la flor completamente abierta, representa un pájaro volando; el *Cirropetalum umbellatum* de la Reunión, que se parece muchísimo á una polilla encaramada sobre la planta; la *Bulbophyllum cylindrocarpum*, en la que uno de sus pétalos semeja una oruga velluda del grupo de las medidoras; el *Cipripedium caudatum*, que tiene pétalos lineales que caen verticalmente en forma de cintas de 60 á 70 centímetros de longitud ó más, etc., etc.

Las flores de las orquídeas exóticas, no tan sólo son notables por la singularidad que sus formas presentan, sino también por la finura y la variedad de sus perfumes. Un sabio belga, M. Linden, muy aficionado á tan hermosas plantas, ha observado que casi todos los perfumes conocidos pueden producirlos las orquídeas.

Algunas de ellas imitan perfectamente el olor de las rosas, del jazmín, de la violeta, de la canela, de la miel, de la *angélica*, del alelí, del anís, del limón, etc., etc.;

otras tienen un olor mucho más especial, generalmente agradable, del que es difícil dar una idea.

El olor que despiden las orquídeas presenta la notable particularidad de ser muy variable en su naturaleza é intensidad en una misma planta; así no es raro observar como algunas de estas olorosas flores tienen un olor distinto por la mañana que por la tarde, según se hallen en el sol ó en la sombra.

La explicación de estas modificaciones tan especiales la ha dado recientemente M. E. Mesnard.

Este fisiólogo, valiéndose de microscopios muy finos, ha llegado á demostrar que los perfumes de las orquídeas proceden de los aceites esenciales contenidos en las células epidérmicas de los pétalos y los sépalos, extremadamente sensibles á la acción de la luz.

Dichas esencias, bajo la influencia de una luz débil, se oxidan y dan lugar entonces á la acción del perfume, mientras que si la luz es muy viva se transforman en bálsamo ó resina poco olorosos; de este modo se explica por qué el olor que exhala una misma flor varía según se halle al sol ó á la sombra.

W. RUSSELL.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

V

LA BOMBONERA

AL separarse de la casa donde acababan de naufragar sus dorados proyectos, Paco Dulce no volvió siquiera la cabeza para dirigir un recuerdo á la mujer de quien le separaban.

Su ánimo, ya de sí poco dado á blanduras, se sentía en aquella ocasión menos dispuesto que nunca á enternecerse.

Rugía su pensamiento enjaulado, tras el continente apacible en que se envolvía la persona, mientras bajaba el paso á paso por la calle de Alcalá, siguiendo con cuerdo aviso la acera de la sombra, las manos en los bolsillos del ligero gabán, y silbando un aire de su composición. Lo que llenaba de cólera al novio desahuciado no era otra cosa sino el malogro de sus planes en la forma violenta que acababa de sorprenderle. Aquella traición del destino le hacía rechinar los dientes y apretar los puños.

Su desesperación no era más honda, porque el mozo estaba muy lejos de dar por perdidos los millones de la dote. Esos, los tenía por muy seguros. Blanca le amaba, y bien conocido le era el temperamento, como él decía, de aquella criatura, para que le cupiese duda acerca del desenlace victorioso que había de tener la farsa puesta por él en escena.

Dóñale, pues, el contratiempo, con toda la intensidad que era propia de su carácter voluntarioso; pero el suceso no hacía raya en su corazón. Aquello no montaba más ni menos que si le faltase una yegua de Garvey ó de Villamejor, por la cual hubiese jugado fuerte en las carreras de cualquier tarde.

Iba pensando y caminando.

—¡Maldito viejo!... ¿Quién le habría enterado de



los ojeos en busca de fondos?... ¡Quién pensara que las gestiones financieras tan pronto trascendiesen!... Después del himeneo, bien; ya no le importaba; pero antes... Cierto que todo se había de volver á andar. ¡Pero empezar de nuevo!... ¡Y en qué condiciones! Sosteniendo una guerra de escaramuzas y emboscadas contra el suegro moralista, ganando el terreno palmo á palmo... Y mientras tanto, la dicha aplazada, la riqueza otra vez en lontananza, provocándole con guiños y visajes, riéndose de él á carcajadas. ¡Y otra cuesta que subir, más deudas, más penurias, más batallas en el mundo de la ostentación y de la vida alegre en el cual pensaba haber entrado aquel mismo día arrollando á las gentes con su carro triunfal!

Estos pensamientos iban salpicados de interjecciones, que como espumarajos de hidrófobo lanzaba á la boca la sangre hirviente del corazón. La inquietud, con todo, ya se prolongaba mucho, y á Dulce le molestaban semejantes estados de excitación. Él poseía su receta para soportarlos sin grande enojo.

—¡Qué gran día para aturdirme, para embriagarme!... comenzó á decir torciendo el rumbo de sus ideas. Hoy me zambulliría yo en cualquier jolgorio, á ver si me quitaba de encima la calentura.

Pero ¡qué! ¡Si no tenía un céntimo, si estaba lo mismo que estaba la tarde anterior cuando salió de *Jai Alai*!

Llegaba en esto el joven frente á la puerta de Alcalá, sofocado de calor y perezoso de continuar á pie el camino de su casa adonde se dirigía. Vió que pasaba desocupado un coche de los del Casino; lo hizo parar y metióse en él, diciendo al cochero un número de la calle de Ferraz.

Allí, en un hotel alquiler, estrecho y barato, tenían los Dulces su cucurucho.

En los círculos elegantes que frecuentaba don Luis Eugenio con su pollada, aquel hotelito angosto era conocido con el nombre de la *Bombonera*.

Paco, el déspota de la familia, estaba apoderado de toda la planta baja, excepción hecha del comedor, pieza anchurosa, adornada propiamente con muebles de lujo, adquiridos en almonedas, y que era donde se reunía la tertulia sin tertulios de los días ordinarios y se celebraban las recepciones soporíferas de los jueves, pues conviene saber que aquellos ilustres proletarios del buen tono también tenían sus jueves.

El piso principal, habitado por el resto de la tribu, parecía un agujero de hormigas. En él pululaban, atropellándose, las niñas, que eran cuatro, con las doncellas, y el maestro de canto, y el de pintura, y las costureras, y las amigas; la mamá, que necesitaba todo el espacio en sus días de neurosis y que tenía jubileo diario de pobres vergonzantes, por ser individua de una junta parroquial con varias condesas y marquesas; y el botarate de don Luis Eugenio, dedicado el día entero á recibir una procesión de recomendados á quienes jamás podía servir. Llamaba él pomposamente su despacho á un cuarto subalterno en el cual no cabían más que á la pura fuerza, las butacas y el diván, además de la mesa escritorio, cuyos más importantes utensilios eran una escribanía, quién sabe si de plata, y una ancha taza de cristal tallado, de la que se salía una ola de tarjetas con blasones y nombres de toda la aristocracia madrileña. Aquel escenario de teatro *Guignol* donde representaba el digno *fantoche* los sainetes de su influencia inútil y de su prestigio imaginario, también de cuando en cuando se convertía en laboratorio de alquimia y en gabinete de nigromancia, gracias á cuyos misterios hallaba resolución el penoso problema de satisfacer el abono del Real y el del carruaje, el arrendamiento del hotel y las atenciones abrumadoras del vivir á la moda, que era el empeño de aquel hato de desvanecidos. Cuando gobernaban los suyos el papá tenía su puesto de consejero en alguno de los

varios Consejos que aquí se mantienen para ese uso de alimentar amigos sin capacidad conocida; pero cuando venían los rigores de la oposición, como ésta no prestaba coyunturas para el chanchullo, apenas se conocía en la casa el ingreso mensual del mísero haber pasivo sujeto á toda una maraña de retenciones y mermado, además, por las sajaduras de los Shylocks encarnizados.

Al apearse el novio desacomodado del coche, frente al hotel de la calle de Ferraz, la apacible familia, ya despojada de los atavíos de boda, encontrábase almorzando en el lujoso comedor del piso bajo, acompañada del tío Magdaleno. Como vivían todos empeñados en gozar, no acostumbraban á salir en busca de los disgustos, ni á quitar la corteza que envolvía los acontecimientos; profesábase allí el más regalado optimismo, vivíase sin congojas ni sospechas, y con arreglo á este feliz sistema padre, madre y hermanitas habían aceptado con una credulidad angélica el pretexto de la indisposición de Blanca, como causa real y bastante de que se hubiera aguado el matrimonio.

El único que sentía algún escozorcillo era don Luis Eugenio, pues estaba viendo renacer los apuros que ya diera por concluidos con los reflejos que esperaba recibir de la opulencia de su heredero. Estimaba, sin embargo, que lo ocurrido producía una demora, por ningún estilo un fracaso, y en la mesa procuraba ocultar su desazón, pues aquel hombre se daba tono, cuando podía, hasta delante de su mujer y de sus hijas.

A pesar de que el joven Dulce ya venía muy calmado después del viaje que había hecho atravesando todo Madrid, le molestó el ruido de platos y cubiertos que andaba en el comedor, denunciando la inalterada paz con que celebraba su banquete matinal aquella familia ofendida ignominiosamente una hora antes en la cabeza de su primogénito.

—¿Almorzará el señorito? le preguntó el criado que en la antesala le quitó el gabán.

Contestó que no, más bien que con la palabra, con un movimiento rudo y agresivo, de déspota importunado. Y entróse desde luego en el comedor, donde rarisimas veces le velan los suyos.

—¡Paco!... exclamó una hermana.

—¡Pobre Paco!... añadió otra.

—Siéntate, hijo mío, dijo la madre.

Y el papá agregó por su parte, entrando en materia:

—Vendrás muy disgustado.

—No he de venir tocando las castañuelas, contestó fríamente Paco quedándose en pie, apoyado en la chimenea.

—¿Y qué tiene Blanca?

—¿Cómo ha sido esa indisposición?

—¡Qué cosa tan repentina!

—¡Y vaya una lástima!

—¿Será enfermedad de cuidado?

—Iremos dentro de un rato con las niñas.

—Si nos dejan; porque vendrá hoy aquí mucha gente.

—A las dos hemos pedido el coche.

—Tú no debieras moverte de allí...

—¡Pobrecita!

—Nosotras nos instalaremos á su lado.

Duró un cuarto de hora aquella picotería desatada, aquel traquear de palabras sin

fundamento, que parecían estallar como cohetes en el aire del comedor perfumado con el tufillo de los guisos franceses y los efluvios de la *veloutine* que tapizaba los rostros de las damas.

—Sin perjuicio de que luego vayamos allá nosotros todos, habló don Luis Eugenio cuando se apaciguó el cotarro, que se llegue ahora mismo el criado á preguntar cómo sigue tu futura. ¿No te parece?... Creo que eso es lo que nos corresponde.

A Paco, ante aquel cuadro de babiecas egoístas, se le embravecieron las ganas de descargarles en la cabeza el tremendo porrazo.

—Estáis hablando sin ton ni son, les dijo, moviéndolos y agitándolos como una bandada de vencejos. Aquí no hay recado que enviar, ni yo tengo ya futura, ni lo de la indisposición de Blanca ha sido más que una patraña. ¿Sabéis lo que hay? Que mi suegro me ha plantado de patitas en la calle, y que el matrimonio está deshecho, y que aquí no ha pasado nada. ¡Vamos! ¿os enteráis ahora?

Rompió un coro de exclamaciones é improprios. Un verdadero canto de guerra.

Las cuatro vírgenes airadas parecían cuatro sacerdotisas druidas golpeando el terrible tan-tan de Norma. La secretaria de la junta benéfica se olvidó de las Obras de Misericordia.

—¿Era aquello posible?... ¡Qué escándalo! ¿Y por qué? Miren el viejo grosero, el ordinario, el bruto... ¿Cuándo pudo soñar con otro partido mejor para la empalagosa de su hija, la cursi, la señorita sensible?...

Don Luis Eugenio, convertido en un Oroveso, trataba á Bermúdez de mercachifle, de judío, de Rothschild de pega y de burgués endiosado. ¡Si por algo se había él opuesto á la boda invocando las diferencias de raza!... ¡Si el hortera había de concluir asomando la oreja!... Y no se daba el prócer segundo de descanso en la tarea de lanzar desprecios sobre el nombre del millonario, desde sus tres alturas de aristócrata, aunque no titulado, de personaje influyente y de consejero amovible y removido, pero con cesantía.

La tempestad bramaba dentro de la *Bombonera*.

Acurrucado debajo de un brazo de la gran lámpara que pendía sobre la mesa, el tío Magdaleno callaba y comía, dejando pasar el mal tiempo. Y no ciertamente porque le asustaran los truenos y los rayos, pues él era en la morada de los Dulce el único valiente que les cantaba á éstos las verdades del barquero. Sólo que le gustaba hablar sin ruidos, y á éste objeto solía escoger las ocasiones en que el auditorio estaba cansado. Cuando este caso llegó y se serenó el cielo, se dispuso el tío Magdaleno á disparar las flechas de su carcaj; alzó su carita de tití, obstruída por la engorrosa montura del monoclo, y dijo con su vocecita punzante:

—Hijos míos, toda la santa vida os la vais á pasar en el Limbo. ¡Cuidado si sois bobos!

Al tío Magdaleno se le toleraban en la *Bombonera* estas claridades, en atención á que ciertas veces, cuando oprimían las circunstancias, otorgaba préstamos de su dinerillo ó bien introducía á los usureros reacios en el gabinete de las nigromancias.

—¿Por qué dice usted eso? le preguntó el papá.

—¿Usted ya había comprendido?... díjole á su vez el primogénito.

—¡En seguida! contestó, echando todo un desmante de azúcar en su plato de fresas. Pero ¡en seguida! ¿Vosotros sabéis de alguna muchacha que se haya puesto enferma en el instante del casorio? No registran las historias un sólo ejemplo.

Las cuatro vírgenes asintieron con un movimiento convencidísimo de cabeza.

—En el acto, continuó el orador, dije yo para mi colete: esta es la casa que se nos viene encima.

—No podíamos nosotros sospechar una barrabasada semejante.

—Tampoco yo la sospeché hasta el instante preciso, porque no creía que ese banquero macareno tuviese tanto sentido común.

—¡Qué dice usted, tío!

—Sí, señor; sentido común. Porque, ¿sabéis lo que os declaro? Que ese señor ha hecho muy bien, ¡pero muy bien!... ¡Valiente felicidad le daba á su hija, casándola con Paco, que no iba más que á sorberse los millones, y habría hecho de la niña una mártir! Porque este muchacho es un perdido, tú lo sabes, te lo he dicho cien veces, mi querido Luis Eugenio.

Volvióse á Paco, y continuó:

—¡Eres un perdido, Paco de mi alma, y eso te consta á tí mejor que á mí y que á nadie!... ¡Eres un perdido!...

También Paco toleraba en paz las franquezas del tío Magdaleno; en primer lugar porque no le desagradaba que se le tuviese por un perdido, antes le producía cierta complacencia interior; y en segundo lugar, porque á pesar de sus reconvenciones, el pariente no evitaba en frecuentes casos prestarle su complicidad para cometer muchos pecados.

—¡Un perdido! repetía el diminuto censor, sorbiendo de la cucharilla la salsa deliciosa de las fresas. Y no desconozco lo que vales, hijo mío; tú vales mucho. Tienes grandes condiciones para hacer tu felicidad, pero te faltan en cambio todas las indispensables para hacer la del prójimo. Ya ves que soy justo contigo. Además, eres un buen mozo, fino, elegante, distinguido, capaz de volverle el seso, no digo á una chiquilla incauta como esa que te quitan de las manos, sino á la *demi-mondaine* más empedernida. Compréndese, pues, que Blanquita Bermúdez, paloma sin hiel, se enamorara perdidamente de tí y fuera al altar con los ojos ciegos. Pero reconozcamos asimismo que el padre, enterado del tronera manirroto que se le entraba en casa, resolviese cortar por lo sano. ¡Ea! que ese señor ha hecho muy bien, y le he felicitado por ello al despedirme.

—Es usted terrible, tío Magdaleno, dijo el papá entre serio y festivo.

—Pero, ¿usted conoce el origen de lo ocurrido? preguntó Paco, sentándose al lado del hombrecito.

—Como si lo viera. Habrán ido á contarle tu vida, tus enredos, tus aventuras, las públicas y las secretas, y sobre todo la almita que Dios te ha dado, para ir siempre derecho á tu gusto importándote un comino de los demás. No guías una sola vez una *charrette* ó un *break*, que no atropelles á algún transeunte; y tú vives lo mismo que guías, atropellando. Hay que apartar de tu camino los corazones crédulos y las fortunas mal defendidas.

—Otra será la causa del rompimiento, dijo la mamá dando á su rostro una expresión maliciosa.

—Algún pecado de la niña sensible, añadió una hermana con el asentimiento de las otras tres.

—Ya lo averiguaremos por ahí.

—No ha de faltar quién lo sepa.

—En cuanto refiramos en nuestros círculos lo que ha pasado...

Paco se levantó con ademán airado é imperativo y descargó una tremenda puñada sobre la mesa.

—¡Es que no hay que referir nada á nadie! dijo. Es necesario que quede en pie la ficción de la enfermedad de mi novia, y que la gente continúe esperando mi casamiento ¡que se verificará! Conque, quietecitas las lenguas, poco ruido, representar la comedia, y dejarme hacer á mí; quiero casarme.

Don Luis Eugenio, que vió reaparecer en el horizonte la esperanza de socorrer sus penurias, aplaudió entusiasmado.

—¡Bravísimo! No te des por vencido; así han de ser los hombres, y sobre todo los Dulces.

—Continúas guiando tu *charrette* al galope deshecho, interlineó el tío Magdaleno.

—Sí; continuó atropellando, como usted dice.

—Entonces, ¡pobre niña y pobres millones!

—No pierdo yo el brillante porvenir que me está sonriendo, y desde ahora os pronostico que Blanca Bermúdez será mía. La boda no se ha deshecho, únicamente está aplazada; eso es lo que hay que decir al mundo.

—Ya lo estáis oyendo, niñas, pronunció la mamá.

—Y ahora, prosiguió el mozo, siempre á escape con su *charrette*, bastante hemos charlado. Idos arriba, á vuestras simplezas, y dejadme solo con papá. Tengo que hablarle.

—¿Y yo también estorbo, muchacho? preguntó el tío Magdaleno.

—También.

—¡Atropellando siempre! Ya me quito del paso. ¡Adiós, perdido!

Enseñando los dientes, porque el tío cuando se reía parecía que iba á morder, se salió del comedor en columna con las damas, arrastrado por la nube de faldas ruidosas y bien olientes.

(Continuará).





DIOS ES CARIDAD

CUADRO DE JUAN LLIMONA

¡Qué poema tan cristiano se halla contenido en este cuadro! *Dios es caridad* lo titula su inspirado autor, y en efecto, este lema dice con elocuencia el sentimiento que llena por completo toda la escena y que por manera tan feliz ha sabido traducir Juan Llimona. De Dios emana la caridad y á Dios la dirigen cuantos la practican con verdadero espíritu cristiano. La dama que se ve pintada en el lienzo, de envidiable posición, á juzgar por su atavío, que sin ser esplendoroso es rico, cumpliendo una de las obras de misericordia, formando parte quizás de una asociación religiosa que produce incalculables bienes á la sociedad, acudió á la humilde habitación de la pobre mujer que se halla sentada en derrotado sofá cabe el brasero. Encontróla enferma, decaída, chupada hasta el punto de que su seno maternal no pudiese alimentar al tierno infante, hijo suyo. Ante miseria tan dolorosa la dama, que por afortunada coincidencia estaba amamantando también á un hijo suyo, cogió el de la desvalida mujer, lo acercó á su pecho y pudo reanimarle, practicando así de una vez tres obras de misericordia: visitar al enfermo, consolar al pobre y dar de comer al hambriento. Llimona ha presentado esta tierna escena con una sencillez grandiosa que aumenta su efecto. No se descubre en ella ningún alarde de pintor, ni el menor deseo de lucirse por medio de rasgos de ejecución brillante, que hubiera podido encontrar en el mismo traje de la dama. Todo es sobrio, todo es severo como conviene á la severidad misma del asunto. Hay sí en todo riqueza de sentimiento, riqueza incomparable de poesía; sentimiento y poesía fundados en el amor á Dios y en el amor al prójimo. El desempeño en el dibujo y en el colorido hace valer aún más todos estos méritos, pues á la sobriedad que hemos indicado, reúne una firmeza que se advierte en las dos figuras y en todos los pormenores. Las actitudes y la expresión de la señora y de la pobre mujer tienen una verdad que encanta, hablan las dos y las dos

conmueven á quien las contempla siquiera por breves momentos. El excelente grabado de Sadurní, que publicamos, reproduce fielmente *Dios es caridad*.

LA PEINADORCITA

CUADRO DE PABLO WAGNER

Peina á la abuela la niña del cuadro, á bien que no puede afirmarse con certeza si la peina ó la despeina. La abuela, con todo, se presta complaciente á que la chiquilla se adiestre en el oficio de peinadora, y deja que la tire de los pelos y le pase el peine del modo que se le antoje, con el único fin de darle gusto. La niña pone todos sus cinco sentidos en que la abuela salga bien peinada, y tal revela el mohín que hace su carita y que el autor de este cuadro ha copiado con singular gracia y acierto. Allá se va en verdadero el rostro de la anciana, la cual, siguiendo la costura que tenia empezada y siguiéndola cuidadosamente, procura no mover la cabeza para no echar á rodar el trabajo de su nieta. Las dos caras, la de la vieja y la de la niña, están dibujadas con superior inteligencia, sucediendo otro tanto con las actitudes de las dos figuras. Este cuadro se halla impregnado de exquisita delicadeza, y de seguro se le ocurrió al artista pintarlo después de haber sorprendido en alguna de las casas de familias del pueblo en su país una escena igual ó muy parecida. Con el arte le imprimió luego el mayor encanto que tiene en el lienzo del que ofrecería en la realidad misma.

LA EMPERATRIZ MARIA TERESA

CUADRO DE GUILLERMO CAMPHAUSEN

Austria tuvo en María Teresa una insigne soberana que luchó con ánimo varonil contra las intrigas de diversos Estados de Europa, sobre todo, de los vecinos de aquel Imperio, que no querían reconocerla por emperatriz, y contra sus armas que invadieron los Estados de María Teresa, cuya noble figura ha reproducido el artista Guillermo Camphausen. Cuando se hallaba en situación

más apurada volvió la vista á los húngaros y se presentó en la Dieta de Presburgo con su hijo José en brazos. «Abandonada de mis amigos, dijo, perseguida por mis enemigos, atacada por mis parientes, sólo me queda vuestra fidelidad, vuestro valor y mi constancia. Pongo en vuestras manos la suerte de la hija y del hijo de vuestros reyes.» Estas palabras despertaron el mayor entusiasmo en los magiares, quienes prorrumpieron en gritos de *Vivat Maria Theresia Rex* y llamaron al pueblo á la

guerra. La Emperatriz logró vencer á sus más poderosos contrarios y recobrar la Bohemia y otras comarcas, consiguiendo ser reconocida como soberana legítima del Austria, y terminando así la guerra de Sucesión, que duró desde fines de 1740 á 1744. El pintor Camphausen ha glorificado por medio de su cuadro á la ilustre reina, mostrándola á caballo al frente de un brillante Estado mayor, en el cual se descubren los magiares que tan poderosamente la ayudaron en su empresa.





Los geógrafos dan el nombre de montes ó montañas á las elevaciones de terreno algo considerables, ó sea á las que alcanzan una altura de 3 á 400 metros; las que no llegan á esta altura se las conoce con el nombre de colinas, montículos, eminencias, cerrillos, etc., etc. La palabra monte se emplea más particularmente para designar una montaña aislada; así, por ejemplo, se dice el monte *Blanco*, el monte *Horeb*, y montañas para designar en conjunto á la cadena ó cordillera de grandes elevaciones de terreno. En toda montaña se distingue: la *base*, el *pie*, las *laderas*, la *cumbre ó cúspide*, que toma el nombre de *meseta*, cuando termina por una superficie plana; de *pico*, *otero*, *puy*, si termina en punta, y de *cumbre*, cuando tiene una forma redondeada. La reunión de montañas que se extiende en una misma dirección, forma lo que se llama una *cordillera*; varias *cordilleras* reunidas un *grupo*, y varios grupos un *sistema*. De entre las cordilleras hay montañas que se separan algo y toman el nombre de *ramales*. Los lados de una cordillera se llaman *vertientes*, y los espacios vacíos que dejan varias montañas entre sí forman los *valles*.

Entre las cordilleras más notables son dignas de ser mencionadas: en Europa, los Alpes, los Pirineos, los Apeninos, los Carpatos y los Balkanes; en Asia, el Cáucaso, el Taurus, los montes Altai y el Himalaya; en África, el Atlas, y en América los Alleghanis, los Apalaches y los Andes.

Las montañas que alcanzan mayor altura son las siguientes: los picos de Himalaya, á saber: el Everest, 8,837 metros; el Kunchingina, 8,588; el Dawalaghiri, 8,177, y el Juwahir, 7,827, en Asia: el Nevado de Sorata, 6,488; el Illimani, 6,456; el Chimborazo, 6,530; el Cayambé, 5,954; el Antisana, 5,833; el Cotopaxi, 5,753; el Pichu-pichu, 5,670, y el Popocatepetl, 5,400, en la América meridional; el Mont-Blanc, 4,810; el Mont-Rosa, 4,635, y el Jungfrau, 4,180, en los Alpes; el Mulhacén, en España (Granada), 3,555; el monte Néthou, 3,404; el monte Perdu, 3,351; el Cylindre, 3,322; el Maladetta, 3,312, y el Vignemale, 3,258, en los Pirineos. El Etna, en Sicilia, 3,237; el Canigó (Pirineos), 2,785; el Somnis (Carpatos), 2,701; el monte Rotundo, 2,672, y el monte de Oro, 2,652, en Córcega; el monte Vellino en los Apeninos (Italia); el monte Athos, en Grecia, 2,066; el monte Ventôme, 1,909; el monte Oro, 1,886; el Cantal, 1,857; el Mezen, 1,766; el Puy-Mary, 1,658; el Puy-de-dôme, 1,465, y el Ballon des Vosges, 1,429, en Francia; el Vesubio, 1,198, y el monte Eryx, 1,187, en Sicilia, y el Illekla, en Islandia, 1,013.

La altura de las montañas puede medirse, ya por la extensión que proyecta su sombra, ya por medio de la depresión del mercurio en el barómetro, ya, en fin, valiéndose de operaciones trigonométricas.

Los geólogos dividen las montañas, al igual que los terrenos, en *primitivas*, *secundarias*, *terciarias* y de *transición*.

Respecto al origen de las montañas existen varios sistemas completamente opuestos; el de los *vulcanistas*, que dicen se formaron por elevación de terrenos producidos por el fuego central, y el de los *neptunianos*, que explican la existencia de aquellas por depósitos formados en el fondo de las aguas. Según la creencia más generalmente admitida, las primitivas son el resultado de elevaciones de terrenos. La configuración del globo que habitamos sufrió posteriormente grandes modificaciones por el movimiento de las aguas. M. Elías de Beaumont ha reunido una colección científica de todas las noticias que se tienen sobre las cordilleras, y formando con éstas varias clasificaciones ha podido llegar á determinar la época de los diversos sistemas.

Arquidamidas oía alabar en cierta ocasión al rey Charilaus por la afabilidad con que trataba á todo el mundo.—¿Cómo se puede alabar con justicia, dijo, á un hombre que se muestra afable con los malos?

Viendo Pedareto que no había sido elegido para el Consejo de los Trescientos, que componía el primer cuerpo de la magistratura en Lacedemonia, se volvió á su casa muy satisfecho, diciendo con alegría que Esparta contaba con trescientos ciudadanos mejores que él.

Ante un alcalde pareció un criado de unos frailes diciendo que no le querían pagar. Enviólos á llamar, y venidos los frailes, entraron en el aposento del alcalde, y él los recibió muy bien, y les rogó pagasen á aquel hombre, pues no se quería ir á su tierra. El procurador se sonrió, diciendo:—Usted no es nuestro juez sino de los legos, si algo le debemos que lo pida ante nuestro juez que le hará justicia.—Y con esto se despidieron, y saliendo al portal y pidiendo las mulas, los mozos les dijeron que un alguacil se las había llevado. Volvieron á quejarse al alcalde, y éste les respondió:—Padre, á lo menos no me negará vuestra reverencia que las mulas no son legas.

Un clérigo vizcatno, criado del cardenal don Pedro

Epístola, por Ramón Escaler (1)



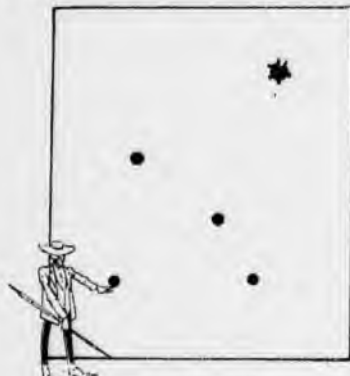
1.—Querido Pedro: Pregúntasme en la tuya que ¿cómo me compongo para hacer una *plana* el día que no tengo ideas y debo, sin embargo, producirlas?



2.—Pues, sencillamente; me acojo al *sistema de los puntos*; á cada figurita que sale, la enjareto un *mal pareado*... *et voila tout*. Vaya este primer problemita y...



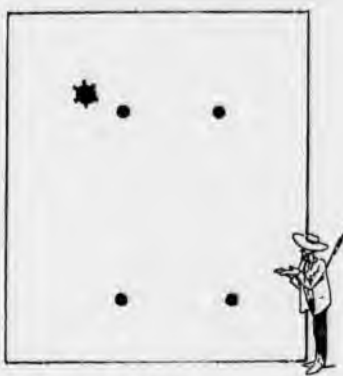
3. Ahí me salió sin pensar uno que va á echarse al mar.



4.—Vayan otros cinco puntitos.



5. Retrato fiel y notorio del señor don Juan Tenorio.



6.—Otro problemita y...

González de Mendoza, llevaba debajo de la loba un machete. Por casualidad lo vió el cardenal y reprendióle diciendo que estaba muy mal hecho que un clérigo llevase armas, á lo cual respondió el vizcaíno:—Reverendísimo señor, no llevo yo armas para hacer mal á hombre alguno sino para los perros de esta tierra, que son muy bravos.—El arzobispo contestó:—Cuando os salga algún perro, para estar seguro de que no os haga mal, decid el Evangelio de san Juan.—A lo que replicó el vizcaíno:—Señor, todavía es bueno traerle, porque algunos perros no saben latín.

Un portugués y un castellano trocaron una mula por otra, sin que volviese el uno al otro cosa alguna, y con las tachas que cada uno tuviese. Hecho el trueco, queriendo el castellano burlarse con el portugués, fingiendo decir verdad, contó muchas tachas que tenía la mula

que le había dado; en cuanto el castellano hubo callado, respondió el portugués:—De esta manera fazo conta que llevo la mía.

Después de la batalla de Queronea, Arquidamus recibió una carta llena de altivez del victorioso Filipo, á la que contestó con las siguientes palabras: «Si medís vuestra sombra, no la hallaréis mayor que antes de la victoria.»

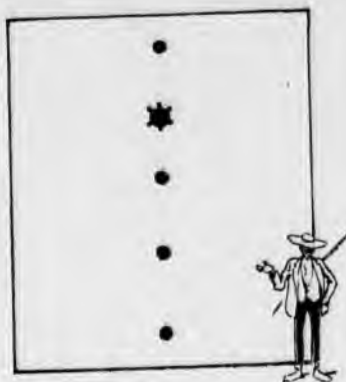
El avaro Hermocrato, hallándose moribundo, instituyóse á sí mismo heredero en su testamento. Tendido en el lecho, calculaba cuánto le costaba la enfermedad y cuánto tendría que entregar al médico cuando entrase en la convalecencia. Al observar que el cuidarse le costaría una dracma más caro:—Prefiero morir,—exclamó exhalando el último suspiro. Yacía en un camastrojo

(1) Este juego, algo conocido, si bien no todavía popular, consiste en que una persona de las varias reunidas dibuje á su capricho cinco puntos haciendo que uno de los tales difiera de los otros.

Ahora bien: el artista (puesto que para artistas es el juego) debe trazar una figura entre los cinco puntos, haciendo que la cabeza esté colocada en el punto diferente y las manos y pies en cada uno de los cuatro puntos iguales.



7. ¡Ay, Dios mío! ¡reparad como está la sociedad!



8.—Todavía otros puntitos y...



9. Es un Trovador que canta su amor, y hasta alza la pata con mucho primor.



10.—Y vayan los últimos.



11.—A estos cinco puntitos les dió la gana de hacer que aquí la cosa saliera rana.



12.—Y en fin, querido Pedro; cuando la plana está en pleno... digo—¡Listo!—y como si tal cosa, me largo.

Tuyo, RAMÓN.

como un mendigo que no tiene un céntimo, pero á sus herederos no les faltó maña para encontrar sus riquezas.

Después de la batalla de Platea, Pausanias se hizo servir la cena preparada para el general de los persas, y como era espléndida en extremo, dijo á los invitados: —Con seguridad que este hombre era muy glotón, pues no se contentaba con esta cena y venía á buscar nuestro pan moreno.

Si se quiere una buena cola para pegar porcelana, disuélvase machacándola una cantidad de cal viva en una clara de huevo, hasta obtener una pasta fuerte y aplíquese luego á los pedazos que se deseen unir.

El estoico Acanto fué en sus mocedades atleta, y según se dice vivía en Atenas no contando con más patrimonio que cuatro dracmas; fué discípulo de Zenón, y desde entonces se entregó sin reserva á la filosofía, y permaneció siempre fiel á sus doctrinas. Reducido á

causa de la miseria á ocupaciones mercenarias, iba por las noches á sacar agua de los jardines y dedicaba todo el día al estudio. Según se cuenta, habiendo en cierta ocasión sido citado ante la justicia, para que diera cuenta de sus medios de existencia, y explicara cómo era posible de que gozara de tan perfecta salud, presentó como testigos al jardinero por el que sacaba el agua, y al comerciante en harinas por el que daba vueltas á la muela, y en vista de lo que éstos manifestaron fué absuelto. Se dice, además, que los jueces del Areópago, llenos de admiración, decretaron á su favor un premio de diez minas, pero que Zenón le prohibió que los aceptara.—DIÓGENES DE LAERTE.

Preguntaron en cierta ocasión á Cleómeno, por qué los espartanos no destrufan á los Argiemes, que tantas veces vencidos habían siempre emprendido de nuevo la guerra.—Nos guardaremos muy bien de ello, contestó, pues sirven para ejercitar nuestra juventud en las armas.—PLUTARCO.

Recreos instructivos

PLUMA DE REPETICIÓN

La tinta es una de las pesadillas de las amas de casa, porque cuantas más sustancias corrosivas contiene, menos fácil es quitar las manchas que en la camisa, y

aun en el chaleco y pantalón de los escribientes distraídos caen como lluvia maléfica; y nada diremos de la desesperación que causa á los desgraciados papás un tintero volcado encima de papeles importantes ó de un traje nuevo y claro por añadidura. Se han imaginado muchos sistemas para obviar los inconvenientes de la tinta, pero todos son poco prácticos, pues si se trata de un ser distraído, las manchas brotarán como por ensalmo cuando menos se lo figure; disminuir la fuerza de la tinta no poniendo en su composición más que sustancias solubles, es condenar á una destrucción segura é inmediata los más importantes documentos, cuando todos los esfuerzos de los químicos tienden en esta especialidad á asegurar la indelebilidad de los escritos. En este estado la cuestión, no pudiendo prescindirse de un líquido que fije en el papel los rasgos de la pluma, se ha imaginado un pequeño sistema que, adaptado á los portaplumas, tiene alguna analogía con los fusiles de repetición, ya que lleva en su alveo un cartucho susceptible de suministrar por repetidas veces su carga negra, gracias á la cual pueden dispararse Dios sabe cuántos tiros crueles á la gramática y á la ortografía sin hablar de otros blancos mucho más negros.

Este portaplumas, cuyo dibujo publicamos, contiene en su extremo inmediato á la pluma un pequeño cuello metálico que corresponde á un piñón que se hace avanzar por medio de los anillos, en este cuello se introduce una barrita de tinta solidificada, y basta entonces mojar la pluma en agua ó en saliva, para que fluya sobre el papel por los picos de la pluma la cantidad suficiente de tinta para marcar el papel. Este sistema tiene muchas ventajas y



resuelve el problema del *tintero portátil*, ya que basta llevar consigo la cajita conteniendo la tinta seca para disponer de los utensilios necesarios sin que haya el temor de que se vierta el tintero sobre la ropa ó los papeles.

Es de advertir que no consideramos higiénico ni limpio servirse de la saliva para humedecer la tinta, pues ésta suele tener por base la anilina ó fuchsina, productos venenosos de la hulla.

Puede emplearse la fuchsina pura cuando se trata sólo de ejercicios caligráficos, pero no es conveniente su uso á los niños, ya que su aturdimiento natural les expone á verdaderos peligros; estas indicaciones no están de más refiriéndonos á los bulliciosos escolares.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

Al enigma:

ONZA

Al mosaico:

T I M A R L E
I L A C I Ó N
M A C H A C A D
A C A B A D O
R I C A C H O S
L O A D O R A
E N D O S A R

Al logogrifo numérico:

FLORENCIA

CHARADA

Señorita: la *tres cuatro*
tras una *dos cuatro* iba,
y armaron tan grande *todo*
que han roto la *cuarta prima*.

J. SOLER FORCADA.

TRÍO DE SÍLABAS

.
.
.

Sustituir los puntos por letras de manera que, leídas vertical y horizontalmente, resulte: 1.º, una población española; 2.º, tiempo de verbo; 3.º, nombre de mujer.

J. GASPAN, de San Andrés de P.

LOSANGE

.
.
.

Sustituir los puntos con letras de modo que, leídas vertical y horizontalmente, den los siguientes resultados: 1.º, consonante; 2.º, fluido eléctrico; 3.º, nombre de hombre; 4.º, un astro; 5.º consonante.

LOIS RIBÉ, de Reus.



EL DUQUE DESIDERIO DE ALSACIA DEPOSITA LA RELIQUIA DE LA SANGRE DE JESUCRISTO
EN LA IGLESIA DE SAN BASILIO

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT

Ayuntamiento de Madrid





A ORILLAS DEL PRECIPICIO

I

QUÉ es lo que preocupa á Juanito Vélez, á quien veis deslizarse por las aceras de la corte, con el sombrero echado sobre las cejas, la cabeza baja y comiéndose el puño del bastón á guisa de hombre que resuelve en su magín algún gravísimo problema?

Voy á decíroslo. Juanito, que es mozo que sabe vivir, va excogitando los medios más seguros y rápidos de seducir á la mujer de su íntimo amigo, Luciano Dávila.

Porque, como él decía pocos momentos antes á otro de sus íntimos:

—Luciano y yo somos como Cástor y Pólux, como Pilades y Orestes, como las dos columnas de Hércules, que representan el *non plus ultra* de la amistad; pero de algún tiempo á esta parte no me conozco, no encuentro gusto en nada, y lo que es peor, no cómo ni duermo bien. Quiero mucho á Luciano, pero ¿qué culpa tengo yo de que su mujer me guste?

El aire de perfecta convicción con que Juanito exponía esta suprema razón de sus propósitos, pareció irresistible al amigo confidente, que no entendía de bromas como Juanito, cuando se trataba de dar al gusto lo que pedía.

La mujer de Luciano era una rubia apetitosa, en toda la plenitud de la hermosura. El botón de rosa es bello, porque promete ser rosa abierta, y rosa abierta en el punto y sazón de su mayor lozanía era la mujer de Luciano, cuando tuvo la mala suerte de turbar el sueño y dificultar las digestiones del amigo íntimo de su marido.

Justo es decir, que ni por un momento pensó Juanito, que era muy condescendiente, en contrariar su gusto; pero la empresa no dejaba de ofrecer sus dificultades. Amalia, que así se llamaba la mujer de Luciano, era mujer de quien no se sabía que hubiese dado, ni de soltera ni de casada, ningún resbalón, y que amaba, por añadidura, á su marido, si no mentían las apariencias. Tenía, de Luciano, un angelito de cuatro ó cinco años, que si no llenaba la totalidad de su vida, llenaba, por lo menos, las tres cuartas partes, y para la empresa que Juanito meditaba, uno de esos ángeles, suele ser, bajo el aspecto moral y material, un verdadero engorro.

Juanito había comenzado ya á poner sitio á la plaza, procurando debilitar sus medios de defensa. Amalia era aficionada á leer novelas, y Juanito el encargado de proveer el domicilio conyugal de su amigo de este adminículo indispensable de la vida moderna. Es verdad que Amalia le pedía siempre novelas morales; ¿pero en qué libro, por depravado y licencioso que sea, deja su autor de hacer gala de moralidad? Cuando Amalia se escamaba demasiado de las lecturas que le procuraba el amigo de su marido, éste, para demostrar que se corregía, la daba alguna de las muchas novelas que terminan con moraleja espeluznante, pero con principios y medios llenos de detalles escabrosos. Juanito no temía por instinto á semejante especie de moralistas y cuando daba un libro de estos á Amalia, solía decirle:

—A buen seguro que no dirá usted que esta novela es inmoral; todos dicen que es muy bonita, pero á mí no me gusta porque parece escrita por una monja escrupulosa.

Decidido á dar el asalto, en él iba meditando Juanito en el momento en que le hemos señalado á nuestros lectores. Caminaba despacio é iba rumiando la mejor manera de penetrar en la plaza con el menor estruendo posible, porque el ruido, en su opinión, sólo era bueno para la plaza de toros. Pero en el momento de poner manos á la obra, obra que *in genere* le había parecido siempre de sencilla y fácil ejecución, empezaba, con sorpresa suya, por no saber cómo empezar el ataque.

—Amalia será como todas las mujeres, estoy seguro de ello, decía para sí Juanito; pero convertirse de repente de amigo del marido en amante de la mujer, no deja de ser embarazoso. ¡Quién sabe cómo lo tomará! Si se lo dice á Luciano, sobre ponerme en ridículo, me expongo á tener con él un lance, y yo, que soy positivista, haría la mayor de las sandeces si por dar gusto á mi cuerpo atrapase en mi cuerpo un balazo ó una estocada. Sería esto faltar á mi propósito de ver cuánto puede durar un Juanito Vélez bien cuidadito. Pero, por otra parte, Amalia me hace un tilín de todos los diablos. Es lo que se llama una real hembra. No diré que no haya mujeres tan guapas como ella, mujeres que, por añadidura, si yo quisiera ir hacia ellas me ahorrarian la mitad del camino; pero estas mujeres no son Amalia, y Amalia es, por el momento, la que me saca de quicio los sentidos. Es evidente que yo necesito á esa mujer, y si no la logro voy á enfermar de ictericia. Luciano es mi amigo, ¿pero le salto por ventura algún ojo, ó le desfalco su caudal, ó le hago algún daño positivo por solicitar los favores de su mujer? Y ¿quién tiene, después de todo, culpa de lo que sucede? En primer lugar, los atractivos de Amalia hechos á la exacta medida de mi gusto, y en segundo, la tontería de Luciano, que me ha escogido por confidente de sus propósitos de pasar por encima de la fidelidad conyugal. Desde el día en que me refirió que estaba encaprichado por esa flamenca de café, que hasta ahora ha corrido por cuenta del fahendón de Meneses, me entró á mí, sin saber cómo, un furioso deseo de hacer la corte á su mujer. Si Luciano busca distracciones fuera de su casa, ¿por qué Amalia no ha de poder hacer otro tanto? Me parece que esto es lógico. Todas esas distinciones que nosotros hacemos entre la mujer y el marido, son distinciones interesadas. Yo las apoyo por espíritu de clase y porque un día ú otro puede entrar también en mis cálculos ser marido, pero en realidad, ó el nudo conyugal es una pamplina, ó lo mismo obliga al hombre que á la mujer. Nada, nada, justicia seca. Seré amigo de Luciano como Luciano es esposo de Amalia. Hay que restablecer el equilibrio en ese matrimonio, y pues Luciano quiere dar á Amalia una coadjutora, bien puedo, sin ofensa á la amistad, procurar que Amalia dé á Luciano un coadjutor.

Fortalecido con este razonamiento, Juanito empezó á hacer la corte á Amalia, aunque con mucha cautela. A fuer de hábil táctico, fué descubriendo poco á poco sus baterías, y llegó sin dificultad al punto que él creía más difícil, esto es, á galantear á Amalia sin que ésta le pusiera á la puerta. Creía Juanito, y en tesis general creía muy bien, que una vez aceptada esta situación, la caída era inevitable, era cuestión de días; pero aquí, con sorpresa suya, fallaron sus cálculos. Eva escuchaba á la serpiente, pero no mordía la manzana. ¿Era virtud, era amor á su marido, era sentimiento maternal, era temor al qué dirán lo que contenía á Amalia á la orilla del precipicio? Era algo de todo esto. Amalia no era devota, ni mucho menos; pero de la educación religiosa de cajón, digámoslo así, que le habían dado sus padres, se había quedado con algo que no hacía juego con las pretensiones seductoras de Juanito. Sin virtud suficiente para rechazar las lisonjas, le quedaba todavía un fondo de religión que le hacía mirar con susto la sima de irreparable degradación y remordimiento que hay detrás de la primera falta. Juanito la entretenía, Juanito excitaba las fibras de su vanidad mujeril; pero plantada en los mismos confines de lo ilícito, se mantenía firme, sin valor para echarse atrás, aunque decidida á no caer. Contribuía también á retardar el terrible desenlace que Juanito esperaba, el amor que Amalia conservaba todavía al que, además de ser su marido, era padre de su hijo. Conviene añadir que un hijo, para la madre que no ha pasado el Rubicón y no ha perdido

la estimación de sí propia, es, como ya creemos haber indicado, un obstáculo que no se atropella sin dolorosos tirones de conciencia. Necesita gran valor moral una madre, ó para hablar con más propiedad, necesita no tener ninguna moralidad para resolverse á manchar los labios de su hijo, entregando á sus besos inocentes una frente materialmente impura. Por último (porque conviene decirlo todo), Amalia, no diremos que no amaba (no queremos profanar esta palabra) al íntimo de su marido, convertido de repente en terrible enemigo de su honra, pero sí que Juanito era para ella ni más ni menos que cualquiera otro hombre. Hubiera sido quizá arriesgado para su reposo creerle verdaderamente arrastrado por la pasión; pero las mujeres, en este punto, pocas veces suelen equivocarse, y para ella era evidente que Juanito trataba pura y simplemente de satisfacer un capricho más ó menos vehemente, ó, como decía el mismo interesado, de satisfacer un gusto.

Pero la situación era arriesgada. Exacerbado por la lucha, el apetito tomaba á veces en Juanito tinturas melancólicas y pastoriles que turbaban el corazón de la joven, llenándole de remordimiento é inspirándole el deseo de obligar al Tenorio á emprender la retirada. A falta de energía para tomar esta última resolución, la joven procuró fortificarse en su resolución de resistir. Dos ó tres veces, sin embargo, quiso romper con aquel estado de cosas; pero entonces advertía, no sin espanto, que por el mero hecho de prestar el oído á la lisonja y al galanteo, había ya entre ella y Juanito algo parecido á lazo, de modo que lo que ella deseaba que fuese despedida, en la práctica tomaba verdadera apariencia de ruptura. Esto, que ponía en evidencia la falta cometida, la irritaba y la desalentaba al mismo tiempo. Hubiera sido, sin embargo, suficiente para decidirla á salir de aquella situación angustiosa, el que su marido le ayudase un poco; pero Luciano no veía nada, andaba más distraído que nunca y parecía que conspiraba, con su desatentada conducta, á facilitar la empresa de su deshonor. Lejos de poner estorbos á los propósitos de su amigo, prolongaba sus ausencias so pretexto de negocios, y pasaba gran parte de las noches fuera del techo conyugal. Amalia, que en otras circunstancias no hubiera dejado de pedir cuentas á su marido de la irregularidad de su vida y del abandono en que la dejaba, sentíase en el fondo de su conciencia sin derecho para hacerlo y devoraba en silencio su pena y su resentimiento. Como sucede ordinariamente con esta pasión quebradiza é inconsecuente que se llama el amor, el que no había dejado de sentir Amalia por su marido, lejos de debilitarse, tomaba incremento con su abandono, y eso que ella atribuía éste al vicio del juego, idea que Luciano había hecho nacer en su espíritu, juzgando, y con razón, que le sería á su mujer menos penoso verle disipado en el juego que no en la infidelidad.

Resultaba de todo esto que aquella intriga, ligeramente aceptada, iba convirtiéndose poco á poco en un nudo que Amalia no sabía cómo romper y que empezaba ya á ser ocasión para ella de lágrimas y de sordas y secretas inquietudes. Verdad es que cuando Juanito se salía de los lugares comunes de la lisonja y de la adoración y quería ganar camino obteniendo alguno de esos peligrosos favores que no dejan ya hasta el deshonor más que un trecho breve y resbaladizo, Amalia instintivamente se rehacía y obligaba al seductor á retroceder al punto de partida; pero ¿era posible prolongar esta situación?

Juanito, que era profundamente egoísta, estaba ya cansado de esperar. Para él todo aquello no pasaba de ser un idilio, y su grosero temperamento repugnaba los idilios. Después de rumiar bien la idea un par de días, se decidió á dar el asalto, echando mano de un recurso que no tenía nada de nuevo, pero que hasta entonces no había querido emplear por considerarle, aunque remotamente, ocasionado á un tropiezo con Luciano, cuyo carácter impetuoso y poco sufrido conocía desde la infancia; pero la furia de su deseo acabó por arrastrarle.

Bien meditado su plan, Juanito entró una tarde en casa de su amigo enteramente decidido á ponerle por obra. Cuando penetró en la sala en que se hallaba Amalia, encontró á ésta ocupada en leer, al lado de la chimenea encendida, uno de los libros con que él procuraba instruirla.

—¡Uf! ¡qué tiempo tan desagradable! dijo después de saludar y dar la mano á la joven.

—Siéntese usted ahí, dijo ésta señalándole un sillón de frente y previniendo la acción de Juanito, que parecía querer sentarse á su lado. Ahí estará usted cerca del fuego.

—Más cerca quisiera estar yo, contestó el Tenorio, acompañando esta observación con una mirada lánguida. Parece que la novela interesa, ¿eh?

—Interesar... no mucho. Yo la leo por satisfacer la curiosidad... por saber en lo que va á parar...

—¡Oh! pues eso ya puede usted imaginárselo. Eso para en que Clemencia...

—Sí, sí, ya me lo imagino. En que Clemencia se entrega á su amante y falta á su marido. Casi todas las heroínas de los libros que usted me trae van por el mismo camino.

—¿Qué quiere usted? Es el género que hoy se cultiva. Por eso se llama realista, porque copia la realidad.

—Es claro, como que en el mundo hay de todo. Pero lo que yo veo es que el número de las esposas que andan derechas aventaja con mucho al de las que cojean...

—Temperamentos fríos, mujeres sin corazón... Impropias para excitar el interés de los lectores sensibles.

—Y hacer el juego de los conquistadores.

—Además, no hay que fiarse de las apariencias. Justo es también decir, en abono de Clemencia, que su marido se conducía con ella de un modo horrible.

—Sí, eso es verdad. Por fortuna al novelista le vino bien, sin duda, para multiplicar los incidentes de color subido, pintar á un marido que tenía por hábito la infidelidad, y que merecía...

—¡Pues! Lo que le sucedió, articuló Juanito fijando en su interlocutora sus ojos de color de plomo, con expresión picaresca.

—No diré tanto. Pero con un marido semejante, la mujer necesitaría ser algo más que honrada, necesitaría ser santa para resistir la tentación de darle una buena lección.

Amalia pronunció estas palabras con el gesto animado y la mirada chispeante. Su temperamento meridional (era hija de Ronda) propenso á dejarse arrebatar por los estímulos de la venganza, se revelaba como capaz de llevarla á los mayores extremos, una vez incendiado por los celos.

Juanito cogió la ocasión por los cabellos; ya hemos dicho que venía decidido.

—Pues dêsela usted, dijo con aire solemne y con una mirada que podía traducirse así con toda claridad: —Su marido de usted es como el de Clemencia.

Amalia cambió de color rápidamente, y clavando sus ojos en Juanito, dijo con voz sorda pero apremiante:

—No andemos con rodeos. ¿Quiere usted decir que Luciano me engaña?

El interpelado se apretó los labios entre sus dos dedos, como quien se ve obligado á guardar silencio; pero Amalia había tomado ya fuego y reiteró su pregunta con acento todavía más imperioso.

Remedando lo mejor que supo el gesto del que tiene que hacer una cosa que le repugna, dijo Juanito al fin:

—Voy á cometer una acción indigna, pero usted, Amalia, es irresistible. Me tranquiliza, sin embargo, la idea de que lo que voy á decirle no es un secreto para nadie. El pobre Luciano, que hasta hace poco, justo es decirlo, guardó á usted todos los miramientos que merece por su belleza, por sus gracias...

—Diga usted por ser su esposa, por ser la madre de su hijo, exclamó Amalia con ímpetu.

—Eso quería yo decir. Ya habían llegado á mi noticia ciertos rumores, á los cuales no me decidía á dar crédito. ¡Cómo! me decía á mí mismo. ¿Es posible que un hombre de corazón y de sentido como Luciano, que debe á la suerte la posesión de un tesoro, de una mujer adorable, que otros estarían siempre mimando y contemplando... casi de rodillas?...

(Continuad).

C. SUÁREZ BRAVO.

ZAPATOS NUEVOS



Como elegantes y bien rematados, ya lo creo que eran dignos de elogio.

Es decir, el doctor en obra prima que los había planeado y cortado, cuidando del fondo y de la forma poética.

Porque en un par de zapatos, y aun en un zapato solo, cabe la forma poética, lo mismo que en un drama ó en otra obra no prima.

Estrené un par de zapatos de charol, que excitaban la envidia del mundo cursi, en la calle.

¡Cómo me miraban los jóvenes de becerro mate, los de *botillos* de la *commune*, ó sea, sin medida especial, baratos, indignos de calzar «pies principales!»

¡Y no digamos si tropezaba con algún sujeto, no del orden si no del desorden de descalzos!

Me hubieran asesinado más de cuatro socialistas por la base, para aprovecharse de mis zapatos.

¡Unos zapatos nuevos, en estos tiempos, y de charol, esto es: brillantes!

Todo cuanto brilla excita la envidia de las muchedumbres.

Yo continuaba mi camino, correspondiendo con miradas compasivas y desdeñosas á las de los transeuntes, admiradores de mis zapatos.

—¡Lo que representa un hombre en Madrid con unos zapatos nuevos! pensaba yo, viéndome admirado por la sociedad.

En el Círculo, á todos mis amigos parecieron muy elegantes y de forma correcta mis zapatos de charol.

Me tendí, casi me acosté, en una banqueta, así para descansar como para lucir los zapatos.

Posición elegantísima, porque eso de echar los pies por alto es casi casi de educación elemental, ó primaria, ó primitiva.

En aquella actitud pedí café.

Me parecía á mí mismo un sultán con zapatos de charol.

Porque yo no sé si su religión les prohíbe usar otro calzado que las babuchas; pero sí sé que les permite echarse en divanes.

Uno de los criados colocó un veladorcito á mi alcance para que pudiera tomar café, sin perder la comodidad.

Cuando me levanté, me pareció notar cierta opresión en los pies.

—¿Será nocivo el café para los zapatos de charol? Dudé.

Pero se desvaneció la duda, porque cesó un tanto la opresión.

¡Lastimarme unos zapatos que son maravillas artísticas de uno de nuestros primeros autores!

¡De uno de los *maestros* de mayor circulación!

Sali del Círculo y me encaminé á casa de mi novia.

Ella me esperaba con impaciencia, seguramente.

Habíamos concertado la víspera, con la mamá y el papá, ir al Circo de Colón toda la familia.

Y yo era como de la familia.

Los padres de mi amada me consideraban como á hijo... venidero; mi novia también; digo, mi novia me trataba como á esposo político, y sus hermanitos como á hermano probable y juguete efectivo.

¿Qué diría *ella* de los zapatos?

¡Pasar una tarde al lado de mi adorada Ruperta, cambiando con ella palabras de amor y miradas aún más elocuentes que las palabras!

¡Y legalmente autorizado por nuestros primeros padres! según yo calificaba á los de mi novia.

¡Y todo esto con terno nuevo todavía, porque le había estrenado el domingo anterior, y, particularmente, con aquellos zapatos!...

¿Quién más feliz que yo?

Llegó la hora de salir de casa para dirigirnos al Circo.

Mi Ruperta se deshacía en elogios de mis zapatos.

— ¡Son preciosos, me repetía, y te hacen un pie tan bonito!...

— Serán dos pies, hija, repliqué por decir un chiste.

— Pues es claro, hombre, repuso algo picada, los dos que usas.

— Ruperta, eso equivale á decir que tengo más de dos.

Calló y callé.

— ¡Mal principio! pensé. Así se forman las nubes entre los enamorados; luego sobrevienen las tormentas, y los suicidios y los *novicios*. ¡Caramba! ¡y parece que me oprimen los zapatos con exceso!

Desde la casa de mi Ruperta y compañía hasta la Puerta del Sol pasé mal rato.

Pero aún lo atribuía al disgusto con mi novia.

Y pensé, aunque no más que unos segundos:

— ¿Será perjudicial la riña con su novia, cuando uno estrena zapatos de charol?

En esto oí á la mamá de Ruperta que decía á su esposo:

— Ya están de monos: esta chica tiene un carácter imposible.

Y el papá replicó:

— Es que él es memo.

¡Cómo me llegó al corazón aquel calificativo!

En el camino tropecé siete ú ocho veces, y en una de ellas estuve si caigo si no caigo.

Se me enturbiaba la vista, sentía palpitaciones en el cerebro, dolor en los riñones, en el estómago, en el vientre y tendencias provocativas.

Iba al lado de Ruperta sin hablar palabra.

El mote que me había aplicado su padre, el desdén de su hija, la «dulce opresión» de los zapatos nuevos me asesinaban.

— ¿Se siente usted malo, Serafinito? me preguntó mi futura mamá política y administrativa.

— No, señora.

— Siempre han de estar ustedes así, de pelea. Vamos, vamos, haced las paces.

— ¡Si no hemos reñido, mamá!

— ¿Ves cómo es cierto lo que yo te digo? volví á oír al papá, que ese chico es tonto.

— Un pobrecito, enmendó la esposa.

— Bien, repitió mi suegro; pobre, pero necio.

Trabajo me costó contenerme.

De buena gana me hubiera «arrancado por peteneras,» para devolverle los insultos.

Pero los zapatos no me dejaban ni ofenderme.

Para mí no había en el mundo más que un par de zapatos, que me atormentaban, y un zapatero á quien deseaba ver en el patíbulo con un par de zapatos nuevos, como los míos.

Por fin, en la Puerta del Sol, subimos en un coche del tranvía del Norte.

Mientras «viajamos» en coche, descansé.

Cuando nos apeamos, en la glorieta de Santa Bárbara, casi tuvo que bajarme á puñados el cobrador del tranvía.

Y poco faltó para que, desde la parada del coche á la puerta del Circo, tuviera que llevarme en brazos mi suegra ó á lomo mi suegro.

—¿Qué es eso, Serafinito, qué le pasa á usted? me preguntó mi mamá en lontananza.

—Los zapatos, respondió el rinoceronte paterno.

—¿Le aprietan á usted? preguntó Ruperta, con cierto interés.

—Un poco, tartamudeé.

—Es natural; quieren ustedes parecer bonitos...

—No es eso, don Hilarión, repliqué á mi suegro.

—Si es eso: pero oiga usted: á un amigo y compañero que fué, en la Deuda, tuvieron que amputarle las dos piernas, á consecuencia de las *mataduras* que le hicieron unas botas nuevas.

—¡Qué atrocidad!

—Es muy malo.

—Ya lo creo.

—Son monadas que cuestan caras.

En esta conversación llegamos á la puerta del Circo.

Me dirigí al despacho, para comprar los billetes necesarios.

Pero don Hilarión se opuso disgustado, y me atajó el paso al mismo tiempo, pisándome, no sé si intencionadamente, primero, el pie derecho, y luego, el izquierdo.

¡Con cuánto entusiasmo le hubiera aplicado un puñetazo en la nariz!

Pero me contuve.

—No faltaba más, repetía el suegro.

—Sería una vergüenza, afirmó su esposa.

Ya en un palco, no sé si de sol ó de sombra, en el Circo de Colón, no puedo decir lo que vi ni lo que oí, ni lo que hablé.

Sé que me colocaron al lado de Ruperta, para que pudiéramos conversar con cierta holgura.

Pero yo no veía, siquiera, ni sabía si aquel caballero grotesco, disfrazado de feo, era un oso con levita, ni si el oso era mi suegro, con bata.

—Váyase usted, Serafinito, si se siente mal, me aconsejó mi mamá adoptiva.

—Si; lo primero es la salud, afirmó el traidor y suegro.

—No, no, tartamudeé, me siento regular.

—Como te vayas, hemos concluido, me dijo á media voz mi novia.

—Está usted pálido, con *anteojeras*, añadió mi papá político y cerril.

—Si; muy pálido.

—¿Quiere usted un té?

—No, gracias.

Me defendí cuanto pude, hasta que, al fin, loco, sin darme cuenta de lo que hacía, salí del palco, sin despedirme casi, y del Circo, buscando un coche de alquiler.

Tropecé con un caballero á quien senté contra su voluntad en la vía pública.

—Disimule usted, le dije.

Y él, con razón, replicó furioso:

—¿Por qué he de disimular, animal?

Pisé á una señora la falda y la dejé en paños menores.

Me mordió un perro y yo mordí al amo.

Y nos llevaron á la delegación á los tres, para ver si el perro y yo estábamos hidrófobos.

Pero yo fui descalzo.

Me quité los zapatos y los tiré, con tan mala suerte que di en la cara á un sujeto de malas pulgas, que pasaba á la sazón.

Me pidió una tarjeta y me dió otra suya.

Después me envió los padrinos y después me dió un chirlo, salvo la parte, en este hombro.

Y me quedé sin novia, y me multaron en veinticinco pesetas, por andar sin bozal y morder al prójimo.

Y no he vuelto á estrenar un par de zapatos, por si acaso.

Se los doy al sereno para que los use dos ó tres noches.

Como quien dice: para *culotarlos*, como las pipas.

Y luego, me los pongo.

Por traslado
EDUARDO DE PALACIO.



LOS REGIDORES DE BRUJAS EN EL TALLER DE JUAN VAN EICK

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT



A LA CAÍDA DE LA TARDE

CUADRO DE MODESTO URGELL

Ayuntamiento de Madrid

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

FUE Mallorca uno de los grandes mercados de Europa, y al par uno de los depósitos más importantes de las riquezas de la India y del África, de manera que no existía familia noble,—y éstas eran muy numerosas,—que no contara por lo menos con una nave sostenida á sus costas.

Sin embargo, el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, por una parte, y por otra la expulsión de los moros de España, dieron un golpe mortal á la prosperidad de las Baleares: aquél, porque comunicó nueva dirección á la corriente de las producciones asiáticas; la segunda porque interrumpió las relaciones comerciales existentes de muchos años entre ambos pueblos.

El efecto de dicha expulsión, por lo que á las Baleares se refiere, puede compararse al que produjo en Francia la revocación del edicto de Nantes, que, proscribiendo los protestantes, enriqueció con nuestra industria los Estados limítrofes.

Al presente las relaciones mercantiles de las Baleares no se extienden más allá de las costas mediterráneas de España, África y Francia, constituyendo los artículos más importantes de su exportación el aceite, las almendras, las naranjas, los limones, las alcaparras, que en grandes cantidades van á Marsella, el ganado de cerda, que envían á Barcelona, y las legumbres.

Mallorca es la más extensa, y al propio tiempo la más fértil de las islas que constituyen el grupo de las Baleares: su suelo es tan fecundo, tan dulce su clima, y tan amenos y encantadores sus paisajes, que los antiguos les dieron el nombre de Endemones, es decir, las islas de los Genios bondadosos, y Afrodisiadas, ó sea Tierras del Amor. Su población, comparada con la de las demás regiones de España, es dos veces mayor.

La superficie de Mallorca es de 3,395 kilómetros cuadrados; siendo 60,000 el número de habitantes de la capital, y unos 210,000 el de los de toda la isla.

La fundación de la ciudad de Palma se hace remontar á más de un siglo antes de la Era Cristiana, atribuyéndose á Quinto Cecilio Metello, apellidado el Balear. Se dice que cuando quiso desembarcar en la playa, tuvo que cubrir con pieles los puentes de los buques para poner las tripulaciones al abrigo de los proyectiles arrojados por los honderos mallorquines.

Los antiguos atribuyen á los habitantes de las Baleares extraordinaria destreza en el manejo de la honda, sosteniendo Dameto, escritor del siglo XVIII, que era tal la fuerza que imprimían á sus disparos, que las balas de plomo empleadas como proyectiles, fundíanse á consecuencia del roce engendrado por la violencia y la rapidez que les imprimían al ser disparadas (1).

(1) Si Dameto dice esto, que lo ignoramos, fuerza es convenir en que se dejaba muy atrás al más exagerado andaluz.

La historia de Palma es sumamente variada é interesante, formando parte de ella sucesos por demás notables.

Al realizar la conquista el rey don Jaime, la ciudad sostuvo con valor y decisión un sitio muy prolongado, y rendida al cabo, fué entrada á saco, durando el pillaje ocho días consecutivos.

El vencedor la ensanchó y procuró embellecerla por cuantos medios estuvieron á su alcance, puesto que además de los magníficos monumentos de que queda hecha mención, construyó una ciudadela y fortificó su puerto. Entonces comenzó para ella una era de verdadera prosperidad, que habría llegado á prodigiosa altura, sin el azote de dos mortíferas epidemias que castigaron á Palma, hasta tal extremo, que fué preciso conceder no pocos derechos é inmunidades á los extranjeros que se determinaran á establecerse y domiciliarse en ella.

En 1391, hubo una matanza de judíos, en la cual perecieron no pocos de ellos: sus casas fueron saqueadas, y con ellas el tesoro público.

En el siglo siguiente la *Riera*, que es una corriente de poca importancia que atraviesa la población, experimentó una crecida extraordinaria, tanto, que de sus resultas quedaron destruidas 1,600 casas, y anegadas 5,500 personas.

Otra vez en 1475 la peste diezmó la población.

Más adelante los *pagesos* (aldeanos propietarios), cargados de duros impuestos y maltratados por la nobleza, alzaronse, á imitación de los menestrales de Valencia, y pusieron sitio á Palma después de haber roto los conductos de las aguas de que se surtía la ciudad. Durante el asedio insurreccionáronse los plebeyos que vivían en la capital, y saquearon las moradas de la gente rica y acomodada. Al fin, al cabo de dos años de luchas sangrientas, el rey acudió con su apoyo á la nobleza: los rebeldes fueron vencidos y juzgados, y la ciudad, oprimida por los impuestos, vió consumada su ruina.

Sea como quiera, á pesar de las epidemias, de las hambres, de las inundaciones y de las luchas intestinas, Palma había conservado cierta importancia bajo el punto de vista marítimo y comercial. No una sino muchas veces rechazó los frecuentes ataques de los corsarios: los ciudadanos más conspicuos y caracterizados por sus empresas militares, satisfechos con los timbres que su pericia les conquistara, declinaron la honra de ser ennoblecidos; pero al finalizar el siglo *xvi* había hasta tal punto decaído de su pasada grandeza, que no existía en su puerto un solo buque capaz de hacer frente á los piratas que la atacaban.

El clima de Mallorca es más agradable que el de Valencia, á pesar de hallarse con corta diferencia en la misma latitud, debiéndose principalmente esta circunstancia á hallarse rodeada por el mar, que iguala la temperatura. Con todo, ésta varía no poco, influyendo en ello la



Interior de la Lonja

exposición de los terrenos, y tanto es así, que en las vertientes de los montes que en dirección de Nordeste á Sudeste constituyen uno de los lados de la isla, se disfruta un fresco relativo, al paso que en la parte llana el calor es insuportable.

A propósito de esto citaremos el hecho consignado por Miguel Vargas relativo á las temperaturas mínimas que se experimentaron en la rada de Palma durante el riguroso invierno de 1784. Dice dicho escritor que sólo un día del mes de Enero llegó á 6°, siendo lo común mantenerse entre los 11 y 16°.

De mí sé decir que durante los últimos días de Octubre, y todos los del mes de Noviembre, vestí como en Julio y en Agosto en París, con la circunstancia de que en mitad del día casi sentía calor: en cambio durante la mayor parte del mismo era tan dulce y agradable la temperatura, que más parecía de primavera que de últimos de otoño.

El amigo Sellarés, que me veía dominado constantemente por el deseo de visitar cuanto se encierra en ella de notable, que no es poco, me decía algunas veces:—Cuando haya usted comido cuatro ó cinco docenas de *enciamadas*, ya se calmará un poco su entusiasmo investigador; á la hora de esta todavía es usted demasadamente parisiense; es decir, nervioso, activo, frenético. Nosotros somos mucho más calmosos, y es que, como nos sobra el tiempo para todo, no tenemos por qué apresurarnos, y en caso de apresurarnos, corremos despacio, como dice uno de los poetas ultrapirenaicos. Con semejante sistema nos va perfectamente: nuestra existencia se desliza tranquila y apacible, y como nuestras exigencias son muy limitadas, y no tenemos por qué esforzarnos gran cosa para realizarlas, llegamos á viejos con la dulce satisfacción de haber gozado durante largos años del sol y de las maravillas de nuestra isla.

Las *enciamadas* de que me hablaba Sellarés, y á cuyas propiedades calmantes atribuía tanta influencia, son un pastel cuya masa tiene muchos puntos de contacto con nuestros hojaldres, pero más untuosa, por lo mismo que está completamente impregnada de manteca de cerdo. La sirven generalmente con el chocolate. Su digestión es bastante difícil, y tal vez influye en la dejadez y falta de actividad que, así en lo físico como en lo intelectual, producen el aislamiento y más que éste el calor.

Sea de esto lo que se quiera, mi permanencia en la capital no podía prolongarse todo lo necesario, para poder alcanzar los beneficios que se prometía mi amigo de sus *enciamadas*. Roguéle, pues, un día, que se dignara acompañarme al pino famoso de los Moncadas, debiendo confesar en favor suyo, que lo mismo en esta ocasión que en todas cuantas juzgó que podía serme útil, desmintió con su actividad cuanto dijera de la calma característica de los isleños.

Tomé, pues, por mi cuenta una *galera*, que, como he dicho, son unos vehículos sumamente ligeros y hasta elegantes, causando verdadera sorpresa la rapidez con que corren, lo mismo en el terreno llano que en las cuestas, subiendo ó bajando arrastradas por su tronco de mulos.

En semejante disposición seguimos á lo largo de los muelles, por un camino lleno de polvo hasta el Terreno, que es un barrio ó arrabal constituido por numerosas y lindas casas de campo, con graciosos jardincitos que sombrean frondosas higueras y embellecen numerosas flores, siendo el sitio predilecto de los palmesanos para pasar en él los meses del estío. Hállase rodeado de un espeso bosque de pinos, por en medio del cual cruza el sendero que conduce al sombrío castillo de Bellver, que visité el día siguiente. Las olas van á estrellarse en las rocas que forman la base de la colina sobre la cual se levanta el Terreno, magnífico punto de vista que domina el hermoso panorama de la ciudad, de la bahía y de las lejanas costas. Cuando el día es claro y sereno, y está despejada la atmósfera, puede también distinguirse en el lejano horizonte la agradable silueta del islote de Cabrera de triste recuerdo. La circunstancia de hallarse el Terreno á muy corta distancia de la ciudad, tanto que los carruajes emplean poco más de un cuarto de hora en salvarla, hace que la concurrencia sea en verano muy numerosa, puesto que las familias no deben verse privadas de tomar los baños de mar, ni los hombres de negocios



deben desatender poco ni mucho sus habituales ocupaciones. Además del Terreno, existe, en la parte oriental, otro barrio conocido con el nombre de Molinar de Levante, poblado también de numerosas casas de campo; pero su situación es menos agradable, y no tan escogida la sociedad que en el mismo veranea.

Después de haber atravesado esa linda población, completamente desierta en la época del año en que nos hallábamos, el camino continúa por la orilla del mar, siguiendo los caprichosos accidentes de la costa. Las olas lamían dulcemente la arenosa playa, deshaciéndose en anchas franjas de blanca espuma, ó acariciaban juguetonas las rocas que salían á flor de agua. En algunas diminutas ensenadas velanse sobre la arena algunos botes de placer.

Por todas partes crecen las hierbas aromáticas, tales como el romero, el tomillo, el mirto y el espliego, meciendo la brisa del mar las flores de los flexibles tallos de los frondosos matorrales.

Al paso que adelantábamos, las ondulaciones del terreno ocultaban con frecuencia á nuestras miradas la ciudad de Palma, cuyas blancas casas y severos edificios producen un efecto encantador vistos al través del frondoso pinar.

Al cabo de dos horas de camino, que se nos pasaron volando, embriagados en la contemplación de la inmensidad del mar y de la bahía, y aspirando el perfume resinoso del bosque y de las plantas aromáticas que bordean el sendero, el cochero detuvo el vehículo, descendió del pescante, y con una cortesía completamente desconocida por sus congéneres de París, abrió la portezuela, y con el sombrero en la mano nos pidió que tuviéramos la bondad de apearnos.

Habíamos llegado al término de nuestro viaje: nos encontrábamos junto al pino de los Moncadas, que se levanta en una especie de arrenal inculto, bañado por el mar. En este sitio desembarcó el rey Jaime I el Conquistador, con sus compañeros de armas, y trabó por vez primera su lucha contra los infieles el día 12 de Septiembre de 1229. En él hallaron también la muerte los hermanos Moncada, vástagos de una de las más nobles y distinguidas familias de Cataluña.

Séanos permitido reproducir la descripción que M. Frederic Donnadieu publicó en la *Revue Félibréenne*, de la fiesta religiosa y patriótica que tuvo lugar el día 5 de Mayo de 1887, con motivo de la inauguración de un monumento erigido al pie del histórico y gigantesco pino.

«Congregóse aquí numeroso pueblo procedente de los lugares vecinos de Cabria y de Andraitx. Un sencillo altar formado por una tabla y dos piedras cubiertas con blancas draperías, sin más adorno que verdes guirnalda de laurel y boj entretejidas de olorosas rosas, apoyábase en el robusto tronco del pino, único que vive de los que fueron testigos de aquellas grandiosas escenas.—A dos pasos del árbol histórico, alzábase desde la víspera una cruz de hierro, de cuyos brazos pendía el aureo pendón de las rojas barras, que constituyen las armas de Cataluña, sobre un robusto pedestal de piedra, en el cual no habían podido grabarse, por material falta de tiempo, las dos fechas conmemorativas del 12 de Septiembre de 1229, y 5 de Mayo de 1887, que sobre el mismo se han esculpido.—El inspirado autor de la *Atlántida* y de *Canigó*, asistido por mossén Jaume Collell, y por el reverendo Rass, celebró el oficio divino, en presencia de aquel numeroso concurso de labriegos, de ciudadanos, de poetas y de artistas, que conmovidos por el fervor religioso, por el sentimiento patriótico, por la grandiosidad de los recuerdos y por lo desusado del suceso, asistían devotos y con profundo recogimiento á aquella escena indescriptible que se realizaba bajo la bóveda inmensa de los cielos, haciendo coro á las preces del sacerdote el suave susurro de los pinos acariciados por las brisas, y el rumor cadencioso y acompasado de las olas. Las lágrimas de la emoción más pura brillaban en aquellos rostros, cuando bendecida la cruz y rezado un responso para el eterno descanso de los Moncadas, mossén Collell, de pie junto al pedestal, leyó, con voz conmovida, el pasaje de la *Crónica del rey Jacme* en que se refiere la muerte de aquellos héroes.

«Era ésta, decía el referido sacerdote en la corta y expresiva relación que del hecho publicó

en *La Veu del Montserrat*, correspondiente al día 14 de Mayo de 1887, la única oración fúnebre apropiada al lugar y á las circunstancias. La palabra sobria, concisa, ingenua y casi infantil del Conquistador, penetraba hasta lo más íntimo de los corazones, y por un instante no hubo quien no viera con los ojos de la imaginación al rey Jaime vertiendo lágrimas sobre los inanimados cuerpos de Guillén y Ramón de Moncada.»

Los restos de los nobles caudillos fueron conducidos á Palma y depositados en la iglesia del Sepulcro, que había sido una mezquita durante la dominación musulmana: más adelante fueron trasladados á Cataluña.

Al regreso tomamos por un camino que, penetrando en los bosques por la vertiente de la montaña, nos condujo al castillo de Bendinat, propiedad del conde de Montenegro.

Cuenta la tradición, que después de la sangrienta batalla en que, perecieron los hermanos Moncada, el rey, que no había probado bocado en todo el día, encaminóse, en compañía de su lugarteniente, á una casa de campo que en aquellas cercanías se encontraba, en la cual comió con muy buen apetito. En el sitio en que existió la casa, levantóse más tarde el castillo actual, que se llamó Bendinat, por contracción de las palabras *bé hem dinat* (bien hemos comido) que pronunciara el rey después de haber dado al cuerpo lo que tanto había menester. Pretenden algunos que, no pudiendo ser los manjares ni muy abundantes ni muy apetitosos, las palabras del rey debían tomarse en sentido irónico.

Al caer el día hallábamnos de regreso en Palma, habiendo seguido el mismo camino que tomáramos por la mañana. Acariciaba nuestros oídos el grato rumor del oleaje: el sol se ocultaba en el horizonte, y unos en pos de otros envolvíanse en las sombras los agudos campanarios y elevados edificios que teñían de rojo los postreros rayos del sol poniente, al par que sobre las olas la luna difundía su luz plácida y argentada.

(Continuará).

C. V. DE V.



SEIS POESÍAS

LA PALMERA

(ACUARELA AMERICANA)

El espacio se enciende como una hoguera
en que su lumbré en ondas el sol derrama,
y en ese ambiente lleno de roja flama
alza la palma airosa su cabellera.

Las líneas de sus arcos forman esfera
encorvando una rama tras otra rama,
y en el tronco una escama tras otra escama
desde el pie la acorazan á la cimera.

Una cigarra ronca de un arco asida,
cuando el calor ardiente rinde la vida
con su voz prolongada rompe el sosiego.

Y alzando sus estivos cantos triunfales,
entre el pago profuso de cafetales
derrama sus estrofas de luz y fuego.

PESADILLA

(ACUARELA ANDALUZA)

En los marmóreos patios de mi Sevilla
mientras el sol las calles dora y retuesta,
entre el sopor pesado de roja siesta
depone mi muchacha peina y mantilla.

Bajo el toldo flotante la fuente brilla
derramando sus gotas en son de fiesta,
y la mujer escucha la mansa orquesta
entornando los ojos que el sueño humilla.

Sueña que, junto al muro que la aprisiona,
un rondador cautivo de su persona
dice frases galantes á su figura;

Y que yo la interrogo con mis miradas
y hay tras la reja gritos y cuchilladas
por ganar la bandera de su hermosura.

LOS PAVOS REALES

(ACUARELA AMERICANA)

Cuando finjo que vuelvo de los maizales,
ya al morir entre púrpuras el sol caído,
en medio del paisaje hieren mi oído
con su grito estridente los pavos reales.

Me escondo tras las ramas de los frutales
y al ave egregia acecho sin hacer ruido,
y miro los colores de su vestido
y su moño de breves flechas triunfales.

Repitiendo su canto que el aire aleja,
hace el amor en torno de su pareja
y alza la cola augusta de hebras lustrosas.

Y á los ojos abriendo sus galas sumas,
deja brillar cien rosas sobre cien plumas
y cien iris prendidos á las cien rosas.

Á UN RÍO

Estruendosa campaña de peleas
desde tu origen sosteniendo vienes,
y ruedan más coronas de tus sienes
que de todos los reinos que rodeas.

Ya la brutal musculatura ondeas
y en tumbos bajas y á morir te avienes,
ya aglomerando espumas y vaivenes
triunfante en el escollo centelleas.

Es tu paso carrera de victorias,
cargado vas de tus inmensas glorias
creyendo audaz que tu poder no muere.

Y cuando nada á tu ambición se oculta,
¡llegas al mar, que tu ambición sepulta
y te entona su ronco miserere!

PENSAMIENTOS

(EN UN ABANICO)

De tu pureza las galas
no empañan nubes ni frondas,
y en eso al cisne te igualas,
que atraviesa por las ondas
sin que se mojen sus alas.

LOS ANCIANOS

Cuando miro ¿un anciano pedir limosna
ó á alguna viejecita desamparada,
aparto la mirada porque la pena
resquebraja las fibras de mis entrañas.

¿Dónde estarán los hijos que se mecieron
en sus brazos benditos? ¿dónde las almas
que esos pobres ancianos dieron al mundo
para que, envilecidas, les olvidaran?

¡Pedir una limosna la madre nuestra!
¡arrastrarse en las calles duras y heladas!
¡no hallar misericordia la mano pura
que tiende demandando cariño y gracia!

¡Caer sobre sus hombros el aguacero
ó el sol que su organismo sin vida abrasa!
¡pechar las santas sienes sobre una piedra
dura cual la impasible piedad humana!

La que meció en la cuna nuestros ensueños
y combatió los males de nuestra infancia,
y como una terrible loba á la muerte
abrió, para salvarnos, las fieras garras.

La que para curarnos de las heridas
lamió, si fué preciso, las sucias llagas,
y vivió, con el alma, noches y noches,
suspendida del hilo de la esperanza.

La mujer que la anemia trajo á sus venas
por dejar en las nuestras vida y sustancia,

y con paciencia noble nos hizo buenos
al son de las leyendas y las plegarias,
¡es la que vagabunda, sin un abrigo,
sin hogar ni familia, piedad ni gracia,
tiene los hoscos perros por compañera
en las noches medrosas, mudas y largas!

¡Qué monólogos tristes irá diciendo
la infeliz que en el lodo social se arrastra,
ella, á quien se debiera coger en hombros
y colocarla, en triunfo, sobre las aras!

Y puede ser que vivan los hijos suyos,
y del café en la rica mansión dorada,
— estercolero de oro donde se pudren
entre espirales de humo las nobles almas, —

con otros seres viles rían gozosos
ante la copa en grato licor bañada,
escuchando el estruendo donde se ahogan
los terribles lamentos del que naufraga.

Lleno de ira tremenda formar querría
látigo con las firmes cuerdas del arpa,
y como de las fieras se azota el cuerpo
cruzar de los inicuos hombres la cara.

Humanidad sin freno, ley ni decoro,
que á tí misma te inciensas y te decantas,
especie envilecida sin sentimiento,
¿dónde están las virtudes de que te ufanas?

Los andrajos que puestos llevan los pobres
tú los llevas colgados dentro del alma;
si cual cristal tu pecho se trasluciera,
¡qué espectáculo horrible se contemplara!

Tu corazón, más duro que el de los tigres,
para tu madre misma pliega las alas,
y sólo las desriza para tenderlas
sobre lagos revueltos de inmundas aguas.

Si un latido amoroso queda en tu pecho,
separa una limosna con mano santa,
¡para los pobres viejos que nadie quiere!
¡para las viejecitas desamparadas!

SALVADOR RUEDA.



UN CAPÍTULO DE LA ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT

Ayuntamiento de Madrid



COCO DE MAR

HISTORIETA

POR

ERNESTO LENBACH

(CONTINUACIÓN)

* * *



HANS apenas pudo hacerse cargo de cómo había salido de allí. En la calle había un carruaje: era el anticuado vehículo del catedrático de medicina Veiten, el primer médico de la ciudad.

En aquel momento bajó las escaleras el bondadoso anciano, que reconoció y saludó á su joven colega de la Universidad.

—¿Cómo va, cómo va? díjole en su tono algo precipitado y cordial. Me alegro de encontrarle á usted aquí; un antiguo amigo, sir Julio de Schulten, le está buscando toda la tarde; creo que tiene algo agradable que comunicar á usted... sí, algo agradable que comunicar á usted. Si quiere usted saberlo véngase en mi coche, pues yo paso por delante de su casa y le dejaré á usted allí.

Cuando el landó echó á correr aventuróse Hans á preguntar por el estado de la baronesa. El anciano puso cara seria como conviene á un médico, y dijo:

—Caso grave, caso grave; una antigua enfermedad del corazón que ha empeorado, ¡malo, malo! Cuando la señora baronesa se entere de la inmensa catástrofe que sufre la familia, puede ocurrir inmediatamente una desgracia.

—¿De manera que realmente nada sabe?

—Nada en verdad, contestó el médico. ¡Esta baronesa es una muchacha admirable y verdaderamente notable! El haberse quedado sin su prometido es más bien una suerte para ella, sí, más bien una suerte. Me era muy antipático aquel Jonkheer Adrián de Hendriksen de Hooge Poort. ¡Pero el desastre financiero y el escándalo de la tal sociedad mercantil es cosa seria, muy seria! Este es el caso, sí, este es el caso. En sus tranquilas regiones botánicas, amigo mío, no se ven tales cosas. Y dígame usted, ¿veremos acaso aclimatarse la *Victoria regia* en nuestro jardín botánico?

Hans tuvo que darle conversación y contestar como pudo al animado caballero, y se alegró de todo corazón cuando el carruaje paró delante de la *Villa India*, que él conocía muy bien, y dando las gracias al doctor despidióse de él.

Era un sitio especial aquel donde entraba ahora el joven profesor. Exteriormente la *villa*

no se distinguía de las elegantes moradas que llegan á formar calles enteras en la ciudad de las musas, separadas unas de otras por hileras de árboles y bien cuidados jardines, y cerradas con verjas por el lado de la calle. Pero detrás de la puerta del vestíbulo empezaba un mundo nuevo que en este momento causó una impresión de bienestar, casi de familia, en el ánimo atribulado del profesor. Las plantas raras, que en pleno sol parecían saludarle, despertaron en él el recuerdo de los días felices en que exploraba los bosques indios de los trópicos al lado de su maestro y amigo de su padre. En medio de las brillantes y aromosas flores, parecían mirarle las extrañas facciones de una estatua de Budha. Un criado de tez bronceada abrió la puerta y con afable sonrisa, que dejaba ver sus dientes blancos como la nieve, contestó que sir Julio estaba en casa. Al mismo tiempo, de la media oscuridad de la sala, salió un gran leopardo, que con paso majestuoso venía á saludar al amigo de la casa con sus caricias, frotando la mansa cabeza contra su mano. Parecióle á Hans que le quitaban un peso del corazón.

—Vén, Bob, vayamos hacia el amo, dijo dirigiéndose al leopardo.

El animal le miró con aire inteligente, y luego, contoneándose, se adelantó y con la pata delantera llamó suavemente á la puerta del despacho.

—¡Adelante! gritó inmediatamente una voz gruesa de hombre.

Y al momento hallóse Hans en presencia de su maestro.

Sir Julio Schulten era un hombre alto, de anchas espaldas, con facciones enérgicas, y que empezaba á inclinarse sólo por el peso de los años. La bondad y la fuerza se armonizaban en toda su persona.

—No, no, dijo éste devolviendo el saludo algo tímido de su discípulo; usted nunca me estorba, y ahora menos, pues estaba leyendo la corrección de la nueva edición de mis estudios forestales de la India, y convenía que estuviese usted presente, mi querido ayudante. Pero, ¿qué le pasa á usted? ¿Parece que está usted cansado y triste?

—Perdone usted, querido maestro, contestó Hans con voz más apagada de lo que solía. Estoy triste porque he vuelto á comprender que en Europa me presento menos bien que en África ó en la India. Y esta vez...

Aquí se detuvo y empezó á pasar, preocupado, la mano por la tupida piel del leopardo.

—Y esta vez, añadió sir Julio clavando sus claros ojos en el rostro inclinado del joven, ¿esta vez se halla interesado el corazón? ¿No es esto?... No quiero preguntarle á usted más. No se debe ser curioso con los amigos. Empero si este es el caso, me alegro doblemente de poder decirle por qué le andaba buscando. ¡Partirá usted de nuevo á la India, Hans!... Se trata—añadió después de haber contemplado un rato sonriendo la sorpresa de Hans—de que la Intendencia india me ha encargado proponer un nuevo sucesor mío como inspector general de montes en la presidencia de Madrás; según parece no les ha ido bien con su compatriota británico. El apoderado de la Intendencia, mi antiguo amigo lord Kelshire, llega mañana temprano á Berlín á fin de hacer un viajecito de estudio por Alemania en el cual puede usted acompañarle en seguida. Yo le he prometido mandarle mi candidato, y este candidato es usted, Hans, ¡naturalmente, es usted!

Hans creía soñar. Quiso hablar, pero sólo pudo articular:

—Pero, mi querido y buen maestro, ¿cree usted efectivamente?...

—Pues vaya, interrumpióle sir Julio, naturalmente que lo creo, ó mejor dicho, sé que es usted la persona á propósito. Alégrese usted, y no necesita darme gracias; si alguno puede continuar mi obra en bien de la ciencia, de los intereses británicos y de la India,—usted sabe que no he tenido nunca falsa modestia,—es usted. No en vano le he enseñado. Y que sabrá usted llevarse bien con los ingleses y con los indios, lo sé también. Sé igualmente, Hans, prosiguió más pausadamente, que aquí no se avendrá usted nunca con nuestra nobleza alemana, y con cierta señorita noble mucho menos. Usted y mi Bob no pueden vivir en esta atmósfera. ¿No es cierto, Bob?

El leopardo rugió como en señal de asentimiento y mostró sus irreprochables fauces.

Hans, desgraciadamente, no podía expresar sus sentimientos de una manera tan elemental como Bob, y sólo al cabo de un buen rato estuvo en estado de entablar una sosegada conversación de negocios, cuyo resultado fué que seis horas más tarde se hallase Hans en el tren rápido que se dirigía á Berlín, con una carta en el bolsillo que le convertía en director de un vastísimo distrito botánico y forestal como no puede concebirlo una imaginación europea, suponiendo que lord Kelshire confirmase la elección de su amigo.

De pronto paró el tren con un crujido desentonado de la manecilla delante de una pequeña estación, en una comarca cuya belleza impedía la noche que pudiesen admirar los viajeros. Se había roto un eje. A los martillazos y sacudidas despertó Hans de su hermoso sueño: una preciosa veranda de estilo indio británico con todo lo necesario para el confort de una casa, y en ella una hermosísima joven sentada en una mecedora que parecía aguardar con impaciencia la llegada del dueño de la casa. Cuando todavía estaba Hans haciendo la comparación entre el presente y este hermoso sueño, echó á andar otra vez la locomotora con agudos silbidos, y de nuevo empezó el monótono ruido del tren en su marcha. Parecía que cada vagón articulaba claramente: «lejos de aquí, hacia Berlín, lejos de aquí,» y Hans volvió á caer en el sopor que da el camino de hierro pronunciando muy bajito en sueños:

—¡Dina!

En aquella misma hora sir Julio en su *Villa India* cerraba el libro de notas y se preparaba para ir á acostarse.

—Mira, Bob, dijo á su cuadrúpedo favorito, cuyos ojos de fuego brillaban desde cualquier oscuro rincón de la habitación cuando se le hablaba, si todo va bien, Su Majestad inglesa habrá ganado un excelente empleado, la ciencia sacará también su provecho, nuestro Hans á cualquier parte donde vaya será feliz y apreciado, y alguna hija de un profesor verá colmadas sus esperanzas! Dejémoslo correr. ¡Vén, Bob!

El leopardo se levantó y rugiendo con gravedad siguió á su amo hasta su dormitorio común.

* * *

Lord Kelshire recibió con la mayor cortesía al joven sabio alemán, cuyas exploraciones en la India y África le eran bien conocidas. Hans reconoció en él una especie de ejemplar inglés de su maestro y amigo de familia. Como sir Julio lo había predicho, el Lord invitó al profesor ya desde la primera entrevista á acompañarle por algún tiempo en su viaje de estudio por Alemania. Hans comprendió que lo que pretendía el prudente inglés era estudiarle á él, y que del resultado de estos estudios dependería la solución de sus negociaciones. Sin embargo, al hacer este descubrimiento guardóse de mostrarse nervioso ó reservado. Antes al contrario, dióse á conocer tal cual era, y esto precisamente gustó al británico, que conocía mucho á los hombres. Cada día apreciaba mejor la ciencia y modo de ser de su joven acompañante; las relaciones entre ambos eran más íntimas y al cabo de dos semanas, cuando se acercaba para lord Kelshire el día de partir de Alemania, tomó éste su resolución. Hans recibió su nombramiento para el cargo tan solicitado y que su maestro había tan dignamente provisto.

Siguiendo el consejo de sir Julio, Hans había pedido en la Universidad cuatro semanas de licencia. Quedábanle, por lo tanto, todavía quince días, y lleno de gozo por su cambio de situación, resolvió emplearlos en un viaje de estudio y recreo. Partiendo de Bremen, donde se había despedido de Milord, recorrió tranquilamente las regiones del fondo del Oldenburgo y de la Frisia, con sus pastos y sus pantanos poco apreciados de los turistas, pero muy atractivos para el botánico Hans.

Una noche hallábase sentado solo á la mesa de un mesón de una pequeña ciudad de

Frisia. Con el humo de su cigarro desfilaban delante de él toda clase de imágenes risueñas y angustiosas. Fatigado al fin por la exaltación de su espíritu, tomó un periódico que estaba sobre la mesa. Era *Las Noticias del día*, de Amsterdam.

Maquinalmente, y sin atender gran cosa á lo que leía, hojeaba el periódico, cuando de pronto sus ojos se fijaron en un nombre, y del sobresalto se le cayó el periódico y el cigarro de las manos. Volvió á coger el periódico y efectivamente había allí un anuncio orlado de negro que empezaba con las palabras: «Ha fallecido...»

La baronesa Hollandina de Hendriksen de Hooge Port participaba en breves términos la tranquila muerte de su querida madre, de un ataque al corazón, después de larga enfermedad, y la recomendaba á las oraciones de sus amigos.

Con remordimiento y avergonzado contemplaba Hans el anuncio. La fecha era de diez días antes. ¡De manera que mientras él iba tranquilamente de un lado para otro haciendo castillos en el aire, la que amaba en secreto, sola y desamparada, había pasado la pena más terrible!

(Traducido del alemán)

(Concluída).





NUESTROS GRABADOS

ALBERTO DE VRIENDT

Y LAS PINTURAS DE LA CASA CONSISTORIAL DE BRUJAS

La palabra pintura histórica no suena bien al oído de nuestra moderna generación de artistas, y si por añadidura se trata de pintura mural, se siente inclinada á considerarla como trabajo de segundo orden. ¡Grave error! El arte, que tiene por títulos de nobleza los frescos de Rafael en las estancias del Vaticano, el portentoso techo de Miguel Ángel en la capilla Sixtina, las deliciosas composiciones de Domenico Girlandajo y del monje de Fiesole, es un arte elevadísimo que ha de



ALBERTO VRIENDT

ponerse en primera línea en la jerarquía artística. Es cosa completamente distinta de una copia de la naturaleza, ó de trasladar al lienzo una «impresión.» La pintura histórica exige un caudal de conocimientos y estudios, un trabajo concienzudo, junto con un dominio de la técnica difícil ó imposible de alcanzar á la mayoría de los artistas.

No pretendemos con esto proscribir lo que se llama el arte moderno. Débese hacer justicia á cada cosa, á la intención de la composición, al conocimiento de la naturaleza y á la fuerza de inventiva de la pintura de capricho. Pero esto no quita que á su mayor alteza reúna la pintura mural el ser la maestra del pueblo. Para éste constituye páginas arrancadas del libro de la historia que le hablan con claridad, le alegran é instruyen.

La antigua Brujas en Flandes, en otro tiempo la Venecia del Septentrión, la señora del mar del Norte, en cuyas calles, pobladas por doscientos mil habitantes, se desparramaban los tesoros y riquezas llegados á su puerto, ahora cubierto de arena, es hoy día una ciudad tranquila y empobrecida que apenas cuenta cincuenta mil habitantes. Su vecindario, empero, conserva la memoria de su antigua grandeza, y quiso adornar la sala de regidores de su Ayuntamiento con pinturas murales, confiando la ejecución al entendido é idóneo pintor nacional, director de la Academia de Amberes, Alberto de Vriendt. Desde el año 1888 ha trabajado en dichas pinturas, que habían de ser ejecutadas en tamaño tres veces mayor que el de los cartones. Siete de los ocho cartones que han de ponerse en aquel edificio están ya terminados y éstos son los que vamos á presentar en grabado á nuestros lectores. Estas magníficas obras figuraron en la Exposición del jubileo de Munich en el año 1892. Alberto de Vriendt ha salido del empeño con gran fortuna. Sus cartones, que no deben ser considerados como cuadros, sino sencillamente como lo que son, es decir, verdaderos cartones para pinturas murales decorativas, pertenecen por su carácter á la antigua escuela flamenca, y reúnen una admirable corrección de dibujo y gran fuerza y riqueza de colorido. La tarea ha sido para el artista muy difícil, pero no ingrata. La antigua sala de regidores del Ayuntamiento en Brujas es de las más hermosas y grandiosas en su estilo. Mide veintitún metros de largo y recibe abundante luz por sus puntiagudos ventanales. La mayoría de los personajes representados en un friso de treinta y tres retratos son hijos ilustres de la ciudad de Brujas. Quien comprende y siente el arte admira el genio del artista, que ha logrado dar á sus escenas un sello tan especial de fidelidad histórica, y á los personajes el carácter flamenco propio de la tierra en que nacieron.

El autor de estas obras, Alberto de Vriendt, nació en Gante en 1843 y fué discípulo de su padre Juan de Vriendt, de Víctor Lagye y de la Academia de Gante. En sus muchos viajes visitó Francia, Alemania, Egipto y Palestina. Antes de los treinta años expuso por vez primera sus obras en Amberes, y desde entonces ha concurrido á casi todas las grandes Exposiciones. En 1888 presentó preciosos cuadros de su pincel en la Exposición Universal de Barcelona, logrando el aplauso unánime del público y de la crítica. Sus méritos le han valido el ser nombrado director de la Academia de Amberes, y verse favorecido con condecoraciones belgas y bávaras. Séanle concedidos al insigne maestro, que acaba de cumplir los cincuenta, muchos años más para

dedicarse al Arte y sostener enhiesta en él la bandera de la pintura histórica, en la cual ha de colocarse entre los primeros maestros de la época presente y al lado de los que la ilustraron en las centurias pasadas.

Los asuntos de las pinturas de Vriendt que damos en este número son los siguientes:

EL DUQUE DESIDERIO DE ALSACIA

DEPOSITA LA RELIQUIA DE LA SANGRE DE JESUCRISTO
EN LA IGLESIA DE SAN BASILIO

Es un cuadro asombroso de la época feudal en Flandes. En primer término, arrodillado, se encuentra el duque Desiderio, en el acto de entregar al Abad del monasterio la preciosísima reliquia. Tras de él se ven un prelado, con hábitos monacales, y la duquesa, ambos también de rodillas. Servidores y pueblo contemplan con piadoso recogimiento la escena, que está impregnada de profundo sentimiento religioso. Nótase en ella la fe ardiente de aquellos caballeros que, como Desiderio de Alsacia, fueron en cruzada a la Tierra Santa para rescatar de los infieles el Santo Sepulcro y que al regresar a sus hogares traían sacrosantas reliquias recogidas en aquellos sitios, a fin de obtener con ellas la protección divina para ellos y para sus pueblos. Todo resulta grandioso en esta pintura. Todo es igualmente de una verdad histórica que sorprende y que proclama la ciencia del autor, al par que su extraordinario ingenio de artista. Es la verdadera pintura histórica que resucita una época.

LOS REGIDORES DE BRUJAS EN EL TALLER DE JUAN VAN EICK

Es un cuadro de la vida civil de aquella ciudad en la época en que floreció van Eick, uno de los más insignes pintores de la Flandes y jefe de su escuela pictórica. La escena está reproducida con asombroso colorido histórico, merced a la exactitud de la arquitectura, de la indumentaria y, lo que es más de alabar, de los tipos y del carácter de los personajes. Parece una pintura arrancada de un códice del siglo xv, retocada por un artista de nuestra época que le haya impreso mayor vida y animación de las que tenía en su origen.

UN CAPÍTULO DE LA ORDEN DEL TOISON DE ORO

A la época borgoñona pertenece este tema. En el ha-

tenido de inventar bastante Alberto de Vriendt, pues no existen datos exactos para reconstituir las ceremonias que se seguían en la imposición de la Orden del Toisón de Oro, orden que representa brillante papel en la historia de los duques de Borgoña. El artista ha colocado la escena, como era lógico, en la sala de un regio castillo. En medio sobresalen las figuras del duque Felipe y de Juana de Castilla, que está a su lado. Ocupan el lado izquierdo los dignatarios de la Iglesia con sus ornamentos ricamente tejidos ó bordados y el derecho los nuevos dignatarios de la Orden, que llevan como su Gran Maestre, el manto rojo y al cuello el collar del Toisón. Esta pintura da idea cabal del esplendor de estas ceremonias en la fastuosa corte de Borgoña. Las principales cabezas recuerdan los buenos ejemplares de la escuela flamenca, y en punto a primorosos y oportunos detalles acaso se adelanta este cuadro a todos los que ha pintado Vriendt para la Casa Consistorial de Brujas. A todas las personas de buen gusto, y en especial a los artistas, les llamará de seguro la atención esta notable obra de uno de los más celebrados pintores belgas de nuestro tiempo.

Á LA CAÍDA DE LA TARDE

CUADRO DE MODESTO URGELL

Tiene este paisaje el encanto peculiar de las obras pintadas por Modesto Urgell. Nadie, entre los pintores españoles contemporáneos ni acaso entre los extranjeros, ha logrado en tanto grado como el artista catalán, reproducir con tan extraordinario embeleso el espectáculo de la naturaleza en su mayor grandiosidad y calma. Pocas líneas le bastan para llevar al ánimo la impresión de una de esas grandes extensiones de terreno que en ciertos momentos despiertan la idea de lo sublime con su admirable inmensidad. La hora del crepúsculo le sirve para acrecentar esta impresión, grandiosa, como hemos dicho, por un lado, tranquila y melancólica por otro. El paisaje que reproducimos produce el efecto que hemos descrito. Todo en él es sencillo, y á la vez tiene todo un sello de grandeza. Reina en él la quietud más absoluta, el silencio de los instantes más conmovedores del campo, de las vastas llanuras, de las soledades, de las alturas en las montañas. El celaje, el terreno, los contados elementos de vegetación, todo coadyuva á que este cuadro de Modesto Urgell sea una verdadera obra de arte, y al propio tiempo una bonita página de poesía.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

VI

LAS JOYAS

Al fin y á la postre, dijo don Luis Eugenio cuando se vió solo con su heredero, me felicito de que pienses no romper con esos pipiols.

—Ya, contestó el hijo; pero aunque tengo el triunfo por cosa cierta, ello hay necesidad de luchar, y por eso he querido hablarte. Pensaba ser á estas horas dueño del

poderoso caudal. ¡Qué diferencia! Pongo en tu conocimiento, papá, que el contratiempo me pilló sin un cuarto.

—Pues has de saber que á mí me coge lo mismo.

—¿No tienes dinero?... Cosa nueva.

—Nueva ó vieja, no tengo dinero.

—¿Ni de dónde sacarlo?

—Ni de dónde exprimirlo. Ya me había yo descargado de esa preocupación. ¡Como que desde mañana empezaba á contar contigo!

Los dos parásitos estuvieron mirándose en silencio largo rato. El joven silbando *pianissimo*, según su costumbre cuando le daba vueltas á un pensamiento enojoso; el anciano peinándose las patillas con los dedos y contemplándolas, huecas y aparatosas, en el espejo de enfrente.

A intervalos se reanudaba el diálogo, pero decaído, perezoso, sin aliento.

—Pues sin dinero soy hombre perdido. Ya no tengo quién me preste una peseta, y para seguir adelante con mi idea he de conservar mi puesto en mi sociedad.

—Y yo, ¿cómo puedo prescindir del viaje de este verano? Precisamente se anuncian conferencias de hombres públicos en Biarritz ó en Pau... no sé dónde... ¿Y yo habré de faltar á la piña?...

—¿Y tus amigos?

—He cansado á todos. Lo mismo que tú á los tuyos.

Volvían á callarse despechados, metidos en sí, rebuscando por los rincones de su memoria un recuerdo que les denunciase la anhelada mina, sumidos en aquel silencio fatigoso y mortal como el de dos buzos buscando perlas en un criadero agotado; y el tío Magdaleno, que se llegaba de puntillas á la puerta para oír alguna palabra de la conversación, acabó por marcharse del hotel diciendo á las cuatro hermanitas:

—Ó se han dormido, ó se han entrado á hablar en el aparador.

Padre é hijo se parecían, entre otras cosas, en que la carencia de dinero les ponía fieramente desasosegados. Entrábales la calentura del león. En ese género de pobres, que no lo son por la necesidad sino por el apetito, no existe la resignación en que al cabo se refugia el verdadero miserable. No ceden ante la impotencia, el vicio hambriento aulla en su pecho con ira rebelde, y cada capricho, cada futilidad de las que eslabonadas constituyen su existencia, es un ascua que hace hervir la sangre impetuosa y agresiva. Hay mendigos que piden un céntimo para pan, los hay que piden el oro á puñados para la satisfacción apremiante de sus antojos. Don Luis Eugenio y su hijo pertenecían á esta última clase de pordioseros. Paco se alegaba á sí mismo el argumento de que le era forzoso seguir aparentando riqueza para llegar á la reconquista de Blanca; el viejo hablaba de los compromisos de su posición y de las conferencias políticas del próximo verano. Mas la verdad era que en aquel momento de miseria total y negra penuria, se desenfrenaba en ellos ese afán de gastar, de derrochar, de complacer deseos y gustos desordenados, en que se revela una pasión humana tan despótica como la del jugador y la del borracho.

En medio de esta fiebre, para la cual no hallaban el uno ni el otro forma de alivio, se abrió la puerta del comedor y vieron aparecer el rostro afeitado y la blanca pechera del criado.

—¿Qué... quieres? le preguntó Paco iracundo, intercalando una palabrota en el lugar de los puntos suspensivos.

—Traen un recado de parte de don Roque Bermúdez.

—¿De don Roque?... murmuró el viejo.

—¡Éntralo! dijo precipitadamente el joven.

Y mientras el sirviente salía á cumplir la orden, Paco dirigió estas palabras á su padre:

—El banquero devuelve las joyas.

¡Claro!... ¡Precisamente! Nada más natural. ¡Y no les había ocurrido! ¡Qué par de estúpidos! Ahí estaba el dinero.

El venerable señor de Dulce dió una carrera poniéndose en la puerta del comedor, pero su hijo se había anticipado saliendo á la antesala y volvía á entrar conduciendo en brazos un voluminoso envoltorio.

—Dale dos duros de propina al que ha traído esto, ordenó Paco al criado que venía detrás de él.

Y el criado fué á cumplir el mandato, retribuyendo con dos duros de su bolsillo al mensajero de don Roque.

En efecto, eran las alhajas, devueltas con insultante diligencia en confirmación del rompimiento de la boda. Lleno de regocijo el mozo, sin percatarse de lo ofensivo de aquella devolución, á toda prisa rompió la envoltura y puso en la mesa los seis estuches. Allí estaba, que venían otra vez á sus manos, la gran rama de brillantes, soberbio ejemplar de orfebrería que se descomponía en varias piezas, regalo ostentoso y rico, prenda de amor del novio á la novia; allí el collar de gruesas perlas, oferta de los futuros suegros, y allí los pendientes de zafiros y brillantes, la pulsera, el broche y el medio aderezo, presente respectivo de cada una de las cuatro hermanitas. Un tesoro, cuyo valor exacto sólo conocía hasta entonces el joyero, puesto que en la *Bombonera* no se habían preocupado, al recibirlo, de semejante pequeñez.

Paco cerró nuevamente los estuches, envolviéndolos luego en el mismo papelón que antes los cubría.

—¿Qué vas á hacer? le preguntó el papá todo trémulo y con los ojos encandilados.

—Lo que bien me parezca. Todo esto es mío.

—¿Pues no está ahí mi collar y los regalos de las niñas?

—¿Y no se habría pagado todo esto con dinero de mis millones?

El viejo se calló mansamente, impuesto por la fiera arrogancia con que el mozo defendía la presa, y además persuadido con el argumento en que acababa de apoyarse. La lograría, como todos los gremios constituidos en el extrarradio de la moral común, profesa otra moral y hasta una lógica, á las cuales se doblegan sus individuos de alta ó de baja estofa.

El hijo Dulce había salido al padre; pero la hechura aventajaba al artífice, cumpliéndose de este modo la ley de perfeccionamiento de las razas. Así lo reconocía el eximio cesante, y en la contienda iniciada depuso acto continuo sus pretensiones.

Bajó la cabeza, quedóse tan tronado como estaba, y dirigióse resignado á encerrarse en el gabinete de las meditaciones.

Paco mandó al criado llevar el paquete de las alhajas al coche que esperaba á la puerta, mientras él entraba á mudarse rápidamente la ropa negra, de ceremonia, por otra de uso ordinario; fuése en seguida al carruaje y se hizo conducir al pasadizo de San Ginés, frente al arco que sale al rincón del teatro Eslava. Allí preguntó á los revendedores de localidades por Nicanor, uno de la cofradía con el cual se hallaba el joven elegante en íntimas relaciones.

Los revendedores fueron á llamar á Nicanor, que en aquel momento almorzaba, ó bebía, ó jugaba al dominó en el *Petit Fornos*, un restaurant de confianza situado junto al nombrado

teatro. Acudió Nicanor con sus patillas de chuleta, su pelo peinado *hacia el público*, su gran pavero en la mano y su enorme cadena de oro macizo.

—Sube, le dijo Paco.

Y se le llevó en el coche por la calle Mayor.

El joven le debía al revendedor unos millares de pesetas por localidades de los toros y de Apolo, y por varios conceptos distintos pertenecientes á la cuenta de gastos reservados, y lo primero que hizo fué anunciarle que le iba á pagar.

—Pero necesito que te encargues de una operación y que la desempeñes con mucho salero, con mucha prisa y con mucha cautela.

Descubrió los estuches, cuyo envoltorio tenía puesto en la banqueta delantera del coche, y fué mostrando las joyas á Nicanor. El encargo que le daba era el de empeñar aquellas joyas.

El revendedor era muy desahogado para estos asuntos y aceptó desde luego la comisión.

—¿Y cuánto tardarás en tenerlo cumplido?

—Pues una hora á lo más.

—Son las doce y media...

—Eso es... Antes de la una y cuarto.

—Hasta las dos te aguardo en el restaurant de Fornos.

Nicanor se apeó, y con el precioso paquete debajo del brazo, encaminóse á tomar otro coche.

Paco ordenó á su cochero que le condujese inmediatamente á Fornos.

VII

BUENA JORNADA

La seguridad de poner fin á la crisis monetaria que le tenía desesperado cambió en Paco Dulce el humor por completo.

Su disgusto por el desbaratamiento de la boda se desvaneció como por ensalmo, y levantó en su lugar la cabeza el anhelo de placeres y de desorden, que era la pasión que más ruidosamente hacía hervir la sangre de los Dulce.

Al llegar el revendedor de billetes al restaurant en busca del joven, con el dinero de las alhajas, encontró á aquél instalado en un gabinete donde le acompañaban varios amigos, á los cuales convidaba, fiado ya en los rendimientos de la pignoración. Sobre el mantel por el cual rodaban los chistes verdes y no muy ingeniosos, regados abundantemente con Château-Lafitte, Graves y Champagne, el experto y activo Nicanor puso el abultado fajo de billetes de Banco.

Paco se lo embolsó cuidando de no dar á aquel cobro una importancia de mal gusto en medio de aquellos compañeros, que no truncaron su conversación bulliciosa ni hicieron el menor caso de la escena que pasaba entre el anfitrión y su confidente.

—Toma esto, dijo el primero al segundo dándole un puñado de billetes, que apartó del montón sin tomarse la pena de contarlos.

—Gracias, señorito, respondió el otro poniendo cara de aleluya.

—Quedamos en paz.

—¡Ya lo creo!...

Guardóse Nicanor el alboroque y salió desembarazadamente de la estancia, después de saludar á dos ó tres señoritos de los presentes, que pertenecían á su parroquia.

Paco le dejó marchar sin pedirle más latos informes acerca de la operación que le había encomendado.

Continuó el regocijado almuerzo, destapáronse más botellas, catáronse nuevos vinos, repitióse la gracia del día, la de brindar por el muerto resucitado, aludiendo al indulto que Paco había obtenido, decían, al pie del cadalso, en el momento de ir á ser ejecutado en matrimonio vil; y el héroe de aquella cuchipanda, hirviendo en regocijos, ocurrente, feliz, derramando vida lozana y humor bizarro, como si el dinero que entró en su cartera hubiese sido sangre nueva transfundida en sus venas, embriagábase en aquella atmósfera de fiesta y libertad reconociéndose otra vez en su patria después de un ostracismo. Sus carcajadas eran las más sonoras, sus ocurrencias las más desvergonzadas, su copa la apurada con más frecuencia. Sentía la dicha que da el dinero, fulguraba en su cabeza el pensamiento de gastarlo, de verterlo, de sacar á cada instante la cartera repleta para que la fuese barriendo el aire vivo y caricioso de cada antojo, de cada apetito ó de cada fanfarronada.

Él lo había dicho al alejarse del hotel de Bermúdez, donde quedaba muriendo de dolor la pobre niña enamorada; lo había dicho:—¡Qué gran día para aturdirme!

Y cumpliéndolo estaba sin ningún esfuerzo, que era la suya naturaleza abonada para olvidos é ingratitudes.

A la puerta de Fornos esperaba la conclusión del almuerzo el *mail-coach* de uno de los convidados, y en él fué al Hipódromo Paco Dulce, guiando el carruaje con mano firme, atropellando á las gentes, según la costumbre que le había recordado el tío Magdaleno, lanzándose disparado á través de la luz que inundaba á Madrid, en la hora cálida y suntuosa de una tarde de carreras de Mayo. ¡Y allá iba el soberbio tren arrastrado por los cuatro caballos locos, envuelto en estrépito de cascabeles, reflejando en el charol de su caja y en los toques dorados de las guarniciones los rayos que el sol disparaba como saetas encendidas! Y en el empinado pescante y en el pomposo imperial erguíanse las cabezas sonrientes, aturdidas, encandiladas de los jóvenes apiñados, conducidos en aquella carrera veloz de conquistadores.

El *mail-coach* penetró en el *stand*, espléndido y rutilante, precipitándose á trompa tañida por entre la multitud deslumbradora de carruajes abiertos, sobre cuyos asientos se encaramaban las hermosas mujeres de la alta sociedad y las de la sociedad equívoca, todas en confusión, tocándose sus coches y sus sombrillas, en medio de un enjambre de lacayos y jinetes, y rodeadas de un ambiente que saturaban los olores de moda, el *Heliophar* de la Arabia y la *Peau d'Espagne*. Caracoleando rápido y sin tropiezo por aquel bosque de vehículos, libreas y *toilettes* de primavera, según el novísimo figurín, el soberbio tren que Paco Dulce conducía, recorrió toda la extensión de la *pelouse*, yendo á pararse á un extremo, junto al límite de la pista, donde se apearon los mozos dispersándose por el Hipódromo.

Paco echó á correr hacia las tribunas, ganoso de abrir su cartera, de soltar por el césped que hollaba aquel tropel de damas, *sportsman* y jugadores, los arroyos del manantial dorado que traía consigo. Apostó sin descanso, sin medida, ebrio, desatinado, en todas las carreras, por todos los *favoritos*, en las jugadas mutuas, en los *matches* que se corrieron, frente á frente con todo el que admitiese proposición; desafiando, imponiéndose, apostrofando con insolencias y bravatas, sin que se cansara de la voluptuosidad de perder dinero hasta que se hubo retirado el último *jockey*.

Entonces volvió al *mail-coach*, tomó otra vez las riendas, disparó los caballos, arrojóse á

la tronante carrera, atropelló á todo el paseo de la Castellana atestado de *clarens*, victorias, *breacks* y grandes *D'Aumont*.

¿Adónde luego? Al tapete verde, á la mesa monumental del círculo iluminado, fastuoso, al culto de la baraja fina, de la baraja decente, así llamada porque es francesa, y en francés pierden sus billetes olientes á piel de Rusia y á *foin coupé*, los puntos distinguidos de pechera barnizada y de guante sueco. Arruinarse entre las caricias de aquella atmósfera, sufrir aquel despojo cortés, precipitarse sin perder la cabeza en aquella corriente de dinero, que pasa arrebatada á lo largo del paño limpiísimo y flamante, es un refinamiento del placer jactancioso con que el pródigo se da en espectáculo; constituye el empireo de la pasión, y allí las horas no corren, la noche no se distingue del día, el espíritu se adormece en aquella faena vana de trasegar monedas. Paco siguió jugando, jugando, satisfaciendo el extraño afán de consumir su caudal puñado tras puñado. Aquella cartera henchida, que no se agotaba, le causaba delirio y concupiscencia, inspirándole un ahinco fogoso, pertinaz y alborozado.

Tarde ya de la noche, muchas horas después de la vuelta del Hipódromo, á las doce, cuando la gente que trasnocha y cena hace sonar á las puertas de los teatros y en las salas de los casinos su toque de diana, entonces se llevaron á Dulce de la mesa verde á que estaba amarrado. Dejóse secuestrar, puesta ya la atención en otros desmanes y otros derroches. En un harem sin sultán y sin eunucos, de damas sociables y hospitalarias, había recepción y tertulia todas las noches hasta la madrugada. Paco fué complacido al lujoso entresuelo, para ser allí el rey de la fiesta, el pagano de la espléndida cena. Otra vez las botellas, la embriaguez, el chiste, la desenvoltura, la salva de carcajadas, la canción desentonada, y además cotillón graciosísimo, descompuesto, improvisado sobre la marcha, de figuras grotescas que hacían desternillarse de risa á ellas y á ellos, al compás del piano tañido á puñetazos.

Dios echaba ya sus luces cuando el aburrimiento y el cansancio iban poniendo término al festín. Los mozos del restaurant vecino cobraban la cuenta y recogían el servicio. El grupo general de los convidados estaba deshecho, al bullicio sucedía la intimidad. Acercábase el desenlace, cuando en medio de aquel concurso de soñolientos y entumecidos, se presentaron repentinamente dos nuevos personajes, dos jóvenes que habían entrado asaltando la puerta, compeliendo al sereno, moviendo estrépito, preguntando atribuladísimos por Paco Dulce.

Allí le encontraban por último, allí estaba Paco Dulce, apoyado todavía en la mesa, sorbiendo con deleite su tercera taza de café, chupando el más rico cigarro de la Cuesta de Abajo, y piropeando expresivamente á la más hermosa mujer de la reunión, que á su lado tenía sentada.

—Te hemos buscado por todo Madrid.

—¿Qué pasa?

—¡Pues, hijo mío, que te bates esta madrugada!

¡Toma! ¡y era verdad! Paco no había vuelto á acordarse de semejante majadería.

El que comparecía con la embajada no era otro que aquel Rafael Laso, que á la puerta del Casino recibió de Dulce el encargo de disponer el lance originado en el partido de *Jai Alai*. Rafael Laso había cumplido como amigo cariñoso, se había pasado treinta horas sin desnudarse celebrando entrevistas y pactando condiciones, y allí estaba con el duelo arreglado, que era á pistola, á las cinco de la mañana y en el jardín de un hotelito muy cuco de las Ventas del Espíritu Santo. Los dos padrinos habían registrado Madrid entero buscando á su apadrinado; un fisgón de la policía platónica les había enterado muy á última hora del sitio donde hallarían al paladín.

Éste se levantó tambaleándose, encendido en ardor tragi-cómico. La idea del desafío engranaba perfectamente con la excitación de la embriaguez.

—¡Vamos! decía él, acompañándose con movimientos descompasados. ¡Y que no tengo ganas de darle un disgusto á ese gordo del *Jai Alai*!

—Abajo están los coches.

—¡Doncellas! exclamaba el caballero lidiador, tomando acento y traza de parodia. ¡Doncellas!... ¡rezad por mi enemigo, llorad, gemid, destrenzad la cabellera!...

Y luego, con los ojos inyectados en sangre:

—¡Le mato!... ¡le hago polvo!... ¡Tengo yo ahora sed de su sangre!...

Rafael Laso, atento á la corrección del lance de honor, se llevó á Paco á que se vistiese en su casa un traje negro, conforme el ritual previene. Cumplido este requisito, los dos carruajes emprendieron la marcha en dirección á las Ventas; en el primero el combatiente con Laso y la caja de las pistolas, en el segundo el otro testigo con el médico y el botiquín.

La claridad inundaba el cielo y la tierra. La vida aflúa de los extremos al centro de la capital; las carretas con los víveres, los jornaleros con el hatillo del almuerzo, las ovejas tras de la esquila del macho, las *manuelas* perezosamente arrastradas hacia la espera del primer tren.

El convoy del desafío subió por la calle de Alcalá, pasando por delante del hotel de don Roque Bermúdez. Paco no lo echó de ver, ni estaba en situación de observarlo. Iba tendido en el fondo de la berlina, turbia la cabeza, cerrados los párpados, más ebrio que antes porque su alteración se iba haciendo mayor con las amenazas y denuestos que la boca profería.

En el hotelito de las Ventas esperaba ya el adversario, vestido de negro, con sus padrinos y su médico. Paco se vió enfrente de él, hincó en la tierra los tacones para no bambolearse, pues difícilmente podía mantenerse en pie. Y empuñó la pistola, escuchó las tres palmadas, disparó sin ver adónde, y á través de la bruma que le cubría la vista, vió caer desplomado el cuerpo del hombre que tenía delante.

Paco acababa de matar á su adversario; le había metido la bala en el cráneo.

En aquel momento de turbación, mientras los padrinos contrarios con su médico se inclinaban sobre el cadáver, Rafael Laso acudió junto á Paco y le dijo, lleno de terror, que huyera, evitando los riesgos del primer instante.

Paco no se meneaba. Reía se iba repitiendo con una satisfacción siniestra:

—¡Le he tendido!... ¡le he tendido!

Laso le empujó para sacarle de aquel sitio, pero en seguida hubo de ocurrirle una seria perplejidad. Convenía alejar á Paco, esconderle durante las primeras horas, dar lugar á que se desvaneciera la embriaguez que podía hacer calificar el lance de indigno y privarle del amparo de las leyes del honor. Pero, ¿á dónde llevar á aquel hombre bebido? Esto iba pensando con el cerebro sometido á la más alta presión para que resolviese aquel problema que urgía y abrumaba.

La solución estaba á la puerta del jardín, al otro lado de la verja, en el paseo.

Allí se apareció Encarna, la rubia Encarna, la de las rosas de *Jai Alai*. Encarna, que llena de alborozo y vanidad porque á causa de ella, —estupendo caso,—se batían dos hombres, y más entusiasmada porque uno de los dos era Paco Dulce, el elegante, el guapísimo, el famoso, no pudo resistir á la tentación de ir á presenciar el duelo, y madrugó, y fué en su cochecito á las Ventas, dándose el placer fuerte de contemplarlo todo á través de las enredaderas de la verja.

—¿Le ha matado? preguntó á Laso que salía arrastrando á su amigo.

—Sí, le ha matado.

—¡Le tendí, le tendí! continuaba gritando Paco.

—¡Qué loco!... Pero, ¡qué loco es este muchacho!

—¿Dónde le escondemos?... Por veinticuatro horas nada más... ¿Dónde?

—Pues, ¡en mi casa!... Me lo llevo yo; dejádmelo... Vén, Paco; súbete en el coche.

Laso y el otro padrino metieron á Dulce en la berlina de Encarna, subió ésta detrás, el carruaje se alejó, y media hora después, en la ancha y mullida cama de un gabinete impúdico, de *cocotte*, dormía Paco á pierna suelta descansando de las fatigas de su larga y gloriosa jornada.

(Continuará).





MESA REVUELTA

EN agricultura se presenta con frecuencia el problema de transformar en jardín un terreno sometido al cultivo ordinario ó que permanece simplemente baldío. ¿De qué naturaleza son y qué curso deben seguir las operaciones de cultivo que es necesario emplear en este caso? ¿Qué abonos es preciso escoger y en qué proporciones deben emplearse por cada área de terreno? M. Grandeau ha contestado á estas preguntas en una de sus revistas agronómicas de *Le Temps*.

La primera operación debe ser una excavación con la azada, tanto más honda cuanto más se extiende la capa del terreno propiamente dicha. Una profundidad de 60 centímetros bastará para las hortalizas, pero es indispensable que alcance un metro si se trata de plantaciones de árboles frutales ó parrales.

Al propio tiempo que se verifica la excavación con la azada, deberá mezclarse con el terreno gran cantidad de escorias de defosforación, si dicho terreno no es muy rico en humus, y de fosfato mineral en polvo fino si la tierra es turbosa ó provista en abundancia de residuos orgánicos. Para las legumbres bastará que se empleen en cada área 20 kilogramos de escorias de defosforación ó 40 kilogramos de fosfato mineral molido muy fino y medianamente rico; para los árboles frutales la cantidad de escorias sería conveniente que se doblara.

En cuanto á la potasa, que escasea por lo común mucho menos en el suelo que el ácido fosfórico, pero de cuya sustancia son muy ávidas las hortalizas, es conveniente que cuando se haga la excavación se introduzca en el suelo cierta cantidad de dicho cuerpo.

Según la clase de terreno será, además, preciso mezclar de 20 á 40 kilogramos de kainita ó de 5 á 10 kilogramos de cloruro de potasio por área. Las cantidades mínimas deben ser de 20 kilogramos de kainita y de 5 kilogramos de cloruro de potasio por área, si se trata de legumbres, y las cantidades máximas de 40 ó de 10 kilogramos, si de árboles frutales.

Para completar la estercoladura fundamental, es preciso añadir á los dos indicados abonos cierta cantidad de ázoe. Para esto se echa mano de los depósitos de ázoe lentamente asimilables, ya sea estiércol, lana ó cuero tostado, torta de simientes oleaginosas, sangre seca, ya simplemente estiércol de cuadra en cantidad de 300 á 400 kilos por área, según la cantidad de ázoe que constituya el terreno.

A falta de los datos que suministra el análisis directo, se puede considerar *a priori* como suficiente la estercoladura que hemos indicado.

Hubo un marido de dos mujeres que á ambas las dejaba morir de hambre. Muy de mañana salía de casa, y al anochecer regresaba, ahito, contento y satisfecho. Según se explicaba, comía diariamente en casa de los más grandes señores y de los más ricos hacendados de la ciudad. A pesar de lo cual ninguno de éstos le devolvía la visita, ni le mandaba de su parte recado alguno; esto fué causa de que á sus esposas les pareciesen sospechosas sus brillantes relaciones. A una de ellas se le ocurrió ponerlo en claro y un día le siguió de lejos sin que aquél se apercibiera. ¿Pensáis que le vió entrar en algún palacio? Nada de esto. Atraviesa toda la ciudad sin que nadie se le acerque para hablarle, ni aun para saludarle. Sale al campo, entra en un cementerio, y come allí los restos de una comida fúnebre. Regresa á la ciudad pidiendo limosna de puerta en puerta, recoge y devora los desperdicios de las mesas. La pobre mujer se volvió á su casa avergonzada y con el mayor desconsuelo.

¿No habéis conocido alguna vez personas que se parecen á aquel hombre? Sin duda, y son casi todos los que buscan grandes destinos. Se humillan en secreto y no les avergüenza ninguna bajeza; pero, en su casa, su orgullo no tiene límites. Si sus mujeres viesen la abyección de sus vanidosos esposos, también se avergonzarían y derramarían amargo llanto como la mujer del mendigo, que por tanto tiempo había sido engañada.

Habiendo unos bandidos entrado en cierto villorrio, no dejaron con vida más que á dos hombres. Uno de ellos era ciego y el otro paralítico. El ciego se cargó sobre sus hombros al paralítico y éste le indicó el camino al ciego; de este modo los dos pudieron alcanzar un asilo. Así también los contratiempos de la vida resultan más soportables cuando los hombres se auxilian mutuamente.

Un hombre que quería divertirse ató un rosario al cuello de un gato. Los ratones se regocijaron por ello diciéndose:

—Este gato respetable ayuna y dirige sus preces á Budha: no hay cuidado de que nos coma.

Y esto diciendo empezaron á bailar alegremente en el vestíbulo. En cuanto el gato les vió, devoró varios de aquellos infelices. Los que quedaron huyeron á toda prisa diciéndose en secreto:

—Pensábamos que oraba y que tenía buen corazón, pero su devoción no era más que una comedia.

—¿Acaso ignoráis, dijo uno de los ratones, que en el mundo también hay falsos devotos que aparentan adorar á Budha y tienen el corazón mil veces peor que los lobos?

(Siao-Lin-Kouang-Ki).

Delante de un señor contaban sus familiares, que don Diego Deza, arzobispo de Sevilla, había sido liberal para sus criados. Respondió él:—Hizo bien, pues lo que tenía no lo tenía más que por su vida.—Dijo un paje hincada la rodilla en tierra:—Y usía ¿por cuántas vidas lo tiene?

Contando un caballero, que venía de Italia, un hecho que le había acontencido algo dudoso, dijo un criado suyo, quitada la gorra:—Suplico á vuesamerced me dé licencia para que no lo crea.

Cierto caballero, viendo desde una ventana pasar por la calle á un médico, díjole, por motejarle de indocto:

—¿Adónde vais, señor albeitar?

A lo cual respondió el médico:

—A curar á usted.

A un escudero preguntáronle por qué se había casa-

do con una doncella sorda, y respondió:—Pensando que también era muda.

La leche fresca puesta en una botella bien tapada, que se tiene, por espacio de un cuarto de hora, en agua hirviendo, se conserva durante muchos años casi tan sana como lo estaba al principio.

¿Queréis molestar al hombre que más os odia? en vez de echarle en cara su molicie afeminada, sus costumbres disolutas, sus iniquidades, su avaricia, sed honrados, vivid con templanza, respetad la verdad y mostraos en toda ocasión amantes de la justicia y de la humanidad.—MARCO AURELIO.

Los envidiosos son todavía más dignos de lástima que los desgraciados; éstos no sufren más que sus propios males, al paso que los envidiosos se ven atormentados por la dicha de los demás, tanto como por sus propias desgracias.—TEOFRASIO.

Enopides, viendo á un joven que compraba un gran número de libros, le dijo:—Cuidado, tu cabeza no es un baúl.—STOBE.



Soluciones al número anterior:

Á la charada:

ZA-R-A-G-A-TA

Al trío de sílabas:

L A R E D O
R E G A L O
D O L O R E S

Al losange:

R
G A S
R A M O N
S O L
N

CHARADA

Es mi *primera* una letra
que muy poco se usa ya
y si la *segunda* buscas
en la música hallarás.
Tercia es pequeña y muy grande;
y esté dentro ó esté fuera
allí nació y allí vive
prima, segunda tercera.

MORENO, de Barcelona.

TRIÁNGULO NUMÉRICO

3 Consonante.
2 1 Nota musical.
5 4 1 Época histórica.
2 5 4 Verbo instructivo.
6 7 4 1 4 Verbo decorativo.
4 7 6 5 1 4 Verbo.
1 2 3 4 5 6 7 Nombre de varón.
2 1 6 5 1 4 Verbo.
4 7 6 1 4 Verbo.
7 4 1 4 Verbo religioso.
6 1 4 Verbo poco agradable.
5 2 Pronombre.
1 Vocal.

E. L. DE G., de Barcelona.

ROMPE CABEZAS

A. D. ARMANDO LECO SOL

EN

TIAS

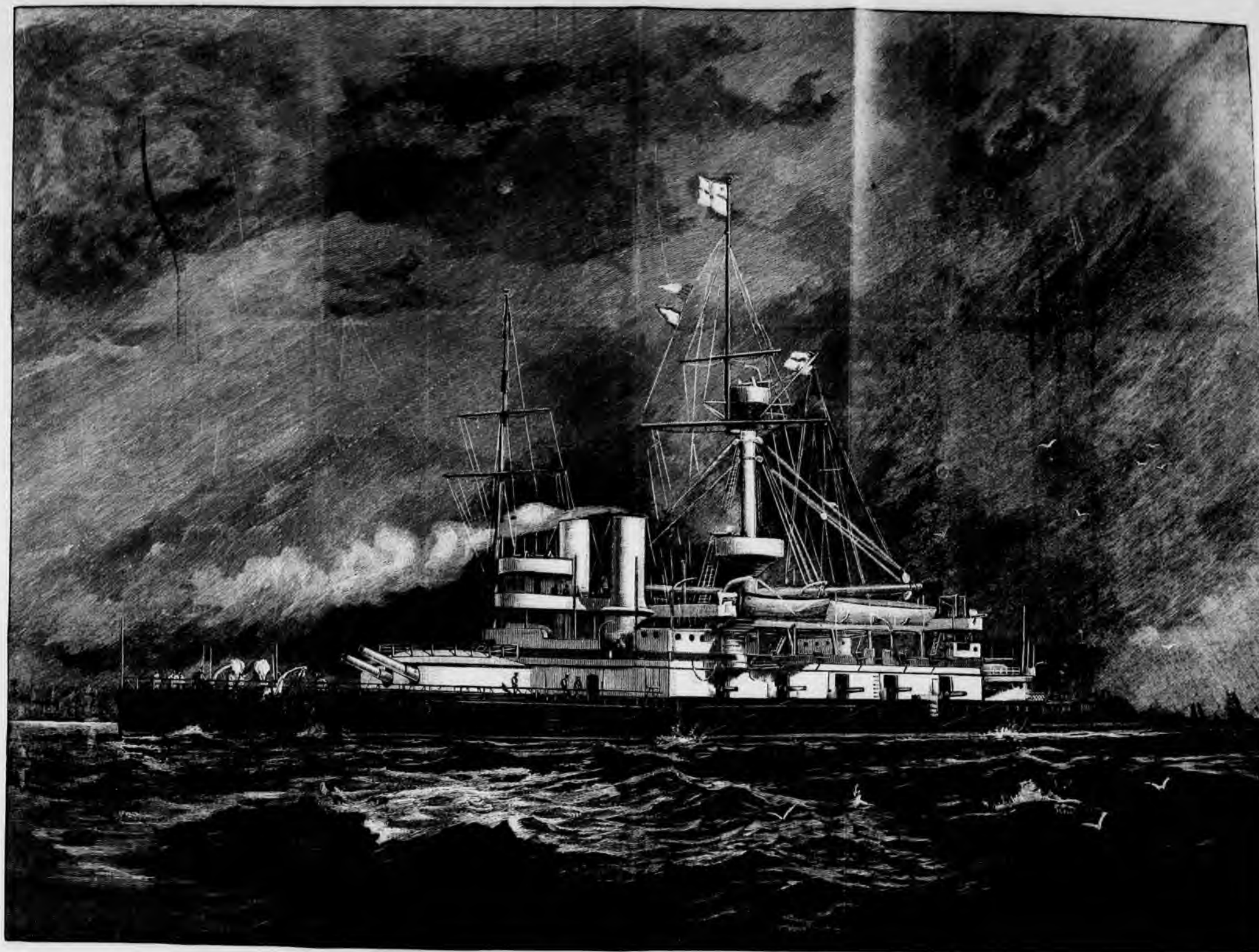
Formar con estas letras el nombre de una antigua zarzuela castellana de gran éxito.

JULIÁN ITRAME, de Barcelona.

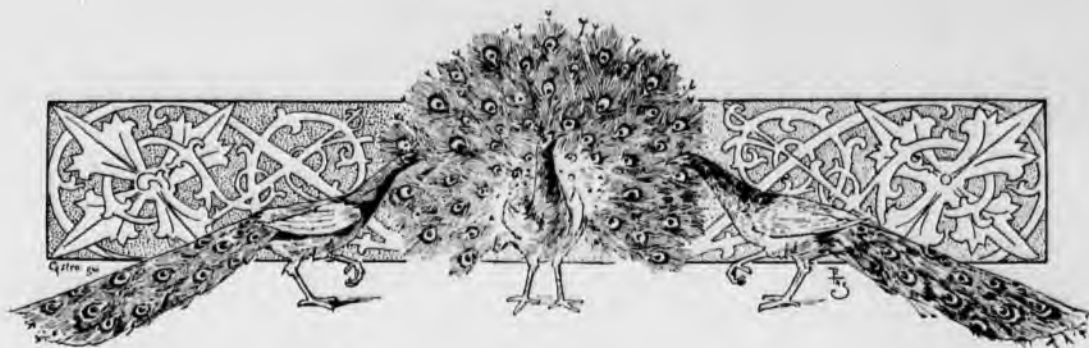


SA DEL MEDITERRÁNEO

Ayuntamiento de Madrid



EL ACORAZADO «VICTORIA,» BUQUE ALMIRANTE DE LA ESCUADRA INGLESA DEL MEDITERRÁNEO



A ORILLAS DEL PRECIPICIO

(CONTINUACIÓN)

El maquiavelo se vió de nuevo interrumpido por la voz irritada de Amalia.

—No me atormente usted con sus circunloquios. ¿Quién es esa mujer?

—Pues bien, prosiguió Juanito tragándose algunos párrafos que traía ya ensayados. ¿No ha oído usted hablar de La Pelufres, esa cantadora flamenca que lleva tanta gente todas las noches al café de las Columnas?

—¡La Pelufres! Sí... sí... ¿No es la que hace cometer tan escandalosas locuras á ese jugador de bolsa afortunado?...

—Sí, á Meneses. Hasta ahora ha corrido por su cuenta; pero es público que Luciano le ha desbancado... ó se encuentra á punto de desbancarle...

—¿Y no pueden ser esos rumores del público maldiciente?

—Ya que usted me obliga, le diré que lo sé por boca del mismo Luciano.

—¡Indigno! De manera, dijo Amalia con acento en el cual vibraban el dolor y la indignación, que está sacando mi nombre á la vergüenza... y con una criatura de esa especie, que se vende al mejor postor.

—Le diré á usted, articuló Juanito, que temeroso de lo que pudiera suceder, no quería arriesgarse demasiado en el terreno de las confidencias; yo no puedo afirmar que á la hora presente esté ya consumado el traspaso. Luciano, sin embargo, se jacta de que en esta misma noche aparecerá en el café como dueño de la prenda.

—¡Esta noche! exclamó Amalia levantándose agitada, y sin poder dominar la violencia de las impresiones que alborotaban su cabeza y su corazón. ¡Es imposible! ¡Necesitaría verlo con mis propios ojos! ¡Infame!

Juanito, al ver á la joven pasearse como sin conciencia de lo que hacía, de un extremo á otro de la sala, comprendió, ó por lo menos creyó, que había llegado para su amorosa empresa el momento psicológico. Por otra parte, la ira y el dolor habían transformado el rostro de Amalia, que le pareció más hermosa que nunca. Deseoso, pues, de no malograr aquella ocasión que él mismo había preparado, se levantó también y dijo, aproximándose á Amalia:

TOMO III. — 17.

—Pues si quiere usted verlo, nada más fácil. Todo concurrente al café de las Columnas, puede satisfacer esta noche esa curiosidad.

Amalia se detuvo.

—Diga usted, preguntó con ademán resuelto, ¿hay algún sitio en el local, desde el cual se pueda, sin llamar la atención, ver todo lo que pase en él?

—Yo le prometo á usted llevarla donde, sin ser advertida, pueda usted presenciarlo todo.

—¡Oh! con usted de ningún modo.

—¿Sería usted capaz de ir sola?

—En este momento me siento capaz de todo; pero ni yo he andado sola en mi vida por la noche, ni sé dónde está ese café...

—Ni usted podría estar sola en el café, yo se lo fio, desde el momento en que la vieran sola. Las moscas acudirían á la miel...

—No tengo de quién valerme, y no es cosa de que ponga á nadie en el secreto de mi afrenta. ¿Qué hacer?

—Créame usted, Amalita, dijo Juanito con tono almibarado y ternura teatral, llevándose la mano al sitio en que debía tener el corazón. Crea usted en la sinceridad de las palabras de un hombre que la...— Está bien, está bien, añadió respondiendo á un gesto de disgusto de la joven. ¿Ya sabe usted lo que quiero decirle? ¡Está usted hoy extremadamente esquiva conmigo!

—No estoy, en efecto, para oír majaderías, dijo Amalia impaciente, continuando su paseo y procurando desoir una voz secreta que la acusaba de no haber empleado siempre el mismo tono con el Medoro. Éste, que presumía de práctico, no dió importancia al bufido de aquella hermosa boca, pero juzgó hábil parodiar el resentimiento.

—Veo, balbuceó cogiendo su sombrero, que he tenido la desgracia de incurrir en el desagrado de usted cuando menos lo merecía, y con su permiso...

—¿Dónde va usted?... dijo Amalia sin volver la cabeza y dando vueltas á la loca idea que avasallaba su pensamiento. ¡Usted ha soltado la víbora, y me la deja rodeada al cuello! Yo necesito convencerme esta misma noche de la traición de Luciano ó de que es usted un impostor. Puesto que no puedo ir sola y no tengo otra persona de quien valerme, estoy resuelta á ir con usted, si en efecto hay, como usted afirma, lugar á propósito para presenciar el indigno espectáculo, sin peligro de que...

—¡Oh! se lo certifico á usted, se apresuró á decir Juanito, creyéndose ya seguro de su presa.

Realmente él no tenía semejante seguridad; pero á su vulgar magín no se ocultaba que todo lo que fuese comprometer á Amalia, contribuiría á hacer inevitable su caída.

Importa decir que él hubiera preferido que Amalia no tomase el asunto con tanto fuego, ya que á su temperamento pacífico repugnaban las situaciones violentas, y la excitación en que veía á la esposa de Luciano despertaba en su espíritu vaga inquietud.

—Supongo, dijo como para tranquilizarse á sí propio, que vea usted lo que vea, Amalita, sabrá dominarse y no provocar...

—¿Un escándalo? contestó Amalia que seguía dominada por su idea aunque sin saber cómo realizarla. Ya puede usted figurarse lo que yo iba á ganar en ser sorprendida en compañía de usted, en un café, á altas horas de la noche. Porque supongo que Luciano no irá á hacer la corte á La Pelufres sino cuando ya no pueda presenciarlo más que la gente de malas costumbres.

—¡Ca! no por cierto. A las diez y media de la noche ya le tendrá usted allí. Hoy, además, como víspera de Reyes, habrá gran entrada y la *cantaora* echará el resto.

—Bueno, bueno; hoy es día de moda, dijo Amalia con amarga sonrisa y cada vez más firme en su imprudente resolución. Pues yo quiero oírla. De diez y media á once me espera usted en la esquina de la calle...

—Está nevando, observó Juanito; pero aunque cayesen capuchinos de bronce...

—Espere usted, repuso Amalia sin hacer alto en lo prosaico de la observación. Yo no me expongo á dar este paso sino á caso hecho. Después que aparezcan los actores en escena vendrá usted á avisarme.

—Pero... ¿y cómo la aviso á usted? ¿Por medio de un mensajero?

—No, no. Nada de intermediarios. Puesto que no hay otro medio, oiga usted. La puerta falsa de mi alcoba cae frente á la de la escalera. Yo estaré de diez y media á once con el oído alerta. Bastará que usted toque suavemente con los nudillos para que acuda á abrirle. Cuidaré de que los criados se encuentren en las habitaciones de atrás.

—Está bien, dijo Juanito no queriendo dejar á la joven tiempo para reflexionar. Pues, hasta luego.

—Hasta luego. Pero ya lo sabe usted, sólo en el caso de que haya usted visto por sus propios ojos en el café á Luciano, con la heroína de ese honrosísimo certamen. Si no viene usted, será señal de que no está.

Juanito hizo un gesto afirmativo y desapareció. El desenlace previsto venía con más rapidez de lo que él podía esperar, y á pesar de la escasa impresionabilidad de su temperamento, sintió, al bajar la escalera, que el corazón le bailaba un poco dentro del pecho.

Amalia pasó todavía media hora de crisis nerviosa que terminó en llanto, para volver á renacer de nuevo, pero á medida que pasaba el tiempo, la tensión de su resentimiento iba relajándose y dejando paso á la reflexión. Ésta no tardó en hacerle ver lo inconsiderado y expuesto del compromiso que acababa de contraer en un arrebató de celos; pero, por otra parte, el ansia que la devoraba de averiguar con sus propios ojos los avances de Luciano por el camino de la infidelidad no le dejaba volver sobre su resolución, caso de que hubiera ya posibilidad de hacerlo. El amor á su marido, que aunque un tanto apagado por el abandono en que éste le tenía, daba muestras de renacer con nueva fuerza, atizado por el combustible de los celos, hubiese quizá triunfado en aquella circunstancia de todas sus iras de amante y esposa burlada y la habría empujado probablemente á una explicación, que aunque borrascosa, podía volver á reanudar los lazos de la confianza entre los dos; pero ya no era tiempo, y además, cuando se fijaba en esta idea, surgía súbitamente entre Luciano y ella la imagen de Juanito Vélez, á quien había consentido, por frívola vanidad, lo bastante para que no se juzgase con derecho para levantar sus quejas á la altura de la ofensa y de lo que reclamaba su corazón lacerado. Nunca como entonces se ofreció á sus ojos con tan aterradora claridad la extensión de la falta cometida. La esposa se encontraba desarmada. Quedaba, en cambio, la mujer, que segura de no haber entregado á otro hombre su corazón, no podía tolerar la idea del menosprecio con que Luciano pasaba por encima de él para prostituir el propio.

Entre estas encontradas imaginaciones, pasó las horas de la tarde, horas amargas, en las cuales la obsesión de los celos volvió á sumirla en una aridez de espíritu que impedía toda resolución, como no fuera la de caminar á ojos cerrados por el camino que en su arrebató se había trazado ella misma.

II

Antes de narrar otra escena íntimamente ligada con la anterior, debemos decir algo acerca de Luciano.

Luciano era un joven de índole generosa y buena, pero algo ligero y propenso á dejarse influir y arrastrar del medio en que se movía. Su padre le había dejado una casa de banca que gozaba de algún crédito y hasta entonces afortunada en sus negocios. Gozando de una posición desahogada, el espacio que aquéllos le dejaban le ocupaba Luciano en disfrutar de los

placeres del *sport* y de los solaces del club, siguiendo la moda corriente en la sociedad dorada, de dejar á su mujer llevar por su parte la que tuviese por conveniente.

Se casó locamente enamorado de Amalia, y los tres primeros años fueron casi una continuada luna de miel, que contribuyó á establecer entre los dos aquella confianza mutua, que degenera fácilmente en abandono, cuando á la pasión arrebatada sucede un cariño fundado en lazos más sólidos, pero por su índole más necesitados de vigilancia y de reflexión. Sus ausencias del hogar doméstico fueron haciéndose paulatinamente más largas. Por su parte, Amalia, influida por la avasalladora tiranía de la moda, procuraba disimular la contrariedad que experimentaba al ver á su esposo tan apartado de su compañía. Esta manera de vivir llegó á hacerse un hábito en uno y otro, sin romper la cadena de la confianza y del amor, pero con visible relajación de sus eslabones.

En los últimos tiempos, la disipación de Luciano y sus eclipses nocturnos hasta hora muy avanzada, fueron aumentando, hasta el punto de afligir y ofender seriamente á Amalia. Una explicación á tiempo, quejas dulcemente manifestadas, habrían bastado probablemente para que Luciano se enmendase; pero Amalia era altiva y no supo inmolar las exigencias de su carácter en aras de la unión conyugal. Lejos de eso, afectaba por puntillo no advertir lo que había de irregular en la conducta de su marido.

Quizá hubiera puesto á prueba su orgullo la sospecha de que la disipación de éste tuviese por origen algún extravío amoroso; pero Amalia atribuía, según ya hemos dicho, el trasnochado de su marido, á la pasión absorbente del juego, y esto contribuía á mantenerla en su errado sistema de reserva.

Tiempo es ya de poner en claro lo que había de positivo en los devaneos de Luciano. La verdad es que hasta aquel momento el esposo de Amalia no había mordido el fruto prohibido, pero desde hacía algún tiempo andaba alrededor de él, y en aquella misma noche, según todas las apariencias, debía hincarle los dientes. Influido por la viciada atmósfera que respiraba y remedando á aquellas Lamias que, según el poeta,

más que ser malas quieren parecerlo,

tomó parte, por vanidad, en un certamen de disolución, é hizo puntillo de honra el deshonorarse.

Ocupaba entonces el primer lugar en la crónica del escándalo cortesano una cantadora flamenca, que por los rizos greños é indisciplinados que coronaban su frente, traía de Sevilla el apodo de La Pelufres, y cuyos atractivos, algo gastados por una vida desordenada, eran, sin embargo, peligrosos, y habían arruinado á más de dos. Aunque derrochaba el dinero y andaba en coche, no abandonaba el café, teatro de sus triunfos, en donde alborotaba todas las noches punteando la guitarra y gorjeando con su sello más genuino y peculiar los cantes de Triana y de la Macarena. Al poco tiempo de presentarse en Madrid, á guisa de prenda que se ofrecía al mejor postor, la adquirió como se adquiere una yegua de precio, un hombre, todavía joven, pero de malas costumbres, que improvisó jugando á la Bolsa, sin tener dinero, una gran fortuna. Meneses, que este era su nombre, hacía locuras por La Pelufres, y gozaba en presentarse todas las noches en el café para disfrutar de la menguada satisfacción de que á cada ruidosa ovación que recibía la bacante, se le señalase con el dedo, diciendo: —Ese es el que paga.

Luciano fué algunas noches por curiosidad. Era de linda presencia y rico. La Pelufres halló medio de consagrarle alguna de esas atenciones provocativas en que las mujeres de su especie son maestras. Luciano mordió el cebo. El público se puso en autos, y los amigos, como de costumbre, le empezaron á jalear, excitándole á la lucha. Meneses, advertido, se puso en pie de defensa; pero no siendo hombre para disputar con las armas á Luciano su triste posesión, abrumó á la mala pécora de dádivas.

Ésta, que como casi todas las de su clase, era arrebatada en sus caprichos, no se dejó

ablandar, y acabó por despachar á Luciano un rufián, que sirvió de intermediario entre los dos. El día, ó mejor dicho, la noche de nuestra narración, era la señalada para verificar el traspaso, que debía tener lugar, suplantando Luciano á Meneses, *coram pópulo*, en su papel de poseedor de la alhaja.

Luciano, que había comenzado por vanidad, se fué dejando arrastrar por las peripecias de la escabrosa aventura, pero la rapidez del desenlace le cogió de sorpresa y ya no tuvo virtud para volver atrás. El vicio suele ser puntilloso, y un retroceso en aquellos momentos, sobre chocar de frente con el orden de ideas dominante en el círculo de gente sin escrúpulos donde pasaba sus ocios, tenía ya á sus ojos olor de cobardía que no podría dejar de ponerle en berlina, provocando las burlas de los unos y de los otros. Una especie de pudor á la inversa tiranizó su voluntad. Sin embargo, después que arreglados los preliminares, tenía ya sólo algunas horas por delante para dar á la reflexión, la aventura emprendida con tanta ligereza, comenzó á presentarse á sus ojos erizada de sombríos inconvenientes. No se trataba de uno de esos extravíos pasajeros, en los cuales un marido puede todavía beneficiar el secreto, sino de una campañada escandalosa que al día siguiente sabría todo Madrid y que no podría dejar de llegar á oídos de Amalia, de Amalia, á quien no había dejado de amar y para quien sería un golpe tanto más doloroso cuanto más inesperado. Conociendo como conocía el carácter de su mujer, presentía que el paso que iba á dar abriría quizá un abismo entre los dos. Una de esas heridas secretas del corazón que con frecuencia entristecen y anublan los matrimonios, podría quizá pasar sin ruptura; pero Amalia no era mujer para tolerar que se pisotease el suyo á la vista de todo Madrid, ni que se la unciese como una víctima al carro triunfal de una prostituta.

Estos y otros pensamientos angustiaron el corazón de Luciano, pero sin provocar en su voluntad la reacción saludable que el caso exigía. Caminaba á la consumación de la ruina de su honra y de su bienestar, maquinalmente, y como obedeciendo al impulso recibido. Entre las imágenes que confusamente flotaban en su imaginación perturbada, había una que procuraba en vano apartar de sí. Era un niño de cabeza rubia y rizada, de ojos azules, llenos de luz y de infantil travesura, con la tez diáfana teñida del matiz de la rosa naciente. Era el fruto de su unión con Amalia, que venía á saltar sobre su lecho todas las mañanas, y con quien jugaba Luciano, tan niño como él, durante las horas que pasaba en el hogar doméstico. ¿Qué consecuencias tendría el paso que iba á dar, en la existencia de aquel angelito? Cuando esta idea cruzaba por su mente, repercutía en su corazón, oprimiéndole dolorosamente.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Continuará).



LA APUESTA

CUENTO POR

JUAN PROELK



En aquellos tiempos en que no eran necesarias sesiones espiritistas para traer á la tierra los espíritus del otro mundo, sino que éstos, de dimensiones cuatro veces mayores que el natural y con cuerpos brillantes como los astros, discurrían joviales y sin rigidez entre los hombres, sin necesidad de mediums, estaban un día sentados tres alegres hijos de Minerva, en un mesón del Odenwald, en el camino de Heidelberg á Würzburg.

Bastante tiempo habían aguantado, debajo de los tilos, la tempestad que arrastraba en desenfrenada carrera las hojas secadas por el sol de Agosto; al mismo tiempo, cuando la parlanchina mesonera les dejaba espacio, á pesar de la tempestad, habían cantado á porfía canciones regocijadas; pero ahora un fuerte chaparrón les obligaba á entrar en la habitación, continuando allí el ruido y la algazara.

—Sois huéspedes según entiendo, y he aquí una canción que me gusta, exclamó la mesonera satisfecha cuando volvió á acercarse á la mesa con la jarra llena de nuevo, mientras los estudiantes terminaban con voz vibrante un coro. «Al que no bebe, ni canta, ni ama, le miran los estudiantes con compasión,» — así decía la estrofa final de la canción. — ¡Vosotros tomáis la vida por el lado verdadero! ¡Siga la alegría! Bien se ve que el beber, cantar y amar os han hecho excelentes.

—El amor, empero, es lo principal, dijo el mayor de los tres, mirando con cariñosa sonrisa á la hermosa mujer que estaba á su lado. De las tres cosas buenas que el maestro Lutero celebra, pongo la mujer en primer lugar.

—Prefiero el vino, exclamó su vecino echando un buen trago.

—¿Y vos? preguntó con curiosidad la mesonera al tercero, que miraba distraídamente dentro de su vaso como si viese en él cosas magníficas. ¿Qué es lo que preferís?

—¿Yo? contestó aquél despacio y como reflexionando; luego como si le hubiesen repetido la pregunta, dijo de prisa y decididamente:

—Pues, el canto.

Era el más guapo de los tres; un esbelto y robusto mancebo en cuyos ojos azul claro las penas habían echado las primeras sombras, dando á su rostro un aire pensativo sin quitarle empero su expresión juvenil.

—A pesar de todo, el rubio este es el más enamorado de los tres, observó tras corta pausa después de su declaración la mesonera, mirándole maliciosamente.

—¡Ah! exclamó bruscamente el estudiante, poniéndose colorado, ¡cómo os equivocáis mesonera! ¡El amor y la mujer!... He estudiado á fondo este capítulo. No en vano se dice: gato escaldado huye del agua fría.

La mesonera sonrió y agitó un poco la cabeza como si quisiese decir:

—Aguarda, joven, ya volverás á acercarte al fuego peligroso.

Él prosiguió con exaltación:

—¡No! El amor ataca al corazón y el vino con frecuencia la cabeza; el canto sólo puede quitar estos males. Una canción tierna, por ejemplo, tiene un poder mágico, adormece las penas y desazones y convierte el dolor en alegría. También canta el alma cuando le engaña una mujer, y un canto nuevo despierta un nuevo amor y aromatiza el vino que antes no gustaba... El vuestro, por cierto, me ha gustado desde el principio, mesonera. Por lo tanto, compañeros, bebamos á la salud de la más radiante mesonera que existe debajo del sol, y volvamos luego á cantar.

Mientras los otros dos continuaban brindando y bromeando con ella, entonó él solo con voz retumbante una canción improvisada.

Y en dulce júbilo continuaron los tres jóvenes su diversión. Bebieron, cantaron y amaron; el uno demostrando claramente su preferencia por la mesonera, el otro por el vino y el tercero buscando entretenimiento en las coplas que cantaban por turno y entregándose á una extrema alegría.

Estaban al caer las doce de la noche cuando seguía todavía sentado delante de su jarra, mientras su vecino de la izquierda hacía ya un buen rato que se había escabullido para gozar del placer de fantasear con la hermosa mesonera, á la luz de la luna, en una deliciosa noche de verano. El otro, desfallecido delante de la jarra vaciada demasiadas veces, dormitaba. Heinz Grünwald no había reparado en ello; estaba preocupado con la idea de hacer otra improvisación en verso como la primera.

Lo particular es que ningún motivo tenía para tanta jovialidad. Lo que él quería era sacudir las penas de su corazón, y como le aliviaba la divertida compañía de sus compañeros, por esto se alegraba. Burlábase del amor como si no tuviese ya más poder sobre él; sin embargo, hubiese preferido, en vez de defenderse como había hecho de las insolencias de la mesonera, mirarse en otros ojos más severos que desde poco le miraban indignados y llenos de odio, cuando todavía hacía algunos meses, en la verbena del mes de Mayo, debajo de las verdes hojas, le habían inflamado el corazón con sus hermosas miradas. La recordaba en aquellos momentos. Quería olvidarla, pues la había dejado en su Heidelberg, que había abandonado para siempre, y la vida alegre y errante de estudiante en viaje que llevaba ahora con sus compañeros, atravesando bosques y campos en busca de ideales desconocidos, pero seductores, y las aventuras en los mesones con las copas llenas y las canciones, todo le enseñaba á olvidar.

Empero, como cantando se daba más cuenta de este cambio de su ánimo, creía deber sólo al canto su libertad, y esto le inspiró otros versos que cantó en voz baja como ensayando.

Una carcajada ronca y apenas perceptible resonó de repente al oído del cantor.

—¿Quién es? exclamó.

Del rincón poco alumbrado de la mesa de enfrente levantóse una figura vaporosa y sombría.

—Estabais tan entretenido, joven, que no me habéis visto entrar. Ni tampoco la mesonera. No tenéis ojos para huéspedes tan silenciosos. ¡Quién pudiese tener vuestra sed, beber con abundancia y divertirse con las francachelas de los estudiantes! Pero he ahí mi desgracia; ¡no tener nunca sed! ¿Podéis imaginaros lo que es?

Habíase acercado el nuevo huésped y se sentaba ahora en la silla desocupada al lado del muchacho, que le miraba atónito, y á quien él hacía rato estaba contemplando desde su rincón, tan pronto con mirada envidiosa como con sonrisa burlona, murmurando entre dientes:

—Aguarda, ya te arreglaré. Tú no cuentas para nada con la sed.

Grünwald, empero, que al principio se había asustado un poco al ver aquella desagradable aparición, con ojos penetrantes, hundidos, en una cabeza seca y amarilla como el pergamino, se serenó pronto y contestó:

— No tener sed no puede ser la mayor de las desgracias. Si fuese posible, nada me importaría daros un poco de la mía.

— Sois un buen muchacho.

— ¿Por qué no había de hacerlo? A mí la sed me ha proporcionado ya bastantes disgustos; sin ella estaría bien colocado de secretario en mi amada Heidelberg, no necesitaría ir por los caminos de estudiante turista, y la hija del burgomaestre, la hermosa Catalina, sería mi prometida.

La aparición le escuchaba con asombro.

— ¿Y habéis perdido la dicha por vuestra sed?

— Ni más ni menos. Pues si yo por estar bebiendo no hubiese faltado á una cita con la altiva joven, y viéndola incomodada en el calor de una ligera embriaguez no le hubiese dado un beso delante de su severo padre, ni ella me hubiese despedido ni su merced me hubiese cerrado la puerta. En verdad, mi condenada sed tiene la culpa de todas las desdichas de mi vida. ¡El diablo se la lleve!

— Paciencia, joven.

El desconocido movía los ojos como un gato que juega con un ratón antes de tragárselo.

— Si pensáis de esta manera os propongo un negocio. ¿Qué pedís por vuestra sed?

Grünwald se echó á reír y repuso:

— ¡Como si una cosa así pudiese venderse!

— Esto es cuidado mío. ¿Queréis dinero,—y al decir esto metió la mano en su bolsillo y la sacó llena de relucientes ducados que puso cuidadosamente encima de la mesa—ó preferís, por ventura, que os devuelva el corazón de la orgullosa Catalina?

Grünwald abrió desmesuradamente los ojos. El montón de oro le deslumbraba, y relucía como un río de oro á sus ojos. El brillo del oro, empero, quedó relegado ante la visión de la hermosa joven que había creído poder olvidar, y que continuaba siendo la reina de su corazón. ¿Pero qué tenía que ver con esto el sospechoso individuo?

Éste prosiguió con frialdad:

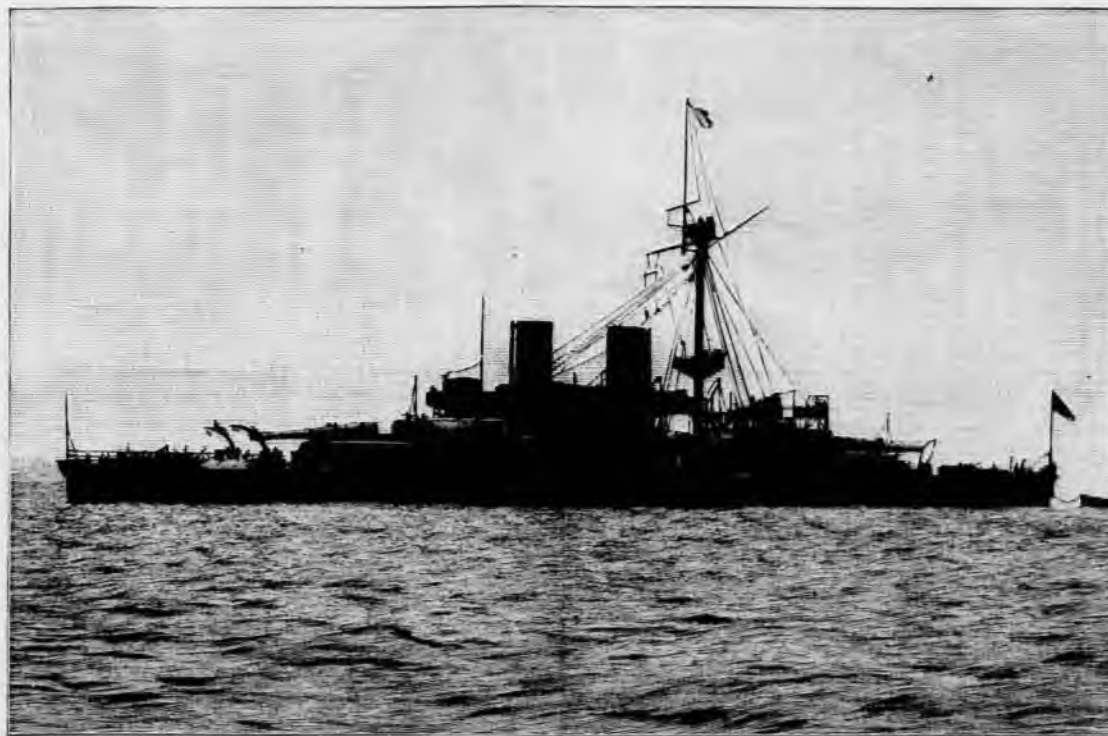
— No tenéis más que transmitirme vuestra sed, que os ha causado tantos sinsabores, y el oro y la muchacha son vuestros.

— ¡Diablos! ¿quién sois pues?

— Precisamente un pobre diablo, nada más, pero bastante poderoso para cumplir mi trato. Soy uno de los principales fogonistas de allí abajo.

El estudiante se persignó, pero no perdió la serenidad.

(Concluída).



EL «CAMPERDOWN», ACORAZADO DE LA ESCUADRA INGLESA DEL MEDITERRÁNEO

EL CID EN SAN PEDRO DE CARDEÑA

(ROMANCE ANTIGUO)

FABLANDO estaba en el claustro
de San Pedro de Cardena
el buen rey Alfonso al Cid,
después de misa, una fiesta:
trataban de las conquistas
de las mal perdidas tierras
por pecados de Rodrigo
que amor disculpa y condena.
Propuso el buen rey al Cid
el ir á ganar á Cuenca,
y Rodrigo mesurado
le dice desta manera:
—Nuevo sois, el rey Alfonso,
nuevo rey sois en la tierra,
antes que á guerras vayades
sosegad las vuestras tierras.
Muchos daños han venido
por los reyes que se ausentan,
que apenas han calentado
la corona en la cabeza:
y vos no estáis muy seguro
de la calumnia propuesta
en la muerte de don Sancho
sobre Zamora la Vieja,
que aún hay sangre de Vellido,
magüer que en fidalgas venas,
y el que fizo aquel venablo
si le pagan fará treinta.—
Bermudo en lugar del rey
dice al Cid:—Si vos aquejan
el cansancio de las lides
ó el desco de Jimena,
idvos á Vivar, Rodrigo,
y dejadle al rey la empresa,
que homes tiene tan fidalgos
que non volverán sin ella.
—¿Quién vos mete, dijo el Cid,
en el consejo de guerra,

fraile honrado, á vos agora
la vuesa cogulla puesta?
Subidvos á la tribuna
y rogad á Dios que vengzan,
que non venciera Josué
si Moisés non lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
yo el pendón á las fronteras,
y el rey sosiegue su casa
antes que busque la ajena,
que non me farán cobarde
el mi amor, ni la mi queja,
que más traigo siempre al lado
á Tizona, que á Jimena.
—Home soy, dijo Bermudo,
que antes que entrara en la regla,
si non vencí reyes moros,
engendré quien los venciera;
y agora en vez de cogulla,
cuando la ocasión se ofrezca,
me calaré la celada
y pondré al caballo espuelas.
—Para fugir, dijo el Cid,
podrá ser, padre, que sea,
que más de aceite que sangre
manchado el hábito muestra.
—Callede, le dijo el rey,
en mal hora, que no en buena
acordársevos debía
de la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
que farán fablar las piedras,
pues por cualquier niñería
facéis campaña la Iglesia.—
Pasaba el conde de Oñate
que llevaba la su dueña,
y el rey por facer mesura
acompañóla á la puerta.



¿CARA Ó CRUZ?

(CUENTO ORIGINAL)

ERA Perico un poeta de buena cepa, de los pocos que pensando alto y sintiendo hondo, reunen el arte y los conocimientos necesarios para transmitir al lector sus ideas y emociones.

Como, además, era huérfano y nada había heredado de sus padres, y la poesía no se cotiza en la Bolsa literaria, y siguen la mayor parte de los que la explotan extraviados derroteros, dicho se está que Perico no tenía un céntimo ni de dónde le viniera. Pero tenía una novia joven, guapa y buena, huérfana como él y heredera de una bien saneada fortuna, á la sazón en poder de curadores y albaceas, para entrar en plena posesión de la cual sólo faltaban á la niña algunos meses, ó sea el cumplimiento de su mayor edad, época fijada por aquélla para unirse en matrimonio con Perico.

Aparte el amor de su novia, el cual no era, que digamos, ningún grano de anís, todo le salía al revés á nuestro hombre. Ni perseguía objeto alguno que alcanzara, ni ideaba negocio que no se malograra, ni movía, en una palabra, pie ni mano que contra él no se volviera.

Como, según ya dijimos, pensaba alto, un día, con la provechosa intención de ganarse unos cuartejos, publicó en una revista de gran circulación ciertos versos contra el duelo.

A la mañana siguiente presentóse en su zaquizamí de poeta pobre, y valga el pleonismo, un famoso duelista de elevada estatura y largos bigotes, el cual le dijo con aire de matón:

—¿Es usted el autor de este libelo?

—Sí, señor.

—¿Se retracta usted ó no de lo en él manifestado?

—No, señor.

—Entonces voy á mandarle mis padrinos para que se entiendan con los suyos.

—Perdone usted, observó Perico, no soy partidario del duelo.

—¿De modo que se niega usted á batirse?

—Si he de ser consecuente...

—Pues le cruzaré la cara en el café, en el teatro, donde quiera que le halie.

—Y cometerá usted una villanía, porque usted es alto, robusto, y yo...

—Siendo así, bátase usted; para igualar las fuerzas es el duelo.



EL POETA FLAMENCO JACOBO
VON MAERLAND

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT

—Sería el mismo ó peor caso. Usted maneja á la perfección la espada y la pistola, yo jamás empuñé un arma. Estamos en un círculo vicioso y sin salida.

—Yo salgo por donde puedo: le llamaré á usted cobarde á la faz del mundo.

—Y yo diré que miente usted.

—¡Ira de Dios!

—No se desespere usted, dijo Perico, todo puede conciliarse.

—¿De qué modo?

—Igualando las condiciones de manera que no resulte ventaja para ninguno de los dos. Nombremos los testigos, acudamos al terreno y elijamos las armas. Serán éstas una moneda y una pistola. Cualquiera de los testigos arrojará al aire la moneda, pediremos nosotros cara ó cruz, y á quien Dios se la dé san Pedro se la bendiga: el que pierda habrá perdido la vida, y el ganancioso tendrá derecho á disparar la pistola á boca de jarro contra su adversario.

El matón hizo un gesto de disgusto.

—Comprenda usted, prosiguió Perico, que nada tiene de cobarde quien se halla dispuesto á jugarse la vida á cara ó cruz. En cuanto á usted, si rehusa...

—¡Aceptado! interrumpió en voz breve el espadachín, tragando saliva.

—Entonces no hay más que hablar: mande usted sus testigos á que se pongan de acuerdo con los míos.

Dos días más tarde, y poco después de amanecido, en la solitaria plazoleta de un frondoso bosquecillo velase un grupo de seis hombres. Uno de ellos tenía en la mano una pistola y otro hacía girar entre sus dedos una moneda de á duro.

—¿Estamos? preguntó otro de los seis.

—Estamos, respondieron todos.

—Pues ¡allá va!

Y el de la moneda la arrojó al aire á considerable altura.

Perico, en un momento, acordóse del bello rostro de su novia; pensó que ya su vida era una cruz nada ligera, y dijo:

—¡Cara!

—¡Cruz! añadió al instante su adversario.

—¡Cruz! repitieron á una los cuatro testigos, viendo ya en el suelo la moneda.

Perico no pestañeó siquiera.

El matón tomó la pistola de manos de un testigo, y aproximándose al adversario perdidioso, apoyó el cañón contra su pecho.

—Dispare usted, dijo Perico friamente.

El espadachín encogió un poco el dedo índice ya apoyado en el gatillo; mas, reflexionando de pronto, arrojó al suelo la pistola y contestó:

—No tal; me ha hecho usted tragar mucha saliva obligándome á admitir un duelo impropio de quien soy; preciso es que usted la trague también. Las condiciones de aquél no fijan el momento en que el ganancioso ha de disparar sobre su adversario. Dispararé, pues, cuando me acomode. La vida de usted me pertenece: prefiero cobrar á plazos, no al contado. Buenos días.

Y desapareció, dejando estupefactos á los circunstantes.

Perico regresó á su casa entre mohino y satisfecho.

Fué, en aquella misma tarde, á la de su novia, con objeto de referirle lo sucedido; pero ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarla departiendo mano á mano con el extraño matasiete!

Al verle entrar, éste se levantó y le dijo:

—Se trata de su novia, ya lo sé; mas ¿con qué razón la amaría usted si hubiese yo metido en él mi bala esta mañana?

Perico bajó la cabeza avergonzado y su novia le miró con extrañeza.

—Márchese usted, ó me cobro aquí mismo, añadió el espadachín.

Perico quiso quedarse y protestar, sino que, como el otro sacase la pistola con objeto de realizar lo dicho, determinó al fin obedecer para evitar á su amada un espectáculo sangriento.

Desde aquel día fué un martirio continuado, una carga insoportable la existencia de Perico. Tantas cuantas veces se presentaba en casa de su novia repetíase la anterior escena, sin que escuchase aquélla ninguna amorosa declaración del matasiete, ni lograra sacar en claro del asunto, sino que del susodicho dependía la vida de su amado, como, ya enredada en la tela, depende la mosca de la araña; con lo cual Paquita, que así se llamaba la novia, dejaba decir, dejaba hacer, y malignamente atormentada, ni aún se atrevía á resollar.

Si Perico, en lugar de dirigirse á casa de Paquita, iba al teatro, á visitas, á paseo ó al café, sucedía siempre que, como llovido del cielo, ó vomitado por la tierra, ó salido de algún mueble



BRUJAS LUCHA POR SU INDEPENDENCIA

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT

ó cortinaje, no tardaba en aparecer el matasiete amenazando con cobrarse y ordenándole suspender la diversión. El infeliz no emprendía un negocio, ni borroneaba una cuartilla, ni daba un paso, ni hacía un movimiento en que de igual suerte no interviniera su verdugo. Momentos hubo en que temió encontrárselo en la sopa diciéndole: «No comas ó me cobro.»

Pero el maldito espadachín, riéndose con risa sardónica, volvíale la espalda para reaparecer en el momento crítico y menos esperado.

Así fué transcurriendo el tiempo hasta la mayoría de Paquita, en que ésta tomó posesión de su fortuna si no de la mano y nombre de Perico, que era lo que más ansiaba.

Durante un hermoso día, con objeto de sustraerse á la odiosa persecución que tanto le agobiaba, salió Perico lejos de la ciudad á dar un paseo por las márgenes del río. Iba pensando en su novia, cuando de pronto distrajerón su atención unos gritos ahogados que pedían auxilio. Volvió al punto la cabeza viendo á un hombre arrastrado por la corriente, el cual iba sin remedio á perecer. Perico nadaba como un delfín y era, además, hombre de corazón: en un decir Jesús se desnudó, arrojándose al río de cabeza. Ya tirándole de la ropa, ya empujándole vigorosamente con un brazo mientras nadaba con el otro, ya asiéndole del cuello del *chaquet* y levantándole el busto fuera del agua para que respirase, logró, no sin peligro, llevar á su semejante hacia la orilla. Una vez en ella, llamó á la gente de una granja allí vecina, á la cual, transportado el paciente, no tardó en recobrar, á fuerza de cuidado, el conocimiento y la existencia.

Imagínese cualquiera el asombro de Perico, cuando pasados los primeros momentos de natural agitación, hubo reconocido en el hombre á quien acababa de librar de una muerte cierta, á su antiguo adversario y verdugo permanente. Sí, era él, el consabido espadachín, que con la aviesa intención de continuar atormentando á su víctima, habíale seguido á las márgenes del río, en el cual cayera al breve rato á consecuencia, tal vez providencial, de un imprevisto resbalón.

Apenas le hubo visto fuera de peligro, Perico, más alegre que unas castañuelas, se encaró con él y le dijo:

—Yo soy su salvador: vida por vida; estamos en paz.

Y ligero como un galgo, voló á dar á su novia la fausta nueva.

El espadachín, quizás por haberle el río aguado el cerebro, presentóse de nuevo, con la consabida pretensión, en casa de Paquita; pero esta vez fué Perico quien le preguntó:

—¿Con qué piernas hubiera usted llegado aquí á dejarle yo en el río?

Llególe al espadachín el turno de bajar avergonzado la cabeza; tras lo cual volvió la espalda sin decir oste ni moste.

Libres al fin de tan singular obstáculo, Perico se casó con Paquita, y Paquita con Perico.

Tantas veces va el cántaro á la fuente, que alguna se quiebra. En el mismo día de la boda nuestros novios recibieron la noticia de que el célebre matasiete acababa de fallecer de un balazo, en su vigésimoquinto duelo.

—¡Ya somos felices! no pudo menos de exclamar Paquita.

A lo cual respondió Perico:

—Tú eres mi cara mitad; el matrimonio es nuestra cruz. Si vuelve á ocurrirme un lance parecido, ganaré seguramente, porque en tí lo tengo todo: cara y cruz en una pieza.

JUAN TOMÁS SALVANY.

SECCIÓN CIENTÍFICA

Los filtros de porcelana de amianto

POR lo común no se da la importancia que merece á la filtración de las aguas que sirven para la alimentación, y gran número de personas se figuran que, para que el agua sea potable, basta que esté aireada y limpia, que tenga sabor agradable, que en ella puedan cocerse bien las legumbres y que disuelva convenientemente el jabón.

Nada hay, sin embargo, tan lejos de la verdad; también es un gran error creer que un agua determinada, filtrada en arena, grés ó carbón, pueda reunir todas las condiciones apetecibles para ser potable.

Por otra parte, nadie pone en duda que un agua selenitosa y calcárea, es decir, que contenga en exceso sulfato y carbonato de cal, presenta bajo el punto de vista higiénico y para los usos domésticos un inconveniente muy grave. Pero todavía resulta insignificante si se le compara con el que ocasiona la presencia en el agua de materias orgánicas, pues que éstas se corrompen rápidamente y ocasionan enfermedades agudas ó crónicas que á veces suelen ser gravísimas.

Cuando con el auxilio de un microscopio de gran potencia se examina el agua de un río, aun después de filtrada por los procedimientos más comunes, sorprende el número extraordinario de corpúsculos que en ella se hallan; diátomos de todas clases, animalillos de toda especie, hongos y musgos de todas las variedades, desperdicios de carne en putrefacción, microbios y *bacillus* propagadores de enfermedades epidérmicas y contagiosas, como, por ejemplo, la fiebre tifoidea, el cólera, la difteria, etc.

Y es digno de observarse que no es tan sólo en las aguas de las grandes ciudades, distribuidas con moderación á sus habitantes, en los que pululan los detritus moribundos que acabamos de mencionar, pues á veces se les encuentra en mayor número todavía en las aguas de los pozos que usan las gentes del campo ó los dueños de quintas de recreo.

Además del exceso de cal que estas aguas contienen y que determinan afecciones reumáticas, enfermedades del estómago, del hígado, etc., se encuentran en ellas materias orgánicas procedentes de infiltraciones de toda especie.

A veces se debe á una letrina, que se halla á poca distancia y que derrama sus inmundicias en las aguas frescas y limpias que aparentemente son de una pureza absoluta; otras veces es un arroyuelo de alguna casa de

campo situado más alto que la habitación, que esparce sus aguas contaminadas y envenena lentamente á las personas que las usan, las cuales no saben á qué atribuir el malestar que experimentan ó la enfermedad que les aqueja.

La composición del agua que debe emplearse es, pues, de una importancia extraordinaria é interesa en gran manera saber si contiene un exceso de cal ó de materias orgánicas perjudiciales para la salud. Para ello no es indispensable ser químico, pues con mucha facilidad se puede averiguar. Algunas gotas de una disolución de sal de acedera dan un precipitado blanco, abundante en oxalato, cuando el agua de cal que se analiza es selenitosa ó calcárea y algunas gotas de una disolución de cloruro de oro en el líquido producen, después de la ebullición, un precipitado negruzco, debido á la acción de las materias orgánicas.

Indicados ya los peligros á que se exponen las personas que usen aguas contaminadas ó calcáreas, veamos ahora cómo debe procederse para purificar estas mismas aguas quitándoles las sales y los organismos que contienen. El medio más eficaz, y al propio tiempo más cómodo, es la ebullición prolongada que destruye todos los microbios, y precipita el exceso de carbonato de cal por el continuo desprendimiento de ácido carbónico. Antes de emplear el agua, agítese por algún tiempo con un palo ó cuchara, á fin de devolverle el aire que ha perdido con la ebullición.

Lo mejor, sobre todo, en tiempo de epidemia y en el caso de que no se disponga de un filtro especial, consiste en no beber más que ligeras infusiones de café ó de té. Las personas á quienes les gusta mucho beber agua fría, deben evitar que se refresquen los líquidos, sumergiendo en los mismos pedazos de hielo, pues éste, tal como se encuentra en el comercio, se fabrica con agua que contiene organismos, y si bien la ebullición tiene la ventaja de destruir los microbios, en cambio el hielo tiene el inconveniente de conservarlos.

Después de la ebullición, el medio más eficaz de procurarse agua pura consiste en el empleo de los filtros de porcelana de primera cocción (sistema Chamberland), y mejor aún en el empleo de los filtros de porcelana de amianto adoptados por la casa Mallié.

M. Gárros, inventor de estos últimos, y que fué el primero que en 1892 hizo experimentos con la porcelana de amianto, ha demostrado que los poros de esta

sustancia son mucho más pequeños que los de la porcelana ordinaria, que es más homogénea, constituyendo el filtro más perfecto de los empleados hasta el presente.

En efecto, los experimentos hechos en el laboratorio de toxicología de París, por los doctores R. Durand-Fardel y F. Bordas, han demostrado que un agua que contenga 1,200 colonias por centímetro cúbico, después de la filtración en la porcelana de amianto, queda esterilizada de un modo absoluto, y que los cultivos en láminas con el agua filtrada por este medio no dan origen al desarrollo de ninguna colonia, ni aun al cabo de seis ó más días de observación. Dichos señores han podido observar que los caldos de cultivo que contenían, uno de ellos, un *bacillus tífico*, y otro, la bacteria carbonosa, han sido completamente esterilizados después de la filtración en dicha porcelana, y que una cobaya inoculada con el cultivo filtrado del *bacillus anthracis*, no ha presentado ningún trastorno funcional. Por último, han podido comprobar que, después de seis semanas de filtración continua al través de un globo de porcelana de amianto, los ensayos de cultivo en gelatina no han dado lugar á la producción de ninguna colonia bacteriana.

Estos mismos experimentos, repetidos por distintos médicos, fisiólogos y químicos, han dado también los mismos resultados concluyentes. M. Ch. Girard, director del Laboratorio municipal de química de París, no ha podido comprobar la presencia de ninguna bacteria en las aguas filtradas en la porcelana de amianto. Por otra parte, el doctor Miguel, eminente bacteriologista,

director del Laboratorio micrográfico del observatorio municipal de Montsouris, ha observado que este nuevo filtro detenta todos los bacillos del cólera, y que, gracias al depuratorio que precede á la bujía-filtro, sistema Mallié, las aguas más fangosas y cargadas de bacterias quedaban completamente esterilizadas, aun al cabo de doce días consecutivos de filtración, y sin limpiar ningún aparato.

Por último, de los experimentos comparativos practicados con el concurso de los señores Cousin y Mérau, en la filtración de vinos y vinagres y ácidos, resulta que la composición química de estos últimos no se modifica en lo más mínimo después de filtrados en la porcelana de amianto, y que esta sustancia puede servir perfectamente para la esterilización de vinos y vinagres, así como también para la filtración de los ácidos.

La porcelana de amianto se emplea también con gran ventaja en la construcción de vasos porosos para pilas eléctricas, á causa de su escasa resistencia eléctrica, que, según el profesor Arsonval, es inferior á la de los vasos porosos de porcelana común.

El amianto es un silicato de cal y de magnesia formado por fibras de un diámetro extraordinariamente pequeño, que puede reducirse á polvo impalpable. Debido á esta circunstancia, M. Garros ha tenido la ingeniosa idea de confeccionar una pasta plástica, la cual, por medio de una cochura, en condiciones especiales, produce una materia porosa de cierta dureza, á la que el inventor ha dado el nombre de porcelana de amianto, y que está llamada á prestar un precioso servicio, tanto á la industria como á la humanidad.

ALFREDO DE VAULABELLE.



COCO DE MAR

HISTORIETA

POR

ERNESTO LENBACH

(CONCLUSIÓN)



CUÁNTO habría tenido que sufrir! Acreedores desalmados, envidiosos ruines dándole el pésame, importunos admiradores y otras gentes poco delicadas se atropellaban en el cerebro de Hans, mientras se lanzaba en un coche de alquiler hacia la estación para ver si podía todavía alcanzar el tren de la noche. Se hubiera alegrado de poder tener á lo menos uno de estos fantasmas en sus manos, sobre todo algún molesto admirador por el estilo de Sigfredo de Kampfer de la casa Nieder Zuppkehmen. Ya que esto no era posible, atormentóse á si mismo con reproches, mientras el viejo vehículo crujía y rodaba, y la luna aparecía en el cielo iluminando el paisaje, cuya uniforme tranquilidad aumentaba la impaciencia del enamorado viajero.

Afortunadamente el trayecto de seis horas en el expreso de la noche había calmado algún tanto su excitación, cuando á la mañana siguiente volvió á subir á un cupé cambiando de línea para proseguir su viaje hasta la ciudad de las musas. En el cupé encontróse con dos individuos en los cuales, por el timbre de la voz, reconoció á los dos nobles jóvenes del café. Rendido de cansancio dejó que prosiguiesen su conversación, y su reserva fué recompensada. Después de una larga digresión sobre las fatigas de una correría nocturna por los sitios elegantes de la capital, empezaron á hablar de la «cuestión Hendriksen,» y Hans pudo oír con gran satisfacción, como estos jóvenes, que en el fondo no eran mal intencionados, hablaban con más respeto de Dina. Por lo demás, todo cuanto oyó era poco consolador. Inmediatamente después del entierro, la baronesa había arreglado en pocos días los asuntos que había podido, dejando los otros en manos de su apoderado, y se había marchado sigilosamente sin que la curiosidad pública pudiese saber dónde.

Desgraciadamente al llegar á la ciudad vió confirmadas estas noticias. La elegante *villa* estaba cerrada y desierta, y el portero gordo y malhumorado que con un perrillo de la misma calaña salió á recibirle, dijo que ignoraba del todo dónde se hallaba la bella dueña de la casa.

Hans se fué á la suya consternado. Su excelente patrona le recibió advirtiéndole bondadosamente que no le sentaba bien el ausentarse por algún tiempo, pues estaba pálido y agitado. Hans, turbado, tosió, por lo que la patrona dijo que iba á prepararle una taza de manzanilla.

TOMO III. — 19.

En el cuarto de estudio el aire era enrarecido y pesado. Las ventanas estaban cerradas. Hans las abrió inmediatamente y quitó las persianas para que entrase la luz á torrentes. Entonces notó que encima de su escritorio había cartas y un paquete para él. Además, una cordial felicitación de sir Julio, á quien había participado desde Bremen su nombramiento, y luego una cartita de... Dina.

Su corazón latía fuertemente al romper el sobre, y llevó el elegante papel á sus labios. Luego leyó:

»Estimado señor profesor:

»Todo está terminado. Mi amada y buena madre descansa ya en paz. He procurado arreglar mis asuntos, y mañana abandono este inmenso y desierto recinto para no volver jamás á pisarlo. Debo, empero, despedirme de usted; es tal vez preferible que no vuelva á verle como hubiera deseado para darle gracias, y pedirle perdón. ¡Cuán estúpidamente desprecié su generoso y sincero auxilio, y cuántas veces le he dado interiormente gracias por su ofrecimiento! No rechace usted, se lo ruego, lo que me atrevo á enviarle. No tiene ningún valor; usted me ha enterado del que debo darle. De gran mérito para nuestra casa, lo llamó usted. ¡Ah, y cuánto le ha costado á nuestra casa! Esta prenda de gloria y la tradición que envuelve han sido nuestra desgracia. Ello obligó á mi buena y querida madre á vivir con una pompa que no se avenía con su modo de ser sencillo y bondadoso. Por ella debía dar mi mano á un hombre ligero, y, por lo que después se ha visto, poco probo, sólo para reunir la gloria y la herencia del antepasado. Siempre el mismo culto por el pasado que nos hacía afectados y poco delicados. Casi daría gracias al que tan indignamente rompió nuestra tradición.

»Ahora, empero, todo ha acabado. Pasó el artificio y la apariencia. Me lanzo por el mundo y espero encontrar algún lugar apartado donde pueda ser útil en algo. Muchas veces nos han contado que nuestro antepasado, cuando niño, había empezado de grumete y acabó de capitán y almirante. Yo quisiera empezar y acabar sencillamente, y tengo todavía buenos amigos que me ayudarán. Me dijo usted que el coco era sólo una cosa rara para los que no pertenecían á nuestra casa. Me figuro que para usted sería algo más. ¿Podría serle un recuerdo de las horas felices que en otro tiempo me hizo usted pasar, y de los sentimientos de gratitud con que siempre le recordaré?

»¡Adiós, para siempre!

DINA DE HENDRIKSEN.

El final de la carta estaba escrito con letra insegura, y llevaba trazas de lágrimas; y ahora corrían de nuevo sobre ella lágrimas ardientes de los ojos de un hombre que se daba cuenta de lo que había perdido y de lo mucho que amaba.

Leyó tres y cuatro veces la carta, y al fin desató con mano trémula el cordón del paquete. Allí se hallaba, delante de él, dentro de su hermosa caja, aquella fruta misteriosa, amarga al paladar é inútil; ídolo precioso, empero, de la superstición que había dominado de generación en generación recordando la gloria de la familia, á la cual debían sacrificarse la independencia y las inclinaciones.

La luz del sol hizo resaltar la inscripción árabe, y Hans involuntariamente leyó las palabras: «La corteza es tosca, pero preciosa, pues esconde la pepita.» Al sonido de sus propias palabras, que le parecieron una burla de algún desconocido, apoderóse de él una viva indignación, y dándole con el puño arrojó con fuerza el ídolo al suelo.

Pero, ¿qué fué lo que ocurrió? La caja estaba por el suelo hecha pedazos, y la nuez se dividió en dos mitades, dejando escapar de su interior maravillosos y deslumbrantes fulgores. El profesor recogió el maltratado regalo, lo puso encima de la mesa y lo examinó con mano trémula.

Ya no cabía duda, había descubierto el verdadero regalo que hizo el rajáh al almirante holandés, y la pepita que contenía la tosca corteza era una joya de diamantes, rubíes y zafiros de incalculable valor, colocada sobre un blando cojín de seda.

*
*
*

Entre los mozos y los asiduos concurrentes por las tardes al café de Viena esparcióse una noticia extraña y de sensación. Decíase que el profesor Hans Hellig había vuelto súbitamente de su viaje, y, por desdicha, en un estado que inspiraba inquietud. Varios colegas le habían visto correr por las calles y alamedas con el sombrero metido hasta la frente, completamente abotonado el ligero gabán, y con un gran paquete debajo del brazo.

Un mozo trajo la noticia, que recogió de un cartero digno de crédito, quien á su vez la tenía del portero de la villa Hendriksen, de que el profesor había ido allí tres veces á preguntar con amenazas dónde se hallaba ahora la difunta dueña de la casa, pudiendo tan sólo verse libre de aquel energúmeno gracias á los bríos de su perro.

También se escuchó el relato de un bedel, que, habiendo encontrado al profesor en la calle, le había preguntado si quería que le llevase á su casa, para firmarla, la felicitación por el septuagésimo aniversario del Rector, á lo cual había contestado el infeliz, que de momento sólo se preocupaba de una dirección, y que si el bedel no podía dársela, podía irse al diablo con todo lo demás. Finalmente,

un sabio decrépito que desde varias decenas de años ocupaba cada día una hora el sillón de catedrático, declaró ceceando que ya en los últimos escritos del joven profesor había observado una notable falta de claridad de juicio, y aun indicios de manías, pues se atrevía á atacar los resultados ciertos de antiguas investigaciones. A varios jóvenes de la facultad de medicina les parecieron suficientes estas noticias, como fundamento de una viva discusión sobre la naturaleza de la enfermedad de que era víctima el pobre Hans.

Mientras hablaban de él en este sentido, Hans, después de largas é inútiles pesquisas, dirigióse á casa del consejero privado Veiten.



RENOVACIÓN DEL PRIVILEGIO DE COMERCIO
Á LAS CIUDADES ANSEÁTICAS

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT



ALEGORÍA DE LA CIUDAD DE BRUJAS

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT

—Tal vez él como médico antiguo de la casa sabrá dónde ella ha ido, dijo para sí, extrañándose que no le hubiese ocurrido antes esta idea.

¡Nuevo desengaño! La bella sirvienta de la casa, que le abrió la puerta, le dijo que lo sentía, pero que el señor consejero y su señora se habían marchado.

Completamente descorazonado iba á retirarse cuando oyó una voz que hubiera conocido entre mil, y por la entreabierta puerta de una habitación del fondo vió una esbelta figura vestida de negro. Un instante después también la criada estaba convencida de la perturbación de espíritu del señor profesor, pues Hans subió volando las escaleras y se encontró delante de la que buscaba.

—¡Dina! exclamó,—y permanecieron sin poder decir palabra uno enfrente del otro, encendido el rostro de Hans por la alegría, pálida ella y con semblante abatido.—¡Dina! ¡Por fin la encuentro á usted!

—¿Quién?... ¡oh! ¡ha hecho usted mal! ¿por qué ha venido usted? balbuceó Dina.

Hans notó cuán pálida y cambiada estaba, y le dijo cogiéndole una mano:

—¡Cuánto habrá usted sufrido!... ¡Si á lo menos hubiese yo podido aliviarla!

Hans sintió que le apretaban suavemente la mano.

—Gracias, murmuró Dina. Pero dígame, ¿no ha recibido usted lo que le mandé?

—¿Sabe usted bien lo que me mandó, baronesa, y que no puedo aceptarlo? contestó Hans.

—¡Cómo! exclamó Dina dando algunos pasos hacia adelante. —¿No quiere usted aceptarlo?

—No puedo.

Y Hans le explicó y le mostró el hallazgo que había hecho.

La primera impresión de Dina al ver aquellas admirables joyas fué de admiración y alegría; luego, empero, preguntó con indiferencia:

—Y bien, ¿después de todo?...

Hans la miró sorprendido.

—Imagine usted, le dijo con calor, que esto es su herencia, y una herencia considerable.

—Esto, contestó Dina, le pertenece á usted.

—¡Qué idea! A usted pertenece, á su casa. ¡Qué dicha la mía de haber podido á lo menos serle útil por medio de este descubrimiento casual!

El rostro de Dina se nubló.

—No necesito grandes socorros, dijo friamente. Mi antiguo y buen amigo y su esposa, en cuya casa me he refugiado de momento, me ayudarán á establecerme: una sencilla profesora no necesita brillantes. La nuez le pertenece á usted con todo cuanto hay dentro.

—Esto es lo que habría de verse con la ley en la mano, contestó Hans lleno de indignación.

Empero la vista de aquella joven temblorosa y vestida de luto bastó para devolverle la tranquilidad y la entereza.

Con un ligero golpe cerró la nuez diciendo:

—No hablemos más de esto. Tengo algo mucho más importante que decir; debo decirlo, baronesa Dina, y cuando lo habré dicho y usted haya querido oírlo, me marcharé y le dejaré las pedrerías para que haga usted con ellas lo que guste, pues entonces nada me importarán todas las pedrerías del mundo. Reflexione usted, baronesa. Usted quiere quedarse sola en el mundo; ser una humilde profesora, y desprecia estas joyas. Si me atreviese, le haría á usted una proposición que le permitiría cumplir sus deseos. Conozco un muchacho travieso que, aunque bastante crecido, ha de ser guiado y necesita con toda urgencia una institutriz. También se encontrará solo en el mundo, ya que ha de marchar pronto á las Indias; admítalo usted en su escuela, y regale usted las joyas á mi esposa; empero ésta ha de ser usted, pues el muchacho soy yo, y cuando se quiere educar un tan gran tunante, es preciso casarse con él. Perdóneme si digo tonterías, pero estoy loco; es decir loco de amor por usted, Dina, y ahora recháceme usted ó acépteme, que sería una maravilla que me aceptase, ¡pero una maravilla muy agradable!... ¡Dina, Dina, yo se lo ruego, no llore usted! ¡yo no quería ofenderla!... ¡órdiame usted; recháceme!... Si usted lo quiere, en penitencia, pasaré mi vida en la India amaestrando serpientes, pero yo se lo ruego, no llore usted!

Dina estaba vuelta de espaldas llorando y sollozando con las dos manos ante los ojos. Con dulce violencia se las apartó Hans, repitiendo en voz baja tres y cuatro veces su nombre, hasta que ella le miró sonriendo en medio de sus lágrimas, y todo se arregló.

Un carruaje paró delante de la puerta. El consejero privado Veiten, su amable esposa y sir Julio von Schulten bajaron de él, y al llegar al dintel, les dió la muchacha una noticia de sensación que arrancó, especialmente á sir Julio, grandes exclamaciones de sorpresa.

La feliz pareja nada advertía. Charlaban de su amor, de las penas que habían pasado, y de la felicidad que les rodearía en lejano y maravilloso país.

—He aquí que las pedrerías volverán á su tierra, dijo Dina.

La puerta se abrió precipitadamente, y un minuto después todo eran exclamaciones de sorpresa, explicaciones y enhorabuenas.

—Vamos, dijo sir Julio con su voz profunda, se ve que nada se puede contra el destino. Pero francamente, Hans, si yo hubiese sabido lo que pasaba por su corazón, ¡quién sabe si le hubiese mandado tan ligeramente á hacer un viaje! Mas, ¡oh cielos! ¿qué es lo que hay en esta

cajita? Una nuez de coco, *coco de mar*. Pues qué, ¿viene usted aquí á herborizar ó á ver á la novia?

—Las dos cosas, mi querido maestro, contestó Hans. Un pobre profesor de nuestros días ha de aprovechar el tiempo. He empezado á instruir á mi novia en las maravillas de la India. Este es, señores, el célebre *coco de mar*. Por de fuera es oscuro como la caoba; el interior cura cualquier dolencia. En algún ejemplar antiguo se encuentra dentro el amor, mas cuidado con dejarlo salir, pues no se puede entonces evitar que se sigan unos esponsales. Éste, sin embargo, contiene algo más. Vean ustedes.

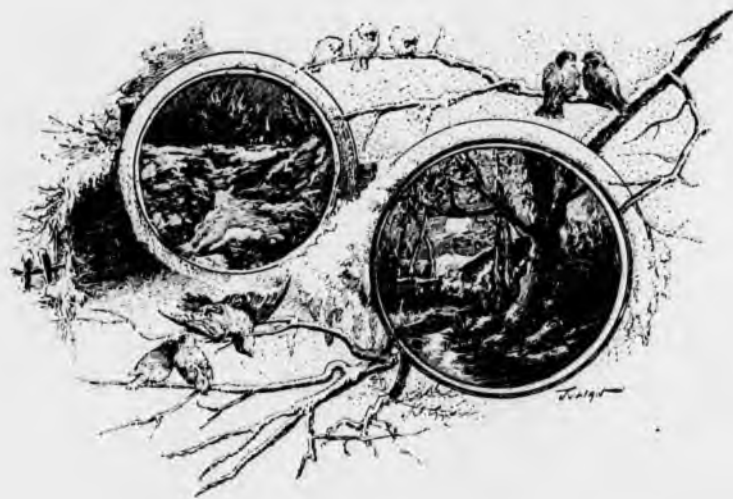
Al abrir la nuez, rayos de luz resplandecientes llenaron la estancia, y atónitos oyeron los ancianos el corto relato de Hans mientras contemplaban el tesoro.

—¡Espléndidas piedras! exclamaron.

Hans, empero, atrajo á sí á su novia, y mirándola en los ojos murmuró:

—¡Mi única piedra preciosa!

(Traducido del alemán).



ECONOMÍA DOMÉSTICA

LAVADO Y PLANCHADO

I

LAVADO

El agua más á propósito para lavar es el agua dulce; la de los pozos cargada de sulfato de cal es demasiado salobre, descompone el jabón y no lo disuelve.

El agua de río es preferible, pero la mejor sin duda es el agua pluvial.

Las aguas salobres se conocen fácilmente porque el jabón flota en la superficie en pequeños coágulos; puede mejorarse añadiéndole carbonato de sodio para aislar el sulfato de cal, el cual, fijándose en las telas, les da *mal cuerpo*, como dicen las planchadoras, pero sólo aparentemente. 350 gramos de cristales de sodio purifican 100 litros de agua de pozo y la hacen propia para el lavado.

El jabón que conviene emplear para el lavado de la ropa blanca puede fabricarse con mucha facilidad. Para ello se echa en medio litro de aceite de oliva una disolución de sodio cáustico muy débil en agua tibia y se agita hasta que forma una pasta blanquecina y grasienta que va muy bien para la colada. Puede sustituirse el sodio cáustico por una solución de potasio: 30 gramos por un bol de agua caliente.

También se obtiene un buen jabón para coladas disolviendo en medio litro de grasa de buey una vela de sebo y un poco de aceite: se agita luego con fuerza por medio de una espátula y se echa en un jarro de greda que cierre herméticamente. A medida que se va sacando del jarro se le añade jabón nuevo y cada vez un vaso de buena lejía y una pequeña cantidad de grasa derretida. La provisión es inagotable y este jabón, superior para la ropa blanca, resulta extraordinariamente económico.

Para quitar las manchas de los objetos de lana se cortan en pedazos delgados 500 gramos de jabón blanco, que se agitarán con fuerza con tres yemas de huevo, una cucharadita de sal blanca en polvo y medio vaso de hiel de buey purificada, previamente dispuesta. Una vez terminada la disolución, se forman con las manos

unos panes que se ponen luego á secar en el borde de un horno. Cuando el jabón está completamente seco pierde una cuarta parte de su peso, siendo preferible usarlo siempre en este estado porque se gasta mucho menos. El procedimiento para quitar las manchas es el siguiente: se toma un pedazo de paño, se le dobla cuatro veces y se le coloca encima de una mesa; encima de él se pone el vestido ó traje que esté manchado. Se tiene además preparado un vaso de agua, el jabón y un cepillo para los dientes. Se moja el cepillo en el agua, se le empapa de jabón y se frota entonces la mancha, que poco á poco desaparece, penetrando la grasa en el paño colocado debajo de la ropa manchada. Cuando el vestido ó prenda esté perfectamente limpio, se pasa repetidas veces agua fría por el derecho y por el revés, con una muñeca de paño y se pone á secar convenientemente.

Este procedimiento sólo puede aplicarse á los paños negros ó de color oscuro; en cuanto á los de color, antes de aplicarle es conveniente que se moje en agua un pedazo á fin de conocer si el color del mismo soporta la acción del agua.

II

PLANCHADO

Las enaguas con volantes de fino nanzuk al sacarlos de la lejía se dejan secar y se mojan con almidón cocido claro frotando los volantes, á fin de que desaparezcan las partes demasiado espesas del almidón que puedan haber quedado en la tela. Hecho esto se envuelven las enaguas en una toalla para que conserven la humedad.

Esta operación se practica el mismo día del planchado una hora antes poco más ó menos.

Ha pasado la época en que las enaguas se aguantaban derechas como el cartón.

Se meten en una tabla colocada sobre unos caballetes á fin de poder volverlas más fácilmente.

Se empieza por planchar los volantes; humedeciéndolos primero ligeramente y planchándolos con los entredoses vueltos al revés; se empieza por éstos ó por

la parte superior de los volantes, haciendo de modo que resalten bien los bordados ó los encajes; la plancha debe llevarse á lo largo de las enaguas y con un movimiento acentuado de derecha á izquierda; una vez terminados

los entredoses se plancha la parte inferior del volante, luego el cuerpo de las enaguas con el segundo volante, procediendo de la misma manera, y por fin la parte superior de las enaguas hasta la cintura. Entonces se les



hace dar vueltas alrededor de la tabla y se les repasa con la plancha polonesa, que no es más que una plancha común redondeada por todos lados, que penetra con facilidad en los adornos y en las partes más finas de la prenda.

Se repasan ligeramente los volantes por el derecho, luego la falda; después se sacan las enaguas de la tabla

y se doblan en tres partes á lo largo, cuidando de no arrugarlas, y luego en dos á lo ancho doblando la parte alta de la falda hasta donde empieza el primer volante.

Las personas que deseen las enaguas muy tiesas habrán de mojarlas con almidón crudo antes del planchado.

V. DAMIDON



HERNÁNDEZ
PÉREZ
MADRID



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

VIII

EL ENEMIGO

Uno de los convidados á la fiesta de casa de Bermúdez, se quedó casi oculto, embutido en una butaca del salón, mientras fué despidiéndose el resto del acompañamiento.

Era un hombre, joven todavía, de calva prematura, negras patillas y honda mirada. El continente altivo y distinguido.

TOMO III.—20.

Desde su escondrijo miraba aquel rezagado con placentera sonrisa la fúnebre desbandada de parientes y amigos, y aquella sonrisa era abundancia que se vertía del gozo del corazón. En el desbaratamiento que á sus ojos se producía, aquel sujeto contemplaba su propia obra.

Obra suya era en efecto.

Él, Lope Fuentevera, jerarca de los negocios, príncipe de la banca y de las altas empresas, señor de horca y cuchillo en las Bolsas de Madrid y de París; él, general en jefe de las grandes maniobras y las grandes batallas financieras; él era quien había empleado táctica y meditación en una escaramuza casera, para lograr que diese en tierra la unión de Blanca Bermúdez y Paco Dulce.

Él había soltado los podencos que levantaron todos los gazapos de la vida del novio disipador y peligroso, y él fué quien la tarde antes de la boda, hizo que don Roque viera la escritura dotal de su hija en manos de un camarero del Casino.

Lope Fuentevera ocupaba el primer lugar entre los pretendientes desdeñados de Blanca, porque entre todos ninguno había insistido más tiempo y con mayor empeño en el propósito de ganar aquel corazón ingrato. Ardíasele el pecho en afanes y codicias delante de la hermosa criatura. Soñó con la gloria de consagrar sus opulentísimos capitales al contento, al honor y al regalado mimo de la mujer elegida. Sintió que ninguna de sus grandezas, ninguno de sus triunfos podía igualarse al de hacer suyo aquel tesoro de encantos que le fascinaban y enardecían. Y cuando Blanca, loca de amor por otro hombre, mató al cabo la esperanza que Fuentevera se empeñaba en mantener, él, emprendedor valeroso que sabía producir en cualquier caso el vacío en su espíritu para que ni ideas ni sentimientos estorbasen el cálculo de una resolución, hubo de conocer que no podía desprenderse de la esperanza perdida, del amor imposible, del tormento desesperado que estaba condenado á sufrir delante de su felicidad robada, conseguida por otro hombre.

Obligado á la resignación, ya que no podía entregarse á extremos ridículos, paseaba por el mundo su pesar encubierto y su cólera disfrazada; pero cuando el run-run de las buenas almas llegó á sonarle al oído y por él pudo enterarse de las circunstancias que concurrían en el rival á quien se le sacrificaba, creyóse autorizado para hacerle la guerra, engañóse á sí mismo con esa ingeniosa maña con que sabe engañarse todo humano pecador, dijose que cuanto hacía no iba encaminado más que á la defensa de Blanca, averiguó vida y milagros de Paco Dulce y se lo descubrió todo á don Roque.

Por de pronto la victoria coronaba sus trabajos; el matrimonio estaba roto. Más adelante... ¿quién podía decirlo? En el pecho del gran negociante volvían las esperanzas á entonar su cántico lisonjero. Blanca aún podía ser suya.

Don Roque entró en el salón donde Fuentevera estaba así meciendo sus propias ideas. Venía el banquero, de la rotonda, de disponer las alhajas de los Dulce para que fuesen devueltas, como lo habían sido inmediatamente, y en su rostro aún se veía aquella expresión de rudeza y energía con que se había mostrado una hora antes al sorprender á sus convidados con la estupenda noticia.

Fuentevera se levantó y salió al encuentro del anciano.

—Bien despachado irá el mozo, le dijo conteniendo apenas la satisfacción que alteraba su voz.

—Sí, por cierto, respondió Bermúdez; bien despachado.

—Es usted un valiente, querido don Roque.

—Acepto el dictado. Lo merezco, porque en verdad que temí no llegar al término de mi propósito. Cuando me hallé delante de mi hija y vi en su semblante el verjel de ilusiones y de alegrías que iba yo á agostar, confieso que vacilé mi energía y estuve á punto de retroceder.

—Gran daño habría usted causado á Blanca.

—Porque lo pensé así tuve fuerza para herir á mi pobrecita en mitad del corazón.

* —Ha hecho usted justicia, don Roque. Ese hombre es un canalla.

Bermúdez tendió la mano á Fuentevera.

—A usted, le dijo, he de mostrar toda mi gratitud.

Dejóse en seguida caer en una butaca y se quedó silencioso. Era el primer momento de tregua que hallaba su ánimo desde que amaneció aquel día de tribulación y vergüenza.

Lope guardó un buen rato igual silencio. Luego acercóse al anciano y le preguntó poniéndole blandamente la mano en el hombro:

—¿Y ahora?

—Ahora ¿qué?... dijo Bermúdez alzando la cabeza.

—¿Tendrá usted el mismo valor?

—¿Para sostener mi actitud contra ese miserable?

—No; para otra cosa más arriesgada.

—¿Cuál es?

—Explicar á su hija la razón de esa actitud. Allí está ella esperándole á usted. Ha obedecido su mandato, quizás porque quedó sin fuerzas para resistirle. Pero allí se encuentra ahora pidiendo la explicación de su infortunio. Tal vez en su mente ha presumido ya algunas, pero tenga por seguro que no hay otra más lejana de su pensamiento que la explicación verdadera.

—¡Oh! ciertamente, pronunció el viejo con lástima y ternura.

—Pues bien; ahora debe usted revelarle todo lo que pasa.

—¡Se lo revelaré! afirmó el banquero poniéndose en pie con arrebato y firmeza.

—Es que tiene usted que destruirle el alma.

—¿Qué importa si al fin la curo? Estoy decidido á emplear la amputación y el cauterio.

Lope Fuentevera cruzó las manos levantándolas al cielo.

—¡Pobre niña! exclamó.

—Sí; muy desgraciada.

—¡Y yo habría dado mi vida por hacerla dichosa! ¿Por qué la dejó usted tan libre para resolver de su suerte, don Roque?

—Jamás he querido violentar su inclinación.

—Y ella, criatura inexperta, ya ve usted qué uso ha sabido hacer de ese albedrío que le han dejado. Pues oiga otra cosa, señor don Roque: si no acude pronta y eficazmente, su hija, no lo dude usted, acabará por casarse con el truhán de quien hoy la ha separado.

—¡Oh! no hay miedo, le despreciará antes de una hora, opuso Bermúdez con toda convicción.

Y prosiguió, retardando la frase en señal de resolución vigorosa:

—En este mismo instante voy á decirle quién es el hombre que la había enamorado.

—¿Y ese le parece á usted remedio bastante?

—Sí, porque mi hija me respeta, y no pensará que sean calumnias las revelaciones que

voy á hacerle. Tiene, además, inteligencia y dignidad, y no puede seguir acordándose del villano que la ha escarnecido.

—Oiga usted, señor don Roque, dijo en esto Fuentevera cogiendo y guardando entre las suyas una mano del banquero. ¿Por qué no se resuelve á poner entre Blanca y ese rufián la presencia de otro hombre, interesado en defender á su hija por amor hacia ella y por honra propia?

—¿Qué quiere usted decir?

—Case á Blanca conmigo; entréguela á mi custodia, produzca para ella la obligación, que cumplirá, de serme fiel, quite á Paco Dulce la esperanza de pescar la dote, y deme á mí el derecho de salvar la dicha y el decoro de esa alucinada criatura.

—¿Se casaría usted con ella, Lope?

—Sin vacilación ninguna.

—¿Sabiendo que no le quiere?

—Sabéndolo, sí; pero sintiendo que yo la adoro.

—No es posible, querido Lope. Estoy decidido á impedir que mi hija sea de Paco Dulce; pero jamás la obligaré á que sea de otro.

—¿Y no tendrá quién la defienda?

—La defenderé yo. Ya ha visto usted que me sobro para ello.

Fuentevera oprimió reciamente la mano de Bermúdez, miróle de hito en hito, inflamados los ojos, casi saltándosele las lágrimas.

—¡La quiero mucho... mucho! pronunció en voz baja, con expresión profunda, de confianza íntima y desesperada.

Bermúdez conmovido le estrechó á su vez la mano y le dijo:

—Yo no he de forzar la voluntad de mi hija, pero puedo hacer lo necesario para inclinarla. Ahora que están rotos sus compromisos, vuelva usted á pretenderla; gane su cariño ó á lo menos su benevolencia. Cuente conmigo; soy su aliado. Y si alcanza usted que Blanca acceda á ser su esposa, yo lo celebraré con orgullo y alegría.

—Voy á intentarlo, dijo Lope.

—Inténtelo; yo le ayudo.

Despidiéronse.

Fuentevera se fué por la galería, bajó la escalera y salió del hotel.

Don Roque se dirigía al cuarto de Blanca, cuando ésta le detuvo, apareciendo en el mismo umbral de la puerta, entre los dos paños del cortinaje; y señalando con el dedo extendido la parte por donde se alejaba Lope, dijo con acento de dolor y amargura:

—¡Ya sabía que ese hombre era el enemigo!

(Continuará).



EL ACORAZADO «VICTORIA»

BUQUE ALMIRANTE DE LA ESCUADRA INGLESA
DEL MEDITERRÁNEO

EL «CAMPERDOWN»

ACORAZADO DE LA MISMA ESCUADRA

En las páginas de este periódico hemos hablado ya del choque ocurrido en aguas de Trípoli, entre los acorazados *Victoria* y *Camperdown* que produjo la pérdida total del primero de ellos. Inútil es, por lo tanto, repetir los accidentes de esta catástrofe que se cree debida á la costumbre que tienen los barcos de guerra ingleses de ponerse á distancias demasiado cortas unos de otros. Nos limitamos, pues, á publicar las vistas de los acorazados, ambos magníficos barcos de combate, sobre todo el *Victoria*, que costaron sumas considerables á Inglaterra. Con dinero,—han dicho casi unánimes los periódicos ingleses,—se puede construir otro *Victoria*. Lo que no puede rescatarse por ningún medio, es la vida de los hombres que perecieron en el desastre y á su frente el almirante Tryon, en quien, como decimos en otro lugar, tenía puesta Inglaterra toda su confianza.

EL POETA FLAMENCO JACOBO VON MAERLAND

PINTURA MURAL POR ALBERTO DE VRIENDT

Hállase presentado el poeta flamenco, cuya imagen reproduce Vriendt en esta pintura, en actitud de inspirada meditación, como si se dispusiese á cantar en sonoros versos la gloria de su patria. El Dante flamenco se ha llamado á Jacobo von Maerland, y por este motivo se le ha puesto en uno de los principales plafones en la sala de los regidores de la casa Ayuntamiento de Brujas. El aspecto general de esta obra recuerda el cuadro de la Santísima Virgen leyendo, de Van Eick, que se guarda en el Museo del Prado, en Madrid, disposición que en otros casos semejantes adoptaron también otros viejos pintores de Flandes. La figura del poeta está tratada con verdadera maestría; es preciosa la cabeza, natural la actitud, simples los efectos del ropaje, teniendo todo verdadera grandiosidad. La escenografía reúne el más acabado colorido de época. Por la ventana abierta de la estancia se divisa el puerto de Dammen, que fué una mina de riqueza para Brujas, hasta que las arenas lo cegaron, al propio tiempo que las divisiones intestinas debilitaban ya á aquella opulenta ciudad.

BRUJAS LUCHA POR SU INDEPENDENCIA

PINTURA MURAL DEL MISMO AUTOR

Reproduce este cuadro una de las varias escenas que se daban en la ciudad de Brujas durante la época en que luchó en favor de su independencia, procurando sacudir el yugo del feudalismo. Empezaban ya las municipalidades á levantar cabeza y de la que comenzaba á nacer en Brujas serían representantes los personajes que aparecen en el balcón, y en los cuales semejan hallarse indicados todos los brazos ó estamentos. Léese al pueblo alguna proclamación para inflamar su ardor y moverle á la lucha contra aquellos señores que, abusando de su autoridad y de sus derechos, convirtieron la tutela bienhechora que habían ejercido en los pueblos, durante lo más crudo de la Edad Media, en vejación y en tiranía, concitando en contra suya el odio de sus vasallos. Hay animación y hay verdad en esta pintura, sin que por ello pierda el aire monumental que tienen las demás, ya que todo está interpretado con sobriedad, sin exageraciones, sin complicación de efectos. También en este plafón es admirable el colorido local y de época.

RENOVACIÓN DEL PRIVILEGIO DE COMERCIO Á LAS CIUDADES ANSEÁTICAS

PINTURA MURAL DEL MISMO AUTOR

Superiores condiciones de verdad histórica tiene esta pintura. Al contemplarla con alguna detención ha de admirarse y aplaudirse forzosamente el estudio de cabezas que el artista belga ha hecho con las distintas figuras que forman la composición. Sobresale entre ellas el personaje que se ve en el centro, noble de rostro, majestuoso en sus ademanes y que está representado en el momento de entregar el privilegio. ¡Cuánta riqueza de detalles en este cuadro! Largos ratos ha tenido que pasar su autor estudiando la arqueología de las épocas á las cuales quería reproducir en sus soberbias composiciones murales. Sin ello no hubiera logrado componer un fondo tan apropiado como el que aparece en el asunto de que hablamos.

ALEGORÍA DE LA CIUDAD DE BRUJAS

PINTURA MURAL DEL MISMO AUTOR

Pertenece esta composición, como todas las demás del mismo pintor belga que damos en este número, á la serie de pinturas murales ejecutadas para las Casas Con-

sistoriales de Brujas. Es ésta una alegoría de aquella ciudad, la cual se halla simbolizada por una hermosa y gallarda matrona sentada bajo dosel. Tiene á sus lados al duque Luis con los nobles de su séquito y á los maestros arquitectos y constructores del Ayuntamiento de Brujas, cuya planta se ve al pie de la pintura. Las líneas de los personajes, la agrupación, el mismo fondo, en el cual aparecen las airosas torres que alegran la vista del viajero en una excursión por Flandes, todo recuerda, de un modo cabal, los magníficos trípticos pintados por los Van Eick, Memmeling, Van der Welde y por otros antiguos maestros flamencos, cuyas huellas ha seguido con gran fortuna de Vriendt en estas pinturas murales, sin abdicar por esto de su originalidad. El pueblo que se descubre en último término se halla dibujado con un carácter y con una firmeza que sabrán apreciar los artistas y las personas dotadas de buen gusto.

EL ALMIRANTE INGLÉS SIR JORGE TRYON

Recordarán nuestros lectores que el almirante sir Jorge Tryon mandaba el acorazado *Victoria*, y era jefe de la escuadra británica de que formaba parte dicho buque, cuando ocurrió el desastre de Trípoli. Este per-

sonaje era uno de los más insignes marinos de Inglaterra, hombre no sólo inteligentísimo en todo lo que tocaba á su carrera, sino militar en quien fiaba la Gran Bretaña para el caso de una guerra. Bien puede afir-

marse que era uno de los más ilustres jefes del Almirantazgo inglés. Contaba sesenta y un años, y se hallaba, por lo tanto, en la madurez de su ciencia y de su experiencia. Entró en la marina real inglesa en 1848 y sirvió en la escuadra que estuvo delante de Sebastopol. Por sus méritos en aquella campaña se le concedieron las medallas de Crimea y de Turquía. En 1868 prestó servicios de gran valor en la expedición de Abisinia, teniéndosele ya entonces por uno de los oficiales más hábiles de la marina británica y que más prometían. Pruebas dió pronto de su experiencia en asuntos navales y de su genio organizador en el cargo de Secretario permanente del Almirantazgo. A sus esfuerzos se debió la organización de la

defensa naval local en Australia. Sir Jorge Hamilton dijo en la Cámara de los Comunes que el almirante Tryon hubiera levantado su nombre al punto más alto que pueda imaginarse si para ello se le hubiese presentado coyuntura propicia. Un caso desgraciado se lo impidió, cortando su vida y dando sepultura á su cuerpo en el fondo del Mediterráneo.



EL ALMIRANTE INGLÉS, SIR JORGE TRYON



MESA REVUELTA

DESDE catorce años acá no se queman los billetes viejos del Banco de Francia. Antiguamente se hacía uso, para llevar á cabo esta operación, de hornos calentados á una temperatura muy elevada; pero en vista de la lentitud con que se verificaba la combustión del papel y de las reclamaciones formuladas por gran número de habitantes del barrio, que se quejaban de que los papeles, ardiendo, iban á parar á los tejados de las casas, exponiendo á éstos á un incendio, el Consejo de administración decidió destruir por otro medio los billetes inutilizados.

Se han construido dos cilindros de dos metros de longitud por un metro y 20 centímetros de diámetro, movidos por el vapor, y en los cuales se colocan los paquetes de billetes destinados á desaparecer. Haciendo uso de ciertos ácidos, en menos de veinticuatro horas queda transformado el papel en una pasta negruzca, que se vende al comercio y que es apropiada para la confección de cubiertas de registros ó para fabricar cartones de clases inferiores.

Una comisión nombrada por el Consejo asiste á la introducción en los cilindros de los billetes que se han de destruir. Cuando la transformación se ha operado, la comisión se asegura de que la pasta es uniforme y que no queda ningún residuo de papel que no haya sido atacado por los ácidos que se emplean; en vista de esto, ordena la extracción de la pasta, que se vende ordinariamente á los fabricantes de papel, como queda indicado. Esta operación tiene efecto en épocas indeterminadas, y se hace cada vez que existe una cantidad de billetes suficiente para llenar, por lo menos, más de los dos cilindros.

La industria de la margarina es en la actualidad muy considerable; la cantidad fabricada en París corresponde á la producción de la manteca de un rebaño de 30,000 vacas. En Alemania existen 52 fábricas que producen anualmente 150,000 quintales de manteca artificial. Holanda exporta 250,000 quintales. En América una sola compañía fabrica 1,000 quintales por semana; la producción de las fábricas del Estado de New-York corresponde á la manteca de 300,000 vacas.

Desde la fundación de Roma, transcurrieron quinientos veinte años sin que se presentara un solo divorcio. Spurius Carvilius fué el primer romano que repudió á su mujer. Es verdad que la causa del divorcio era la esterilidad; pero, por muy plausible que parezca, no dejó de censurarsele, porque se creía que ni aun

el deseo de tener hijos debe prevalecer sobre la fe conyugal.

Habiendo sabido un magistrado romano que un caballero había guardado ocultas durante su vida grandes deudas, que pasaban de veinte millones de sextercios, ordenó que se comprara en su almohada la almohada de su cama, y á las personas á quienes sorprendía esta orden, la justificaba diciendo que le era preciso poseer, para poder dormir, la almohada en la que aquel caballero hubiese podido dormir con tantas deudas.

Se cuenta que Apio Claudio solía decir á menudo: «Para el pueblo romano es preferible la acción á la inacción.» No se crea que ignorase cuán dulce es el descanso, pero hacía notar con esto, que para los Estados poderosos la agitación que producen los negocios es el aguijón de la virtud, y el reposo excesivo conduce al vicio y á la molición. Menester es confesarlo: el trabajo, cuyo solo nombre espanta al hombre, conservó la pureza de las costumbres en la República, y el descanso, que tan agradable es para todos, introdujo en ella una infinidad de vicios.

Los mejores adornos de una madre son sus hijos. Una rica mujer de Campanico vivía en casa de Cornelia, madre de los Gracos, y ostentaba las más lujosas joyas que entonces había. Cornelia hizo de manera que la conversación durase hasta que sus hijos volvieran del colegio, y cuando llegaron dijo: «Aquí están las joyas que yo tengo.»

Se guarda bien la cerveza muchos años, echando en cada pipa una cuarta de litro de espíritu de vino.

Para separarla cuando se gasta se echa levadura en los restos que han servido para hacer cerveza fuerte; déjase esta mezcla por algún tiempo cerca del fuego, y después se emplea para renovar la fermentación de la cerveza. A falta de levadura de cerveza puede echarse miel, levadura ó melote. Cuando la levadura es rancia debe mezclarse un poco de flor de harina, de azúcar, de sal y de cerveza caliente, ó solamente agua caliente y azúcar.

Para purificar el aceite común póngase en un frasco que no esté del todo lleno, bien tapado. Después se coloca en el paraje que más dure el sol, y se deja en el mismo sitio día y noche; al siguiente se le quitan las heces, y quedará purificado.

Casi todos los hombres, mientras sus amigos tienen prosperidad, se indignan si no pueden tomar parte en todos sus goces; pero si caen en la adversidad, huyen y les abandonan en el peligro.—LUCIANO.

Las almas más felizmente dotadas de grandes cualidades vienen á ser las peores con la mala educación. ¿Crees por ventura que los grandes crimenes y la maldad consumada arrancan de un alma vulgar y no de

un alma llena de vigor, pero cuya educación ha echado á perder sus excelentes cualidades? ¿Y crees posible que un alma débil pueda hacer nunca mucho bien ó mucho mal?—PLATÓN.

Es mucho más agradable ser juez de nuestros enemigos que de nuestros amigos, porque en el primer caso se gana un enemigo y en el segundo nos enajenamos con toda seguridad un amigo.—BIAS.

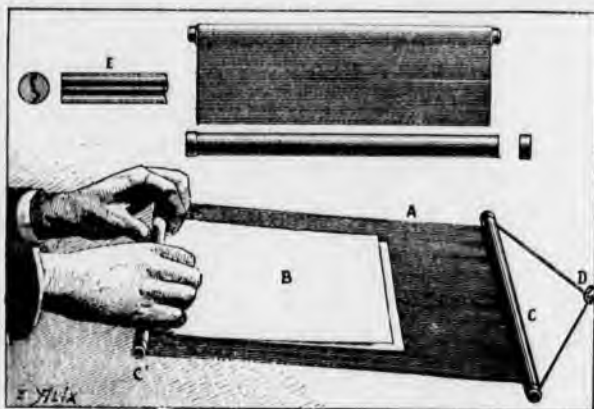
RECREOS INSTRUCTIVOS

COPIADOR ELÁSTICO

Existe un aparato copiator tan sencillo y al mismo tiempo eficaz en sus resultados, que no podemos dejar de señalarlo á la atención de nuestros lectores.

Consiste en una hoja de caucho vulcanizado de 3 ó 4 décimas de milímetro de espesor y de un cilindro de madera, hendido para sujetar la goma: todo el aparato se encierra en un tubo llamado rodillo.

Para emplear este copiator se extiende encima de



la hoja de caucho otra hoja de papel *pelme* ó sea el papel de seda engomado que sirve para los soportes litográficos; esta hoja se ha humedecido por la parte no engomada; encima del lado opuesto se coloca la carta ó escrito que se quiere copiar; se cuelga el aparato de un clavo fijo en la pared, y distendiendo progresivamente el caucho tirando del cilindro hacia abajo, cuando las tres superficies son paralelas se distiende el todo aflojando la presión, y al recogerse sobre sí misma la hoja de caucho, determina una presión circular suficiente para que la tinta comunicativa se reporte sobre la superficie humedecida del papel *pelme*.

Puede emplearse el papel de seda sin cola y sin preparación de goma, según sea más ó menos comunicativa la tinta; de todos modos, basta la humedad del papel y la presión de la goma para fijar los trazos de la carta original; pero la copia debe aparecer por transparencia en el papel seda, pues un *positivo* no pue-

de dar más que pruebas *negativas* y viceversa; algunos ensayos practicados con ese aparato adiestrarán prácticamente al lector, que puede ahorrarse las prensas de hierro, los libros copiadores y otros accesorios, obteniendo, sin embargo, con poco trabajo y coste exiguo un resultado satisfactorio.—JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

Á la charada:

CA-LA-MAR

Al triángulo numérico:

ALFREDO

Al rompe cabezas:

Los diamantes de la corona

CHARADA

—¿...? — ¡Vaya un *todo*!

—Raro es;
y te digo por mi vida
que en situación invertida
es distinto *uno dos tres*.
—No se me alcanza...

—Adivino

serías si tal hicieras,
pero de todas maneras
el *todo*... es un tanto chino.
Gasta sable... y es pequeño...
y, como dije, á la inversa
tres dos uno, en lago persa
se la busca y con empeño.

CAROLINA.

ROMBO



Sustituir los puntos por letras de modo que resulte: 1.^a línea horizontal, vocal; 2.^a, nombre de mujer; 3.^a, parte de la boca; 4.^a, nombre de varón; 5.^a, flor; 6.^a, cosas que envejecen pronto; 7.^a, (solución); 8.^a, propiedad física de algunos cuerpos; 9.^a, nombre de varón; 10.^a, flor; 11.^a, árbol; 12.^a, nota musical; 13.^a, consonante.

E. L. DE G., de Barcelona.



CONSAGRACIÓN DE LA IGLESIA RESTAURADA DE SANTA MARÍA DE RIPOLL

DIBUJO DE RAMIRO LORENZALE

Ayuntamiento de Madrid



A ORILLAS DEL PRECIPICIO

(CONTINUACIÓN)

PRESA de un malestar moral y hasta físico, contra el cual hacía lo posible por rehacerse, á la caída de la tarde penetró en su escritorio, situado en el centro de Madrid, y vió con sorpresa, al llegar á su despacho, ocupado el sillón por la imagen que no podía echar de la imaginación, por su hijo Carlitos, que al verle pegó un salto y se encaramó, como de costumbre, hasta sus brazos. La ocasión no podía ser más apropiada para que el niño se presentase á los ojos de Luciano como la imagen del remordimiento, y cuando después de besarle le sentó sobre sus rodillas, tuvo que hacer un grande esfuerzo sobre sí mismo para dar á su rostro la expresión de ternura habitual.

—¿A qué has venido, Carlitos, y con una tarde tan mala? dijo separando un poco los sedosos cabellos que cubrían la frente de su hijo.

—¿No has visto á la puerta el coche de la tía Mercedes? contestó Carlitos. Allí está la niñera esperándome.

Tan distraído venía Luciano que, en efecto, no advirtió el coche de su hermana parado á la entrada de la casa.

—Vamos á ver, diablillo, dijo besándole otra vez, ¿qué idea te ha dado de venir aquí á estas horas?

El rostro de Carlitos se puso serio, y clavando sus hermosos ojos en los de su padre articuló estas palabras:

—Tengo que hacerte una pregunta. ¿No me engañarás, eh?

—Ya sabes que yo nunca te engaño, le contestó Luciano procurando sonreír. Vamos á ver qué pregunta es esa tan importante.

—¡Me has de decir la verdad!

—Sí, hijo mío, sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo solemnemente, dijo Luciano con gravedad cómica, cogiendo al niño por la barba y poniendo el oído cerca de su boca.

TOMO III. — 21.

Pero inmediatamente se echó hacia atrás y su rostro se cubrió de ligera palidez. El niño había deslizado en su oído estas palabras:

—¿Eres bueno?

La pregunta, como el dedo que toca un botón eléctrico, provocó una tempestad en el corazón de Luciano. ¿Era el niño instrumento de alguna alma caritativa (su hermana, por ejemplo), que quizá, sabedora del paso que iba a dar, le atravesaba en el camino el más poderoso de los sentimientos del hombre, el amor paternal? ¿Respondía aquella pregunta a una inspiración germinada por Dios en el alma del inocente? ¿Era obra de la casualidad?

Fuera lo que fuese, Luciano, profundamente perturbado, no se sintió con valor para engañar a su hijo, y sorteó la dificultad dirigiéndole estas palabras:

—¿Y por qué me haces esa pregunta, Carlitos?

—Ya sabes, continuó éste en el mismo tono misterioso. Hoy es la noche en que vienen los Reyes a dejar sus regalos en el balcón de los niños que son buenos.

La confusión de Luciano aumentó. Era el primer año, después del nacimiento de su hijo, en que se olvidó de aquella fiesta, que tan puros goces le había proporcionado al preparar las sorpresas infantiles del balcón en años anteriores.

Su silencio y el triste embarazo que se retrató en su semblante fueron para el niño una revelación. Se le humedecieron los ojos y dijo, abriéndolos y fijándolos en su padre con expresión de reproche:

—Veo que te has olvidado del día, y no has enviado a los Reyes el aviso de que soy bueno.

—Pierde cuidado, hijo mío, murmuró Luciano, metiendo su rostro por el de su hijo y besándole para que no advirtiera su confusión. Yo mandaré el aviso a los Reyes y ya verás mañana por la mañana los hermosos juguetes que te van a dejar en el balcón.

—¿Sabes tú dónde estarán ahora? insistió Carlitos con un resto de desconfianza.

—Sí, por cierto, sí. Están muy cerca de aquí, y yo te prometo que el aviso llegará a tiempo.

El niño, tranquilizado, empezó a moverse sobre las rodillas de Luciano, y para dar ocupación a las manos, tomó una pluma y se puso a trazar figurones sobre una hoja de papel blanco que estaba sobre el pupitre, volviendo su lindo rostro cuando la necesidad del diálogo lo exigía.

—¡Qué gusto! Ahora que soy mayor me traerán cosas mejores. Papi, ¿no podrías decirles que me trajesen uno de esos lagartos que andan solos? ¿y un ferrocarril? ¿Y también una caja de pastillas finas para darle de cuando en cuando a mamá?

—Habrá de todo; yo te lo prometo, porque sé que los Reyes te quieren mucho. Pero dime, añadió Luciano como respondiendo a la sensación de la herida que habían abierto en su turbada conciencia las primeras palabras de su hijo, ¿por qué me preguntabas antes si era bueno?

El niño se volvió a su padre y dijo, haciendo un gracioso mohín con su rostro vivaracho:

—Es que la tía Mercedes me ha enterado de una cosa que yo no sabía.

—¿Qué cosa? balbuceó Luciano interrumpiéndole con sobresalto.

—Que no basta que los niños sean buenos para que los Reyes traigan regalos, se necesita también que lo sean los padres. Yo esto no lo sabía y por eso vine a preguntártelo. ¿Lo sabías tú, papi?

Luciano respiró al oír esta respuesta y dijo maquinalmente:

—Sí, Carlitos, ya lo sabía. ¿De modo que también habrás preguntado a mamá?...

—¿Si es buena? ¿Me crees a mí tan tonto? Yo ya sé que mamá es buena, porque la veo a todas horas. Pero tú pasas muchas fuera de casa y... ya ves... no sé si haces cosas buenas o malas.

El candor picaresco con que el niño hizo esta observación acabó de desazonar á Luciano, que sintiendo que las lágrimas le subían del corazón á los ojos, ocultó la cara llevándose á ella el pañuelo.

—¡Calla! dijo el niño que sorprendió la acción poniéndose serio. ¿Tampoco á tí te gusta que te vean llorar? ¡Es particular! Lo mismo que mamá. ¿Es malo llorar, papáto?

—¿Has visto llorar á mamá? dijo Luciano violentándose para aparentar serenidad.

—En estos días algunas veces. Pero en cuanto advierte que yo lo veo, hace lo mismo que tú, vuelve la cabeza, y, si le pregunto por qué llora, se pone á sonreír y me lo niega. Pero la niñera me va á reñir si la hago esperar más. Tiene muy mal genio. Te dejo para que pongas el aviso á los Reyes.

Después de abalanzarse al cuello de su padre y cubrirle de besos, pegó un salto y se dirigió á la puerta; pero antes de trasponerla se volvió y dijo desde el umbral, mientras levantaba el cuello de su abriguito con aire de persona mayor:

—Papá, ya sabes que me lo has prometido, y los padres no engañan nunca. Los Reyes pasarán por el balcón, ¿verdad?

—Sí, hijo mío, sí, dijo Luciano.

—Vuelve á prometérmelo, insistió el niño con la pesadez propia de la infancia.

—Te lo vuelvo á prometer.

—Pues no te olvides del lagarto. Y mira que los Reyes traigan algo á mamá para que no llore.

Dicho esto desapareció.

Luciano no tuvo fuerzas para seguirle y se quedó anonadado en su sillón.

III

La noche es desapacible en sumo grado. Por los focos de luz que despiden los cristales empañados se ve la nieve arremolinarse arrastrada por las ráfagas heladas que soplan del Guadarrama. Las pocas personas que transitan por las calles van como escapadas, volviendo la cara al cierzo que las azota, y procurando encoger su cuerpo y estirar sus abrigos. Es una de esas noches madrileñas, en que los cuatro ó cinco grados bajo cero de la temperatura se duplican y triplican por la impetuosa movilidad del aire, noches que congregan á los afortunados en torno de las estufas y de las chimeneas, y sorprenden siempre cruelmente á la pobreza indefensa.

Por una de las calles inmediatas al centro se ve á un hombre embutido en un gabán de pieles, con el cuello levantado hasta los ojos y con el paraguas en alto, que sacude de cuando en cuando para despedir la nieve, el cual no va de largo como los demás transeuntes y pasea de un extremo á otro de la calle. Su objetivo debe hallarse en un café, cuyas anchas puertas y ventanas despiden torrentes de luz por cristales cubiertos de vapor acuoso medio congelado y de donde salen, de cuando en cuando, bulliciosos gritos y palmadas. Algún motivo apremiante impulsa al rondador á mantenerse, arrostrando el frío y la nieve, en las cercanías del café, y aun á investigar de tiempo en tiempo, pasando su pañuelo por los cristales, lo que ocurre dentro.

Es Juanito Vélez que espía á distancia la llegada de Luciano, que no llega, para prevenir á Amalia, según lo convenido. Dos ó tres veces ha penetrado en el café por una puerta lateral y ha paseado desde un sitio apartado sus ojos por el concurso, pero aunque la cantadora está en su puesto, ni Meneses ni Luciano han parecido. La ausencia del primero no sorprende á Juanito, pues por noticias del Club se había enterado de que dejaba definitivamente el puesto á su rival; pero ¿por qué éste no se presenta á gozar de su triunfo? La misma inquietud

debía tiranizar el ánimo de La Pelufres, pues no se abría ninguna de las puertas sin que dirigiese rápidamente sus ojos negros sobre el que entraba, notándose, por el fruncimiento de sus cejas, la contrariedad cada vez mayor que experimentaba al ver que no era Luciano. Ya había cantado dos ó tres canciones de su repertorio, pero sin el brío y el desgarró que tanto entusiasman al auditorio. Alguno de los rufianes de su séquito le hablaba de cuando en cuando al oído, sin duda para calmarla, pero ella, con su costoso pañuelo de Manila terciado y el brazo derecho en jarras, apenas se dignaba contestar y seguía clavando en las entradas del café sus ojos, cuyas luces sombrías á cada decepción eclipsaban las de los gruesos diamantes que adornaban sus orejas y su cuello.

Con el sombrero echado sobre las cejas, Juanito se enteró por tercera vez de la situación de las cosas y de que las conversaciones del café giraban alrededor del mismo tema; como quiera que la intriga era conocida de todos los parroquianos, y la visible mortificación que la diva de cuarto bajo hacía vanos esfuerzos por disimular, aguzaba más y más la curiosidad; pero como deseaba no ser conocido, volvió á salir á la calle, deliberando consigo mismo acerca de la resolución que el caso exigía.

Eran cerca de las once, hora que marcaba el límite de la espera de Amalia. Con arreglo al programa fijado por la tarde, no hallándose Luciano en el café, Juanito no debía ir á buscar á la joven, y la ansiada cita, que él consideraba lógicamente como un paso decisivo en el camino de la represalia conyugal, quedaba en suspenso y expuesta á un cambio de resolución. Por otra parte, el seductor no abrigaba la menor duda de que su amigo se presentaría en el café á coronar la obra. Le había visto en el comedor del Club, aunque á distancia, porque en aquellos días evitaba encontrarse con él á fin de aparecer más ajeno á los acontecimientos futuros, y le notó preocupado y silencioso, sin que los amigos, que le felicitaban por su conquista, pudieran sacarle una palabra del cuerpo. Este ensimismamiento de Luciano pareció á Juanito propio de la circunstancia. Antes de apoderarse de la alhaja calculaba mentalmente lo que la alhaja le iba á costar. En cuanto á su tardanza en comparecer á la toma de posesión, podía explicarse de mil maneras. El haberse quedado á comer en el Club, cosa que solía hacer muy pocas veces, confirmaba que Luciano entraba á velas desplegadas en la vida irregular de los maridos emancipados.

—No haré yo la tontería de perder esta ocasión que se me ofrece de precipitar un desenlace por el que tanto suspiro desde hace tiempo, decía para sí al salir del café caminando con paso acelerado hacia la casa de Amalia. Que se encuentre ó no se encuentre Luciano en el café, en este momento preciso, no altera la situación de las cosas, ni por tan pequeño accidente voy yo á aplazar, con riesgo de que se malogre, una cita secreta á las once de la noche, en el domicilio conyugal, cuya puerta me abre la misma mujer quemando sus naves. Porque no hay que darle vueltas, ya quiera salir ó ya quiera quedarse, este paso la pone enteramente á mi disposición. ¡Y qué hermosa estaba esta tarde, al encabritarse sacudiendo la cabeza, como una yegua de raza, por los espolazos que yo hábilmente supe administrarle! ¡Es una soberbia mujer, y no se necesitaba menos para hacerme salir á picos pardos, con una noche de perros como ésta, con riesgo de atrapar un romadizo! Vamos, Juanito, que ocasiones como la presente hay que cogerlas al vuelo, porque no se ofrecen más que una vez en la vida. ¡Cáspita! no me he visto nunca tan emocionado: no parece sino que hago hoy mis primeras armas.

A pesar de esto, Juanito caminaba como si fuera de corcho, y no tardó en enfilear la calle donde vivía Luciano. Ocupaba éste el cuarto principal de una casa grande. La calle, que era de poco tránsito, estaba desierta y ya enteramente cubierta de un grueso tapiz de nieve, que seguía cayendo á copos. Juanito penetró en el portal, subió la escalera y llamó con mano temblorosa en la forma convenida.

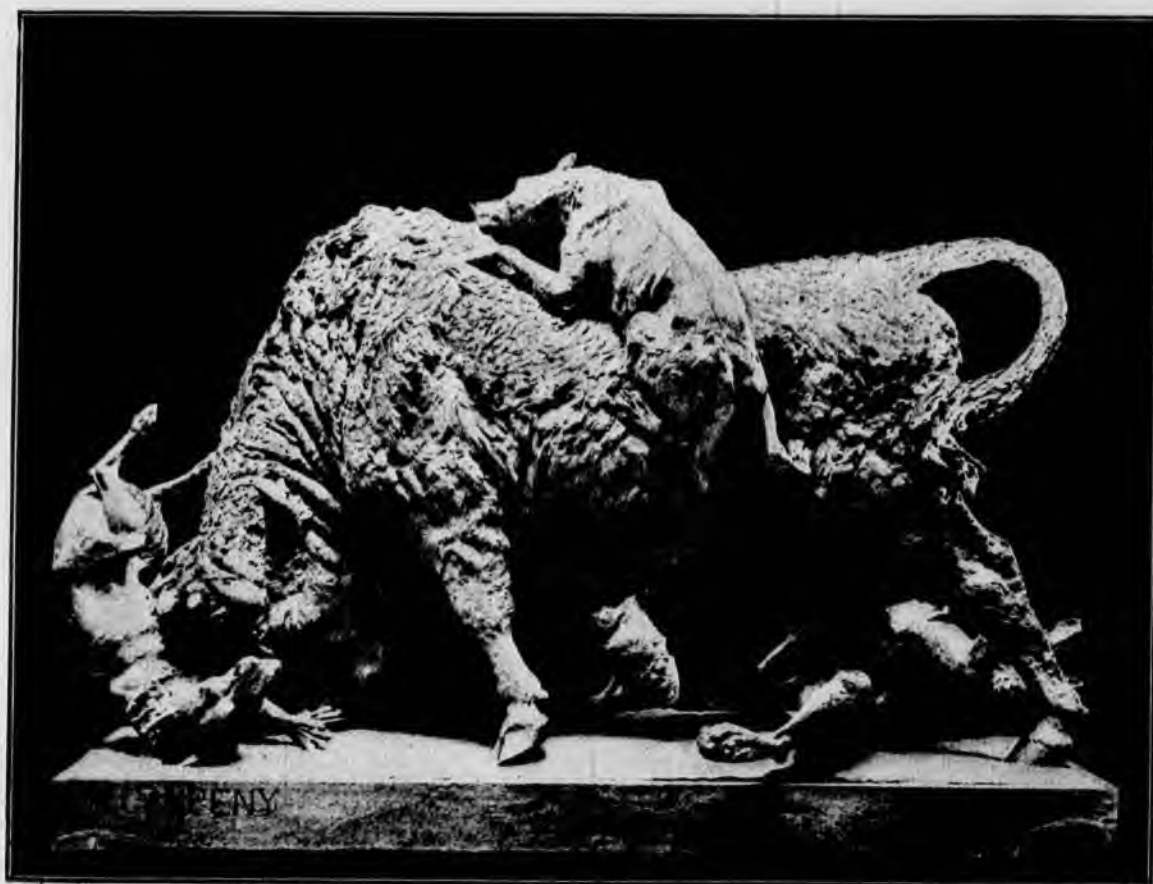
¿Qué hacía Amalia?

Nuestros lectores, que conocen la disposición de espíritu en que la dejaron las pérdidas

confidencias del amigo de su marido, los furores, las postraciones, los enternecimientos que se disputaron su ánimo, pueden comprender la ansiedad dolorosa con que esperó la llegada de Luciano á la hora de comer, indecisa acerca de la actitud que debía guardar con él. Por un lado su orgullo de mujer, todos sus sentimientos ajados y escarnecidos, el temple meridional de su carácter le aconsejaban el disimulo, le representaban como vileza todo lo que no fuera la ruptura definitiva con el infame que iba á hacer de ella la fábula de Madrid; pero por otro sentía levantarse dentro de su corazón, que no había dejado de amar al infiel, gemidos de angustia y de dolor, impulsos de reconvenirle, de echarle en cara su ingratitud y su abandono, de hacerle ver la sima de ignominia en que iba á precipitarse, arrastrándola á ella y al tierno fruto de su unión.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Concluirá).



BISONTE ATACADO POR LOBOS

ESCULTURA DE JOSÉ CAMPENY

LA APUESTA

CUENTO POR

JUAN PROELK

(CONCLUSIÓN)



Al caer del cielo robé, con una legión de los nuestros, la provisión de vino del arcángel san Miguel, y lo que no pudimos beber lo derramamos, de manera que en la tierra llovió vino por espacio de ocho días. En castigo de no haber llevado el botín al infierno para que de él participasen todos, me quitó Satanás la sed. Sin verdadera sed, no hay nada bueno que beber en el infierno, donde el calor seca muy pronto toda bebida. Podéis imaginaros mi situación y la envidia que me devora cuando veo á los sedientos con el vino delante. Sólo á media noche, cuando he acabado el trabajo, me es permitido venir á la tierra, y aprovecho entonces el tiempo para apoderarme de una pequeña parte de las sobras de la sed que aquí tanto abunda; pero es un negocio difícil. Los hombres tienen más apego á su sed que á su alma. Pocos son tan inteligentes como vos.

Al mismo tiempo sacó otra vez de su bolsillo la mano llena de ducados y los arrojó al atónito estudiante; sacó luego un pedazo de pergamino con una pluma de cuervo cortada para escribir, que alargó á su interlocutor diciéndole:

—La pluma debéis mojarla en sangre de cuervo, y firmar el documento con vuestro nombre. ¿Cómo os llamáis?

—Enrique Grünwald.

—Bueno. Por cada año que pasareis sin reclamarme vuestra sed, os pagaré una cantidad igual; de lo contrario, vuestra alma me pertenecerá. Pero no hay peligro, pues os importa muy poco vuestra sed. Si aceptáis, escribid.

Tras corta reflexión el estudiante siguió la intimación.

Interiormente se consolaba pensando:

—¡Para divertirme y entretenerme, y para consuelo en todas las penas, me queda el canto! ¡Cómo se alegrará Catalina cuando vuelva sin tener más sed! Apuesto que por esto sólo me perdona y me ama. En cuanto al viejo burgomaestre le dominaré cuando le pruebe que Heinz Grünwald ya no es el pobrete á quien cerró la puerta.

Luego dijo en alta voz:

—Por lo que toca á Catalina, no necesito vuestra ayuda. El dinero, empero, puedo necesitarlo.

Y con risueño semblante se llenó de oro los bolsillos que reventaban.

—Aquí está el documento.

El fogonista del infierno cogió con avidez el documento, mientras el ligero muchacho con voz súbitamente entrecortada proseguía:

— Ahora brindaremos por...

Pero no pudo terminar la frase.

La jarra que quería levantar cayó sobre la mesa.

La sed, que había sostenido sus fuerzas y su espíritu, desapareció de repente.

Vencióle el sueño como á su compañero de la derecha, que hacía rato que dormía. Un cambio igualmente repentino acaecióle al diablo.

Sus facciones disecadas se animaron, y una chispa de alegría brilló en sus hundidos ojos.

Cogió con afán la jarra que se había escapado de las manos de su compañero, levantóla resueltamente y la vació del todo en varios tragos. Un ¡ah! salió entonces de sus labios refrescados. — ¡Qué bien sabe!

Irguióse luego, y miró triunfante al mancebo súbitamente dormido.

— Te tengo. Tú has echado la cuenta sin contar con la sed. Conozco mejor que tú el modo de ser del estudiante alemán. Tus canciones tontas y monótonas te parecerán pronto insípidas cuando les falte lo mejor, y la dicha de amar que tú ansías tampoco te satisfará del todo si no puedes gustar un buen vino. Si, por ventura, llegas á no poder prescindir ya más de la sed, entonces tu alma será mía, y por cada alma que gano para el infierno alcanzo ¡oh dicha! un año de sed en recompensa.

Frotóse riendo las manos y exclamó:

— ¡Vamos que el negocio marcha! Esto sí que se llama aprovechar el tiempo.

Y silencioso salió fuera, pasó detrás de la mesonera, que estaba todavía charlando en la ventana del patio, y se fué á la bodega.

* * *

El aturdido estudiante no había comprendido en su sencillez las consecuencias del paso que aquella noche le había hecho dar el astuto diablo.

En su confianza ciega en la influencia bienhechora y alegre del canto había realmente despreciado demasiado la influencia de la sed.

Poca gente, aun en la bendita tierra alemana, tiene conocimiento exacto de lo que representa aquella fuerza impulsiva de nuestra vida corporal y moral.

Necios hay que miran como debilidades los dones del Señor. Un desprecio semejante condujo á nuestro amigo Grünwald á cometer una locura. Había jugado su sed sin reflexionar que al perderla se convertiría en un patán desdichado, se vería privado de la viveza de la fantasía y del goce de los sentidos.

El primer efecto de su mudanza fué la desunión, luego el completo rompimiento con sus compañeros.

Al dejar á Heidelberg, resueltos á ir los tres á pie á Yena, teniendo, además, los mismos gustos y llevando los mismos fines, juraron compartir las penas y alegrías del viaje é hicieron un fondo común con el dinero de sus economías.

Si Heinz Grünwald hubiese sido el mismo de antes hubiera confiado sin miedo su aventura de la noche á los demás, hubiera partido con ellos su riqueza y les hubiese suplicado que soportasen con paciencia su cambio ayudándole á ganar la apuesta. Empero, como ya á la mañana siguiente los compañeros manifestasen su extrañeza por su mudanza y preguntasen la causa, contestóles de mal humor y con evasivas que no sabía lo que querían decir, que se sentía muy bien y que harían mejor en dejarle tranquilo.

En los días anteriores había sido el primero en ponderar la belleza del país y las preciosas vistas de los valles del Oderwald cubiertos de oscuros pinos.

Cuando las flores del camino, cubiertas de rocío, elevaban su cáliz hacia el sol, comparaba él su sed de recibir los rayos solares con la sed de su alma de saborear las bellezas que le rodeaban.

Mas hoy andaba triste y silencioso detrás de los demás, á pesar de que el sol brillaba con el mismo esplendor de los otros días. Y cuando alguno de sus compañeros citaba los famosos versos de Horacio, quien del ejemplo del sol que bebe las aguas del mar, y de la tierra que hace lo propio con la luz del sol, deduce de ello que la bebida era la ley fundamental del universo, contestaba incomodado que no le molestasen con tales tonterías. Empero, como después de las primeras horas de camino, al divisar una hostería, declarase el tercero que tenía la garganta seca, que no podía aguantar más, y que ya era hora de hacer la primera libación á Baco, y el que había perdido la sed respondiese fríamente que el beber debía tener también sus límites, y que no quería principiar tan temprano por la mañana á hacer francachelas, miráronle asombrados como si hubiese perdido de repente el juicio.

—¿Cómo quieres no estar enfermo? dijéronle con interés. ¡Vuelve en tí! Sólo una papalina tremenda explicaría este mal humor. ¡Ni tan sólo has cantado una sola estrofa en todo el camino! Razón de más para que entremos en el mesón.

Una vez dentro Heinz Grünwald dejó el vino, diciendo que lo encontraba agrio, y efectivamente lo era, pues como había jugado su sed le faltaba el condimento que los otros debían á la suya.

Del interés que al principio le demostraron sus compañeros de viaje pasaron muy pronto á la desconfianza y al odio, cuando en uno de los días siguientes, descansando al raso, el compañero que tan súbitamente se había vuelto silencioso y severo dejó caer de su bolsillo una moneda de oro, y á las reiteradas preguntas en dónde y cómo, sin saberlo ellos, había encontrado aquel tesoro, no quiso decir la verdad.

—¿Y este es nuestro amigo? ¡Hipócrita! Nos has mentido y engañado, esto es lo cierto. Ahora comprendemos por qué de repente pusiste aquella cara de vinagre. Habías encontrado un tesoro y querías deshacerte de nosotros. ¡Pícaro solapado! Los bolsillos te revientan. ¡Trae aquí el dinero!

Así, gritando el uno y el otro, se le echaron encima, y como había perdido las fuerzas con la nueva vida de abstinencia que llevaba desde que había jugado su sed, no le fué posible resistir la embestida. Vaciarónle los bolsillos, hicieron tres partes de la crecida suma, dejáronle la que le correspondía y se marcharon con la suya respectiva alborotando.

Mientras tomaban el camino de Turingia, atravesando el río, Heinz Grünwald se arrastró, con los miembros doloridos, á lo largo del Mein, hacia Würzburg.

Hasta aquí el pensar en Catalina había sido el consuelo de la triste existencia que ocultaba cuidadosamente. En efecto, tenía proyectado escaparse á la primera ocasión propicia y volver á Heidelberg; pero después de haberle robado sus compañeros le entró el temor de que no le quedaba bastante para presentarse delante del padre de la muchacha y para alcanzar lo que deseaba. A su mal humor añadíase otra gran pena, la avaricia.

Llegado á Würzburg empezó á estudiar la química y la alquimia en casa de un célebre sabio. Si bien no pretendía alcanzar el arte de hacer oro, con todo, confiaba que con esta ciencia llegaría cuanto antes á recobrar lo perdido. Empero, como estos estudios le ocasionaban grandes gastos, los abandonó con tanta más angustia cuanto que siempre le parecía excesivo el coste de la manutención.

Esto irritó á sus condiscípulos, entre los cuales se contaban vanidosos y altivos hijos de nobles, quienes declararon que un ser tan miserable era incompatible con el honor de un estudiante, y como él evitaba toda diversión pública, y no tomaba parte en ninguna fiesta académica ni en ningún banquete, le interpelaron una noche en plena plaza del mercado. Le insultaron, se mofaron de él, y uno de ellos, terrible espadachín, le desafió.



Los dos sacaron en seguida las armas.

Heinz se batía con un frío desprecio de la muerte; las espadas se dirigían rápidamente arriba y abajo. Finalmente, venció el más fuerte, y Heinz cayó al suelo con una herida en la frente.

Sus enemigos huyeron, y si no hubiese acertado á pasar un charlatán que iba en su coche botiquín, seguramente hubiera muerto.

El curandero aprovechó la ocasión para mostrarse á los ojos de la gente, que había acudido á sus gritos de socorro, tan hábil como compasivo. Vendó la herida del joven, que estaba sin sentido, y después de haberse asegurado, con mucha prudencia, de que el paciente no era ningún pobre diablo sino que poseía una bolsa bien repleta, le tomó, junto con la bolsa, á su cuidado.

Cuando el pobre Heinz, tan falto de felicidad como de sed, volvió en sí, el último de los ducados recibidos del diablo había desaparecido de su bolsillo.

El charlatán le había quitado el peso del metal en su carricoche.

Así que nuestro héroe se hubo repuesto, gracias á su buena naturaleza, de la fiebre que le produjo la herida y de la cura del doctor, éste le hizo proposiciones para entrar á su servicio.

Díjole que era un guapo mozo y versado en el latín, y que por lo tanto sería un excelente expendedor. Ya sabía que temería á los estudiantes, pero al mismo tiempo que sonreía, como preguntándole, hizo con el brazo derecho un gesto como si se llevase á la boca un cacharro pesado. Añadió que no le mantendría, sino que le daría su salario en efectivo: un ducado cada mes, y en seguida le entregó por primera mensualidad una de las monedas de oro que había sacado del bolsillo del pobre muchacho cuando estaba sin conocimiento. ¿Qué otra cosa podía hacer el desventurado sino aceptar lo que le proponían?

Heinz sonrió tristemente cuando el doctor habló de la gran sed de los estudiantes, y cerró suspirando el trato con un apretón de manos y tomando el dinero.

* * *

Como expendedor y pregonero de los remedios del doctor, después de varias aventureras expediciones, llegó en la primavera siguiente al lugar deseado. El viejo le había comprado un vistoso traje para que agradase á las mujeres, pues desde que vió lo sobrio y juicioso que era su ayudante le consideraba como una piedra preciosa. Sí, sobrio y juicioso era el atribulado muchacho aun en la bella ciudad á orillas del Necker, en donde antes con tanta alegría había disfrutado de los placeres de la juventud. El genio del lugar no tenía ningún poder sobre el que había vendido su sed al diablo por una vil riqueza. Ni una canción consoladora acudía ahora á sus labios, y su oído permanecía sordo á las voces de la primavera convidando á alegres paseos.

Y para colmo de desdichas, sintiéndose tan abatido, le faltaba completamente el valor para presentarse ante la orgullosa hija del burgomaestre.

Entregado á sus tristes reflexiones, en medio de botes de ungüento y frascos de medicina, hallábase un hermoso día de primavera en que todo el mundo había salido de la ciudad entonando canciones para festejar la primavera; cuando de pronto comparecieron en la plaza, con paso ligero, dos mujeres que se dirigieron al puesto de venta del doctor. Sus miembros quedaron paralizados al reconocer á Catalina en la mujer que hasta allí se había adelantado.

Al volverse á encontrar quedaron ambos cortados; empero la preocupación de la enfermedad de su padre, que era lo que allí llevaba á la joven con su criada, junto con la necesidad de tratar con seriedad de este asunto, disipó pronto la confusión. Díjole Catalina al terminar:

—Si entendéis algo en la ciencia médica, pues según veo habéis mudado de oficio y os dedicáis á la medicina, venid hoy á nuestra casa y examinad el estado de mi pobre padre.

Nuestro médico de cabecera acaba de morir y mi padre no puede resolverse á tomar otro. Dice que todos son unos charlatanes.

—Entonces os ayudaré en lo poco que sé. Iré por cierto.

Catalina le dió gracias con un gesto, y al marcharse volvióse otra vez hacia el joven y le dijo, mientras un ligero carmin subía á su rostro:

—Sin duda no será fácil que vengáis hoy, pues es la gran fiesta de Mayo, y como os conozco...

Y levantó el dedo sonriendo.

—Precisamente iré hoy mismo, contestó él.

Y añadió con acento melancólico:

—Se cambia, señorita.

—Pues hasta hoy mismo, dijo ella.

Y en sus ojos brilló la alegría.

Al verle llegar con puntualidad comprendió Catalina que no era ya aquél el muchacho alborotado de antes, y cuando indicó á su padre que se abstuviese, por un par de días, de beber vino y mejoraría, oyó con júbilo sus palabras. Cuando se marchaba, aguardó en el umbral de la puerta y le condujo al jardín.

Debajo del cenador, cubierto de floridos lilas, en el que tantos coloquios habían tenido, preguntó con el rostro encendido:

—Decidme ahora sinceramente, pícaro viajero, ¿por ventura el pensar en la indignación y en el amor de la joven é inconsiderada Catalina te ha vuelto tan serio y tan honrado?

Heinz, cuyo rostro no estaba menos encendido, pudo contestar afirmativamente sin faltar á su conciencia. En este momento comprendía que por ella había vendido su sed.

—¡Te doy las gracias!... ¡Adiós! ¡Hasta mañana!...

Desde aquel instante tomaron sus pensamientos distinto rumbo. Había jugado su sed, mas no su corazón, y éste, nuevamente movido por las palabras de la resuelta y confiada muchacha, guió ahora todos sus pensamientos y sus ensueños. Por la noche, cuando la luna rielaba en las inquietas aguas del Necker, recorrió largo tiempo las calles de la ciudad hacia el camino del Schlossberg, con la misma impresión de felicidad que un día había llenado su alma, cuando en el jardín de la casa de la villa había robado á Catalina, por despedida, un beso que por mucho tiempo quemó sus labios. Lo mismo le sucedió en los días siguientes y en las siguientes noches. Sólo que el amor que ahora sentía no era ya pueril y caprichoso, sino un sentimiento hondo y formal. Faltábale la intrépida osadía, la impetuosidad de antes, y el brillo de sus ojos aparecía velado por una tranquila melancolía. Este cambio no escapó á los ojos ni á los oídos de la joven.

Como buena hija de Heidelberg, reflexionando sobre la causa, estuvo muy cerca de adivinarla.

—¿Habría caído de un extremo á otro? Es demasiado sobrio, demasiado ejemplar... ¡Temo que mi indomable amigo se haya vuelto un hombre vulgar!

Y cuando él volvió á la tarde siguiente y hubo terminado su ocupación con el enfermo, al llegar á la escalera le invitó con una solemnidad especial á que la siguiese al cenador del jardín.

Allí, sobre una mesa que daba gusto de mirar, había un jarro destapado del cual salía un suave aroma. ¡Oh! cómo hubiese Heinz, en otro tiempo, delirado por aquel perfume, y más por la bebida que lo despedía. Ahora, empero, no se inmutó su pálido semblante. La afición á la poética fiesta del vino de Mayo se había acabado en él, y ni el recuerdo de ella le quedaba.

—¿No hacéis ya caso de nuestra aspérula? preguntó sorprendida la joven.

—¿Cómo? ¡Aspérula! La *aspérula odorata* pertenece á la familia de las rubiáceas.

—¡Oh, tú, boticario empedernido! exclamó Catalina indignada, bebe en seguida un trago por penitencia.

Y le sirvió el vaso lleno.

Para probarle que no estaba incomodada lo gustó primero.

—Mira, le dijo con picardía; aquí, en el lugar donde he bebido debes tú aplicar los labios. Para castigarte, no tendrás hoy más que esta clase de beso.

No pudo él replicar. Debía corresponder al beso. Entusiasmado y hechizado por la expresión de sus ojos, llevó el vaso á sus labios y buscó extasiado las huellas de los suyos. ¿Qué era para él la bebida? Nada absolutamente. Empero, cuando sacó los labios del sitio que ella había besado, el vaso estaba vacío.

Los dos jóvenes encontraban gusto en este nuevo juego, y cuando Heinz Grünwald, el hombre sin sed, volvió dos horas después á su casa, tenía por primera vez, desde mucho tiempo, una pequeña y risueña embriaguez, sin que el maligno poseedor de su sed le reclamase el cumplimiento del pacto. En esta situación recordó las antiguas y alegres canciones, y deseó ponerse con frecuencia en este estado por el mismo medio. Ocasión para ello no le faltó, pues el viejo y reumático burgomaestre, que le había cobrado afecto, le nombró su secretario.

En las primeras horas de la mañana vagaba por los magníficos bosques de hayas de los alrededores, no mostrando ya ningún interés por las plantas medicinales, excepto la *Aspérula odorata*, á la que la ciencia concede poquísima importancia. En una noche de luna hallábase debajo las ventanas de su amada para darle una serenata. La maldición de la apuesta iba apartándose cada vez más de él. Su corazón comprendía que el amor es base de toda alegría. Con él la bebida sabe á gloria y las canciones convidan á la esperanza. Al cumplir el aniversario del día memorable en que Heinz vendió su magnífica sed de estudiante al primer fogonista del infierno, los dos amantes estaban oficialmente prometidos, y al acercarse la media noche se hallaban sentados el uno al lado del otro en el retirado cenador del jardín cubierto de perfumadas rosas y jazmines. Catalina acababa de entrar en la casa, cuando el diablo, sin ser visto, se presentó delante de Heinz, quien hacía frecuentes libaciones.

—He ganado la apuesta, díjole con aire de triunfo, cuando con gran sorpresa suya vió á su víctima sentada delante de un vaso.

Mas Grünwald contestó riendo:

—¡Diablo necio! ¿Por ventura te he reclamado mi antigua sed? Puedes muy bien guardártela. La nueva ha nacido sin necesidad de pedírtela. ¡Mira, acarícialo! decíale mientras le presentaba su copa llena de nuevo.

El diablo dió un chirrido como cuando se echa agua encima del fuego, y soltando un rugido de cólera desapareció.

No había contado con el amor que da nueva vida al espíritu. Las muchachas y las mujeres demasiado severas que no toleran á sus amados una sed noble, apliquen este cuento á su anti-patía y se enmendarán.

Grünwald y su mujer han muerto hace mucho tiempo, pero sus descendientes han conservado la costumbre de que al acercarse el mes de Mayo los esposos se dediquen á buscar juntos la *aspérula odorata*, que es de gran utilidad en los casos amorosos, y al anochecer la esposa ofrece con su propia mano la jarra al esposo.

(Traducido del alemán).

LOS CABELLOS DE ORO

HERMOSOS cabellos de oro,
vos solo sois mi tesoro,
prendas sois, y sois memorias
de la luz en quien adoro!

Celebro esta perfección,
aplicando con razón
estos divinos despojos
á la boca y á los ojos,
y al lado del corazón.

Sed testigos, pues venistes
á parar á mi presencia,
de tantos gemidos tristes
engendrados en ausencia
de la flor donde nacistes.

¡Cuán bien os podéis quejar
de que os hiciese cortar!
Mostrad, que es justo despecho:
á quien tal daño os ha hecho
no le queráis consolar.

Estábades adorados
con majestad y poder,
de mil flores adornados,
y ahora ventís á ser
de mis lágrimas bañados.

En lugar de estos despojos
ofrezco penas y enojos
siempre prontos á serviros,
enjugando con suspiros
lo que bañaron mis ojos.

No siento ya mi pasión,
ni me aflijo cuando lloro,
porque es feliz la prisión
donde con cadenas de oro
se liga mi corazón.

Gozoso estoy rodeado
de metal, que es tanpreciado;
que mi prisión sin igual
es del más alto metal
que amor jamás ha labrado.

Más bellos me parecéis,
si, cuanto más os contemplo,
que sois y siempre seréis
del sol retrato y ejemplo
por lo que resplandecéis.

Aviva los resplandores
este cordón de colores
con que venís recogidos,
y alegrando mis sentidos,
sembráis en mi pecho ardores.

Para más confirmación,
lazo hacéis de vos cabello,
y del precioso cordón
nudo, que aprieta mi cuello
en señal de sujeción.

Al punto que os conocí,
la libertad os rendí,
de suerte que si hay momento
que os niegue mi pensamiento,
huya mi alma de mí.

CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA.



Patio Sollerich

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

Cierta mañana, siguiendo el mismo camino que tomáramos para visitar el pino de los Moncadas, emprendimos una excursión al castillo de Bellver. Llegados al Terreno, dejamos al cabo de poco tiempo la población para seguir la escarpada pendiente de una colina cuyas laderas cubre un frondoso pinar.

Un rico palmesano, movido por sus religiosos sentimientos, ha construido en esas soledades una capilla, en la cual se conservan los restos de san Alfonso Rodríguez, en el sitio en que, según la tradición, la Virgen María, en medio de deslumbrantes resplandores, apareció al santo, que, rendido por la fatiga, subía trabajosamente la pesada cuesta, y secó amorosamente sus sienes que bañaba abundante sudor. Representa este paso de la vida del santo uno de los cuadros que adornan el interior de la capilla.

Al cabo de breve tiempo llegamos al punto donde se levanta el castillo, ceñuda fortaleza de los tiempos medievales, en la cual, y en su torre del homenaje, estuvo encerrado Francisco Arago durante dos meses, en virtud de ciertos hechos cuya narración no está desprovista de interés.

En 1808 trasladóse el ilustre astrónomo á Mallorca, con el propósito de continuar sus trabajos relativos á la medida del meridiano terrestre. Para ello mandó encender fogatas en la cumbre de un monte que domina á Bellver, hecho que preocupando no poco á los habitantes de Palma, que no sabían darse razón plausible y satisfactoria de lo que tales fogatas significaban, acabaron por deducir que no podían ser otra cosa que señales para mantener inteligencias con la escuadra francesa; y como por aquel entonces andábamos en guerra con

España, irritado el populacho, encaminóse al monte para dar buena cuenta del francés que así se burlaba de ellos en su propio país.

Advertido el astrónomo por un hombre de su confianza, encaminóse á Palma. Topóse en el camino con los que no pretendían menos que hacerle pedazos; pero como hablaba á la perfección el idioma del país, dirigióse, valiéndose de él, á sus perseguidores, debiéndose á ello el que se librara de sus iras. No se juzgó, sin embargo, muy seguro, y al efecto reclamó asilo y protección al jefe del buque destinado por el gobierno español á auxiliar á la comisión que tenía á su cargo la medida del meridiano. Sabedores los mallorquines de que el que juzgaban su enemigo se había refugiado en el buque, invadieron los muelles en actitud provocativa y al par amenazadora, en vista de lo cual el comandante, que carecía de medios para defender su existencia, concedióle un bote, dentro del cual pudo ganar la costa y llegar después á la fortaleza de Bellver, escapando de esta suerte á los desalmados que de cerca le perseguían.



El castillo de Bellver y el Terreno

Allí permaneció encerrado dos meses, al cabo de los cuales, en una barca de pescadores, se trasladó á Argel, donde le esperaban nuevos azares y vicisitudes.

El castillo de Bellver, levantado para impedir, en caso necesario, la entrada del puerto de Palma, constituye un resto curioso de la arquitectura militar de la Edad Media. Sus elevadas murallas se hallan flanqueadas exteriormente por cuatro torres y otras tan-

tas torrecillas. En su conjunto se compone de un recinto circular de dos pisos, con dos galerías superpuestas, de las cuales la inferior, con sus arcos en plena cintra, recuerda, según opinión de J. B. Laurens, los anfiteatros romanos; en tanto que la superior, con sus elegantes ojivas y sus esbeltas columnillas, retrae á la imaginación los claustros más elegantes del siglo xv.

La fortaleza se enlaza por medio de dos puentes á la robusta torre del homenaje en la cual estuvo preso Arago. Dicha torre había servido antes de prisión de Estado á diferentes personajes, entre los cuales puede citarse el ilustre Jovellanos, ministro que había sido de Carlos IV, distinguido publicista y poeta dramático. En su prisión, y para distraer los forzados ocios á que su desgracia le tenía reducido, escribió la historia de las escenas de que habían sido testimonio aquellos viejos muros: homicidios, luchas, traiciones, dramas misteriosos, en los cuales eran actores y víctimas cristianos que se mataban desapiadadamente.

Este castillo fué tumba del infortunado general Lacy, que fué fusilado en uno de sus fosos.

Admirable es el panorama que se disfruta desde lo alto de las torres del castillo de Bellver, que domina la extensa bahía de Palma.

Antes de continuar,—en compañía de mi buen amigo y excelente guía el señor Sellarés,—la visita á los bellos monumentos de la ciudad, nos trasladamos al palacio del conde de Montenegro.

Las ricas colecciones que se guardan en esa severa y antigua morada han sido formadas por el cardenal Antonio Despuig, amigo íntimo de Pío VI y tío del conde.

Recorrimos una á una las vastas salas cubiertas de magníficas pinturas de todas las escuelas, de las cuales algunas hay que son verdaderas maravillas. Recuerdo entre otras un Ribera que representa á un santo iluminado, lleno de color y de luz, que produce la viva impresión de un anciano monje español visionario y extático.

Después de habernos fijado en la contemplación de riquísimos tapices y armas de gran precio, por medio de una estrecha escalera subimos á la inmensa sala biblioteka, en la cual reunió el sabio cardenal cuanto de notable pudo encontrar, en lo que á bibliografía se refiere, en los mercados de España, Francia é Italia. Según parece, á lo que con la numismática y las artes de la antigüedad dice relación, nada deja que desear.

En esta sala encontré Jorge Sand envuelta en una aventura, cuya responsabilidad pesa exclusivamente sobre ella al decir de los mallorquines.

En su libro *Un hiver à Majorque*, da cuenta de un descubrimiento, por demás curioso, relativo á los orígenes de los Bonapartes, debido á M. Tastú, esposo de madama Amable Tastú, la musa encantadora.

«El aficionado á la ciencia del blasón hallará también un precioso armorial, en el cual se hallan reproducidos con sus esmaltes y colores los escudos de armas de la nobleza española, con los de las familias aragonesas, mallorquinas, rosellonesas y del Languedoc. El manuscrito del siglo XVI, á lo que parece, había pertenecido á la familia Dameto, enlazada con los Despuig y los Montenegro. Hojeándolo hemos encontrado en él el escudo de los Bonaparte, antecesores de nuestro Napoleón.» (Notas de M. Tastú).

Visitando Jorge Sand las ruinas del convento de Santo Domingo, en Palma, encontró la tumba blasonada de los Bonaparte, cuyas armas eran: partido de azur, cargado de seis estrellas de oro, de seis puntas, dos, dos y dos; y de gules, con un león de oro rampante; jefe de oro, cargado con una águila naciente, de sable.

En 1411 Hugo Bonaparte, natural de Mallorca, pasó á la isla de Córcega en calidad de regente ó gobernador por el rey Martín de Aragón.

La célebre escritora francesa añade: «¿Puede darse escudo más pretencioso y simbólico que el de esos caballeros mallorquines? Ese león en ademán de pelear, ese cielo sembrado de estrellas, de que procura desprenderse el águila profética, no viene á ser algo así como el mis-



Escalera de Raxa

terioso jeroglífico de un destino poco común? Napoleón, que amaba la poesía de las estrellas con una especie de superstición, y que dió por blasón á Francia el águila caudal, ¿tuvo acaso noticia de su escudo mallorquín, y no habiendo podido remontarse hasta la fuente presunta de los Bonpar provenzales, guardó significativo silencio respecto de sus abuelos españoles?...»

Las notas de M. Tastú, referentes á las colecciones del conde de Montenegro, añaden:

«También se encuentra en esta biblioteca la hermosa carta náutica del mallorquín Vall-seca, manuscrito de 1439, verdadera obra maestra de caligrafía y de dibujo topográfico, enriquecido con todas las habilidades del miniaturista ó imaginero.

»Dicha carta había pertenecido á Américo Vespucio, que la pagó á muy buen precio, según resulta de cierta leyenda del tiempo, que se lee en el reverso de la misma, y dice así: *Questa ampla pelle di geographia, fu pagata da Amerigo Vespucci CXXX ducati di oro di marco.*

»Copiando esta nota, añade Jorge Sand, se me erizan los cabellos, puesto que acude á mi memoria una escena espantosa. Nos hallábamos en esta misma sala biblioteca de los condes de Montenegro: el capellán de la casa desarrollaba ante nuestros ojos una carta náutica; ese monumento inapreciable por su valor y rareza, por el cual pagara Américo Vespucio 130 ducados de oro, y sólo Dios sabe cuánto el entusiasta amator de antigüedades, el cardenal Despuig,... cuando á uno de los cuarenta ó cincuenta criados de la casa, con el objeto indudablemente de sujetar mejor contra la mesa la dichosa carta geográfica, á fin de que pudiéramos examinarla más á nuestro sabor, ocurriósele colocar encima de uno de sus ángulos un tinterillo colmado de tinta hasta los bordes.

»El pergamino, arrollado habitualmente y movido acaso en aquel instante por algún travieso diablillo, crujió, encogióse, dió una sacudida y arrollóse sobre sí mismo, arrastrando de paso el malhadado tintero que desapareció en el rollo, sin que nadie lo pudiera evitar. Todos lanzamos un grito: el capellán quedó más pálido que el mismo pergamino.

»Desarrollóse cuidadosamente el mapa, abrigando aún la lisonjera esperanza de que el desperfecto no habría sido cosa mayor. ¡Nada menos que esto! El tintero estaba completamente vacío, el mapa inundado, y los lindos reyezuelos que pocos momentos antes eran preciosas miniaturas, nadaban materialmente en un mar más negro que el Ponto-Euxino.

»En presencia de semejante espectáculo no hubo quien no perdiera la cabeza. Si no recuerdo mal el capellán se desmayó; los criados vinieron con grandes baldes llenos de agua, como si se tratara de extinguir un incendio, y con esponjas y estropajos emprendieron la tarea de limpiar la carta borrando y llevándose por delante, reyes, mares, islas y continentes.»

Como continuación de nuestra visita á las colecciones que encierra el palacio del conde de Montenegro, al cabo de algunos días hicimos una excursión á la alquería de Raxa, en la cual se halla una rica colección de antigüedades que pertenece al mismo propietario.

Un lodoño gigantesco cubre con su sombra protectora el patio de honor. Los miembros del felibrije, que habían visitado esta morada el año precedente, creyéronse transportados por arte de encantamiento al Mediodía de nuestra Francia, en cuya región es cosa común ver árboles de la propia especie, cubriendo las granjas que tienen mucho parecido con antiguos mansos, con lo cual acudió á su memoria, sin darse cuenta de ello, la dulce canción de *Magali*, con el grato recuerdo de Mireya.

La situación de la alquería no puede ser más encantadora, en el centro de un valle lleno de flores y frutales que hacen de él un verdadero verjel florido, rodeado por todas partes por graciosas montañas.

En tiempo de los moros el nombre de esta finca era Araxa. Cerca de ella se encuentra un predio que todavía lleva el nombre de Beni Atzar, del ilustre árabe á quien perteneció.

C. V. DE V.

(Continuaré).



FUNCIÓN DE TARDE

La sala está iluminada, sino á *giorno*, á *giornale*.

Porque en las funciones de tarde la empresa economiza algunas lámparas. Empiezan á rechinar los violines, dicho sea sin ánimo de molestar á los profesores, amenazando con la sinfonía, obertura ó abertura de *Guillermo Tal*, *La Mulra* ó *Semiramis*.

Los clarinetes gargarizan y el contrabajo parece que tose, aunque con trabajo.

Ruido, animación, varias palmadas que resuenan como petardos en las galerías, y voces que gritan:

—¡Que son las cuatro!

—¿Y los músicos?

—¡Ande la murga!

Y otras delicadezas análogas.

En un palco entresuelo entran dos familias, de á seis ú ocho individuos cada una, entre chicos, grandes y mayores.

En otro palco de platea se ven obligados los concurrentes á tenerse en brazos unos á otros, como á niños de pecho, para ocupar menos espacio y ver la función.

En las galerías hay racimos de espectadores que se estrujan, pelean, y, á las veces, se sacuden las lanas unos á otros y viceversa, otros á unos.

Por más que de la mayoría puede decirse que todos son *hunos*.

Pero, eso sí, de buena fe.

Se entusiasman con los rasgos de valor de los personajes de la obra que ven representar, se interesan por la virtud y aborrecen al delincuente «no honrado.»

Generalmente, en las funciones de tarde, se representan melodramas de «gran espectáculo,» que dicen los franceses.

Exceptuando los teatros por raciones, donde «se cantan» los *artistas*, «se bailan» y hacen títeres.

Todo menos demostrar que son artistas de veras.

Se alza el telón y empieza el melodrama.

La concurrencia se impone silencio á sí misma, con esa intransigencia natural en las muchedumbres.

Si llora un niño, grita un espectador:

TOMO III. — 23.

—¡A la Inclusa!

¡Dulces sentimientos!

—¡Que le amamanten!

Cuando estornuda un espectador, le gritan:

—¡A estornudar á la calle!

—¡Arre, arre!

—¡A la perrera!

En las primeras escenas se inicia el argumento.

Es la exposición de la obra el primer acto.

Pero la verdadera exposición, para el *traidor*, empieza después.

Terminada la representación del primer acto, el público aplaude á los actores como si fueran buenos.

Y ellos, que no oyen una palmada en las funciones de noche, se presentan en escena, reconocidos á la amabilidad de la ilustrada concurrencia.

En el entreacto empiezan los comentarios.

—No, pues ese Milord extranjero no es bueno; ya verás tú cómo mata á cualquiera, á traición, por supuesto.

—¿Pero la chica esa, de quién es hija?

—¿Berta? Pues la recogieron, siendo pequeñita, en la puerta de la posada.

—Bueno, ¿pero tendría padre y madre?

—¡Toma! y hermanos puede que tuviera también. Todos hemos tenido padre y madre, «siquiera una vez.»

—Lo que yo no entiendo es el por qué la dejaron en la puerta de la posada.

—¿En la puerta? Sería para que no pagara hospedaje.

—Y la marquesa ¿quién era?

—Pues ello mismo lo dice: la marquesa; la mujer del marqués.

—¡Ya! Me da á mí el corazón que esa señora es madre de la chica.

—¡Qué bárbaro eres! ¿Conque una marquesa va á dejar una criatura recién nacida, en el campo ó en medio de una calle, en la puerta de una casa?

En un palco con cargamento cursi, también se ocupan en la crítica del melodrama.

Una señorita, que parece un ejemplar conservado en alcohol, censura el melodrama.

—Hay oscuridad; no se explica cómo esa marquesa no sorprende al inglés para arrancarle el secreto de la niña: y luego la forma; esa prosa vulgar, sin un monólogo en anacreónticas esdrújulas...

El papá, que usa por nariz un plátano y por orejas dos zapatillas suizas, escucha con admiración á su hija.

Y la mamá, que parece una marmota, dice sonriendo:

—Mujer, como función para esa gente que viene al teatro por la tarde. ¿Qué entienden ellos de estas cosas?

Ya en el primer entreacto, la atmósfera es pesada y el aire se enrarece.

Se nota ese tufillo particular de escuela de primeras letras.

En el segundo acto empieza el enredo, y ya se dibuja el carácter del *traidor*.

En la entrada general empiezan las protestas contra el inglés.

Uno de los espectadores más vehementes de la galería no puede contenerse, y, en un momento de silencio, grita, dirigiéndose al *traidor*:

—¡Granuja! ¡si te conociera esa *probe* como nosotros!...

El argumento se enreda.

En una escena, el inglés trata de envenenar á la inocente Berta, después de obligarla á firmar un documento, que no se sabe si es una cesión de bienes ó el parte al juez de guardia,

notificándole que se suicida, y recomendándole «que no se culpe á nadie; que se mata por hastío de la vida rural y por el abandono en que la ha dejado un joven matador de novillos.»

Un sujeto de corazón sano aconseja á voces á la chica:

—¡No firmes, que te engaña ese tío!

—¡Silencio, animal! grita otro hombre sano, por lo menos de pulmones.

—Puede que quieras tú que firme, insiste el primero. ¿Llevas parte? Tan bueno serás tú como él.

—¡Fuera! ¡fuera! chillan varios.

Restablecida la paz y ya en silencio el auditorio, dice un individuo de la galería, á media voz:

—Mira dónde está Calvo: allí en la cuarta fila de butacas.

Alude á un señor sin un pelo, que atiende al espectáculo con igual interés que si asistiese á un drama de verdad.

Una carcajada general sigue á la indicación del espectador del gallinero.

El caballero aludido, entre turbado y furioso, toma su sombrero de copa alta y se lo encasqueta.

Sobreviene el tumulto consiguiente.

—¡Eh! ¡eh! ¡caballero!

—¡Que se descubra!

—¡Que baile!

El señor se quita el sombrero, se le coloca en las rodillas y le apabulla de un puñetazo.

Nuevo jolgorio.

Cuando termina, vuelve á atender el público á la representación.

Es en el momento en que el *traidor* invita á la joven á beber una copa de Jerez de González Byas N. P. U.

Allí está el veneno.

—No bebas, la gritan desde la sala, que tiene veneno.

—Que le hemos visto cuando le echaba.

—Sal tú de la concha y mátale, vocean dirigiéndose al apuntador que ha sacado la cabeza para mirar á los espectadores de los altos.

La dama joven vacila.

En el ejemplar dice que *Berta* apura la copa.

Pero teme apurar la paciencia de sus protectores de galería, y duda.

—¡No lo pruebes!

—¡Así, bien hecho!

—Pues se acabó el drama, dice por lo bajo á la actriz el cómico que hace de *traidor*.

La muchacha se decide y apura la copa.

Un rugido de protesta sale de todas las bocas de la concurrencia.

—¡Tonta!

—Te lo estamos avisando... y luego *te morirás*.

—¡Ladrón! ¡infame! ¡canalla!

El inglés exclama con satisfacción:

—¡Ah! ¡mi haber trufado!

Y cae el telón.

El gallinero silba y pide la cabeza del *Milord*.

—Bien dice el refrán: «Los ingleses son traidores á todas las naciones,» ruge un individuo.

La señorita *cursile* opina en su palco:

—Esto es un cúmulo de disparates.

—Pero, hija, ¿para esa gente qué han de representar? Barbaridades, replicó la marmota, digo, la mamá.

—Es que también venimos otras personas que, por nuestras muchas ocupaciones, no podemos asistir á las funciones de noche, como la misma empresa dice en los carteles, y debieran tener consideración con nosotras.

—¡Qué hija tengo! piensa el padre.

Pasa el tercer acto sin más incidente que un suspiro ruidoso y odorífero en el gallinero.

Varios espectadores arreean de palabra al autor del suspiro.

Otros le gritan:

—¡A la cuadra!

—¡A la pocilga!

Berta no ha fallecido.

Ciertos venenos no dan resultado hasta el fin del trimestre, y otros hasta fin del año económico.

Luego que, á las veces, el hombre malo es torpe, y á lo mejor se equivoca.

Y el *traidor* había tomado la copa del tósigo por tomar la otra.

Y muere el *traidor*, al fin del melodrama, retorciéndose con los dolores del interior y renegando de su mala suerte.

Pues, á pesar de ello, suele deber la integridad de su individuo al veneno mortífero.

Porque, en algunos teatros, esperan á la salida al *traidor* varios espectadores de los más honrados y calientes de sangre para administrarle una paliza ó algo más.

He conocido algún caso.

—¿Es usted el *traidor*? preguntó un individuo de los de un pelotón de concurrentes á la entrada general.

—Hombre, no, respondió un tanto alarmado el cómico; yo soy Juanito Fernández, el actor de carácter de la compañía; un vecino honrado y laborioso.

—¿Pero *traidor*?

Gracias á la intervención de la autoridad, pudo escapar *eliseo*, como él decía cuando relataba la aventura, en lugar de decir «ileso.»

EDUARDO DE PALACIO.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

IX

INCRECULICIA

LA hermosa hija de don Roque tenía aún puesto el vestido blanco de desposada; pero aquel atavío, que una hora antes la cubría de riqueza, parecía entonces convertido en un sudario. El raso arrugado y marchito no conservaba su brillantez, la esbelta forma ya no ceñía el talle dibujando sus gentilezas. La desgracia había arrollado aquel cuerpo primoroso y soberbio, ajando bárbaramente sus galas.

Desordenado el negro cabello, nublada la frente, rojos los párpados por las encendidas lágrimas que habían vertido, espantadas las pupilas por la sorpresa del dolor que á traición hería, desencajado el rostro al azote de la convulsión desesperada, tal salía la infeliz doncella de su camarín de



hija mimada en el cual jamás había hecho otra cosa que festejar el antojo satisfecho y sonreír al placer cumplido.

Don Roque, al verla, sintió frío y miedo en el corazón. Toda su entereza le fué necesaria para que el pesar no degenerase en arrepentimiento; si en aquel instante hubiera cedido al impulso del cariño tiernísimo que sentía por aquel pedazo de su alma, habría cogido en brazos á la niña dolorosa y habría salido con ella en busca del hombre á quien acababa de expulsar.

Doblegó su sentimiento bajo el imperio de la reflexión y mantúvose encadenado. Mas el hielo que la voluntad produjo en la mente cristalizó al mismo tiempo una idea desalentadora: el plan que trazaba el anciano era inútil desde el principio; Blanca salía armada contra él. Había escuchado la conversación de su padre con Lope, y aparecíase tratando á éste de enemigo. Claro que para ella Lope habría inventado la calumnia. Creíase dueña de la clave: el despecho y la venganza del pretendiente vencido. La franqueza cruel y ejecutiva que Bermúdez se proponía usar estaba vencida de antemano; el arma se rompía antes de ser esgrimida. El amor ciego y la sospecha envolvían á Blanca en las mallas de la incredulidad.

—No es un enemigo, habló don Roque contestando á la frase de Blanca.

—Sí; es el enemigo, replicó ésta frunciendo las espesas cejas con sombría expresión de rencor.

—¿Nos has escuchado?

—Cuanto habéis dicho. Ahí estuve, oculta detrás de la colgadura.

El banquero seguía devanando en su cabeza el pensamiento de que su plan de batalla estaba deshecho. Sin embargo, como no tenía otro, ni era fácil que lo hallara, se decidió á defender el que tenía, por ver si aún podía hacerlo utilizable.

Sentóse con su hija en un confidente.

—¿Piensas que Fuentevera es el autor de lo que ha ocurrido?

—Acabo de descubrirlo ahora.

—Te has engañado, hija mía.

—No; si lo oí bien claramente. Ese hombre puso los ojos en mí, le desdeñé; su vanidad quedó herida, y ha querido vengarse. Él es el enemigo mío, el tuyo, y sobre todo el de Paco. Le tuve por un caballero, y pensé que enfrenaba noblemente su contrariedad; pero ya ves lo que ha hecho. Trajo á nuestra casa la calumnia, inventó patrañas, ¡y tú le has creído!

—No es cierto eso, hija mía... Atiende, mira...

El pobre padre, deshecho en afán de persuadir á su hija, la atraía hacia su pecho, la estrechaba dulcemente entre sus brazos, y la cogió para sentarla en sus rodillas.

—Mira... continuó diciendo. ¿Presumes que dí crédito á lo que Fuentevera vino á denunciarme? Pues no fué así; no le dí crédito. Yo también supuse que le movía el deseo de vengarse. No le creí. ¿Sabes tú á qué he dado crédito? A lo que he visto yo, á lo que he tocado. Hasta que me convenció mi propio testimonio... ¿entiendes?... hasta que me herí yo á mí mismo poniendo la mano en las espinas de la realidad, no tuve el valor de decir: «Ese hombre adorado por mi hija, es un miserable.»

Entre caricias, entre frases blandas, derritiendo el cuitado su ser entero, bañando á la criatura incrédula en miradas de amor, envolviéndola en abrazos, cubriéndola de besos, empezó á relatarle cuanto había descubierto sobre la vida, el carácter y los sentimientos de Paco Dulce. Las costumbres viciosas, el alma fría, la desaprensión clínica, el cálculo codicioso, el escarnio, la traición y la ignominia. ¿Qué objetaba ella á esto?... ¿Que nada importaba? ¿Que eso era aturdimiento, locura de joven mal criado, de calavera irreflexivo?... Sí; él, don Roque, también lo pensó, juzgando al malvado con la misma benevolencia. Él también decía: «Mi hija le cambiará... ¡No es tan malo cuando se ha enamorado de mi Blanca!»

¡Oh, pero es que el vil no estaba enamorado, no!... Es que no amaba á la pobre niña...

Y don Roque temblaba al decir estas razones; reducía la voz, suavizaba el acento para pronunciar aquellas palabras venenosas.

Llegó, por fin, á la revelación decisiva, á la prueba elocuente, á lo que sublevaba, y revolvía, y ponía á un padre en la necesidad de acometer, de reñir, de rechazar el asalto que se daba á su honrado y feliz hogar. La carta dotal en manos de logreros y rufianes. ¿No era esto el colmo? ¿Cabía más repugnante comercio? ¡El hombre amado convertido en mercader; el prometido esposo manchando el nombre de su prometida; la santa unión de dos seres hecha una granjería de millones, pregonada en la almoneda, ofrecida al empeño como la prenda vil que ha de ir á venderse en el Rastro!

Nada más ocioso que aquel discurso. Blanca se mantenía incrédula.

—Te han engañado, papá, dijo al callarse ya don Roque, fatigoso, postrado, lleno de desconsuelo, porque reconocía lo estéril de sus esfuerzos.

—¡Por Dios, Blanca, gloria mía! exclamó vertiendo lágrimas.

—Te han engañado. Paco no es un canalla. El canalla es ese hombre que calumnia y difama.

—¿Y lo que yo he visto?

—Mentira todo. Lo que tú has visto lo han amañado para que lo vieras.

—¿Y si lo vieses tú? gritó el padre desatinado, puesto ya de pie, agitando sin advertirlo el brazo y todo el cuerpo de su hija.

—¿Si lo viese yo?... repitió ella en ademán pensativo.

—Sí. ¿Despreciarías á ese hombre funesto?

—¡Si yo viese probado!...

—Que es un infame.

—Que no me quiere.

—Eso; que se burla de tu cariño. ¿Le aborrecerías?

Blanca se quedó un momento callada.

Después levantó la cabeza.

—No sé, dijo; pero házmelo ver.

—¡Oh, sí! exclamó el banquero. Tú eres digna y habrás de aborrecerle.

—¿Harás que yo vea esas pruebas?

—Sí; aunque te destroce el corazón. Yo he de ponerte en la necesidad de que te convenzas.

Acompañó á la niña hasta la puerta de su cuarto. Ella entró y se dejó caer en una silla, junto á la ventana que daba al jardín y por la cual trepaban enredaderas.

Oprimióse las sienes y murmuró:

—Todo es mentira. Mas si no lo fuera...

Detúvose aquí, cernió dentro de su cerebro su pensamiento y pronunció, al cabo, en voz baja, íntima, como un eco que sonara en su corazón:

—¡Le quiero mucho, le quiero mucho!

X

¿.....?

Don Roque Bermúdez se apercibió á luchar denodadamente. La resistencia de Blanca á dejarse persuadir de la maldad de su amado, ya produjo en el padre extremos de la pasión y exacerbaciones de la porfía.

Resolvióse el banquero á prescindir de toda piedad con la niña incrédula. Disponíase también á no respetar miramientos sociales, si ello era preciso. Vivía como en obsesión cons-

tante, y el espíritu malo que le acompañaba, que mantenía vivo su furor, que le acuciaba en su propósito agresivo, era el de Paco Dulce, aquel hombre falaz y bajo que amenazaba ser el ángel exterminador de su casa, de su fortuna, de la felicidad entera de la pobre niña.

El señor de Bermúdez había confiado á Lope Fuentevera la impresión que sacó de su conferencia con Blanca.

—Hay que poner delante de los ojos de esa rebelde toda la miseria de su fascinador, aun la más repugnante.

—No ha de ser eso difícil, respondió Lope lleno de gozoso ardimiento.

Y decididos ambos aliados á dar una batalla tras otra, á sostener una lucha perpetua de guerrillas, á perseguir sin cuartel y á acosar sin descanso al enemigo, comenzaron una labor de pesquisas, en la cual no todo eran ardidés nobles y procedimientos de buena ley. Fuentevera tomó para sí la dirección del ojeo, y organizó una policía de truhanes pertenecientes á todos los grados del escalafón social. Los casinos, las timbas, los lugares de ostentación y holganza se llenaron de sabuesos que iban olfateando para descubrir el lobo.

Pero ocurría una cosa extraña: el lobo no se dejaba ver en ninguna parte, ni siquiera se descubría rastro de él. En Madrid nadie daba informes de Paco Dulce.

La ilustre familia de la *Bombonera* no había vuelto á saber de él desde la escena del comedor, siguiente al fracaso de la boda. Ausencias por el estilo eran frecuentes en las costumbres de Paco, y por la de entonces no se inquietaban los nobles y reposados deudos. Únicamente don Luis Eugenio se acordaba de su hijo en aquella ocasión más que en otras, porque echaba doloridos cálculos sobre lo que el muchacho habría podido sacar del empeño ó de la venta de las joyas, y tenía el hombre para sí que el joven las habría malbaratado, y al buen señor le estaba haciendo en aquellos momentos mucha falta el piquillo que en la operación se habría desperdiciado sin duda.

Por lo demás, en el angosto hotel del barrio de Pozas continuaba la vida deslizándose entre grandezas engañosas y apreturas verdaderas. Papá, mamá y las niñas seguían esperando con supersticiosa confianza los dos acontecimientos que habían de redimirles, sin que ellos supieran por dónde, cómo, ni cuándo habían de venir. Esos dos acontecimientos eran el cambio político que había de volver á sentar á don Luis Eugenio en su trono de consejero, y el matrimonio del primogénito, que había de traer la inundación del Nilo á los sedientos terrones de la calle de Ferraz.

En el Casino, en los círculos, en los palcos del Circo de Parish y del Príncipe Alfonso, tampoco se sabía una palabra. Nada en ninguna parte.

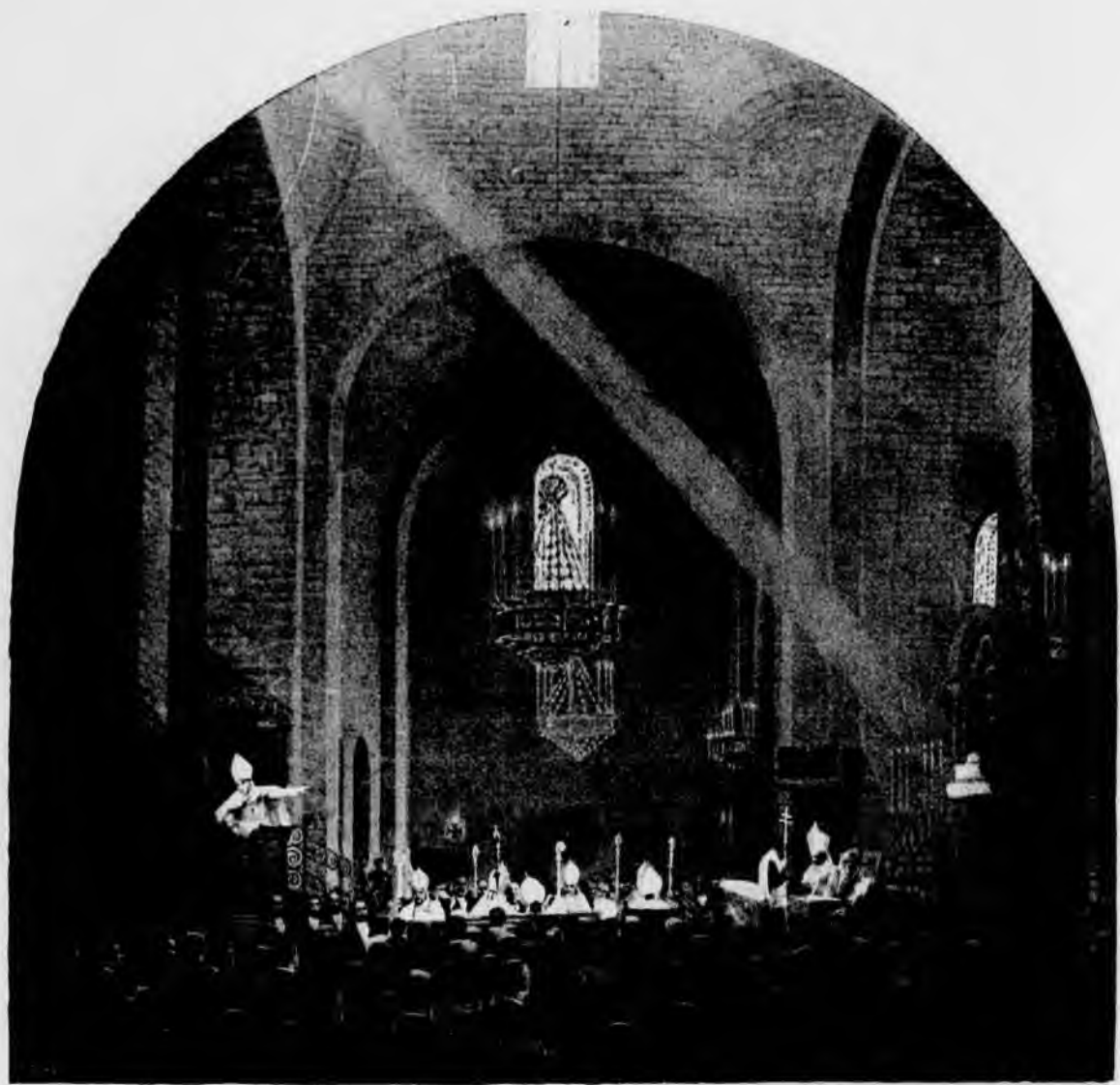
A su tiempo cundió, según era natural, la noticia del duelo, y todo Madrid se había enterado, con un movimiento de simpatía, de que Dulce había levantado la tapa de los sesos á su adversario. Pero nadie atribuía la desaparición del mozo á aquel lance. Éste no había tenido consecuencias. Los periódicos de la noche publicaron esa ingeniosa combinación de sueltos en los que se habla primero de un lance pendiente, luego se anuncia que ha quedado caballerosamente zanjada la cuestión de honor, y, por fin, se dice que examinando unas armas en un hotel de las Ventas ó en otra parte aislada, el señor X ha tenido la desgracia de herirse ó de matarse. Se instruyeron diligencias, los padrinos declararon lo de la desgracia, y fué enterrado el muerto, y el juez sobreseyó.

El duelo no era, por lo tanto, la causa que había ahuyentado ó hecho esconder á Paco Dulce.

—¿Dónde estaba?

Las gentes se olvidaron pronto de repetir esta pregunta, que en los primeros días de la desaparición no se les caía de los labios á los curiosos y desocupados; pero don Roque Bermúdez y Lope Fuentevera al cabo de un mes todavía se la dirigían con extrañeza y ansiedad.

—¿Dónde estará ese hombre?



LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE RIPOLL EN LA FUNCIÓN DEL DÍA 2 DE JULIO DE 1893

DIBUJO DE JOSÉ CABRINETY

En ciertos instantes habían concebido la idea de que aquella ausencia súbita é indefinida pudiese ser una retirada; mas ninguno de los dos aliados dió asenso á la sospecha. Ambos conocían de sobra al personaje y estaban seguros de que no había de renunciar á la conquista de los millones.

—Volverá, se habían dicho el uno al otro.

Y le aguardaban, sin levantar las trampas, ni recoger las escuchas.

Pero, entretanto, ¿dónde estaba?

Sospechosos de que no se tratara más que de una maniobra para sorprender con cautela á Blanca, y conseguir su complicidad en algún plan de raptó ó secuestro, don Roque se puso ojo avizor. Nada llegó á ver; ni carta, ni seña, ni mensaje; ni un criado vendido, ni una amiga sospechosa, ni huella la más leve de que entre los dos separados amantes existiese ningún género de inteligencia.

Y así era, en efecto.

Blanca no había vuelto á saber de su prometido. En los primeros días, después del rompimiento, durante la crisis de la sorpresa y del dolor, se puso á esperar la llegada de una nueva, que por cualquier conducto inopinado fuese á darle fe de la constancia del hombre querido. Silenciosa, estoica en la apariencia, sin fiebres ni enfermedad, una vez pasado el casi instantáneo efecto del asombro que la rindió al anunciarle su padre que la boda se deshacía, aquella niña de corazón llameante y de carácter enérgico vivía encerrada en su invencible resolución: amar á Paco, ser suya á todo trance, llevarle en el pensamiento, ya que no podía desvanecerse en sus brazos, y aguardar sin más violencia que la de aquella quietud armada la ocasión en que pudiera domar á sus pies la fiera de las circunstancias.

Negaba á su padre toda razón para oponerse al casamiento, pero no le creía culpable. Juzgábale engañado por Lope Fuentevera; ése, el pretendiente desechado, el postulante aborrecido, ese era el enemigo, el traidor, el causante de todas las desventuras, y el alma de la niña, necesitada de un blanco al cual dirigir los dardos que forjaba su solitario encono, asestábalos todos contra el altivo aristócrata de la banca, aquel hombre olvidado de sus negocios, de sus grandezas, de su jerarquía en los círculos financieros para consagrarse á la persecución de un amor sin esperanza.

Blanca tenía una fe absoluta en que las calumnias fabricadas contra Paco Dulce habían de desvanecerse, y en el fondo de su mente centelleaba sin cesar la idea risueña del triunfo. Respetaba á su padre, y nada se proponía hacer en su agravio, fuera de la resistencia pasiva que estaba manteniendo.

También ella se dirigía sin cesar la pregunta:

—¿Qué habrá sido de él?

Y también ella se daba á sí misma la seguridad de que Paco volvería, pero no engañador y sórdido como le esperaban Bermúdez y Fuentevera, sino rendido, fiel, caballero, portador de glorias, según ella le había creado á la luz mágica de la ilusión y con la fina arcilla que el amor cincela.

Pero Paco no venía.

Blanca, como su padre y como su amante desdeñado, buscaba á todas horas el indicio que la socorriese en medio de su esperanza. Horas largas permanecía junto al balcón de su cuarto, detrás de las persianas, mirando á la calle con el afán de ver pasar al hombre suspirado; por la noche, asomábase á la barandilla y aguardaba la madrugada registrando en la oscuridad, creyendo que del misterio surgiría la voz, el ruido, la chispa, el rostro gentil y tierno del escogido del alma.

Y no venía Paco. Ni en el rostro de los criados, ni en sus palabras, descubría Blanca la señal de que alguno tuviera complicidad que ofrecerle, ni confianza que pudiera serle ayuda.

En los tres personajes interesados en el suceso dominaba la misma perplejidad y zozobra.

—¿Dónde estaba Paco?

Preocupados, aunque con tan opuestas miras, por el mismo pensamiento, veíase en el rostro de cada uno cierta expresión mezclada de extrañeza, inquietud y anhelo, que traducida en signos ortográficos podía exteriorizarse de este modo:

—¿.....?

Una interrogación vaga y ansiosa, detrás de la cual aparecía también escrita una afirmación terminante:

—¡Volverá!

(Continuará)





CONSAGRACIÓN DE LA IGLESIA RESTAURADA DE SANTA MARÍA DE RIPOLL

DIBUJO DE RAMIRO LORENZALE

Son muchas las iglesias que están sólo bendecidas y que por lo tanto no se han verificado en ellas las largas ceremonias que según el ritual romano deben verificarse para la consagración. El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich, á quien se debe, conforme hemos dicho repetidas veces, la restauración del admirable monumento románico de Ripoll, quiso que al ser devuelto al culto católico, fuese consagrado, como probablemente lo fué también en las dedicaciones verificadas desde los tiempos de Vifredo el Veloso hasta la época del abad y Obispo Oliva. La ceremonia se llevó á cabo con la mayor solemnidad, practicándose puntualmente, como es de suponer, todos los actos que prescribe el rito, y entre los cuales se halla el de trazar en el suelo sobre ceniza los alfabetos latino y griego. Fueron prelados oficiantes en la consagración los Excmos. é Ilmos. señores, Dr. D. José Morgades y Gili, Obispo de Vich, doctor D. Francisco de Asís Aguilar, Obispo de Segorbe, y Dr. D. José Massaguer y Costa, Obispo de Lérida. Las dos terceras partes de las ceremonias se hicieron á puerta cerrada, conforme lo previene el pontifical de obispos: á la última se admitió á los fieles, y ésta es la que reproduce con gran maestría, con toda su grandiosidad y de un modo fidelísimo, el lápiz del joven artista Ramiro Lorenzale, en el dibujo que damos en este número y que constituye una página interesante en la crónica de la restauración de Santa María.

BISONTE ATACADO POR LOBOS

ESCULTURA DE JOSÉ CAMPENY

El autor de este grupo se ha dado á conocer repetidas veces por su fogoso talento. Busca las dificultades para vencerlas ó cuando menos para intentarlo. Y muchas veces ha salido triunfante en el empeño. Tal es el caso en el grupo que va en este número, y en el cual Campeny ha hecho alarde de su valentía en el componer y en el modelar. Todo es valiente en esta escultura. El bisonte, que está tratado con gran soltura y con detenida observación del animal, y los lobos, que se revuelven furiosos para sujetar á la fiera, habiéndolo ya logrado en mucha parte. Cada lobo es un estudio muy detenido y feliz de estos animales carnívoros. El movimiento de

cada uno de ellos está hallado con gran acierto. La variedad de líneas que ofrecen merece llamar la atención, como también la riqueza de efectos de claro oscuro que se descubren en el grupo contemplado en conjunto. Si se atiende á los pormenores, sin pecar de minuciosa la escultura de Campeny, los tiene en número bastante á dejar probado que no descuidó su autor rasgo alguno que hubiese creído de algún valor bajo el concepto de la expresión del grupo y bajo el concepto también del arte. Esta obra ha sido fundida en bronce con suma perfección en la fundición artística de don Federico Masriera, que va adquiriendo merecida reputación en la especialidad. Hízose *à cera perdida*, procedimiento que conserva mejor que ningún otro los detalles finos del original.

LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE RIPOLL EN LA FUNCIÓN DEL DÍA 2 DE JULIO

DE 1893

DIBUJO DE JOSÉ CABRINETY

Inauguróse la iglesia de Santa María el día 2 de Julio con una solemne función en la que se cantaron los Divinos Oficios y predicó el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Seo de Urgel, Dr. D. Salvador Casañas. Este momento ha presentado con gran fortuna el artista Cabrinety, en el dibujo que publicamos en este número. La impresión que causaba el templo se halla perfectamente reproducida. Dominaba en el crucero el grupo formado por los Prelados, y junto á él descollaba el altar con el riquísimo mosaico regalado por S. S. el Papa León XIII. En el instante del sermón las miradas se dirigían hacia el púlpito, construído con maderas preciosas de Indias, regalo de los PP. Jesuitas, para escuchar la divina palabra de boca del expresado señor Obispo. Todo esto se ve en la lámina. En ella aparece igualmente la portentosa grandiosidad de la iglesia de Santa María de Ripoll. No hay exageración en las proporciones de aquella nave y de aquella bóveda: de la misma manera se ofrece en la realidad ante los ojos. No es de extrañar, pues, la impresión que la iglesia produce al penetrar en ella. El espíritu queda sobrecogido; el hombre se siente pequeño; mas pronto esta suerte de anonadamiento se trueca en expansión inefable que se eleva al trono de la Santísima Virgen y de su Divino Hijo. La belleza y la sublimidad se dan la mano en la iglesia de Santa María de Ripoll.



Sombrero Viro

El verano hermoso que disfrutamos da á nuestras fiestas una singular brillantez, á la cual no están acostumbrados nuestros ojos. Las *toilettes* claras en tejidos aéreos, los sombreros de paja de tintas pálidas, llenos de flores, triunfan en todas las reuniones al aire libre y estarán muy en boga, durante este estío, en los casinos de las estaciones balnearias á la moda.

Worth ha compuesto para estas distintas etapas caprichosas *toilettes*, muy nuevas por el corte y por los adornos.

Para las recepciones diurnas, los *five o'clock* y las *garden-parties*, he ahí un vestido que reúne marcado sello de elegancia. Es de faya Luis XV, estampada con ramos de flores sobre fondo crema; los volantes que adornan la falda llevan entredoses crema con un dobladillo de la tela del vestido. El cuerpo, de difícil descripción, tiene la mitad de encaje y la otra de seda con grandes mangas y cinturón de faya verde, que se emplea también en el cuello.

Otro traje más severo y no menos bonito está confeccionado de *barege*, color *prune de Monsieur*, adornado en la falda con volantes orlados de encaje negro y terminado á

cada lado del delantero por medio de grandes lazos de raso negro. El cuerpo muy flojo, también en *barege*, va realzado por una valona de muselina incrustada de punto viejo, de dibujo muy gracioso, y sujeto al escote por un cuello de terciopelo verde primavera. Las mangas enormes van cruzadas por entredoses de encaje. Un ancho cinturón de faya escocesa ciñe el talle y se anuda detrás ó cae en largas caídas sobre la falda.

Si Worth cambia y renueva sin cesar nuestras *toilettes*, Viro lleva á cabo todos los días la renovación de nuestros tocados, de modo que lo nuevo hace un mes parece ya pasado de moda al lado de las invenciones recientes. Las pajas de todos los matices, verde pálido, malva, rosa ú oro, procuran á Viro materia para las más caprichosas y graciosas fantasías. El encaje de aplicación, las flores y los lazos de cinta de seda Luis XV ó tafetán tornasolado, se transforman en sus manos en adornos exquisitos.

Vaya como ejemplo un sombrero, de una graciosa coquetería, en paja rosa, forrado de paja verde, cubierto de encaje de aplicación plegado y sujeto al casco por medio de terciopelo negro. Dos lazos del propio terciopelo van á cada lado y un hermoso penacho de plumas, color de paja, se alza por delante, como una *aigrette*.

De paja fantasía, trigo maduro, está hecho otro encantador modelo. Un velillo de encaje se halla plegado en las alas y anudado detrás. Adorna la parte delantera un bonito lazo de faya antigua, fondo verde, con flores estampadas.

Para el campo y las aguas le sienta bien al rostro el gran sombrero de paja *bise* con doble volante de encaje y lazo de lo mismo orlado de paja.

Indicaremos todavía dos exquisitas novedades: el sombrero Walkiria en paja de oro, casco puntiagudo, surmontado de alas blancas y muselina de seda blanca, sujeta en forma de *choux* por medio de anillas de azabache, y el embelesador sombrero Greuze, hecho de paja de Italia y guipure, y como adorno un gracioso lazo Carlota Corday, en cinta crema, cuadriculada de rosa, verde ó malva.

En contestación á cartas que recibimos todos los días, vamos á dar un consejo utilísimo á las lectoras de nuestras Revistas, que cuidan de equilibrar bien su presupuesto. Existen en París casas especiales para todo, ya se trate del vestido, ya del mobiliario, y se obrará siempre bien dirigiéndose á estas casas, que con frecuencia dan los artículos más baratos que otras y que se distinguen por venderlos mejor confeccionados.

Para los vestidos de los niños, cosa que nos consultan repetidamente las mamás, nunca las recomendaremos bastante que acudan preferentemente á una casa de trajes para niños, como la de M.^{me} Thirion, por ejemplo, que procura á sus parroquianos no sólo tejidos excelentes, de buen tinte, á precios razonables, sino que además viste á los niños á la perfección y siempre con trajes muy sencillos.

Las madres que se ocupan en el vestido de sus hijas encontrarán en aquellos salones numerosos modelos para todas las edades, entre los cuales podrán escoger, con la seguridad de ver á sus hijas vestidas propiamente y á su gusto, lo que no sucede siempre en las casas de vestidos para señora, que tienen tendencia, por lo regular, á vestir á las niñas con trajes superiores á su edad. M.^{me} Thirion da al cuerpo y á todo el vestido el aire que le conviene, según la edad de la niña. Sea cual fueren la forma y el modelo que se elijan, el busto del niño ó de la niña queda libre, el pecho no resulta oprimido y de este modo se facilita una buena conformación.

Y digamos ahora algo sobre las modas masculinas, pues no es asunto de que tengamos olvidados del todo á los hombres. Es sabido que Inglaterra, desde muchos años, da el tono y el corte en las modas masculinas. Por esto nos hemos dirigido á uno de los primeros sastres ingleses y hete ahí sus indicaciones.

En el campo, por la mañana, durante los fuertes calores que ahora sentimos, es muy elegante vestir pantalón y americana de seda cruda, con camisa de foulard y cinturón de seda oscura. El cinturón no ha de comprarse hecho, sino que debe consistir en una larga faja de tintas variadas á la que se da vueltas en la cintura. Está en predicamento este año la seda escocesa con tintas Loie Fuller. Con esta faja es de rigor el uso del pañuelo anudado al cuello y



Traje de M.^{me} Lipman

cayendo hasta la cintura. El sombrero de paja natural y los zapatos de cuero pardo completan el vestido del campo.

A orillas del mar, adonde acude lo más refinado de la sociedad, exige la moda una apariencia de *negligé*. Este año se llevan la preferencia los tejidos llamados *chip*, ligeros y sólidos, tejidos con lana blanca natural, con dibujos á cuadros ó á rayas muy delgadas, de color marrón, azul marino ó amarillo. El pantalón se lleva muy largo, pero los *gentlemen* más elegantes se lo doblan por el extremo, lo cual constituye en el día una verdadera patente de elegancia.

El traje *negligé* de la mañana en la playa se convierte en traje muy cuidado por la noche en la comida ó en el casino. Para la comida ó para un simple paseo por la terraza del casino bastará con la levita de vicuña gris. Para el casino, durante la noche, es indispensable el *compromis* ó vulgarmente *smoking* en cheviot fino, corbata de raso negro, ancha, si bien no con exceso. La seda en las solapas está todavía muy de moda. El sombrero flojo con la cifra en el borde y forro de raso muy bien confeccionado. El calzado barnizado, y calcetines negros; guantes de cabritilla, tinta crema ó gris muy pálido. Una flor en el ojal continúa privando entre los elegantes, quienes hoy dan la preferencia al clavel blanco. Uno de los mejores sastres ingleses hace confeccionar, para la venidera estación, un tejido nuevo, muy velludo, de un color gris de hierro, casi negro, con el que hará elegantes *smokings* con vueltas de seda negra, lo cual constituirá el *non plus* de la moda masculina.

Nuestro primer figurín representa un sombrero juvenil y coquetón de Viro, calle de la Paix, 12, de paja fantasía oro, muy cerradas las alas por delante y sujetas por un lazo de raso tornasol ó terciopelo, y con dos antenas adornadas de pedrería.

Nuestro segundo figurín reproduce un vestido para el campo de M.^{me} Lipman, 2, rue de la Paix, hecho de *foulard* fondo rosa, con pequeños dibujos negro y crema. La falda, acampada, tiene abajo un volante de tul bordado, y entredoses. Las mangas muy sopladas y el cuerpo fruncido van adornados con iguales entredoses. El cuello, la chorrera, el cinturón con un gran lazo y el brazal de las mangas están confeccionados con terciopelo negro.

El sombrero que acompaña á este vestido es una de las hermosas invenciones de M.^{me} Julia, 7, boulevard des Capucines. Es de paja de arroz, de fantasía, rodeado el casco de rosas, sujetas por un lazo de faya crema. Las alas van forradas de encaje.



MESA REVUELTA

VAMOS á indicar un procedimiento muy sencillo y curioso que permite descomponer los rayos luminosos de la llama de una bujía ó de una lámpara.

Basta para ello disponer de un espejo de cualquier tamaño. El prisma empleado por Newton en sus notabilísimos trabajos sobre la composición de la luz blanca resulta inútil. Échese suavemente sobre la superficie del espejo el aliento y coloquémonos en seguida á la distancia de algunos pasos del espejo, procurando al propio tiempo situar la llama objeto del experimento entre ambos ojos y muy cerca de la cara. Si en esta situación se mira el espejo, se verá la llama menos viva á causa de la opacidad producida por el aliento en la superficie del espejo, y al mismo tiempo rodeada de dos series de bandas coloradas. Cada banda comprende todos los colores de que se compone la luz proyectados en el espejo, sucediéndose por orden desde el violeta al rojo, á partir del interior de la imagen hacia el exterior de la misma.

Si se quiere que la luz no incomode, empléese una lamparita cuyo mechero pueda graduarse á voluntad, dando mayor ó menor extensión á la llama.

Si se hace uso de una lámpara de alcohol, las bandas observadas serán completamente amarillas si el alcohol empleado contiene una disolución de sal marina; rojas, si la sal marina se ha sustituido por el cloruro de estroncio... etc., etc.

La persona que haga el experimento, variando las condiciones con que éste se efectúe, podrá ir estudiando las curiosas apariencias que el fenómeno presenta y buscar la causa que las produce. Por ejemplo, cerrando el ojo derecho desaparecerá la serie de bandas coloradas situadas á su izquierda...

Si se construye un higrómetro, de modo que una de sus paredes sea un espejito, la aparición en éste de las bandas coloradas indicará que el instrumento señala el grado máximo de humedad... etc., etc.

En fin, el lector podrá modificar y variar á su gusto esta serie de recreos que el experimento puede procurarle.

Un labrador tenía dos hijos á quienes quería entrañablemente. El padre murió dejando á sus dos hijos un campo por toda herencia. El mayor se fué á la corte y llegó, no por su mérito, que era muy escaso, sino con sus intrigas, sus bajezas y sus adulaciones, á hacerse el favorito del príncipe. El menor, sin envidiar la suerte brillante de su hermano, cultivó el humilde campo de su padre, y vivió contento con el trabajo de sus manos.

Un día el cortesano, que había ido á ver á su hermano menor, le dijo:—¿Por qué no aprendes á agradar? Si quisieras ser un poco lisonjero no tendrías que trabajar como ahora para vivir; pronto te harías lugar en la corte, en la cual yo te procuraría un empleo eminente. — El hermano menor le respondió sensatamente:— Aprende, hermano mío, lo mismo que yo, á trabajar, y no te verás obligado á ser esclavo.

Un príncipe, niño aún, se paseaba un día con su ayo en una floresta. Un ruiseñor que cantaba llamó la atención del niño real, y como era niño y príncipe, quiso cogerlo con sus manos para ponerlo en su pajarera; mas el ruido que hizo para alcanzarle ahuyentó al ruiseñor. Estuvo un momento triste y silencioso el principito, y dirigiéndose luego á su ayo:—Quisiera saber, le dijo, por qué el más amable de los pájaros permanece siempre en el fondo de los bosques, en una soledad profunda, mientras que mi palacio está lleno á todas horas de gorriones, de golondrinas y de otras aves que valen mucho menos que él.—La razón es muy sencilla, respondió el ayo—el cual aprovechó esta ocasión para dar á su discípulo una lección que podría serle muy provechosa con el tiempo;—los necios saben siempre darse á luz; el mérito se oculta; los hombres de mérito es preciso las más veces irlos á encontrar.

Enseñando un baturro á otro la fuente del Loro en Zaragoza, le dijo:

—*Chiquito, mia* nuestro padre Adán.

—*¡Quid!* si es el dios *Nocturno*.

—*¡Qué más da!* ¡los dos *jucron* apóstoles!

Un francés, en la guerra de la Independencia, después de ajustar una libra de carne, no la quiso. El aragonés que la vendía creyó que el gabacho lo entendería perfectamente terminando en *é* las palabras, y le dijo:

—*Vu la llé...* que es *bué...* de *ové...* y no *tié...* *hué...*

Los vecinos del pueblo, muy alarmados, quisieron matar al cortante, porque se había afrancesado, pues hablaba con tanta corrección y facilidad la lengua del odiado extranjero.

El callo es una especie de dureza ó excrecencia tuberosa parecida á una verruga aplastada, que crece sobre los dedos y planta del pie, y alguna vez entre aquéllos, particularmente entre el cuarto y quinto, producida por la compresión del calzado, cuando éste es muy estrecho y demasiado corto; por el contrario, sien-

do demasiado ancho, juega el pie dentro, y los pliegues de las medias poco tirantes forman los callos cuando se camina sobre un piso desigual, duro, escabroso y cónico. Entonces la frotación continua del zapato y pliegues de la media sobre los dedos ó sobre la planta del pie determina un punto de irritación de que resulta un callo ancho y doloroso.

Tan luego como se observa que se forma un callo se cortará con unas tijeras ó con una navaja de afeitar, ó, lo que es mejor, se arrancará con la uña, si es posible, y de esta manera no renacerá ya. Pero si la excrescencia tiene tiempo para extenderse y echar raíces, será en vano cortarle si no se saca la raíz.

Para hacer incombustible el papel, no hay más que pasar sobre el mismo una disolución de alumbre en tres partes de agua, cuando está en hervor y cargada de sal, y hágase secar.

El tiempo agranda todo aquello que no destruye.—
GUIZOT

La condición mas importante de un hombre no es ni su patrimonio, ni sus conocimientos, ni su talento, sino su carácter.—DOCTOR BRETONNEAU.

El medio de hacer que una mujer reconozca nuestra superioridad consiste en demostrarla que sabemos prescindir de ella.—ARMANDO HAGEN.

Amar á alguno es quitarle el derecho y darle el poder de hacernos sufrir.—CONDESA DIANE.

La gente no es aficionada á las historias en las que no entra para nada el sentimiento.—EL ABATE ENRIQUE PERREYRE.

¿Quién se atreve á mirar el sol? Nadie, á menos que haya un eclipse.—SÉNECA.

La vida es corta, pero la desgracia la prolonga.—
PUBLIO SIRUS.

Es preciso la vida entera para aprender á vivir y (esto te causará alguna extrañeza) para aprender á morir.—SÉNECA.

El precio real de las riquezas está en las cualidades morales del que las posee; para el que las emplea bien son un bien; para el que abusa de ellas son un mal.—
TERCUCIO.

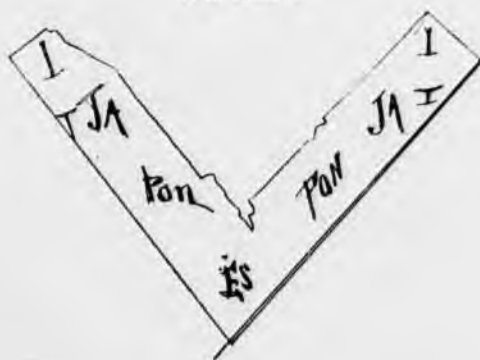
Cuando la fortuna nos acaricia es que nos quiere engañar.—PUBLIO SIRUS.

El medio más seguro de probar la sinrazón de la fortuna, es el valor de la adversidad.—SÉNECA.



Soluciones al número anterior:

A la charada:



Al rombo:

E
A N A
E N C I A
C L A U D I O
M A L V A R O S A
C A L E N D A R I O S
E N C U A D E R N A D O R
I S O M O R F I S M O
S E C U N D I N O
G I R A S O L
C E D R O
S O L
R

CHARADA

La primera un nombre propio que he traducido al francés, y la segunda la emplea mucho aquel que no habla bien.

Mi segunda con tercera tiempo es del verbo ceder, y el todo de mi charada dulce nombre de mujer.

F. ANGLADA, de Velez-Málaga.



A ORILLAS DEL PRECIPICIO

(CONTINUACIÓN)

A la llegada de Carlitos de casa de su tía Mercedes, procuró serenarse y ocultar la tempestad que rugía dentro de su alma. El niño, por su parte, siguió puntualmente la lección de su tía, que le encargó que no dijese á nadie, ni á su madre, la visita que había hecho á Luciano, so pena de disgustar á los Reyes, que pasarían de largo sin dejar en el balcón los ansiados juguetes. Tenía, sin embargo, el angelito, muchas ganas de charlar; pero Amalia, temiendo que la vendiese su dolor, pretextó un ataque de jaqueca y se encerró en su cuarto, dejando al niño al cuidado del ama de llaves y de la niñera, que eran de su confianza.

Así pasó una hora, esperando con sobresalto, la llegada de Luciano, pero en vez de venir Luciano, vino un criado para advertir que no le aguardasen, porque comía en el Club. Este inesperado golpe acabó de sacarla de quicio, viendo en él la confirmación de las revelaciones de Juanito. El pérfido no tenía valor para arrostrar su presencia, en el momento preciso en que se preparaba á cubrirla de lodo. ¿Quién sabe si en vez de comer en el Club habría ido á celebrar algún innoble festín con la ninfa de taberna, adelantando la hora fijada en el programa? Ya desde aquel punto Amalia se encontró completamente dominada por la ira y el ansia de averiguar con sus propios ojos la tragedia de su felicidad y de su decoro. ¿Qué haría después? En esto no pensaba. Fingiendo que su jaqueca se había agravado, ordenó que diesen de comer al niño y le acostasen á la hora de costumbre, pues ella no se encontraba en estado ni de tolerar la luz ni de llevar un bocado á la boca. Lo segundo era verdad. Al volverse á quedar sola, la tensión de sus nervios la produjo una crisis de sollozos, pero de sollozos amargos que no aliviaron su espíritu, ni fueron, como suele serlo ordinariamente, válvula de desahogo al dolor. Con la vista fija en el reloj pasó todavía una hora de angustiosa agitación, pero sin vacilaciones y resuelta á apurar toda la verdad por el precipitado medio que ella misma había elegido. Sólo cuando al sonar las diez y media salió cautelosamente del gabinete en que se había encerrado, para asegurarse de que todos los criados se encontraban en las habitaciones de la parte de atrás, y después de preparar un abrigo de pieles para echárselo

encima á la salida, se colocó á las inmediaciones de la puerta para esperar la señal; el carácter furtivo, cauteloso, criminal de estos detalles, que en su acaloramiento no había previsto, le acongojaron de un modo tal, que probablemente habría desistido de la loca aventura á tener libertad de hacerlo. Pero ya no era tiempo de retroceder, y por otra parte, estímulos de otro género la empujaban casi contra su voluntad y caminaba al cumplimiento de lo pactado sin conciencia de lo que hacía. Esperó así largo rato, haciendo grandes esfuerzos por vencer su agitación y con recelo á veces de que los latidos de su corazón no le dejaran oír el cauteloso llamar de la puerta. De este modo transcurrió cerca de media hora, la más angustiosa de su vida, sin que en la puerta, á la cual se acercó más, se sintiese rumor ninguno. Amalia consultó temblorosamente el reloj: eran cerca de las once. La esperanza de que Luciano no se hubiese presentado en el café empezó á brillar con luz consoladora entre el negro tumulto de sus pensamientos; pero esta esperanza duró poco. Oyó con alarma pisadas en la escalera, que cesaron al llegar á la puerta, é inmediatamente después el temido llamamiento. Pálida y venciendo su humillación, dió una mirada por la rejilla y abrió á Juanito, poniendo un dedo en la boca para recomendarle el silencio. En la previsión de que Amalia estuviese ya esperándole con el sombrero y el abrigo puestos, sin darle ocasión de entrar dentro, Juanito no se detuvo ni un solo instante y enfiló de puntillas el pasillo hasta llegar á la sala de conversación de Amalia, retirándose á uno de los ángulos. La joven, sin sospechar nada, le siguió de puntillas también, y deseosa de no prolongar aquella entrevista á puerta cerrada, dijo con voz insegura deteniéndose á alguna distancia de Juanito:

—Espere usted un momento. Voy á echarme un abrigo y saldremos.

—No hay prisa, contestó Juanito, con la voz apagada que requería la circunstancia, pero con mímica expresiva. Luciano no ha llegado todavía al café, aunque no puede tardar. Tenemos tiempo.

—¡Cómo! exclamó la joven indignada, pero sin poder disimular su alarma. ¿Es eso lo convenido? ¿Por qué ha venido usted entonces?

Juanito, decidido á no malograr la ocasión, ensayó una postura sentimental y avanzó un paso hacia Amalia. Ésta retrocedió y volvió á reiterar su pregunta.

—¿Y bien? dijo Juanito. Yo no tengo más disculpa que dar á usted que una: el amor. Este es el culpable de no haberme sentido con valor para renunciar á la felicidad de encontrarme con usted á solas en el silencio de la noche, de respirar su aliento, de embriagarme con sus miradas. ¿Qué idea daría á usted de mi pasión si la hubiera obedecido? Abrúmeme usted con su enojo, nada me importa, con tal de no privarme de esta ocasión, por la que he estado suspirando tanto tiempo. No sea usted cruel, prolongando el martirio del más rendido de sus adoradores, que no concibe la vida sin usted.

Las palabras y la actitud de Juanito, en cuyos ojos brillaba el fuego, si no del amor, de otra pasión que á menudo se confunde con él, no se prestaban á equívocos: el hombre venía decidido á sacar de la situación sus consecuencias naturales. El terror de Amalia creció, pero contrabalanceado por otro sentimiento que las primeras palabras de Juanito suscitaron en su espíritu, fortaleciendo su corazón para la resistencia.

—Ya veo claro, dijo midiendo al Romeo de pacotilla con sus ojos indignados, el miserable lazo que usted me ha tendido. Confíese usted que toda esa historia de los amores de Luciano no ha sido más que una indigna superchería, para hacerme caer en esta emboscada.

—No por cierto, exclamó Juanito con un aire de sinceridad que desconsoló á la joven. Juro á usted que no le he dicho más que la verdad. Esa historia la conocen todos los amigos de Luciano, y aun los que no lo son. ¡Si oyera usted qué cosas se decían en el café!

—Pero el caso es que Luciano no ha parecido por allí. Usted mismo lo ha confesado.

—Es verdad; pero á estas horas se encontrará seguramente. Ella, y todos los concurrentes, le estaban esperando.



—¡Vamos á verlo! dijo Amalia, que habiendo medido toda la extensión del peligro, comprendía que lo urgente era sacar de allí á todo trance al peligroso huésped; pero éste, al ver que la joven se dirigía á coger su abrigo, se le atravesó rápidamente en el camino intentando cogerla una mano.

Amalia extendió el brazo con un gesto que, á pesar de su voluntad de atropellar por todo, contuvo al galán; pero los ojos encandilados y la sonrisa de sátiro de éste indicaban claramente que la tregua no podía ser larga.

Pálida, con el seno agitado y con el brazo todavía extendido, Amalia le miró retrocediendo.

—¿Qué pretende usted? dijo con voz sofocada. ¿Será usted tan miserable que quiera abusar de la situación angustiosa en que me encuentro?

—¡Yo abusar! contestó Juanito con aire que desmentía sus palabras. ¡Yo abusar de usted, de quien no deseo más que ser esclavo sumiso; de usted, á quien amo con pasión tan vehemente... tan abrasadora...

—¡Más bajo, por Dios! murmuró la joven al ver que Juanito, con intención ó sin ella, había alzado un poco la voz.

—¿Lo ve usted? exclamó el pillastre con sonrisa cínica y exagerando el tono apagado de su voz. Está usted enteramente á mi disposición, no puede usted alzar la voz, no puede usted moverse...

—¡Cobarde! exclamó Amalia en el colmo de la exasperación y del terror. ¡Si estuviera aquí el que debiera defenderme!

—¿Luciano? Bien atestigua con su conducta que no hace caso del tesoro que tiene en casa. Además, poco hombre sería él para impedirme...

El innoble seductor decía ya esto avanzando hacia Amalia, que retrocedía presa á la vez del susto y de la ira, cuando dos campanillazos que sonaron en la puerta le dejaron inmóvil.

—¡Es Luciano! ¡Es su manera de llamar! dijo Amalia con espanto.

Juanito se puso pálido como un muerto.

—¡Luciano! exclamó mirando á su alrededor y temblando como un perlático. ¿Dónde me escondo? ¡Me va á matar!

—No, ahí no; es nuestro cuarto, dijo Amalia con voz precipitada al ver que se dirigía ciego por el terror á la habitación contigua.

—¡Por Dios! balbuceó el miserable. ¡Que va á llegar! ¡Que aquí hay una tragedia!

Los pasos del criado que venía á abrir la puerta sonaban ya en el pasillo: no había un instante que perder. Movida por la suprema angustia de la circunstancia, Amalia abrió rápidamente el único balcón que tenía la sala, por el que salió tambaleándose el menguado seductor. Después de cerrarlo, se dejó caer en un sillón conteniendo los latidos de su corazón, que parecía querer salirse del pecho.

Un momento después entró Luciano.

Sin haberse quitado la capa y el sombrero, que mostraban todavía algunos copos de la nieve que caía en abundancia, se detuvo en los umbrales de la puerta y dijo, mirando á su mujer, como el que teme ser mal recibido:

—Buenas noches.

—Buenas noches, contestó Amalia maquinalmente, procurando fijar en él sus ojos, que querían irse hacia el balcón.

Luciano se desembozó, dejó sobre una consola algunos paquetes que traía debajo del brazo, echó la capa y el sombrero sobre una silla y se fué á sentar al lado de Amalia.

En otra situación de espíritu, ésta no hubiera dejado de advertir en el rostro de su marido una expresión triste y solemne á la vez que no era en él habitual. Sus miradas eran tímidas y recelosas, algo parecidas á las que Amalia le dirigía. En los rasgos de su semblante se advertía como el cansancio y la huella que deja una gran lucha interior.

—Sin duda no me esperabas... á estas horas, dijo tímidamente como el que cree poner el dedo en una llaga abierta.

Nada más rápido que el espíritu de la mujer para coger al vuelo y aprovechar estas manifestaciones, al parecer insignificantes, que ponen al descubierto un corazón; pero Amalia se encontraba tiranizada por el riesgo de la situación. Detrás de aquel balcón, que tenía á dos pasos, estaba su deshonor, estaba quizá una tragedia y hasta, por una ilusión del miedo, se le figuraba oír el aliento acongojado de Juanito. Obligada, sin embargo, á hablar, procuró por instinto ladear la conversación, contestando á una pregunta con otra.

—¿Cómo has venido á pie en una noche como esta?

—¡Oh! dijo Luciano con voz grave y triste. Te aseguro que esta noche no estaba yo para pensar en coches ni para que me hicieran mella la nieve y el frío. ¡Mira cómo me he puesto!

En efecto, tenía las botas encharcadas y los pantalones llenos de fango.

—¿Qué peso tenías esta noche sobre tu alma, preguntó Amalia arrastrada á pesar suyo por los sentimientos que despertaba en su corazón la actitud de su marido, para olvidar de ese modo el cuidado de tu persona?

—Un peso muy grande, Amalia, un peso del cual tú puedes librarme si continuas siendo para mí la Amalia de otros tiempos.

Pronunció Luciano estas palabras mirando á su mujer con ansiedad que tenía algo de dolorosa. Amalia, que no se sentía con derecho para representar el papel de juez, murmuró con voz insegura:

—Explicate... pues.

—A eso voy, dijo Luciano levantándose; pero antes tengo prisa de dejar cumplida una promesa y de reparar un olvido que me pesa como un remordimiento. ¿No sabes que esta es la noche de Reyes?

Luciano hacía esta pregunta dirigiéndose á la consola, de la que recogió los paquetes que dejó al entrar.

—¡La noche de Reyes! balbuceó Amalia vislumbrando la terrible eventualidad que el aniversario y aquellos paquetes anunciaban, y echando una mirada de angustia al balcón.

—No pasarán los Magos esta noche sin dejar su regalo á nuestro Carlitos, dijo Luciano preocupado con su idea, volviéndose á su mujer y enseñándole los paquetes.

Intentó ésta maquinalmente levantarse é interponerse entre el balcón y Luciano, pero no tuvo fuerzas: clavada en su asiento por el espanto, invocó mentalmente á la Virgen considerándose perdida. Oyó, sin embargo, abrir el balcón y salir por él á Luciano. Todavía pudo rehacerse contra la congoja que intentaba apoderarse de ella, y con los ojos fijos en el balcón, esperó algunos segundos, que le parecieron siglos. Al ver que Luciano volvía á salir solo y cerraba tranquilamente el balcón, la sangre afluyó de nuevo á sus mejillas descoloridas, y por su mente cruzó este pensamiento que hizo en su espíritu el efecto del rayo de sol que penetra en una mazmorra:—Juanito se ha descolgado por el balcón.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Concluirá).



EL ALGARROBO

POTENTE y duro como una peña el tronco, liso y lustroso en sus primeros años, y áspero y lleno de sinuosidades y excrecencias cuando empieza a envejecer; tortuosas é irregulares las ramas que penden hasta el suelo cuando el árbol ha adquirido gran desarrollo; recias, gruesas y pequeñas las hojas, de color verde azulado en su parte superior y ceniciento en la inferior; colgante el fruto, que contiene una pulpa jugosa y simientes chatas y duras; respirando en todo su ser energía y robustez, al propio tiempo que cierto abandono y desaliño, tal es el algarrobo.

La botánica lo clasifica entre los árboles de la familia de las leguminosas y clase de las peripetalias.

Sus hojas no le abandonan durante el invierno. Tiene, pues, hojas perennes, y de él podemos decir, quizá poetizándole algún tanto, aquello de

« conserva de ses fulles la eterna primavera. »

Oriundo de Asia é importado, según todas las noticias, por los árabes en España, como parece indicar su nombre, crece abundantemente en Palestina, Egipto y otras regiones del Norte de África, Nápoles, isla de Cerdeña, Provenza y costa de Levante de nuestra Península, especialmente en Valencia.

No tiene ciertamente el algarrobo el glorioso abuelo del olivo, tantas veces mentado en el Génesis, y símbolo de la abundancia; ni el del laurel, que la antigüedad pagana consagró á Apolo, y con cuyas hojas eran coronados los poetas y los vencedores; ni la excelencia del naranjo, de olímpico fruto y exquisito perfume; ni la belleza de ciertos árboles que, como el almendro, el manzano y otros, anticipada primavera cubre de blancas ó rosadas flores; ni la arrogancia del roble, término de comparación para todo lo que indica fuerza y entereza; ni la elegancia del álamo blanco, de movable y plateada hoja; ni la gallardía del pino; ni la majestad del cedro ó del abeto; ni la gentileza de la palmera.

El algarrobo no es un árbol de cualidades brillantes, no es un árbol de formas atractivas. Es, por el contrario, modesto y oscuro, pero laborioso y honrado; cumple lo que promete y nada más. Es de carácter acomodaticio y poco exigente en sus gustos, dentro de sus

condiciones naturales. No requiere solícitos cuidados, ni grandes dispendios, ni dolorosos sacrificios. Un cultivo sencillo y verdaderamente patriarcal, al alcance de todas las inteligencias y al nivel de todas las bolsas, pues el algarrobo no ha tenido la fortuna de llamar la atención de la moderna ciencia agrícola, quizá á causa de su misma modestia é insignificancia. Dos labores ó rejas (vuelta que se da á la tierra con el arado), una en primavera y otra en el otoño; una poda bien entendida, procurando que el árbol no tenga más ramas que las que buenamente pueda mantener, debiéndose, por tanto, cortar las que se han secado ó carcomido, y las que se ensanchan demasiado, y, si se quiere, algún abono durante los primeros años del árbol, es todo lo que exige, todo lo que requiere, y bien poco es por cierto. Sólo en caso de necesidad deben cortarse las ramas que miran al Norte. Las expuestas al Mediodía se cortarán de modo que el sol (del cual tiene el algarrobo gran necesidad) pueda penetrar bien entre el ramaje. En estas operaciones debe procurarse que el sitio donde se hagan los cortes quede bien liso, efectuándose, siempre que sea posible, en dirección casi perpendicular á la rama.

A cambio de estos cuidados ¿qué da? Sesenta ó más arrobas de fruto el año, pues esto ha llegado á producir un solo árbol de esta clase que había adquirido notable desarrollo. No puede pedirse ni más fecundidad ni mayor desinterés.

El algarrobo vive bien en toda clase de terrenos, ya fértiles, ya áridos; ya llanos y de buen fondo, ya sueltos, altos y pedregosos. Podemos decir que crece en cualquier parte: en la cima de una loma, en las quebradas de los montes, en la grieta de una peña, en la pendiente de una montaña, en el fondo de un barranco, en el borde de una torrentera. Aprovecha admirablemente terrenos que otros árboles y plantas han desdenado. Pero, agradecido ante todo, á mejor terreno, á cultivo más esmerado, á más nutritivo abono, corresponde con mejor y más abundante cosecha. El terreno de secano le sienta mejor que el de regadío.

Como buen meridional huye de los fríos, cuyos efectos le son desastrosos. Dígalo, sino, el terrible invierno de 1830, cuyos fríos, que se han hecho legendarios en

Europa, (se helaron la mayor parte de los ríos aun en naciones de clima templado como España é Italia), causaron la muerte de gran número de estos árboles. En nuestra costa de Levante y en las inmediaciones de Barcelona, fueron muchos los algarrobos que perecieron. Otros inviernos, con sus heladas, han causado, si no la muerte del árbol, la pérdida de una ó sucesivas cosechas.

Aunque poco exigente, según hemos dicho, en una cosa muestra, sin embargo, su complacencia, y es en aspirar las brisas marinas. Conocido es aquel apólogo, en el cual la pita, alejada violentamente del mar, su inseparable compañero, languidece, enferma y muere de pesadumbre y de dolor. Algo de esto podríamos aplicar al árbol de que se trata. En efecto, los algarrobos plantados cerca del mar resultan, en igualdad de circunstancias, más productivos y frondosos que los plantados lejos de él, los cuales se crían como raquíticos y entecos.

Se divide el algarrobo en dos especies generales, que son: algarrobo macho ó judío, y algarrobo hembra. Aquél tiene la hoja menor y más redonda que éste, y las ramas más blancas y derechas. La especie macho se subdivide en algarrobo de flor blanca y algarrobo de flor encarnada. Éste es más fecundo y da mejor fruto; aquél resiste mejor los fríos. Hay una clase de algarrobos que contiene los dos sexos.

La vida de los algarrobos es muy larga, pues los hay que cuentan más de doscientos años. Estos árboles, que el tiempo con su acción desoladora no ha llegado á abatir; que permanecen enhiestos y en pie, cuando han desaparecido civilizaciones, instituciones y gobiernos, bajo los cuales se plantaron; testigos mudos que fueron de tantos sucesos, inspiran cierta veneración y respeto. Pero si el tiempo no les abate, no por esto deja de imprimirles su huella indeleble, pues llegan á viejos medio dislocados; perdido parte del ramaje, que, seco, ha ido cayéndose á pedazos; ahuecado el tronco, en cuyas cavidades crece el musgo y anidan las avispas; con sus raíces al aire pugnando por salir de la tierra, y extendiéndose por ésta como inmensas culebras.

En tal estado suele invadirles la carcoma interna, que es una de las pocas enfermedades que los atacan. Entonces no hay más recurso sino quitar la parte dañada hasta llegar á la sana, y el hacha del leñador con sus redoblados golpes se encarga de librar al árbol de los miembros carcomidos.

El algarrobo se multiplica de tres maneras. Por medio de rama desgajada, por medio de estaca y por simiente. Según el primer método, durante el mes de Octubre se planta una rama en un hoyo, dándole algunos riegos en el caso de que no llueva y abonándola convenientemente. El segundo método es algo tardío. El tercero es el más seguro.

La cosecha se verifica desde últimos de Agosto á fines de Septiembre. Luego que una buena parte del

fruto se encuentra ya desprendido del árbol, á causa de su madurez, empieza la faena por medio de cañas con las cuales se hace caer el fruto no desprendido, y luego se recoge del suelo. Esto debe hacerse muy cuidadosamente para no perjudicar la cosecha del año próximo; por ello es preferible no usar cañas, sino coger el fruto con las manos.

Se emplea el fruto del algarrobo como un excelente alimento para las caballerías, y como pasto agradable para el ganado lanar, vacuno y de cerda. La madera del algarrobo (cuando éste no es viejo) la tienen en mucha estima los carpinteros para confeccionar mangos, palas, cepillos, etc.

El algarrobo es uno de los árboles que más rendimientos da, si se atiende al poco gasto que importa su cultivo, al escaso abono que requiere y á que su fruto se vende casi siempre con facilidad.

Hoy, que la filoxera devasta sin compasión nuestros viñedos; hoy, que otras muchas plagas disputan al atribulado labrador el escaso resultado de su cosecha vintícola; hoy que nuestros caldos, por un conjunto de causas que ahora no es del caso examinar, no logran alcanzar precios remunerables, creemos conveniente y oportuno volver la vista hacia cultivos menos expuestos que el de la vid, en los actuales momentos, á calamidades y á contratiempos.

Se dirá que el algarrobo tiene un grave inconveniente y es la desesperante lentitud con que crece. Es cierto; pero este inconveniente puede obviarse en parte plantando los árboles algo crecidos, y abonándolos después durante algunos años.

La plantación de árboles es, por otra parte, siempre conveniente, y en España es hoy día necesaria, dada la escasez de ellos.

Sabido es que los árboles purifican la atmósfera; templan la crudeza de las estaciones; regularizan las lluvias, favoreciendo la frecuencia de éstas, y disminuyendo las probabilidades de los grandes aguaceros; bonifican las tierras incultas. En una palabra, son infinitos los beneficios que producen, y bien podemos decir con un autor moderno que sin árboles no hay lluvias, y sin lluvias no hay agricultura posible.

Favorezcamos, pues, por cuantos medios estén á nuestros alcance, la plantación de árboles; de lo contrario, resignémonos á ver nuestros campos fluctuar siempre entre la sequía, que todo lo agosta, y la inundación, que todo lo devasta; resignémonos á contemplar esas comarcas áridas y pedregosas, resistentes á toda labor y á todo cultivo, imagen de una naturaleza ya agotada; esas llanuras secas y polvorientas sin una hierba que en ellas verdee, sin un hilo de agua que por ellas discurra, y resignémonos á hacer enteramente nuestro aquel proverbio oriental que dice: «La sombra es la felicidad del árabe.»

M. LLOPIS Y BOFILL.



SILUETAS MODERNAS

MARIANO FERNÁNDEZ

Nos quejamos muchas veces de la fortuna y la echamos culpas que no tiene. El militar postergado, el abogado sin pleitos, el médico sin enfermos, el escritor sin lectores, el artista sin público; en una palabra, todos los que no encuentran en su profesión la recompensa que desean, se quejan de su suerte y declaran que la carrera es mala, sin meterse en más averiguaciones. Ninguno piensa en si tiene ó no la aptitud necesaria para seguir con fruto la senda que ha emprendido.

Cuando un padre, sin estudiar el carácter, ni las inclinaciones, ni la índole del talento de su hijo, dice que será ingeniero ó abogado, militar ó cura, dice un disparate, porque el muchacho podrá conseguir, quizás con mucho trabajo, el título que le autorice para firmar planos, defender pleitos, mandar soldados ó decir misa, pero si no tiene disposición, y sobre todo amor al oficio, como dice la Ordenanza, no logrará distinguirse, y será milagro que consiga grandes adelantos. Lo probable es que toda su vida la pase confundido en el montón anónimo.

El talento no es tan universal como algunos piensan. Si los padres de Verdi se hubiesen empeñado en hacerle comerciante, lo probable es que no pasara nunca de regentar una tienda de comestibles y aun habría muchas probabilidades de que hubiera quebrado; y Rothschild metido á músico andaría á estas horas rascando un violín en alguna murga. Por fortuna los dos se encontraron en situación de utilizar sus aptitudes, y gracias á eso el mundo ha tenido un eminente compositor y un gran financiero.

Mariano Fernández tuvo la suerte de abrazar una profesión para la que había nacido, y aun dentro de ella cultivó la especialidad más propia de sus aptitudes.

Su figura, su voz, su modo de ser, su manera de sentir, todo parecía hecho de encargo para el teatro y especialmente para el género cómico.

Nació en humilde cuna, creo que fué aprendiz de sastre, pero su afición á representar comedias le hizo abandonar el dedal y la aguja é ingresar en el Conservatorio de María Cristina, donde perfeccionó su educación y aprendió los rudimentos del arte que debía cultivar con honra y provecho.

Como la posición de su familia era precaria, dejó las cátedras en cuanto pudo y aceptó el primer contrato que le ofrecieron. No sería éste demasiado brillante, porque en aquellos tiempos los sueldos de los cómicos no eran, ni con mucho, tan subidos como ahora, y es de presumir que el principiante ganaría, todo lo más, veinte ó treinta reales diarios, lo cual, dada la obligación de vestirse á su costa, equivalía á tener lo absolutamente indispensable para no morir de hambre. No era ésta gran dificultad para Mariano, el cual tenía una cualidad que para sí la quisieran muchos ministros de Hacienda, la de ser un gran administrador. Sabía manejar el dinero, de suerte que con poco hacía más que otros con mucho. A esto debió sin duda la fama de tacaño que tuvo siempre. La verdad es que era hombre económico, vivía modestamente, no tenía vicios, y así no es extraño que en los comienzos de su carrera le bastara un pequeño sueldo para cubrir sus necesidades, y cuando ya fué ganando algo más viviese con holgura é hiciese algunos ahorros. Tenía mucha afición á jugar á la lotería, y se comprende, porque amén de los premios pequeños, que sacaba con gran frecuencia, obtuvo dos ó tres veces importantes participaciones en los mayores, lo cual le permitió hacerse propietario de una ó dos casas en Madrid, y comprar un lindo hotel en Pozuelo, donde se retiraba á descansar durante el verano, en los últimos años de su vida. Sus aumentos de fortuna no se tradujeron en aumentos de lujo ni de comodidades. Claro es que viviría más holgadamente cuanto más tuviera, pero ni en su traje, ni en sus costumbres, ni en su habitación se le vió pasar nunca de una decorosa medianía. Sólo después de muertos sus hijos, y cuando ya era relativamente rico, sin tener herederos directos, se permitió poner un coche y comprar un caballo de montar, al que renunció después de haber llevado algún porrazo.

Hizo su reputación muy rápidamente, y á los pocos años de haber pisado por primera vez la escena formaba en cierto modo parte integrante del Teatro del Príncipe. Solía decir el popular actor que estaba incluido en el inventario del edificio, y aunque esto no fuera exacto al pie de la letra, puede decirse que era verdad en el fondo. Mariano tenía obligación de aceptar el contrato que le ofreciera el empresario del local citado, siempre que el sueldo fuese igual al que hubiese ganado en la temporada anterior, idénticas las condiciones artísticas y suficiente la garantía de cumplimiento que se le diera. No vayan á creer mis lectores que se trata de aquel derecho, que desapareció con el absolutismo, según el cual el corregidor de Madrid podía embargar á los cómicos españoles para hacerles trabajar en la capital y en los Sitios Reales. Nada de eso; hoy los artistas dramáticos son unos ciudadanos como todos los otros y pueden hacer lo que tengan por conveniente, dentro de las leyes. Pero es el caso que el Ayuntamiento de la villa del oso y del madroño tenía establecidas unas jubilaciones para los actores que trabajaban cierto número de años en el Teatro del Príncipe, propiedad del Municipio. Mariano Fernández era uno de los que alcanzaron aquel beneficio, y este derecho se perdía, si el que lo

disfrutaba rechazaba un contrato en las condiciones que antes he indicado. Hoy creo que no quedan más que dos artistas jubilables, doña Josefa Palma y doña Teodora Lamadrid.

Mariano por nada del mundo hubiera dejado perder este derecho, á pesar que no creo que nunca entrara en sus cálculos utilizarlo; porque ni en hipótesis admitía la posibilidad de dejar de trabajar. Consideraba su derecho á la jubilación como un título de gloria, del cual, con razón, se envanecía.

Y ciertamente, desde hace muchos años no se concebía el Teatro Español sin él. Cada vez que variaba la empresa del clásico coliseo, había, como es natural, dudas acerca de la formación de compañía, y en los círculos teatrales se hacían conjeturas acerca de los nombres del galán, de la dama, del barba, de la característica... del gracioso no hablaba nadie. Ese puesto lo ocupaba Mariano por derecho propio. Si alguna vez hubiese sospechado que sobre este punto había siquiera la más ligera duda, hubiera tenido mortal disgusto.

No creo que jamás la tuviera ningún empresario; porque este actor daba con creces lo que ganaba.

Por otra parte no era exigente ni mimoso, como lo son muchos, que tienen menos motivos que él para serlo.

No creo que nunca hubiera rechazado un papel. Todos le parecían buenos, y realmente de todos sabía sacar partido. La única ofensa que le podía hacer un autor era prescindir de él en el reparto de su obra.

Tampoco recomendaba á nadie para que se le contratase, y los empresarios que me lean saben que esta es una cualidad inapreciable.

No tenía más que dos exigencias: la de que su beneficio fuera precisamente en el mes de Diciembre y cobrar aparte las funciones de por la tarde.

La primera era muy propia de un perro viejo en materias teatrales.

Él sabía que los empresarios rara vez quebraban antes de las Pascuas de Navidad.

Cuando aún no se había reducido el número de los días festivos, éstos no bajaban de siete ú ocho, desde el 24 de Diciembre al 6 de Enero, y como en todos ellos se daban funciones por tarde y noche, y había entonces mucha costumbre de ir al teatro en esa época, aquello significaba diez y seis llenos, lo cual bastaba para reponer á la empresa de muchas pérdidas.

El que esto escribe recuerda haber pedido una vez á Romea, en los últimos días de Noviembre, que le reservase un palco para la función de Nochebuena, recibiendo esta respuesta:

—¡Caramba! ¿A qué hora se acuerda usted? En fin... Haré que les quiten uno á los revendedores.

Cumplió su palabra, pero es seguro que le costó un sacrificio, que no hubiera hecho sino por un amigo.

En aquellos días todos los teatros aumentaban el aliciente, estrenando comedias, una por la tarde y otra por la noche. Estas obras, que eran siempre de los autores favoritos, se llamaban en la jerga de bastidores, *el pavo*, porque como las entradas eran grandes, producían á sus autores derechos relativamente crecidos.

Todas estas circunstancias contribuían á asegurar la vida de las empresas teatrales hasta Reyes. Después de esta fecha empezaba lo que llaman los cómicos *la cuesta de Enero*, y los empresarios menos afortunados ó menos escrupulosos sucumbían muchas veces en este período temible de la temporada.

Esto explica por qué exigía Mariano que su beneficio fuera en el mes de Diciembre.

En cuanto al pago de las funciones que se daban por las tardes, era una exigencia muy justificada.

Estas funciones constituyen uno de los ingresos más saneados de las empresas; porque como la compañía no cobra sueldo extraordinario, ni las dependencias tampoco, todo el presupuesto de gastos se reduce al alumbrado y á los derechos de autor.

Como Mariano era el más popular de nuestros actores, su solo nombre puesto en el cartel bastaba para llenar el teatro, y él, con razón, creía tener derecho á percibir una pequeña parte de los beneficios.

El pago de ese sueldo extraordinario debía hacerse precisamente los domingos antes de comenzar la función.

Cuando conocí á Fernández en la temporada de 1860, era empresario y director del teatro don Pedro Delgado, con quien yo tenía mucha amistad y más de una vez nos entretuvimos dándole una ligera broma.

Entrábamos en su cuarto poco antes de la hora de empezar; Delgado había prevenido al contador que retrasase algunos minutos el llevarle el dinero; Mariano se iba vistiendo con mucha calma.

—Ya es tarde, solía decir Delgado mirando el reloj.

—No, va usted adelantado, respondía Fernández sacando el suyo, y volvía á ponerse delante del espejo para ensayar la postura del sombrero ó retocar la pintura del rostro.

—¿Podemos empezar, don Mariano? preguntaba el segundo apunte desde la puerta, donde aparecía con el ejemplar y la indispensable palmatoria en la mano.

—Todavía no; estoy acabando de arreglarme.

Pasaban dos ó tres minutos. Se oían en la sala algunas palmadas. El segundo apunte volvía á presentarse.

—Don Mariano, que el público se impacienta.

—Bien, bien... Dígale usted al peluquero que venga á peinarme esta peluca.

Por fin, llegaba el contador, le entregaba su dinero, Mariano se lo guardaba en el bolsillo é inmediatamente salía del cuarto gritando:

—Arriba el telón.

Y dos minutos después el público regocijado de las tardes saludaba con nutridos aplausos y sonoras carcajadas á su actor favorito.

Si fuera posible reunir el dinero que Mariano Fernández ha proporcionado á las empresas, representando por las tardes *El diablo predicador* y *Los polvos de la madre Celestina*, se formaría un capital de algunos millones.

Era un trabajador infatigable.

Como sólo por rara casualidad dejaba de trabajar alguna noche, si no en la comedia, por lo menos en el fin de fiesta, solía quejarse y decir que los empresarios abusaban de él; pero los que le conocíamos á fondo sabíamos que sus quejas no eran más que de dientes á fuera. En realidad lo que hubiera sentido sería pasar quince días sin presentarse en escena. Estaba tan encariñado con el público como el público con él. En los últimos años de su vida, cuando pasaba ya de los setenta, habiendo perdido á su esposa, á quien quería entrañablemente, y á sus dos hijos, ya hombres, siendo dueño de una fortuna más que suficiente para cubrir sus necesidades, como queda dicho, trabajaba con el mismo afán que al empezar su carrera. Los aplausos le halagaban tanto como cuando era muchacho, y si alguna vez no los conseguía en la medida de su deseo, entraba en su cuarto mustio y cabizbajo. Pocos días antes de morir se levantó de la cama, donde le retenía un catarro, para ir á representar *El diablo predicador*, un domingo por la tarde. Al terminar la representación tenía calentura. El catarro se había hecho pulmonía, y en aquella misma semana le acompañamos sus amigos al cementerio.

Decían los descontentadizos que todo su arte consistía en ponerse trajes ridículos y sacar unos sombreros que llegaron á ser famosos. No es cierto. Si lo fuera habría por esos mundos de Dios muchos actores cómicos que tendrían tanta reputación y tanta fortuna como él. Es claro que en el género que cultivaba cabe la caricatura, y él sabía valerse de este recurso para dar más relieve á los tipos que representaba. Pero aparte de eso y de su gracia natural, que era extraordinaria, tenía verdaderas condiciones de artista. Nadie, en nuestros tiempos, ha sabido

interpretar como él los graciosos del teatro antiguo, y esta es una de las mayores dificultades que presenta el arte dramático. En esos papeles no valen trajes, ni ademanes exagerados, ni contorsiones ridículas. Todo se reduce á decir bien y á comprender el pensamiento del poeta. Mariano Fernández lo hacía á la perfección. Y en muchas obras del teatro contemporáneo, cuando los papeles no eran de brocha gorda, sabía mantenerse dentro de los límites de la más pura corrección artística. Basta recordar con qué verdad y con qué colorido representaba el almogávar Perich de Naclara en el admirable drama de García Gutiérrez, *Vengança catalana*, para persuadirse de ello.

Sé que alguna vez en sus excursiones por provincias representó personajes serios y hasta dramáticos. Si la memoria no me engaña, creo haberle oído que en Málaga logró hacerse aplaudir representando á Yorik en el *Drama nuevo*. Pero éste no era su género, y confieso que yo no me lo puedo figurar arrebatado por los celos y dando muerte á su rival.

En las obras de brocha gorda y en las comedias de magia era inimitable; cantaba con mala voz, pero con mucha gracia coplas que él mismo componía, y que si no eran demasiado literarias, tenían el mérito de ser siempre oportunas é intencionadas, no siendo nunca picantes.

En esto, como en las libertades que se tomaba con el público, intercalando en sus papeles chistes de su cosecha (*morcillas*, en lenguaje de bastidores), demostraba su talento. No hay nada más peligroso que esta costumbre, porque con mucha facilidad se traspasan los límites de lo que está dispuesta á consentir y celebrar la concurrencia. Las *morcillas* y las improvisaciones han costado á casi todos los graciosos muchos disgustos. Él, que durante cincuenta años estuvo *morcilleando* é improvisando coplas sobre asuntos de actualidad, no tuvo más que un solo percance, ocasionado por la política, y aun éste no fué con el público sino con la autoridad.

Representaba en el teatro de la Cruz una comedia de magia. Era en los días en que se celebraron las bodas de doña Isabel II con su primo Francisco de Asís y de la infanta doña Luisa Fernanda con don Antonio de Orleans. Sabido es que una gran parte de la opinión llevó muy á mal este último, y en no sé qué pasaje de la comedia, ocurrióse á Fernández decir:

« he visto, he visto, he visto
á Montpensier comiendo pisto. »

El público premió la irrespetuosa ocurrencia con un aplauso, pero el gobernador la castigó con una multa, y tengo por milagro que el buen Mariano no fuese á dormir aquella noche en la cárcel.

Sus compañeros le tenían en escena, porque más de una vez les puso en graves aprietos, no sólo haciéndoles reír con sus salidas originales y chistosas, sino comprometiéndoles á bailar ó cantar, á lo cual no todos estaban dispuestos.

Representando en cierta ocasión el sainete de don Ramón de la Cruz, *La comedia de Maravillas*, donde Julián Romea hacía admirablemente un papel de chulo, le invitó á tomar parte en el baile. Julián, que era un hombre muy grave, se negó desde luego, pero el público insistió de tal modo, que no tuvo más remedio que dar algunas vueltas. Cuando cayó el telón, Fernández echó á correr, tomó la escalera sin cambiar de traje, se metió en el primer coche de alquiler que pudo hallar á mano, y no paró hasta verse encerrado en su casa. Hizo perfectamente, porque si Romea le coge aquella noche le mata. Tardó bastante tiempo en perdonarle.

El popular actor no tenía nada de valiente. Contaba de él Romea que cuando trabajaron juntos en Granada, como en aquellos tiempos, á las altas horas de la noche, las calles de nuestras capitales ofrecían poca seguridad, y las de la ciudad de Boabdil, estrechas y tortuosas, se prestaban grandemente á una sorpresa desagradable, al retirarse del teatro llevaba en las manos un par de pistolas; y añadía, no sin razón, el inmortal artista, que nada le inspiraba tanto temor como la posibilidad de encontrar á su compañero en tales circunstancias, porque, en efecto, un arma de fuego es cosa muy temible en manos de un cobarde.

Viviendo en un piso principal de la plaza de Santa Ana, se encontraba Mariano una noche ya acostado, estudiando un papel, cuando oyó ruido en uno de los balcones. Levantóse inmediatamente, cogió una escopeta, abrió el otro balcón, vió en el de al lado un hombre montado en la barandilla, y sin encomendarse á Dios ni al diablo le descerrajó un tiro. El infeliz, que sería uno de los muchos rateros que entonces se dedicaban en Madrid á robar cortinas, dió un grito, y cayó á la calle gravemente herido. Mariano volvió á cerrar su balcón y se metió en la cama. Sólo la ofuscación del miedo pudo ponerle en peligro de matar á un hombre por un hurto de dos pesetas.

El celebrado actor, que tanto hizo reir á las gentes, tuvo también sus momentos de amargura.

Perdió en poco tiempo dos hijos, que murieron tísicos, cuando el mayor terminaba con lucimiento la carrera de abogado y el menor prometía también ser hombre de provecho. En aquella ocasión derramó amargas lágrimas, pero su naturaleza era refractaria al dolor, y, al menos en la apariencia, se consoló pronto.

Mariano Fernández, sin ser místico, era muy devoto, y en la capilla de los cómicos, que existe en la parroquia de San Sebastián, ha costeado no pocas funciones á que asistía con verdadero recogimiento.

Dios se lo haya tomado en cuenta.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.





Con autorizaci3n de la Sociedad fotogr3fica en Berl3n.

EN PRIMAVERA

CUADRO DE B VON MAFFEI

Ayuntamiento de Madrid

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

REALIZADA la conquista de Mallorca el rey hizo donación de esta heredad al famoso Pons Hugo, conde de Ampurias, y después de no pocas vicisitudes fué á parar á manos de la ilustre familia Despuig, tronco y raíz de la casa de los condes de Montenegro y Montoro, que la poseen actualmente.

El cardenal Despuig unió á los blasones de la familia la púrpura cardenalicia, la gran cruz de la orden de Carlos III y el patriarcado de Antioquía. Compró al pintor escocés Hamilton, que estaba haciendo excavaciones en Italia, un templo erigido por Domiciano á la ninfa Egeria, y continuó á sus costas los trabajos de investigación, habiendo tenido la fortuna de descubrir, en el período de 1767 á 1787, la mayor parte de las magníficas estatuas y esculturas que forman el museo actual.



Baños árabes

En ella ví también la famosa carta náutica, respecto de la cual se ha hablado antes, atribuyéndose á Jorge Sand la negra aventura del tintero; pero si no fué todo ello producto de la fantasía de la célebre escritora, debo manifestar que no quedan huellas de la inundación, y que pude contemplarla colocada en un marco, y protegida por un cristal, pendiente de una de las paredes.

Recorrí los jardines, en los cuales llamó mi atención la escalinata principal de gusto italiano, decorada con estatuas, jarrones y fragmentos antiguos, y cuya blancura subía de punto destacándose sobre un fondo de cipreses y verdes pinos.

Cuando de noche me despertaba en mi cuarto de la fonda de Palma, llegaba hasta mis oídos una música lejana, cuyos monótonos acordes producían en mi ánimo un efecto singular. Parecía escuchar como en sueños, acompañada por las graves notas de la guitarra, una melodía sencilla y melancólica como una melopea árabe.



Otras veces era la voz, ora próxima, ora remota de los serenos ó vigilantes nocturnos, la que interrumpía el silencio de la noche, que sobre la tonalidad del canto llano, anunciaban

la hora, entonando una melodía que debe contar siglos enteros de existencia. La transcribo, siguiendo la notación de M. J. B. Laurens. La primera frase de la misma es, de fijo, de procedencia mahometana, y me fundo, para discurrir así, en que comienza con una salutación á Dios, como todos los discursos árabes.

Los serenos, en número de unos cincuenta próximamente, recorren durante la noche las calles de la ciudad de Palma, anunciando las horas y el aspecto del tiempo. Los enfermos y los viajeros tienen en ellos auxiliares siempre dispuestos, ora á llamar al médico ó al comadrón, ora para indicarles albergue en que guarecerse durante la noche: comunicanse los



Patio de casa Olesa

unos con los otros por medio de silbidos, y en caso de necesidad pueden reunirse con suma rapidez.

Un día en que, acompañado del dueño de la *fonda de Mallorca*, atravesaba uno de los barrios de Palma, en busca de un cambista, como observara junto á las puertas de las tiendas y en el interior de las casas, hombres y mujeres cuyos rostros tenían profundamente impresos los caracteres que son propios del tipo israelita, no pude menos que decir:—Son judíos.—No levantéis tanto la voz. Lo son, en efecto, y nos hallamos realmente en el barrio judío, y si bien es verdad que han abjurado su religión para convertirse al Cristianismo, no han podido desechar sus ingénitas inclinaciones mercantiles y usurarias. Mucho tiempo había transcurrido desde que tuvo lugar su conversión, y se les obligaba á que rezaran en voz alta, para evitar que bajo una mentida apariencia de fervor mezclaran en sus oraciones las blasfemias más horrendas.

Los israelitas han sido en Mallorca objeto de la más terrible persecución. M. Grasset de

Saint Sauver refiere haber visto en el claustro de Santo Domingo, actualmente destruido, diferentes pinturas representativas de la barbarie con que fueron tratados en otro tiempo. En ellas veíanse representados los infelices que fueron condenados á la hoguera, leyéndose al pie su nombre, edad y demás circunstancias, y la fecha en que tuvo lugar la ejecución. «Jamás olvidaré, añade, la impresión que recibí cierto día en que estaba paseando por el claustro de los dominicos. Como llamaran mi atención ciertos huesos puestos en cruz que se veían en la mayor parte de las efigies, acercóseme un fraile y me dijo:—Representan á aquellos que después de muertos fueron exhumados y aventadas sus cenizas.—La sangre se heló en mis venas, y salí de aquel sitio tristemente emocionado por lo insólito de la escena.»

»La casualidad puso en mis manos una relación impresa en 1755, de orden de la Inquisición, en la cual se hallan continuadas con sus nombres y apellidos, la profesión y los delitos que cometieron, las listas, por años, de los que fueron sentenciados en Mallorca en el período comprendido entre 1645 y 1691. Debo confesar que no pude leer, sin estremecerme, esa dilatada nómina, en la cual encontré cuatro mallorquines, entre ellos una mujer, quemados vivos por delito de judaísmo; treinta y dos que, después de haber muerto por la misma causa en las mazmorras de la Inquisición, fueron también pasto de las llamas; tres cuyos restos fueron exhumados y aventadas sus cenizas; un holandés, acusado de luteranismo; un mallorquín, perseguido como mahometano, y seis portugueses, de ellos una mujer y siete mallorquines, quemados en efigie, pues tuvieron la fortuna de poner agua de por medio. Además de éstos conté otros doscientos diez y seis, entre naturales y extranjeros, acusados de judaísmo, herejía y mahometismo, que salieron de la cárcel por haberse retractado públicamente de sus errores y vuelto de nuevo al seno de la Iglesia.

»Este espantoso catálogo terminaba con un decreto de la Inquisición no menos horrible.»

Aun cuando los árabes ocuparon la isla de Mallorca durante más de cuatrocientos años, son muy escasos los restos de las construcciones que por fuerza debieron levantar en las Baleares.

Sólo recuerdo el atrio de la capilla de los Templarios, y en el interior de un jardín particular, una sala de baños de notable arquitectura, bien que acusando ya un período de decadencia. La forma de dicha sala es cuadrada, cubriéndola una cúpula sostenida por doce columnas. Sus arquivoltas son de arco de herradura, como las de todos los monumentos árabes, y en cuanto á los capiteles, nada ofrecen de análogo con los de los otros estilos arquitectónicos, griego, romano ó cristiano.

Más interés ofrecen al viajero las antiguas casas de los caballeros mallorquines. Por lo que á mí hace no me saciaba de visitarlas en compañía del complaciente Sellarés. La mayor parte tienen patios bellísimos, entre los cuales recuerdo, con verdadera complacencia, los de las casas de Olesa y Sollerich.

M. J. B. Laurens, que durante mucho tiempo estuvo asociado con M. Taylor para la realización de sus trabajos artísticos respecto de los antiguos monumentos de Francia, ha descrito las impresiones experimentadas en un viaje que, bajo el punto de vista del arte, hizo á Mallorca. Después de consignar la influencia que ejercieron en las construcciones de este país las formas del Renacimiento, describe con grandísima competencia las casas de Mallorca que yo he visitado después de él. «Basta, dice, con penetrar en el vestibulo de los palacios de la nobleza y en las casas de la burguesía, que tanto abundan en la ciudad mallorquina, para apreciar las manifestaciones de un gusto exquisito.

»No he visto en Palma casa alguna que tenga fecha muy remota: las más dignas de atención, por lo que á la arquitectura se refiere, son del primer tercio del siglo XVI; pero el estilo gracioso y brillante de esta época se ofrece bajo forma muy distinta de la que presentan en Francia las construcciones de la propia época.



MALLORCA.—LOS OLIVOS MONSTRUOS

Ayuntamiento de Madrid

»Estas casas se componen simplemente de un piso y un desván de reducidas proporciones, es decir, de poca altura. La entrada consiste en una puerta en plena cintra sin el menor adorno: la luz penetra en las habitaciones que miran á la calle, á través de rasgadas ventanas divididas por ligeras columnillas que les comunican un pronunciado aspecto árabe; siendo tan marcada esta fisonomía, que podría creerse haber formado parte de esos palacios moriscos, que semejan obras de hadas, de las cuales podemos formarnos idea por el de la Alhambra de Granada, indudablemente uno de los más admirables.

»Sólo aquí he visto columnas que, midiendo una altura de seis pies, no tienen más que tres pulgadas de diámetro. Esto, unido á la elegancia de los capiteles con que rematan y á la finura del mármol de que están labradas, ha influido para que se las atribuya origen árabe.

»Mas séanlo ó no, es lo cierto que el aspecto de tales ventanas, sobre original, es por demás gracioso. El desván que constituye el piso superior se halla constituido por una galería, ó mejor, una serie de ventanas semejantes ó iguales á las que forman el remate del monumento de la Lonja.

»Por último, un alero muy avanzado, generalmente sostenido por vigas artísticamente labradas, al par que protege esta parte del edificio de la lluvia y del sol, produce admirables y sorprendentes efectos de luz, gracias á las sombras que proyecta sobre el edificio, y merced al contraste resultante entre el color oscuro de la construcción, hecha de madera, y el brillante azul de un cielo siempre puro.

»La escalera, trabajada con gran primor y gusto exquisito, arranca de un patio situado en el fondo del edificio, separado de la calle por un vestíbulo en el cual se ven generalmente robustas pilastras, cuyo capitel se halla adornado de esculpida hojarasca ó de algún escudo sostenido por ángeles.

»Durante más de un siglo, después de los esplendores del Renacimiento, los mallorquines han desplegado gran lujo en la construcción de sus habitaciones particulares.

»Sin abandonar la distribución acostumbrada, han introducido en los vestíbulos y las escaleras las modificaciones que debía experimentar la arquitectura preconizada por Vignola. De aquí que abunden, y no poco, las columnas jónicas y toscanas, y las lindas balaustradas que comunican suntuosa apariencia á las numerosas moradas de la aristocracia, que vive tranquilamente de sus rentas en Palma. La predilección para el adorno de la escalera y las reminiscencias del estilo árabe pueden observarse igualmente hasta en las habitaciones más humildes, es decir, en aquellas en las cuales sin el intermedio del vestíbulo, ni del patio, la escalera conduce directamente al piso principal, pues los peldaños están formados de hermosos azulejos esmaltados de flores azules, amarillas y verdes.

»Muchas calles antiguas, estrechas, y sólo habitadas por mercaderes, tienen una galería constituida á uno y otro lado por pilares, sobre los cuales se apoyan los pisos superiores de las casas, de los cuales el principal tiene invariablemente un mirador. En él, puestas en grandes macetas, se ven plantas espléndidas ó trepadoras, que una cortina de estera ó de paja preserva de la luz intensa y de los ardores del sol. Es algo así como un saloncillo exterior, en el cual se distinguen con frecuencia lindas palmesanas, ocupadas en las labores propias de su sexo, que hacen más gratas, canturreando á media voz melodías propias del país.»

Jorge Sand copia la descripción que acabamos de transcribir, y añade:

«Estos patios, primorosamente pavimentados y rodeados á veces de columnas como los *cortile* de los palacios venecianos, tienen generalmente en el centro un pozo notable por su gusto exquisito. De todas maneras, por su aspecto, lo mismo que por el uso á que se hallan destinados, no se parecen á nada á nuestros patios sucios y desprovistos de todo ornamento.

»Jamás se halla en ellos la entrada á las cuadras y dependencias de escalera abajo, siendo

más bien verdaderos patios que recuerdan el atrio romano, viniendo el pozo central á hacer las veces del *impluvium*.

»Cuando estos peristilos se hallan adornados con elegantes vasos con plantas y toldos de junco ó esterilla, ofrecen un aspecto al par gracioso y severo, cuya poesía no saben apreciar los señores de Mallorca, que no acaban con la cantinela de la vetustez de sus moradas, y no aciertan á comprender que de buena fe se alaben su estilo y bellas condiciones, achacándolo á burla disfrazada, ó á excesiva galantería de parte de los extranjeros.»

C. V. DE V.

(Continuará).





¡Siempre igual!!

DE Homero la asombrosa inteligencia
y alta penetración,
en la Odisea puso esta sentencia
en boca del argivo Agamenón:

«La gloria del poder y la fortuna
que ávido busca el hombre en su inquietud,
en rigor de verdad, tan sólo *es una*
dorada esclavitud.»

Camina siempre por igual sendero
la vana, incorregible Humanidad:
aquella afirmación del grande Homero
sigue siendo verdad.

J. FEDERICO MUNTADAS.





LOS CANARIOS

BAJO tristes auspicios fueron importados por primera vez los canarios á Europa. Hacia fines del siglo xvi un buque que regresaba de las Islas Afortunadas naufragó en las costas de Toscana á poca distancia de Liorina. Una jaula que contenía pájaros transportados de países muy lejanos se rompió con la borrasca; los cautivos recobraron la libertad, y en vez de posarse en la tierra firme, que se hallaba cerca, prefirieron dirigirse de un tirón hacia la isla de Elba, cuyas montañas escarpadas se destacaban en el horizonte.

Los desterrados no echaron de menos su antigua patria, que por un capricho de la suerte desde entonces debieron perder. Tampoco les costó gran trabajo la alimentación; al acercarse la primavera empezaron á hacer sus nidos. Ya pululaban por todas partes y parecían aclimatados para siempre en la isla en donde habían buscado un asilo después del naufragio, cuando por un capricho de la moda estuvieron en boga en las pequeñas cortes de Italia.

Desde el momento en que tuvieron la desgracia de ser pájaros de lujo, viéronse perseguidos con implacable perseverancia, hasta el punto de que todos los habitantes de la isla de Elba se hicieron cazadores de canarios. Unos apelaron á las redes; otros se apoderaban de los pequeñuelos que no habían salido todavía del nido; el negocio les dió tales resultados que al cabo de muy pocos años ya no quedaba en la isla un solo canario en libertad. La colonia de náufragos que se hubiera creído destinada á crecer y multiplicarse indefinidamente en un clima muy á propósito, había sido destruída por la imprevisora codicia de una población incapaz de procurarse una riqueza natural llevada allí por la casualidad.

Casi todos los canarios que existen en la actualidad en Europa son descendientes en línea recta de los náu-

fragos de la isla de Elba (1). De vez en cuando aparecían en el mercado de Londres, pájaros recién llegados de las islas Canarias ó de las islas de Cabo Verde; algunas veces proceden también de Santa Elena, y si no existe duda sobre su origen, alcanzan precios muy elevados. M. Francis Smith, que ha escrito una interesante obra sobre los canarios, está muy orgulloso de poseer en su colección un pájaro que ha debido percharse en un sauce de Longwood, y que por este motivo se le ha llamado «El Emperador.»

«El Emperador» no se parece á sus degenerados primos; tiene el pico y los pies negros, el lomo y las alas de un verde oscuro, en la cola y en las alas algunas plumas negras, y con dificultad se observan debajo del cuello algunos reflejos de un amarillo verdoso. Este raro pájaro no ha podido aclimatarse bajo el cielo brumoso de Inglaterra: desde Santa Elena á Londres, el cambio de temperatura ha sido demasiado brusco para que el desterrado haya podido sufrirlo y llegar á ser padre de una numerosa descendencia.

El canario, tal como se encontraba en estado natural, era de color gris ó verde oscuro; sus desgracias le han vuelto amarillo. La cautividad, que hace volver blancos prematuramente los cabellos de los hombres, vuelve amarillos para siempre á los pájaros, cuando aquélla se prolonga indefinidamente en muchas generaciones.

Si bien el color del junquillo predomina entre los canarios de nuestro país, están en un error los que creen que estos pájaros convertidos al estado de domesticidad, no podrían tomar otro color. La colonia que permaneció por espacio de algunos años en la isla de Elba

(1) El autor de este artículo tal vez ignora que en España los canarios fueron importados por los conquistadores de las islas Canarias en el año 1417. (N. del T.)

tuvo tiempo suficiente para aclimatarse en Europa y dejó una descendencia muy abigarrada.

Hay canarios de un verde claro, de un color anaranjado, grises, color castaña, blancos, listados como los lagartos, moñudos, con pintas y con diversidad de matices. Buffon dió cuenta de más de veintitrés variedades de estos pájaros, pero desde su muerte se ha producido un número tan extraordinario de nuevas combinaciones, que si el ilustre naturalista resucitara se vería obligado á modificar por completo sus clasificaciones.

M. Francis Smith considera los prodigiosos cambios de color que el canario ha experimentado, al pasar del estado libre al de domesticidad, como un misterio impenetrable de la naturaleza, del cual la inteligencia humana es impotente á descubrir el secreto.

En nuestra opinión, la teoría recientemente expuesta por M. Otto Gotthilf sobre el color de los animales, basta para explicar la influencia que ejercen en el plumaje de las aves trescientos años de esclavitud. Según el sabio colaborador de los *Westermann's Monatshefte*, el color de un animal depende de su alimentación, de la temperatura y muy particularmente del lugar en que vive. Las liebres y las zorras se vuelven blancas en las regiones polares; las fieras del Sahara toman el tinte amarillento de las arenas; los pájaros que viven en los bosques intertropicales son generalmente verdes.

En el estado de naturaleza el canario sigue la ley general; tiene un color que le permite confundirse con el follaje, y escapar por este modo á las miradas de sus enemigos. Pero cuando está prisionero, por el contrario, sufre influencias muy diversas; desde el fin del siglo xvi cada pájaro enjaulado ha sido sometido á un tratamiento distinto. La alimentación, la temperatura, la luz y el medio ambiente han producido efectos diversos, según el país, y hasta según la casa en que se han criado; bajo la acción de los múltiples agentes, el color primitivo del pájaro no ha sido más que un recuerdo, y su plumaje, casi uniforme en su origen, pronto ha caído en un estado de completa anarquía.

Las demás modificaciones que ha sufrido son debidas al hombre; así es que en cada nación de Europa se ha ido formando un canario que podríamos llamar nacional. Los belgas, fieles á las antiguas tradiciones artísticas de la escuela flamenca, han creado una admirable raza de pájaros que se distinguen por sus elegantes y robustas formas, y el particular brillo de su color anaranjado. Francia ha buscado los matices claros y ha producido canarios blancos que son muy apreciados en el mercado. Los que se han dedicado á la cría de estos pájaros en el Tirol y en Hartz, sólo han procurado formar cantantes sobresalientes. Cada año mandan al mercado de Londres pájaros cuya educación musical

nada deja que desear. A primera vista, una persona conocedora de esta materia, no daría por uno de estos canarios alemanes más de cuarenta sueldos, porque sus formas son vulgares y su plumaje nada tiene de elegante; pero en cuanto se le oye cantar se le compra inmediatamente, y un tabernero puede pagar por él hasta veinticinco francos.

El canario músico puede hacer la fortuna de un tabernero. Los cantos prolongados de aquel pájaro mantienen á los consumidores en torno del mostrador y les invitan á refrescar. Estos tenores con plumas llegan por millares metidos en pequeñas jaulas, á las orillas del Támesis. Según opina M. Francis Smith, cuatro criadores de aquellos pájaros, aldeanos del Tirol, en muy pocos años han vendido en Inglaterra más de mil seiscientos canarios.

Un canario de Londres debe tener la cabeza y el cuerpo de un amarillo anaranjado muy vivo y las alas y la cola enteramente negras.

Este prodigio se alcanza, según se dice, por el cruzamiento de un canario macho verde de la variedad de los lagartos con un canario hembra de raza francesa, amarillo con pintas negras; pero el procedimiento por el que se obtiene es un secreto, y lo único que no tiene duda alguna es la extraordinaria rareza de encontrar ejemplares que no dejen nada que desear. El criador de canarios debe tomar las precauciones más minuciosas para evitar los cambios de temperatura y cerrar con cristales el interior de las jaulas á fin de resguardar de las corrientes de aire el plumaje de aquellos pájaros, que casi siempre presentan alguna mancha indiscreta que hasta hoy ha sido imposible quitar.

Algunos comerciantes poco escrupulosos no vacilan en corregir los pequeños caprichos de la naturaleza, ya arrancando las plumas mal situadas, ya comunicándoles artificialmente el color que deberían tener; ya, en fin, administrando á grandes dosis pimienta de Cayena á un infeliz canario para darle un color más caliente, más brillante y más vivo.

Los ingleses no se contentan con obtener yuxtaposiciones de colores, de las cuales los comerciantes del continente no conocen el secreto; á menudo realizan verdaderas maravillas, como, por ejemplo, el de haberse visto por dos distintas veces canarios que hablaban el inglés.

El primero de estos fenómenos estuvo expuesto en *Regent street* en 1858, pero produjo escasa impresión en la multitud. La pasión por los pájaros no existía todavía en la Gran Bretaña durante los primeros años del reinado de la reina Victoria. El segundo es de fecha más reciente; su historia ha sido explicada en una Memoria dirigida á la Sociedad Zoológica de Londres en

1858. La obra de M. Richard Avis contiene algunos pasajes extractados de aquel documento.

Titchie fué víctima de la criminal indiferencia de sus padres. Acababa de nacer cuando empezaron la construcción de otro nido sin preocuparse para nada de su desgraciado vástago, que en vano abría su largo pico pidiendo alimentos.

Una mano caritativa recogió al pobre pajarito, le envolvió con una franela, lo acercó á la lumbre y le hizo tragar algunos alimentos.

Separado desde que rompió la cáscara de todos sus compañeros, Titchie olvidó la lengua de sus antepasados y aprendió la de sus bienhechores. Muy pronto

supo decir: «Querida y amable Titchie, abrazad Minnie, abrazad, abrazad...» Luego completó su educación aprendiendo á silbar los cuatro primeros compases del *God save the Queen*.

A primera vista no deja de sorprendernos que Titchie haya pronunciado palabras que no parecen ser muy á propósito para la garganta de un pajarito, pero este fenómeno tan extraordinario puede explicarse si se examina el texto inglés: «*Dear sweet Titchie, kiss Minnie kissie, kissie, kissie...*» Titchie al oír por primera vez esta frase, tomó el inglés por un dialecto de la lengua de los canarios.

G. LABADIE LAGRAVE.





LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL.

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XI

CAÍDO DEL CIELO

SIN perjuicio de tener el espacio de la corte sembrado de atalayas, Fuentevera se dedicaba personalmente al ejercicio de oler é inquirir, y uno de los sitios donde había puesto observatorio, era la propia casa de los Dulce, en la cual se hizo presentar, recibiendo la acogida cordial de que su fama de opulento le hacía digno, sin que entre los miem-

bros de la perfumada y lujosa tribu asomara la menor sospecha de que aquel recién venido fuese un adversario que acechaba.

Fuentevera estaba, por lo contrario, en gran predicamento con aquella gente feliz. Las cuatro doncellas dividíanse el regalado propósito de cogerle para marido, y las cuatro á la vez, aunque cada una por su lado y secretamente, se daban en su imaginación el placer de ir arrastradas en el landó del gran capitalista, y el de sentarse en la platea del Real, y el de revolversse entre un turbión de vestidos, sombreros, joyas y perfumes, seguidas de un ejército de convidados y servidores. La mamá dispensaba al espléndido banquero toda suerte de atenciones, sentándole á su lado en el momento que él llegaba á la reunión, y guardándole sus mejores chistes, que la señora era graciosa, refería anécdotas y tiraba el epigrama con la misma destreza que el florete un maestro de armas. Por lo que hace á don Luis Eugenio, el pomposo anciano se derretía cuando estrechaba la diestra de su opulento tertulio, y le cultivaba cariñosa y esmeradamente, como un hortelano cultiva los fresales en el invierno, porque se proponía hacerle confidente de sus cuitas económicas y darle un avance en cuanto la ocasión viniese rodada.

Había transcurrido el verano sin que la noble estirpe de los Dulce se hubiese bañado en playa nacional ó extranjera. El otoño sereno y acicalado de Madrid comenzaba, y las recepciones en la *Bombonera* adquirían animación y lucimiento con la llegada de los siervos adscritos á la gleba del buen tono que habían ido á arruinarse por desaparecer un par de meses de la villa y corte. Durante aquel verano de esclavitud, en el hotel de la calle de Ferraz se habían modificado las costumbres, extendiéndose las tertulias á todas las noches de la semana. Suprimióse la intermitencia de los jueves, y habíase tomado el acuerdo de que siguieran las recepciones á diario en el otoño y en el invierno, exceptuando los días de turno en el Real y en la Comedia; porque en aquel solar de hidalgos vergonzantes, el aburrimiento del estío y la necesidad de no prodigarse en los conciertos del Buen Retiro, introdujeron la diversión honesta de la baraja al alcance de todos los contertulios, y se dobló la mesa del proceloso tresillo, en cuyos lances no era muy diestro el señor de la casa, y se extendió el tapete grande en la mesa del comedor, abriéndose las sesiones de *baccara*, juego llano y sencillo y que podían sin escrúpulo admitir las personas de alcurnia, pues, según cuidaba don Luis Eugenio de repetir á cada instante, los tribunales habían declarado no ser aquel juego de envite y azar, si bien él no sabía precisar cuándo ni á qué propósito hubiese sido hecha tan peregrina declaración. El *baccara* trajo ciertas holguras, con que se remediaron las doradas penas de los Dulce, gracias á la expedición del papá, que era el que tallaba, haciendo un banquero listo y poco escrupuloso, y gracias también á la soltura de la mamá, que se asociaba con los tertulianos pudientes, explotando aquel género de compañía industrial é industriosa que los jugadores llaman *vaca* en su lenguaje estrafalario, admitido sin rebozo en las tertulias finas de la *Dame de cœur* y del *Roi de pique*.

Comenzaba, pues, el otoño, y en una noche fría, de cierzo revoltoso y lloviznas frecuentes, reuníanse en el comedor de la calle de Ferraz los más floridos y granados concurrentes á la pecaminosa tertulia. Don Luis Eugenio presidía la mesa, hecho un jugador de manos; su esposa jugaba dinero de Lope Fuentevera, con el cual hacía ella *vaca* siempre que podía; junto á la señora pedía carta, puesto en la partida el corazón y el entendimiento, un joven provinciano, esmirriado y melancólico, venido á Madrid en busca de un registro de hipotecas, provisto de recomendación eficaz para el señor de Dulce, y que creyéndose forzosamente comprometido, so pena del ridículo, á jugar en la tertulia de su protector, ya acababa de perder velada tras velada y billete tras billete, diez mil y pico de pesetas que trajo para auxilio de su preten-

sión. En torno de la mesa echaban sus suertes una docena más de personas, unas incautas, otras despiertas, y en el número de las últimas figuraba Pepita Alcuneza, la vieja perfilada, de luenga historia cortesana y galante, enseñada á toda costura, la que se vestía con los trajes ya usados de sus amigas pudientes, y comía á diario en casa ajena, y jugaba á la *baccara*, al golfo y al siete y medio en las bancas de confianza, aprovechando los pavilones que dejaban perder los prestidigitadores como don Luis Eugenio y su esposa.

Durante la partida, los cuatro angelitos de la casa vertían sus encantos en un saloncito contiguo que la dilatada ausencia de Paco había permitido habilitar para el mayor desahogo de las recepciones. Allí se había bajado el piano, un soberbio Pleyel que seguía en la casa merced al novísimo y evangélico uso del empeño de muebles sin retirar, y sobre cuyas teclas habían sufrido tormento todas las romanzas de Tosti y Gastaldón.

Fuentevera, que abandonaba sin cuidado sus puestas á la señora de Dulce, iba y venía de la mesa al piano, junto al cual forjaba saetas el diminuto tío Magdaleno.

—¿Usted no juega? decía aquél á este último al compás de unas variaciones entreveradas que ejecutaba una de las niñas.

—¿Yo?... No señor, contestaba el tío punzante y cortante. Desconfiemos, ¡oh, Fabio!... de estos garitos caseros. Aquí se pierden los intereses y la reputación, quedando uno por tonto y sin pellejo.

—¡Tío, tío!... pronunciaba riéndose una de las cuatro hermanas.

—Digo la verdad. En estos recreos familiares saltan los gazapos por encima del tapete que es una bendición del Señor. Y aunque uno los ve, tiene que callarse como si nada observase. No hablo solamente por esta casa, amigo don Lope, sino por la mayor parte de las que tienen establecida la diversión de tirar á Jorge de la oreja.

—Es usted muy desconfiado, querido don Magdaleno.

—Mire usted, señor don Lope; yo observo todo lo que pasa en este mundo, y sé cuántas púas tiene un peine. ¿A que no me ha visto nunca llegarme á la mesa que preside mi ilustre deudo? No, señor. Prefiero mil veces condenarme á oír el tecleo gimnástico de mis sobrinas y sus romanzas con gallipavos y en italiano chapurrado.

—¿Y por qué huye usted de la mesa, terrible Sagitario?

—No será por el peligro que corra mi dinero, pues yo no juego nunca. Es por lo que le he dicho á usted; por no pasar plaza de bobo. Cuando viera yo á mi pariente quemar la carta abusando noblemente de esta facultad que asiste al banquero, para que quiebre el juego cada vez que le ha sido contrario; y á doña Pepita, esa antigualla que cobra orfandad á los setenta años, pedir constantemente el privilegio de cortar la baraja, ella sabe por qué y mi pariente también; y á mi prima, la señora de la casa, manejando los fondos de los concurrentes ricos; y á los pobres muchachos de la *crème* dejándose ahí sus cuartos por el qué dirán de las muchachas; y á los recomendados perdiendo en busca del ocho y del nueve que jamás llegan á sus manos, la mensualidad que aguarda la patrona en la casa de huéspedes, ¿cómo había de aguantarme y cerrar el pico, si no huyera con mis rehiletes bajos, y no corriese á clavarlos en la alfombra, como los clava en la arena el banderillero al mandarles los clarines que deje la suerte?

Fuentevera, que se sabía de memoria todo lo que le contaba el tío Magdaleno, solía á lo mejor interrumpir el diálogo, para celebrar con un ligero palmoteo la frase que cantaba una niña, ó para ir á coronar con un cumplimiento la fortuna con que tallaba el banquero, ó la mala nueva que le daba la señora, de haberse perdido el capital de la comandita.

En la noche de autos era feroz el ensañamiento de la suerte.

—No he conseguido batir un nueve, le dijo la señora, su asociada.

—Y en verdad, añadió la vieja Pepita, que yo alzo cada vez con el afán en el alma de darle á usted dicha.

—No hay que asustarse, pronunció Fuentevera poniendo más billetes de banco sobre el tapete. Venderé mis valores y mis fincas, pero hemos de hacer que quiebre la banca.

Don Luis Eugenio, sin prestar atención á las ocurrencias y gracias de sus puntos, seguía impasible extendiendo delante de sí las tres barajas, y repartiendo naipes, sin dejar de repetir sacramentalmente:

—*Faites votre jeu, messieurs!*...

Y al mismo tiempo, en una cajita muy mona que tenía á su lado, vestida por dentro de raso punzó y sembrada por fuera de figurillas japonesas, iba el gran señor reuniendo y acrecentando el dinero de la *cagnotte*, pues en aquel *baccara* ilustre se cobraban los emolumentos de la casa como en cualquier timba.

—Don Luis Eugenio se está haciendo poderoso, dijo Fuentevera en el tono festivo que no abandonaba mientras permanecía en la tertulia.

—Le sopla esta noche la suerte, añadió uno de los perdidosos que rodeaban la mesa.

—Como todas las noches, masculló el tío Magdaleno desde su destierro de junto al piano.

Y don Luis Eugenio respondió con afectada indiferencia:

—Se pasa el rato.

Prosiguiendo en seguida con su muletilla, entre dientes:

—*Faites votre jeu, messieurs!*...

—Si esto continúa...

—Que sí continuará... intercaló el tío diminuto.

—Antes de un año nos reciben los señores de Dulce en su palacio propio.

—Ea, pues, ponga usted una piedrecita, saltó la señora de la casa. Déme cien pesetas más, porque las otras se han ido en cal y arena para el palacio.

—Corto, pronunciaba entretanto, diciendo y haciendo, la huérfana de setenta años.

Fuentevera continuaba:

—Hay que correr para que el primogénito pueda hallar el palacio ya levantado ó adquirido. Tome usted las cien pesetas, mi estimada socia.

—Bien, contestó ella. Debo á usted cincuenta pesetas por mi cuenta y mitad.

—¿Y cuándo vuelve su hijo de usted, ese fugitivo?

—No sabemos, contestaron al unísono la dama y su esposo; añadiendo la avellanada Pepita:

—¡Ese muchacho no da razón de su vida!... Es un abandonado y un imprudente. Juega con fuego.

Y á renglón seguido, volviendo sus cartas con su mano disecada, llena de sortijas:

—Bato el nueve, don Luis Eugenio. Págueme usted.

—Pago, contestó el banquero. Pero... señores, añadió acto continuo separando de las barajas la carta de encima, para desviar el curso del juego, — en uso de mi facultad, quemo la carta.

—Esto es un incendio, sonó allá en el fondo del saloncito.

La china, disparábala el tío Magdaleno.

Fuentevera se alejó de la mesa y dirigióse á interrogar á las niñas. No acababa de persuadirse de que en la familia reinase ignorancia tan absoluta respecto al paradero de Paco.

—Pero ¿no se sabe todavía nada del desaparecido?

—Ni una palabra, contestó una de las interrogadas.

—Paco es así, dijo otra.

—Es un perdido, añadió don Magdaleno.

—Lo que es ahora, bien perdido está.

—Desapareció sin despedirse y hace ya de eso cinco meses...

Siguió en el comedor la partida con toda serenidad y reanudóse en el saloncito el concierto, mas de pronto uno y otra fueron interrumpidos por la presencia de un criado que todo presuroso entró diciendo:

—¡Señor, ahí está llegando el señorito!

—¿Paco?...

—¡Sí, señor!...

—¡Que llega Paco!... ¡Que aquí está Paco!

Lavantáronse los jugadores, cesó la música del Pleyel, y en efecto, ante la reunión sorprendida y arremolinada se presentó el galán y arrogante Paco Dulce, elegantemente vestido de viaje, con su sonrisa encantadora, su mirada plácida en sus ojos azules, rubio, sonrosado, fino y bonito como una figura al cromo.

(Continuará).





MARIANO FERNÁNDEZ

Véase *Siluetas modernas* (pág. 199).

EN PRIMAVERA

CUADRO DE B. VON MAFFEI

Todo sonríe en la primavera; renace la naturaleza entera y la alegría que reina en los valles y en los montes hace que todos los seres despierten también como ansiosos de gozar de la vida. Mientras la nieve ha cubierto los campos, impidiendo en las regiones septentrionales que las plantas asomaran su cabeza y debiendo quedar ocultas bajo la blanca sábana, los animales todos

y el mismo hombre se mantienen escondidos, los primeros en sus madrigueras, el segundo en su casa y cabe el hogar en que chisporrotea el fuego. Mas vienen los días primaverales, cúbrese de verdor los árboles, alzanse lozanas las plantas de todas las especies, esmaltan las flores campos y montañas con sus corolas multicolores, y entonces traspasa el hombre el umbral de su habitación y comienza las faenas al aire libre, cantan los pájaros con regocijadas cantilenas, y los animales más ligeros se echan a correr por las praderas como si no temiesen las malas mañas de los cazadores. Esto ha pintado el artista Maffei en su bonito cuadro. La vida en el mundo animal y en el mundo vegetal reavivándose al influjo de los hermosos días y de las hermosas noches de la primavera.

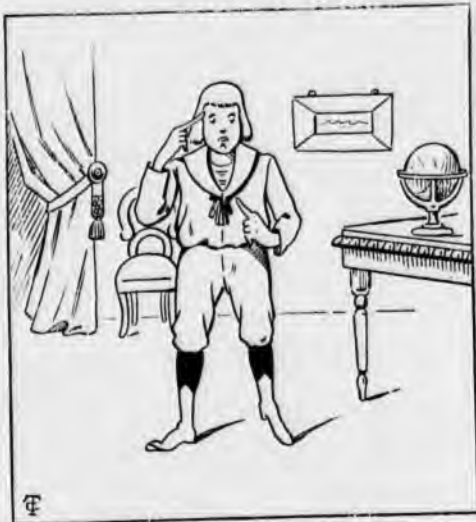


Cuentos pueriles

ASTRONOMÍA

POR

FELIPE CÁMARA Y N. MORAL



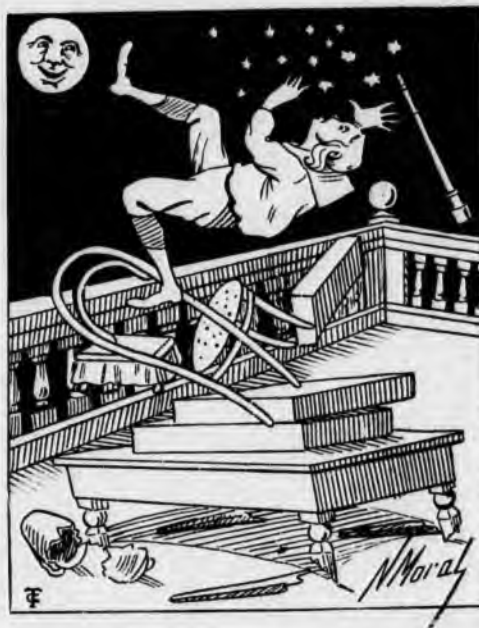
1. Intentaba unas cosas Filiberto, como no inventará criatura alguna; y saber quiso un día si era cierto que existían habitantes en la luna.



2. En el terrado forma un caramillo, sobre el cual, con destreza incomparable, y de un modo admirable creyó lograr sus fines el chiquillo.



3. Provisto de un enorme catalejo, y aunque burlando el paternal consejo, tuvo de encaramarse la fortuna, ajeno de causar un cataclismo



4. ¡No logró Filiberto ver la luna!
¡Pero vió las estrellas... que es lo mismo!



MESA REVUELTA

PARA preparar un buen caldo, se echa en un puchero cierta cantidad de carne y la suficiente agua para cubrirla. Puesto al fuego el puchero se eleva la temperatura gradualmente. La carne cede al agua fría una parte de la albúmina y de las sales, materia extractiva, ácidos inósico y láctico, así como la materia colorante, y por esto toma un color rojizo. Cuando el líquido entra en ebullición, la albúmina y las materias colorantes se coagulan y flotan en la superficie del licor, bajo la forma de espuma, que se tendrá cuidado de quitar. Al mismo tiempo la grasa se disuelve. Formando ojos sobre el caldo, la gelatina que resulta de la acción del agua en el tejido celular se disuelve también y aumenta de este modo la cantidad de principios nutritivos. Cuando la carne ha hervido por espacio de cinco ó seis horas, casi ha perdido ya completamente todas las materias solubles que contenía, y no le queda más que la fibrina, las partes grasas, gelatinosas, albuminosas, que permanecen interpuestas entre las fibras y la fibrina, y que en parte corrigen el endurecimiento que aquella sustancia ha experimentado, á consecuencia de una ebullición prolongada.

El caldo contiene albúmina cocida, gelatina y otras materias extractivas que le dan color, ácidos, entre otros el ácido inósico, que le da un sabor agradable; principios volátiles poco conocidos; varias sales, y además la sal marina y las materias sápidas y odoríferas procedentes de las legumbres, que por lo común se añaden al puchero para que resulte más sabroso. La cantidad necesaria de carne para hacer un buen caldo es la de 550 gramos por cada litro de agua; no obstante, el caldo no contiene más que una pequeña cantidad de principios alimenticios y aromáticos, puesto que la proporción de las materias solubles, tanto orgánicas como minerales, no excede de 25 á 30 gramos por litro. Entre ellas, la más abundante es la gelatina; por eso cuando el caldo se concentra aparece en la superficie. Esto se observa particularmente en los caldos de vaca, pollo y otros animales tiernos.

No es indiferente, como tal vez pudiera creerse, echar la carne en agua fría, y hacer hervir lentamente esta última ó colocarla ya desde luego en agua hirviendo. En el primer caso, se obtiene un caldo muy sabroso, porque se han disuelto todos los principios solubles de la carne, y en el segundo caso, por el contrario, el caldo es más flojo é inferior bajo todos conceptos, porque la albúmina y la materia colorante de la sangre se han coagulado inmediatamente en el interior de la carne á con-

secuencia de la rápida aplicación del calor, por haberse formado compacta envoltura que impide la libre salida de los jugos.

El agua empleada en el puchero ejerce marcada influencia en la cocción de la carne y en las cualidades del cocido. Si se emplea agua de pozo, que contiene una pequeña cantidad de sulfato y de carbonato de cal, la carne es dura y el caldo es menos sabroso y agradable; la influencia de esta misma agua en las legumbres que se añaden al puchero es también indudable, puesto que se vuelven duras. La sal marina, que se acostumbra poner en la carne durante la cocción, no la vuelve más tierna, pero acentúa el sabor y el olor del caldo, y vuelve más blandas y salrosas las legumbres.

Las ollas de tierra cocida que se usan en todas las casas son preferibles á las ollas metálicas, porque las vasijas de tierra son malos conductores del calórico y están menos sujetas que las metálicas á sufrir un aumento rápido de temperatura, y además conservan la del líquido de un modo muy regular, que debe mantenerse en lo posible en un grado de calor próximo tan sólo al de la ebullición.

Hoy día se ha demostrado que las sustancias que constituyen el sabor y las demás propiedades del caldo preexisten en la carne, y no se forman, por lo tanto, durante la cocción. Por esto es posible preparar con mucha prontitud un excelente caldo, empleando los siguientes procedimientos:

1.º Tómese un kilogramo de carne magra de vaca, redúzcasela á picadillo muy fino, mézclese la con igual peso de agua fría que se procurara que entre en ebullición lentamente; al cabo de algunos minutos exprímase la carne dentro de un paño, y se obtendrá un kilogramo de caldo muy aromático y más sustancioso que el caldo obtenido tan sólo por la ebullición (aunque ésta se haya prolongado). Pero por este procedimiento la carne queda completamente inservible para comer. Si se añade al caldo sal marina y legumbres que sirven para aromatizarle y darle color, se obtendrá la mejor preparación posible que se alcanza con un kilogramo de carne.

2.º Píquense 250 gramos de carne fresca, háganse desleir en 250 gramos de agua fría adicionada con cuatro ó cinco gotas de ácido clorhídrico y un gramo de sal marina. Al cabo de una hora de maceración, se echará todo en un tamiz de crin, y el líquido que ya se ha pasado por el tamiz se vuelve á pasar hasta que queda perfectamente claro; cuando se ha terminado esta opera-

ción se lava el residuo que ha quedado en el tamiz con 250 gramos de agua fría que se irán echando en pequeñas cantidades. Los 500 gramos del líquido así obtenido tienen un color rojizo con sabor agradable y son de fácil digestión. Se sirve frío y en tazas.

Durante el verano es á veces muy difícil conservar el caldo de un día para otro, porque se vuelve agrio en la despensa mejor dispuesta; hasta en la bodega no tarda mucho en tomar un sabor desagradable. Es verdad que puede evitarse que se altere haciéndole hervir por la mañana y por la noche, pero es mucho más sencillo introducir en el líquido un pedacito de carbón de madera bien lavado. Por este procedimiento se conserva perfectamente durante los más fuertes calores.

Érase un campesino que no conocía la sal, y habiendo visto que un vecino suyo antes de comer carne y legumbres echaba sal, preguntóle por qué. A lo que el vecino respondió:—Porque la sal comunica un sabor muy agradable á los alimentos. Entonces el campesino dijo para sus adentros:—Puesto que un poco de sal da á los alimentos un sabor muy agradable, es indudable que tendrá por sí sola un sabor excelente.—Y esto diciendo, tomó un puñado, se le llenó la boca y la tragó, sintiendo el efecto desagradable de la acritud de la sal.—¿Por qué me habéis asegurado, preguntó entonces á su vecino, que la sal daba un sabor agradable á los alimentos?—Es indispensable, contestó éste al pobre tonto, saber medir la cantidad; si así se hace comunica un sabor excelente. ¿Por qué habéis tragado tanta cantidad de sal?

En cierta ocasión cayó un muchacho en un río, y como no sabía nadar, su vida se hallaba en peligro. Un hombre que atraído por los gritos que daba el infeliz niño se presentó allí, empezó por regañarle de lo que había hecho:—Primero salvadme, contestó, después ya me reprenderéis cuanto os plazca.

Si se quiere hacer impermeable el papel, hágase una disolución de dos onzas de jabón de primera calidad en seis azumbres de agua, y déjese hervir medio cuarto de hora. Disuélvanse igualmente en otras seis azumbres de agua doce onzas de buen alumbre, y añádanse cuatro onzas de cola de Flandes, y una onza de goma arábiga desleída de antemano en suficiente cantidad de agua; mézclense ambas disoluciones, y mójese con esta composición el papel, después de haberlo calentado ligeramente.

Debe observarse que, para secar el papel, es menester primero poner los pliegos unos sobre otros, y prensarlos ligeramente con un peso de doscientas libras

puesto sobre la tabla con que termina el rimero. Al cabo de algunos días se sacarán y extenderán sobre cuerdas.

Para destruir los gusanos blancos que en menos de un día talan á veces todo un jardín, quémense hojas de cardo, ortigas ú otra cualquier hierba inútil, hágase una lejía con estas cenizas, y riéguese con ella las tablas del jardín atacadas de estos insectos: á las dos ó tres veces de repetir esta operación quedan enteramente destruidos.

Si la ejecución de algún desgraciado se hace esperar, la multitud protestará á gritos contra el retraso; si un instante después se recibe el indulto del reo, cuando éste sube ya por las gradas del patíbulo, se oirán las mismas voces que prorrumpen en gritos de alegría y de contento. La multitud no asiste á estos tristes espectáculos para satisfacer un sentimiento de odio y de venganza; la víctima le es indiferente. Viene tan sólo en busca de emociones fuertes, extraordinarias, y el indulto, por ser inesperado, satisface mejor este deseo.—GRONI.

¡Cuántos hombres pretenden justificar á sus propios ojos los más graves deslices, alegando la excusa del verdugo cuando al ejecutar una víctima se dice: «Si no fuera yo, sería otro!»—SARA.

En sociedad, la facultad de hablar bien no implica la de hablar siempre, ni la de hablar de todo.—CO-PINO.

Se piensa menos en vivir bien que en vivir mucho tiempo, y sin embargo, todos podemos vivir bien, y nadie es dueño de vivir mucho tiempo.—SENECA.

Consumimos la existencia buscando medios con que vivir. Contemplad los individuos, contemplad la especie, todos tienen la vista fija en lo que sucederá mañana. Me diréis: ¿Qué mal hay en ello? Un mal inmenso, porque no vivimos, sólo nos proponemos vivir y todo se suspende y aplaza.—SENECA.

La adulación crea muchos amigos, la verdad engendra el odio.—TERENCIO.

No avergonzarse de una falta propia, es igual á cometerla dos veces.—PUBLIO SIRIO.

RECREOS INSTRUCTIVOS

EL PINTOR MINIATURISTA

El arte es tan grande y sus ramificaciones llegan tan lejos, que por sí solo puede proporcionar al espíritu una inmensa variedad de pasatiempos á cual más útiles y agradables.

Por hoy nos ocuparemos sólo del procedimiento para



convertir con facilidad en hermosa miniatura la más vulgar prueba fotográfica.

Para obtener ese resultado se procede á las operaciones siguientes: se corta la prueba en papel albuminado, del tamaño justo del cristal á que debe adherirse; se limpia ese cristal con un paño seco y se le da una mano de cola transparente con la mayor igualdad posible, así como á la cara anterior de la prueba adhiriéndola al cristal con el mayor cuidado por medio de un paño aplicado con la mano izquierda, mientras que con la derecha se pasa una espátula ó mango piriforme por toda la superficie; si el cristal es plano se adapta la prueba con una plegadera; se lava luego el anverso de la prueba, y después de seca ésta se le da transparencia por medio del aceite de nueces ó de la *mixture trans-*

parente que se vende en las droguerías; bien embebida la prueba se le deja reposar en un sitio algo caliente. Cuando la prueba es ya bien transparente, se vierte el exceso de aceite en el frasco y se enjuga la prueba para que quede bien lisa.

En este estado se procede á iluminar por medio de colores finos al óleo, lo más transparentes que se puedan hallar, pintando primero los detalles de tonos más oscuros como los ojos, los pliegues del traje, los oscuros del pelo ó el fondo, si su entonación es oscura. Los tonos así obtenidos son bastante suaves, pero se aumenta su vigor y sobre todo su finura aplicando al primer cristal otro que coincida exactamente con él, y en el cual se pinta por transparencia, aplicando sobre el primero las masas claras, empleando exclusivamente los colores lacas ó transparentes, como el amarillo indio, azul de Prusia, verde vegetal, rosa, etc., etc.

Cuando el trabajo está terminado y bien seco, se juntan por los bordes los cristales por medio de tiritas de papel fuertemente engomado y se coloca el todo en un marco.

Este procedimiento de pintar permite á los aficionados que no tienen nociones de dibujo, iluminar fotografías con toda la finura y esmalte de miniaturas verdaderas.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

MER-CE-DES

SALTO DE CABALLO

pa	cha	le	pe					a	ga	de	va
es	te	mu	sa	ra	so	dru	pri	sal	lar	der	
gen	es		mu	to	ma	sa	ce	con		mas	gran
lo	de		ba	sa	chis	ra				é	de
	ba	la		li	tr	n		el	con		
	te	ci	sa	ca	ci	pri	ó	e	im	di	
No	al	en	me	del	pu	pa	tar	rer	que		
la	de			lle	ba			jo	do		
cho	el		al	ra	cla	de			que	go	
mi	el		Tar	go	en	go	to	gò	No	ga	
per	gan	ri	su	al	vo	lle	un	he	cier	ri	al
el	sa	rom	en					el	y	lle	A

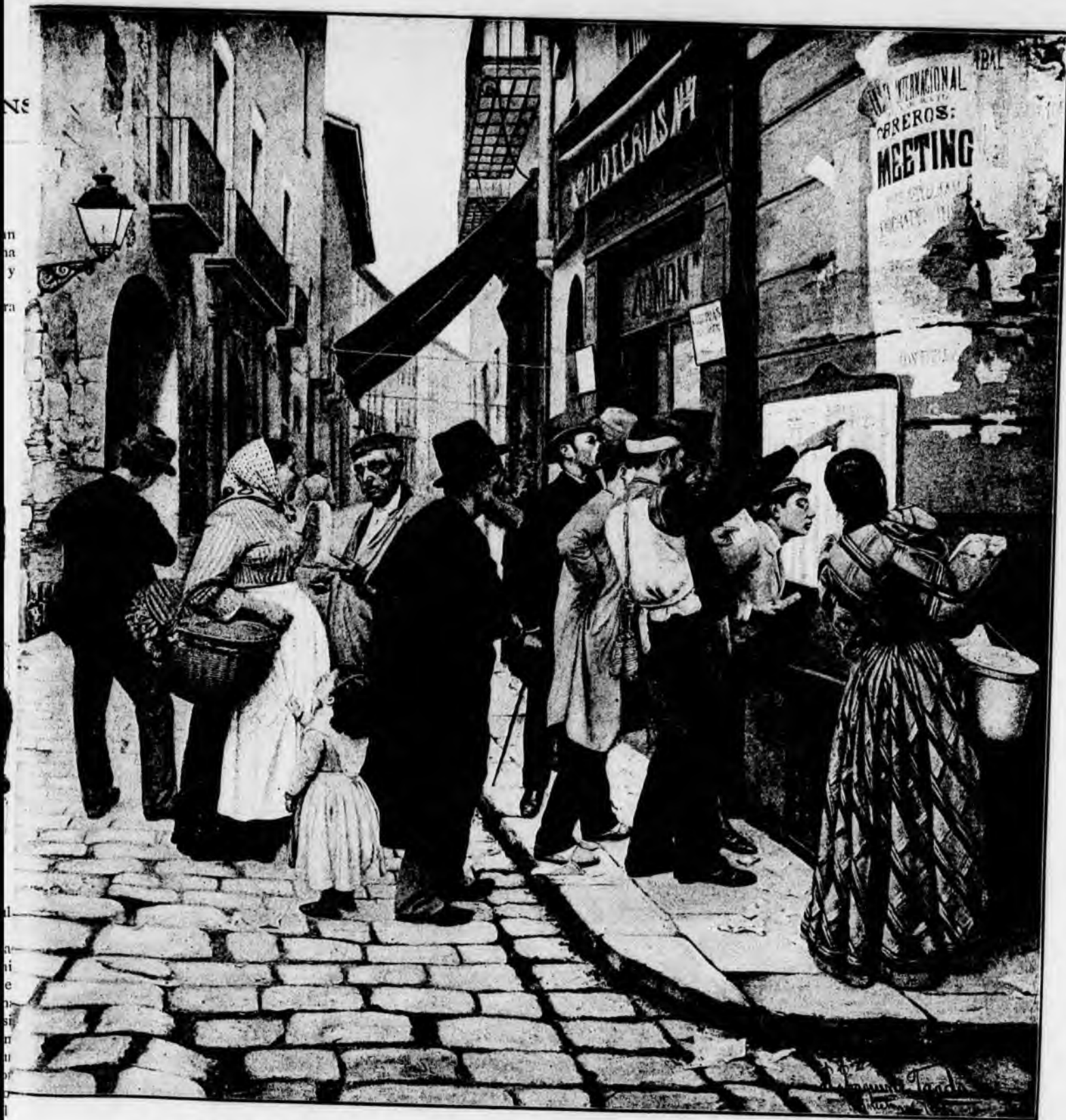
Principia en la casilla 1.ª y termina en la 108.

ANGEL SUERO, de Sevilla.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. — IMP. ESPASA Y COMP.ª

Ayuntamiento de Madrid





LA LISTA DE LA LOTERÍA

CUADRO DE JOAQUÍN TEJADA

Ayuntamiento de Madrid

El arte es
lejos, que por
inmensa varie
agradables.
Por hoy n



convi
gar p
I
cion
nadi
se li
mai
ble
dol
pai
la
toi
pr
la
pe
-



EL TÍO ALEGRÍA

I

BODA tenemos, tío Alegría?

—La bola dirá: si saca número alto, el señor cura echa la bendición á Isidra y á Manolo, pero si es bajo, carga el pobre muchacho con el chopo y se va á servir al rey.

—No será.

—Y si es, don José, ¡qué le vamos á hacer!

—¡Dichoso usted que todo lo toma con calma!

—Con resignación, que no es lo mismo.

—¡Quién tuviera la pachorra de usted!

—No es pachorra, sino conformidad con lo que Dios dispone.

—Si á usted le partiera un rayo, se quedaría tan tranquilo.

—Una vez partido me estaría quieto, pero se movería la justicia, aunque no pudiese procesar al rayo.

—¿Qué diría usted si después de muerto pudiese hablar?

—¡Bendito sea Dios!

—Ó es usted tonto de capirote ó sabe más que yo.

Se echó á reir el tío Alegría, que estaba acostumbrado á las brusquedades de don José, cincuentón de buen ver, de quien decían los papeles públicos, y las personas entendidas lo ratificaban, que sabía de todo; y á pesar de su saber y de su posición desahogada, no desdeñaba al misero sastre de portal, que á fuerza de puntadas á rotos y descosidos lograba echar algunas á su estómago. Los dos eran muy antiguos en la calle, y, como sucede en caso tal, habían acabado por conocerse y tratarse y también por sentirse atraídos por la diferencia de caracteres, porque don José era un cascarrabias y tenía fama de intratable en el barrio, mientras que á Francisco Muñoz se le conocía por el tío Alegría, aunque con más exactitud se le designara si tío Penas fuese el mote, pues grandes habían sido las del pobre sastre. Contaban, los que le conocían de muchos años atrás, que tenía un establecimiento en la calle de los Estudios, tan acreditado entre la gente que viste con economía, que no había mozo de tahona ni dependiente

de taberna á quien no hubiese habilitado por poco dinero; pero cuando mayor era la prosperidad, un incendio destruyó géneros, anaquelaría y tres mil duros en billetes de Banco, que constituían sus ahorros, arrojándole brutalmente el siniestro del bienestar á la miseria.

Lloró y se desesperó su mujer, y él, que lloró para adentro, la consoló y animó.

—Todo lo hemos perdido; pero se han salvado nuestros hijos, nos hemos salvado nosotros, y con la ayuda de Dios iremos adelante y Juanito acabará la carrera de médico, y entonces ¡ah! entonces, ¿quién más dichoso que nosotros?

Les dió asilo ínterin su hija Rafaela, casada con un oficial ebanista, y pasadas unas semanas se instalaron en un cuarto tercero con entresuelo, principal y portera regañona; y allí, concentradas las esperanzas en Juan, joven bello de cuerpo y más de alma, que estudiaba medicina con gran aprovechamiento, Francisco y María trabajaron día y noche para las sastrerías de las calles de la Cruz y de los Estudios, pues no les fué posible poner otro establecimiento por su cuenta; y trabajaban resistiendo sueño y privaciones para pagar las matrículas, comprar libros y amasar el par de miles de reales que costaría el título cuando el estudiante se convirtiese en licenciado.

Llegó el tan esperado día, y Francisco, llorando y riendo, abrazó á su hijo, y balbuceó con entonaciones de niño:

—¡Médico! ¡Es médico, María! Ya pueden venir enfermedades, que no las temo siendo médico mi Juanito.

El partido de Fompedraza, provincia de Valladolid, estaba sin titular; lo solicitó, lo obtuvo, fué afortunado con los primeros enfermos, adquirió fama, simpatías y algunas pesetillas que le permitieron á los dos años traerse á sus padres, á quienes visitaron el señor cura, el boticario, don Santos, capitán retirado, de trato muy agradable, pero pesado cuando refería sus campañas, en particular la batalla de Mendigorría, narración que comenzaba al levantarse y terminaba al acostarse para reanudarla al día siguiente; en una palabra, toda la principalía del pueblo estuvo á dar la bienvenida á los padres del señor médico.

El alcalde le dijo:

—Queremos tanto á su hijo, que siempre se hará lo que él ordene, á menos que pretenda ser alcalde, porque quiero serlo mientras viva.

—¿Por qué se toma usted tanta molestia?

—Porque siendo alcalde riego, pero cuando no lo soy no me dejan regar.

El capitán declaró que Juanito había mostrado tanta habilidad en abrirle un panadizo, como el médico de su regimiento en cerrarle las heridas que le causó una bala en la batalla de Mendigorría.

—Fué un caso extraño: la bala me atravesó el pulmón izquierdo, rebotó, volvió á penetrar en mi cuerpo por la espalda y salió por el pecho después de haberme perforado el pulmón derecho.

Parece que con los años se había debilitado la memoria del veterano y que al reconstruir los hechos resultaban algo contrarios á la realidad. Pero, en fin, esas eran minucias que no quitaban estimación á don Santos.

Francisco quiso trabajar de sastre, pero Juan se opuso, observando que perjudicaría al del pueblo, buen hombre y padre de seis pequeñuelos, añadiendo que quería proporcionarle el descanso que tan ganado tenía. La vida del tío Alegría correspondió al mote: iba á misa matutina, paseaba con el señor cura, el boticario y el capitán, comía bien, se acostaba temprano y dormía á pierna suelta. Los paseos tenían el inconveniente de la repetición del relato de la batalla de Mendigorría, con la agravante de que así que don Santos lo comenzaba, el cura se metía en la primera casa que encontraba pretextando cualquier ocupación, el boticario se acordaba de que debía preparar una pócima y se marchaba, y el padre del médico se quedaba con el veterano, obligado á escuchar la narración, hecha siempre con variantes, pues unas veces

don Santos salía herido y otras ileso, pero descalabrado el asistente. Francisco era tan dichoso que habiéndole preguntado un día el boticario qué le pediría á la Fortuna si se le presentaba y le ofrecía concederle lo que deseara, contestó:

—Nada.

Tres años llevaba en el pueblo cuando un día cayó don Santos en la botica con un período exclamando:

—¡Tenemos el cólera en Madrid!

La alarma fué extraordinaria y comenzó el miedo á hacer las veces de epidemia, á pesar de las prudentes observaciones de Juan, del señor cura y del boticario, quienes decían que la tranquilidad de espíritu era muy buen preservativo. Se supo que varios pueblos se habían aislado del resto del mundo, vigilando las entradas y salidas vecinos armados dispuestos á matar de un tiro al que intentase forzar el cordón sanitario; y parece que en algún punto hubo que lamentar actos en los que los alaridos del salvajismo, engendrado por el pánico, ahogaron la voz de la caridad.

Una tarde Juan regresaba de una aldea cercana á la carretera, adonde había sido llamado á consulta, y á los cien pasos de la última casa oyó voces de alto, luego un tiro y después gritos de rabia y amenaza. A poca distancia había un carricoche parado, herido y desangrándose el caballo, que en sus ansias imprimía brascas sacudidas al vehículo, mientras el carretero con una navaja en la mano derecha y la tralla en la izquierda apellidaba bandidos, asesinos y cobardes á dos hombres armados, á los que se juntaron otros que llegaron corriendo y gritando. Juan espoléó la jaca y preguntó:

—¿Qué es eso?

—¡El cólera, señor médico! ¡El cólera!

Al enterarse el carretero de que el joven era médico exclamó:

—¡En nombre de Dios auxilie usted á una mujer que se muere!

Juan se dirigió al carricoche y vió á una señora modestamente vestida, privada de conocimiento, y á su lado, mirando con los ojos dilatados por el miedo á su madre, á un niño de unos tres años; y aunque sólo conocía los síntomas del cólera por lo que había leído, una rápida mirada y ligero reconocimiento le bastaron para cerciorarse de que aquella mujer estaba herida por la terrible enfermedad. Se dirigió á los vecinos, pero éstos levantaron los gatillos y le dijeron:

—No entra usted en el pueblo.

—Sí entro, porque vosotros sois cristianos y no querréis contraer ante Dios la responsabilidad de que la desdichada muera por falta de asistencia.

—Tiene el cólera.

—Sí lo tiene, contestó Juan; pero mereceréis el dictado de cafres si la dejáis perecer.

—Don Juan, gritó el alcalde encarándole el retaco: si da un paso más le tumbo patas arriba.

Ruegos, amenazas, todo fué inútil; y entonces el médico pensó en sacar de allí á la enferma y á su hijo con el auxilio del carretero, pero éste, al oír que se trataba de una colérica, había echado á correr como poseído. Tras muchas tentativas logró acomodarse en la jaca llevando en brazos á la mujer y al niño, y á media legua halló caridad y amparo en una casita habitada por una vieja y su hijo, donde acomodaron en un jergón á la enferma; envió al joven, llamado Tomás, á Fompedraza en busca de las medicinas que recetó, ordenándole que también trajera de su casa el botiquín y avisase á los padres para que no les alarmara la ausencia.

Montó Tomás y á las dos horas estaba de regreso, pero á pesar de haber recorrido el trayecto á escape, como lo demostraban el sudor é ijadear del caballo, llegó tarde, pues la mujer acababa de entregar su alma á Dios.

A Juan se le ocurrió en seguida averiguar quién era la difunta para devolver el huérfano á

su familia, pero no le halló encima ningún documento. Guardó un reloj de oro, que tenía grabado en el interior de la tapa esta dedicatoria:

A MI MARÍA, PEPE

y procuró fijar en su memoria la fisonomía de la difunta, terriblemente desfigurada por la enfermedad: era una joven que de los veintisiete años no pasaba, cabello rubio, agraciada, y con una pequeña cicatriz encima de la ceja izquierda.

Dió disposiciones para que el cadáver recibiese cristiana sepultura y tomó las medidas necesarias para evitar la infección, entre otras la quema del jergón y de los pobrísimos efectos que había en el cuartucho donde había fallecido. Indemnizó espléndidamente á la vieja, dió un beso al niño, enjugó sus lágrimas, montó á caballo para regresar á Fompedraza y tomó la criatura en brazos con el propósito de llevarla á su casa, donde hallaría una nueva familia; pero de pronto recordó que en la zaga del carricoche había visto un baúl que debía pertenecer á la muerta, en el cual probablemente hallaría algo que le permitiera identificarla, cosa que tampoco había logrado preguntando al niño, quien sólo contestaba que se llamaba Manolo, y mamá María y papá Pepe, y de ahí no pasaba; y confiando el chiquillo á Tomás se dirigió de nuevo al punto donde había quedado el vehículo.

Halló los restos de una hoguera que había consumido el carricoche, el baúl y el caballo. Los vecinos estaban á distancia sin abandonar las escopetas.

—¿Lo habéis destruido todo?

—Todo. No se aproxime usted ó tiramos.

—¿Conocéis al carretero?

—A nadie conocemos.

—Dadme noticias, porque la mujer ha muerto...

Oyóse un alarido, conjunto de gritos arrancados por el espanto:

—¡Ha muerto del cólera! ¡El cólera! ¡Echemos al médico! ¡Matarle!

Juan se sintió cegado por la indignación y exclamó:

—¡Sí, salvajes, ha muerto del cólera y vosotros habéis contribuido á matarla!

Espoleó el caballo en dirección del pueblo: sonó un tiro y aquellos hombres rugieron:

—¡Matarle! ¡Trae el cólera!

Perdida la cabeza, el médico siguió espoleando la jaca mientras vociferaba:

—Sí; yo soy el cólera; ¡el cólera que ha de acabar con todos vosotros, cobardes, asesinos, salvajes!

Sonó otro tiro y Juan se sintió herido. Al verle cerca, los vecinos se metieron en el pueblo á todo correr, gritando:

—¡El cólera! ¡El cólera!

El joven se detuvo á la entrada: en la calle sólo había una vieja que golpeaba las piedras con una muleta que la ayudaba á arrastrar las pesadas piernas, y mientras huía se santiguaba chillando:

—¡Jesús, María, José! ¡Ya está aquí!

Desapareció la vieja, se oyeron los golpazos de las puertas al cerrarse: después silencio profundo, interrumpido al poco rato por los ladridos de un perro, contestados por otro y luego por todos los del lugar, ladridos que pronto se convirtieron en lúgubres aullidos, única señal de vida de una población embrutecida por el terror.

Contuvo Juan la sangre con el pañuelo, y al llegar donde estaba Tomás, le dijo:

—Vengo herido. Ayúdame á desmontar. El botiquín.

Con el auxilio de Tomás y la vieja se vendó la herida, volvió á montar á caballo y dijo á aquél:

—¡Por caridad lleva el niño en brazos hasta Fompedraza, pues apenas me quedan fuerzas para tenerme en la silla!

Al llegar á Fompedraza la consternación de los padres fué grande al enterarse de lo ocurrido por Juan, quien mandó en el acto en busca del médico del lugar más cercano; pero estaba enfermo y fué necesario ir á otro pueblo. Se perdieron más de veinticuatro horas; la herida era grave, el facultativo poco hábil en operaciones quirúrgicas; vino la fiebre, la infección, y á los ocho días el pobre joven moría, después de haber recibido con fervor los sacramentos y dado pruebas de resignación cristiana al despedirse de sus padres.

El tío Alegría quedó atontado, de pie ante su hijo, los ojos dilatados, plegadas las manos, el labio inferior caído: le sacaban del cuarto mortuario y volvía á entrar como un autómatas, sin hablar, sin llorar, hasta que se llevaron el cadáver. Entonces lanzó un grito, que á todos los asistentes al entierro les llegó al alma; las lágrimas brotaron á raudales, plegó las manos, levantó los ojos al cielo, y murmuró:

—¡Bendito sea Dios!

II

El sastre y su mujer regresaron á Madrid después de haber vendido el ajuar, cuyo importe, unido á los ahorros del difunto, pasaba poco de mil pesetas. El cura abrazó á Francisco, que le besó la mano y le pidió su bendición.

—No olvide usted, exclamó el sacerdote, que los muertos viven en la eternidad; que en presencia del que fué, la Iglesia enciende antorchas, símbolo de la vida, y canta las victorias del Señor sobre la muerte. Los que no están en este mundo están con Dios y con Él está Juan.

—¡Bendito sea Dios! Yo, al rezar el Padre Nuestro, digo con humildad: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

El boticario les dió una botella de jarabe y otra con un cordial, porque como estaban tan afectados bueno era estar prevenidos; don Santos afirmó que jamás les olvidaría, porque él era muy constante en sus afectos, como lo probaba la amistad que en la batalla de Mendigorría había contraído con un teniente del 4.º de la Guardia.

—La cosa ocurrió de la siguiente manera...

—Suban ustedes al carruaje, les dijo el cura para librarles de la charla del veterano.

Salieron del pueblo despedidos por todos los vecinos, que agitaron los pañuelos hasta perderles de vista. El tío Alegría estuvo mirando las casas, luego el campanario, después la cruz que lo remataba, que era lo único que del pueblo se veía; y cuando en un recodo desapareció todo, lloró en silencio, y también lloraba su esposa, pensando los dos en su pobre hijo que allí quedaba. Al llegar á Madrid sus corazones fueron otra vez estrujados por la desgracia, pues supieron que hacía pocos días había muerto su hija Rafaela, dejando una niña de dos años, Isidra. El trabajo escaseó y el viudo se fué á Guadalajara, al lado de un hermano, y el tío Alegría se hizo cargo de la nieta y dijo á su mujer:

—Tenemos dos nietos, Isidra y Manolo, pero como no tienen parentesco podremos casarlos.

Esta idea le hizo reír primero y llorar después, porque se acordó de Juan y de la madre de Isidra. Marido y mujer volvieron á la faena y aceptaron la portería de la casa en que hemos visto al tío Alegría, diez y siete años después de su regreso á la corte; pero en este tiempo su esposa había fallecido, Isidra se había convertido en una garrida moza, muy buena, y Manolo en un joven que á los veinte se aproximaba, muy laborioso y estimado de su principal, dueño de una acreditada tienda de ultramarinos de la calle de la Magdalena, quien le daba comida, alojamiento y diez duros mensuales, que debían convertirse en treinta el día que se casara y dejara de comer y dormir en la tienda. Pero todo dependía de la boia que saliese del bombo el día del sorteo; día que llegó, y se celebró el sorteo, y Manolo sacó el número uno, y además

fué destinado á Ultramar, noticias que el joven dió al tío Alegría y á Isidra; y luego se quedaron los tres mudos y llorando.

—¿Cuánto tiempo? No contaron las horas, pero había anochecido cuando oyeron la voz de don José que decía:

—¿Boda tenemos?

—No, señor: es soldado y va á Ultramar.

—¿Sigue usted tomándolo con calma?

—Con resignación.

—Sospecho que sabe usted más que yo, á pesar de no leer ningún libro, porque usted siempre está contento y yo rabiando.

—Leo uno: éste.

Tomó de encima del velador un librito de pocas y amarillentas páginas, con cubierta de pergamino muy arrugado, y se lo enseñó. Don José se encogió de hombros y se metió en su casa murmurando:

—¡Qué hombre!

—¡Quién sabe! exclamó de pronto el tío Alegría. Él es persona de mucha influencia y si quiere logrará que no vayas á Ultramar.

—Nada espero de don José, padre, porque debe tener el corazón muy duro.

—No lo creas, Isidra, dijo Manolo, porque su dureza es sólo aparente y tiene buen fondo.

—¡Quién sabe! repitió el sastre insistiendo en su idea.

III

Al día siguiente el tío Alegría se puso camisa limpia, dió una mano de betún á las botas, Isidra le peinó alisando con agua los pelos que le quedaban en la calva, y luego se fué á casa de don José diciendo á su nieta:

—¡Ya verás! ¡Ya verás!

—Dios lo quiera. No tarde usted en volver, porque quedo muriéndome.

—No se puede con los enamorados.

Al subir la escalera tuvo palpitaciones, que se convirtieron en redoble al tirar del llamador. Se abrió la puerta y el sastre preguntó por el dueño.

—Ha salido de Madrid esta mañana y no volverá hasta dentro de un mes.

—¿Adónde ha ido?

—No lo ha dicho.

—¡Dios de misericordia!

Tuvo que apoyarse en el pasamanos, se echó á llorar y contestó al criado, que mostró tanto interés por él como curiosidad:

—No es nada; esto pasará. ¡Bendito sea Dios!

Isidra comprendió al verle que sus esperanzas se habían desvanecido y se llevó ambas manos al corazón interrogando á su abuelo con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Hija mía, debemos conformarnos con la voluntad de Dios. Él sabe por qué hace las cosas, y nosotros no alcanzamos á penetrar sus designios.

Cuando Manolo supo que don José se había marchado pegó una patada, y levantando los brazos con los puños crispados, gritó:

—No iré á Ultramar aunque me fusilen.

—Si te haces fusilar no te querré, y no pienses en casarte conmigo, exclamó Isidra llorosa.

—Pierde cuidado, dijo sonriendo el tío Alegría, que no pensará en tal cosa si tal barbaridad hace.

Manolo adelgazaba; á Isidra se le hundían los ojos y la sangre no coloreaba sus labios ni

sus mejillas; no comía, no dormía, lloraba, cayó enferma, acudió el médico y á la tercera visita dijo al tío Alegría:

—No me gusta.

Tampoco le gustaba al sastre, que temía que su nieta se muriese, temor que llenaba su cerebro de ráfagas de fuego, estiraba los nervios, estrujaba el corazón y despertaba en su alma rebeldías; pero entonces comenzaba á rezar el Padre Nuestro y al decir: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo,» se le llenaban los ojos de lágrimas que apagaban el fuego de la soberbia. Sólo faltaba un día para que Manolo entrase en caja, y luego saldría para Cádiz donde debía embarcarse; y después doblarían las campanas. Y mientras el tío Alegría velaba á la enferma, oía el doblar de las campanas y los cantos funerarios; y la enferma empeoraba; y al amanecer la luz del sol no trajo júbilo, sino tristezas, porque aquel día Manolo ingresaba en el cuartel.

—¡No hay esperanza! murmuró el tío Alegría.

Llamaron á la puerta y fué á abrir.

—Don José ha llegado y desea verle, le dijo el criado.

El sastre lanzó un grito de júbilo, y la enferma, que había oído las palabras del criado, murmuró débilmente:

—¡Ya es tarde!

—Nunca lo es para el Señor. Reza, hija mía, reza y confía en Dios.

IV

El sastre se cortó al ver á don José tirado en un sillón, pálido, fosca la mirada, nervioso.

—Me han dicho que durante mi ausencia preguntó por mí y lloró, lo que significa que no es usted el hombre pachorrudo de siempre, á todo indiferente.

—Don José, para no sentir la pérdida de la mujer y de los hijos sería necesario no tener entrañas, pero para rebelarse contra los designios de Dios sería necesario no ser cristiano.

—Se conoce que usted ignora lo que es sufrir.

—¡Líbrele Dios de saberlo como yo!

—He perdido á mi esposa.

—También yo.

—Perdí á mi hijo.

—He perdido dos.

—En estos días se ha desvanecido la última esperanza de hallar rastro de mi esposa y de mi hijo.

—En este momento está amenazada de muerte mi nieta Isidra y yo de quedarme solo en el mundo y de morir en un hospital.

—Yo ante tanta desdicha tengo odio á todos los nacidos.

—Yo inclino mi frente ante la voluntad del Señor y amo al prójimo por amor de Dios.

—Sospecho, gritó don José pegando un puñetazo sobre el brazo del sillón, que sabe usted más que yo.

Se levantó, fué al balcón y lo abrió sin saber por qué lo abría; lo cerró sin darse cuenta de que lo cerraba; dió unas vueltas por la habitación, se quedó de pie delante de la mesa de escribir y apoyándose en ella rugió, no habló:

—Mi pasar era mediano cuando me casé, pero mis ilusiones muchas, y aumentaron cuando nació mi hijo. Quería ser rico para que él lo fuese, y lo fui, porque murió en Buenos Aires mi hermano sin familia y le heredé. Me embarqué para recoger la herencia, estuve un año en América y regresé con un millón de pesetas y con un millón de ilusiones, pero al llegar á Madrid no encontré á mi esposa, á la que había escrito que viniese aquí á recibirme; y

ardiendo en deseos de abrazarla y de comerme á besos á mi hijo, salí para el pueblo donde residían. Mi casa estaba cerrada y supe que mi mujer había marchado para Madrid, y es lo último que de ella y de mi hijo he sabido. Ignoro si viven ó si han muerto, pero sé que desde entonces no vivo, porque no es vivir tener llena la caja y vacía el alma. La felicidad de los demás comenzó por molestarme y acabó por inspirarme odio. Cuando la desgracia ha abatido á un hombre, me ha sido muy simpático, porque sufría como yo; pero usted me ha inspirado un sentimiento que no puedo definir, porque sé que ha sufrido mucho, y no comprendo esa satisfacción interior que siente usted, misero sastre de portal, que forma contraste con la rabia, con el fuego del infierno que á mí, que no he de pensar en la materialidad de la vida, me devora.

—Ha dado la explicación del contraste: usted tiene en su alma el infierno, según ha dicho; yo á Dios, que es consuelo y esperanza.

—¡Dios! murmuró don José; hace años que vivo apartado de Él, desde que perdí á mi mujer y á mi hijo. Fuera de Él he buscado consuelo y no le he hallado; resignación, y no la he encontrado; esperanza, y todas se han desvanecido, hasta la última, que me dió una carta de un amigo, si es que puedo tener algún amigo. Volví á creer después de tantas investigaciones que hallaría rastro de mi mujer, de mi hijo, y me dirigí á la provincia de Valladolid, y recorrí por centésima vez todos los pueblos que están en la carretera ó cerca de ésta, y hoy he regresado de mi viaje con el alma más negra que nunca, porque la última esperanza se ha desvanecido. ¿Ve usted esos millares de libros de mi biblioteca? Pues todos los he leído, y me han dado fama de sabio; pero no resignación, consuelo, esperanza, que es lo que yo quiero; busco y no hallo. Recuerdo que usted me enseñó un libro, el único que posee, y le basta para tener lo que yo no encuentro. ¿Qué libro es ese?

—La *Doctrina cristiana*, que me enseñó á amar á Dios y que este mundo es valle de lágrimas, tierra de peregrinación, cuyo término es la muerte, que abre las puertas del cielo al católico. ¿Me permite usted una pregunta, don José?

—Hágala.

—¿Reza usted?

—No.

—Pues si rezara usted el Padre nuestro, como le enseñó su madre, hallaría usted consuelo, resignación y esperanza al exclamar: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino,» y al añadir con humildad cristiana «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.» He aquí mi sabiduría: no tengo otra.

—Superior á la mía, dijo don José.

Y añadió bruscamente:

—Tío Alegría, si se quedase en este mundo solo como yo; si muriese Isidra...

—Su muerte acortaría mis días, y cuanto más los acortase más pronto me reuniría en el cielo con ella, con su madre, con mi mujer y mi Juan. Don José, porque Isidra se muere le pido que la salve.

—¿Cómo?

—Evitando que Manolo vaya á Ultramar. Usted tiene buenas relaciones...

—Tengo algo más eficaz: dinero. Quiero hacer la felicidad de esos chicos, aunque rabie al verlos felices.

—Dios se lo pagará.

—Dios me tiene abandonado.

—¡No blasfeme usted! La criatura es quien á veces se aparta del Señor, que siempre la espera misericordioso para perdonarla si se arrepiente.

—¿Es verdad que ha sido usted tan desgraciado como dice?

—Acaso mucho más.

—Cuénteme su historia.

Comenzó el sastre la narración: cuando habló de Juan, corrieron las lágrimas y, ¡cosa rara! don José se conmovió tanto, tanto al oír el relato de aquella mujer víctima del cólera y del pánico de los lugareños, y al enterarse del heroísmo del médico, que el tío Alegría se detuvo y exclamó:

—¿Se siente malo?

—Sí, sí.

Se apretó con ambas manos la cabeza, como si quisiera evitar que se escapase de ella una idea, que era una esperanza, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío, ten compasión de mí!... Continúe usted, tío Alegría. Decía usted que el niño se llamaba Manolo y sólo sabía balbucear mamá María y papá Pepe.

—Eso es; y la difunta, según me contó mi hijo, tenía el cabello rubio y una cicatriz...

—¿Encima de la ceja izquierda?

—Eso es. Y Juan me entregó un reloj de oro con una dedicatoria...

—¿A mi María, Pepe?

—Eso es; y me dijo que nunca me desprendiera de él, porque podía servirme para identificar al niño, y aunque he pasado miseria y tenido hambre, jamás lo he vendido ni empeñado.

—¿El niño es Manolo, el soldado, el novio de Isidra?

—Sí, don José, pero no comprendo...

—Es usted muy tonto: Manolo es mi hijo. Perdóneme usted, le he llamado tonto.

—¡Su hijo! gritó el tío Alegría. Vuelva usted á llamarme tonto; no importa.

Palmoteó como un chiquillo, hizo unas cuantas piruetas; y don José, el sabio don José, le imitó; y se abrazaron y lloraron y rieron como rien los locos; hasta que don José se separó, puso las manos en los hombros del sastre y le dijo:

—Tío Alegría, quiero que me dé usted su libro, la *Doctrina cristiana*.

Luego comenzó á rezar: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino...» y añadió con voz en que había lágrimas y sonrisas: «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...»

Y cayó de rodillas y plegando las manos, su mirada se perdió en la inmensidad en busca de Dios misericordioso.

V

El júbilo hizo perder la cabeza al tío Alegría hasta el extremo de dar la noticia de quien era Manolo con tanta brusquedad, que poco faltó para que la emoción matara á Isidra, á quien luego asaltó este temor:

—¿Consentirá don José en que su hijo se case conmigo?

Y don José, que se enteró pronto, le dijo:

—Tu abuelo perdió á Juan, porque éste quiso salvar á mi María y á Manolo, á quien ha dado cariño y con él ha partido el escaso pan que tenía: no puedo negaros en la prosperidad al que amparasteis en la miseria.

Y se casaron, y toda la calle tomó parte en la boda, á la que asistió el tío Alegría de levita cruzada, sombrero de copa y guantes.

Después del almuerzo llamó aparte á don José y le dijo:

—Ha dispuesto que viva en su casa, y ¡vaya! lo agradezco, porque moriría lejos de los chicos; pero ya que se empeña en que sea dichoso, haga que mi dicha sea completa autorizándome para volver á mi sombrero bajo y á mi chaqueta, porque el de copa pesa más que la Giralda, los faldones de la levita me zurran y los guantes me envaran los dedos.

Les interrumpieron los recién casados, que abrazaron y acariciaron al tío Alegría.

—¿Y para mí? dijo don José.

Manolo é Isidra se echaron en sus brazos, y don José sintió lágrimas y besos en su mano derecha. Bajó la mirada y vió al tío Alegría que estaba arrodillado, le tenía cogida la mano y la besaba murmurando:

—¡Bendito sea Dios!

—¡Bendito sea! exclamó don José con toda la efusión de su alma.

TEODORO BARÓ



SS. AA. RR. LA PRINCESA VICTORIA MAY DE TECK, Y JORGE, DUQUE DE YORK



SECCIÓN CIENTÍFICA



LAS LILAS ROSAS

LAS FLORES DE ABRIL. — EL CLAVEL VERDE. — LA
COLORACIÓN ARTIFICIAL DE LAS FLORES

EN el mes de Abril, y antes de que las golondrinas vuelvan para anunciarnos los hermosos días de Mayo, París toma un cierto aire de alegría y frescor que le da un particular aspecto que ya no pierde hasta entrado el invierno.

En los escaparates de las floristas, así como también en los coches de los vendedores, aparecen ramos de flores de efecto encantador, en los cuales el amarillo de los junquillos se mezcla agradablemente con el violeta de las lilas, la humilde violeta se codea con el altivo narciso y las variedades de los jacintos rivalizan por el frescor de sus tonos, variados hasta el infinito.

El año último, entre todas estas flores tan conocidas, vimos aparecer una nueva planta, del más extraño y singular color que pueda imaginarse: era el clavel verde, que alcanzó uno de aquellos éxitos que sólo se ven en París. Este año el clavel verde parece que ya se ha olvidado y son las lilas rosas las que han venido a sustituirle.

¿Qué son las lilas rosas y de qué lejano país pueden proceder? Tal es la pregunta que todo el mundo se hace sin advertir que su contestación es muy sencilla: las lilas rosas proceden de los alrededores de París y su color es artificial.

El principio de la coloración artificial de las flores no es tan nuevo como generalmente se cree. En una obra que se publicó en 1724 en Amsterdam, cuyo autor se llama Emery, se encuentran, en efecto, diferentes procedimientos «para que tomen las rosas, claveles y otras flores el color que se quiera,» y las recetas que da son análogas á las que se usan hoy día.

Este libro estaba ciertamente olvidado, cuando en el último año, así nos lo dice la leyenda (pues que existe sobre ello una leyenda), habiendo los obreros floristas sumergido los tallos de unos claveles blancos en el



agua que contenía una sustancia verde, observaron que aquellas flores tomaban este color.

La industria no tardó en apoderarse de lo que podemos llamar descubrimiento. El resultado es curioso y el fenómeno no es de muy difícil explicación. Se sabe que todas las plantas y todos los vegetales contienen *vasos*, ó sea una especie de canales hundidos que se prolongan sin interrupción desde la raíz hasta el tallo y desde éste

hasta las flores y las hojas, en las cuales forman lo que todos conocemos con el nombre de nervios. Cuando se corta el tallo de una planta y se le sumerge en un líquido colorado, éste sube por los vasos y se extiende por las hojas y las flores. En los órganos foliares, el color del líquido no se percibe a causa del verde intenso de la clorofila, mientras que en los pétalos se presenta muy limpio ó bien más ó menos alterado por la coloración propia de la flor.

Los claveles verdes tomaban este color por medio del diatildibenzildianidofenilcarbinolsulfato de sodio. Las lilas rosas lo son simplemente por medio de la fuchsina disuelta en agua. Todas las coloraciones pueden practicarse por cualquier persona y en cualquier especie de flores. Conviene, sin embargo, advertir a aquellos de nuestros lectores que quisieran dedicarse á tan interesantes experimentos, que las materias coloran-

tes, *ácidos*, son las únicas capaces de producir el efecto deseado y que las materias *básicas* no tienen acción alguna para ello.

Los azules y los grises penetran en las flores con mucha lentitud, pero los verdes obran relativamente con gran rapidez.

Por último, mezclando dos colores distintos, por ejemplo, la materia verde, anteriormente indicada, y la eosina, se obtienen flores en forma de penachos de color verde y rojo. Como se ve, hay en ello un sinnúmero de investigaciones interesantes por hacer y que deben ser, al propio tiempo, lucrativas, puesto que muchas personas prefieren los colores raros, producidos artificialmente, á los colores naturales frescos y agradables.

El clavel verde ha pasado ya de moda; las lilas rosa no tardarán á pasar también. ¿Se encontrará una flor cuyo éxito sea menos efímero? Mucho lo dudamos.

ENRIQUE COUPIN.





EL CAMINO DE LA VIDA FUTURA

ACUARELA DE CARLOS GHERTS

Ayuntamiento de Madrid

A ORILLAS DEL PRECIPICIO

(CONCLUSIÓN)



CREO que el niño quedará contento, dijo Luciano sin sospechar la terrible borrasca que había provocado el acto sencillo que acababa de realizar. Tal vez esté soñando con el regalo de los Reyes. El angelito ha estado á punto de encontrarse chasqueado. Pero ¿qué tienes? ¿No te sientes bien?

Aunque reponiéndose por momentos, Amalia conservaba en su rostro las huellas de la crisis moral de aquella terrible noche, y acudió á la salida más vulgar, pero más socorrida en estos casos.

—No, no estoy buena. Llevo tres horas de terrible jaqueca... pero ya pasará.

—¿Por qué no me lo has dicho? se apresuró á decir Luciano volviendo á sentarse á su lado y tomándola tímidamente una mano. Tienes las manos heladas. A la cama al momento.

Pero medio tranquilizadas las alarmas de la mujer culpable, por lo menos de ligereza, volvian á despertarse en Amalia los sentimientos de la mujer amante y ofendida.

—No, replicó, ya creo que estoy mejor... Tengo prisa de saber lo que tienes que decirme... que te descargues de ese peso, del cual crees que yo puedo aliviarte.

—Seré entonces más breve de lo que me proponía... Se conoce que hoy te ha atacado con fuerza la jaqueca, porque estás ojerosa y desemblantada, dijo Luciano volviendo á tomar la mano de su mujer cariñosamente.

—Habla. Te aseguro que me voy aliviando...

—Pues bien, Amalia, prosiguió Luciano, vengo á tí como pecador arrepentido... vengo á implorar tu perdón y á que me impongas la penitencia que gustes, no importa que sea grande, con tal de que me perdones.

—¿Tan grande ha sido la culpa? dijo Amalia retirando su mano de las de su marido y fijando en éste una mirada interrogadora y llena de celosa ansiedad.

—Sí, Amalia, yo no quiero atenuarla, pero... tranquilízate, añadió Luciano como respondiendo al relámpago que vió brillar en los ojos de la joven, te he ofendido gravemente; pero nada más que de intención. He estado á la orilla del precipicio... pero no he caído.

Amalia dejó escapar un suspiro de satisfacción de su pecho afanoso.

—No ha sido poca fortuna, dijo, que te hayas acordado, en este momento crítico, de lo que me debías á mí y de lo que te debías á tí mismo.

—No puedo atribuirme ese mérito. Si tuve fuerzas para echarme atrás, es porque Dios envió un ángel en mi ayuda. Me miras con admiración y no lo extraño, porque yo mismo sigo admirándome del suceso. Pero antes de llegar á él necesito darte algunas explicaciones, para las cuales imploro toda tu indulgencia... y no me atrevo á decir todo tu amor, porque no sé si se habrá apagado en la atmósfera fría de nuestras relaciones conyugales de estos últimos tiempos. Pero cualquiera que hayan sido las apariencias, créeme, Amalia, yo no he dejado nunca de amarte.

—Pero por lo visto has estado á punto de ofenderme mortalmente, exclamó Amalia con involuntario ímpetu.

—No lo niego, prosiguió Luciano, pero ¿qué quieres? los jóvenes de nuestra condición vivimos hoy en medio de un torbellino que nos arrastra. Excitado por los amigos y por las sugerencias de un amor propio estúpido, fui resbalando poco á poco hasta presentarme en liza para disputar á su comprador la posesión de una de esas mujeres que se venden. Te juro que ninguna parte tomó en este certamen mi corazón, ni siquiera mi gusto; pero se trataba de una mujer á la moda en las regiones del vicio elegante, de una de esas mujeres que por llevar consigo el escándalo, empeñan con más peligrosos estímulos la vanidad de conquistarlas públicamente. Mis compañeros hicieron apuestas en pro y en contra; en el Club no se hablaba de otra cosa; yo, enardecido por la lucha y mareado por la *claque* que me rodeaba, me dejé ir, sin acordarme de las consecuencias de mi triunfo. Sólo hoy, cuando éste se me presentó ya como definitivo, comprendí con angustia que lo que había comenzado con tan frívola ligereza podía tener por coronamiento una gran desdicha para los dos y para nuestro hijo.

—¿Y eso te hizo entrar dentro de tí mismo?...

—Sí; pero sin provecho. No quiero hacerme mejor de lo que soy, y al implorar tu perdón, no trato de atenuar la culpa. Ni por un momento se me ocurrió la idea de retroceder. Esto me parecía imposible. Tenía ya empeñado en el asunto lo que creía mi honor. Figúrate. Exponerme á las burlas y cuchufletas de todos los amigos, á ser la fábula del Club, á que se me calificase de pacato, á que se atribuyese la retirada á tacañería y quizá á cobardía, á que se me censurase, en fin, duramente por haberme conducido sin delicadeza con esa mujer, que así se entiende el honor entre nosotros... ¡Oh! no. Yo caminaba ciegamente al desenlace de la aventura, aunque, te lo aseguro, con gran tristeza en el corazón.

—¿Cómo es, sin embargo, que retrocediste? dijo Amalia que escuchaba sin pestañear y arrastrada por sentimientos encontrados, la narración de su marido.

—Ya te lo he dicho, porque un ángel me tendió una mano.

—No lo entiendo. Me parece que no estabas tú para hacer caso de ángeles, puesto que no era bastante á contenerte ni siquiera el recuerdo del tierno fruto de nuestro amor, del ángel que duerme á pocos pasos de nosotros.

—No su recuerdo, sino él mismo en persona, fué quien vino á sacarme del borde del precipicio.

—A ver, á ver, cuéntame eso, dijo Amalia interesada y asombrada al mismo tiempo.

Luciano refirió entonces, como quien se encuentra todavía bajo el dominio de las tiernas y dolorosas impresiones que despertó en su alma, la visita de Carlitos á su despacho y su conversación con él. Antes de concluir sus ojos se humedecieron, y los de Amalia se cubrieron de lágrimas que acabaron de desahogar su espíritu. Pero era mujer, y aunque dispuesta á perdonar, se sentía lastimada de que su amor hubiese podido menos en el corazón de su marido que el amor paternal.

—De modo que todo eso has necesitado, Luciano, dijo con ternura que encubría mal la queja, para no faltarme, para no pisotear mi corazón.

—Perdóneme, Amalia, pero yo estaba ciego por lo que juzgaba un compromiso de honor; un empeño obligatorio para todo hombre de mundo; tan ciego, que aun después de aquella escena capaz de mover á un roble, no supe darme á partido. Estaba, sí, completamente decidido á cumplir la solemne promesa que hice al niño, de que hallaría á la mañana sus juguetes de Reyes en el balcón. Dadas las circunstancias, revestía esto para mí los caracteres de un empeño sagrado. Verás cómo estos juguetes fueron el instrumento de que Dios se sirvió para fortalecer mi corazón y hacerme cumplir una de las resoluciones más serias de mi vida. Después de la marcha de Carlitos me quedé como aturdido y abrumado por el peso y las consecuencias del paso que iba á dar; pero no tardé en rehacerme, é impulsado por un deseo avasallador de cumplir la conmovedora promesa que acababa de hacer, salí á la calle á comprar los regalos de Reyes. Pero en el camino me asaltó una idea que puso mi espíritu en la mayor perplejidad. Sólo yo podía traer á mi casa estos juguetes, y yo, desde esta mañana, desde que por un innoble contrato me obligué á comprometerme públicamente con esa mujer, me encontraba sin valor para arrostrar tu mirada. En el momento en que te iba á hacer la más mortal de las ofensas, era precisamente cuando tu imagen se teñía en mi imaginación de colores más hermosos; cuando me preparaba á hacer méritos para que me aborrecieras, cuando iba á perderte, sentía que tomaba mayor vuelo el amor que nunca dejé de profesarte. Aparte del esfuerzo de disimulo y de tracción que necesitaba hacer para presentarme á tus ojos en la actitud acostumbrada, del martirio que debía imponerme para realizar una obra miserable, no estaba seguro de que al verte no lo diese todo al traste para echarme á tus pies, para buscar en tus brazos un refugio contra mí mismo. Como no quería hacer esto de ningún modo, resolví ya desde la mañana comer fuera de casa, para no verte y disponer de mi voluntad. ¿Cómo, pues, iba á resolver el problema de cumplir como padre y no cumplir como esposo? Pensé en enviar por una persona extraña los juguetes, para que tú los pusieras en el balcón, pero se me ocurrió que á la inconveniencia de semejante recado, tú, justamente ofendida, responderías no cumpliéndole. En estas dudas, pasé por delante de dos ó tres almacenes sin resolverme á entrar. Comí en el Club maquinalmente y procurando hacer oídos de mercader á los perdidos de mi especie que me felicitaban por mi próximo triunfo, y me lancé á la calle, de tal suerte preocupado, que no sentí la nieve y el frío ni la humedad que me penetraba los huesos, yendo de un lado para otro decidido á hacer algo, pero sin ánimo para decidir lo que iba á hacer. Hubo un instante en que, angustiado por la imposibilidad de hallar salida al dilema en que me veía encerrado, atravesó mi espíritu la idea de dejar al niño chasqueado en sus esperanzas, pero no tardé en rechazarla como se rechaza un pensamiento vergonzoso. Creí ver su cabecita rubia inclinándose tristemente, y sus hermosos ojos que me dirigían llenos de lágrimas una mirada de dolor y de reconvención. Entré al fin en una tienda á comprar los juguetes; pero aun después de tenerlos debajo el brazo, erré algún tiempo con paso vacilante por las calles enfangadas, como para dilatar mi ruptura definitiva con las preocupaciones de la sociedad en que he vivido hasta ahora, pareciéndome que hasta los escasos transeuntes que se cruzaban conmigo me miraban con aire burlón y despreciativo. Pero era ya hora en que algunos balcones se abrían para dejar paso á padres cariñosos que dejaban en ellos, para sus hijos, los regalos de los Reyes. Parecióme esto una lección y un aviso. Ya no vacilé, y aquí me tienes, Amalia, esperando, no tu perdón, porque ese lo estoy leyendo en tus ojos, sino la penitencia que quieras imponerme.

Quizá en otras circunstancias la amnistía hubiera venido algo más premiosa, pero Amalia había padecido mucho en aquellas veinticuatro horas; la confesión de Luciano, por su misma sinceridad, de la cual, confrontando datos, no podía dudarse, dejaba satisfecha á la esposa y á la mujer, y sobre todo el sentimiento de su propia falta la obligaba á la indulgencia. Otorgó, pues, con efusión el perdón tan bien ganado por el arrepentimiento.

—Sin embargo, dijo á Luciano entre risas y lágrimas, no renuncio á imponerte la penitencia, y hela aquí. En lo sucesivo haremos vida común, no sólo en el domicilio conyugal, sino fuera de él, en todas partes. Estamos como esposos obligados á compartir las penas; compartiremos también las distracciones y los regocijos. Nada de dividir por la mitad los días, sustrayendo la mitad de cada uno á la cadena conyugal, porque, como acabamos de ver, se corre el riesgo de una rotura definitiva. Conque, ya lo sabes; en adelante, Luciano mío, acabados tus negocios, no hay más club que la compañía de tu mujercita, ni más diversiones que las que podamos disfrutar juntos.

—Acepto la penitencia, que habría sido cumplida aunque tú no me la hubieses impuesto.

—Y ahora, añadió Amalia, antes de recogernos, vamos á dar un beso al que ha sido instrumento inocente y providencial de este feliz desenlace, á nuestro Carlitos.

Los dos esposos, cogidos de las manos, entraron en el cuarto en que dormía el niño, cuyo hermoso rostro iluminaba débilmente una lámpara colocada en el contiguo gabinete.

—Está soñando, dijo Amalia al oír la voz de Carlitos. Acerquémonos.

En efecto, los labios del angelito balbuceaban estas palabras:

—Papá, bueno... Papá, bueno.

IV

En medio de su felicidad, Amalia, como nuestros lectores pueden imaginarse, no estaba tranquila. El recuerdo de Juanito no la dejaba á ratos saborear aquella especie de segunda luna de miel. El descenso por el balcón, teniendo en cuenta la hora, el poco tránsito de la calle y la inclemencia de la noche, podía verosímilmente no haber tenido testigos; pero aun para un gimnasta, el salto, dada la altura, no dejaba de ser peligroso. Por otra parte, aunque Juanito no hubiese representado un papel de los más lucidos en la aventura, y su manifiesta cobardía pusiera un frenillo á su lengua, parecíale, y con razón, peligroso tener la dicha y la paz de su hogar pendiente de la discreción de un hombre. Esta idea acibaraba su bienestar, aceptándola como el castigo que Dios imponía á su frivolidad y ligereza.

Muy pocos días después de los sucesos que acabamos de referir, Luciano, al volver una tarde de sus ocupaciones, dijo á Amalia:

—¿Sabes lo que le ha pasado al pobre Juanito Vélez?

—¿Qué le ha pasado? contestó Amalia llevándose el pañuelo á las narices para ocultar el súbito rubor que encendió sus mejillas.

—Que hace pocas noches se le encontró muy cerca de aquí, desmayado y con una pierna rota. Parece que resbaló en la nieve y cayó en muy mala postura. El dolor debió ser tan fuerte que perdió el sentido. Cuando me lo dijeron esta tarde, fui corriendo á su casa y de ella vengo; pero ¡admirate! el hombre ya no está en Madrid.

—¡Cómo!

—Como lo oyes. Al parecer la fractura no era peligrosa, y el doctor Galíndez aseguraba que en poco más de quince días quedaría curada, pero Juanito se empeñó ayer en que le lleva-

sen á la estación y no hubo más remedio que darle gusto. Allí se le metió en el vagón, lo mejor que se pudo, con su pierna entablillada y salió para Córdoba, donde tiene su casa, jurando y perjurando que no se le volverá á ver en Madrid.

—*Amén*, dijo mentalmente Amalia recobrando su serenidad.

En esto Carlitos entró, como de costumbre, á colgarse de los brazos de su padre; pero éste observó que tenía el rostro lloroso.

—¿Qué te pasa, hijo mío, dijo besándole, que traes la carita tan anublada?

—¿No sabes? contestó el niño entre suspiros. Que el lagarto... se me ha... escapado.

—¡Ah, pícaro! ¿Por dónde?

—Por el balcón.

—Se portó... como un lagarto.

—Yo tuve la culpa... por haberle dado cuerda.

—Es claro. A veces los lagartos, cuando se les da cuerda, corren demasiado.

—Oye, papá, dijo el niño pasando con la volubilidad propia de la infancia de un asunto á otro. ¿Por qué no encargaste á los Reyes que trajesen algún regalo para mamá? Tú me lo ofreciste.

—Ya me lo han traído, hijo mío, dijo Amalia acercándose y juntando su rostro con el del niño. Me han traído la felicidad.

Luciano estrechó con ternura la mano que al decir esto le tendió Amalia.

C. SUÁREZ BRAVO.



MI ALBUM

LOS ESTRUENDOS DEL CANTÁBRICO

V A nuestro alegre recuerdo
hacia las playas volando,
y la *auditiva* memoria
oye el tumbo del Cantábrico.

Arpa de miles de cuerdas,
trovador, mar soberano,
que con ondas por estrofas
te agitas, siempre rodando.

De tus rotundas orquestas
el terrorífico escándalo
quiere escuchar el oído
lleno de asombro y de pasmo.

Está la altiva oratoria
en tus mil lenguas vibrando
y tus ideas de perlas
lanzan, hirviendo, tus labios.

Cantas la fuerza, la vida,
de majestades bañado,
y así clama tu elocuencia
al son de tu ritmo trágico:

— « Venid á mí los heridos
en el gran tumulto humano
que los combates del alma
con heroísmo arrojaron.

Los que el pensamiento vivo
sacudió como relámpago
y cayó sobre sus nervios
como en el alambre el rayo.

Los que abristeis al progreso
de los hombres vuestros vasos
y disteis la sangre propia
en bien del género humano.

Los que vais de la alta ciencia
con los sillares cargados
á levantar el gran templo
del saber y el entusiasmo.

Los que exprimís vuestro jugo

en la estrofa y en el cuadro,
en el pentágono armónico
y en la blancura del mármol.

Cuanto amáis lo sublime
venid á dar en mis brazos;
¡yo soy el mar de la fuerza
y los vigos restauro!

Yo amo también; mis amores
son la luna del espacio,
y elevo mis cresterías
para jugar con sus lampos.

Un solo beso le pido,
y ella en mi dorso erizado
el haz de su cabellera
echa relampagueando.

Bajo sus bucles palpito
cual bajo trémulo palio,
y por llegar á su rostro
perpetuamente trabajo.

Es mi ideal; nunca llegue
á mí el beso de sus labios,
¡que al ideal conseguido
sigue el tedio sollozando!

Trabajad como yo lucho
por un fin, seres humanos,
y á mí venid por las fuerzas
de vuestros miembros cansados. »

* * *

Estos fragores sublimes
el mar está recitando,
llamando con recios tumbos
desde su eterno escenario.

Y desde Cádiz al Norte,
de Barcelona al Atlántico,
de toda España, van gentes
á oír sus versos al trágico.

SALVADOR RUEDA.



NUESTROS GRABADOS

LA LISTA DE LA LOTERÍA CUADRO DE JOAQUÍN TEJADA

El joven autor de este lienzo, Joaquín Tejada, es americano, sintió afición por el arte, lanzóse al estudio de la pintura, y con pocos contados años ha llegado ya al alto punto que demuestra la obra suya reproducida fielmente en este número. Tejada ha empezado su carrera de artista de un modo brillante, y lo que es más, con empuje, el cual se ve en todo el cuadro. Otros hubieran limitado a pintar un cuadrillo de camarín ó gabinete con el mismo asunto; él cogió una tela de grandes dimensiones y la llenó con figuras que si no llegan al natural le van muy cerca. Diestro en sorprender los rasgos de la realidad, supo copiar con gran fortuna, no tanto los de la escenografía solamente, que están hábilmente pintados, sino los de cuantas figuras aparecen en el cuadro de que hablamos. Y el natural está sorprendido en movimiento, y de ahí la expresión y la vida de cada uno de los personajes. No ha acudido Tejada á la copia del modelo vivo en quietud más que como elemento de estudio. Las actitudes y los gestos de las personas de variadas condiciones sociales que examinan con codicioso afán la lista del sorteo de la Lotería ha debido tomarlas de la vida real, cogiéndolas al vuelo, como se dice vulgarmente. Encanta la verdad que se advierte en este grupo, en el que todas las figuras atraen las miradas del espectador. Encanta igualmente la verdad del aguador que atraviesa empujando el carretón, contemplando casi con indiferencia la escena. Esta viene á ser una acerada sátira del vicio del juego, representado en la Lotería, vicio en el que desaparecen los ahorros y se pierde la paz de las familias por una ganancia ilusoria, por un premio que, como es natural, poquísimos alcanzan. La sed de dinero, por un lado, el desencanto, por otro, de no haber alcanzado ni siquiera un premio pequeño, se descubren en el interesante cuadro de Joaquín Tejada. Puso el pintor la escena en Barcelona, y de esta ciudad sacó los temas de calle que constituyen el fondo del lienzo; mas siendo artista no le plugo copiar exclusivamente un punto determinado, sino que con dos ó tres compuso un conjunto que le sirvió para imprimir todavía mayor relieve al grupo principal de su trabajo pictórico. Por él ha sido merecidamente felicitado, ya que es prueba de sus excepcionales dotes y prenda para lo futuro de nuevas obras de mayor aliento todavía.

RETRATOS DE SS. AA. RR. LA PRINCESA VICTORIA MAY DE TECK, Y JORGE DUQUE DE YORK

Hemos reseñado en anteriores números las pomposas

fiestas con que Londres en particular, y con ella todo el Imperio Británico, han celebrado el matrimonio de los augustos Príncipes cuyos retratos damos en este número. Los súbditos de la reina Victoria han dado en esta ocasión una nueva y elocuentísima prueba del amor que profesan á toda la Familia Real. Los obsequios hechos á los recién casados continuaron después del matrimonio, puesto que donde quiera que han aparecido les han acompañado las aclamaciones y las voces de entusiasmo de todos los habitantes, casi puede decirse sin exclusión alguna. Los regalos que han recibido los duques de York exceden á toda ponderación, siendo artísticos y de valor imponderable. Testimonio son también no sólo de las simpatías que cuentan entre sus súbditos, sino igualmente de las que tienen en todo el mundo, ya que muchos de los más valiosos regalos proceden de soberanos y de próceres de distintas naciones. El príncipe Jorge Federico Ernesto Alberto, duque de York, conde de Inverness y barón Killarney, nació en Marlborough House el día 3 de Junio de 1865. Cuenta, pues, veintiocho años, y la princesa Victoria May de Teck es próximamente de su misma edad.

EL CAMINO DE LA VIDA FUTURA

ACUARELA DE CARLOS GEHRTS

No representa la Santísima Virgen, como podría creerse á primera vista, la mujer que domina en esta lindísima acuarela. El nimbo que rodea su cabeza es solamente indicio de santidad, y aún no de la canonización hecha por la Iglesia, sino aureola que le sirve al pintor para presentar de un modo gráfico su idea. La madre, la viuda quizás, que ha atravesado por entre las espinas y alrojos de la vida, dando á sus hijos alimento para el cuerpo y alimento para el alma, á costa de las mayores privaciones y sufrimientos, la madre que con espíritu cristiano ha seguido esta vía dolorosa, ha ido recorriendo al mismo tiempo el camino que lleva á la vida futura, á la bienandanza y gloria eternas. Sus hijos mayorcitos la miran con admiración y de todo su ser se desprende aroma de virtud, aliento de santidad. Por esto Gehrts ha impreso á su pintura con aspecto ideal, en medio de realidades bien terrenas, como lo es el bosque por donde atraviesan la madre y los niños y los pormenores del vestido en los últimos. El conjunto resulta en extremo simpático, como pueden apreciarlo nuestros lectores fijando la atención en la lámina de que hablamos.



UN NOMBRE FAVORITO

POR

EUFEMIA VON ADLERSFELD



MIENTRAS yo, con la presente disposición, sepulto la antigua manzana de la discordia, dejo al hijo de mi única hermana María, el barón Hans de Wendenburg, 600,000 marcos con la condición de que se casará con mi sobrina Felicitas Ana Luisa Theone, condesa de Hellberg. Si no cumple esta condición, dicha suma pasará á la fundación de la familia mencionada en el párrafo 7.º de esta disposición testamentaria.»

—¡Nada, todo se lo lleva el diablo! exclamó el barón Hans de Wendenburg cuando hubo leído el referido pasaje del testamento de su tío.

Y si bien era tenido por un resuelto oficial de hulanos, cuya fama estaba bien sentada en los círculos hípicas, no ocultaremos á nuestros lectores que en esta ocasión se hallaba completamente turbado, delante del testamento y mirándolo fijamente como Perseo á la cabeza de Medusa, con la sola diferencia que el héroe griego, siguiendo el principio que de nada sirve el tener miedo, no estaría ni la mitad tan impresionado á la vista terrorífica de la Gorgona como el héroe de esta verídica historia delante de los pliegos del borrador del tamaño de in folio. Tampoco es mi ánimo rebajarle á los ojos del lector, pues ¡quién sabe lo que hubiese hecho Perseo en tal situación!

Una chispa de valor personal, al fin y al cabo no es cosa muy extraordinaria; pero cuando un pobre diablo con el estómago vacío y aguantando el frío se detiene delante del escaparate de una tienda de ultramarinos y no rompe el cristal y roba un salchichón, esto es valor moral y fuerza moral, mal que pese á todos los agentes de policía.

Hablando en sentido figurado, Hans de Wendenburg se hallaba en aquel momento también con el estómago vacío delante de la tienda, sabiendo que poseía un par de sólidos puños junto con un carácter enérgico que le aseguraban la ganancia, y con todo...

Acababa de entrar de nuevo en la guarnición, rendido de cansancio, de regreso de unas maniobras, en las cuales se había reñido una gran batalla con la vecina guarnición de infantería y con un calor de 25 grados Reaumur. Cuando llegaron los fatigados caballos con sus empolvados jinetes y se metieron en las cuadras, habíase regocijado ante la idea de una bebida refrescante, un baño frío, un buen bocado y una hora de siesta.

Una botella de Mosela flojito, puesta en nieve, estaba preparada encima de la mesa de su cuarto, junto con un par de tajadas de jamón de muy buen aspecto, pero al lado del cubierto había un gran sobre con un sello que parecía de oficio é inspiraba respeto.

—¡Truenos y rayos! ¡Por fin aquí llega verdaderamente el deseado legado del tío! había exclamado.

Y sin tomarse el tiempo de quitarse el casco, la bandolera, la faja y el sable, tomó el cuchillo de la mantequilla y abrió el sobre.

Su tío, el señor de Wallwitz, era hermano de su madre, pero hacía muchos años, al casarse la señora de Wendenburg y con motivo de este casamiento, riñeron de tal modo los dos hermanos, que dejaron de tratarse. Más tarde quiso la señora de Wendenburg hacer las paces, empero su hermano, que tenía mucha más edad, se mantuvo firme en su rencor, y haciendo la observación irónica de que no estaba todavía en el caso de hacer testamento, se retiró á una comarca lejana, en donde, por puro despecho, según opinaba la señora de Wendenburg, se casó con una solterona de gran familia, matrimonio que no tuvo sucesión.

Los Wallwitz no eran ricos, y la pequeña fortuna de la señora de Wendenburg disminuyó tan pronto, que al heredarla Hans de Wendenburg la renta sólo le proporcionaba un modesto sobresueldo, con el cual tenía que ayudarse para vivir más ó menos bien en su regimiento. Más suerte había tenido su tío, pues por medio de un par de especulaciones acertadas, su fortuna había aumentado considerablemente en pocos años y era, además, el heredero universal de su riquísima mujer; pero después de todo lo ocurrido nunca hubiese soñado Hans heredarle. Jamás había visto á su tío, ni éste había dado señales de vida, ni él por su parte le había escrito cuando, como le había sucedido un par de veces, había tenido mala suerte con los caballos y pasado apuros pecuniarios.

Afortunadamente todo se había arreglado sin el auxilio del tío, y probablemente el nombre del anciano señor de Wallwitz se le hubiese ido de la memoria, si el comandante no le hubiese dicho confidencialmente, hacía poco más ó menos medio año, que el señor de Wallwitz le había escrito informándose del carácter y de la conducta de su sobrino. El comandante añadió que le había contestado lo que hacía al caso y que, como asimismo el señor de Wallwitz pedía noticias del físico de su sobrino, le había mandado su retrato con la relación de su talla, etc., etc.

Este pequeño incidente fué motivo para que de momento Hans de Wendenburg confiase en un legado, empero no se acordaba ya más de ello cuando hacía dos días en el Casino había leído la muerte de su tío en el *Diario universal de la Alemania del Norte*. Algo como una esperanza volvió á despertarse en él; mas fué tan sólo cosa de un instante.

—Un par de miles de thalers no me vendrían mal, había pensado. ¡Pero no tendré una suerte tan extraordinaria!

Y ahora que ni pensaba siquiera en una herencia, se le presenta ésta muy gorda, pero con una condición tan desusada y propia de una novela ó de una comedia, que puede exclamar con razón:

—¡Nada, todo se lo lleva el diablo!

Después de esta primera clásica manifestación de su sorpresa, leyó otra vez el correspondiente pasaje de la copia del testamento, reflexionó un momento, y se acercó luego á una preciosa biblioteca, de la que sacó un «libro del blasón» no muy nuevo.

—1878 dijose, lo mismo da, diez años antes bien debía estar ya en el mundo. ¿Qué nombre es? Hellberg. No he conocido jamás á ningún Hellberg. A. B. C. D. E. F. G. H.—Hellberg, aquí está. ¿Y cuál es el nombre de pila? Felicita Anna Luisa Theone—el nombre subrayado será sin duda el que lleva, pues si hubiese de decir: Felicita Anna Luisa Theone, te quiero, necesitaría un cuarto de hora. ¡Vaya un nombre más raro! Siempre me ha gustado extraordinariamente «Felicita», pero ¡Theone!... ¡Horroroso! Bueno, pues así resulta que

hay, ó hubo tres hermanos Hellberg, Ricardo, Theone... ¡ajá! esta era la primera mujer del tío Wallwitz, y Enrique. Empecemos por el más joven. No se casó muy joven, y tuvo dos hijos, Enrique y *Felicitas*, Anna Luisa Theone, nacida en 1870. Pero *Felicitas* está aquí subrayado, es decir, escrito con redondilla. No se trata, pues, de ésta. ¡Hem! y el mayor, Ricardo, tuvo sólo una hija, Felicitas Anna Luisa Theone, ésta es, nacida... ¿cómo? ¡nacida en 1847!

El hermoso rostro todavía cubierto de polvo de Hans de Wendenburg, palideció, subiéndole luego la sangre á la cabeza, y echó al suelo el «libro del blasón» con tal furia, que Knieper, el asistente, que estaba dormitando, despertó azorado y miró con recelo á su amo.

—¡Esta es una proposición humillante! exclamó rechinando los dientes y fuera de sí Wendenburg. ¡Es lo mismo que si yo matase de hambre á Knieper y luego colgase un trozo de salchichón tan alto que no pudiese alcanzarlo! ¡Como si yo hubiese de acceder á casarme por dinero con un vejestorio que tiene quince años más que yo! ¡De ninguna manera! ¡Ni por un millón! ¡Me despreciaría á mí mismo! ¡Seiscientos mil marcos! ¡Truenos y rayos! ¡Una sexta parte bastaría para pagar mis deudas y vivir tranquilo sin necesidad de dar seis vueltas á cada pieza de cobre en el portamonedas! Y una mujer, ya me la sabría yo buscar entonces. Si á lo menos me hubiese impuesto una joven, menos mal, pues hubiese podido ver si me gustaba. Pero lo otro no lo hago... ¡no, yo no lo hago!

Pálido de cólera, Hans de Wendenburg se quitó el sable, la faja, la bandolera, y tiró el empolvado casco encima de la mesa, en medio de la botella del Mosela, del plato del jamón y de la mantequera.

—¡Despejad! gritó al muchacho que acababa de entrar y venía, después de haber arreglado el caballo, á quitarle el uniforme.

El buen hulano quedóse con la boca abierta de sorpresa.

—¡El señor teniente todavía no ha comido! balbuceó señalando el almuerzo.

—¡Despejad! gritó Wendenburg con viveza.

El apetito se le había ido.

—¡El señor teniente tampoco ha bebido! balbuceó con espanto el muchacho.

Una imperiosa mirada de su amo le hizo enmudecer. Quitó, muy asombrado, el sencillo almuerzo de la mesa, y contempló, meneando la cabeza, cómo su amo se sentaba delante del escritorio y se ponía á escribir, rascando el papel con la pluma.

—Escribir en seguida después de haber llegado y con el estómago vacío, esto no acostumbraba á hacerlo el señor teniente... ¡Hem, hem, hem!

Efectivamente, Hans de Wendenburg escribió con la elocuencia que sólo inspira la indignación una carta al procurador de su tío, en la cual le daba las gracias, con ásperas frases, por la herencia, y le preguntaba por quién había tomado al teniente Wendenburg para hacerle una proposición tan humillante y ofensiva! Luego, sin repasarla, metió la carta en un sobre, la cerró, puso la dirección y la entregó al criado para que la llevase al correo. Acabada esta operación respiró, pero sólo cuando le hubo entregado el criado el talón del correo — pues las cartas impertinentes suelen certificarse para que no se pierdan — empezó á sentirse mejor. Su suerte estaba ya decidida; pero juró que jamás olvidaría, aunque viviese tanto como Abraham, aquella hora de amargo desengaño.

Tres días después recibió una contestación del procurador tan suavemente tratado, en la cual hacía saber cortésmente, pero con algún sarcasmo, al señor de Wendenburg, que no era él sino el señor de Wallwitz el que había hecho el testamento, y que él no era otra cosa más que el ejecutor testamentario. Que el señor de Wendenburg tenía la libertad de pensar lo que quisiese del testamento, y de aceptar ó rechazar el dinero, todo esto poco le importaba como procurador. Empero la decisión formal y definitiva del señor de Wendenburg no podía recibirla hasta el día 20 de Julio del presente año en que, según voluntad del testador, todos los herederos debían hallarse personalmente en la posesión de Weissenrode, propiedad del difunto,

para lo cual se pagaría á cada uno los gastos del viaje. Esta condición acababa de encontrarse en un codicilo depositado judicialmente en la ciudad cabeza de partido, por lo que se apresuraba á ponerla en conocimiento del señor de Wendenburg. Declaraba además el codicilo, que Weissenrode, con todo cuanto contenía, en lugar de ser transformado en establecimiento frenopático, pasase también á ser propiedad del barón Hans de Wendenburg mediante siempre la condición expresada en el párrafo primero.

Después de la lectura de esta carta, Hans de Wendenburg se puso á fantasear. 600,000 marcos y una propiedad en una de las mejores comarcas agrícolas. Como no sabría dirigirla, la arrendaría y pondría una yeguada cuya casta se haría célebre en toda Europa. Y luego dejöse caer gimiendo en una silla al recordar la condición, ¡aquella tremenda condición que se vestía de oro para tentarle! El mundo, Dios mío, no encontraría nada de particular en que aceptase: ¡se han efectuado tantas veces matrimonios de esta clase!

El mundo unas veces se ha reído, lo ha aprobado otras; pero casi siempre el hombre ha buscado fuera de su casa la felicidad que no encontraba en la suya, y hombre y mujer han sido desgraciados.

Si el mundo se reía y burlaba de tales matrimonios, y cada vez que Hans de Wendenburg había oído hablar de alguno, se indignaba y llamaba ridícula á la mujer, y al hombre despreciable.

¡Oh, la riqueza era cosa hermosa, pero á este precio no, mil veces no!

Hans de Wendenburg luchó valerosamente con corazón noble y honrado, luchó y venció. Esta vez escribió al procurador una carta más cortés, en la que le suplicaba le dispensase por su primera carta inspirada en un sentimiento de indignación muy disculpable. Le decía ahora que su resolución era la misma á pesar del codicilo, y que con mucho gusto la volvería á declarar personalmente en Weissenrode el día 20 de Julio.

Terminada esta carta se tranquilizó por completo. Desvaneciéronse los ensueños y planes, y ya no se ocupó en otra cosa más que en su caballo castaño claro, su *Fée*, y en si ganaría ó no en las grandes carreras de fin de Junio.—Si triunfaba, además de la gloria, le proporcionaría bastante dinero para hacer un pequeño viaje después de las maniobras, para contentar á sus acreedores, y aún para jugarse algunas monedas.

Al cabo de algunos días llegó otra carta, pero esta vez de aspecto inofensivo, con iniciales debajo de una corona de nueve puntas. Wendenburg, que no tenía gran correspondencia, la abrió sorprendido y leyó lo siguiente:

«Querido señor de Wendenburg:

»El procurador Müller me escribe hoy que renuncia Vd. resueltamente al insensato testamento de mi difunto cuñado. Como un hecho de esta naturaleza apenas se ve hoy día, permita Vd. que un viejo le dé por ello un cordial apretón de manos. Empero, como tendrá Vd. de comparecer en persona el día 20 de Julio en Weissenrode junto con los demás herederos, según lo expresado en el referido desatinado codicilo, y como dicha posesión está en mi vecindad, ruego á Vd. venga á hospedarse á mi casa, ya desde principios de Julio, á fin de que con toda tranquilidad podamos cazar algún venado, algunas becadas y ánades salvajes. Poseo también en mi cuadra un par de caballos pasablés que podremos hacer correr juntos. En la confianza de que aceptará Vd. esta poco ceremoniosa invitación tal como se la hago cordial é inofensiva, quedo de Vd. seguro servidor,

»ENRIQUE, CONDE DE HELLBERG.

»Castillo de Hellberg 15 Junio 1888.»

—Naturalmente, vaya si acepto; me parece que debe ser un buen hombre. Esta fué la resolución de Hans Wendenburg así que hubo leído la carta.

Y poniéndose el casco se fué á casa de su jefe á pedir licencia, la cual le fué en seguida concedida, pues generalmente se ausentaba poco de su guarnición.

—Hellberg, Hellberg, dijo el coronel haciendo memoria, ¿no era la esposa de su tío una Hellberg?

—Sí, contestó lacónicamente Wendenburg.

—¿Y no hay noticia del tío?

—El tío ha muerto, mi coronel.

—¿De veras? ¡Vaya! ¿y qué es lo que ha heredado usted?

—Nada, mi coronel, respondió Wendenburg resueltamente.

Y luego añadió titubeando:

—Es decir, debía heredar mucho, muchísimo; pero con condiciones que no puedo cumplir.

El jefe abrió desmesuradamente los ojos, pero nada preguntó acerca de las condiciones.

—¡Hem! ¡hem! lo siento mucho por usted. ¿Ha renunciado usted ya definitivamente?

—En mi fuero interno, sí, mi coronel. Oficialmente lo declararé el 20 de Julio en la reunión de herederos.

—¡Vaya, vaya! ¡hem! ¡hem! Pues buen viaje y que usted se divierta mucho en Hellberg.

El buen señor, que tenía conocimiento de los hombres, pensó en su interior:

—¡Buen chico, este Wendenburg! ¡Bah! de aquí al 20 de Julio van muchos días; ¿qué condiciones pueden ser ésas?

Los días transcurrieron como suelen transcurrir en esa estación para la caballería, con una animada serie de ejercicios de campaña y ejercicios en el escuadrón, pues los del regimiento habían tenido lugar catorce días antes de salir para las maniobras. Hans de Wendenburg empleaba los ratos libres en ejercicios de equitación, y como no tenía posición para pagar un jockey, desempeñaba él mismo estas funciones con sus caballos de carreras. Que lo hacía con buen éxito, lo prueban sus celebradas victorias en el turf del hipódromo de la localidad y las bonitas sumas que se pagaban por sus muy solicitados caballos.

El tiempo, como queda dicho, transcurrió, y á principios de Julio marchó Hans de Wendenburg al castillo de Hellberg, llevando exteriormente un elegante traje de paisano é interiormente la íntima satisfacción de que su caballo *Fee* había vencido en las grandes carreras del ejército y de haberlo vendido á un ruso por un precio exorbitante. Su ánimo rebotaba alegría. Libre de deudas, dinero en el bolsillo, y dinero para el juego—no una gran cantidad para la gente rica, para él, empero, una pequeña riqueza—además, la satisfacción de amor propio de que su nombre como *sportmann* y como *jockey* al mismo tiempo, iría en periódicos y revistas de *sport* seguido de grandes alabanzas. ¿Qué más podría desear? Veía constantemente brillar y relucir delante de los ojos el premio del Emperador para las carreras del ejército: la copa de plata llena de escudos con la reluciente corona imperial en la taza y su nombre grabado al pie. Sí, esta victoria le había ayudado á consolarse de la triste herencia, y sólo pensaba en ella como en una pesadilla: con cierta pena que era sobrepujada por la alegría de haber salido del paso. Indudablemente era éste un optimismo inconcebible y ridículo; mas ¿quién puede remediarlo? A despecho de todos los pesimistas siempre hay quien no sabe indignarse contra la mala suerte y desprecios del mundo.

—¡Estación de Hundeloch!

—¡Todo el mundo baja!

Estas voces de la realidad arrancaron súbitamente á Hans de Wendenburg de sus ensueños de vencedor; cogió el gabán y el paraguas y buscó un mozo para que le llevase la maleta y la caja del casco, lo cual probaba lo poco que conocía esta línea y Hundeloch especialmente,

que, á pesar del mucho tránsito, tenía una estación á manera de granja, un andén demasiado pequeño y completa carencia de empleados para llevar paquetes de los viajeros.

Hans de Wendenburg tenía, como todos los de caballería, una verdadera y profunda aversión á llevar paquetes, de modo que sólo después de un buen rato se resolvió refunfuñando á tomar el equipaje con su mano izquierda enguantada y á abandonar el cupé. Apretado y empujado por una multitud de viajeros que corrían de un lado para otro, llegó al fin á una puerta de cristales que tenía el rótulo: *Sala de espera de primera y segunda clase*, vió al portero de la estación en el dintel de aquel local tan poco atractivo y le preguntó:

—¿Dónde está el tren para Helldorf?

—¿Helldorf? ¡Ah, el tren del ramal! Sale por la vía que se halla detrás de la estación.

—¿Cuánto tiempo hay de espera?

—¡Dos horas!

—¿Cómo? ¡Qué tontería! ¡En el indicador dice diez minutos!

—Sí, pero como el tren de ustedes lleva treinta minutos de retraso, el que enlaza ha debido marchar. El próximo tren sale dentro de dos horas, y es sólo un tren de mercancías; pero si hay pasajeros se pondrá un vagón.

—Esto es magnífico, dijo irónicamente Wendenburg. ¡Caramba! añadió furioso en su interior, mientras entraba en la sala de espera y tiraba sobre la primera mesa el equipaje que arrastraba con tanto trabajo. ¡Hay para salir de tino! ¡Dos horas! ¡Vamos que es una broma pesada!

De muy mal humor púsose á contemplar cómo los viajeros se precipitaban y se apretaban en los trenes preparados, hasta que marchaban en distintas direcciones en medio de gritos ensordecedores y de estridentes silbidos. Luego reinó un gran silencio, y Hans Wendenburg reparó que era el único pasajero que había quedado en la estación. ¿Qué es lo que iba á hacer? Por supuesto, lo primero comer, que es lo que hace pasar mejor el tiempo de espera. En el *buffet* donde dominaban unas salchichas disecadas y un queso suizo con tremendos agujeros, más seco todavía, debajo de una campana de cristal de una limpieza dudosa, le dieron la buena noticia de que había algo que comer, después de lo cual entró en las oficinas del telégrafo á anunciar el retraso á Helldorf. Una vez terminado esto no sabía cómo pasar el tiempo. Además, el sol caía con ardores africanos sobre la estación de Hundeloch que no tenía ni un palmo de sombra, y Hans Wendenburg, no encontrando nada mejor que hacer, se puso á contemplar dos gorriones que se revolvían en el polvo luchando sin cesar.

—¡Tocan la campana! ¿Wendenburg, es usted ó su sombra? gritó detrás de él una voz de hombre en legítimo dialecto silesiano.

Wendenburg se volvió riendo.

—Conozco la voz. He adivinado que era usted, barón Tiefenthal. Y ahora le hago la misma pregunta que usted á mí.

—Bien parece que ambos somos de carne y hueso, contestó el interpelado.

—¿Se habrá usted también quedado en este maldito corral de vacas? ¿Ó aguarda usted simplemente el tren de Berlín? En este caso dese usted por dichoso, pues hace dos horas que estoy aquí dando vueltas y me aburro como un ratón dentro de la ratonera.

—Lo mismo me sucede á mí, barón. Somos compañeros de infortunio, exclamó Wendenburg compungido y casi contento de encontrar compañía.

(Continuará).

(Traducido del alemán).

93 LA MODA DE PARÍS

La vida en el campo se lleva ahora preferentemente la atención de todo el mundo, y en particular de las damas elegantes. Préstase el campo para desplegar muchísima fantasía en todo lo referente al vestido y al tocado. Admite un lujo relativo, que es de rigor ocultar bajo la apariencia de la sencillez. Para el campo se confeccionan muchas *toilettes* de batista, de muselina, de nansú bordado y de otros tejidos finos. El *foulard*, gracias á los fuertes calores que se sienten, ha quedado un tantico arrinconado. A orillas del mar se llevará el piqué ó también tejidos de lana, de tinta crema: M.^{me} Pelletier Vidal tiene expuestos en sus salones numerosos y elegantísimos modelos de esta clase, que recomiendo á mis amables lectoras. Esta hábil modista se señala especialmente en los cuerpos, que corta admirablemente y con verdadera gracia.

Para los sombreros ahí está M.^{me} Julia, cuya inventiva no tiene límites y que hasta sabe arreglar un sombrero lindísimo para una señora á la que no haya visto nunca. Basta para el caso con enviarle una fotografía, indicándole á la vez el color del cabello, el tono del cutis y diciéndole también, como es de suponer, á qué uso se trata de destinar el sombrero. Con estas indicaciones, M.^{me} Julia, 7, *Boulevard des Capucines*, envía un sombrero que sienta bien á la señora que ha de llevarlo y que en punto á forma, color y adornos, nada deja que desear. No todas las modistas de sombreros tienen este talento, ni siquiera algunas que en su especialidad merecen el nombre de artistas. Hoy día, así para la ciudad como para el campo, y más particularmente para éste, están muy de moda los colores blanco y amarillo, pudiendo afirmarse que predominarán de seguro donde quiera que se forme un grupo de damas elegantes.

En el campo se ha de estar prevenido para los cambios de temperatura. A lo mejor viene un brusco descenso y la que no cuenta con abrigo apropiado se expone á pillar un enfriamiento, tan peligroso en verano como en invierno. Aconsejamos á nuestras lectoras que acudan á los abrigos de la casa Antoine, 24, calle des *Bons Enfants*. Van de par en ellos el buen gusto y la baratura en los precios. Resguardan del fresco, así del día como de la noche, y algunos de



Traje de señorita joven, por M.^{me} Thirion

los que confecciona aquella casa cogen de la cabeza á los pies, de manera que envuelven por completo á la señora que los usa. Preservan así del relente de la noche y de la humedad que se nota después de la lluvia, y sobre todo después de una tormenta. Muchos de estos abrigos son impermeables y, por lo mismo, resguardan también el vestido de los manchones que produce el agua. La casa Antoine ha hecho abrigos para el verano, de diversas formas y de variados modelos, en seda de todos los colores y siendo todos en extremo ligeros, de modo que una vez plegados, puede asegurarse que ni pesan ni estorban. A pesar de su insignificante peso, estos abrigos son de cualidad superior. Sirven también en viaje de guardapolvo, de manera que estas prendas prestan un verdadero servicio á la elegancia preservando el vestido de la lluvia, y á la higiene porque evitan el uso del caucho, que despidе un olor desagradable y que es un enemigo de la salud.

No pocas veces se hallarán indecisas nuestras lectoras acerca del sitio dónde ir á pasar el estío. Por nuestra parte les recomendaremos que tomen la ruta de Bagnères de Bigorre.

La estancia en Bagnères de Bigorre conviene singularmente á las personas atacadas de anemia. A los niños les complacerán mucho las innumerables sorpresas que allí se preparan. Se organizan bailes de trajes para los días 10 y 24 de Agosto, y los premios que se concederán á los más ricos y originales alcanzarán á más de 5,000 francos.

El clima es magnífico en Bagnères de Bigorre y la estación se presenta bajo los más favorables auspicios. Todo el mundo elogia las mejoras que se han introducido en los establecimientos municipales. El Casino, cuya inauguración se verificó el 1.º de Julio, está admirablemente instalado. Todo es lujoso y todo está dispuesto de modo que resulten armonizados la comodidad en la mayor escala posible, la riqueza y la elegancia.

La población de la «Metrópoli de los Pirineos,» como la ha llamado uno de los más célebres académicos franceses, se pregunta si la afluencia de bañistas se debe á la eficacia de las aguas de Bagnères ó á las múltiples distracciones que ofrece á los visitantes la nueva dirección del Casino, ó acaso á la antigua é incontestable reputación de que goza Bagnères de Bigorre de no haber dado nunca asilo á la menor epidemia de ninguna clase. Por todas estas causas, sin duda, es una de las estaciones termales que en esta época del año cuenta con más selecta clientela.

Y volviendo á las modas, permítasenos añadir como una postdata á esta Revista. En estos días de vacaciones se ocupan las madres en la *toilette* de sus hijas, y por ello creemos que no es inoportuna la publicación del figurín que va en este número. Es uno de los hermosos y numerosos modelos de trajes para niña crecida ó señorita muy joven, inventados por M.^{me} Thirion, 19, rue de la *Paix*. Es de batista fondo crema, con pequeños dibujos color de rosa, falda bastante ancha, adornada de un volante, surmontado éste por un *bouillonné* que tiene encima un entredós de guipure. El cuerpo, fruncido, lleva escote cuadrado, sobre camisita de muselina y entredós. Una berta de batista, orlada de un entredós, encuadra el escote. Mangas muy sopladas y cinturón con cinta de raso crema. El sombrero, también inventado por M.^{me} Thirion, está hecho de encaje de paja, en su color natural, adornado por un lazo muy coquetón con cinta crema y coronado por una *aigrette* de flores.

Dime qué sombrero llevas y te diré quién eres



Un pintamonas



Un tronera



Un desesperado



Un hortera



Un borracho



Un hombre de buena pasta



Un pisaverde



Un doctor



HABIENDO terminado las últimas pruebas el acorazado *Capitán-Prat*, construido en las *Forges et Chantiers de la Méditerranée*, para la república de Chile, ha salido de Tolón con destino a Valparaíso.

Dicho buque es un pequeño acorazado de 6,900 toneladas; pero que, a pesar de ello, está perfectamente armado y completamente protegido; además, su velocidad es igual a la de los acorazados más veloces en construcción y en proyecto. Para su protección, está provisto de una cubierta acorazada de acero Schneider de 30 centímetros de espesor, de un puente acorazado de 10 centímetros y en el centro de un reducto blindado de 41 metros de longitud, también recubierto de acero de 10 centímetros de espesor.

Lo que más llama en él la atención, es el modo como se halla dispuesta la artillería y los sistemas completamente nuevos que se aplican para las maniobras. Cada pieza de 24 centímetros, cada cañón de 12 centímetros, dispara sin afectar en lo más mínimo al resto de la batería, sea cual fuere la posición en que ésta se halle, pues su conjunto ha sido de tal suerte combinado, que la columna de aire producida por una pieza no perjudica en nada a las demás baterías. Esto es un punto esencial, pues hoy día, con las velocidades iniciales de 800 metros y más, la fuerza expansiva del gas que la pólvora contiene es tan considerable que barre todo cuanto encuentra a su paso.

La artillería del *Capitán-Prat* y los aparatos para cargar los cañones se hacen funcionar ya a mano, ya por medio de la electricidad, con sistema adoptado por primera vez por los hábiles ingenieros de las *Forges et Chantiers de la Méditerranée* y que ha sido aceptado por todas las marinas. Además, el acorazado chileno tiene una instalación eléctrica que es sin duda la más completa que existe en los buques de guerra. Iluminado, como todas las embarcaciones modernas de alguna importancia, por medio de la electricidad, se halla provisto de los dinamos necesarios para poder realizar las diversas maniobras de sus cañones, los movimientos de puntería y el disparo.

En cierta ocasión aconsejaron a un menesteroso que para alcanzar alguna ayuda se dirigiera a una persona acomodada de la ciudad. Siguió el consejo con cierta repugnancia, y una vez en casa del rico, se le apareció un hombre de figura áspera, con la boca abierta y de

aspecto desagradable. Al verle salió de la casa sin decir palabra. —¿Por qué haces esto? le dijeron. —Le dispenso de la limosna en gracia a su figura.

Un gobernador de provincia se arruinó haciendo limosnas. Le nombraron sucesor y se volvió a su país. Por el camino encontró a un pobre letrado que acababa de morir, y cuyo cadáver estaba abandonado. Al verlo se quita los abrigos para poder cubrirle, vende su caballo para sufragar los gastos del entierro y se contenta comprando un buey para continuar su camino. Al cabo de dos días encuentra un padre de familia en la más negra miseria y a punto de morir de hambre con su mujer y sus hijos. Entonces vende el buey y entrega su precio al infeliz padre. Como le dieran a entender que era demasiado compasivo, contestó: —Os engañáis y mi corazón no me engaña. Es muy conveniente que este hombre viva para que pueda mantener a su familia y formar por este modo ciudadanos para el Estado, y en cambio es indiferente que yo regrese a pie o montado en un buey.

Al salir un joven por vez primera de la casa paterna, vió en la plaza pública un lechoncillo.

—He aquí, dijo, un ratón de tamaño bien extraordinario.

El joven a quien sólo hayáis dado libros, no estará menos expuesto a errores.

Decía un caballero que las necesidades eran como los duelos, que nunca viene uno solo; y así, en oyendo alguna necesidad, decía:

—Bien vengas si vienes sola.

Un caballero preguntó a un escudero:

—¿Vuestro hermano, es vivo?

Y respondió:

—No señor, sino lerdo.

Fué un alguacil en Guadalajara a prender a un zapatero en su casa, y su mujer le defendió de tal manera dándole muchos palos al alguacil, que el zapatero tuvo

tiempo de retraerse á una iglesia. El alguacil se fué á quejar al duque, diciendo:

—Señor, una mujer de un zapatero, defendiendo á su marido, que no le prendiese, me dió de palos, y esta afrenta á vuestra señoría se hizo.

A lo cual el duque respondió:

—Pues á mí es la afrenta, yo se la perdono.

Decía el Gran Capitán, que los capitanes ó soldados cuando no había guerra, eran como chimeneas en el verano.

Predicando un fraile portugués, decía:—Os moros son prójimos, os judeos son prójimos y os castejaos ainda son próximos.

A un estudiante que era pupilo de un colegio, echáronle en una escudilla grande mucho caldo y sólo un garbanzo. Desabrochóse y rogó á su compañero que le ayudase á desnudar. Preguntado para qué, respondió:

—Quiero echarme á nadar para sacar aquel garbanzo.

En la época de los calores la conservación de la carne y del pescado es muy difícil y no deja de inquietar á las amas de casa, pues particularmente en el campo se ven obligadas á hacer provisiones por algún tiempo; á menudo se trata de conservar los pedidos que se han hecho en el pueblo ó villa más inmediatos para una comida cuyas provisiones no se sabe cómo mantener frescas. En cuanto al pescado puede conservarse por espacio de algunos días empleando en lugar de sal el azúcar; esto no le da ningún sabor especial, y usando este procedimiento, una vez guisado, es tan excelente como cuando acaba de salir del agua.

Para ello se limpia, frotándole en su parte exterior é interior con azúcar quebrado, en el cual se habrá puesto una pequeña cantidad de sal común. Repítase esta operación cada día, volviendo el pescado, y tómese la precaución de secarle convenientemente á fin de evitar que no le quede señal alguna de humedad. Este procedimiento es sencillísimo y de gran utilidad para las familias.

El filósofo Attalus decía que prefería una amistad ya hecha á una amistad por hacer. Así un artista experimenta mayor placer cuando pinta un cuadro que cuando

contempla el cuadro ya terminado. Su inquieta inspiración, absorbida por su trabajo, causa un vivo placer, pero éste es muy distinto cuando la obra está ya terminada; entonces se goza contemplando los frutos del arte, mientras que durante el trabajo es el arte mismo la causa del placer que se experimenta.—SÉNECA.

Así como el fuego aquilata el oro, en la adversidad se pone á prueba la amistad; mientras nos sonríe la fortuna nuestro destino se halla al abrigo de todo contratiempo, pero cuando la tormenta nos abate, nadie conoce al que hace un instante se veía envuelto entre una turba de aduladores. Estas verdades que había observado en la historia del pasado, la experiencia me ha hecho conocer su triste realidad; de tantos amigos como tenía apenas dos ó tres se conservaron fieles; los demás eran los amigos de la fortuna y no los míos. Pero cuanto más limitado es su número tanto más valor tendré para que me auxilien en mi desgracia. Ofrecedme en mi naufragio un puerto de salvación.—OVIDIO.

Cuando el valor carece de adversarios, desfallece; tan sólo los grandes riesgos le hacen aparecer con todo su brillo de grandeza y energía... Dios tiene para con el justo el corazón de un padre, una afección varonil y vigorosa. «Que se acostumbre, dice, con el dolor y las privaciones; así es como alcanzará la verdadera fuerza.» La fortuna continuada no resiste el más débil ataque, pero cuando se ha luchado sin tregua contra el dolor, la costumbre nos vuelve insensibles á los sufrimientos. Tan sólo de este modo viene el hombre á ser indomable, y hasta vencido, lucha y combate.—SÉNECA.

Las mujeres no valen más ni menos que los hombres. Cuando las amamos, estamos dispuestos á perdonárselo todo, hasta sus defectos; cuando no las amamos no les perdonamos nada, ni aun les reconocemos sus virtudes, y ellas obran de la misma manera con respecto á nosotros. Por lo demás, cualquiera que tenga la pretensión de conocerlas á fondo es un estúpido, pues ellas no se conocen á sí mismas.—***

La Fortuna, caprichosa como es por ser mujer, se complace en embrollarlo todo, á poner en lucha el interior con el exterior del hombre, sus actos y su valor intrínseco; autores de igual mérito, unos son por ella conducidos al Capitolio y otros precipitados desde la roca Tarpeya.—COPPINO.

Recreos instructivos

ÚTILES BARATOS Ó LA CULEBRILLA DE ORO

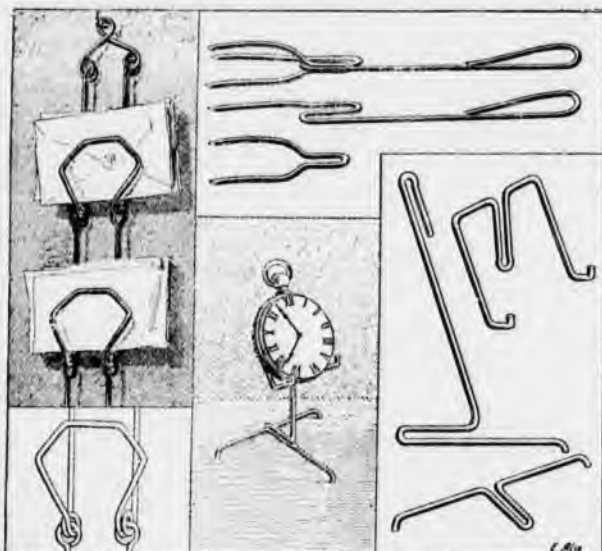
Lo son ciertos pequeños aparatos que se pueden fabricar con facilidad, valiéndose, como de primera materia, de lo que constituye la moneda de oro en ciertas regiones del Africa central: el alambre de latón.

Siendo éste fuerte, dócil y de bonito aspecto, sirve mucho si se le da, por medio de unos alicates, la forma requerida para los diferentes usos á que se presta. Con ese alambre se pueden obtener prensas muy fuertes y ligeras para sujetar clichés y exponerlos al sol encima del papel sensibilizado: se construyen porta-papeles, so-

el tono cobrizo, y para obtener el tono verde basta barnizar con azul, que por transparencia se combina con el amarillo; pero sólo debe barnizarse cuando el objeto está montado y tienen adherencia y solidez todas sus partes.

En resumen: algunos metros de alambre de latón, unos alicates buenos, y pocas horas de trabajo bastarán para surtir al lector ingenioso de una infinidad de objetos útiles, ligeros, baratos y originales.

JULIÁN.



portes para relojes, candeleros, pinzas y una infinidad de pequeños objetos de cuya disposición da una idea aproximada el dibujo que publicamos.

El soporte de reloj es muy ingenioso y se compone sólo de tres piezas: un pie, un talle y un atril sujetos por la misma flexibilidad del alambre que hace el efecto de un verdadero muelle: también pueden combinarse cadenillas, brazalefes, espirales, juegos de paciencia y hasta tenedores de caza.

Para lograr esos resultados es preciso que el alambre sea cocido ó dulce y su diámetro no pase de 2 milímetros.

Si se quiere cambiar el color del cobre, basta para ello darle una mano del barniz para metales; el rojo da

Solución al salto de caballo anterior:

A cierto clérigo que era madrugador é impaciente, lo esperaba mucha gente para la misa primera. Tarde el clérigo llegó y al querer con grande prisa salir á decir la misa, su alba en un clavo enganchó.

No salió del trance salvo mas él, con chistoso alarde dijo: — «No he llegado tarde, pues llego al romper el alba.»

(De CALDERÓN DE LA BARCA).

CHARADA

Mi carne me hacen pagar
por ser negra mi fortuna,
si el pinche que me *dos una*
la garra quiere clavar:
¡ni en un charco, ni en el mar
hallo refugio seguro!
Por esto crece mi apuro,
y aunque nade con ardor
no escaparé al tenedor
de un gastrónomo panduro.

L. C., de Barcelona.

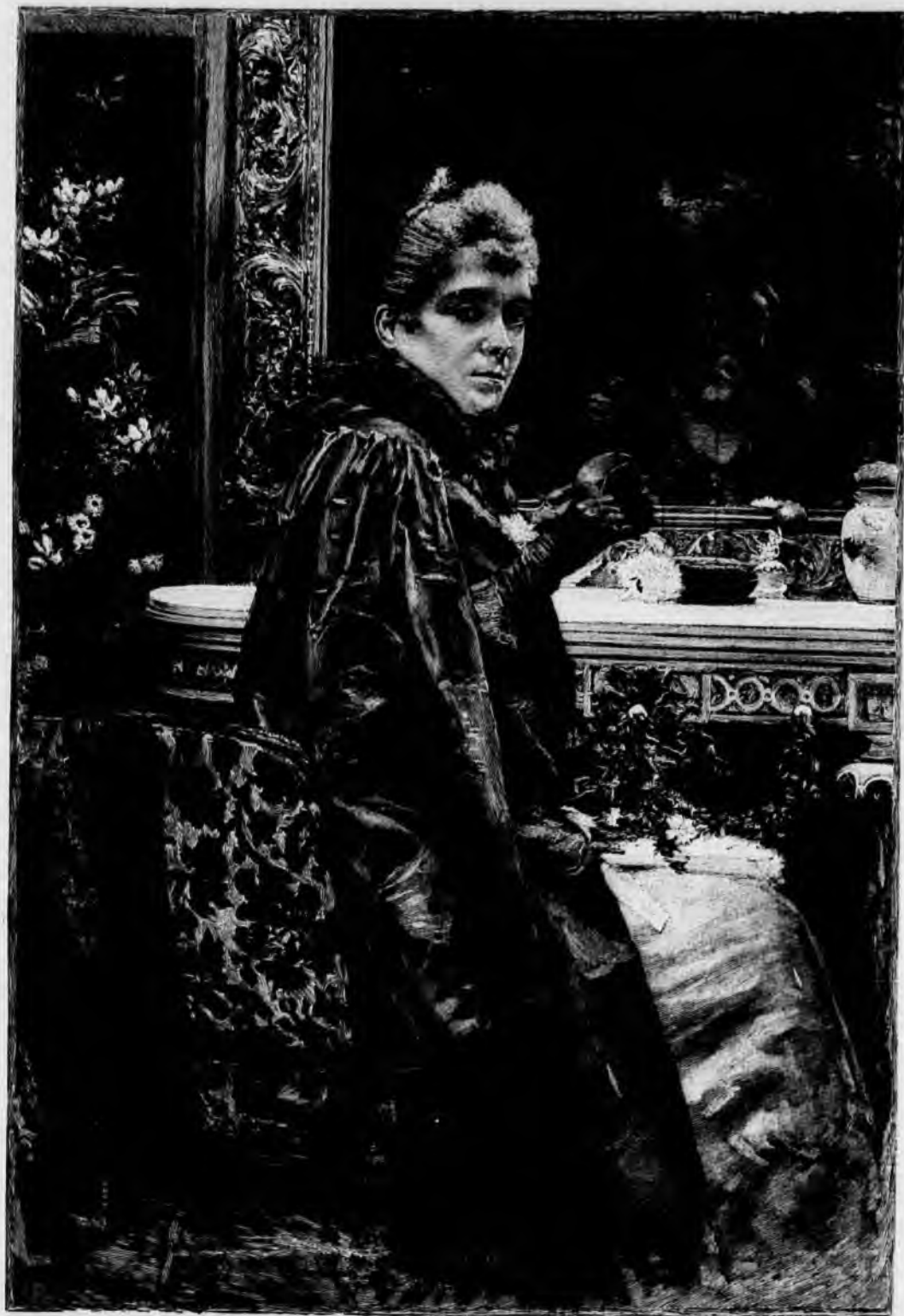
ROMPE CABEZAS

ERILOSA

GRANADA

Componer con estas letras, debidamente combinadas, el nombre de tres flores de jardín.

J. MONTANÉ GRIVER, de Granollers



EN EL «BOUDOIR»

CUADRO DE ROMÁN RIBERA

Ayuntamiento de Madrid



LOS AMIGOS DEL MUERTO

- E**RA un hombre honrado.
— Un caballero cumplido.
— Y un sabio.
— Una eminencia.
— Y un padre modelo.
— Parece imposible que haya muerto en la miseria.
— Porque ha ganado mucho dinero en su vida.
— Era un tanto desordenado.
— Si, algo manirroto.
— A mi me pidió, en cierta ocasión, doscientas pesetas, pretextando que se las debía al casero.
— ¿Y no se las devolvería á usted?
— No.
— Lo creo.
— No me las devolvió, porque no se las dí.
— ¡Ya!
— Pues conmigo se *corrío*, me envió una cartita con un *sablaço* de cien duros.
— ¿Y qué?
— Nada; quedó lo mismo que con usted.
— No se los devolvió.
— No, porque tampoco se los dí.
— ¡Ah!
— Yo declaro con lealtad que le negué cinco pesos una noche. Me vino también con historias de la manutención de la familia.
— ¡Qué lástima de hombre!
— Y que no podía quejarse de su suerte; porque él era un escritor que tenía nombre y le pagaban bien sus trabajos, relativamente.

- ¡Vaya! Aquella obra de jurisprudencia que escribió...
- Se la pagaron á duro el pliego: ¡digo! ¡tendrá sesenta pliegos!
- Deja una pobre viuda...
- ¿Pues cuántas había de dejar?
- Una viuda y tres hijos menores, iba á decir.
- ¿Menores que la viuda?
- No es esta ocasión de *chirigotas*, señor de Molinillo.
- Es necesario acudir á esa viuda de nuestro amigo, á esos niños de nuestro amigo, honrar la memoria de nuestro amigo.
- Ya hemos costado el entierro, que me parece que ha sido digno de un cadáver.
- Es preciso abrir una suscripción pública.
- Que sea nominal.
- Usted cree que está siempre en el Congreso: será secreta, pero publicando los nombres y apellidos de los suscriptores.
- Eso es más decoroso.
- Lo primero es visitar á la viuda; yo me encargo de esa penosa misión.
- Hay que nombrar una comisión que se acerque al ministro.
- ¿A cuál?
- A uno de ellos, á cualquiera; ó al presidente.
- ¿Para acercarse?
- Para que coloque á los chicos.
- Pero, hombre, si uno de ellos es de pecho, otro tiene dos años, y el otro, digo, la otra, es una niña de seis.
- Pues que les señale pensiones vitalicias, y con el importe de la suscripción, procurar una renta á la viuda, para evitar las consecuencias funestas de la miseria.
- En el círculo se trató formalmente del asunto.
- Hubo señores que dijeron «no.»
- Pero en cuanto se supo que se publicarían las listas de suscriptores, fué aprobada por unanimidad la proposición.
- Efectivamente, en algunos periódicos de los de mayor circulación apareció la primera lista (y luego, las demás).
- La encabezaba don Gundemaro Pérez de la Nada, con quinientas pesetas, y estas sentidas frases:
- «Pobre óbolo de su amigo del alma (Q. E. P. D.).»
- Lo cual, aparte de la barbaridad, era un sarcasmo horrible y cínico.
- Porque don Gundemaro era el mismo que le había negado, en vida, trescientas pesetas.
- «Don Laurencio Boliche, mil pesetas.»
- (El que le negó las quinientas).
- «Mario Tornasol, cien pesetas.»
- (El de las veinticinco).
- «Un amigo que quiere ocultar su nombre (que es Dionisio Calcetín)... cincuenta pesetas y cincuenta céntimos para que jueguen los niños del inolvidable amigo).
- «Norberto Riñones, director de la Caja de hipotecas (léase «casa de préstamos») de la calle de... número... tres pesetas.»
- «¡Hombre laborioso! ¡Amigo pundonoroso!... Hermógenes Pacotilla... dos pesetas.»
- Y así sucesivamente.
- La suscripción se cerró con *superávit*, según la frase feliz, aunque involuntaria, de un portero del ministerio de Hacienda, también complicado en la caridad en veinticinco céntimos.

Por otra parte, la comisión espontánea, propuesta y elegida por sí misma, menudeaba sus visitas á la viuda.

Particularmente el que presidía la comisión.

Y un día llevaba un ramo de flores á la mencionada señora, y otro día algunos juguetes á los niños.

—Usted, por supuesto, se atrevió á decir una vez el presidente de la comisión de visitas, ó sea el visitador particular, no permanecerá viuda mucho tiempo.

—¿Por qué dice usted eso? preguntó, entre conmovida é indignada, la virtuosa señora.

—Porque siendo tan joven, tan hermosa, tan inteligente, tan sensible, no ha de faltar quién se ofrezca para reemplazar, legítimamente, á su querido esposo y mi inolvidable amigo, para servirla de amparo en su viudez, para servir de padre interino á esos angelitos, para velar por todos.

La desgraciada viuda no podía contener el llanto y el enojo.

Pretextando que no se sentía bien de salud, despidió al buen amigo de su esposo.

La suscripción dió buen resultado.

Se formó una comisión para socorrer á la familia del finado, y colocar aquel capital donde produjera una renta á la viuda y á los niños.

Otra comisión para que «se acercara» al presidente del Consejo.

Otra, para que se encargara de vestir á la viuda y á los hijos del infortunado amigo.

Es decir, para que se encargara y pagase los lutos á la familia del finado.

Cuando, «á pesar de tantas comisiones,» la infeliz señora y sus niños empezaron á vivir con cierta holgura, á que no estaban acostumbrados, descontando el pequeño que de nada se enteró, la cariñosa madre pensó en educar á sus hijos dignamente.

Transcurrieron los años, y los muchachos adelantaron en sus estudios.

Su pobre madre les refería las privaciones que en vida de su infortunado padre habían sufrido todos, á pesar de su honradez y de su laboriosidad.

Después les decía cómo la generosidad de algunos amigos de su padre les había librado de la miseria.

—¿De suerte, preguntaba el más pequeño, que papá no nos compraba botas, ni ropa, ni nos daba de comer?

—¡Calla! ¡calla! replicó la madre con gravedad, tú entonces estabas mamando; pero tu pobrecito padre hacía cuánto podía por nosotros.

—Ya.

—No podía más... Éramos pobres.

—Y ahora tenemos de todo, y vamos al teatro y...

—¡Pero cuán caro es este bienestar, adquirido á costa de su vida!

—¿Sabes lo que digo, mamá? observó el pequeñito, con ese ingenuo candor de la infancia, tan cruel á las veces.

—¿Qué?

—Que si resucitara papá, nos reventaba.

Esta es la moraleja de la caridad *á fortiori*.

Hasta pensaron los amigos, en el paroxismo de su dolor y de su admiración, invertir el importe de la suscripción en una estatua en mármol de Carraca, según uno de ellos, para colocarla en el patio de la casa de la cual le había echado el casero.

Afortunadamente, no prevaleció el pensamiento.

Si prevalece, ¡qué honor para la familia!

¿Qué hubiera dicho entonces el chiquitín?

EDUARDO DE PALACIO.



Cartuja de Valldemosa

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

NUEVA excursión á Valldemosa y Miramar. Espérame junto á la puerta una galera. Son las siete de la mañana de uno de los primeros días de Noviembre. El ambiente fresco y agradable. El sol radiante borda con franjas de oro los elevados muros de la ciudad.

Las calles que atravesamos están silenciosas aún, puesto que en Palma no se madruga mucho, y salimos al campo por una puerta fortificada opuesta al mar. El camino es encantador, blanco hasta el punto de ofender la vista, y se hunde en la llanura indecisa y polvorienta que se abre delante de nosotros hasta perderse de vista en la cadena de montañas que la limita, y se distingue por en medio de verdaderos bosques de almendros.

De un rosado pálido en los puntos bañados por la luz, en las partes sumidas en la sombra toman dichos montes un tinte azulado tan intenso y transparente, que se diría que se reflejan en el cielo en virtud de un fenómeno de miraje ó espejismo.

Al paso que avanzamos, y á medida que el sol los ilumina con más intensidad, los perfiles se ofrecen más decididos, y pueden apreciarse perfectamente sus accidentes y desigualdades.

Acá y acullá, á lo largo del camino, se distinguen blancas alquerías que sombrean cimbreantes palmeras, entre cuyas graciosas ramas se filtran rayos de oro que en amplias y movezizas fajas adornan las fachadas. Ocasiones hay en que no parece sino que cubren una parte

de las mismas ricos tapices, en los cuales es el rojo el color dominante. ¡Quién lo creyera! Tales tapices no son más que rojos pimentones, que ensartados en un bramante como las cuentas de un rosario, se secan al sol entreverados con mazorcas de maíz.

Tales alquerías son las casas de *pagés*, ocupadas generalmente por sus modestos propietarios, las cuales se componen, por punto general, de dos pisos con un tejado de poca pendiente, cuyo alero se adelanta hasta guarecer una galería abierta, en cuyos antepechos se distinguen las guirnaldas rojas y amarillas de que dejo hecha mención, y que les comunican esta fisonomía singular á que me he referido, por la riqueza y magnificencia de su color.

Un seto de pitas y nopales ó chumberas de luengas palas y hojas provistas de espinas, forma un vallado en derredor de dichas casas, ó asomando por encima de las paredes de cerca que corren á lo largo del camino, parecen ofrecer al viandante sus frutos amarillentos ó encarnados, según sea su grado de madurez.

La llanura parece un verjel inmenso. Los labriegos aran sus campos valiéndose de valientes pares de mulas, que trazan los surcos por medio del arado en los campos cruzados de almendros, alegrando la faena con el canto dulce y monótono al par de canciones populares.

Vense numerosos aljibes, en cuyas aguas se refleja el cielo azul, unidos entre sí por medio de canalizos de riego, que recuerdan el procedimiento árabe.

El naranjo con sus hojas de un verde oscuro y sus frutos color de oro; el granado con sus granadas entreabiertas, cuajadas de granos de rubíes deslumbrantes, alegran la vista y embellecen el paisaje, en el cual abundan también las higueras, en cuyos troncos, desprovistos ya de hojas, se ven los higos de la última florida, conocidos en el país con el nombre de higos de cristiano, para distinguirlos de los chumbos, llamados *higos de moro*.

Dos horas, largas de talle, al trote del robusto tiro, han sido menester para llegar á la región montañosa. Conócese porque el camino va apartándose insensiblemente de la despejada llanura para perderse en las ondulaciones del terreno y sumirse en una profunda garganta.

Las habitaciones son frecuentes; á los árboles han sucedido los arbustos, entre los cuales he podido reconocer el alcaparro, el mirto, la retama, la estepa blanca, con sus hermosas flores en forma de estrellas, y la aliaga, con sus florecillas amarillas, á las cuales se da aquí el nombre de *lágrimas*.

El almendro desaparece y lo reemplaza el olivo.

Estos árboles centenarios, verdadera providencia de Mallorca por su fruto precioso y abundante, se dice que fueron plantados por los moros. De su remota antigüedad certifican sus troncos robustos, nudosos y retorcidos, que les comunican formas verdaderamente fantásticas. En su inmensa mayoría no son más que un tronco enorme, que termina de pronto por medio de pequeñas ramas; otros se retuercen sobre sí mismos como gigantesca barrera, ó como enormes serpientes que luchan enlazadas: algunos hay que ofrecen todo el aspecto de monstruos repulsivos con piernas gigantes y rostros repugnantes por sus muecas, que resultan más feos aún que sus gibas é innumerables excrescencias. Muchos hay que llamaron mi atención, porque parecían dispuestos á correr desatentadamente: existen grupos de raíces que se diría están prontas á apalearse, y por último, no faltan grupos que semejan fantásticos monstruos entregados á una danza macabra, en tanto que se deshacen en extravagantes contorsiones y en insensatas carcajadas (véase el grabado de la pág. 208 de este tomo).

El conductor detenía á cada paso sus caballerías para que pudiera contemplar á mi sabor esas extravagancias de la naturaleza, en las cuales, por su parte, se complacía no poco. Por lo que á mí toca puedo decir que encontré en el espectáculo una reproducción viva de esas formas extravagantes que Gustavo Doré ha fantaseado, y que se dirían engendradas por la fiebre del delirio.

Más tarde pude contemplar los mismos olivos á la luz de la luna, y puedo asegurar que

nada he visto de más fantástico que esos troncos ostentando sus formas espectrales, influyendo no poco en el sentimiento de terror que producen los temerosos susurros de las brisas deslizándose entre su menguado ramaje.

Ya he dicho que se penetra en la montaña por una garganta; ésta se estrecha de repente y se prolonga á lo largo de dos elevadas montañas, cuyas pendientes se levantan á ambos lados.

A través de las rocas que llenan el fondo corre un manso arroyuelo, cuyas aguas á duras penas se distinguen, siquiera se perciba su grato murmullo.

En cambio, en invierno, cuando las lluvias han sido abundantes, esos susurros suaves se truecan en espantosos mugidos, que convierten en sitio espantoso lo que es generalmente lugar encantador.

Luego, prosiguiendo nuestro camino, pasamos al lado de una vegetación frondosa, que en las hondonadas produce todo el efecto de los bosques sagrados, misteriosos y sombríos, y después de haber subido una rápida pendiente, dejando á la izquierda una elevada montaña cubierta de espesos matorrales que se van clareando, al paso que se alejan de la base, hasta el punto de no quedar en la cima más que la roca pelada, nos encontramos con un espectáculo tanto más agradable cuanto menos esperado.

Valldemosa, verdadero jardín de primavera, con su Cartuja que engalana su esbelto campanario de alegres colores, sus casas blancas, sus elegantes palmeras, y que se ofrece de pronto á la mirada del viajero con todo el esplendor que le comunica su admirable situación, extendiendo sobre las vertientes que el sol dora con sus rayos, sus colores alegres y su vegetación espléndida.

Antiguamente ocupaban este monasterio unos cincuenta religiosos. Los extranjeros ó los simples viandantes podían detenerse en él, y se les dispensaba cariñosa acogida y franca hospitalidad durante tres días, concediéndoseles gratuitamente alimento y habitación en la hospedería, cuerpo del edificio levantado exclusivamente para semejante menester. De tan patriarcal como cristiana costumbre encontraremos ejemplos aún en diferentes puntos de la isla.

Este monasterio fué en su origen fortaleza que mandó construir el rey don Sancho, que durante mucho tiempo residió en ella. En la misma se adiestraban halcones para la caza, que tenían gran nombradía. Un edicto de don Pedro, del 15 de Diciembre de 1375, se refiere á la guarda y conservación de la halconería de Valldemosa. Posteriormente el rey don Martín hizo donación de la fortaleza al P. Pedro Solanes, para que estableciera en ella una comunidad de cartujos, la cual subsistió hasta el año 1835, en el cual, como en toda la península española, fueron suprimidas en Mallorca las órdenes regulares.

Actualmente están almacenadas en dicho edificio no pocas armas, *espingardas* ó grandes arcabuces y algunos falconetes. En esta aldea murió la *beata Catalina Tomás*, cuyo cuerpo se conserva en Santa Magdalena de Palma, de cuyo convento fué religiosa.

En las cercanías existe una cantera de precioso mármol rojo y amarillo.

En la Cartuja de Valldemosa pasaron un invierno Chopin y Jorge Sand. Y en tanto que las lluvias azotaban los vidrios, y el viento gemía en los sombríos corredores del abandonado monasterio, el músico, atacado de la enfermedad que al cabo de poco tiempo debía conducirle al sepulcro, trasladaba al papel en forma de sonatas las dulces y melancólicas armonías que inundaban su alma, y la escritora componía su tenebroso *Spiridión*, en el cual, envueltos y confundidos, se perciben el ambiente de la tempestad y los principios de una filosofía disolvente.

No cesó la adversidad de perseguirles en este sitio, no menos admirable que solitario, y los mallorquines fueron con ellos poco hospitalarios. En cambio el músico y la escritora pudieron disfrutar el espectáculo de algunos días radiantes, durante los cuales la naturaleza desplegó á

sus ojos todos los encantos y maravillas de que tan pródigos son estos lugares, sirviendo esto de compensación á sus acerbos dolores.

Pero con haber pasado aquí un invierno entero no se conserva memoria de su permanencia entre los habitantes de Valldemosa.

En vano quise conocer las celdas que ocuparon; nadie supo darme razón de ello; ni los más viejos se acordaban de haber visto á tales personas. ¿Qué había sido de aquella Perica de Pier-Bruno, de la cual habla Jorge Sand con tanto cariño? Suponiendo que no haya muerto, debe de estar muy anciana, y nadie pudo darme cuenta de ella... Lo único que pude averiguar es que el piano en que fueron tocadas las dulces y armoniosas sonatas que conoce el mundo entero, se encuentra en Palma en poder de una persona que lo tiene en grandísimo aprecio.

Desde la Cartuja se domina el mar por dos lados distintos. Por la puerta del Mediodía se despliegan hasta la ardiente llanura las montañas, y allá á lo lejos, en los últimos confines de la misma, aparece Palma como un punto luminoso y brillante, destacándose sobre una faja azulada constituida por las aguas del Mediterráneo.

En cambio por la parte del Norte se hallan éstas tan cercanas, que en los días de tempestad se perciben perfectamente sus bramidos.

Las últimas casas de Valldemosa tocan á un collado, desde el cual el camino se despliega á través de campos perfectamente cultivados, en los cuales crecen olivos de añosos y robustos troncos.

De repente se ofrece á las miradas un espectáculo verdaderamente encantador: extiéndose á lo lejos el mar azul, que puede contemplarse al través de un marco formado por bosques frondosísimos.

La costa septentrional es, sin duda alguna, la más pintoresca de toda la isla, pues en ella se encuentra reunido lo que tiene de más característico, su vegetación y sus pintorescos puntos de vista.

Más arriba de la *hospedería*, especie de gratuito albergue que sostiene á sus costas el archiduque de Austria, Luis Salvador, para que en ella tengan hospedaje los caminantes y los viajeros, se encuentra el ermitorio, cuya guarda está confiada á un ermitaño, como debieron serlo los de la Edad Media, enflaquecidos por las mortificaciones y el ayuno, consumidos por el ardor de sus creencias, pero fuertes para resistir todos los embates de la vida. Sólo turban el profundo silencio de ese lugar solitario los mugidos del mar en días de tempestad, el triste gemir del vendabal y los gritos estridentes de una que otra ave de rapiña.

Traspuesta la hospedería, prolóngase el camino por la ladera del monte, sobre una elevada cornisa, y siguiéndolo constantemente se llega á Miramar.

Es Miramar, que está algo más lejos, la residencia favorita del archiduque. Su situación es por todo extremo incomparable, pues se asienta sobre un enorme peñasco que avanza sobre el mar, cuyas olas, á una profundidad inmensa, se estrellan contra su base.

La costa es escarpada, llena de accidentes y de precipicios: «escarpada y horrorosa, sin abrigo ni resguardo,» dice Miguel de Vargas.

Estas playas, erizadas de enormes peñascos perpendiculares, de color sangriento, en los cuales crecen pinos tortuosos, desmedrados, que parecen contemplar llenos de horror



El ermitaño de Miramar

el profundo abismo sobre el cual se hallan suspendidos, son testigos de espantosas tempestades.

Las hinchadas olas sacudidas por el frío viento del Norte ó del Oeste cargado de plúmbeos nubarrones, azotan sin tregua ni descanso las escarpadas peñas, que quedan bañadas por los repetidos golpes del mar salobre.

Buques pequeños y hasta embarcaciones de gran porte han zozobrado en estos peligrosos sitios, sin que el resto más insignificante haya quedado como mudo testimonio de la catástrofe horrenda.

Hoy es muy distinto el espectáculo. En esta hermosa mañana de un tibio día de invierno, en que el ambiente está impregnado de los efluvios marinos y de los embriagadores perfumes de aromáticas plantas, el sol dora las cimas de las encinas añosas y de los pinos seculares; la brisa mece cariñosa las ramas de los arbustos cubiertos de flores; los pájaros cantan gozosos en las enramadas; celajes tenues de oro y grana se deslizan suavemente sobre la tersa y azulada superficie del cielo, cual si pretendieran acariciar las cimas de los montes, y el mar susurra suavemente como dormido, perdiéndose á lo lejos su línea vaporosa en los confines de la inmensidad.

Miramar es un oasis en este desierto, en medio de estas costas bravas y acantiladas, cuyos rojizos peñascos levantan hasta las nubes sus bizarras cimas.

El archiduque Salvador se hallaba ausente: hasta el día siguiente no podía verle, según me indicaba en un expresivo billete de invitación; pero esto no era obstáculo para que pudiera visitar su regia morada, y contemplar en ella sus bellísimas colecciones, en las cuales son motivo de fundada admiración, preciosas majólicas de incomparable belleza, platos de Savona, armas, velones de varios candiles, aguamaniles cincelados, camas mallorquinas con retorcidas columnas, delicados cofrecillos y bufetillos preciosamente torneados.



La costa del Norte

Cuando dejé las salas en que se hallan instaladas las colecciones, pude disfrutar un espectáculo deslumbrador. Las palmeras cimbrean sus ramas elegantes, acariciadas por los besos de las brisas, sobre las blancas azoteas que parecen suspendidas encima del mar, al paso que los naranjos y limoneros llenan el ambiente con los perfumes de sus flores y con la fragancia de sus frutos de oro, bajo cuyo peso se doblan las robustas ramas. La campana de la capilla deja oír su son armonioso, y los restos del claustro de Ramón Llull elevan sus delgadas columnitas sobre un fondo de flores y de verdura.

La calma, el silencio, la tenue neblina, que cual velo de finísima gasa envolvía la costa

bravía y escarpada, los juegos de luz roja ahora, ora dorada que se filtraba al través de los peñascos, teníanme como ensimismado y seducido.

Desde el sitio en que me hallaba dominaba por completo la rápida pendiente, ó más bien el abismo insondable que se abría bajo mis pies.

El archiduque ha puesto especial empeño en conservar á esta naturaleza todo su horror y toda su poesía, y al efecto, y á fin de que pudiera disfrutarse cómodamente el espectáculo de precipicios inmensos, ó de lejanas perspectivas, ha practicado y abierto sendas y caminos en medio de la peña viva y de pendientes escarpadas. En suma, ha querido al par producir encanto y terror.

Para ello nada ha omitido, llevando las cosas hasta tal punto, que no toca, ni consiente que se toquen las ramas muertas que, blancas y retorcidas, se distinguen en algunos árboles, ó caídas al pie de los mismos. Propietario de bosques inmensos, compra la leña que necesita: el árbol morirá y sucumbirá al peso de sus años, y sus muertas raíces enlazarán aún como culebras monstruosas las desnudas rocas que han contemplado el paso de los siglos; el musgo reverdecerá en cada primavera sobre las peñas hasta tanto que con espantoso ruido rueden á las profundidades de los abismos ó se sepulten en la inmensidad del mar, precipitándose desde lo más alto de la costa, empujadas en invierno por el airado vendabal.

Estos sitios son objeto de todas las ternezas y de todos los furores del mar. Desde la hospedería, por medio de senderos practicados entre las anfractuosidades de las rocas, hasta las escaleras practicadas en la peña viva, la mayor parte del tiempo ofrecen el aspecto de paraíso sombrío, en el cual murmuran dulcemente manantiales profundos: miradores practicados en los mejores sitios permiten contemplar al par la inmensa alfombra azul, las costas bravías y escarpadas, los pinos negros y silenciosos, las pequeñas ensenadas y los accidentes todos de esta naturaleza selvática que se despliega debajo del espectador, en tanto que á sus espaldas se yergue la abrupta montaña cuyas cimas doran los rayos del sol.

Declinaba éste hacia el horizonte, y ascendiendo yo á lo largo de caprichosos senderos, desde los abismos sumidos ya en densa oscuridad, encaminéme hacia la hospedería de los viajeros.

En ella podéis descansar, ¡oh vosotros que cruzáis el camino!

En conformidad á una piadosa costumbre que, según se me ha dicho, se halla aún viva en Tierra Santa, encontraréis una mesa cubierta con limpio mantel, platos rameados, vasos, cubierto de palo, agua fresca, sal, aceitunas, aceite y lugar en la lumbre, amén del lecho, cosas todas que son de gran pro para el cansado viajero. Sin esto, y durante la velada, podéis contar con la luz procedente de un antiguo velón de varios mecheros.

En cuanto ponéis en ella el pie podéis tener la seguridad de que os recibirán con la mayor cortesía, y hasta con la sonrisa en los labios las bondadosas mujeres encargadas del cuidado de la hospedería, que además conducirán vuestra cabalgadura á la cuadra, ó al cobertizo el carruaje en que hayáis venido.

Con el mismo afecto y solicitud guisarán, por ejemplo, los pimientos y las cebollas que el menos favorecido por la fortuna traerá en su zurrón, y comerá luego con verdadero placer, incitado por el aperitivo de la corambre, y la salsa de la sartén, acompañado todo con los menudrugos de su pan moreno, que el pollo ó la perdiz que saque de sus alforjas el viajero más acomodado. En cambio, por lo que al lecho se refiere, todos serán iguales: sábanas limpias y blancas como el ampo de la nieve, y en invierno tupidas mantas, además, para defenderse del rigor del frío.

Y todo esto durante tres días con sus noches; mas transcurridas éstas no cabe otro remedio que ceder el puesto á otros viajeros.

Pero llegado este instante, partiréis, como á mí mismo me ha sucedido, escuchando afectuosos votos para que continuéis con toda felicidad el comenzado viaje, y llevando grabado en

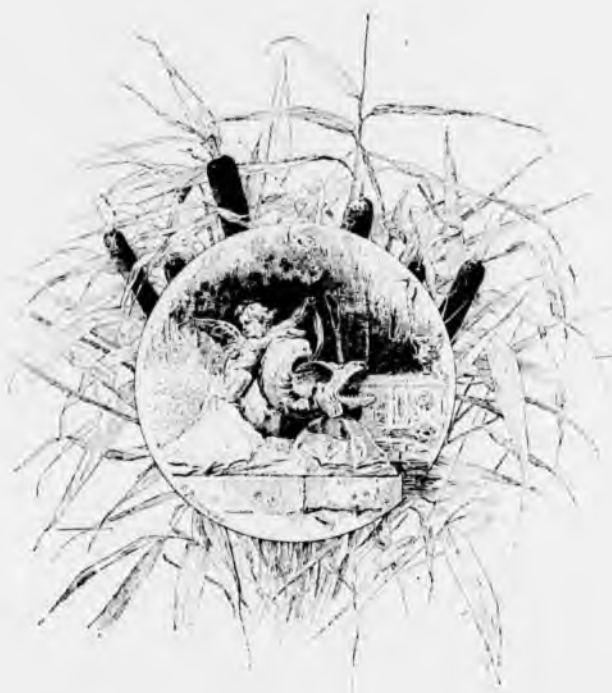
vuestro corazón un dulce recuerdo de esta hospitalidad, más propia de otros tiempos que no de estos prosaicos y materializados en que vivimos.

No hay para qué decir que debéis guardaros muy mucho de ofrecer la más mínima recompensa pecunaria por los servicios recibidos, porque sería rehusada por las que saben que todo allí debe ser gratuito y por amor de Dios.

¡Qué nobleza é hidalguía en esas sencillas costumbres, y al propio tiempo qué elocuente enseñanza para nosotros que blasonamos de archicivilizados, y sin embargo, no ponemos mientes en el pobre y el viandante que no tienen techo bajo el cual puedan guarecerse, ni hogar en que calentar sus miembros fatigados y ateridos!

C. V. DE V.

(Continuará).





TORTUGAS MARÍTIMAS

Los recientes estudios de los señores Couteux y de Guerne sobre las tortugas marítimas, han llamado la atención hacia estos interesantes y, en general, poco conocidos animales. Por esto les dedicamos un artículo especial, que creemos verán con gusto nuestros lectores.

La inmensa mayoría de las tortugas son, como es sabido, animales esencialmente terrestres, pero las hay, no obstante, como acontece en todos los grupos zoológicos, que han emigrado al elemento acuático. Lo que caracteriza á estos últimos, en los cuales nos ocuparemos ahora especialmente, es su gran desarrollo y la forma especial de sus apéndices locomotores, los cuales, en vez de formar muñones apenas visibles, como se observa, por ejemplo, en la tortuga griega, están representados por anchas paletas, sin dedos, y son, en suma, un par de verdaderas nadadoras. No cabe duda que estas modificaciones de los miembros son adaptaciones á la vida acuática. Este fenómeno es completamente análogo al de la transformación de los apéndices locomotores de las focas y de los cetáceos entre los mamíferos y de los pinguinos entre las aves.

Por otra parte, el carapacho ó concha de la tortuga, que todos conocemos, no se presenta en aquellos animales uniformemente combado como en las especies terrestres, antes por el contrario, muy aplanado y más largo de delante que de atrás, de modo que presenta en su conjunto la forma del corazón. Comparado con el resto del cuerpo es muy pequeño, de modo que ni los miembros ni la cabeza pueden ocultarse en su interior y el escudo ó concha inferior es muy reducido é incompleto.

A pesar de ser estos animales acuáticos, no pueden respirar más que en el aire atmosférico, y cuando quieren absorber oxígeno se ven obligados á asomarse á la superficie del agua. Una vez hecha la provisión, vuelven á sumergirse. Los orificios externos de la nariz están provistos de una válvula que se dobla sobre aquéllos y hace imposible que penetre agua en los pulmones.

Su cabeza tiene una forma muy especial, pues es casi cuadrangular en la región de los ojos. Las mandíbulas, extraordinariamente fuertes y movidas por poderosos músculos, están provistas de un borde saliente

córneo, encorvado hacia adelante, parecido al pico de una ave de rapiña. La lengua es carnosa; el esófago se halla provisto en su interior de una masa considerable de puntas córneas dirigidas hacia atrás; su uso es desconocido. Se alimentan principalmente de hierbas marinas, de crustáceos y de moluscos.

Las tortugas marítimas se encuentran en todos los mares de los países cálidos y en particular en la zona tórrida. Por lo común viven en bandadas, nadan en alta mar y no se acercan á las costas más que para depositar los huevos. A veces se las encuentra á varios centenares de kilómetros de los continentes. Nadan á poca profundidad de la superficie con una velocidad sin igual y se sumergen al más pequeño rumor, pero no procuran defenderse mucho cuando caen prisioneras. «La dulzura y la fuerza, dice Lacepede, son, pues, lo que distingue á esta tortuga, y es muy posible que atendiendo á estas cualidades los griegos la aludieran al darla por compañera á la belleza, y cuando Fidias la colocó como un símbolo á los pies de su Venus.»

Durante la estación en que se efectúa la postura, toda la bandada se acerca á la orilla, que siempre suele ser la misma y ordinariamente la de un islote abandonado y arenoso. Las tortugas machos permanecen en el agua y tan sólo las hembras se ponen en tierra firme. Después de haber escogido el sitio más conveniente, con las patas traseras excavan el suelo y en él depositan un centenar de huevos. Durante el tiempo que dura esta operación, las tortugas se muestran tan poco recelosas y desconfiadas como temerosas eran antes. El príncipe de Wied, que tuvo ocasión de asistir á una de estas posturas en las costas del Brasil, cuenta que tanto su presencia como las de los marineros no les molestaban en lo más mínimo; podían tocarlas, levantarlas y dar gritos á su lado sin que manifestaran la menor hostilidad. Una vez depositados los huevos en el agujero que han practicado, los cubren con arena y se vuelven al interior del mar.

El calor solar de las regiones tropicales basta para empollar los huevos. Antes de los tres meses nace la prole, la cual, movida por el mismo instinto que tienen los patos para dirigirse hacia el agua, se encamina hacia el

mar. Gran número de pequeñas tortugas parecen devoradas ya por los cocodrilos, ya por las aves y peces carnívoros, pues contra la voracidad de estos animales no basta á protegerles su carapacho ó concha, que aún es muy blanda, blanquecina y apenas desarrollada. La postura es muy abundante, sin duda para compensar, á lo menos en parte, los múltiples peligros de destrucción que les amenazan.

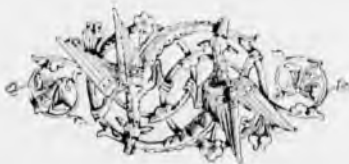
Las tortugas marinas son muy útiles al hombre, y su caza es, por lo tanto, muy lucrativa. Muchos indígenas de la zona tórrida las buscan para aprovechar la carne, la grasa, los huevos, el carapacho ó concha y la escama. Algunas veces van á buscarlas en alta mar, aprehendiéndolas por medio de redes de anchas mallas, conocidas con el nombre de *folles*, ó bien clavándoles el arpón cuando salen á respirar en la superficie del agua. El medio generalmente empleado consiste en aprovechar el tiempo en que las hembras se encuentran en la orilla para la postura; los sitios que para ello escogen y la época del año en que aquélla se verifica, son conocidos desde mucho tiempo. Cuando las tortugas han penetrado suficientemente tierra adentro, los cazadores, que hasta entonces han permanecido ocultos, salen y se apresuran á volverlas patas arriba sobre el lomo, para cu-

ya operación se valen de unas palancas. En este estado, por más que se agiten no pueden escaparse. Según afirma Duméril y Bibron, al día siguiente se las encuentra en el mismo sitio en el que han sido vueltos sobre la espalda; entonces se las conduce por medio de parihuelas á las embarcaciones; una vez allí se las deja sobre el puente en la misma posición por espacio de veinte días, procurando tan sólo rociarlas con agua de mar varias veces durante el día; luego se las coloca en las pesquerías para tenerlas dispuestas cuando se necesiten.

En Europa se transportan vivas, vueltas sobre la espalda, sin que sea necesario darles alimento. Cuando llegan al continente se les corta la cabeza y se les deja manar toda la sangre; entonces se hallan en buen estado para hacer la sopa de tortuga á que son tan aficionados los *gourmets*. De la grasa se saca el aceite que se emplea ya como alimento, ya para la preparación de los cueros. Por último, la sustancia más importante que se saca de las tortugas marítimas es la concha.

Los señores Conteux y de Guerne han dado á conocer que el carapacho de las tortugas marítimas está habitado por una fauna completa de crustáceos y moluscos, parásitos muy especiales que no se encuentran en ningún otro sitio.

ENRIQUE COUPIN.



EL QUE MALAS MAÑAS HA...



ERASE que se era (¡clásico principio de cuento!) una familia de artesanos compuesta de marido, mujer y dos hijos. Valían éstos un Perú por su bondad y sumisión; la madre, prudente y hacendosa, podía figurar entre las mejores, y al padre no había quién le aventajase en su oficio, ni en laboriosidad, espíritu de orden y honradez; y en esto convenían todos los vecinos del barrio, lo cual no es poco decir.

Sobre tan buenas bases, con elementos tan armónicos parecía natural que la casa del oficial de sastre Felipe y de la corsetera Antonia fuese el albergue de la familia feliz, y no era así por desgracia.

¿Cúya era la culpa? Dejémonos de rodeos y retóricas y vamos al punto de la dificultad. La culpa era del marido.

Por analogía de caso, se nos viene á la memoria la escena de *La verdad sospechosa* en que el padre don Beltrán preguntaba al letrado, ayo que fué de don García en Salamanca, cuáles eran los defectos que en su pupilo había echado de ver, y el interrogado se extendió haciendo grandes elogios del mancebo, encareciendo su valor y su ingenio, su cortesía y liberalidad. Diéronle mala espina al padre tantas perfecciones; insistió en que su hijo debía tener algún defecto, hizo en ello hincapié, y al fin hubo de confesar el letrado que el vicio que dominaba al joven era

no decir nunca verdad.

Reconociendo y ensalzando las recomendables circunstancias del artesano Felipe, nosotros, sin excitación de nadie, confesaremos que deslucía las excelentes condiciones del oficial de sastre un vicio de mayor cuantía,

su intemperancia en beber.

Suelen los adoradores del hijo de Júpiter y de Semele ser violentos, intratables, camorristas y azote de sus familias; pero el bueno de Felipe contradecía la regla general, y es que, como vulgarmente se dice, *no tenía mal vino*.

La fuerza del alcohol jamás alteraba la bondad nativa de su privilegiada naturaleza: así, en lugar de volver á su casa sobreexcitado y dispuesto á *echar á rodar los bártulos y á meterse con todo el mundo*, entraba en ella avergonzado y contrito; y aun hubo ocasiones en que se hincó de rodillas delante de su mujer, y puestos los brazos en cruz, exclamó trabándosele la lengua:

—¡Pobrecita mía! perdóname, que no sé lo que me hago.

Lloraba la mujer y le contestaba:

—¡Ay, qué desgracia es la nuestra! Si conoces y confiesas que obras mal, ¿por qué no te corriges?

Y murmurando Felipe por lo bajo «no puedo, no puedo,» quedábase dormido como un poste, y al despertar, recobraba la *serenidad*, oía con cristiana resignación las sentidas quejas de la infeliz Antonia y daba siempre por concluidas las reyertas conyugales con un *no lo puedo remediar*, que cerraba la puerta á la esperanza.

Una tarde Felipe y Antonia tomaron como tema de conversación los favores que habían recibido del abogado don Lucas Bueno, en cuya casa había servido Antonia de cocinera antes de casarse, y dijo Felipe:

—Don Lucas es uno de los hombres más cabales que hay en el mundo. Esta casa debiera producirle doble renta que á su padre y no ha querido subir los alquileres á ningún inquilino, y con ser el abogado de más nota de Sevilla cobra honorarios de principiante. Tiene mucha gracia lo que contestó á un compañero suyo que le censuraba por trabajar tan barato. «Mi obligación, dijo don Lucas, es defender á mis clientes, no despojarlos.» Cree Antonia, que como don Lucas exigiese algo de mí, le había de servir de *coronilla*.

No cayó en saco roto la afirmación.

Apenas salió Felipe á la calle, digiósese Antonia á casa de su antiguo amo, y con lágrimas en los ojos le suplicó que *pusiese pies en pared*, aprovechando la influencia que ejercía sobre el bebedor contumaz, y el buen señor, aquella misma tarde, so pretexto de ver unos desperfectos de la buhardilla, entró en el cuarto de Felipe y con habilidad de letrado llevó la conversación por suavísima pendiente al punto que quería tratar, y encarándose con Antonia le dijo:

—¿Conque tu marido al fin se ha enmendado de aquella pícara costumbre?

—¡Ay! no señor, contestó la afligida mujer: no se le ha quitado el vicio: la verdad ante todo.

Planteadas la cuestión, don Lucas, en estilo sencillo y familiar, dirigió al sastre una amonestación tan oportuna, elocuente y práctica, que el *procesado* empezó á sudar la gota gorda sin atreverse á levantar la vista del suelo; pero cada vez que el abogado le estrechaba preguntándole por qué no se vencía en bien de sí propio, de su atribulada mujer y de sus inocentes hijos, replicaba «que no lo podía remediar.»

—Porque aprecio tus excelentes cualidades, prosiguió don Lucas, insisto en que debes corregirte de un vicio que te embrutece. El resumen de todo es que de aquí no me voy mientras no me des palabra formal de hacer lo que deseo.

Felipe se encontraba entre la espada y la pared.

—Empeña tu palabra y me marcharé tranquilo.

—Es que la palabra obliga.

—Precisamente, por esto te la exijo. ¿No dices que me respetas y me quieres?

—Bien sabe Dios que por usted daría toda la sangre de mis venas.

—Me contento con mucho menos, con que me des palabra de enmendarte. ¿Eres hombre de honor? Por tal te tengo. Pues bien, dame palabra de obedecerme.

¿Quién es capaz de describir lo que pasaba en lo interior del cráneo del atosigado Felipe?

Hizo un esfuerzo verdaderamente heroico, y mirando á don Lucas con respetuoso encogimiento dijo lo mejor que supo:

—Acabóse la presente historia. Don Lucas, le doy á usted palabra de enmendarme.

—Me basta y me voy tranquilo, porque sé que eres hombre de honor.

—Y que lo diga usted, repuso Felipe. Por de pronto esta noche no saldré de casa, aunque me ahogue la sed.

Antonia no cabía en sí de gozo, y dijo á don Lucas, al despedirlo en la puerta:

—¡Bendito sea Dios! ¡cuántos favores le debemos á usted! ¿Cree usted que Felipe se corregirá?

Don Lucas se encogió de hombros, como diciendo: «Allá veremos.»

Al día siguiente, temprano, salió el bueno de Felipe hacia el taller, y advirtió que los pies maquinalmente tomaban la dirección de la primera taberna que estaba al paso: se detuvo y exclamó:

—¡Válgame Dios, lo que puede una mala costumbre! Si me descuido me cuelo en la taberna. Ofrecí á don Lucas que no bebería y no beberé.

Pasó por delante de la segunda, de la tercera y de otras varias tabernas y le costó un trabajo ímprobo contrariar su malhadada inclinación: al fin logró vencerse, y al subir la escalera de la casa del maestro, iba más contento que unas pascuas, diciendo para su capote:

—Lo veo y no lo creo. La verdad es que don Lucas me ayuda sin saberlo, desde su bufete. El recuerdo de lo que ayer me dijo sostiene mi resolución. ¿Qué idea formaría de mí si no cumpliese yo la palabra empeñada?

Ya entre dos luces, salió Felipe del taller; volvió á pasar por el mismo camino, y como ésta era la hora en que más se daba á la bebida, tuvo que hacerse mayor violencia para no ceder á los halagos y á los apremios de la pícara tentación. Cruzó por delante de las tabernas, volviendo la cabeza y apretando el paso: hízose el sordo á las voces de un amigo que le convidaba á beber, é iba murmurando en voz baja:

—No te rindas: un hombre de honor es esclavo de su palabra. ¿Qué diría don Lucas, qué diría mi pobrecita Antonia si volviera yo á mis antiguas mañas? No puede ser, no puede ser...

Fué apretando más el paso, y cuando se vió en la puerta de su casa respiró con libertad, como aquel que despierta de una abrumadora pesadilla: cantó victoria y dijo hablando consigo mismo:

—¡Bien, muy bien! Felipe, te has portado como un hombre, y tu gran sacrificio y tu ejemplar conducta merecen una gran recompensa. A Juan Chispas le han traído anteayer un Jerez amontillado, que no lo bebe mejor el Padre Santo de Roma. Vamos á echar unas cañitas.

Apareciósele de repente la imagen severa de don Lucas con expresiva mirada; pero como las pasiones se pasan de taimadas y sutiles, y son más dadas á los *distingos* que la filosofía escolástica, Felipe se defendió diciendo:

—Don Lucas, á ver si nos entendemos: yo me obligué á no beber vino, y el Jerez amontillado de Juan Chispas (como decía mi compadre Vicente el Curtidor), no es vino. ¿Qué ha de ser aquello vino?... ¡Aquello es... esencia para el pañuelo!!! Felipe; sin que te arguya la conciencia bien puedes echar una copa de Jerez amontillado.

Y tomó el camino de la taberna.

Tiene razón el refrán: *El que malas mañas há, tarde ó nunca las olvida.*

Y colorín colorado, el cuento se ha acabado.

J. FEDERICO MUNTADAS.

Residencia de Piedra, Julio.

EL AMANECER

El alba sonríe,
la vida ya vuelve;
sin luz y sin brillo
la luna parece
de blancos vapores
jirón transparente;
y nubes rosadas
estrechas se extienden
y el cielo azul tiñen
de púrpura y nieve.

Allá en los confines
visibles de oriente,
como ascua gigante,
el sol resplandece;
y la flor humilde,
que entre hierba crece,
se abre al tibio beso
de su rayo ardiente.

Por fresnos sombreada
el aire humedece
y esparce frescura
purísima fuente,
y en hilo flexible
al valle descende
oculta entre sauces
y juncas verdes:
en el valle, luego,
murmura unas veces,
entrambas orillas
de hierba embellece
y en manso silencio
camina sonriente;
y otras, espadañas
y carrizos mece,
saltando entre riscos
con torva corriente.

Preside la iglesia
de viejas paredes,

(que á nocturnas aves
le sirven de albergue)
las casas del pueblo
de tapias endebles
que entre hojosas viñas
ocultas se pierden.

La torre sencilla
eleva la frente
sobre anchos cimientos
y arcadas valientes;
y la cruz bendita,
cual faro esplendente,
señala á los justos
las sendas celestes.

Campana sonora,
que agitan y mueven
traviesos muchachos
con furor creciente,
á misa de alba
con toques solemnes,
que el eco repite,
convoca á la gente.

Las hoces, que abaten
el trigo, se sienten
movidas por brazos
nerviosos y fuertes;
y al marido ayudan
robustas mujeres
en las fatigosas
tareas campestres.

En altas hacinas
ordenados vense
las haces de trigo,
que su sombra ofrecen
al amo rendido,
si el sueño le vence,
cuando al medio día
el calor acrece.

Inquietos rapaces,
mirando impacientes
si bebe en la charca
el ave inocente,
respirando apenas,
están sin moverse
dulces tortolillas
cazando con redes.

Del manso rebaño,
que en la charca bebe
se oyen las esquilas
sonar suavemente;
y allá, entre el rastrojo
de las secas mieses,
las cigarras lanzan
chirrido estridente.

Pobres campesinos
doquiera aparecen,
aguijada en mano,
guiando sus bueyes,
que al lejano ejido
con pausa descenden
y toscas carretas
arrastran pacientes.

Es la hora en que el pobre
al trabajo vuelve,
sin tristes pesares
que el alma atormenten,
sin sentir envidia
por lo que otro tiene
y anhelando sólo
goces inocentes.

Así en las aldeas
del verano ardiente
el día caluroso
el sueño amanece.

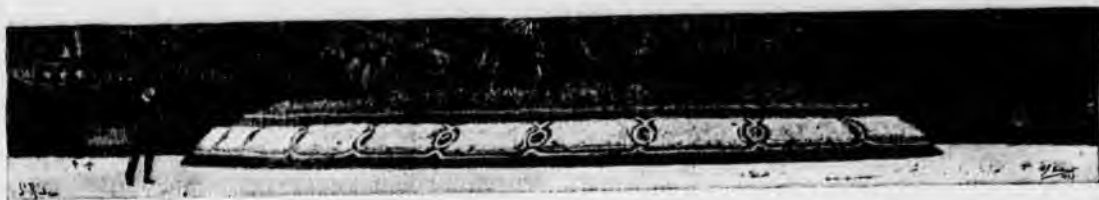
VIRGILIO COLCHERO.



EN EL «FOYER»

CUADRO DE ROMÁN RIBERA

Ayuntamiento de Madrid



UN NOMBRE FAVORITO

POR

EUFEMIA VON ADLERSFELD

(CONTINUACIÓN)

EL barón de Tiefenthal era propietario y tenía fama de ser un inteligente agricultor. Buen hombre y de excelente carácter, ocultaba estas cualidades bajo un exterior adusto, alborotado é indiscreto. Los amigos que vivían en la comarca donde radicaba su heredad, que él miraba como una segunda patria, se habían acostumbrado á sus excentricidades, y únicamente los que no frecuentaban su trato, en cuyo número se contaba Wendenburg, se incomodaban con sus ocurrencias, y evitaban presentarse en público con un personaje tan despreocupado y que decía cuanto se le antojaba. Hundeloch, empero, era hasta aquí un terreno neutral, y en la soledad de esta tarde abrasadora de un día de verano verdaderamente africano, mejor era la compañía del barón que el estar solo.

Los dos hombres fueron pronto de parecer de que comiesen juntos, y con este fin se sentaron en la caldeada sala de espera, donde se les sirvió en platos soperos una sustancia turbia bajo el nombre de caldo.

—¡Vaya una porquería! exclamó furioso el barón. Ni más ni menos que agua de fregar los platos con un poco de grasa dentro, que sin duda será manteca de margarina. Y con esta desdichada salsa se quema uno además el gaznate.

—Esto suele suceder con frecuencia aun sin comer sopa, dijo Wendenburg riendo.

—Ya lo sé, contestó Tiefenthal, en quien era crónico el caso de quemarse la boca.

Pero el alemán del Norte come lo que paga; por consiguiente, los dos hombres tragaron la sopa y tuvieron luego la sorpresa de unas llamadas «tajadas,» que no eran otra cosa más que un pedazo de carne informe, aplastada, algo quemada, adornada de trozos de limón y nadando en un mar de grasa, que no olía ciertamente á manteca de vaca.

—*Hors d'œuvre*: vieja suela de zapato quemada, refunfuñó el barón mientras mordía y despedazaba su parte.

—Tómelo usted con un poco de mostaza, díjole Wendenburg.

—Con mostaza puede uno comer hasta su tía, contestó Tiefenthal en tono despreciativo.

El siguiente plato fué un asado de ternera de edad respetable, acompañado de una compota de fruta cocida al horno, y de una ensalada aderezada con aceite rancio.

—¡Anda! exclamó el barón con un humor de perros, ¡esto sí que está bueno! Primero la ternera correosa, y ahora la vaca que ha de ser más dura todavía. ¡Demonios! ¿la ensalada está aderezada con sebo rancio? ¡Venga la compota! Mozo, ¿de dónde ha sacado usted estos horrores? ¡Todo debe ser del año 1850! ¿No es verdad?

Wendenburg se alegró de no hallarse en su casa con tal compañero, pues allí también hubiera armado camorra sin el menor reparo, á pesar de que todo era de primer orden; su alegría, empero, no fué de larga duración, pues después que hubo salido el acartonado queso suizo de la alacena y el café que era insostenible, con un coñac que Tiefenthal calificó de espíritu desnaturalizado, y una vez que hubieron fumado unos cigarros de su uso particular, que tuvieron la virtud de hacerles olvidar la mala comida, el barón dió un tremendo golpe no á su pierna sino á la de su víctima, y le soltó lo que rato hacía se le estaba pudriendo en el cuerpo:

—Vamos, ¡cuénteme usted! ¿Adónde va usted?

—Al castillo de Heilberg, contestó Wendenburg con alguna reserva.

—¡Magnífico! Allí voy yo también, exclamó regocijado el barón dejando al oficial de hulanos no poco sorprendido.

Pero Tiefenthal le explicó que era algo pariente de los Hellbergs, y que había heredado un legado del viejo Wallwitz.

—Tenemos que hablar, dijo, de una nueva máquina trilladora, y como los herederos de tan extravagante personaje, hemos de ir á recoger los legados de manos del señor Quark, por esto el viejo Hellberg me ha invitado á su casa. Me escribió que encontraría allí un caballero con el cual podría cazar el ciervo. ¿De manera que el caballero será usted? ¡Me alegro muchísimo en verdad! Mire usted, hace tiempo que no he visto á los Hellbergs, y siempre es molesto estar solo con gente que uno ha desconocido. En cuanto al legado, ¡bah! siempre vale más algo que nada, como decía el pico al tragar una rana. ¡Especialmente cuando nada se espera, digo yo! En el caso de usted, Wendenburg, vale la pena de hacer el viaje. ¡Caramba el muy tunante! ¿Piensa usted dejar el servicio y ocuparse en caballos ó sencillamente en cortar cupones? La agricultura hoy día es una miseria, yo se lo digo á usted.

Wendenburg interrumpió aquel chorro de palabras con un ademán de impaciencia y poniendo la cara muy seria.

—¿No me dejará nadie en paz con esta inútil herencia? exclamó poniéndose colorado de indignación.

—¿Herencia inútil? repitió Tiefenthal sorprendido. ¡Ah, ya! dijo interrumpiéndose con otra estrepitosa carcajada que hizo huir despavoridos á los numerosos moscones del desagradable local; ¡ahora comprendo por qué tuerce usted el hocico! Por la vieja señorita que le ha encajado por novia el buen Wallwitz, ¡ajá!

—Pues el 20 de Julio probaré que en este asunto, como en otros muchos, hay uno que pega y otros dos que se dejan apalear, contestó Wendenburg con aire resuelto y burlón.

Hubiera querido incomodarse, pero conocía la incorregible falta de tacto de su *vis à vis* y se esforzó en conservar la calma, aunque le costaba mucho. Tiefenthal, empero, no comprendió el sentido de la enigmática contestación. Que Wendenburg fuese tan loco para renunciar un dineral por causa de la novia, esto pasaba del alcance de su limitada comprensión, y con ambos codos sobre la mesa y el cigarro al lado izquierdo de la boca contemplaba complacido á su víctima.

—¡Ajá! ¡Vaya una maldita ocurrencia, el pedazo de alcornoque de Wallwitz! ¡Es una bromita! Desgraciadamente no puedo hacerle á usted una descripción de la condesa Theone Hellberg, porque no la conozco. Wendenburg, hace usted morir de risa. Pone usted realmente una cara como un gato cuando relampaguea, ó como el verdugo de *El Mikado* cuando le obligan á casarse con la vieja Katischa.

Dominado por esta reminiscencia artística, pues que sólo iba al teatro cuando daban ópera,

el barón Tiefenthal se arrellanó en un sillón y se puso á cantar en voz alta y sin cumplidos. Wendenburg, á quien en otras ocasiones divertía este infeliz bufón, echaba ahora grandes bocanadas de humo para guardar calma, ardua empresa, pues que las chanzas duraron hasta que arrancó lentamente el tren de mercancías para Hellberg, al cual se agregó un vagón de segunda de pésimo movimiento. Para cambiar de asunto Wendenburg quiso enterarse de la familia Hellberg, mas Tiefenthal sólo conocía al conde que había hecho un viaje hacía muchos años á Berlín con su difunta esposa, un niño, una niña y una criatura de pañales. El niño era ahora lugarteniente de coraceros; en cuanto á la niña y á la criatura de pañales Tiefenthal no sabía lo que había sido de ellos. Por lo demás, Hellberg era un mayorazgo. La finca, hasta cierto punto productiva, bastaba para sostener á su dueño; pero en vez de ahorrar para sus hijos el conde despilfarraba todas sus economías en caballos. Indudablemente el heredero del mayorazgo tendría una bonita posición; los demás hijos, empero, no dispondrían de lo suficiente para vivir con holgura.

Al fin llegó el término del caluroso y lento viaje, y se paró el tren de ante de la estación de Hellberg.

—¿Hay alguien que venga á buscarnos? preguntó Tiefenthal á un individuo que por allí vagaba.

—Sí, señor, la condesa aguarda hace largo rato la llegada del tren.

Wendenburg y Tiefenthal se miraron involuntariamente ambos muy extrañados, y el último exclamó prorrumpiendo en una tremenda carcajada:

—¡Ella es, es ella misma! ¡No ha querido diferir por más tiempo el conocerle!

—¡Tonterías! contesto Wendenburg furioso.

Y atravesando apresuradamente el andén, salió de la estación, donde á la sombra de unos castaños aguardaba una jardinera tirada por dos fogosos caballitos á los que dominaban perfectamente las fuertes manos que tenían las riendas.

El cochero, aunque fuese esto cosa algo extraordinaria tratándose de recibir á dos caballeros, era una joven, ó mejor dicho, una jovencita de unos catorce años, con unas piernas inconmensurablemente largas y delgadas, metidas en unas medias encarnadas, y con gruesos zapatos de cuero asomando debajo de un vestido de algodón que se había quedado corto, y apoyados en el delantero de cuero del carruaje. Sobre la cabeza, que ostentaba una espléndida cabellera rubia, había colocado un atrevido sombrero de paja tirolés, con una cinta verde y una rama de encina, y debajo del sombrero asomaba un bonito rostro no formado del todo todavía, con boca y ojos risueños, dirigidos hacia los recién llegados, que intentaban presentarse ellos mismos con frases de cumplido y palabras ininteligibles.

—¿Tiefenthal? repitió la jovencita haciendo memoria.

—Sí, éste es uno. ¿Mas dónde está el lugarteniente de hulanos?

—Presente, condesa, dijo adelantándose Wendenburg á quien esto divertía.

—¿Cómo, de paisano? exclamó ella disgustada. ¡Me hubiese gustado tanto ver un uniforme de hulano!

—Tengo uno en la maleta, le dijo Wendenburg por vía de consuelo.

—Bueno, así me gusta. ¡De manera que son ustedes los caballeros,— los dos,— convenido! exclamó alegremente. Suban ustedes, pues que los caballos están ya impacientes. ¡Ay! ahora recuerdo que no me he presentado todavía. Me llamo Catalina Hellberg. Papá ha tenido que ir hoy precisamente á una junta y se ha llevado los alazanes, porque los castaños están cojos; Theoné no ha querido que volviesen á enganchar sus tordos, por consiguiente han tenido que venir mis jaquitas. Un regalo de mi padrino. Rumboso, ¿no es verdad? Mi padrino es siempre espléndido. Pero yo no quiero que nadie más que yo guíe mis jaquitas, por esto he venido yo misma por ustedes.

—Usted es excesivamente amable, dijo Tiefenthal encaramándose en el coche.

—¿No es verdad? contestó Catalina Hellberg volviendo la cabeza hacia atrás. El cochero de papá vendrá con los caballos de labranza á recoger el equipaje. ¡Y ahora á subir al coche!

—Sí, pero ¿no podría yo tomar las riendas? No podemos consentir que nos conduzca una señora, replicó en tono festivo Wendenburg, que todavía no había subido.

—¡La misma canción de Theone y Fee! exclamó indignada la jovencita. ¡Cómo! ¿me he vuelto hoy repentinamente una señora? En otras ocasiones me echan de todas partes y no me hacen caso porque soy demasiado niña. Entiéndalo quien pueda. ¡En cuanto á las riendas no las entrego!

—Pues adelante, suponiendo que los caballos anden, observó Tiefertal, lo cual le valió que le mirase con ojos centelleantes la jovencita, que sacudió la rubia cabellera con un gesto de indignación.

—¿Andar? exclamó con tono de desprecio.—Con las jacas le traigo á usted el mismo demonio desde el infierno.

—¡Pero no vaya usted á llevarnos á nosotros allí! protestó Tiefertal riendo, mientras Wendenburg tomaba asiento á su lado.

El coche se puso por fin en marcha en una carrera desenfrenada, mas al salir de la carretera y al entrar en un camino arenoso se calmó el ardor de los caballos. Tiefertal aprovechó la disminución del ruido para entablar un coloquio con la joven «delgada como una araña» del pescante.

—¿De manera que papá está en una junta? díjole empezando el interrogatorio que rato hacia le quemaba la lengua.

—¡Naturalmente! respondió Catalina con orgullo, como si fuese condición de toda la humanidad el asistir á las juntas.

—¿Y usted se ha quedado del todo sola en casa, condesa? siguió preguntando Tiefertal inocentemente.

—¿Sola? No, por cierto; Theone está allí también.

—¿Quién es esta Theone? dijo Tiefertal interrumpiéndola.

—¿Theone? ¡Pues, Theone Hellberg, naturalmente! Papá le ha suplicado con motivo de la visita de ustedes que viniese desde su posesión á pasar un par de semanas con nosotros. Hoy ha llegado á la hora de la comida, y como sus tordos habían hecho cinco millas de camino no ha querido que volviesen á engancharlos.

A Tiefertal no le interesaban los tordos, pero sí algo más su dueña.

—Theone Hellberg, dijo volviendo á interrumpir á su interlocutora y poniendo un dedo al lado de la nariz en ademán de hacer memoria, ¿no sería ésta la condesa Theone Hellberg?

—Por supuesto, contestó Catalina. Sólo hay una Theone Hellberg. ¡Éste era también el nombre de la tía Wallwitz!

—¡Ajá! dijo Tiefertal.

Mas como Wendenburg temiese que le hiciera á él una pregunta muy indiscreta, interrumpió con un reproche algo injusto:

—¡Pero, Tiefertal! ¿No ha preguntado usted por Fee?

—¡Hola! exclamó la jovencita volviendo la cabeza y clavando sus ojos azules con mirada escrutadora en el que hablaba.

—¿De qué conoce usted á Fee? preguntóle con un acento especial.

—¡Oh! Fee y yo somos muy buenos amigos. Ha sido para mí una buena hada, respondió Wendenburg. Por supuesto, añadió suspirando, por supuesto que ahora debo decir que lo era, desde que me la compró el ruso.

—¡Esto es una necedad; á Fee no la ha comprado ningún ruso! exclamó Catalina Hellberg visiblemente enojada.

—Sin embargo, condesa, desgraciadamente me separé de ella con mucha pena.

—Bien, pero con todo, un caballo de carreras no se puede guardar mucho tiempo, replicó Tiefertal. Fee habrá llegado al apogeo de su gloria, pero no aumentaría de valor.

—¡Ah, sí! ustedes hablaban de un caballo y yo creía que se referían á mi hermana Felicitas á quien todos llamamos Fee (1), exclamó Catalina riendo á carcajadas desde el pescante.

—¡Ja, ja, ja! ¡Famoso! dijo Tiefertal echándose también á reir con un estrépito que hizo brincar los caballos.

—Naturalmente, añadió su hermana mayor, ¿no es esto?

Catalina hizo un gesto afirmativo.

—A usted le gustaría sin duda ser ya mayor, llevar vestido largo y dejar que se le hiciese la corte; ¿no es verdad? dijo Tiefertal bromeando.

—No, esto no me gustaría, contestó ella con energía. Me alegro de no ser todavía una señora.

—¿De veras? Precisamente las jovencitas como usted piensan todo lo contrario.

—¡Pues todas esas señoritas son unas necias! exclamó Catalina Hellber roja de indignación. No comprendo qué gusto puede hallarse en ser una señora. Pasar el día sentada como una muñeca rellena de serrín y torcer las narices cuando una anda demasiado recio. ¡Vaya un gusto! Y sobre todo la vil conducta hacia nosotras. ¡Gracias!

—¿Cómo se entiende, la vil conducta? preguntó Wendenburg.

—Esto lo sabe Fee mejor que nadie, pues yo no quisiera tener su conciencia—fué la contestación misteriosa.—Quiere siempre saber mejor las cosas, porque es mayor. ¡Cómo si hubiese tragado la sabiduría con la sopa! ¡Ya conocemos este orgullo! Pero que no siga así, porque le irá mal... Es el caso que Fee tiene secretos. Figúrense ustedes, secretos conmigo. ¡Que se tenga cuidado! Se ha negado buenamente á confiármelos, pero los sacaré en claro y me reiré de ella, y así verá quién es más lista, ella ó yo. ¡Veremos!

Wendenburg y Tiefertal se divertían en grande al ver ofendida la dignidad de la joven-cita, y ambos se preguntaban á sí mismos qué cara tendría esta criticada Fee. El carruaje, empero, entraba por el portal de una verja de hierro forjado, y subiendo una alameda entre frondosos robles llegó delante del palacio, que tenía la patina gris de la intemperie, y cuya fachada, de un estilo barroco, rico de dibujo, se destacaba risueña é imponente sobre un fondo de árboles seculares. Una ancha escalinata conducía al parterre, alto punto en el cual atraía las miradas una terraza con una balaustrada de *rococo* cubierta de rosas.

Las anchurosas puertas del vestíbulo estaban abiertas de par en par, y encuadrábanlas, subiendo hasta el piso principal, unas enredaderas de rosas y clemátides de un rojo oscuro. En medio de estas puertas aparecía con todo el esplendor de la juventud la esbelta y tierna figura de una joven vestida con un sencillo traje de muselina blanca, la cual, volviendo su rubia cabeza, seguía al carruaje con sus grandes y sombreados ojos azules y con una atractiva expresión de bondad en las bonitas y finas facciones.

—Parece una verdadera hada, pensó Wendenburg con aquella cierta dulce impresión de encanto que se experimenta ante una aparición hermosa, impresión que estremece, pero que desgraciadamente suele desvanecerse pronto.

Ésta, empero, no se desvaneció cuando subieron los dos caballeros la escalinata, mientras Catalina Hellberg conducía lentamente sus jacas á las caballerizas. Por el contrario, Wendenburg sintió como un especial y grato consuelo al notar que, en vez de desvanecerse, la aparición se transformaba al atravesar el umbral de la puerta en un ser de carne y hueso de juventud y hermosura, radiante y celestial. Efectivamente, la joven, sonrojándose ligeramente, pero con

(1) Fee vale en francés *hada*, como saben nuestros lectores, lo cual ha de tenerse presente para el juego de palabras á que da ocasión en esta novelita.

aplomo y con una dignidad encantadora, se adelantó hacia los caballeros y les tendió la mano con suma naturalidad para saludarles.

—Sean ustedes bien venidos en Hellberg, díjoles cordialmente. Papá ha sentido mucho no poder ser el primero en saludarles, pero la dichosa junta tiene la culpa. Ustedes le excusarán ¿no es cierto? Perdonen ustedes también que les haya ido á buscar á la estación mi hermana y sin criado. Se nos ha vuelto á escapar, y esta travesura me ha incomodado mucho.

Tiefenthal aseguró que tanto él como su compañero habían pasado el camino muy agradablemente.

—Lo creo, respondió Felicitas riendo. ¡Catalina es tan parlanchina!... Pero ruego á ustedes la tengan á raya, de lo contrario no podría sujetarla ya más.

Un criado, que acudió presuroso, condujo á los viajeros á sus cuartos, que se hallaban contiguos, aposentos grandes y oreadas habitaciones de estilo barroco, donde con el auxilio de los neceseres de viaje se arreglaron lo más decentemente posible, ya que el equipaje no había de llegar hasta más tarde. Es de advertir que Wendenburg, á quien el encuentro con Fee Hellberg había causado excelente impresión, se puso de muy mal humor al oír á Tiefenthal silbar incesantemente desde el cuarto vecino la canción fatal de la «florecita de Mayo» de *El Mikado*.

—«¡Oh, junta las flores que florecen en la primavera!» exclamó al fin Wendenburg hecho una furia y sacando la cabeza á la ventana para no oír más la odiada melodía.

Vióse ricamente recompensado, pues debajo de su ventana estaba la terraza del castillo tapizada de enredaderas de rosas, y en la terraza se encontraba delante de una mesita la condesa Fee colocando flores en una jardinera de mayólica.

Wendenburg contuvo la respiración un momento, á fin de contemplar mejor cómo aquellas blancas y bellas manos arreglaban, con tanta facilidad y elegancia, los mazos de rosas combinados con graciosos helechos y enredaderas de viña silvestre, formando un precioso conjunto. Luego quiso retirarse discretamente, mas por desgracia dió con el pie en una silla que había en el hueco de la ventana, y la condesa Fee levantó la cabeza:

—¿Está usted ya listo? le gritó con amable naturalidad. Aquí empieza á sentirse el fresco; por lo tanto si quiere usted cambiar su cuarto por la terraza, baje usted.

Bien entendido que Wendenburg no se lo hizo repetir dos veces, y que un minuto después estaba al lado de aquella rubia figura de hada muy ocupado en escogerle las rosas mejores y todas las flores más hermosas.

(Continuará).

(Traducido del alemán).



NUESTROS GRABADOS

UN BEBEDOR

CUADRO DE ROMÁN RIBERA

El artista, autor de los cuadros que reproducimos en este número, tiene, por un lado en sus obras pictóricas el vigor y la manera de interpretar el natural propio de los pintores flamencos antiguos, y por otra, la distinción, la elegancia y el *modernismo* que en mayor grado puedan notarse en los pintores franceses é italianos que más se ajustan á las corrientes del día. En ciertos cuadros, de asunto flamenco ó con trajes de la Flandes, diríase que Román Ribera se va tras de las huellas de Franz Halz y de los pintores más famosos de su época y que existe en ellos aquel modo de ver y de copiar el natural, tan verdadero y tan preciso al par, ya que no se perdona en él detalle alguno que pueda conducir á la mejor caracterización del tipo ó personaje retratado. Nada de alardes de pincelada, ni de brochazos puestos adrede para hacer gala de facilidad; nada de recursos convencionales, que si agradan de momento, cansan luego, tan pronto como se ha descubierto la *ficelle* de la ejecución, según dicen nuestros vecinos transpirenaicos. Es una pintura ó un estilo que podría llamarse austero, si la elegancia del desempeño y la encantadora armonía del colorido no le imprimiesen una riqueza opuesta á la mencionada calificación. Román Ribera, lo repetimos, no busca efectos, sino la verdad, procede á la manera del maestro que hemos citado, con algo, á veces, de Holbein, si bien con menor sequedad de la que se nota en este admirable artista. Los rostros, las manos de sus figuras salen modeladas y cobran relieve con una sobriedad portentosa en los efectos de claroscuro, las cuales mueve y anima por medio de contados toques dados con gran maestría. *Un bebedor*, que va al frente de este número, es prueba de lo que afirmamos. Valientemente pintado, brilla por su carácter y por su expresión y es una de esas obras, medio en esbozo, medio acabadas, en las que se revela la personalidad de un artista.

EN EL «BOUDOIR»

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

Viene aquí de molde recordar lo que hemos dicho

sobre la elegancia con que interpreta Román Ribera los asuntos del día. Véase este cuadro y dígasenos si puede pedir más la dama entendida en el arte de emplear con gusto las coquetonas seducciones de la moda. Esta obra parece arrancada por medio de la fotografía de un elegante *boudoir* de nuestros días, á bien que la fotografía no daría nunca un conjunto tan hábilmente dispuesto, una agrupación tan artística como la que aparece en el cuadro. La inteligencia del artista lo compuso reuniendo datos sacados hábilmente de la vida real. Todo en él está pintado de una manera soberbia, con gusto refinado, con pormenores que merecen el más entusiasta elogio. ¡Qué cabeza tan bien perfilada y tan deliciosamente modelada tiene la dama sentada en el *boudoir* pronta á dar el último toque á su *toilette*. ¡Qué expresión en la cara, y sobre todo en los ojos! ¡Qué bien interpretado el abrigo que ya lleva puesto, para tomar en seguida el carruaje y dirigirse al baile! ¡Cuán bien distribuidos y cuán bien pintados los muebles que forman aquel lujoso fondo, sobre todo el lindísimo tocador Luis XVII! Román Ribera atiende también á estos detalles, y si ha de proclamársele maestro en pintar una testa, iguales lauros han de concedérsele cuando reproduce con asombrosa exactitud los cambiantes del terciopelo y del raso ó la finísima suavidad de las pieles. De ahí la grata armonía que se nota en sus pinturas, todas apropiadas para decorar salones y gabinetes.

EN EL «FOYER»

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

Otra producción elegante, en la que preside la moda, mas sin afectación, sin propósito de que el figurín predomine sobre la obra de arte. Otra cabeza como la anterior finamente pintada, que rebosa vida y expresión. Hállase en el salón de descanso del teatro la señora pintada por Román Ribera, antes ó después del baile, probablemente antes, puesto que lleva la máscara en la mano, colocado el abrigo para resguardarse del frío, ya que en el *foyer* no reina nunca la elevada temperatura de la sala de espectáculos ó de baile. Hay donosura en las líneas de la dama que se ve en el cuadro, y lo propio en las que forman el traje, en el cual sobresale el abrigo

con guarnición de pieles. La fototipia da idea en este cuadro, como también en los dos anteriores, de la elegancia con que maneja el color Román Ribera y de su factura firme y pastosa, que se advierte principalmente en las carnaciones. Contemplando *En el foyer* se verá de nuevo con cuánta razón hemos dicho que el referido



UN BEBEDOR.—CUADRO DE ROMÁN RIBERA

artista, teniendo cualidades y méritos que recuerdan a los antiguos pintores flamencos, es también uno de los primeros, en España y fuera de ella, en interpretar con gran colorido de época asuntos sacados del mundo elegante de nuestros tiempos, presentando la señora de hoy con todos los refinamientos de la moda.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XII

IDA Y VUELTA

PACO Dulce no había estado perdido para todos durante el tiempo de su desaparición.

Se lo había hallado Encarna.

Al despertar el buen mozo del largo y abandonado sueño que durmió en casa de la cortesana, sorprendieronle los extremos de una afición inesperada. Llenáronsele á aquella mujer loca, el corazón de llamas y la cabeza de desatinos.

—Eres mi prisionero, decía.

TOMO III. — 36.

Cubría de sonrisas el rostro encantador, vertíanse de sus ardientes pupilas miradas de embeleso y fascinación, y sentada junto al mozo, que alañaba su cabello y su barba varonil en el tocador á la *Pompadour*, cuajado de botes, frascos y chirimbolos femeniles, continuaba ella diciendo con voz trémula de emoción y anhelo:

—No puedes marcharte; me han dicho que te tuviera escondido... Creo que andan buscándote... Yo soy tu salvadora.

No por temor á los que anduvieran buscándole, sino por abandono de su espíritu tan inclinado á estas laxitudes, Paco se quedó escondido en aquel refugio, cuyo suelo brotaba lisonjas y adulaciones. El joven se dejó querer, y la hermosa aventurera de hora en hora fué prendándose de él con mayor vehemencia.

Después que hubo dado todas las vueltas á la satisfacción orgullosa de contemplar junto á sí, cautivo y blando á los arrullos, á Paco Dulce, nada menos que á Paco Dulce, el don Juan del suburbio *demimondain*; después que el alborozo de los dos primeros días se hubo explañado en toda suerte de arranques y volaterías, entonces se declaró en Encarna la crisis patológica de las extraviadas. Se volvió romántica. Se puso á soñar por todo lo alto y por todo lo insensato, junto á aquel hombre lastimosamente rendido á las seducciones del instante y pronto á dejarse arrastrar por cuanto adulara su sentimiento perezoso y la vanidad de su carácter, dentro del mundo sinuoso en que vivía.

Aquello era un dúo continuo de música almibarada y con letra sentimental; un drama de escenas novelescas, revelaciones lacrimosas, ensueños de Julieta, melancolías de Ofelia, aderezado con filosofías romancescas y confituras de idilio.

Encarna se sentía transportada desde que tenía á Paco en su casa.

—¡Cuánto le amaba!... ¡Cuidado, que ella había visto siempre á los hombres con indiferencia! Pero á Paco... ¡Si le hubiera conocido antes!... Porque él era el ser á quien ella necesitaba; ahora lo reconocía. Un hombre que la comprendiera, que llenase su vida, que hiciese latir su corazón con aquella dulzura y aquel afán... ¡Si ella había nacido para eso!... para consagrar su existencia á un hombre, serle fiel, muy fiel, y no escuchar más requiebros que los suyos, ni recibir otros obsequios, ni tener otro amparo...

Todo eso confundido con los detalles de la historia triste: el militar engañador, la madre descuidada, los ardores del corazón, la caída, el desengaño, la suerte empujando, la necesidad de aturdirse. Lo que dicen todas.

Luego se le puso á Encarna otra idea que comenzó á rodar por su cabeza metiendo ruido, como un cascabel: Encarna quería huir, y ésta fué la palabra, la súplica, el propósito ferviente de todos los momentos.

—Huyamos, decía á su amante entre caricia y caricia. Llévame á un sitio donde nadie nos conozca... Vámonos á Bogotá.

Bogotá era el refugio preferido de Encarna, el oasis, y ni el mismo Paco logró explicarse el motivo de esta preferencia. Reliquia, sin duda, de algún amor colombiano, semilla tal vez arrojada en aquel mal devanado cerebro por alguna mano opulenta que prodigaba riquezas de Santa Fe.

Paco, que ya iba aburriéndose de aquel amor sin vicisitudes, recibió las proposiciones de fuga con un agrado que volvió loca á su enamorada.

El episodio debía ser agradable y el dinero de las alhajas aún no se había agotado.

La pareja emprendió el vuelo, y allá se lanzaron él y ella, como dos palomos de distinto palomar que se han juntado en el aire. El lujoso menaje de la casa de Encarna fué vendido á toda prisa, en una hora, á bajo precio; las joyas fueron al Montepío, las ropas á la prenda.

Para ir á Bogotá no se sigue camino muy derecho tomando el de París. Mas ello fué que á París se dirigieron los dos fugitivos, sin consultar itinerarios ni ver el mapa. Uno y otro,

sin embargo, tenían de mucho tiempo conocidos y saboreados hasta la hartura los placeres que brinda la capital de Francia. De París se fueron á Viena, centro también de ostentación y delicias. Luego el afán de correr, el hambre de novedades, la inquietud bullente, la pasión por el gozo externo y por el aparato visible que constituían la *mise en scène* de aquellos amores de espectáculo les hicieron tomar muy pronto carrera desbocada hacia otros países.

—Sigamos el Danubio, decía Encarna, poseída de la fiebre de antojos y ganosa de agitación, de gustar alborozos desconocidos, de ir dejando á su espalda tierras, ciudades, paisajes y admiradores.

Siguieron el Danubio: Budapest, Belgrado, Silistria, Galatz...

—Ahora á Venecia... Cruzaron el Adriático. Después á Suiza... Y á Italia otra vez... Encarna tenía entusiasmo por Italia. Sabía que era un país poético, patria de artistas. Lo había leído ó se lo habían contado. Milán, Turín, Florencia, Roma... No cesaba aquel galope.

A Paco se le hacía muy agradable la marcha veloz é irregular á través de tan variadas impresiones. Su fútil espíritu de aventurero, y sobre todo su hueca vanidad, se complacían con el dominio sobre aquella mujer cuya belleza provocaba en todas partes admiración y envidia. El joven atendía á la música de su dúo de amor, saboreándola pasivamente como un aficionado junto al piano ó como un *amateur* desde la butaca; en ocasiones sentíase de veras exaltado, respondía con expresión de sincero arrebató á los de Encarna, y los días en que, como un tenor mimado y voluntarioso, cantaba con fuerza y calor las frases del dúo, eran aquellos en que la pasión de la vengadora romántica arreciaba penetrando más hondamente en su pecho y acercándola á la idolatría y á la locura.

En Nápoles hallaron los dos amantes volanderos el colmo de sus deleites. En aquella atmósfera serena y ardorosa; junto á aquel mar que susurra y mece; al influjo de aquella vida ruidosa, alegre, llena de extremos; entre aquellas gentes del pie del Vesubio que chillan y bullen como las chispas sobre un lecho de ascuas, el desvarío de Encarna llegó á su colmo y se convirtió en desvanecido ensueño el arrobamiento perezoso de Paco. Nápoles fué para ellos el paraíso; allí, rodeados de luz y rumores de fiesta, pudieron creer que llegaban á la apoteosis. Pero en Nápoles también se concluyó el dinero. Regado quedaba con él toda la extensión del camino andado, y el chorro de oro que hasta entonces había manado abundante y suelto empezó á mostrarse avaro hasta que gota tras gota arrojó la última y se quedó enjuto.

Mas ¿cómo ni para qué renunciar á los placeres del edén descubierto? En los dos viajeros fermentaba más poderoso que nunca el anhelo insano de placeres y ostentaciones; la embriaguez era total y turbulenta. Nápoles convidaba al gozo, imponía el derroche; en su corriente desatada, de caudal tumultuoso, arrastraba y revolvió, sin que valiera defensa, á los que en ella habían ido á bañarse. La alegría rodaba por la ciudad, vertía el sol, la diseminaba el aire; en los casinos reinaba la pereza, se refinaba el gusto sibarítico, esclavizaba el juego con sus azares y sus empeños... Los miradores sobre la campiña y sobre el Golfo eran lugares encantados donde se turbaba la mente y se henchía el corazón de afanes, contemplando el día sin nubes, las noches luminosas como crepúsculos; por la calle de Toledo y por la *Chiaia* lanzaba el lujo sus trenes; en la playa y en la calleja cantaba desmayos y regocijos la mandolina, y por los balcones y ventanas salían envueltos en olas de luz y efluvios de aromas los acentos jugueteros y apasionados de las mujeres napolitanas entonando la canción del *Funiculi, funiculá*.

La pobreza, el *trueno*, que una vez más en la vida desordenada de Paco Dulce asomaba la faz burlona, pudo remediarse al principio con los socorros del ingenio y de la patraña. En su aposento del Parthenope el calavera madrileño discurría fríamente todos los días el ardid para facilitarse recursos: los obtenía de la amistad fácil del *club*, donde prestar sin meditación el dinero no es sino una forma de tirarlo; se lo proporcionaba la ruleta y todos los juegos de envite cultivados por el mozo con aprovechamiento desde sus más verdes años. Y así vivieron él y Encarna durante dos meses, sin preocupación ni apuros, escabulléndose de la miseria que

les perseguía, acompañados de la trampa y del embuste, explotando el alto timo, el solape aristocrático, que crece y fructifica bajo la temperatura cálida de los círculos de recreo, abonado con las explicaciones siempre fecundas del administrador que no escribe, la letra que no ha sido pagada, y otras excusas que nunca dejan de hacer blanco disparadas con una escopeta de salón.

Un día, sin embargo, entró la pobreza impla y fiera en el departamento del *Hotel Royal* que habitaban los dos *touristas*. Las bolsas estaban cerradas, el crédito se había convertido en desconfianza. Encarna, con temperamento revolucionario de querida, amaba mucho, mucho a Paco, mas también pedía y pedía como una insensata. Paco, á su vez, sentíase devorado por la calentura brava del caballero menestero. Si á la hermosa Encarna se le hubiese ocurrido buscar auxilio entre los que la perseguían ofreciéndoselo, á su amante, que no se asfixiaba en la atmósfera enrarecida de la bajeza, no le hubiera importado descender hasta aquel vil extremo de la indignidad; pero Encarna no pensaba en ello; la fidelidad había echado raíces hondas en su pecho, y en Paco veía circunscritas sus dos aspiraciones; él solo era quien debía acudir al incendio de amor y á los ventarrones de antojos en que su frivolidad se desataba á todas horas.

Esta crisis se hacía insoportable, y arreciaron sus rigores de una manera mortal cierto día en que Paco Dulce volvió al hotel habiendo perdido cien mil liras sobre su palabra en el tapete aristocrático de un Casino. En el código de los troneras y de los rufianes no hay deuda que obligue más que la contraída en el juego; es deuda de honor, y por salvar el jirón de honra que se queda colgando del paño verde no hay sacrificio, ni heroicidad, ni truhanería de cualquier otro orden á que el deudor no esté dispuesto.

Por su nombre, por su sangre, por su vida necesitaba Paco un salvador; la deuda tenía que ser pagada dentro de las veinticuatro horas. Mas para un perdido nunca falta otro perdido, y en el mismo hotel del Parthenope, pared por medio con la pareja de tórtolos hambrientos, vivía el protector que enviaba el diablo á remediar sus terribles apuros.

Érase un caballero español, negociante sin duda de gran calibre, pues gastaba como un príncipe de la sangre, y se mantenía en desdeñosa reserva hacia los personajes huéspedes del hotel y hacia toda la alta sociedad napolitana. Dignóse, no obstante, simpatizar con Dulce, y un día en que éste, por echarle el anzuelo, se le trajo á comer á su cuarto, el caballero convidado, luego que hubo oído las confidencias lastimosas del elegante madrileño, correspondió á ellas explicando á su reciente amigo que él también se hallaba en situación apurada, y privado de realizar un soberbio negocio que había motivado su viaje á la ciudad del Vesubio. Y no porque fuera un pobrete, sobrándole elementos. En su maleta traía dos millones en títulos de la Deuda española, procedentes de una operación ventajosísima que verificó en Londres.

—Ya ve usted, decía, que traigo dinero sonante.

Pero no le convenía para el buen éxito del negocio que le condujo á Italia demostrar aprietos buscando quién recibiera aquellos títulos pignorados en garantía de fondos.

—Sin embargo, continuó el caballero, á quien estaba oyendo Paco Dulce con la misma alegría con que un sepultado en vida veía el sol amanecer dentro de su mazmorra. Sin embargo, para alguna cosa nos ha reunido Dios, despertando en ambos mutua simpatía.

Nada más sencillo. El que no había de tener inconveniente en levantar fondos pignorando los títulos, era Paco. Además le sería cosa fácil, pues si los potentados de Nápoles se hacían remisos en otorgarle crédito, no le negarían un préstamo asegurado con tan sólida garantía. En este caso el caballero convidado no tendría inconveniente en permitir que Paco se aprovechara de la mitad de los fondos conseguidos. Él se los prestaría mediante un simple pagaré. Manifestábase el hombre ciegamente confiado en la hidalga palabra del mozo madrileño, y manifestaba también haber creído á pie juntillas todo lo que aquél le fué explicando acerca de lo transitorio de sus apuros, lo crecido y valioso de sus propiedades en España y el silencio incomprensible de su administrador.

A Paco le sobraban personas que aceptaran su proposición, y entre ellas estaba el marqués de Césare, *clubman* fervoroso, primate ya algo maduro de la vida galante, que derrochaba su fortuna impasible ante los naipes y derretido ante las mujeres. Era buen amigo de Dulce, como que pretendía favores secretos de Encarna, y aun quitársela á aquél públicamente si le fuera posible, y Dulce, que sabía eso, le eligió, por eso precisamente, con la expedición de ánimo que solía ayudarle en sus empresas, para ofrecerle la operación de los títulos, diciéndole para mayor cebo, que era para un viaje que había de emprender solo.

El marqués de Césare no titubeó al oír que Encarna se quedaría en Nápoles. Aprontó las setecientas mil pesetas que Paco le pidió, se hizo cargo de los títulos en garantía, dividieron la suma el primogénito de la *Bombonera* y el gran negociante, su vecino, marchóse este último la misma noche de la pignoración, sin que hasta hoy se haya sabido adónde, y al cabo del mes se descubrió que los títulos pignorados eran apócrifos, sobrantes sin duda de una famosa falsificación que había dado en que entender á los tribunales extranjeros.

El marqués de Césare fué á decirselo á Paco Dulce, despidiendo rayos de cólera. Paco, aniquilado de terror, arrastróse á los pies del noble napolitano, refirió con lágrimas y retorciéndose de desesperación el engaño de que había sido víctima. El marqués no otorgaba su perdón: quería el dinero ó denunciaba el crimen á la justicia. Encarna también clamó piedad para su amante; todo inútil, el marqués no cedía. Ó el dinero, ó á presidio.

Entonces, en aquel momento de terrible peligro, bajo la pesadumbre que le aplastaba, de la conminación airada y ejecutiva, en aquella oscuridad que le envolvía de súbito sin que la cruzara un rayo de esperanza y misericordia, ante las puertas del presidio que se abrían rechinando, entonces Paco Dulce pensó en los millones de Blanca Bermúdez, en la enamorada niña que en Madrid sin duda ninguna le aguardaba, manteniéndole el corazón fiel y la voluntad cautiva.

—¡Tres meses! dijo al marqués. Tres meses de plazo, y devolveré á usted su dinero.

El marqués, por la honra del *club*, que había admitido á Paco, se avino á la concesión del plazo, y Dulce partió, dejando en Nápoles á Encarna, sin decir á ésta cuál era el propósito que le llevaba á Madrid, prometiéndole que volvería y dejándole muy encarecido que procurase templar el enojo del marqués de Césare.

Y éstos eran los motivos de la reaparición de Paco Dulce ante la tertulia de la *Bombonera*.

(Continuará).





MESA REVUELTA

La palabra italiana *opera* significa obra, y sirve para designar toda clase de obras dramáticas en las cuales la poesía y la música se prestan mutuo auxilio. La *opera* se dirige al alma por la pintura de las pasiones; al oído, por la armonía de los versos y de la música; y a la vista, por la magnificencia y variedad de las decoraciones, los bailes y pantomimas de todas clases. En la *opera* sería el canto no se interrumpe nunca por el verso. En cuanto al asunto, la *opera* sería es a la *opera* cómica lo que la tragedia es a la comedia. Los italianos conocen con el nombre de *opera bufa* una especie de *opera* cómica en la que muchas veces no se interrumpe la música, pero que la caracteriza siempre la presencia de un personaje jocosos llamado *bufo*.

La *opera* tiene su origen en Italia y su antigüedad no puede buscarse más allá del siglo xv. Fr. Boverini compuso en 1486 una *opera* cuya letra era de J. Sulpicius de Verulano; Em. del Cavallero inventó en 1570 el recitado, y por fin en 1597 representóse en Florencia el primer drama musical en regla. Ottavio Reinoccio compuso el libreto y Giacomo Peri la música. La primera *opera bufa* fue representada en Venecia en el año 1624. La primera tragedia lírica representada en la escena francesa fue *Cadmus et Hermoine*, de Quinault y Sully, en 1673. En Inglaterra se introdujo en el siglo xviii la *opera* italiana, y en España en la segunda mitad de dicho siglo. La *opera* cómica tiene su origen en París.

Entre los artistas que más se han distinguido en la composición de *operas*, pueden citarse: como poetas a Quinault, Campistron, Fontenelle, Lamotte, Cahuzac, J. J. Rousseau, Le Sage, Piron, Yavarts, Sedaine, Marssollier, Yoní, Scribe, Romani, Piave y otros; y como compositores, Sully, Rameau, Mendonville, Gluck, Piccini, Grétry, Monsigny, Duni, Pasiello, Sacchini, Mozart, Haydn, Lesueur, Weber, Spontini, Delavrac, Rossini, Cherubini, Boieldieu, Nicolo, Herold, Bellini, Meyerbeer, Donizetti, Verdi, Auber, Halevy, Ad. Adam, etc., y modernamente Wagner, Gounod, Bizet, Thomas, Boito y otros.

Un ignorante ingrato y descarado, obtuvo en la universidad de Reims el grado de maestro en artes. Sorprendido de la facilidad con que le habían aprobado los ejercicios, va a encontrar al decano de la facultad de filosofía y le dice:

—Señor decano, ya que he de permanecer algunos días más en Reims, quisiera aprovechar la ocasión y hacer graduar a mi caballo.

—Amigo mío, no puede ser (le contestó el decano); ¡aquí no podemos graduar más que a los burros!!

Tuvo uno que hacerse afeitado, por su desdicha, en un pueblo de la Sierra, y díjole al rapabarbas:

—Si afeitado usted, lo hace usted condenadamente; si desuella usted, lo hace usted con tal cual miramiento.

Avisaron al intendente de la marina de Brest, que se había pegado fuego a la oficina de ***.

—¡Ah! ¡ya sé, ya sé! exclamó, es el comisario N... que rinde cuentas.

En todo canto de piedra ó de mármol siempre se encuentra una bella estatua (decía un italiano); ¡la dificultad está en sacarla de allí!

Mr. de Besmaux presentó cierto día uno de sus parientes al cardenal Mazarino, prometiendo a este señor ministro que el recomendado no tenía que decirle más que dos palabras.

—Si no son más que dos palabras, le oiré; pero cuidado, que no tengo tiempo de oír una palabra más.

Mr. de Besmaux introduce a su pariente, advirtiéndole que el ministro le había concedido la audiencia bajo condición de no decirle más que dos palabras.

—Está bien, no diré más, dijo el recomendado.

Y, en efecto, entra en el salón y dice al cardenal:

—Señor, ¡frio y hambre! (El caso sucedió en el corazón del invierno).

Y el cardenal contestó:

—*Lena y pan*. E hizo que le dieran un cuantioso socorro.

Un oficial gascón, pidiendo sus pagas atrasadas a un ministro de la Guerra, acabó por afirmar que se estaba muriendo de hambre. El ministro, viéndole con grandes moñetes y muy colorado, le contestó que su cara desmentía su aserto.

—¡Oh, mi general! exclamó el gascón; no os engañe esta cara porque no es mía, pues la debo a la patrona, la cual hace tres meses que me mantiene a crédito.

Reprendían a san Luis, en Egipto, porque se exponía a contagiarse visitando a sus soldados invadidos de la peste.

—¡Dejadme! contestó el santo rey; ¡bien puedo

exponer una vez mi vida en obsequio de los que diariamente la exponen por mí!

—Un desafío es para mí mucho más peligroso que para otro cualquiera, decía un andaluz; sea cual fuere la parte en que me den, la herida será mortal, porque todo yo soy corazón.

Si se quiere evitar que los **gorriones** causen perjuicios en la cosecha, plántese en el centro del espacio que se quiera proteger una pértiga á cuyo extremo debe colocarse horizontalmente un palo con un hilo ó cordel que mantenga en suspenso una placa de hierro blanco que sea nueva.

Por poco viento que haga, la placa da vueltas, refleja los rayos solares en todas direcciones y espanta á los gorriones que no tardan en abandonar aquel sitio.

Para volver los tejidos impermeables disuélvanse cuatro onzas de jabón blanco de Marsella en seis azumbres de agua de lluvia hirviendo; en otras seis azumbres de agua se disolverá también el tercio de libra de alumbre, y elévense estas dos disoluciones, por separado, á la temperatura de 60° Reaumur. Métanse una y otra vez los tejidos en el agua de jabón, y de ésta pásense sin interrupción á la de alumbre, y por fin déjense secar al aire.

Para las telas de algodón se necesita doble cantidad de ingredientes para la misma agua; para los de hilo y el papel triple, y para seda cuádruple.

Cuando, por casualidad, la adulación deja de conseguir su objeto, no tiene la culpa ella, sino el adulador. —LÉVIS.

¿Sabes por qué aborrecemos tanto á los avaros? porque nada podemos sacar de ellos. —V.

Por corridos que estemos, por mucho que sea el

oprobio que haya merecido, casi siempre es posible rehabilitar nuestra reputación. —LA ROCHEFOUCAULD.

Si muriese la hipocresía, lo que llamamos *modestia* debía vestir por lo menos de medio luto. —PETIT-SENN.

La cólera empieza por la locura, y acaba por el arrepentimiento. —MÁXIMA DE LOS ORIENTALES.

El hombre se fastidia de lo bueno, busca lo mejor, encuentra lo malo, y se conforma por miedo de dar con lo peor. —LÉVIS.

La gloria de los hombres célebres debe medirse siempre por los medios de que se valieron para adquirirla. —LA ROCHEFOUCAULD.

En el templo del favor todo es grande, menos las puertas: éstas son tan bajas, que hay que entrar arrastrándose. —LÉVIS.

El hombre emplea su vida en discurrir sobre lo pasado, en quejarse del presente y en temblar por el porvenir. —RIVAROL.

Los más de los hombres emplean media vida en prepararse la infelicidad de la otra media. —LA BRUYÈRE.

Una injusticia hecha al individuo es una amenaza hecha á toda la sociedad. —MONTESQUIEU.

Los pueblos más sabios de la antigüedad (los persas, los lacedemonios, los atenienses) admitían en justicia las demandas de acción contra los ingratos. —LA BRUYÈRE.

La burla y el ridículo son, entre todas las injurias, las que menos se perdonan. —PLATÓN.



LAS FUERZAS MISTERIOSAS

No poco se habló de la llamada *Niña africana*; y sin pretender negar la parte que en los fenómenos á que nos referimos puedan tener las fuerzas misteriosas de la naturaleza, todavía no bien conocidos, señalaremos aquí dos experimentos de los que más llamaron la atención en América y Europa, realizados por la célebre *niña*, y

que por su sencillez y buen efecto pueden sin inconveniente verificarse en cualquier reunión sin necesidad de otros aparatos que un palo y una silla.

Al efecto se recomienda á dos caballeros de notoria robustez que abarquen con sus manos el palo en la disposición que marca la figura que acompaña á estas líneas; la niña ó quien quiera sustituirla, coloca su mano abierta y hacia adentro en la extremidad inferior del

bastón, y á pesar de cuanto hagan los *forzados*, no lograrán hacer resbalar por la mano de la niña el bastón que ambos tienen asido.

Esto consiste en que la niña empieza á hacer resbalar su mano á lo largo del bastón, apoyando ligera-



mente y aumentando poco á poco su presión hasta lograr que el palo quede en una posición oblicua. Entonces recomienda á los caballeros que empujen *verticalmente*, y como su palanca tiene el brazo muy corto, mientras que la de la niña es muy superior á aquél, basta un pequeño esfuerzo de ésta para contrarrestar el de sus contrincantes que resulta completamente inútil.



El experimento de la silla es aún más fácil de ejecutar: todo consiste en la disminución del peso que gravita encima del asiento, logrando por medio del alejamiento del centro de gravedad. La niña, ó quien haga sus veces, encarga á una persona robusta que se sienta en un sillón ligero y apoye con todas sus fuerzas para aumentar el peso; y así se logra disminuirlo, porque el movimiento natural de cualquier persona á la que se hace tal encargo, consiste en levantar el cuerpo con el pretexto de apoyar los brazos fuertemente en el sillón:

las demás personas que en las posiciones marcadas en el grabado están sentadas fuera del sillón, sirven para aumentar la dificultad sólo en apariencia, pues hacen alejar de la resistencia el centro de gravedad. Entonces basta un ligero esfuerzo para hacer mover toda la masa y el experimento es muy curioso.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

PA-TO

Al rompe cabezas:

DALIA GARDENIA ROSA

CHARADA EN PROSA

(DESCIFRADA RESULTA VERBO)

Prendado está de *primera dos prima*, mi buen amigo *todo*; sólo por ella suspira, y es *primera tertia* porque yo *dos tertia* que enojada ella lo *dos prima*.

ÁNGEL SUEIRO, de Sevilla.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	Consonante.
6 8	Nota musical.
2 9 8	Nombre de mujer.
6 7 6 2	Flor.
4 5 6 7 8	Nombre de mujer.
4 2 3 1 5 9	"
4 5 4 7 6 7 8	"
1 2 3 4 7 8 9 2	"
1 8 3 4 5 6 7 9 8	"
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	Nombre de varón.
4 2 3 4 5 6 5 3 0	Empleo.
4 0 1 5 3 4 7 0	Industria.
2 3 8 4 5 6 7	Nombre de mujer.
3 8 1 0 9 2	"
1 8 3 7 2	"
2 1 8 3	Verbo.
1 8 3	Parte de nuestro planeta.
1 7	Nota musical.
0	Vocal.

D. D.

ROMBO



COMBINACIÓN

D	I
O	.	O
L	.	.	N
O	.	.	.	I	.	.	.
R	S	.	.
E	I	.
S	O

Sustituir los puntos por letras de modo que resulte: 1.ª línea horizontal, vocal; 2.ª, letra; 3.ª, nombre de mujer; 4.ª, parte de la tierra; 5.ª, jefe muy temido en la antigüedad; 6.ª, ave acuática, y 7.ª, vocal.

E. L. DE G., de Barcelona.

JULIÁN ITRAME.



MALLORCA. — LA FORADADA.

Ayuntamiento de Madrid



EL ABANDERADO

I

El regimiento estaba formado en batalla en una pendiente de la vía férrea, y servía de blanco á todo el ejército prusiano, que, en columna cerrada y frente á frente al enemigo, se hallaba en un bosque vecino. Se fusilaba á veinticinco metros. Los oficiales no cesaban de gritar: «¡Echarse!...» pero nadie obedecía y los valientes soldados permanecían de pie, agrupados en derredor de la bandera. Allí, bajo aquel grandioso celaje de puesta de sol, entre los dorados trigos y las hierbas de los prados, aquellas masas de hombres, envueltos en confusa humareda, parecían un rebaño sorprendido en campo raso por el primer torbellino de una espantosa tormenta.

¡Qué modo de llover balas sobre aquel terraplén!

Sólo se oía la especie de chisporroteo de la fusilería, el sordo ruido de las gábatas que rodaban hacia el fondo del foso y las balas que de uno á otro extremo del campo de batalla vibraban cual cuerdas tendidas de un instrumento siniestro y atronador. De vez en cuando levantábase por encima de las cabezas la bandera que, agitada sin cesar por el viento de la metralla, se movía entre la humareda. Entonces resonaba una voz grave y enérgica dominando la fusilería, los lamentos de los moribundos y las imprecaciones de los heridos: «¡A la bandera, hijos míos, á la bandera!...» De pronto, cual misteriosa visión, un oficial se lanzaba hacia la enrojecida niebla, y la heroica bandera, animada de nuevo, se cernía aún en medio de la refriega.

Veintidós veces vino al suelo, y veintidós veces, con el asta todavía caliente de la mano de algún moribundo, fué tomada y levantada de nuevo, y cuando el sol se hallaba ya en el ocaso y los pocos que del regimiento quedaban—apenas un puñado de hombres—se batían lentamente en retirada, la bandera hecha jirones se hallaba en manos del sargento Hornus, el abanderado número veintitrés de aquella terrible jornada.

II

El sargento Hornus era un hombre rudo, un brutazo que apenas sabía firmar, y que se pasó veinte años para alcanzar los galones de sargento.

TOMO III.—37.

Todas las miserias del espíritu, toda la brutalidad de cuartel se adivinaban en aquella frente baja de hombre resuelto, en sus espaldas encorvadas bajo el peso del morral, en aquel andar inconsciente de soldado en las filas.

El pobre era, además, tartamudo; mas para ser abanderado no hace falta la elocuencia. Aquella misma tarde, la tarde de la batalla, el coronel le dijo: «Valiente Hornus, tú tienes la bandera, procura guardarla.» Y en su miserable capote de campaña, echado á perder por la lluvia y el fuego, cosió al punto la cantinera los dorados galones de oficial.

Fué la única vez en su vida que se sintió orgulloso. De pronto, aquella facha de viejo veterano se animó, aquel infeliz, acostumbrado á andar encorvado, con la mirada fija en el suelo, tuvo una figura arrogante, la mirada en el aire para ver flotar aquellos jirones y mantenerlos levantados por encima de la muerte, de la traición y de la derrota.

Imposible imaginarse un hombre más feliz que Hornus en los días de batalla, cuando, agarrando el asta de la bandera con ambas manos, la mantenía sujeta y levantada. Ni hablaba, ni se movía. Grave como un sacerdote, parecía tener algo sagrado en sus manos. Toda su vida, toda su energía se reconcentraban en aquellos dedos, con los que tomaba el hermoso andrajo dorado sobre el cual llovían proyectiles, y con la mirada provocadora y fija en los prusianos, que se hallaban frente á frente, parecía decirles: «¡Probad de venir á quitármela!...»

Nadie se atrevió, ni aun la misma muerte. Después de Borny y de Gravelotte, las más sangrientas batallas, aquella bandera se presentaba en todas partes, destrozada, horadada, llena de heridas, pero el viejo Hornus era quien la llevaba siempre.

III

Llegó el Septiembre; las tropas se hallaban sobre Metz; empezó el bloqueo, y durante aquel descanso interminable, entre el barro de los caminos, donde los cañones se enmohecían y los primeros soldados del mundo, desmoralizados por la inacción, faltos de víveres y de noticias junto á los bagajes, morían de fiebres y de fastidio, ni jefes, ni oficiales, ni nadie creía salvarse, sólo Hornus no había perdido la esperanza. Su andrajo tricolor ocupaba por completo su imaginación, y mientras lo tenía junto á él parecía que nada se había perdido. Desgraciadamente, como ya nadie se batía, el coronel guardaba la bandera en su casa en una de las barriadas de Metz, y el valiente Hornus se hallaba en una situación parecida á una madre que tiene su hijo confiado á la nodriza. No dejaba de pensar en su bandera; cuando el fastidio le abrumaba se plantaba en Metz, y con sólo verla en el mismo sitio, tranquila, apoyada en la pared, regresaba animoso, resignado, y llevando á su mojada tienda los sueños de nuevas batallas, de marchas de frente, allá sobre las trincheras de los prusianos.

Una orden del día del general Bazaine le arrebató tan halagüeñas ilusiones. Una mañana, al despertar, observó en todo el campo de batalla un rumor especial. Los soldados formaban animados grupos, agitándose, dando gritos de rabia y levantando los puños señalando á la ciudad, como si su cólera indicase al culpable. Se decía muy alto: «Vamos á prenderle... ¡Que se le fusile!...» Y los oficiales consentían que se pronunciaran tales palabras... y andaban distraídos con la cabeza baja, y como avergonzados delante de la tropa. Lo que ocurría era, en efecto, vergonzoso. Acababa de leerse á ciento cincuenta mil soldados bien armados, todavía dispuestos á luchar, la orden del mariscal que les entregaba al enemigo sin resistencia alguna.

—¿Y las banderas?... preguntó Hornus palideciendo.

—Las banderas serán entregadas como todo lo demás, con los fusiles y lo que nos queda de equipajes; en fin, todo...

—¡Mil bo...o...ombas!... tartamudeó el pobre hombre. No les entregaré la mía...

Y emprendió una carrera hacia la ciudad.

IV

Allí también reinaba vivísima animación. Guardias nacionales, paisanos, movilizados, gritaban y se agitaban. Comisiones de distintos cuerpos, impacientes y llenos de cólera, iban á ver al mariscal. Pero Hornus nada oía ni nada veía; subía por la calle del Faubourg hablando consigo mismo:

—¡Quitarme mi bandera!... Vaya, no es posible... ¿Hay alguien que tenga derecho para hacerlo? ¡Que den á los prusianos lo que les pertenece, sus carrozas doradas y su hermosa vajilla traída de Méjico! Pero esto, esto es mío... Es mi honor; prohíbo que nadie me lo arrebatase.

Pronunciaba todas estas palabras entrecortadas é incompletas, á causa de su andar aprisa y de su tartamudez; pero en el fondo de su mente tenía muy clara la idea el pobre viejo. Idea clara y fija en su mente; tomar la bandera, llevársela del regimiento y atravesar con ella el ejército prusiano acompañado de los que quisieran seguirle.

Cuando llegó á la casa del coronel no le dejaron entrar. El coronel también estaba furioso y no quería ver á nadie... pero Hornus no quiso entenderlo así.

Y maldecía, gritaba, atropellando cuanto se oponía á su paso.

—¡Mi bandera, quiero mi bandera!...

Por fin abrióse la ventana:

—¿Eres tú, Hornus?

—Sí, mi coronel, yo que...

—Todas las banderas se hallan en el Arsenal... no tienes más que presentarte allí y te darán un recibo...

—¿Un recibo?... ¿Y por qué un recibo?

—Es la orden del mariscal.

—Pero, coronel...

—¡Véte al diablo!...

Y la ventana se cerró.

El viejo Hornus quedóse tambaleando como un borracho.

—Un recibo... un recibo... repetía maquinalmente.

Por fin se puso á andar, no comprendiendo más que una cosa, ó sea que la bandera se hallaba en el Arsenal y que era preciso verla á toda costa.

V

Las grandes puertas del Arsenal estaban del todo abiertas para dar paso á los carros prusianos que, puestos en orden, esperaban en el patio. Al entrar Hornus, sintió un estremecimiento. Todos los demás abanderados, unos cincuenta ó sesenta oficiales, silenciosos y afligidos, estaban allí, detrás de los carruajes ennegrecidos por la lluvia. Veíanse grupos de hombres con la cabeza descubierta; aquello parecía un entierro.

Las banderas de la división de Bazaine se hallaban amontonadas y confundidas sobre el barro del suelo, en un rincón del patio.

¡Qué triste espectáculo! Los pedazos de seda de brillantes colores, las franjas doradas hechas jirones y las astas destrozadas; en una palabra, todos aquellos trofeos gloriosos tirados al suelo, manchados por la lluvia y el barro. Un oficial de la Administración las tomaba una á una, y cuando pronunciaban el nombre del regimiento se adelantaba el respectivo abanderado y le entregaban un recibo. Dos oficiales prusianos, impasibles y graves, vigilaban el cargamento.

—¡Y os marcháis así, oh santos y gloriosos restos, desplegando vuestros jirones y cual alas rotas de moribundas aves barriendo el suelo tristemente! ¡Os vais con la vergüenza que acompaña siempre á las cosas hermosas manchadas, llevándoos cada una de vosotras un pedazo de Francia! El sol de las largas marchas se escondía entre vuestros pliegues. En las señales de las balas guardáis el recuerdo de muertos desconocidos que cayeron al azar bajo el estandarte desplegado.

—Hornus, te toca á tí... te llaman... vé á buscar tu recibo...

Y veía ya el papelito que se agitaba aguardándole.

La bandera se hallaba delante de él. Era la suya, no cabía duda, pues era la más hermosa, la más estropeada... Al verla parecía que se hallaba todavía en aquel terraplén del ferrocarril. Oía silbar las balas, el ruido de las gábatas y la voz del coronel: «¡A la bandera, hijos míos!» Luego sus veintidós camaradas nadando en sangre y él precipitándose á su vez para levantar la pobre bandera que, á falta de un brazo que la sostuviera, bambolecaba sin cesar. ¡Ah! aquel día juró guardarla y defenderla hasta la muerte. Y ahora...

Al pensar esto, toda la sangre de su corazón se le agolpó en la cabeza, y ebrio, loco, se arrojó sobre el oficial prusiano y le arrancó su querida enseña tomándola fuertemente con sus manos; luego intentó levantarla en alto gritando: «¡A la ban...!» pero su voz quedó sofocada en el fondo de la garganta. Sintió que el asta temblaba resbalando de entre sus manos. En aquel ambiente de fatiga y de muerte que pesa siempre sobre las ciudades vencidas ya no podía ondear, pues nada arrogante y noble podía vivir allí... Y el viejo Hornus cayó al suelo como herido por un rayo.

ALFONSO DAUDET.





ALFONSO DAUDET



SECCIÓN CIENTÍFICA

EL METAL DEL PORVENIR

AÚN no hace diez años, el ilustre catedrático de química de nuestra Universidad, doctor D. José Ramón de Luanco, decía: (1)

«El aluminio, cuyas cualidades son tan excelentes que si pudiera extraerse á poca costa reemplazaría con ventaja á muchos metales, apenas ha servido hasta el día más que para objetos de adorno, caprichos de arte y otras baratijas, no obstante las halagüeñas esperanzas que en un tiempo se abrigaron acerca de sus aplicaciones.»

Las esperanzas á que se refería nuestro ilustre amigo en el párrafo anterior se han realizado ya con usura.

En efecto, el coste del kilogramo de aluminio, que en 1853 era de 1,000 pesetas, en 1856 había descendido ya á 300 y á 112 en 1858; en 1888 no era ya más que de 50 y en la actualidad es de 5 á 6 pesetas. Y como si esto no fuese bastante, el doctor Mayer, químico de Berlín, acaba de descubrir un nuevo procedimiento para su fabricación que permitirá obtener este metal al precio de 55 céntimos el kilo, ó sea casi de balde.

Su peso, que es sólo una tercera parte del del hierro, hace que este metal sea sumamente manejable, y su brillo argentino algo azulado, y lo poco expuesto que es á oxidarse le hacen muy á propósito para la fabricación de objetos artísticos.

Una de las primeras aplicaciones que tuvo el aluminio fué en la fabricación de las águilas que coronaban las banderas del ejército francés. Antes aquellas águilas eran de bronce galvanoplástico y pesaban 2 kilos; las de aluminio sólo pesaban 600 gramos, con lo que se disminuyó en 1,400 gramos el peso de aquella.

El aluminio es mucho más sonoro que el bronce, y esta propiedad ha hecho que se le empleara en la construcción de diapasones, que vibran de un modo admirable.

En 1856 estuvieron muy en boga en París las joyas de aluminio, que se vendían al mismo precio que las de oro. Hoy un dedal de aluminio ya no cuesta más que 25 céntimos en Barcelona, y es de esperar que aún ha de venderse más barato antes de poco tiempo.

Hoy se fabrican ya bandejas, cubiertos y portaplumas, plegaderas, ceniceros y otros varios utensilios y objetos de aluminio, muchos de los cuales han empe-

zado ya á figurar en los escaparates de nuestras más elegantes bisuterías y comercios de objetos de escritorio.

En la actualidad, uno de los más distinguidos ingenieros de los criaderos carboníferos del Norte de Francia, se ocupa en aplicar el aluminio á la construcción de cajas de extracción, cables y lámparas de seguridad, problema de gran importancia á causa del poco peso del nuevo metal.

El bronce de aluminio, compuesto de 90 partes de cobre y 10 de aluminio, tiene el color del oro, es muy duro y tenaz, y se emplea para los cojinetes de las locomotoras y objetos artísticos, y hasta se trataba de emplearlo en la fabricación de cañones de artillería.

El aluminio, que á causa de su baratura y poco peso ha de ser sin duda alguna el metal del porvenir, se extrae de la arcilla, que tanto abunda en la naturaleza y que no es otra cosa que la alúmina, ó sea el óxido de aluminio. La arcilla contiene un 33 por 100 de aluminio, de modo que bien puede asegurarse que este metal es el que más abunda en la tierra.

El aluminio fué descubierto en 1827 por el químico alemán Wöhler, pero hasta 1854 no se obtuvo en completo estado de pureza. Debióse esto último á los continuados estudios y experimentos del distinguido químico francés, Enrique Sainte-Claire Deville, auxiliado en su empresa por Napoleón III, que le facilitó la suma de 30,000 francos. Las barras de aluminio que figuraron en la Exposición Universal de 1855 demostraron de un modo palpable que era posible la producción industrial de este metal.

De entonces acá se han ido perfeccionando cada vez más los procedimientos para la obtención del aluminio, procedimientos de que no nos ocupamos porque no interesarían á la mayoría de nuestros lectores; el metal se ha ido abaratando de un modo increíble, dejando muy atrás la profecía del ilustre químico Dumas, que en 1855 manifestaba la esperanza de que podría obtenerse á 30 francos el kilo; y es de esperar que dentro de poco en todos los enseres domésticos venga el aluminio á sustituir al hierro y al cobre, hasta hoy empleados en su confección.

Que no en balde se ha dado en llamar al aluminio el metal del porvenir.

C. G.

(1) En su *Compendio de las lecciones de Química general*.—Barcelona, 1884.



El camino del mar

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

ANTES de retirarme al aposento que se me había destinado, uno de los hombres de la casa, provisto de una linterna, me invitó á que le siguiera. Acepté la invitación, y seguí á mi guía, que me precedía á corta distancia, sin desplegar los labios, á lo largo de un sendero tortuoso, flanqueado por robustos y retorcidos troncos. La noche era oscura, pues no había luna, resultando más vivo y centelleante el fulgor de los astros que tachonaban el firmamento.

Al cabo de un rato de marchar por tan extraño camino, trepamos á una roca y alcanzamos una reducida planicie, convertida en mirador, que rodean robustos pretils.

—Mire usted, señor, me dijo mi guía.

Asoméme, y á mis ojos admirados ofrecióse un espantoso caos de árboles y peñascos, cuyas formas á duras penas lograba distinguir, y que formaban la escarpada y bravía costa, que descendía acantilada hasta profundidades inmensas, que hacía mayores la oscuridad, en el seno de las cuales, en aquel momento, dormitaba tranquilo el ancho mar.

A la izquierda se desarrollaba, hasta perderse de vista, el accidentado perfil de la costa, distinguiéndose de cuando en cuando, en el último término del horizonte, la luz procedente del faro giratorio de la Dragonera.

Imposible encarecer toda la grandiosidad que se encierra en semejante espectáculo. Embebecido en su contemplación permanecí largo rato, al cabo del cual, dando las gracias á mi guía, entré de nuevo con él en la hospedería.

Silenciosa ésta y solitaria, duérmese en ella á pierna suelta, máxime cuando se ha pasado el día recorriendo aquellos vericuetos, trepando á las cumbres y descendiendo á las simas.

Mucho tiempo hacía que el sol había salido cuando bajé á la cocina. Antes, sin embargo, había echado un vistazo al mar y á los bosques, y llenado mis pulmones, respirando el ambiente saturado de los agrestes perfumes de la sierra y de las salobres brisas marinas.

En mi paseo matutino dirigíme casi inconscientemente hacia el sitio de la escarpada costa en que se levanta la torre de Valldemosa. Es ésta una torre de vigía en la cual no hace aún muchos años hallábanse instalados algunos vigilantes.

Todos ó los más de los promontorios de Mallorca se hallan coronados por construcciones de la propia naturaleza, construcciones que hicieron necesarias las excursiones de los piratas argelinos por el Mediterráneo, y los rebatos que daban á las playas con frecuencia verdaderamente extraordinaria, y que se realizaron durante algunos siglos, especialmente después de la rota de Carlos V en África.

Los corsarios en general, y especialmente los argelinos, que eran de todos los más crueles y temerarios, tenían aterrorizada á la Europa entera. En nuestros días la nación francesa, por una serie de concausas que no hay para qué especificar, logró destruir la guarida de esos bandidos que, sin respeto ni temor, así atacaban los buques en el mar como devastaban las poblaciones de las costas, reduciendo á sus moradores á la triste condición de esclavos.

Al terror que los corsarios inspiraban se debe la construcción de las torres de que estamos hablando y desde ellas, con humazos durante el día, y por medio de hogueras en las horas de la noche, sistema de señales debido á un astrónomo mallorquín, comunicábanse las noticias los *guaytas* ó vigías sostenidos por el erario público, instalados en las torres de Mallorca, Ibiza, Cabrera y Dragonera, con lo cual los habitantes del país estaban al tanto de los buques que rondaban las costas, de su procedencia y de su dirección.

Llegado al pie de la torre, sentéme sobre una roca que salpicaban motitas de micasquisto que brillaban como el oro, y cubrían en parte las hojas de los arbustos humedecidas aún por el rocío de la mañana. Ante mis ojos se extendía el mar, levemente agitado, cuya superficie aparecía sembrada de puntos brillantes.

El silencio que reinaba en derredor hallábase de cuando en cuando interrumpido, ora por el vuelo de los saltamontes á través de las hierbas secas, ora por el susurro desapacible de algún insecto que cruzaba el espacio en vuelo desatentado, por el grito estridente de alguna gaviota, ó por el rumor producido por tal ó cual lagarto que volvía asustado á su madriguera.

En medio del recogimiento á que invitan esta calma y tan profundo silencio, mi pensamiento retraía á la memoria aquellos siglos en los cuales estas playas tan tranquilas eran continuado teatro de escenas de muerte y destrucción; sus pacíficos habitantes eran presa del temor y de continua zozobra, y este mar que, en cierto modo, les protege actualmente, constituía un peligro y una amenaza continua á su tranquilidad.

Fijándome en la atalaya de Valldemosa, parecíame contemplar al vigía en ella instalado, levantando la hoguera cuyas llamas se distinguen desde la punta del *Caball Bernat*, y que, correspondiéndose con las establecidas en todas las cimas y en todos los cabos hasta la Dragonera, la cala Figuera y la de la Señal, llevaban la alarma á Palma, en tanto que por el lado opuesto, las llamas procedentes de la hoguera levantada en Soller, ponían en guardia á los habitantes desde la Mola de Tuent y Pollensa hasta la bahía solitaria de Alcudía y el cabo de Pera.

Ante la inminencia del peligro, indicado por tan siniestras señales, la ciudad se conmueve. Parecíame escuchar el fragor de las armas de los que se apercebían al combate y el plañidero son de la campana tocando á rebato y difundiendo la alarma por todas partes en medio del silencio de la noche.

¡Moros, moros en la costa! se gritaba por todas partes, y todo el mundo se disponía á vender caras sus vidas en defensa de sus bienes y de su libertad...

La naturaleza que me rodeaba volvi me   la realidad de la existencia. El sol brillaba con todo su esplendor, filtrándose sus rayos al través de las ramas; las avecillas llenaban el ambiente con sus dulces gorjeos, y   lo lejos se oía el placentero rumor de las olas al chocar contra las peñas de la costa.

Horas y más horas habría permanecido en la contemplación de espectáculo tan arrobador; pero no podía detenerme: había llegado el archiduque, y ardía en deseos de conocer á ese príncipe artista,   ese ilustre solitario de cuya modestia y sencillez se me habían hecho no pocas alabanzas, y cuyos ocios divierte escribiendo   ilustrando libros que andando el tiempo serán verdaderas maravillas, tales como los volúmenes consagrados   la descripción de las Baleares, verdadero monumento elevado   la grandeza de este país; los viajes   Axos, Antipaxos y Hobartowu, y este libro bello y apacible traducido al francés y publicado en casa Ollendorf con el título de *Feuilles volantes d'Aba ia*.

Encamin me, pues,   Miramar, siguiendo el camino que pisara el día precedente.



La pequeña ensenada de La Estaca

Al llegar á corta distancia de la habitación, present seme uno de los criados para decirme que el príncipe me aguardaba en la Estaca, casa de recreo situada junto   la orilla del mar, una media hora escasa de distancia,   lo largo de un camino de pendiente tan rápida y pronunciada que es imposible recorrerlo en carruaje.

—Tengo orden de acompañaros, añadió el enviado.

Y guiado por él emprendí el maravilloso camino, que se desarrolla unas veces en medio de selváticas malezas, otras sobre enhiestas peñas, y siempre como suspendido en la inmensidad.

Llegamos   La Estaca. El sol te  a con sus rayos de oro esta linda casa blanca, en tanto que las olas murmuraban cadenciosas en el fondo de una pequeña ensenada, en la cual se distinguen algunas humildes cabañas de pescadores que bañan sus cimientos en las inquietas aguas.

El archiduque me dispensó una afectuosa acogida: más que un príncipe que trataba de obsequiarme, parecía un artista, un amigo, que tenía empeño en darme testimonio elocuente de su aprecio y extremada sencillez.

Al cabo de breves instantes nos sentamos   la mesa en compañía del administrador general de sus posesiones, el director del Instituto de Palma, don Francisco Manuel de los Herreros, y de un caballero de Ciudadela que había ido á pasar unos días en Miramar.

Antes de emprender mi viaje había leído en París el interesantísimo relato hecho por M. Donnadieu, de la excursión verificada á Mallorca por los felibres, llamándose poderosamente la atención en ella ciertos detalles referentes á las primeras relaciones del archiduque con el expresado director.

Éstas comenzaron en medio del mar, hará como veinte años. El archiduque, herido en lo más íntimo de su corazón por la muerte de una princesa adorada, con la cual iba á unirse en matrimonio, y que pereció en medio de acerbos dolores, por haberse incendiado sus vestidos, ya que no un olvido, buscaba un calmante á su amarga pena. Al efecto estaba viajando por España, y huyendo de las disensiones que por aquella época reinaban en ella, embarcóse para Mallorca. En el buque se encontraba el señor de los Herreros, persona dotada de profundos y vastos conocimientos y de elevado espíritu, que se le hizo por demás simpático, tanto que, comenzando por tratarle como amigo, convirtiéndolo más tarde en administrador general de sus inmensos bienes.

Y téngase en cuenta que el archiduque jamás intentó ser lo que se llama un propietario rural. Seducido por el espectáculo que le ofrecía la situación de Miramar, por la calma que se disfrutaba en medio de aquellas seculares arboledas, á las cuales llegaba á duras penas la mano del hombre, y por la grandiosidad de los horizontes que limita el mar en lontananza, su ambición se reducía á ser dueño de Miramar y de los terrenos que le rodean.

Consiguiólo, y desde luego dió orden á sus servidores y empleados que respetaran los añosos olivos, los pinos seculares y las gigantescas encinas, que viejas, retorcidas, resquebrajadas, llenaban de grandeza y salvaje magnificencia aquella incomparable posesión.

Llegó un día, sin embargo, en que las aves que alegraban aquellos alrededores con sus trinos y gorjeos, enmudecieron de repente, y á sus voces regocijadas y apacibles sucedieron los golpes acompasados é ingratos del hacha, que repetían los ecos de los bosques.

¿Qué significaba aquello? El dueño de una propiedad lindante con Miramar derribaba un árbol centenario. Estaba en su derecho, pero el archiduque lo estaba también en intentar la adquisición de aquel predio, á fin de evitar semejante vandalismo, y lo consiguió, bien que pagándolo á elevado precio.

Pasaron algunos días, y se reprodujo el hecho en el lado opuesto de Miramar, y el archiduque apeló al mismo sistema. Éste era muy del agrado de los dueños de aquellos predios, y llegó un tiempo en que el señor de Miramar no podía asomarse á las ventanas de su casa sin que llegaran á sus oídos los hachazos con que se derribaban los árboles gigantes que los siglos respetaran.

Y de un predio á otro predio, y empeñado siempre en respetar esos mudos testigos de los tiempos pasados, dejando que mueran lentamente de vejez en el suelo en que han envejecido, fué adquiriendo terrenos inmensos, invirtiendo en ellos millones y millones.

El almuerzo fué agradable, siquiera ceremonioso, como no podía menos, y la conversación se sostuvo en castellano, en mallorquín y en francés, idioma en el cual se expresa perfectamente el archiduque, lo mismo que el director señor Herreros.

De él conservaré siempre un grato recuerdo, así como del mar, que se extendía tranquilo ante nuestras miradas hasta perderse en lontananza, en tanto que las palomas semi-silvestres, cual flores voladoras, cruzaban en raudo vuelo la inmensidad azul.

Terminado el almuerzo montamos en las cabalgaduras que se hallaban dispuestas, y siguiendo un sendero abierto en la accidentada costa nos dirigimos á Son Masroig, propiedad del archiduque, en la cual habita su secretario particular. Dudo que exista en el mundo un camino más bello que el que seguimos, durante los cinco kilómetros que median entre una y otra casa. Al principio se abre paso entre robustos pinos, frondosas encinas, lentiscos y otros arbustos que llenaban el ambiente de gratos perfumes. Después continúa á lo largo de la costa erizada de peñascos, contra los cuales se estrellan espumosas las olas, en tanto que forma al

lado opuesto una como muralla inaccesible, la escarpada montaña que se eleva hasta perderse de vista, ofreciendo el espectáculo de rocas inmensas, cavidades enormes y profundos barrancos, que dejan ver monstruosas, gigantescas y retorcidas raíces, sostén de los árboles que se mecen acariciados por la brisa del mar.

Para que pueda formarse idea de los accidentes de ese camino, bastará decir que ha sido indispensable empedrarlo, en determinados trechos, para evitar que las olas lo arrastrasen y deshicieran en días de tempestad.

De repente vese avanzar dentro del mar un peñasco rojo, monstruoso, inmenso, que se distingue por una abertura ó agujero enorme, bajo cuya bóveda anidan las águilas. Este peñasco es conocido en el país con el nombre de la *Foradada*.

A partir de este punto, el camino se alza á lo largo del acantilado, por medio de una especie de escalinata de piedras de tan agria pendiente, que á duras penas pueden trepar por ella las caballerías. Súbese por ella durante largo rato, describiendo curvas y revueltas, y al cabo de poco tiempo de subir, se ha alcanzado tal elevación, que las rocas existentes en la playa semejan pequeños cantos rodados. Y continúa la ascensión, y no parece sino que la enorme *Foradada* sobresale muy poco de la superficie del mar, como en un mapa un promontorio insignificante cuyos contornos se revelan por una suave tinta azul.

Alcanzamos una meseta, en la cual disfrutamos la sombra de frondosos olivos, y al cabo de pocos minutos nos apeamos junto á la puerta de Son Masroig.

Inmediatamente salieron á nuestro encuentro unos preciosos niños de ojos azules y rubia cabellera, á los cuales acarició afectuosamente el archiduque. Eran los hijos de su secretario particular.

Y después de haber descansado breves instantes, hablando con éste y su amable esposa, despedíme del archiduque, que llevando hasta el extremo su proverbial amabilidad, insistió repetidas veces para que permaneciera en su morada.

—Quédese usted, me decía: cuanto tengo está á su disposición: elija la que quiera de mis habitaciones, y cuanto más tiempo permanezca en ella, mayor prueba me dará de su afecto y de la satisfacción con que habrá aceptado mi cordial oferta.

No me era posible: separéme, pues, de él, verdaderamente emocionado, y tomé mi *galera* que debía conducirme á Deá y á Soller, al tiempo que volvían cantando de sus cotidianas tareas muy lindas labradoras, que por medio de sombreros de paja de anchas alas protegían sus cabezas de los rayos del sol.

El camino continúa abierto sobre una elevada cornisa que desde prodigiosa altura domina el mar; hasta que á un momento dado tuerce á la derecha y penetra en las tierras que cruza el proceloso Deá.

El paisaje cambia repentinamente, y todo indica que los habitantes de esta región han de ser sumamente laboriosos, puesto que han debido conquistar á fuerza de trabajo y convertir en tierras de labor las rocas que forman la base de los campos que cultivan.

Las casas de Deá se hallan diseminadas por el fondo del valle y las pendientes de las montañas, rodeadas de frondosa vegetación y de rientes jardines.

Fertilizan los campos las aguas que proceden de las regiones superiores, y se precipitan abundantes por las laderas, difundiendo por todas partes la frescura y la abundancia. La iglesia, aislada sobre una suave colina, ocupa el fondo del valle.



Una labradora de Miramar

No se distingue el mar, y sin las naranjas que se destacan sobre el fondo verde oscuro de las hojas; sin las palmeras, cuyas ramas se mecen balanceadas por la brisa, y sin las prolongadas hileras de los olivos, que parecen de lejos cenicientos surcos, imaginárame hallarme en una linda aldea perdida en el fondo de nuestros Pirineos.

Deá producía en mi espíritu algo como una visión de frescura y calma, cuando de pronto vino á sacarme de mis imaginaciones el magnífico é inesperado espectáculo del valle de Soller, rodeado de una cadena de elevadas montañas, cuyas estribaciones inferiores, lo mismo que la planicie del fondo, están cubiertos por una vegetación lozana y abundante, en la cual se ven todos los matices del verde, en tanto que llenan el ambiente los suaves perfumes que de esos verdaderos é inmensos jardines incesantemente se desprenden.

Imposible formarse una idea sin verlo del aspecto que ofrecen aquellas tierras, que, semejantes á las gradas de un anfiteatro inmenso, se elevan desde el fondo del valle, y en las cuales, al lado del olivo, crecen como en frondoso verjel el níspero, el limonero, el manzano, la palmera, el almendro, el plátano, el cerezo, la higuera, el melocotonero, el albaricoquero y otros frutales, en medio del verdadero océano de naranjos que cubre por completo el fondo del valle.

Si algo puede dar idea del decantado Jardín de las Hespérides, es sin duda el valle de Soller.

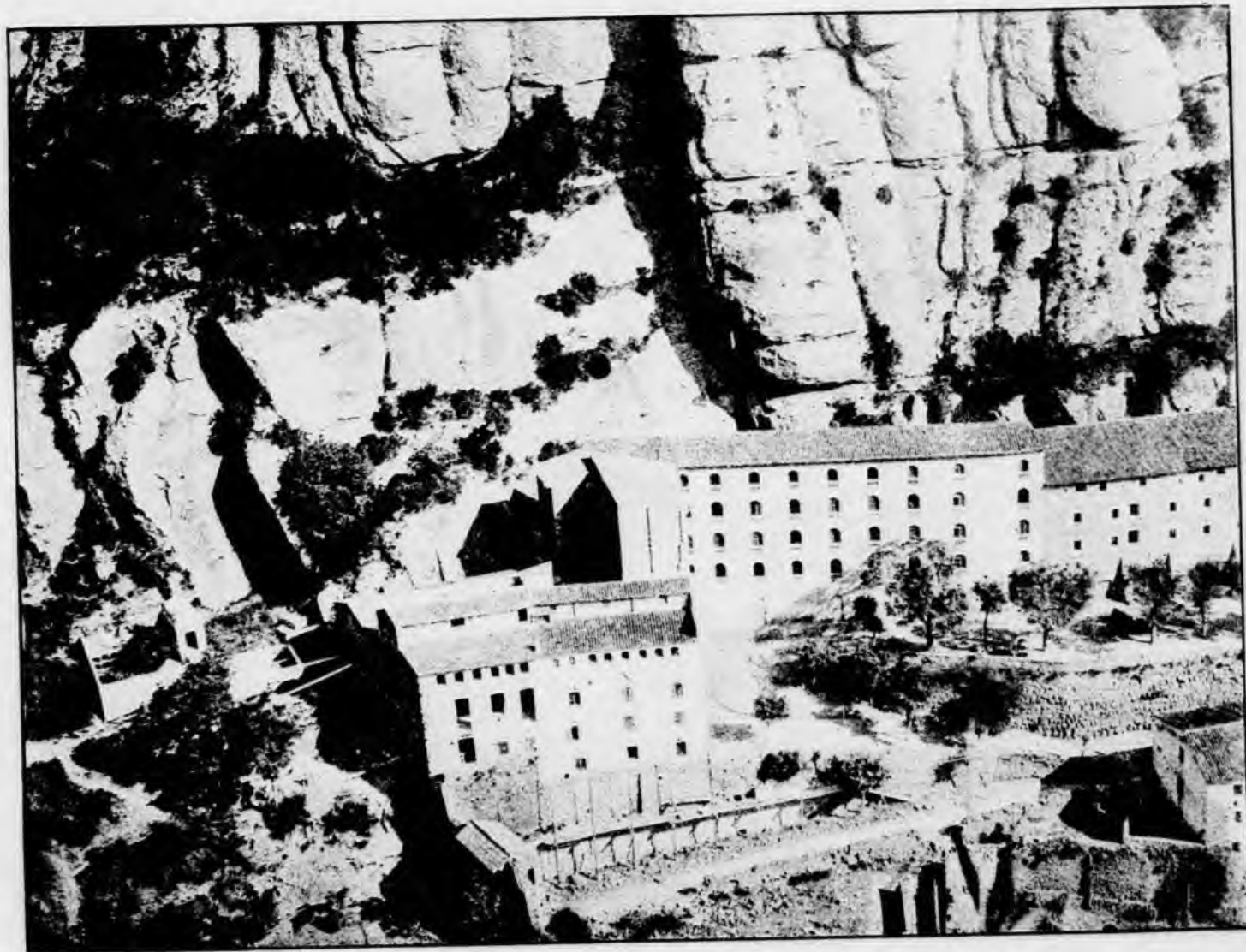
Refiere Laurens, que ha visto pies de naranjos que han rendido hasta dos mil quinientas naranjas, y que él hizo cortar de una parra un racimo que pesó veintidós libras.

Como las casas de Soller son blancas, al destacarse sobre el fondo verde, parecen bandadas de palomas paseando sobre un tapiz inmenso salpicado de flores.

Generalmente se cree que la isla de Mallorca está completamente cubierta de naranjos, y á un marino que durante largos años hizo la travesía entre Marsella y Argel, le oí decir que no una, sino muchas veces, y como la dirección del aire fuera favorable, había percibido desde la cubierta de su buque á muchas millas de distancia el delicioso perfume del azahar. Tal vez sea cierto; pero lo dudo, porque las Baleares en general, y especialmente Mallorca, no son tan abundantes como se presume en naranjos. Soller constituye una verdadera excepción. De su comarca puede decirse que sale todo el fruto que se exporta, y que, desgraciadamente para sus moradores, se ha reducido á la mitad á consecuencia de una plaga que de algunos años á esta parte se ha cebado en aquellos árboles.

C. V. DE V.

(Continuaré).



VISTA DE MONTSERRAT

Ayuntamiento de Madrid



MI ALBUM

EL TRABAJO PERDIDO

COMO el volante brioso
después de abierta la mano
que le prestó movimiento,
se queda luego girando,

Como después de lanzarse
a la carrera el caballo,
siguen, sin poder tenerse,
sobre la tierra los cascos,

Como en las vueltas del baile
los cuerpos entrelazados
siguen después de la música
el veloz ritmo marcando,

Así, cuando del cerebro
termina el rico trabajo,
el *volante* que lo mueve
sigue en las vueltas lanzado.

Las imágenes más vivas,
los pensamientos más altos,
pasan entonces cual perlas
en un collar desgranado.

Son las perlas que se pierden,
son los restos del trabajo,
sin hilo que los enlace,
sin hebra en que estar atados.

Como, cansada, la pluma
no puede al papel fijarlos,
ideas y vibraciones
brotan y pasan de largo.

A veces llena el cerebro
un fugitivo relámpago
tan palpitante y tan vivo
que dan ganas de alcanzarlo;

Pero es tarde para hacerle
vivir en el mundo plástico,
porque la imagen rendida
no puede arrojarle el lazo;

Y aquel fulgor del genio
se hunde del alma en el caos,

como en el mar una piedra,
como un soplo en el espacio.

¿En algún punto invisible
del Universo en que vamos
repercutirá esa fuerza
desprendida del trabajo,

Y tomará forma y vida
bajo un aspecto ignorado
prestando el bien que no pudo
dar al huir de las manos?

Onda que empuja a otra onda
la hace rodar a algún lado,
semilla que lleva el viento
resurge y florece al cabo.

Virtud que el amor practica,
por sigiloso y callado,
vibra en alguna conciencia
y deja en ella algún rastro.

Y si en la creación no hay nota
sin ser parte de algún canto,
y está el grandioso Universo
por equilibrios formado,

Esa fuerza que se escapa
de los dedos fatigados,
acaso no se evapore
y fecunde otros espacios.

Fecundaciones de vida
son del poeta los cánticos,
el golpe de los cinceles,
y el surco de los arados.

La actividad es el ritmo
de la fuerza palpitando,
¡la fuerza, sangre del mundo
que robustece sus vasos!

Trabajadores de todo
lo que forja el ser humano:
¡¡trabajad, que del cerebro
no se pierde un solo rayo!!

EL ABEJORRO

Oyendo de la fuente sonar el chorro
que parece una trenza de luz y plata,
así, trazando círculos, un abejorro
tocó en su *lira negra*, con una pata:

—En una de mis cuerdas opio dormita,
y en otra la morfina con sus visiones,
y en la pesada siesta que al sueño incita
derramo el luto triste de mis canciones.

Yo llevo los misterios del hipnotismo
en mis ecos confusos y cerdeantes,
que entran por los oídos al organismo
y abaten los activos nervios vibrantes.

Todo son persistente provoca al sueño,
el vaivén de la cima, la onda que canta,
los émbolos que ritman con loco empeño,
el canto de la fuerza que los quebranta;

Todo lo que es monótono y es inconsciente,
la gárrula oratoria, los golpetazos
de los martillos músicos sobre el candente
hierro que poderosos labran los mazos,

Por la audición atenta van esparciendo
en el alma que oscila las sugerencias,
y ese poder hipnótico yo guardo y prendo
en la fúnebre urdimbre de mis bordones.

Cuando todo lo rindo, la siesta es mía;
vuelo entonces por lomas y por barrancos,
y voy hasta las fuentes que hay en la umbría
a admirar a los cisnes porque son blancos.

A lo lejos la lista del mar se pierde,
del mar, cantor eterno que el ritmo ensaya,

y con trágicos tumbos la arena muere
como amarrado cíclope sobre la playa.

Entrando en los cortijos paso corriendo
por librarme del odio de los zagales,
y allá mis negras alas abro y extendiendo
en las rompientes de oro de los trigales.

La cuadrilla abrasada de segadores
me tira, cuando cruzo, con sus guadañas,
y de las hoces miro los resplandores
destellar, como rayos, tras de las cañas.

En las crestas riscosas paro mi vuelo
y ante mí se eslabonan tierras y mares,
y oigo su canto heroico lanzar al cielo
al arpa de mil cuerdas de los pinares.

Aprendo de las plantas vidas y nombres
en el templo de templos, naturaleza,
y siento, aunque abejorro, más que los hombres:
la religión sublime de la belleza.

Me gusta ver lo grande, de sol bañado,
bajo el inmenso palio de azul celeste,
y en el rosál bravío ver extasiado
desliar su corola la rosa agreste.

De los montes desciendo por los arranques
y sigo la carrera de los mastines,
me copio en el espejo de los estanques,
y enluto las corolas de los jardines.

Y cuando hallo en las frondas una pareja
el idilio de Longo *representando*,
les pico en la inflamada sensible oreja
y me alejo mi *lira negra* sonando.

SALVADOR RUEDA.



UN NOMBRE FAVORITO

POR

EUFEMIA VON ADLERSFELD

(CONTINUACIÓN)

Lo que hablaron no merece la pena de ser relatado, á pesar de lo cual se renovó en Wendenburg con más intensidad todavía aquella impresión de dulce encanto, pues la bella condesa Fee no desmerecía en lo más mínimo con el trato, y por el contrario, al oirla ganaba muchísimo por el modo de expresarse que le era peculiar, sencillo, distinguido y amable sin afectación alguna.

Esto constituía en ella el mayor atractivo. La verdad es que Wendenburg había conocido mujeres y jóvenes hermosas, pero el hechizo desaparecía así que abrían la boca.

¡Y los ojos! Habíase reído siempre al oír ponderar de viva voz ó en los libros los ojos «azul de violeta;» declarando que esta descripción era una necedad, ya que las violetas son, dígame lo que se quiera, de color violeta y no azules. La condesa Fee tenía, empero, realmente ojos azul violeta, de un color oscuro, que en la sombra parecían negros, ojos que hubieran podido llamarse misteriosos si no hubiesen tenido una expresión tan inocente y franca como los ojos de un niño. El corazón de Wendenburg se inflamaba ante esta mirada, y con indecible gozo sentíase cada vez poseído de mayor encanto.

—Aquí viene papá, dijo la condesa Fee interrumpiendo el *tête à tête* tan agradable con su huésped.

Y efectivamente, en aquel momento compareció en la terraza el conde Hellberg, de aspecto bondadoso y joven, con una barba rubia que apenas tenía algunas canas, ojos azules, de modo que podía pasar perfectamente por un hermano mayor de su hija.

Con la cordialidad de un antiguo amigo se adelantó hacia su huésped y le saludó con el aire natural propio de las personas de posición independiente y privilegiada.

Mientras tanto la condesa Fee tomó su jardinera y entró en la casa.

—Su visita me causa verdadera alegría, dijo el conde Hellberg mientras él y su huésped se sentaban dispuestos á entablar conversación. Crea usted que hay muy poca gente tan bondadosa que acepte lo que se les propone tan sencillamente con buena intención, como lo hice



MALLORCA. — ENTRADA DE MIRAMAR.
Ayuntamiento de Madrid



on usted en mi carta. Verdaderamente me ha sorprendido usted, y lo digo sin exageración. Entré al procurador de mi difunto cuñado en la estación de Berlín, después que me había to su renuncia de usted á la herencia; debo decirle que me miró moviendo la cabeza do le expresé mi alegría por aquella noticia, enteramente como si me tuviese por algo pero, como se lo tengo dicho, esto le honra á usted mucho.

Wendenburg se puso muy colorado.

—Señor conde, díjole algo ofendido, estoy convencido de que pertenece usted también escuela de los que tienen por deshonoroso que un caballero se venda.

Por toda contestación el conde se levantó y abrazó á su huésped.

—Es usted un joven de todas prendas, díjole afectuosamente. Conque no hablemos más este asunto. Ciertamente que de mi cuñado no podía esperarse un testamento del todo nable; empero confieso que el suyo me ha sorprendido en extremo. No nos llevábamos, ¿cómo, pues, había yo de heredar? Con Theone vivieron siempre como perro y gato, estaba á mi hija Catalina y á mi hijo; sólo mi hija Felicitas sabía llevarle, y él la quería á manera. Pues precisamente ella es la que se ha quedado sin nada. ¡Bah! dejémoslo correr. Propósito, aquí encontrará usted á mi sobrina Theone.

—Como estoy persuadido de que la condesa es de mi mismo parecer, no puedo dejar de r una verdadera satisfacción en serle presentado, contestó Wendenburg.

—¡Cál! querido amigo, está usted en un error. Theone se halla furiosa contra usted, dijo onde bromeando. En primer lugar, porque dice que debía aguardar usted hasta ver si ella estaba, y luego porque considera su renuncia como una ofensa personal.

—¡Diablos! ¡Vaya un bonito encuentro! exclamó Wendenburg azorado.

—No haga usted caso, le dijo el conde por vía de consuelo.

Sin embargo, la idea de que se le tendía una trampa se pintó tan claramente en el rostro Wendenburg, que no se le escapó al conde.

—Piensa usted, díjole traduciendo la expresión muda, pero muy elocuente de su rostro, no debía haberle invitado. Es que había usted ya aceptado mi invitación cuando se lo ticipé á Theone, que vive á cuatro millas de aquí en su granja modelo. No puede usted ginar la gran pelea que tuvimos, pues la poca diferencia de edad hace que nos considere- s más como amigos que como tío y sobrina. Le disgustó la noticia, primero porque era ed, y esto es lo principal, y luego porque le parecía poco correcto invitar á jóvenes en una a donde hay señoritas y ninguna señora que las acompañe. A esto contesté con tanta lige- a como convicción, que usted no aceptaría, que podía venirse á Heldorf para hacer de ora de compañía, y hele ahí que me contesta que sí. ¿Qué iba á hacer? Balbuceé algo sobre ortunidad y embarazo, pero no se dió por entendida. Lo que se propone con la venida de ed aquí, lo ignoro, aunque ya lo veremos. De todas maneras yo soy inocente, y á lo sumo de usted acusarme de haberle puesto en esta situación por ligereza, pero no con premeditación.

Wendenburg no tuvo más remedio que echarse á reir, pues el remordimiento del conde evidente, y la situación prometía ser bastante picante. Poníale, empero, de mal humor la a, que hasta ahora no se le había ocurrido, de que al fin y al cabo él, el caballeroso Wen- burg, había dado unas calabazas á una señora que difícilmente podría olvidarlo. No había caído en la cuenta de esto, ni en los primeros momentos de indignación ni tampoco después angre fría. En su orgullo ofendido se había colocado tan alto que ni un solo pensamiento o para aquella á quien tocaba el asunto. Con la ligereza propia de la juventud se consoló usando que todo lo arreglaría con un par de palabras corteses que en nada cambiarían su olución.

La presencia de Tiefenthal puso fin á sus desagradables reflexiones.

El barón con gran estrépito se disculpó por su tardanza, pero añadió, en el más puro ento silesiano, que necesitaba algún tiempo para arreglarse.

re hube

reció el
nicker-

enthäl.

ecibir á

es una
lección
Yo soy.
provo-
adable;

e nece-
n?

ueda la
raviesa

a cari-

ción, á
bien en
ra sido
ondesa
odo se
zul de
ferente
ello le

n á los
o hasta
ración

tendrá
lemás,
en la
Puede

Casi detrás de él venía la condesa Felicitas en compañía de una persona delgada y de aspecto melancólico, que fué presentada á los caballeros como miss Knickerbocker, la desdichada institutriz de Catalina, y finalmente compareció en la terraza una tercera señora, á la cual la condesa Fee gritó riéndose:

—Pero, Theone, ¿estás ya lista? ¡Nunca has necesitado tanto tiempo para vestirme como hoy!

Al oír el nombre de «Theone,» Wendenburg se puso verdaderamente colorado, como si se sintiese culpable, y se volvió rápidamente con la natural curiosidad de ver á la que hubiese podido hacerle un hombre rico. No, no era ninguna «florecita de Mayo,» y sí una jamona bien conservada. De baja estatura, rostro liso, ni bello ni feo, encuadrado por unos cabellos castaños cuidadosamente alisados y partidos por una raya; en una palabra, una cara adocenada. Llevaba un vestido muy apretado de seda gris con un magnífico aderezo de coral labrado, y las diminutas y carnosas manos adornadas con deslumbradoras sortijas de brillantes. Tenía en la mano una calceta de un rojo subido.

El conde Hellberg se dispuso á hacer la presentación.

—Querida Theone: el barón Tiefenthal, nuestro primo, y agricultor modelo como tú. El teniente de hulanos von Wendenburg.

Tiefenthal recibió por saludo una sonrisa y la mano derecha para besarla. El saludo para Wendenburg difícilmente hubiese podido ser más ligero ni más frío.

—Vamos, parece que aquí estoy verdaderamente en desgracia, pensó él medio apesadumbrado y medio regocijado.

—Has de saber, querido Tiefenthal, dijo el conde apresurándose á sostener la conversación, que mi sobrina Theone es también agricultora, y que su señorío de Neudorf, á cuatro millas de aquí, cuenta con una granja modelo tanto en la práctica como en la teoría. Espero, Theone, que invitarás á tu hasta ahora desconocido primo á visitar Neudorf. Hemos de distraerte, Tiefenthal, y ya sabes que á este objeto se enseña á los huéspedes, en la ciudad, el álbum de fotografías, y en el campo los establos.

—Entre establos y establos suele haber gran diferencia, dijo la condesa Theone, empezando á hacer calceta con gran actividad.

—Sí, hija mía. Tú no tienes familia y puedes construir palacios para el ganado vacuno, los cerdos y las aves, contestó riendo el conde. ¡Te digo, Tiefenthal, que son unos verdaderos palacios! A pesar de esta pasión por la agricultura, juzgo que si mi sobrina Theone hubiese vivido á fines del siglo pasado, hubiera llegado á ser la primera productora de calcetas del tiempo de la guillotina!

—Esta chanza es una prueba de poco agradecimiento, que me ofende, respondió secamente la aludida, pues si yo no hiciese continuamente medias para Catalina, llevaría ésta pies y piernas descalzas.

—Es verdad, murmuró miss Knickerbocker, haciendo prorrumpir en una carcajada á la condesa Fee.

—Un bonito interior de casa que, á no ser por Theone, sería una desdicha, exclamó el conde alegremente con inocente ironía. No obstante, debemos confesar, en honor á la verdad, que el objeto principal de la pasión para hacer calceta de Theone, es el proveer de medias á las piernas de grulla de Catalina. Y Theone le hace más medias de las que ella rompe con la mejor voluntad. ¿Te acuerdas, Theone, cuando el invierno pasado hubiste de quedarte tres horas en Hundeloch como estos señores? Como no se había llevado la labor, y aquello debía realmente ser muy aburrido, se hizo dar la calceta de la señora del dueño del restaurant y cuando pasó el tiempo de espera Theone pudo entregarle ya terminados un par de calcetines para su marido. ¡Esto sí que es ser caritativo!

Todos se echaron á reír, incluso la condesa Theone, que añadió, no sin una punta de buen humor:

—Sí, pero me fueron muy mal pagados, pues cuando pedi té para calentarme, me hube de contentar con manzanilla por no haber otra bebida.

—Al chino le duele la barriga,
por esto toma manzanilla,

declamó el conde riéndose.

En aquel momento un criado anunció que la cena estaba servida. Tiefenthal ofreció el brazo á la condesa Theone, Wendenburg á la condesa Fee y el conde condujo á miss Knickerbocker.

—¿Dónde está nuestro amable postillón, la condesa Catalina? preguntó en esto Tiefenthal.

—Catalina está castigada, dijo el conde con tristeza.

—¡Oh! ¡oh! ¿Y por qué?

—Porque, desobedeciendo las órdenes de Fee y de miss Knickerbocker, ha ido á recibir á ustedes, y ya con esta idea ha sido muy desaplicada en las horas de lección.

—Por qué ha sido desaplicada no lo sé comprender.

—Pues bien, dijo miss Knickerbocker poniéndose roja de indignación, Catalina es una chiquilla perezosa y tremenda, y porque esta mañana había hecho faltas garrafales en la lección de gramática por pura distracción, la he obligado á escribir frases con relación al verbo *Yo soy*. ¿Y qué creará usted, milord, que ha escrito? «Yo no soy tonta; tú eres una simple que provocarías á un santo; el teniente es muy guapo; ella es fastidiosa; nosotros somos gente agradable; vos sois un asno; ellos unos invitados repugnantes, ¡mueran las institutrices!»

Wendenburg soltó una carcajada á despecho de la mirada furiosa de la institutriz.

Tiefenthal, que no sabía el inglés, pidió la traducción.

—Esta muchacha tiene carácter, dijo luego riendo, pues para lo que ha hecho no se necesita tan sólo gracia, sino ante todo valor. ¿Pero no podríamos obtener por hoy su perdón?

—No sé, empezó á decir el conde.

Mas Felicitas le interrumpió diciéndole seriamente:

—Te lo ruego, papá; si vuelves á levantar el castigo que yo he solicitado, ¿cómo queda la autoridad de la miss y la mía? Y si nos la quitas, ¿quién podrá dominar á esta traviesa chiquilla?

—Nada, nada, me inclino ante tales razones pedagógicas, replicó el conde con una cariñosa mirada á su hija mayor.

Y después de esto se sentaron todos á la mesa, haciéndose general la conversación, á excepción de la condesa Theone, que se complacía en interrumpir á Wendenburg, ó bien en contestarle tan lacónicamente, que éste dejó de hacerle preguntas. Esta conducta hubiera sido motivo de creciente malestar para Wendenburg si éste no se hubiese hallado junto á la condesa Fee, cuya esbelta y blanca figura con rubia cabellera era el escudo contra el cual todo se estrellaba, y una mirada suplicante que de vez en cuando le dirigían aquellos ojos azul de violeta, no solamente le calmaba la sangre, si que también le hacía completamente indiferente á los desaires de la condesa Theone, á los cuales se asociaba Tiefenthal, como si para ello le pagaran.

Desde la mesa salieron todos de nuevo á la terraza, donde los cigarros aguardaban á los caballeros y la calceta encarnada á la condesa Theone. Allí permanecieron conversando hasta que dieron las diez y media, en que el señor del castillo declaró que era la hora de la separación por aquel día.

—Desde las siete de la mañana hasta las diez estará dispuesta la mesa, y cada uno tendrá que decir sólo lo que desea para almorzar, añadió. A las dos se comerá. Por lo demás, tienen todos en esta casa libertad completa. Hay caballos en las caballerizas, libros en la biblioteca, y siempre que quieran charlar nos encontrarán á estas señoras y á mí. Puede

organizarse una cacería siempre que gusten. En una palabra, que cada uno haga lo que le dé la gana. ¡Buenas noches á todos!

Los forasteros subieron á sus bien oreadas y cómodas habitaciones y Wendenburg, después de haber metido cuidadosamente en su libro de memorias la rosa que en la mesa la condesa Fee le había dado para el ojal, dejóse caer en el lecho llena la cabeza de dulces y agradables pensamientos. Mas antes de que apagase la luz, entró en el cuarto el barón, sin pedir permiso y en una *toilette* bastante desordenada, el cual, cepillándose los cabellos, se sentó sin cumplidos al lado de la cama de Wendenburg y encima de su ropa.

—Oiga usted, díjole con cierto entusiasmo; ¡esta es una casa encantadora! Así sería la mía si alguna vez me llegase á casar. Pero, sin pretender mezclarme en sus asuntos, querido Wendenburg, debo decirle que es usted un asno acabado.

—Es usted muy amable, respondió el apostrofado riéndose sin poder remediarlo.

—¡Como que sí! díjole Tiefenthal convencido. Me refiero al asunto de Theone Hellberg. Verdad es que pasa de los diez y siete años; sin embargo, aparenta ser bastante joven y tiene muy buena facha. Vea usted, esto es lo que á mí me convendría: una mujer aseada, regordeta y hacendosa que no se enamorara de cada teniente que viera. A bien que ahora que la conoce lo pensará usted mejor y se casará usted. ¿No es así?

Wendenburg tuvo muchas ganas de incomodarse, pero tomó un partido más sabio.

—Si piensa usted de esta manera... ya sabe usted lo que debe hacer, contestóle con una calma más elocuente que todas las palabras. Y ahora, buenas noches. ¡Quiero dormir!

—Buenas noches, respondió Tiefenthal, sin moverse, empero, de su sitio. Vaya, pensó después de un momento de profunda meditación, al fin y al cabo son mayores de edad, y cuando una persona con vista clara no ve, todo es inútil. Yo creí encontrar en esta Theone una soltera disecada, y por el contrario, me encuentro con una persona de muy buena presencia. ¡Ya lo creo! Y que debe ser una famosa agricultora. Me ha comunicado su opinión sobre la cría del ganado, y sus ideas sobre lo que produciría el almidón de patata son magníficas. A mi vez la he instruido sobre los nabos y los rábanos, pero debo confesar que como agricultora me aventaja. Wendenburg, ¿duerme usted ya? En efecto, el muchacho duerme y sueña tal vez con los gansos. ¡A lo menos nadie podrá decir que no le haya hecho reflexiones!

Y consolándose de esta manera, fuéese también el barón Tiefenthal á la cama, donde tuvo los más agitados sueños sobre el almidón de patata.

(Traducido del alemán)

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

ALFONSO DAUDET

Entre los primeros novelistas franceses de esta época ha de colocarse á Alfonso Daudet, cuyo exactísimo retrato publicamos en este número. Pertenece Daudet á la escuela naturalista, pero no figura en el número de los que le han exagerado admitiendo por buenas para la novela toda clase de escenas por más

que repugnen al buen gusto y que sean contrarias á la moral y al decoro. Daudet busca en la realidad los elementos de sus novelas y de sus cuentos, y con la observación incesante allega un caudal de datos que combina luego, compone y modifica hasta obtener la obra literaria y artística. De ningún modo recomendamos todas sus narraciones, antes al contrario, pondríamos en guardia á nuestros lectores contra *Fromont*



PALACIO REAL DE BELGRADO.

jeune et Rislen aíné, Le Nabab y otras varias en las cuales abundan las situaciones escabrosas, no censuradas por el autor como deberían serlo, y que no vienen contrarrestadas por hechos y espectáculos que adoctrinen y sirvan de edificación á los lectores. En cambio podemos recomendar sin reserva una novela larga como *Petit chose*, y los cuentos y narraciones cortas—de las que hemos publicado varias, y en este mismo número va una de ellas—dedicadas casi todas á ensalzar tipos y acciones buenas y simpáticas. En estas obritas Alfonso Daudet acredita que sabe pintar por medio de la palabra. Bástanle contadas frases para

retratar á un personaje, para describir un paisaje, para revelar un estado del ánimo. La sobriedad más admirable preside en estas narraciones, que, sin embargo, tienen vigor y brillante colorido. Estas obras fueron las que dieron primero fama á Alfonso Daudet y han sido acaso las que más han contribuido á extenderla por su patria y por las naciones extranjeras. Daudet es relativamente joven todavía, puesto que nació en Nimes el 13 de Mayo de 1840. En algunas de sus obras ha pintado admirablemente al Mediodía y á los meridionales, siendo tipo felicísimo de los últimos su Numa Roumestan.

VISTA DE MONTSERRAT

De cualquier punto por donde se la mire aparece imponente y pintoresca la montaña en donde ha asentado su trono la Santísima Virgen patrona de Cataluña. La vista que hoy damos, próximo el *Aplech* de la Virgen, tiene asimismo aquellas condiciones y reproduce toda la parte de la Hospedería del Monasterio, más inmediata al portal de ingreso, con los soberbios peñascos que sobre ella se alzan, que parece han de aplastarla y que en realidad de verdad le sirven de amparo contra los vientos, las borrascas y las tempestades. La impresión que este conjunto produce es sublime. El hombre queda anonadado ante el poder de la naturaleza, llevada por la mano del Criador, que alza á inmensas alturas masas graníticas tan portentosas como las que se ven en la lámina que damos y como lo son cuantas forman toda la poética masa del Montserrat.

ALEJANDRO I, REY DE SERVIA
Y SUS PADRES MILANO I Y NATALIA

Hace poco tiempo la prensa política de Europa se ocupó en el golpe de Estado que dió el joven rey de



ALEJANDRO I, REY DE SERVIA

Servia Alejandro I, proclamándose mayor de edad y derribando la Regencia que se había establecido al abdicar su padre la corona. Mostró en este acto el referido monarca que poseta resolución y valor, los cuales pueden servirle en adelante para la gobernación de sus pueblos, más que medianamente agitados por las pasiones políticas. Alejandro I nació en Belgrado el día 14 de Agosto de 1876 y sucedió á su padre al abdicar éste en 6 de Marzo de 1889, constituyéndose enton-

ces una regencia compuesta de los señores Ristich, Belmarkovich y Protitch.

El ex rey Milano nació el 22 de Agosto de 1854, siendo hijo de Miloch Yephremovitch y de María



EL REY MILANO I

Katargi. Fué príncipe soberano de la Servia en 3 de Marzo de 1878 y rey de la propia nación, con el nombre de Milano I, en 6 de Marzo de 1822. En 1892 tomó en París el título de conde de Takova. La ex reina



LA REINA NATALIA

Natalia, esposa del rey Milano y celebrada por su belleza, nació en 14 de Mayo de 1859, siendo hija de Pedro Ivanovitch Kechko. El matrimonio de estos soberanos fué desgraciado y por resultado de disensiones domésticas se divorciaron los reyes esposos en Octubre de 1888.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XIII

TRATOS Y CONTRATOS

NADIE pudo presumir en casa de los Dulce la tremenda causa determinante de la vuelta del hijo pródigo.

Tuvieron todos aquella inopinada presentación por uno de los muchos sucesos que bajo aquel techo se festejaban en calidad de prósperos, y el papá, que era quien hubiese podido indicar algo así como reconvención, ó á lo menos como extrañeza, se redujo á felicitarse por dentro, sin atreverse á demostrarlo, y pensó que la vuelta de su hijo habría de influir en el mejoramiento de la situación apuradita que en la *Bombonera* se atravesaba.

—Éste viene á casarse, dijo para sí el prohombre.

Y continuó tan fresco barajando, quemando cartas en uso y abuso de su facultad de banquero, cobrando puestas y añadiendo pesetas al fondo de la *cagnotte*.

Paco, decidor, alegre y lisonjero, como si llegara de un viaje á la gloria, tomó asiento á la mesa de la *baccará* y se puso á jugar con buen humor y fortuna, propugnando fieramente las posiciones de su padre.

En celebración de su fausta venida, el juego se prolongó aquella noche. La partida, trocada en azarosa refriega por los alientos del mozo recién llegado, amigo de jugar fuerte y hecho á desbalijar ó ser desbalijado, fué adquiriendo vuelos superiores al poder de los habituales tertulianos. Las orillas de la mesa estaban llenas de descalabrados; Pepita, la setentona, ya había exprimido sobre el tapete su último céntimo; el aspirante á registrador hurgaba inútilmente en sus bolsillos desangrados; toda la tertulia iba falleciendo de inanición y no se veían más que sonrisas falsas, como capas de albayalde dadas en los rostros, para cubrir la contrariedad y el duelo. Hasta la experimentada señora de Dulce se había dejado en el ataque el último billete del capital social que le entregó Fuentevera antes de marcharse, poco después de haber presenciado la llegada de Paco el desaparecido.

Ya no se veían en derredor de aquella mesa sino tristes restos, señales de desolación y ruina. Por allí había pasado el soplo de Paco Dulce.

Bien lo decía el tío Magdaleno, que con las cuatro doncellas filarmónicas estaba formando el único grupo risueño é inmune de la reunión.

—¡Ya está aquí la langosta, el *mildew*!... ¡Si este muchacho es una calamidad pública! ..

Gozábase el hombre chiquitín en observar la devastación que se producía, y á cada nueva jugada se oía un tiro de su escopeta.

—¡Agarrarse, señores, decía, que pasa la galerna!

No quedaron, á la postre, más combatientes hábiles en el comedor que Paco y el venerable chanchullero que le había dado el ser. Paco iba ya desbocado, jugaba sin medida ni piedad, acosando ciego, lleno de saña encarnizada, presa de aquel afán que le quitaba el juicio en medio de todas sus empresas, fuesen grandes ó pequeñas. Don Luis Eugenio aguantaba el pujo con la esperanza de reconquistar la considerable parte de su caudal que había pasado á amontonarse delante de Paco. Frente á frente luchaban los dos, y era espectáculo raro y desagradable el de aquellos hombres, padre é hijo, riñendo cruda batalla de intereses, estrechándose, viendo cuál despojaba á cuál, el viejo apretando convulsivamente las barajas como si empuñara un revólver, y el joven pegando en la mesa furiosos golpes con el puño preñado de dinero á cada puesta con que reiteraba sus provocaciones.

Prescindieron de la *baccará*, echaron sus suertes á la carta más alta, y así de modo rápido, ejecutivo, grosero, despiadado, el hijo despellejó al padre; la banca quebró, cosa nueva en aquel distinguido tabuco, y hasta el dinero sagrado de la *cagnotte* fué á parar á las manos del mozo temible.

Mientras el padre, rendido y trastornado por el revés de su fortuna, se retiraba echando cálculos y midiendo los apuros que le amagaban para el día siguiente, Paco mandaba levantar el tapete del crimen y traer refrescos á los circunstantes.

Pepita Alcuneza se sentó al lado del joven, y le habló; mientras él se echaba al cuerpo, casi sin respirar, tres ó cuatro vasos de limón frío, acuciado por la sed ardiente en que se consumía.

—Al fin te apareces, le dijo la setentona, moderando la voz en señal de que la que suscitaba iba á ser una confidencia.

—Ya ves, le contestó Paco, que también la tuteaba.

Cierto que á Pepita Alcuneza la tuteaba casi todo el mundo, porque había sido camarada de todos los viejos y había tenido en brazos á todos los jóvenes.

—¿Y dónde has estado, mala cabeza?

—¡Pche!... Vé tú á averiguarlo.

- ¡Qué tiempo has perdido tan precioso!
- Yo nunca pierdo el tiempo.
- ¿Y ahora vienes á casarte?
- Ya se ve que sí.
- No se ve tan claro. ¿Piensas tú que yo soy de los que creen inocentemente lo que tú y los tuyos habéis querido dar á entender?
- ¡Oh, tú te pasas de lista!
- Bien sabes que sí. Además, que en la cuestión de tu boda son muchos los que se han pasado de listos. Casi nadie ha creído que tu casamiento quedara sencillamente suspendido. Y yo sé todo lo que ocurrió.
- Tú tienes la imaginación muy fecunda.
- Yo sé que el padre de tu novia te puso de pies en la calle.
- ¡Mentira! pronunció Paco al llegar aquí, con acento iracundo.
- No vayas á disparar ahora uno de tus castillos de fuego. Moja tu pólvora y atiéndeme.
- Pero, mujer, ¡si estás desbarrando!
- Harto sabes que no. Sé lo que te he dicho de muy buena tinta; y además sé otras cosas que tú quizás ignoras.
- ¿Qué sabes? preguntó Dulce, picado en seguida de impaciencia.
- Cosas que te importan.
- ¿Y cómo las sabes?
- Pepita no respondió á esta pregunta inquisitiva. Dió un quiebro al diálogo, y poniendo su mano enojada sobre la de Paco, miró á éste entornando los ojos y le dijo en voz muy baja y tono muy mimoso:
- Tú quieres casarte.
- Te he dicho que sí.
- ¿Con Blanca Bermúdez?
- ¡Claro! Con mi prometida.
- Pepita se calló un instante, guardando cierto aire de misterio.
- Luego dijo á Paco:
- Lo primero que debes hacer mañana, es ver á Carlos Albuera.
- Tal tenía resuelto.
- Pues no lo dejes.
- ¿Y nada más?
- Lo demás vendrá rodado.
- ¿Y para eso te has metido á pitonisa?
- Quien sabe si acudirás á mi oráculo...
- Bueno; empieza á mascar las hojas de laurel, como hacían las antiguas sibilas.
- Las estoy mascando hace mucho tiempo.
- Poco te inspira por el presente.
- Basta de chanzas. ¿Vas mañana á casa de Albuera?
- Sí, voy.
- No dejes de hacerlo.

Carlos era la primera persona á quien quería dirigirse Paco una vez llegado á Madrid. No se habían vuelto á ver los dos amigos desde la mañana infausta en que al uno se le deshizo la boda y al otro se le malogró el soberbio negocio del pagaré de treinta mil duros por un préstamo efectivo de diez mil. Albuera, con todo, no se había desconsolado; su buena nariz de merodeador de altas intrigas, olió que el de Paco Dulce no era un negocio perdido. Guardó en su poder, convenientemente encerrada, la carta dotal, y se puso á aguardar como él sabía hacerlo, que las circunstancias fueran cribándose en el harnero de la miseria humana.

La visita que le hizo Paco el día siguiente al de su regreso, por la mañana, muy temprano, no sorprendió á Albuera. Estaba advertido. Pepita Alcuneza, al salir de la reunión de los Dulce, por más que ésta se disolvió á hora ya muy avanzada, hizose conducir en la berlina que le prestaron hasta la puerta de Carlos, y allí dejó, para éste, una tarjetita respaldada:

«Paco acaba de llegar. Mañana le verá á usted.»

La setentona y el distinguido usurero se entendían con medias palabras. Ella le prestaba á él muy á menudo discreta y sabia cooperación para ayudarle á descubrir y á terminar alguno de los misteriosos negocios que el buen caballero explotaba.

Cuando Paco se presentó á Carlos, dirigióle éste la pregunta consabida:

—¿Vienes á casarte?

—A eso vengo.

—¡Por fin!... Jamás pensé que te hubieras declarado en derrota.

—Hiciste bien. Tú me conoces.

—Pero, dime: ¿en qué salvas has gastado tu pólvora durante tanto tiempo?

Dulce satisfizo la curiosidad de Albuera refiriéndole de cabo á rabo la historia de los cinco meses últimos, sin omitir el traspies de los títulos falsos y el compromiso en que estaba con el marqués napolitano.

—¡Demonio! exclamó Albuera luego que se enteró. Por ese terreno aún no te habías escurrido... Y el resbalón ha sido regular.

—Ya ves que tengo absoluta necesidad de poner la mano encima de esos millones.

—O das con tu cuerpo gentil en un presidio.

—Ya ves qué injusticia.

—¿Injusticia, dices?

—El otro... aquel bribón es quien debiera... Yo fui engañado.

—¿De veras lo fuiste?

—Has oído como hice la operación.

—Y tú, hombre de mundo, en presencia del caballero sospechoso, ¿no te consideraste solicitado por un timador á la alta escuela?... ¿no se te ocurrió que los títulos habían de ser falsos y que te buscaba aquel truhán para que tú les dieras salida?... Vamos, que eso no se le escapa á un lince como tú.

—La verdad... no dejé de antojárseme...

—Pero desististe de averiguarlo. Corrías en pos del dinero, debías veinte mil duros perdidos en el juego, bramaba en ti el apetito... y ¡quién dijo miedo! Ni la traza del caballero, ni los gajes exorbitantes que te ofrecía, ni lo imaginario del préstamo garantizado en un pedazo de papel cualquiera, nada te indujo á depurar. El caso de la celada de don Quijote, en el que tantos encuentran su perdición.

—De modo que tú me crees delincuente.

—De cuerpo entero, hijo mío. Eres autor del delito de expendición de títulos falsos, y encima del de estafa en perjuicio de ese marqués enamorado de tu divina Encarna.

—Ya ves si he de casarme.

—A todo correr. Hay que redimir esos títulos.

—Tengo tres meses de plazo.

—No es mucho para los obstáculos que has de vencer.

—¡Bah! Estoy seguro de que mi novia me espera.

—Y su padre también, y armado de todas armas. Créeme; no pongas sitio formal y descubierto á la plaza, porque no abrirás trinchera.

—Entonces ¿qué me aconsejas?

—Labor fina, trabajo subterráneo; diplomacia, cautela y mala intención.

—Eso será muy largo.

— Puede ser corto. Acompáñate de un buen agente.
— ¿Y quién?...
— Vé á ver á Pepita Alcuneza.
— Ella me aconsejó que te viera á tí.
— Y yo te encomiendo á ella. Márchate ahora mismo á su casa, oye sus consejos, adopta el plan que te trace y ella te casará con Blanca Bermúdez.

Por el camino que le trazaban, ya previamente explanado gracias á la combinación que la vieja y el prestamista tenían hecha de sus inteligencias privilegiadas, Paco Dulce se dirigió sumisamente á la calle de Belén, número 36, cuarto bajo, donde tenía su habitación la apergamizada señorita de Alcuneza, doctora en marañas y tercerías, artista en zurcidos y remiendos de voluntades, ninfa Egeria de enamorados y abogada de misterios y tapujos.

Su primer coloquio con Dulce fué breve y compendioso. Ya se conocían; eran excusados preámbulos y satisfacciones.

En la sala con reja á la calle, que con el gabinete jamás por nadie pisado, constituía toda la parte útil de la habitación, sentáronse el joven y la veterana á establecer su concierto.

— Carlos me ha dicho que tú vas á casarme.

— Sí, te caso.

— ¿Y cómo?

— Esa es cuenta mía. Tú decídetete á seguir mis instrucciones. Ya te dije anoche que me habías de tomar por tu sibila.

— Corriente. Sentemos bases.

— Sentémoslas. Yo tomo el asunto á mi cargo; tú te entregas á mi dirección, y el día que yo ponga en tus manos los millones de Blanca Bermúdez, tú me lo pagas poniendo en las mías... lo que nos parezca justo. ¿Conformes?

— Conformes. ¿Y qué he de hacer ahora?

— Nada absolutamente. Yo soy la que me marcho ahora á ver á Blanca, y tú esta tarde te vuelves por acá.

— Hasta la tarde, pues.

— Hasta la tarde.

(Continuará).



93

LA MODA

DE

PARÍS



Vestido por M.^{me} Pelletier Vidal

Si en apariencia las variaciones de la moda son poco importantes en esta época del año, para ser notadas, las modificaciones son en realidad incesantes, y la actividad de las modistas no descansa nunca. En este momento se dirige á la forma de los cuerpos. Hablando de vestidos de viaje, hemos indicado que volvían á aparecer los faldones. Esta moda se acentúa y en Otoño es cosa de esperar que triunfe por completo. Estos faldones ó faldillas tomarán formas originalísimas: unas veces serán cortas, abiertas por el lado y muy onduladas sobre la falda; otras veces formarán algunos pliegues por detrás, y estarán dispuestas de modo que adelgacen el talle en la apariencia. Por detrás irá la faldilla muy ajustada y por delante se abrirá sobre un chaleco de tinta clara.

Por lo que hace á la falda, ancha siempre por abajo, empieza también á ensancharse por arriba. M.^{me} Pelletier Vidal, inspiradora de nuestras modas, ha ejecutado últimamente lindísimas *toilettes* en este género. Una de ellas era de sarga gruesa azul, adornada en las dos costuras del delantero de la falda con una gran trenza negra. El cuerpo ajustado detrás, forma delante una graciosa chaquetita bordada, que se abre sobre un chaleco de surah azul merino, todo fruncido y sujeto por un cinturón de seda. Otro vestido estaba confeccionado con recio tejido de lana habana, cuerpo con faldones ondulados, sin cinturón, y abriéndose sobre una camisita, con chorrera, de muselina de seda.

Al lado de estos vestidos, tan prácticos para los días sombríos y lluviosos, M.^{me} Pelletier Vidal compone preciosas *toilettes* para el campo, para comidas y reuniones también en el campo, de las cuales formarán idea nuestros lectores por el grabado que publicamos. Esta verdadera artista, ora se sirve de la muselina abrochada para inventar esos vestidos que comunican á la mujer juventud y gracia, ya utiliza la seda Luis XV, admirable tejido que imprime superior elegancia á sus *toilettes*, al par sin pretensiones y cuyos adornos han de consistir en muselinas de seda y cintas.

Los trajes género *lingerie* gozan en los actuales momentos de mayor boga que los vestidos de sastre ó modista, lo cual se explica por la flexibilidad de los tejidos, la gracia de las líneas, lo ligero de los adornos que los acompañan y que los hacen más femeninos. En el campo no se renuncia al escote, ni á vestirse, pero se hace de otro modo que en la ciudad. Las comidas en los castillos, las *soirées* de los casinos constituyen otras tantas ocasiones para hacer gala de elegancia. En la época actual se han creado tantas necesidades, tantas obligaciones con el mundo, que para no traspasar el presupuesto, hasta las más ricas se ven forzadas á buscar combinaciones económicas.

De este modo M.^{me} Pelletier Vidal confeccionaba, hace pocos días, para una dama muy elegante, un delicioso vestido de batista, con cuerpo de forma encantadora, alto para las horas de día, y pudiéndose escotar para las de noche. La batista era de fondo crema, con dibujillos malva; la falda se componía de un volante plegado *acordeón*, puesto á cuarenta centímetros de la cintura. Los entredoses de guipure rodeaban la falda á modo de serpiente, fijando los dos extremos lazos de terciopelo negro. El cuerpo, idealmente sencillo y hermoso, estaba fruncida, sujeto al talle por una cinta de terciopelo negro y con escote cuadrado, sobre camisa de muselina fruncida también, y con entredoses de valenciennes dispuestos al modo de los radios de una rueda. Esta camisita podía quitarse, con lo cual resultaba el vestido escotado y á propósito para comidas ó reuniones de verano. Por lo demás, M.^{me} Pelletier Vidal es maestra en esos *trucs* de coquetería que aprecian mucho las señoras elegantes. También para las señoritas combina *toilettes* de doble objeto, que son un verdadero encanto.

Este año se han imaginado mil fantasías diversas para combatir la canícula, y entre las que han tenido mayor éxito, hemos de señalar la camisa hecha de *pongée*, de tafetán tornasolado, de batista, de muselina ó de *foulard*. La camisita haciendo veces de cuerpo constituye la gran boga de estos días. Es un Proteo que se multiplica al infinito. Con dos trajes de lana compuestos de falda y de la chaqueta de zuavo ó de la chaqueta con faldones, de una falda de piqué ó de batista, tendrán bastante las señoras para el viaje, las excursiones y los descansos en el parque ó jardín de los casinos, y hallarán el placer de la *toilette*, renovada siempre, siempre práctica y coquetona, siempre con el solo cambio de un cuerpo-camisa.

Representa el figurín un bonito vestido para comida y recepción estivales inventado por M.^{me} Pelletier Vidal. Está confeccionado en tela de seda crema, género Luis XV, con dibujo de finas guirnalda de hojarasca y rosas entrelazadas. Compónese la falda de dos altos volantes terminados por un volantito de muselina de seda crema, el que tiene á su vez una cinta verde pálido, velada por un entredós de guipure. Cuerpo fruncido ajustado por medio de un cinturón de cinta de raso verde, con berta de muselina de seda blanca sujeta por cintas verde y rosa retorcidas. Mangas muy holgadas, que acaban en el codo, fijadas por lazos rosa y verde.



Las principales partes de que se componen los maravillosos aparatos que se conocen con el nombre de relojes de bolsillo son: el *resorte motor* que consiste en una lámina de acero templado, muy elástico y arrollado en forma de espiral que da impulso á la máquina por el esfuerzo que continuamente hace para extenderse; el *escape*, que es el regulador del movimiento; las *ruedas*, el conjunto de las cuales forma lo que se llama el movimiento; la *rueda espiral* y su *cadena*; el *cuadrante*, sobre el que se mueven las agujas, y por último la *caja*, dentro de la que se encierran todas las piezas indicadas.

Los relojes más comunes, más antiguos, más baratos, pero también los más inferiores en calidad, son los de péndola, pero los mejores indudablemente, los de cilindro.

Las varias piezas de que se componen los relojes se fabrican por obreros especiales y en sitios distintos: Salins, Besançon, Ginebra y algunas otras ciudades suizas proporcionan resortes para los relojes finos — los resortes se terminan y templan en París; — las cadenas se fabrican en Besançon Montbéliard y Suiza; de agujas comunes de acero provee casi exclusivamente Besançon, pero las de acero fino con oro se fabrican en Ginebra; París no hace más que las necesarias para las reparaciones y la venta al por menor; las péndolas proceden de Suiza, particularmente de Charquemont; en Besançon se fabrican los cuadrantes de los relojes de bolsillo. Sin embargo, en París se terminan y componen. Esta última ciudad y Londres son las dos más reputadas para la compra de relojes superiores.

Se cree que los primeros relojes de bolsillo se fabricaron en 1500 por Pedro Hele, en Nuremberg; se les conocía con el nombre de *huevos de Nuremberg* á causa de la forma oval que tenían; más tarde se perfeccionaron gradualmente por la invención de la husada, la cadena de acero y el resorte espiral. Durante mucho tiempo tuvieron un tamaño muy incómodo; el relojero Lepine encontró el medio de darles otra forma. Los relojes de repetición fueron inventados en Inglaterra en 1676.

En nuestros días han sido objeto de tan gran número de perfeccionamientos que es imposible indicarlos ni aun someramente.

Un soldado espartano, herido mortalmente por una flecha, dijo al morir que no echaría de menos la vida,

pero que era para él una cosa muy dura morir sin haber hecho nada digno de gloria, y á causa de un flechazo de un afeminado arquero.

Un ciudadano de Chio, apellidado Onomadeo, después de una revolución en la que había triunfado su partido, aconsejaba á sus amigos que no echaran de la ciudad á todos los vencidos y antes bien procuraran conservar algunos: « Si no hacéis esto, decía, careciendo nosotros de enemigos, es muy posible que nos dispuetemos con nuestros amigos. »

Crates el cínico contemplaba en un mercado á los compradores y á los vendedores y exclamó: — ¡ Ved cómo son todos felices haciendo cosas contrarias, y yo también lo soy sin tener nada que comprar ni que vender!

Agésilas amaba con gran ternura á sus hijos y tomaba parte en sus juegos montando en un bastón como si fuera un caballo. Como en cierta ocasión lo encontrara en esta postura uno de sus amigos, suplicóle Agésilas que antes de ser padre no lo contara á nadie.

Preguntaron á Aristides qué es lo que durante su destierro le había causado mayor pena, y contestó: — Lo que más pena me ha causado ha sido que al desterrarme mi patria se deshonrara.

Habiendo preguntado á Aristipo qué ventaja le había proporcionado el estudio de la filosofía, contestó: — El de poder conversar libremente con todo el mundo.

Tuvo Juan Rufo una pendencia con un hombre, que se murió dentro de seis días (cuando ya estaba bueno y sano,) y dijo cuando lo supo: — ¡ Qué necio fuera yo en matar aquel hombre, que había de vivir seis días, y me le hicieran pagar como si hubiera de vivir cien años!

Recibió uno cierta cuchillada en la cabeza, al di-

vidir dos desafíos; y curándole el cirujano, como anduviese descubriendo si acaso se le viesan los sesos, dijo el paciente:—No tenéis que buscarlos, pues á haber yo tenido sesos, no me hubiera entrado en lo que me metí.

Contaba un caballero (á quien tenían todos por mentiroso) á un paje suyo algunas cosas no dignas de ser creídas; y advirtiéndole el amo que se había quedado admirado, le preguntó:

—¿Qué dices de esto?

Y el paje respondió:

—Señor, que si eso que usted dice lo dijera yo, fuera mentira.

Dijo un discreto que el que pleiteaba con malos fundamentos, debía al acreedor la hacienda y se la pagaba al letrado.

Para quitar una mancha de aceite sobre mármol ó *parquet* se echa una pequeña cantidad de bencina sobre ella, se la deja por espacio de algún tiempo y se le pone tierra arcillosa (tierra de batán) la cual absorbe el líquido; se repite la operación varias veces.

El aceite conservado en botes de cobre con grifo muy fácilmente se vuelve rancio. Puede evitarse echando en la superficie del mismo una pequeña capa de alcohol fuerte que impida el contacto del aire.

Cuando estamos enfermos subimos á un grado de perfección extraordinario. ¿Se ve el enfermo atormen-

tado por la avaricia ó los placeres? No, ya no es esclavo del amor, ni le inquieta la ambición; desprecia las riquezas y le basta lo poco que posee puesto que tiene que dejarlo. Entonces se acuerda de los dioses y de que es hombre. No más envidia; no más caprichos; no más desdenes. Los maldicientes ya no le interesan, ya no le agradan. Los baños y las fuentes; he aquí lo que anhela; he aquí la meta de sus deseos: ya no desea para el porvenir, caso de curarse, más que una vida tranquila y una dicha inocente. De lo cual se deduce tanto para tí como para mí, una lección que vale por lo menos tanto como todas las de los filósofos, y es que nos basta cuando hemos recobrado la salud llevar el género de vida que nos propusimos estando enfermos.—PLINIO EL JOVEN.

Para juzgar de la importancia real de un individuo, no hay como figurarse qué efecto causaría su muerte.—DE LEVIS.

Una crítica injusta equivale á un elogio indirecto.—***

Lo que llamamos *liberalidad*, muchas veces no es más que la vanidad de dar.—LA ROCHEFOUCAULD.

La mujer de un carbonero es más respetable que la manceba de un príncipe.—J. J. ROUSSEAU.

El exceso de modestia es á veces un exceso de orgullo.—CHENIER.





CAMBIO DE DOMICILIO

Es sabido que la densidad del agua aventaja a la del vino; y esto se prueba fácilmente mezclando los dos líquidos y dejándolos un buen rato en reposo: al cabo de algunos minutos el vino quedará casi aislado en la superficie del agua por ser más ligero que ésta: pero hay medio de hacer esta experiencia de un modo más visible y concluyente y sobre todo más misterioso y pintoresco. Basta para ello colocar la copa que contiene agua en situación invertida, encima de la que contiene vino; esto parece difícil pero no lo es, porque encima de la copa del agua se habrá colocado un papel fuerte, y adhiriéndolo con la mano de manera que el aire no pueda penetrar, al volverlo bruscamente en situación invertida, queda el papel adherido e impide la caída del agua, privada de la acción del peso de la atmósfera: entonces se coloca con cuidado la copa del agua encima de la del vino, y una vez estén perfectamente unidas por su borde superior se va haciendo correr el papel de modo que no se mezclen en seguida ambos líquidos, y al cabo de poco rato se verá como el agua baja al recipiente inferior y el vino sube al piso principal.

Este experimento tan curioso es muy fácil cuando se ha hecho una vez con éxito: el mal resultado depende, en la mayoría de los casos, del miedo que se tiene a verter el agua cuando se invierte la copa. Si el papel cubre bien la superficie y no deja penetrar el aire, todo irá bien. Es de advertir que cuanto más graduación alcohólica tenga el vino, mayor tendencia tendrá a subir hasta la cúpula del edificio improvisado, fenómeno nada raro porque se observa con mucha frecuencia tratándose de otros recipientes vivos.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada en prosa:

RA-MI-RO

Al logogrifo numérico:

MARCELIANO

Al rombo:

A
EME
ELENA
AMÉRICA
ATILA
OCA
A

A la combinación:

DIAMANTE
OROPESA
LEANDRO
DIONISIO
REGRESO
ENCUBRI
SILVERIO

CHARADA

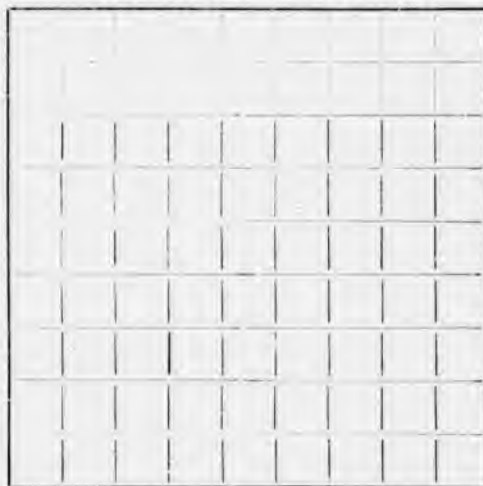
—Dime qué es.

—Cuatro letritas
y dos de ellas repetidas
y desde Apolo al rey Midas
osténtanlas variaditas.
—¿Adivinaste?

—No a fe,
doy por perdida la apuesta.
—Pues mi *todo, todo* cuesta:
aguarda y te lo diré.

PHILO.

CUADRADO NUMÉRICO



Sustituyan en el cuadrado los espacios comprendidos de todas las casillas por números, de modo que sumados verticalmente, horizontalmente ó en cruz, á partir de uno cualquiera de los vértices que forman los lados del cuadrado, nos den ciento de resultado.

F. ANGLADA BÉJAR, de Vélez Málaga.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que considere de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



EL NIÑO MIMADO
CUADRO DE ANTONIO RODRÍGUEZ



EL NIÑO MIMADO
CUADRO DE ANTONIO ROTTÀ

Ayuntamiento de Madrid



UN NOMBRE FAVORITO

POR

EUFEMIA VON ADLERSFELD

(CONTINUACIÓN)

*
* *

A la mañana siguiente tuvo Wendenburg la fortuna, cuando bajó al comedor para el almuerzo, de encontrarse con la condesa Fee, que sacaba las compoteras del aparador, parecióle que era cosa de buen agüero dar primero con ella y recibir su afectuoso *buenos días*. Siguióle inmediatamente el almuerzo, y la encantadora joven se lo colocó delante, tan apetitoso, tan bien arreglado y con tanta elegancia que á Wendenburg le dieron ganas de hacer un gran consumo de panecillos, manteca y miel; y cuando la condesa Fee le sirvió el café con sus propias manos y le presentó la azucarera y el jarrito de la leche, púsose entonces á saborear con verdadero deleite el almuerzo, que Fee con la mayor sencillez se sentó á presenciar, preparando dos panecillos con mantequilla para su huésped.

—Se ha quedado usted de repente muy silencioso, díjole Fee sonriendo.

Wendenburg se llevó á la boca un bocado cubierto de miel, bebió detrás un sorbo de café y le contestó luego ingenuamente:

—Estaba pensando en mis almuerzos ordinarios, que mi criado me sirve en una diminuta bandeja, que coloca encima de la mesa delante del sofá todas las mañanas tempranito antes del servicio. No hay manteles, y la maquinilla nada tiene de bonita. Verdad es que me da buen café, pero siempre frío.

—¡El café frío da hermosura, señor de Wendenburg!

—¡Como si lo necesitase! respondió éste riendo y sin revelar ni una sombra de vanidad. Mi taza blanca es muy sencilla, la azucarera de china desconchada de tantos golpes, y al jarro de la leche le falta el pico. El pan está quemado por debajo ó crudo, en una palabra, un

almuerzo de soltero muy poco apetitoso, condesa, y que me parece tanto más desagradable cuando lo comparo con este tan atractivo que sus manos acaban de servirme.

—No se deben hacer comparaciones, interrumpióle Fee prontamente, pero con amabilidad; las comparaciones traen descontento y originan desgracias.

—No es culpa mía, insistió Wendenburg; pero á veces se pone uno á comparar sin que pueda remediarlo. Por de pronto empiezo á creer en las hadas, añadió algo intempestivamente.

—Creencia falsa y peligrosa, contestó Fee como distraída.

Empero, una sonrisa asomó á su bello rostro que cubrió un ligero carmín.

—No lo crea usted, condesa; es preciso creer con firmeza y sin reticencias, díjole Wendenburg satisfecho. La primera Fee que me trajo suerte fué una jaca de remonta, á la que mi profesor de equitación bautizó con tan poético nombre antes de dármela para el servicio. Con ella me lancé al *turf*; con ella disputé tres años consecutivos el argénteo objeto, ganándolo tres veces, sin hablar de otras victorias menos importantes. La segunda Fee me ha alcanzado ahora el gran premio del emperador, y se ha convertido para mí en oro y...

—Tiene usted razón, si se refiere á Fees de cuatro patas, interrumpióle la condesa Fee algo chasqueada.

—Y es mi íntima convicción que la tercera Fee que encontraré en el humilde camino de mi vida, será mi suerte por otro estilo, añadió Wendenburg sin desconcertarse. Las hadas tienen la virtud de transformarse, y yo he soñado esta noche en una hada que me hacía señas con su velo.

—Velo de niebla, señor de Wendenburg.

—Dispénsame usted, condesa, era un velo de desposada.

La condesa Fee se levantó precipitadamente para mirar el antiguo reloj de roble del rincón.

—Estoy aquí sentada perdiendo el tiempo, cuando tengo que cumplir mis deberes de ama de casa, exclamó tomando las compoteras del aparador. Y saludando ligeramente desapareció.

Wendenburg se quedó un rato meditando como hombre que siente un indecible bienestar; luego se resolvió á dar una vuelta por el parque al objeto de cobrar ánimo para su conversación con la condesa Theone, á cuyo fin había ya encargado al barón que reconociese el terreno y se lo preparase si fuera menester.

Este, sin embargo, estaba sentado en la terraza al lado de la propietaria modelo de Neudorf, que hacía calceta sin parar, y se hallaba metido con ella en cuestiones agrícolas, mientras fumaba uno de los buenos cigarros del conde, olvidado completamente de su vecino de aposento. Ocurriósele, á pesar de la interesante conversación, que tenía proyectado bañarse en el estanque del castillo, y dejando á su interlocutora se presentó en el vestíbulo al mismo tiempo que Wendenburg aparecía por el lado del comedor.

—¿Ha trabajado usted un poquillo en favor mío? preguntó al barón á media voz dirigiendo una mirada á la condesa Theone, que seguía sentada en la terraza.

Al hacerle esta pregunta recordó el barón su olvido.

—Sí, vaya, naturalmente; contestó algo confuso. ¿No quiere usted venir á bañarse?

—Lo he hecho antes del almuerzo. Preguntaba á usted si...

—Pues adiós, querido. Me he retrasado y no quiero que me pille el sol de medio día.

Y con esto se alejó precipitadamente. Wendenburg tomó una actitud conforme á las circunstancias, y armándose de valor entró en la terraza, donde su saludo fué contestado muy lacónicamente. No obstante, una vez resuelto el ataque, no quiso retroceder.

—Señora condesa, díjole para empezar, el barón Tiefenthal le habrá explicado á usted...

—Sí, señor, interrumpiéndole algo excitada la condesa. No puedo, empero, participar de sus ideas, pues soy de opinión de que en este caso no es echar el dinero, sino sacar diez veces el interés. Así lo creo y no me dejo convencer por nada: todas las mañanas dos huevos frescos antes del pienso. Naturalmente hay que ser dos, uno que dé los huevos y otro que le abra la boca

—Pero, balbuceó Wendenburg irritado, pero ¿no es esto algo violento?

—Pues lo que es la vaca no abrirá por ella misma la boca, fué la respuesta todavía más irritante.

—Señora condesa, dijo Wendenburg después de una pausa, creo que los dos hablamos de cosas enteramente distintas.

—No, señor, contestó secamente Theone Hellberg. Hablo de la cría del ganado vacuno que el barón lleva por el sistema antiguo. Sin embargo, también en ello es menester introducir reformas.

—Ciertamente, respondió Wendenburg resignado. Me figuraba que la señora condesa hablaba del barón, al cual había yo rogado que abogase en mi favor.

—No es necesario, fué la lacónica contestación que recibió. Mi tío y mi prima lo han hecho ya hasta la saciedad, ¡pero hay cosas de las cuales una señora no se deja convencer y que nunca puede perdonar!

—Sin embargo, casi para todos los crímenes hay circunstancias atenuantes, replicó compungido Wendenburg. Y, además, yo no conocía á usted, señora condesa, y esto es ya una excusa, ¿no es así? Luego también se ha de suponer que la condición impuesta por el tío le ha causado á usted la misma indignación que á mí, pues ambos somos personas y no cosas que se dejan casar sin chistar, porque así se le antoja al moro Muza.

Cuando le llega á uno el agua al cuello se vuelve fácilmente elocuente. Así le sucedía á Wendenburg, que siguió hablando diez minutos todavía con creciente habilidad y derroche de su natural galantería, terminando esta batalla campal besando Wendenburg en señal de reconciliación la pequeña y carnosa mano llena de sortijas de la condesa Theone, la cual dobló luego la calceta y le dijo que iba á ver lo que hacía Catalina.

Wendenburg, después de este mal rato, encendió un cigarro, y atravesando rápidamente la terraza se fué al parque. La entrevista le había excitado un poco los nervios. El parque estaba sombrío y fresco, y Wendenburg se sentó al fin en un banco delante de una cabaña rústica, cuya techumbre cubría espeso ramaje, y sacó la *Revista* del día anterior, que todavía no había leído. En su estado de ánimo ni la parte política, ni las desgracias y crímenes, ni tampoco la crítica de teatros, lograron dominar su atención. Parecióle mejor el folletín; mas cuando se hallaba embebido en su lectura, cayóle con estrépito un hueso de albaricoque de respetable calibre sobre el periódico arrancándoselo de las manos.

—¿Qué pasa? dijo asombrado. ¿De dónde viene esto?

Sin recoger el periódico del suelo, Wendenburg se puso á meditar no sobre el hueso, sino sobre el creer en hadas en general, y sobre una en particular. ¡Pum! sonó encima de su sombrero, y luego otro hueso de albaricoque le alcanzó en la nariz, y al levantarse con un enérgico ¡caramba! para averiguar de dónde provenía aquel bombardeo, notó que encima de su cabeza colgaban un par de piernas delgadas y cubiertas con medias encarnadas, que á nadie pertenecían sino á la condesa Catalina, que se encontraba allí sentada en persona comiendo albaricoques después de llenarse de ellos los bolsillos.

—¡Acabados de coger! ¿Quiere usted uno? gritó al asombrado Wendenburg, mientras le arrojaba á la cabeza una bien sazónada fruta.

—Gracias, díjole éste riendo.

Y cogiendo el albaricoque se lo llevó á la boca.

—Pero la estoy despojando á usted, condesa.

—¿Cree usted, por ventura, que yo, cuando robo, no tomo más que lo que puedo tragar? replicó la niña de las medias encarnadas.

—¡Ajá! provee usted para el tiempo de hambre; esto es muy discreto, dijo Wendenburg intencionadamente. Así solía hacerlo yo cuando era niño, pero luego no sabía contenerme y me lo comía todo de una vez.

—Por supuesto que esto le sucedería á usted á menudo, replicó algo confusamente Catalina.

—Sí, por cierto. ¡Y á usted también, condesita!

—Naturalmente. Sobre todo en el tiempo de las ciruelas.

—Tampoco son malos los albaricoques. Y hablando de otra cosa, no pude ayer dar á usted las gracias por haber ido á buscarnos á la estación. Anoche aguardé en vano que compaciese usted.

—Anoche...

Un reprimido grito de cólera salió del techo de la glorieta rústica, y unas piernas encarnadas y delgadas empezaron á moverse, ofreciendo al regocijado Wendenburg un espectáculo de ejercicios gimnásticos que ciertamente nada tenían de graciosos, pero que por lo mismo aseguraban mejor el descenso, pues que la poseedora de aquellos miembros, desde la altura en que se hallaba, llegó abajo con increíble rapidez, desordenado el vestido, desgrednadas las trenzas, cerrados los puños y llenos los azules ojos de lágrimas de indignación.

—¿Sabe usted dónde estaba ayer? exclamó sollozando.

Wendenburg pudo negarlo sin faltar á la verdad, pues sólo sabía, aunque no lo dijo, la causa de su castigo.

—Estaba en el cuarto de estudio, sola, sin luz y sin comer, gritó Catalina furiosa, y abajo tenían ustedes asado de venado, mayonesa y la *charlotte* de fresas que tanto me gusta. ¿No es esto una indignidad? ¿Y todo por qué? Porque Fee, la víbora con apariencias de santa, me acusó á papá. ¿Es esto bonito?

Afortunadamente Catalina no aguardó la aprobación del oficial, que se divertía interiormente con la escena, sino que continuó con más vivacidad:

—Pero me la pagará; no le perdono la noche de ayer; se acordará de ella como me llamo Catalina Hellberg. Esta mañana, ya muy temprano, le he tirado una piedra en la ventana, por supuesto á través de los vidrios, y la piedra iba envuelta con un papel que decía: «el que lea esto es un asno.» Pero las injurias ya no le importan, ¿sabe usted? ¡Está demasiado acostumbrada á ellas! Deje usted, ya pasará de cólera. ¡Yo sé cómo me he de vengar! Esta orgullosa santurrona...

—Es su hermana, dijo Wendenburg, que se creyó obligado á hacer esta observación en obsequio á los principios pedagógicos.

—¡Ah, tiene que ver! contestó Catalina en tono de desprecio; las hermanas mayores sólo sirven para hacer rabiar á las pequeñas. ¡Pero que ande con cuidado, Fee! ¡Bonita hada!... ¡más bien es un dragón!

—¿Tan mala es? preguntó Wendenburg con interés.

—¿Mala? Precisamente mala no lo es, contestó Catalina en honor á la verdad. Ella no maltrata, pero tiene un carácter desagradable, porque me acusa. Naturalmente, á usted le

parece una verdadera hada, pero yo he averiguado casi sus manejos y los descubriré. ¡Por esto me llamo Catalina Hellberg!

—¿Manejos? preguntó Wendenburg regocijado.

—Naturalmente, prosiguió Catalina irritada. Estas santurronas, dechado de virtudes, suelen cojear de un pie. Y Fee en primera línea, pues cuando el otro día me encaramé, inopinadamente, á su ventana por la parra, estaba sentada delante de la mesa con una cajita abierta y mirando con singular expresión un retrato, una fotografía. Y al saltar yo dentro del cuarto se asustó como el que tiene mala conciencia, se puso horriblemente colorada y metió de pronto el retrato dentro de la caja que cerró. ¡No obstante pude ver que era un teniente!

—¿En la caja?

—¡Qué necesidad! ¡En el retrato! Vi las charreteras, una especie de cinta muy rara en el pecho y un casco cuadrado muy ridículo...

—¡Un czapka!

—¡Ajá! ¿Quiénes llevan czapkas?

—¡Los hulanos, condesa!

—Pues bien, sería un teniente de hulanos. Aguarde usted, ¡con él me vengaré! ¿Acaso le conoce usted?

—Es posible.

—Pero ¿cómo será que Fee piense en un teniente de hulanos? ¡Si á lo menos fuese un húsar! pensó Catalina. He descubierto que la llave de la cajita la lleva colgada al cuello. ¡Si pudiera cogerla! En fin, veremos; ¡lo cierto es que no le perdono la noche de ayer!

Y con esta amenaza la traviesa niña de aquella encantadora familia echó á correr, formando un remolino de piernas encarnadas revueltas con dos brazos flacuchos, manos demasiado grandes, y además la faltriquera llena todavía de albaricoques.

—Parece un perro de caza extraviado, pensó Wendenburg así que hubo desaparecido aquella visión de brazos, de piernas y trenzas rubias.

Luego recogió del suelo su *Revista*, sacudió el hueso de albaricoque que estaba pegado á ella y suspiró:

—De manera que ha resultado engañadora mi creencia en hadas, dijo en voz baja para sí. Así es, en efecto. Lo que ocurre es leal y justo, pero difícil de adivinar sin la indiscreción de esta simpática Catalina. ¡Un teniente de hulanos! ¿Por qué no? ¿Cómo podría ser que esta flor, la más bella del país, pensase en mí? ¡En mil... repetía Wendenburg con espanto. ¿Y cómo se me ocurre que ha de pensar en mí?... ¿Por ventura habrá ya echado raíces hiriéndome profundamente un sentimiento de amor?... Hans, Hans, procura escapar del peligro... Una carta fingida puede disimular la fuga.

Empero la carta fingida no llegó, y Hans Wendenburg no huyó de los ojos azul de violeta que escondían tan profundo secreto. Bien se guardaría él de partir. A lo menos no por ahora. ¿Por qué, pues? ¿No es por ventura deber de un soldado aguantar el fuego sin temblar? Así razonaba Hans Wendenburg, porque no tenía idea del grave peligro á que se exponía. ¡Y cuán dulce y rápidamente transcurrían aquellos largos y hermosos días de verano! Desde muy temprano, cuando el rocío brilla todavía en los prados, aquellos paseos á su lado, montados en buenos caballos, eran una delicia. Luego, al caer la tarde, aquellas partidas de caza en el bosque verde y tranquilo, en las cuales casi siempre la condesa Fee guiaba el carruaje en que iban los cazadores; y por la noche, á la luz de la luna, permanecer á su lado en la terraza,

embalsamada con el aroma de las rosas, ó pasear por el parque siempre á su lado, ó sentarse frente de ella en la barquita que ella sabía dirigir con tanta fuerza y seguridad.

¿Quién hubiera pensado en alejarse de este país un día antes de lo fijado? ¡Y cómo pasaban los días con rapidez espantosa! Y cuando habría pasado el día 20, ¿qué sucedería?

Habría que volver al eterno y monótono servicio con los reclutas y las remontas, por ventura tan desgraciado y mal herido como el corzo al que días atrás no pudo acertar, porque, mientras apuntaba, la condesa Fee le había mirado como si sus ojos azul de violeta le dirigiesen una pregunta muda, pero tan elocuente, que su mano, antes tan segura, tembló y no supo apuntar bien. ¿Por qué aquella mirada? El pobre corzo había sufrido las consecuencias y él también, á pesar de que se pasaba desde la mañana hasta la noche convenciéndose de que su afán era una locura y una insensatez, pues no se acordaba del retrato del teniente de hulanos cuya llave llevaba Fee colgada del cuello.

Los días volaban á su lado como sólo pueden volar los días de verano pasados en el campo en agradable compañía, en completa libertad y sólo metidos los huéspedes en casa de vez en cuando en un día de lluvia. Entonces el conde, que hacía con gusto una partida, les decía: —Señores, un día á propósito para jugar al *whist*.—Y como esta era también la afición de Tiefenthal, se ponían á jugar con la condesa Theone. Wendenburg empezaba á jugar al treinta y uno ó al *piquet* con la condesa Fee, pero lo dejaban pronto, y él prefería acompañarla al piano y escuchar con embeleso cómo cantaba con voz fuerte y afinada canciones de Schumann ó de Schubert. Si, en efecto, era esto muy agradable cuando llovía, y el conde jugaba al *whist* con Theone y Tiefenthal. Por desgracia no sucedía á menudo, porque el verano era seco y hermoso. Sólo dos ó tres veces había llovido desde que los invitados estaban en Hellberg.

Aquella tarde, después de un chaparrón, cayó una pausada lluvia que puso preciosos el césped, los árboles y las flores. El conde estaba muy satisfecho, pues pensaba que si seguía lloviendo toda la noche sería un beneficio inmenso para los campos, y como Tiefenthal y Theone eran de la misma opinión, sentáronse los tres después de la merienda, á cosa de las cinco, á la mesa del *whist* para celebrar la lluvia con una buena partida. Ninguno se acordó de que dejaban solos á Wendenburg y á Fee. Es verdad que allí estaban miss Knickerbocker y Catalina. Empero la buena miss se dió prisa en aprovechar aquella tarde de libertad para retirarse á su cuarto, y Catalina corría por la casa pensando como siempre en hacer algún disparate, ó se iba á las caballerizas á limpiar ella misma sus jaquitas.

Sentóse Fee en el hueco de una ventana y se puso á plegar una pantalla para lámpara con papel de seda, mientras Wendenburg, fumando un cigarrillo, contemplaba con qué delicadeza se movían aquellos delgados dedos de marfil entre el papel color de rosa. En esto, yo no sé cómo fué, pusieron á hablar del castillo de Hellberg y dijo Wendenburg:

—Los castillos antiguos han tenido siempre para mí especial atractivo, sobre todo cuando tienen un cuarto de duendes, pues en los verdaderos castillos antiguos debe haberlo.

—Naturalmente, y así pasa aquí, dijo la condesa Fee defendiendo con toda seriedad el honor de su casa. Parece ser que un antiguo Hellberg mató á su mujer porque quería casarse con otra. Y ahora...

—Ahora, naturalmente, se aparece, dijo Wendenburg con convicción.

—No, ella es quien se aparece, la asesinada; él murió en Lützen y está allí enterrado, explicó la condesa Fee misteriosamente.

—Sí, pero ningún motivo tenía para aparecer, repuso Wendenburg.

—Vaya, replicó Fee. Él corre tras de ella por la noche, ella huye de él por los corredores

superiores y se encierra en el cuarto de la torre; él, empero, entra por una puerta secreta y la mata. Por esto el cuarto de la torre se llama todavía hoy *el cuarto de la sangre*. ¿No es verdad que causa terror? Y los que antes lo habitaron juran que oían el ruido cuando la pobre condesa huía por el corredor y echaba el cerrojo á la puerta del cuarto de la torre. Luego oían rechinar los goznes y pasos cautelosos... después un grito y un estertor... ¡ah! ¡No quisiera yo oirlo!

—¡Pues yo sí! replicó Wendenburg. Jamás he visto un duende, y soy como Hans, el del cuento, que quería saber muchas cosas. Tampoco he visto un verdadero cuarto de duendes en mi vida.

—Pues aquí puede usted ver uno tan bueno como el mejor.

—¿En seguida? ¿Ahora mismo?

—Por supuesto. Hoy con la lluvia tendrá un aspecto verdaderamente fantástico.

Y la condesa Fee se levantó y recogió su papel de seda.

—¡Catalina! gritóle á su hermana que acababa de entrar precipitadamente, corre y tráeme, del cuarto de papá, la llave del *cuarto de la sangre*. Se lo enseñaremos al señor de Wendenburg.

—¡Hurrah! así me gusta, exclamó Catalina encantada.

Y echó á correr para volver en seguida con una llave enmohecida y de forma anticuada.

(Traducido del alemán).

(Continuará).





Del Libro del corazón.—1874

(DE APELES MESTRES)

ESTO era un tiempo... y como á tiempo, lejos.
¡Qué suave el chorro de agua restallaba,
y entre la acacia el viento susurraba!
La noche... ¡santa noche!... era tranquila.
Bella, como un ensueño vaporoso,
en el fondo de la ancha galería,
ella, en tanto, leía,
con el codo en la mesa, y en la mano,
la cabecita hermosa, iluminada
por débil luz que el libro reflejaba.
¡Qué calma, qué reposo
mas dulce, al derredor! de tanto en tanto,
la mano, del cabello, retiraba;
la página volvía,
que sin rumor caía; y en la mano,
la cabeza, de nuevo, reclinaba.
Húmedos, con anhelo,
la acechaban mis ojos: yo decía:
— Es un sueño...— ¿Quién sabe si sería!

De las Marinas.—1876

(DE APELES MESTRES)

En la silenciosa calma de la mar
todo es luz y vida:
ni muerta hoja que el viento arrolla,
ni flor marchita.

Cuando una cerceta, volando, volando,
se pierde por alta,
llega su pareja, tiernamente chilla;
tampoco se pára.

Ni siquiera una ola, de su largo camino,
fatigada, reposa:
ni un aliento de brisa, que alejó la mañana,
al crepúsculo torna.

Y antes, ahora, y siempre, sonando potente,
el himno de vida...
¡ni muerta hoja que el viento arrastra,
ni flor marchita!

Traducidas del catalán, por
JOSÉ M.^a ARTEAGA PEREIRA.



SILUETAS MODERNAS

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

POBRE amigo mío!

Le quise y me quiso entrañablemente.

No he conocido á nadie que tuviera más talento, ni menos sentido común.

La realidad para él era una palabra vana.

Ganó mucho dinero y fué muy aplaudido. Jamás tuvo una peseta y le enterraron de limosna.

¿Vivió feliz? ¿Fué desgraciado? Difícil es contestar á estas preguntas: pero yo me inclino á creer en su dicha, porque pasó la vida en un mundo ideal, creado por su fantasía.

Fué en su juventud soldado de infantería, llegó á sargento, y ostentaba en el pecho la cruz de San Fernando, la cruz de los valientes.

* * *

¡MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ!

Desde que leyó un artículo de Selgas, sobre la vulgaridad de estos tres nombres, que cada

TOMO III.—42.

uno de por sí no significa nada y los tres juntos representan su ilustre personalidad literaria, estaba encantado, y no cesaba de repetir, ya que no las palabras, el pensamiento de aquel trabajo, tan ameno é ingenioso, como todos los que produjo el autor de *La primavera y el estío*.

¡Manuel! La mitad de los mozos de café tienen este nombre.

¡Fernández! Apellido propio de asistente.

¡González! En cualquier sitio público en que se pronuncie gritando esta palabra, vuelven la cabeza diez ó doce, creyendo que les llaman.

Pero júntense las tres voces, y al decir, Manuel Fernández y González, acuden al punto á la memoria: *El Cocinero de Su Majestad*, *Men Rodríguez de Sanabria*, *Los monjes de las Alpujarras*, y otras cien novelas celebradas.

Hay muchos Manueles y muchos Fernández y muchos González, pero no hay más que un Manuel Fernández y González.

Esto, sobre poco más ó menos, decía Selgas, y esto repetía mi buen amigo, con la vanidad, un tanto infantil, que le caracterizaba.

No sé si nació en Sevilla ó en Granada. Por lo menos en Granada pasó la niñez y parte de la juventud. Allí estudió (muy poco seguramente) y de allí salió con el fusil al hombro y la mente cargada de ilusiones, tan abundantes, que aunque toda la vida hizo de ellas enorme consumo no consiguió agotarlas.

Ya en Granada había publicado muchas composiciones, que desde luego le dieron fama de poeta de altos vuelos y exuberante imaginación.

Una vez en Madrid, comenzó á escribir á destajo novelas que le pagaban relativamente caras, los señores Gaspar y Roig, el editor don Miguel Guijarro y la sociedad Manini hermanos.

No aconsejaré á nadie que estudie historia en aquellos libros, calificados por su autor de *novelas históricas*, pero tampoco se puede negar que, por una intuición maravillosa, el infatigable escritor parecía adivinar las costumbres de otras épocas y los caracteres de sus personajes, hasta el punto de pintar cuadros llenos de verdad, siempre vigorosos y con un colorido admirable.

Como nada de esto procedía de la instrucción ni del estudio, hay que atribuirlo á una inspiración, capaz de justificar esta frase, que todos recuerdan haberle oído: — Yo no sé las cosas, pero las presiento.

Sus novelas de costumbres contemporáneas son muy inferiores á las que llamaba históricas, porque ni conocía la sociedad, ni tomaba para nada en cuenta nuestro modo de ser actual. Sus personajes, vistieran ropilla y calzaran espuelas ó se presentaran de frac y corbata blanca, eran siempre los mismos y procedían del mismo modo.

Así es que los últimos no pueden menos de resultar anacrónicos, ó mejor dicho, imposibles.

En estos tiempos de guardia civil y jueces de instrucción, don Juan Tenorio no pasaría de la primera, ó todo lo más, de la segunda aventura. Antes de que intentara la tercera se vería en un juicio oral, sentado en el banquillo, donde entre el Fiscal, los abogados y los testigos, averiguarían hasta la papiila con que le destetaron, y le pondrían de chupa de dómene.

Esto no lo podía comprender Fernández y González, y por eso los argumentos y los personajes de sus novelas de costumbres contemporáneas resultan inverosímiles.

Las obras que pudiéramos llamar de capa y espada — porque no me atrevo á llamarlas históricas — eran muy superiores.

Entre todas tengo por la más importante *El Cocinero de Su Majestad*, en que con muy

pocos personajes y una acción que se desarrolla en cuatro ó cinco días, le basta para entretener al lector haciéndole devorar un volumen nada pequeño.

Débase esto á que tenía la primera cualidad del novelista; una cualidad que no ha tenido ningún otro de los escritores que en España han cultivado este género, antes y después que él; la de ser un narrador admirable.

En este punto competía y lograba igualarse muchas veces con Alejandro Dumas, á quien reputo el primero de los narradores que ha habido en el mundo.

El que, sin noticia de la obra, coja *Los tres Mosqueteros*, y en el primer capítulo encuentre la estrambótica figura de Artagnan, montado en su rocín de color de naranja, no llegará de un tirón hasta la última página, porque el libro es muy largo y sería materialmente imposible, pero robará á sus ocupaciones, á sus placeres y hasta al descanso, todo el tiempo que pueda, para seguir aquella serie de aventuras, muy inverosímiles, pero muy dramáticas y muy interesantes. Y esto sucede á hombres y mujeres, mozos y viejos. Es incalculable el número de horas de sueño que han perdido millares de lectores por enterarse de los amorios de aquellas damas y de las arriesgadas empresas de sus galanes.

Este triunfo lo han conseguido, Dumas, casi siempre, y Fernández y González muchas veces.

No lo conseguirán jamás los novelistas que, no sabiendo dar interés á sus obras, lo han declarado inútil y superfluo y escriben esos libros pesados, incoloros y aburridísimos, llenos de descripciones interminables y de disertaciones enojosas, para pintar figuras que á nadie importa conocer, y borrar cuadros á los cuales viene como anillo al dedo el conocidísimo terceto:

y en este monte y líquida laguna,
para decir verdad como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.

Entre los narradores como Dumas y los novelistas de la escuela moderna hay una diferencia esencialísima. Aquéllos hacían pasar á sus lectores las noches en vela, y éstos les sirven para conciliar el sueño. Éstos son más útiles, pero aquéllos eran más agradables.

* * *

Fernández y González tenía una imaginación brillantísima y una memoria prodigiosa.

Como era tan corto de vista, que rayaba en ciego, tenía un amanuense á quien dictaba, y muchas temporadas, pareciéndole que el escribiente trabajaba muy despacio, tomaba un taquígrafo.

Entonces rara vez empleaba una hora en dictar diez y seis páginas de impresión.

Terminada la tarea, se guardaba el original en el bolsillo, iba á casa del editor, entregaba sus cuartillas, las cobraba en el acto, y de los catorce ó diez y seis duros que había percibido, apenas le quedaban dos cuando volvía á su casa, ya cerca del amanecer.

A lo mejor hacía los contratos más originales del mundo, y como no es seguro que supiera aritmética, pero sí que jamás había hecho un número, es inútil decir que siempre salía perjudicado.

Ocurriósele poner coche; no tenía un céntimo, fué á ver á uno de sus editores, y convino con él en que se lo comprase, obligándose á pagarlo en cuartillas, es decir, escribiéndole una novela.

Así se hizo en efecto; pero no pudiendo vivir sin cobrar diariamente lo que tenía por costumbre, buscó á otro editor y ajustó otra novela. Durante tres ó cuatro meses seguidos, estuvo produciendo todos los días dos pliegos de impresión, trabajo que hubiera sido imposible para cualquiera que no tuviese una imaginación inagotable como la suya.

Y ¿para qué le servía el coche? Para bien poco por cierto. A lo mejor le sucedía irse en él al café Suizo, donde solía pasar un rato todas las tardes, en el pequeño departamento llamado

la repostería. Como entonces no se permitía el tránsito de carruajes por la calle de Sevilla, dejaba el suyo en la de Alcalá. Se cansaba de estar en el Suizo, y si al salir se le antojaba volver hacia la izquierda en vez de tomar á la derecha, llegaba á la Carrera de San Jerónimo, y allí, sin acordarse de que tenía coche propio, se metía en uno de alquiler y se iba muy tranquilo á pasear por la Castellana. Cuando el cochero se cansaba de esperar, resolvíase á entrar en el café, preguntaba por su amo, le contestaban que hacía dos horas que había salido, subía al pescante, arreaba al caballo blanco que tiraba del vehículo y se marchaba á la cochera. Esto le sucedió, no una, sino muchas veces.

* * *

En diferentes ocasiones, y casi siempre con motivos tan fútiles como la compra del coche, tuvo que imponerse esos trabajos extraordinarios, porque su bolsillo era un pozo sin fondo, verdadera representación del tonel de las Danaides. Pero él no se apuraba. Su fecundidad asombrosa podía subvenir á todas sus necesidades sin ningún esfuerzo.

Recuerdo que en una mañana dictó á su taquígrafo el drama en tres actos *Padre y Rey*, que tuvo mal éxito, pero que está lleno de rasgos felicísimos.

Como la falta de vista le impedía leer sus cuartillas y hasta corregir las pruebas sin fatigarse mucho, llama la atención que compusiera al mismo tiempo dos novelas distintas sin confundirse. Acababa de dictar el pliego correspondiente de una de ellas y sin más que oír leer á su escribiente las dos ó tres últimas cuartillas de la otra, proseguía ésta sin el menor esfuerzo.

Acontecía algunas veces que en aquellos enredos tan complicados de sus obras se olvidaba de lo que había pasado á un personaje, y lo sacaba á la escena cuando había sido muerto y enterrado seis ó siete capítulos antes.

El escribiente, sin duda por el interés que aquel gran narrador daba á los asuntos, recordaba todo el argumento y le llamaba la atención.

—Don Manuel, que este personaje ha muerto.

—No puede ser.

—Sí, señor.

Y leyendo las galeradas de pruebas, le daba una fehaciente de su buena memoria.

—Es verdad, contestaba el escritor contrariado.

Y si á los cinco minutos no se le había ocurrido un medio de prescindir del difunto, decía al amanuense:

—Pues yo necesito que ese hombre viva. Nada... Escriba usted: *Capítulo tantos: De cómo don Gonzalo, á quien el lector creía muerto, estaba vivo y muy vivo.*

Y acto continuo inventaba un episodio, que era algunas veces de los más interesantes, para sacar de la tumba al difunto.

* * *

Como autor dramático tenía el defecto de todos los novelistas, cuando escriben para el teatro; olvidaba que los dramas y comedias han de ser esencialmente sintéticos, y que en este género de composiciones no se puede impunemente detener la acción ni entorpecerla con incidentes para que marche con rapidez y claridad al desenlace. A pesar de que su cualidad de gran poeta le ponía en peligro de hacer á sus personajes teatrales demasiado habladores, supo huir de este escollo, y sólo por excepción, incurrió alguna que otra vez en exceso de lirismo.

La de más alientos, entre sus obras dramáticas, es indudablemente *Cid Rodrigo de Vivar*, muy superior á todas las que en España y fuera de España han pretendido llevar á la escena al héroe legendario de nuestro Romancero. En él se inspiró Fernández y González, y supo arrancar á su lira valiente y entonada, acentos sublimes de poesía y grandeza.

Cuando el padre de Rodrigo cuenta á su hijo la ofensa que le acaba de inferir el conde

Lozano, abofeteándole, el mozo, ciego de ira, empieza por increpar al anciano autor de sus días, exclamando:

¡Quién su honor á viejos fía
si en algo tiene su honor!

Y cuando el viejo pregunta sorprendido:

¿Y quién eres tú que osado
así me amenazas fiero?

el joven le contesta con este grito del alma:

Yo soy mi linaje entero,
que en vos se ve mancillado.

El estreno de este drama, muy bien ejecutado por la compañía que dirigía don Pedro Delgado, produjo un gran entusiasmo, y cuando á la terminación del segundo acto, todos los escritores de Madrid entraron en el saloncillo á felicitar el autor, éste, en medio de los plácemes y abrazos de sus compañeros, se llevó aparte á dos de los más íntimos, y les dijo con la mayor tranquilidad:

—El tercer acto no tenéis que verlo.

—¿Por qué?

—Porque es malo; es un acto provisional. Cuando tenga tiempo escribiré otro.

A nadie se le ocurre dar á estrenar un drama con un acto provisional.

Fué muy aplaudido, sin embargo.

En él se encuentra aquella escena soberbia, en que Rodrigo se presenta al rey excusándose de no haber podido cumplir la pena que le impuso al desterrarle de sus dominios,

porque yo hago castellana
toda la tierra que piso.
Por necesidad batallo,
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo.

Efectivamente, algunos años después escribió el poeta otro tercer acto, en el cual apenas dejó del primitivo más que la escena á que me refiero.

Con esta, que no sé si llamar refundición ó enmienda, representó la obra Vico en el Teatro Español.

El éxito fué como siempre ruidoso, pero el nuevo tercer acto, aunque se aplaudió mucho, decae también con relación á los dos primeros.

Fernández y González se proponía rehacerlo otra vez, y quizás mi opinión le disuadió de ello. Una tarde que me hablaba de su propósito, hube de decirle con ruda franqueza:

—No te canses, Manuel. Tú te has estrellado donde se estrelló Guillén de Castro, donde se estrelló Corneille y donde se estrellarán todos los que traten este asunto. El Cid no tiene tercer acto posible, porque no hay medio hábil de casar á Jimena con el matador de su padre sin que la cosa resulte violenta y hasta repugnante.

Él me contestó, después de una breve pausa:

—Me parece que tienes razón.

* * *

Cuando se proponía imitar el estilo de los poetas del siglo de oro, lo hacía á maravilla.

Escribió una comedia de enredo titulada *Aventuras imperiales*, en que Carlos V, ocultando su nombre y condición, persigue á cierta dama de quien está enamorado, creyéndola doncella y libre, aunque se halla casada en secreto con un capitán de sus tercios. Hay una situación en que el emperador, sorprendido en la casa de su amada, quiere ocultarse en el aposento de la

dama, pero una criada, modelo de lealtad, le cierra el paso diciendo que aquella habitación es sagrada.

Enojado el galán pregunta con enfado si acaso está allí su ama, y la criada responde:

No tal, pero está su lecho,
y al lecho de mi señora,
mientras yo la esté sirviendo,
no ha de acercarse hombre alguno,
más que cuando enferme, el médico
cuando se case, el marido,
y cuando agonice, el clérigo.

Dígame si ese trozo de romance no parece copiado de Calderón ó de Lope de Vega.

* * *

El insigne poeta era un hablador incansable. Donde él estaba era difícil que hablara otro, y esto hacía que muchos le huyeran. A los que le oíamos sin impaciencia (y por mi parte declaro que casi siempre lo hacía con gusto) nos lo agradecía. ¡Cuántas veces, en época ya muy remota, hemos salido juntos del teatro, y después de pasar una hora en algún café, me ha acompañado á mi casa teniéndome parado en la puerta de la calle hasta las dos ó las tres de la madrugada, llamando la atención del sereno y de los transeuntes, cada vez más escasos, con sus voces estentóreas, porque todos los que le conocían recordarán que hablaba siempre á gritos!

Tenía fama de embustero y no me atrevo á decidir hasta qué punto era merecida. Si la mentira consiste simplemente en decir lo que no es verdad, pocos hombres habrán infringido tanto como él el octavo mandamiento. Pero si sólo miente el que dice lo que no cree, la cuestión es ya muy distinta. Manuel creía todo lo que decía y hasta se puede asegurar que era el único que le daba crédito. Se le acusaba de beodo porque era aficionado á las bebidas alcohólicas, y hacía buen consumo de ellas; pero tenía gran resistencia, y debo declarar que nunca le vi borracho de vino, en cambio le vi muchas veces borracho de palabras. Empezaba á hablar de cualquier cosa, de Rusia, por ejemplo. Al principio se refería á lo que le habían contado, pero poco á poco se iba exaltando y acababa por decir que había visitado las estepas, hacía con gran lujo de detalles la descripción de Moscou ó San Petersburgo, y relataba muy serio la conversación que sostuvo con el czar en uno de sus palacios. Como no hacía caso de las interrupciones, era inútil decirle que él no había visto ni siquiera Madrid, porque nunca salía de unas cuantas calles; seguía hablando y hablando, y mientras le duraba la exaltación estaba firmemente persuadido de que decía la verdad.

* * *

Hizo una excursión á Toledo, pasó ocho días recorriendo los monumentos de la imperial ciudad, y al regresar decía con candorosa ingenuidad:

—Siento haber ido. Era mucho mejor lo que yo me figuraba.

En estas palabras está retratado el hombre, siempre reñido con la realidad.

Por supuesto que aquel viaje no le perjudicó nada, porque muy pronto se olvidó del Toledo que había visto y volvió á reedificar en su fantasía el que había soñado.

* * *

Tenía gran afición á la política, considerándola sólo bajo el punto de vista novelesco. Todos los meses cambiaba de partido. El suyo era siempre el de los caídos. Amigo íntimo de Rivero, antes de la Revolución de Septiembre, se llamó mucho tiempo republicano. Pero cuando la reina Isabel cedió casi todo el patrimonio de la Corona en beneficio del Estado, se

entusiasmo con aquel rasgo y de la noche á la mañana se convirtió en el más ferviente monárquico. Entonces escribió á S. M. aquella carta admirable, que empezaba diciendo:

Reina y Señora, salud.
A vuestras plantas hoy llevo,
casi viejo, casi ciego,
y casi roto el latid.
De dónde vengo no sé;
adónde voy Dios lo sabe;
soy el viento, soy el ave,
un eco de algo que fué.

Y proseguía cantando el generoso rasgo en redondillas tan preciosas como éstas.

*
* *

Estaba verdaderamente convencido de su propio valer, y se declaraba superior á todos los escritores contemporáneos, con una seguridad tan candorosa, que dejaba de ser ofensiva.

La noche del estreno de *Padre y Rey*, que, como hemos dicho, tuvo mal éxito, entró en el salón del teatro del Príncipe, donde se hallaban muchos escritores, entre los cuales suponía (y con razón) que algunos celebraban su derrota. Colocóse en medio de la estancia y levantó la voz diciendo:

—El caballo de buena raza tropieza y se levanta. Sólo los pencos cuando caen se quedan en el suelo. Buenas noches.

Y se marchó arrastrando la capa y chupando el cigarro, que no soltaba nunca.

*
* *

Muy sensible á los estímulos del amor propio, agradecía el elogio y se dolía mucho de la censura.

Cuando ésta le llegaba á lo vivo, no dejaba nunca de vengarse con alguna frase ingeniosa, que muchas veces era sangrienta.

Se publicó en Madrid un libro titulado *Cabezas y calabazas*, que contenía las semblanzas en verso de muchos hombres notables en la política y en las letras.

Venía á decir la suya que sus obras eran buenas, pero que no era él sino el ron quien las producía.

A Manuel le dolió mucho, y como quiso su buena suerte que el mismo día en que se publicó el librito encontrara en el café Suizo á uno de sus autores, le gritó desde la mesa en que solía sentarse:

—Oye... Fulano, ¿por qué no bebes del ron que yo tomo?

*
* *

Un periodista de segundo orden escribió un artículo en que le maltrataba.

La primera vez que encontró á su autor en no sé qué reunión literaria, no pudo reprimir un movimiento de cólera, y levantándose de su asiento, se dirigió en ademán airado hacia el sitio que el ofensor ocupaba.

Pero al llegar junto á él, sin duda consideró al adversario poco digno de su ira, y mirándole fijamente de pies á cabeza, se contentó con decirle:

—¡Átomo!

Y le volvió la espalda en medio de las risas de todos, que habían llegado á temer una escena desagradable.

* * *

No he oído exageraciones más expresivas que las tuyas.

Salíamos una noche de no sé cuál de los teatros, donde se había estrenado una comedia muy mala, que el público dejó pasar con indiferencia.

Manifestaba yo mi extrañeza por el silencio de los espectadores, que ni siquiera con un murmullo, habían manifestado su disgusto, y me replicó sentenciosamente:

—El público no ha silbado esta comedia por no confesar que la ha visto.

* * *

Es muy conocida la anécdota concerniente á Revilla.

Le dijeron que este crítico había publicado en *La Ilustración* un artículo en que hacía el juicio del drama *Cid Rodrigo de Vivar*, y como el articulista no pecaba de blando, temió que hubiera censurado su obra, por lo cual, curándose en salud, preguntó desdeñosamente:

—Y ¿qué dice Revilleja?

Pero cuando se enteró de que el artículo era tan laudatorio, que en él se le comparaba nada menos que con Shakespeare, cambió al punto de tono y se apresuró á decir:

—No; lo que es á Revilla no se le puede negar que tiene talento.

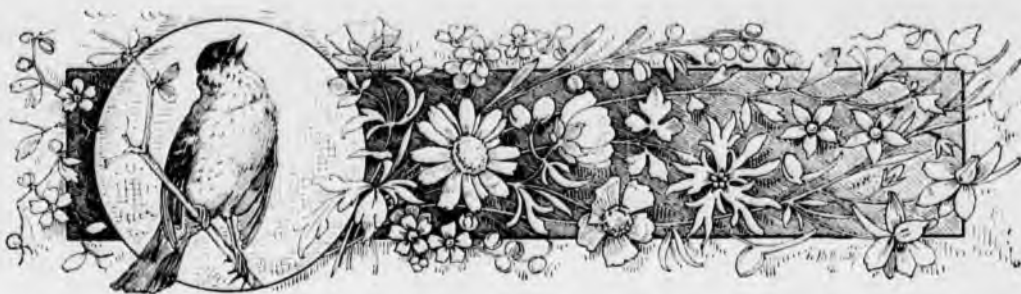
* * *

Después de la Restauración, cuando Manuel Fernández y González se encontraba ya en visible decadencia, y el gusto del público había emprendido nuevos derroteros, el conde de Toreno, que era ministro de Fomento, le señaló un sueldo de 4,000 pesetas, agregándole á no sé cuál de las infinitas comisiones que dependen de aquel ministerio.

Gracias á esto pudo librarse de morir en la cama de un hospital.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.





NUEVAS FANTASÍAS VEGETALES

No es á la verdad el presente año muy indicado para fantasías vegetales. Á pesar de ello, y ya que en otra ocasión hemos hablado de las lilas rosas y de la coloración artificial de las flores, daremos cuenta en este artículo de algunas otras novedades interesantes y curiosas.

Nadie ignora que en toda comida algo ceremoniosa se acostumbra indicar el sitio que ha de ocupar cada uno de los invitados por medio de una tarjeta que contiene el nombre del comensal, y que esta tarjeta se coloca, ya en la servilleta, ya en la copa. No cabe duda que este procedimiento es algo impropio, pues dispuesta de aquel modo la mesa parece la de un fisiólogo en que cada animal que se encuentra en observación debe colocarse en un sitio determinado sin que del mismo pueda apartarsele.

De hoy en adelante es muy posible que se abandone aquel procedimiento; en cada uno de los sitios en que deben colocarse los invitados se pondrá una rosa amarilla ó encarnada que contendrá el nombre de la persona á quien el sitio corresponda. La idea de convertir las rosas en tarjetas de visita no puede decirse que sea nueva, pero á causa de las dificultades que presentaba su fabricación se hacía imposible su empleo ó poco menos. Se había probado de escribir sobre los pétalos por medio de una tinta especial modificando la materia colorante de la flor; por este medio se podían trazar letras que resultaban muy claras, pero que tenían la desventaja de desaparecer, esfumándose hasta el punto de ser completamente invisibles.

Esta dificultad, como tantas otras, se ha resuelto por medio de la electricidad. El procedimiento es el siguiente: se toma una punta metálica que esté en comunicación con dos alambres en dos polos de una pila, y que por lo tanto atraviese por ella una corriente eléctrica. Dicha punta se emplea como lápiz y con ella se escribe en el pétalo de la flor. Á cada punto de contacto entre el lápiz y la flor, la materia colorante se descompone de

tal suerte que, al terminar la operación, el nombre que se ha escrito aparece con gran precisión en color blanco sobre el fondo rojo ó amarillo.



Rosa carta de visita

Conviene, ya que de flores se trata, indicar á nuestros lectores un experimento muy fácil de realizar. Tómese un cigarrillo encendido y acérquese la extremidad que contiene la ceniza á un pétalo de petunia y se

observará al instante cómo aparece en él una mancha verde muy acentuada. Si se repite varias veces la operación, se obtendrán flores matizadas del más raro efecto que pueda imaginarse. La explicación de este fenómeno es muy sencilla; como el humo es alcalino modifica la materia colorante de la flor. Pueden alcanzarse resultados análogos con la rosa encarnada, la hortensia rosa, el trébol, el cóchico, la escabiosa, la salvia y la vinca. Así como estas flores adquieren un color verdoso, la malva, el geranio Robert y la campanula toman un color azul. Las rosas y las capuchinas se vuelven negras. Con las flores amarillas no se obtiene ningún resultado, y las blancas, por lo regular, se vuelven amarillas.

Otro experimento curioso que también puede fácilmente practicarse, consiste en tomar una rosa blanca, sumergirla en rojo anilino pulverizado, sacándola luego y sacudiéndola con fuerza dándole algunos papirotazos. La rosa parece que ha vuelto a su estado inicial, pero si por medio de un pulverizador se le echa agua, al punto tomará un color rojo muy brillante.

La segunda novedad del presente año consiste en la planta llamada impropriadamente *reviviscente*, que se vende en París en las casas de artículos de curiosidad. Es la planta de la resurrección. En estado de desecación se presenta bajo la forma de un manojo redondo, hacia el centro del cual convergen todos los ramos encorvados en forma de báculo. Si se sumerge en agua la planta

entera ó tan sólo sus raíces, se desarrollan sus ramos y se le ve abrirse como si recobrara por completo la vida. Con este helecho se pueden hacerse varios juegos más ó menos divertidos. Se la coloca en la grieta ó hendidura de una roca y al momento aparece una planta espléndida, con gran sorpresa de cuantos lo ven, que no se explican esta germinación rápida.

Antes de terminar conviene llamar la atención sobre la planta higroscópica que poseemos, conocida con el nombre de *Rosa de Jericó*, á la cual se atribuye en otro tiempo toda suerte de propiedades. Se encuentra en los desiertos de la Siria y del Egipto. Arrancada de cuajo por los vientos, se encoge tomando la forma de un ovillo, junta sus ramos y raíces unas con otras, se deja arrastrar por los vientos del desierto, y de esta manera recorre grandes distancias. Cuando se detiene en un sitio húmedo, extiende de nuevo sus raíces, que absorben la humedad del terreno, devolviéndole de esta suerte la vida. De ahí proviene el nombre de *Anastática hiero-chuntica*, con que es conocida.

Por lo demás puede muy bien cualquiera observar las propiedades que presentan determinados tejidos vegetales al parecer muertos, de absorber el agua y luego moverse. Una piña abierta si se la sumerge en agua vuelve á cerrarse y un *erodium* se arrolla como si fuera un gusano cuando se le hamedece.

E. COUPIN.





El torrente de Pollensa

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

CRUZA la linda población de Soller un torrente impetuoso, cuyo cauce se halla contenido dentro de robustos paredones que constituyen una verdadera defensa para los edificios lindantes, especialmente en tiempo de lluvias, ó en las ocasiones en que experimenta fuertes avenidas, en las cuales sus aguas nada respetan, y arrastran envueltas en sus turbias ondas, piedras enormes, árboles y cuanto se opone á su corriente.

Las sombras ganaban paulatinamente las faldas de los montes, y el inmenso círculo cuyo centro, en cierta manera, ocupa Soller, hallábase ya sumido en la vaga luz del crepúsculo, cuando metido en mi galera descendía rápidamente recorriendo las sinuosidades del camino.

Cuando penetramos en la población los últimos rayos del sol enrojecían las elevadas cimas del Puig major d' en Torrella, el monte más elevado de la isla, que mide unos 1,500 metros sobre el nivel del mar.

Contados faroles, situados á notable distancia, y cuyas luces agitadas por la brisa lanzan una problemática claridad, iluminan débilmente las calles de la población.

Fatigado por la no interrumpida serie de emociones que había experimentado durante el transcurso del día, debidas á las numerosas maravillas que se ofrecieron á mi vista, dormíme puesto de codos sobre la mesa en que comí en la fonda de Monso.

El día siguiente, á las primeras horas de la mañana, me dirigí al puerto: una caminata de hora y media me bastó para llegar á él. Rodeado de escarpadas colinas, parece verdaderamente un estanque. Comunícase con el valle por medio del camino que acababa de recorrer, y con el mar por un sendero situado en la parte septentrional.

En sus aguas tranquilas se reflejan, como en un espejo, las ruinas de un antiguo castillejo y algunas construcciones.

Las montañas, las gargantas, los precipicios se hallan cubiertos de espesa vegetación de arbustos y maleza, y en el interior del puerto, impulsadas por los vientos del Septentrión y del Oeste, penetran las olas agitadas.

Cuando en 1232 abordó á estas playas el rey don Jaime, no existía habitación alguna. Según refiere la tradición, en este sitio se lanzó al mar sobre su capa san Ramón de Penyafort, para trasladarse á Cataluña huyendo la compañía del rey, que, sordo á sus consejos, no quería separarse de su amiga Teresa Alanyó. Temerario don Jaime de que su confesor llevara á cumplimiento sus amenazas, dió órdenes severas para que no se concediera pasaje en buque alguno á frailes ni á religiosos; mas el santo, dotado de esa fe ardiente «que todo lo vence», según sienta el cronista español que consigna el hecho, venció con ella el poder humano.

Las playas de Barcelona se cubrieron de numerosa muchedumbre ganosa de ver al que, protegido por el espíritu de Dios, flotaba sobre las aguas.

Los marinos de Soller muestran aún la roca sobre la cual se situó Ramón de Penyafort para solicitar el auxilio de la Providencia. Cerca de ella se ha construído una capilla que es muy visitada por los devotos navegantes.

En 1398 los mallorquines y las mujeres valencianas formaron una liga, que se llamó *la armada santa*, para limpiar el Mediterráneo de los corsarios berberiscos que lo infestaban. Éstos atacaron en Mayo de 1561 á Soller, pero fueron rechazados gracias al valor y poderosa energía de dos mujeres llamadas Francisca y Catalina Casanovas. En conmemoración de este hecho heroico se celebra anualmente, por este tiempo, una fiesta náutica popular que lleva el nombre de *la festa de las valentas donas*.

A uno de los lados del puerto se coloca un grupo de barcas que representan las fuerzas cristianas: en el opuesto se sitúa otro que representa el contingente moro. Dada una señal, de antemano convenida, se embisten y arremeten, en medio de espantosa gritería, acompañada de continuas descargas de armas de fuego, simulando todo un combate, del cual, como se deja entender, salen derrotados los moros, con grandísima satisfacción y aplauso de las huestes cristianas.

Al otro día llevé á cabo un agradable paseo por el camino que enlaza á Soller con Palma, y que por medio de numerosas curvas y revueltas conduce á la cima de un cerro muy elevado. Dicho camino bordea un torrente cuyo lecho árido, pedregoso y lleno de enormes peñascos, sombrea constantemente el pálido follaje de frondosos olivos. Las porciones brillantes de las hojas, heridas directamente por los rayos del sol, centellean con reflejos metálicos, á los cuales se une el tono brillante del fruto de los naranjos.

A veces una robusta y verde encina de tronco nudoso y retorcido extiende sus ramas sobre el torrente, formando un arco inmenso. Las avejillas dejan oír sus cantos volando de rama en rama por encima del seco cauce cuya deslumbrante blancura, contemplada á través de cenicientos olivos, comunica al conjunto la impresión de un paisaje fantástico, y á la vegetación una apariencia ideal.

Es Soller una de las poblaciones más importantes de la isla. Cuenta más de 8,000 almas. Sus mujeres gozan merecida fama de belleza, y todos, hombres y mujeres, en general, de dis-



MALLORCA.—CAMPESINOS (pág. 341)

cretos improvisadores de cantares, que versifican con asombrosa facilidad en dialecto mallorquín. Se me ha dicho que los abogados de más nota de Mallorca, de Soller proceden.

El antiguo castillo, cuya torre del homenaje se eleva sombría sobre las blancas casas de la población, fué construído con el propósito de que sirviera á la misma contra las incursiones de los piratas. Según una crónica había en él dos cañones y una bombardita, y constituían su presidio cincuenta soldados y un bombardero.

En la sacristía de la iglesia parroquial se conserva una Virgen profanada y maltratada por los moros, en una de las ocasiones en que entraron á saco la ciudad.

Aquí es donde he visto por vez primera mallorquines vistiendo su airoso, pintoresco, típico y antiguo traje. De edad avanzada, de buena estatura, de rostro apacible y enérgico al par, llaman poderosamente la atención por su vestido, compuesto especialmente de anchos y holgados calzones, que se repliegan más abajo de la rodilla, de chaleco y chaqueta con boto-



Torrente de Soller

naduras de metal más ó menos rico, y por el pañuelo con que ciñen la cabeza, cuyos picos flotan sobre la espalda.

Al mismo, que como se ve ofrece no poca semejanza con el que usan los griegos modernos, agregan en los días festivos un sombrero negro de anchas alas, y en invierno un balandrán de lana de largas mangas.

Esto respecto de los que son payeses ó propietarios rurales; los demás visten como en todas partes, sin más diferencia que un sombrerillo de más reducidas dimensiones, y una faja de seda carmesí; pero esto no todos.

Las mujeres son lindas en general, llamando la atención sus ojos negros, sus cejas perfectamente arqueadas, y su tez morena, siendo muy regulares las facciones de su rostro, en el cual brillan como rasgo distintivo la calma y la tranquilidad.

El traje es de lo más pintoresco que pueda imaginarse; una falda holgada, un delantal corto, un jubón ajustado, cuyas mangas llegan sólo hasta el codo, dejando ver el extremo de las de la camisa, que van abrochadas por botones de piedras, generalmente falsas, pero de muy vivos colores. Realza los encantos de su rostro el *rebocillo*, especie de toca monacal, que deja al descubierto todo el cuello y algo muy poco del seno, y el contorno de los hombros.

Cuenta Diodoro, que los primitivos habitantes de las Baleares iban desnudos, y que en los

comienzos de su civilización cubrían su cuerpo con pieles de animales. Algo de esto he podido observar aún en los pastores de Mallorca.

La isla, desde hace algunos años, hállase atravesada por una diminuta línea de camino de hierro, con un ramal que conduce á Manacor.

Desde Palma, donde había regresado, tomé el tren, que marcha con moderada rapidez, á causa principalmente de las muchas paradas que hace en el camino, por no ser pocas las poblaciones que cruza. Y aquí juzgo deber mio hacer constar la extremada cortesía de los empleados. No haya miedo que el revisor penetre en un compartimento sin saludar, y salga de él, cumplida su misión, sin dar gracias al viajero al tiempo de devolverle el billete. Se hacen un deber en ser amables, y el extranjero puede tener la seguridad de que será objeto de las mayores atenciones.

Había oído hablar de la hermosura de los almendros, y no obstante lo que me habían dicho de ellos, acostumbrado á los pequeñuelos y desmedrados que en Francia había visto, quedéme sorprendido por la robustez, la grandeza y lozanía de los que tenía ante los ojos formando verdaderos bosques.

Imagino el maravilloso espectáculo que debe ofrecer la primavera en Mallorca, con esas dilatadas llanuras materialmente cubiertas de nacaradas flores que sobre el fondo verde del follaje, y bajo el límpido azul del firmamento, se mueven y agitan como las aguas de un lago, al impulso de las auras impregnadas de perfumes.

Siguiendo la dirección noroeste se desarrolla la gran cadena de montañas que limita la costa hasta el cabo Formentor, soberbio, desnudo, rojizo, y cuyas cimas se pierden en el azul del firmamento.

Hacia su base, en la línea en que las estribaciones inferiores llegan á confundirse con la llanura, distínguense pequeños cerros y prominencias, sobre los cuales hay sembrados abundantes caseríos y santuarios antiguos, algunos de ellos en ruinas.

Pasamos á Benisalem, población antiquísima, pues su fundación se remonta al siglo XIII, rodeada de frondosos viñedos que gozan de gran nombradía, y de hermosos verjeles. Cuenta 3,000 habitantes. En la iglesia, construída de mármoles y jaspes procedentes de las canteras que existen en su término, se conserva un magnífico relicario gótico del mejor gusto. También se explotan en su territorio minas de lignito.

Sobre la suave pendiente de una colina cercana, se levanta la pequeña población de Lloseta, que dominan las escarpadas cimas de la sierra del Norte, de cuya antigüedad son testimonio diferentes medallas y otros objetos fenicios, cartagineses y romanos descubiertos en sus inmediaciones.

Otra de las ciudades más importantes de Mallorca es Inca, que cuenta 6,000 habitantes. Comunícanle singular atractivo las blancas aspas de sus molinos de viento situados en todas las eminencias, en tanto que en las quebradas cimbrean sus ramas elevadas palmeras. En la antigua iglesia parroquial, que lo es hoy de un convento de religiosas, se conserva incorrupto, no obstante los muchos años transcurridos desde que pasó de esta vida, el cadáver de una monja que gozó gran nombradía por sus virtudes y santidad.

Inca fué el centro de fabricación de las fayenzas hispano-moriscas conocidas con el nombre de mayólicas.

«El tipo más notable, dice hablando de ellas M. Jacquemart, lo constituye un plato que lleva las armas de la población, y se conserva en el museo de Cluny. Dicho plato, de vivísimos reflejos dorados, lleva en la orla en caracteres góticos algo borrosos, y por consiguiente de difícil lectura, la inscripción que se ve en la mayor parte de los platos de Valencia, *In principio erat Verbum*, bien que el artífice por distracción, ó por falta de conocimiento, escribió EVBAM en lugar de *Verbum*.» Idéntica inscripción deformada y retrógrada puede leerse en un notable vaso (anap) del museo del Louvre, cuyos principales motivos de ornamentación con-

sisten en delicada hojarasca que recuerda las hojas de helecho, y en elegantes tallos que terminan en flores radiadas, ó clavellinas, parecidas á las que se ven en los platos de procedencia valenciana. El plato de Cluny, el vaso ó copa del Louvre, y algunas otras piezas clasificadas en las colecciones, no son anteriores al siglo xv. Mayor antigüedad debe atribuirse á una placa, que lleva una santa Faz de dibujo muy primitivo, y de reflejos más pálidos; pero aun así no conocemos ejemplar alguno genuinamente árabe que remonte á los tiempos anteriores á la conquista.

La fabricación de Mallorca debió ser por demás abundante, por lo mismo que eran no poco extensas sus relaciones mercantiles, si es cierto, y nada lo contradice, que en el siglo xiv salían anualmente de sus puertos novecientos buques, de ellos algunos de hasta cuatrocientas toneladas. De aquí, pues, que el nombre de Mallorca, el más extendido de todos entre las naciones vecinas, haya sido considerado por muchos escritores como el originario que se ha dado á las lozas esmaltadas italianas. J. C. Scaligero, que escribió en la primera mitad del siglo xvi, se deshace en alabanzas respecto de los vasos que en su tiempo se fabricaban en las Baleares, comparándolos á las porcelanas de China, de las cuales los considera felicísima imitación, en términos, dice, «que es muy difícil distinguir las falsas de las verdaderas, puesto que ni por la forma, ni por el brillo les son inferiores las imitaciones de las Baleares, que les sobrepujan por su elegancia, tanto, que las vajillas que de allí proceden son preferidas á las de estaño que gozan de no poco predicamento. Las distinguimos con el nombre genérico de *majólica*, cambiando una letra del nombre de las islas Baleares, en las cuales, según común sentir, se fabrican las más perfectas y acabadas.»

El Diccionario de la Crusca es más explícito aún, respecto del particular, puesto que definiendo la voz *majólica* dice que la cacharrería lleva este nombre del de la isla de Mallorca, que fué donde primero se fabricó.

En lo que no cabe duda es en que las fayenzas de las Baleares, ya que no las más antiguas, eran las más abundantes, no siendo Mallorca el único centro de fabricación. Prueba de ello la tenemos en lo que decía Vargas en 1787 lamentándose de que se hubiese interrumpido en Ibiza la fabricación de aquellos famosos productos de fayenza, destinados no sólo á la exportación, sino también á atender todas las necesidades del consumo local.

C. V. DE V.

(Continuá.)



EL NIÑO MIMADO

CUADRO POR ANTONIO ROTTA

Es un poemita este cuadro. Un poemita campesino y á la vez un poema de familia. ¡Qué encanto hay en la cabeza y en toda la figura de la abuela, que acaba de romper el huevo para irselo dando al nieto, que es el niño mimado de la casa! La bondadosa abuela sopla el huevo para que el chiquillo no se queme los labios al probarlo, y el niño sigue con vivísima atención todos sus movimientos, ansiando por catar el deseado y delicado manjar. Bien dice toda la escena del cuadro que el muchacho es el ojo derecho de la familia y que para él se reservarán los mejores bocados, á fin de que se mantenga sano y regordete. La abuela será sin duda la que vigilará con mayor empeño para que así se haga, por el

natural amor que todos los abuelos profesan á sus nietos, amor que á veces, en lo cariñoso, se adelanta al de los mismos padres. El artista Antonio Rotta ha desarrollado el asunto con admirable verdad. Con una composición sencilla, muy bien razonada, despierta en seguida el interés del espectador, que fija la vista en las dos figuras y especialmente en las dos testas de las mismas. Ya hemos dicho que reunía peregrino encanto la cabeza de la abuela: por allá se va igualmente la del niño, y ambas nada dejan que desear en punto á dibujo. Con idéntico cariño se halla dibujado el resto del lienzo, que en conjunto descubre el estudio que Rotta ha hecho de las clases campesinas de Italia, patria del artista.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Véase *Siluetas modernas* (pág. 329).



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XIV

EXPLORACIONES

BUENAS manos habían tomado el pandero para tañerlo en obsequio de Paco Dulce. La interesada, huérfana de setenta años, era una profesora en el ramo de sortear escollos y tejer mallas para la pesca de dotes y voluntades, y en todos los golfos y estrechos de la corte tenía alcanzadas notables victorias. Muchos buenos y malos mozos habían caído, sin sospecharlo, en las redes que Pepita les tendiera, y existían en Madrid más de cuatro matrimonios que paseaban satisfechos su vanidad, sin que al marido ó á la mujer pudiera ocurrírsele

TOMO III. — 44.

haber sido objeto de granjería y que por la adquisición de su persona se hubiese pagado dinero contante y sonante lo mismo que se paga por un pavo real ó por una jirafa que ha de ir á aumentar las curiosidades de un parque.

Pepita entraba libremente y aun recibía agasajo en casa de don Roque Bermúdez, igual que le sucedía en otras muchas casas honradas y serias; porque la vieja tenía ángel, con su mónita especial y su proceder taimado inspiraba simpatía y lograba íntima franqueza en todas partes, y no se había dado el caso de que en ninguna se la considerase como dañina ó sospechosa, porque allí donde no había alguna intriga que explotar, la experta dama sabía mantenerse dentro del límite de la discreción urbana y de buen gusto, no cultivaba el enredo por mero é inútil amor al arte, y era una amiga muy agradable, festiva, culta, de buena sociedad, que alegraba las tertulias, y sobre todo introducía grande animación en los corros de las muchachas.

Cuando se dirigió al suntuoso hotel de la calle de Alcalá, era en él bien conocida la nueva de que Paco Dulce estaba de regreso. Lope Fuentevera había corrido á comunicárselo á don Roque, muy temprano de aquella mañana, y el enérgico y decidido banquero andaluz, al cual ya producía cansancio é impaciencias la desaparición del adversario, y que nada adelantaba en su lucha contra éste mientras no comenzase la refriega franca y reñida, así que se enteró de la novedad fuese á participarla á su hija.

—Ya está en Madrid, le dijo. ¿Sabías tú que había de llegar?

—Yo nada he vuelto á saber de él desde el día que nos separaste.

—¿Crees que viene dispuesto á conseguir su casamiento contigo?

—Así lo creo, porque me quería, es un caballero, y no me habrá olvidado.

—Empezarán ahora sus maquinaciones.

—Si tú continúas cerrándole el paso franco...

—No he de ocultarte que pienso combatirle por todos los medios.

—Sí; lo presumo. Ayudado por Fuentevera.

—Y tú, ¿qué piensas hacer? Háblémonos lealmente.

—Yo...

La niña, que estaba sentada en un confidente, junto al balcón de su camarín color de rosa, se levantó con viveza, tomando recia actitud, irguiendo la hermosa frente, entornando los ojos que hería en aquel instante un rayo del sol de otoño.

—Yo... dijo. Yo ¿qué pienso hacer? Pues, querer siempre á ese hombre.

—Con toda tu alma, ¿no es así? preguntó don Roque con tristeza y amargura.

—Con el alma y la vida, papá. Él es mi elegido.

—Y yo, ¿soy tu enemigo acaso? ¿Secundarás á ese hombre contra tu padre?

Blanca volvió á sentarse, cogió la mano de don Roque y se la besó conservando un buen espacio los labios unidos á ella.

Luego dijo:

—Tú eres mi padre, posees mi cariño y mi respeto, y no autorizaré nada que sea en tu ofensa.

—¿Ni contra mi autoridad?

—Ni contra tu autoridad. Querré á Paco toda mi vida, moriré con su nombre en los labios y en el corazón; pero no me casaré con él, no seré suya más que con tu consentimiento.

A estas palabras de Blanca, cruzó por la mente de Bermúdez un relámpago de alegría: en la llaneza y serenidad valerosa con que su hija le declaraba su actitud, el banquero veía reflejada, como en un espejo, la entereza de su propio carácter. A mayor abundamiento obtenía la certeza consoladora de que en la guerra de emboscadas y de labor subterránea á que se veía obligado, en ninguna ocasión se había de hallar frente á frente con Blanca, ni la mano de ésta podía descargarle un golpe en la oscuridad.

Don Roque besó á su hija en la frente y la retuvo entre sus brazos estrechándola con amorosísima ternura.

—¿No me presentas, pues, otra resistencia que la de negarte á desterrar de tu alma ese amor malhadado?

—Sí, papá; esa es mi sola resistencia.

—Está bien. Yo te haré ver y tocar que abrigas una pasión indigna de tí.

—Con afán estoy aguardando que me lo demuestres.

—¿Para renunciar á ese hombre y condenarle al desprecio?

—Ignoro lo que haya de suceder en el caso de que tus demostraciones me persuadan. Mira, papá; lo que estamos hablando en este momento, tus preguntas y mis respuestas, dan á nuestra conversación el tono y la solemnidad de una confesión. Quiero, pues, que sepas cuál es el estado de mi alma.

Desprendióse de los ojos negros de la muchacha, por debajo de las cejas espesas y fruncidas, toda una alborada de luz intensa, cernida, diáfana, en la cual parecía mecérse reposada y segura el alma que se asomaba para que el padre, entero y sereno también, la contemplase y la conociese. En las facciones tan bellas como vigorosas de aquella mujer, se descubrió al resplandor de aquella luz, la expresión resuelta del propósito franco en que se inspiraban las revelaciones que iba á escuchar don Roque Bermúdez.

—Oye lo que me pasa, continuó diciendo la niña. Durante estos meses que he vivido á solas conmigo misma, ignorante del paradero de Paco y sin que tú me hayas hablado para nada de él, he meditado mucho por ver si me era posible vaticinar cuál hubiera de ser en mi corazón el efecto de las averiguaciones que me tienes ofrecidas. Yo sigo, ante todo, creyendo que tú, papá, estás engañado, y que no conseguirás por ningún medio demostrarme que el hombre á quien adoro es un miserable. En este caso, ¡imagina tú con qué transporte de pasión he de ver á mi amado elevarse y salir de entre la niebla en que ha querido envolverle la calumnia!...

—¿Y si ves probado que no hubo calumnia?

—Entonces... Yo no sé... Ante todo, siento que continuaré amándole con todo mi aliento. Tú habrás querido mostrarme un miserable, lo habrás conseguido, y yo veré á un desgraciado; mi amor anhelante, vivo, embelesado, impaciente, quizás se convierta en algo menos ardoroso, en ternura, en piedad, en duelo del ser amante por la miseria del ser amado; pero dejar yo de amarle, eso no ocurrirá. No dejaré de quererle, ¿sabes por qué?... Porque yo llevo en mi alma incendiada la necesidad de amar. Antes de concebir el cariño por un hombre determinado, yo he soñado amores, yo he guardado pensamientos y ambiciones, yo he buscado al hombre para quien había de ser mi sentimiento virgen y á nadie revelado. Y ahora, después de habérselo consagrado entero á Paco, experimento que hay en mí un rubor y una altivez, los cuales no me permiten apartar mi corazón de ese hombre después de haberle amado, sentir un segundo amor después de haber enloquecido con el primero, y he de ser fiel al que era mi prometido, sin que yo sepa en qué habría de consistir esa fidelidad... ¡Qué sé yo!... En amarle siempre, á través de la distancia, de los obstáculos, de las tristezas, de la infamia; feliz ó desdichada, con alborozo ó con dolor, con fortuna ó con sacrificio, por embeleso enamorado ó por caridad piadosa y tierna. Necesito amar, y no quiero ni puedo amar más que una vez. Por eso te he dicho que, suceda lo que suceda, me moriré con el nombre de Paco en los labios y en el corazón.

A don Roque, cuya atención seguía minuciosamente las palabras de Blanca, parecióle que lo que ésta traducía con ellas no pasaba de ser un romanticismo de muchacha inexperta y vehemente. Pensó que todo aquel discurso de niña platónica, era muy sincero, pero también inspirado en imaginaciones muy leves que el viento rudo de la realidad disiparía indefectiblemente.

Separóse de su hija con el ánimo esperanzado y fué á preparar la campaña que con todo el valor se proponía seguir para desenmascarar á Paco Dulce.

Tales eran las disposiciones que reinaban en el hotel de la calle de Alcalá, cuando pasó sus puertas, con la misión diplomática y secreta de que se había encargado, la doctora de la calle de Belén.

Como amiga de confianza, la señorita de Alcuneza entraba libremente y á cualquier hora en las habitaciones de Blanca, y conversaba con don Roque en las horas del almuerzo y de la comida, amén de trabar con él afable conversación, siempre que le hallaba al paso ó por la noche cuando el banquero se dasocupaba.

Poco después del coloquio de Blanca con su padre, llegaba la embajadora de Dulce al gabinete color de rosa. Solía la vieja dama exornar sus diálogos y su trato con una exuberante faramalla de besos, abrazos y palabras lisonjeras, muy finas á la vez y muy cortesanías, que si bien adolecían del defecto de ser fingidas, no dejaban de regalar el oído. A Blanca, que por ser heredera rica, alcanzaba de la de Alcuneza una aparatosa predilección, tenía la afectuosísima huérfana perpetuamente enterrada entre piropos y ternezas, como se tiene una planta entre buen mantillo para que eche hermosas flores; y de cuando en cuando sabía, en efecto, la setentona galante, á fuer de hábil jardinera, sacar de esas flores muy lucidos ramilletes, pues gracias á la mediación de la niña, el banquero adelantaba el importe de la pensión mensual, cuando ésta gemía retenida bajo el poder de algunos de esos bienhechores que dan dinero sobre pagas á las clases pasivas y á los empleados inamovibles.

Entró, pues, la extremosa Pepita en el camarín de Blanca Bermúdez, derramando mieles y ambrosías por su boca, manantial de mentiras. Besó á la muchacha veces innumerables; magullóla sobre su corazón; la llamó hermosa, rica, gloria, tesoro;... alabóle el tocado, el vestido, los ojos, la cara, el talle y el pelo; manoseó los frascos del tocador, la borla, los cepillitos, los *bibelots*; luego sentóse y entró en materia. Poco le costó averiguar lo que deseaba. La esplendente franqueza de Blanca le salió al encuentro para dejarla plenamente complacida; aquella alma abierta al sol y al aire puro, se le mostró toda entera, sin una raya de sombra, sin un repliegue en el que pudiera quedar oculto un átomo de un pensamiento.

—Sí; amaba á Paco con la profunda y viva pasión de siempre. Quería ser suya, únicamente suya, y jamás la imagen seductora y querida de aquel hombre se apartaría de ella. Acababa de decírselo á su padre: viviría y moriría guardando fidelidad á Paco.

—¿Y la oposición de tu padre? preguntó Pepita.

—También sobre eso tengo tomado mi partido.

—¿Pasarás por encima de ella?

—No pasaré. Pero esa oposición podrá impedir que yo sea la esposa de Paco; que sea su constante enamorada, eso, ya sabe y comprende mi padre que no lo puede impedir.

Pepita se hizo en seguida cargo de que ese era el son al cual le correspondía bailar y cantar. Lo principal estaba en que el amor de Blanca subsistiese inquebrantable y resuelto.

—Esa es la semilla, se dijo en sus adentros, y ella germinará.

Lo demás era secundario, y por otra parte no había que combatirlo, porque constituía un acuerdo determinado de la muchacha, y Pepita sabía que ésta se aguantaba firme en todas sus determinaciones. Exhortarla á que conspirase contra la autoridad de don Roque, era perder el tiempo é inspirar á la vez recelos. La diestra señorita echó mano de toda su ficción de comedianta, y soltando la canilla de los elogios tributóselos á Blanca, copiosos y ardientes.

Muy bien hacia... El respeto á su padre era lo primero. Buena hija, ante todo... Estaba segura de que Paco lo aprobaría. Al cabo, no había de obstinarse el papá hasta el extremo de condenar á su hija á la desesperación.

—¡Sí, hija mía! exclamaba. ¡Eres una muchacha muy buena!... ¡Qué ejemplo das con tu

conducta á otras que se rebelan, y huyen, y se casan contra viento y marea! Me voy. Adiós, vida; adiós, prenda... cielo... encanto... ¡Delicia de tu Paco y orgullo de tu padre!

Otro turbión de abrazos y besos, y Pepita salió del gabinete. Allí ya no tenía más que averiguar, ni tampoco era aquel el campo donde se hacían necesarias sus labranzas. Separábase de la hija de Bermúdez sin haber nombrado á Paco más que dos ó tres veces, como incidente de la entrevista. Ofrecer á Blanca mediación, ayuda y confidencia, dándole á entender sus intimidades con el novio desahuciado, habría sido descubrir la empresa que Pepita realizaba y aspirar á una confianza vulgar muy poco oportuna en aquel caso.

Con quien tenía que habérselas la setentona, era con don Roque. Éste sí, tendría proyectos que convenía sorprender y disposición de ánimo cuyos efectos era preciso combatir.

Al despacho del banquero se encaminó Pepita, y aunque aquel era sitio vedado, en el cual se atrevía á penetrar muy de tarde en tarde, no lo respetó esta vez, y se plantó intrépidamente en presencia del anciano, después de haberse compuesto en el pasadizo, junto á la mampara, un semblante de tribulación que justificase aquella especie de asalto.

—¿Qué le sucede á usted? preguntóle don Roque al verle entrar agitada y descompuesta.

—Un asunto urgente, don Roque... Una consulta que he de hacerle... Un consejo que necesito de usted... Perdóne mi apresuramiento...

Y mientras repetía frases vagas, propinando de paso al banquero todo el caudal de adjetivos mimosos que poseía para los amigos acaudalados y con canas, Pepita fué incubando en su mente el pretexto que explicase su intrusión en el despacho y le diese pie para meterse en harina con don Roque.

Le explicó un apuro cualquiera, algo de un acreedor sin entrañas que la iba á dejar sin sus muebles, oyó el consejo de don Roque, encima le pidió á éste dinero, y una vez tuvo en el portamonedas el fruto del sablazo, fué inclinando la conversación hacia el punto capital que motivaba su visita.

Dijo al señor de Bermúdez, que acababa de ver á Blanca. ¡Qué actitud tan correcta la de la niña!... No cabía más docilidad ni más respeto á su padre, ni tampoco sacrificio más digno de recompensa.

—Porque, en medio de todo, charlaba aquella oradora taimada, la muchacha se sacrifica. ¡Si es un ángel!... Ella adora á ese pícaro, le adora; me lo ha dicho. Y á pesar de eso, ya ve usted qué resignada, sin querer dar un paso que no sea con la voluntad de su padre.

Y continuó auscultando á don Roque, con toda la atención y ciencia de un doctor.

—Afortunadamente, si la hija es un ángel, el papá es un santo, y éste no dejará que la pobrecilla se muera consumida por la pasión. Al fin y al cabo, ¿quién hace caso de calumnias?... Yo no sé los motivos por que se opone usted á la boda, pero supongo que serán rumores desfavorables para Paco Dulce. Mire usted, don Roque; ¡si eso es lo que sucede cada vez que se concierta un matrimonio! Las envidias rujen, las malas lenguas se disparan rabiosas. En fin, que yo estoy segura de que usted, don Roque, no ha de querer que su hija sea una desgraciada. ¿No es verdad que algún día dará usted su consentimiento?

Don Roque, que había estado oyendo á Pepita en silencio, se levantó de la butaca y adelantando la mano por encima de la mesa-despacho, dijo fría y solemnemente:

—Pepita, está usted muy equivocada. Ese consentimiento yo no lo otorgaré jamás.

(Continuará).

Tarde aprovechada



1.—Y que no hace buen día para buscar nidos.



2.—Uno y con pajaritos.



3.—Un poco más y arriba.



4.—Está esto tan difícil..



5.—Y tan difícil...



6.—¡. . . .!



EL color es la impresión que causan en los ojos los rayos luminosos que refleja la superficie de los cuerpos. Entre éstos los hay que reflejan todos los rayos luminosos y son *blancos*; otros los absorben ó destruyen todos y son los *negros*; por último, hay otros que absorben parte de los rayos y reflejan los demás, y tienen distinto nombre según el color que reflejan. De ahí que tal flor sea roja, azul ó amarilla porque refleja los rayos rojos, amarillos ó azules y al propio tiempo absorbe todos los demás.

Hay colores que se conocen con el nombre de *primitivos*, y son los seis del espectro solar: *violado, azul, verde, amarillo, naranjado y rojo*. También reciben el nombre de *colores simples*, porque no es posible por ningún medio descomponerlos en otros. Los colores simples tomados conjuntamente, producen la luz blanca; para que ésta se altere basta sólo uno de aquéllos; suprimiendo el rojo en el espectro y reuniendo los demás colores, se obtiene un tono azulado, el cual, mezclado con el rojo, reproduce el blanco. Se dice que dos colores son *complementarios* uno de otro, cuando de su mezcla resulta el blanco, y *colores compuestos* los que se producen por la mezcla de dos ó tres rayos distintos. Mezclando y combinando en varias proporciones los colores primitivos, se obtienen una infinidad de matices. M. Chevreul formó en 1851 un *círculo cromático* que contiene setenta y dos. Los *colores cambiantes* ó *irisados* deben esta propiedad al modo especial de recibir las superficies los rayos luminosos, pues cambian ó varían el reflejo á la vez que cambia de posición el objeto y por consiguiente en el ángulo que forman y que siguen cuando nos impresionan la vista. Este fenómeno lo presentan algunas mariposas, colibríes, el cuello de algunas palomas y algunas sustancias metálicas.

En pintura se da el nombre de *colores* á las sustancias colorantes, simples ó compuestas, que sirven para dar color á los objetos. Los pintores emplean cinco colores *fundamentales*, con los cuales se forman los demás y toda la inmensa variedad de matices. Estos son el *blanco*, el *amarillo*, el *rojo*, el *azul* y el *negro*. Los *blancos* se hacen comunmente con albayalde ó blanco de plomo, óxido de cinc, blanco de España, y con diversos yesos; los *amarillos* con los ocreos, goma gutta, amarillo de Nápoles, cromo, etc., los *rojos* con el carmín, el cinabrio, las lacas rojas, etc., los *azules* con el azul de ultramar, azul de Prusia, azul de cobalto, etc., el *negro* con negro de marfil, de carbón, de huesos, de humo, etc. Con estos colores se forman los *naranjados*,

violetas, verdes y grises, los cuales también se obtienen directamente por medio de sustancias naturales ó de productos químicos.

Los colores se han empleado para distinguir las diversas nacionalidades, así por ejemplo, en España empleamos el *rojo* y el *amarillo* en Francia el *azul*, el *blanco* y el *rojo*, en Italia el *verde*, el *blanco* y el *rojo*, en Inglaterra el *rojo* combinado con el *azul*, etc., etc.

Se llaman *colores teologales* los que emplea la Iglesia Católica en las casullas de los celebrantes en las misas ú oficios. Se usan los cinco colores siguientes: *blanco, verde, rojo, morado y negro*. El *blanco*, se usa en los misterios de Nuestro Señor, excepto el Viernes Santo; para las festividades de la Virgen, de los ángeles, confesores y vírgenes y de todos los santos y santas que no han sufrido martirio; el *rojo* para las festividades del Espíritu Santo, para los mártires y los apóstoles, excepto san Juan; el *verde* después de Pentecostés hasta el Adviento y desde la Epifanía hasta la Septuagésima, el *morado* se aplica en el Adviento, en la Cuaresma, en las cuatro temporas, en las vigiliass y en las rogaciones, y el *negro* se usa sólo en los oficios y ceremonias de difuntos.

En un espectáculo público que celebraba la juventud de Esparta, el presidente de los juegos colocó en el último sitio á Agesilas, el cual, á pesar de haber sido ya elegido rey obedeció diciendo: «Tanto mejor, de esta suerte demostraré que los sitios no honran á los que los ocupan, y que antes bien los hombres son quienes honran el sitio.»

Habiéndose enroscado una serpiente en la llave del aposento que ocupaba Leotíquides, los adivinos creyeron ver en ello un verdadero prodigio. Leotíquides les contestó:—No soy de la misma opinión: me parecería si un verdadero prodigio que la llave se hubiese enroscado en la serpiente.

Diógenes en cierta ocasión pedía prestada una mina (95 pesetas) á un pródigo.—¿Por qué á mí me pides una mina y á los demás tan sólo les pides un óbolo (12 céntimos)?—Porque espero, contestó Diógenes, que los demás me podrán dar dinero en otra ocasión, pero en cuanto á tí, sólo los dioses saben si podrás darme otra vez.

El rey don Alfonso fué uno de los más liberales monarcas de su tiempo; y habiendo dado á un amigo suyo benemérito una buena cantidad de dinero, le dijo:—



Con permiso de la Sociedad Heliográfica de Berlín.

ESTÍO

CUADRO DE C. VAUTIER

Ayuntamiento de Madrid



UN NOMBRE FAVORITO

POR

EUFEMIA VON ADLERSFELD

(CONTINUACIÓN)

Los tres subieron al primer piso, donde se hallaban los dormitorios y las habitaciones para los forasteros, y se metieron luego en un oscuro corredor que conducía á unas habitaciones que daban al Norte y que servían ahora de granero, pues ni aun estando la casa llena de cazadores se utilizaban, por tener bastante sitio para los huéspedes en la otra parte del castillo, reedificada á principios del siglo XVIII, después de un incendio que sólo había perdonado esta ala. El oscuro corredor conducía á la torre que coronaba el ala y que, cubierta de hiedra, entre altos árboles seculares, era imagen de remotos tiempos.

—Este es el «cuarto de la sangre,» dijo Catalina en voz baja arrimándose á su hermana, mientras ésta metía la llave en la cerradura, y al abrirse la puerta persuadióse de que sola ni aun la fuerza de diez caballos la hubiesen llevado allá.

—El aspecto fantástico bien lo tiene, exclamó Wendenburg así que hubieron entrado en el cuarto,— una pieza octógona con arrimaderos de madera de roble á la altura del hombro, cortinajes de terciopelo de Utrecht de un rojo vivo, ajados y arrugados, que pendían en algunos lados hechos jirones. Una chimenea, una cama con dosel adornada de rojas colgaduras, un gran armario, un par de sillas y una mesa, componían todo el mobiliario. Por una alta ventana, de vidrios pequeños y empañados, penetraba una incierta claridad en la estancia que olía á humedad.

—Había aquí, además, un delicioso cofrecito incrustado que me he apropiado, dijo la condesa Fee. Está ahora en mi cuarto.

—Y ¿no está encantado?

—Nada de eso. Este gran armario no se ha tocado de su sitio, y estas pinturas son los retratos de los dos duendes. Voy á abrir la ventana; no se ve de tanto polvo. Nadie entra ya aquí, y desde el tiempo de mi abuelo ninguno ha dormido en esta cama, pues una vieja tía se volvió loca de terror al ver el fantasma.

Mientras esto decía, la condesa Fee intentaba abrir la ventana, mas como estaba dema-

siado alta se subió á la tarima antes de que Wendenburg pudiese acudir á ayudarla, y allí se quedó con los encajes del cuello de su vestido de granadina cogidos en el pestillo de la ventana. Cuando Wendenburg llegó dos encajes estaban ya arrancados y con ellos un delgado cordoncito de seda negra, uno de cuyos cabos colgaba por entre los plegados de encaje que dejaban el esbelto cuello al descubierto.

—Una desgracia que puede repararse fácilmente, exclamó riendo la condesa Fee.

Y con el auxilio de Wendenburg se abrió la enmohecida ventana.

El cielo plomizo, de lluvia, no dejó penetrar más luz que la que ya había, pero aún así era suficiente para distinguir los retratos de los Hellberg.

—¿Dónde está la puerta secreta por la que entraba el amable esposo? preguntó con interés Wendenburg.

—Nadie la ha encontrado, contestó Fee. Papá y yo la hemos buscado muchas veces, pero en vano. En cambio, estas manchas oscuras en el pavimento atestiguan el sangriento suceso, y por ningún medio se ha podido sacar la sangre de estas tablas. ¿No es verdad, Catalina?

Catalina, empero, no contestó, por la sencilla razón de que no estaba allí. Había tenido miedo ó la expedición le había parecido fastidiosa, lo cierto es que se había eclipsado. La pareja del cuarto de los duendes no pretendió averiguarlo. Wendenburg se puso á buscar dónde podía hallarse la puerta secreta, y Fee se sentó al borde de la cama embelesada, hablando de toda clase de apariciones. El tibio aire de lluvia de verano, impregnado de raudales de aromas de rosas, entraba en el cuarto de la torre, mezclándose con el olor de la humedad, como si los espíritus benignos del presente quisiesen ahuyentar á los siniestros del pasado. Wendenburg, empero, hallábase á gusto en el cuarto encantado, y en honor á la verdad diremos que más se ocupaba de la rubia hada de vaporoso vestido negro, que más que sentada parecía suspendida al borde de la cama, que en la puerta secreta, que debía pertenecer principalmente al dominio de la leyenda. Aquella figura era de carne y hueso, palpable, una realidad encantadora, y los dos piecitos de hada, con zapatos bordados y medias de seda negra, que asomaban debajo del vestido, no pertenecían al mundo de los espíritus. Algo que aturdió debía haber en el aire, algo que turbaba el juicio y que puso á Wendenburg repentinamente fuera de sí.

—Condesa, empezó á decir, condesa Fee, yo... yo...

—¡Condesa! ¡Condesa! gritó otra voz.

Y el ama de llaves, haciendo una reverencia, apareció en el dintel de la puerta.

—La condesa me dispensará, pero el jardinero de la ciudad ha llegado y trae los dibujos para los nuevos cuadros del jardín, y como el señor conde no quiere dejar la partida de *whist*...

—Voy en seguida, dijo la condesa Fee saltando de su sitio. Que acierte usted con la puerta secreta, díjole á Wendenburg con una inclinación de cabeza.

—¡Váyanse al diablo los cuadros del jardín! pensó Wendenburg desconcertado y dudando si abandonaría también el campo. En la incertidumbre, continuó buscando todavía, pero siempre acercándose más á la ventana, que quería cerrar cuidadosamente antes de salir del cuarto encantado en la casa de los Hellberg.

De pronto oyóse una voz jadeante que decía:

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

La fugitiva Catalina estaba á su lado, llevando un objeto escondido en su delantal.

—¡Ah, sí! díjole él con indiferencia, conociendo ya las sorpresas de Catalina.

—Sí, contestóle ésta en voz baja: hace un rato, cuando Fee abría la ventana, el pestillo le ha arrancado el cordoncito con la llave que lleva siempre al cuello. La llave cayó al suelo á mi lado, y yo, sin descuidarme, la recogí de prisa, me fuí con ella al cuarto de Fee y...

—¿Y qué? repitió Wendenburg.

La traviesa chiquilla le había hecho bajar de su cielo de beatitud á esta misma tierra.

—Pues ahora tengo la llave y no puedo abrir la caja con ella, dijo Catalina lloriqueando

mientras descubría el objeto oculto en su delantal, el que consistía en un cofrecito achatado, cubierto de terciopelo rojo, descansando sobre unos pies barrocos de bronce dorado, y encima de la tapa una corona condal sostenida por unos genios deliciosamente cincelados, todo en bronce dorado y trabajado muy bien plásticamente; una pequeña maravilla de estilo rococo, que Wendenburg contempló con opuestos sentimientos.

—Esto es lo que sucede cuando uno se cuida de cosas que no le importan, dijo Wendenburg olvidando su acostumbrada amabilidad.

Pero ni Catalina notó esto ni comprendió tampoco la lección que encerraban aquellas palabras.

—¿Sabe usted cómo se abre esta cerradura? preguntó á Wendenburg.

—Sí, fué la lacónica respuesta.

Wendenburg conocía esta clase de cerraduras y sabía que sólo se abrían apretando un resorte cuando se daba vuelta á la llave.

—Pues no hable usted mucho y abra la caja, le dijo Catalina dándole prisa. Habrá diversión en la casa si podemos dar broma á Fee sobre el teniente, que guarda aquí como dentro de un relicario. Ayer volví á observarla por el ojo de la cerradura y vi cómo besaba el retrato. ¡Figúrese usted, besarlo! ¡Qué tontería! ¿no es verdad? Pronto, pues, antes de que vuelva Fee.

Wendenburg, sin embargo, no se ablandaba.

—Si los secretos de su hermana no le son á usted sagrados, usted se arreglará; pero á mí me lo son, díjole con aspereza.

—¡Cómo! dijo Catalina furiosa. ¿No quiere usted abrir el cofrecito ni ver el retrato?

—No. ¿Cuántas veces quiere usted que se lo diga? contestó Wendenburg con más viveza de la que era menester con aquella chiquilla.

—¡Bravo! repuso ésta prontamente; ¿de manera que usted también está embaucado con Fee? ¡horrible escarabajo es usted!

Quién sabe los piropos que la resentida Catalina hubiese sacado á relucir de su rico diccionario, si el hado no se le hubiese aparecido en la persona de miss Knickerbocker, que gritaba con voz aguda desde fuera:

—¡Catalina, Catalina! ¿Dónde está usted? Venga usted inmediatamente.

—¡Buen Dios! ¡la miss! murmuró Catalina, á la que el saludable espanto había hecho palidecer. ¿Qué hago con el cofrecito? ¡Tómelo usted mientras tanto!

Mas Wendenburg retrocedió delante de la pequeña maravilla como si fuese una víbora que le iba á picar, de manera que Catalina se puso fuera de sí de angustia y de cólera.

—No me la puedo comer, decía con voz ahogada. ¡Necio descortés que es usted!

Y pateaba, hasta que, poniendo los ojos en el armario, exclamó:

—Voy á meterlo aquí dentro. Luego vendré por él cuando vuelva á escaparme de la miss.

Dicho y hecho. Con la rapidez del rayo abrió la puerta del enorme armario de roble y dejó el cofrecito en el fondo.—En aquel instante se oyó un ruido especial, como si algo se soltase, y luego un estruendo como al caer un objeto pesado escaleras abajo.

Catalina retrocedió aterrorizada.

—Me he apoyado en el pestillo que hay aquí en el interior, éste ha cedido y me ha llegado al rostro un frío como de sepultura, dijo pálida de espanto.

—¡Catalina, Catalina, si no viene usted!... oíase gritar cada vez con voz más penetrante.

La amenaza coincidió con una pirueta de Catalina.

—Ni la fuerza de diez caballos me volverían á acercar á este armario, dijo.

Y haciendo una mueca á Wendenburg se fué corriendo.

Después que aquel torbellino se hubo alejado, Wendenburg permaneció un momento indeciso, mas luego metió la cabeza en el armario que había quedado abierto, retrocediendo involuntariamente en el mismo instante.

—Efectivamente, un frío como de tumba, la misma atmósfera de una sepultura, dijo con un estremecimiento.

Luego sacó una caja de fósforos de su bolsillo, encendió uno y alumbró con él el interior del armario.

—¡Diantre, la puerta secreta! exclamó maravillado al ver en vez del suelo del armario una trampa abierta que descubría una angosta escalera de piedra desde la cual subía aquel hálito glacial, misterioso y fantástico. Del cofrecito de la condesa Fee no se veía ni rastro. Estará abajo, naturalmente, pero ¿dónde abajo? pensó Wendenburg. Iré por una luz y veré si puedo, á lo menos, volver el cofrecito á la luz del día. He aquí descubierta la puerta secreta, y con ella tal vez la llave de toda la historia de los duendes. Se la busca desde hace doscientos años, quizás se ha llegado á consultar sobre el caso á algunos arquitectos, y ahora la descubre una chiquilla por casualidad. ¡Hay cosas muy notables en este mundo!

En estas reflexiones Wendenburg había llegado ya á su cuarto donde tomó una vela recién puesta y se volvió con ella al cuarto encantado. Allí examinó primeramente el mecanismo de la trampa del interior del armario, que era sencillo, hecho con habilidad y que se abría fácilmente. Catalina, al abalanzarse para dejar el cofrecito, había apoyado la mano izquierda en un botón de madera que ocultaba el resorte de la trampa; éste, con el cual ninguna mano había tropezado hasta entonces, había cedido á la presión y allí estaba á la vista la puerta secreta.

Wendenburg se metió cautelosamente con la luz en el armario y entró en la angosta escalera con barandilla que, perfectamente conservada, conducía abajo. El aire húmedo y glacial oprimía la respiración.

—Lo que es á flores no puede oler aquí, pensó Wendenburg con filosofía.

¡Paf! Un asustado murciélago frío y húmedo le pasó por el rostro.

—¡Diantre! gritó Wendenburg sacudiéndose el desagradable y sin embargo inofensivo animal.

Al fin se acabó la escalera en la cual había encontrado, además, algunos ratones, y lo primero que se ofreció á su vista fué el precioso cofrecito rococo, allá bajo, encima de uno de los peldaños, abierto naturalmente con la violencia del golpe, pero sin ningún desperfecto y... ¡vacío! ¿Por ventura se había equivocado Catalina con lo del retrato? No, allí estaba á dos pasos de distancia vuelto al revés.

Wendenburg hizo el propósito de cogerlo y volverlo á colocar dentro del cofrecito sin mirarlo, con un sentimiento especial en el corazón como mezcla de dolor y de indignación.

—También lloran los asnos, exclamó rechinando los dientes de cólera al asomarse dos abrasadoras lágrimas á sus ojos. ¡La quiero tanto, tanto! añadió con tristeza dejando correr libremente las dos lágrimas. ¡Tanto, tanto! repetía. ¡La quiero tanto y me sería tan necesaria en mi vida de constante lucha para labrarme una posición decorosa! Aquellos hermosos ojos azul de violeta y su dulce boca colorada me lo harían todo llevadero y agradable, y ella haría de mí un hombre modelo. Suerte tengo de hallarme en esta cueva; aquí puede uno, al menos, aliviar el corazón, añadió después de este primer desahogo. Arriba hubiese tenido que ocultarlo en mi interior y aun tal vez hubiera tenido que aguantar las bromas del importuno Tiefenthal, ó de la tontuela de Catalina. Aquí á lo menos nadie ve las amargas lágrimas que uno derrama, ni lo horriblemente que sufre el corazón... y... por lo visto, esta cueva está hecha expreso, exclamó asombrado al levantar la luz y mirar en derredor suyo.

Aquí, como arriba, la pieza era octógona, aunque muchísimo más baja y abovedada, y á los lados se veían sarcófagos de piedra y ataúdes de estaño, todos muy deteriorados y medio destruidos, y allí donde una puerta tapiada, á juicio de Wendenburg, debía conducir á la bodega del ala antigua del castillo, se hallaba medio escondido en un rincón un esqueleto.

—Prefiero volverme arriba, pensó Wendenburg, no á causa del esqueleto sino porque hubo de rechazar con energía á un ratón que le saltó encima del pie.

En aquel momento tropezó con un objeto de metal que á la luz resultó ser un antiguo puñal italiano, maravillosamente trabajado, con el puño de oro incrustado de piedras preciosas, y enmohecida y manchada la hoja de cuatro filos.

—Parece que al fin la historia de los duendes de Hellberg tendrá algún fundamento, pensó Wendenburg recogiendo el puñal y echando una furtiva mirada al tétrico rincón. Ahora metamos el retrato dentro del cofrecito y arriba.

Con precaución levantó el cofrecito del suelo, puso la luz en la escalera, se bajó para recoger el retrato, mas al punto volvió á levantarse con la sangre agolpada en la cabeza. ¿Qué significaba aquello? ¿No era su nombre, su propio nombre, escrito por él mismo, el que veía en la parte posterior de la fotografía?

—¡Cosa de duendes! pensó turbado y volvió á bajarse.

Pero no, el nombre continuaba allí, escrito en grandes y claros caracteres: *Hans, barón de Wendenburg!*

Sí, era su nombre, mas ¿estaba él en su cabal juicio? Tomó cuidadosamente el retrato, lo levantó en alto, y después de un momento de vacilación lo volvió del otro lado, ¡lo mismo que hubieseis hecho vosotros, amados lectores, confesadlo poniéndoos la mano sobre el corazón! Con mano temblorosa acercó el retrato á la luz. Era su propia imagen, él mismo con faja, casco y bandolera; triunfante, elegante y hermoso como el dios Marte, si uno acostumbrase á representárselo vestido de hulano. El efecto que esta excelente fotografía produjo en el original fué de un gran gozo al par que de asombro, pues Wendenburg hubo de sentarse en la húmeda escalera mirando siempre como fascinado su retrato. ¡Su retrato! Y éste no se transformaba, reproducía su imagen sin ningún arte mágico; en una palabra, era verdaderamente su retrato.

¿Sería, acaso, una broma pesada de Catalina? No, su afán era demasiado verdadero, y su grosería demasiado natural. Sí, aquel retrato era el suyo. Había mandado hacer seis, de los cuales había dado uno para el álbum del regimiento, tres á sus amigos, uno al comandante y otro se lo había quedado para él. En cuanto á su nombre, estaba seguro que sólo lo había escrito en el del comandante, por consiguiente el demonio debía de andar en este juego, pues no se atrevía á imaginar la feliz realidad que le hubiese vuelto loco. ¿No había dicho Catalina que Fee había besado el retrato? Efectivamente, parecía como si un aliento tibio hubiese quitado en algunas partes el brillo de la prueba.

—¡Oh, Catalina, desconocida perla de medias encarnadas y lenguaje de lacayo, á su debido tiempo recibirás carta blanca para la casa del confitero hasta que tu estómago diga ¡basta! lo cual equivale á decir por tiempo incalculable! Ahora, arriba con el tesoro que he encontrado; la partida de *whist* debe continuar probablemente y la oportunidad de dar el asalto es demasiado buena para que la deje escapar un buen oficial de caballería.

Con esta buena resolución levantóse Wendenburg con los miembros algo molidos de haberse sentado en la escalera, é iba á meter el retrato en el cofrecito cuando oyó una voz arriba. Apresuróse, pues, y tomando el cofrecillo debajo del brazo izquierdo y la luz con la mano derecha, empezó á subir las escaleras. A los pocos peldaños oyó más distintamente la voz, que era la del ama de llaves que hablaba consigo misma.

—Por supuesto, meterse por todos lados y dejarlo todo abierto, decía regañando. Esto es lo que hacen los señores, y nosotros tenemos luego el honor de ponerlo en orden. ¡Qué es lo que vienen á buscar en este condenado cuarto! ¡Luego puede una atreverse á venir sola para exponer el cuerpo y el alma! ¿Para qué está abierto este armario! ¡También esto es sospechoso! ¡Cerrremos! Crac, y se cerraron las puertas del armario.

Wendenburg oyó como daba vuelta á una llave chillando, y presa de un triste presentimiento subió tan de deprisa como pudo las escaleras, gritando, pero la voz ahogada y el ruido

que salían del fondo del armario, debieron ser mayor motivo para que la gente de la casa se apresurasen á abandonar el sitio, pues Wendenburg creyó oír cerrar otra puerta, echar una llave, quedando luego todo en silencio, el silencio de la muerte.

—Bonita cosa, pensó Wendenburg sintiendo correr un frío por todo su cuerpo. Días y años se pasan sin que entre un alma en el cuarto encantado. ¡A esto se le llama ser enterrado vivo!

Ante esta idea hubo de apoyarse contra la pared, pues iba á desvanecerse, mas al momento se serenó.

—¡Qué insensatez, todavía no se ha perdido Polonia! pensó Wendenburg haciendo un llamamiento á todo su optimismo. Primero: esta vela durará cinco horas y tal vez seis. Segundo: procuraré hacerme oír gritando. Tercero: el amable esposo de la condesa fantasma debía entrar en el cuarto pasando por el armario cerrado. Cuarto: puedo probar de hacer saltar la cerradura con el cortaplumas y con este puñal. Y quinto... quinto, es de suponer que volverá Catalina á recoger el cofrecito robado. Son, pues, cinco probabilidades. ¿Apostemos á que alguna se realiza?

Y silbando el conocido vals: *¡Oh qué día, oh qué día, oh qué día el de hoy!* acabó de subir la escalera y buscó ante todo el pestillo que sujetaba las puertas por arriba y por abajo. Empero tuvo que renunciar al momento á esta probabilidad, pues los pestillos estaban, según la antigua usanza, escondidos por la escultura y colocados al exterior. Buscó entonces alguna raja del armario, pero después de haber examinado durante una hora entera cada plafón, cada varilla y todos los rinconcitos imaginables, nada encontró. Llegó el turno á la cerradura, mas aquellas sólidas cerraduras antiguas no son un juguete y Wendenburg conoció en seguida que no haría más que exponerse á romper su cuchillo. Entonces se puso á gritar como un sacamuelas hasta que se fatigó. Su magnífica voz de mando resonaba sin ser oída como si la cueva se tragase las ondas sonoras, y oía su voz abajo en la bóveda, como si el infierno mismo se burlase de sus esfuerzos por verse libre del encierro. Además, si Catalina no venía á buscar el cofrecillo, ya fuese por temor al cuarto de los duendes, ya porque temerosa del castigo por su hazaña la negase ó la callase, entonces todavía le quedaba el recurso de romper con su excelente cuchillo y el puñal uno de los tabiques de las puertas. Sin embargo, quería aguardar. Catalina vendría tal vez cuando todos se hubiesen acostado. Apagó por de pronto la luz á fin de economizarla para el trabajo de los tabiques y se puso á esperar á Catalina.

—¡Quizás el diablillo no vendrá hasta por la mañana temprano para no entrar de noche en el cuarto de los fantasmas!—Casi era probable que no vendría hasta mañana por la mañana. ¡Bah! todo lo que podía sucederle era pasar una mala noche. ¿Por ventura no había pasado otras en el vivac con un tiempo de perros? ¿Cómo, pues, no pasaría una noche en una cueva con los murciélagos y los ratones? ¿Pero si después de todo no viniese nadie, y estuviese realmente allí enterrado en vida, condenado tan joven y lleno de esperanzas y goces de la tierra á una muerte horrible? Mas Catalina vendría. ¡Si á lo menos viniese Catalina!...

(Continuará).

(Traducido del alemán)



LOS CONEJOS DE AUSTRALIA

Una ciudad invadida por conejos. — Origen de esta plaga. — Las devastaciones. — La proposición de M. Pasteur. — Un magnífico experimento. — Una tontería. — Comercio de las pieles. — ¿Quién sabe?

Los lamentos de los habitantes de la Australia aumentan cada año; su país, tan fértil en otro tiempo, no tardará en convertirse en un inmenso desierto á causa de los grandes destrozos causados por los conejos. Nada menos que una población de 1.500 habitantes, Wilcamia, acaba de sufrir una invasión de estas tropas de roedores. Los tenderos se han visto obligados á defender las puertas de las tiendas colocando centinelas en ellas. Los muchachos callejeros persiguen á los conejos y los matan á pedradas; los muertos se cuentan por millares, y el alcalde se ha visto forzado á establecer un servicio especial para quitarlos de las plazas. Con lo dicho se comprenderá la extraordinaria importancia que tiene aquel terrible azote.

Por cierto que los australianos en el pecado llevan la penitencia, pues enriquecidos con la guerra de Secesión, no sabiendo cómo matar el tiempo, ocurriéndoseles á los colonos de aquel país la desdichada idea de formar vedados para la caza, poblándoles con conejos traídos de Europa. Estos roedores, ya muy abundantes en nuestro continente, encontraron allí condiciones tan favorables á su existencia, que se reprodujeron de un modo asombroso, hasta el punto de que en tres años una sola pareja pudo contar catorce millones de descendientes. Este enorme aumento fue causa de que los conejos salieran fuera de los vedados, invadiendo poco á poco los campos y avanzando unos cien kilómetros cada tres años. Son voraces en tal extremo que devoran cuanto pueden alcanzar, las hierbas, los árboles y las raíces. Cuando han devastado una región, lo cual realizan con rapidez maravillosa, pasan á las haciendas vecinas, donde no tardan en destruir por completo todo cuanto podría ser útil á la cría del ganado. Confiados, por otra parte, en su gran número, no se preocupan poco ni mucho de los hombres, quienes, por más que hagan, apenas si pueden lograr una disminución en el ejército de los roedores.

Hace seis años que el gobierno de Australia, inquieto por semejante estado de cosas, ofreció un premio de 650.000 pesetas á la persona que diera á conocer un método para exterminar de una manera eficaz á los conejos, con la condición de que resultara inofensivo para los caballos, carneros, camellos, cabras, cerdos, etc., etc. En vista de ello, M. Pasteur propuso comunicar á los conejos una terrible enfermedad epidémica, «el cólera de las gallinas.» «Hasta el presente, decía, para destruir el azote se han empleado sustancias minerales, particularmente combinaciones fosfóricas. Empleando estos medios para destruir unos seres que se propagan según las leyes de una progresión espantosa, se ha procedido erróneamente. ¿Pueden dar resultado los venenos minerales? Es verdad que éstos matan en el acto y en el sitio donde se han colocado; pero para exterminar seres con vida ¿no es mejor un veneno dotado, si se me permite la frase, de vida, y que como ellos pueda multiplicarse con una fecundidad espantosa? Opino, pues, y es mi deseo, que se busque un modo de llevar la muerte á las madrigueras de la Nueva Gales del Sud y de la Nueva Zelandia, procurando comunicar á los conejos una enfermedad que pueda convertirse en epidemia. Existe una que se conoce con el nombre de «cólera de las gallinas» y que ha sido objeto de repetidos estudios hechos en mi laboratorio. Pues bien, esta enfermedad es también propia de los conejos, y entre los experimentos que he practicado, se cuenta el siguiente: encerré en un recinto un regular número de gallinas, y procurándoles una alimentación que contenía el microbio, que es la causa del cólera de las gallinas, no tardaron mucho tiempo en morir. Me figuro que lo mismo acontecería con los conejos, y que al entrar en sus madrigueras y muriendo en ellas, comunicarían la enfermedad á los demás, que á su vez la propagarían sucesivamente.

Para demostrar esta proposición valiéndose M. Pasteur

de un experimento muy convincente. La señora viuda de Pommery poseía en Reims, junto á las bodegas del vino de Champagne, un cercado de ocho hectáreas completamente cerrado por una pared. Puso allí gran número de conejos que se multiplicaron abundantemente, y socavaron tan hábilmente el terreno que á la señora Pommery le resultaron infructuosas todas las tentativas que hizo para exterminarles. Entonces fué cuando se le ocurrió invitar á M. Pasteur á que practicara en aquel cercado los procedimientos que había aconsejado para destruir los conejos de la Australia. Al efecto se roció un montón de alfalfa y heno con un líquido que contenía el cultivo reciente del microbio del cólera de las gallinas y se dió como pasto á los conejos: algunos días después aquellos roedores, cuyo número, según cálculos, excedía de mil, habían muerto.

Era de esperar, pues, que después de tan brillantes resultados, y en vista de la autoridad científica de M. Pasteur, no vacilarían un momento los australianos en emplear el procedimiento de destrucción indicado, y sin embargo, temiendo que perecerían al propio tiempo

sus rebaños y aun que constituiría tal procedimiento un verdadero peligro para la salud pública, no lo emplearon.

Atiéndase que M. Pasteur aseguró muy formalmente que la enfermedad era inofensiva para los animales domésticos de las granjas, con excepción de las gallinas, pero no pudo convencerles. Ahora los australianos se lamentan y tal vez se arrepienten de no haber seguido el consejo de aquel ilustre sabio.

Es digno de observarse, por último, que los australianos obtienen con el comercio de pieles de conejo algunos rendimientos que desgraciadamente no compensan las pérdidas sufridas por la agricultura. Dicho comercio es, sin embargo, de suma importancia, pues en el espacio de diez años la sola colonia de Victoria ha vendido 29.000.000 de pieles. Se ha intentado también la exportación de conservas de carne de conejo; pero desgraciadamente no ha dado buen resultado, porque los consumidores temen que la carne se halle impregnada de venenos empleados para exterminar aquellos animales.

ENRIQUE COUPIN.





L' HERÉU ESCAMPA



LA PUBILLETA

BUSTOS EN TIERRA COCIDA POR CELESTINO DEvesa

Ayuntamiento de Madrid

LA ROSA



RA en Mayo del año 1283.

Los dorados rayos de un sol de primavera bañaban en un mar de luz la Vía del Corso, centro entonces de Florencia. El aire fresco y diáfano no ostentaba aún el azul profundo del estío, pero en sus ondas suaves y ligeras, que inundaban los techos apuntados de las mansiones patricias y las torres y cúpulas de la orgullosa ciudad, había algo indefinible que halagaba la fantasía. Resonaba en lo alto el canto de los pájaros ocultos á la vista, llegaba á ratos de los jardines próximos el grave rumor de los árboles acariciados por el viento, luego volvía á reinar en torno aquella soñadora calma llena de apacible suavidad y de primaveral encanto. De vez en cuando pasaba silencioso un monje con las manos cruzadas piadosamente sobre el pecho, y pendiente el rosario del cordón que le rodeaba la cintura. La figura gris se deslizaba como una sombra, y sobre aquel tono oscuro se destacaba el blanco inmaculado de las palomas que en bandadas descendían con timidez desde las cornisas de la Signoria, con tanto silencio, que parecían no querer turbar la paz de la ciudad sumida como en un sueño de primavera.

Ante la casa del panadero Folco Portinari, situada próximamente en el centro de la Vía del Corso, se hallaba parado un joven, cuya esbelta figura cubría un traje negro y ceñido al cuerpo, como acostumbraban á llevar los que cursaban estudios superiores. Esperaba á alguien: estaba de pie, inmóvil como una estatua, con la vista fija en un rosal florido, cubierto de grandes rosas abiertas que esparcían un aroma embriagador.

Un hombre de más edad, vestido con el traje negro de un rico patricio, se acercó al joven lentamente y con la vista baja. Llevaba en la mano un escrito en el que parecía ir leyendo. Algunos pasos antes de llegar al joven se paró á observarle atentamente con triste sonrisa. El otro se encontraba tan abismado en sus cavilaciones que no advirtió la presencia del recién venido. Al alzar la vista, se adelantó á él con viveza, y alargando la mano hacia el escrito, exclamó:

- ¡Guido mío!
- ¡Más calma, Durante! contestó Guido levantando el escrito sobre su cabeza, más calma.
- Ya sabes que ardo en impaciencia.
- ¡Naturalmente! ¡Los amantes arden siempre en impaciencia!
- ¿Te burlas de mí?
- No, amigo mío, pero dudo que mi respuesta pueda contentarte. Me he formado una opinión acerca del amor muy distinta de la tuya y la de Cino.
- Y distinta también de la de Dante de Maiano, le interrumpió su amigo; ya lo sé. Pero

dame esa hoja, haz el favor. Tu respuesta es la que más puede satisfacerme. Toma en cambio,— y la sacó del bolsillo,—la de Dante de Maiano. Habla del amor en términos casi ultrajantes; su opinión es tan baja como el horizonte mismo de su alma. Pero trae tu respuesta, que ardo en deseos de verla.

Mas Guido Cavalcanti siguió teniendo sujeta sobre su cabeza la hoja tan codiciada. Su sonrisa se había desvanecido, y un velo de melancolía se extendió por su rostro.

—Créeme, Durante, amigo mío, tampoco mi contestación va á satisfacerte. ¡Cuántos hay aún que están por la constancia del amor! ¡Y de qué manera tan distinta piensa cada cual sobre ese sentimiento que llamamos amor! Para Cino es mera copia, para Dante de Maiano un juego de estúpida é insignificante pasión, para ti ardoroso impulso del corazón, para mí asunto de la razón fría. El blanco de mis amores es la filosofía; esta es la suave cadena que me tiene sujeto. Ahora bien, ¿cuál de nosotros posee la verdad?

—¡Tu respuesta, Guido, tu respuesta es la que quiero ver!

En el mismo momento en que Guido entregaba al impaciente la contestación á su soneto, se abrió la puerta del jardín de la casa de Portinari. Dos damas, ya de edad, de aspecto grave, vestidas de seda, pero sencillamente, y una esbelta joven toda de blanco, salieron de él. Los dos hombres se apartaron inclinándose profundamente. Las damas saludaron con aire altivo y desdeñoso, pero la joven bajó su hermosa cabeza, y el carmín de su rostro, casi transparente, subió de punto haciéndola parecer la más bella de las rosas. Tímida como una cervatilla, alzó los ojos de un azul profundo, pero sólo un instante, luego continuó su marcha entre las dos damas.

—¡Qué humilde es mi señora y cuán amable! murmuró el amigo de Guido Cavalcanti.

Un amor sin límites resplandeció en sus ojos, y una admiración casi idolátrica transfiguró sus pálidas facciones.

Guido, de más años y más calma que Dante, se hallaba también profundamente conmovido. Poniendo la mano sobre el hombro del joven repitió con tristeza los últimos versos de uno de sus sonetos:

*Un spirito soave, e pien d' amore,
Che va dicendo all' anima: ¡Sospira! (1)*

En seguida desapareció por un callejón próximo.

Durante ó Dante Alighieri quedó silencioso con la mirada fija en la celestial aparición. Aún la divisaba flotando como un ángel aquella *creatura bella di bianco vestita* (2), como un lirio entre dos tallos grises y mustios. Se fué alejando como una llama errante, y entonces parecióle al poeta que todo aquel esplendor primaveral de la naturaleza, que todo el color antiguo de la sombría ciudad, que todos aquellos aromas, aquellas galas, aquella luz no eran más que el marco en medio del cual aparecía ella sonriente, teñido el rostro de delicado rubor, conmovidos sus ojos insondables, en los que brillaba la piedad del amor más sublime. En aquel momento sonaron las campanas en el Duomo. Una bandada de palomas asustadas revoloteó alrededor de la cabeza de la joven formando una aureola, y no la abandonaron hasta que pisó los umbrales del Duomo, cuyos sillares parecieron palpar de gozo.

—*Ecce Deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi*, suspiró, como sobrecogido por una visión, Dante Alighieri.

—¡Ah, messer Durante! exclamó una voz á sus espaldas: ¿buscáis la rima final á alguna poesía?

El interpelado se volvió rápidamente, como á quien despiertan con violencia de un sueño profundo. Tenía enfrente al modelo acabado de un elegante de aquel tiempo. En la mano llevaba un gran ramo de flores, del talabarte, lujosamente bordado, colgaba la espada.

(1) Un espíritu suave y lleno de amor que va diciendo al alma: ¡suspira!

(2) Criatura hermosa, de blanco vestida.

—Dios os guarde, messer Simone. No busco la rima, ni acostumbro nunca á buscarla. Viene sin que se la llame, y creedme, jamás sola.

—¡Bah! Ya conocemos vuestra altivez. No habláis con sinceridad. He oído que á menudo os pasáis la noche en claro para un solo soneto.

—Posible es que os hayan dicho la verdad. Pero estad seguro, messer Simone, que si estoy en vela es por un soneto ya terminado.

—¿Por uno ya hecho? Entiéndalo quien quiera. Yo creo que una cosa escrita, escrita está ya y escrita queda. ¿Cómo? yo por lo menos, y lo digo en serio, tendría que pasarme la vida meditando antes de escribir un soneto.

—Eso lo creo, messer Simone, no necesitáis jurarlo, contestó Dante con fina ironía. Nuestras dos carreras van en dirección contraria.

—Cierto. Vos andáis á caza de versos, y yo estoy aquí citado para esperar á Bice á la puerta del Duomo y acompañarla á su casa. Aún tengo tiempo de dar una vuelta por la plaza, luego me acercaré á la catedral. ¡Eso daría asunto para una canción, messer Alighieri!

—¿Vos, vos citado? ¿Y por quién?

—Por ella, por la hija de Folco Portinari, tengo ya su consentimiento, *messer trovatore*, ya soy su novio, su novio feliz. Hasta la vista. ¡Si dais con la rima acordaos de mí!

Dante ya no le oía.

Un mar de tinieblas le rodeaba y bullía dentro de su pecho. Sólo sentía un rumor confuso como si la tierra fuera á abrirse á sus pies. ¿Por qué no le enterraba en lo más hondo? Pero la tierra, insensible y cruel, no lo hizo. A su alrededor todo seguía lo mismo que antes. Los árboles susurraban solemnes y misteriosos, las rosas florecían con su acostumbrada pompa, las palomas revoloteaban por los aleros, el cielo aparecía radiante, y era el ambiente perfumado y claro, únicamente en su pecho había sentido la noche sus reales, sólo él oía el sordo rumor de la tormenta, sólo en su interior se había abierto un abismo de tormento sin límites.

Inmóvil permaneció allí largo tiempo, estrujando en la mano la respuesta aún no leída de su amigo. ¿Qué le importaba ya aquella contestación antes tan anhelada? Otra acababa de oír que seguía resonando como un trueno en sus oídos; ahora tenía ya su respuesta.

Rumor de pasos, voces y risas le despertaron de su sombrío sueño.

Volvió á ver á la joven que, terminadas sus devociones, salía del Duomo, blanca y resplandeciente como antes, pero ya no entre las dos damas. Marchaba adelante, y ufano y orgulloso la acompañaba aquel Simone de Bardi que hacía poco había trabado conversación con Dante. Los dos cuchicheaban entre sí; ella llevaba en la mano el ramo de flores y sonreía dulcemente. Las dos matronas iban detrás y el orgullo maternal rebotaba en sus rostros. Se acercaban cada vez más: la conversación se hacía más distinta, las risas más sonoras. Dante quiso huir, pero no pudo. Las fuerzas le faltaban, era ya tarde.

—¡Qué dicha tan grande para mí, la de poder acompañaros, decía Simone, una dicha que aun pagada con la vida no resultaría demasiado cara!

—No sé, contestó con aire modesto la joven, no sé si eso es una dicha, ni si debe apreciarse tanto.

—¿Queréis pruebas?

Y la voz del elegante sonaba en tono de reto.

—¡Qué fácil es sentirse feliz cuando se ha vivido siempre entre la dicha! dijo ella,—y el poeta sintió que la emoción hacía temblar su voz;—pero acordarse en la felicidad de los que no la poseen, eso es más difícil, *signor*, eso es grande.

—No os comprendo, *signora*; ¿de quién debo acordarme?

Habían llegado ante el rosal cubierto de flores y allí se detuvieron.

—Pienso, *signor Bardi*, pienso en los que sufren, dijo en voz baja.

Y antes de que Simone de Bardi pudiera sospechar su intento, arrancó del rosal la rosa más hermosa y la ofreció al poeta bajos los ojos y respirando dulzura.

Ambos callaron.

Ella siguió adelante y entró en su casa con los que la acompañaban; el poeta quedó solo é inmóvil. Llevó á sus labios el cáliz abierto y encendido de la rosa, donde ella había dejado caer una lágrima, lágrima de celestial amor y de compasión inmensa.

Y así permaneció largo, muy largo rato frente á la casa de Folco Portinari, el joven Dante Alighieri. No apartaba sus ojos de la rosa, abstraído, sin ideas al principio, sobrecogido de indecible pesar. Poco á poco fué distinguiendo los círculos de la rosa,—vió cómo iban arrollándose sus pétalos en suaves espirales, y su espíritu impetuoso y ardiente descendía por ellas más y más hondo,—la sombría situación de su ánimo obró en él como por arte mágica, la rosa desapareció á sus ojos y sólo quedaron las espirales que se arrollaban y arremolinaban en un extraño abismo, espantoso, sin fondo. Tuvo una visión. Su calenturienta fantasía le representaba bajo una rosa el infierno con todos sus tormentos; el infierno de pena que cobijaba dentro de su pecho adquiría cuerpo y realidad. Sus lágrimas descendían sobre la rosa como plomo derretido, abrasadoras como la lluvia de azufre que cayó sobre Sodoma y Gomorra. Pero después, otras purificadoras bañaron, como rocío refrigerador, los pétalos. Y entre el vislumbre de las lágrimas le pareció que el encendido carmín de la rosa palidecía, hasta deslumbrar otra vez en el blanco inmaculado de la nieve; que la flor crecía, crecía de un modo gigantesco, y se convertía en la rosa del Empíreo, cada uno de cuyos pétalos servía de trono á un bienaventurado, y cuyo centro era un torbeilino de fuego donde se asentaba triunfante aquel Amor que mueve las estrellas y los mundos. Ella aparece también, la *creatura bella di bianco vestita*, trae en la mano una corona de laurel inmarcesible, cuyas hojas son luceros, y resuena por el espacio inmenso como el rumor de las aguas precipitándose en catarata, la aclamación de innumerables ejércitos angélicos: «¡Santo, Santo, Santo, Hosanna y Aleluya!»

Dante apretó la rosa contra sus labios con fervoroso recogimiento. Entonces dibujáronse en su alma los primeros rasgos del sublime poema que había de servirle de consuelo levantándole sobre las angustias de su amor y las traiciones de la patria.

No advirtió que un pintor, aún de pocos años, pasaba al lado suyo, y que al verle se detenía impresionado para grabar su gran figura en la mente y transmitirla como perpetuo recuerdo á las generaciones venideras.

El pintor era Giotto.

JAROSLAV VRCHLICHY
(húngaro)

POESÍA ARÁBIGA

INSCRIPCIÓN EN LA TAZA DE LA FUENTE DEL PATIO DE LOS LEONES EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

¡Incomparable es la fuente!
¡De Dios el poder bendiga
quien de estos bellos palacios
contemple las maravillas!

Cual diamantes que recaman
de regio manto la fimbria,
cual blanca plata sonora
que entre perlas se liquida,
y como perlas relumbra,
por la luz del sol herida,
el agua que va corriendo
hasta tocar en la orilla.

El agua y el limpio mármol
se confunden á la vista,
y á declarar no te atreves
cuál de los dos se desliza.

Deshecha en el aire, cae
la clara lluvia en la pila,
y en ocultos atanores
al cabo se precipita.

Así de una hermosa baña
llanto de amor las mejillas,

que el rubor ó la prudencia
inducen á que reprima.

¿Viene del cielo esta agua
ó de las entrañas mismas
de la tierra? Representa
la esplendidez del Califa.

Su mano dones sin cuento,
al rayar la luz del día,
vierte sobre los leones
de sus huestes aguerridas.

De sus garras espantosas
no receles; que la ira,
por respeto al Soberano
hasta los monstruos mitigan.

Vástago de los ansares,
tu pujanza y tu hidalguía,
al engreído desprecian
y á los soberbios humillan.

Quiera el cielo mil deleites,
darte y ventura cumplida
y dulce paz; quiera el cielo
que á tus contrarios aflijas.

Traducciones de
D. ADOLFO FEDERICO DE SCHACK
y de D. JUAN VALERA.

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

LEGAMOS á la estación de la Puebla, en la cual termina la línea férrea; pero en dicho punto hállase establecido un servicio de carruajes que enlaza dicha población con las de Pollensa y Menda.

La Puebla es una villa que cuenta 4,000 habitantes. Levántase en medio de una dilatada llanura. Sus calles rectas, simétricas y polvorientas, terminan por punto general en la campiña, que más bien que atractiva es monótona, tanto, que al recorrerlas, se distingue en su extremo un horizonte poco dilatado, excepción hecha de la parte septentrional, en la que el lejano perfil de las montañas rompe las líneas de las calles y de los fondos, de una rigidez desesperadora, y sólo interrumpida por las inmensas aspas de los molinos de viento, desnudas y descarnadas unas como esqueletos inmensos, vestidas otras de un lienzo blanco que se destaca sobre el intenso azul del firmamento.



Joven con rebecillo

Las iglesias que visité son por demás sombrías y de escaso valor artístico. Las casas, como acontece con la mayor parte de las de los villorrios y aldeas de Mallorca, tienen un remoto dejo árabe. En esta región se cultiva con preferencia el cáñamo, pero las emanaciones procedentes de la cercana *albufera* hacen poco saludable la Puebla. No hay para qué decir que sus moradores son bondadosos y hospitalarios.

Tanto es así, que contemplando yo el *patio* desde el dintel de las puertas en plena cimbra que constituyen la entrada, veíame con frecuencia instado por los dueños de las casas, hombres ó mujeres, á fin de que entrara á descansar, ofreciéndome al par frutas, refrescos y golosinas, y cuando después de haber aceptado esos agasajos, que tan ingenuamente se me hacían, me levantaba para seguir mi camino, me decían cariñosamente:—¿Tan pronto nos deja, señor? Mire usted que á nosotros no nos estorba, antes bien, nos honra, y que hace mucho calor para andar por esas calles. ¿De dónde es usted?—De París, contestaba.—¿Muy lejos, verdad? Dicen que es una ciudad muy grande, en la cual hay calles que tienen más de dos horas de largo.

«El lenguaje mallorquín, dice con razón Jorge Sand, tiene para los extranjeros una

dulzura encantadora que seduce, especialmente en boca de la mujer, cuya voz, en general, es sonora y de un timbre delicado. Las palabras con que se saludan parecen frases verdaderamente musicales. Jamás se separa de vosotros una mallorquina á quien hayáis dirigido la palabra, sin deciros, según sea la hora del día en que os halléis: *Bon dia tenga*, ó *Bona tarde tenga*, ó *Bona nit tenga* (Buenos días, buenas tardes, ó buenas noches tenga usted). *Es meu co no basta per li di: adios!* (No basta mi corazón para decirle á usted: adiós).»

Los habitantes de las Baleares hablan la antigua lengua romano-lemosina, no el catalán, como se presume generalmente, siquiera sean muchas las afinidades existentes entre una y otra. Lo que podemos asegurar, es que la lengua mallorquina es de todas las románicas la que mejor se ha librado de toda influencia exterior. El gracioso patois de Montpellier es acaso el que más analogías ofrece con el mallorquín.

Llegada la hora de marchar á Pollensa, acomodéme en el cupé de un carruaje ligero, al lado del conductor, en tanto que ocupaban el interior algunos mallorquines que apoyaban sus pies en los bultos que constituían mi equipaje. Del vehículo tiraba una poderosa mula.

—*Vamos*, dijo el conductor, y echamos á andar con toda parsimonia y tranquilidad.

Á uno y otro lado del camino volvieron á aparecer los olivos no menos robustos y retorcidos que los que viera en Valldemosa. Con ellos se mezclaban frondosas encinas que con su metálico follaje interrumpían la monotonía de sus masas cenicientas, y sus pobladas copas, extendiéndose y entrecruzándose sobre el camino, formaban una bóveda impenetrable á los rayos del sol.

Las avejillas dejaban oír sus trinos regocijados, sin que en ellas hiciera mella el paso del carruaje; antes bien, se acercaban cual si tuvieran empeño en que las oyéramos mejor. Entre los peñascos crecía la maleza tierna, lozana, abundante, ofreciendo un suave tinte rosado. Á ambos lados, bien que á gran distancia, elévase enhiestas y peladas colinas, sobre cuyas cimas revolotean los buitres. Llegamos á una cuesta; la mula se puso al paso, y al propio tiempo nos vimos asaltados por verdaderos enjambres de mosquitos, de cuyas insidiosas acometidas pudimos en parte librarnos agitando incesantemente los pañuelos, y si bien es cierto que menguaron su saña cuando la caballería emprendió el descenso al trote, volvieron á comenzar en cuanto nos encontramos con un nuevo repecho.

Así las cosas, llegamos á Pollensa cerrada la noche. Sus calles son oscuras, estrechas y tortuosas: los moradores usan el traje que tanto me llamó la atención en Soller. En algunas encrucijadas veíanse linternas encendidas que servían para iluminar imágenes de santos ó de vírgenes, colocadas en nichos, protegidas por alambreras.

Al cabo llegamos á la fonda. Los dependientes acudieron; presentóse el hostelero, y su mujer, muy linda por cierto, y muy complaciente, esmeróse en obsequiarnos.

En la sala inferior, larga y espaciosa, se encontraban reunidos los habituales parroquianos apurando algunas copas de aguardiente y tañando la guitarra, con no poca satisfacción de mi parte, que escuchándolos apenas me acordaba de que debía comer.

Después de la comida, en la cual me fué servido un plato de ricos tordos, que en la estación del año en que nos hallábamos pasan en gran número en dirección al cabo Formentor, me dirigí á la iglesia que dista poco de la fonda. Llamóme en ella la atención un gran número de hombres y de mujeres que con candelillas encendidas en las manos permanecían arrodillados debajo de la sombría bóveda. En ella y delante del altar levantábase un túmulo débilmente iluminado, y llenaba los ámbitos del templo la triste salmodia de los cantos funerales, entonados por sacerdotes que estaban fuera del alcance de mis miradas. Semejante ceremonia á tales horas, tanto como imponente y severa, era elocuente y convidaba á la meditación.

Esta mañana dí un paseo á las orillas del torrente de Pollensa, en el cual existe un puente romano de buen estilo. El lecho del torrente, sumamente pedregoso, se halla cubierto por frondosos algarrobos, bajo cuya sombra protectora se guarecen las lavanderas. Hoy se deja



UN PUNTO ESCAPADO. — CUADRO DE G. JACOBIDES

Ayuntamiento de Madrid

sentir un cierto bastante desapacible. Se me ha dicho que no tendremos pescado en la mesa: pensaba que fuese por esto; mas luego he sabido que los pescadores no se entregan en este día á sus tareas habituales, persuadidos de que de pescar en el día de Todos los Santos encontrarían en sus redes, en lugar de peces, huesos humanos. No hay para qué decir que semejante idea les llena de pavor.

Pollensa es una de las poblaciones más antiguas de la isla, como lo revela el aspecto exterior de la mayor parte de sus casas. En su término existió una colonia romana.

He visitado la Casa Consistorial, en la cual, y en uno de los ángulos de la sala destinada á archivo, he contemplado algunas armaduras y varios mosquetes. Dicho edificio fué en otro tiempo convento de jesuitas: de él forma parte una iglesia que al presente no está destinada al culto. Todo en él acusa el mayor abandono: las paredes amenazan ruina, y las habitaciones del piso principal están inservibles.



Calle de Pollensa

Desde una de las ventanas altas he contemplado la bahía en toda su extensión, y en último término los picos del cabo Formentor.

En la cárcel había cuatro pilluelos que se asomaban á la reja en cuanto oían abrir la puerta. Se les ha encontrado merodeando por aquellos alrededores, y el alcalde los ha puesto á buen recaudo en tanto que practica diligencias para buscar á sus familias.

Durante la noche me ha despertado una tempestad deshecha como no hubiese oído otra en los días de mi vida: el trueno retumbaba con horrísono fragor y el agua caía á torrentes. A ella ha sucedido un viento Norte que ha barrido las nubes y ha secado el suelo, hasta el punto de que después del medio día, bajo un cielo puro y transparente, he podido encaminarme á un calvario situado en una altura existente al Sudoeste de la población. Desde él, que constituye un verdadero mirador, se distingue por cuatro puntos distintos el mar, y confundidas con los últimos límites del horizonte, las costas de la isla de Menorca.

La fiesta destinada á la Conmemoración de los difuntos dura en las Baleares muchos días. En el de hoy se ha verificado la visita al cementerio, y por mi parte la he llevado á cabo siguiendo á las mujeres que, completamente enlutadas y con el rosario entre los dedos, se dirigían al mismo, en compañía de los hombres, de los muchachos y de las jóvenes, todos endomingados, y todos silenciosos y regocijados.

Ya en el campo santo pude convencerme de que nada se encuentra que recuerde los cementerios de Francia, lujosos y aparatosos en las grandes poblaciones, y llenos de melancólica poesía en las aldeas y pueblecillos.

Nada de monumentos sepulcrales; nada de elegantes rejas y coronas y pretenciosas; nada de flores y jardines; un espacio no muy grande de terreno árido, sobre el cual se levantan escuetos y aislados algunos fúnebres cipreses, cerrado por una pared de cerca, en la cual se ven de trecho en trecho algunos números que indican las sepulturas.

Los judíos contristados rezan sus plegarias puestos de pie ante la muralla de Jerusalén. En el campo santo de Pollensa las mujeres enlutadas, puestas de hinojos sobre el duro suelo, se entregan á su dolor, y vierten lágrimas de pena, sin que hable á su alma objeto alguno exterior.

Tan sólo el día de los Muertos, y para honrar á los que fueron, se encienden negros



Puente romano en Pollensa

fanales que se depositan sobre unos bancos que de trecho en trecho se han colocado previamente á lo largo de las paredes, en los cuales se ven una pequeña cruz, y pintados á los lados una calavera y unos huesos.

El sol, próximo ya á su ocaso, iluminaba con sus rayos rojizos los desnudos muros, ante los cuales brillaban esas fúnebres luminarias, cuya llama amarillenta agitada por el viento inclinábase desmayada y cual si fuera á extinguirse, en tanto que la sombra de los cipreses, proyectándose sobre las paredes, semejaba algo así como grandes velos de crespón tendidos á lo largo del recinto.

Entretanto las mujeres, vestidas de negro, con la cabeza inclinada, salmodiando una triste plegaria, cuyos ecos llevados en alas de las ráfagas de viento, parecían acercarse y alejarse alternativamente, recorrían el campo santo con paso lento y acompasado, y con toda la apariencia de una procesión de espectros. De cuando en cuando cesaba la luctuosa salmodia, y entonces las mujeres se arrodillaban vuelto el rostro hacia la pared. Con los cantos funerales se confundían las voces de numerosas avejillas ocultas en los cercanos bosquecillos, que, despertadas por aquel rumor inusitado, dejaban oír sus acentos, que por lo mismo que resultaban sumisos y regocijados, comunicaban más intensa melancolía á las preces, á los suspiros y á los sollozos que llenaban el desnudo espacio del cementerio.

Durante la velada, los muchachos que la noche anterior habían cantado en el piso bajo de la fonda, con no poco contentamiento de mi parte, ganosos de obsequiarme, vinieron con sus guitarras para cantar, ora al unísono, ora á distintas voces, lindas *habaneras* y *jotas* del país. No puede imaginarse el pronunciado sello de salvaje melancolía que se encierra en esos cantos, especialmente entonados en aquel vasto aposento á duras penas iluminado. De repente enmudecieron los cantores: era que al pie de las ventanas cruzaba la calle el santo Viático.

No parecía sino que todo cuanto aquel día presenciaba había de comunicar carácter á la fiesta religiosa que conmemoraba la Iglesia. Antes de la comida, excitada mi atención por robustos cantos religiosos, echéme á la calle, y tuve ocasión de ver á algunos sacerdotes, la comunidad de la parroquia, según me dijeron, que á la luz de grandes antorchas enca-minábase precipitadamente á la parte alta de la población. Supe que iban á buscar á un muerto, y por aquello de que el viajero debe verlo todo, seguí á la comitiva. Iba ésta precedida por un hombre que, vistiendo un largo roquete, llevaba una cruz muy grande. Llegados á la casa donde se hallaba el cadáver, detuviéronse los sacerdotes sin interrumpir sus cantos. A poco apareció el féretro conducido por algunos hombres, y seguido por un cortejo de parientes y amigos. Terminadas las preces, y organizada de nuevo la comitiva, marchando á la cabeza de ella el hombre portador de la cruz, luego los sacerdotes, el féretro conducido á brazos, y, por último, el séquito de amigos y parientes, presidiendo el duelo los más próximos y allegados, púsose de nuevo en marcha, entonando los sacerdotes sus preces funerarias, y mezclando á ellas los parientes sus suspiros y sollozos. Y como el paso que llevaban era bastante precipitado, y soplabá recio el vendabal, agitados por éste los sobrepellices, flotaban al aire como alas inmensas, y las llamas de las antorchas se alargaban como agudas lenguas de fuego, produciendo un zumbido aterrador. La verdad, ese cortejo fantástico, con sus cantos plañideros, con su paso precipitado, discurriendo á lo largo de aquellas calles estrechas que iluminaba con sus resplandores la tétrica luz de las antorchas, tenía no poco de fantástico y en apariencia sobrenatural. Dijérase que se estaba en presencia de una de esas fantásticas leyendas tan abundantes en los escritos de la Edad Media: un grupo de réprobos, barridos por el viento de la cólera celeste, ó empujados por el soplo de Satán.

Y, sin embargo, reducidas las cosas á la precaria realidad, aquello consistía en la traslación de un cadáver al cementerio, en cuya sala mortuoria debía pasar la noche bajo la vigilancia de dos guardianes, que á las veinticuatro horas le darían sagrada sepultura, si no notaban en él indicio alguno de vida. Prudente precaución, encaminada á evitar las inhumaciones prematuras.

Ha venido á visitarme un sacerdote de Pollensa. No he visto en mi vida hombre más sim-



Cascada sobre el camino

pático. En sus ratos de ocio cultiva la pintura y la fotografía, siendo, además, admirador entusiasta de la naturaleza. Don Sebastián, que así se llama, me ha propuesto hacer una excursión al cabo Formentor y á las calas de San Vicente y de Molins. Después de comer nos aguardaban junto á la puerta de la fonda un guía y dos mulas, en las cuales cabalgamos cómodamente sobre sendas pieles de carnero que hacían oficio de aparejo. El camino, siquiera sombrío en ocasiones, es siempre encantador. Atravesamos varios torrentes pedregosos que descienden de la cadena de montañas que limita la isla por la parte septentrional de Mallorca. Al presente llevan bastante agua; durante el verano pueden pasarse en seco; pero en invierno, á consecuencia de los temporales propios de la estación, experimentan fuertes crecidas hasta el punto de salirse de madre y causar verdaderos estragos. Imposible imaginar camino más agradable que el que seguíamos. Algunos he visto ya en mis excursiones, y he tratado de describirlos; pero no me encuentro con fuerzas para ello, pues siempre me causan la misma sorpresa y novedad ver en Noviembre los almendros en flor; las higueras cargadas de fruto; los granados ostentando sus productos, semejantes á lindas cajas cuajadas de rubies, y una muchedumbre inmensa de pajarillos saltando por entre el frondoso ramaje.

Durante largo espacio fuimos siguiendo la montaña, áspera y desnuda, verdadera muralla de peñas grises desprovistas de vegetación, cuyas sombras azules marcan con toda limpieza los decididos perfiles. Después, y al cabo de hora y media de camino, respiramos el ambiente salobre del mar, y aparecieron á nuestros ojos, enhiestas, robustas y elevadas las gigantescas costas. Entre las calas de San Vicente y de Molins se levanta una antigua torre de vigía. Junto á la cala de Molins termina un torrente que se precipita al mar en forma de vistosa cascada, y como en el día en que tuvo lugar nuestra excursión la mar estaba un tanto embravecida, mezclábanse y se confundían en ocasiones las espumosas ondas con las de la cascada, hasta tal punto, que era imposible distinguir cuáles eran las unas y las otras en el caos de espuma que engendraban.

En la cala de San Vicente existen algunas humildes cabañas de pescadores, hallándose la playa rodeada de robustas peñas, sin más espacio para que puedan salir las barcas al mar que un estrecho portillo existente entre las mismas. Todo lo restante se halla sembrado de peñas contra las cuales se estrellan las olas con horrísono fragor.

A veces, á consecuencia del violento chocar de las mismas, se realizan espantosos derrumbamientos. Por nuestra parte recorrimos hasta los sitios más peligrosos de esos mares temibles.

Las costas están erizadas de picos y los mares sembrados de arrecifes. Los vientos del Norte y del Oeste azotan sin cesar los acantilados. Cuéntanse por docenas los buques que se han estrellado contra estas peñas, y se han hundido luego en lo profundo de estos abismos.

C. V. DE V.

(Continuará).



LOS MICROBIOS DEL HIELO

Resistencia de los microbios á las bajas temperaturas.—Peligros que ofrece el hielo.—Dictamen de M. Riche en el Consejo de Higiene sobre la mala calidad de los hielos naturales.—El hielo no alimenticio y el hielo alimenticio.—Necesidad de un reglamento.

Es hoy precepto de higiene universalmente reconocido, que es menester tomar la precaución de no beber el agua sino hervida á fin de quitarle las impurezas que la enturbian, particularmente si se trata del agua de los grandes centros de población.

A pesar de ello pocas personas sospechan que los microbios patógenos llegan á corromper el hielo, y sin embargo, las últimas investigaciones científicas han dado por resultado el conocer su gran resistencia á las temperaturas extraordinariamente bajas. M. Raul Pictet y M. d'Arsonval han podido hacerles sufrir una temperatura de 100 grados sin que se destruyera ninguna de sus propiedades. De ahí que no deba causar extrañeza que en los bacilos de Eberth, encontrados hace pocos años en el hielo por los señores Chantemesse y Widal, hayan conservado en él toda su virulencia.

La conclusión práctica que se sacó de estos experimentos, es que el hielo impuro ha de tenerse por uno de los más poderosos vehículos de las epidemias, entre las cuales puede citarse en primer lugar la fiebre tifoidea. El consumo extraordinario que durante el verano se hace del hielo, constituye indudablemente un peligro para la salud, contra el cual conviene llamar la atención.

Ya en 1889, habiendo el Consejo de Higiene de París ordenado un análisis del hielo recogido en el estanque de la Driche, cerca de Saint-Denis, le encontró lleno de bacterias y de materias orgánicas. Lo mismo

hubiera ocurrido si se hubiese extendido el análisis á los estanques de Chaville, de Tourvois, de Château-Frayet, á los de Saint-Cloud, y de los lagos del bosque de Boloña y de Vincennes. Y esto es precisamente lo que afirma M. Alfredo Riche en su notable informe del día 12 de Mayo último. Lo mismo podemos asegurar que ocurre con el hielo natural que se vende en nuestro país. Urge, pues, no cabe duda, que esta situación atentatoria á la salud pública se regularice. Sin embargo, esta tarea es más difícil de lo que á primera vista parece, sobre todo si se tiene en cuenta que las concesiones hechas en la actualidad darían lugar á muchas cuestiones. Lo único que es dable practicar se reduce á prescindir por completo del hielo natural en el uso alimenticio, empleándose solamente para la conservación de la carne, pescado, etc.

Para refrescar las bebidas, tan sólo puede tolerarse el uso del hielo artificial fabricado con agua potable. Puede muy bien obtenerse hielo puro, y por esto M. Riche pide, en la vecina Francia, un reglamento riguroso que imponga la venta y el uso de aquella sustancia á los vendedores al por menor.

¿Se ha pensado en nuestro país en algo de esto? ¿Se preocupa nadie por las condiciones higiénicas y de salubridad de las ciudades? ¿Llamarán algún día la atención pública tan importantes cuestiones de higiene? Por ahora no es de esperar.

C. J.



NUESTROS GRABADOS

ESTIO

CUADRO DE C. VAUTIER

El arte del siglo XVIII, más que el de ningún otro de los siglos anteriores, sintió predilección por las figuras alegóricas y simbólicas. Enamorado aquel arte del antiguo paganismo tomó las formas de expresión propias de éste para aquellas representaciones, pintando las Estaciones, los Meses, las diversiones cinegéticas, el baile, las ciencias y las artes, á modo de las divinidades romanas, con el ropaje de las antiguas estatuas y frecuentemente con la menor cantidad de ropaje posible. El arte del siglo XIX, que corre tras de la verdad y que á veces la aprovecha con discernimiento, huye de las convenciones del siglo pasado, y por lo tanto, si tiene que representar la Pesca, copia á un pescador tal como se le ve en la playa, y si se trata de la Pintura, pone á un pintor sentado cabe el caballete en su estudio. ¿Quiere dar idea de alguna de las estaciones, el Estío, por ejemplo? Pues pintará á una gentil señorita ó muchacha, en plena juventud, fina, elegante, vestida gallardamente con traje apropiado á la estación, traje en que domina el blanco y los tonos alegres, á fin de que se halle en armonía con el carácter que tiene el verano, época del año en que todo se presenta brillante y esplendoroso. Esto ha hecho el artista francés Vautier en la lindísima figura que publicamos en el presente número. A su cuadro, lo mismo puede llamarse « estudio del natural, » que se le puede bautizar con el título *El Estío*. Cuádrale éste bien, no obstante, por el aire de la figura pintada en él, la que tiene la abundancia de luz y la riqueza de colorido peculiar de la expresada época del año.

L' HERÉU ESCAMPA.—LA PUBILLETA

BUSTOS EN TIERRA COCIDA POR CELESTINO DEVEA

El autor de estos dos trabajos escultóricos ha pasado algunas horas observando atentamente las gentes de Cataluña. De esta observación ha sacado la verdad que se advierte en los dos bustos que publicamos, los cuales respiran vida y parece que pestañean. *L' heréu escampa* es reproducción fiel de uno de esos muchachos listos, de genio algo indócil, que por ser el *heréu* de la casa ha sido criado con descuido, permitiéndosele toda suerte de travesuras, y que, andando el tiempo, cuando llegue á la posesión de los bienes de su patrimonio, arrojara la casa por la ventana, yendo de fiesta mayor en fiesta mayor, de cacería en cacería, siempre divirtiéndose y siempre tirando el dinero, de donde el calificativo de *L' heréu escampa* que le ha puesto el escultor Celestino Devesa.

La pubilleta es, por el contrario, un tipo sentimen-

tal, algo melancólico, según lo dicen los versos de Federico Soler:

*Va trista per tot,
No diu may un mot.*

«Anda triste por todas partes—No pronuncia nunca una palabra la modesta campesina representada en el busto del mencionado artista. No es guapa, pero tiene el atractivo de la bondad: su mirada cautiva por lo dulce y por lo triste. Hubiérala hecho el escultor Devesa algo más bella; hubiese hermoseado las líneas de su rostro acudiendo á la imaginación, realizando un ideal que de seguro hubiera encontrado en su mente de artista, y *La pubilleta*, además de ser un excelente estudio del natural como ahora, hubiera sido una obra llena de sentimiento y de poesía. De todos modos los dos bustos acusan en Celestino Devesa á un escultor con dotes envidiables, que modela con firmeza y con verdad y que dispone de las fuerzas necesarias para acometer los temas más difíciles, con probabilidad y casi diríamos seguridad de buen éxito.

UN PUNTO ESCAPADO

CUADRO DE G. JACOBIDES

Tarea ardua es para la niña pintada en este cuadro la de ir continuando la calceta. Cuando todo marchaba á maravilla, cuando los puntos se sucedían uno tras otro con regularidad pasmosa, cuando se iba alargando la media ó el calcetín hasta encontrarse ya muy cerquita del pie, hete ahí que un punto escapado convierte aquella tarea tan fácil en empresa difícil que requiere toda la atención, cuidado y habilidad de la infantil calcetera. ¡Pues no hay más que coger un punto! La que logre hacerlo con rapidez bien puede graduarse de maestra en el arte de hacer calceta. Y sin coger el punto escapado no hay medio de continuar la labor. Por esto la niña, con tanto arte y con tanta exactitud pintada por el artista Jacobides, pone todos sus cinco sentidos en recoger el punto para proseguir luego la monótona tarea que tenía empezada. ¡Véase cómo fija los ojos en el hilo de la calceta! ¡Cómo su boquita traduce la concentrada atención que pone en el trabajo! ¡Qué bien responde la actitud del cuerpo todo á la expresión de la cabeza y á la misma expresión de aquellas lindas manecitas! Todo es simpático en este cuadro. Lo es la niña, bonita sin que tenga nada de convencional, sin que presente la belleza ficticia que se ve á veces en cuadros de la misma índole. Jacobides copió una niña que había visto por vista de ojos, mas supo embellecerla, al trasladarla en el lienzo, ya mejorando sus líneas, ya sobre todo imprimiéndola el delicado sentimiento que se advierte en el conjunto y en los detalles de esta obra pictórica, que de seguro verán con agrado nuestros lectores.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XV

PLAN DE CAMPAÑA

MIRA, dijo á Paco Dulce la avellanada Pepita cuando en su habitación de la calle de Belén volvió á encontrarse con su comitente. Mira; la situación es más difícil de lo que tú supones y yo creía.

—Pues ¿qué pasa? interrogó el joven, en cuya cabeza ardían toda clase de impacencias y ambiciones.

—Pasar, no pasa nada; pero lo grave precisamente es lo que no pasa. Esa gente es muy

rara, no se parece á nadie. El padre y la hija se baten sin ocultarse, en campo abierto y llano; arrancan de cuajo toda maleza que pueda estorbar y explanan cualquier sinuosidad del terreno, apisonándolo con sus propios pies.

—¿Y qué quiere decir todo eso?

—Atiende. La hija le declara al padre sin el menor paliativo, que te quiere á tí, que te quiere, y que te quiere.

—¡Ah! exclamó Paco con triunfal alegría.

—Que te quiere, y que has de ser tú su marido ó no lo será nadie más.

—Entonces, ¿para qué quiero mayor ventaja?

—Espera, hombre, y no te echas á rodar. Lo menos que estás tú pensando ahora, es que ya no necesitas de mí... Pues no tires las alforjas, porque te hacen falta para el viaje.

—Mujer, no lo decía por tanto.

—Vamos á ver. La niña dice que no se casa más que contigo, pero dice también que sin la voluntad de su padre no se ha de casar. Y eso, en firme ¿sabes?... Porque la chiquilla es enérgica como una amazona. El papá por su lado, contesta que él no dará el consentimiento así le den tortura. Conque dime si sabes lo que hay que hacer ante esos enemigos. En tal estado, queriéndote la niña y clamándolo á voz en grito, negándose el padre á autorizar la boda y siguiendo en sus trece tan fresco y tan pasivo, pueden pasarse los meses y aun los años, sin que tu pleito adelante un solo paso.

—Antes de tres meses he de estar casado.

—¿Y por dónde, cómo?...

Dulce se calló perplejo. Reconocía la exactitud de las razones de Pepita.

—Con locuras, con extremos, con provocaciones no has de lograr nada, hijo mío. Nuestro plan de ataque ¿sabes en qué ha de consistir? Pues, no en atacar, sino en hacer que seamos atacados. En su actitud presente don Roque es inexpugnable, hay que traerle á la batalla y ver qué táctica y qué armas emplea, porque según él pelee habremos de defendernos. El primer tiro ó el primer cintarazo de nuestra parte nos expondría á perder, descubriría nuestras posiciones, y como no sabemos en qué dirección hay que disparar, era posible que ni siquiera hiciésemos blanco.

—Eres buena guerrillera.

—Ya ves, si habré tenido escaramuzas en esta vida.

—Vamos adelante.

—Pues bien. Nuestro plan debe reducirse á no movernos de la sombra en que estamos cobijados, y en atraer al contrario á la luz, á la llanura, al descampado, donde combata descubriéndonos todo el cuerpo. Obligar á don Roque á que rompa el fuego; entonces sabremos cómo se bate y por consiguiente cómo hay que vencerle.

—¿Y cómo logramos eso?

—Ahora verás. ¿Tú no has visto aún á Blanca?

—No.

—¿Ni le has escrito?

—Tampoco.

—¿Ni te has acercado al hotel de la calle de Alcalá?

—¿Cuándo?... No he tenido tiempo.

—Es verdad. Llegaste anoche cansado y habrás dormido tan ricamente.

—Por la mañana he tenido que ver á Carlos Albuera; en seguida te he visto á ti...

—Y no te ha sobrado un momento para llegarte á saludar el balcón de tu amada.

—Déjate de cursilerías.

—¡Cuánto quieres á Blanca, truhán!

—Adelante con el proyecto.

—Pues el proyecto... dijo la setentona incorporándose en la mecedora y llevando una mano á la frente. Verás... Procurar el rompimiento de hostilidades. A ti te sobra ánimo para presentarte á don Roque...

—¡Ya lo creo!

—Pero te falta destreza para no entregarte á la menor invectiva.

—No soy tan memo.

—No lo eres, por cierto; pero eres irascible, y el dominarte depende del estado de tu temperamento, no de tu cálculo. Te he visto en ocasiones, muy comedido é hipocritilla, pero en otras te has ido por la calle de en medio... Eres una locomotora, y necesitas maquinista.

—¿Qué hago, pues?... Para eso me he encomendado á la pericia tuya.

—No vayas á ver al banquero. Mejor será que le escribas. Oye; una carta muy seria, muy cortés, pero muy resuelta. Que eso ha de concluir, que anhelas casarte y que esperas obtener la venia del tirano para allanar el camino hoy indebidamente obstruido.

—No dará eso ningún resultado.

—Claro que no. Don Roque contestará á tu carta mandándote otra vez á paseo. Pero hemos despejado la situación, queda planteada la lucha y él se ve precisado á salir de su quietismo y á emprender el combate.

—No lo veo muy distinto.

—Ahora lo verás. La negativa del padre, después de tu excitación, te autoriza para dirigirte á la muchacha, para escribirle, para verla secretamente, para mostrarte á todas horas rondando su casa. ¿Comprendes?... Has de inaugurar la historia romántica de unos amores desgraciados.

—¡Qué ridículo!

—No hay otra senda. Así se pescan las dotes. Blanca te verá, responderá á tus señas, se enamorará aún más locamente de ti, acudirá á tus citas, hablarás con ella todas las noches...

—¡Ah, ya!... pronunció Dulce sonriendo maliciosamente.

—Nada de lo que te figuras ¡papanatas! ¿No sabes que Blanca es altiva y recta? Acudirá á tus citas misteriosas, pero en ellas no te concederá nada que pueda hacerte dueño de la situación.

—Pues entonces, ¿voy á envejecer cantando idilios?

—Escúchame. Lo primero que haga Blanca será espetarle á su padre todo lo que pasa, y cuando vea don Roque tu obstinación y se entere de tus artes, como sabe que la niña está enamorada, temerá las consecuencias de ese amor contrariado, se decidirá á perseguirte, sacará sus armas y ahí será donde triunfemos. En viendo la estocada, no te dé cuidado el quite. Venceremos, y te juro que ese ricacho fiero morderá el polvo. La millonaria será tuya.

—Bien planeado, dijo el mozo chupando con delicia un tabaco con el que había llenado de humo la casta habitación de la solterona. Y tú, ¿qué papel desempeñas entretanto?

—Yo continúo con la careta puesta. No he de llevar carta, ni recadito, ni nada tuyo. Seguiré siendo la confidente de Blanca, la amiga de don Roque, y observaré de cerca las operaciones para dirigirte, casarte y ganarme mi alboroque.

—¿Nos veremos?

TOMO III.—48.

- Aquí, en mi casa.
- ¿Todos los días?
- Siempre que te convenga.
- Voy á escribir á don Roque.
- Vén mañana á enseñarme la contestación.

Dulce se marchó al casino á redactar aquel documento diplomático, y Pepita se quedó disponiendo sus trapos para irse á comer á una de las casas que favorecía con su presencia, y luego al Real, á uno de los varios palcos donde tenía entrada y asiento todas las noches, pues contaba amigos y amigas en el primero, en el segundo y en el tercer turno.

(Continuará).





Sombrero de M.^{me} Juia

El reinado de los vestidos lisos toca á su fin. Si han de creerse autorizadas opiniones en la materia, la *toilette* femenina va á pasar en el próximo invierno por una completa transformación. El estilo Carlos X, que ejerce su influjo en nuestras modas, dará forma de globo á las faldas por lo alto, con lo que se cambiará del todo el aspecto de las señoras. Mientras llega la estación de otoño y ratifican este capricho las parisienses de alto vuelo, veamos qué se prepara en punto á trajes de campo, para lo que resta de la temporada, en los talleres de nuestras más renombradas modistas. Hé ahí un vestido de una simplicidad calculada y á la vez en extremo encantador. Está confeccionado en muselina de seda crema; plegada la falda sobre un refajo de faya blanca; el cuerpo, plegado también, va sujeto al talle por un encaje que hace veces de cinturón y tiene un canesú de punto viejo de Venecia, transparente; las mangas, por fin, plegadas igualmente, terminan en un puño asimismo de punto de Venecia.

Esta *toilette* estival, tan sencilla y tan juvenil en su aire, ha sido compuesta por M.^{mes} Lipmann, que nos tienen ya acostumbrados á esta suerte de invenciones. Para las comidas en castillos y quintas se usarán mucho las camisetas, distintas de la falda, ya de muselina bordada, ya de muselina de seda de variados tintes, con pequeñas haldetas. M.^{mes} Lipmann son maestras en componer estas embelesadoras fantasías que saben variar al infinito.

Este año los concursos públicos del Conservatorio, favorecidos por un público cada día más numeroso, más elegante y más entusiasta, nos han revelado algunos alumnos, que han despertado vivo interés y que esperamos aplaudir muy pronto en nuestras primeras escenas líricas y dramáticas y en los conciertos clásicos de la próxima temporada. Dícese, en efecto, que MM. Delpouget y Bartet, primero y segundo premio respectivamente de ópera, han sido reclamados por los directores de nuestra primera escena lírica; que M.^{lle} Grandjean, primer premio de ópera cómica y segundo de ópera, cuya voz es pastosa y vibrante, está llamada á brillar en el teatro de M. Carvalho, en donde se asegura que se halla contratada, lo propio que M. Thomas, quien posee una hermosa voz de tenor y canta con expresión. Mas, sin disputa, las dos mejores sesiones de los concursos han sido las dedicadas al piano, así en los discípulos como en las discípulas. Los jóvenes á quienes hemos oído son todos excelentes músicos, y entre ellos han aparecido verdaderos *virtuosi*, especialmente M. Malats, español, discípulo de M. Beriot, que posee todas las cualidades de un brillante solista. MM. Wurmser y Niederhofheim, que han compartido con él el primer premio, son músicos de porvenir. Parécenos que

el jurado hubiera podido añadir á estos tres nombres el de M. Vinés, primer accésit de 1892, que dió pruebas de poseer admirables condiciones de estilo y de mecanismo. De las alumnas, es fuerza citar á M.^{lle} Pignata, que es una artista, y M.^{lle} Bailet, niña de doce años, un pequeño prodigio que se presentó en concurso por vez primera y que tiene notable talento. Estas dos señoritas, alumnas de M. Delaborde, han compartido el primer premio con M.^{lles} Desmoulin y Fernet, que honran la clase de M. Fissot. Es de justicia aplaudir la soltura, el gusto y la exactitud en la expresión con que la mayoría de los discípulos, hombres y mujeres, han leído la página de lectura á primera vista, lo cual revela en estos jóvenes pianistas una excelente y seria educación musical, haciendo esto el elogio de los maestros que dirigen nuestra Escuela de Música.

Volvamos á las modas para describir nuestro figurín.

Reproduce un sombrero, creación de M.^{me} Julia, 7, boulevard des Capucines. Está confeccionado en paja de arroz blanca y va adornado con plumas blancas y otras verde agua sujetas por *choux* de cinta verde agua asimismo. Una golilla de tul negro orlada de *valenciennes* crema con cinta de raso negro, es bonito complemento del sombrero de M.^{me} Julia.

EL TROVADOR

FOR
BALDOMIÉ



1.—Todo es calma, todo silencio, nada turba la quietud.
Un gallardo can se divisa en lontananza.



2.—Guau, guau, y aparece en escena una hermosa perra.



3.—Canción de amor: que no parece bien á la inquilina del entre-suelo.



4.—Ni al vecino del segundo.



5.—Toma, en justo castigo á tu perversidad, perro endiablado.



6.—¡Tableau!

Baldomíe
93



La liebre del monte y del bosque es muy superior á la del llano y á la de los países pantanosos. El lebrato puede reconocerse fácilmente por las patas delanteras; cuando es joven tiene en la parte inferior de la coyuntura externa una bolita parecida á una lenteja. Tanto el macho como la hembra son de igual calidad.

La liebre puede conservarse perfectamente, sin desollarla, por espacio de tres ó cuatro días suspendida por las patas traseras.

La manera de despedazarla es la siguiente: primero debe desollarse; para ello se la suspenderá convenientemente y practicando luego un pequeño corte en las patas traseras se levanta y corta un poco en su extremidad. Hecho esto se tira de la piel con ambas manos hacia los cuartos traseros del animal; la piel se separará con facilidad suma, lo mismo que si se quitara un vestido. Sin embargo, conviene ir con tiento cuando se levanta la piel del vientre, á fin de evitar un desgarro en los intestinos ó que se rasgue la piel. Del modo indicado y valiéndose al propio tiempo de un largo cuchillo, se puede ir sacando toda la piel, incluso la de la cabeza, que puede quitarse cortando las orejas.

Cuando se ha terminado esta operación se parte el vientre por la mitad y, sacando con precaución los intestinos, se vacía procurando no destruir el hígado, que se quitará luego con cuidado, dejando escurrir la sangre que contiene en una taza en la que se habrá vertido antes una copita de coñac. En caso de que las balas lo hayan rasgado, se lava el interior del vientre con un poco de vinagre.

La manera de preparar la liebre es la siguiente: se corta la rabadilla, que se compone de los cuartos traseros, el solomillo y la espina dorsal hasta el cuello. La parte anterior, la cabeza, las patas delanteras, las costillas y las partes del vientre se separan y se hacen pedazos con el auxilio de un tajadero al objeto de hacer el encebollado. Conviene cortar la rabadilla en pedazos á fin de no destruirla.

La mejor manera de adobar la rabadilla consiste en rodearla de cebollas, tomillo, clavos de especia, un poco de aceite, vino blanco, sal y pimienta; puesta en lugar fresco y cerrado, y cubriéndola con el adobo, se conserva por espacio de tres ó cuatro días. El adobo del encebollado de liebre se prepara de igual modo, con la única diferencia de que debe añadirse una cucharada de vinagre. La sangre y el hígado pueden conservarse perfectamente con sólo tenerlos en sitio fresco por espacio de cuatro días.

Para hacer un buen asado de liebre se la retira del adobo y se mecha con lonjillas delgadas y muy cortas su lomo y parte posterior, se le pone sal, bastante pimienta, en la parte superior un buen pedazo de manteca y se la asa en el asador ó en el horno, vertiendo á menudo sobre ella el adobo indicado. El tiempo que debe emplearse es de tres cuartos á una hora con fuego algo abundante.

Para preparar la salsa llamada *salsa cazador* se pitarán chalotes haciéndoles cocer luego en una cacerola á fuego lento, junto con un buen pedazo de manteca, condimentados con sal y pimienta; añádeseles la salsa que ha producido la liebre y hácese cocer lentamente por espacio de una hora. En el momento de servirse á la mesa se disolverá en dicha salsa una cucharada de café y mostaza superior, y se la hace volver espesa añadiéndole una cucharada de sangre de liebre sin dejarla hervir, agitándola rápidamente para evitar que se agrume.

Para preparar el encebollado de liebre se sacarán los pedazos de liebre del adobo y se les cubrirá de harina. Al propio tiempo se preparará un pedazo de tocino, cortado en trocitos cuadrados, friéndolos en una cantidad de manteca hasta que tomen un color dorado, y entonces se le añaden los pedazos de liebre y medio litro de cebollinos blancos y redondos bien mondados. Cuando todo junto tiene el color dorado, á fuego lento, se le rocía con un vaso de adobo colado y se le deja cocer, bien tapado, por espacio de hora y media.

Cuando se deba servir á la mesa se le mezcla sangre é hígado de liebre que no estén cocidos. Se les pasa por el tamiz chafando el hígado, y se añade al encebollado la sangre y el hígado, agitándolo rápidamente, á fin de que quede perfectamente mezclado. Se sirve hirviendo.

* * *

Las hijas de los melesianos vieronse súbitamente acometidas por un frenesí muy raro, del cual nunca pudo saberse la verdadera causa. Lo único que se ha hecho son conjeturas suponiendo que influencias malignas y pestilentes infestaron el aire turbando de esta suerte su razón y produciendo la demencia. Las desgraciadas jóvenes sentían un vivo deseo de morir estranguladas, hasta el punto de que varias de ellas se suicidaron secretamente.

Ni las lágrimas de sus padres, ni las exhortaciones de sus amigos podían desviarlas de aquella funesta resolución, pues burlaban la vigilancia y la destreza de sus guardianes.



Atribúfase aquel bárbaro furor á la venganza de los dioses, y parecía que tan horrible desgracia no podía tener humano remedio, cuando por consejo de un hombre muy sensato se promulgó una ley que ordenaba que todas las mujeres que se suicidaran serían trasladadas á la pira atravesando la plaza pública completamente desnudas. Esta ley hizo cesar en absoluto aquel violento deseo de morir que se había apoderado de las muchachas. ¡No es prueba más elocuente de virtud y honestidad este temor á la infamia! Aquel pudor alcanzaba más allá de la muerte, en aquellos seres que no temían lo que más á los hombres espanta, el dolor y la muerte.

Un espartano respondió negativamente á una pregunta que se le había hecho. — Mentis, le replicó el que le había interrogado; á lo que repuso el primero: — Hacéis mal en preguntarme cosas que ya sabéis.

Un sujeto rogaba encarecidamente á Agesilas que escribiera á sus amigos de Asia al objeto de que pudieran alcanzar cierta cosa que, según decía él, era muy justa. Agesilas contestó: — Mis amigos no tienen necesidad de que yo les escriba para hacer justicia á quien quiera que sea.

En cierta ocasión preguntaron á Aristipo: — ¿En qué os creéis superiores vosotros los filósofos al resto de los hombres? — En que si todas las leyes se suprimieran, nuestra conducta no por esto sería menos arreglada.

En la Italia septentrional cogen la uva en tiempo bien seco, quitan con cuidado todos los granos gastados ó chafados y ponen después los racimos en una caja en dos ó tres capas, interponiendo á cada una hojas de

albérrigo. Arregladas de este modo las cajas, se colocan sobre unas tablas en un aposento seco y bien ventilado, y así conservan perfectamente la uva hasta el mes de Enero y aun de Febrero.

Para que no se apolille el paño pónganse en el cajón ó cofre donde se guarde, hojas de cedro, de valeriana, de espliego, de avena loca ó ruda, ó por fin, cualquier planta que despidan olor fuerte.

Entre todos los conocimientos humanos el primero que debemos adquirir es el de nuestra propia ignorancia. — M. ELLIS.

A veces el que sigue un consejo se muestra con ello superior al que lo ha dado. — POPE.

La mitad de las coronas que se presentan ante nuestros ojos no son más que coronas de doradas espinas. — PROVERBIO INGLÉS.

Conviene pensar en el porvenir, pero sin comprometer el presente. Ninguna persona razonable y prudente se hará desgraciada hoy porque puede llegar á serlo mañana. — (***)

Los acreedores tienen mejor memoria que los deudores. — FRANKLIN.

El buen pagador es el dueño de la bolsa de los demás. — PROVERBIO INGLÉS.

El segundo vicio es el de mentir, el primero es el de contraer deudas. La mentira va siempre unida á una deuda. — FRANKLIN.



DECORACIONES FÁCILES

El buen gusto y la paciencia suplen al arte en muchos casos; hay muchas maneras de decorar las paredes de las habitaciones con poco gasto y no gran trabajo. Sin embargo, estos procedimientos sólo tienen aplicación adecuada en las casas de campo, en primer lugar porque allí todo puede pasar mientras no sea inmoral ó ridículo.

El sistema más sencillo consiste en formar combinaciones de grabados cual si fuesen mesas revueltas, y procurando que las manchas que forman el dibujo sean simétricas vistas á distancia: pueden alternar con el fondo de la pared ó cubrirla enteramente, sin olvidar

nunca que la simetría del conjunto ha de constituir el éxito de tal decoración: se cuenta que un anglo-indio decoró con billetes de banco las paredes de su gabinete, pero esto no lo hemos visto, aunque no es imposible.

Desde el momento en que todo es materia propia para conseguir combinaciones decorativas, puede aplicarse este principio á los accesorios de la habitación, logrando buen resultado sin exponerse á perder gran cosa en caso de un fiasco.

Una de las aplicaciones más curiosas consiste en la ilustración de las bujías; para conseguirlo se buscan grabados cuyas figuras no excedan de la circunferencia de la bujía; estos grabados deben ser de trazos sencillos

y claro oscuro bien franco; la tinta de impresión lo más reciente que se pueda, y el papel delgado.

Se aplica este papel por la cara del dibujo, de modo que toque en todos sus puntos a la superficie de la bujía.



luego se pasa rápidamente una ó dos veces, por debajo del papel, un fósforo encendido, y al calentarse ligeramente la estearina atrae la tinta y queda impresionada con el dibujo. Así pueden llenarse de figuras y de paja-

ros las velas, pero recomiendo que se coloquen lo más abajo que se pueda, porque no está bien esto de curruscar á sabiendas personajes tan interesantes.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

PE-LI-CA-NO

Al rompe cabezas

DELFIN
BRUNO
ELIAS
JUSTO
VICTOR
ONOFRE
JULIO
LEON
RAMON
AMADEO

CHARADA

Tres y dos no hace quien teme
de Dios el fallo severo:
en el monte verla quiero
cuando el sol las piedras queme,
Una tres, hace el marino,
una dos el pendenciero,
una sola el trompetero
cuando no escasea el vino.
El *tode* es planta textil
que en el monte echa sus flores
dando al aire sus olores
entre hierba y riscos mil.

KAKATOES,

TRIÂNGULO

Sustituir los puntos por letras de modo que leídos vertical y horizontalmente den: 1.^a, nombre de varón; 2.^a, tiempo de verbo; 3.^a, adverbio; 4.^a, dos letras; 5.^a, consonante.

JUAN UMBERT FRANCI, de Barcelona.

TRIÁNGULO NUMÉRICO

[illegible]

F. B., de Barcelona.

JEROGLIFICO





UN NOMBRE FAVORITO

FOR

EUFEMIA VON ADLERSFELD

(CONTINUACIÓN)

ENTRETANTO se hizo de noche y la partida de *whist* se acabó. El conde se levantó, irguió los entumecidos miembros, recogió sus ganancias y se fué á encargar al jardinero forastero que proyectase y pintase nuevos cuadros de jardín para la condesa Fee, á quien los planos que había traído no le gustaban. En la mesa del *whist* quedaron un rato todavía la condesa Theone con el barón Tiefertal, y éste último se lamentaba de su poca suerte.

—¡Vaya que hay para apretar á correr ante la desgracia que tengo en el juego! exclamó. Lo mismo da que juegue al *whist* como á otra cosa. El buen Fitzner era un desdichado comparado conmigo. ¿Sabe usted quién era Fitzner? Pues era uno que, como yo, siempre perdía, y una vez que tuvo suerte entonces le mataron. ¡Esto me pasa á mí también!... ¡Hay para volverse loco!

—Desde que está usted en Hellberg pierdo yo siempre también, díjole la condesa Theone.

—¡Pues entonces los dos deberíamos tener una suerte piramidal en el amor! exclamó Tiefertal. ¿Sabe usted, condesa, que esto sería positivamente una razón para casarse?

—¡Vaya una razón! ¡Qué diría la gente!

—¡Dejemos que diga lo que quiera! Esto sólo me faltaba á mí, preocuparme de la gente y de lo que charla. ¿Tendrían acaso que pagarnos la boda? Pues que digan lo que quieran. Además, de que nadie tiene nada que ver en si nos casamos ó no; los dos somos mayores de edad y nadie puede oponerse.

—Me haría rogar muchísimo, respondió con altivez la condesa Theone.

—Bien hecho, dijo Tiefertal alabando esta orgullosa independencia. ¡Siempre tan resuelta! Y lo principal es que los dos nos avenimos mucho, ¿no es verdad? Las mismas opiniones en política y en agricultura; ¡es una cosa nunca vista!

—Excepto en cebar las vacas, barón, observó la condesa Theone con gravedad.

—¿Cebar las vacas? gritó Tiefertal dándose un golpe en el pecho. Yo cedo, y no porque

el más inteligente siempre cede, sino porque creo positivamente que usted tiene razón. En la práctica, en grande escala, las cosas tienen siempre que reformarse si se quiere alcanzar un primer premio en la sección de ganado vacuno de la Exposición agrícola. Conque ¿queda convenido?

—¿El qué, barón?

—Pues que nos casamos, supongo, contestó Tiefertal muy extrañado de que la cosa no estuviese todavía puesta en claro.

La condesa Theone enarcó las cejas, y dando golpecitos encima de la mesa con sus dedos blancos y carnosos, dijo con la mayor convicción:

—Creo desde luego que sería muy razonable.

—Un disparate no lo sería, repuso Tiefertal, ¡al contrario! Oiga usted, condesa Theone, usted es mi ideal. Esto es lo que á mí me conviene, una mujer al lado de la cual todas las demás son negligentes y perezosas. Le doy á usted gracias. Y los dos tenemos experiencia, lo que no es de despreciar. Así, pues...

Y por encima de la mesa le alargó la pesada diestra que parecía un pulpo rojizo.

—¡Ahí va! dijo la condesa Theone dándole la mano.

Tiefertal entonces se echó al suelo y echó luego toda la mesa del *whist* para dar á su novia el beso de los esponsales, que resonó en el tranquilo espacio de la vasta pieza.

—¡Cáspita! exclamó sorprendido el conde, que llegó con sus hijas cabalmente durante esta escena.

Catalina, empero, comenzó una especie de danza guerrera y gritaba como una poseída:

—¡Hurrah, habrá boda con bombones de estrépito y platos de dulce montados!

El conde les felicitó cordialmente.

Pensó que Theone era ya mayor de edad y que cuando las jamonas tienen la manía del matrimonio, las reflexiones son inútiles y no dan resultado. Por consiguiente, exclamó:

—¡Adelante!

Y para celebrar este gran acontecimiento el conde mandó poner una botella en fresco, y cuando media hora después se sentaron para la cena echaron de menos á Wendenburg. El criado afirmó que no estaba en su cuarto y que tampoco había salido ni á pie ni á caballo. Fee contó lo de la expedición al cuarto de los duendes, y el criado añadió que la *mademoiselle* había cerrado la ventana y el cuarto, y había vuelto á colgar la llave en su sitio, en el llavero del señor conde.

—¡Ya! Wendenburg se habrá alejado y retrasado, dijo Tiefertal con toda tranquilidad. No hagamos conjeturas, que ya volverá.

Pero no volvía. La cena, fría, quedó puesta sobre la mesa; la noche adelantaba y Wendenburg no había comparecido á las diez y media, cuando cada uno tomó la palmatoria para irse á acostar. El criado hizo notar que el sombrero y el impermeable del señor teniente estaban en la percha, y todos se miraron extrañados y moviendo la cabeza, sin reparar en que Catalina se escurrió de allí pálida y temblorosa.

El conde dió orden de que quedase alguien levantado á fin de abrir al ausente, y luego se fueron todos á acostar, no sin mover la cabeza con asombro y haciendo diversos comentarios, de los cuales los de Tiefertal inclinaban el ánimo á la hipérbole.

La condesa Fee estaba intranquila. Fuése pensativa á su cuarto y paseándose de arriba abajo dirigía mudas quejas á la suerte. Luego, suspirando, empezó á soltar la rubia cabellera que cayó sobre su cuerpo sin acordarse de coger un peinador. Cuando el cabello la cubrió como un manto, vaporoso, fino, sedoso y perfumado, sentóse en la abierta ventana y se puso á contemplar la noche oscura sin estrellas.

¿Sollozaba alguien? Fee volvió rápidamente la cabeza y vió en su cuarto á Catalina en bata de noche, con los ojos rojos de llorar y sollozando.

—Pero, Catalina, ¿qué te pasa? preguntó Fee alarmada.

El llanto de Catalina se convirtió en un verdadero aullido.

—Habrá... hecho alguna desgracia... un tiro... ó se ha echado al agua... ¡ji!... ¡ji!... dijo al fin.

—¡Él! ¿Quién? balbuceó Fee palideciendo.

—Naturalmente él, el señor de Wendenburg, dijo Catalina con unos sollozos que partían del alma. Y yo... tengo la culpa... y se me aparecerá su fantasma... ¡oh!... ¡ah!... ¡ji!... ¡ji!...

—Catalina, habla razonadamente ó véte, dijo Fee con severidad, á pesar de que el corazón le latía con inusitada violencia.

Pero Catalina continuaba sus ji... ji... y era preciso sacudirla para que hablase de nuevo.

—Yo... tengo la culpa de su muerte, dijo por fin, pues cuando has perdido, en el cuarto de los duendes, la llave... de tu cofrecito... donde tienes al teniente...

—¡Catalina! gritó Fee indignada y llevándose la mano al cuello, pues no había notado la pérdida.

—No me interrumpas, prosiguió Catalina, á quien la difícil confesión de su falta disminuía el torrente de lágrimas. Ayúdame primero, y luego...

—Prosigue, mandóle Fee pálida y con tal severidad que Catalina no se atrevió á contradecirla.

—Pues bien, prosiguió Catalina, cogí la llave para ver como era el joven que guardabas tan cuidadosamente y al que contemplas cuando nadie lo ve... Si, señora, yo lo he visto... y cuando tuve la llave no abrí el cofrecito y... y...

—¡Continúa!

—Entonces... entonces lo llevé al señor de Wendenburg, en el cuarto de los duendes, le dije lo que había dentro y le rogué que lo abriese.

—¡Catalina!... ¡Catalina!... ¡Catalina!... fué el grito de angustia que salió del fondo del alma ofendida de la joven, tan doloroso, tan patético, que la pequeña delincuente retrocedió asustada.

—No te apures tan pronto, díjole al proseguir su confesión. El señor Wendenburg no ha abierto la cajita. Ha sido muy malo conmigo, estaba casi más pálido que tú al oír lo del teniente, porque está atrozmente prendado de tí... por esto... se ha quitado, seguramente, la vida... ¡ji!... ¡ji!...

Y Catalina empezó de nuevo á llorar.

—¿Dónde está el cofrecito? preguntó Fee tras una pausa de sepulcral silencio.

—En el armario del cuarto de los duendes. La miss me llamaba y le he metido de prisa allí dentro. Fee, no te enfades conmigo, no volveré á hacerlo, yo...

Mas Fee no la oía, porque había salido del cuarto, y con la luz en la mano se alejaba precipitadamente por el corredor que conducía á la torre abandonada.

Ocurriósele, empero, que la *mademoiselle* había cerrado y que la llave debía estar abajo en el despacho de su padre, en el pequeño armario, cerrado siempre de noche, y volvió lentamente atrás. En aquel momento la suerte de Wendenburg, para esta noche, pendía de un hilo muy delgado; pero el hilo, sin embargo, no se rompió, pues al ir á entrar Fee de nuevo en su habitación, salía el conde Hellberg, con bata y fez, de su cuarto dormitorio.

—¿Ha venido ya? preguntó.

Y al mirar á su hija añadió:

—¡Cáspita, Fee! ¿por qué andas así con el pelo suelto como la novia de Lammermoor?

—¡Ay, papá! quisiera la llave del cuarto de la sangre; he olvidado algo allí, dijo titubeando.

—Vé á buscarla abajo, aquí tienes la llave del llavero. ¿Quieres que vaya contigo, niña?

—No, gracias, papá; no tengo miedo.

—Lo supongo. ¿Quién tiene miedo de tales patrañas? Vé, pues, Fee. ¿De manera que todavía no ha vuelto Wendenburg? Verdaderamente me gustaría saber...

Con esto volvió el conde Hellberg á retirarse á sus habitaciones, mientras Fee iba despacio, muy despacio á buscar la llave.

—¡Si Catalina tuviese razón! ¡si verdaderamente!... ¡Oh! no, pues lo que sus ojos tal vez le habían revelado podía ser una ilusión. Su boca jamás le había dicho ni dejado escapar, sin saberlo, que la amaba.

Los que están tristes no andan apresurados, y por esto Fee iba despacio, transcurriendo un buen rato antes de que llegase al cuarto encantado y metiese la llave en la cerradura.

No estaría lejos la media noche, y quizás sería mejor ahora, en que ya tenía la llave, aguardar hasta mañana, pues la tétrica torre había sido siempre, y continuaba siendo, sospechosa, puesto que tenía, además, una bodega tapiada y quién sabe lo que había dentro de ella. Y si lo de los duendes no fuese una patraña, si veía algo, algo terrorífico, espantoso...

¡Tontería! ¡Una Hellberg no debía conocer el miedo! Apretando los dientes empujó la puerta y con una recelosa mirada á la monumental y misteriosa cama, se dirigió en seguida hacia el armario, lo abrió y retrocedió vacilante dando un grito desgarrador, pues delante de ella estaba un hombre con el rostro, cabello y vestidos cubiertos de polvo y telarañas, y con un cofrecito debajo del brazo.

Antes, empero, de que se cayese al suelo medio muerta de espanto, el supuesto fantasma estaba ya á su lado y la cogía en sus brazos.

—¡Fee, Fee, soy yo, que estaba aquí encerrado! gritó Wendenburg casi sin aliento de angustia al verla en sus brazos pálida como un lirio tronchado y con ojos espantados. Creí que sería Catalina la que venía á buscar el cofrecito; Fee, única amada de mi corazón, soy yo, y en verdad, por mi honor, no quería mirar lo que había dentro de la caja, pero cayó abajo de la escalera secreta, Fee, y allí se rompió y salió el retrato. Fee, ¿es este realmente mi retrato? ¡Dios mío! No te pongas tan pálida y tan desconsolada, Fee; no puedes morir ahora que soy tan inmensamente feliz.

Un relámpago pasó por aquellos ojos azul de violeta que parecían apagados por el espanto, una sonrisa de beatitud se dibujó en la pálida boca y un suave color rosado como el cáliz de blanca rosa se extendió por sus mejillas descoloridas.

—También soy yo feliz, Hans, dijo ella bajito en voz casi imperceptible, pero que, sin embargo, fué oída, porque el oído del amor es fino.

El conde Hellberg estaba en su cuarto cuando oyó un grito. Se había propuesto aguardar hasta media noche á ver si volvía su huésped, pues tenía un flaco por aquel simpático muchacho, y por esta razón se hallaba todavía vestido.

—¿Si habrá tenido Fee miedo en el cuarto de los duendes? pensó con inquietud.

Y tomando una luz corrió todo lo que le permitían las zapatillas hacia el sitio solitario.

—¡Diantre! fué cuanto la sorpresa le permitió exclamar al hallarse en el aposento de la torre y ver á su hija, muy pálida aún y temblorosa todavía, en los brazos del desaparecido joven cubierto de polvo. ¿De manera que esto es lo que habías dejado aquí olvidado? añadió luego.

—Papá... empezó á decir Fee en tono suplicante.

Mas Wendenburg, sin soltarla, se puso á contárselo todo al conde: cómo había entrado y salido del armario, lo que había descubierto abajo y arriba.

La relación era casi indiferente, pero la voz que la hacía sonaba con una singular emoción que procuraba dominar.

—¡Hem, hem! dijo el conde que se había sentado. Todo es sumamente interesante para la historia de la casa, pero no es una razón para asustar á mi hija sin avisarla.

—Si hubiese llamado ó gritado desde adentro, como no me hubiesen visto y sólo me

habrían oído confusamente, hubieran huído en seguida por temor á los fantasmas, y yo habría tenido que pasar la noche metido aquí, dijo Wendenburg disculpándose.

—Déjese usted de razones, exclamó el conde Hellberg con el índice levantado.—Como decía, no es un motivo para asustar á mi hija sin avisarla y luego tenerla en los brazos sin soltarla.

Wendenburg dió un paso hacia el conde con Fee, la cual, con rostro descolorido, miraba ansiosa á su padre.

—¡Quisiera tanto no volver jamás á soltarla, quedármela para toda la vida! dijo en tono suplicante.

—También yo, replicó el conde con forzada ironía.

—Señor conde, padre, ¿puedo quedármela, sí?

—Por mi parte... gritó el conde con un diapasón como si su presunto yerno fuese sordo como una tapia.

Y luego, dirigiéndose á su hija, le dijo con voz muy dulce:

—Fee, hija del alma, ¿le amas realmente tanto que quieras abandonarme por él?

—Sí, papá, contestó ella sollozando, pero con tanta firmeza y alegría que cruzaron relámpagos por el rostro del conde.

—Pues está bien, repuso el conde en su tono de voz acostumbrado; pero piensa, hija mía, que vas á empezar las penalidades de la vida, pues Hans nada tiene y tú tienes tan poco como él.

—Señor conde...

—¡Silencio y atención! Fee es una novia pobre como suele suceder á muchas hijas de mayorazgo, pues yo no he sabido hacer economías. ¡Es culpa mía ciertamente! Una pensión siempre se podrá sacar de lo destinado á dotes para las hijas del mayorazgo, de cualquiera hipoteca ú otra cosa por el estilo, pero, hijos míos, no podréis hacer extraordinarios. Una pequeña herencia del tío Wallwitz os hubiera venido á las mil maravillas, ¿no es verdad?

—No, papá, dijo Fee resueltamente. Dejemos en paz al tío Wallwitz y su dinero. Lo cierto es que le estoy agradecida, pues sin su extravagante testamento no hubiera conocido á Hans.

—Basta ya. Mejor será que le des á Hans algo que comer y un buen vino, dijo el conde cariñosamente. El pobre chico lo merece después de haber pasado algunas horas metido en su agujero, y á pesar de su felicidad debe estar muerto de hambre.

Hans Wendenburg no pudo negarlo, y los tres salieron del reino de los espíritus para volver á entrar en las esferas humanas. Al salir del corredor del ala antigua del castillo riendo y charlando para entrar en la sala del piso superior, se abrieron como á una voz de mando cuatro puertas y cuatro cabezas extrañadas asomaron á un tiempo: en primer término Catalina, con los ojos hinchados y la nariz colorada; luego la miss, con torcidos que parecían sanguijuelas y le daban el aspecto de una Medusa; en tercer lugar la condesa Theone, con una llamante gorra de dormir blanca, y finalmente, Tiefenthal, cuyo traje no era de corte.

—Tío, ¿qué es lo que ha pasado? preguntó ansiosa la condesa Theone.

Tiefenthal, empero, gritaba:

—Dispénsenme usted, Fee, no sabía que estuviese usted aquí y por esto salgo á la puerta descalzo. Wendenburg, ¿de dónde diablos sale usted? ¿Cómo están ustedes aquí los tres?

—¡Catalina, por el amor de Dios, váyase usted á la cama! chillaba la miss.

—¡Hurra! ¡Viva! gritaba Catalina.

En una palabra, era todo aquello un cuarteto infernal.

Hans Wendenburg besó riendo la mano de su Fee en presencia de aquellas cuatro cabezas asombradas, y el conde, sacándose el fez para saludar, dijo:

—¡Otro par de novios, y basta por hoy! Mañana les contaré á ustedes la historia, y miss Knickerbocker, que sospecho escribe en secreto novelas, puede aprovechar el asunto y ponerle por título *Los esponsales del cuarto de los duendes*. Y ahora ¡buenas noches!

El conde bajó con los novios al comedor, y destapó él mismo una botella de Pomery para beber á la salud de la joven y feliz pareja.

Los dos días que faltaban para el 20 de Julio transcurrieron alegres y rápidos en Hellberg bajo la influencia de la constelación de una dicha doble. Tiefenthal y Theone se embriagaban haciendo castillos agrícolas en el aire. Gruesas vacas y gordos cerdos les hacían entrever para el porvenir la medalla de primera clase; lecherías y fábricas de harina de patata movidas al vapor, destilerías de aguardiente y gansos cebados, llenaban su imaginación hasta el punto de que á Tiefenthal se le iba la cabeza.

Wendenburg y Fee se forjaban también aéreos y dorados sueños de felicidad y ventura, aunque de muy distinta naturaleza. Con la imaginación arreglaban su modesta casita en la pequeña ciudad de la guarnición. La casa de Wendenburg, sería, á pesar de su posición modesta, preciosa y agradable. El amor lo vence todo, y vencería también la miajita de exterioridad renunciando á la sociedad y labrando en cambio un hogar más íntimo, en el cual reinarían la paz, la dicha, la alegría y el buen gusto.

El conde oía estos planes unas veces sonriendo, otras con tristeza, pues Fee había sido, al mismo tiempo que su hija, su compañera, y hubiérale sido muy duro perderla si no hubiese tenido una confianza ciega en el carácter y en los sentimientos de Wendenburg. A no ser así no le hubiese dado su Fee, su orgullo. Indudablemente hubiera deseado verle empezar una nueva vida desahogada y libre de preocupaciones, mas ¿de qué sirve el dinero, cuando el corazón no está contento? Su ideal era un tipo honrado y distinguido como Wendenburg; por esto se llevaría á su hija con su beneplácito y los dos lucharían animosamente con las dificultades de la existencia sin dejarse abatir, pues el amor lo hace todo ligero.

La única descontenta en aquel reducido y animado círculo era Catalina. Había esperado una brillante recompensa por haber sido el *deus ex machina* en la suerte de los dos novios, cuyos esponsales ella había evidentemente promovido y precipitado. Considerábase como el genio del amor—con ó sin medias coloradas, pues acerca de esto nada dicen las crónicas—revoloteando sobre la joven pareja. Mas la ingratitud es la recompensa que da el mundo, y luego las apreciaciones son tan distintas... En una palabra, Catalina recibió, en vez de una corona de laurel, una desusada y tremenda «peluca» de su padre, tanto por su indiscreción por lo que se refería al cofrecito, como por su atrevimiento en acechar detrás de las puertas, y luego, además, la aterradora noticia de que iba á entrar en un reputado colegio de señoritas para ser domada, educada é instruída.

Catalina tuvo tiempo para meditar en ello y despedirse de la vida de libertad, de las cercas, árboles y caballos sin ensillar, encontrando tan sólo algún consuelo en la idea de hacer lo más amarga posible la tarea á sus nuevos verdugos pedagógicos.

(Traducido del alemán).

(Concluiré).



EL CRISÁNTEMO

LA Sociedad Nacional Francesa de Horticultura organiza cada otoño una Exposición pública especial, de los productos de los jardines.

Esta Exposición, que antes sólo tenía por objeto la exhibición de frutas y hortalizas, ha ido tomando durante estos últimos años una importancia extraordinaria, á medida que las plantas de adorno, y muy particularmente el crisántemo, han pasado á ocupar lugar muy importante, hasta el punto de ser hoy el principal atractivo de los jardines.

La Exposición de este año ha sido brillantísima. En ella podían admirarse al lado de los macizos multicolores, en los que la flor de moda figuraba bajo la forma de penachos ó crestas (blancos, color malva, violáceos, rojos, amarillos y pardos), con caprichosos é indefinibles matices de incomparable riqueza, otros en los que la preciosa planta se presentaba formando enormes capullos que alcanzaban hasta 25 centímetros de diámetro (fig. 1).

En 1888 fué cuando estas grandes flores hicieron su primera aparición en las Exposiciones parisienses, y hoy día todos los floristas de los bulevares adornan con ellas sus escaparates, y las hacen entrar en la confección de los ramilletes. No se tiene noticia que planta alguna haya alcanzado en tan poco tiempo un éxito parecido.

Para algunos aficionados el crisántemo es objeto de un verdadero culto. Fuerza es confesar, sin embargo, que los sorprendentes trabajos realizados en el mejoramiento de sus flores, que se transforman, por decirlo así, á medida de nuestros deseos, bastarían por sí solos para interesar vivamente á cuantas personas tienen afición al estudio de las plantas.

Pero el crisántemo reúne además otras circunstancias apreciables. En efecto, sus flores, tan notables por su belleza y su originalidad, tienen la inapreciable ventaja de durar mucho tiempo después de cortadas, y por otra parte, la hermosa planta florece en una época del año en que las flores han desaparecido de los jardines, destruidas por las primeras bajas de la temperatura que por lo común se hacen sentir durante el mes de Octubre.

Estos fríos prematuros, generalmente poco intensos y

de corta duración, bastan para matar las begonias, dalias y geranios de que se componen las canastillas de los jardines y con las que se adornan los arriates, dándoles el triste aspecto que han de conservar durante todo el invierno. Bajo este punto de vista es el crisán-



FIG. 1. — Crisántemo de flores grandes

temo un magnífico recurso para el adorno de los jardines, á partir de aquella época del año. Como los primeros fríos dejan sus flores completamente intactas, y su efflorescencia dura hasta que llegan las heladas á una temperatura de 4 ó 5 grados bajo cero, no es raro verlas durar hasta el Noviembre, y á veces, como ocurrió en el año pasado, hasta los primeros días de Diciembre.

Es, por lo tanto, posible prolongar por un mes ó más, valiéndose de esta planta, el adorno de los jardines, lo cual puede ser muy agradable para cuantas personas, á causa de la caza ó por otras diversiones, permanecen en el campo hasta muy avanzada la estación.

No se crea en modo alguno, como muchos imaginan, que las grandes flores que se ven en las Exposiciones y en las tiendas de los floristas de París, sean una producción normal. Si se cultivan por los procedimientos ordinarios las distintas variedades que las producen,



FIG. 2. — Crisántemo japonés. — Flor que presenta el involuero

con la esperanza de obtener flores de aquellas dimensiones, se sufriría una desilusión.

No se puede negar que hay ciertas variedades más favorables que otras para la producción, pero hay que tener presente que deben cultivarse siguiendo un procedimiento especialísimo.

Hace mucho tiempo que los japoneses cultivan el crisántemo con el fin de que produzca flores de grandes dimensiones. En Europa el cultivo de esta planta se generalizó primero en Inglaterra y hace algunos años en Francia. En la actualidad en España empieza a cultivarse y tiene gran aceptación.

Las plantas que se sometan á este cultivo deben estar encerradas en un invernadero frío bien iluminado, plantadas en macetas en un suelo sustancioso situado cerca de los cristales, al objeto de que no se decoloren ni marchiten, y á regular distancia unas de otras, á fin de que el aire y la luz las envuelvan perfectamente.

En cada planta no se debe dejar más que un pequeño número de tallos de los más lozanos, y cuando aparecen los capullos se van quitando para que no quede en cada tallo más que uno en el extremo. Además, deben regarse con abono líquido, á fin de favorecer el desarrollo de las flores que se han conservado.

Cultivadas de este modo las plantas indicadas, alcanzan á menudo grandes dimensiones; las hay que tienen más de 3 metros de altura, y como por otra parte se hallan desprovistas de hojas en su base, y en un largo tallo delgado y sin ramificaciones no producen más que una sola flor, distan mucho de tener agradable aspecto.

De ahí, pues, que se cultiven con el objeto de confeccionar ramilletes.

Sin embargo, las flores que por este procedimiento se obtienen, no tan sólo son notables por sus extraordi-

narias dimensiones, si que también porque sus colores son mucho más frescos y más brillantes que los de las flores obtenidas por el cultivo ordinario y al aire libre.

A pesar de todo, aunque sólo se trate del adorno de las habitaciones ó de los invernaderos fríos, en general son preferibles las plantas bien pobladas de hojas, bien ramificadas, cubiertas de flores que se hayan desarrollado normalmente á otras que sólo contengan algunas flores, que después de todo no son más que verdaderas monstruosidades.

El crisántemo *chrysanthemum sinense* es originario de la China y del Japón. En 1789 Pedro Blancard, capitán de buque de Marsella, introdujo los primeros ejemplares de esta planta en Francia. Mandó algunas al Museo de Historia Natural en 1719, pero no empezaron á divulgarse hasta el año 1820. Un aficionado á la horticultura, M. Bernet, fué quien llamó sobre ellas la atención; las cultivó en su jardín, formándose muy pronto un grupo de aficionados que obtuvieron nuevas variedades, y por este modo fueron mejorándose paulatinamente.

Entre las más importantes colecciones, formadas en el transcurso de muchos años, merecen citarse la del



FIG. 3 — Crisántemo *Gloire rayonnante*

Museo de Historia Natural de París. Esta notable colección comprende más de mil variedades, clasificadas con gran esmero, y es indudablemente una de las más interesantes que hoy día se conocen.

La introducción en Francia del cultivo del crisántemo con el objeto de obtener grandes flores, ha llamado la atención en estos últimos años sobre tan hermosa planta, hasta el presente poco conocida.

Lo que se llama flor en el crisántemo es en realidad una eflorescencia. Al igual que en las demás flores de la familia de las compuestas, se hallan aquellas agrupadas al extremo del eje é íntimamente unidas á un receptáculo, provisto en su parte exterior de brácteas ú hojas en forma de escamas, dispuestas en distintas hileras y

cuyo conjunto forma lo que se llama un involuero (fig. 2).

La eflorescencia se compone ordinariamente de dos clases de flores, como se observa en el tipo primitivo de la flor del crisánemo; unas son centrales (flósculos), cortas, tubulares y regulares, que forman el disco; las demás ocupan la circunferencia (semiflósculos), y son mayores, ordinariamente de distinto color, de tubo hendido y abierto en lengüeta (lígula), formando lo que en las belloritas, margaritas y otras flores se llaman impropia-mente pétalos.

Las plantas de la familia de las compuestas que presentan esta disposición en sus flores se llaman radiadas, pero existen otras que sólo están compuestas de semiflósculos, lo cual acontece con las chicoráceas, que por esto se llaman también ligulifloras; por último, en una sección de la tribu de las carduáceas la eflorescencia sólo está formada por flósculos (tubiflores).

Por medio de un especial cultivo se ha logrado modificar hasta tal punto la estructura del crisánemo, que puede observarse, entre sus numerosas variedades, eflorescencias ligulifloras y tubulifloras, las cuales, junto con el tipo primitivo radiado, representan los principales grupos de la familia de las compuestas. De modo que es verdaderamente interesante observar hasta dónde puede

ó menos anchos, abiertos (Cr. de flores regulares), combados, arqueados (Cr. encorvado), más ó menos largos, contorneados ó encorvados en todos sentidos (Cr. japo-



FIG. 5.—Crisánemo de flores normales

nés, fig. 5), la cual en cada caso da á la flor un aspecto completamente diverso.

Los lígulos pueden ser también enteros, más ó menos dentados, laciniados ó franjeados; ya también lisos ó vellosos, conforme se observa en un gran número de variedades obtenidas recientemente, que son muy buscadas, y que forman un grupo aparte: las *Cr. plumes d'autruche*, entre las cuales merecen citarse: *Alphes lardy*, *Enfant des Deux Mondes*, *Louis Behmer*, *Lalla Rook*, *W. M. Falconer*, *W. A. Manda*.

En algunas variedades los lígulos son enteramente tubulares, como se observa en la *Étoile*, *Gloire rayonnante* (fig. 3), *Gland d'or*; pero existen otras que sólo se presentan tubulares en su parte inferior siendo en su extremo algo abiertas.



FIG. 4.—Crisánemo de flores simples

llegar la variedad de la especie, porque no sólo se observa una modificación en los caracteres específicos, sino que esta modificación llega á cambiar los caracteres considerados como esenciales para otras plantas de la misma familia, puesto que sirven para caracterizar las tribus.

Si se examinan las innumerables variedades de los crisánemos que hoy se cultivan, se ve que mientras unos tienen flores llamadas simples (fig. 4), otras, las llamadas dobles, son completamente liguladas (formadas de semiflósculos).

De un examen más detenido resulta que en este último caso hay lígulos (pétalos) planos, hundidos, más

TOMO III.—50.



FIG. 6.—Crisánemo alveolado

En el grupo conocido con el nombre de *Cr. alveolado* (fig. 6), las flores del centro alcanzan cierto des-

arrollo, pero no obstante son más cortas que las del contorno y toman colores muy brillantes.

Por último, existe un pequeño número de varieda-



FIG. 7.—Crisántemo tubuliflor

des, antes muy estimadas, pero en la actualidad poco cultivadas, las que están formadas de flores de lígulos cortos, redondeadas en su extremo, lo cual da al con-

junto un aspecto globuloso, por lo que se le ha dado el nombre de *Cr. pompon*.

El crisántemo es una planta vivaz, pero que agota rápidamente el terreno en que se cultiva y muy pronto sus flores pierden parte de su belleza si se le deja por algunos años consecutivos en el mismo sitio. Como por otra parte aquéllas son tanto más grandes y numerosas cuanto los tallos que las producen son más tiernos y por consiguiente más vigorosos, es preferible renovar anualmente las plantas quitándolas durante la primavera ó trasplantándolas en otoño, lo que se hace con gran facilidad. La plantación debe efectuarse en un terreno rico de elementos nutritivos. Cuando las plantas permanecen en un mismo sitio, conviene que se cubran durante el invierno, con paja ú hojas completamente secas, y que al llegar la primavera se las abone convenientemente. Los renuevos deben colocarse dentro de vidrieras especiales.

Como algunas variedades de eflorescencia tardía podrían ser sorprendidas por las heladas, antes de abrirse los capullos deben cultivarse en macetas y resguardarse en invernaderos fríos ó en *orangeries* cuando se dejan sentir las primeras bajas de temperatura.

En resumen, hay pocas plantas tan apropiadas para el adorno de los jardines como el crisántemo, porque puede cortarse como se quiere, siempre que se haga en época determinada, pasada la cual se la expondría á perder los capullos que empiezan á formarse; se le pueden dar las formas más caprichosas, como la del parasol, bola ó pirámide; pueden emplearse para el adorno de los arriates y formar con algunas variadas canastillas que algunas veces podrán rivalizar en belleza con las de las flores de verano.

D. Bois.

¡FUEGO!



E había acostado y comenzaba á conciliar el sueño cuando me pareció oír la voz de un hombre en el recibimiento.

—¿Quién anda por ahí? grité alarmado.

—Señorito, dijo la doncella, no se asuste usted. El lampista y el portero han subido porque hay fuego y no saben dónde.

—¡Caracoles! ¡Fuego en casa y no te alarmes! ¿Para cuándo queda el susto? Carlota, dije á mi mujer, eso no será nada.

—Juan, me contestó, ya estoy vistiéndome por si fuese mucho.

El portero y el lampista andaban en la cocina y notamos que, al nivel del suelo, parte de la pared parecía serlo de horno. Me enteré de que de la portería salía humo y bajé á ella, comprendiendo en el acto que ardía el cabo de una viga que correspondía á la chimenea de la tienda del sastre, y como la cosa me pareció necesitada del auxilio de los bomberos, dispuse se avisara en el acto á la delegación del distrito. Sonaron las campanadas de alarma, funcionó el teléfono y también la chillona voz de la hija del portero, chiquilla de siete años, que al ver envuelto en humo á su padre, comenzó á vociferar:

—¡Papá se quema! ¡Papá se quema!

—¡Echen ustedes de ahí á esa niña! grité.

¡Dios de misericordia, la que se armó! Se abrieron puertas, asomaron cabezas inclinadas hacia abajo desde la barandilla de la escalera, iluminadas por bujías y fósforos encendidos precipitadamente.

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde está el fuego?

—¡Virgen santa!

La mujer del sastre abrió la puerta de su casa, que daba al zaguán, y comenzó á decir con vocecita melosa:

—Nosotros no tenemos la culpa. No sabemos cómo ha podido ser.

—¿Hay fuego? preguntó á gritos don José, comandante de lanceros que vivía en el tercero.

—Hay humo.

—Pues si hay humo, hay fuego.

La voz ¡fuego! unas veces de barítono de reserva y otras de tiple constipada, bajó de las buhardillas al primero y subió del primero á las buhardillas, para volver á bajar y á subir. Una vieja con las faldas mal sujetas á la cintura y cubierto el cuerpo con un pañuelo que debió comprar en sus mocedades, descendió la escalera pesadamente, apoyándose en el pasamanos y sosteniendo con el brazo libre una perrita chiquita y felta y asquerosita por lo rolliza, que con sus gruñidos formaba dúo con la dueña, que gemía:

—¡Ay, pobre de mí! ¡Ay, pobre de mí!

—No se alarme usted, señora, que no hay motivo.

—Eso lo dice usted, que tiene cerca la puerta; pero nosotras, que estamos en el cuarto, nos achicharramos sin remedio. ¡Agustina! ¡Agustinaaaa!... ¡Ay pobre de mí!

—¡Mamá!

—Baja pronto con los pequeñitos, que Linda está nerviosa. ¡Ay, pobre de mí!

—¿Qué pequeñuelos son esos, doña Josefa?

—Los cachorros de mi Lindita.

—¡Para cachorros estamos! tronó el comandante, que bajaba seguido del asistente con un cubo lleno de agua. Échese á un lado y franquee el paso.

Cogió el cubo, y en ademán de arrojar su contenido, gritó en voz de mando:

—¿Dónde está el fuego?

—¡Cuidado, que va á mojarme! chilló la vieja.

—¿Qué más quisiera usted que tomar un baño gratis?

Y como el bravo militar no podía hablar sin gesticular, derramó parte del contenido del cubo mojando á la vieja, que le increpó, y él contestó, y ella replicó; y hubo réplica y tríplica, y puso término al pleito don José tirando lleno de coraje el cubo y ordenando luego al asistente que lo recogiese. El agua comenzó á descender á manera de cascada y todos se hicieron á un lado para evitar el pediluvio.

—¡Aquí no hay disciplina ni nada! Arréglense como puedan.

—Nosotros no tenemos la culpa, seguía diciendo la mujer del sastre. No sabemos cómo ha podido ser.

La aparición de don Anselmo fué saludada con esta pregunta:

—Pero, don Anselmo, ¿qué hace usted?

—¿Pues qué quieren ustedes que haga? ¿Que me deje achicharrar?

Y siguió bajando pausada y pesadamente la escalera, apoyado un brazo en el pasamanos y otro en el hombro de su mujer, que cuidaba no se le cayese al marido un pañuelo que para abrigarle le había puesto sobre los hombros, cruzando las puntas el pecho y anudados los cabos á la espalda; al cual matrimonio seguía la sobrina, de muy buen palmito, la que se afanaba por mantener levantado el pañuelo para impedir que le entrase aire por el cogote á su tío, quien llevaba gorro de dormir blanco y de algodón, coronado por diminuta borlita de hilachas. En la precipitación se había puesto al revés los anteojos, y como la parte convexa del arco de latón que sujetaba los dos cristales era la que calbagaba sobre las narices, sobre éstas se había deslizado deteniéndose en la punta, y de ella no pasaba, contenido por las gafas que se apoyaban en las orejas. Al buen señor le tenía postrado el reuma hacía tres meses, y en los momentos en que más apretaba la dolencia buscaba distracción en una tragedia que llevaba muy adelantada, cuyos personajes parecían perros rabiosos, cosa muy natural siendo hijos de padre á quien los dolores del reuma tenían frenético. Sucedió que la vieja se detuvo esperando á Agustina, y frente á frente se halló de don Anselmo á tiempo que con los cachorros llegaba la hija; y como al ver á los pequeñuelos diese la perra muestras de agitación y ladrase, el reumático que á todos los de la casta perruna les tenía antipatía nacida del miedo á la hidrofobia, se echó atrás bruscamente gritando:

—¡Vengan los laceros y llévense ese animalucho y denle la bola!

—Debe usted tener las entrañas muy negras, contestó la vieja con acritud. ¿Le gustaría que le trataran así si fuese perro?

—Tal suposición es una injuria, porque no soy perro ni pienso serlo ni tener tratos con perros, propios de gente sin seso.

—Usted sin él se ha quedado porque se lo ha sorbido el reuma.

—¡Usted me insulta!

- ¡Antes insultó usted á mamá! gritó Agustina.
 —¡Antes insultó ella á mi tío! gritó la sobrina.
 —No te incomodes, Anselmo; Anselmo, no te incomodes, gritó su mujer.
 Y todas y todos alborotaron, unos para injuriarse, otros para poner paz, y en tanto la mujer del sastre repetía:
 —Nosotros no tenemos la culpa. No sabemos cómo ha sido.
 Y doña Ramona no cesaba de decir con acento suplicante:
 —No te incomodes, Anselmo; Anselmo, no te incomodes.
 Y la sobrina con voz airada:
 —¡Antes insultó usted á mamá!
 Y Rosita en el mismo tono:
 —¡Antes insultó ella á mi tío!
 —Oído á la caja, gritó el comandante de lanceros: puesto que todos se han insultado, iguales quedan y no hay agravio. La señora, prosiguió dirigiéndose á la mujer del sastre...
 —Nosotros no tenemos la culpa...
 —Me consta que no tienen ustedes la culpa de que don Anselmo esté reumático, pero puede darle sitio abrigado en su casa mientras recobra la tranquilidad y vuelve á la suya.
 —Gracias, don José. Pronto, llévenme pronto. ¡Ay! que me ha entrado aire por el cogote y parecen que me muerden la paletilla! ¡Ay! que me va á dar algo.
 —¡Monín!
 —¡Tío! La culpa la tiene usted, señora.
 —Él insultó á mamá.
 —No volvamos á las andadas, exclamó el comandante.
 —¡Ay! ¡Ay! ¡El reuma se corre! ¡No puedo moverme! ¡Ay! ¡Ay!
 —Verán ustedes cuán pronto se arregla eso, dijo don José. ¡Pascual! Cógele por los pies, ordenó al asistente.
 —¡No! ¡No! gritó doña Ramona, que hay que moverle con manos de algodón.
 —¡Cuidado! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! gemía don Anselmo al sentirse bruscamente llevado en vilo por el comandante y el asistente, con más deseos de echarle de allí que cuidado en no lastimarle; y como ni el uno ni el otro tenían manos de algodón, los gemidos del paciente agujereaban los tímpanos y se clavaban como alfileres en el cerebro.

Los que aún no se habían movido salieron á la escalera al oír los lastimeros ayes, suponiendo que los daba una víctima de las llamas, y en tropel bajaron preguntando si el daño era mucho; distinguiéndose por los saltitos, melindres y monerías sin gracia, una joven apodada á espaldas suyas la Dengosa por su afectación en el vestir, palabras y gestos; la cual, apremiada por su madre, asustada por el ruido y azorada por los gemidos, se había puesto una basquiña azul y chaqueta carmesí, colores que recordaban á la cotorra; y como llevaba cogidos los moños con papeles de seda retorcidos, formando copete el mayor de ellos, resultaba la facha estrafalaria y además nada limpia, porque al acostarse se había untado la cara con no sé qué menjurge; á lo cual hay que añadir que, como hacía vanidad de sus manos y para que no se ajasen se ponía guantes viejos al acostarse, compareció llevando calzados unos cuya pasada blancura hacía más visible la suciedad presente; aparato muy á propósito para mover á risa, como así sucedió. Formando grupo bajaban el señor Carpiovante, don Pedro y Jacinto, seguidos de otros inquilinos. Era el primero aspirante á concejal, procedía de no sé qué pueblo extremeño, donde su familia fué poderosa; pero él malbarató cortijos, dehesas, vacadas y piaras en Madrid estúpidamente, como suelen hacerlo los manirroto; y sin duda en expiación de haber derrochado su hacienda quería regenerar la del municipio, pues no es de suponer que se propusiera reponer la propia. Sea lo que fuere, le derrotaron y le dió tal corajina que siempre decía pestes de las cosas del Ayuntamiento, «las cuales serían muy otras si él fuese concejal;» y á cada escalón

se paraba para tronar contra la incuria del alcalde, el mal servicio de incendios y la nulidad de los ediles.

—Ande usted, murmuraba con su vocecita de empleadillo el viejo don Pedro, y no me comprometa, pues compromiso hay para un funcionario de poco sueldo en oír pestes de la autoridad.

Jacinto, que hubiera sido abogado si hubiese terminado la carrera, periodista si hubiese sabido escribir, comerciante si no hubiese tenido horror al trabajo, y siempre daba su opinión aunque no le consultasen, puntualizaba á voces lo que había que hacer para extinguir el fuego, que nadie sabía dónde estaba, porque del humo no habíamos pasado. Y cuando éstos y los otros personajes y los que les siguieron y los que de la calle entraron para enterarse, se hubieron juntado, aquello se convirtió en grillera; y si algo faltaba se tuvo en la pelea del bombero que llegó y del sereno que acudió, gallego el primero y también el segundo, si bien el uno de Lugo y el otro de Orense. El bombero se plantó en el umbral y dijo que de allí no pasaba mientras no se presentase otro compañero para atestiguar que había sido el primero y ganado el premio, no se repitiese lo que en otro fuego, que se quedó sin los cuartiños; y el sereno se empeñó en que ejerciera su oficio, pues la cosa apremiaba. Como no lo lograra quiso imponer la que él llamaba su autoridad á gritos, pero á gritos le contestó el otro, y así continuaron hasta que llegó la primera bomba.

De la cual apenas hubo necesidad de hacer uso, porque abierto un boquete en la habitación del portero y otro en la cocina de mi casa, quedó al descubierto el cabo de una viga que estaba ardiendo, y el fuego fué apagado con facilidad. Luego se retiraron los bomberos, no sin mostrarse contrariado don Anselmo, que hubiera deseado quedase un retén, por si acaso; los vecinos se fueron á sus habitaciones, se durmieron, y al día siguiente los periódicos dieron cuenta de lo sucedido, sin más diferencia que uno dijo que el fuego había sido en mi habitación, otro en el tercero y otro en una buhardilla. Y no acabó ahí todo.

Don Anselmo modificó el final de su tragedia, y en vez de morir los personajes, quién de veneno, quién de puñaladas, les encerró en un edificio al cual el traidor pegaba fuego; pero en el momento de huir el humo le hacía estornudar con tanta violencia, que se le rompía una arteria y caía en las llamas, que le achicharraban.

La Dengosa tuvo la desgracia de que su novio, que salía del teatro, entrase y la viese con aquel aparejo, y tanto asco le dió que se marchó de Madrid para evitar hasta la posibilidad de verla.

El dueño de la casa del sastre dijo que los boquetes abiertos en la medianería debía taparlos el propietario de la otra casa, puesto que en ella se habían abierto; y éste sostenía que la reparación debía costearla el otro porque en su finca radicó el fuego y para apagarlo se agujereó la pared. Y no habiendo logrado ponerse de acuerdo comenzaron á pleitear, y nadie sabe cómo ni cuándo acabarán; pero los procuradores, abogados, escribanos y alguaciles saben que los pedimentos, réplicas, súplicas, diligencias, etc., ascienden ya á algunos miles de pesetas. La reparación, según me dijo un albañil, no hubiera costado más arriba de cuatro duros.

Por último: el señor Carpiovante puso un remitido en un periódico censurando al Ayuntamiento, y en particular al alcalde, por el mal servicio de incendios; y como el alcalde era el que le había derrotado en las elecciones, apretó tanto la mano que dicho señor le llevó á los tribunales por el delito de injuria y calumnia. Carpiovante fué condenado y extingue la pena que se le impuso.

Y nada más.

TEODORO BARÓ.



MI ÁLBUM

SEIS POESÍAS

MADRIGAL

I

LAS aves y tu vida
se parecen en algo, Laura bella.
Cuando del alba la insegura estrella
en el cielo prendida,
mira en el mar su tembladora huella,
pones en tu garganta
largo collar en hebras dividido,
y cual la alondra que en los aires canto,
saltas ligera del caliente nido.

II

Y cuando brilla el sol en Occidente,
que en esplendor le igualas,
buscas el lecho en que ocultar la frente,
serena pliegas tus brillantes galas
entre dulces aromas,
como al dormir encogen las palomas
la baraja de plumas de sus alas.

A UNA NIÑA

Mariquilla, Marihuela,
niña de rostro risueño;
llamarán pronto á tu alma
las blancas flores de almendro,
pues aunque Abril amoroso
aún no ha llamado á tu pecho,
ya está poniendo en tu cara
Marzo sus brotes primeros.

En tu conciencia dormida
llueva tu madre consejos
para que engendren y cuajen
frutos hermosos y buenos.

Ahora es el tiempo propicio
de que siembren en tu seno,
con azucenas, lo puro;
con sensitivas, lo tierno

con violetas, el recato;
con blancas rosas, lo bello.

Ha de ser de tu inocencia
tu padre fiel jardinero
y ha de sembrar en tu alma
lo mejor que haya en su pecho.

El jardín de sus amores
te ha de ofrecer todo entero,
menos espinas y hortigas
si los hubiere en su huerto.

Y cuando Abril te corone
con sus rosales soberbios,
y en tu conciencia se miren
como en lago azul y terso,
y luzcan en tus mejillas
los claveles entreabiertos,
los jazmines en tus manos,
y las rosas en tu seno;
cuando al tener quince Abriles
Mayo florezca en tu cuerpo
y esté en tí la primavera
todos sus ramos luciendo,
orgullo dará de verte
sin una mancha en un pétalo,
sin una sombra en un cáliz,
sin una nube en tu cielo.

Correrá alegre tu vida,
y al par que vayas creciendo,
de tu ajuar, hoy diminuto,
se agrandarán los objetos.

Se harán estrado tus sillas,
brotarán hojas tus tiestos,
y el puchero con que guisas
se echará á hervir sobre el fuego.

Se hará grande tu vajilla,
se harán grandes tus cubiertos,
verdaderos los cacillos
y los vasos verdaderos.

También crecerá la cuna
donde hoy meces tu muñeco,

y ¡oh prodigio! de su forma
surgirá un niño risueño.

Ese será el hijo tuyo,
y mira si has de quererlo,
que con él harás lo mismo
que tus padres hayan hecho.

Bien le enseñarás, si ahora
te enseñan á conocerlo,
y tus hijos, si lo aprenden,
transmitirlo sabrán luego.
¡que es cadena la familia
de elevados sentimientos,
y el eslabón que es de oro
enseña al cercano á serlo!

Mariquilla, Marihuela,
¿pero no me estás oyendo?
¡cuando tengas juicio, lee
lo que dicen estos versos!

INTERROGACIONES

¡Plácido arroyo, que rumoroso
por entre flores corres fugaz!
¿dónde está el término de tu camino?
¿de dónde vienes? ¿á dónde vas?

Siendo tu senda la más florida,
siendo tu linfa libre cristal,
siendo tú espejo del mismo cielo,
dime; ¿no sabes á dónde vas?

Siendo mi senda la más florida,
siendo mi linfa libre cristal,
siendo yo espejo del mismo cielo,
sé... que mis pasos van hacia el mar.

Pero tú siendo la misma ciencia,
tú que el misterio sabes borrar,
tú que los astros medir consigues,
tú que caminas con ciego afán;

Tú, en fin, la obra más acabada
que el Ser Supremo quiso formar,
tú, ¡El Hombre! ¿acaso podrás decirme
de dónde vienes y á dónde vas?

CON LA CARNE AL HOMBRO

Cual peregrino que en sus largas siestas
la sombra busca en que el placer le embarga
el alma, andando con la carne á cuestras,
¡busca una tumba en que soltar su carga!

COPLA

Los dos ojos de tu cara
son los clavos de mi cruz,
y por ramajes de gloria
entra á bañarlos la luz.

EL AMANECEER

Abrió su cáliz la naciente aurora
como una flor en búcaro de grana,
y al sonreír, sobre la mar lejana
se disipó la luna soñadora.

Los verdes prados que el Abril colora
se cifieron la frente soberana
de esas perlas que lleva la mañana
en el rubio cendal que se evapora.

Rasgó el Oriente su rosado velo;
lanzó la tierra su cantar sonoro,
y huyó la noche con medroso vuelo.

Mostró la luz su virginal tesoro,
y en sus pupilas al abrir el cielo,
se deslizó una lágrima de oro.

SALVADOR RUEDA.



Ayuntamiento de Madrid
MALLORCA.—EN EL CAMPO SANTO DE POLLENSA (pág. 370)



UN INTELIGENTE

CUADRO DE N. NANI



Castillo dels Reis

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

Al Norte de Pollensa se levanta la cadena de montañas que va á extinguirse en el cabo Formentor, después de haber rodeado á Mallorca de un inmenso semicírculo que la pone á cubierto de la impetuosidad de los vientos. Dichos montes, que desde Vallde-mosa á Lluch y más acá aún, encierran tantos sitios encantadores, y tan frondosos bosques llenos de sombra y de misterio, levántanse aquí desnudos, secos, áridos, sombríos y, sin embargo, rodeados de severa grandeza.

Hacia la base, y en las ramblas sobre las cuales, en medio de robustos cantos rodados, se deslizan algunos mansos arroyuelos, crece el algarrobo ostentando su verde follaje, hincando en el ardiente suelo sus troncos robustos en medio de una vegetación fresca y lozana, y las parcelas avcillas llenan el ambiente con sus armoniosos trinos, seguras de que en su escondido retiro no ha de interrumpirlas siquiera la vista del pastor.

De lo alto de los montes despéñanse las aguas formando cascadas rumorosas, siendo de notar que una de ellas, conocida bajo el nombre de fuente de Fartavitx, se precipita espumosa y abundante, durante el verano, es decir, cuando, por punto general, están exhaustos los manantiales, y en cambio no mana durante el invierno.

En este lugar de desolación, y sobre la cima de un monte, se elevan las extrañas y pintorescas ruinas de una antigua fortaleza, conocida en el país con el nombre de *Castillo dels Reis*. El sendero que á ellas conduce es áspero, pedregoso, y no tarda en perderse en medio de rocas desgajadas y en una confusión de malezas y palmitos.

La vista de las ruinas que se levantan grandiosas sobre una peña casi inaccesible, paga con creces la fatiga del camino.

¿A qué época pertenecen? Difícil es la contestación. Pretenden algunos que la fundación del castillo se remonta á la época en que dominaban la isla los romanos, y si bien es verdad que nada existe en ella que demuestre antigüedad tan remota, en cambio está fuera de duda que los moros consideraban el castillo como una fortaleza punto menos que inexpugnable. Los moros montañeses, después de la conquista de la capital por el rey Jaime, refugiáronse en este castillo, llevando á su cabeza por jefe á Xuayp.

Cuando en 1285 el rey de Aragón quiso usurpar el reino á su tío Jaime II, los magnates que permanecieron fieles á su legítimo soberano hiciéronse fuertes en el castillo.

En 1343, cuando Palma, los castillos y las villas habían prestado juramento de sumisión, obediencia y vasallaje á Pedro IV, el pendón de Jaime III flotaba al viento izado en la torre del homenaje del Castillo dels Reys.

Fué éste el postrer asilo de la legitimidad, y todo el poder de Arnaldo de Eril, gobernador de la isla, no pudo vencer, en mucho tiempo la resistencia de sus muros, hoy en ruinas, cubiertas de zarzales y maleza, y desmoronándose de día en día y piedra á piedra al impulso del viento que gime tristemente entre sus arcos llenos de grietas, y sus almenas desmanteladas y maltrechas.

Había llegado el momento de poner término á tan porfiada contienda. Una expedición formidable, en cuyos preparativos se ocupaba el gobernador hacía mucho tiempo, salió al cabo de Palma, siguiendo el camino de tierra, en tanto que por mar se conducían poderosas máquinas de guerra. Establecióse el sitio en toda regla, y al cabo de tres meses, los valientes defensores del rey Jaime, rendidos de fatiga, muertos de hambre, y sin poder esperar socorro de parte alguna, se vieron precisados á entregarse en manos de los aragoneses.

Nada tan grandioso como el paisaje que se distingue desde esta altura. Por todas partes, hasta perderse de vista, en los postreros límites del horizonte, abruptos montes separados por medio de profundos abismos. La grandeza de las luchas de que en otros tiempos fueron testigos; los sufrimientos heroicos de los bravos campesinos que sacrificaban sus vidas en aras de la fidelidad á su rey; la aridez del suelo; el profundo silencio que reina en aquellos lugares, sólo interrumpido por el triste gemir del viento, y el monótono golpear de las olas, despiertan en el espíritu sentimientos poéticos al par que amargos.

Mi bondadosa huésped Magdalena había observado que me pasaba horas enteras escuchando embebecido á los tañedores de guitarra que solían reunirse en la sala baja de la fonda. Acontecía á veces que, aun después de haberse retirado los más de los concurrentes, quedaba en ella un parroquiano que, sentado en el más oscuro rincón, mecía sus imaginaciones, acompañándolas con arpegios apenas perceptibles, ó con frases de un cantar que se dijera completamente primitivo, y que más que de expresión de regocijo tenía de honda y amarga queja. En tales ocasiones al sordo y apagado rumor de las cuerdas se juntaba de vez en cuando el tardo y acompasado paso de un mulo que atravesaba la calle del Viento, el quejido del aire filtrándose entre las puertas, ó el armonioso campanilleo de esquilonos que sonaban á lo lejos.

Yo no sabría decir el encanto que para mí tenían todos esos sonos y ruidos: escuchábalos sin darme cuenta perfecta de ellos, y me entregaba inconsciente á ensueños, fantasías é imaginaciones.

Mi bondadosa huésped llegó á presumir, en vista de ello, que echaba de menos la patria, y juzgaba mi melancolía hija de la añoranza.

A fin de distraerme, de acuerdo con su marido, organizó una verdadera fiesta, á la cual fueron invitados los más diestros guitarristas y las más afamadas bailadoras de Pollensa. El día transcurrió en la práctica de los más importantes preparativos, tales como quitar de en medio

de la sala las mesas y todo cuanto podía estorbar, y en disponer una hilera de sillas a lo largo de las paredes que cerraban el vasto aposento, convertido por tal medio en sala de baile y de concierto.

Llegada la noche acudieron los mozos provistos de sus guitarras, y las muchachas vestidas con sus mejores trapitos, acompañadas de sus familias respectivas.



Cascada de la cala de Molins

Llena la sala de bote en bote; ocupadas las sillas por la concurrencia, y colmados de gente hasta los corredores que á la sala conducían, tres mozos, de los cuales uno tocaba el violín, y guitarras los dos restantes, ejecutaron una pieza de obertura, verdadero *pot-pourri* de los aires populares conocidos en Mallorca.

Terminada esa pieza de introducción, una linda muchacha, muy joven aún, y un arrogante mancebo, bailaron una *jota*, al son de las guitarras, y acompañándose con las castañuelas que repiqueteaban de lo lindo, haciéndoles coro los demás de la concurrencia, que, desde el sitio en que permanecían sentadas, dejaban oír el son seco y estridente de sus respectivas casta-

ñetas. Y aquí cumple advertir que esa danza mallorquina no tiene nada del brío y de los voluptuosos movimientos de la *jota* que se baila en otras regiones de España, antes bien ofrece todos los caracteres de una danza primitiva, solemne, pausada; pero encantadora en fuerza de su misma sencillez é ingenuidad.

Nada autoriza á suponer que haya existido en Mallorca una literatura nacional completa, como ha existido en Francia antes de Ronsard, de la cual forman parte poemas históricos, caballerescos, alegóricos, como el de la *Rosa*, fabliaux noëls, cuentos, etc. En cambio la poesía subjetiva, compuesta de canciones y baladas, se encuentra completamente abundante entre los montañeses de Mallorca.

CANCIONES MALLORQUINAS RECOGIDAS EN POLLENSA

Left Staff (Voice and Guitar):

CRIST: *Andante*
 Cru - zan do en el mar no che y di - a Es en chando del
 vien - to en sil - ve - do cho - cut Con na fe - gel hor - qui - lla
 que cruza li - ge - ra Su buscan do en tra - pta en que pue - da el vie - ro a.
 mor Le - jos de ti pue - de el vi -
 dar - te So - lo en un que - no so - le ve - ro
 En du - ve paz tron - qui - la del al - ma No a - ma - na
 nun - ca fe - li - ce - fe - li - ce - re Le - jos de tu

Right Staff (Voice and Guitar):

CRIST: *Andante*
 Allí en la ed - le de la pol - me - ra jun - ta la ca - sa mi - me - ro
 des Allí ha - bi - ta - ha - a que ado - ra - ha la que ado - ra - la mi - co - ra
 - ron allí en la - ron Mas cuando sa - les
 del o - ra - dor Ba - ja te en - ton - ces
 mi es - ca - lon Va - ra mi - rar - te an - do
 - ca - da Des - de la pun - ta del pié - po - pi - post post has - ta la mar

Estas composiciones, en su mayor parte del tiempo viejo, encierran generalmente el frescor y la ingenuidad de nuestros cantares del siglo xii, siendo notables generalmente por la energía de la expresión y la rudeza del pensamiento. Según el gusto español están dispuestas en asonantes y rimadas con gran maestría (1).

(1) Dejamos al autor toda la responsabilidad de sus asertos, en lo que á la literatura mallorquina se refiere. Como buen francés, con una ligereza, ó una buena fe que sorprende, falla de plano, y dejándose llevar por las apariencias, en asunto que exige mucho estudio y no poca meditación. Los cantares que coleccionó y que el mismo califica de *malagueñas*, nada tienen de canciones genuinamente mallorquinas, siquiera sean populares, ó las cante el pueblo de las Islas, como las cantan, por ejemplo, las mozas fregonas catalanas de escoba y estropajo de las diferentes provincias de España que han aprendido de los pordioseros andaluces en calles y plazuelas, ó de los cantantes de zarzuela en los teatrillos de verano. Y nada decimos de las que llama *mallorquinas*, á pesar de estar escritas en castellano (?) y que por su corte, por sus pensamientos y hasta por la melodía y acompañamiento que transcribe americanas muy ramplonas, nos traen á la memoria aquella célebre colección que en pliegos sueltos, y bajo el título común de

Aquella noche recogí algunos fragmentos; pero pueden escucharse en boca del pueblo; en la montaña cantadas por los pastores; en el mar por el barquero que las entona al compás de sus remos; en los caminos por el muletero que guía su recua, liando el cigarrillo; en los pueblos y las aldeas, en el patio, durante la velada, entonadas por voces argentinas, que acompañan el rasgueo de la guitarra. Son algo así como una sed inagotable de ideal melancolía; de tristeza de vivir; una manera dramática de sentir el amor, una poesía llena de amargura.

MALAGUEÑAS

Yo no sé qué tienen, madre,
las flores del campo santo,
cuando las menea el viento,
parece que están llorando...

A un sabio le pregunté
de qué mal me moriría,
y me dijo: «Del querer,
serrana, que te tenía.»

Si la sangre se vendiera,
yo fuera rico y tú pobre:
sacaría de tus venas
la que a mí me corresponde.

Si quieres ver si te quiero
pínchame un poco una vena,
y verás salir mi sangre
podrida de pasar pena.

Véase ahora un pensamiento ingenioso:

Una estrella se ha perdido
en el cielo, y no parece:
en tu cara se ha metido
y en tu frente resplandece.

Por último transcribiré, con su correspondiente música, dos CANCIONES MALLORQUINAS. Dice la primera:

Cruzando el mar noche y día;
escuchando del viento su silbido chocar,
con mi frágil barquilla que cruza ligera
voy buscando otra playa en que pueda vivir sin amar.

Lejos de ti podré olvidarte
sólo en un sueño yo te veré,
en dulce paz tranquila el alma
no amando nunca feliz seré.

La segunda de dichas canciones mallorquinas dice así:

Allí en la calle de la Palmera,
junto a la casa número dos,
allí habitaba la que adoraba,
la que adoraba mi corazón.
Mas cuando sales del obrador
bájate entonces un escalón
para mirarte, mi adorada,
desde la punta del pie...
pspt, pspt, pspt, hasta la mano (III) (1)

Eran ya altas horas de la noche cuando se retiraban los músicos, dejándome envuelto en la deliciosa atmósfera de los antiguos cantares, de las danzas ingenuas y llenas de atractivos, de la poesía recitada, y de las atenciones de que se me hiciera objeto.

C. V. DE V.

(Continuaré).

El Cantor de las hermosas, dedicada a modistillas y costureras, se dió a luz hace cuarenta años, que se encontraba, y acaso se encuentra aún, en los puestos donde se venden los romances de ciego, se cantaba por los tenores de callejuela, y de la cual quedan rastros y reminiscencias en los cafetines de las poblaciones rurales. — (N. del T.).

(1) Suponemos que así como por obrador escribió orador, motivo por el cual lo hemos corregido, los dos últimos versos, ó lo que sean, dirán algo así como:

Desde el cabello hasta el talón.

Pero en todo esto, ¿hay algo del «tiempo viejo»? — (N. del T.).



NUESTROS GRABADOS

UN INTELIGENTE

CUADRO DE N. NANI

Buen catador debe ser el prójimo pintado por el artista italiano N. Nani en el cuadro que publicamos en este número de LA ILUSTRACIÓN MODERNA. Por su facha y por su aire de inteligente en la materia bien podría comparársele con aquellos famosísimos compadres de que nos habla en su *Don Quijote* nuestro insigne Miguel de Cervantes Saavedra, quienes diz que probaron el vino de una cuba y tras de haberlo paladeado, ambos lo proclamaron superior, pero manifestando el uno que sabía á hierro y diciendo el otro que no sabía á hierro sino á cuero. Agotada la cuba más tarde, al limpiarla, se encontró en el fondo una llavecica pendiente de una delgada correa, con lo cual se acreditaron de muy experimentados y finos los paladares de ambos catadores. Por allá se irá, á buen seguro, en punto á estas adivinaciones el inteligente que aparece en nuestro lindísimo cuadro. Su rostro descubre la gravedad con que procede á la operación, á fin de precisar bien los méritos y los defectos del mosto que saborea. Siguenle cuidadosos los dos aldeanos, tal vez porque se trata de

la venta de una crecida partida, que el catador pagará más ó menos rumbosamente según fueren las cualidades del vino. De todos modos harto se ve que no se trata de vino peleón sino de vino superior ó generoso. El cuadro de Nani encanta por su verdad y se halla dibujado con suma maestría.

SAN FRANCISCO DE ASÍS

IMAGEN ESCULTÓRICA
DE AGUSTÍN POTELLAS



SAN FRANCISCO DE ASÍS

IMAGEN ESCULTÓRICA DE AGUSTÍN POTELLAS

El santo monje de Asís ha inspirado repetidas veces á los artistas cristianos. Los españoles, muy especialmente, han reproducido su imagen con profundo sentimiento, dando con ello repetidas pruebas de la fe católica que alienta en nuestra patria. Díganlo, entre otras, aquellas dos imágenes del Santo, tan parecidas, que se atribuyen á Alonso Cano y á su discípulo Pedro de Mena, y que son incomparables modelos de la escultura ascética. La tradición de la imaginaria religiosa se ha conservado por siglos en España, resistiendo la invasión de escuelas exóticas y manteniendo el carácter de la Edad Media en punto á la expresión, modificado por el realismo de buena casta peculiar al arte de nuestro país. No

han sido las capitales solamente las que han contado con excelentes imagineros, puesto que los ha habido en

ciudades de segundo orden, sobre todo en las que son sedes de obispados, distinguiéndose algunos por su talento á la vez que por su modestia. Así ocurre con Vich, donde á fines del pasado siglo floreció Amadeu, que de haber vivido en otra nación tendría fama europea. En Vich han habitado siempre hábiles imagineros, número á que pertenece Agustín Potellas, autor del *San Francisco de Asís* que reproducimos en este número, y bien compuesta toda la imagen, diestramente interpretado el burdo sayal que viste el Santo, exacta la actitud

de oración en que se halla, modeladas con inteligencia las extremidades, á todo, empero, se aventaja el rostro de San Francisco, de una penetrante expresión mística, ideal, sin haber sacrificado el artista ningún detalle para interpretar con verdad real la cabeza de la santa imagen. Esta cristiana escultura se halla expuesta á la veneración de los fieles en San Pablo de Caserras y en algunos otros puntos, puesto que el autor ha tenido que reproducirla distintas veces.





LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XVI

EL BLOQUEO

DON Roque Bermúdez dejó sin contestación la carta de Paco Dulce. Fué aquella una carta en la que al trasluz de una cortesía mal afectada y de un comedimiento casi burlón, se descubría el intento osado, el reto, el ultimátum amenazador.

A Pepita Alcuneza no la desconcertó gran cosa el silencio del banquero, por más que esta
TOMO III. — 52.

solución no hubiese entrado en sus cálculos. De manera, que cuando el mozo fué á participarle, escupiendo despechos, cuál había sido la acogida desdeñosa y humillante que la epístola obtuviera, escuchólo la vieja experimentada con la impavidez propia de sus conocimientos y de sus luces.

— Eso, dijo al joven Dulce, no tiene de malo sino el mantener suspendidas las hostilidades. El desprecio que recibes ya lo tenía yo descontado, pues no te lo habría hecho menor el viejo bravo si hubiese respondido á tu carta.

Pero importaba perseverar en el plan trazado, y el enemigo había de verse en la precisión de salir de sus tiendas. Adelante, pues, por el camino que ella había señalado: mucha asiduidad con Blanca, mucho rondar las alturas de la calle de Alcalá, mucho plantón y mucha intemperie; llamar á la niña á todas partes, al paseo, á la iglesia, al teatro, y seguirla sin descanso, hablarla furtivamente, obtener citas, escribir billetes, toda la historia de amor desgraciado que anunciaron los carteles.

Paco siguió fielmente los consejos de su directora, y por donde ésta había predicho fueron los sucesos. Blanca otorgó á su pretendiente amado todas las mercedes que él le pidió: iba á todos los sitios adonde él la llamaba para que se vieran, contestó á sus cartas, permanecía horas enteras en el balcón del gabinete ó en el parque del hotel, detrás de la verja colgada de madreselvas y jazmines, cambiando con Paco sonrisas amantes y miradas que eran promesas, juramentos, alardes fieros de fidelidad y porfía.

Lo que no lograba Paco era hablar de cerca á su enamorada, obtener la cita íntima, recatada, furtiva, la que avecina á la culpa y crea lazos de complicidad. La sabia señorita de Alcuneza se lo repetía á su educando aprovechado:

— ¡La cita, la cita!... Con eso andaremos legua por hora.

Y el vehemente protegido de aquella culebra, no perdonaba medio de estrechar á la niña irreducible, que en todas sus cartas escribía á Paco: «No; vernos á solas, no puede ser; mi padre me lo prohíbe.»

Paco estrujaba colérico cada una de esas cartas. Iban ya muchos días de ronda y paseo, de persecución en tonto, de carantoñas platónicas, y nada adelantaban sus ambiciones, á cada minuto más embravecidas. Aquello era estúpido. ¡Él reducido á hacer el oso; él, hecho un galán de esquina! ¿Qué se diría en Madrid? ¿con qué cara había de presentarse en el Círculo, en el palco, en las reuniones donde se le conocía por desenvuelto y aguerrido?... Habríase sin duda lanzado á cualquier extremo ruidoso y comprometido, si la ninfa Egeria de la calle de Belén no le tuviera el freno con mano recia, diciéndole al mismo tiempo con su vocecita amiga, que silbaba entre las encías desdentadas:

— Ello vendrá... Sigue romantizando... La cita no dejará de venir.

Y en efecto, la cita vino, aunque no traída por los aires que la de Alcuneza levantaba.

Don Roque Bermúdez no mortificaba á su hija para que ésta con su leal franqueza le revelase lo que hacía Paco y la correspondencia que de ella obtenía. Bastábale al banquero la observación atenta y asidua que empleaba. Constábale, pues, el empeño con que el pretendiente hostigaba á la muchacha, veíale á todas horas cerca de ella, sorprendía todas las señas y miradas que entre los dos amantes se cambiaban, y sabía lo que la publicidad de este continuo espectáculo agitaba el espíritu novelesco de la sociedad madrileña.

En el Teatro Real, cuajado de hermosuras y riquezas en una noche de primer turno, el osado perseguidor de la dote apuraba con alevosa minuciosidad todas las artes para mantener en exhibición su persona y la de Blanca Bermúdez. Recorría todos los palcos, y en ellos

pedía un momento de hospitalidad y un lugar junto al antepecho, para contemplar desde allí á Blanca, á su Blanca, la mujer querida que le era robada por el despotismo de un padre sin entrañas. Las cabezas encantadoras, cubiertas de diamantes, erguidas sobre el escote de la garganta y los hombros se asomaban á la barandilla circular, por encima del pasamano de terciopelo rojo, para seguir el revoloteo del amante desgraciado, que con los gemelos se aparecía sucesivamente en todos los puntos estratégicos del teatro. Dulce era popular entre el bello sexo, y sus amores contrariados le habían valido el apoyo de toda la opinión femenina. Durante los intermedios, en las tertulias de los palcos, no se hablaba más que de él; el comentario, excitado por los hábiles detalles de la comedia que el mozo representaba, recorría zumbando el ámbito de la platea y el entresuelo, y el golpe de la batuta de Mancinelli caía, al principio de cada acto, sobre aquel rumor confuso y sonoro de los intermedios, que se extinguía como el charloteo de una bandada de gorriones al sonar un disparo.

—¡Pobre chico! decían las muchachas viendo á Paco de pie en la delantera de un palco, dejando ver sobre la línea de la barandilla casi su figura entera, airosa y distinguida, ofreciendo la charolada pechera como blanco á todos los tiros y siempre con los gemelos apuntados á la platea de Blanca.

Era un coro de lástimas é indignaciones.

—¡Pobre muchacho!

—Y está enamorado de veras.

—¡Lo que sufrirá el infeliz!

—Pues ¿y ella?... Porque ella también está loca por él.

—¡Si se quieren mucho!

—¡Y los dos tan guapos!

—¡Qué hermosa pareja!

—No tiene perdón de Dios ese viejo tirano.

Los hombres soltaban conceptos más arriscados y proponían soluciones más prácticas, siempre con el apiauso del auditorio femenino.

—¿Y por qué aguanta Dulce tanta impertinencia?

—Que deposite á la niña.

—¡Que la robe!

Los amigos, es decir, casi toda la juventud dorada que asistía á la ópera, detenían á Dulce, formaban corro en torno de él obstruyendo el pasillo central del patio, y manifestaban al pretendiente rechazado cuánto les asombraba su paciencia y conformidad. La atmósfera densa del coliseo se henchía de frases referentes al asunto; los nombres de Paco, de Blanca y de don Roque volaban por el espacio.

En el palco donde la noble familia de los Dulce exponía todo el fausto de sus apariencias, se hablaba fuerte y resuelto, más que en ningún otro punto del teatro. Don Luis Eugenio quería ir á provocar un lance con el banquero, la mamá disparaba epigramas con petardo, las niñas anunciaban un cataclismo para cualquiera de los más próximos días, asegurando que á su hermano ya se le concluía el sufrimiento. El palco estaba siempre atestado; era aquél un jubileo de fraques que luego se esparcían por los demás palcos y por las butacas donde era publicada la última nueva.

A la derecha del escenario, en una platea, se destacaba sobre la sombra rojiza del fondo, la figura gentil de Blanca, vestida con severidad, sin joyas, sin escote, sin los requilorios y arre-

quives del figurín último, abstraída y austera en medio de la oleada de esplendor y coquetería que inundaba el teatro. Reconociase en ella á la mujer dedicada exclusivamente á una idea y poseída de un solo sentimiento. No hacía alarde ninguno de su amor obstinado ni de su tristeza. Iba al teatro á ver á Paco, y no se ocupaba en otra cosa. Su amado le escribía: «Vé esta noche al Real,» y ella decía á su padre:—Llévame al Real esta noche.

En el palco estaba don Roque, siguiendo las evoluciones estratégicas de Palco Dulce, y estaba también Fuentevera, que sin dejar de mantener viva su pasión, ni de dársela á comprender á Blanca, guardaba silencio y resignación con la esperanza tenazmente puesta en que la niña se había de desengañar. Sofocaba sus impacencias y cubría con un aparato de intachable corrección al ardoroso sentimiento que le consumía.

También estaba en el palco Pepita Alcuneza. Le había tocado aquel día cobrar el escote en casa de Bermúdez, se había puesto sus trapos y alfileres, comió con el banquero y su hija, y allí estaba, sentada frente á su amiguita, recibiendo visitas, que eran tan numerosas como en un besamanos, atendiendo simultáneamente á las del palco y á las de fuera, que la saludaban por la barandilla, desde el pasadizo, estirando los brazos y poniéndose de puntillas.

No cesaba de seguir los movimientos de Paco Dulce, bien que afectando no tener con él ninguna intimidad. Pero este desinterés le servía para pegar impunemente y con mayor efecto sus alfilerazos.

—Ya tenemos allí al galán, decía llamando la atención de todos sobre su apadrinado. Y no le dejaba en toda la noche.

—Mírale en el palco del Veloz... Mírale en el palco de la de Z... Ahora está con las de T... Y luego la exclamación, en seguida el remache; tema inagotable para toda la velada.

—¡Ay, no te deja, no te deja!... Estarás ya grabada en los cristales de sus gemelos... ¡Qué porfía de hombre!... Por fuerza ha de querer mucho á la niña, don Roque. No sé como no le da á usted lástima ese pobre muchacho.

Paco tenía una butaca fija al pie del palco de Bermúdez, y desde ella, cuando ya había dado la vuelta á todo el teatro, hacia el final de la función, dirigía á Blanca frases furtivas y gestos de desesperación, á los cuales ella contestaba con miradas silenciosas de ternura y aliento.

Allí terminaba todas las noches la escaramuza, y de allí se alejaba don Roque siempre con el corazón lleno de enojos y sobresaltos, porque nadie mejor que él se daba cuenta de la perversidad en que se inspiraba la táctica de Palco Dulce, y de cómo iba ella labrando en la opinión del mundo.

La noche en que la nigromántica de la calle de Belén se sentaba en el palco de Bermúdez, estuvo Paco más atrevido é insidioso que nunca. La presencia de su cómplice sin duda le animaba. Durante toda la función y desde todos los puntos del teatro, hizo mil desplantes que llamaron grandemente la atención del turno primero, y cuando al ir á concluirse la ópera fué á sentarse en la butaca contigua á la platea de Blanca, comenzó á hablar á ésta con frase viva y casi en alta voz.

Don Roque le estuvo oyendo sin dejar que estallase la ira que bramaba en su pecho. Reprimióse con poderoso esfuerzo, mas al disponerse para la salida, mientras colocaba el abrigo de pieles en los hombros de Blanca, dijo á ésta rápidamente:

—¿Te ha pedido una cita para esta noche?

—Sí, respondió la niña.

—¿Dónde?

—En el jardín de casa.

—Díle que vaya.

Blanca añadió, sin turbarse ni sorprenderse:

—Se lo diré.

Y á poco, en el vestíbulo del teatro, donde se atropellaba en busca de los carruajes la multitud fastuosa envuelta en soberbias pieles y recios paños, al toparse otra vez con Dulce, que la esperaba al paso, Blanca le dijo, moviendo apenas los labios y con acento imperceptible:

—Te aguardaré.

(Continuará).





No sólo se emplean los molinos para reducir á harina el grano, sino también para moler colores, para pulverizar el yeso, el tabaco, la rubia; para triturar los granos oleaginosos de cuyos frutos se quiere extraer el jugo; para trabajar el fieltro, para aserrar maderas, mármoles, etc. Para estos tan diversos usos se emplean molinos á mano, molinos de viento, de agua ó de vapor.

Los molinos llamados de sangre son los movidos por la fuerza del hombre ó de los animales, con el auxilio estos últimos de un malacate, que tiene por lo común un mecanismo muy sencillo. Los que sirven para moler harina son de dos clases, ó de muelas de piedra ó de muelas metálicas. Los primeros están formados por dos muelas horizontales, de las cuales la inferior se halla fija y vaciada en forma cilíndrica ó de cono truncado, para contener en su interior la muela que da vueltas. Una vez convertido el grano en harina, sale ésta por un agujero que se halla en el centro. Los segundos, ó bien son de muelas planas colocadas en una posición vertical, una móvil y otra fija, ambas fundidas y algo cóncavas, ó bien de *cilindro ó nuez metálica*, y en este caso se parecen mucho á los molinitos para moler pimienta ó café, en los que la muela es redonda y estriada en forma de espiral que da vueltas dentro de un cilindro también estriado.

Los *molinos de viento* se componen de una torre de mampostería ó de madera, en la que se hallan unas aspas movibles colocadas casi verticalmente: la armadura de la torre va sujeta por una fuerte pieza de madera que la atraviesa en parte, y forma un eje alrededor del cual pueden dar vueltas, á fin de recoger el viento más favorable, las aspas del molino. Éstas, en número de cuatro, van provistas de velas que se extienden á voluntad. Cuando sopla el viento sobre ellas, hace dar vueltas á un eje que pone en movimiento una gran rueda vertical dentada de clavijas perpendiculares, llamada *rodete* y que comunica un movimiento horizontal á una gran caja cilíndrica llamada *linterna*; ésta hace mover la muela superior al igual que en los molinos á mano. Una vez molido el grano cae en el tamiz, donde se limpia. La velocidad que alcanzan las aspas del molino es proporcional á la del viento; aproximadamente dan 6, 8, 10 y 12 vueltas por minuto.

Los *molinos movidos por agua* llamados aceñas tienen ordinariamente por motor una ó varias ruedas hidráulicas, provistas de paletas ó canales movidas por la corriente ó la caída del agua. En cuanto á su mecanismo

interior es igual al de los molinos de viento. Los hay contruidos al pie de una corriente de agua y otros en barcas. En los *molinos de turbinas* no hay engranaje; éstos consisten en unos cubos de madera de encina que tienen la forma de cono truncado y puesto boca abajo. En el fondo, se hallan las ruedas provistas de paletas que dan vueltas horizontalmente; el agua penetra en el cubo en una dirección indicada con relación al eje de la turbina, la cual arrastra la rueda.

Las distintas alturas que alcanza el agua del Océano en algunos puntos de la costa son tan considerables que dan lugar á la construcción de molinos llamados de *marca*. Por lo regular estos molinos se hallan en valles estrechos donde el mar sube mucho y donde por lo demás es fácil construir estacadas ó presas.

Los *molinos de vapor* no se diferencian de los que acabamos de describir más que por la clase de motor empleado en ellos.

Los molinos son conocidos desde la más remota antigüedad. La invención de los molinos de sangre se atribuye á los egipcios, los cuales empleaban para este penoso trabajo á los esclavos, á los prisioneros de guerra y á los criminales. Sansón dió vueltas á la muela en el país de los filisteos; Plauto vió obligado á este duro trabajo durante el tiempo en que estuvo en esclavitud. Los molinos movidos por agua eran ya conocidos de los romanos al empezar la era cristiana. Desde el año 650, los árabes se sirvieron de los molinos de viento. En 1050 los peregrinos que volvían de Oriente los introdujeron en Europa. A partir del siglo xvii todos los molinos, pero singularmente los molinos movidos por agua, gracias á los adelantos de la mecánica, han alcanzado grandes perfeccionamientos. El molino de vapor, como es de suponer, data del presente siglo.

Vivia en un desierto una ave con dos picos, la cual, habiéndose perchado sobre un frondoso mango, se hartó con sus deliciosos frutos. Mientras uno de sus picos los tomaba y tragaba, el otro lleno de envidia se lamentaba de que no cesara un instante de comer y no le dejara tiempo de que á su vez pudiese tomar también algunos frutos y pudiera tragarlos. El pico que trabajaba dijo al que permanecía ocioso:—«¿Por qué te quejas? ¿Qué te importa que seas tú ó que sea yo quien trague los frutos? ¿Por ventura no tenemos los dos un mismo estómago y un mismo vientre?» El pico ocioso, irritado y lleno de

despecho porque el otro no cesaba de comer, y no quería darle tiempo para que á su vez tragara los frutos del mango, resolvió en vista del desaire vengarse inmediatamente. El medio que creyó más conveniente fué el de tragarse un grano del arbolito yteya, uno de los venenos más activos que estaban á su alcance. Tomó el grano y el ave murió repentinamente.

La desunión de los dos picos fué la causa de su perdición. En todo sitio en donde reina la discordia no pueden esperarse más que desgracias.

Pareciéndole á cierto labrador que las semillas crecían con harta lentitud, por lo que el verdor de las plantas apenas cubría sus campos, lleno de impaciencia quiso con su propio esfuerzo corregir la desidia de la naturaleza, y se fatigaba diariamente tirando cada tallo uno tras otro, felicitándose por la noche de haber dado á sus campos más bello aspecto. Pero había roto las raíces, y al llegar el día siguiente no vió más que hierba rastrera y seca. El infeliz dió entonces por perdida la cosecha.

El que pretende gozar de un trabajo antes de tiempo se parece al estúpido labrador. Si queréis sacar provecho del trabajo, trabajad con firmeza y no os preocupéis por el tiempo que tarde en llegar la recompensa.

Servía una dama en extremo hermosa á una reina muy fea; y preguntándola su padre, por qué andaba tan desataviada, desgñada, y casi fea de su mismo descuido, respondió:— Señor, porque no me aborrezca.

Pasaba un día una mujer más atrevida que sabia, en compañía de una matrona, y llegando á pasar junto á un corrillo de hombres uno de ellos, poco dotado de airosas facciones por su fealdad, dijo á sus compañeros:

— ¡Mirad qué hermosa mujer es aquella!

Oyólo ella, y juzgando lo decía por lisonja, replicó:

— En verdad que no puedo yo decir otro tanto de vos.

Y él respondió:

— Bien pudierais con haber mentido como yo.

A un caballero, díjole uno desvergonzadamente topándole algo flaco:

— Muy rabiseco anda usted, señor mío.

A lo cual respondió:

— Yo soy el seco y vos lo demás.

Escribió uno á un su amigo, que le avisase, qué era lo que más se sonaba en la corte y respondió:— Nacionales.

Los pergaminos y papeles viejos cuyo escrito no puede leerse, se zambullen totalmente en una disolución acuosa de caparrosa, y se dejan secar en seguida; con esta operación aparecerán de nuevo los caracteres borrados.

Los huevos prolongados son los mejores para comerse pasados por agua, ya que su sabor es más delicado que el de los redondos. Así, pues, para los enfermos y personas valetudinarias á quienes convinieren los huevos pasados por agua, escójase siempre los más largos.

La afectación no hace más que encender una bujía para iluminar nuestros defectos, y lo mismo hace notar nuestra falta de juicio que nuestra falta de sinceridad. — LOCKE.

Algunos ambiciosos cuando alcanzan la cima del poder se parecen á los hombres que han subido á la alto de un gran monumento: todo les parece pequeño, y ellos parecen pequeños á todos. — ***

Un amigo no puede conocerse en la prosperidad ni un enemigo puede ocultarse en la adversidad. — ***

El amor que no se alimenta más que con regalos siempre tiene hambre. — ***

La luz y las tinieblas, á causa de la armonía de los contrastes, dan toda la fuerza y el color á la vida. — POPE.

El sol de la mañana no dura todo el día. — FRANKLIN.

Una de las lecciones más útiles y que conviene no olvidar, es que las malas pasiones nos arrastran precisamente hacia los males que queremos evitar. Así, por ejemplo, la vanidad á menudo nos lleva á la infamia y el amor á los placeres al dolor. — PLUTARCO.

Cuando uno se complace más en amar que en ser amado, se es afectuoso; cuando se complace más en recibir la afección que en corresponderla no se es más que un ambicioso. — ARISTÓTELES.



LA COPA SENSIBLE

Y tanto como lo es: cantando puede romperse, y esto que está al alcance de todas las muchachas de servicio, quienes suelen valerse para ello de las manos, se logrará sólo con el sonido de la voz, que en este caso reproduce el caso bíblico de las trompetas de Jericó.

Es sabido que todo cuerpo da por percusión uno ó varios sonidos; por su forma especial, verdaderamente acústica, son las copas de cristal verdaderas campanas invertidas y sonoras: averigüese, pues, la nota que da la copa que se quiera hacer saltar en pedazos y cantando esa misma nota fuertemente dentro del álveo de la copa se aumentan de un modo enorme sus vibraciones naturales y la copa se hace pedazos.

Este experimento no será del gusto de las personas muy económicas, y es de advertir que no vale emplear una copa que no esté entera ó no sea de cristal, pero lo curioso del experimento compensa el sacrificio de una copa quizá destinada á una muerte menos gloriosa.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

RE-TA-MA

Al triángulo

R A M Ó N
A M A S
M A S
O S
N

Al triángulo numérico

GUMERSINDO

Al jeroglífico

LA PLATA NO HACE LA DICHA

CHARADITA

Prima y dos dentro del mar,
tres cuatro allá en el Tirol;
y el todo más de un bemol
tiene, si se empieza á armar.

PENATES.

LOGOGRIFO

Con cinco letras cabales,
entre las que hay dos vocales,
representan cuatro ideas
de cualquier modo que leas.
Hace mi todo el pintor
así el bueno como el peor;
otras veces el destino
la pone llena de vino,
y en los naipes sin trabajo
la ves arriba y abajo;
también mancha de aves mil
el plumaje más sutil.
Así, pues, de cualquier modo
podrás encontrar mi todo.

COMBINACIÓN

L
E
A
N
D
R
O

Sustituir los puntos por letras de manera que den los siguientes resultados: 1.^a línea, nombre de mujer; 2.^a, nombre de hombre; 3.^a, nombre de mujer; 4.^a, de hombre; 5.^a, de mujer; 6.^a, de hombre; 7.^a de mujer.

Los nombres de mujer deben concluir todos con la letra A, y los de hombre con la letra O.

JULIÁN ITRAME.

FUGA DE CONSONANTES

.U .U .U .O

Añadir las consonantes que faltan á esta palabra sustituyendo los puntos con ellas.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Ilustración moderna**, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. — IMP. ESPASA Y COMP.^a



MISERIA Y CARIDAD

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS

Ayuntamiento de Madrid



UN NOMBRE FAVORITO

POR

EUFEMIA VON ADLERSFELD

(CONCLUSIÓN)

EL día 20 de Julio amaneció sereno y caluroso, un verdadero día de verano en el que, conforme á lo indicado por el difunto señor de Wallwitz, había de ser leído solemnemente su testamento en Weissenrode, en presencia de los herederos y legatarios reunidos. Para el trayecto de tres millas del castillo á Weissenrode, el conde mandó poner un break de altas ruedas tirado por cuatro magníficos y proporcionados trotones, se sentó él mismo en el pescante para guiar con un lacayo al lado, y así que hubieron subido al coche Theone, Fee, Tiefenthal y Wendenburg, atravesaron como una flecha la preciosa avenida de robles hacia el camino real á fin de ir á una ceremonia, insignificante para los cinco, desde la resolución de Wendenburg y la historia de sus amores.

El desenlace había sido feliz y maravilloso, cabiéndole en suerte á Wendenburg, como recompensa por su conducta firme y varonil, la más hermosa novia, en comparación de la cual las riquezas del tío le parecían ahora oro falso y tentación del diablo; de manera que el día 20 emprendía el camino sin reincidir en aquella amargura y codicia, ya que no con ánimo tranquilo que le hiciese considerar como un mal sueño la lucha pasada. Veíase tan libre de la pesadilla y de tal manera aquellos ojos azules habían vencido sus movimientos de rebeldía contra la ironía de la suerte, que ni aun se asomó cuando supo, al atravesar un magnífico bosque, que estaban ya en tierras de Weissenrode.

Tan sólo una vez pensó:

— Todo esto podría ser tuyo si...

Y al mismo tiempo su mirada se fijó en Theone, que parecía una manzana, tan colorada y regordeta, con el antucás y el guardapolvo gris, y conversando con su gruesa voz sobre plantaciones de colza.

Volvió luego la vista hacia su esbelta Fee, que estaba tan elegante y bonita con su guarda-

TOMO III. — 53.

polvo también gris, y un «¡gracias á Dios la he conquistado!» salió del fondo de su corazón é iluminó su bella fisonomía.

Fee leyó en sus ojos este pensamiento y se lo pagó con una expresiva mirada y con una encantadora sonrisa. Estaba hoy, especialmente, orgullosa de su amado, pues en vez del insípido traje de paisano llevaba el uniforme de los hulanos, que sentaba tan bien á su bella y arrogante figura, y en la brillante banda en el pecho la deslumbradora condecoración que un príncipe extranjero le había concedido por los servicios que había prestado como oficial de órdenes. Llevaba el casco en la caja, pero la gorra, que tenía puesta torcida, le sentaba mucho mejor que el sombrero de paja que solía llevar en el campo.

—El castillo de Weissenrode, dijo un rato después la condesa Theone con una rápida é inquisidora mirada á Wendenburg.

Este, empero, empezó por sacar el casco, se lo colocó atrevidamente sobre la oreja derecha, y sólo miró á su alrededor cuando el coche hacía ya retemblar el antiguo puente levadizo, y pasando por debajo de un arco entraba en el aristocrático patio, en el cual se levantaba, en triángulo, el castillo con sus esbeltas torres.

—Figúrate, Fee, si yo pudiese traerte aquí á mi casa, dijo Hans Wendenburg riendo á su novia al apearse, con la convicción de un hombre que sabe que ha escogido la mejor parte.

El conde había medido tan bien el tiempo que su comitiva llegaba cabalmente á la hora fijada. Sabía él que los principales herederos, más numerosos ahora con motivo de la renuncia de su yerno, á saber, la rama de los Hellberg, representados por una abadesa y su abogado, con asistencia de la coadjutora y del apoderado, estaban allí ya desde la víspera y habían visitado todos los confines y los rincones de la propiedad, y como precisamente dicha abadesa era sumamente antipática, por esta razón no había querido llegar anticipadamente, ni quería permanecer allí más tiempo que el absolutamente indispensable para la lectura del testamento.

Entraron, pues, primeramente en una espaciosa y fresca antesala adornada con armas y cabezas de ciervo, donde se quitaron los sombreros y los guardapolvo, y luego en el comedor, dispuesto para la lectura, una pieza con armaduras de madera, aparadores monumentales y ventanas con vidrios de colores, en la cual estaban ya reunidos los numerosos interesados. La abadesa, condesa de Hellberg, envuelta en negros crespones, se dirigió, no sin una gran dosis de indulgente benevolencia, al conde:

—Querido primo, le dijo dulcemente con su voz atiplada, ¿es decir que hemos de volvernos á ver llevando luto?

El conde Hellberg, á quien toda afectación era insoportable, murmuró algo incomprendible; mas la abadesa no reparó en ello.

—¡Querida Theone! ¡Querida Felicitas! decía á los demás con la misma vocécita y con aquella afectada cara adolorida que irritaba á unos y causaba risa á otros. ¿Es este el barón Tiefenthal? Le saludo á usted aquí, barón, como dueña por la voluntad del Señor. ¿Y éste es el barón Hans de Wendenburg? ¡Oh! ¿Qué le diré á usted? ¡Me faltan las palabras, noble, noble, noble joven!

A Wendenburg se le subieron los colores á la cara. Sus nervios estaban excitados al punto de que sentía rechinar sus dientes. Había contado con sacudimientos de hombros, movimientos de cabeza y risas disimuladas, pero no con esto. Sintió de repente vacilar su buena educación, desaparecer su cortesía, y quién sabe lo que hubiese contestado si en este momento no se hubiera precipitado dentro de la sala una cómica pareja positivamente rendida de fatiga. Era el primero un hombrecillo barbilampiño con enormes y redondos anteojos y cabeza calva, que tenía un parecido atroz á una rana. El otro era doble por lo alto, delgado como un hilo, con pelo largo y untuoso, vestido muy usado y una cara resignada y paciente, que desgraciadamente le daba un aire algo cómico. Esta singular pareja, cargada de documentos, era el señor Con-

sejero de justicia Müller, abogado del difunto señor de Wallwitz, y su primer escribiente y esclavo, Telesforo Quark, que no había tenido suerte en su carrera jurídica.

El Consejero de justicia y su factótum se inclinaron cuanto les permitía su estatura: ó el primero se colocó sin cumplidos al extremo superior del tablado cubierto de terciopelo gris, y el último tomó asiento en una mesita detrás de su colega, sacando pluma y un tintero de viaje. Luego que los circunstantes se hubieron también sentado levantóse Hans de Wendenburg, que había recobrado toda su calma, y con el aire distinguido que le era propio, dijo con voz alta y firme:

—Pido perdón por la libertad que me tomo de ser el primero en usar de la palabra, mas como conozco el contenido del testamento...

—Pero, querido señor teniente, esto vendrá luego, interrumpió el Consejero de justicia. Por de pronto me usurpa usted el puesto con sus declaraciones. Primero la lectura, y luego podrá usted declarar lo que quiera, para esto está aquí mi escribiente. Quark, ¿está usted aquí?

—A su disposición, señor Consejero, contestó tímidamente el hombre largo.

—Pues bien, empiezo.

—Todavía una palabra, señores, dijo con calma Wendenburg. Permítame usted, señor Consejero. Como supongo que todos ustedes conocen perfectamente el testamento de mi difunto tío, que va á leerse, del cual deben ustedes tener, como yo, una copia, he de decirles, para evitar interpretaciones erróneas, que la condesa Theone Hellberg y yo obramos perfectamente de acuerdo, y que las declaraciones que haremos después de la lectura del testamento...

—¡Pero esto es una verdadera insensatez! gritó desesperado el Consejero. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—No lo sabía, repuso Hans. La condesa Theone Hellberg...

—¿Qué me importa, salvo el respeto que merece, la condesa Theone Hellberg?

—Pues á mí me importa, no puede usted negarlo, señor Consejero, dijo Wendenburg con más calor. Si no me interrumpiese usted continuamente hubiera ya terminado sin perder el tiempo, y habría podido hacer saber que la condesa Theone Hellberg ha resuelto casarse con el barón Tiefenthal, noticia que excusa toda otra penosa explicación.

—¡Les felicito, les felicito! exclamó el Consejero gesticulando nerviosamente. Mas que esto tenga que ver con el testamento, querido señor teniente, no puedo llegarlo á comprender.

—Tampoco comprendo yo sus palabras, exclamó con extrañeza Wendenburg. Esta explicación tiene precisamente que ver con el testamento, puesto que lo anula en sus principales cláusulas.

—Vaya, en efecto, naturalmente, se oyó decir al de la mesa con voz ahogada.

—¿Estoy loco, por ventura, Quark? dijo el Consejero volviéndose hacia su factótum, que palideció.

—Convendrá usted, dijo Wendenburg sacudiendo la cabeza, en que no soy el único que opina así. Hubiera deseado no volverme á ocupar en el contenido del testamento, mas, puesto que nuestras opiniones parecen diferir, debo someterme de nuevo á ello. Yo debía casarme con la condesa Theone Hellberg...

—¿Quién le exige á usted esto? dijo interrumpiéndole de nuevo el Consejero.

—¿Quién? Pues supongo que será el testador.

—¡Nada sé de esto!

Un profundo silencio siguió á estas palabras. Mirábanse todos como si no hubiesen oído bien, mientras Wendenburg sacaba un documento doblado que entregó al Consejero y que sirvió de señal para que se le entregasen media docena más de documentos iguales, es decir, las copias del testamento que por voluntad del testador habían sido mandadas á cada uno de los herederos y legatarios.

El Consejero de justicia leyó cada una de las copias y en todas se detenía en un punto determinado, volviendo la cabeza, cada vez que topaba con dicho punto, hacia el factótum, y diciéndole con expresión, cada vez más acentuada, una sola palabra:

—¡Quark!

Y cada vez que esta sola palabra, que era su propio nombre, resonaba en los oídos del escribiente, se iba éste agachando y parecía encogerse como si fuese de goma elástica.

Al fin había pronunciado el Consejero de justicia, por última vez, la palabra ¡Quark!

—Señores, dijo tras de una pausa: todas las copias del testamento llevan mi firma, lo cual garantiza su autenticidad. A pesar de esto son todas falsas, es decir, contienen todas una misma equivocación, por lo que las declaro nulas y me las quedo para destruirlas. El error que desgraciadamente no noté al mandarlas, consiste en haber equivocado el subrayado del nombre de la novia que el testador proponía al barón Hans de Wendenburg, que es la condesa *Felicitas* de Hellberg.

Nuevo silencio en la reunión.

Wendenburg seguía en su puesto, pero respiraba fatigosamente. A su lado estaba sentada la condesa Fee, pálida y como petrificada. Sin embargo, antes de que nadie pudiese hablar, el Consejero de justicia, que había recobrado la calma, leyó sencillamente todo el testamento, dejando convencidos á todos, con el original en la mano, que en el párrafo correspondiente el cual decía así: «bajo la condición que se casará con mi sobrina *Felicitas* Ana Luisa Theone, condesa de Hellberg,» estaba dos veces subrayado el nombre de *Felicitas*.

—Vaya, pues, dijo la abadesa después de un vivo coloquio en voz baja con su abogado, vaya, la pícara suerte nos ha jugado con esta copia una mala treta. No obstante, tanto si el nombre es *Felicitas* como *Theone*, esto en nada cambia la declaración del señor Wendenburg, puesto que él ya ha renunciado generosamente á un caudal que no puede hacer la felicidad...

La sangre corrió de nuevo por las venas de Wendenburg, una sangre nueva y ardiente.

—Sin embargo, señora condesa, el nombre lo cambia todo, díjole en alta voz y casi riendo. Volvería ahora á renunciar á una fortuna que me fuese ofrecida con la condición de venderme á una mujer desconocida y á quien no amase; en cambio puedo aceptar con la mayor tranquilidad de conciencia el dinero de mi tío, pues de tres días acá la condesa *Felicitas* de Hellberg es mi prometida.

—¡Ah!... he ahí unas noticias muy sorprendentes, repuso amargamente la abadesa. Sólo falta saber, señor de Wendenburg, si se le puede disputar á usted esta herencia. Usted, por medio de una carta, la ha renunciado formalmente, porque le imponía determinadas condiciones.

—Dispense usted, no fué formalmente, antes por lo contrario, con mucha informalidad, replicó secamente el Consejero guiñando disimuladamente el ojo á Wendenburg, el cual le alargó la mano riéndose.

—No me guarde usted rencor, díjole éste significativamente.

—Dios me libre, sobre todo, desde que conozco el motivo de aquella fulminante carta, contestó sonriendo el hombrecillo que decididamente se daba cuenta clara de la situación. En verdad, añadió muy serio, por esta carta no se pierde un capital, pues las condiciones que se comunicaron, como lo atestiguan estas copias del testamento, eran desfiguradas y empeoradas.

—¿Te dejas decir esto, *Theone*? murmuró Tiefertal regocijado al oído de su novia.

—Ya lo veremos, dijo la abadesa. En interés de la familia que represento, estoy dispuesta á impugnar el testamento. Un pleito demostrará si la razón está ó no de mi parte.

—Es usted libre de entablar un pleito, señora condesa, replicó el Consejero. Nada cambiará usted con ello, pues el testamento no se puede atacar, y ningún valor tienen las declaraciones por escrito del señor de Wendenburg, que estaban fundadas en informes falsos, y son, por lo tanto, nulas. No obstante, un pleito produce mucho mal humor, y esto es una necesidad higiénica para ciertas constituciones.

—¡Basta! contestóle imperiosamente y con voz recia la abadesa. Ya lo veremos. De todas maneras, tengo derecho á exigir una explicación de cómo ha sido posible tal error en las copias del testamento.

—¡Quark! gritó el Consejero volviéndose á su asustado factótum. Explique usted á su excelencia, la señora condesa, cómo lo ha hecho usted para subrayar el nombre de Theone en vez del de Felicitas.

Telesforo Quark se levantó en medio de mortal angustia.

—Había... había... terminado las copias sin subrayar los nombres y apellidos, balbuceó sin aliento. Mi regla estaba rota y me había dejado olvidada en casa la pluma para tirar líneas pequeñas. El señor Consejero firmó las copias, me encargó que las mandase á las personas indicadas en una lista, y volvió á quedar el original en un armario de hierro. Corrí entonces á mi casa para buscar una regla y la pluma á fin de tirar las líneas con pulcritud, y terminé luego mi tarea solo en el despacho. Cuando llegué á los cuatro nombres Felicitas, Ana, Luisa Theone, se me había olvidado cuál de ellos estaba subrayado en el original, y como todos pertenecían á la misma señora y el nombre de Theone ha sido siempre mi nombre favorito, éste fué el que subrayé tras de corta vacilación.

—¡Bravo! gritó Tiefenthal, ¡tiene usted el mismo gusto que yo!

—Señor Consejero, pido un castigo ejemplar para este hombre por su imperdonable arbitrariedad, exclamó la abadesa roja de cólera.

—Muy bien, dijo inclinándose el pequeño jurisconsulto. En este punto estoy dispuesto á dar satisfacción á usted. ¡Quark, en castigo de su inexcusable arbitrariedad escribirá usted quinientas veces el nombre de Theone! Le garantizo á usted, señora condesa, que á partir del número cincuenta es un cruel castigo.

La abadesa se levantó indignada.

—Veo que yo, pobre y débil mujer, nada puedo aquí y abandono el campo, dijo con aire de mártir. Mi abogado sabrá representarme en demanda de mi derecho; yo, no obstante, renuncio gustosa á la hospitalidad del barón de Wendenburg, con quien he sufrido un desengaño, ¡pues he descubierto en su carácter bajezas que no podía suponer!

Y con estas palabras se precipitó fuera, seguida de la coadjutora y de su abogado, que hizo una mueca tremenda como si temiese que le llevasen á las cocinas del diablo.

Apenas hubo salido la abadesa levantóse Wendenburg apresuradamente y se puso con su radiante novia delante del abatido escribiente.

—Señor Quark, díjole con aquel tono que se ganaba los corazones, su preferencia por el nombre de Theone me ha hecho el hombre más feliz de la tierra. Ha sido usted nuestro genio protector, el genio protector de nuestro amor, ¿no es cierto, Fee? Y si supiera que tenía usted algún deseo que yo pudiese satisfacer, ¿lo aceptaría usted de un novio agradecido?

Telesforo Quark se restregó las manos terriblemente confuso hasta hacerse crujir todos los huesos.

—¡Ah!... el señor teniente... es demasiado bueno, balbuceó dudando de si Wendenburg le hablaba en serio ó en broma.

Luego, juntando todo su valor, dijo con timidez y positivamente espantado de su indiscreta petición.

—Una vez bebí una botella de Champagne de la Viuda Clicquot, de Reims, que me gustó mucho.

—Pues bien, dijo Wendenburg sin reirse y alargando la mano á su ignorado protector. La botella de Champagne la beberá usted de la provisión de mi novia. Pero, además, usted habrá tenido alguna vez deseos de viajar por algún punto durante las vacaciones, ver algún hermoso país ó ciudad; todo el mundo desea alguna vez cambiar de aires, ¿no es así?

—¿Deseado? ¡Oh, sí! he deseado á menudo recorrer la Selva Negra hasta el lago de Cons-

tanza, contestó Quark con melancolía. Pero ¿sabe usted, señor teniente? nunca he podido ahorrar lo necesario, ni aun para hacer el viaje en cuarta clase.

—Bueno, repuso Wendenburg, pues yo le impongo la condición de que beberá usted la botella de Champagne de mi novia en la Selva Negra. El viaje, por supuesto, va con el Champagne y corre de mi cuenta. No, no, añadió riéndose cuando Quark quiso darle las gracias con ojos centelleantes; esto no es un regalo, sino una deuda de honor, pues si le hubiese á usted gustado tan poco el nombre de Theone como el de Felicitas, no sería yo hoy el hombre más dichoso de la tierra.

Quark sacó entonces el pañuelo y ocultó con un imponente toque de trompeta la emoción que le causaba la inesperada dicha.

* * *

Era ya avanzada la tarde cuando el conde Hellberg conducía su tiro de cuatro caballos con las dos parejas hacia casa, pues Wendenburg, como señor de Weissenrode, había tenido que visitar, aunque á la ligera, su propiedad.

Había hecho el camino de ida siendo un pobre teniente, y volvía ahora siendo un hombre rico y propietario, ¡y todo por haber puesto una raya debajo de un nombre que no era el verdadero!

El caso había preocupado por cierto al Amor, pues no veía posibilidad de ayudar en ello. Mas supongo que sería coquetería, pues desde que existe el mundo no le han faltado al Amor medios eficaces para unir los corazones.

—¿Tenía yo razón con mi fe en las hadas? dijo Wendenburg en voz baja á su novia al salir del bosque y al entrar en tierras de Hellberg.

Tiefenthal y Theone, después de una viva discusión sobre cuestiones agrícolas, se habían dormido, con lo cual la joven pareja hubiera podido hablar en voz alta. Pero salió la luna, iluminó el espléndido paisaje de verano con su pálida y plateada luz, y convidó á hablar quedo, mayormente teniendo al lado á la persona amada.

—También creo yo en el poder de las hadas sobre mi persona, contestó bajito y con encantadora sonrisa la rubia prometida. Y ahora, Hans, prosiguió ella, ahora te confesaré de dónde saqué tu retrato que está en el cofrecillo *rococó*. Hasta aquí he rehuido siempre contestarte á esta pregunta. Me lo dió el tío Wallwitz, que lo había recibido de tu comandante. Me lo regaló un día diciéndome que lo conservase bien y que lo contemplase mejor, pues cuando el príncipe del cuento llegaría al castillo de la bella durmiente, había de encontrar á la novia pronta. Imagina, pues, lo que pasaría por mí cuando supe que el testamento te nombraba junto con Theone.

—¡Oh, Fee! ¿Verdaderamente lo debo á mi retrato?

—Sí, Hans. Debía estar encantado.

—No obstante, había el peligro de que el original rompiese para siempre el encanto, dijo Wendenburg.

—También lo temí, repuso Fee. Empero, en vez de ello tú mismo has conquistado todo mi corazón.

—Cuando pienso lo que me hizo rabiarse el testamento del tío Wallwitz, dijo Wendenburg prosiguiendo su coloquio en voz baja. Si no fuese un anacronismo diría ahora: ¡viva el buen tío Wallwitz! ¡Sin olvidar á nuestro ignorado genio protector!

—Si á lo menos no se llamase Quark, dijo Fee riéndose.

—¿No es verdad, tesoro? Y que me digan ahora que un nombre no es más que un simple sonido. A pesar de todo volveremos á beber esta noche otra copa á su intención, y diremos en nuestro interior: ¡viva el nombre favorito de Quark!

(Traducido del alemán, del *Universum*)



ECONOMÍA DOMÉSTICA

MANCHAS

I

LAS manchas de la ropa pueden ser de naturaleza muy diversa, pues mientras unas son meramente superficiales, otras atacan todo el tejido y llegan á alterarlo. De manera que, á veces, eso de quitar una mancha, que parece cosa tan sencilla, se convierte en un serio é intrincado problema de química. Cuando se trata, pues, de quitar manchas de una tela hay que atender primero á la acción del cuerpo que mancha ó altera aquella tela, y, en vista de dicha acción, aplicar los medios adecuados á neutralizarla.

Los ácidos minerales atacan todos los tejidos sin excepción, quemándolos materialmente muchas veces; pero cuando son poco concentrados no logran alterar los tejidos de lino, cáñamo ni algodón. Estos mismos ácidos, aguados, alteran los colores poco permanentes (y hasta algunos que se titulan permanentes) de las telas y á veces los destruyen por completo.

Los efectos de manchas de esta clase se neutralizan inmediatamente aplicándoles amoníaco en agua, ó simplemente exponiendo la tela manchada á los vapores de aquel álcali; si la mancha es ya antigua y el color ha sido destruido, entonces no hay más remedio que dar la ropa á teñir.

Los ácidos vegetales son generalmente poco corrosivos, y por tanto no suelen alterar los tejidos ni los colores; sin embargo, el vinagre, el jugo de limón, de naranja, grosella, acedera, etc., comunican tono rojo naranjado á los colores obtenidos con preparaciones ferruginosas, mientras que los jugos astringentes ponen verdoso-oscuros los colores cuya base es el óxido de hierro. Las manchas de tabaco, de hierbas cocidas, té, jarabes, confituras, frambuesas, grosellas, ciruelas, cerezas, licores espirituosos colorados artificialmente, ratafia, punch, vino, cerveza, sidra, y en general las de todos los compuestos de origen vegetal, tienen un color propio que se reconoce en seguida y que sólo vela un poco el del tejido manchado.

Se quitará con agua y jabón, cuando se trata de telas

no teñidas. Para hacerlas desaparecer de telas teñidas, se echan en un vaso de agua diez ó doce gotas de ácido sulfúrico, se moja el dedo en este líquido y se aplica á la mancha. Después se lava para hacer desaparecer el ácido que, á pesar de su dilución, podría alterar el color de la tela.

Los álcalis cáusticos (potasa, sosa, cal), destruyen los tejidos de lana y de seda y atacan casi todos los colores, reaccionando sobre ellos y produciendo en los mismos alteraciones diametralmente opuestas á las ocasionadas por los ácidos.

De manera, que un ácido en agua logrará muchísimas veces hacer desaparecer la mancha ocasionada por un álcali, y, recíprocamente, una solución alcalina débil hará revivir los colores absorbidos por un ácido.

El barro de las calles, paseos, carreteras, fosos, alcantarillas, pantanos, etc., produce á veces, á causa de las partículas ferruginosas que contiene, unas manchas parecidas al orín ó herrumbre.

Generalmente el agua no basta para quitarlas, pero raras veces resisten á unas fricciones con yema de huevo; pero si ni así cedieran puede emplearse la *crème au tartre* en polvo humedecida en agua y dejada un buen rato sobre la mancha.

En las telas de un rojo poco consistente ó de color de escarlata, tales manchas dejan una huella violácea; pero cualquier ácido (cítrico, acético ó clorhídrico) diluido en agua suele restablecer el color primitivo.

Las manchas producidas por las llamadas *bujías diáfanas* (hechas con blanco de ballena) desaparecen por el simple frote, pues la grasa que contienen cuando está en fusión no penetra en el tejido.

Las causadas por las *bujías estearicas*, resina, pez, etc., se quitan mojándolas en alcohol rectificado ó espíritu de vino, que no destruyen el color, y frotando después con un cepillo. A falta de alcohol puede usarse esencia de trementina, de espliego ó de limón, ó bien agua de Colonia ó aguardiente fuerte. Si se trata de seda, hay que frotar suavemente con un lienzo fino hasta haber secado el espíritu de vino. Algunas veces se quitan tam-

bién estas manchas evaporándolas por medio de un carbón ardiendo ó un hierro candente aplicado á papel secante que se coloca sobre la mancha. Tratándose de telas de lana se frota después con un cepillo.

Las manchas del *café* y del *chocolate* preparados con leche se quitan más fácilmente que las de los preparados con agua, por medio de agua y jabón, pero como según la clase del jabón podría alterar el color, empléese yema de huevo desleída en un poco de agua caliente; y si aún así persistieran, frótense ligeramente con un pincel de cerdas cortas de jabalí mojado un poco en alcohol.

Para borrar las manchas de las grasas que sirven para untar los ejes de los carruajes, máquinas, etc., se empieza por quitar con un cuchillo toda la parte de grasa que no se ha embebido en la tela: entonces se moja la mancha con esencia de trementina, frotándola después ligeramente con una esponja, y volviéndola á humedecer inmediatamente, cubriéndola en seguida con ceniza tamizada ó tierra de pipa en polvo para que absorba la humedad. Al cabo de 10 á 15 minutos se quita la tierra, se frota bien la parte manchada, y si la mancha no ha desaparecido todavía por completo se repite por segunda vez la misma operación, siendo raro que resista á ella; pero si aún resistiera, hagase una tercera tentativa mezclando con la esencia de trementina yema de huevo. Puede suceder que, si la mancha es muy antigua, la parte ferruginosa se haya adherido tan fuertemente á la tela, que la esencia antedicha no logre desprenderla: trátese entonces dicha huella del hierro con ácido clorhídrico ó oxálico, como si fuera una antigua mancha de tinta. Finalmente, es también un buen agente contra las manchas grasientas de que hablamos, la benzina, sobre todo tratándose de ropas de seda.

Las gotas de *agua* que caen sobre ciertas telas disuelven las sustancias gomosas, gelatinosas ó de otra clase empleadas en el apresto de dichas telas; á consecuencia de ello desaparece el lustre de la parte tocada por la gota de agua, y si las gotas han sido muchas (lluvia, etc.), la superficie de la ropa queda cubierta de manchitas de un tono más oscuro que el de la tela.

Para quitarlas, ó sea para restituir á la tela su primitivo lustre, se extiende esta sobre una tabla, sujetán-

dola á ella con alfileres, se humedecen con una esponjita las partes deslustradas, después se pone un papel doblado sobre la tela, practicando en el agujeros que encajen con las manchas que se quieren quitar y sobre este papel se pasa una plancha caliente. Si se tratara de una sola mancha pequeña, bastaría aplicar el extremo caliente de un hierro de rizar, etc. Las picaduras recientes producidas por la humedad en la seda, se quitan arrollando ésta dentro de un lienzo de *calicot* blanco, ligeramente mojado, y se tiene durante veinticuatro horas en un sitio húmedo.

Las manchas de *tinta*, cuando son recientes, basta lavarlas con agua salada ó vinagre blanco y enjabonarlas para separar las sustancias vegetales. El óxido de hierro que deja la mancha se quita mojándolo por medio de una pipeta con ácido sulfúrico ó clorhídrico muy aguados, siendo la mancha reciente, ó más condensados si es antigua (1 de ácido por 12 de agua). El ácido oxálico da muy buenos resultados cuando se trata de tejidos de lino ó de algodón, y la mejor manera de emplearlo consiste en disolverlo en agua tibia ó fría y dejarlo en reposo sobre la mancha antes de frotar con la mano. La sal de acederas en polvo da excelentes resultados haciéndola hervir con estaño puro antes de aplicarla á la mancha, pues se forma un oxalato de estaño que hace pasar el peróxido de hierro al estado de protóxido soluble en el líquido ácido. También sirve, aunque menos y con más lentitud, contra tales manchas la *crème au tartre*. Pero el que está dotado de una acción más enérgica, hasta usado en frío, contra estas manchas y las de orín, es el protocloruro de estaño, pues basta mojar la mancha con una débil disolución de sal de estaño para que desaparezca á no tardar. También puede humedecerse primero con protocloruro de estaño y después con sal de acederas. El cloro y los hipocloritos alcalinos disueltos quitan las manchas de tinta de las telas blancas, pero dejan una huella amarilla de orín que se hace desaparecer con un pincel mojado en una disolución de sal de acederas. Las manchas de tinta sobre la seda es inútil intentar el hacerlas desaparecer, pues cualquier tentativa en este sentido no hace sino agravar el mal.

A. H.

(Concluiré).



CABEZA DE TIGRE. — DIBUJO DE JULIÁN BASTINOS

TOMO III.— 54.

LA DEFENSA DE TARASCÓN



¡ALABADO sea Dios! Por fin he recibido noticias de Tarascón. ¡Hace cinco meses que la angustia me mataba!... Conociendo, como conozco, la exaltación de aquella ciudad y el temperamento batallador de sus habitantes, no podía menos que preguntarme: ¿Qué hará Tarascón? ¿Se habrá levantado como un solo hombre contra los bárbaros? ¿Se habrá dejado bombardear como Estrasburgo, morir de hambre como París, ó quemar como Chateaudun, ó bien, en un arrebato de patriotismo feroz, se habrá hecho volar como Laon y su inexpugnable fortaleza?...

Nada de esto, amigos míos, nada de esto. Tarascón no ha sido quemada ni ha volado todavía. Tarascón sigue siempre en el mismo sitio, tranquila, entre sus viñedos bañados por el sol, y sus calles con sus bodegas repletas de buen moscatel, y el Ródano que baña la hermosa población, llevando en su corriente la imagen de una ciudad feliz, los reflejos de sus persianas, de sus jardines y de los milicianos vestidos con túnicas nuevas y haciendo el ejercicio á lo largo del muelle.

No vayáis á creeros por esto que Tarascón no ha hecho nada durante la guerra. Por el contrario, se ha portado admirablemente, y su heroica resistencia, que probaré de referir, ocupará lugar preferente en la historia, como modelo de resistencia local, símbolo viviente de la defensa del Mediodía.

LOS ORFEONES

Hasta que vino el terrible golpe de Sedán, los valientes tarasconenses estuvieron muy tranquilos en sus casas; para aquellos intrépidos hijos de los Alpes no era la patria lo que moría allí, eran los soldados del Emperador, era el Imperio. Pero una vez llegado el 4 de Septiembre, proclamada la República, Atila á la vista de París, entonces... ¡oh! entonces Tarascón se levantó y pudo conocerse lo que es una guerra nacional... Esto empezó, como es de suponer, por una manifestación de orfeonistas. No se tiene idea de la afición que en el Mediodía sienten por la música; sobre todo en Tarascón raya en delirio. Desde la calle se oyen cantos en todas las ventanas y balcones.

Sea cual fuere la tienda en que entréis siempre descubriréis junto al mostrador una guitarra que suspira, y hasta los dependientes de las farmacias le despachan á uno cantando: *El Ruiseñor* y *el Laúd español* — lalalala. Además de estos conciertos privados, poseen los tarasconenses la charanga municipal, la del colegio y no sé cuántas sociedades de orfeones.

El de San Cristóbal y su admirable coro á tres voces: *Salvemos á la Francia*, fueron los que dieron el primer impulso al movimiento nacional.

—«¡Sí, sí, salvemos á la Francia!» exclamaba el buen tarasconense agitando desde las ventanas los pañuelos de bolsillo.

Y los hombres aplaudían, y las mujeres enviaban besos á la armoniosa falange que atravesaba la población, yendo sus individuos á cuatro de fondo con el pendón al frente y marcando resueltamente el paso.

El impulso estaba dado, y á partir de aquel día la población cambió de aspecto: ya no se oían guitarras ni barcarolas. El *Laúd español* fué por todas partes sustituido por *La Marsellesa*, y, dos veces por semana, se apiñaba la multitud en la Explanada para oír la charanga del colegio que tocaba el *Canto de la partida*. Pagábanse las sillas á precios verdaderamente fabulosos.

Pero los tarasconenses no se contentaron con todo esto.

LAS CABALGATAS

Después de la manifestación de los orfeones vinieron cabalgatas históricas á beneficio de los heridos. ¡Qué gracioso era contemplar, en un domingo de sol espléndido, toda aquella intrépida juventud tarasconense, con sus botas finas, el pantalón de color suave ajustado á la pierna, haciendo la cuestación de puerta en puerta cabalgando debajo de los balcones, con grandes alabardas y con las redes para coger mariposas! Mas lo mejor de todo fué un carro patriótico—Francisco I en la batalla de Pavía—que los señoritos del Círculo pasearon tres días consecutivos por la Explanada. ¡Quien no ha visto aquello no ha visto nada! El teatro de Marsella había facilitado los trajes; oro, seda, terciopelo, estandartes bordados, escudos de armas, cimbras, caparazones, cintas, lazos, penachos, lanzas, corazas, centelleando y deslumbrando con sus chillones colores convertían la Explanada en un espejuelo para cazar alondras. Y aquella luz, aquella vida agitándose al impulso de una ráfaga del mistral, formaban algo magnífico, encantador. Desgraciadamente, cuando al terminar un encarnizado combate, Francisco I—M. Bompard, el presidente del Círculo—se veía envuelto entre una avalancha de tropas enemigas; al entregar el desgraciado Bompard su espada, lo hacía con un movimiento de espaldas tan enigmático y singular, que en vez de «todo se ha perdido menos el honor,» parecía más bien decir: *diso-li que vengue, moun bon!*; pero los hijos de Tarascón no reparaban en tales menudencias, y en sus ojos brillaban patrióticas lágrimas de entusiasmo.

LA BRECHA

Aquellos espectáculos, aquellos cantos, el sol y el aire del Ródano bastaban y sobraban para calentar los cascos. Los partes oficiales llevaron al colmo la exaltación. En la Explanada la gente no hablaba más que con ademán amenazador, cerrando las mandíbulas y pronunciando con fuerza las palabras, que sonaban como si fueran proyectiles. Todas las conversaciones olían á pólvora que impregnaba el aire. En el café de la Comedia era cosa de oír á nuestros fogosos tarasconenses; cuando por la mañana, almorzando exclamaban: —«¡Ah! pero ¿qué hacen los parisienses con el demonio del general Trochu? No se decidirán nunca á salir... ¡Mil bombas! ¡Si se tratara de Tarascón!... Trrr... ¡Ya haría mucho tiempo que se habría abierto la brecha!» Y mientras París moría de hambre y sufría con su pan de avena, aquellos

caballeritos se tragaban succulentas perdices rociadas con buen vino, y rollizos, bien repletos de la salsa, gritaban como energúmenos golpeando la mesa:—«¡Pero abrid la brecha!...» Y no les faltaba razón.

LA DEFENSA DEL CÍRCULO

Mientras tanto la invasión de los bárbaros avanzaba de día en día hacia el Sur. Vencida Dijon y amenazada Lyon, las perfumadas hierbas del valle del Ródano hacían rechinar de envidia á las yeguas de los hulanos.—«Organicemos nuestra defensa,» dijeron los tarasconenses; todo el mundo puso manos á la obra, y en un abrir y cerrar de ojos la población fué blindada, parapetada y provista de las necesarias casamatas. Cada edificio se convirtió en fortaleza. Delante del almacén del armero se había practicado una trinchera por lo menos de dos metros de profundidad con un puente levadizo muy bien dispuesto. Pero en el Círculo eran tan importantes los trabajos de defensa, que se iban á ver por curiosidad. El presidente Bompard estaba apostado en lo alto de la escalera, con el *chassepot* en la mano, dando explicaciones á las señoras:—«Si se presentan por aquí, ¡pam! ¡pam!... Si, por el contrario, se presentan por allá, ¡pam! ¡pam!» y en todas las bocacalles la gente os salía al paso para deciros con aire misterioso:—«El café de la Comedia es inexpugnable,» ó bien:—«La Explanada está provista de torpedos...» No poco daría qué pensar esto á los bárbaros.

LOS FRANCO-TIRADORES

Al propio tiempo, las compañías de franco-tiradores se organizaban con verdadero frenesí. *Hermanos de la muerte*, *Chacales del Narbonado*, *Guerrilleros del Ródano*, los había de todos los nombres y de todos los colores, lo mismo que gencianas en un campo de avena. Y ¡cuántos penachos, y plumas de gallo, gigantescos sombreros y anchísimos cinturones!... A fin de presentar aire más terrible, cada tirador se dejaba crecer de tal suerte la barba y el bigote que en el paseo ya nadie se conocía. Hubierais visto de lejos un bandido de los Abruzzos que venía hacia vosotros con los bigotes retorcidos, los ojos echando chispas y haciendo retemblar sables, revólvers y yataganes; pero al acercaros descubríais al recaudador Pegoulade. Otras veces os topabais en la escalera con el mismísimo Robinsón Crusóe con su sombrero en punta, su machete con dientes de sierra y un fusil en cada hombro, y averiguado el caso resultaba ser el armero Costecalde, que venía del restaurant en donde acababa de comer. Lo más gracioso fué que los tarasconenses, con tanto fingir ademanes feroces, acabaron por inspirarse terror unos á otros y muy pronto nadie se atrevió á salir de casa.

CONEJOS DE COTO Y CONEJOS CASEROS

El decreto de Burdeos referente á la organización de los guardias nacionales puso fin á tan intolerable situación, y al potente impulso de los triunviros las plumas de gallo volaron por el aire y todos los tiradores de Tarascón, chacales, guerrilleros y demás, mezcláronse confundidos en un batallón de bravos milicianos bajo las órdenes del valiente general Bravida, antiguo jefe del detall. Pero aparecieron nuevas complicaciones. El decreto de Burdeos creaba, como es sabido, dos categorías dentro de la guardia nacional: los guardias nacionales de campaña y los sedentarios, ó, como decía con cierta malicia el recaudador Pegoulade, conejos de coto y

conejos caseros. Al empezar la formación, los guardias nacionales de campaña tenían, como es natural, la preferencia. Todas las mañanas el valiente general Bravida los llevaba á la Explanada para el ejercicio de fuego, la escuela de los tiradores.

—«¡Echarse! ¡levantarse!» y todo lo demás. Estas pequeñas batallas atraían muchísima gente: de las señoras de Tarascón no faltaba una sola, y hasta las de Beaucaire pasaban algunas veces el puente para admirar nuestros conejos. Durante este tiempo los pobres guardias nacionales caseros prestaban modestamente el servicio en la población y entraban de guardia delante del Museo, donde no había que guardar más que un lagarto disecado con musgo y dos halconcillos del tiempo del rey que rabió. Ya podéis imaginar que las señoras de Beaucaire no pasarían el puente por poca cosa... El caso es que al cabo de tres meses de ejercicio de fuego, cuando se echó de ver que los guardias nacionales de campaña no salían de la Explanada, el entusiasmo empezó á disminuir.

Por más que el valiente general Bravida se esforzara dando voces de «¡echarse! ¡levantarse!» nadie le hacía caso, y muy pronto aquellas pequeñas batallas, tan entretenidas, fueron motivo de burlas y habladurías en la ciudad. Y á pesar de todo, bien sabe Dios que si aquellos desdichados conejos no salían no era por culpa suya, pues rabiaban tanto por marchar que un día hasta se negaron á hacer el ejercicio.

—¡No más paradas! exclamaron movidos por su celo patriótico; podemos marchar y podremos entrar en campaña.

—Pues marcharéis ó yo dejaré de ser quien soy, les dijo el valiente general Bravida.

Y lleno de cólera fuése á pedir explicaciones á la Alcaldía.

En la Alcaldía le dijeron que no tenían orden alguna y que esto correspondía á la Prefectura.

—¡Vamos á la Prefectura! exclamó Bravida.

Y salió en el expreso de Marsella en busca del prefecto, lo cual no era entonces cosa fácil, si se tiene en cuenta que en Marsella había siempre cinco ó seis prefectos en funciones y nadie era capaz de indicar cuál era el verdadero. Pero en esto estuvo muy afortunado Bravida, pues el primero que encontró fué el legítimo, y en pleno consejo de la Prefectura el valiente general habló en nombre de sus soldados con la autoridad de un antiguo capitán del detall.

Apenas empezó, interrumpiéndole el prefecto en seguida para decirle:

—Dispense usted, general... ¿Cómo se explica que sus soldados le manifiesten á usted que desean salir y que á mí me supliquen que no les haga marchar?... Ante todo, lea usted.

Y con la sonrisa en los labios le entregó una lacrimosa súplica que dos conejos de coto, los dos más entusiastas por marchar, acababan de dirigir á la Prefectura, con varias recomendaciones del médico, del cura y del notario, solicitando el ingreso en el cuerpo de conejos caseros, por motivos de salud.

—Tengo más de trescientas como ésta, añadió el prefecto siempre sonriente. Ya comprenderá usted ahora, general, por qué no nos hemos apresurado á disponer la marcha de vuestros soldados. Por desgracia ya se han hecho marchar demasiados de los que querían quedarse en casa. No tengo más que añadir... Conque, Dios salve á la República y guarde muchos años á vuestros conejos.

EL PONCHE DE DESPEDIDA

Excusado es decir cuán avergonzado y corrido regresaría el general á Tarascón, pero todavía falta un detalle. ¿Por ventura durante la ausencia del general no procuraron los taras-

conenses organizar un ponche de despedida dado por suscripción en favor de los conejos que debían marchar?

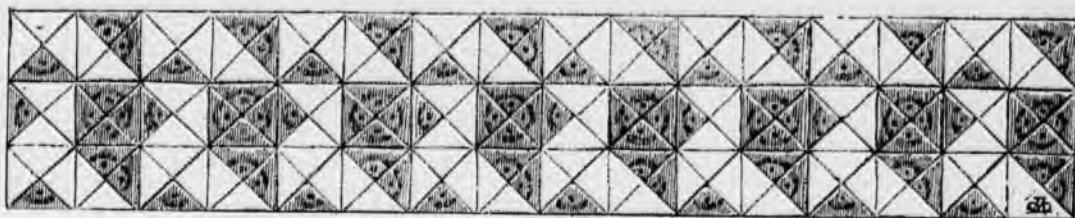
En vano el valiente general Bravida manifestó que no había necesidad de tal fiesta, porque nadie debía moverse; se había cubierto la suscripción, el ponche estaba encargado, sólo faltaba beberlo, y esto fué precisamente lo que se hizo...

Sucedió, pues, que un domingo por la tarde, en los salones de la Alcaldía, se verificó la conmovedora ceremonia del ponche de despedida, y hasta al amanecer los *toast*, los vivas, los discursos y los cantos patrióticos hicieron vibrar los cristales del edificio. Lo más chocante es que cada uno de los invitados sabía perfectamente lo que el ponche representaba: los guardias nacionales caseros, que lo pagaban, abrigaban la firme convicción de que ninguno de sus camaradas marcharía, y los guardias de coto, que lo bebían, también estaban convencidos de lo mismo, y hasta el respetable adjunto, que juró á todos aquellos valientes ir á la cabeza, sabía mejor que nadie que de ningún modo se realizaría la marcha. Pero ¡no importa! Aquellos meridionales son tan extraordinarios que al terminarse el ponche de despedida todos lloraban, todos se abrazaban, y, ¡cosa estupenda y rara! todos, incluso el general, obraban sinceramente...

En Tarascón, lo mismo que en todo el Mediodía de Francia, he podido observar muy á menudo este efecto de espejismo.

ALFONSO DAUDET.





POESÍA ARÁBIGA

INSCRIPCIÓN EN LA SALA DE LAS DOS HERMANAS EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

Soy un jardín delicioso
adornado de hermosura;
reconóceme en el brillo
y gala que me circunda.

Para erigir este alcázar
no bastó la humana industria:
el cielo influyó en la obra
con presagios de ventura.

Las pléyades cautivadas
me hacen visitas nocturnas,
y un aura sana me orea
no bien el alba fulgura.

De mí se prendan los ojos
que de mi aspecto disfrutan,
y á toda ilusión ó ensueño
mi realidad sobrepaja.

De este salón primoroso
es admirable la cúpula,
con bellezas manifestas
y con bellezas ocultas.

Los astros del zodiaco
con respeto me saludan,

y para hablarme en secreto
baja del cielo la luna.

Los luceros refulgentes
enamorados me buscan,
su carrera interrumpiendo
en la bóveda cerúlea.

Abandonan los caminos
en que por el cielo cruzan,
y cual humildes esclavos
á servirme se apresuran.

Es tan brillante esta sala,
que su brillantez deslustra
el sendero luminoso
que en los cielos se dibuja.

Las galas que el rey me viste
con mayor pompa relumbran
que del Arabia dichosa
las preciadas vestiduras.

Y los arcos que se extienden
sobre ligeras columnas
son como la luz del alba
cuando en Oriente se anuncia.

Traducciones de
D. ADOLFO FEDERICO DE SCHACK
y de D. JUAN VALERA.



Una jota mallorquina

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

POLLENSA me gustaba mucho, y me pasaba el día entero recorriendo sus calles y observando sus costumbres. Merced á esto pude fijarme en sus mujeres, cuando, jóvenes ó ya entradas en años, se dirigían al templo llevando colgado del brazo su historiada banqueta de tijera y su rosario entre los dedos; el mercado, muy animado y perfectamente provisto de grandes montones de calabazas enormes, de granadas, de higos, de coles de desusado tamaño y de grandes pimientos color de fuego. Vense á lo largo de las calles, echadas á la sombra, numerosas puercas con sus lechones de pelo negro, espectáculo que involuntariamente me trajo á la memoria lo que dice Jorge Sand de tales animalillos, que constituían el cargamento del buque en que regresó al continente después de su permanencia en Valldemosa durante el invierno.

Distraídos y descuidados, con el brazo en jarras y el cigarro en la boca, pasan por en medio de bestias y personas los trajineros, sin percatarse de que los mulos de su recua puedan atropellar á éstas ó aquéllas.

En Pollensa existen dos fuentes, y constituía para mí motivo de grata distracción contemplar á las mujeres que iban á llenar sus vasijas; pues vacías ó llenas las llevan con tal garbo y donosura, apoyándolas en la cadera y rodeándolas con el brazo, que verdaderamente ofrecen un perfil digno del pincel de un artista.

Una de las cosas que más llamó mi atención en este pueblo fué la extremada cortesía de sus habitantes respecto de los forasteros: siempre saludan descubriéndose la cabeza, y este rasgo de buena educación alcanza hasta á los niños.



MALLORCA.—REGRESO DE LA FUENTE (pág. 432)



EL MONAGUILLO

CUADRO DE ARCADIO MAS Y FONDEVILA

Ayuntamiento de Madrid

A muchos de éstos he visto, por cierto de muy corta edad, conduciendo de la mano á otros más pequeñuelos.

El traje de éstos, mientras no cuentan siete años, se reduce á una simple camisa, que á duras penas les cubre las rodillas.

Y téngase en cuenta que no es mucho más confortable el arreo durante el invierno, por más que sople el cierzo, impregnado del frío intensísimo de nuestras regiones. Desde luego puede asegurarse que todos andan desnudos de pies y piernas. Por supuesto que no deben ser pocos, en mi juicio, los que sucumben á semejante rigor, pero en cambio los que resisten, son tales, que no les parte un rayo.

En tanto que paseaba confundido con la muchedumbre, que pululaba en el mercado y las calles colindantes, vino á decirme mi bondadosa huésped, que en una plazuela cercana se hallaban reunidos algunos jóvenes y otras tantas muchachas dispuestos á bailar una jota y un bolero.

No hay para qué consignar que no se lo dijo al sordo ni al perezoso, sino á quien tenía grandes deseos de contemplar un baile del país en pleno día y á la luz del sol. Encaminéme, Pues, al sitio indicado, y pude ver logrados mis deseos, debiendo consignar que los tañedores de guitarras tomaron por asiento una pared de cerca existente en el fondo de la plazuela.

Después de comer fué á buscarme el amable don Sebastián, para acompañarme en la excursión al Puig.

Es el Puig un cerro alto, aislado y pedregoso que se levanta al Este de la población. Por lo mismo que imaginaba fácil y hacedera la ascensión al mismo, no quise tomar caballería; pero, con gran sorpresa mía, necesitamos hora y media para llegar á la cumbre, y esto bajo los rayos de un sol abrasador.

El sendero que á ella conduce, cubierto de piedras desiguales y resbaladizas, hace más difícil el ascenso.

Al cabo llegamos á una especie de fortaleza almenada de aspecto singular. De pronto hirieron nuestros oídos los sonos de una campana, y don Sebastián me dijo que anunciaban nuestra llegada. Sorprendióme la noticia, á la cual, sin embargo, encontré después explicación.

El edificio, que es inmenso, fué realmente en sus principios fortaleza: transformado más tarde en convento, constituye al presente una hospedería cuyo entretenimiento se halla á cargo de los vecinos de Pollensa, que tienen en ella algunos guardianes, encargados de recibir y atender á los viajeros. Éstos, como acontece en Miramar en casa del archiduque, pueden permanecer en la hospedería hasta tres días consecutivos, durante los cuales se les proporciona cama, aceite y lugar en la lumbre. El guardián, ó ermitaño, ó posadero, ó lo que sea, baja á la población de cuando en cuando, y provisto de un cepillo que lleva pendiente del cuello, recoge de puerta en puerta las ofrendas que le hacen los vecinos.

He dicho ermitaño, porque ermita es también el Puig, y la Virgen que en ella se venera, esculpida en piedra, y coronada por enorme diadema, á la cual profesan gran devoción los isleños, ha hecho no pocos milagros, según indican las muletas y numerosos *ex votos* que

TOMO III.—55.



Salida del templo

penden de las paredes, y hasta los grillos de cautivos, aprisionados por los piratas, que por su intercesión recobraron la perdida libertad.

El panorama que se contempla desde las terrazas del Puig es magnífico. Constitúyelo la mitad de la isla, y por la parte del mar, en los últimos términos del horizonte, se distingue la azulada silueta de la isla de Menorca.

A los mismos pies del cerro se extiende una llanura que limitan las bahías de Pollensa y de Alcudia, distinguidas respectivamente por los antiguos con los nombres de *Portus Minor* y *Portus Major*.

Estos fondeaderos ofrecen un lugar seguro para el anclaje de los buques, aun de gran

porte; de manera que cuando la expedición contra Mahón, dirigida y mandada por Richelieu, la escuadra española se hallaba en la bahía de Alcudia, en tanto que la inglesa permanecía fondeada en la de Pollensa.

Entre Pollensa y Soller, en medio de un macizo de montañas, se encuentra el renombrado santuario de Nuestra Señora de Lluch, al cual tienen los isleños profunda veneración. Relativamente á su origen se me refirió la siguiente leyenda:

Hará unos quinientos años que un pastorcillo de los que después de la conquista de Mallorca continuaron en el país como esclavos, apacentando el ganado por estos andurriales á la hora del crepúsculo, quedó de pronto deslumbrado por una luz y claridad que surgía de entre los peñascos. De momento aquel hecho insólito le tuvo como clavado en el sitio en que se hallaba; pero debilitándose paulatinamente el resplandor, y vencida la sorpresa que le produjera, deseoso de averiguar de dónde procedía el prodigio, acercóse al lugar en que viera luces, y con no poca estupefacción vió en él una imagen de Nuestra Señora, labrada en piedra, llevando en sus brazos al niño Jesús. Morenos, casi



Santuario de Nuestra Señora de Lluch

negros, los rostros de las imágenes, en cambio sus ropajes estaban sembrados de doradas flores de lis.

La nueva de tan prodigioso descubrimiento se difundió rápidamente, poniendo en conmoción la isla entera. Una numerosa comisión compuesta de individuos del clero, de los jurados, de las personas más conspicuas de Palma, enterada circunstancialmente del suceso, proclamó á la imagen reina y patrona de Mallorca. La devoción creció rápidamente, y los peregrinos que á porfía visitaban á la Virgen, en el lugar de su invención, fueron tantos, al cabo de poco tiempo, que Guillermo de Como, señor de aquel territorio, hizo levantar una vasta hospedería para que en la misma se albergaran los devotos.

Más adelante este edificio fué ensanchado y convertido en colegio dirigido por un prior, que tenía la obligación de educar á doce niños de coro, á los cuales enseñaba la música vocal é instrumental, la gramática castellana y latina y rudimentos de teología.

Era condición indispensable, en los educandos, el ser nacidos en Mallorca.

En los días festivos, y en aquellos en que tiene lugar una peregrinación ó romería, esos niños cantan al son de los instrumentos los gozos y alabanzas de la Virgen.

Desde los primeros tiempos de su fundación el santuario se vió enriquecido por medio de donaciones debidas á la munificencia y desprendimiento de los numerosos devotos de la Virgen. Éstos acuden á visitarla en gran número en todas las épocas del año, pero más especialmente en la fiesta de la Natividad de la Virgen, que se celebra el día 8 de Septiembre. En él acuden romeros procedentes de todos los puntos de la isla, impulsados, tanto por su devoción como por el deseo de gozar de los encantos que ofrece la naturaleza.

Según dejo manifestado, lo mismo los romeros que los viajeros pueden disfrutar en todas las épocas del año de la hospitalidad con que brinda el monasterio, ya que en él, lo mismo que en Pollensa y Miramar, el transeunte tiene la seguridad de disfrutar gratuitamente alojamiento, es decir, cama, mesa, lumbre, aceite y aceitunas.

Montañas á través puede volverse á Soller. El paisaje es de salvaje belleza. De cuando en cuando interrumpen la selva las blancas y encubiertas crestas de la sierra.

La travesía es larga, puesto que se requieren cinco horas por lo menos para llevarla á cabo, y no á pie, sino en el lomo de un buen mulo, por en medio de vastas soledades cruzadas de senderos abiertos en el flanco de las vertientes.

Poco antes de llegar á Soller, al término de una pendiente rápida y estrecha, que se levanta en medio de precipicios, se encuentra un sitio conocido en el país con el nombre de el *barranco*, desde el cual el viajero puede contemplar asombrado las profundas gargantas que debe atravesar y los accidentes todos que se ofrecieran á su paso antes de llegar al término del viaje.

Llegó, al cabo, el momento de abandonar el país encantador de Pollensa. Esas gentes sencillas, sus bondadosos moradores, que ven pasar tan contados viajeros, les miran desde luego con afecto y predilección. Hasta me pareció que sentía mi partida el personal subalterno de la fonda.

¡Adiós!... ¡Adiós!... ó mejor, hasta la vista, bella, dulce y bondadosa Magdalena, dueña de la fonda, que tanto os esforzáis para que se encuentre alegre y satisfecho el viajero de luengas tierras venido, para contemplar los encantos de vuestra villa, perdida en un rincón del mundo, sin preocuparos gran cosa del módico salario que podrá valeros la solicitud con que adivináis y prevenís los menores deseos de vuestros huéspedes!

¡Adiós!... Esperanza, linda, dulce y pura hija de la casa, no menos dispuesta y afectuosa que tu bondadosa madre!

¡Adiós! buen hostelero, *amo*, cuyo afectuoso apretón de mano llega hasta lo más íntimo del pecho!

¡Adiós!... á ti también, amigo Pirata, noble animal de mirada inteligente y de pelo largo, abundante y negro como la noche.

El carruaje se halla delante de la puerta... El pobre animal, desde las primeras horas de la mañana, siente en la atmósfera algo que le tiene inquieto. No se aparta de mi lado un solo instante, y codicioso solicita mis caricias. Se echa á mis pies, y á veces lanza un quejido lastimero.



¡Adiós, Pirata!

—Adivina que nos vais á dejar, dice la huésped.

No podía dar á fe tanta penetración, y sin embargo, era la pura verdad.

Tomé asiento en la *galera*, que inmediatamente echó á andar. El perro se vino en pos. Llamóle su dueña, y se fué hacia donde estaba... pero en seguida echó á correr para alcanzar el carruaje. Llamado de nuevo por Magdalena se detuvo en mitad de la calle vacilando entre seguirme ó volverse. Durante ese momento de indecisión adelantó la galera en su camino, y al doblar la esquina de la calle del Viento, pude ver á Pirata, plantado en mitad de la misma, levantada una de sus patas, en ademán de lanzarse en pos de mí á la primera indicación.

(Continuará).

C. V. DE V.



NUESTROS GRABADOS

MISERIA Y CARIDAD

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS

Este cuadro constituye un canto a la Caridad cristia-

na. ¡Sublime religión la que anima á las santas mujeres que acuden solícitas á la cama del enfermo para cuidarle y aliviar sus padecimientos! ¡Nada les arredra! Trátase de una de esas enfermedades contagiosas, como la



EL SACAMUELAS. — GRUPO ESCULTÓRICO DE JOSÉ CAMPENY

viruela ó la difteria, de las que todo el mundo huye con espanto, y ellas, tranquilas, sonrientes, se acercan al desdichado enfermo, tocan sus llagas, les curan, acercan su rostro al suyo aspirando el aliento envenenado del diftérico, sin acordarse de la muerte, pensando sí en que

Dios recompensará en otra vida mejor, con gloria inmarcesible, su caridad y sus sacrificios. Si el cólera diezma á una población, si de ella escapan hasta los que por deber habrían de quedarse en su recinto, ellas más que nunca, con redoblada solicitud, corren á los hospita-

les, siendo allí el consuelo de los moribundos y de todos los afligidos. Su caridad no repara en categorías ni en distinciones sociales. De igual modo asiste la Hermana de la Caridad al rico que descansa en mullidos colchones y entre holandas, que al pobre colocado en sencilla cama de madera, sobre misero jergón. Esto último le ha servido de tema al reputado artista Tomás Moragas para el cuadro que damos, fielmente reproducido en grabado por Sadurní. Por el asunto y por su desempeño hemos dicho y repetimos que es un cántico a la Caridad cristiana. ¡Qué hermosa impresión causa la vista de la Hermana sentada junto a la ventana, por la que atraviesa la luz, efecto que ha pintado admirablemente el artista! ¡Qué dulce tranquilidad respira aquella pobre vivienda! Sólo los pies de la cama aparecen en el cuadro, pero ellos y la habitación descubren sobradamente que allí reina la miseria. Los sufrimientos que ésta trae consigo los endulzará la buena Hermana, y este sentimiento de amor, de quietud, hasta de placidez en medio de la desdicha, domina en el precioso cuadro que ha acabado de cimentar el merecido renombre de que goza su autor entre los pintores españoles.

CABEZA DE TIGRE

DIBUJO DE JULIÁN BASTINOS

Sacada del natural esta cabeza tiene una verdad y un vigor que se advierten al momento. Está el tigre en uno de aquellos momentos en que le domina la ira, acaso porque teme por sus cachorros ó por otra causa parecida. La expresión de sus ojos y de sus fauces es aterradora y revela la fuerza del animal, cuya presencia causa pavor a los más intrépidos cazadores; en la India se atreve a atacar a su víctima entre la muchedumbre; tal es su ferocidad. El excelente dibujo que publicamos da idea de lo expresado en las anteriores líneas.

EL MONAGUILLO

CUADRO DE ARCADIO MAS Y FONDEVILA

Grabado por Sadurní publicamos este cuadro del aplaudido artista Arcadio Mas y Fondevila. Es un estudio del natural, algo al modo impresionista, en el que se ve la espontaneidad de ejecución propia de su autor. El monaguillo, que llena todo el cuadro, está copiado con

gran cariño, el cual no se ve en pinceladas menudas y en finos pormenores, sino en el acierto con que están puestas las masas y los golpes de claroscuro, lo que requiere detenida observación y exige con frecuencia no pocos retoques. Porque la espontaneidad que se advierte en algunos cuadros de Mas y Fondevila, los cuales parecen pintados en un abrir y cerrar de ojos, supone con frecuencia un trabajo muy largo y muy serio, siendo una espontaneidad al modo de la que presentan las fabulas de nuestro Iriarte y las del francés La Fontaine, que lleva escondida una paciente labor de lima, hasta dar con aquella forma tan natural, tan sencilla y tan fácil. Es la difícil facilidad tan ponderada y que le cuesta tanto alcanzar al literato y al artista. *El monaguillo* de Arcadio Mas y Fondevila la tiene, sin disputa, viéndose más en el original que en el grabado, porque en éste sólo de una manera imperfecta puede darse idea del color y de la luz que el citado artista maneja con sumo donaire. Estas dos excelencias aumentan en gran manera en el cuadro original el grato efecto que causa en la persona inteligente que lo contempla.

EL SACAMUELAS

GRUPO ESCULTÓRICO DE JOSÉ CAMPENY

El escultor José Campeny maneja el barro con facilidad admirable. Sus grupos se saldrían de los límites permitidos por los cánones del arte que profesa, si no consintiese el barro una mayor libertad que los demás materiales empleados por la escultura. Parece que el barro se halla indicado para los trabajos escultóricos de carácter pintoresco, en los cuales la línea tiene un movimiento muy acentuado y la expresión de las figuras entra casi también en los dominios del arte pictórico. Por esto, á veces, las estatuas y grupos ejecutados con el expresado material se presentan pintados, adquiriendo el mayor efecto de realidad posible. El grupo de *El sacamuelas* ofrece el aire pintoresco de que hablamos. ¡Qué vida tiene la figura del dentista! ¡Qué expresión la suya y la del patán, á quien el bárbaro operador arranca un grito agudísimo por el dolor que la extracción le produce! ¡Qué animación en el conjunto del grupo, al que no le daña el principio de exageración que se advierte en todo y que acentúa la nota resueltamente cómica!



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XVII

BATALLA PERDIDA

BLANCA no dirigió á su padre una sola pregunta con motivo de la extraña orden que acababa de darle. Confiaba en sí misma, y no temía lo que pudiera sobrevenir.

Una vez llegados padre é hija al hotel y apeados del coche, ella fué á cambiarse el traje de teatro, y en seguida se dirigió al cuarto de don Roque.

—Vamos, dijo gravemente, con la mano detenida en el pomo de la puerta.

—¿A dónde?... preguntó el banquero, no sin sorpresa.

—Al jardín. Ya estará Paco aguardando.

—Quería que acudieses tú sola.

—¿Para esconderte y oírnos?

La verdad era que Bermúdez se proponía algo más: oír primero á Dulce y aparecerse en seguida provocando una escena de acusaciones y violencias, un verdadero encuentro. No tuvo resolución para declarar á su hija todo ese propósito y se redujo á decir, contestando á la pregunta con que aquélla le reconvenía:

—Sí, deseaba oíros sin presentarme.

—Baja conmigo, pronunció Blanca. Yo sola, no he de ir. Es tuya, no mía, la cita á la cual Paco acude.

A un lado del parterre, junto al ángulo opuesto á las cocheras, levantábase un pabellón que el arquitecto destinó á Biblioteca y que las aficiones poco literarias del banquero dejaron ocioso, sin uso determinado. El padre y la hija bajaron á ese pabellón, el primero encendió por sí mismo una lámpara que sobre una mesa estaba puesta, en el centro del saloncito, y después salió á recorrer el jardín en busca de Paco Dulce.

Éste había escalado la verja, ó sobornado á algún servidor para que se la abriese; estaba en el parterre. Amparábase en la sombra de un cenador y sentía en su pecho danzar y cantar mil regocijos. Veíase ya cerca del triunfo; aquel era el primer paso. Ya alcanzaba la cita; entre ésta y la fuga, el rapto consentido, no mediaba ya más que una fácil jornada de camino cuesta abajo.

—Venga usted, le dijo don Roque presentándose ante él inesperadamente.

Al mozo se le heló la sangre, á pesar de su temperamento sereno y osado.

—¿Es esto una trampa? preguntó.

—No las hay en esta casa.

—Pues entonces...

—Allí espera mi hija.

Estas palabras devolvieron á Paco la calma y el arrojo.

—Vamos allá.

La estancia donde penetraron era grande, de techo elevado, fría como toda habitación no frecuentada. La luz de la lámpara, atenuada por un globo de cristal opaco, difuminaba las siluetas de los muebles, puestos allí con la simetría en que la soledad les dejaba; alrededor del círculo iluminado se producía una zona de sombras medrosas. Junto á la mesa, herida por el resplandor inmediato de la luz, fruncido el ceño, candente la mirada, cubierto el rostro por una expresión de vaga ansiedad, hallábase Blanca. Sonrió á Paco cuando le vió entrar. El joven se quedó urbanamente de pie á corta distancia de la niña, descubierta la arrogante cabeza, serenos y apacibles sus ojos azules, echado atrás el gabán de espléndidas pieles, descubriendo su cuerpo de traza elegante, bizarra, varonil, ceñido por el chaleco blanco de tres botones y por el frac inglés de finísima factura.

Don Roque, también de pie, rompió el silencio.

—Ya está usted aquí, dijo interpelando á Dulce. He oído que pedía usted una cita á mi hija, y he hecho que ella se la concediese. Hable ahora. ¿Qué quería usted decirle?

Paco no se inmutó. Parecía que le soplabá al oído el espíritu de Pepita Alcuneza. En medio de lo desventajoso de su situación, consideró que ésta le ofrecía al mismo tiempo ciertas ventajas, puesto que Blanca había de oírle, y se dispuso á sacar de ellas todo el provecho posible.

Comenzó, pues, á hablar, revistiéndose de toda su cortesanía, dando á su voz el tono mogigato que tan bien manejaba en las ocasiones.

—Anhelé, dijo, ver á Blanca y conversar con ella; pero no esperaba que su padre asistiera á la entrevista.

—Blanca me ha invitado á ella.

—Es verdad, añadió la niña.

Y repuso Bermúdez:

—Yo no tenía, ni tengo nada que hablar con usted.

—Yo sí, respondió Dulce con presteza, poniéndose á la ofensiva. Yo sí tengo mucho que decir á usted, don Roque, y me alegro de su presencia en este sitio. Nada tema, prosiguió bañando sus palabras en ambrosía; nada tema, porque le respeto á pesar de la injusticia con que me maltrata.

—Yo nada temo, murmuró desdeñosamente el anciano.

Blanca levantó hacia él sus ojos suplicantes.

—Bien hace, continuó Dulce. Peina usted canas y es usted el padre de la mujer á quien adoro; ¿qué demasía pudiera yo permitirme? Óigame, pues, señor don Roque; un momento de atención á mis palabras, que, se lo ofrezco, serán todas comedidas.

—De suerte, ¿que es á mí á quien usted viene á hablar?

—Me aprovecho de la ocasión dichosa que me pone en su presencia.

—¿Y á mi hija?... Creí que algo se proponía decirle á ella.

—A su hija, don Roque, iba á decirle lo que ya sabe, lo que le he repetido millares de veces, lo que un hombre ciegamente enamorado no se cansa de repetir á la mujer amada. A su hija, quería mostrarle mi pasión loca, mi tristeza desconsolada, explicarle mis desesperaciones, mis lágrimas, mis agravios de hombre herido en su dignidad, en su amor, en su alma y en su vida; quería que oyese los lamentos de su amante perseguido, azotado por la calumnia, castigado con la más cruel y absurda de las injusticias.

—Adelante..., interpuso don Roque sonriendo irónicamente. Posee usted gran elocuencia; buen orador hace usted.

Paco prosiguió impávido, sin detenerse en su improvisación:

—Y quería postrarme á los pies de Blanca, pidiéndole que jamás me desterrase del pensamiento suyo donde vivo, que jamás me cerrase su corazón en el cual no sólo ha dado amparo á mi amor, sino también á mi honra. ¡Blanca!—quería decirle...—¡Blanca, amada mía! suframos este dolor que nos imponen, pero muramos amándonos; guárdame esa fidelidad que es nuestra muralla, defiende tu constancia, no se fatigue tu ánimo del culto ardoroso y puro que tributamos á nuestro ideal; piérdase nuestra dicha, si nuestros enemigos así lo quieren, pero sálvese nuestra fe.

El farsante estaba hermoso, fascinador, admirable, con su traza, su entonación y su foga-sidad de primer actor eminente. La escena no podía estar mejor representada, aquellos conmovidos acentos de sinceridad llegaban á lo íntimo, porque de lo íntimo parecían salir. El alma inexperta de Blanca se enternecía, se transportaba. Era necesario un espíritu defendido por el blindaje de la experiencia y del escarmiento para que no lo penetrasen las balas de aquel hábil tirador.

Don Roque tenía ese espíritu blindado, y las frases dramáticas del hipócrita no causaban el menor quebranto en su energía.

—Al fin, dijo cuando Paco se hubo callado, logró usted decir á mi hija cuanto le habría

dicho fuera de mi presencia. Es usted sabio diplomático. Mírela usted; la pobrecilla está embelesada, nunca como ahora ha creído que su padre es tirano é injusto.

—¡Papá!... exclamó Blanca, tendiendo hacia don Roque las manos trémulas, pronunciando aquella voz como si lanzase un quejido.

Bermúdez continuó:

—Sí, tiene usted sobre ella un poder incontrastable de sugestión. Es usted el seductor triunfante, el aventurero con quien camina la fortuna, el don Juan de todos los tiempos con el amuleto de sus falacias para reinar sobre la virtud y la honradez. Me reconozco impotente delante de Paço Dulce.

En el rostro de Blanca amaneció el sol. Levantóse la niña al oír las últimas palabras de su padre y se dispuso a oírle, con el pecho anhelante.

—¡Oh! ¿qué dices?... pronunció.

Ya inundaba su ser el consuelo de mil esperanzas.

Pero aquel no fué más que un engañoso espejismo, una lontananza que se desvaneció en el horizonte. La esperanza duró poco.

El banquero no se proponía lo que creyó Blanca.

—¿Cede usted al cabo? preguntóle Dulce con apresuramiento impropio de su mesura solapada.

—No, respondió el anciano. Lejos de ceder, voy á extremar la lucha. Usted me estrecha, me reduce, estoy sitiado y nada puedo contra los medios de guerra de que usted dispone. Tiene usted á mi hija irredimiblemente esclavizada; tiene usted en sus manos, para jugar con ella, para hacerla trizas cuando se le antoje, la felicidad de esta criatura. Pues bien; voy á volar la Santa Bárbara.

—¿Qué se propone, señor de Bermúdez?

—¡Ten compasión de mí, papá!

Don Roque avanzó decididamente un paso hacia su hija. Permaneció un instante callado, y en su semblante se vió aparecer una expresión sombría, de profunda preocupación. En su cerebro tomaba cuerpo una idea atemorizadora. Habríase dicho que aquel padre desesperanzado meditaba el suicidio.

Hizo un ademán de ruda violencia, y habló.

—Blanca, dijo, ya no tengo para salvarte otro remedio que la imposición. He querido hasta ahora extinguir poco á poco el sentimiento indigno que consagras á este hombre. Hoy quiero arrancarlo de raíz. Escoge entre la obediencia y la rebeldía: oye lo que te mando.

—¡No hables! gritó la niña torturada, con voz de agonía. ¡No hables, por piedad!

—He de hablar sin misericordia.

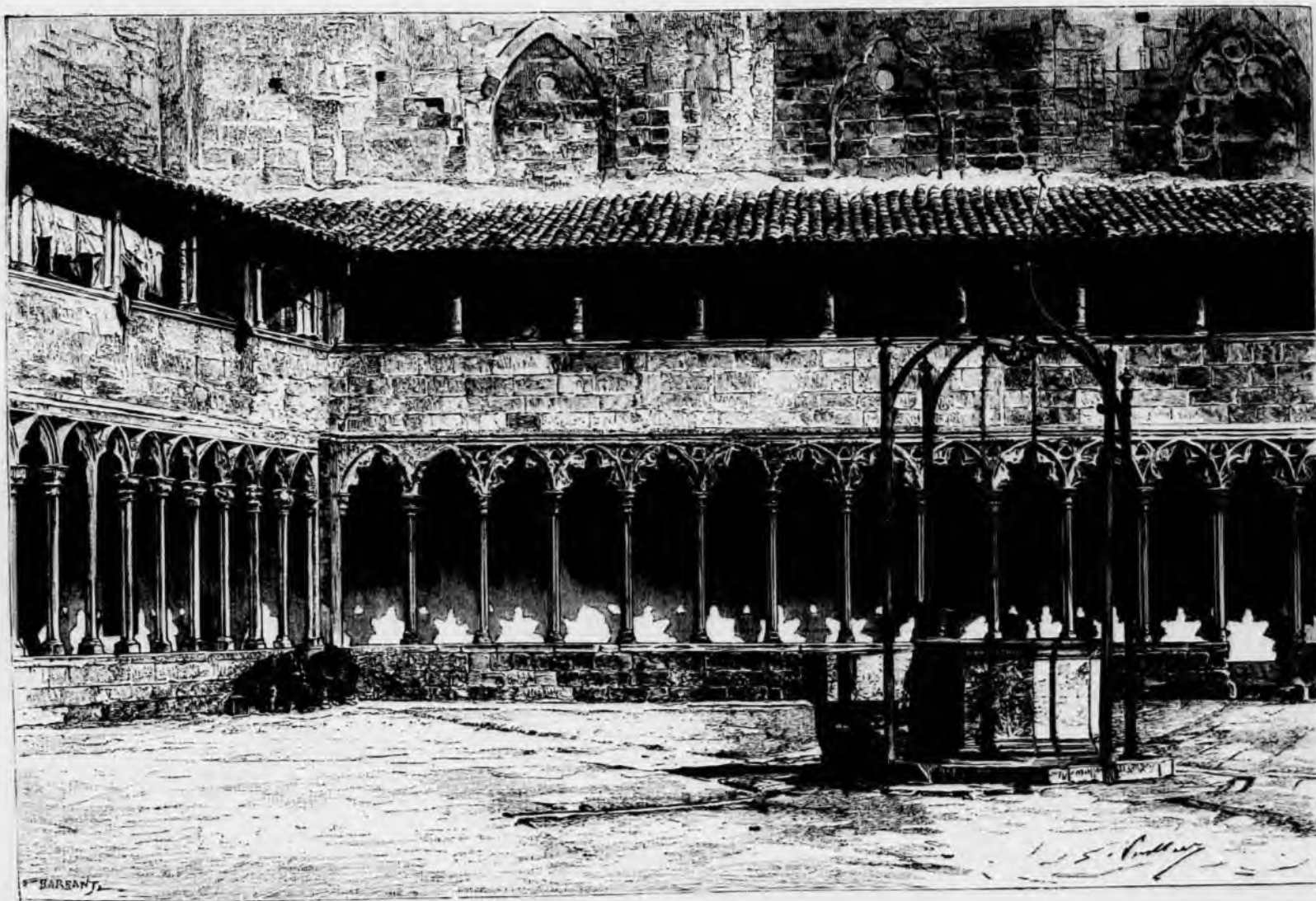
—¡Don Roque!

—Oye, Blanca, lo que te mando. Despide para siempre á este hombre, renuncia para siempre á él, duélete de haberle amado, arranca de tu cabeza su recuerdo, y dispón tu voluntad á la resignación ó al sacrificio. Vas á ser la esposa de otro hombre.

La niña cayó súbitamente á los pies de su padre. Lanzaba gritos inarticulados, se ahogaba, despedía por sus ojos miradas de loca.

—¡Eso es una infamia, don Roque! exclamó Dulce. ¡Eso no será!

—¡Papá! dijo al fin la niña. ¡Papá!... no me sometas á esa prueba. Seré tu cautiva, te lo tengo ofrecido; jamás pasaré por encima de tu voluntad para casarme con Paco... Pero ¡de otro hombre!... No me lo mandes, no me lo impongas.



MALLORCA. — CLAUSTRO DE SAN FRANCISCO (véase la pág. 442
Ayuntamiento de Madrid

—¿Me desobedecerás?

Blanca vaciló, pero no detuvo al cabo su respuesta.

—¡Sí! dijo bravamente.

Luego, queriendo suavizar el terrible efecto de tal respuesta, añadió:

—Ya ves que Dios no te ayuda en tu porfía. Él te ha negado los medios de probarme que Paco no merece mi cariño. ¡Cuánto tiempo, desde que deshiciste nuestra boda! Lo has pasado buscando pruebas contra mi elegido, y ninguna has podido traerme. La difamación no ha mantenido en pie su obra. Amo á este hombre y él lo merece: será suya ó de nadie más.

El anciano apenas oía á su hija. Con las manos alzadas al rostro cubríase la frente y sollozaba. Acababa de sentir en el corazón un dolor mortal.

—¡No hay remedio! murmuraba confusamente, hablando para sí. ¡Será desgraciada!... ¡Llegará el día de la ignominia y del infortunio!... ¡Está perdida!.. ¡No la salvaré!

Paco Dulce, á todo eso, consideraba con ánimo glacial toda la extensión de la victoria que estaba obteniendo. Por no suscitar algún incidente que la turbara, ceñíase á pronunciar exclamaciones y palabras sueltas.

—¡Gracias, Blanca!... ¡Blanca mía!... ¡Don Roque!... ¡Por Dios!

El descaecimiento de aquel anciano que lloraba, después de haberse mostrado tan agresivo, era para los ojos de Dulce un espectáculo regalado.

Levantóse finalmente en él una ola de su característica impaciencia, y no pudo ya aguantar más aquella situación estacionaria.

—¿En qué quedamos? preguntó rudamente.

El banquero alzó la cabeza abatida; á través del dolor y del llanto iluminó su faz un relámpago de entereza.

—Quedamos, contestó, en que mi hija ha de renunciar en absoluto á la idea de pertenecer á usted.

Blanca hizo un movimiento de pesar y protesta; fué á hablar, no habló, respetó el trastorno profundo en que veía á su padre.

Éste continuó:

—Y quedamos en que Blanca se casará con quien yo le mande.

—Ha oído usted, que eso es imposible, observó Paco.

—Lo veremos.

Blanca se interpuso evitando el inútil altercado que iba á producirse. Dirigiéndose á Paco, entre imperiosa y tierna, le dijo:

—Sal.

Paco salió, y apenas hubo pasado el umbral del pabellón, cuando don Roque, solo ya con su hija, dejóse caer desplomado en una butaca, junto á la mesa. Lanzó un gemido, revolvióse un momento con agitación convulsiva, llevóse las manos al pecho y quedó inmóvil.

—¡Papá!... gritó Blanca acudiendo.

El anciano estaba sin sentido. Su pecho se dilataba como para arrojar una pesadumbre enorme que lo aplastase.

Blanca salió á dar voces y acudieron los criados, pero antes que éstos parecieran, la niña se halló otra vez con Paco Dulce, que se había quedado espiando á la puerta del pabellón.

El miserable estuvo tentado de aprovechar aquel momento angustioso, coger á Blanca por un brazo, arrastrarla fuera de la verja y llevársela robada. Se contuvo; pensó que aquel arranque podía abrir los ojos de la niña.

Ésta le dijo atribulada:

—Véte... Papá tiene un insulto.

—¿Me guardarás tu palabra?

—Hasta la muerte, pero en la forma que has oído. Tú tendrás en mí á tu amante enamorada, pero mi padre no perderá á su hija.

(Continuará).



GRITOS DE GUERRA

POR
MELITÓN GONZÁLEZ



1.— En otros tiempos los hombres empuñaban las armas para defender ideales santos, como la religión de sus padres, por ejemplo; y al grito de *¡Dios lo quiere!* marchaban á Oriente, sin temor á la peste ni al hierro mahometano.



2.— Santo era también el ideal perseguido hasta por el último de nuestros chisperos, cuando al grito de *¡Viva la independencia!* salían navaja en mano á defender la dignidad de la patria.



3.— Más tarde se tomaban las armas gritando: *¡Abajo Martínez! ¡arriba Rodríguez!* ó cualquier otra cosa que ningún provecho material había de proporcionar á la gente que alborotaba; pero al fin y al cabo eran ideas políticas dignas de respeto.



4.— ¡Cuánto ha descendido el nivel social! Hoy se chilla *¡Viva mi tienda de comestibles!* *¡Que no nos quiten la guarrnición!* y otros gritos nacidos del estómago y no del corazón como en otros tiempos.



MESA REVUELTA

El órgano es un instrumento de música de los llamados de viento y teclas, de grandes dimensiones, compuesto: 1.º de cañones de diferentes tamaños, 2.º de uno ó más teclados y 3.º de fuelles. Tocado por una persona que domine dicho instrumento, constituye por sí solo una orquesta.

Los cañones del órgano son de madera y á veces de una mezcla de estaño y plomo; unos de boca abierta como la de una flauta dulce; otros tienen en su embocadura un tubo especial. Los cañones están colocados verticalmente y se ajustan por su extremo inferior, donde se halla la embocadura, con unos agujeros practicados en la parte superior de cajones de madera llamados secretos. A cada hilera de cañones corresponde una pieza de madera con agujeros que coinciden con las del secreto; esta pieza de madera se conoce con el nombre de registro. Moviendo este registro se cierra el paso de entrada al viento que sale de los fuelles. Cuando el organista pone el dedo sobre una tecla, ésta da un movimiento á una varilla, la cual abre una válvula que corresponde al agujero del registro; entonces el aire penetra en el cañón y éste produce el sonido que le es propio.

El órgano se halla principalmente en uso en las iglesias. Hoy día se ha introducido en los teatros y salas de concierto. El arte de tocar el órgano es uno de los más difíciles: entre los organistas más hábiles, merecen citarse D'Aquin, Couperin, Bälbatre, Seján y algunos de los más grandes maestros, como Rameau, Mozart, Bach y Handel.

Según la tradición más generalizada, la invención del órgano data sólo del siglo VIII, y el primer instrumento de esta clase, el emperador Constantino Copronymo lo envió á Pepino el Breve y se colocó en la iglesia de San Cornelio de Compiègne. Pero hoy está fuera de duda que dicho instrumento data de una época muy anterior á la expresada.

Bedos de Celles publicó un tratado sobre la construcción de órganos que ha sido muy estimado y se titula: *Arte del constructor de órganos* (1766-78). Posteriormente, Hamel publicó un *Manual del constructor de órganos*, y Lemmens un *Diario del órgano*. Recientemente se han publicado muchísimos tratados para aprender á tocarlo y ha tomado este instrumento gran importancia, perfeccionándose además su construcción de un modo extraordinario.

Chabrias decía que un ejército de ciervos mandado

por un león, era más temible que un ejército de leones mandados por un ciervo.

Agésilas dijo en cierta ocasión á un ilota que le hablaba de un modo insolente: — Si no me sintiera poseído por la cólera, te haría dar la muerte inmediatamente.

Lysimaco decía en cierta ocasión al poeta cómico Philipido, á quien quería mucho y con quien vivía familiarmente:

—¿Qué queréis de todo cuánto poseo?

—Todo lo que queráis, respondió, excepto vuestros secretos.

El rey Agis decía que los espartanos no preguntaban nunca si sus enemigos eran numerosos y sí solamente dónde se hallaban.

Una mujer espartana dijo á su hijo, que se quejaba de tener una espada demasiado corta: — Alárgala con un paso.

Había un particular en la corte que pretendía muchos puestos, y preguntando uno ¿qué pretende fulano? Le respondió otro:

—No sé; pero creo que habiendo muerto la reina madre, pretende que lo hagan á él.

En una ocasión llegó un pobre estafador á un caballero, diciendo que le socorriese una necesidad. Preguntóle el caballero:

—¿Qué le ha movido á usted para venir á mí, que soy también pobre, habiendo tantos á quienes pedir?

Respondió el pobre:

—Es que Dios me lo ha dicho en el corazón.

Replicóle el caballero:

—No debe de ser así; porque Dios me ha dicho en el mío que no le dé á usted un cuarto.

Dijo Marcial á uno que pleiteaba una deuda:— Si has

de regalar al juez, escribano, etc., paréceme será mejor que pagues al acreedor, pues es uno solo.

Un caballero muy guardoso y miserable se quejaba de que tenía gastada su salud, y otro le respondió: — Si usted la trajera en la bolsa no se la gastaría.

Lamentándose un viejo de sus muchos años, decía que la vejez es de tan monstruosa condición, que ni es enfermedad acabada, ni salud perfecta.

Dijéronle á Filipo, rey de Macedonia, que un vasallo suyo hablaba muy mal de él; y persuadiéndole sus amigos á que por lo menos le desterrase de su reino, respondió que no haría tal. Extrañando ellos su parecer, le preguntaron la causa y respondió: — Porque cuanto más se aleje de donde yo estuviere, serán más los que le oigan.

Preguntándole á una señora, que se vendía por joven, qué edad tendría, respondió que treinta años: Y la dijo: — Verdad debe de ser, pues habrá diez y seis años que me dijo lo mismo.

Se conoce un procedimiento muy sencillo para grabar sobre cristal. Para ello se bañan los cristales ó vasos en cera fundida y se dibuja lo que se quiere con un buril muy agudo, penetrando toda la cera hasta que se llegue al cristal; luego se moja el dibujo con ácido fluorhídrico ó un ácido espático, y se pone al sol, quedando hecho el grabado.

El único remedio cuya eficacia es probada para atajar los efectos de la picadura del escorpión, es el álcali volátil; se ensancha la herida, hasta hacerla manar

sangre, se vierte en ella una gota de este líquido y se aplica encima un cabezal empapado en el mismo. Si progresase la hinchazón, se beberán dos gotas dilatadas en un vaso de agua, durante algunos días.

Si amáis la vida no prodiguéis el tiempo, porque el tiempo es el tejido de que aquella se compone.— FRANKLIN.

Si tomáis por compañero el vicio no tardaréis en ser su esclavo.— PROVERBIO INGLÉS.

El que miente no prevé el inmenso trabajo que luego debe tomarse, porque se verá obligado á inventar mil mentiras si quiere mantener la primera.— POPE.

El orgullo es un vicio insociable hasta en relación con los demás vicios.— BACON.

Por mucho tiempo que viváis, los primeros veinte años siempre serán los más largos de vuestra vida.— SONTHEY.

Confundir la riqueza con la felicidad es tomar el medio por el fin. Tanto valdría creer que un cuchillo ó un tenedor pueden proporcionarnos un buen apetito.— PROVERBIO INGLÉS.

El verdadero huérfano es el que no ha recibido educación.— PROVERBIO TURCO.

Un necio no es más que fastidioso; pero un pedante es insoportable.— NAPOLEÓN.



Recreos instructivos

EL DRAGÓN INTREPIDO

No se trata aquí del que mató Diendoné de Goson en la isla de Rodas, ni del que figura en el célebre frontal del palacio de nuestra Diputación. Ese dragón es simplemente un soldado de un regimiento de *drago-*

nes, y es intrépido porque en vez de montar un fogoso corcel se atreve á cabalgar sobre el filo de un cuchillo. Ni más ni menos.

Veamos cómo puede ser: una persona más ó menos nerviosa empuña fuertemente un cuchillo bien recto, y apoyando su puño encima de la mesa, procura que la

hoja del cuchillo, con el filo hacia arriba ó hacia abajo esté bien paralela al plano de la mesa; encima de la hoja se coloca un muñequito de cartulina (nuestro dragón) cuyas piernas de madera ligera toquen siempre en



el suelo, y al cabo de breves instantes, si está bien equilibrado el dragón, empezará á andar como si realmente montase un caballo reacio.

Estos movimientos dependen de las involuntarias sacudidas nerviosas de la mano que empuña el cuchillo, siendo de notar que cuando más esfuerzos haga para estar inmóvil, más acentuados serán los movimientos del dragón.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charadita:

AL-GA-ZA-RA

Al logogrifo:

PINTA

A la combinación:

LUISILLA
EDMUNDO
AMALIA
NORBERTO
DIONISIA
ROBERTO
ORSOLA

A la fuga de consonantes:

CUCURUCHO

CHARADA

*Dos una te da la vida,
una dos te la arrebató
si por una patarata
no le cedés la partida.*

*Dos doble á mascar convida
y prima doble es de suerte
que hasta nos causa la muerte
en cantidad desmedida.*

*Tal cosa, lector, olvida,
porque no es nada prudente,
y entretanto prontamente
dime cómo puede ser
que cosas de tan mal ver
den al traste con la gente.*

CUCURBITÁCEO.

CHARADA

Si el lector no es *dos primera*
¡bueno fuera!
hallará el *todo* sin guía
en Berbería.

MELANTHO.

ESTRELLA

	C	
J	.	A
	.	
E	.	E
	.	
J	D	O

Sustituir los puntos por letras y hallar cuatro nombres propios, dos de varón y dos de mujer.

LUIS M.^a DE GIBERT, de Barcelona.

ALEACIÓN

ORO, MERCURIO, ESTAÑO, BROMO, CINABRIO

Colocar los nombres de estos cinco metales de modo que una letra de cada uno forme entre todas la palabra *cobre*.

DISPERSIÓN



Con los fragmentos que se publican reconstruir el dibujo tal como estaba antes de recortarse.
(En el número siguiente se publicará la figura completa).



Ayuntamiento de Madrid



ROSINA

CUADRO DE E. VON BLAAS

Ayuntamiento de Madrid





FORTUNATO Y DESIDERIO

—Es particular, Carmen; hoy se celebra tu santo y nadie ha venido á felicitarte, decía don Diego, jubilado de Hacienda, á su sobrina, bellísima joven, en la que cifraba aquél todo su cariño, por ser el único resto de su familia.

—¿Quién quiere usted que venga á este destierro? contestaba aquélla. Desde que nos vinimos al barrio de la Guindalera nos hemos apartado por completo del mundo.

—Ya sabes que no me he mudado por gusto, ni nos pasamos sin criados por capricho, sino porque, muerto mi tío el prestamista, me legó este caserón con todo lo que contuviera, legado que para mucha gente supone una gran fortuna, porque aquél tenía fama de ser muy rico.

—¿Vuelve usted á pensar en el tesoro escondido?

—Y pensaré en él hasta que lo encuentre. Aunque poco expansivo el difunto, muchas veces me dió á entender con frases sueltas que al morir él sería yo poderoso; y francamente, este casucho solo no había de sacarme de pobre. Pero ya llevamos un mes y todas nuestras pesquisas han sido inútiles: hemos hecho astillas los armarios y la cama de madera, los cofres y el aparador, y sólo hemos conseguido privarnos de dichos muebles; hemos vaciado todos los tiestos y... nada, el tesoro sin parecer; después, por consejo de tu pretendiente, el arquitecto don Desiderio Ibáñez, llevo varios días examinando si los tabiques suenan á hueco, y como si no: macizos y muy macizos. Pero, me extraña la tardanza del tal Ibáñez... ¿le habrá pasado algo?

Un campanillazo hizo que el tío saliera á abrir la puerta y volviese á poco diciendo:

—¡No!... Es el otro.

—¿El otro? murmuró Carmen entre dientes, ¡qué pesadez!

Efectivamente, un joven entraba en la sala, siguiendo á don Diego.

—Sí, dijo éste, soy yo, Fortunato, el futuro poseedor de la belleza de Carmencita.

—Muy confiado veo á usted, dijo ésta.

—Y muy vano, añadió el tío, cuando juzga usted tan fácil el triunfo.

—¡Oh, querido don Diego! No es vanidad, ni mucho menos. Es la ciega confianza que tengo en mi buena estrella... Por algo me pusieron Fortunato en la pila bautismal.

—¿Luego usted cree que por llevar ese nombre?...

—¡Oh! dijo el joven; es que todo, desde mi nacimiento, confirma mi buena estrella.

—¿Sabremos siquiera de qué vive usted, cuál es su profesión, en qué se ocupa?

—Administro casas... Ya ven ustedes, yo no lo he buscado; fui una vez á alquilar un cuarto, un momento en que el propietario estaba muy ocupado. Me dijo una porción de inconveniencias sobre el trabajo que le proporcionaba el administrar sus fincas y acabó por decirme: —¿No le sería á usted igual, en vez de ser mi inquilino ser mi administrador? — Acepté, y no ha tenido motivos de arrepentirse, porque desde entonces no ha tenido una sola habitación desalquilada.

—Pero eso, observó don Diego, le dará poco.

—No me deja mucho... pero siempre hay que contar con los extraordinarios, el dinero que me encuentro en la calle, lo que regalan á uno amigos y desconocidos, la lotería...

—¡Ah! ¿Es usted jugador de lotería? preguntó Carmen.

—No, señorita: siempre que me ha tocado algún premio fué porque antes me encontré el billete en la calle... Premios pequeños, pero que anuncian que algún día habrá de corresponderme el mayor. En fin, y aunque sea este un pequeño detalle: hace media hora, cuando quise tomar el tranvía para venir hasta aquí, estaba aquél lleno completamente; pero en el mismo momento en que así me lo advertía el cobrador, uno de los viajeros se cayó al suelo desde la plataforma de detrás y se rompió las narices; y mientras él se quedaba en tierra conteniéndose y limpiándose la sangre, yo ocupé su lugar, y aquí me tienen ustedes, más enamorado que nunca y más convencido cada vez de que mis ambiciones se verán satisfechas, alcanzando la mano de la hermosa Carmen.

Otra llamada á la campanilla interrumpió la conversación.

—Vé á abrir, hija mía. Por razones especiales, siguió dirigiéndose á Fortunato, tenemos que vivir por ahora sin criados.

—Ya lo sospecho: busca usted el tesoro de su tío y le estorban los testigos. Lo comprendí así desde que supe que había heredado usted la casa, y veo en ese rincón hechos astillas todos los antiguos muebles del difunto.

—¡Entre usted, don Desiderio! decía la voz de Carmen, cuando volvía á la sala seguida de un joven elegantemente vestido y con una venda negra en la frente. Gracias á que le he conocido por la voz, pues de otra manera, y con ese disfraz, no me hubiera sido posible.

—¡Pluguiera al cielo que fuese disfraz! contestó tristemente el recién llegado. Esta es una manifestación de mi negra estrella. Venía apresuradamente á felicitar en su santo á la bella Carmen; había conseguido subirme á un tranvía que estaba lleno, y en el momento de arrancar las mulas me caí á tierra, causándome numerosas heridas en la cara.

—Sí, interrumpió Fortunato; ya lo sabían estos señores por mí, pues tuve la suerte de adelantarme á usted en la misma felicitación.

—Y en todo me pasa igual; parece que en mí se inspiró Quevedo al escribir su célebre romance

Parióme adrede mi madre,

pues no hay cosa que pensada derechamente no me resulte al revés. Apenas gano algún dinero en mi profesión cuando me lo roban ó lo pierdo; los primeros cólicos del verano y los primeros constipados del invierno son indefectiblemente para mí; yo utilizo todas las cornisas que se caen de las casas y todas las zanjás que se abren en las calles. En fin, desde que terminé la carrera de arquitecto no ha vuelto á edificarse una sola casa en Madrid, y desde que vendí todo mi papel del Estado, que estaba á la par... del de estraza, ha empezado á subir.

—Pero la mala fortuna, dijo don Diego, ni es invencible ni es eterna. Mi sobrina Carmen muestra evidente predilección por usted; yo estoy muy conforme; puedo un día ú otro ser rico, y el amor y la fortuna sonreirán á usted.

—Pero, señor don Diego, exclamó Fortunato, ¿no soy yo nadie? ¿Nada represento aquí? Observe usted que somos dos los pretendientes de Carmen y que ella, que es la interesada, nada ha decidido aún.

—¡Ah! dijo el arquitecto; ¿el señor quiere quitarme aquí mi puesto como me lo ha quitado en el tranvía?

—Y se lo quitaré. No lo dude usted, ni me ponga esa mala cara, pues aunque no soy tirador, en un duelo á espada le atravesaría el corazón ó á pistola le levantaría la tapa de los sesos.

—Nada de duelos ni de recursos románticos, interrumpió don Diego. La mano de Carmen será, si ésta consiente, y ya que ambos están enterados de mi situación, para aquel que consiga descubrir el tesoro que debe existir en este viejo caserón...

—Accedo, dijo el arquitecto.

—Pero eso, interrumpió Fortunato, es un recurso novelesco é impropio de la seriedad del asunto.

—¿Qué quiere usted? terció el viejo. Esto á lo sumo querrá decir que busco un procedimiento honroso y una forma delicada de prejuzgar la cuestión. Usted, amigo Fortunato, nada puede hacer aquí, sin estudios ni carrera. En cambio el señor Ibáñez, arquitecto distinguido, tendrá mil recursos en sus cálculos matemáticos para alcanzar la victoria.

—¿Es decir, exclamó Fortunato, que me rechaza usted?

—¡Le rechazo!

—¿Decididamente?

—¡Decididamente!

—Y yo que tan ufano estaba de mi buena suerte... ¡¡Malhaya sea mi suerte!!

Y el joven, irritado y violento, dió una fuerte patada en el suelo y un salto después para asegurarse, pues el piso se había hundido en aquel lugar, dejando al descubierto una cavidad en la que se veía una arquilla de hierro, sólidamente empotrada entre cimientos de piedra.

—¡El tesoro! gritó don Diego.

—¡El tesoro! repitió la sobrina.

—Y como no tengo más que una palabra, siguió diciendo el primero, concedo á usted la mano de Carmen, si ésta consiente.

—¿Cómo decir que no, repuso la niña, si está escrito que ha de ser así?

El arquitecto Ibáñez había caído desmayado; pero con tan mala fortuna, que dando con la frente en un armario de cristales, había hecho pedazos la luna, causándose nuevas heridas.

M. OSSORIO Y BERNARD.



ECONOMIA DOMÉSTICA

MANCHAS

II

Los cuerpos oleosos y los grasos manchan las telas con una mancha oscura, que se va extendiendo durante muchos días, sobre todo bajo la acción del calor; además, el polvo se va adhiriendo á ella de tal manera que, cepillándolo, no se quita, y la mancha toma un tono gris sucio de muy desagradable aspecto. Análogos, aunque menores efectos, producen las manchas de caldo, salsa (por la grasa que contienen), y el *aceite del alumbrado purificado*, el cual altera á menudo los colores á causa del ácido sulfúrico que contiene.

Todas las manchas grasientas y aceitosas desaparecen bajo la acción de la trementina pura: en cuanto á las producidas por el aceite del alumbrado, es muy difícil, si no imposible, el quitarlas, sobre todo cuando son antiguas. Pruébese de sujetarlas á la acción de la trementina primero y del amoníaco después, y si no se obtiene buen resultado no hay más remedio que hacer teñir la tela manchada. Para combatir las manchas de grasa y de sebo se las humedece con una esponja fina empapada en esencia, frotándolas después ligeramente con la mano: se las humedece de nuevo con esencia, cubriéndolas en seguida con tierra de pipa ó ceniza tamizada, y al cabo de 10 ó 15 minutos se les da un cepillazo y desaparecen por completo. Si la tierra ó ceniza deja una huella blanquecina, se la quita fácilmente frotándola con miga de pan. Para disipar el olor de la esencia, que es desagradable, se lava la tela con alcohol rectificado ó se la sujeta á la acción del vapor de agua.

Si se toman 120 gramos de jabón blanco dividido en pequeños pedazos y 32 gramos de sosa, se disuelven en un litro de agua, añadiéndoles 25 gramos de hiel de buey purificada y algunas gotas de esencia de espliego, y después de agitarlo todo junto se tamiza, algunas gotas de esta preparación quitan las manchas de aceite y de grasa. Hay que cepillar las manchas lavándolas después con agua tibia.

Contra las manchas grasientas suele procederse á veces volatilizándolas con un carbón ardiendo puesto en

una cuchara, ó absorbiéndolas con un hierro candente puesto sobre un papel secante que se aplica á la parte manchada. Pero este remedio puede ser pasajero, pues pronto vuelve á aparecer la mancha más extensa que antes.

Las manchas grasientas de la ropa blanca desaparecen con el jabón y la lejía; las de los tejidos de algodón de buen tinte, con agua de jabón tibia; las de los tejidos de lana de color, con agua de jabón ó amoníaco, y las de la seda, con benzina, éter, amoníaco, polvo de Salinelle, magnesia, greda ó yema de huevo.

Para quitar una mancha de *licor* se empieza por humedecerla con el mismo licor que la ha producido é inmediatamente con agua clara, frotándola ligeramente. Si no desaparece, y por otra parte el tejido lo permite, recórrase á los ácidos cítrico ó clorhídrico, neutralizando su acidez con el amoníaco. También puede emplearse el alcohol á algunos grados de concentración. Las manchas de la ropa blanca se quitan lavándolas con agua y jabón y con una fumigación de ácido sulfuroso.

Las manchas de *nitrate de plata* se tratan de la manera siguiente: la tela manchada se humedece con hipoclorito de cal, y al cabo de algunos minutos las manchas negras han pasado á ser blancas. Entonces se mojan éstas en una solución de amoníaco ó de hipofosfito de sosa, y después se lavan con agua clara. Pero si las manchas no cambiaran de color al cabo de algunos minutos de contacto con el hipoclorito, déjese el tratamiento, que podría destruir la tela, y hágase intervenir el amoníaco, que disuelve la costra insoluble del cloruro de plata y sustrae las partes interiores á la acción del hipoclorito; después vuelve á aplicarse éste alternativamente con el amoníaco hasta la desaparición completa de la mancha.

El *orín* ó *herrumbre* se pega con tal fuerza á la ropa que no hay medio mecánico capaz de separarle de ella. Muchas veces las manchas de *orín* son ocasionadas, sobre todo en las telas de lino, cáñamo ó algodón, por haberse puesto las telas mojadas ó húmedas en contacto con el hierro.

Si se trata de telas que no sean de color, las manchas se quitan con ácido oxálico. Se empieza por mojar la mancha y luego se pone encima un poco de ácido oxálico en polvo; se le deja allí durante ocho ó diez minutos, frotando de cuando en cuando con el dedo, y después se lava con cuidado. Si la mancha fuese antigua se moja con una solución de sulfuro de potasa ó de sosa que hace pasar el color amarillo de la mancha á verdoso oscuro. Entonces, por medio de una pipeta ó tubito de cristal, se pone sobre la misma una gota de ácido clorhídrico puro diluido en su volumen de agua. Con esto muchas veces la mancha desaparece instantáneamente y no hay más que lavarla con agua y jabón. Si el éxito no es por de pronto tan favorable, lávese cuidadosamente la mancha con agua clara hasta hacer desaparecer toda huella del ácido, lo cual puede sentirse con la lengua; y entonces aplíquese otra vez el sulfuro alcalino y el ácido clorhídrico lo mismo que antes. También se hacen desaparecer estas manchas, cuando son antiguas, mojándolas con un pincel humedecido en ácido sulfúrico que se haya diluido en diez veces su volumen de agua, y embebiendo después la parte así humedecida en una solución de prusiato amarillo de potasa. Con ello las manchas toman un hermoso color azul que desaparece por completo en la colada. Á veces es necesario repetir el tratamiento.

Si la tela manchada es de color, úsese el ácido clorhídrico diluido en agua: si la mancha es pequeña, se le pone con una pipeta una gota del líquido, ó bien se toma un pedazo de junco cortado en punta, se le humedece en el líquido ácido, y se raspa con él suavemente la mancha, volviéndola á mojar de cuando en cuando. Pero si la mancha resiste demasiado vale más dejarla antes que atacar el color del tejido. También se puede emplear la *crème au tartre* que no ataca los colores tanto como el antedicho ácido, pero tampoco obra con tanta prontitud. Para usarla se reduce á polvo finísimo y se empolva con él la mancha, humedeciéndola en seguida. Á los ocho ó diez minutos de contacto se frota suavemente entre las manos y después se lava con cuidado.

Las manchas de *sangre, azúcar, gelatina y albúmina* se quitan lavándolas simplemente con agua.

Las manchas de *sudor*, si son recientes, se quitan con amoníaco diluido en agua. Si son antiguas, y por tanto alcalinas, se les aplica ácido oxálico débil, lavándolas con agua después. Si están en una tela escarlata des-

aparecen en seguida aplicándoles sal de estaño diluido en una gran cantidad de agua.

Las manchas de *hollín, de goteras de chimenea, de humo, etc.*, se humedecen con esencia de trementina, frotándolas ligeramente para facilitar la penetración. Después se mezcla esencia con yema de huevo y se pone al fuego hasta que la mezcla esté tibia, y entonces con ella se humedece repetidas veces la mancha, frotando con precaución hasta que ya se ve que no produce ningún efecto, y que queda una sombra negruzca que se quita con ácido clorhídrico débil en las telas de color, y con ácido oxálico ó *crème au tartre* en las telas blancas ó de color permanente. También se quitan las manchas antedichas con sal de acedera y estaño.

Los *orines* recientes, calientes todavía, sobre todo de ciertos animales, atacan los colores lo mismo que los ácidos; pero los orines antiguos que se han puesto ya amoniacales producen el efecto contrario. Las manchas de unos y otros hay que quitarlas en seguida. El mejor reactivo contra las mismas es el amoníaco diluido en agua. Cuando son antiguas, y por tanto alcalinas, el amoníaco es impotente muchas veces contra ellas; entonces se hace disolver un poco de ácido oxálico en una cantidad de agua suficiente para atenuar su acción corrosiva, y por medio de una pipeta ó una varita se pone una gota sobre la mancha.

Los *barnices, pinturas al óleo, tinta de imprimir, cera, bujías estedricas, betunes, resinas, brea, pez amarilla, etc.*, no hacen más, en general, que adherirse más ó menos á la ropa. En estos casos, como se hace con las manchas de aceites y grasas, se aplica la esencia de trementina, y suele bastar con una sola vez. El barniz y la brea desaparecen también por medio de la manteca, que á su vez se quita con esencia de trementina. También se usa, sobre todo para la seda, el éter ó la bencina.

Contra las manchas de *vino* no hay medio tan eficaz como humedecerlas con el agua de Javelle pura (solución de cloruro de potasa), y la mancha no tarda en desaparecer. Entonces se mete la tela en una vasija de agua fresca, que se tendrá ya preparada, y se friegan todos los sitios tocados por el agua de Javelle. Esta operación, hecha con la debida prontitud, da excelentes resultados no sólo para las manchas de vino sino también para las de frutas. Otro procedimiento consiste en sumergir lo más pronto posible la parte manchada en leche hirviendo, con tal que las manchas no se hayan mojado antes con agua.

A. H.



CUANDO NO SE LLEVA DINERO EN EL BOLSILLO...

SACADO DE LA VIDA DE NAPOLEÓN

POR

EDUARDO SCHULTE

É RASE al terminar el verano del año 1807. El emperador Napoleón, antes de disponer el traslado de la corte á Fontainebleau, pasaba algunas semanas en las Tullerías. Como no solía hacerlo á menudo, aprovechaba aquel tiempo para impulsar con su presencia los grandiosos edificios que hacía construir y las calles que mandaba abrir en la capital. A pesar de que se hacía dar cuenta detallada de estas obras por los empleados superiores, quiso verlas una vez personalmente pero sin ser conocido.

Una mañana, poco después de las siete, se presentó un ayudante del Emperador en las habitaciones ocupadas por el mariscal de palacio, general Duroc, con la orden de que el general se presentase sin tardanza, vestido de paisano, al Emperador. Duroc, que estaba al servicio inmediato de Napoleón, era su habitual acompañante en sus raras excursiones secretas. Así que se hubo puesto el traje que tenía preparado para estos casos, presentóse en las habitaciones del Emperador. Con la precipitación habíasele olvidado tomar la bolsa, circunstancia que podía tener consecuencias desagradables, pues el Emperador, si bien cuando viajaba tenía siempre en su carruaje una cajita con monedas de oro, en cambio nunca llevaba dinero encima y hacía que pagase su ayudante si se le ofrecía el caso.

* * *

Acababan de dar las siete y media en el reloj del campanario, cuando de una puerta de escape del palacio de las Tullerías, que daba á orillas del Sena, salieron dos hombres, bajo el uno, más alto el otro, que fueron siguiendo á paso lento por la orilla el curso del río. Ambos llevaban sombrero de fieltro de anchas alas, calado hasta las cejas, casaca larga y holgada, de tela bastante ordinaria, calzón de terciopelo negro, medias oscuras y zapatos de hebilla, yendo los dos armados con un sólido bastón de paseo. El que hubiese querido averiguar á qué clase

pertenecían, hubiera tal vez supuesto que eran propietarios del campo en los alrededores de París. Por lo demás nadie se fijaba en ellos, si bien, á excepción de jornaleros, mercaderes, mandaderos y niños que iban á la escuela, se veía poca gente en las calles. Los dos personajes se pararon aquí y acullá, en el muelle, sobre el cual se llevaban á cabo grandes construcciones, para contemplar cómo trabajaban los albañiles. Llegados á los Campos Eliseos, dejaron el río y se dirigieron á la plaza de la Estrella. Los muros del Arco de Triunfo que se levantaba en honor del gran ejército se alzaban unos veinte pies del suelo, y en los andamios que rodeaban la obra se movía gran número de albañiles y obreros. El día era caluroso y el sol brillaba, y los dos paseantes se sentaron sin perder de vista el monumento en uno de los numerosos bancos que rodean la redonda plaza y que están á disposición del público.

—«Señor primo,» dijo tras larga pausa el más bajo de los dos á su acompañante, encuentro que toda esta gente es muy holgazana. Todos toman tabaco, fuman, estiran el cuello y charlan; pero ninguno trabaja seriamente. Hacia arriba en la ciudad trabajan más, temen sin duda que alguien les reprenda; empero aquí creen que pueden hacer el holgazán.

—Tenéis razón, señor, contestó el acompañante; si siguen á este paso transcurrirán años antes de que se termine el arco.

—Venid, dijo el hombre de baja estatura levantándose impaciente; esto no se puede contemplar por más tiempo.

Y cogiendo al más alto por el brazo le condujo atravesando la plaza á una de las calles que en ella desembocaban.

Cerca del banco donde ambos se habían sentado, un viejo vendedor de libros antiguos tenía expuesto sobre una mesa su modesto tesoro literario.

—Gente holgazana es ésta, dijo el hombre más bajo al anticuario al pasar, señalando con el dedo la construcción.

—Paciencia, señores, replicó el anticuario no sin una vana esperanza de que aquellos personajes que allí se habían detenido le compraran algo si lograba atraerles á una conversación. Paciencia, que pronto van á dar las nueve; entonces veréis cómo trabaja esta gente.

—¿De qué depende esto? preguntó el primero; ¿habéis observado vos á menudo á los trabajadores?

—Ciertamente, todos los días de la semana, contestó el anticuario. Ved, tres inspectores vigilan los trabajos, cada uno de ellos permanece dos horas en las obras, y después de un descanso de media hora pasa todavía algunas horas en la oficina. De nueve á once tiene la inspección el señor Bertelot—Enrique Bertelot—aquel sí que hace trabajar á la gente. Ha sido soldado, y en sus dos horas se trabaja más que en las cuatro de los otros dos inspectores. ¡Ved, dan ya las nueve! ¡Prestad atención, caballeros!

Los dos paseantes dirigieron los ojos, lo propio que el anticuario, hacia la construcción. Una áspera voz de mando se oyó entre los trabajadores. Desaparecieron las pipas, cesaron las conversaciones y empezó á notarse una gran actividad en el trabajo.

—Veo en el andamio á un joven con el brazo izquierdo vendado, dijo el más alto de los dos caballeros.

—Precisamente, replicó el anticuario, este es el señor Bertelot; recibió un bayonetazo en el brazo, en Friedland. Le conozco perfectamente: ayer mismo conversó conmigo y me compró un plano del antiguo París. ¿Tal vez los señores necesitarían también algún plano ó algunos libros?

—No, señor, hoy no, otra vez será. Muchas gracias, dijo el más bajo llevándose á su compañero.

—Vámonos, primo, le dijo, hemos visto bastante por hoy. Ahora voy á proponeros una cosa. Tengo entendido, y así lo he oído decir, que muy cerca de aquí, en la calle Saint-Honoré, tiene una tal madame Arbalet un excelente bodegón. Almorzaremos allí. Parece ser

que la señora tiene pocos atractivos, pero que su cocina ha adquirido mucha fama. Ved allí arriba el rótulo de madame Arbalet. ¡Ajá, acaban de abrir la casa!

—Como gustéis, señor, dijo el acompañante atravesando tras él la calle. Sólo me permitiré haceros observar que el nombre de Enrique Bertelot viene en una Memoria que recibí anoche y que luego os presentaré. El capitán Verneuil propone al sargento Bertelot, que lo fué del 15 regimiento de línea y que hubo de abandonar el servicio por la herida del brazo, además de una rozadura de bala en la espalda, para que se le condecure con la cruz de la Legión de Honor por haber rescatado en Friedland el águila del regimiento, que había sido tomada por el enemigo. La mención viene retrasada, porque el capitán ha estado hasta ahora en el hospital.

—No olvidaré á Bertelot, repuso el más pequeño de los paseantes, pero dejemos ahora á un lado los negocios.

* * *

—Ahora, Madelón, sé razonable y quítate á Enrique Bertelot de la cabeza. Un buen hombre puede serlo, pero no puede servirse del brazo izquierdo, y por consiguiente nunca podrá ganar lo suficiente para la vida. Cuando esté terminado el Arco de Triunfo quedará en la calle, sin contar que á lo mejor puede ser despedido. ¿Cómo podrá mantener á una mujer? ¿Dices que es un inteligente maestro de obras? Yo te digo que es un lisiado. Con tus dos mil francos de dote encontrarás otro pretendiente mejor.

—Buenos días, señores, ¿en qué puedo servirlos?

Con estas palabras dirigióse madame Arbalet á los dos personajes que habían entrado en el comedor, vacío todavía y contiguo á la calle, sin que ella, con el calor y viveza de la conversación, y además de espaldas á la puerta, lo hubiese notado. Involuntariamente habían oído el discurso de la mesonera, una mujer bajita, regordeta y movediza, y miraron no sin interés á la hermosa jovencita, ocupada en el aparador, á la que positivamente iban dirigidas aquellas palabras. La joven llevaba un aseado vestido de aldeana; sobre sus frescas mejillas se deslizaban dos furtivas lágrimas, y sus bondadosos ojos azules estaban velados por el dolor.

—Deseamos la lista de la comida y la de los vinos, dijo el más alto de los dos huéspedes, mientras el más bajo se colocaba delante de una mesa en el rincón más oscuro de la habitación y de manera que ni por el cristal de la puerta ni por el escaparate pudiese ser visto desde la calle.

—Bertelot por tercera vez, dijo el más pequeño en voz baja, mientras daba una ojeada á la lista.

—¡Dos raciones de chuletas de carnero y una botella de Chambertin! pidió el más alto de los dos personajes.

—¿Voy por el vino, tía? preguntó la joven, que deseaba probablemente alejarse para hacer desaparecer las señales de las lágrimas; yo sé dónde está.

—Bueno, dijo madame Arbalet; pero no hagas ningún desaguizado y vuelve pronto.

Luego cubrió la mesa que habían escogido los dos huéspedes y les dijo:

—Pues bien, los señores lo saben ya casi todo. Mi sobrina, la hija del hermano de mi difunto esposo, es del campo, de Lorena, huérfana, que vive con su abuela, y la pobre niña ha dado su corazón á un paisano suyo porque le gustó su casaca de colores. Ahora está él en París, ella ha venido á verme y quieren casarse. Por esto la regañaba yo y ella lloraba.

Entretanto volvió la jovencita y puso la botella con los vasos encima de la mesa, enrojeciendo avergonzada cuando oyó que hablaban de ella.

—Madame, dijo el huésped de baja estatura, en tanto que visiblemente satisfecho del Chambertin dejaba sobre la mesa el vaso que acababa de saborear; he oído por casualidad que el señor Bertelot es un inspector útil, y me figuro que se encontrará para él un empleo aceptable.

—Dispensadme, señor, contestó picada madama Arbalet, pero convendréis en que aquí no

se trata de lo que habéis oído ni de lo que os parece. No me montéis la cabeza de Madelón, pues nada podría sacar de ella.

Con esto salió la mujer de la habitación, y dando un portazo se fué á la cocina á vigilar cómo asaba la cocinera las chuletas de carnero.

—¡Diantre! exclamó en voz baja y no sin regocijo el así maltratado personaje bajito dirigiéndose á su acompañante y tomando un polvo: así se le vuelve á sacudir á uno de lo lindo; tiempo hacía que no me había sucedido.

—Señorita Madelón, dijo luego á la joven; el señor Bertelot era soldado: ¿no hubieran podido sus superiores interesarse en su favor?

—El capitán está enfermo, contestó la jovencita con modestia; cuando estará bueno escribirá al Emperador para que dé un empleo permanente á Enrique; pero naturalmente, se ha de atender á muchos soldados viejos. Nosotros no tenemos prisa, y yo creo también que Enrique se abrirá camino; de todas maneras nos mantendremos firmes los dos.

—Hacéis bien en no desanimaros, señorita Madelón; á veces cuando menos se piensa le favorece á uno una inesperada casualidad, y favorece con frecuencia á los firmes y constantes.

Llegaron las chuletas de carnero, y madame Arbalet con su sobrina ocupáronse en el aparcador. Los dos huéspedes, únicos en el local, comieron hablando en voz baja, tomaron al acabar una taza de café y se dispusieron á salir. El personaje más bajo se inclinó delante de las señoras, se puso otra vez el sombrero y se dirigió á la puerta que daba á la calle y estaba abierta, mientras que el más alto pedía la cuenta. De repente preocupóse visiblemente este último; buscó tan pronto en un bolsillo como en otro, y un presentimiento que le asaltaba convirtiéndose en realidad; no llevaba dinero. Madame Arbalet siguió con mirada iracunda las inútiles pesquisas en los bolsillos; se puso en jarras y dijo con voz chillona:

—¡A doce francos sube la cuenta, señor, doce francos!

—La señora dispensará, díjole el huésped con mortal confusión; pero he olvidado tomar la bolsa, y casualmente el otro señor tampoco lleva dinero. Somos oficiales, madame, tened paciencia que dentro de pocas horas recibiréis vuestro dinero.

El «otro señor,» que estaba tarareando con escaso talento musical una aria italiana, impaciente por la tardanza de su acompañante se volvió á mirar al comedor, y con espanto se dió cuenta de lo crítico de la situación. Cesó de cantar y hundiéndose el sombrero en los ojos más profundamente que antes.

Madame Arbalet, parecida á una diosa vengadora, miraba tan pronto al más alto como al más bajo de los dos personajes, y se interpuso resueltamente entre el más alto y la puerta.

—¡Ah, señor! díjole, ¿de manera que vos y el otro lindo compadre queriais estafarme doce francos? Lo que decís es un embuste. Una persona sola puede olvidarse el dinero; empero cuando son dos los que nada llevan y hacen un gasto, es que tienen intención de ejecutar una pillada. Pero sabréis quién soy yo. Madelón, irás á buscar al comisario de policía para que venga á prender á dos ó por lo menos á uno de esos bribones.

—Tía, dijo Madelón sacando una bolsa, yo tengo á los señores por honrados. Si se han olvidado hoy el dinero, nos lo traerán otro día. De todas maneras, tía, vos nada perderéis. Aquí van los doce francos. Los señores no os deberán el dinero; me lo deberán á mí.

—Me conformo, dijo ya tranquilizada madame Arbalet. Si tú, tontuela, quieres comprar doce francos de experiencia, esto no puede perjudicarte, y de esta manera te libras de ir en busca de la policía.

—Muchas gracias por vuestra bondad y por vuestra confianza, señorita Madelón, díjole el huésped que permanecía aún dentro de la habitación. Se me había completamente olvidado que llevaba el reloj. ¿Me permitís que os lo deje en prenda de nuestra deuda?

—No necesito ninguna prenda, señor, contestó Madelón.

—¡Os repito mil gracias, señorita! Tendréis hoy mismo noticias nuestras.

TOMO III. — 58.

Con esto se acercó al personaje que aguardaba en la puerta para salir con él.

En aquel instante entraba desde la calle al comedor un joven que resultaba ser el tercer huésped en aquella mañana. Era el señor Bertelot, que al dar las once venía á pasar la hora del almuerzo en casa de madame Arbalet para estar con Madelón. Al atravesar por delante del personaje de baja estatura que se hallaba en la puerta, retrocedió, quitóse el sombrero y permaneció en aquella postura, tieso é inmóvil, hasta que los dos señores hubieron acabado de pasar delante de él. Miróles luego atentamente, y cuando se metieron en la travesía inmediata, se dirigió tambaleando hacia las dos mujeres, olvidándose de saludarlas y sin notar hasta entonces que Madelón le alargaba la mano.

—Ponéis una cara, señor Bertelot, díjole madame Arbalet, como si hubieseis visto fantasmas. ¿Qué os sucede?

—Señora, respondió Bertelot tras de una pausa, si hubiese visto aquí fantasmas, ciertamente me habría maravillado. Empero, confieso que más me ha asombrado el ver á estas personas aquí y las circunstancias en que las he visto, de lo que me hubiese asombrado la aparición de los fantasmas.

—¿Pues qué tiene de particular? exclamó madame Arbalet. ¿Conocíais ya á estos dos holgazanes? Aquí han comido y bebido sin llevar dinero. Por poco se me escapan: el más bajito, que era el más listo, se había ido á la puerta. Si no les he hecho prender, ó cuando menos embargar, lo deben á Madelón, que ha sido bastante cándida para rescatarles con doce francos.

El señor Bertelot, con la cara larga y la boca abierta, se quedó mirando un rato á madame Arbalet sin decir palabra.

—¿Embargar? ¿Prender? replicó luego con voz ahogada. Pues bien, señora, es preferible que no hayáis ido tan lejos. ¿Conocíais á los huéspedes, señorita Madelón?

—¿Cómo había de conocerlos? repuso la joven. Les he visto por primera vez. Pero me han parecido personas decentes: algo serios, mas bondadosos.

—Decidnos vuestro secreto, señor Bertelot, dijo madame Arbalet. ¿Qué sabéis de los huéspedes?

—¿Habéis mirado bien al de pequeña estatura? ¿Le reconoceríais si os mostraba un buen retrato suyo?

—Le reconocería en seguida, afirmó madame Arbalet.

—Supongo que yo también, añadió Madelón.

—Pues examinad esta cabeza, madame, dijo el señor Bertelot sacando una moneda de cinco francos de plata de su bolsa y alargándosela á la mesonera.

Mientras ésta, extrañada de la ocurrencia de Bertelot, ponía la moneda contra la luz, Madelón miraba por encima de su espalda. De repente las facciones de madame Arbalet parecieron petrificarse y su seno palpitaba cada vez con mayor agitación.

—¿Por supuesto que el parecido será puramente casual? preguntóle jadeando y en voz baja al señor Bertelot.

—No, señora, contestó éste resueltamente; es la reproducción exacta del original. El más pequeño de vuestros huéspedes era el Emperador.

* * *

El día abundaba en emociones para madame Arbalet y su sobrina. A las dos se presentó un empleado de la corte y entregó una invitación escrita, por la cual se suplicaba á las dos señoras Arbalet que se dispusieran para una visita á Su Majestad la Emperatriz, á las seis. En caso de que aceptasen, un coche de la Corte Imperial iría puntualmente por ellas.

Imposible era rehusar; por consiguiente, ataviáronse las dos con sus galas de los días de fiesta, agitadas por vagas esperanzas y temores. La cocinera debía en su ausencia vigilar el comedor. Quisieron poner al corriente de la invitación al señor Bertelot, pero aquella tarde

no se le pudo encontrar en ningún sitio. Decíase que había recibido una orden repentina de la dirección de la construcción, y que tal vez habría tenido que marchar á las canteras de Normandía.

* * *

A las siete madame Arbalet y la señorita Madelón estaban sentadas en el salón de recibo de la emperatriz Josefina, y la democrática soberana, que sabía hablar en el lenguaje que les era propio á las gentes de cada clase y posición, conversaba con ellas con gran interés sobre la manera de asar las chuletas de carnero, plato favorito de su imperial esposo. La puerta se abrió, y Madelón, faltando un poco á la etiqueta, pero radiante, exclamó:

—¡Enrique!

Con el Emperador, que llevaba su uniforme verde de cazadores, y con el general Duroc, entró en la habitación el señor Bertelot llevando en el ojal la cruz de la Legión de Honor.

—Saludo á las señoras, dijo el Emperador, y me apresuro á pagaros, señorita Madelón, nuestra deuda. Aquí tenéis vuestros doce francos. ¡Muchas gracias!

Y con esto le alargó una pequeña bolsa de seda.

—Espero, madame Arbalet, prosiguió regocijado, que veréis con satisfacción que también hay en el mundo estafadores honrados.

—Vuestra Majestad me dispense, dijo madame Arbalet; pero, como he tenido ya el honor de hacer notar á Su Majestad la Emperatriz, yo no podía saber quiénes eran los señores, y por otra parte he de defender lo mío y comer de mi negocio. ¡Vuestra Majestad vive también de su negocio!

—Ciertamente, afirmó el Emperador con creciente regocijo, cada uno debe mirar la manera de abrirse paso y defender sus intereses, y demasiado confiado no se puede ser ni en el trono, ni al frente de un ejército, ni en un bodegón. Debo hacer todavía una petición, señora. El señor Bertelot es constructor imperial de caminos, con seis mil francos de sueldo y habitación. ¿Accedéis á que se case con la señorita Madelón?

—¡Con mucho gusto, señor!

—Pues bien, señor Bertelot, prosiguió el Emperador, dad el brazo á vuestra novia y celebrad unos alegres esponsales en la calle Saint-Honoré. Señorita Madelón, añadió luego presentándole un estuche abierto que contenía un magnífico aderezo de deslumbrantes esmeraldas, aquí tenéis alfiler, pendientes y brazaletes para el día de la boda, y en esta cajita van dos cartuchos de monedas de oro para los primeros gastos de vuestra nueva casa.

—Permitidme también, señorita Madelón, que os ofrezca un recuerdo de esta mañana, dijo el general Duroc entregándole una caja con cucharas de plata.

Bertelot y Madelón balbucearon palabras de agradecimiento, mientras se dirigían con madame Arbalet hacia la puerta, acompañados por el soberano.

Antes de salir, madame Arbalet dijo, haciendo una reverencia:

—Espero que Vuestra Majestad y el general Duroc volverán á honrar mi casa. Ahora que les conozco, les haré crédito.

—Si vuelvo alguna vez, señora, replicó el Emperador, prefiero que no sea sin dinero en el bolsillo... del general Duroc.

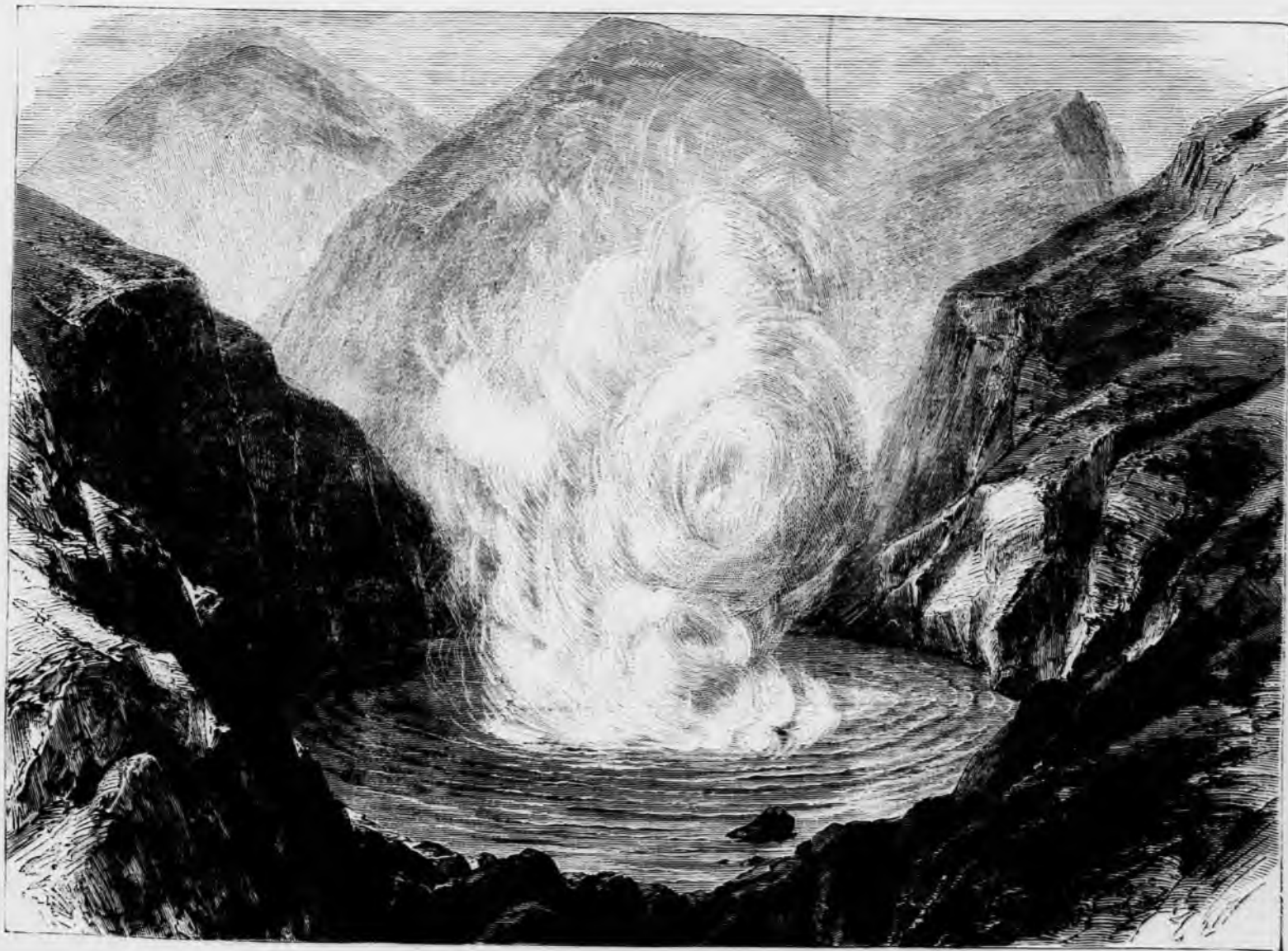
(Traducido del alemán).

ROMANCE MORISCO

ENTRE los sueltos caballos
de los vencidos cenetes,
que por el campo buscaban
entre lo rojo lo verde;
aquel español de Orán
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano,
y por sus cernejas fuerte,
para que lo lleve a él
y a un moro cautivo lleve,
que es uno que ha cautivado,
capitán de cien cenetes.
En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,
de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el alarbe,
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza,
y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
de ver cada vez que vuelve,
que tan tiernamente llora
quien tan duramente hiere,
con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.
El cautivo como tal,
sin excusarlo obedece,
y a su piadosa demanda
satisface de esta suerte:
— Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente:
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta
por quien soy y por quien eres.
Yo nací en Gelves el año
que os perdisteis en Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.
En Tremecén me crié,
con mi madre y mis parientes,
después que murió mi padre,
cosario de tres bajeles.
Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama del linaje
de los nobles Melioneses,
extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles;
hija al fin de estas arenas
engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura,
que se hallaran claveles
más ciertos en sus dos labios,
que en los dos floridos meses.

Cada vez que la miraba
salía el sol por su frente
de tantos rayos vestido,
cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razón sujeta
con palabras me requiere,
que su crueldad le perdona,
y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
y amor en nuestras niñeces
hirió nuestros corazones,
con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en la suya
libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
que a llanto pudo moverme;
mira si es razón que llora
tantos males juntamente.—
Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
que paren sus males quiere.
— Gallardo moro, le dice,
si adoras como refieres,
y si como dices amas,
dichosamente padeces.
¿Quién pudiera imaginar,
viendo tus golpes crueles,
que cupiera alma tan tierna
en pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
desde aquí puedes volverte,
que me pedirán por voto
lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
que tu dama me presente
ni las alfombras más finas,
ni las granas más alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
y vivirás, si lo hicieres,
con tal que cuando la veas
pido que de mí te acuerdes.—
Apeóse del caballo,
y el moro tras él descende;
y por el suelo postrado
la boca a sus pies ofrece.
— Vivas mil años, le dice,
noble capitán valiente,
que ganas más con librarme
que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
y te dé victoria siempre,
para que extiendas tu fama
con hechos tan excelentes.
Apenas vide trocada
la dureza de esta sierpe,
cuando tú me cautivaste,
¡mira si es bien que lamente!

LUIS DE GÓNGORA.



LAGO HIRVIENTE EN LA ISLA DOMINICA

Ayuntamiento de Madrid



El Predio son Moro

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

He dejado la montaña y los bosques seculares entre los cuales suspira melodiosa la brisa, y en cuyo interior se esconden antiguas y humildes aldeas. En adelante ya no encontraré esa población hospitalaria, ni esas costumbres patriarcales observadas y practicadas religiosamente durante siglos y más siglos. Ya no volverán á sonar en mis oídos esos antiguos cantares que á prima noche suenan en los patios, ó que me traía en sus pliegues el viento, cuando á la luz del día atravesaba la campiña, subiendo empinadas cuestas.

Me hallo en la llanura. Todo es distinto en ella: todo ha cambiado; trajes, costumbres, el aspecto del suelo, hasta la fisonomía de los habitantes. Allí la soledad, el silencio, la naturaleza virgen: aquí la animación, el tráfico, viñedos frondosos, campos perfectamente cultivados.

Nada de pastores vestidos de pieles, contemplando desde una eminencia la vasta superficie del mar y escuchando el confuso rumor del oleaje estrellándose contra los peñascos de la costa.

Nada de guitarras pollensinas. Camino á lo largo de una vía llena de polvo, bañada por el sol, flanqueada de pitas, en tanto que suenan en mi memoria, como vago recuerdo, los cantos y las poesías de otras edades que escuchara aún el día precedente.

Las muchachas que iban á la fuente, con su traje del siglo XVI, me parecían un cuadro medio borrado de Botticelli, que hubiese contemplado en el Louvre, en algún paño semi-escondido de la Sala de los primitivos.

En las poblaciones que cruzo al presente todo es vida y animación. Las gentes, ocupadas en las operaciones de la cosecha, estrujan el orujo que ha fermentado en los lagares, valiéndose de prensas enormes, colocadas en la calle al lado de las bodegas. Aquí gentes cargando en los camiones toneles llenos de vino, que llevan la marca de negociantes franceses de Cette: allí numerosas piaras de cerdos conducidas al tren á fin de ser embarcados para Barcelona. Los habitantes son menos atentos: los chiquillos menos respetuosos: no he visto uno solo que se adelantara á besar la mano á los sacerdotes, como hacían los de Pollensa con don Sebastián... Aquí han visto ya gentes de otros países... han estado en Marsella, acaso en Argel... se ocupan en los negocios, piensan en ganar dinero... ¿de qué sirve lo demás? Es nuestro Mediodía, bien que mejorado en tercio y quinto, por lo que se refiere á buenos modales y á las consideraciones respecto de los extranjeros.

He llegado á Manacor por el ramal del Empalme, después de haber saludado á Meiro y después á Sineu, fundado por los romanos, en cuyo punto levantaron un palacio los reyes de Mallorca.

Después de Palma es Manacor la ciudad más populosa de la isla; centro mercantil de mucha importancia, pero de poco interés bajo el punto de vista artístico.

He recorrido, pues, casi en toda su extensión esta isla que dormita en medio del Mediterráneo, mecida por las azuladas olas y acariciada por los rayos de sol, que á la belleza salvaje de las selvas agrestes y de las costas acantiladas, reúne el apacible y misterioso encanto que le comunican sus bosques frondosos; sus ricos y variados verjeles; sus pintorescas llanuras sembradas de flores, en el centro de las cuales, y sirviéndoles de marco, se levantan risueñas y animadas villas y ciudades cuajadas de soberbios monumentos llenos de recuerdos de un pasado glorioso. He contemplado sus campos, sus promontorios, la sierra del Norte; he respirado el perfume de sus flores; he saboreado sus frutas deliciosas; he admirado sus edificios; he contemplado sus bosques iluminados por los rayos brillantes de un sol deslumbrador y por la luz plácida de la luna argentada.

Falta ahora, para que el conocimiento sea completo, penetrar en lo profundo de sus entrañas; en un mundo en que sólo reinan el silencio y las tinieblas, en el cual, trabajando incesantemente durante millones de siglos las fuerzas y las energías de la naturaleza, han producido verdaderas maravillas que producen sorpresa y confusión á la mente humana.

Eliseo Reclus cita las cuevas del Drach y las de Artá, existentes en las cercanías de Manacor, entre las más bellas que existen en el mundo.

Por mi parte debo consignar que no me habría decidido á ilustrar, valiéndome de simples croquis, las cuevas del Drach, mucho más interesantes á mi juicio que las tan renombradas de Artá.

En esas salas subterráneas existe una arquitectura especial, debida exclusivamente al azar, en la cual, sin embargo, lo mismo que en los monumentos debidos á la mano del hombre, el detalle desempeña un papel importantísimo en el conjunto, que es de suma importancia bajo el punto de vista del efecto decorativo. El dibujante se halla, pues, en la necesidad de vencer dificultades grandísimas, si quiere llegar á un resultado que permita formar idea exacta de la realidad.

Tales inconvenientes han desaparecido, sin embargo, en esta ocasión, gracias á los trabajos de mi amigo de Palma, el señor Sallarés, y de don Fernando Moragas, hijo del propietario de las cuevas, que, á fin de complacerme, se han pasado tres días consecutivos en el interior de las cuevas, sacando vistas fotográficas con el auxilio de la luz de magnesio.

Además de sus bellezas propias y naturales, las cavernas, en general, encierran interesantes recuerdos históricos y datos importantísimos para el historiador y el geólogo.

Mi amigo Martel, abogado en París, no deja pasar un solo año sin realizar un viaje á las

Cevennes, durante el cual, con rara perseverancia y grandísima intrepidez, se hunde, si así podemos decirlo, en lo más profundo de las entrañas de dicha región, á través de grutas desconocidas y bizarras, en el seno de las cuales duermen tranquilos lagos silenciosos, ó mugen airados impetuosos torrentes como el Bramabian.

Al presente está explorando la décima sima; manifestándome que ha obtenido idéntico resultado que en las precedentes; es decir, ó carencia completa de agua en el fondo, ó de hallarse ésta, sólo en proporciones escasas, de lo cual deduce que dichos centros deben considerarse simplemente como meras grietas ó hendiduras del suelo, tanto más estrechas cuanta mayor es su profundidad. De ser esto cierto, resultaría falsa la teoría que establece la existencia de una comunicación *directa* con las cavernas, fuentes y manantiales.

En las profundidades de la caverna de Padirac, que se abre anchurosa en las vertientes de Quercy, en la cual ha penetrado recientemente, ha descubierto una corriente subterránea



Entrada en las grutas del Drach: el vestíbulo

cuyo curso ha seguido durante dos kilómetros. Dejo á personas más autorizadas que yo que saquen de estos datos las conclusiones que juzguen oportunas.

No hay quién ignore que bajo los primeros emperadores romanos los cristianos perseguidos celebraban las ceremonias de su culto, según sus creencias religiosas, en las misteriosas profundidades de las grutas y cavernas. Más adelante, trocados los papeles, los perseguidores se pusieron á cubierto de las represalias de los perseguidos, refugiándose y escondiéndose en los mismos lugares.

En Francia, en la época de las dragonadas, los protestantes celebraban las prácticas de su culto en el fondo de las cavernas de Ambialet en las Cevennes. Durante las guerras intestinas, en todas las conspiraciones, bajo todas las invasiones, en todos los tiempos y en todos los países, las grutas han sido lugar de refugio para los oprimidos, para los proscritos, para los fugitivos y hasta para los malhechores y criminales.

Debemos consignar, sin embargo, que las cuevas del Drach y de Artá no encierran recuerdos históricos exactos, debiéndose acaso esto á no haberse conservado los objetos encontrados en sus profundidades por los primeros exploradores.

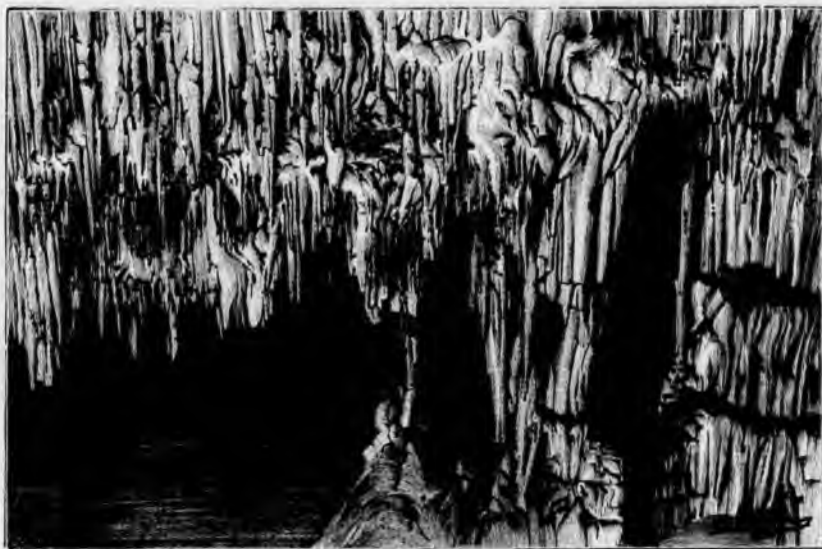
Háseme dicho que, no hace muchos años, se sacaron de las primeras salas de las cuevas de Artá numerosas osamentas que fueron echadas al mar. Si el hecho es cierto, no

cabe desconocer la importancia que habría tenido para la ciencia el examen de tan preciosos documentos para el estudio de la antropología y de la paleontología zoológica, ya que es de presumir que de ellos formaban parte esqueletos del hombre primitivo, osamentas de animales antediluvianos, hoy desaparecidos, y restos de armas y utensilios de aquellas lejanas civilizaciones.

Entre las grutas más notables suelen citarse:

La de Adelsberg, en Austria, de 5,500 metros de longitud. Puede llegarse hasta la mitad de sus profundidades por medio de un pequeño tranvía. Está iluminada con luz eléctrica, y es la más bella de cuantas se conocen.

La de Trebiciano, en las cercanías de Trieste, formada de una serie de pozos verticales, estrechos, que terminan en un lago sin salida, alimentado por la corriente de la Recca, cuyo nivel no es constante. En el número 776 de *La Nature* puede leerse un artículo sumamente



El Lago Negro

interesante, respecto de esa caverna, debido al señor E. A. Martel. La de Agtelek en Hungría, mide 5,800 metros, y se dice que es casi tan bella como la de Adelsberg.

En Francia, en la Dordogna, entre Perigueux y Sarlat, tenemos la cueva de Grancille; las de Ganges en el Hérault, á cuyo fondo no se ha llegado; y por último, la caverna de Dargilan, en la Lozere, descubierta ha poco por el expresado señor Martel, que según parece es una verdadera maravilla.

En Bélgica existen las famosas grutas de Hansur-Lesse, de las cuales se sale en lancha que surca una caudalosa corriente.

Se citan también las cuevas de Bellamar en Cuba, las del Mammoth en Kentucky (*Mammouht's Cave*), verdadero mundo subterráneo, con su sistema de lagos y de corrientes y su innumerable red de galerías. Dicha caverna debió servir de lugar de refugio á numerosos pueblos salvajes, puesto que en sus entrañas se han encontrado, en capas superpuestas de estalactitas, esqueletos humanos de raza desconocida.

Una mañana dejo la fonda Femenia de Manacor para encaminarme en galera á las grutas del Drach.

El día es delicioso, y con encontrarnos á mediados de Noviembre hubiérase uno creído

TOMO III.—59.

en plena primavera. Para que la ilusión sea completa, los almendros que se divisan á ambos lados del camino están en flor; pero estas tiernas flores de un rosa pálido no llegarán á dar frutos: al primer soplo del frío vendaval se dispersarán por los aires como una nube de ligeras mariposas.

El camino es accidentado, sube y baja continuamente, y los baches producen un desagradable traqueteo al viajero; á menudo nos cruzamos con carros sobre los cuales duermen boca abajo los carreteros. El caballo se para, padece la hierba que brota en el camino ó marcha según le parece: el carretero no por esto deja de dormir. Nosotros los dejamos pasar sorteando el camino de la mejor manera posible; el conductor de la galera, respetando el sueño de los carreteros, me dice con voz compasiva: «¡Están tan fatigados!»

Por un instante se descubre el mar; luego nada más que una línea formada por un terreno pedregoso. Luego otra vez el mar... vuelve á desaparecer. Por fin presentóse espléndido penetrando en la tierra por una escotadura, formando una costa escarpada.

Algunas casas y varias embarcaciones se abrigan en esta ensenada, en la que se hace el comercio marítimo, bastante importante de Manacor. El conductor me hace fijar la atención á cierta distancia, á lo largo de la costa, sobre una piedra que golpeada con un palo suena armoniosamente, prolongando sus vibraciones durante mucho tiempo. Añade que en la cala vecina, llamada *S'homo mort*, se encuentran fósiles humanos incrustados en las rocas.

Dejamos á nuestra izquierda el pequeño puerto y descendiendo hasta el borde del estrecho canal que nos vemos obligados á vadear, y subiendo á la colina que se encuentra al lado opuesto, entramos en tierras propiedad de don José Moragues, dueño de las grutas. Sobre la meseta se divisa su *casa de campo*, que es al mismo tiempo una magnífica hacienda y casa de labranza. La propiedad se denomina *el Fredio son moro*. — Aquí tiene usted la entrada de las cuevas, — me dice el guía. La entrada está cerrada por medio de una puerta y rodeada por un muro á fin de evitar los accidentes que pudieran sobrevenir á algún imprudente que se arriesgara á recorrerlas sin guía.

Penetramos en el vestíbulo. El guía prepara las lámparas y los reflectores; después, quitándose la chaqueta y el chaleco, quédase en mangas de camisa invitándome á que haga otro tanto. Un aire cálido y pesado, que sube de las profundidades de las cavernas, me causa una especie de malestar indecible: — Ya irá usted acostumbrándose poco á poco, — me dice el guía. Y dándome una lámpara con su correspondiente reflector se provee á su vez de los mismos objetos y comenzamos nuestro descenso. La luz del día nos ilumina todavía, pero un murallón formado por salientes rocas y profundas hendiduras se levanta delante de nosotros. Esta es la verdadera entrada. Los últimos resplandores del sol van á desaparecer á nuestros ojos. Sobre la negruzca y sombría roca creo leer las fatales palabras del Dante:

Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.

En efecto, el espectáculo que á la vista ofrece pudiérase creer una decoración de la entrada de los infiernos, rígida, fría, con la anchurosa y negra boca velada por una luz crepuscular triste y sombría.

El nombre de *Drach* (dragón) dado á esta caverna ya parece indicar la creencia de que en tiempos remotos la entrada de la cueva estaba guardada por uno de aquellos terribles monstruos.

Por fin penetramos. Poco á poco mis ojos se acostumbran á las tinieblas, y la luz de las lámparas, en medio de la oscuridad que reina en derredor, es más que suficiente para ver en sus más nimios detalles, no sólo la forma de los objetos más próximos, sino también las más lejanas siluetas.

Seguimos un corredor y á poco entramos en una sala de ondulado suelo. — Es el *Salón de*



MALLORCA.— LA PALMERA (pág. 467)

la Palmera,—me dice el guía. Una profunda hendidura que llega de un lado á otro de la pared se observa en esta sala; del techo pende, formando grandes pliegues, una suerte de pesada tapicería. Bloques inmensos que parecen lanzados por una fuerza hercúlea cubren una gran parte del suelo, haciendo más difícil el paso. La Palmera propiamente, es una esbelta y elevada columna que produce á los ojos del espectador el efecto de un verdadero tronco de palmera; delgadísimas estalactitas que penden de la bóveda contribuyen á que la ilusión sea completa, pues semejan de una manera acabada airoas palmas. A poca distancia obsérvase otra columna de mayor diámetro que la anterior, ofreciendo sus detalles más amplitud y riqueza, pero carece de la elegancia y esbeltez de la primera.

C. V. DE V.

(Continuará).



NUESTROS GRABADOS

ROSINA

CUADRO DE E. VON BLAAS

El autor de este lienzo sobresale en la pintura de tipos que fluctúan entre la verdad y la convención. Tomando por base á al-

guna joven que habrá visto por vista de ojos y de la que habrá sacado algunos apuntes directamente del natural, acude luego con su fantasía á imprimirles una nueva belleza, que procede de la imaginación y en la cual aparece de un modo claro la inteligencia del artista. Siempre estos tipos se presentan elegantes; siempre hay en ellos una donosura que embelesa; siempre reúnen cualidades que recuerdan más á los artistas franceses del siglo pasado que á los de la época presente en ninguno de los países de Europa. *Rosina* apellida á la garrida moza pintada en el cuadro que damos en este número, como hubiera podido ponerle otro cualquier nombre de bautismo. Aquel nombre es sólo un título para designar un cuadro. Llamárale «la

campesina italiana» y acaso hubiera precisado más su asunto, que en realidad consiste en un estudio, ejecutado con suma maestría, de una hermosa muchacha del Mediodía de Italia. Sea lo que fuere del tema, es lo

cierto que el cuadro es sumamente agradable y que está dibujado y pintado con exquisito buen gusto, conforme pueden comprobarlo nuestros benévolos lectores mirando con atención el grabado en color que incluimos en este número.



LA PEQUEÑA CALCETERA.—CUADRO DE ADOLFO ECHTLER

lago hirviente. Encuéntrase éste situado á 2,400 pies ingleses sobre el nivel del mar, en la falda meridional del monte llamado del Azufre. Su álveo mide 150 varas inglesas. El agua es de un color gris azulado pálido, y

LAGO HIRVIENTE

EN LA
ISLA DOMINICA

Descubrió Colón la isla Dominica el día 3 de Noviembre de 1493, y por caer en domingo aquel día le puso el nombre que lleva. Pasó por el dominio de España, de Francia luego y al fin fué cedida á Inglaterra por los franceses en 1763. Su naturaleza es volcánica. En sus cumbres se encuentran depósitos de azufre y brotan del suelo manantiales abundantes de aguas termales. Hay en aquella isla un lago hirviente, que reproduce con exactitud la lámina que forma parte de este número. La llanura en donde se encuentra este lago se halla desnuda de vegetación y sólo se ven en ella grandes pedruscos volcanizados. Numerosas bocas despiden humo y agua hasta llegar al

despide burbujas, despidiendo poca humareda. La parte del lago propiamente hirviendo sólo tiene 40 pies. En este sitio las burbujas forman una especie de torbellino, elevándose tres y cuatro pies y produciendo mucha humareda. Cualquier objeto arrojado al aire después de dar vueltas y más vueltas aparece de nuevo en el sitio donde fué echado. Desagua este curioso lago por el lado noroeste, donde forma una especie de canal de muy reducida anchura.

LA PEQUEÑA CALCETERA

CUADRO DE ADOLFO ECHTLER

La niña pintada por el artista Echtler hace calceta automáticamente, puesto que apenas fija su atención en la labor. Algo la distrae mientras sus dedos, de un modo maquinal, van sacando los puntos de la media. ¿Qué

mira con aquellos ojazos negros, que descubren una procedencia meridional? ¿Empieza ya á coquetear luciendo su lindo palmito y su esbelta figura? Adivínelo quien pueda, porque el artista alemán no se ha cuidado de expresarlo. Quiso pintar una figurita hermosa y elegante, y le pareció bien, y no erró en ello, el tipo de la niña reproducida en el cuadro y que sin duda alguna tomó del natural. A la vez, para aumentar su donaire, le representa haciendo calceta, en actitud muy natural, ya que esta clase de labor permite apartar la vista de ella y casi distraerse quien la hace, sin suspenderla no obstante, antes moviendo con rapidez las agujas y añadiendo un punto á otro punto. En la cabeza especialmente hizo gala Adolfo Echtler de que sabe dibujar con corrección. El cuadro, en conjunto, resulta una bonita pintura de camarín.





MISS BELL

POR

CARLOS FOLEY

I

La señora de Frémont vivía desde la muerte de su marido en compañía de su único hijo Daniel, en un piso tercero de la calle de Prony. El salón y dos habitaciones daban á la calle; el pasillo, el comedor y otro aposento en un espacioso patio. El piso, modesto en su interior, era, empero, elegante y estaba lindamente amueblado; por esto Daniel vivía allí muy á gusto.

Cinco años hacía que había terminado, con gran lucimiento, la carrera en la Escuela Central, y se hallaba colocado en una importante fábrica para el alumbrado. Sus muchas ocupaciones no le privaban de comer con su madre y de pasar á su lado todas las noches. La lectura, el teatro, los convites, los bailes y el arreglo, cada día más delicado y primoroso, de las habitaciones absorbían agradablemente los ocios del joven ingeniero.

La señora de Frémont era inglesa y de su familia sólo le quedaba un hermano, Mr. Howey, rico negociante, cuyos docks son muy conocidos en Liverpool. Conservábase también viudo, y en memoria de la que tan pocos años de felicidad le había concedido, adoptó una niña huérfana, prima de su difunta esposa. Pocas personas estaban enteradas de esta adopción, respecto de la cual vivía la niña en un engaño que todos procuraban conservar. La jovencita Bella, que así se llamaba, había entrado como pensionista en un colegio de Boulogne-sur-Mer. Hacía algunos años que el negociante inglés, tomando por pretexto la ausencia de su hija, pasaba en Francia los tres meses de vacaciones en compañía de su hermana, á quien había confiado el secreto de la adopción. Los cuatro hacían vida de familia, pero andando el tiempo, como tomaron mayor vuelo los negocios, el comerciante hubo de renunciar al tradicional descanso al lado de sus parientes. Su ideal era, sin embargo, establecerse con la señora Frémont, haciéndola participar de sus riquezas, pero como hubiera sido una verdadera locura abandonar los negocios cuando tan prósperos se presentaban, si bien sujeto á las diarias ocupaciones, tan sólo había aplazado la realización de sus propósitos. Además, para que pudiera realizarse otro deseo que abrigaba con no menos ilusión, era menester esperar que Bella fuera una joven formada y que un matrimonio pudiera servir de base á la combinación en proyecto.

La señora viuda de Frémont, que se hallaba sola en París después de tres años de luto, se había hecho cargo de que le era indispensable frecuentar de nuevo la sociedad, si no por ella, á lo menos por su hijo; por eso había vuelto á visitar á casi todos los amigos de quienes vivió alejada durante el luto, y como era señora muy amable y distinguida, y Daniel tenía una figura arrogante y no carecía de ingenio, no les faltaron invitaciones y visitas. Aceptábanlas con discreción y con el propósito de no gastar más de quince mil francos anuales, suma á que ascendían las rentas de la viuda y el sueldo del ingeniero.

A pesar de que Daniel al parecer vivía feliz, la señora de Frémont deseaba casarle. No se le ocultaba que con el tiempo le sería monótona la vida al lado de su madre, y quería, no sin cierto orgullo, crearle una familia, antes de que la suya fuera para él triste y enojosa. Dispuesta á transigir y hasta á perdonar, esperaba desde mucho tiempo que su hijo eligiera esposa de su agrado; pero el joven cumplía ya los veintiséis años sin pensar en ello, sin que un solo día de vagos ensueños turbaran su alegría, y contra lo que de ordinario acontece, la madre era quien le conducía dulcemente al matrimonio, atrayendo, dirigiendo las miradas del ingeniero hacia las jovencitas con quienes se relacionaban.

II

Una tarde del mes de Abril el mal tiempo les había obligado á quedarse en casa y hablaban en broma del matrimonio, Daniel criticando las personas que su madre le indicaba y hallando siempre objeciones imprevistas que la hacían sonreír.

—Es verdad, dijo por fin la madre, no serás nunca un marido formal.

—¿Tienes mucha prisa en separarte de mí?

—No, de lo que tengo mucha prisa es de ser abuela. Has de saber que considero como cosa humillante tener tantas canas y no tener ni un solo nieto...

La llegada del correo interrumpió este diálogo. La señora abrió una carta que llevaba un sello de Inglaterra y púsose á leerla, resumiendo de vez en cuando y en alta voz su contenido.

—Es de mi hermano... está bueno... los negocios, excelentes por cierto, le ocupan más y más cada día... y no puede ausentarse ni tan sólo por una semana... ¡Ah! Bella acaba de cumplir diez y siete años y sale del colegio... como no puede cuidarse de ella ni acompañarla á Liverpool, me ruega...

Y al llegar aquí la voz de la señora Frémont demostró una viva sorpresa:

—Me ruega que me encargue de ella, que dirija su entrada en el mundo... proporcionándole distracciones... y que...

Cada vez más interesada terminó la lectura en voz baja, creyendo prudente guardar silencio con respecto á los demás encargos de su hermano.

—¡Cómo! exclamó Daniel con la sonrisa en los labios. ¿No le encarga también mi tío que la case usted?

—Pues, sí señor, en efecto, me lo ruega, repuso la anciana señora con alegría. ¡Qué original es mi hermano, pero qué buen corazón tiene!

Y absorta, leyendo por segunda vez la carta, no dió más explicaciones. En una postdata pedía el tío que se le contestara telegráficamente, y esto la hizo reflexionar por un instante. Daniel se impacientó y la dijo:

—¿Qué decides, mamá?

—A pesar de que hace muchos años que no he visto á mi hermano ni á su hija, nuestras relaciones han sido siempre afectuosas y no dejaré de complacerle. Es muy natural que se dirija á mí. Nuestra casa es la que más conviene á la joven que ha pasado á ser mi nieta.

—Entonces, ¿estás decidida?

—Completamente.

El joven hizo un movimiento de alegría y replicó:

—Pero, ¿es posible que tu hermano haya olvidado que tienes un hijo, un hijo que no es un chiquillo, que tiene veintisiete años, y que vive en tu compañía?

—No lo ha olvidado.

—Y el que esté yo con vosotras, ¿no le hace temer por su hija?

La señora de Frémont dirigió una mirada llena de orgullo á su hijo, y pensando en la carta, cuyo final había leído para sí, repitió con maliciosa sonrisa:

—En modo alguno le asusta... ¡al contrario!

—¡Ah! ¡qué bien se echa de ver la fatuidad y la imaginación de todas las madres! exclamó Daniel abrazando á la suya con la efusión de un niño. No te preocupes por eso... y dame pronto la respuesta para mi tío; voy volando á telegrafiarle.

III

La semana que precedió á la llegada de Bella, ó miss Bell, como la llamaba familiarmente su padre, la casa de la señora Frémont estaba en desorden. Contento por el incidente que daba un nuevo rumbo á su existencia, Daniel se multiplicaba; de pronto quiso ceder su cuarto, porque era más grande y daba á la calle, pero la señora de Frémont se opuso. Los libros, las planchas, los cartones, las visitas que recibía por causa de la fábrica, le obligaban á continuar en él. Entonces procuró que la tercera habitación, destinada á miss Bella, fuera la más confortable y elegante posible. Él mismo hizo de empapelador, de carpintero, de limpiasuelos, y recogiendo los más lindos objetos, los iba colocando allí, donde llevaba, además, cada noche vasos, flores y chucherías que amontonaba en todos los rincones vacíos. Su madre reprobaba tantas prodigalidades, pero como sin hacerla caso contestaba cantando y dando brincos, la buena señora no se sentía con valor para regañarle.

Mucho menos indiferente de lo que aparentaba, la señora de Frémont tenía gran placer en hacer estos preparativos. No ignoraba el fin que se proponía su hermano con el viaje de la niña, y aprobaba con todo su corazón tan afectuosa tentativa. La esperanza de un matrimonio que estrechara más y más los vínculos de parentesco, la deleitaba, ya porque amaba á su hermano, ya también porque, sin que podamos suponerla interesada, era su deseo que su hijo hallase en aquel enlace la dicha para su corazón y al propio tiempo una ayuda material que le permitiera mejorar su fortuna. Porque de ella dependía la posibilidad de instalar una fábrica por cuenta del joven ingeniero y ensayar varios perfeccionamientos industriales de su invención. Inocentes proyectos que preocupan á muchas madres, acrecentando en ellas el amor hacia sus hijos. Pero ante todo y sobre todo era menester que Bella y Daniel se agradasen y luego que se amaran; esta era la circunstancia *sine qua non* del feliz resultado de los proyectos de los dos hermanos; consideraban una unión sin amor como la peor de las calamidades.

Por eso se convino entre la señora de Frémont y Mr. Howey que dejarían nacer, sin provocarlo, este mutuo afecto.

Pero, ¿y si no hubiera afecto ni tan sólo simpatía?

Orgulloso de su autoridad, no admitía esta conjetura el comerciante. La viuda, empero, sin ser tan radical como su hermano, tenía grandes esperanzas. En la época de vacaciones, Daniel era ya un hombre, al paso que Bella era todavía una niña; pero con todo no hacían malas migas los dos. Sin duda que la niña guardaba muy gratos recuerdos de aquellos juegos de columpio y de escondite, en los que el joven Frémont se había mostrado siempre en extremo complaciente, y es claro que aquella antigua familiaridad era un buen augurio. Pero sea lo que fuere, la anciana señora mostrábase muy satisfecha de haber colocado á su hijo en situación independiente por su trabajo, situación que le permitía escoger con entera libertad una esposa, sin tener en cuenta el auxilio de Mr. Howey, por buenas que fuesen las

intenciones de éste. Guardábase, sin embargo, de comunicar á su hijo estas preocupaciones propias para quitarle su natural alegría, de modo que hasta le dolía mucho haberle dejado entrever el deseo de su hermano, temiendo que, conocedor de sus proyectos, se vería cohibido y no obraría con entera libertad. Daniel, empero, no parecía acordarse de nada.

IV

La misma tarde en que debía llegar miss Bell, una tarde de Septiembre, madre é hijo se trasladaron á la estación. Al poco rato llegó el tren, y una vez en el andén y abiertas las portezuelas de los vagones, la señora de Frémont buscaba los departamentos reservados para señoras, cuando su hijo lanzó un grito que la hizo volver hacia él.

—Hela aquí, dijo.

Y los dos se dirigieron precipitadamente hacia una niña rubia que bajaba graciosamente del vagón.

Como no hizo ni un solo gesto para llamarles y parecía que no la aguardaba nadie, la anciana señora se detuvo, pero Daniel repetía febrilmente:

—Vén, vén, te aseguro que es ella.

Después de haberla examinado atentamente, no le cupo ya la menor duda; adelantóse hacia la joven y la dijo:

—¿Es usted miss Howey?

—Yo soy miss Howey.

—Soy tu tía.

—Ya la había conocido á usted.

—Pero no nos hacías señal alguna.

—Como que usted ya me buscaba, no tenía necesidad de andar corriendo y gesticulando como una loca.

—¿No quieres darme un abrazo? le dijo la señora de Frémont, que por dos ó tres veces le había presentado la mejilla.

—No, tía, gracias, hace demasiado calor; además, las expansiones de familia hechas en público me causan horror.

—Supongo que no has viajado sola, repuso la anciana señora haciendo como que no reparaba en lo descortés de la respuesta de Bella.

—Sí, señora, y no por eso se me han comido durante el viaje, como puede usted ver.

—Pero por lo menos debías subir en un reservado.

—No tía, no, muchas gracias, me hubiera fastidiado.

Durante el diálogo, Daniel permanecía detrás de su madre sin decir palabra, examinando á su prima, que si no la encontraba muy linda tampoco le desagradaba. Era bajita y algo gruesa; pero tenía el cutis fresco y transparente y los cabellos de color rubio suave. La boca algo grande, pero muy colorada, los ojos de un azul claro y la mirada llena de malicia y candor infantiles. Llevaba un guardapolvo muy ajustado al cuerpo y un sombrerito de fieltro cubierto de rizadas plumas ocultaba su cara picaresca. Afectaba unas maneras desenvueltas y desdenosas que chocaban de un modo extraordinario con un no sé qué de juventud que se dibujaba en su semblante. En fin, miss Bell era una niña censurable bajo muchos conceptos; pero con todo nada vulgar.

Ya sea por esto, ya por el recuerdo de los alegres juegos de la infancia ó, mejor aún, porque una joven viviría junto á él, el corazón de Daniel latía, volviéndole tímido y taciturno. Pero recobró al instante la serenidad cuando la señora de Frémont hubo terminado las preguntas, y Bella, señalando al joven, dijo:

—¿Ese es Daniel?

TOMO III. —60.

—Sí señora, ése; contestó aquél soltando una franca y alegre carcajada.

Dirigióle la niña una mirada escrutadora, y con mucho desenfado añadió:

—Ahora tiene un gran bigote, y no está mal, es todo un hombre.

Y luego con impaciencia:

—Digan ustedes, ¿vamos á comer aquí?

Y dando la señal de partida con mucha finura, salió sin hacer caso de su tía que andaba mucho más despacio. El primo la alcanzó y le pidió noticias de Mr. Howey, pero ella le interrumpió diciendo:

—Tome usted, tome usted mi sombrilla y el saco de mano, que me estorban para andar.

—¿No lleva usted más equipaje?

—Tengo seis baúles y no sé cuántos paquetes; mande usted un criado cualquiera esta noche, porque es muy molesto tener que aguardar.

Una vez en la calle detúvose al extremo de la acera y llamó al primer coche de alquiler que se presentó.

—¡Ea, cochero! ¡por aquí!

Un carruaje descubierto se adelantó, y miss Bell de un salto quedó instalada cómodamente. Una vez sentada, volvióse hacia su tía, que llegaba sofocada, y de muy buen humor, sonriente, la invitó con una señal á que subiera en el carruaje. Daniel se acomodó en el banquillo y el vehículo emprendió la carrera.

A la señora de Frémont causábanle mucha extrañeza las maneras desenvueltas de su sobrina, por lo cual no pudo dejar de hacerle algunas observaciones:

—No quisiera desagradarte tan pronto, mi querida Bella; pero he de confesarte que me ha sorprendido mucho que llamas al cochero.

Miss Bella dirigió una mirada de sorpresa á la señora, diciendo:

—Supongo que no tenían ustedes el propósito de acompañarme á pie.

—¿Por qué no? dijo Daniel, pues esto hubiera sido más divertido.

—¡Cómo porqué no! No puedo sufrir tener que andar á pie, y en fin, basta de rodeos, pagaré el coche y no hablemos más del asunto.

—No se trata de pagar el coche, repuso la señora de Frémont algo contrariada. Quería advertirte que aquí no es costumbre que las señoritas...

Y adivinando lo que su tía iba á decir, miss Bell la interrumpió:

—Lo encuentra usted mal hecho ¿verdad? Pues bien, si le parece á usted no hablaremos más del asunto, de otra suerte corremos el peligro de chocar á menudo, porque observo que comprendemos la vida de muy distinta manera.

Estas últimas frases las dijo en tono tan picante, que no sin gran trabajo pudo Daniel conservar la seriedad. El asombro de la señora de Frémont, lejos de perturbar á la joven la halagaba en extremo, de modo que acabó añadiendo con una graciosa sonrisa:

—Le parezco á usted muy original, ¿verdad? ¡Oh! Pues verá usted otras cosas más raras todavía; porque soy una extrañeza, una verdadera extrañeza; y es menester que me tomen como soy. Mi papá me regañó algo al principio... pero luego se acostumbró y ahora no está descontento de mí.

Satisfecha del efecto que había producido, arrellanóse en el asiento del carruaje, y tomando una postura arrogante dirigía á los transeúntes miradas de indiferencia y de desprecio.

Daniel se complacía mirándola sin perder ni uno de sus ademanes, y después de un corto silencio, la joven, dirigiéndose á él, en tono animoso y de protección le dijo:

—Y bien, querido Daniel, vamos á ver, ¿es usted mudo? ¿Le causo yo algún temor?

El ingeniero no pudo contenerse y prorrumpió en una carcajada; pero miss Bell, sin perturbarse por eso añadió con aire satisfecho:

—Le causo á usted cierta extrañeza, pero no durará, es cosa de pocos días. Cuando me conozca más, no será usted tan tímido, y verá que á pesar de mi originalidad soy tan complaciente como las demás muchachas.

Luego, al ver que el carruaje tomaba la avenida de Villiers, añadió haciendo un mohín de desagrado:

—¡Pero dónde diantre viven ustedes! Vamos muy lejos. ¿Viven extramuros?

El aspecto de la calle Prony la consoló un poco, pues convino en que había en ella muy elegantes hoteles.

Cuando el carruaje se detuvo, por fin, delante de la nueva fachada de la casa, hizo la joven una señal de aprobación.

—Es bastante bonita, dijo, y luego añadió:

—¿A qué piso vamos?

—Al tercero.

—¡Jesucristo! exclamó miss Bell estremeciéndose de un modo cómico. ¿Y no hay ascensor?

—No, no le hay.

Quedó por un instante como sofocada, y añadió:

—¡Qué barbaridad!

Al subir la escalera se apoyaba á cada momento en el pasamano, lamentándose con voz ahogada:

—¡Esto es horrible, horroroso! Y pensar que el médico me tiene prohibido subir escaleras. Nada, sufriré palpitaciones. Daniel, deme usted el brazo, arrástreme usted, súbame usted. De fijo que usted no padece del corazón. ¡Dios mío, qué suerte tiene usted! Creo que no llegaremos nunca. ¡Qué suplicio!

A pesar de tantos lamentos, conservaba tan fresco y sonrosado el rostro, que Daniel no manifestó ninguna inquietud. Una vez en la habitación, y después de recorrerla precipitadamente, la acompañaron á su cuarto. En él pareció recobrar de repente todo el aliento, y exhalando gritos de angustia:

—¡Cómo! preguntó. ¿Mi cuarto da en el patio? ¡Qué horror! No es posible que viva aquí; me moriría de pesar. Me es indispensable una habitación con vistas á la calle... el médico me lo ha prescrito.

Confusa y perturbada por este nuevo capricho de la sobrina, y sintiéndose dominada ya por la impaciencia, la señora de Frémont iba á contestar enérgicamente; pero Daniel evitó el choque, y decidido á tomar á broma los caprichos de su prima, ofreció cederle otra vez su habitación.

—No es más que un insignificante cambio de domicilio, dijo complaciente. Que me ayude la criada y dentro de un cuarto de hora asunto concluido.

Miss Bell se apaciguó. Al cabo de poco rato se sentaron á la mesa. Apenas probó la sopa, desmigajó un pedacito de pan y dejó de comer ó hizo mil melindres durante el resto de la comida; pero al llegar á los postres, olvidando toda compostura, como encontrara una golosina, se fué comiendo la natilla, y una tras otra todas las tortas, pastelillos y confituras. Por centésima vez iba á coger pasteles, cuando su primo la detuvo, diciéndole:

—Le harán daño. Es lo peor que hay para las enfermedades del corazón. Fíjese usted en su modo de respirar... no hay duda, padece usted de sofocación.

Entonces, hecha una furia, le dirigió una mirada terrible, y tuteándole, sin transacción alguna, le dijo:

—¿Y á tí qué te importa? ¿Quién te ha dado vela para este entierro? Dame las confituras inmediatamente. Si me pongo enferma, tú no tienes que cuidarme.

En vista de lo cual, la señora de Frémont intervino.

—Vamos, Bella, la dijo. ¿Es así cómo debe hablarse á un primo?

—Es claro, la madre defiende al hijo. Daniel no tiene obligación de complacerme.

Daniel soltó el plato de postres, y ella aprovechó la ocasión para llenarlo por completo. Entre bocado y bocado, y con la boca llena, dijo con dificultad:

—¡Que me dejen en paz! Estoy fatigada del viaje y tengo necesidad de descanso. Además, y conviene que se fijen ustedes en esto, soy excesivamente nerviosa y me causan mucho daño las contrariedades.

Luego, ya satisfecha y recobrando su habitual dignidad, pasó al salón, donde se dejó caer y se recostó cómodamente en el sillón más grande que en él había. Daniel buscaba un modo de distraerla para que le perdonara su falta.

—Haz un poco de música, le dijo la prima con voz débil. Te escucho.

En tanto que el joven se dirigía al piano, la niña se acomodó más profundamente en el sillón, cruzó graciosamente los brazos y cerró los ojos perezosamente. Daniel, antes de terminar la pieza que ejecutaba, paróse, sorprendido por un suave y ligero ruido.

Volvióse y vió que miss Bell dormitaba tranquilamente.

(Continuará).



Una nube de verano, por Apeles Mestres



1.— Hombre, ¿adónde va usted con parasol?
— Pues ¿y usted con paraguas?



2.— Yo... por si el sol arrecia.
— Yo... por si acaso llueve.



3.— ¡Porque á mí se me figura que hoy nos asanios
— ¡Y á mí, que no nos libramos de un remojón!



4.— Y sino, mire usted cómo se despeja por aquí...
— Y mire usted cómo se encapota por allá ..



5.— Abur, y celebraré que no se moje usted.
— Con Dios, y le deseo que no se achicharre.



6.— ¡Caramba, si sentía el tiempo aquel lunático!...
— ¡Uf! ¡pues ha tenido razón aquel majadero!...



MESA REVUELTA

La escritura musical es la parte de la ciencia musical que se ocupa en la representación de los sonidos por medio de signos especiales. Éstos se dividen en tres clases, según se refieran á la tonalidad, á la duración ó á la expresión. Los signos pertenecientes á la primera clase son: *pentagrama*, conjunto de cinco líneas paralelas, sobre las cuales, ó entre las que se colocan las *notas*, las *llaves*, y los *accidentes musicales*, (*sostenidos*, *hemoles* y *becuadros*).

A la segunda clase pertenecen los *silencios*, los *puntitos*, los *ligados* y las *líneas verticales* que indican las divisiones de la medida del tiempo.

Y á la última clase pertenecen los *acentos*, el *gruppetto*, la *repetición*, el *destacatto*, etc., etc.

Los griegos y los latinos empleaban para escribir música las letras del alfabeto diversamente combinadas. La invención de las notas se atribuye á Guido de Arezzo, el cual hacia el año 1023 ideó la sustitución de las letras por puntos diversamente colocados en líneas paralelas. Pero estas notas así representadas tenían al principio igual duración. En el siglo XIV (1338) el canónigo Juan de Muris ideó el modo de expresar las diversas modificaciones referentes á la duración de las notas por medio de cambios correlativos en la representación de los signos musicales, y en su consecuencia inventó las notas breves, blancas, negras, etc., etc. Los esfuerzos que á fines del siglo XVIII hizo J. J. Rousseau para sustituir las notas por las letras fueron completamente infructuosos, pues aquéllas prevalecieron en la escritura musical.

El meloplasto de P. Golin y el método de Wilhem facilitan los medios de simplificar la escritura musical.

Estaban tan lejos de creer los atenienses que el amor debiese presidir á las pasiones groseras, que fué precisamente en la academia, en el jardín consagrado á la diosa de la castidad (Minerva) donde levantaron un altar al amor y donde le dedicaron los sacrificios.

Un sofista sostenía que el movimiento no existía, y Diógenes, que le escuchaba, se puso á andar.

Después de la batalla de Queronea, Arquidamus recibió del victorioso Filipo una carta llena de fiera,

que contestó con las siguientes palabras:—Si medís vuestra sombra, no la encontraréis más grande que antes de la victoria.

Viendo pasar Bión á un rico muy avaro, exclamó:—He aquí un hombre que no posee sus bienes, puesto que sus bienes son los que le poseen.

Tenía un médico un caballo tan sumamente flaco, que casi no podía tenerse en pie, y como una vez yendo en él tropezase y anduviese si se cae ó no se cae, empezó el médico á gritar á grandes voces diciendo:

—Ayuda, ayuda, que no puedo tenerlo.

Corrió mucha gente para socorrerle, pero viendo la mala calidad del caballo le dijo uno:

—¿De qué tenéis temor? ¿No veis que aun no se puede tener en pie?

Y respondió:

—Por eso mismo, que si cae me puede coger debajo.

Pidió un amigo á otro que le prestase el paraguas, á lo que respondió graciosamente:—Si no llueve no le habéis menester, y si llueve he le menester yo.

Daba uno de limosna un cuarto á un pobre y le dijo:

—Tome y vuelva un ochavo.

Respondió el pobre que no lo tenía.

—Pues perdone, le replicó, y tenga dinero, que hasta para ser pobre es menester caudal.

Rondando una noche un alcalde, encontró á un hombre que, además de ser muy pequeño, era corcobado; y mandándole que se recogiese, respondió:

—¿Qué más recogido me quiere usted?

Preguntado Alfonso, rey de Aragón, qué consejeros aprobaba y más útiles hallaba, respondió:—Los libros, porque ellos, sin pasión ó interés, me dicen fielmente todo aquello que yo deseo saber.

Siendo Presidente del Consejo Real el conde de Miranda, como viese que un hombre pretendía muchísimo, díjole:—Vos perderéis las pretensiones justas, por pretender las injustas.

Gastaba mucho dinero un estudiante con una dama llamada Prudencia, y como continuamente estuviese molestando al padre con pedirle dineros, le envió a decir mirase cómo gastaba, porque iba descaeciendo mucho la casa, y él respondió:—No sé, señor, para qué son tantas reprensiones, cuando todo lo gasto con Prudencia.

Se apaga fácilmente el fuego que se ha pegado a una chimenea estrecha echando sobre las cenizas un puñado de azufre en polvo, y tapando en seguida la boca de aquella con un paño mojado. Pero el medio más seguro es interceptar el aire con un manojo de heno empapado en agua, que tape exactamente el conducto. Si se puede al mismo tiempo subir por fuera hasta el remate de la chimenea, se cubrirá toda la abertura con una manta mojada, y el fuego se apagará al momento. Es prudente, y aun preciso, en el campo, donde no se tienen á mano los socorros, hacer fácil la subida á lo alto de las chimeneas.

Para preservar de la polilla las pieles y las telas de lana se toman por partes iguales clavillos de especia, nuez moscada, canela y habas de Tonka. Agréguese tanta cantidad de raíz de lirio como haya de los demás ingredientes; hágase de todo un polvo fino y colóquese en unos saquitos entre las pieles ó ropas de lana. Es seguro que no las atacará la polilla.

Lo que hay en Inglaterra de verdaderamente admirable es la afición que tienen las clases obreras á la instrucción. Se las acusa á menudo de intemperancia, pero hay en ello exageración.

En ciudades como Glasgow ó Manchester, habitadas por centenares de miles de almas, es verdad que los borrachos se cuentan por docenas, y aun por centenas,

pero las docenas y centenares de miles restantes, que en el Mediodía disiparían tantas horas en los cafés y en los teatros, emplean allí el día en el trabajo y la noche en la instrucción.—MANICANÍ.

Esforzaos cuanto podáis por parecer buenos; nada os será tan provechoso; pero tened en cuenta que las opiniones falsas no son duraderas, y que no es, por lo tanto, probable que pase mucho tiempo teniéndolos como buenos si en realidad no lo sois.—GUICCIARDINI.

La actividad engendra la prosperidad y Dios no abandona al que trabaja. Trabajad, pues, mientras el perezoso duerme, y tendréis trigo para vender y para guardar.—FRANKLIN.

¿Qué es la afectación? La caricatura de la naturaleza.—(***).

El recuerdo de las alegrías y placeres perdidos es lo que más aguza las flechas de la aflicción.—MAC-KENSIE.

La luz que resplandece en la amistad es como la del fósforo: cuando mejor la percibimos es cuando más oscuro está lo que nos rodea.—(***).

El amor propio es, á la vez que el más delicado, el más firme de nuestros sentimientos; una cosa insignificante le hiere y en cambio nada hay en el mundo capaz de matarle.—(***).

Cuando el pozo está seco es cuando se conoce el verdadero valor del agua.—FRANKLIN.

La pompa de los entierros interesa más á la vanidad de los vivos que á la memoria de los muertos.—LA ROCHEFOUCAULD.



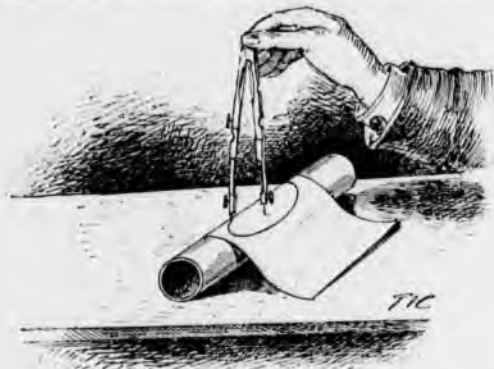
RECREOS INSTRUCTIVOS

EL ÓVALO

He aquí una figura geométrica muy bella y muy difícil; por los inconvenientes que tiene su trazado sucede muchas veces que se abandona el proyecto del óvalo ó se dibuja tan mal, con ó sin instrumentos, que resulta un verdadero mamarracho.

Hay varias maneras de trazar el óvalo matemáticamente, pero á nuestros lectores les agradarán más los procedimientos *empíricos*, fáciles desde luego, y sobre todo realizables en cualquiera ocasión.

Esto se consigue aplicando en pequeño el sistema que emplean los jardineros para fijar el contorno de las *platabandas*: así como el jardinero clava dos estacas á lo



largo del eje de la futura elipse, nosotros hincaremos en el papel, encima de un cartón, dos alfileres, bien fijos y derechos, y luego, atando un hilo fuerte por los cabos, se abarcan con él los alfileres. Después se toma un lápiz y se entra en el recinto del hilo, haciendo de manera que le arrastre siempre, y no trazando en el papel otra línea que aquella á que obliga el hilo sujetando el lápiz, se formará sin dificultad el óvalo más hermoso y correcto.

Este procedimiento, á pesar de su vulgaridad, no es muy conocido.

Hay otro sistema menos sencillo é igualmente eficaz: consiste en tomar un tubo de cartulina ó rodillo de madera, que sean bien cilíndricos, y poniendo el papel encima del tubo, se apoya la punta seca del compás en el centro del óvalo futuro y se traza con el lápiz de la otra punta una figura que sería un círculo si la superficie estuviese plana, pero que ahora resulta óvalo por haberse trazado sobre curvas paralelas.

Estos dos procedimientos pueden ser útiles al lector y no requieren aprendizaje ninguno.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A las charadas:

CA-CO

MO-RO

A la estrella:

J A C A N
A C R A N
E N R I Q U E
L D N
U T
J A O
D

A la aleación:

M E R C U R I O
O R O
B R O M O
C I N A B R I O
E S T A Ñ O

Solución á la dispersión:



CHARADA

Prima es tan grande y tan bella
que no hay otra como ella;
y *dos prima* viuda hebrea
según la Biblia, no fea.
Nombre de mujer mi *todo*
y animal que huye del lodo.

ROGELIO.

CONCIERTO DE PUNTOS



Sustituyendo los puntos por letras han de leerse horizontalmente: 1.º, vocal; 2.º, nombre de mujer; 3.º, id; 4.º, nombre de varón; 5.º, id.; 6.º, id.; 7.º, id.; 8.º, id.; 9.º, vocal.

Las letras que han de sustituir los asteriscos formarán verticalmente un nombre de varón.

PA. SA. MA.

ROMPE CABEZAS

DOLORES PRAT Y URGONIRA

EN

SABADELL

Componer con estas letras, debidamente combinadas, el nombre de cuatro calles de Barcelona.

J. MONTANÉ GRIVER, de Granollers.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. — IMP. ESPASA Y COMP.ª



PROCESIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS EN LA CIUDAD DE ÁVILA



RECUERDOS DE ÁVILA

SANTA TERESA DE JESÚS

HABÍA vagado por la ciudad, cuya historia vive en los monumentos, en las casas solariegas, en los conventos, en las murallas, y me encontré delante de la parte posterior de grandioso edificio de piedra, cercada por una tapia, encima de la cual asomaban sus copas algunos árboles. Oía un canto grave, que me apartó de la tierra y me elevó á las regiones de lo infinito, en las que goza el alma, porque se baña en la eterna luz, canto que procedía del interior del edificio. Pregunté qué era, y me contestaron:—La Santa.

En diciendo la Santa ya se sabe que se designa el convento dedicado á santa Teresa ó á la misma Seráfica Doctora. La tierra de Ávila lo ha sido privilegiada de santos como Vicente, Pedro del Barco, Pascual de Tormellas, Bernardo de Candeleda, Juan de la Cruz, Pedro Bautista, Cristeta, Sabina, Paula y Francisca Trigo, además de los venerables, que pasan de sesenta; de personajes tan ilustres como Isabel la Católica, Lagasca, pacificador del Perú; Diego de Espinosa, el mejor ministro de Felipe II; el marqués de Leganés y el de Povar; de escritores como el Tostado, que vale por mil, y Gil González Dávila, cronista de Felipe III; de capitanes como Sancho Dávila, llamado el Rayo de la guerra, y el gran duque de Alba. Abulenses fueron los cardenales Verdugo, el ya citado Espinosa, Dávila, el patriarca de las Indias Guzmán, muchos arzobispos y obispos, teólogos, jurisconsultos, marinos, y también lo fué el famoso músico Luis Victoria; pero la gloria que más estima Ávila es la de la Santa, su Santa, santa Teresa de Jesús.

Me hallaba en la calle de Santo Domingo, adonde daba la puerta de la casa en que nació santa Teresa, y aquellos árboles pertenecían á una parte de la huerta donde jugó siendo niña. Me dirigí al convento, edificado en el solar que ocupó la morada de los padres de la Santa, y penetré en la iglesia. Vi un fraile con capa pluvial delante de un facistol, en el que estaba un libro de rezo, y á sus lados dos legos con sobrepelliz que sostenían sendos candeleros. Había terminado la Salve que se canta todos los sábados, y formados en doble fila, separados por un espacio que mediría dos metros, estaban los frailes, sin más pelo en la cabeza que el del cerquillo, los pies desnudos metidos en sandalias, los hábitos de la orden carmelita, encima la capa blanca que les llegaba á las rodillas, cada cual con un cirio en la mano; caídos los

párpados, moviendo apenas los labios para dar salida á aquel canto sencillo, imponente, voz del justo rogando á Dios por los pecadores. A un lado del altar mayor, el del Evangelio, y al pie del presbiterio, estaba la preciosa imagen de la Santa en éxtasis, profusamente iluminada. En el resto la semioscuridad de la caída de la tarde, que daba mayor fuerza lumínica á los cirios. Al llegar á ciertos pasajes las cabezas de los frailes se inclinan; en otros se vuelven al altar mayor. Después, á un tiempo, apagan las velas, y pausadamente van á la clausura entonando una salmodia que sonó en mi alma como rezo de difuntos.

Por lo regular gozan de buena salud, á pesar de que duermen en dura tabla, no tienen más jergón ni abrigo que dos mantas, y comen todo el año de vigilia. Un sacerdote con quien hice tema de conversación el contraste que ofrecía su aspecto con la rigidez de la regla á que voluntariamente se han sometido, me contestó:

—Tienen la satisfacción interior, y á ella deben la salud.

Recuerdo que en Consuegra, donde los frailes asombraron con su caridad cuando las inundaciones, y se atrevieron á lo que nadie se atrevía, porque todo lo esperan del cielo y nada de la tierra, el prior invitó sonriendo á un periodista que fué á ver el convento á que se metiese fraile después de haberse enterado cómo vivían y cómo dormían. El periodista no aceptó.

El aposento donde nació la Santa está convertido en capilla. Vino al mundo al amanecer del miércoles 28 de Marzo de 1515, siendo sus padres don Alfonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz Dávila y Ahumada, de ejemplares costumbres y tan noble alcurnia que en nuestro siglo se enorgullecen de ser deudos ó parientes de ella los duques de Osuna, Infantado, Alba y Tamames; los marqueses de Villafranca, San Felices, Torre de las Sirgadas, Salar, Villacastell, Valverde, Castelar, Cerralbo, Herrera, Monroy; los condes de Oropesa, Superunda, Alcolea, Mora, Villamena y otras muchas ilustres casas aristocráticas. El miércoles 4 de Abril fué bautizada en la iglesia parroquial de San Juan, siendo sus padrinos Vela Núñez y doña María del Águila. Del primero descienden los condes de Guevara y Oñate y los duques de la Roca, y de la segunda los marqueses de Villaviciosa. Era papa León X y gobernaba los reinos de Castilla y León por su hija doña Juana, don Fernando el Católico. La pila en que recibió el agua del bautismo es la misma que hoy se usa, pero por veneración se le ha puesto un forro de bronce trabajado con mucho esmero. En la mesa del altar de la capilla de la Santa se ve dentro de un escaparate un Crucifijo que llevaba en sus fundaciones, que tuvo en la mano al morir y en ella lo conservó hasta que se lo quitaron para enterrarla. Entre otras reliquias se guarda un dedo de la Santa, el báculo que llevó en sus fundaciones, un fragmento de una sandalia y un rosario. La casa fué vendida, muertos los padres, y más tarde dada en alquiler. En 1630 la compró el conde duque de Olivares, muy devoto de la Santa, quien terminó la iglesia y el convento. La capilla fué la alcoba en que nació santa Teresa, y al lado se ve el despacho de su padre, en donde se conservan las reliquias. La capilla dedicada á la Virgen del Carmen era el gabinete correspondiente á la alcoba.

El obispo de Tarazona, que fué su confesor, la trató mucho tiempo y fué su historiador, dice de ella: «Era la Santa Madre de muy buena estatura; en su mocedad hermosa, después de vieja, de muy buen parecer. El cuerpo abultado, el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción. La color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se encendía y ponía hermosísima. En todo el demás tiempo la tenía apacible. El cabello negro y crespo; la frente ancha y hermosa; los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte, muy graves; las cejas algo gruesas y llenas; la nariz pequeña, la punta algo redonda y un poco inclinada para abajo; la boca de muy buen tamaño y muy bien proporcionada con el rostro. Tenía en él tres lunares que caían al lado izquierdo que le daban mucha gracia. Uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca y otro debajo de la boca. Con todo, su semblante era tan amable y apacible que á todas las personas que la miraban era comunmente

muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que le salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían respetar á los que la miraban.»

Completaremos la noticia del prelado con otras que nos han dejado los más respetables historiadores de la descalcez carmelita, quienes nos dicen que el cuerpo era muy derecho, las cejas de color rubio que tiraba algo á oscuro, ojos que en riéndose se reían todos y mostraban alegría; el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes menudos; la barba bien hecha; las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta; las manos pequeñas y muy lindas. «Toda junta parecía muy bien y de buen aire en el andar.»

La descripción del obispo concuerda con el retrato que posee el Ayuntamiento de Ávila, que se supone es el que pintó en Sevilla el lego Fray Juan de la Miseria, cuando la Santa tenía sesenta y un años; por disposición del padre Gracián, primer provincial de la orden, quien dejó escrito que por mortificarla mandó que la retratara el lego, «que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratara nadie.» Cuéntase que «habiéndola mortificado el pintor muchas horas haciéndola tomar varias posituras,» cuando acabó el retrato y lo vió la Santa, le dijo con mucha gracia: —Dios se lo perdone, Fray Juan; ¡qué fea y qué vieja me ha pintado!

El 28 de Marzo de 1531 entró de educanda en el convento de Santa María de Gracia, en cuya iglesia se conservan el confesonario donde tantas veces se arrodilló, y el comulgatorio donde recibió á Jesús Sacramentado. Encima del comulgatorio está pintada una estrella, que recuerda la luz que en tal forma se apareció á las monjas en el coro, y llegando á sor María Briceño pareció entrársele en el pecho, anuncio de que en el convento entraría para educarse santa Teresa, que contaba diez y seis años, y que á su dirección sería confiada. La escuela donde trabajó la Santa es hoy sacristía interior. El convento había tenido por vicario y confesor de las monjas á santo Tomás de Villanueva, luego arzobispo de Valencia.

El 2 de Noviembre de 1535 tomó el hábito en el convento de la Encarnación, eligiéndolo por tener en él una amiga muy íntima, llamada doña Juana Suárez; y era tal la pobreza de la comunidad que no pudo hacer reparaciones para evitar que por los techos, que estaban á teja vana, penetrasen en el coro, y también en la iglesia, la nieve en invierno y en verano el sol. En Ávila todo lo llenan los recuerdos de santa Teresa; pero donde hay más es en la Encarnación. ¿Cómo es posible mirar, sin sentirse emocionado, el tercer locutorio, despacho de la Santa cuando fué priora, donde estuvieron varias veces san Francisco de Borja, san Pedro de Alcántara, san Juan de la Cruz y san Luis Beltrán, unas veces para consultar y otras para ser consultados? En el claustro bajo fué donde, según la tradición constante, encontró un niño bellissimo que tomó por pariente de alguna monja, pues entonces podían entrar por no haber clausura. Detúvose la Santa para mirarle y el niño la dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Teresa de Jesús.

—Pues yo me llamo Jesús de Teresa.

En este mismo claustro se le aparecieron los apóstoles san Pedro y san Pablo; en la portería interior tuvo el éxtasis en que vió al Salvador atado á la columna; en el coro alto se verificó la Transverberación, prodigio que se repitió en su celda. Dos habitó, y en una de ellas se ve el pavimento enrojecido con la sangre derramada en penitencias ó en la Transverberación. Al penetrar en la otra nos parece oír la voz del cielo que dijo: *La tierra que pisas es santa*, palabras que hoy se leen esculpidas en una gran losa del suelo. En la iglesia del convento celebraron el santo sacrificio de la Misa san Juan de la Cruz, san Francisco de Borja y san Pedro Alcántara, y en un éxtasis vió la Santa que la ayudaban al último como diácono san Francisco y como subdiácono san Antonio. Una toca, dos cartas autógrafas y una escritura firmada por la Santa se conservan como reliquias en el convento de la Encarnación. En el coro

bajo está la silla prioral de santa Teresa, donde otra prelada no se ha vuelto á sentar. Cuando fué nombrada priora hizo poner en la silla la imagen de Nuestra Señora de la Clemencia y ella se sentó en el suelo, en lo cual la imitan sus sucesoras, y de entonces la Santa Imagen preside los capítulos de las monjas, que tampoco han vuelto á sentarse en sus sillas y ocupan bancos, porque la Santa en «la víspera de san Sebastián, en el primer año que vine al monasterio de la Encarnación á ser priora, comenzando la Salve, ví en la silla prioral adonde está puesta Nuestra Señora, abajar con gran multitud de ángeles á la Madre de Dios, y ponerse allí... Parecíame ver encima de las coronas de las sillas y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no en forma corporal, que era visión intelectual.»

Todos los años, la noche de las ánimas, que corresponde al 2 de Noviembre, aniversario de la toma de hábito de santa Teresa, van en procesión las religiosas con capa blanca y cirios encendidos llevando la imagen de la Santa, que colocan en el altar del coro alto, entre las de Nuestra Señora de la Clemencia y san José, á quienes tuvo gran devoción, cantando lo mismo que cuando se recibe á una religiosa; mientras entonan el *Te-Deum* y luego el *Sponsa Cristi*, por antigüedad se acercan las monjas á la Santa, la abrazan, y cada una la pide la gracia que desea alcanzar por intercesión de su Madre. Estuvo en este convento hasta que el Padre Provincial le dió licencia para ir al nuevo de San José, que fué el primero que fundó y también conserva Ávila. En su fachada hay una preciosa estatua del santo patriarca, obra de Giraldo de Merlo, regalada por Felipe III. En el nuevo convento se dijo la primera misa y se dió el hábito á las primeras carmelitas descalzas el día de san Bartolomé, 24 de Agosto de 1562, y desde entonces la fundadora se llamó Teresa de Jesús.

Fué testigo el convento de uno de los mayores milagros de la Santa. Al edificarse una capilla se desplomó parte de la pared y aplastó á un niño de cinco años que allí jugaba, de nombre Gonzalo é hijo de Juana, hermana de santa Teresa. Buscaron á la Santa en casa de doña Guiomar de Ulloa, donde se hallaba, para darle cuenta de la desgracia, y acudió con dicha señora, quien, levantando en brazos el cadáver, suplicó que alcanzase de Dios la vida del niño. Tomóle la Santa y lo puso sobre sus rodillas á tiempo que llegaba la madre dando grandes gritos.

Mandó á todos que callasen, bajó el velo, pegó su cara á la del niño, y con tal fervor oró que Dios hizo el milagro y la criatura resucitó y alzó los brazos á la cara de su tía para acariciarla.

—Tome su hijo vivo y sano, que ya estaba tan acongojada por él, dijo la Santa á su hermana.

En su celda, hoy capilla, se conserva el poyo en que escribió el *Camino de perfección*, obra en la que consignó los avisos que le comunicó el Espíritu Santo cuando en forma de paloma descendió mientras oraba el día de Pentecostés en la capilla de Nazaret, que está en la huerta. También escribió en este convento, por espíritu de obediencia, el libro de su *Vida*.

En la huerta se conserva un avellano que plantó la Santa, y en diminuta espadaña la pequeña campana con que se inauguró la fundación. La puerta por donde entró con sus compañeras de fundación está tapiada, sin duda por respeto y para que nadie pase por ella.

Entre otras reliquias allí se guardan la clavícula del brazo derecho, la correa, un paño, dos tomos de las *Morales de san Gregorio*, en las que hay llamadas de su letra, una carta autógrafa, la jarra en que bebía, un madero que le servía de almohada, el baño en que se sangraba, la jamuga en que cabalgaba cuando iba á las fundaciones, el tambor, pitos y sonajas que tocaron las religiosas cuando se puso el Santísimo por vez primera. Dos veces se le quebró el brazo izquierdo, y tras mucho sufrir, de él quedó manca y hubo necesidad de vestirla. La iglesia del convento es la estrella que había de dar luz al mundo entero que vió san Luis Beltrán. Dijo santa Teresa «que se llamaría iglesia de santos y que llegaría tiempo en que Dios

haría en ella muchos milagros.» Cinco años permaneció en este convento, del cual salió por obediencia para ser priora de su primitivo de la Encarnación.

En la catedral, á la vez templo y fortaleza, edificada á fines del siglo xi por Alfonso VI, se venera la Virgen de la Caridad, á la que la Santa tenía gran devoción y llamaba su Maestra; en el convento de dominicos de Santo Tomás de Aquino, de arquitectura ojival del último período, en cuyo coro se sentaron los Reyes Católicos y donde está el sepulcro de su hijo el príncipe don Juan, existe la capilla del Santo Cristo, en la que el día de la Asunción tuvo la Santa el éxtasis durante el cual se le aparecieron la Virgen y san José. «Parecióme estando así que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad; al principio no veía quién me la vestía; después vi á Nuestra Señora hacia el lado derecho, y á mi padre san José al izquierdo que me vestían aquella ropa... Parecióme haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor.» En San Juan Bautista se guarda, además de la pila bautismal, una carta y una camisa que perteneció á la Santa, puesta en rica caja. En la basílica de San Vicente, de arquitectura bizantina, cuya primitiva fundación se hace remontar al siglo iv, donde se veneran los cuerpos de los santos hermanos Vicenta, Sabina y Cristeta, martirizados de orden de Daciano, y el de san Pedro del Barco, está en las criptas la imagen de la Virgen de la Soterraña, tan antigua, que se supone data del tiempo de los Apóstoles. Ante ella se postuló san Fernando, que imploraba su auxilio antes de empezar sus campañas, y también santa Teresa, que en la capilla hizo su descalcez. A la salida NO. de Ávila hay una cruz llamada de los *Cuatro Postes*, que conmemora el hecho de haber sido allí encontrada la Santa, que á la edad de siete años, y llevando de la mano á un hermanito más pequeño, iba á África, empujados ambos por su infantil fervor y deseosos de que les martirizaran los moros para ganar el cielo.

Regresando de Burgos para Ávila fué llamada á Alba de Tormes, donde fué por obediencia, y tras breve y penosa enfermedad dió á Dios su alma el 4 de Octubre de 1582 á la edad de sesenta y siete años, seis meses y siete días. La asistió en sus últimos momentos su confesor el P. Fray Antonio de Jesús, compañero de san Juan de la Cruz, y preguntóla si en caso de morir quería que su cuerpo fuese llevado al convento de San José, «que era su propia casa.» «Pues qué, contestó la Santa, ¿tengo yo acaso en este mundo alguna cosa propia, y no me darán aquí un poco de tierra para enterrarme?» Hacía más de ocho años que había tenido revelación de su muerte, lo traía escrito en cifra en su breviario y lo manifestó á las monjas de Segovia al despedirse de ellas. Por haberse aplicado la corrección gregoriana al calendario, y por lo tanto al día de santa Teresa, suprimiendo once días, su fiesta se celebra el 15 de Octubre. Solemne es y en ella toman parte todos los abulenses, y en particular la cofradía titulada Patronato de la Santa, á la cual tienen á honra pertenecer los caballeros y señoras, no siendo fácil lograrlo. La imagen de la Seráfica Doctora, esculpida en el siglo xvii, lo mismo que la de Cristo en la columna por Gregorio Hernández, nacido en Pontevedra y fallecido en 1636 en Valladolid en opinión de santidad, es llevada en andas y con mucha solemnidad á la Catedral, donde está su Maestra la Virgen de la Caridad, y allí se celebra la novena. El día de la Santa por la tarde es devuelta su imagen al convento acompañada por la Virgen de la Caridad, y al llegar á la plaza que hay delante del edificio, se para la comitiva y bajan hasta el suelo tres veces á la Santa, para significar que se arrodilla ante su Madre y de ella se despide.

Fué beatificada en 1614 á los treinta y dos años de su muerte, canonizada en 1622, y ya sus hijos los carmelitas descalzos habían llevado sus misiones á Persia, Guinea, el Congo, Cabo Verde, y fundado conventos en España, Portugal, Italia, Francia, Flandes, Alemania, Polonia y las Américas. Para que todo fuese extraordinario en la existencia de la Seráfica Doctora, tuvo cuatro santos por confesores: san Pedro de Alcántara, san Luís Beltrán, san Francisco de Borja y san Juan de la Cruz, ardiente auxiliar de la Santa en sus fundaciones, poeta sublime por su

sencillez, autor de *La subida del monte Carmelo*, *La noche oscura del alma*, *La llama viva de amor* y *El cántico de amor divino*.

Se dice que siendo la Santa muy jovencilla, y antes de entrar en el convento, escribió un libro de caballerías, que ha desaparecido. Tampoco se tiene noticia del paradero del *Libro de oración*, que compuso para la duquesa de Alba, del *Tratado de melancolía*, de varias cartas dirigidas á san Juan de la Cruz, Felipe II, y otros personajes, ni de varias poesías. Algunas se conservan inéditas. En la biblioteca del Escorial se guardan: *Camino de perfección*, escrito á instancia de su confesor, el Padre maestro fray Domingo Báñez, *Fundación del convento de Ávila*, *Libro de sus fundaciones*. En el convento de religiosas de Sevilla: *Castillo interior ó Libro de las Moradas y Conceptos del amor de Dios sobre los cantares*, pues aunque la Santa quemó el manuscrito, se guardan copias de algunos fragmentos. Escribió en 1561 una relación seguida de su *Vida* por mandato de sus confesores, y en particular del Padre maestro fray Pedro de Ibáñez, y en 1562 la escribió segunda vez en obediencia á la orden del Padre maestro fray García de Toledo, hermano del duque de Alba, dividida en capítulos. Nótese en nuestros tiempos de rebeldía, que por obediencia la Santa escribe, por obediencia es priora, por obediencia se deja retratar, y al dirigirse á Ávila, por obediencia va á morir á Alba de Tormes, sabiendo el día de su fallecimiento, que le había sido revelado. Además de las obras citadas, compuso las siguientes: *Constituciones de sus monjas*, *Modo de visitar los conventos y a separados del gobierno de los padres calzados por el provincial descalzo*, *Canciones y poesías*, de las que, desgraciadamente, han quedado pocas, *Exclamaciones ó Meditaciones del alma á Dios*, sus *Cartas*, que están en cuatro tomos, y hasta veinte *Avisos á sus monjas*. Se presume que son suyas las *Constituciones de la cofradía de mujeres para el culto de la Virgen*, y se duda lo sean las *Meditaciones sobre el Padre Nuestro*. Dos veces fueron denunciados algunos libros de la Santa á la Inquisición, que después de maduro examen los calificó de eminentemente católicos. Cuéntase que en tanta estimación son tenidas en Roma las obras de santa Teresa, que junto con la Sagrada Escritura y los libros de santo Tomás se hallan siempre sobre la mesa de la sala donde se reúne la Congregación que estudia los procesos de beatificación.

Son los escritos de ser tan extraordinario por su modestia, por su sencillez, por su santidad, siempre sublime, admiración de los teólogos, delicia de los cristianos y encanto de los literatos. En la Seráfica Doctora todo es grande, asombroso: la mujer por su llaneza y humildad; la escritora por la elevación de los conceptos; la poetisa por la dulce sencillez de sus versos que encierran ideas más luminosas que los astros, y la Santa por sus heroicas virtudes y por los favores del cielo ya en vida recibidos. Nosotros, pobres mortales, admiramos, caemos de rodillas y besamos la tierra donde nació y vivió santa Teresa de Jesús.

TEODORO BARÓ



VERDADERO RETRATO DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS
PINTADO POR FR. JUAN DE LA MISERIA Y EXISTENTE EN EL AYUNTAMIENTO DE ÁVILA

GLOSA DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*

GLOSA

Aquesta divina unión,
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo,
y libre mi corazón:

mas causa en mí tal pasión
ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

[Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel, y estos hierros,
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga:
quítame Dios esta carga,
más pesada que de acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo e' vivir
me asegura mi esperanza:
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte,
vida, no me seas molesta,
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera:
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva:
muerte, no me seas esquivia;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
á mi Dios, que vive en mí,
sí no es perderte á tí,
para mejor á él gozarle?
quiero muriendo alcanzarle,
pues á él solo es el que quiero,
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener?
sino muerte padecer
la mayor que nunca ví:

lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
aun de alivio no carece:
á quien la muerte padece,
al fin la muerte le vale:
qué muerte habrá que se iguale
á mi vivir lastimero?
que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
viéndote en el Sacramento,
me hace más sentimiento
el no poderte gozar:
todo es para más penar,
por no verte como quiero,
que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
viendo que puedo perderte,
se me dobla mi dolor:
viviendo en tanto pavor,
y esperando como espero,
que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte:
mira que muero por verte,
y vivir sin tí no puedo,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios, cuándo será,
cuando yo diga de vero,
que muero porque no muero!





LOS FUGITIVOS.—CUADRO DE LEÓN GLAIZE

TOMO III.—62.

Ayuntamiento de Madrid



Emil Czerwik

MISS BELL

POR

CARLOS FOLEY

(CONTINUACIÓN)

V

TENÍA encargado Mr. Howey á su hermana que distrajera á Bella; además del dinero de su bolsillo, del que iba bien provista la joven, le había señalado una pensión mensual que le permitía pagar lo necesario y aun lo superfluo; así fué que desde entonces en casa de la señora de Frémont se llevaba una vida mucho más animada y ruidosa. Si los primos se acomodaron perfectamente á este cambio, la viuda, no obstante, echaba muy á menos la tranquilidad y sosiego de otro tiempo.

De repente volviólse severa para con su sobrina, y á medida que creía penetrar el carácter de la jovencita, mayor era el desengaño que sufría. Si bien consideraba que aquel carácter se debía en parte, y por lo que respecta á sus travesuras, á algo de la niñez y en parte también era consecuencia de los mimos irreflexivos de Mr. Howey y de una educación descuidada, nunca podría perdonar á la sobrina el ser tan distinta del ideal que se había imaginado. Precisamente porque las pretensiones, maneras y modales con que se expresaba eran sencillas y espontáneas le molestaban sobremanera. Además comprendió que, á pesar de la seguridad que en todo aparentaba miss Bell, en el fondo era ignorante; así, de desilusión en desilusión, acabó por convenirse de que la fatuidad de la niña no tenía por base ninguna condición sólida y formal de su carácter. Averiguado esto, caían por tierra todas sus ilusiones y las de su hermano; de ahí que no pudiera dominar completamente la amargura que aquel fracaso le producía.

En cambio Daniel se mostraba mucho más indulgente; encontrábala original y divertida. Aquella mezcla de ideas positivas y románticas, de caprichos de niña voluntariosa y coqueta; aquellos antojos siempre imprevistos, sus maneras, su serenidad, le llamaban la atención, le divertían, le interesaban muchísimo. Como siempre había vivido solo con su madre, la compañía de la joven era para él algo nuevo y delicioso. Al terminar su rudo trabajo de todo el día complaciale en extremo hallar en su casa á una persona á veces divertida, á veces malhumorada, pero siempre joven, fresca y rozagante. Así es que sin cesar pensaba en ella. Reco-

rría todas las tiendas para encontrar flores y chucherías, por las que mostraba la niña mucha afición. La enteraba de todas las chinchorrerías de la vida del gran mundo; hablábale de adornos y modas de última novedad; en suma, hacía lo imposible para serle agradable. Estas nuevas ocupaciones eran para un joven educado en un ambiente de gravedad siempre desproporcionada con sus años, un verdadero consuelo, un delicioso esparcimiento de su alma.

Muy pronto echó de ver miss Bell que podía permitirse el lujo de ser exigente; por eso no siempre acogía con benevolencia las atenciones de su primo, el cual, contestando con dos ó tres chascos á los sofiones que le propinaba, ya se consideraba en paz con todos. Pero lo más frecuente era que la joven, incitada por el primo, contestara alegremente, y entonces hacían las paces riéndose como locos. Si por casualidad se presentaba una visita ó alguna idea triste ocupaba de repente la imaginación de la niña, recobraba ésta al instante sus aires de reina y sus desdenosas miradas, evitando las familiaridades con su primo; pero una vez disipada la tormenta volvía á mostrarse dulce y cariñosa. La razón de ello es muy sencilla; le gustaba mucho divertirse y aun tenía de ello necesidad; la severidad de la señora de Frémont hacía que intimara más y más con Daniel. Temiendo fomentar las tendencias excéntricas de la niña, mostrábase la tía muy escrupulosa en cuanto á diversiones, que casi siempre se reducían á un paseo por el parque de Monceau. Así es que, cuando se presentaba una ocasión favorable, particularmente si era en domingo, Daniel se ponía de acuerdo con su prima y no le faltaban recursos para lograr lo que proyectaban. Una sonrisa ó algunas palabras mimosas en tono de súplica bastaban para que el primito la secundara en sus propósitos. De buen ó de mal grado se alcanzaba permiso para acompañar á la prima, y una vez en la calle, ni ella era ya la niña encopetada de antes, ni él el pensativo ingeniero, sino simplemente dos chiquillos ansiosos de merodear por las calles y hacer novillos; reconocíanse los mismos de antes, los de las escapatorias de su niñez.

Colgada del brazo del primito, con cara risueña y sonrosada, preguntábale con agrado:

—¿A dónde vamos?

Daniel entonces la hacía rabiar.

—Vamos á dar una vueltecita... al parque Monceau.

—¡Oh! no... es demasiado triste.

—¿Prefieres, pues, que nos volvamos á casa?

La niña mostrábase disgustada; pero al ver que Daniel hacía señal á un cochero de punto, recobraba la alegría. Subían rápidamente en el carruaje y el joven daba en voz baja la dirección. Contenta, entonces, miss Bell solía decirle:

—¡Qué bueno eres!

—¿Por qué?

—Porque me acompañas. ¡Qué contenta estoy!

—¡Toma! pues yo creía que no te gustaba el parque de Monceau.

—Sí. ¡Tal vez vamos allá!

No sin gran trabajo conservaba el joven su formalidad y replicaba:

—¿Cómo si vamos allá? No faltaba más; luego lo verás.

—Pues el cochero no emprende el camino del parque.

—Porque le he encargado que diera antes una vueltecita para que tomaras el aire.

La vueltecita consistía en andar todo París, los monumentos, las avenidas, los bulevares. Daniel, que hacía de guía, enseñaba y explicaba cuanto veían. El otoño se presentaba templado y con sol, y cuando hacía un día magnífico, y por consiguiente nada á propósito para meterse en un museo ó soportar el polvo de la vía pública, abandonaban á París para seguir las fiestas de los alrededores. Nada tan divertido como estas correrías por los bosques ya rojizos, por los barracones ó casillas, paseos amenizados por vueltas en los caballitos y las carreras en las montañas rusas, y terminados por sesiones de tiro.

Dos cosas, sin embargo, contribuyeron grandemente á que estos paseos fueran cada día menos frecuentes. La intimidad de los jóvenes, que tanto agradaba antes á la señora de Frémont, en la actualidad, como ya conocía á la sobrinita, la tenía muy intranquila. Por otra parte, el otoño terminaba y menudeaban ya las invitaciones para bailes y tertulias. Siguiendo las instrucciones del señor Howey, hízose la presentación de Bella en el gran mundo, y cuando el sábado se había bailado hasta las tres ó las cuatro de la madrugada, cuando llegaba la tarde del domingo, ya no se tenían ganas de recorrer París; por eso preferían asistir á los conciertos.

Las entrevistas á solas habían, pues, con gran disgusto de Daniel, terminado; no obstante, la vuelta de la estación de los bailes y tertulias le reservaba algunas compensaciones agradables.

VI

La señora de Frémont gustaba de mimar á su hijo, pero no que él la mimara con regalos. Cuando Daniel le hacía algún obsequio la preocupaba el gasto que había hecho. Al aceptarlo, dejábale entrever su contrariedad. La conducta del joven había cambiado; su felicidad llegaba al colmo si podía demostrar á su prima su deferencia más cumplida. Bajo aquellas apariencias de ironía y terquedad no se le ocultaba la existencia de un alma sensible y sentimental, así es que, con toda la fuerza de que era capaz su tierno y sincero corazón, Daniel se entregó sin reserva alguna á los encantos que aquella vida común le procuraba. Aun, á pesar suyo, no lo hubiera evitado: divertíanle en extremo los bailes, que antes le parecían algo monótonos. Al abrir y cerrar la puerta del carruaje, cuando en él subía la prima, al evitar los empujones en el guardarropa y en el comedor, al servirla y protegerla en los muchos é insignificantes casos en los que la mujer más lista pone á prueba su debilidad, experimentaba la dicha más completa y exquisita y saboreaba la dulzura de la galantería más tierna y delicada.

Cuando, debiendo acompañar á su madre á alguna reunión, antes de salir de casa, le consultaba su tocado, respondía invariablemente y aun sin mirarla: «Te va bien, muy bien.» Pero si se trataba de Bella ya era otra cosa. Al momento distinguía lo que le sentaba bien de lo que le iba mejor. Mostraba gran empeño en que la pollita despertara un interés de una naturaleza compleja, y cuando entraba en un salón fijábase en todas las personas y no se engañaba al observar su expresión. Al ver la admiración de que la niña era objeto, sentía algo así como la alegría que experimenta un buen hermano cuando su hermana es obsequiada y distinguida. Sin embargo, si el elogio prodigado era demasiado expresivo, sentíase al punto despechado y celoso. Si no la sacaban á bailar se creía humillado, pero si eran muchos los que la solicitaban, la envidia le dominaba. A pesar de todo, estos sentimientos eran tan confusos, que ni siquiera se le ocurría averiguar si todo aquello que le agitaba era algo más que simple amistad.

Miss Howey era muy obsequiada y la señora de Frémont muy querida de todos; para agradarla se trataba siempre de complacer á la sobrina. Por otra parte, como se sabía que el comerciante de Liverpool deseaba casar á su hija adoptiva y que le daría un buen dote, todos sonreían á su presencia. Tan buena acogida, de la cual Bella no trataba de investigar las causas, poco halagadoras para su amor propio, y en todo caso independientes de su mérito, acabaron por excitar la vanidad de la joven y fomentar más y más sus pretensiones. Mostrábase contenta de su importancia, tratando con bastante despreocupación á sus parejas y en particular á Daniel. Coqueta, y mucho más lista de lo que se creía, al punto echó de ver los sentimientos de su primo, y segura de sus atenciones y de su constancia, tratábale con cierta altivez, relegándole en segundo lugar y no aceptándole más que en caso extremo. Y las disputas de los primeros días, que los paseos otoñales habían hecho desaparecer, reaparecieron de nuevo con más fuerza que antes.

Cuando Daniel se atrevía á invitarla á bailar un vals, velase rudamente desairado, sobre todo las noches en que era muy cortejada.

—¿Te has imaginado que sólo estoy aquí para bailar contigo? Pues no, amiguito, busca otra pareja. Entre primos esto no tendría sentido común.

El primo se desquitaba dándole bromas.

—No te muestres tan cruel, mujer, todavía es posible que te quedes hecha un poste sin que nadie te saque á bailar.

—Es claro, si te quedas plantado delante de mí como un espantajo, los demás jóvenes se van.

Y como ni por esas se movía de su sitio, se ponía furiosa y con ganas de pegarle con el abanico y darle puntapiés para que se marchara. De vez en cuando se alejaba, pero era para volver en cuanto se presentaba un joven que invitase á Bella y cuando, con afectada presunción, comprometía el vals número diez y seis ó diez y siete. Daniel, apoyándose en su espalda, se mezclaba en la conversación diciendo en alta voz:

—¡Cómo! ¿Dejarás de bailar hasta que llegue este vals?

—¿Y tú por qué te metes en eso? Si no lo acepto es porque tengo compromiso.

—No es cierto; las páginas de tu librito son blancas.

A veces él mismo se dirigía al joven que la invitaba, y:

—Gracias, caballero, le decía, mi prima no puede valsar; sufre una enfermedad de corazón y el baile le causa palpitaciones.

—¡Dios mío, qué hombre éste! suspiraba con impaciencia miss Bell.

Cuando Bella se alejaba del brazo de algún caballero, lanzaba sobre Daniel una mirada desdeñosa; pero el primo acechaba su regreso, y cuando volvía orgullosa y se sentaba en su sitio no podía menos que exclamar:

—¡Ah, Dios mío, cuán colorada estás!... Pareces un pimiento.

Y las señoritas del lado se reían, mientras que Bella se ruborizaba dirigiendo una mirada furiosa al joven.

Al regresar, y una vez en el coche, quejábale con su tía:

—Daniel está insoportable. Sólo me dice impertinencias. Se pone delante de mí para impedir que los jóvenes me vean y me saquen á bailar. Se burla de mí en alta voz y esto me hará perder el prestigio.

—¡El prestigio! exclamaba la tía riéndose. De modo que te hace perder el prestigio. ¡Vamos! esto es muy grave.

Entonces, humillada la niña, murmuraba entre dientes:

—La verdad es que no sé por qué me quejo contigo. Olvido que se trata de tu hijo y que siempre le das la razón. A mí no puedes sufrirme, y, naturalmente, siempre tendré yo la culpa de todo. Encuentras superior cuanto hace. Es una locura... por cierto incomprensible.

Estas rabieta divertían al principio á Daniel; pero cuando se convencía de que la joven estaba de veras incomodada con él, le sabía mal y se arrepentía de sus bromitas. Procuraba disculparse con dulzura, haciendo cuanto podía para recobrar la confianza de Bella, prometiéndole que no se repetiría la broma; pero al baile siguiente, y en cuanto se veía la niña cortejada, volvía á mostrarse desdeñosa y resentida. Entonces Daniel, olvidando lo prometido, por poco que ella le molestara con alguna frase descortés, volvía á ser malintencionado, burlándose sin piedad de la jovencita, sin que esto impidiera, no obstante, que al día siguiente le pidiera perdón.

Estos diversos cambios, buenos ó malos, que Daniel no comprendía todavía del todo, Bella con ser tan loquilla se los explicaba pronto y á la perfección. Casi del todo segura de salir bien, tomó una resolución que por espacio de varias semanas debía llevar la tristeza á la casa de la señora de Frémont.

VII

La señora de Frémont estaba convencida de que el carácter de Daniel era de todo punto incompatible con el de miss Howey. ¡Cómo imaginarse que una loquilla, mal educada, que sólo se preocupaba de los adornos, las *toilettes* y las diversiones, agradase á un joven tan juicioso y reposado como su hijo! Muy penoso le había sido renunciar á la ilusión que venía acariciando desde tanto tiempo, pero con la entereza y decisión que le eran peculiares pudo cortar de raíz todas sus esperanzas, y sin confiar estas reflexiones al ingeniero, no había puesto todavía ningún obstáculo para evitar de repente el frecuente trato de aquél con la joven Bella. Aquella intimidad, por otra parte intermitente y llena de piques y disputas, en su opinión no era más que un pasatiempo sin consecuencias en los pocos ratos de ocio que le quedaban en sus absorbentes trabajos de la fábrica, un modo de distraerse, una chiquillada inocente. Miss Bell, por su parte, no daba señales de estar enamorada del primo. Nada, pues, había que temer, porque en ninguno de los jóvenes aquellas inofensivas relaciones podían engendrar un sentimiento profundo; ello, no obstante, y por colmo de precaución, aplaudía que se entregaran de nuevo á las fiestas de sociedad que cada día interrumpían por más tiempo las íntimas conversaciones de los dos primos.

Completamente tranquila, por lo que hace á este particular, no por eso dejaba de desear el casamiento de Daniel. Hacía poco tiempo que se había fijado en la hija de una de sus amigas, la señorita Dickray, que estaba, ó mejor dicho, que parecía estar adornada de la mayor parte de las cualidades que tanto hubiera deseado para Bella.

La señora de Frémont se ocupaba ya en este nuevo proyecto, cuando una mañana llamaron suavemente á la puerta de su cuarto, y previo el permiso de la tía, apareció miss Bell, envuelta en una elegante y sedosa bata.

—¿Te estorbo?

—De ningún modo; ¡pero qué madrugadora estás hoy!

—Es que he de hablarte largo y seriamente.

Y al decir esto, había tomado un aire tal de importancia que la señora de Frémont no pudo menos que sonreírse.

—¿De qué se trata? ¿De un vestido, de un sombrero ó de unos guantes?

Miss Bell quedóse algo confusa, y repuso con gravedad:

—No te burles. Sé que me crees muy ligera; que tienes una opinión muy desfavorable de mi carácter; espero, sin embargo, que lo que voy á comunicarte te hará cambiar de parecer.

—No deseo otra cosa. Veamos, pues, este asunto tan serio que te ha obligado á dejar la cama tan de mañana.

—No es por eso solamente... Era preciso que te hablara en una hora en que Daniel estuviese ausente.

Aunque el nombre del joven fué pronunciado con afectado descuido, bastó no obstante para que la anciana señora abandonase al instante la ironía con que venía conversando.

—Pues bien. Habla, habla, te escucho.

Viendo que su tía escuchaba, y segura del efecto que debía producirle, miss Bell no se daba mucha prisa. Arrellanóse en una gran silla, acomodó los pliegues de la falda sobre sus delicados pies, y luego, jugando con cierto abandono con los encajes de su bata, dijo con ligera sonrisa:

—Vacilo... porque es para mí muy embarazoso y difícil de expresar. No quisiera ofenderte á tí ni á Daniel... Lo he reflexionado seriamente, me he hecho cargo del pro y del contra del asunto... y es de todo punto indispensable que te comunique lo que he averiguado.

—¡Cuántos preámbulos! En verdad que me das mucho qué pensar ¿Qué has averiguado? Vamos á ver.

El tono burlón en que fueron pronunciadas estas palabras incomodó muchísimo á miss Bell, la cual, ofendida, dejando ya todo miramiento, se apresuró á decir sin rodeos:

—Pues he averiguado que Daniel está perdidamente enamorado de mí.

La señora de Frémont rompió en una larga y sonora carcajada.

—¿De veras? ¿Eso es lo que has averiguado?

—No río, tía, repuso la joven cada vez más disgustada. No veo que la cosa sea tan extravagante; antes al contrario, me parece muy triste. Bien sabe Dios que yo era quien temía más que nadie este contratiempo. Y naturalmente, y á pesar de no haber dado esperanzas á Daniel, pues me pasaba el día reconviniéndole ásperamente, el contratiempo ha llegado. Pero claro está, era inevitable. ¡Cuánto lo siento!... ¡pobre muchacho!

La señora de Frémont se agitaba y empezaba á dar evidentes muestras de impaciencia.

—Te ruego que no tengas tanta lástima á tu primo. No es tan digno de compasión como tal vez te figuras.

—Sí, sí, es digno de lástima, porque (muy á pesar mío por cierto) le hago desdichado.

Y sin parar mientes en el casi imperceptible temblor de dedos de la señora Frémont, reclinándose en el respaldo de la larga silla que ocupaba y con un movimiento suave de cabeza que acompañaba con un balanceo general de todo el cuerpo, con su habitual serenidad, pero con voz plañidera, prosiguió:

—Debes hacerte cargo de que Daniel no es un partido posible para mí. Le aprecio mucho, es un buen muchacho (de esto no me cabe duda), pero, vamos, no lo tomes á mal, no pertenecemos á la misma clase. Mi fortuna (y pronunciaba estas palabras con mucho énfasis) y la suya son tan desproporcionadas como nuestra posición social. De ahí que nuestras costumbres, aspiraciones y gustos sean distintos. En una palabra, todo nos separa; por esto con verdadera sinceridad vengo á pedirte tu auxilio para curar á Daniel de una loca esperanza que bajo ningún concepto puedo alentar, y que, en caso de que él se empeñe en querer lo imposible, será indudablemente su desgracia.

La señora de Frémont permanecía inmóvil escuchando; la sorpresa que aquel discurso le causaba contribuía en gran parte á su silencio, y si bien la desenvoltura con que la muchachuela se permitía juzgar á su hijo la mortificaba y exasperaba, no por eso dejaba de admirar cuán bien penetrada de su papel estaba la jovencita. ¿En qué libro habría aprendido de memoria aquellas frases? ¿Cabía dudar de que aquello era una farsa? El aire de convencida de la niña hacía suponer lo contrario. Terminado el *speech*, la anciana señora creyó que para echar abajo toda aquella jactancia de la joven, le bastaban algunas palabras, como por ejemplo: «Tontuela, ¿qué eres sino una pobre huérfana adoptada por mi hermano?» Pero esta idea sólo brilló en su cerebro como un relámpago de cólera, producido por el afectado menosprecio con que la niña hablaba de Daniel; así es que apenas concebida la venganza ya le pareció una traición hecha á su hermano, un ultraje á su propia dignidad, y arrepintiéndose de haber pensado un solo instante en semejante cosa, pues era tomar por lo serio los propósitos de una verdadera niña. Por eso contestó sin incomodarse y con tal sangre fría, que cualquiera otra persona que no hubiese sido miss Bell se hubiera desconcertado.

—Sobrinita, puedes vanagloriarte de tener mucha imaginación.

La duda que estas palabras expresaban y particularmente lo de *sobrinita*, sorprendieron á miss Bell, la cual con viveza y animación, replicó:

—¿No quieres creerme?... Ya me lo figuraba. Así es cómo se recompensa un noble proceder. Piensa que podía muy bien dejar que Daniel se extraviara, y luego divertirme y divertir á los demás con sus ridículos obsequios; en vez de esto, he creído que era mi deber advertirte con toda sinceridad, y pedir tu auxilio y cooperación para contener el mal. ¿No

haces caso de mis advertencias? Tú misma; yo, por mi parte, me lavo las manos. Que pierda tiempo y dinero cortejándome, me tiene sin cuidado; es cosa que divertirá á los demás. Pero si algún día acaba mal esta broma, tuya será la culpa.

La señora de Frémont, al ver la seguridad y aplomo con que se expresaba su sobrina, estaba confusa y llena de estupor. Cuando la joven se levantó para salir del aposento, hízole signo de que permaneciese allí, y esforzándose por sacudir su aturdimiento, le dijo:

—Todo cuanto me dices me parece una locura, y me prueba una vez más que tu entendimiento está perturbado...

—Si quieres que me detenga tan sólo para dirigirme palabras tan halagadoras como éstas, hasta otro rato.

Y miss Bell se dirigió hacia la puerta; pero la tía, perdiendo ya los estribos, le gritó con voz imperiosa:

—No, ¡quédate! Te mando que te quedes; exijo que me des cuenta de los motivos que tienes para creer tales locuras.

La sobrina, resistiéndose á obedecerla, exclamó:

—Podría preguntarte con qué derecho me ordenas que hable.

Y luego añadió con un aplomo verdaderamente irritante:

—Pero como veo que tú no tienes sangre fría, me toca á mí el ser razonable; por eso voy á contestarte y á convencerte de tu injusticia. Si creo que Daniel está enamorado de mí es porque él mismo me lo ha declarado... del modo más claro posible en un hombre apasionado, loco.

Esta última frase pareció tan exagerada á la señora de Frémont, que sus dudas se avivaron. La verdad de aquella aventura era cada vez para ella más controvertible; así es que, tomando de nuevo el tono sarcástico, le dijo:

—¿De modo que fundas tu opinión en las bromas de Daniel?

—Le conozco demasiado para no distinguir perfectamente una broma de una confesión sincera.

—Pues ¿no te quejabas, la semana pasada, de lo muy mal que te trataba? ¿Cómo me explicas esto?

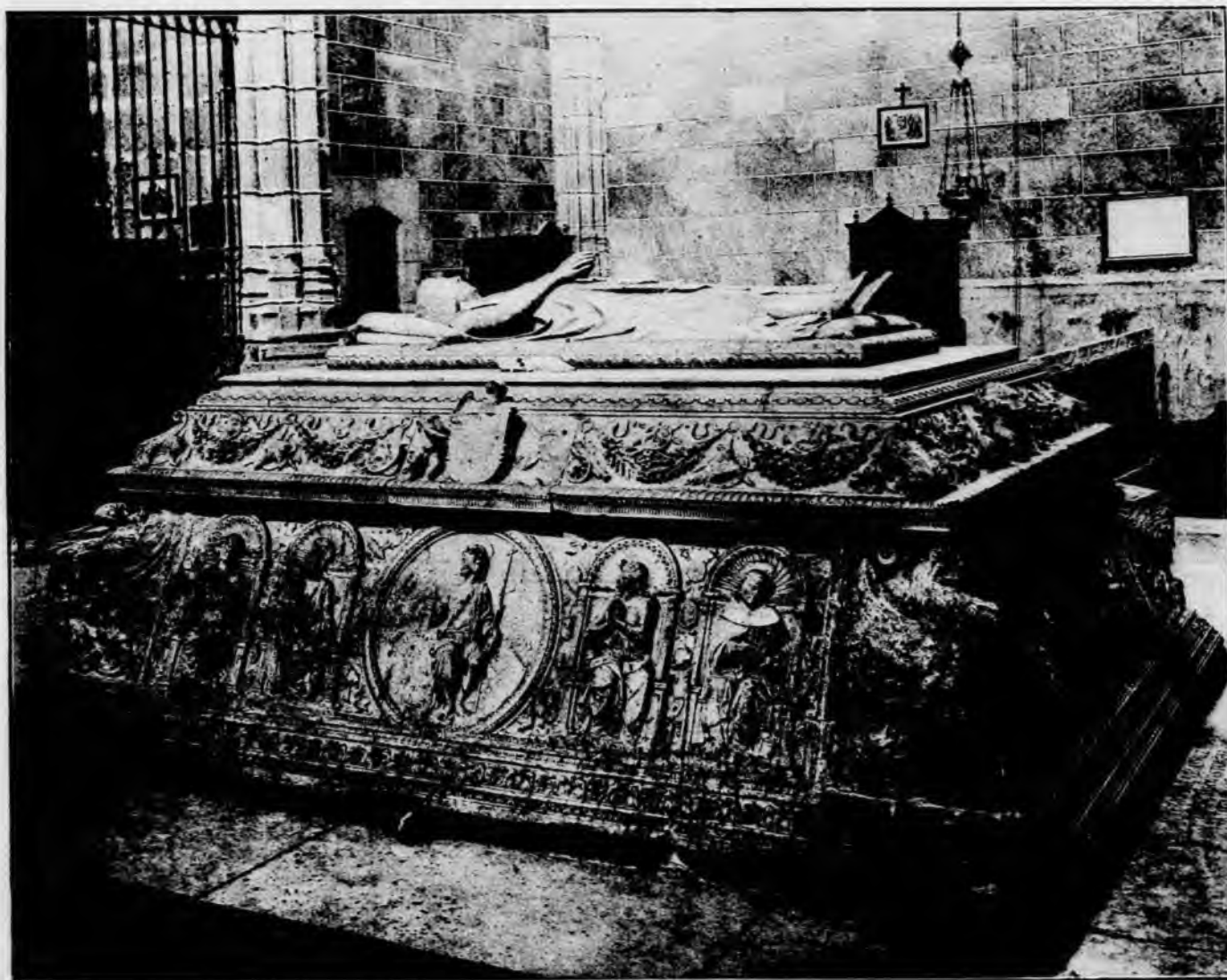
—Por el despecho que le producía mi indiferencia. Tú estás presente cuando me da matraca, pero no cuando con aire de humildad me pide que le perdone. Si le oyeras cambiarías de opinión.

—Se ha burlado de tí. Lo que dices prueba tan sólo que tu fatuidad es tan grande como su ingenuidad y buena fe.

—¡Sea! ya lo veremos, dijo Bella mordiéndose los labios. Suceda lo que suceda, tengo la conciencia muy tranquila.

—¡Yo también, también estoy tranquila! gritó con fuerza la señora de Frémont en el momento de salir la niña y antes de que cerrara violentamente la puerta del aposento.

(Continuará).



SEPULCRO DEL INFANTE DON JUAN, HIJO DE LOS REYES CATÓLICOS
EN EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS EN ÁVILA

Ayuntamiento de Madrid

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

PROSEGUIMOS nuestro camino. Al poco tiempo preséntanse á mi vista dos estalagmitas, semejando dos caprichosos ídolos ó monstruos agachados que parece guardan la entrada del antro tenebroso y horrible que estoy recorriendo. Por unos instantes descendemos por una suave pendiente que forma el terreno: —Mire usted: *la Cueva de Belén*, me dice el guía, añadiendo en seguida: —¡Cuidado, que tiene usted agua delante!

Por más que con mi lámpara procuro iluminar el suelo que se extiende á mis pies, no veo nada que indique la presencia del agua y sigo adelante; pero el guía me detiene, y agitando con el extremo de su bastón su superficie tranquila, me convence del riesgo que corría á dar un paso más. El agua es, en efecto, tan límpida, tan transparente; los objetos del fondo se perciben con claridad tal, que aun al más avisado se le hace difícil sospechar su existencia. En algunos puntos alcanza una gran profundidad.

Tomamos por un camino estrecho y tortuoso formado por sombrías galerías cubiertas por bajas y pesadas bóvedas. Por instantes parece que el aire me falta; hace un calor sofocante y una angustia y malestar indecibles oprimen mi pecho. El guía, que desde largo rato me observaba con disimulo, me tranquiliza: —Poquísimas personas, me dice, dejan de experimentar en este lugar un terror instintivo, y en algunos viajeros sube á tal punto que renuncian á seguir la exploración.

Y en efecto, sin darse cuenta de ello, no puede uno dejar de preguntarse qué sucedería si dentro de este laberinto las luces se extinguieran, ó lo que sería peor, si el guía se sintiese de repente acometido de un acceso de locura. Afortunadamente para mí, el que me acompaña es fuerte, y en varios puntos de la cueva me ha enseñado lámparas de repuesto y cerillas fosfóricas puestas al abrigo de la humedad.

Procuro, pues, armarme de valor y sigo adelante. Veo *el Fraile*, cuya devota silueta se eleva entre otras estalagmitas; después otra región llamada *la Carbonera*, cuyo nombre se debe á que sus paredes tiznan como el carbón. Luego *las Arañas*, originales grupos de estalactitas que descendiendo de la bóveda producen todo el efecto de arañas de salón y sirven de ornamento á esta sala.

A poco llegamos á un promontorio desde el cual se divisa el pequeño *Lago de la Sultana*. El guía baja por entre las escarpadas rocas, desaparece en un recodo, y colocando su luz entre las estalactitas, preséntase á mis asombrados ojos una extensa superficie de agua tranquila y transparente, iluminada por fantásticos reflejos, rodeada de columnas y cristalizaciones seme-

jantes á tenue filigrana. ¡Quiénes son los seres que pueden vivir en este mundo extraño, silencioso, en estos ríos que duermen en la eterna oscuridad desde las primeras edades del mundo!

Pasamos en seguida á la *Cueva de los Salchichones*, llamada así porque semeja una inmensa tienda de cuyo techo pendieran infinidad de salchichones y bacalaos.

Hemos llegado ya al *Lago Negro*. Este lago es de una extensión inmensa; sus aguas, inmóviles y diáfanas, se pierden á lo lejos en oscuros abismos. Gigantescas columnas se apoyan sobre rocas sombrías y otras más delgadas brotan del agua reflejándose en ella, viéndose reproducidos en su tersa superficie todos los objetos existentes en la gruta.

Más allá se presenta á la imaginación un castillo feudal con sus almenadas torres y matacanes; luego se dibujan fantásticas siluetas; cavidades inconmensurables se abren bajo nuestras plantas; inmensas columnas de piedra, semejando los tubos de un órgano colosal, apóyanse contra las paredes de las subterráneas criptas, como esperando en el majestuoso silencio que un infernal músico, ó un Wagner apocalíptico, venga á despertar con sus acordes los adormecidos ecos. Así, los infelices extraviados que han encontrado la muerte en este horrible laberinto, al percibir repetidos por el eco los estridentes sonos de las trompetas del juicio, se levantarán un día cubiertos de blancos sudarios y sacudiendo sus húmedas túnicas, atravesando los derrumbados subterráneos, bajo un cielo nebuloso, se dirigirán hacia Oriente rígidos y entumecidos todavía por su largo y helado sueño.

Reina en esta olvidada mansión tal silencio, tal inmovilidad, tan melancólico reposo, una quietud tan siniestra, que llega á perderse la noción del tiempo y del espacio. Pocos son los viajeros que dejan de percibir estos efectos al visitar estas cavernas. No obstante, hay sus excepciones, debidas al temperamento del viajero, pues, según me refirió el guía, tiempo atrás á un inglés se le ocurrió bañarse en el lago. Tomó su baño, y al salir de él, no teniendo nada á mano con qué secarse, rompió á bailar y cantar desaforadamente, acompañándose con su parasol y su bastón á guisa de violín en el traje que nuestro padre Adán usaba en el paraíso. Al contarme esta anécdota, se veía aún retratado en el semblante del guía el asombro que le produjo la excentricidad del inglés.

Abandonamos el *Lago Negro* para visitar la *Cueva Blanca*.

Después de descender algunos peldaños aparece una abertura á plan terreno, por la cual es preciso pasar para penetrar en una vastísima sala, que no ofrece otra particularidad que un hacinamiento de enormes rocas. Continuamos por un camino tan accidentado y peligroso, que sin agarrarse á las asperezas de los muros se corre el riesgo de rodar hasta el fondo de oscuros precipicios. Por este lado la gruta no ha sido explorada todavía. Se observan unos á modo de pequeños cráteres de volcanes desconocidos, abismos insondables que llegan hasta las entrañas de la tierra, en los cuales el guía lanzó piedras que, al chocar contra las paredes, despertaban ecos ahogados hasta perderse en los abismos llenos al parecer de agua. Después de ligeras revueltas, se llega frente al *Dosel de la Virgen del Pilar*, magnífico y rico monumento que se eleva al pie del *Salón de Descanso*, entre numerosas estalagmitas de formas caprichosas y fantásticas. A la izquierda el terreno desciende por entre rocas escarpadas, hasta llegar á un montón de piedras sobre las cuales se observa una ancha abertura situada á un metro del suelo. Dase á esta parte de las grutas el nombre de *el Teatro*, á causa de que las concreciones ofrecen el aspecto de una decoración con sus rompimientos y bambalinas.

Prosiguiendo el camino, péntrase en una vasta sala denominada *Cueva de los Catalanes*; es alta, de su bóveda penden elegantes estalactitas; numerosas estalagmitas erizan el suelo pedregoso y desigual, produciendo caprichosas siluetas. En un ángulo de dicha sala se levanta el *Descanso de los Extraviados*, suerte de monumento de unos seis metros de alto y uno de los puntos más dignos de atención.

Estaba fatigado por una marcha de más de hora y media á través de los senderos tenebro-

sos de estas cavernas, donde el espíritu se siente oprimido y donde una caída podría tener funestas consecuencias. — «Si quiere usted descansar, me dijo el guía, aquí tiene usted asientos formados por estalagmitas, y entretanto le referiré una historia que creo escuchará usted con gusto. Esta parte de las grutas es completamente desconocida, pues queda mucho que explorar todavía, y aun la misma en que nos encontramos lo era también antes de que tuviera lugar el



El Dosel de la Virgen del Pilar

accidente que voy á referirle, y que la hizo célebre, no sólo en Mallorca, sino en toda Cataluña.

«Fué en Abril de 1878. Dos señores de Barcelona salieron de Mallorca al amanecer, y á las seis penetraban en las grutas acompañados por un hombre que se ofreció á guiarles. Creyendo poder estar de vuelta á medio día, habían encargado en la Fonda de Femenias que les tuvieran preparado el almuerzo para dicha hora.

«Hacia ya largo tiempo que estaban recorriendo las cavernas, cuando uno de ellos hizo observar á su compañero que pasaban por sitios ya recorridos anteriormente, y temiendo que

el guía se hubiese equivocado en este oscuro é intrincado laberinto, le rogaron que les condujera de nuevo al exterior. El guía se turbó de pronto, pero sólo confesó que se había extraviado, cuando vió que sus esfuerzos para dar con la salida eran inútiles en medio de las rocas que les rodeaban por todas partes.

»Fácil es colegir cuál sería la desesperación de los viajeros al oír estas palabras. A partir



El Teatro

de este momento tomaron todas las precauciones á fin de no quedarse sin luz. Después fueron marcando con piedras el camino que recorrían, pero todo fué inútil: cada vez se internaban más en el intrincado dédalo.

»Subían, bajaban, volvían á subir de nuevo, tropezaban, metíanse algunas veces en los charcos de agua transparente é invisible, recorrían fatigados las salas profundas, los oscuros corredores, chocando contra las puntiagudas rocas en medio de la más horrible ansiedad y animados siempre por el remoto deseo de percibir la deseada luz de la salida. Mas el camino se desarrollaba en mil revueltas, como gozándose en ocultársela. El silencio, la oscuridad, las

pavorosas siluetas de las estalagmitas, las columnas gigantescas, las hacinadas rocas, los negros orificios de abismos sin fondo, el aire sofocante en algunos parajes, el terrible presentimiento de morir allí en el más completo abandono, en medio de las angustias del hambre y de la sed, se representaba á su imaginación, estimulando sus abatidas fuerzas, pudiendo así proseguir esta marcha incierta, temeraria, febril. En medio de sus negros presentimientos, abrigaban la esperanza de que, no viéndoles regresar á la fonda de Manacor á la hora convenida, mandarían en su busca gentes conocedoras de las grutas, y tarde ó temprano darían con ellos. Hacia el medio día estaban rendidos de fatiga y medio muertos de sed: hacía seis ó siete horas que recorrían estos lugares horribles y se sentían desfallecer: el valor les abandonaba. ¡Qué horas de ansiedad! Descorazonados, sin aliento, proseguían su marcha vacilante, parándose de vez en cuando para escuchar si alguna voz humana interrumpía el lúgubre silencio.

»En uno de estos momentos de ansiedad oyeron á lo lejos el ronco sonido de un cuerno. La esperanza renace en ellos; gritan con toda la fuerza de sus pulmones, pero nadie responde. Vuelven á gritar desaforadamente, pero cada vez perciben más lejano el sonido del cuerno, que al alejarse se lleva su última esperanza. Luego un silencio aterrador. Marcharon al acaso durante algunas horas, y por fin, extenuados y completamente abatidos, se sentaron, ó mejor, se tendieron junto al lugar que después se llamó *Descanso de los Extraviados* y *Cueva de los Catalanes*. Precisamente en este sitio en que estamos sentados fué donde pasaron las horas más terribles de su vida. En el momento en que vieron

que la última luz iba á extinguirse, uno de los viajeros escribió sobre la piedra esta frase sencilla, pero que expresaba todas sus angustias: *¡No hay esperanza!*

»Hacia las diez de la noche, diez y seis horas después de su entrada en las cuevas, oyeron de nuevo el sonido del cuerno que se acercaba paulatinamente.

»Gritaron con todas las fuerzas que les quedaban, y por fin distinguieron claramente las voces de los que iban en su busca. Los encontraron tendidos en el suelo, pálidos y medio muertos de fatiga, y á las once de la noche dejaban el oscuro antro en que pasaron las más angustiosas horas de su vida.

»En su marcha desesperada á través de las salas habían encontrado una pequeña ánfora con borrosos dibujos que, según todas las probabilidades, data de la primera dominación romana. Este curioso objeto fué entregado por los viajeros al señor Femenias en prueba de reconocimiento por el inmenso servicio que les prestó al ir en su busca. Esta ánfora está



Cueva del Descanso de los Extraviados

guardada cuidadosamente en la fonda de Manacor, donde tendrá usted ocasión de verla. El archiduque Salvador ha ofrecido por ella cien duros, pero á pesar de lo tentador del precio el señor Femenias no ha querido desprenderse de ella.»

Después de oír este interesante relato, encontrándome completamente repuesto de la fatiga que trae consigo la excursión, cogimos de nuevo las lámparas y bastones, y continuando la interrumpida marcha, descendimos un suave declive, y penetramos en el *Salón Real*, suntuosa y vasta sala adornada por caprichosas galerías, por afiligranadas columnas, con muros que, por su brillo, parecen revestidos de diáfano cristal, sembrada de soberbias agujas de obeliscos y cuyo trono, llamado vulgarmente *Trono de David*, de majestuoso y frío esplendor, parece aguardar á un fantástico soberano que la imaginación puede apenas concebir.

Todavía descendemos algunos desiguales peldaños, y siguiendo por entre estrechas y caprichosas galerías desembocamos en un vastísimo recinto. El *Lago de las Delicias* se extiende delante mis ojos. Las diáfanas columnas enlazándose y cientos de inverosímiles pilares parecen sostener la anchurosa bóveda: no es ya la caverna negra, no, es una arquitectura de marfil, una cripta subterránea de maravillosa riqueza, la visión de un mundo ideal, que el pensamiento ha evocado, y sin embargo la palpable realidad de su existencia, todo en él es diáfano, marmóreo, sutil; es el palacio de hadas soñado por los poetas árabes, un templo indio, un monumento de una arquitectura sin par, completamente distinto de todo lo que existe sobre la tierra.

El guía agita el agua con el extremo de su bastón, y la imagen de las columnas y pilares reproducidas por la superficie del lago parece estremecerse y animarse por breves instantes. Luego vuelve á quedar todo en reposo, con una tranquilidad tal que después de la última tenue y adormecida onda diríase que el agua, tal es su diafanidad, no es agua, sino una densa niebla que ocupa la parte baja de la gruta. En la oscuridad de las cavernas dormita silenciosa sin que la más ligera brisa rice su tranquila superficie. Allá arriba, sobre la tierra, bajo el espléndido cielo azul, bañada por un torrente de luz, los ríos se agitan, el rumoroso arroyo brilla deslizándose entre riscos, los pájaros le acarician con sus alas, las mariposas y las libélulas rozan suavemente su superficie, las escarabeas, los insectos de centellantes matices, un mundo entero de pequeños seres se miran en él festejándolo con sus zumbidos; el torrente muge, la mar monstruosa brama. Aquí las tinieblas, el eterno silencio, el profundo sueño en medio de tanta maravilla, interrumpido de tarde en tarde por la luz de una antorcha.

No puedo resolverme á abandonar este maravilloso y fantástico sitio.

C. V. DE V.

(Continuaré).



MALLORCA.—LAGO DE LAS DELICIAS (pág. 502)

Ayuntamiento de Madrid



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

FOR

José Felín y Lodina

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XVIII

UN CONVITE

A la mañana siguiente Dulce madrugó, es decir, se levantó antes del medio día, y tomó el camino de la calle de Belén, deseoso de que su consejera le diese dictamen sobre la escena ocurrida en el pabellón de casa de Bermúdez.

La señorita de Alcuneza no estaba en casa, ni probablemente había de volver á ella en algunos días. Hallábase en la del señor de Bermúdez, asistiendo á éste, que estaba malo, y acompañando á su hija Blanca.

—¿Se ha puesto enfermo don Roque?

—Eso parece, contestó la muchachuela, que constituía toda la servidumbre de Pepita.

—¿Y es cosa de cuidado?

—Debe de serlo. Para que la señora se haya quedado allí...

—¿Mandaron por ella?

—No, señor; fué esta mañana, temprano, de visita, y ha enviado luego á decir que no se la aguardase.

Al salir por el portal de la morada de Pepita, los pensamientos de Paco bailaban dentro de su cabeza una danza macabra.

—¡Si se muriera ese hombre!... De este modo sí que todo se arreglaba fácil y brevemente.

Procediendo con la cautela y astucia que el caso recomendaba, el joven se abstuvo de dar por difunto al banquero y de hacer ningún calendario que se fundase en tal eventualidad. Volvióse á su casa, y, observando gran diplomacia, dispuso que el criado fuese al hotel de la calle de Alcalá á preguntar por el estado del enfermo, con orden rigurosa de que no dejase de ir todos los días á hacer la misma averiguación, cuidando de que al cumplir el encargo sonase bien claro el nombre de su amo.

No sabiendo qué conducta seguir en tales circunstancias, y sin atreverse á maniobrar sin consejo, Dulce acordó encerrarse en casa y esperar allí el término de su incomunicación con la veterana. Permaneció cuatro días en la *Bombonera*, ocioso y devorado de inquietudes; cuatro días que fueron de azote para las cuatro doncellas perfumadas, para la mamá decidora y también para el marrullero de don Luis Eugenio, pues durante aquel período calamitoso el humor irritado del primogénito no cesó de castigar á todos lo mismo que el látigo de un cómitre; y no hubo día sin temporal, ni hora sin tribulación, ni comida sin repulsa, ni *baccara* sin ruina, ni defensa contra los atropellos de aquel tirano, como no fueran los atrevimientos y frescuras del tío Magdaleno, que de cuando en cuando se ponía en medio de la plaza y le daba unos capotazos á aquel toro embravecido.

Al quinto día el criado mensajero trajo la buena nueva, y tuvo fin el cordonazo que se corría en la *Bombonera*. Don Roque Bermúdez estaba restablecido; aquella mañana salía de casa y volvía á sus ocupaciones. Los elementos se apaciguaron, porque el hijo terrible se dispuso á perderse otra vez de vista, y la felicidad en tanganillas que reinaba en el hotelito de la calle de Ferraz volvió á extender su manto remendado y zurcido sobre las estrecheces de aquellos siervos de la *high life*.

Preparábase, pues, el mozo para echarse á la calle, y estaba afeitándole y rizándole el ayuda de cámara, que era el mismo y único criado de siempre, cuando á la puerta del gabinete llamó la doncella, todavía con el mandil puesto y el plumero en la mano.

—Un billete para el señorito.

El criado fué á tomar el billete y se lo alargó á Paco en la bandeja de plata Meneses que servía en la *Bombonera* para aquel ceremonial.

—Abre el sobre y dame la carta, dijo el señorito con los brazos encogidos dentro del peinador que le envolvía.

Hecha por el servidor la operación indicada, Paco tomó la carta por encima del paño, estirando los dedos sin sacar la mano del encierro de la tela.

Se puso á leer, y no le fué posible reprimir una interjección de sorpresa y alegría. El criado no se dió por entendido, pues el amo joven no le toleraba familiaridades ni aun cuando se le debían meses luengos de la soldada; pero sin decir palabra dirigió los ojos al papel sin dejar de seguir peinando, y así se enteraron á la vez el amo y el criado del contenido del billete.

Ese contenido era, en verdad, inesperado.

«Don Roque Bermúdez B. L. M. al señor don Francisco de Sales Dulce, y tiene el gusto de invitarle á comer esta noche á las ocho, en esta su casa y en compañía de varios amigos comunes, esperando que no deje de asistir.»

Aquello era extraordinario, y Dulce, aturdido y revolucionado con tal sorpresa, no se dió espacio para meditar.

—¡Anda! dijo rudamente al criado. Concluye pronto.

Deshízose de él, vistióse en un abrir y cerrar de ojos, y se lanzó á la calle impelido por una fuerza de doscientos caballos. En la calle de Ferraz cogió el tranvía; en la plaza de Oriente se apeó de él y tomó un coche de punto.

—¡Belén, 36!... ¡Aprisa!

Y cuando llegó el vehemente mozo á la presencia de Pepita Alcuneza, aún no había reposado un segundo la ebullición de su cerebro para preguntarse qué podía significar el convite que le dirigía don Roque.

La novedad pareció también digna de asombro á la respetable huérfana; pero ésta, lejos de perder el tino con ella, consideró que era del caso darle todas las vueltas y examinarla por sus caras y sus esquinas.

—¿Has pasado los cuatro días últimos en casa de Bermúdez?

—Los cuatro días enteros.

—¿Cuidando al enfermo?

—No ha sido tanto, como tú puedes comprender. He ido á hacer que hacía; mi intento fué aprovechar la coyuntura para permanecer al lado de Blanca.

—¿Y nada has traslucido que pudiera hacerte presumir ó que ahora te explique la invitación que recibo?

—Nada absolutamente. Ese ha sido de seguro un acuerdo repentino.

—Es extraño.

—Muy extraño.

Los dos interlocutores se callaron, entregándose cada cual á una meditación trabajosa y estéril. ¿Qué significaba aquello? Don Roque mudaba súbitamente de actitud ó de táctica. Mucho había que adivinar delante de aquel cambio, pero ni la vieja ni el mozo acertaron á descubrir cosa que fuese motivo de alarma.

—Hay que ir, dijo la abogada al cliente poniendo un ademán de diosa Belona.

—¡Ya lo creo! respondió con toda su alma Paco. No he pensado un solo momento desaprovechar tan hermosa ocasión.

—Al fin y á la postre, el convite no presagia cosa temible.

—Ya ves que le hemos dado al asunto todas las vueltas.

—Eso es; y yo no veo por dónde haya que recelarse.

—Decididamente don Roque se entrega; le ha sometido su hija. En fin, que esta noche me siento á la mesa del banquero. No irá á envenenarme.

—Tienes razón. ¡Sólo que nos había dado por la cavilosidad y la sospecha!... ¡Vamos, tú triunfas, Paquito! Sea enhorabuena.

La setentona alborozada echó los brazos al cuello del mozo galán é imprimió en la mejilla de éste un par de besos sonoros. Dulce puso término á aquel toque de aleluya, deshaciéndose de los brazos de la vieja y marchándose á pasear su alegría victoriosa por todos los sitios de Madrid, donde gallardean las gentes felices y satisfechas: al restaurant, al club, al Retiro... Pasó el día queriendo, empujar á las horas; jamás había fermentado en él tan activamente la impaciencia que le era ingénita. Cuanto más recapacitaba, mejor le parecía el agüero que la invitación del banquero le traía. Considerábase vencedor, dueño del campo, lisonjeado y mimado en su amor propio, satisfecho en su ambición. Los millones ya eran suyos.

Pocos minutos antes de las ocho se apeaba del coche, ufano y decidido, á la puerta del suntuoso hotel de la calle de Alcalá. Dirigióse á la verja y preparábase á entrar en el jardín, con el imperio de un señor que pisa la tierra de su feudo, cuando se sintió fuertemente cogido de un brazo y oyó la voz de Pepita Alcuneza que en tono contenido le decía:

—¡Vén acá, pecador!... ¡Vén, que hemos de hablar antes que entres en esa casa!...

La anciana tenía un aspecto de tribulación que hubo de alarmar á Dulce. Dejose éste conducir por su confidente, que no le soltaba, y subióse en el coche detrás de ella, que lo hizo á toda prisa.

—Llévame á casa de las de Manzano; cómo hoy allí.

Paco dió unas señas al cochero y la berlina partió.

TOMO III.—64.

—¿Qué es eso?... ¿qué pasa?... preguntó afanosamente el joven.

—Yo no sé lo que pasa, contestó Pepita, ronca y anhelante de emoción. Pero algún aire bueno me ha traído esta noche á casa de Bermúdez... ¡Qué inspiración la de haber venido!... El oído y el alma tenía puestos en la calle para conocer el momento en que tú llegases, y en cuanto escuché que rodaba un coche, me dijo el corazón: Ése es... Y me despedí con prisa y maña, y he corrido á detenerte.

—Bien; pero ¿qué es lo que hay?

—Lo que hay, yo no lo sé... Pero, hijo mío, ahí te la están preparando.

—¡Habla, mujer!... ¿Qué es lo que me preparan?

—Algo... Yo no puedo decirlo... pero, algo. Hay allí gente que no va á festejarte.

—¿Gente, dices?

—Vamos á ver. ¿Te parece natural que Carlos Albuera esté hoy convidado á comer en tu compañía?

—¡Carlos!... apenas conocía á don Roque.

—Pues allí está, en el comedor, con traza de renegado, porque se deshacía en caricias á don Roque. Contemplándole estuve á mi sabor escondida detrás de la colgadura.

—¡Es extraño!

—Sigue atendiendo. ¿Y Rafael Laso y aquél adlátere suyo que se viste como él y no le deja en la vida, eran amigos de don Roque?

—Esos no le conocían siquiera.

—Pues allí están. ¿Saben esos ciudadanos algo de tu vida?

—Carlos Albuera... Ya te consta á tí lo que sabe.

—Sí; tiene la carta dotal. Pues ha ido á entregar esa carta.

Carlos sabía algo más de lo que Pepita mentaba; pero Dulce se lo calló.

—¿Y los otros dos tipos?...

—Esos, nada grave... Es decir, sí; algo relativamente muy grave. Lo de mi desafío por el altercado de Jai Alai.

—Sí; á propósito de otra mujer. Y al día siguiente al del fracaso de tu boda. Pues cómo se lo expliquen á Blanca... Y de seguro que no habrán ido á otra cosa... ¡Nada, hijo mío! que te encontrabas la casa llena de lazos. Porque... sigamos.

—¿Más todavía?

—Mucho más. Ese revendedor de billetes...

—¡Nicanor!

—¿Qué se le habría perdido á ese truchimán al pie de la escalera, en el primer recibimiento, donde esperaba muy reposado?

—Ese... ¡Friolera! Ese empeñó las alhajas de la novia. ¡Diablo! Y guardó las papeletas.

—Y en el saloncito de la rotonda, allá, separada como en lazareto, envuelta en media luz...

—¿Quién?... pronunció Dulce irguiéndose nerviosamente en el asiento de la berlina.

—Esa... ¿Cómo se llama esa paloma rubia con quien te fuiste?...

—¡Encarna!

—¿Qué aguardaría Encarna escondida en la rotonda?

—¿La viste?

—Como que me he dado maña para husmear por toda la casa.

—Tienes razón. Me tendían una asechanza.

—Un juicio oral con todos sus horrores. No vayas, Paquito; no aceptes esa batalla. La perderías.

—Es que la pierdo del mismo modo si no la acepto y huyo.

—Algo discurrirémos de aquí á mañana.

—Los instantes son preciosos, amiga mía. Si Blanca llega á oír á esos testigos de cargo... á Encarna singularmente, su fe caerá.

—¡Jesús, qué apuro!... Yo bien lo veo.

—Allá me voy, dijo el mozo moviendo la cabeza en ademán de reto.

El coche en esto se paró, y Pepita abrió la portezuela del lado á que iba sentada.

—Mira, dijo. Ya estamos en casa de Manzano.

—Baja, pues, y adiós.

—¿Y te vas allá?

—Como una flecha.

—Pero ¿qué vas á hacer?

—Lo meditaré en el camino.

—¡Qué ansiosa me dejas!

—Yo voy muy fresco.

—¡Valiente! dijo la setentona introduciendo la cabeza en la berlina de la cual ya se había apeado. Mereces esos millones.



Cerró de un golpe la portezuela y desapareció por la ancha escalera de las de Manzano. Paco Dulce asomó la cabeza por una ventanilla, y gritó resueltamente al cochero:

—A casa de Bermúdez.

Y arrellanándose en la testera se puso á meditar cerrando los ojos, apretándolos fuertemente, contrayendo las cejas y la frente, en busca de un pensamiento y de una resolución.

(Continuará).



PROCESIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS EN LA CIUDAD DE ÁVILA

Véase el artículo RECUERDOS DE ÁVILA: *Santa Teresa de Jesús*.

VERDADERO RETRATO DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

POR FR. JUAN DE LA MISERIA

Véase el mismo artículo.

LOS FUGITIVOS

CUADRO DE LEÓN GLAIZE

Aristión ó Aaristión, filósofo peripatético que vivía en Atenas por los años 88 antes de J. C., fué nombrado embajador cerca de Mitridates, que en aquel tiempo se disponía á combatir á los romanos. Supo captarse la confianza de aquel soberano y anunciar á los atenienses que podían contar con su protección. Al regresar á Atenas hizo su entrada triunfal en una litera cuyos pies eran de plata maciza. Al día siguiente encareció el poder de Mitridates y excitó el odio contra los romanos, con lo cual logró que le nombrasen dictador. Su dictadura fué corta y terrible.

Contra ella se rebelaron los atenienses, que se veían expuestos por un lado á una revolución demagógica y por otro á la guerra de Roma. Por esto muchos habitantes resolvieron apelar á la fuga; mas Aristión hizo cerrar las puertas de la ciudad y apostar en cada una á satélites suyos. Exasperados los atenienses, sobornaban á los guardias ó bien de noche se descolgaban por las murallas valiéndose de cuerdas y auxiliados por los de dentro, no sin grave peligro de sus vidas. Esta escena reproduce con vivo colorido dramático el cuadro del pintor francés León Glaize, que va en este número re-

producido por el grabado. Aristión fué ejecutado por orden del romano Sila después de la caída de Atenas.

SEPULCRO DEL INFANTE DON JUAN, HIJO DE LOS REYES CATÓLICOS EN EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS EN ÁVILA

Magnífica obra del estilo del Renacimiento es el sepulcro que reproducimos en este número y que figura entre los más notables monumentos de la admirable ciudad de Ávila. En la capilla mayor del convento de Santo Tomás, erigieron los Reyes Católicos aquella soberbia sepultura para su hijo, el infante don Juan, heredero de tantas coronas. El arte de la época desplegó allí la mayor habilidad y el gusto más depurado. Es grandiosa la línea que forma el sepulcro en su conjunto: son ricos todos los motivos escultóricos que lo decoran y le dan autoridad y nobleza. Altivas águilas flanquean los ángulos, y á los costados aparecen medallones diestramente esculpidos con la Santísima Virgen y el Bautista y figuras simbólicas de las Virtudes teologales y cardinales. Rodean el friso superior ángeles que sostienen escudos, trofeos y festones, todo trazado con gran verdad y con exquisito sentimiento artístico. Adelántase, empero, á toda la obra el bulto yacente del malogrado príncipe que mandó labrar su joven viuda Margarita de Austria. Hay en él toda la gallardía de modelado peculiar al Renacimiento y á la vez al sentimiento religioso propio de las mejores obras escultóricas ejecutadas en el siglo xv por los imagineros cristianos. La cabeza respira la plácida tranquilidad del que ha muerto en el Señor, y los ropajes, trazados con simplicidad y holgura, contribuyen á la impresión solemne que aquella estatua icónica produce en quien la contempla. Esta joya se debe al escultor italiano micer Domenico Alejandro Fiorentino, el mismo que trazó más adelante el sarcófago del Cardenal Cisneros para la Universidad de Alcalá.

Monólogo dramático

POR

RENATO BULL



Desconfianza



Va adquiriendo confianza



Comedia.—Procura ser chistoso



Está persuadido que lo es



Meditación



Aproxímase a la tragedia



En plena tragedia



Llega al paroxismo



Último arranque

El talento premiado,
vuelta á su modesta confianza.

MESA REVUELTA

AQUELLA parte de la física que se ocupa de las leyes de la luz y de la visión se llama *óptica*. Las diferentes partes de que se compone esta ciencia tienen por objeto: la *catóptrica*, la reflexión de la luz (espejos de todas formas); la *dióptrica*, la refracción de la luz (fenómenos que presentan los rayos luminosos al pasar al través de los prismas, índices de refracción, propiedades de las lentes); la descomposición y recomposición de la luz (espectro solar, colores, rayos del espectro, disposición, acromatismo); la visión y los instrumentos de óptica, las interferencias y la difracción, la doble refracción y la polarización.

Los primeros conocimientos que se adquieren referentes á la óptica los hallamos en la escuela de Platón. En tiempo de este filósofo se construían espejos de metal, y el uso de los vidrios ustorios era muy común. El tratado de óptica más antiguo de que se tiene noticia es el de Euclides. Ptolomeo tiene también tratado referente á la luz. El árabe Alhazen compuso un *Tratado de Óptica* en el que se encuentra el primer ensayo sobre la luz reflejada y la luz refractada. A pesar de todas estas tentativas, hasta mediados del siglo xvi no podemos decir que la óptica forme una verdadera ciencia. Maurolico de Mesina publicó en esta época una teoría muy avanzada sobre el mecanismo de la visión, que le hizo

descubrir los medios de remediar los defectos de la vista, por el empleo de cristales cóncavos ó convexos. El gentilhomme napolitano Porta inventó la cámara oscura. En 1637 la *Dióptrica* de Descartes abrió nuevos horizontes á la ciencia, dando á conocer las leyes de la refracción. En 1667 se publicaron las *Lecciones de Óptica* de Barrow, y en 1678 el *Tratado de la luz*, de Huyghens, y en él hallamos la primera teoría referente al origen de la luz, teoría llamada de las ondulaciones: estas dos obras contribuyeron muchísimo á ensanchar los dominios de la óptica, pero quien dió el verdadero impulso á esta ciencia fué Newton. En su *Tratado de Óptica*, publicado en 1704, se encuentra el importantísimo descubrimiento de la descomposición de la luz en siete rayos primitivos. Más tarde los más célebres geómetras se dedicaron á desarrollar, sometiéndolas al cálculo, las leyes de reflexión y de la refracción de la luz, según los principios sentados por Newton. Euler trató de hacer prevalecer sobre la teoría de la *emisión* la de las *ondulaciones*, é indicó el procedimiento para la construcción de lentes acromáticas. El óptico inglés Dolland construyó las primeras lentes de esta clase. Thomas, Young y Fresnel publicaron notabilísimos trabajos sobre las interferencias. La doble refracción, cuya ley, descubierta por Huyghens, había sido desechada

por todos los físicos, ha sido demostrada posteriormente como exacta por Malus y Wollaston y confirmada por los experimentos de Fresnel, de Biot, Arago, Brewster, Malus, etc., etc., los cuales han publicado excelentes trabajos sobre la polarización y han aplicado el conocimiento de estos fenómenos al análisis químico. Todos estos trabajos han dado por resultado el que en todos los instrumentos de óptica, particularmente en los microscopios y telescopios, se introdujeran grandes perfeccionamientos, haciendo por otra parte progresar la ciencia.

La navegación ha aprovechado muy particularmente los perfeccionamientos introducidos por Fresnel en la construcción de faros.

En nuestros días las propiedades químicas de los rayos luminosos han sido objeto de predilectos estudios, y al poder de los rayos químicos se debe la invención de la fotografía.

Después de la *Optica* de Newton, las obras más estimadas de esta rama de las ciencias físicas, son las de Smith, Bonger, Lacaille, Priestley, Herschel, Brewster y otros.

Al querer un zorro vadear un río cayó en una zanja, y como de ella no podía salir, permaneció allí por espacio de mucho tiempo, sufriendo muchísimo, pues algunas moscas muy molestas se le habían pegado y le picaban por todas partes. Un erizo que acertaba a pasar por allí, al verle en aquel estado le inspiró lástima, y le dijo si quería que le quitara las moscas que le incomodaban. Dióle el zorro las gracias por su buena voluntad, pero no consintió en modo alguno que le tocara, por lo cual, sorprendido el erizo, quiso saber la causa de tan extraña determinación. — El motivo que tengo para obrar así, dijo el zorro, es que las moscas que tengo pegadas están ya borrachas, y casi no me causan daño alguno, y si tú las quitases, vendrían otras que estarían hambrientas que se chuparían la poca sangre que me queda.

En la vida del cardenal Jiménez se lee que habiendo un rey dicho a un caballero que le pidiese algunas mercedes, que se las concedería de buena gana, respondió el caballero: — Pues sea la última que me concedáis el no confiarme nunca secreto vuestro.

Preguntándole a uno, por qué, habiéndole otro desmentido, le respondió con una bofetada, dijo: — Porque eran los cinco dedos lo que tenía más a mano.

Castigaba un amo a un criado suyo por haberle cogido en un hurto, y decíale: — Señor, ¿qué me quieres? que es mi hado el que yo hurte. — Y respondió el amo, sin cesar en el castigo: — Y también el que yo te azote.

Un pobre hombre vivía cargado de deudas, lo que le tenía melancólico, y preguntando a un amigo suyo, que era también deudor, cómo pudiese dormir y vivir tan quieto, respondió: — Hasta media noche pienso cómo puedo pagar, y de media noche en adelante dejo

que lo piensen mis acreedores, y así duermo lo que he menester.

Preguntaron dos conocidos por divertirse al doctor Zapata: — Señor doctor, saquen ustedes de una duda: El ser médico, es arte u oficio. — Y él, conociendo la burla, con su acostumbrada agudeza respondió: — Señores, yo no sé si es arte u oficio; pero sé que a lo menos es artificio.

Preguntó uno a otro en qué modo podría ser deseado después de muerto, y respondióle agudamente: — Con dejar muchas deudas.

Ahogándose un hombre borracho nadando en el río Guadalquivir, dijo uno: — Al fin murió aquel hombre a manos del mayor enemigo que tenía.

Preguntándole a uno, por qué no se casaba, respondió: — Porque la mujer que haya de tomar, si es buena, téngola de perder; si mala, de aguantar; si pobre, de mantener; si rica, de sufrir; si fea, de aborrecer, y si hermosa, que guardar.

Para conocer si los diamantes son falsos, rocíese con aceite una plancha de hierro caliente, échese luego polvo de vidrio, y póngase sobre esto algunos carbones encendidos: si aproximando la piedra al calor de las ascuas no pierde lustre es prueba de que es buena; pero si se empaña es ciertamente falsa.

Se pueden conservar los melones hasta el mes de Diciembre y Enero tomando los más tardíos, todavía maduros. Enjúguense ligeramente con un lienzo, y pónganse en un paraje seco por espacio de uno ó dos días. Pásese ceniza por un tamiz para separarle los pedacitos de carbón, échese en un tonel bien seco, y cúbranse enteramente con ella los melones, procurando poner el tonel en paraje donde no penetre mucho frío.

Las grandes sensaciones reprimidas con esfuerzo nos oprimen el corazón; un amigo verdadero con quien podamos confiar aquella parte que rebosa de nuestras alegrías y de nuestros dolores es un beneficio que otorga la Providencia a los que protege. — BERSEZIO.

Aquel que se ha hecho esclavo de unos hermosos ojos, de una bella cabellera, que ocultan un corazón perverso y una alma baja y viciosa, tiene en verdad motivos de quejarse. El infeliz quisiera huir, pero como el ciervo, por todas partes lleva la flecha que le ha herido: avergonzado de sí mismo y de su flaqueza no se atreve a hablar de su desgracia y hace inútiles esfuerzos para curarse. — ARIOSTO.

Para juzgar bien de los demás es indispensable saber juzgarse a sí mismo; pero el amor propio está siempre cubriendo con un velo nuestros defectos y dispuesto a rasgar el velo que cubren los defectos ajenos. — TOMMASO VERO.

El arte se parece más á Dios que la ciencia. La ciencia descubre, el arte crea. — (***)

Un avaro se enriquece aparentando ser pobre. Un pródigo se arruina aparentando ser rico. — SHENSTONE.

El pródigo roba á sus herederos; el avaro se roba á sí mismo. — (***)

Todo cuanto se dirige á Dios con buena intención es bien recibido, aunque sea mal expresado; en el

mundo ocurre lo contrario, sólo lo bien ejecutado tiene aceptación, aunque se haya hecho con mala intención. — STERNE.

Aun los mismos disgustos y contrariedades pueden con el tiempo llegar á ser los elementos de nuestra felicidad y de nuestra perfección. — MILTON.

Obrar en vista de una determinación tomada en ocasión que nos hallamos dominados por la cólera, equivale á embarcarse en un buque en el preciso momento de romper la tempestad. — (***)

RECREOS INSTRUCTIVOS

COMBINACIONES ÓPTICAS

Todos conocen el papel llamado *bristol*, que no es más que una cartulina perforada mecánicamente en direcciones regulares y repetidas, á la manera como se perforan los pliegos de sellos de correo para poderlos separar fácilmente.

Este papel se presta á diferentes juegos de luz, y suple en cierto modo á un kaleidóscopo.

Basta sobreponer dos trozos que tengan los orificios de igual calibre, y juntándolos sin pegarlos delante de los ojos, por medio de los dedos, puede observarse cómo cambian incesantemente, á la menor variación, los juegos simétricos y combinaciones geométricas más variadas.

Este experimento se hace más agradable, si antes se fija ligeramente en cada trozo de cartulina un papel de seda de color diferente; con esto se consigue variedad de tonos al mismo tiempo que de formas.

Cosa por el estilo se puede lograr con dos fragmentos de tul ó de gasa; según como les hiera la luz se forma un verdadero *moiré*, muy hermoso, y que varía mucho según el movimiento combinado que se le imprime.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

MAR-TA

Al concierto de puntos

A
A N A
C L A R A
A C I S C L O
A N A S T A S I O
C E S A R E O
C O S M E
P I O
O

Al rompe-cabezas:

GOBERNADOR, TALLERS, SADURNÍ, PELAYO

CHARADA

A una *tercia dos tercera*
en la calle de la *todo*
atóla codo con codo
el guardia *tercia primera*.

PA. SA. MA.

LOGOGRIFO

Soy tan rara, soy tan mala
y tanto, amigo lector,
que ni sé cómo contarlo
y darte una explicación.

Yo rompo, perforo, aplasto,
y eso que soy de algodón,
y hasta esclava, si me apuras
del viejo padre Jacob.

El carnero, ¡cosa rara!
también hace lo que yo,
cuando corre alegre y trisca
llamado por el pastor.

Este logogrifo explica
apenas lo que yo soy;
cuatro letras solamente,
y ya ves (qué confusión!

JUAN PINTADO.

COMBINACIÓN

C
A
T
A
L
I
N
A

Formar con estos puntos varios nombres de mujer.

JOSÉ MORA CALVET.



¿DUENDES?

I

SUCEDIÓ el caso en un punto de la Isla de Cuba, que nuestra infiel memoria no nos permite precisar, en el cual sufría el duro ostracismo que los intereses imponen el sujeto á quien, siquiera por el pronto, llamaremos héroe de nuestra historia. Algo de heroico (entiéndase legendario) tenía ya entonces don Daniel Llama Sarib, pues contábanse de él rasgos singulares de valor y de carácter, primero como oficial del ejército cristino en la primera guerra civil, después como simple paisano á cuya noble amistad y arrojo personal debía la vida algún político turbulento.

Don Daniel era todo un bravo. Bien lo revelaban su caballeresca postura y el fuego de sus ojos. Y como en este fuego ponía tanta parte su animoso espíritu como su apasionado corazón, no se extrañará que don Daniel se casara por amor, y con esto se comprenderá cuánto sería su sacrificio al dejar en la Península su esposa, su mejor tesoro, para ir á desempeñar, allende los mares, un empleo.

Era jefe de una importante dependencia en la que se guardaban valores. Junto á la habitación de la caja velaban todas las noches unos vigilantes armados, y en otro cuarto próximo había instalado su dormitorio don Daniel, pues estaba acostumbrado á ocupar siempre los puestos de peligro.

Cierta noche don Daniel se retiró á la hora de costumbre, dió un vistazo, como siempre, á los vigilantes, y se encerró en su alcoba.

Antes de desnudarse detúvose breves momentos delante de una jaula grande que servía de prisión á un soberbio loro. Miró al bicho con curiosidad: estaba dormido, con el pico oculto en el cuello de su lucida casaca verde, y aun dormido, tan soplado como un virrey de Indias. A precio de tal le había pagado don Daniel, pues el vendedor había asegurado que era un prodigio de parlanchinería, y así le quiso él para su propósito, que era enviarlo de regalo á su mujer, como recuerdo vivo de aquel país exuberante y cálido en que hasta los pájaros hablan. Ocho horas hacía que era su huésped el loro y ya esperaba impaciente oportuna

ocasión de despacharle para la Península. ¡Qué contenta se iba á poner su esposa cuando viese tan gracioso bicho! ¡Qué de lindezas le enseñaría!

II

Acostóse don Daniel y se durmió. Mas fuera que los cuidados de su responsabilidad le tuviesen vigilante hasta en el sueño ó que el calor le desazonara, despertó. Hizo por dormirse de nuevo, y casi lo iba consiguiendo, cuando sintió muy cerca una tos seca y débil.

Alzó prontamente la cabeza de la almohada y se puso oído alerta. ¿Habría sido ilusión? Repitióse la tos.

Entonces ya no le quedó duda de que alguien tosía cerca de él. Ninguno de los vigilantes podía ser, porque estaban en la habitación del otro lado de la caja. Sin pararse á más reflexión, don Daniel se levantó quedamente, encendió la bujía, tomó el revólver, que tenía sobre la mesilla, y andando cauteloso, abrió la puerta que comunicaba con la caja. Alzando la luz miró hacia el fondo de la pieza. No había nadie.

Pasados unos momentos de perplejidad, don Daniel volvió á encerrarse en su alcoba, la registró, por exceso de precaución, apagó la luz y se acostó de nuevo, no enteramente convencido de que sus oídos se hubiesen engañado. Íbale ya venciendo el sueño, cuando vino bruscamente á despabilarle la misma maldita tos. Incorporóse con renovada inquietud, y esperó. Por dos veces volvieron á toser.

No aguardó más don Daniel, encendió la bujía, se vistió y tocó el pito de alarma. Inmediatamente acudieron los vigilantes; díjoles el jefe la novedad, y emprendieron todos una requisa minuciosa. Ni persona, ni rastro, ni el más leve indicio que pudiera justificar el fenómeno que sobresaltó á don Daniel hallaron los requisadores.

Malhumorado se volvió á su lecho don Daniel, después de recomendar á los guardianes redoblaran su vigilancia. No bien apagó la luz con ánimo de dormirse, despreciando ficción ó realidad, fuera lo que fuese, la tos dejóse oír otra vez. Pero don Daniel, resuelto á no hacer caso, hundió la cabeza en la almohada, como deseoso de no escuchar.

Nuevamente se oyó la tos.

Don Daniel, ya rabioso, exclamó sin poderse contener:

—¡Quién demonios tose!

Nadie contestó.

Aquello era ya demasiado. Tosían, y tosían muy cerca de él, en la misma alcoba, no podía ya caberle duda, no era juguete de una ilusión: ¡tosían! Y el aquejado de tal molestia ó estaba emparedado en el muro que separaba la alcoba de la caja, ó estaba invisible en la misma alcoba. Era mucho hombre don Daniel para creer en brujas y para sobrecogerse por un ruido nocturno; pero aquella tos repetida le hizo experimentar con vergüenza un sentimiento traidor que jamás había hecho presa en él. Don Daniel llegó á tener miedo. Acostumbrado como estaba á hacer rostro á los hombres, por fieros que fuesen, él quería ver la cara de su adversario; pero con duendes ¿cómo batirse?

Un sobrecogimiento particular se apoderó de su espíritu y de sus excitados nervios; sintió los vagos escalofríos que produce el terror, y enojado de sí mismo, molesto, angustiado, quiso luchar con aquella intranquilidad.

Y la tos seguía, con una persistencia casi insultante.

Viendo que eran inútiles sus esfuerzos por sobreponerse á la extraña impresión que le embargaba, don Daniel quiso ampararse del sueño, como un náufrago que se esforzara por asirse al flotante despojo de la perdida nave. Cerraba los ojos apretando los párpados, estrujaba el rostro contra la almohada, ensayaba posturas ansioso de encontrar la más propicia al descanso;

permanecía quieto; acababa por volverse del otro lado y hacer nuevos esfuerzos y nuevos ensayos; tornaba á la primera postura y repetía el primer intento: todo en vano. Cada vez más nervioso por el mismo desasosiego y por el sobrecogimiento, ni podía conseguir los favores del sueño, ni el cielo se mostraba propicio á concedérselos, á pesar de las súplicas que le dirigía desde el fondo de su turbado corazón.

Vencido al cabo por la fatiga de tan penosa lucha, cayó en un sopor inquieto, especie de aplanamiento de los cansados miembros, en que sólo el espíritu permanecía vigilante y sobresaltado. En tal situación, escuchando de cuando en cuando la tos misteriosa, en las penumbras que finge la imaginación, paseábanse ante él duendes quiméricos y medrosos.

Así le encontró el alba, que fué cuando un sueño inquieto y escaso se apoderó de él.

III

Despertó á don Daniel su criado á la hora de costumbre, y por excepción rara tuvo que repetir el llamamiento. Vistióse apresuradamente don Daniel y fué á su despacho, donde le gustaba dar ejemplo de puntualidad. Tenía mucho trabajo, como siempre, y á él se puso, no sin esfuerzo, por lo quebrantado que se sentía.

Algunos de sus subordinados, que acostumbraban á despachar con él, le hallaron profundamente dormido en su sillón, y no queriendo molestarle, se fueron retirando según llegaron.

Volvieron dos de ellos, y con el ruido que hicieron al entrar despertó el jefe.

—¿Qué es eso, don Daniel, dijo uno de los empleados, ha pasado usted mala noche?

—Si apenas he dormido, contestó. Me ha pasado la cosa más rara que pueden ustedes figurarse. Cuidado que yo... me he batido como militar y he dado la cara como paisano, y sin fanfarronada puedo decir que no tengo miedo á nadie, ¡qué demonio! Pero les aseguro á ustedes, que si hay duendes, esta noche han estado en mi alcoba.

—¿Qué dice usted, don Daniel?

Éste refirió á los presentes lo que le había sucedido. Y casi estaba concluyendo el relato, cuando el cartero, que había entrado y había detenido su salida por escucharle, exclamó:

—¡Ay, don Daniel, el que tosía era el loro!

—¿Cómo el loro?

—Sí señor: es una de sus habilidades. ¡Pobre bicho! ¡Si viera usted qué malos ratos me ha dado con esa tos! Sólo por eso me ha costado trabajo desprenderme de él, y si no hubiese quedado tan empeñado, no se lo hubiese vendido á usted.

Dijo estas palabras el cartero con tan visible emoción, que don Daniel, compadecido é interesado, le preguntó:

—Pero ¿qué quiere usted decir? Explíquese usted.

—Señor, ese loro era de mi pobrecita hija, que se me ha muerto. Los médicos decían que vino ya enferma de la Península; para mí es que enfermó en este pícaro país, adonde venimos los españoles para purgar nuestros pecados. Diez y siete años tenía mi Julia, y aunque me esté mal el decirlo, era una rosa. Todo lo que sabe el loro se lo enseñó ella; ese bicho era su única distracción. ¡Pobrecita de mi alma! ¡Estaba tísica! Y como el loro la oía toser, la imitaba. Por las madrugadas tose siempre, y tose igual que ella. Algunas noches me ha desvelado á mí, porque me parecía oírla. Crea usted, don Daniel, que se lleva usted un pedazo de mi alma con ese loro.

El pobre cartero no pudo contener el llanto y por ocultarlo se fué.

Don Daniel salió detrás de él, alcanzóle é hizole tomar una onza sobre lo que por el loro le había dado.

IV

Algunos años han pasado desde este suceso. El loro vive aún, ya con su casaca verde muy raída y con la cabeza mocha donde su ama le ha buscado tantas veces la pulguita. Y á pesar del tiempo transcurrido, á pesar de que la esposa de don Daniel le ha enseñado á tararear aires de *Rigoletto*, á silbar como un contrabandista, á llorar como un niño de pecho, á llamarla por su nombre y á comer en la mano sin hacerla daño, el recuerdo de su antigua ania no se ha borrado de su memoria. Fiel fonógrafo de la expresión de dolor con que la pobre tísica saludaba al nuevo día, el loro tose como ella todas las madrugadas. El narrador de esta verdadera historia ha oído con emoción no hace mucho el eco fiel de la tos seca y débil, característica de la tisis, que consumió á la pobre hija del cartero.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.





CERCAS ECONÓMICAS

El vallado.—Calzadas y trincheras

El vallado.—Éste se forma de perchas más ó menos fuertes introducidas en el suelo y atadas unas con otras, por medio de cuerdas ó ataderas de sauce ó de castaño

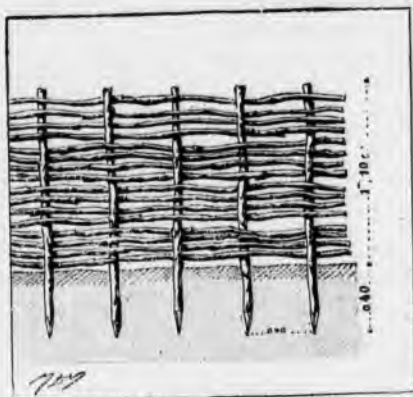


FIG. 1.—Seto seco

torcido, y generalmente presentan el aspecto de la figura número 1.

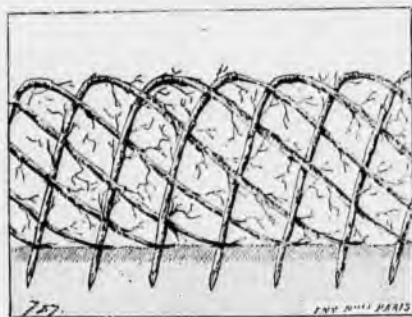


FIG. 2.—Seto seco

zadas y trincheras son las que vienen indicadas en la figura número 3.

Se aconseja aún en este caso que se combinen con

Otras veces se forman con cañizo, compuesto de ramas tiernas entrelazadas sobre estacas.

En principio general, las cercas son bastante útiles para la agricultura; pero si se tiene en cuenta su escasa duración, se comprenderá que sólo deben emplearse á falta de otra cosa mejor.

Calzadas y trincheras.—Las trincheras no carecen de cierta importancia para el saneamiento de un terreno de labor y para la conservación de los terraplenes; pero, como cercas, sería indispensable, en caso de emplearlas solas, que alcanzaran dimensiones extraordinarias y por tanto nada económicas, pues sabido es con cuánta facilidad puede saltar por ellas el ganado menor.

Si se les da grandes dimensiones, además de resultar caras en su instalación y conservación, son tan peligrosas para el hombre como para los animales.

Otro de los inconvenientes de las trincheras, con ó sin talud, consiste en la pérdida de terreno que ocasionan.

Las dimensiones que por lo regular se dan á las cal-

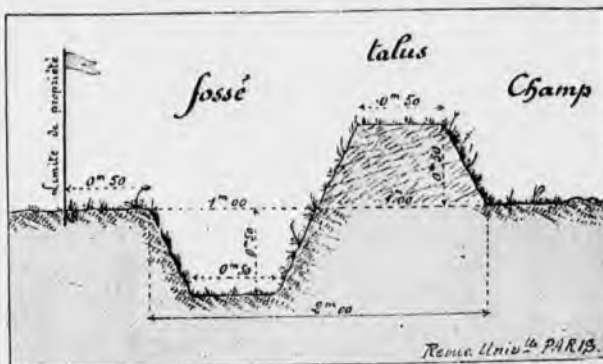


FIG. 3.—Foso talud

un vallado ó cerca de tierra si se quiere que sean de utilidad.

Por lo demás, no hay que olvidar que el uso á que

deben destinarse las trincheras, es para el desagüe de los terrenos, y cuando no están en la línea de un cauce natural de desagüe, se vuelven las aguas en ellos depositadas más ó menos pantanosas y pueden por tal causa constituir un peligro para la vegetación. Además, fácilmente se comprenderá que en muy pocos casos podrán tomar una dirección conveniente para servir al propio tiempo de cerca y de medio de saneamiento de los terrenos.

En resumen, puede asegurarse que las cercas que acabamos de examinar, que constituyen la primera parte de nuestra clasificación, son las cercas del pasado, pero no las del porvenir. Todas ellas irán desapareciendo á

medida que se extienda el progreso agrícola, y esto será debido, sin duda, tanto á sus caracteres distintivos como á los inconvenientes que presentan.

Conviene, en efecto, hacer notar que si en agricultura es conveniente que el ganado vea las cercas económicas desde bastante lejos, también conviene, al propio tiempo, que pueda pasar por ellas el aire y la luz, á fin de que no causen perjuicio á las plantas de cultivo, lo cual equivale á decir que no deben privar la vista. Por eso en el porvenir no se usarán más que las cercas económicas de la segunda clase, cuyo carácter distintivo consiste precisamente en dejar pasar la luz y el aire.

J. PEIGNON.



MAGOS DE LEVITA Y DE CAZADORA



o diré á ustedes que la Historia sea una verdad — como observaba un tribuno cauto, en el «calórico» de la improvisación — pero algo enseña, aunque sea poco.

No diré á ustedes que la Astrología y los profetas del ramo divulguen la verdad, pero algo divierten con sus pronósticos.

Profetas en política y en todas las especialidades del saber vivir humano hubo en todas las épocas y en todos los pueblos.

Hombres superiores á su raza y á su siglo, como el «Bu de Milán,» según le denominaban los vendedores callejeros que años atrás pregonaban un librito con las profecías del «Bu.»

Nigromantes que adivinaban el porvenir de los pueblos y el de los individuos aislados.

Señoras y señoritas «flamencas» que, por medio de los naipes ó de las rayas de la palma de la mano, predican la suerte de las personas de buena voluntad, y sonámbulas y brujas para casa de los padres, no faltan.

—¡Ah! cuando se jugaba la lotería antigua, era yo quien quería: no solamente de mi barrio, sino de todo el «Madrid crema» acudían á mi casa para pedirme cábalas numéricas y me pagaban religiosamente.

Así se lamentaba de su suerte un profesor de obra prima ó primaria, establecido en un portal de la calle de Embajadores; como quien dice, en un riñón del Madrid bravío.

Un zapatero intercalado en el texto, y portero simultáneamente, en la misma casa donde tenía abierto el establecimiento.

Los aficionados á la lotería antigua acudían al *maestro* para que les proporcionara la suerte, mediante un módico estipendio.

Y el sabio profeta fingía excusarse con modestia y hablaba, en tono doctoral, ambigüedades que se apresuraban á traducir en cifras numéricas sus admiradores y devotos.

—¿Yo quién soy? ¿qué sé? Un pobre abuelo...

—El go, decían á coro los circunstantes. Ha dicho «el abuelo.»

—Un pobre *artista*, continuaba el mago con tirapié, que vive aquí entre cuatro paredes, trabajando como un negro de Guinea...

Y los intérpretes apuntaban en un papel, ó si no cultivaban la escritura, pedían á persona que poseyera tan «difícultosos conocimientos,» al decir del zapatero ó profeta, que les hiciesen el favor de apuntar el 4 y el 1, correspondientes á *cuatro* paredes y *un* negro que había nombrado el mago de obra prima.

—¡Amigos míos! murmuraba éste; si yo lograra ver claramente el terno ¿para qué más día de fiesta? No diré yo que cerrase el establecimiento y abandonara el trabajo, porque es una honradez y un divertimento, y quitando un par de días por semana, y, cuando más, tres

ú cuatro, no dejaría de hacer zapatos ú de *remontoir* unos «botiyos.» Lo que haría en ese caso sería repartir entre los pobres del barrio las dos y las tres y las nueve y las diez pesetas ó los cuarenta ú cincuenta céntimos que ganara con mi trabajo.

En llegando estos despilfarros de números, quedaban como alicortados los clientes, y apenas podían seguir al profeta en sus simbólicos discursos, ni menos practicar las operaciones aritméticas por el sabio con lezna graciosamente indicadas.

—¿Dos días de cada semana? —apuntaba después un carbonero, repasando los datos cabalísticos tomados al oído. Luego, de siete días hay que quitar dos, y siete menos dos, son cinco próximamente.

Esto ayudándose con un cálculo laborioso y valiéndose de los dedos.

—Para mis cuentas, objetaba el joven «independiente» de ultramarinos, conforme le titulaba el profeta del barrio, quiere decir que se ha de jugar «el siete y el dos» que hacen «setenta y dos.»

—¡Buey! interrumpía con suma cultura el profesor de sastre establecido en el portal «colindante.» Siete y dos, son nueve.

—Sí, es verdad, replicaba el «independiente,» y uno diez.

Alguno de los clientes del sabio cabalista postergado procuraba extraviar á los otros, indicando sumas y restas que él no practicaba, creyéndose el verdadero intérprete de la palabra profética del maestro.

Cuando no salía en el sorteo de la lotería un número siquiera de los indicados, los jugadores atribulaban el fracaso á torpeza suya en el interpretar las simbólicas palabras del sabio, pero nunca á deficiencia de éste.

Y si acertaban y salía alguno de los números anunciados y previstos, era un triunfo, en opinión de aquellos imbéciles de buena voluntad, para el modesto sabio de obra prima.

La supresión de la lotería antigua dejó cesantes á los profesores cabalistas.

Desde entonces tuvieron que aplicar su ciencia y su actividad á otros asuntos.

Y unos se hicieron «apóstoles,» y se dedicaron á la medicina simplificada y sobrenatural, y otros compusieron profecías para almanaques.

Siempre pensando en el bien de la humanidad, sacrificándose por el prójimo.

¡Almas grandes! ¡Corazones generosos!

La autoridades persiguen á los «apóstoles» de alpargata y cazadora y *jongo*.

Los médicos protestan, y los farmacéuticos también, porque no solamente profesan la medicina, sino que emplean por único medicamento agua fresca en botijo ó en cántaro de barro.

Y no es esto sólo, que los mencionados «apóstoles» casan á las gentes y remojan á los niños diciendo que los bautizan.

Todo por inspiración, no de Dios, del Celeste Imperio, tal vez.

Familias principales del Barranco de Embajadores, Fuentecilla del Ave María, Peñuelas, Buildings y Amparo street, acuden á visitar á los «apóstoles,» cuando los hay, para encomendarles la curación de enfermedades graves ó en demanda de consuelos para el abatido espíritu.

—¡Bocas de ángel tienen esos santos varones! exclamaba una anciana, no venerable por cierto, hablando de los últimos «apóstoles» que cayeron sobre Madrid. Yo me paso en aquella casa tres ó cuatro horas diariamente.

—¡Y qué generosos! Bien se conoce que están iluminados por dentro, afirmaba otra dama del ramo de traperas. A mí me curaron el marido en muy pocos días. Vamos, que el hombre padecía de un mal incurable de suyo, y le despenaron con el agua milagrosa. Hija, como mano de santo, que suele decirse.

—Pues yo á mi niño no sabía cómo quitarle el pecho, y gracias á ellos se le quitó.

Los profetas de almanaque ejercen en libertad, sin molestias gubernativas ni judiciales.

Predicen los temporales, el buen tiempo, las cosechas, los matrimonios entre personas conocidas y el éxito de las obras dramáticas ó cómicas que han de estrenarse en cada teatro, durante la temporada.

Tienen sus formularios para los vaticinios.

«Luna llena á las 7 y 3 minutos de la mañana, en Libra. Nubes unos días, tronadas otros, vientos, buen tiempo, calor, fresco otras veces, humedad y sequía *respectivamente*.»

Y como decía aquel baturro del campo de Cariñena:

—Me paece á mí que mañana va á hacer un tiempo ú otro porque esa nubecica...

A lo cual replicaba atemorizado otro campesino que le oía:

—No lo premita Dios.

Como se ve, los «apóstoles» de almanaque poseen ilustración muy basta.

Entre ellos hay algunos que precisan.

«Del 1 al 5, grandes calores; del 5 al 10, nieves, huracanes; del 10 al 15, temperatura primaveral, lluvias; del 15 al 20, piedra, rayos y *centellas*; del 20 al 25, días caniculares; del 25 al 30, un tiempo ú otro.»

Aquí se echa de menos una nota, como en los programas de los circos *ecuestres*,—que así los nombran las gentes,—diciendo:

«La empresa se reserva el derecho de alterar el orden del programa.»

—Calcule usted, se lamentaba un caballero; un país en el que se tolera á una empresa que altere el orden y lo anuncie con este cinismo, es país perdido.

Por mi parte, en cuanto el señor Noherlesoom, pongo por caso, ó pongo por profeta, anuncia tormentas terribles, con chispas, me atemorizo espontáneamente.

Y otro tanto ocurre á todos los aficionados á la *ciencia* en «sus altas manifestaciones.»

Porque ya sabemos lo que va á suceder.

Que indudablemente sobreviene «un tiempo ú otro.»

EDUARDO DE PALACIO.



SECCIÓN CIENTÍFICA

¿ES LA FOCA UN ANIMAL DOMÉSTICO?

FACE poco tiempo se suscitó una cuestión internacional entre Inglaterra y los Estados Unidos. El punto de partida de la contienda pertenece exclusivamente a la historia natural.

Los norteamericanos poseen en la costa del mar de Behering extensos territorios cedidos desde mucho tiempo por Rusia; las focas constituyen la principal riqueza de los habitantes del país, que son por otra parte muy pobres. Aquellos animales les proporcionan un aceite muy buscado, pieles que se emplean para distintos usos y un abrigo muy estimado. La caza de las focas es en extremo fácil, pues sólo consiste en apalearlas. La foca no vive en tierra más que durante la primavera, permaneciendo el resto del año en el mar, durante cuyo tiempo la pescan los ingleses. Mientras la especie ha sido bastante numerosa para satisfacer a los cazadores y a los pescadores de focas, las cosas andaban perfectamente; pero gracias al doble sistema de exterminio practicado por ambas partes con indecible rigor, han disminuido en tal proporción aquellos animales que hacen temer su pronta desaparición si no se pone remedio al conflicto. Esto ha dado lugar a que los norteamericanos observaran que la foca es un animal doméstico, puesto que cada año se presenta en los mismos sitios, tiene la costumbre de volver, *spiritus revertendi*, no carece de cierto grado de inteligencia y puede ser perfectamente domesticada. Poco importa que, abandonada a sus instintos, cometa actos de salvaje, ¿por ventura no hay entre nosotros pueblos antropófagos al lado de las naciones civilizadas? Fácil es adivinar las consecuencias que esta tesis tendría en caso de admitirse; si la foca es animal doméstico será indispensable prohibir la caza y la pesca, como se prohíbe la de la paloma, y siendo los norteamericanos los únicos dueños del terri-

torio donde aquellos animales se refugian, tendrían el derecho de matarlos, pues se consideraría que les pertenecen. Fácilmente se concibe que esta solución no sea del agrado de los pescadores ingleses, que de un momento a otro pueden verse privados de una industria lucrativa. Dada la importancia del asunto se han nombrado representantes diplomáticos y los dos Estados han sometido la resolución del conflicto al gobierno francés, designado como árbitro. No dudamos que ha de ser interesante para nuestros lectores un sucinto resumen de la historia natural y costumbres de las focas, causa verdaderamente baladí de un conflicto internacional, y causa al propio tiempo desinteresada, porque si se trata de saber la opinión de las focas, sobre si deben morir apaleadas por los yankees ó si es más natural que mueran a arponazos propinados por los ingleses, á buen seguro que para darla se las pondría en un aprieto.

En su más lata acepción, la palabra «foca» es sinónimo de pinnípedo, que los naturalistas aplican á los representantes de una clase de mamíferos muy interesante, á causa de su adaptación al medio acuático. Este grupo comprende algunos géneros entre los cuales merecen citarse el otario, la foca propiamente dicha y la morsa.

En todos ellos las mamas se encuentran más cerca del vientre que del pecho, el cuerpo está cubierto de un pelo corto, liso y tendido sobre la piel. Estos dos caracteres nos dan á conocer al mamífero.

La cabeza es redonda y pequeña comparada con el tronco; por lo regular tiene el hocico corto, la boca provista de gruesos labios, sobre los que se destaca un gran bigote, redondeado, compuesto de cerdas que en la morsa son del espesor de una pluma de cuervo. Tiene el olfato y el oído muy desarrollados. Las ven-

tananas de la nariz, que son muy delgadas, conducen á unas anchas fosas nasales no menos perfeccionadas que las de los perros.

Las orejas se hallan desprovistas de pabellón, excepción hecha de las del otario, en el que se halla representada por una pequeña concavidad. Las válvulas cierran los orificios de estos dos órganos mientras el animal permanece sumergido en el agua.

Los ojos, de color sinople, tienen una expresión extraordinaria, que no ha pasado desapercibida al talento observador de Micheler, quien en su magnífico libro *El Mar* da cuenta de una visita que hizo al jardín de Amsterdam, después de un aguacero. «El aire estaba pesado; dos focas buscaban el fresco en el fondo de las aguas, nadando y dando saltos. Cuando descansaban miraban al viajero; inteligentes y simpáticas fijaron en mí sus ojos aterciopelados. Su mirada era algo melancólica; les faltaba y me faltaba á mí también el idioma intermediario.»

Un completo sistema dentario hace que se parezcan mucho las focas á los animales carnívoros.

En la morsa ó vaca marina los caninos de la mandíbula superior se transforman en dos defensas que le sirven de armas y que á veces alcanzan dos pies de largo y pueden ser modeladas como el marfil.

El cuerpo fusiforme y adelgazado en su parte posterior, termina en una cola cónica en lugar de la aleta aplastada como la de los cetáceos. Tiene los miembros cortos, transformados en cuatro remos por la reunión de cinco dedos de la mano y del pie en medio de una piel coriácea. Los dos posteriores hacen de aletas y los anteriores sirven de timón.

Las focas son excelentes nadadoras, tanto si se atiende á su rapidez como á la belleza de sus movimientos. Pero su conformación, que tan favorable es para este ejercicio, no les permite, en cambio, moverse sino con mucha dificultad fuera del agua, y cuanto más ligeros y rápidos son sus movimientos de natación, tanto más inhábiles é indolentes se muestran cuando se hallan en tierra. Una vez en ella se acuestan sobre los bancos de hielo ó en los arrecifes para descansar, dormir y tomar el sol, y las hembras para poner los huevos y alimentar á los pequeñuelos.

Los otarios tienen miembros más sueltos, lo cual les permite encaramarse en las rocas más escarpadas y andar sin arrastrar el vientre.

Al hacer Cuvier un detenido estudio sobre la domesticidad de estos animales, ha dicho con respecto á las focas: «No deja de extrañarme que los pueblos pescadores no las hayan adiestrado para la pesca, del mismo modo que los pueblos cazadores han adiestrado el perro para la caza.» En cuanto á inteligencia la tienen muy

viva: de todos modos no cabe dudar que son susceptibles de recibir una gran educación. Reconocen á su dueño, se acostumbran á su voz, aprenden á saludar con la cabeza y se acercan al que las llama. Buffon refiere, sacándolo de uno de sus viajes de Mison, «que un marinero holandés había de tal suerte domesticado á una foca, que le hacía dar saltos como si fuera una mona.»

La inteligencia es muy á menudo hija de la curiosidad y las focas son en extremo curiosas. Los objetos que ven por vez primera las atraen. Si el hombre atraca en la costa donde habitan, como no está todavía escarmetada por las horribles carnicerías que aquél hace, lejos de mostrarse esquivas, se acercan y examinan con mucho interés las embarcaciones y se muestran dulces y confiadas. En los países en que se tiene la costumbre de cazarlas, el más pequeño ruido las hace mostrar recelosas, por lo que se limitan á respirar un momento fuera del agua, explorando minuciosamente la costa antes de arriesgarse á salir, y aun se guardan unas á otras durante el descanso.

Se ha dicho que el resplandor del rayo ó el ruido del trueno, no tan sólo no les asusta, sino que más bien parece que gozan contemplando una tormenta. Lo que más les gusta es que llueva al hallarse en tierra.

Casi todas ellas dan fuertes gritos, más ó menos parecidos en algunas al ladrido del perro y en otras al mugido del becerro.

No duermen en horas fijas y hasta suelen dormir mientras nadan. Se alimentan de distintos animales: peces, crustáceos y moluscos. La morsa come fucos, que arranca con los fuertes dientes de que se halla provista su mandíbula superior.

El rasgo más saliente de sus costumbres es sin duda el que sean capaces de dos sentimientos: el amor y la piedad, que podríamos calificar de verdaderamente humanos. Michelet, en el libro citado anteriormente, refiere una singular escena que Steller observó en los otarios. «Una hembra se dejó robar un pequeñuelo. El macho, furioso, la pegaba, y ella, arrastrándose delante de él, le besaba llorando amargamente. Su pecho estaba inundado por el llanto.» El macho de esta variedad guarda muchas atenciones á las hembras y desde el día de primavera en que han convenido en vivir juntos, ya no se separan más y no hay ejemplo de unión más íntima. Hasta el mes de Octubre, en el que terminan los amores, permanecen en el mismo sitio, pero esto no deja de ocasionar terribles luchas. Los machos viejos casi siempre son los primeros en llegar y se ven obligados á rechazar los repetidos ataques de los célibes y de los recién llegados, que se hallan apostados en las rocas de los alrededores. La poligamia es corriente entre ellos.

Son muy galantes para con las hembras, las agarran por la nuca con los dientes y las arrastran hasta el harén favorito. Pero acontece á menudo que el vecino ó el célibe que acecha desde muy cerca, aprovechando la ausencia, les arrebatan su primera conquista y entonces se entablan entre ambos rivales terribles combates en los que se derrama la sangre en abundancia.

La hembra pare un solo pequeñuelo al cabo de un mes de la concepción. El hijo es el objeto predilecto de sus caricias; ella le enseña á nadar y á escoger los alimentos. Por espacio de un mes el macho vigila con extraordinario celo y constante cuidado su pequeño paraiso, en el que permanece día y noche con la más admirable perseverancia.

No menos que él, la foca y la morsa se dejarían matar por su hembra y ésta por su hijo. Parece, sin embargo, que los pequeñuelos de la foca no tienen necesidad de un aprendizaje tan largo como los del otario, pues nadan desde que nacen.

El pequeñuelo muestra una piedad filial muy poco común entre los animales más perfeccionados. Cuando la madre lucha por su causa, el hijo se apresura á defenderla y muere gustoso por ella.

Pasada la época del celo, que da lugar á luchas sangrientas, reina entre las focas mucha fraternidad; en caso de que un peligro las amenace se prestan generoso auxilio.

Viven estos animales en sociedades numerosas, á lo largo de las costas y de los bancos de hielo. Son muy aficionadas al agua salada, pero esto no les priva de remontarse muy adentro de los ríos en persecución de los peces.

El otario se conoce porque tiene orejas externas y la planta de los pies desnuda. Se hallan en Groenlandia, en el Océano Pacífico, en California y cerca de los hielos polares del hemisferio Sur, en la Tierra de Fuego y en las islas de Falkland y Kerguelen.

La foca, propiamente dicha, se halla desprovista del pabellón de la oreja y tiene el extremo de las patas cubiertas de pelo. La *Phoca groenlandica* es la especie más común en los mares del Norte, y es objeto preferente de caza por parte de los esquimales y europeos. En la vecina Francia existe la *Phoca vitulina* (becerro marino ó foca común), que aparece algunas veces en el Mediterráneo, pero con más frecuencia en el Atlántico y en la Mancha, particularmente en la desembocadura del Somme.

La morsa (*Trichechus rosmarus*) ó vaca marina, se encuentra arrinconada en parajes inhabitables de la región polar, sobre todo en las costas de la América del Norte.

Las focas son objeto de grandes pescas. El arpón

penetra en la espesa piel del animal, se le deja resistir el ataque y se la sujeta á un cable atado á la caña del timón, atravesándole luego el corazón á lanzadas.

En tierra se matan mayor número de focas. Por lo regular ni al macho ni á la hembra les causa recelo alguno la presencia del hombre: así es que éste puede circular libremente por entre las focas. De este modo se las ataca impunemente; entonces procuran escapar sumergiéndose en el agua, pero se les corta la retirada y se las atonta á golpes dados con unos palos de hierro en la nariz del animal, y luego se les introduce una lanza en el pecho. (véase el grabado).

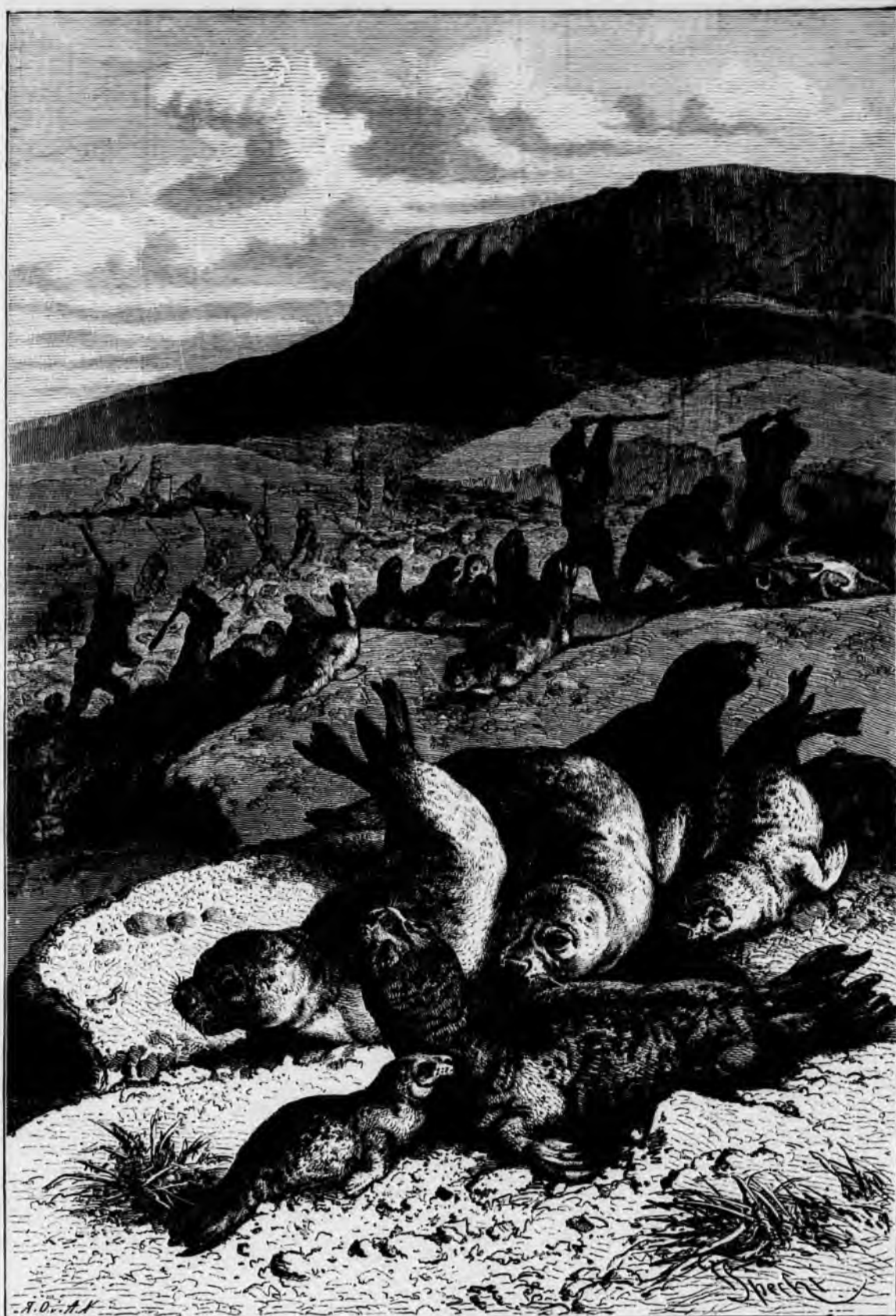
Inmediatamente se les despelleja. Los esquimales se alimentan con la carne de las focas, que es de color negro y coriácea; con la grasa sazonan los alimentos y extraen un aceite que usan para la calefacción y el alumbrado. La comen cocida ó bien helada. Con una mezcla de la sangre y agua salada componen una sopa que encuentran excelente. Los tendones y las tripas sirven para fabricar cuerdas, y dando una preparación especial á la piel, constituye ésta un abrigo impermeable.

En Europa las focas dan origen á la industria de unos cueros muy estimados y de un aceite excelente superior al de la ballena.

Desgraciadamente la guerra de exterminio de que son objeto, hace temer por su completa destrucción, y esto es tanto más de lamentar cuanto que nos interesa su multiplicación y sacaríamos beneficios de ellas empleándolas como animales auxiliares del hombre.

El tribunal arbitral encargado de decidir la cuestión de la pesca de las focas en el mar de Behring, se constituyó en París el día 4 de Abril último bajo la presidencia del barón de Courcel. El abogado que defendió los derechos de los Estados Unidos de América pronunció un discurso que duró tres sesiones; en él hizo una reseña histórica del asunto y sostuvo teorías bastante atrevidas y absolutas, por las que se propuso demostrar que tan sólo aquellos Estados tenían derecho, en virtud del tratado con Rusia, á la pesca de las focas del mar de Behring. El principal argumento que para ello empleó consistía en afirmar que estando prohibida la pesca de las hembras y no pudiendo la caza practicarse de un modo conveniente más que en tierra, puesto que en alta mar se hace un destrozo horrible sin orden ni concierto, perteneciendo como es evidente la costa á la América, los ingleses no tienen derecho alguno de cazar la foca ni de pescarla en alta mar, en virtud de los reglamentos que protegen á las focas.

Es verdad que en alta mar tienen los extranjeros



CAZA DE FOCAS EN LA PLAYA

Ayuntamiento de Madrid

perfecto derecho de hacer lo que les convenga, pero ¿por ventura puede fijarse dónde empieza ó dónde acaba el alta mar? Por lo regular se admite que empieza á las tres millas de la costa, pero el Consejo de los Estados Unidos sostiene que cada país puede muy bien fijar el límite de sus dominios según le convenga, extendiendo su soberanía á tanta distancia como pueda para proteger sus derechos, y que un Estado cualquiera puede detener barcos que infrinjan las disposiciones de Aduanas á mucha más distancia de la de las tres millas reglamentarias.

En fecha de 16 de Agosto último, el Tribunal de arbitraje publicó la sentencia, de la que resulta que los Estados Unidos no tienen ningún derecho de protección ó de propiedad sobre las focas que frecuentan las

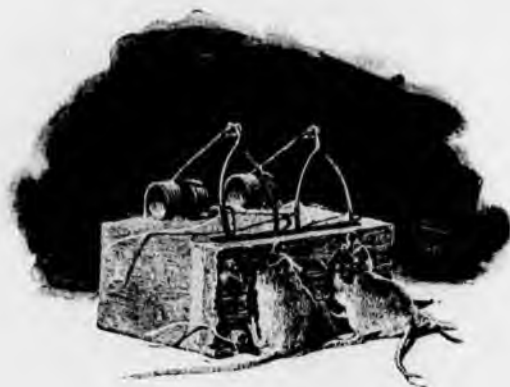
islas de aquel país en el mar de Behring cuando aquellas focas se encuentran fuera del límite ordinario de tres millas.

El senador Morgan, árbitro norteamericano, negó su asentimiento á casi todas las decisiones que contiene la sentencia.

La mayoría de los árbitros (cuatro contra tres) concedió una indemnización á los Estados Unidos, recomendando como cosa necesaria un reglamento, en virtud del cual se prohiba, en todo tiempo, la pesca de focas á los súbditos de los dos países en una zona de sesenta millas geográficas, alrededor de las islas Prybiloff, incluidas las aguas territoriales.

Por lo demás, la pesca de focas será objeto de gran número de limitaciones.

X.





Las Arañas

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

El guía me llama la atención mostrándome una estalagmita que parece un niño de pie y con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho; y luego otra que semeja un precioso vaso colocado sobre un elegante pedestal decorado por guirnaldas de caprichosas y raras hojas y flores. Hacia la derecha la bóveda forma un inmenso arco cubierto por blancas y ligeras estalactitas. Algunas penetran dentro del agua, otras lamen su superficie y parece que continúan por su reflejo caprichoso; hacia el fondo surgenafiligranadas rocas, cristalizaciones luminosas, grupos de esbeltas columnas que se unen á las que penden de la bóveda. Más allá de esta ornamentación brillante se abren corredores que, desconocidos completamente, continúan prolongándose en el seno de las tranquilas aguas.

Dejamos por fin este lago eliseo, este palacio que parece habitar alguna misteriosa náyade, tal vez el hada de ojos verdes de la leyenda española.

Siguiendo el camino, llegamos á otro lago de reducida extensión, pero extremadamente profundo, conocido con el nombre de *Baños de la reina Ester*. Fatigado de contemplar tanta maravilla apenas fijo la atención en este delicioso sitio, que me hubiera embelesado durante largo rato, á no haber antes visitado el *Lago de las Delicias*.

Hasta aquí llega la parte explorada de la gruta blanca; retrocedemos, y atravesando de nuevo la sala del *Dosel* y el *Salón de Descanso* llegamos á los bancos de piedra donde el guía me ha contado la lamentable historia.

Seguimos largas galerías, atravesamos un estrecho y húmedo corredor y penetramos en la

Cueva de los Murciélagos, de húmedas paredes, y cuyo suelo se halla cubierto por una espesa capa de guano, depositada allí desde muchos siglos por innumerables generaciones de murciélagos que la habitaban hasta hace poco tiempo, y que han desaparecido desde que la quietud de las cuevas se ve interrumpida por las continuas visitas de los viajeros.

El guía me dijo que don Fernando Moragues, hijo del propietario de las grutas y distinguido entomologista, ha observado que en esta parte de las mismas habita una especie de hormigas ciegas que se alimentan del guano de que antes he hecho mención, y una suerte de arañas de cuerpo raro y largas patas que tejen sus telas en los más recónditos parajes de esta gruta. Como se preguntare dicho señor qué especie de insectos les serviría de alimento, vió

posarse sobre la página del álbum que tenía en la mano una diminuta mosca, ciega también, sin duda, pues tropezaba con todos cuantos objetos se le ponían delante.

Emprendemos nuevamente la marcha á través de un tortuoso y angosto desfiladero sembrado de desiguales peñascos. Es la llamada *Bajada del Purgatorio*, cuya bóveda está sostenida por monstruosas columnas, y de cuyo suelo, pedregoso y ceniciento, se elevan especies de gigantesas criptógamas, entre raras y caprichosas estalagmitas. A los lados se entreabren enormes grietas que van á parar á profundos abismos.

Unos instantes después percíbese un vago resplandor que penetra por una hendidura de la bóveda. Llegamos al vestíbulo: la luz entra á torrentes por la abertura de la caverna. Estamos sudados de pies á cabeza y el guía me encarga que, sin perder momento, me vista las prendas del traje que al entrar había dejado colgadas sobre las paredes de la cueva, recomendándome al propio tiempo la conveniencia de permanecer bastante rato en aquel paraje á fin de no exponerme á los efectos



Bajada del Purgatorio

del cambio brusco que se experimenta al abandonar la pesada atmósfera del interior de las cavernas. Desde este vestíbulo puede entrarse en una nueva serie de cavernas que llevan el nombre del archiduque *Luis Salvador*; pero, francamente, no me sentí con valor para visitarlas: son muy peligrosas, según me dijo el guía, y poco frecuentadas á causa del excesivo calor que se siente en las mismas.

Abandono por fin las grutas y contemplo extasiado el sol espléndido, el cielo sereno y azul, el anchuroso mar festonado por acantiladas riberas. Dejo una visión extraña, fantástica, sombría, fatal, trágica, y el panorama de la tierra llena de luz y vida me encanta. Estaba ya hastiado de este mundo silencioso y dormido; de estos abismos que yacen en una noche sin fin, habitados solamente por seres sin ojos, donde duerme en eterno silencio el agua fluida y transparente allí como el aire, donde se abren espantosos abismos, donde tal vez á profundidades insondables se precipitan desconocidos torrentes.

En el momento en que iba á subir á la galera para emprender el camino de regreso á Manacor, el guía me condujo á la orilla del mar y me mostró una anchurosa abertura en las rocas de la acantilada costa sobre la cual se levanta una torre de vigía.—Esta abertura, me dijo, pone en comunicación las cavernas con el mar.

Las aguas de los lagos del interior de las grutas son saladas ó dulces, según su mayor ó menor proximidad á la costa, y se ha reparado que su nivel baja cuando dominan los vientos de tierra, y por el contrario se elevan cuando reinan del lado del mar.

De Manacor á Artá, donde me dirigí con el objeto de visitar sus también célebres grutas, hay que recorrer un largo camino, que se hace agradable al viajero por lo agreste y variado del paisaje; de trecho en trecho se descubre el mar. En las inmediaciones de esta población existen monumentos megalíticos que no tuve tiempo de visitar. Encuéntrase en medio de un bosque de seculares encinas, y según me dijeron, se parecen mucho á los monumentos, indudablemente de la misma época, existentes en la Cerdeña. Servían algunos de ellos como sepulturas, y los naturales del país llaman á aquel punto *Claper des gegants*.

En la sesión celebrada por la Academia de Inscripciones y Bellas Artes, en 10 de Mayo último, M. Émile Cartailhac, director de la revista titulada *Matériaux pour l'histoire primitive de l'homme*, ha dado cuenta de una exploración arqueológica practicada en las islas Baleares, Mallorca y Menorca, describiendo los monumentos de que acabo de hablar, de la que tomamos los siguientes párrafos:

«Encuéntanse verdaderas ciudades rodeadas todavía por sus fortificaciones, formadas con bloques que miden hasta 9 metros cúbicos. Las ruinas encerradas en esos recintos suelen consistir:

»1.º En restos de antiguas habitaciones toscamente construídas, por medio de bloques sin labrar, sostenidas por pilares de unos 2 metros de altura y distantes unos de otros de 1^m50 á 2 metros; el viajero que marcha por el techo de estas habitaciones, encuentra á cada paso un bloque hundido por el cual puede introducirse, y recorrer centenares de metros por el interior de las mismas.

»2.º Una construcción de mayores dimensiones compuesta por bloques bastante bien pulimentados y que ocupa el punto principal de cada ciudad; la bóveda de estos edificios estaba formada por grandes piedras lisas apoyadas sobre un enorme pilar central monolítico, que generalmente sigue conservando su posición vertical, y que los antiguos arqueólogos tomaron por un altar.

»3.º Torres cilíndricas y algunas veces cuadradas llamadas *talayots*, construídas por un aparejo de primitivas hiladas de bloques horizontales puestos de plano, y algunos todavía voluminosos que llegan á medir 3^m50. Estos bloques no están más que desbastados y rara vez tienen pulimento alguno. Sus muros, de 3 á 4 metros de diámetro, protegen una pequeña cripta cuya entrada mide 1^m80 ó 2 metros de altura, y la bóveda está formada por losas saledizas: cuando el diámetro excede de 5 metros, el techo se halla apoyado además sobre uno ó dos pilares.

»4.º Grutas excavadas en la roca de poca consistencia de que está formado el terreno, cuya planta recuerda completamente la de las grutas sepulcrales de las cercanías de Arlés en Provenza.

»En las afueras de dichas ciudades se encuentran las sepulturas llamadas en estas islas *nau* ó *navetas*, cuya forma viene á ser la de una lancha quilla al sol. M. Cartailhac ha encontrado en su interior numerosos restos humanos.

»En fin, en ciertos puntos, á lo largo de las costas, vense acumuladas innumerables grutas sepulcrales abiertas en la roca y cuyos detalles arquitectónicos ofrecen gran interés. En cuanto á los objetos encontrados en las distintas excavaciones que ha mandado practicar M. Cartailhac, señala en primer lugar objetos de barro y de bronce de forma distinta á las conocidas

hasta el presente. De ahí se infiere que desde muy antiguo ha habido en las Baleares una industria puramente local. La edad de piedra no se encuentra representada por ningún vestigio de monumento, toda vez que los objetos más antiguos corresponden á la última época de nuestra edad de bronce.»

Cerca del *Cabo Bermejo* y distante cosa de una hora en carruaje de Artá y sobre la pendiente de un precipicio cortado casi á pico sobre el mar, se abre anchurosa la entrada de las cavernas llamadas en el país *Cueva de la Ermita*.

Una escalera de piedra construída en 1860, cuando la visita de la reina Isabel á estas grutas, y que, á mi parecer, les quita completamente su aspecto, facilita la entrada por un corredor en el cual desaparece la luz del día.

Si las grutas del Drach me han encantado por la rareza de sus lagos y riqueza de sus salas, éstas me admiran por su grandiosidad y magnificencia de su decoración.

No se percibe en ellas esta sensación de malestar indefinible, casi de terror, que se había apoderado de mí en las del Drach, y que proviene, sin duda, de la atmósfera pesada y ardiente que allí se respira.

Las grutas de Artá son conocidas desde largo tiempo: el cronista Dameto en la historia que sobre Mallorca escribió en el siglo xviii, cuenta que son muchos los exploradores que, habiéndose internado en ellas, se han perdido sin que jamás haya vuelto á saberse de ellos.

Estas cavernas son grandiosas, y si bien al principio se observan pocas estalactitas, su número va aumentando considerablemente á medida que se avanza bajo sus sombrías bóvedas. Como en las del Drach, encuentro la *Virgen del Pilar*, que es aquí una soberbia estalagmita que semeja la imagen venerada. La *Sala de las columnas* adornada por elegantes, ligeras y esbeltas columnas que sostienen la bóveda. La *Reina de las columnas*, admirable por su belleza y dimensiones gigantescas, se levanta aislada en medio de una vasta y elevada cripta. Los naturales del país cuentan que un inglés ha ofrecido por ella 27,000 duros.

La parte más fantástica de estas tenebrosas cavernas es, sin duda alguna, la llamada *el Infierno*, cuya imponente grandiosidad llega á infundir espanto. Diríase que la naturaleza se ha complacido en reunir allí mil formas vagas que parecen engendros de febril y pavoroso sueño: grandes lenguas de fuego petrificado lamen sus paredes; un enorme león, agazapado cual si atisbara el momento de saltar sobre el descuidado viajero, se presenta de improviso á sus ojos; rígidos cipreses se elevan silenciosos en medio de larga hilera de originales sepulcros, y siluetas de monstruosas fieras se destacan y parecen rugir en el fondo de oscuras concavidades. En esta fatídica mansión el viajero tiembla, y hasta el más animoso se estremece dominado por aparición tan sublime. A la roja y temblorosa luz de las antorchas esas formas vagas, petrificadas, frías, diríase se animan y cobran vida, y hasta los monstruosos animales parece que abren sus horribles fauces, cual si fueran á lanzar terribles rugidos y aullidos lastimeros.

(Concluirá).

C. V. DE V.

LA FERIA DE MADRID

(DE ACTUALIDAD)

CON el sol de los membrillos
que á la acerola da fuerza,
y madura la azofaifa,
y arrebola la camuesa,
huérfana de la alegría
y escualida y harapienta,
de sus puestos escoltada
á Madrid llega la feria.
La que es gloria de Sevilla,
es renombre de Valencia,
y de Córdoba hermosura,
y prestigio de Mairena,
en Madrid, con ser la Corte,
en Madrid, con ser la reina
y tener cetro y corona,
es ludibrio y es vergüenza.
Para ser fiesta brillante
sólo le falta ser fiesta,
y para que fuese hermosa
sólo le falta ser bella.
Un premio se ha señalado,
y por ganarlo pelean,
la feria de los Madriles
y la feria de Vallecas.
Vencerá Madrid, pues tiene
de trastos mayor cosecha,
más suma de desperdicios,
y más caudal de miseria.
¿Quién, además, no daría
el premio á la villa regia,
si en su feria se pregona
á veces de esta manera?
«—¡Terencio, Plauto, Salvany,
Castelar, Salvador Rueda,
Rubí, Espronceda, Zorrilla,
Escribá, Tárrago y Valera,
á tres perros chicos!» y
«—¡El Ministro de la Guerra,
El de Fomento y Marina,
el de Estado y el de Hacienda,
á tres perros chicos!» ¡casi
lo que un panecillo cuesta!
Vencerá Madrid, de juro
aunque se enoje Vallecas,
que no está bien que se diga
somos un cero á la izquierda.
Mas porque el caso no llegue
que á Madrid el pueblo venza,
propongo para otros años
que se organice esta feria:
Han de venir los corceles

de la raza cordobesa,
con mozuelas á las ancas
que deslumbren por lo bellas.
Han de venir de Galicia
comparsas que la muñeira
bailen al son de las coplas
dulcísimas de su tierra.
Mandaré la hermosa Asturias
sidra en lujosas botellas
y frutas de las que nacen
en sus frondosas laderas.
Navarra sus orfeones
aprestará á la pelea
y cantará el *Guernica*
con lindos versos de Trueba.
Llegarán de Extremadura
granos de sus sementeras
y embutidos y barriles
con el jugo de las cepas.
Flores en carros vistosos
mandaré á Madrid Valencia
flores y ricas pinturas
de sus brillantes paletas.
Barcelona en el certamen
deslumbrará como reina
con sus grandiosos talleres
y sus industrias modernas.
Vendrán de Málaga pasas,
y minerales de Huelva,
de Jerez egregios vinos
y de Alicante palmeras.
Por último de Sevilla
vendrá una tropa compuesta
de bailadoras de acuerdo
con el *niño de Lucena*,
y habrá coplas entonadas
por Chacón y por Juan Breba,
y mantones de Manila,
guitarras y castañuelas.
Cada provincia de España
dará esplendor á la fiesta,
arrancando á su corona
la más rica de sus perlas.
¡Qué feria entonces sería
la que á Madrid nombre diera!
Lucharían las regiones
por vencer en la contienda,
y de seguro vendrían
á admirar tanta belleza,
¡gentes de todos los puntos!
¡seres de toda la tierra!

SALVADOR RUEDA.

NUESTROS GRABADOS

EL DOCTOR DON JUAN BAUTISTA GRAU Y VALLESPINÓS, OBISPO DE ASTORGA

Nació el Excmo. é Ilmo. señor doctor don Juan Bautista Grau y Vallespinós, difunto Obispo de Astorga —

cuyo retrato publicamos en este número — en la ciudad de Reus, á los 12 de Noviembre de 1832. Cursó con brillantez los estudios de Teología y Moral y de Derecho, y poco tiempo después de su ordenación sacerdotal fué nombrado canónigo y vicario general de la archidió-



EL DR. D. JUAN BAUTISTA GRAU Y VALLESPINÓS, OBISPO DE ASTORGA

cesis de Tarragona. Nombrado obispo de Astorga fué consagrado en la iglesia parroquial de San Pedro de Tarragona en 10 de Junio de 1886. En Octubre del propio año asistió con el nuncio de Su Santidad, monseñor Rampolla, á la función que se celebró en Alba de Tormes para consagrar al Sagrado corazón de Jesús la

archidiócesis de Valladolid y sus sufragáneas, predicando en aquella fiesta un elocuente sermón.

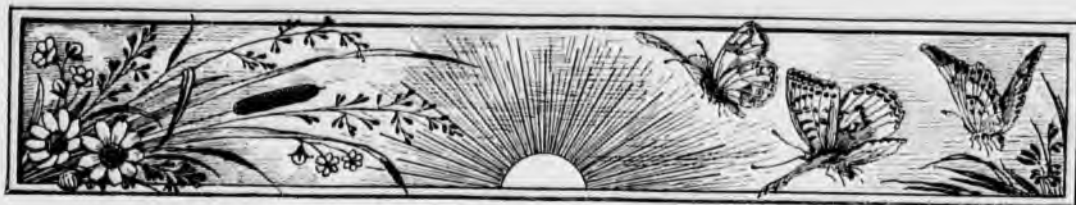
En 1889, con motivo del Jubileo sacerdotal del Papa León XIII y para protestar á la vez contra los honores tributados en Roma al impío Giordano Bruno, organizó y presidió una peregrinación al santuario de la Virgen

de las Ermitas, en Galicia, á la que concurrieron unas 10,000 personas. En el mismo año se distinguió por su talento y por su erudición en el Congreso católico celebrado en Madrid.

En 1890 asistió también al Congreso católico de Zaragoza, en el que tomó parte principal. Otro tanto ocurrió en el Congreso internacional científico que se celebró en París, y en una de cuyas secciones, la de Historia y Geografía, ocupó la presidencia. En aquella capital predicó en francés en la Iglesia de los PP. Redentoristas. En su diócesis gobernó al clero con exquisito tacto, fundó una revista titulada *Criterio Tridentino*

para extender las doctrinas del famoso Concilio, y convocó y presidió el Sínodo diocesano. En todos los actos que figuró dió pruebas de la claridad de su inteligencia y de sus vastos conocimientos en las ciencias teológica y filosófica. Por la bondad de su corazón fué amado del clero y fieles de su diócesis y de cuantas personas le trataron. Una pequeña herida que se hizo en una de las piernas, yendo en cabalgadura para practicar la visita pastoral, se le enconó primero, tomó mal carácter después y le condujo al sepulcro. ¡Dios en una vida mejor habrá premiado los merecimientos del ilustre Prelado de Astorga!





MISS BELL

POR

CARLOS FOLEY

(CONTINUACIÓN)

VIII

A pesar de sus afirmaciones, la joven había perdido su calma impertinente. El escepticismo, las dudas de la tía la habían herido en lo más vivo. ¿Qué tenía de particular y por qué extrañarse tanto de que su primo estuviera enamorado de ella? ¿No era cosa muy natural? Su tía, pues, la juzgaba muy desfavorablemente; debía de encontrarla fea é insignificante, puesto que entre risas y sarcasmos desechaba tales conjeturas.

Encerróse en su habitación, acostóse, y agitada todavía por la discusión, en vano hundió su ardiente cabeza en la almohada; no pudo recobrar la calma. Todas las contestaciones que le acababa de dar la señora de Frémont se le presentaban una tras otra, avivando el dolor de los flechazos que su orgullo había sufrido. *¡Mi primo se ha burlado de mí!* Esta idea le atormentaba sin cesar y achicaba el concepto que de sí misma tenía. La firmeza con que la anciana señora le había dirigido aquellas palabras había quebrantado algo su opinión, y á pesar de que vivos recuerdos comprobaban sus asertos, preguntábase si, en efecto, Daniel se habría burlado de ella. Y si esto, como aseguraba su tía, era verdad, si el primo quiso realmente divertirse con su candor, ¡cuán ridícula no resultaba su conducta! Le habían echado un lazo y estaba ya á punto de confesarles que en efecto se había dejado caer en él. Con seguridad que la madre lo contaría al hijo y luego los dos se reirían á su costa. Esta sospecha la hacía estremecer, la encolerizaba, la humillaba muchísimo. De vez en cuando volvía á confiar en su perspicacia, recordando las atenciones del joven, sus cariñosas frases, sus tiernas miradas; pero la confianza que tales recuerdos le inspiraban pronto se desvanecía por las carcajadas de la señora de Frémont, que repercutían sin cesar en los oídos de la niña. Sea como fuere, vencida ó confiada, nunca había pensado tanto en Daniel.

La tía, por su parte, hasta el regreso de su hijo, sufría tanto como la sobrina. No porque creyera á pie juntillas las confidencias que ésta le acababa de hacer, sino más bien porque la presunción de la niña le había indignado; al recordar el desdén y menosprecio manifestado por Bella al hablar de Daniel, de quien tan orgullosa estaba la pobre señora, poníase fuera de sí.

Sentía, sin embargo, haberse incomodado, y temía que, llevada por su natural vivacidad, hubiese, sin duda, soltado algunas palabras demasiado duras, de las que ya no se acordaba, pero de las que miss Bell no se habría olvidado. En su sentir, lo que hizo no fué más que mortificar la vanidad de la joven sin corregirla, y este desacierto acentuaría la recíproca antipatía entre ambas. Estaba, pues, descontenta de su sobrina y de sí misma. Una circunstancia insignificante aumentaba su agitación; un negocio de importancia obligaba al ingeniero á almorzar en la fábrica y no vendría hasta la hora de comer. Aquel día le pareció muy largo; mataba el tiempo con una pequeña labor. Por fin, al anochecer, á fuerza de pensar en el asunto, recobró un tanto la tranquilidad, y cuando sintió en la antesala las pisadas de su hijo, hallábase ya más dueña de sí misma para contarle lo ocurrido con la imparcialidad necesaria.

IX

Daniel entró en el aposento de su madre y, como de costumbre, la abrazó. Cuando se disponía á pasar al salón para dejar los papeles que llevaba, la viuda le dijo:

—Deja la cartera y el sombrero en esta mesa. Siéntate delante de mí y hablemos un rato.

—¡Tan urgente es lo que hemos de hablar!

—No es muy urgente, pero deseo hablarte antes de que veas á tu prima.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pasa? preguntó con viveza Daniel dejándose caer en un sillón que delante de su madre había.

Ésta quedóse sorprendida por la precipitación é inquietud que la voz de su hijo le revelaba; pero hizo como si no reparara en ello, y fijos los ojos en la labor que la escasa luz del crepúsculo apenas iluminaba, continuó:

—Pues, me he disputado con Bella.

—¿Y por qué?

La madre, visiblemente turbada por la creciente alteración de la voz del joven, levantó la cabeza; pero la cara del hijo permanecía impassible, y venciendo una vez más un presentimiento que le parecía poco razonable, con la vista fija en la labor, prosiguió:

—¿Querrás creer que la tontuela se ha figurado que?... ¡oh! es tanta su candidez infantil, que casi estoy avergonzada de tales tonterías.

—Dí, pues.

—Se ha figurado que estás enamorado de ella.

—¡Ah!

Esta exclamación la pronunció el joven con tono grave, y fué cosa tan distinta de la carcajada que esperaba la señora de Frémont, que levantó ésta la cabeza. Parecióle que Daniel estaba pálido, pero creyó que podía muy bien ser un efecto del crepúsculo. Conservaba la misma actitud y con voz segura preguntó:

—Pero ¿se lo cree de veras?

—Muy de veras.

—Y luego, ¿qué te ha dicho?

—Le he dicho que no era posible, que deliraba...

Interrumpiéndola con mal disimulada impaciencia, el joven repitió:

—Pero ella, ¿qué te ha dicho?

En aquel instante un punto difícil de la labor absorbió la atención de la señora de Frémont.

—Pues me ha dicho tales cosas, continuó con voz apacible, que me han incomodado y puesto de mal humor; pero luego he reflexionado y...

—Pero ¿qué cosas ha dicho?

—¡Qué sé yo! Que tú eres un buen muchacho...

—¿Y luego?

—Que te apreciaba mucho, pero que no perteneces á su clase. Vuestra fortuna, vuestras costumbres y vuestros gustos, según ella, son completamente distintos. En una palabra, que tú no eres un partido aceptable para ella; además, ha pedido mi auxilio para ayudar á desvanecer en tí una esperanza irrealizable, que si la alimentabas haría desgraciada tu existencia.

La viuda había conversado tranquilamente, ocupada en vencer las dificultades de su labor. Al cabo de breves minutos, á fin de observar á Daniel, cuyo silencio la sorprendió, abandonó el trabajo. Al dirigirle la mirada no pudo contener un grito de estupor. Daniel permanecía sentado, los codos sobre las rodillas y procurando ocultar la cabeza entre las manos. La señora de Frémont se levantó, y dirigiéndose hacia él, con gesto imperioso y brusco le quitó las manos de la cara. El joven, entonces, descubrió el rostro pálido y trató de sonreír para animarla; pero había confiado demasiado en sus propias fuerzas, porque dos lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

La señora de Frémont le cogió convulsamente las manos, dirigióle una mirada penetrante y luego exclamó:

—¿Lloras?... ¿Lloras?... No hay duda, pues, ¿la quieres?

Y llena de pesadumbre dejóse caer de nuevo en el sillón, gimiendo dolorosamente.

—¡Ah, pobre hijo mío, perdóname! Te he hablado de todo esto de un modo tan seco y brutal... pero ¡lo ignoraba, lo ignoraba!

Conmovióse el joven ante el dolor de la pobre señora, y enjutos ya sus ojos y dominada su emoción, esforzóse en sonreír, esta vez con mejor acierto. Por fin díjole en tono dulce:

—Se acabó... ya ves. De pronto me he impresionado algo, pero, nada. Ahora ya sé á qué atenerme y prefiero mucho más esto que la duda.

Pero á pesar de la energía que había recobrado, la anciana señora continuaba consternada y con los ojos preñados de lágrimas. Luego ardía en deseos de preguntarle cómo había podido acontecer un suceso tan extraordinario; pero el temor de renovar su pena la impidió formular ninguna pregunta, y con la ansiedad que le causaba esta desdicha, no se le ocurrió más que una idea:

—¡Ah, pobre hijo mío! ¡tan bueno, tan generoso!... ¡cómo le hará sufrir esta fierecita!

El odio contra miss Bell reaparecía; una sola de sus frases le hizo traición:

—Ocúltale, lo mejor que puedas tu pesar, hijo mío. No quiero que goce viéndote llorar.

Daniel se había levantado, dueño de sí mismo, todavía algo pálido, pero la mirada ya clara y serena. Abrazó con ternura á su madre, y con voz firme y con el aire de su habitual confianza, le dijo:

—Esté usted tranquila, no llores ya; ya ha pasado. El llanto es un lujo que sólo se usa con las madres.

Tomó la cartera y el sombrero y salió del aposento, mientras la señora de Frémont, enredando más y más su labor, exclamaba con cólera:

—¡Y pensar que aquella orgullosa muñeca tenía razón; pensar que niñas tan insignificantes hacen llorar á tan gallardos muchachos!

Al cabo de un rato pensó qué conducta debía seguir. No acertaba á precisarla; la falta de perspicacia en su última tentativa la desconcertaba. Como no tenía confianza en sí misma y no sabía á punto fijo qué partido tomar, hizo lo que solía hacer durante sus crisis de dudas y vacilaciones; tomó la pluma, y dominada por la primera impresión, lo comunicó todo á su hermano.

X

Daniel, cumpliendo su promesa, supo dominarse. Durante la comida mostróse igual que los demás días, y si bien estuvo algo reservado con su prima, no lo estuvo con afectación. Todo esto le costó bastante trabajo. Sin embargo, las tranquilas miradas de la madre, la calma que le producía la serenidad de su hijo, recompensaban con creces la violencia que éste debía hacerse.

Y no eran sólo las miradas de la señora de Frémont las que se fijaban con inquietud en el joven, miss Bell también observaba con viva atención el rostro del ingeniero, buscando en él una prueba de su perspicacia. Pero su curiosidad no pudo quedar satisfecha, porque ninguna alteración vislumbró en su fisonomía que la sacara de dudas, y al llegar la hora de retirarse á sus habitaciones estaba la pobre niña más y más inquieta y perpleja. Podía darse por seguro que la señora de Frémont lo había revelado todo á su hijo, y siendo así, ¿cómo explicarse que éste no estuviera triste? ¿por qué, si se había burlado de ella, no estaba más alegre y no le daba bromas del error en que había incurrido la pobre niña? ¿Era porque le tenía lástima? Esta explicación la humillaba, y sin embargo, era la única algo verosímil. La verdad es que ignoraba el actual modo de pensar de su primo y esto la exasperaba sobremanera.

Después de haber acogido las varias insinuaciones de Daniel con la indiferencia de que hacía gala y con la seguridad de no acordarse de ellas al día siguiente, presentía en la actualidad que no sólo la preocuparían al día siguiente sino durante muchísimos más. Si á lo menos le viera enfadado podría sacar alguna consecuencia halagadora para su vanidad; pero esto no era posible, porque Daniel continuaba expansivo y correcto como si nada hubiese ocurrido.

Y tanto era así, que desde aquella fecha su conducta desorientó á la propia señora de Frémont. De todos modos, los temores que el porvenir inspiraba á la madre habían desaparecido, y tan segura estaba de que aquella decepción sentimental con el tiempo y las distracciones disminuiría, que hasta dudó de si su hijo había llorado realmente. Por su parte miss Bell, que para satisfacer su vanidad no podía tener el recuerdo de aquellas dos gruesas lágrimas del joven, debía confesar que se había equivocado, juzgando mal y precipitadamente á su primo. En la actualidad, como le veía con menos frecuencia y se espontaneaba menos con ella, era más y más interesante.

En efecto, no siendo Daniel de aquellos hombres que se abandonan sin resistencia á la melancolía, buscó el olvido de sus pesares en el trabajo excesivo, y se prometió á sí mismo, muy severamente, evitar la familiaridad infantil y las niñadas que durante los primeros meses se había permitido con su primita; ya no era aquel loco rematado de los caballitos y de las montañas rusas, sino un ingeniero muy formalote preocupado con su tarea. Bella echaba muy de menos este cambio en el modo de portarse del primo; pero como al mismo tiempo representaba el papel de hombre serio sin exageración, la jovencita no tenía motivos para sospechar de la sinceridad de su actitud. Ya salía antes, ya regresaba después de la niña, y de esta suerte evitaba siempre encontrarse con ella, y si bien todavía acompañaba á las señoras á las tertulias, era muy de tarde en tarde. Continuaba regalando flores y fruslerías á su prima, pero ya no se interesaba por sus triunfos en los salones.

Por otra parte, la señora de Frémont, cada día más severa é incapaz de dominar por completo el rencor, trató de limitar las distracciones de su sobrina. Puesta de acuerdo con su hermano, el cual tenía gran confianza en su sagacidad, confiaba dominar el carácter rehacio de la jovencita privándola de las diversiones, pero Daniel se opuso enérgicamente á la adopción de tal sistema, porque á más de ser, en su modo de sentir, ineficaz, causábale cierta repugnancia ver *castigar* por su causa á Bella. Así es que logró que se la acompañara á los acostumbrados salones y que como antes se la mimase y complaciese en todo. A pesar de

las diversiones que no cesaban de procurarles, no se extinguió por esto la curiosidad de la joven Bella, la cual deseaba saber si su tía había referido con exactitud la querella á Daniel y de qué modo había éste tomado el asunto. En una palabra, los sentimientos del ingeniero le interesaban más y más cada día; no se atrevía á interrogarle por sí misma, y con todo, sus deseos de saber la verdad en lo que ocurría, eran tan vehementes, que llegaban á obsecarla.

Una tarde, al volver de una reunión en casa de la señora Dickay, ya no pudo más, y hallándose á solas con su tía y dominando con gran esfuerzo su orgullo, preguntó con fingido aire de ingenuidad:

—¿Qué le pasa á Daniel desde algunos días?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no parece el mismo.

—No lo he observado. ¿Ha cambiado para contigo?

—Creo que sí... un poco. ¡Oh! está como siempre muy afable, pero su trato es menos expansivo.

—¿Te sabe mal?

Bella dudó un instante, pero dejándose dominar luego por la vanidad, continuó:

—A mí no me importa.

Después de algunos minutos de silencio añadió:

—Me figuraba que su cambio de actitud era debido tal vez á que tú le contaste nuestra conversación.

—Sí, sí, se lo dije todo.

La joven no pudo disimular la curiosidad y apresuróse á preguntar:

—¿Le comunicaste mi resolución?

—Sin dejar nada.

—¿Y qué efecto le produjo?

—Pues, el que me figuraba.

Miss Bell hizo una señal de impaciencia y, olvidando ya todo fingimiento, añadió:

—Pero esto es no decir nada. ¿Tomó la cosa alegremente ó con tristeza?

Aquí la esperaba precisamente la señora Frémont y contestó:

—Ya fuese con alegría, ya con tristeza, no me explico cómo puede interesarte.

Bella, al verse cogida, se puso colorada; pero recobrando al punto su natural aplomo, exclamó con donaire:

—En verdad que no te falta razón. No sé por qué te pregunto tales cosas.

—Menos lo sé yo.

Después de un breve silencio, quisquillosa y con ganas de molestarla, añadió la tía:

—Si esto pudiera interesarte en lo más mínimo, no te lo ocultaría; pero no supongo yo que hayas mudado tan pronto de parecer ni que te arrepientas de tu resolución.

—Cierto que no.

—Pues entonces, ¿por qué explicarte todo lo que me pides?

Y esforzándose en sonreír con afabilidad y franqueza, miss Bell repitió:

—Es verdad... ¡qué me importa!

No insistió, pero quedóse muy disgustada. Sólo pensaba en Daniel, y todos los esfuerzos que hizo para borrar de su memoria aquel contratiempo fueron inútiles. En vano se indignaba contra sí misma. La vida de aquellas dos mujeres se hallaba tan íntimamente enlazada con la existencia del joven que no pasaba una hora sin que se hablase de él. Una palabra insignificante, el más pequeño detalle, la cosa más baladí atraían sin cesar la atención de Bella hacia su primo, y con su nombre surgía de nuevo el problema nunca resuelto. ¿Amaba á la prima? ¿Se había ésta engañado? Cansada, por fin, de tanto luchar contra aquella obsesión abandonó

la lucha y empezó á pensar en Daniel, y esto que al principio era para ella un alivio en sus males, fué muy pronto un placer indefinible.

La señora Frémont aguardaba, con todo, la contestación de su hermano de Inglaterra. Después de la carta con la que le había puesto al corriente de la opinión de Bella respecto al joven y al tan deseado enlace, el comerciante sólo había contestado apresuradamente y en pocas palabras aprobando la conducta de su hermana. Por fin recibióse un telegrama en el que en breves términos se precisaba su voluntad:

«Niñadas, vanidad, demasiado mimo. Ama á Daniel. Cederá. Existe un medio para hacerla mudar de tono. Por correo mando instrucciones detalladas. No poner ningún reparo, éxito seguro.»

El anuncio de aquellas famosas *instrucciones detalladas* impacientó á la señora de Frémont. La tirantez de relaciones entre tía y sobrina amargaba su existencia; así es que, sintiéndose fatigada, después de tanto tiempo de continuar en pie de guerra, cualquier solución, ya buena, ya mala, le pareció aceptable; es natural, pues, que aquel telegrama anunciando una pronta y decisiva contestación, fuera para la buena señora una noticia halagüeña. La viuda abrigaba todavía alguna esperanza, pero sin entusiasmo. La confianza que tenía en su hermano era la misma; así fué que estaba decidida á obedecerle en todo; pero conociendo mejor á la sobrina dudaba mucho del éxito. Por otra parte, ya no deseaba con tanto ardor la realización de su antiguo proyecto. ¿Era todavía un sueño? Con las repetidas disputas su entusiasmo había decaído y consideraba ya á Bella de muy distinta manera; así es que sólo por curiosidad deseaba recibir la carta explícita de su hermano.

Pero ¿qué medio se habría imaginado para volver razonable á Bell?

XI

La carta por fin llegó; en ella se exponía, en cuatro páginas con letra diminuta y muchas abreviaturas, el famoso medio. La señora de Frémont la leyó mil veces sin confiar á nadie su contenido.

El medio aconsejado le pareció algo atrevido y materia de discusión, pero las reflexiones que le sugirió el tal consejo sólo se manifestaron por un simple movimiento de cabeza; dobló luego cuidadosamente el papel y lo encerró bajo llave. No había duda, la carta no merecía su aprobación, pero á pesar de ello permanecía sujeta á la voluntad de su hermano. Por otra parte, el papel que ella debía desempeñar era simplemente el de comparsa, puesto que Mr. Howey se reservaba la dirección de la intriga. Desde aquel día, miss Bell recibió dos ó tres veces por semana noticias de su padre, y contra lo acostumbrado, le hablaba y se lamentaba de sus negocios. Las crisis políticas, según decía, paralizaban la circulación de la plata: la exportación era imposible; en una palabra, el comercio iba de mal en peor. Y por medio de transiciones hábilmente preparadas recargaba con negros colores su cuadro y demostraba tener grandes inquietudes.

Miss Bell, que tenía mucha confianza en la habilidad de su padre y que no había ni siquiera vislumbrado nunca la posibilidad de la ruina, no se preocupó al principio de este asunto y continuó asistiendo á los bailes con su tía. Pero cuando su padre le participó por fin que debía reducir á la mitad la suma señalada para pequeños gastos, empezó á causarle seria alarma. Al cabo de quince días esta suma quedó todavía reducida á la cuarta parte y á Bella no le sentó muy bien.

Pasado un mes, cuando ya la suma quedó reducida á la décima parte, tuvo ganas de llorar; era preciso contar, pero contar con detención.

Al principio creyó que era sólo una contrariedad pasajera, pero la tal contrariedad persistía y la encaminaba á la miseria. ¿Llegaría á ser pobre? Tenía miedo, pensaba en el

porvenir, y por primera vez en su vida reflexionaba, sin profundizar mucho, es cierto, pero reflexionaba. Cada día una nueva privación venía á aumentar sus temores. A veces se preguntaba, en medio de esta ruina creciente, si pagaba su padre con exactitud la pensión á su tía, si la mantenían en aquella casa por caridad. Esta suposición la humillaba grandemente, pero no se atrevía á preguntar nada porque temía averiguar una verdad mucho más cruel que su duda.

—De modo que vivo á costa de esta familia, pensaba con cierta cólera.

Y si esta idea le cerraba la boca por despecho, también le suavizaba la voz cuando con su tía hablaba.

Las malas noticias continuaban. Los guantes de la señorita Bell eran algo sobados y no podía cambiar tan á menudo sus trajes de baile. Salía de las tiendas sin comprar lo que más le gustaba, porque todos los precios eran demasiado subidos para su bolsa. Esto, naturalmente, le producía un continuo malestar.

Un día se tomó la libertad de satisfacer un pequeño capricho. En un modesto escaparate de una tienda de un barrio pobre, vió una silla de manos, especie de juguete que estaba muy de moda y que había visto en las *étagères* de la mayor parte de sus amigas; cayó en la tentación. Creyó que lo adquiriría por poca cosa y suplicó á su tía que entrase con ella en la tienda para ajustar el precio. El tal juguete costaba veintidós francos y la pobrecita no tenía más que diez y ocho. La señora de Frémont le ofreció añadir lo que faltaba, pero Bella, contrariada, lo rechazó. Este pequeño incidente fué para ella una espina que se le clavó en el corazón. El caso fué que por faltarle cuatro francos no pudo comprar la sillita tan deseada. No quiso pedirlos prestados á su tía, porque no tenía la seguridad de poder devolvérselos; ¡pues, qué! ¿podía asegurar siquiera si su padre le mandaría en la próxima semana ni siquiera cuatro francos? ¡Y pensar que sólo se trataba de cuatro miserables francos!

¡Pensar que había llegado á este extremo!

Esto ya era demasiado. Oprimido el corazón, taciturna, pasaba todo el día pensando en su amargura. Y era lo peor que, aun conociendo que la expansión podía aliviarla, no se atrevía á dar cuenta de sus angustias á su tía. Es claro, la anciana señora aprovecharía la ocasión para recordarle los desaires que había recibido y la humillaría más y más. ¿Sería Daniel más complaciente si ella le confiara su secreto?

Tal vez tendría la generosidad de no evocar el recuerdo de lo pasado. Le daría, sin duda, un buen consejo. Y además, ¡quién sabe! tal vez aprovechando la ocasión, podría conocer los sentimientos de su primo, satisfacer por este modo la curiosidad que la atormentaba, que sus desgracias de fortuna no habían disipado y que tenía siempre clavada en el corazón.

(Continuaré).

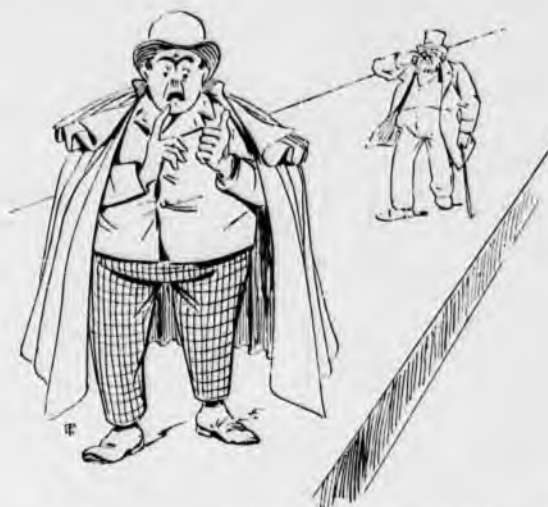
La primera capa

FOR

MELITÓN GONZÁLEZ



1. — ¡Calle! Aquel parece don Donato, el que me debe los dos mil reales.



2. — ¡Uy! Don Celedonio me sigue. Si me conoce me he caído.



3. — Aquí del ingenio.



4. — ¡Ca! Ya quisiera ser don Donato tan alto como éste.



MESA REVUELTA

SEGÚN refiere Mr. Ricardo Nelson, en los alrededores de Kendal, ciudad vecina á Lancaster en el Westmoreland, se encuentran con mucha frecuencia piedras musicales. «Paseándome por los alrededores de Kendal, dice aquel observador, al través de los montes y de las rocas, muchas veces he cogido ciertos guijarros, que, se conocen allí con el nombre de *piedras musicales*. Generalmente son planas y lisas, gastadas por el tiempo y de formas particulares; cuando se las golpea con un pedazo de hierro ó bien con otra piedra, producen un sonido musical muy distinto del que da un guijarro común. Los sonidos que con ellas se obtienen son generalmente bastante análogos, pero hay personas que tienen ocho piedras de esta clase, que, golpeadas sucesivamente, producen una octava muy limpia y afinada.

No hace mucho tiempo que en París, un físico establecido al aire libre, tocaba algunos temas musicales golpeando con una varilla de hierro, grandes guijarros de sílex suspendidos por un hilo de seda. Los sonidos que obtenía eran limpios y puros y las piedras que empleaba tenían formas muy irregulares y caprichosas.

Livio Druso se hacía construir una casa en el monte Palatino en el mismo sitio que ocupaba la que en otro tiempo perteneció á Cicerón y luego á Censorino. Al asegurarle el arquitecto que la dispondría de tal suerte que sería impenetrable á todas las miradas, Druso le dijo:—Al contrario, si tenéis habilidad para ello conviene que la construyáis de manera que todas mis acciones puedan ser vistas por todo el mundo.

Cayo Sulpicio Gallo fué un marido severo y desapiadado, pues repudió á su mujer sólo por haberse presentado en público con la cara descubierta. La sentencia que al efecto se dictó era rigurosa, pero no por esto dejaba de estar fundada en razón, y él decía: — La ley os ordena que sólo debéis procurar agradarme á mí, que sólo á mí es á quien debéis parecer hermosa, por mí solo por quien debéis adornaros, á mí solo á quien debéis confiar vuestros secretos y vuestros encantos, y á mí, por último, á quien debéis escoger por juez de vuestra belleza. Toda mirada, pues, atraída por vos por una provocación inocente, puede haceros sospechosa de una intención criminal.»

Habiendo caído en manos de los atenienses la co-

rrespondencia de Filipo de Macedonia, exceptuaron de la lectura que de ella hicieron en público una carta que aquel príncipe había escrito á su mujer Olympias. Prefirieron tratar bien á un enemigo á violar un secreto conyugal, y atendieron antes al derecho público que á sus deseos de venganza.

Convidaron á uno á cenar y pusieronle rábanos al principio. Dijo el convidado: — En mi tierra al fin se ponen éstos.— Respondió el que le convidó:—Y aquí también.

Servía Jácome de Trezo á Felipe II en muchas ocupaciones, y debíale el rey más de 40 ducados, que no se los pagaba. Quiso que le aderezase unos relojes, y envióle á decir que le viese á las tres de la tarde. No fué Jácome aquel día, ni el siguiente, y el rey mandó á un criado que fuese por él y no le dejase de la mano hasta traerlo. Hízolo así, y cuando entró díjole Su Majestad: — ¿Qué merece el criado que no viene cuando le llama su señor?—A lo cual respondió Jácome:— Señor, que se le pague y se le despidan.

Suscitóse en el Senado Romano delante de Escipión Emiliano una contienda entre los cónsules Servilio Sulpicio Galba y Aurelio Cotta, quienes aspiraban conjuntamente á ser enviados á España en las campañas contra Viriato. Los senadores, que estaba muy divididos en sus opiniones, esperaban que Escipión diera á conocer su modo de pensar sobre aquel asunto. — En mi sentir, que no se mande á ninguno de los dos á España, porque el uno no tiene nada y el otro nada hay capaz de saciarle. — Consideraba, pues, la indigencia y la codicia como dos consejeros igualmente peligrosos en el ejercicio del poder sin límites. Con aquellas palabras impidió que se mandara á ninguno de los dos á la citada provincia.

Diciendo uno á otro, que le parecía muy necio, respondió: — ¿Sabéis por qué os parezco necio? porque os hablo en necio para que me entendáis.

Los libros encuadernados en papel de Rusia no se enmohecen nunca, y su contacto con otros impide que

los últimos se deterioren. Este efecto proviene del olor del aceite de abedul con que está preparado aquel cuero. Una corta cantidad de aceite esencial cualquiera bastaría para preservar del moho los libros puestos en parajes húmedos y bajos.

Si se quiere impedir la caída del pelo, tómense raíces de parra blanca (ó clematita), raíces de cáñamo, tronchos de col tierna, de cada cosa dos puñados: pónganse á secar, y una vez seco todo, tuéstese. Con las cenizas hagase una lejía, con la que debe lavarse la cabeza, después de frotarse el cuero cabelludo con miel. Bastará practicar esta operación tres días seguidos para que crezca el pelo que haya caído.

En la mayoría de los hombres la audacia es hija de la ignorancia y la reflexión engendra la timidez. El alma verdaderamente fuerte es la que distingue claramente dónde está el placer y dónde el dolor, y que á pesar de ello no retrocede ante el peligro. — TUCÍDIDES.

El hombre que teme á otros hombres es esclavo sin saberlo. — ANTISTENO.

Vale más absolver á un culpable que condenar á un inocente. — ANTIFONO.

No debes temer que te vean cometiendo una acción que antes has juzgado justa y conveniente, piense de ella lo que quiera el publico, porque si la acción es mala, no debes hacerla, y si es buena, ¿por qué temes la

reprobación de los que te condenaran injustamente? — EPICTETO.

El agradecimiento muchas veces no es más que un secreto deseo de recibir mayores beneficios. — LA ROCHE-FOUCAULD.

El que cuando se halla á solas consigo mismo se fastidia, si no es vicioso tiene á lo menos el germen de todos los vicios. — DE LEVIS.

No vayas al África para ver monstruos; viaja por un pueblo en revolución. — PITÁGORAS.

Toda victoria innecesaria es un crimen. — LA HARPE.

Ser indulgente con el vicio es conspirar contra la virtud. — BARTHELEMY.

El que no tiene opinión propia, siempre contradice la de los demás. — DE SINGRE.

El que, estando enfadado, impone un castigo, no corrige, sino que venga. — MONTAIGNE.

En tiempos de corrupción es cuando se dan más leyes. — CONDILLAC.



Á OSCURAS, CON BUJÍA

Figúrese el lector que el aire sopla con bastante viveza, y en defecto de una lámpara sólo tenemos una bujía para alumbrar la habitación, aunque no sea más que por breve rato: pues bien, echando mano de un tubo de lámpara, para que la bujía no se apague, colocamos ésta encima de una mesa, pegándola encima de una gota de estearina caliente, y bien á plomo y con cuidado, ponemos la bujía dentro del cristal de lám-

para, creyendo protegerla: esto va bien al principio, pero luego... nos quedamos á oscuras; *¿quiere causa?* nada se ha movido, la vela puede arder todavía... y se apagó.

Esto tiene una explicación muy sencilla. Como el aire no circula dentro del improvisado recipiente, y la combustión se alimenta con el contenido por el cristal, resulta que va vaciándose, haciéndose pesado, saturándose de ácido carbónico, que se deposita en las capas inferiores, y al subir su nivel á medida que se acumula

llega al ras de la vela y... la apaga. Un fenómeno parecido es el que se observa en ciertas grutas, en donde los gases densos y mefíticos ocupan las capas inferiores, matando á los animales pequeños que van por el suelo, mientras que el hombre y los pájaros ó cualquier animal



que esté á mayor altura puede recorrer la gruta impunemente.

Pero volvamos á nuestra bujía: tenemos que hay vela y fanal y nos quedamos sin luz: para que esto no suceda, basta colocar á través de la embocadura superior del cristal una horquilla y colgando de uno de los dos brazos de ella una cartulina (1) doblada cual si se pudiese á secar: entonces se establece una doble corriente de aire, entrando por un lado el aire atmosférico que alimenta con su oxígeno la combustión, y saliendo por el otro los gases crasos y carbonosos que ha producido la llama.

Para cerciorarse de que es así, basta colocar dos fósforos encendidos junto á los dos orificios que separa la cartulina y se verá que las llamas respectivas van en dirección opuesta.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

MON-TE-RA

Al logogrifo:

BALA

A la combinación:

CARMEN
AMALIA
TECLA
AMPARO
LEONOR
INÉS
NATALIA
ASUNCIÓN

CHARADA

*Prima dos preposición,
en la música mi tertia,*

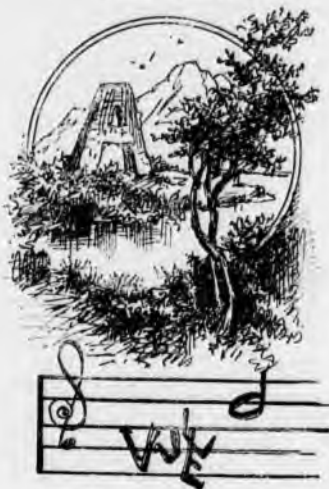
(1) El diámetro del tubo de cristal debe dar la medida del ancho de la cartulina.

y *prima cuarta* muy útil
para el ganado, si es fresca

Mi *todo*, lector querido,
es una figura bella
que pertenece á los tropos
y que no poco se emplea.

LUIS M.^a DE GIBERT, de Barcelona.

JEROGLÍFICO



JUAN CRIQUET, de Barcelona.

EJERCICIO MNEMOTÉCNICO

Buscar palabras que empiecen con la sílaba

CANT



FÓRMULAS

Todo en el mundo es convencional,» en sentir de un tuerto, á quien trato, á medias, por supuesto, á pesar de constarme que nunca le he entrado por el ojo derecho, porque es el huero.

—Va usted al teatro,—dice el hombre, digo, el tuerto,—y ve cómo representan los cómicos las obras que caen en su poder.

«Le dicen á usted, por ejemplo: «Ese es *El Marqués*,» y el actor encargado de la «ejecución» del tipo viste el frac de sus mayores, chaleco de Bayona y pantalón de punto como para montar á caballo.

»—¡Qué marqués tan raro! murmuran algunos espectadores.

»—Un marqués en la *debacle*, opina otro concurrente.

»Y hay quien apunta con tristeza cómica:

»—¡Si le hubieran conocido ustedes antes de usar ese frac!... Pero está desfigurado.»

Todo es convencional, sí señor, como en el teatro.

Por concesiones graciosas del público y de la crítica, pasa por uno de nuestros primeros actores, ó por uno de nuestros primeros autores, porque en estos «ramos» sabido es que no hay segundos, el que se lo propone.

Como pasa por telón de selva, en varios teatros, incluso el de la Ópera y el Español, un pañuelo de hierbas ó unos cuantos pañuelos de hierbas cosidos unos con otros, y por interior de un alcázar gótico una decoración de gruta con estalactitas.

Y por guerreros de la Edad Media, coraceros de la guardia imperial francesa.

En adjetivos está todo previsto.

La prensa periódica ha llegado en el convencionalismo al límite.

No hay general que no sea «bizarro,» hasta que pasa á la reserva y empieza á ser «veterano.»

Ni banquero que no sea «opulento,» ni poeta que no sea «inspirado,» ni señorita que no sea «bella,» salvo en los casos de fealdad perniciosa, que pasan las señoritas á ser «elegantes y distinguidas.»

Los industriales son «laboriosos,» los comerciantes, «honrados.»

TOMO III. — 69.

Y así, sucesivamente, como en el romance de las *cuatro mil mujeres por una perra chica*, en el que el autor asigna caprichosamente á cada una sus condiciones, según el nombre:

»Las Marías son muy frías
y de puros celos rabian.»

El formulario es completo.

Los incendios son siempre «violentos» y «se declaran» como los pretendientes á las muchachas.

Alguna vez son «voraces» también por formulario.

La historia del reo condenado á muerte, con todos sus pormenores desde su «tierna,» ó «más tierna» infancia, hasta su más duro trance, sin omitir incidente.

«El reo, como recordarán nuestros lectores, se intitula Rudesindo y viste ó vestía americana de algodón en rama, pantalón de lo mismo, gorra de seda ex negra y alpargatas á medio uso ó de la edad media.»

Los lectores recordarán, ó no recordarán, la historia del infortunado Rudesindo; pero hemos convenido en que es interesante, y se la cuentan de nuevo los diarios noticieros, por si acaso.

¡Y qué lujo de pormenores!

«A las seis fumó un pitillo Rudesindo, con entereza. Tenía ochenta pulsaciones por minuto.

«A las seis y cuarto fumó otro cigarrillo y pidió una copa de Jerez, por cierto que le llevaron una botella del aplaudido almacén de don Roque Serrano, calle de..., etc. Tenía ochenta y una pulsaciones por minuto.»

(Entiéndase el reo, no don Roque ni el almacén).

«A las seis y media estornudó el infeliz, y todos los circunstantes le dijeron:

»—Dios te ayude, Rudesindo.

»Y él respondió:

»—Gracias, amigos.

«A las siete menos cuarto entró el teniente alcalde del distrito con varios compañeros de municipio, y hablaron con el reo de cosas indiferentes.»

Y así continúa el relato, hasta llegar á la ejecución.

Hemos convenido en que estas noticias son interesantes y moralizadoras.

Para dar noticia de un lance personal, se emplea una de las siguientes fórmulas:

«Se habla de un lance pendiente entre un joven, ya diputado por la familia, y un ex funcionario público en el ramo de consumos populares.

»Parece que la causa es una bofetada involuntaria que uno dió al otro por equivocación, al aplaudir con entusiasmo una pieza musical en el teatro de Apolo.»

En seguida tres estrellas y á continuación:

«Ayer tarde salieron á correr por el campo los señores Berrinches y Carnicero, acompañados por cuatro amigos, con el fin de probar unos sables del sistema *Maüser*, que había comprado en un baratillo el primero de los citados señores; pero con tan mala suerte... (Aquí no se sabe si la mala suerte ha sido la del señor Berrinches, ó la de la compra, ó la de los sables)... que el elocuente, si bien desconocido orador, se infirió una herida que necesariamente habría de ser de pronóstico reservado.»

Otra fórmula:

«Ha quedado honrosamente zanjada la cuestión pendiente entre los señores Berrinches y Carnicero.»

Tres estremitas y después:

«El señor Berrinches se halla enfermo, aunque, afortunadamente, de escasa gravedad: un simple *varetaço*.

»Deseamos su completo restablecimiento.»

Así se publica la noticia sin que llegue á conocimiento del juzgado.

El ingenio allana todas las dificultades.

«Se halla gravemente enfermo el eminente jurisconsulto don Hermógenes Buitrago.

»Hacemos votos porque el ilustre paciente se restablezca.»

Lo mismo que pudiera decir, á las veces, el autor del suelto:

«Hacemos botes,» ó «hacemos botijos.»

Cuando el enfermo deja de serlo para ser difunto, sale aquello de:

«Modelo de políticos ó de veterinarios, lo que hubiere sido, padre amantísimo, leal y generoso amigo, deja un vacío difícil de llenar.»

Esto mismo se aplica al que fué cajero y se fugó con los fondos ajenos.

«Acompañamos á la distinguida familia del finado en el justo dolor que la embarga en estos momentos.»

Cuando más, acompañan al difunto hasta el cementerio y lo cuentan al día siguiente; porque ya se publica la lista de los señores que iban en el cortejo fúnebre, como es costumbre en las «revistas de salones.»

Se estrena una obra en dos ó tres actos, en algún teatro, y los espectadores piden la presentación del autor en escena, cuando termina el primer acto.

Y un actor, generalmente el primero, suplica al público, en nombre del autor, «que le permita guardar el incógnito.»

Efectivamente, los periódicos han publicado el nombre sinnúmero de veces, pero en secreto; particularmente *El Faro de los alcaldes de barrio*, *La Defensa de las clases incómodas*, y otros de los de mayor circunvalación. En secreto, porque tiran cincuenta ejemplares.

En el trato social, tanto de palabra como por escrito, hay fórmulas muy cómicas.

—Me considero honrado con recibir á usted en mi casa.

—Gracias, el honrado soy yo.

Esto mismo, dicho en otro tono, provocaría una cachetina y, tal vez, un duelo á primera sangría.

—«Póngame usted á los pies de la señora.»

Esta es libertad abusiva y molesta para el marido á quien se encomienda la tarea.

—«Beso á usted la mano,» sobre ser humillación deja dudas en las personas que lo oyen.

—¿Cuál de las dos? y en algunos casos, «¿cuál de las cuatro?»

Dirigiéndose á señora ó señorita, se dice:

—«Beso á usted los pies.»

Lo cual es una porquería.

Hay fórmulas curialescas de «un cómico subido.»

Habrán leído ustedes esas noticias diarias que publican varios periódicos:

«Ayer se dió sepultura á 36 personas y seis fetos.»

Éstos considerados como impersonales ó como fracciones de persona.

Sería mejor que dijeran:

«Treinta y seis personas y seis céntimos.»

Quejándose una señora muy conocida, de la jaqueca que le molestaba, le dijo de buena fe una amiga:

—¡Ya, ya, hija! Más valiera que Dios te despenara.

EDUARDO DE PALACIO.

EL PADRE



El hombre de quien se habla en esta historia es el más poderoso del distrito: se llama Thord Oeveraas. Un día se presentó en el despacho del párroco, muy tieso y con aire solemne:

—He tenido un hijo y quiero bautizarle, dijo.

—¿Cómo ha de llamarse?

—Finn, como su padre.

—¿Y quiénes son los padrinos?

Dijo sus nombres, y eran las personas más consideradas del distrito, pertenecientes á la familia del padre.

—¿Tienes algo más que decir? preguntó el párroco mirándole.

—No se me ocurre más.

El labrador calló un momento.

—Quisiera que fuese bautizado él solo.

—¿Es decir, en día de labor?

—El sábado próximo, al medio día.

—¿Quieres algo más? preguntó el párroco.

El labrador daba vueltas al sombrero entre las manos como disponiéndose á marchar. El párroco se levantó.

—Déjame entonces hacer por tí un voto, dijo.

Y dirigiéndose á él le tomó la mano, le miró con fijeza en los ojos y añadió:

—¡Quiera Dios que ese hijo sea una bendición para tí!

Diez y seis años después de este día volvió á encontrarse Thord á la puerta del despacho del párroco.

—Te conservas bien, dijo el párroco, que no advirtió cambio alguno en la cara del visitante.

—No tengo cuidados, repuso Thord.

El párroco guardó silencio. Al cabo de poco rato preguntó:

—¿Qué se te ocurre esta tarde?

—Hoy vengo por mi hijo que mañana ha de ser confirmado.

—Es un buen muchacho.

—No quisiera pagar los derechos sin saber el lugar que ha de ocupar en la iglesia.

—Le tengo señalado el primero.

—Aquí tiene usted diez duros.

—¿Deseas algo más? preguntó el párroco mirando á Thord.

—No se me ocurre más.

Thord salió.

Volvieron á transcurrir ocho años, cuando un día, delante del despacho del párroco, se oyó gran rumor, se vió llegar mucha gente y Thord abrió la marcha. El párroco alzó la vista y le reconoció.

—Esta tarde llegas en numerosa compañía.

—Quiero encargar las proclamas de mi hijo. Se casa con Cara Storliden, la hija de Gud-mundo, aquí presente.

—Es la muchacha más rica de todo el distrito.

—Eso dicen, repuso el ladrador atusándose el pelo con la mano.

El párroco permaneció un momento pensativo: escribió sin decir nada los nombres en sus libros, y los circunstantes firmaron. Thord dejó tres duros sobre la mesa.

—No me corresponde más que uno, dijo el párroco.

—Ya sé lo que debo á usted, pero es mi hijo único... y deseo hacer bien las cosas.

—Hoy, por causa de tu hijo, estás aquí por tercera vez, Thord.

—Ahora ya he concluido con él, contestó Thord.

Ató los cordones de la bolsa, dijo «adiós» y salió. Los hombres le siguieron lentamente.

Catorce días más tarde, con un tiempo hermoso, iban padre é hijo en una lancha remando en dirección de Storliden para ultimar los detalles de la boda.

—No tengo bien firme este banco, dijo el hijo.

Y se levantó para arreglarlo.

En el mismo instante resbaló la tabla sobre la que estaba; abrió los brazos buscando donde asirse, lanzó un grito de angustia y cayó al agua.

—¡Agárrate fuerte al remo! gritó el padre dando un salto y sujetando uno de los extremos. El hijo intentó asirse varias veces, pero en esto las manos se le quedaron rígidas y yertas.

—¡Aguarda, aguarda! exclamó el padre y remó hacia él. El hijo dobló hacia atrás la cabeza, echó una larga mirada al padre y... desapareció entre las aguas.

Thord no quería creerlo, paró el bote y quedó con los ojos fijos en el sitio donde se había sumergido el hijo, como si pudiera volver á surgir. Algunas burbujas aparecieron en la superficie, otras después, luego una sola, grande, que salpicó al deshacerse... y el lago volvió á quedar tranquilo como un espejo. Tres días y tres noches vieron las gentes al padre remar en torno de aquel sitio, sin comer, sin dormir: buscaba al hijo. Hasta la mañana del tercero no encontró su cuerpo: él mismo lo llevó por los montes á su granja.

Podía haber transcurrido un año desde entonces. Una tarde de otoño, en hora ya avanzada, oyó el párroco á alguien que se movía en la puerta y que tanteaba el picaporte. Abrió el párroco y penetró un hombre alto, encorvado, seco y de cabellos blancos. El párroco le contempló largo rato antes de reconocerle: era Thord.

—¿Cómo vienes tan tarde? dijo, continuando de pie ante él.

—Desgraciadamente, es verdad, vengo tarde, repuso Thord tomando asiento.

El párroco hizo lo mismo: durante mucho espacio reinó silencio. Por fin, dijo Thord:

—Tengo algo mío que desearía dar á los pobres: proyecto una fundación benéfica que lleve el nombre de mi hijo.

Se levantó, dejó dinero sobre la mesa y volvió á sentarse. El párroco contó.

—Es mucho dinero, dijo.

—Es la mitad del precio de mi granja que he vendido hoy.

El párroco calló un gran rato; finalmente, preguntó con voz suave:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¡Algo mejor que antes!

Volvieron á guardar silencio, Thord con los ojos fijos en el suelo, el párroco mirándole interrogativamente. Por último rompió el silencio en tono bajo:

—Ahora es cuando creo que ese hijo ha sido al fin una bendición para tí.

—Sí, yo también estoy persuadido de ello, repuso Thord.

Alzó los ojos y dos lágrimas resbalaron lentamente por su rostro.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON,
(noruego).

POESÍAS DE HEINE ⁽¹⁾

(INTERMEZZO LÍRICO: 1822 — 1823)

A la rosa y el lirio, la paloma, y el sol,
a todo esto amé, un tiempo, con delicia de amor.
Ya no les amo: no más amo á fina;
la fina y chiquita, la pura, la única:
ella, fontana de todo amor,
es rosa y lirio, paloma, y sol.

* * *

En alas, en alas del canto,
¡amorcito del alma! te llevo:
te llevo á las vegas del Ganges:
allí sé yo el sitio más bello.

Yace allí, rojo en flor, un jardín,
al fulgor de la luna tranquila:
del loto las flores aguardan
á su fiel, á su cara hermanita.

Las violetas se ríen y charlan,
y contemplan las altas estrellas:
perfumadas consejas las rosas,
en secreto, al oído, se cuentan.

Triscando se acercan, y escuchan,
las discretas gacelas piadosas;
y del santo raudal, á lo lejos,
susurran, traspasan las ondas.

Allí, bajo el árbol de palmas,
gustosos, en tierra caeremos:
libaremos amor y reposo,
y un sueño feliz soñaremos.

* * *

Del sol ante el esplendor,
el loto en flor acongojase:
con la cabeza caída,
soñando, aguarda la noche.

La luna sí que es su amiga,
y con su luz lo dispierta:
su piadosa faz de flor,
carinoso, él le revela.

Florece, arde y luce: mudo,
mira al alto, y yerto queda:
perfuma, y llora y palpita,
de amor y amorosa pena.

* * *

¿Por qué están las rosas tan pálidas?
¿por qué? ¡oh amor mío! habla!
¿por qué las azules violas
tan mudas están, en la verde grama?

¿Por qué, con un són tan quejoso,
canta la alondra, en el aire?
¿por qué, de la balsamina,
sale un olor de cadáver?

¿Por qué, tan mohino y tan frío,
luce el sol, y se abate en la vega?
¿por qué está la tierra tan gris,
tan yerma, como una huesa?

¿Por qué estoy tan enfermo y tan triste?
¡amor da mi amor! habla! habla!
¡oh amor que amo con el alma toda!
¿por qué me dejabas?

* * *

Un pino, solitario, está en el Norte,
sobre la fría altura: se adormece:
en blanquísimo manto
lo envuelven hielo y nieve.

Sueña con una palma,
que lejos, en Oriente,
solitaria se atrista, y silenciosa,
sobre el escarpe de peñasco ardiente.

* * *

Si vibrar oigo la cancioncita,
que en algún tiempo, cantó mi amada,
al golpe del dolor fiero,
el pecho casi me estalla.

Me impele un deseo oscuro,
arriba, hacia la alta selva:
allí, se disuelve en lágrimas
mi enorme pena.

* * *

Estábamos sentados, ¡oh amorcito!
juntos, confiadamente, en leve barca:
la noche era tranquila: fluctuábamos
por el vasto camino de las aguas.

La isla de los espíritus, hermosa,
al rayo de la luna, crepuscular posaba:
y vibraban, allí, sonos amenos:
allí, ondulaba nebulosa danza.

Y más y más ameno el són vibraba:
ondulaba la danza acá y allá...
pasábamos nosotros, fluctuantes,
desconsolados, por el vasto mar.

* * *

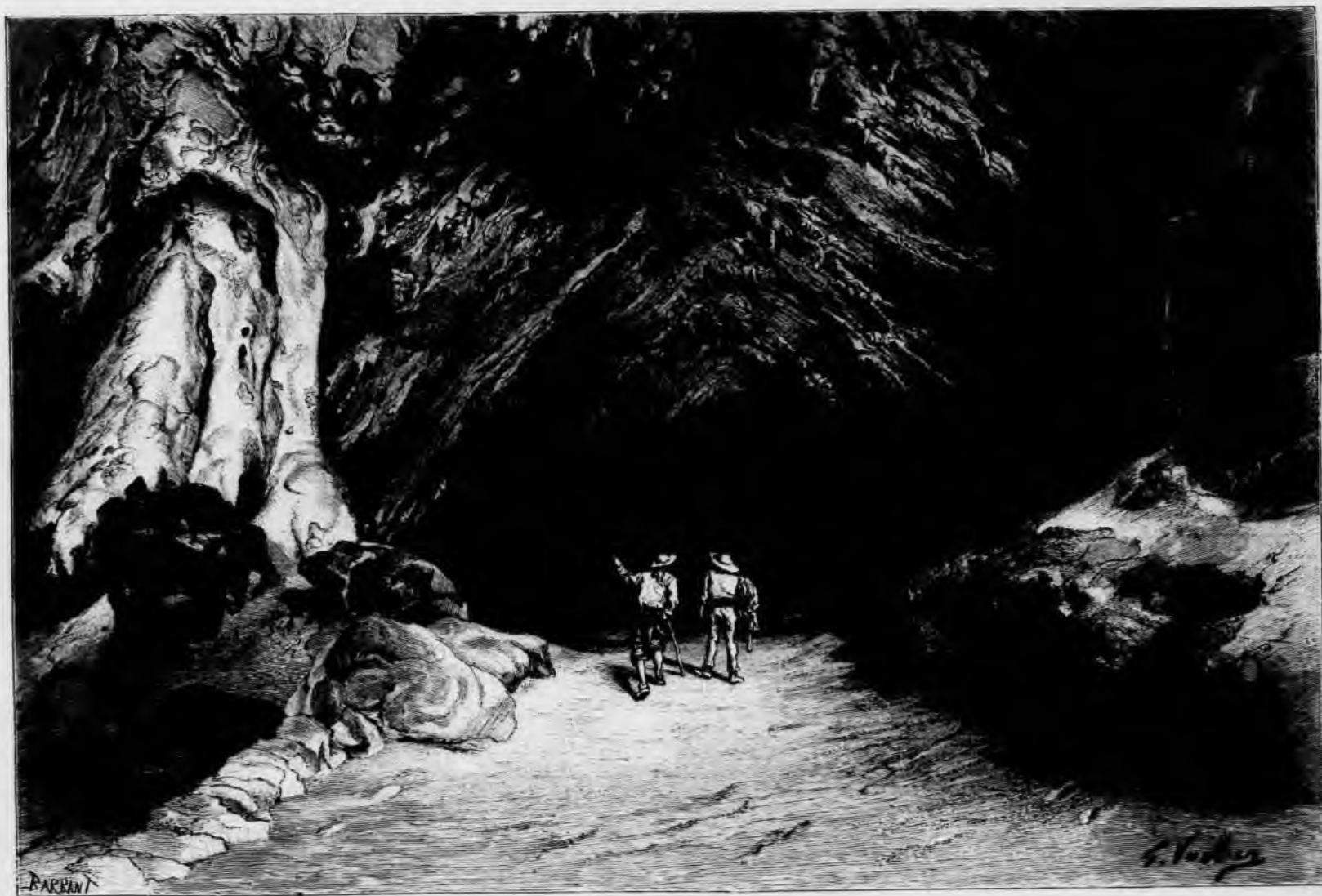
Entre sueños he llorado:
soñé que en la fosa yacías:
disperté; mejilla abajo,
lágrimas aun me fluían.

Entre sueños he llorado:
soñé que tú me dejabas:
disperté; y amargamente,
aun mucho tiempo lloraba.

Entre sueños he llorado:
soñé que bien me querías:
disperté; y aun, á raudales,
fluyen las lágrimas mías.

Traducciones del alemán, por
JOSÉ M.^a ARTEAGA PEREIRA.

(1) Enrique Heine, que tantos daños causó con su amargo escepticismo, tiene poesías llenas de suave melancolía y de profundo sentimiento como las que publicamos en este número, en las que no aparecen las perturbadoras ideas que acibararon los últimos años de este poeta. (N. de la R.)



MALLORCA.—ENTRADA DE LAS GRUTAS DE ARTÁ (pág. 550)

Ayuntamiento de Madrid



LA NIÑA ENFERMERA.—CUADRO DE F. SONDERLAND

Ayuntamiento de Madrid



MISS BELL

POR

CARLOS FOLEY

(CONCLUSIÓN)

XII

AQUELLA misma noche se encontró sola con Daniel en el salón. Acercósele, sentóse en el canapé, y suspiró una y dos veces sin que el joven le hiciera caso. Por fin, al tercer suspiro,—era imposible dejar de oírlo,—le dijo el primo:

—¿Qué tienes, Bella?

—Soy muy desgraciada.

—¡Dios mío! ¿y por qué?

—Porque quería comprar una sillita de manos, de *fayence*, para ponerla en mi *étagère*.

Por el acento plañidero con que se expresaba la joven esperaba Daniel una confidencia menos fútil; así es que se limitó á levantar ligeramente las espaldas como diciendo:

—¿No es más que eso?

Pero la cara compungida de su prima le conmovió y preguntóle con deferencia:

—¿Por qué no la has comprado?

—Era demasiado cara.

—Espera al mes que viene.

—El mes que viene me pasará lo mismo.

El joven sonrió.

—Has gastado mucho estos días. Te habrás llenado de deudas.

—Nunca había gastado tan poco dinero; pero como papá casi no me manda nada. ¡Tiene tanta falta de dinero... los negocios van tan mal!

Daniel, con sorpresa y seriedad, le dijo inmediatamente:

—¿Qué dices?

—La verdad.

—Esto no es posible, Bella, no es posible.

—Pues mira...

Y diciendo esto sacó del bolsillo un legajo de sobres; la desconsoladora correspondencia de su padre. Y fué enseñándole, por orden de fechas, todas las cartas; tomábalas el joven febrilmente y leía, leía, no encontrando palabras con qué expresarse y poniéndose cada vez más pálido. La joven ya respiraba con más desahogo, bastante aliviada después de la confianza que acababa de hacer, segura—á juzgar por el interés y ansiedad que revelaban la fisonomía de Daniel—de que no le era indiferente, que le daría consejos, la ayudaría, y, contemplando su varonil figura, pensaba en su buen corazón, mejor sin duda que el suyo...

Cuando terminó levantóse muy preocupado.

—¿Por qué no me lo has confiado antes? ¿Lo sabe mi madre?

—No sé... sin embargo, lo presumo; desde poco tiempo á esta parte la veo más triste.

—Es preciso saber con exactitud qué ocurre. Espera, vuelvo en seguida.

La señora de Frémont, muy abatida y acostada ya, sorprendióse en extremo al ver entrar de repente á su hijo, el cual, con la cara descompuesta por la emoción, exclamó con voz sofocada:

—¿Sabes que los negocios del tío Howey van mal? Bella ha recibido muy malas noticias. ¿Es cierto que la situación es precaria? ¿Qué hay sobre el particular? ¿Estás enterada?

La señora Frémont sólo contestó con una sonrisa á tal cúmulo de preguntas, y la impaciencia de Daniel aumentaba.

—¿Por qué te ríes? ¿Dí? ¿Es cierto lo que te pregunto? ¿Qué significa esto?

—¿Cómo te muestras tan inquieto?

—¡Y me lo preguntas! ¡Me volveré loco!... El desastre ha llegado á mi noticia de sopetón, ya, la verdad, me ha dejado sin aliento. Si sabes algo, habla, te lo ruego.

Le vió tan triste que no pudo resistir más; así es que creyó prudente hacerle, ante todo, una advertencia.

—Tu tío exige el secreto. Le he prometido callarme; pero tú ya no eres un niño y te creo bastante juicioso para formar parte del complot.

Dicho esto, le puso al corriente de la estratagema de Mr. Howey.

XIII

Cuando Daniel entró de nuevo en el salón estaba ya sosegado y muy resuelto; miss Bell le aguardaba impaciente. La madre había creído inútil asegurarse del silencio del hijo y éste se complacía de ello, porque pensaba aprovechar este olvido. La razón era que en el proceder del tío veía algo—si bien sin poder precisar la causa—que chocaba con la delicadeza del joven. La niña se dirigió hacia él, ansiosa de saber; pero Daniel, señalando el cuarto de su madre, le hizo seña de que hablara bajo.

Volvieron á sentarse en el canapé, al otro extremo del salón. Con cierto temor de preguntar, miss Bell permanecía triste y con la mirada fija en las flores de la alfombra.

—¿Qué piensas, pues? preguntó Daniel con dulzura.

—¿Qué quieres que piense más que con las cartas de papá. ¿Te parece que es cosa muy halagüeña verme arruinada poco á poco?

—¿Tienes, pues, mucho apego al dinero?

Iba á contestarle: «¡Oh, sí!» con toda el alma; pero sin explicarse por qué, sin duda por la dulzura con que Daniel la interrogaba, tan sólo le contestó:

—¡Caramba!

—¿Te espantaría ser pobre?

—No quisiera molestarte, Daniel...

—Dí con franqueza.

TOMO III.—70.

—Pues bien; sí, me causaría espanto.

El joven sonrió con amargura, acercósele y, bajando la voz, murmuró:

—Si me prometes que no dirás á nadie una palabra... que serás prudente y reservada... te diré una cosa que te tranquilizará al momento.

—¿Te ha hablado tu madre? Tienes mejores noticias, ¿no es verdad? ¡Oh, dí, dilo al momento, dilo al momento!

—Pues bien, no te alarmes. He hablado con mi madre y puedo asegurarte que los negocios de tu padre van mejor que nunca.

—¿Estás seguro, mi buen Daniel, ó quieres tal vez tranquilizarme de momento? ¡Mi padre me escribió ayer con un tono tan desconsolador!...

—Sí, sí, te ha escrito que la cosa va mal, y pronto te escribirá que todo se acabó. Dentro quince días vendrá el anuncio de la ruina, luego la bancarrota, después el embargo de bienes, y por último recibirás una carta suprema y desesperada en la que suplicará á mi madre que te mantenga por caridad.

Miss Bell protestó con una exclamación.

—Según parece, nuestro pan es muy duro, prosiguió Daniel con mezcla de amargura é ironía que pasó desapercibida á su prima. Pero sea lo que fuera, tranquilízate. Todo ello no es más que una novela, ó mejor dicho, una comedia que tiene por objeto impedir que tu fortuna te envanezca demasiado, y también para formar tu carácter volviéndote más sencilla y modesta.

—¡Oh, estas palabras son de mi tía! prorrumpió la joven, que demostró de repente su alegría con una gran carcajada.

Pero luego, poniéndose otra vez intranquila, le dijo:

—Dices la verdad, ¿no es cierto?

—Y tan verdad, que me han confiado el secreto...

—Es claro, esto debía ser un secreto.

—... Convencidos de que no te diría una palabra.

—Entonces, repuso Bella, á quien se le ocurrió de pronto una idea, ¿por qué me lo has confiado?

—Porque he observado que el pesar te pondría enferma, y luego porque tal proceder me repugna soberanamente.

—Te agradezco muchísimo el haberme avisado. ¡Cuánto hubiera sufrido si no me lo adviertes! ¿Sabes que á mi padre, en resumidas cuentas, se le ha ocurrido una idea muy mala?

—Sólo es mala porque se aplica á ti, dijo Daniel con malicia. Tu padre no podía, en verdad, imaginar hasta qué punto les gusta el dinero á las jóvenes de hoy día. Me encargo de hacerle comprender, en su día, la crueldad de su torpeza.

—Veo, suspiró la niña con cierta coquetería, que la mala intriga de papá tan sólo ha servido para que formaras peor opinión de mí. Mi padre en esto no tiene disculpa.

—El fin que se proponía le servirá de excusa.

—Prívarme de todo y humillarme, ¿á esto llamas una excusa?

—Es posible que tuviera otra intención, dijo Daniel reprimiendo su emoción, intención de la que no ha hablado todavía.

Y tomando la niña un aire de ingenuidad, exclamó:

—¿Qué intención es esa?

—¿No lo adivinas?

—No.

Daniel soltando una carcajada:

—Pues yo tampoco, le dijo.

Levantóse, tendióle la mano y añadió:

—Sé discreta, representa bien tu papel de desesperada. Me marchó, tengo que trabajar.

Completamente tranquila por lo que respecta á la ruina de su padre, miss Bell sintió despertar una gran curiosidad por todo cuanto su primo hacía y pensaba. Gran número de preguntas se le ocurrieron que no se hubiera atrevido á formular.

Hacía mucho tiempo que no había tenido con él tan íntima y prolongada conversación. Era como una manifestación nueva de su antigua amistad, matizada de reticencias y menos franca que antes, pero en cambio más dulce. En presencia del joven sentíase miss Bell dominada por una tirantez desconocida que, unida á la alegría y al agradecimiento del servicio que acababa de prestarle, aun á pesar suyo, la turbaban. Bien hubiera querido continuar la plática, rehabilitarse ante sus ojos, atenuar la mala impresión que le había dejado el terror por la ruina; pero no encontraba palabras. Cuando su primo iba á retirarse, miss Bell, deseando ante todo retenerle, repuso con cierta torpeza y embarazo:

—De modo que tú crees que no es una prodigalidad comprar la silla de manos.

Soltada la frase, al punto se arrepintió de haberla pronunciado, pensando cuán fútil le parecería al ingeniero. Pero Daniel estaba dispuesto á perdonarlo todo, porque contestó con viveza:

—No, no la compres.

—¿Por qué?

—Porque yo te la regalo.

—¡Oh! ¡qué bueno eres! Gracias, gracias.

Y esta vez habló con verdadera sinceridad.



XIV

Al hallarse sola en su cuarto se dió cuenta, sorprendida, de que la buena noticia no le causaba gran placer; sin saber por qué perdió la alegría, y cuanto más reflexionaba tanto más entreveía la astucia de que se había servido su padre.

—Sí, no hay duda, puesto de acuerdo con mi tía quería hacerme creer que estaba arruinado á fin de humillarme.

La otra intención de su padre, que ella y Daniel habían disimulado, ó sea el deseado enlace con el joven ingeniero, no la preocupaba tanto. Esta idea no la contrarió, pues dijo para sí, sonriente:

—¡Ah, qué bien ha hecho de explicármelo todo! Sin él, ¡qué días más horribles para mí! Y aun es muy posible que todo aconteciera como tenían proyectado. Creyéndome pobre y abandonada no hubiera tenido fuerzas para resistir. ¡Ah! pero lo que es ahora, ¡cómo me voy á divertir con los telegramas de papá!

Luego, volviendo á reflexionar, murmuró con aire grave:

—Sí, Daniel ha hecho bien en explicármelo todo. Ha hecho perfectamente por lo que á mí me interesa, pero ¿y en su interés propio? En su interés propio ha cometido una torpeza. El éxito de esta comedia consistía en que él tuviera la fortuna de casarse conmigo. Ahora estoy advertida, no caeré en el lazo y me ha perdido sin remedio. Decididamente ha sido Daniel un tonto contándomelo todo.

Y como sabía perfectamente que no era tonto, acabó por confesar lo que ya la atormentaba:

—No, no es una tontería... es que Daniel no me quiere.

Esto le explicaba su falta de alegría.

Durante los días que siguieron á esta entrevista Daniel permaneció invisible y miss Bell, molestanda por el recuerdo de su última conversación con el primo, vióse presa del mayor fastidio y sintió formarse el vacío á su alrededor. Así fué que para no aburrirse durante la ausencia de Daniel, por hacer algo, y prefiriendo pasar el tiempo en cualquier parte á pasarlo

en casa al lado de su tía, continuó frecuentando los salones en compañía de aquella señora; pero en las más divertidas reuniones su inquietud reaparecía en cuanto la señora de la casa preguntaba:

—¡Cómo! ¿Y Daniel no las acompaña?

El hallarse ausente era causa de que se hablara con más libertad de él, y como se había captado las simpatías de todos, los cumplidos se multiplicaban, se preguntaba á Bella por él y se lamentaba su ausencia.

Al poco tiempo tuvo que sufrir la pobre niña nuevos desengaños. A pesar de las repetidas demandas, su papá, pretextando obstinadamente la desgracia de los negocios, casi no le mandaba dinero, y como había dado palabra á Daniel de guardar el secreto que le había confiado, no podía reclamar nuevas sumas con gran insistencia y debía contentarse con los escasos recursos que recibía de Liverpool. Sus vestidos reflejaban aquel contratiempo; notábase cierto descuido en los adornos y era menos frecuente el cambio de trajes. Un vago y misterioso rumor de ruina circuló por todos los salones y siguió á la joven sin cesar; el número de los cortejantes disminuyó notablemente. La amabilidad de los que quedaban se mudó en una conmiseración que á miss Bell le parecía insoportable y su mal humor iba en aumento al considerar que su belleza y su porte distinguido no bastaban á compensar una dote que resultaba problemática. Con gusto hubiera dejado de asistir á las fiestas y tertulias—convertidas ahora en una verdadera carga—á no ser por el temor de confirmar con su ausencia los murmullos que tanto la molestaban. Los únicos ratos felices eran los que pasaba después de comer, en el salón, al lado de Daniel.

Éste solía preguntarle alegremente:

—¿Continúan en mal estado los negocios?

—Muy mal.

—¿Se aproxima la catástrofe?

—A pasos agigantados. Ninguna operación da buen resultado.

—¿Sin tener en cuenta los naufragios?

—Sin contar los naufragios. Si dura la cosa quince días más lo perdemos todo.

—¡Vais á la quiebra!

Él reía de buen humor; pero su prima no encontraba el tema muy divertido. Por más que salpicara el diálogo con chistes no lograba divertirla; la indiferencia del joven la mortificaba en extremo. Forzoso era creer que á él le tenía sin cuidado lo ocurrido. Aun prescindiendo del amor, la revelación del famoso secreto debía de haber echado por tierra las más halagüeñas esperanzas de Daniel. Un brillante porvenir, una fortuna asegurada se le escapaban. ¿No se daba cuenta de todo ello? ¿Era un ser inconsciente? Y la tan repetida chanza irritaba de tal modo á Bella que le daban ganas de gritar:

—Pero no rías, grandísimo tonto, ¿no ves que tu felicidad desaparece? No te burles de tu madre y de mi padre; ellos han trabajado para tí y tú eres la causa de tu propia ruina.

Pero al punto la idea dominante reaparecía.

—Pero, claro, como le es igual perderme como no... Si no fuera así ¿reiría tan á gusto?

Y en días de creciente desesperación llegó á decirse:

—Habría muy bien podido esperar para decirme la verdad. ¿Debía ir tan aprisa? En el fondo es poco adulador. ¡Si tendría miedo de que la comedia tuviera éxito!

Una tarde, hallábase Bella á cierta distancia de su tía, en el salón de la señora Dickay, sentada detrás de dos señoras para ella desconocidas. Bailaba poco, completamente olvidada, mirando con aire triste pasar entre el torbellino de valeses, caras nuevas; el haber oído repetidas veces pronunciar en alta voz el nombre de Daniel le hizo salir del sopor en que se hallaba. Las dos vecinas hablaban del primo y Bella no pudo resistir á la tentación de escucharlas.

—No veo al señor Frémont en casa Dickay y era un asiduo concurrente, decía una.

—Y eso que la señorita Dickay se mostraba muy atenta con él. Tal vez ha pedido su mano y no se la han concedido: la señorita Dickay es mucho más rica.

—Desengáñese usted, amiga mía; sé de buena tinta que no le hubieran desairado. Su mamá le considera muy inteligente y gusta muchísimo á la hija. Depende de él...

Las palabras que siguieron se perdieron momentáneamente en un murmullo.

Al oír esto quedóse miss Bell sorprendida. Nunca hubiera imaginado que la millonaria señorita Dickay consintiera en casarse con Daniel. Al punto se le vino á la imaginación la constante amabilidad de aquella joven con su primo y su recuerdo era una prueba indiscutible de la veracidad de las dos indiscretas criticonas. Sí, tenían razón; las Dickay miraban con buenos ojos á Daniel; hecha esta prueba y pasada ya la sorpresa, sintióse molestada por un chispazo de celos. En su creciente emoción presentía que la conversación de aquellas dos señoras la molestaría; comprendía que lo que la prudencia aconsejaba era retirarse y, sin embargo, continuó sentada, sujeta allí por una invencible curiosidad: luego hablaban de ella.

—¿Usted cree que su prima, miss Howey, le llama más la atención? decía una de las señoras acompañando la frase con un mohín de desdén. ¿Usted cree que puede amarla de veras?

—¡Oh! de ningún modo; lo creo inverosímil; no la conozco, pero mi marido la ha visto y dice que es fea, muy viva y pretenciosa hasta lo ridículo.

Bella se ahogaba; la cólera y la indignación la ponían colorada como una amapola. El temor de que al mover la silla en que estaba sentada, las dos señoras se volverían y al verla tan sofocada adivinarían su nombre, la hacía permanecer quieta en su sitio. Procuraba tomar una actitud de indiferencia y distraída, pero su corazón latía con fuerza.

—Miss Howey es rica.

—Regular compensación, porque es derrochadora. La señorita Dickay también es rica y es además linda y sumamente modesta y sencilla.

—El joven Frémont tiene tal vez mal gusto.

—¡Ea! Mi esposo me lo decía esta mañana: «es imposible que le guste *esta vanidosa*.» Además, ya sabe usted que no es hija de Mr. Howey sino su hija adoptiva... una huerfanita como cualquier otra, acogida por caridad. Sin ella, el señor Frémont heredaría la fortuna de su tío, y ¿cómo quiere usted que sea tan ciego y tan locamente generoso para amar á este fenómeno que le quita la herencia?

Al llegar aquí, Bella no pudo más. Levantóse bruscamente, no más colorada que antes sino pálida. Oprimido el corazón y con los ojos preñados de lágrimas, sin atreverse á volver el rostro, fuese corriendo á decirle á su tía que quería retirarse.

—Vámonos, vámonos, en seguida... me siento mal.

Una vez en el carruaje, y recostada en el fondo para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos guardó profundo silencio. Su indignación había desaparecido y una profunda tristeza invadía su corazón. Ya no tenía orgullo, ni altivez. Sentíase humillada, vencida, abatida por las crueles frases de las dos desconocidas señoras. ¡Con qué acierto habían expresado en pocas palabras lo que más podía martirizarla!

¡Hija adoptiva!... sí, era la verdad; sólo era una *hija adoptiva*, una *huerfanita como cualquier otra acogida por caridad*. Cuando niña lo había sabido vagamente, pero luego lo había olvidado por completo, ¡ah! pero aquellas infames mujeres ¡cuán brutalmente se lo recordaban ahora! ¡Había burlado á Daniel! ¡Le había quitado su herencia! ¡Casi robado!

A pesar de que la pena ya no era tan aguda, derramaba ardientes lágrimas. Jamás sus mejillas se inflamaron por el llanto de aquel modo. Los epítetos de fea, tonta, pretenciosa, y particularmente el de *vanidosa*, la habían ofendido muchísimo. ¡*Vanidosa*! este último la mortificaba más que todos los otros juntos. En su desesperación deseaba verse sola en su casa, encerrada en su habitación, acostada, hundiendo la cabeza en la almohada y sollozando sin que nadie se lo impidiera.

La primera idea rápida, mala y romántica que se le ocurrió fué la de escapar, rechazando para siempre la *caridad* de Mr. Howey; pero pronto comprendió cuán cobarde sería su conducta y cuánta ingratitud revelaría. Mr. Howey la amaba y la amaba como si fuera su propia hija; de esto no podía caberle duda alguna puesto que no le había dado una prueba, sino mil. Y para vengarse de una conversación ¿debía matarle con un disgusto? Un lazo indestructible, más fuerte que toda su cólera, la unía á aquel anciano tan bueno y tan indulgente para con ella. Por lo menos con su buen corazón había hecho de ella una hija, y sería tener un alma muy vil sacrificar tantos años de solícitos cuidados y ternura al rencor de un solo instante. Comprendía todo esto, como también la necesidad de someterse en silencio á aquella humillación, expiación merecida de sus locas presunciones.

XV

Cuando hubo bajado del carruaje entráronle deseos de ver á Daniel, de buscar un consuelo en su compañía; así es que al abrir la puerta la criada que les aguardaba, Bella preguntó inmediatamente:

—¿Está mi primo?

—No, señorita. Cuando el señorito Daniel ha sabido que usted estaba en casa de la señora Dickay, se ha vestido para ir á buscarlas. Con seguridad se habrán cruzado ustedes en el camino.

Miss Bell reprimió un gesto de despecho. Mientras que la señora Frémont se acostaba y la criada entraba en su cuarto, Bella determinó aguardar al joven. Quitóse el sombrero, y envuelta en sedoso abrigo, algo temblorosa, se acomodó en el canapé del salón.

Fuese sosegando poco á poco, y al propio tiempo que se sentía menos molestada y ofendida, la inquietud de los celos ganaba su corazón é imprimía un nuevo rumbo á sus ideas. Dejó de recordar los crueles calificativos para fijarse en las confidencias que á propósito de Daniel y de la señorita Dickay había oído. Los demás días, al regresar de la fábrica, Daniel solía acostarse. ¿Por qué, pues, aquella noche se había vestido para ir á buscarlas? ¿Por qué sería sino para ver á la señorita Dickay! Y al pensar esto se la figuraba joven, elegante y linda, bailando con Daniel que le sonreía dulcemente. ¡Quién sabe si habría ido allí para pronunciar la palabra decisiva, la promesa que debía unirlos para siempre!

Esta idea la martirizaba; durante el tiempo que aguardó á Daniel hubiera podido contar las horas con los fuertes latidos de su corazón, y no podía pensar en otra cosa que en su amargura. Por esta sentimental evolución, preparada con tiempo y de un modo inconsciente motivada por la conversación de dos desconocidas, el carácter de miss Bell quedó completamente transformado. Había en ella una nueva alma en la que, después de silenciosos y turbulentos combates, triunfaba radiante la verdad; Bella amaba. Ya los días de fingimiento y mentiras habían pasado y la máscara caía de su cara. Demasiado había luchado y ahora sentía ardientes deseos de proclamar muy alto su derrota, y bajo el influjo de las diversas sensaciones que le dominaban, de rencor, luego de gratitud, de celos y por fin la triunfante explosión de ternura, no era dueña de sí misma. Por fin, decidióse á ahogar un resto de orgullo que le quedaba con una suprema confesión: Daniel iba á saberlo todo.

Cuando en el silencio de la noche las pisadas de Daniel hicieron crujir el *parquet*, Bella estremeciéndose, replegó con presteza los pliegues de su abrigo sobre sus espaldas, y se levantó.

A pesar de estar resuelta, la excesiva emoción que le embargaba le impedía hablar.

Daniel, admirado de verla delante de sí en traje de baile, blanca y temblorosa, envuelta en la sombra del salón, la contemplaba absorto.

—¿Eres tú, Bella? ¿Qué haces aquí?

En vano intentó afirmar la voz.

—Te aguardaba... Quería verte antes de retirarme.

—¿A lo menos no será porque te aflija algún mal?

—No, tranquilízate. No tengo nada... casi nada... quería saber tan sólo si...

—Habla, pues.

—Si te habías divertido mucho en casa de las Dickay.

—Mucho.

—Es lo más verosímil, puesto que retiras muy tarde. ¿Has bailado con la señorita Dickay?

—Naturalmente.

—¿Te gusta?

—Sin duda.

—¿De modo que le has dicho algo? La cosa está resuelta ya... dímelo de una vez, vamos, prefiero que me lo digas.

—¿Pero qué? ¿A qué te refieres?

—¿No puedes decírmelo?

—¿Pero qué?

—¡Ah! ¡disimulas!

Bella se había dejado caer en el canapé; no contestaba á ninguna de las preguntas apremiantes de su primo, y oculta é inclinada su cabeza en la almohada, derramaba abundantes lágrimas. Acercósele Daniel y la entrevió vagamente en su actitud de desconsuelo. Sus cabellos sueltos cubríanle el cuello y proyectaban una sombra suave en su delicado y distinguido perfil y sobre la blancura de su delicada nuca. El abrigo ligeramente apartado descubría una espalda de nieve, y en toda su figura, aun en aquel abandono, se adivinaba una vida juvenil y una gracia tan dulce y tan púdica que á Daniel le turbó casi tanto como su amargura.

Las dos desconocidas mintieron descaradamente, porque Bell estaba encantadora.

A pesar de todo no tomó en serio Daniel el disgusto de su prima, y de rodillas junto al canapé, la arrullaba con voz plañidera, cual niña que juega con su muñeca enferma.

—¿Qué tienes? vamos á ver, ¿qué tienes? Dilo á tu pobre Daniel.

Bella no contestaba más que exhalando fuertes sollozos. Entonces Daniel la dijo con dulzura pero en tono de burla:

—¿Has roto la sillita de manos de porcelana?

La joven intentó volverle la espalda, pero no pudo.

—¿Has recibido noticias de Inglaterra? ¡No sabes que toda aquella comedia es una broma! Y como la prima continuara guardando silencio, Daniel añadió:

—¿Será que te figuras hallarte de veras en la miseria?

Volvióse á medias la niña y le dijo con amargura:

—¡Despréciame, sí, despréciame á tu gusto!

Y haciendo un rápido movimiento y volviéndose completamente hacia él, añadió:

—¡Ah! ¡el dinero, el dinero, que tanto quería, ahora me causa horror!

Como esta declaración era demasiado vehemente para que el joven pudiera admitirla como sincera, añadió en el mismo tono:

—Confíesalo. ¿Es lo que te digo? ¿Has recibido malas noticias de tu padre?

Al oír esto levantóse frenética y dijo con voz colérica:

—¡Ah! ¡Ojalá resultaran ciertos aquellos telegramas! ¡Quisiera estar arruinada, lo entiendes, arruinada!

Después de este violento apóstrofe, púsose Daniel más grave.

—¿Y por qué, Bella?

Bella no contestaba, pero al ver á Daniel junto á sí y sentir que con su brazo la sujetaba el cuerpo procurando consolarla, su cólera desapareció. Ocultó la cabeza entre sus manos y murmuró, esta vez sin amargura, si bien que con sollozos más ahogados:

—Quisiera estar arruinada... para que me compadecieras.

—¿Para que te compadeciera? dijo Daniel enternecido. ¿Y por qué necesitas que te compadezca?

La joven bajó la cabeza, tapándose la cara con las manos, entre las que resbalaban ardientes lágrimas, y con voz algo confusa y muy baja, suspiró de un modo casi imperceptible:

—¿No me comprendes?... ¿No comprendes que te amo... y sufro... y que estoy celosa?

Aunque pronunció estas palabras con voz tan débil, Daniel las percibió, y movido por una deliciosa emoción, repitió como si estuviera soñando:

—¡Me amas!... ¡por fin dices que me amas!

Y luego, apartando las manos de la cara de la joven y mirándola fijamente en sus hundidos ojos, añadió:

—¿Estás bien segura, Bella? ¿Estás bien segura de que me amas?

—Estoy segura, ¡oh, sí! ahora estoy segurísima. ¿Y tú, Daniel, y tú?

—Te amo.

—¿Desde cuándo?

—Siempre te he amado; desde las vacaciones de cuando era niño; de las partidas de escondite y de gallina ciega; y, sobre todo, ¡ah! sobre todo desde tu llegada, de los caballitos y las montañas rusas!

—¿Es cierto? ¿No quieres casarte con la joven Dickay?

—¡Qué locura!

Hubo un silencio, el clásico y *elocuente silencio*. Luego la joven añadió:

—Ahora que nos amamos y que nos lo hemos declarado, ¿qué vamos á hacer?

—Si no te disgusta, contestó Daniel sonriendo, si no te disgusta sobremanera, podemos... continuar.

—Sí, pero tu madre, mi padre... ¿lo querrán? Yo me encargo de papá...

—Yo respondo de mamá.

—Entonces todo va bien.

Al día siguiente recibía Mr. Howey un telegrama tan largo, que todos los ahorros de miss Bell se agotaron. Estaba concebido en los siguientes términos:

«Amo mucho á Daniel; Daniel me ama mucho; pero, queriendo que se case por mí y no por mi dote, suplico á mi querido papá me diga en qué época, poco más ó menos, piensa quedar completamente arruinado. Nos parece que no acabas nunca en tu ruina; haz lo posible por acabar de una vez cuanto antes.»

A lo cual Mr. Howey, que comprendía las bromitas, particularmente aquellas que no contrariaban sus proyectos, contestó acto seguido:

«Comprendido. Declarado en quiebra. Todo embargado. Fijad fecha casamiento.»

Y aquel día, Mr. Howey confesó, algo turbado, que, á pesar de sus esfuerzos y de su buena voluntad, no había podido disipar en el desastre, la dote de miss Bell.



SECCIÓN CIENTÍFICA

COLAS PARA PEGAR

Cola fuerte sólida.— Cola fuerte líquida. Varias fórmulas.— Cola de almidón.— Cola para metal, piedra, vidrio, etc.— Mástico Elisner.— Cola de boca.— Cola china.— Cola para cuero y cartón.— Cola para etiquetas. Varias fórmulas.— Cola de harina.— Cola gomosa — Cola líquida.— Otra para piedra, cristal, mármol, etc.— Cola transparente.— Cola muy resistente.

Las *colas para pegar* son materias viscosas que, líquidas ó reblandecidas por el calor, dejan, después de secas, fuertemente juntadas las superficies de los cuerpos á que se aplican. Las colas son de diversas clases, se preparan también de distintas maneras.

COLA FUERTE SÓLIDA.—Para preparar la *cola fuerte sólida* se toma la gelatina conocida con el nombre de *cola de Givet*, que se presenta en fragmentos transparentes, rojizos, frágiles, que se rompen en seco. Se les desmenuza en pedacitos pequeños, se les sumerge, durante doce horas, en una cantidad de agua suficiente para cubrirlos, y después se les derrite dentro del baño-maría en una vasija de metal. Para asegurarse bien de su consistencia, se mete un pincel y se observa si el líquido que destila al sacarlo en seguida forma un hilo unido y lúmpido; si sale demasiado espeso, se añade un poco de agua caliente; si demasiado claro se echa un poco de gelatina. Una vez preparada, hay que preservarla del polvo, y ponerla en un sitio muy seco, pues si se enmohece queda completamente inutil.

COLA FUERTE LÍQUIDA.—Para preparar la *cola fuerte líquida* se toma un kilo de la antedicha de Givet, y aun mejor de la de *Colonia*, y se la disuelve en un litro de agua puesto en una vasija barnizada que se calienta al baño-maría, cuidando de agitarla de cuando en cuando. Una vez disuelta, se le echa poco á poco y por fracciones 200 gramos de ácido azótico del comercio. Esta adición produce efervescencia y desprendimiento de vapores nitrosos rojos. Cuando ya se ha echado todo el ácido, se retira la vasija del fuego y se deja enfriar. La cola así preparada se conserva por mucho tiempo hasta en vasijas descubiertas. Para emplearla se la extiende en frío con un pincel. En los laboratorios de química

puede utilizarse como *luten* ó betún, untando con ella tiritas de lienzo.

Otra preparación de la misma cola consiste en disolver al baño-maría 100 gramos de buena cola fuerte con 250 gramos de vinagre, y cuando el todo está enteramente líquido, se añaden 250 gramos de alcohol común y 10 gramos de alumbre, conservándolo en el fuego durante un cuarto de hora. La cola resultante es muy tenaz é imputrescible. Cuando se pone demasiado espesa se añade un poco de agua y se deja calentar. Es muy indicada para pegar en frío objetos pequeños, y es sumamente útil á los fabricantes de perlas falsas.

También se prepara disolviendo en frío ó, todavía mejor, á un suave calor, 40 gramos de gelatina ó de cola ordinaria en 100 gramos de ácido acético del comercio.

Se hace disolver durante algunas horas seis partes de cola fuerte partida en pequeños pedazos, en diez y seis partes de agua; se añade una parte de ácido clorhídrico y una parte y media de sulfato de zinc, y esta mezcla se mantiene durante diez ó doce horas á una temperatura de 80 ó 90 grados. Por este procedimiento se obtiene una cola que no se coagula; basta dejarla en reposo y se conserva durante muchísimo tiempo, sin alteración.

Finalmente, otra manera de obtener la cola fuerte líquida, consiste en disolver cola fuerte ordinaria en el éter nítrico, sin temor de que la solución resulte demasiado concentrada, pues dicho éter sólo absorbe una cierta cantidad de cola. Puede darse á esta preparación la consistencia de las melazas, y su tenacidad es, según parece, doble que la de la cola fuerte disuelta en agua caliente. Esta tenacidad puede aumentarse añadiendo

al preparado algunos fragmentos de caucho, del tamaño de una bala de fusil, que, agitándolos, se disolverán al cabo de algunos días, y preservarán á la cola de la acción de la humedad.

COLA DE ALMIDÓN.—La mejor manera de obtener *cola de almidón*, consiste en triturar esta sustancia en un mortero con agua fría, de modo que forme una papilla sin grumos y un poco espesa, en la cual se echa un delgado chorrito de agua hirviendo hasta que empieza á formarse engrudo, lo cual se conoce en que la mezcla se pone transparente, y entonces se añade rápidamente el resto del agua: por una parte de almidón se pone doce ó quince veces su peso de agua. No hay necesidad de calentar la masa obtenida. Para asegurar su conservación puede añadirse un poco de alumbre al agua que sirve para la preparación.

COLA PARA MADERA, METAL, ETC.—Para pegar objetos de madera á otros de metal, piedra ó vidrio, se toma una solución de cola fuerte, de conveniente consistencia, y se le añade tierra tamizada hasta que la mezcla se ponga espesa como un barniz. Entonces, todavía caliente, se untan con ella las superficies que se quieren unir, y se aprietan una con otra: después de secas quedan completamente adheridas.

MÁSTICO ELLSNER.—El *mástico* de Ellsner, que se emplea para los mismos usos, no es más que cola fuerte hervida con agua, que se hace espesa con serrín tamizado: se emplea en caliente.

COLA DE HARINA.—La *cola de harina* se obtiene con harina de trigo ó de centeno, la cual se echa poco á poco en el agua hirviendo, removiéndola constantemente. Para evitar que se formen grumos, la harina se echa por medio de un tamiz que la reparte con igualdad. Cuando por la acción del calor la mezcla ha adquirido la conveniente consistencia, continúa calentándola un poco más. Para asegurar la conservación de esta cola es bueno echar en el agua un poco de sal marina; pero aun así se echa á perder muy pronto. Emplease para pegar papel. Los encuadernadores agregan á ella $\frac{1}{10}$ y hasta $\frac{1}{4}$ de alumbre en polvo. Pero para impedir la putrefacción el alumbre no da tan buenos resultados como la siguiente prescripción: Cuando la cola ya está hecha, se la deja enfriar hasta que quede tan sólo un poco tibia, y entonces se le añade cierta cantidad de trementina (una copa como de cerveza para la cantidad de cola que cabe en una ensaladera) y se deslíe todo junto. En uno de los experimentos hechos, la cola así preparada ha podido exponerse durante quince días á una temperatura de 25° sin que sufriera variación sensible, y después ha servido indefinidamente. El único inconveniente de este procedimiento es el olor desagradable de la trementina, pero este inconveniente viene compensado por las ventajas antedichas. El mismo procedimiento puede aplicarse á las disoluciones de goma arábiga para impedir que se pongan agrias.

COLA GOMOSA.—La *cola gomosa* se obtiene disolviendo en el agua goma arábiga y tragacanta; se conserva por mucho tiempo.

La solución de *goma arábiga*, empleada como *cola*, ofrece la desventaja de que, al extenderla sobre el papel,

le deja impregnado hasta hacerlo transparente, sin que á pesar de ello la adherencia resulte muy fuerte; no sirve para pegar el papel al cartón ni tampoco para pegar madera, vidrio, porcelana, metal, etc. Pero basta añadir, por 250 gramos de esta solución (2 partes de goma y 5 de agua), 2 gramos de sulfato de alúmina concentrado, disuelto previamente en 20 gramos de agua, y desaparecen todos los antedichos inconvenientes, aplicándose la cola resultante, que se llama *cola vegetal*, á todos los casos.

COLA LÍQUIDA.—Para obtener *cola líquida* se ponen á reblandecer cien partes de cola de Rusia en 100 partes de agua caliente; después se añaden lentamente 5 ó 6 partes de ácido nítrico, y finalmente 6 partes de sulfato de plomo en polvo para dar á la cola el color blanco.

COLA PARA PIEDRA, CRISTAL, ETC.—Hay una cola que sirve para unir pedazos de piedra, de mármol, de madera, sean cuales fueren sus dimensiones. Con ella, sin necesidad de aparatos contentivos, los pedazos de mármol, de cacharrería, estatuas, vasos, etc., se juntan con la mayor solidez. Basta para ello extender sobre las superficies que se han de unir una disolución de silicato de potasa y ponerlas en contacto una con otra.

COLA TRANSPARENTE.—También se emplea con éxito para pegar madera, porcelana, cristal, mármol, etc., una *cola transparente* muy aglutinada, que se obtiene mezclando en un mortero dos partes de nitrato de cal por 25 de agua y 20 de goma arábiga en polvo. Se untan con ella las partes que quieren soldarse y se mantienen fuertemente unidas hasta la completa desecación.

COLA MUY RESISTENTE.—Finalmente, puede hacerse una cola muy resistente tomando una cucharada (como de café) de harina, uniéndole gradualmente medio litro de agua, haciéndolo hervir lentamente y removiéndolo para impedir que se queme. Esta mezcla se mantiene hirviendo hasta que está completamente fluida; entonces se le añade una cucharada de agua regia y se hace hervir de nuevo hasta que la mezcla se ponga espesa, y ya puede usarse, siendo esta cola perfectamente inalterable.

COLA DE BOCA.—Hay después la *cola glutinosa*, sólida, para pegar el papel, que se usa en frío humedeciéndola con saliva. Se prepara haciendo ablandar en una pequeña cantidad de agua, la gelatina llamada *cola de Flandes*, hasta su completo reblandecimiento. Entonces se calienta hasta obtener la disolución de la gelatina en el agua y se añade al líquido 1 por 100 de su peso de azúcar blanco, y se continúa sujetando el todo á la acción del calor hasta que la masa resulta transparente y homogénea. En tal ocasión se la retira del fuego, y cuando está á punto de coagularse se la aromatiza con algunas gotas de esencia de limón, y se la echa en un molde poco profundo, donde se convierte en una especie de gelatina transparente, que después se corta en fragmentos rectangulares que se colocan sobre placas de hojalata amalgamadas con mercurio, para evitar la adherencia; y para lograr la desecación se ponen estas placas en una corriente de aire, á la sombra, ó bien en una estufa poco calentada. Para usarla se ablanda en

la boca, impregnándola de una pequeña cantidad de saliva, y se pasa repetidas veces, comprimiéndola, entre las superficies que se quieren pegar. Después se pasa sobre los cuerpos pegados un cuerpo duro y liso, para que la adherencia sea más fuerte, poniendo algo (un papel, etc.), en medio para evitar el desgaste á consecuencia del frote.

COLA CHINA. — Para obtener *cola china* se mezcla sangre de buey con $\frac{1}{10}$ de su peso de cal viva. Esta cola, cuando la temperatura es un poco elevada, no se conserva más que siete u ocho días. En el momento de servirse de ella se la moja un poco con agua; es útil á los encuadernadores, á los que hacen cofres, etc.

COLA PARA CUERO Y CARTÓN. — La *cola* para el cuero y el cartón se prepara disolviendo 50 gramos de cola fuerte y otro tanto de trementina en agua á un fuego suave; después se une á esta mezcla una papilla espesa formada con 100 gramos de almidón. Se usa en frío y se seca rápidamente.

COLA PARA ETIQUETAS. — La *cola* para *etiquetas* puede obtenerse de diversas maneras. He aquí algunas fórmulas para prepararla:

Gelatina.	25 gramos.
Azúcar cande.	50 »
Goma arábica.	12 »
Agua	100 »

Después de haber hecho reblandecer, desde la víspera, la gelatina en el agua, se la mezcla con el azúcar y la goma arábica en una cápsula de porcelana que se calienta agitándola continuamente, en una lámpara de alcohol. La ebullición debe prolongarse hasta que la masa sea bien fluida. Se untan las etiquetas con la cola obtenida y se dejan secar. Las superficies untadas, humedecidas después con saliva, se adhieren fuertemente al cristal ó á la madera.

Otra fórmula es:

Sublimado corrosivo.	125 gramos.
Harina de trigo.	1.000 »
Ajenjo.	500 »
Tanacelo.	500 »
Agua.	15.000 »

Esta cola sirve para etiquetas de envases que hayan de guardarse en sitio húmedo: el sublimado corrosivo impide que las etiquetas se echen á perder.

Otra fórmula:

Almidón.	100 partes.
Cola fuerte.	50 »
Trementina.	50 »

Todo esto se hace hervir con agua. La cola resultante se seca rápidamente.

X.





Abertura que pone en comunicación las cuevas llamadas del *Drach* con el mar (v. pág. 529)

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONCLUSIÓN)

No debo omitir en esta rápida descripción las estalactitas, que al golpearlas, producen claramente las notas de la escala musical y otras que producen sonidos parecidos á los de las campanas. Estas últimas se encuentran en una vasta sala que ofrece todo el aspecto de una nave de inmensa catedral. Por doquier formas extrañas, sorprendentes, pavorosas simas, insondables abismos, imagen fiel de la *Divina Comedia* de Dante, que aparece tangible al viajero desarrollándose misteriosamente delante sus ojos en esas sombrías profundidades.

En la interesante obra de M. Élisée Reclus, *La Terre*, después de ocuparse de la hidrografía de las corrientes subterráneas, dedica un notable artículo á la formación de las estalactitas.

«Cuando las aguas que se deslizan sobre la tierra, solicitadas por la gravedad, encuentran nuevo lecho al atravesar por terrenos permeables, desaparecen de su primitivo camino y llegan hasta profundidades donde abren las cavernas. Mas luego estas mismas aguas, que fueron un poderoso agente en su formación, contribuyen á reducir sus dimensiones llegando algunas veces á cegarlas completamente. Al filtrarse el agua por las capas calcáreas que cubren la gruta, cada gota disuelve una cierta cantidad de carbonato calcáreo, que abandona en cuanto asoma la gota en la bóveda ó en las paredes de la gruta. Al desprenderse de la bóveda una de estas gotas, deja pegado en la piedra un pequeño anillo de una sustancia blanquecina: es el principio de una estalactita. Una segunda gota viene á desprenderse en este mismo punto y el delgado anillo crece y se alarga por el nuevo depósito de carbonato cálcico que recibe, y la se-

gunda gota se desprende á su vez. Sucediéndose así unas á otras millares de gotas, van dejando todas ellas algunas partículas de carbonato cálcico que forman, á la larga, frágiles y delicados tubos en derredor de los cuales se acumulan luego otros depósitos calcáreos. Pero el agua que se desprende de la estalactita no se crea que abandonó ya todas las partículas pétreas que traía disueltas; todavía conserva las suficientes, al caer sobre el suelo, para dar origen á las estalagmitas y á las concreciones mamelonadas que cubren el suelo. Bien conocida es la fantástica decoración que debe su origen á estas filtraciones continuadas del agua en ciertas cavernas.

»Pocos espectáculos se ofrecen sobre la tierra tan admirables como los de las galerías subterráneas cuando sus columnas, blancas ó diversamente matizadas por los óxidos, los innumerables y diversos grupos formados por estalactitas y estalagmitas parecidos á veladas estatuas, no han sido todavía ennegrecidas por el denso humo de las antorchas.

»Cuando el trabajo de las aguas no ha experimentado interrupción alguna, las agujas y demás depósitos de sedimento cálcico crecen incesantemente con prodigiosa regularidad, de tal suerte que, en la mayoría de los casos, cada nueva capa añadida á las antiguas concreciones, cual verdadero cronómetro marcaría el tiempo desde el cual las aguas corrientes abandonaron el interior de la gruta. No obstante, con el tiempo las capas concéntricas del interior de las estalactitas desaparecen, sustituyéndolas cristales más ó menos abultados, pues sabido es que donde quiera que las moléculas de cuerpos solubles están constantemente embebidas por el agua, la forma cristalina tiende á producirse.

»Con el tiempo las estalactitas, descendiendo cual tupido cortinaje y uniéndose á las agujas que se elevan del suelo, obstruyen las angosturas, forman los corredores y dividen las cavernas en diferentes salas. Por lo que se refiere á los objetos esparcidos por el suelo de las grutas de los terrenos de sedimento, desaparecen poco á poco á causa de las concreciones que sobre ellos se forman. Así los restos humanos y animales que habitaron en otro tiempo estos parajes, han sido encontrados por los geólogos debajo la capa de piedra lentamente depositada por el agua filtrada. En 1816 se descubrió en una de las grutas de Postoïna (Adelsberg) un esqueleto, seguramente el de un explorador extraviado, que la piedra había ya cubierto cual blanco sudario; estas osamentas, con el transcurso de los años, quedarán adheridas en el espesor de la roca, á la cual irán sobreponiéndose nuevas capas, hasta que por fin la gruta misma desaparecerá obstruída por las estalactitas.

»Así sucede con los esqueletos de los trescientos cretenses sepultados por los turcos en 1822 en la caverna de Medilhoni. En breve plazo desaparecerán bajo la ya gruesa capa de piedra que les tiene unidos al suelo.»

De regreso á Manacor me dirijo á Palma, pasando por Felanitx, Porreras y Lluchmajor. En toda esta región los mosquitos son un verdadero azote; mucho me habían molestado en Manacor, hasta el punto de hacerme pasar varias noches sin poder pegar los ojos, pero nunca hubiera sospechado encontrar inmensos enjambres flotando en el aire á merced del viento y acosando al desgraciado viajero que se ve obligado á transitar por aquellos lugares.

Felanitx es una población de más de 10,000 habitantes. Cerca de ella, en el pico llamado de San Salvador, se levanta un santuario consagrado á Nuestra Señora. Una de las industrias más notables es la alfarería, distinguiéndose los objetos que de ella provienen por sus elegantes formas y delicados dibujos.

Atravieso la importante villa de Porreras y luego la no menos célebre de Lluchmajor, en cuyas cercanías encontró la muerte el último rey de Mallorca.

Era el 25 de Octubre de 1349. El emperador don Pedro IV, después de haberse hecho coronar en la catedral de Palma, acababa de conquistar en el continente lo que restaba á don Jaime III de sus Estados. Ni las protestas del rey desposeído ni la intervención, poderosa en esta época, del Sumo Pontífice, desarmaron al orgulloso conquistador, que no perdonó á don Jaime ningún género de humillación.

El desgraciado monarca, abrumado por los reveses sufridos, pero lleno de valor y con la frente erguida, resolvió tentar fortuna, reconquistando á toda costa su perdido reino. Con el fin de organizar algunas tropas y armar una flota, vendió á Francia la baronía de Montpellier, último resto de sus Estados.

La ocasión parecía propicia. Don Pedro hallábase ocupado por un lado por los graves disturbios que se habían presentado en el reino de Valencia; y por otra parte la espantosa peste que acababa de diezmar la población de la isla de Mallorca había acarreado gran desorden y desconcierto en el funcionamiento de los poderes públicos.



Sala de las Columnas

Los expedicionarios, llenos de esperanza, abandonaron á Provenza, y navegando la flota con viento favorable, desembarcó en las costas de la isla, en los alrededores de Campos. Don Jaime marchó sobre la capital al frente de un pequeño ejército compuesto de 3,000 infantes y 400 caballos. A la nueva del desembarco el gobernador salió de Palma con 20,000 soldados y numerosa caballería.

Al encontrarse los dos ejércitos trabaron rudo y sangriento combate, que duró toda la jornada, y cuando el crepúsculo extendía sus sombras sobre las dilatadas llanuras de Lluchmajor, el ejército de don Jaime quedaba completamente derrotado. El infortunado monarca, rodeado de algunos fieles soldados y de su hijo casi niño, luchaba aún valerosa y obstinadamente; pero al fin sucumbió, cayendo de su caballo cubierto por la sangre que brotaba de sus heridas. Sus últimos compañeros de armas yacían moribundos á su alrededor, y su hijo, gravemente herido, agonizaba á sus pies.

En aquellos fatales instantes aconteció un hecho horrible. Aprovechando los últimos resplandores de aquel aciago día un

soldado aragonés levantó por los cabellos al moribundo y le cortó la cabeza. Después los vencedores regresaron á su campamento y la noche tendió sus negros crespones sobre esas lúgubres llanuras en que sólo se oyeron los ayes de los heridos y el estertor de los moribundos.

Al amanecer del día siguiente, piadosas manos recogieron el cadáver del rey, que fué trasladado á Valencia y sepultado en el coro de la catedral. Tal fué el trágico fin del último rey de Mallorca. Su valor en la adversidad y sus grandes virtudes le hacían digno de mejor suerte.

Su hijo no llegó á reinar; si bien sobrevivió á las heridas que recibiera, cubierto todavía por la sangre de su padre, cargado de cadenas y trasladado á Barcelona, fué encerrado en una prisión donde vivió trece años.

Abandoné esta región, llena de dolorosos recuerdos, y regresé á Palma donde me esperaban mis amigos Sellarés, Torres, Benito y Moragues, en cuya compañía pasé tan agradables veladas en la más cordial intimidad en la magnífica casa de la calle de Brossa. Mas estamos ya á fines

de Noviembre y viéndome obligado á regresar á Francia, muy á pesar mío, debo abandonar á tan simpáticos amigos, y este hospitalario y encantador país donde reina una continua primavera.

Sin embargo, no me despido para siempre. Al partir llevo conmigo la esperanza de veros de nuevo y acaricio la idea de volver otra vez á vuestras islas. Deseo visitar de nuevo vuestra capital, contemplar sus hermosos edificios, extasiarme en vuestros místicos templos, viendo pasar vuestros graves *maceros*. Emprender luego hacia el Norte y volver á ver Valldemossa con sus poéticos recuerdos, sus inmensos olivares; el oasis de Miramar con sus acantiladas costas; Soller y sus dorados y sabrosos frutos, los santuarios venerandos y los soberbios picos siempre velados por las tenues brumas.

En Pollensa podré oír de nuevo los plañideros acordes de las guitarras. Veré de nuevo los payeses con su típico traje, que va desapareciendo; las muchachas con su gracioso rebocillo, que las da el aspecto de cándidas vírgenes.

Pero evitaré en lo posible tropezar con vuestros *tamboreros*, vuestras corridas de toros, las lúgubres escenas de vuestros cementerios y vuestras cavernas horribles. Todo esto no es para visto dos veces.

En Alcudia me embarcaré para pisar la tierra de Menorca, que aparece desde aquí con fina silueta, y después completaré ese viaje con una visita á las islas Pitiusas y escucharé arrobado, sentado en algún alto peñón de Formentera, los bramidos del anchuroso mar.

Si los amantes del arte y las típicas tradiciones sienten hastío por la vida, ó quieren distraer una pena que oprima su corazón, olvidar un recuerdo triste, calmar un dolor, cerrar una herida, en parte alguna podrán, como en vuestras islas, al contemplar vuestras bellas y particulares costumbres, vuestros originales trajes, vuestro espléndido sol y los maravillosos paisajes de Mallorca, encontrar el sosiego que necesita su abatido espíritu.

Las cuatro y media de la tarde: á bordo del vapor *Mallorca*. — En la bahía se nota todavía una agitación en las aguas, proveniente del temporal que reinó la víspera. El sol, con sus rayos de oro, parece incendiar la ciudad; sobre el cielo azul se destaca la soberbia catedral, cual gigantesco relicario de oro, y surge del mar la pálida luna allá en el confín del horizonte, mientras las blancas gaviotas cruzan por encima los mástiles del buque. El agudo silbido del vapor me indica que partimos; en los muelles hormiguea la muchedumbre que contempla la partida del vapor; en medio de ésta veo agitarse algunos pañuelos y reconozco al amigo Sellarés, á su amable esposa y su hijo que hasta el último momento no han querido separarse de mí.

¡Cuán dulce es en el partir verse acompañado por leales amigos que, después de haberse despedido con un apretón de mano, le dirigen todavía una última mirada tierna!

Dejamos detrás de nosotros el castillo de Bellver, á Portopí, el antiguo puerto de los árabes, con las dos torres que defienden su entrada, cerrada en otro tiempo por una cadena durante la noche, y allá abajo los montes de Soller y de Valldemossa, de cuyos torrentes y arroyos se levantan densas brumas.

El sol se dirige al ocaso. El buque parece centellear bajo los rayos del sol, y sus ruedas, cubiertas por blanca espuma, dejan tras sí una larga cinta de plata y esmeralda que nos une á Palma.

La noche se nos echa encima. Descúbrese á lo lejos el destello de una luz, es el faro de la Dragonera, fiel vigía que señala al navegante el término de su camino.

Hacemos rumbo al Norte y al día siguiente desembarcaremos en Barcelona.

GASTÓN VUILLIER.

NUESTROS GRABADOS

LA NIÑA ENFERMERA

CUADRO DE F. SONDERLAND

Le duelen las muelas á la muñequita de la niña representada en este cuadro. La niña, cuidadosa, quiere aliviarla, y después de haberla puesto algún emplasto á la muñeca, vendándole la cara con el pañuelo, va ahora á propinarle alguna poción calmante. Véase con qué tiento la vierte en la cuchara, imitando á su cariñosa madre, que alguna vez le habrá también dado á ella medicinas contando las gotas ó las cucharitas para no excederse de las prescripciones del doctor. Pero ¿de dónde habrá sacado las botellas? ¿dónde habrá encontrado el líquido que tan pausadamente pone en la cucharita? De fijo que hay en esto alguna travesura de la niña, la cual habrá ido al tocador de su madre y de allí habrá cogido un frasco de agua de colonia ó de agua de quina, que le sirve á pedir de boca para convertirla en el improvisado medicamento para la muñeca. Y gracias aun, que en vez de apoderarse de tales aguas, no lo haya hecho de un aceite ó cosa así, el cual al darlo á la muñeca, derramándolo por la silla, pondrá el tapizado hecho una verdadera lástima. La niña, con todo, no atina en nada de esto, sino que con toda la gravedad de que es capaz se convierte en enfermera y prepara la medicina. El autor del cuadro ha interpretado el asunto con mucho acierto, sobre todo en la expresión de la chiquilla, que es felicísimo. El perro le hace pareja contemplando la escena muy formalote.

EL CONTRAALMIRANTE AVELLAN

Publicamos en este número el retrato del marino ruso que es hoy día el héroe de Francia. El contraalmirante Avellan nació en 1839, y comenzó á servir en la marina rusa en 1855, tomando parte en diversas campañas, en las cuales mostró su valor y su pericia. Según ha dicho algún periódico francés, descendiende de una familia francesa que se estableció en San Petersburgo durante el reinado de la emperatriz Catalina II. El apellido viene en apoyo de esta afirmación. Antes de ser nombrado jefe de la escuadra del Mediterráneo,



EL CONTRAALMIRANTE AVELLAN

desempeñaba el cargo de jefe del Estado Mayor de la marina en Cronstadt. Cuéntase de él una anécdota que da idea de su buen corazón. Acaso haya en ella algo imaginario, mas de fijo contendrá un fondo verdadero. Dice la anécdota que siendo Avellan guardia marina servía en el mismo buque que él, como marinero, un antiguo capitán de navío, degradado por faltas en el servicio y ultrajes á un superior. Aquel hombre inspiraba profunda compasión al joven Avellan, quien, sabiendo que el Czar solía conceder el indulto á los oficiales

degradados que realizaban un acto heroico, dijo un día al marino:

— En la primera tempestad que tengamos me arrojaré al mar; usted se precipitará en seguida á salvarme, y, en recompensa, el Emperador le devolverá á usted sus galones.

— Sería inútil el sacrificio de usted, contestó el ex capitán: nado muy mal y pereceríamos ambos.

— Eso no importa; yo nado como un pez, le sostendré á usted mientras acudan á socorrernos, y todo el mundo creerá que usted me ha salvado.

Así se hizo, y el mejor éxito coronó la piadosa estratagemma, pues enterado el Czar del salvamento, devolvió su grado al ex capitán, que después ha llegado á ocupar los más altos puestos en la marina rusa.

EL «PELOTARI» ÁNGEL PASTOR

Hoy día en que la afición al juego de la pelota, trasportando las comarcas en donde constituía especialmente la distracción de sus naturales, sirviéndoles á la vez de pasatiempo higiénico, se ha extendido por todas las provincias de España y ha llegado hasta allende el Atlántico, creemos que no es cosa fuera de propósito publicar el retrato de uno de sus adalides. Ángel Pastor, que es el *pelotari* cuyo retrato publicamos, nació en Andoain y murió en Río de Janeiro, víctima de la fiebre amarilla, el día 27 de Abril de este año. Trabajaba en el frontón de aquella ciudad después de haber conquistado lauros en Buenos Aires, de cuyo frontón fué sin disputa uno de los mejores *pelotarís*. La empresa del frontón, para honrar su memoria, tuvo la cristiana idea de dedicar unas solemnes exequias en la iglesia de San Nicolás de Buenos Aires, en sufragio de su alma.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XIX

EL COMLOT

TRATÁBASE, en efecto, de una verdadera conjuración fraguada para residenciar á Paco Dulce delante de su prometida.

El mismo día en que don Roque hubo de guardar cama rendido por los efectos del ataque que sufrió en el pabellón, conspiraron él y Lope Fuentevera para realizar la escena cuyos inmediatos preparativos acababa de sorprender el ojo avisado de la huérfana de setenta años.

TOMO III.—72.

Ayuntamiento de Madrid

Fuentevera poseía todos los secretos de su rival favorecido. Olvidado de sus negocios, que abandonaba en manos de agentes, no tenía pensamiento ni acción más que para proseguir aquella empresa en la cual pusiera todo su anhelo. Cada día era más grande su pasión por Blanca. Las dificultades contra las cuales se estrellaba su deseo, le embravecían; el trato riguroso, sañudo, con que aquella mujer briosa le azotaba, hacía rugir su espíritu con iras y bravezas de león; y el magnate de la cotización, gran piloto de los mares bursátiles, apelaba á toda su fuerza y habilidad para salir vencedor del más fiero é irreducible de los elementos, la voluntad de una mujer.

Sin embargo, en medio de los ardores de su despecho, Fuentevera, como buen táctico, no perdía la serenidad; avivábase su ahinco, pero no se turbaba su pensamiento. Calculaba los riesgos y ventajas de la partida, como si se tratara de una jugada de Bolsa. Creía firmemente que la solución afortunada de aquel litigio que mantenía en la sombra estaba en llegar á vencer la incredulidad tras de la cual vivía encastillada la hija de don Roque. Creía, además, que una vez hecho el vacío en el corazón de Blanca, no había de serle á él difícil colocarse en el pedestal del ídolo derribado. Y con estos cálculos se animaba, en medio del crudo desdén á que se veía reducido, sin considerar que toda aquella supuesta lógica podía hacerse pedazos en la hora de la prueba, no echando de ver que el temple de un alma permite, sí, apreciar la fuerza de los movimientos á que el alma haya de lanzarse, pero no prever la dirección de esos movimientos.

En distintas ocasiones, desde el regreso de Paco Dulce, había dicho Fuentevera á don Roque:

—Tengo el proceso formado y en mi mano traigo encerradas todas las acusaciones. Abriré la mano cuando usted quiera.

El anciano, que en frecuentes arranques había sido el que alentara y metiera prisa á Fuentevera en su tarea inquisidora, sentíase vacilante cuando se le pedía á él la señal de romper el fuego.

—Esperemos aún, decía. Me repugna poner á mi hija en contacto con todas esas impurezas.

Mas cuando la mañana que siguió á la escena del pabellón, Lope Fuentevera penetró en la alcoba de don Roque, halló á éste que bajo la postración del cuerpo aniquilado, alimentaba vehemencias de atleta.

Allí conspiraron los dos hombres.

—Amigo Lope, dijo el enfermo, es necesario disparar toda la andanada.

—¿Está usted decidido?

—Sí; caiga el peso de la realidad sobre las ilusiones de mi hija. Sávese á toda costa de la desventura irremediable que la amenaza. Blanca me respeta aún, pero temo que muy pronto su obediencia se trueque en rebeldía. ¿Tiene usted los elementos reunidos?

—Reunidos y dóciles á nuestra voz.

—Pues manos á la obra.

Combinaron el plan, y el día que don Roque se levantó Fuentevera condujo al hotel la columna de ataque.

A los dos gomosos, Rafael Laso y su duplicado, que habían sido padrinos de Dulce en el desafío de las Ventas del Espíritu Santo, con facilidad los hizo suyos el opulento bolsista: unas cuantas cenas y otros tantos alardes de opulencia enseñándoles caballos, armas, pinturas, libreas, alhajas, bastaron para ponerles devotos y sumisos á la disposición de Lope. Esos

no conocían la importancia de su papel; iban á comer invitados por el banquero, al cual ya les había presentado oportunamente Fuentevera, y allí estaban ambos muy tiraditos de frac, prontos á soltar el pico á la primera invitación.

De Nicanor, el revendedor de billetes, no hay que decir: á ése le había comprado Lope cual se compra un mulo en una feria. Allí le tenían Fuentevera y don Roque, dispuesto á ganarse sus buenos gajes refiriendo la curiosa y verídica historia de las papeletas.

Respecto á Carlos Albuerca, el logrero de guante blanco, Fuentevera le había hecho suyo por medio de una labor fina: buscóle, interesóle en varios jugadas de Bolsa á propósito para engolosinarle, y á la sazón le tenía metido de hoz y de coz en una de esas operaciones que los altos negociantes llaman un sindicato, de la cual esperaba aquella hormiguita considerables ganancias. Lope era su rey y señor; obedecíale de rodillas.

Para atraer á Encarna, cuyo testimonio y cuya animosidad sobre todo, se hacían de todo punto indispensables en aquella liquidación de vergüenzas é indignidades que se preparaba, Fuentevera imaginó al pronto que había de tropezar con enojosas dificultades. Pero no tropezó; bien al contrario, la cosa fué como una seda desde el instante en que, como hombre de mundo y experto en la lidia de tipos y caracteres, el rico bolsista llegó á enterarse del pie de que cojeaba la impetuosa querida de Paco Dulce. Dirigió á aquella mujer de pólvora un telegrama.

«Paco se casa uno de estos días.» Y en el tren primero que pudo traer á Encarna después de recibido por ésta el parte, Fuentevera la vió llegar ojerosa, encendida, sin el menor cuidado por ocultar su coraje y sus inquietudes. Venía aquella loca disparada y silbando como una bala. Fuentevera logró detenerla saliéndole al encuentro y convidándola con una participación en la intriga, que encantó á la aventurera y puso como un guante aquel genio de chula ingerta en *cocotte*, gran aficionada al misterio teatral y maestra en el ejercicio de la rabotada.

Con la venida de Encarna, Lope tuvo reunidos todos los elementos para el juicio sumario de Paco, ó á lo menos aquellos de que podía seguramente disponer, ya que otros por él codiciados y de eficacia mucho mayor, no le fué dado obtenerlos. Los elementos por Fuentevera buscados y no conseguidos, eran los referentes á la expendición de títulos falsos en la que estaba comprometido el joven disipado y canalla, expendedor de amores falsos también. La divina Encarna fué quien, con su boquita de rosa, contó al rico bolsista los pelos y señales de aquella peligrosa fechoría, y Fuentevera se dió toda la prisa y maña posibles para traer á sus manos el cuerpo del delito con cuya posesión ya no habría necesitado otros auxiliares para perder á su enemigo. Pero no le fué posible adquirir aquel instrumento, ni siquiera contar con el testimonio que diera fe de su existencia. El marqués de Césaire estaba en Madrid; había venido siguiendo á Encarna. Fuentevera fué á proponerle la venta de los títulos. El marqués le contestó que no sabía de qué le hablaba. No habían transcurrido los tres meses que Dulce demandó y el marqués cumplía su palabra. Ni perseguía á Dulce, ni descubría nada que al suceso de los títulos se refiriese.

El espectáculo, pues, se había preparado en el hotel de la calle de Alcalá, con poderosos recursos para confundir al mozo engañador; los de perderle, los de quitarle de en medio librándose de una vez de su presencia, no se habían podido alcanzar.

Sin embargo, don Roque Bermúdez y su diligente aliado prometíanse que lo dispuesto era bastante á producir el desengaño y la aversión en el ánimo de Blanca.

Sonriente y con la cabeza henchida de pensamientos de triunfo, don Roque estaba en el

comedor, departiendo afablemente con Rafael Laso y su adlátere, con Albuera y con Lope, mientras esperaba la aparición de Paco Dulce, atraído por el convite.

En la portería del hotel platicaba Nicanor con el portero de espléndido levitón, que le servía de merendar.

En la rotonda, sola, inquieta, ora paseándose, ora sentada, escuchando junto al balcón, atisbando por el cortinaje, hallábase la rubia Encarna, preparada á la acometida.

(Continuará).





LA luz eléctrica ha tenido en los últimos tiempos una aplicación muy singular. Reducida, en cierto modo, al más pequeño volumen, ha sido empleada en el adorno de las bailarinas, bajo la forma de alfileres para la cabeza, de medallones y de joyas de piedras artificiales.

M. Trouvé ha realizado esta curiosidad científica, mejorando el depósito ó manantial de electricidad, pues la dificultad que presenta la resolución de todo problema concerniente á la electricidad consiste en la necesidad de la pila. El día en que se invente un depósito de aquel fluido, potente, inagotable y económico, las aplicaciones que alcanzará serán infinitas.

La teoría del invento que nos ocupa es por demás sencilla; fúndase en la incandescencia en el vacío.

La pila ideada por M. Trouvé se compone de tres pares, carbón y zinc, sumergidos en una disolución saturada de bicromato de potasa. Hállase la pila dentro de una envoltura de ebonita dividida en tres compartimientos y llena en sus dos terceras partes de la disolución indicada. Los elementos ó pares de la pila están fijados en la cubierta, también de ebonita, que junto con una hoja de caucho forman un cierre perfecto. Todo el aparato, en su conjunto, está encerrado en una doble envoltura de caucho endurecido, dispuesto de modo que una cubierta entre dentro de la otra.

Dos botones reciben los hilos que se ocultan en el vestido y van á unirse á las flores situadas en el cabello ó en el pecho. El cuerpo de la lámpara que produce la luz se halla formado por un globo de cristal provisto de varios prismas colorados; en su interior se ha hecho el vacío á fin de evitar toda combustión. La incandescencia se produce en una pequeña herradura formada por un hilo de carbón preparado por un procedimiento especial.

Un pequeño conmutador colocado en cualquier punto de los alambres permite iluminar siempre que se quiera cada una de las guirnaldas de flores.

La duración de la luz varía según la dimensión de la pila que se halla dentro de un saquito oculto en las faldas de las bailarinas; pero también se puede llevar en el bolsillo del sobretodo ó del chaleco.

M. Trouvé ha dado á su invento las formas más caprichosas: alfileres para la cabeza y para las corbatas, diademas, pulseras y hasta puños de bastón.

Si al entrar en casa nos hallamos á oscuras, basta

con apretar el resorte del bastón mágico para que se disipen la tinieblas.

He ahí, pues, la electricidad convertida en verdadero juguete doméstico.

Un senado-consulta prohibía en Roma á todo ciudadano colocar bancos y sentarse en el recinto de los juegos públicos, tanto en los situados en la ciudad como en los que se encontraban á mil pasos de distancia.

Esto se hacía indudablemente con el propósito de mantener la varonil costumbre de permanecer de pie, cualidad muy característica del pueblo romano, y que se deseaba que le distinguiera también en sus ratos de esparcimiento y de recreo.

La rivalidad de los pantomimos Hylas y Pylade habían ocasionado serias pendencias entre la gente de Roma y excitado por este motivo la indignación del emperador Augusto. Sabido esto por Pylade, exclamó:

—¡Oh, príncipe! eres un ingrato; déjales que se ocupen de nosotros.

¿Conocéis, decía Hecatón, el filtro que hace amar sin drogas, sin hierbas, sin fórmulas mágicas? Voy al punto á indicároslo: amad y seréis amados.

Pedía un cardenal á Paulo III una gracia, y como no fuese muy justa la concesión, el Papa se la dificultaba: visto lo cual por el cardenal dijo:

—Vuestra Santidad sabe muy bien cuánto trabajé por hacerle Papa, y no debe negarme esta gracia.

El Sumo Pontífice respondió:

—Pues me habéis hecho Papa, dejádmelo ser.

Tentó Felipe IV un bufón para que le escribiese las simplezas que decían ó hacían en la corte; y hallándose un día precisado el rey á enviar un correo á Roma con toda priesa, no hallándose quién se atreviese á ir en el corto tiempo que se señalaba, acertó á venir un soldado

el cual ofreció llevar á Roma el despacho en el término señalado, y el rey lo despachó, mandándole dar mil ducados. Escribió el bufón esta simplicidad de su rey en el libro; y sabido esto preguntóle por qué le había escrito. Respondió:

—Porque el soldado no puede cumplir una promesa imposible, y lo mismo haría sin los mil ducados.

Replicó el rey:

—Si no lo observare, obligado está á devolverme los mil ducados, y así, debéis borrarle del libro.

—No señor, dijo el bufón, la vuestra quedará escrita en el libro hasta que el soldado los restituya.

Al pasar un labrador por un arroyo, vió en el suelo



EL «PELOTARI» ÁNGEL PASTOR, DE ANDOAIN,

Falleció en Río Janeiro el 27 de Abril último

la calavera de un borrico, y muy suspenso y contemplativo, dijo: —¡Válgame Dios, y lo que somos!

Estaba un estudiante en una casa donde la huéspeda le hurtaba mucha carne del puchero, y como alabase un día que el gato no comía la carne, aunque la encontrase en el suelo, dijo el estudiante: —Pues usted disponga que guise el gato mi puchero.

Embarcó un español una nave cargada de higos secos, y llevado, después de una gran tormenta, donde los perdió, á una ría, saltó en tierra á enjugarse, y como el mar se serenase y convidase de nuevo á navegar, dijo:

—¡Oh mar! Yo bien sé lo que tú quieres, tú quisieras otros higos secos.

Tratándose del contrato de un casamiento, dijo uno:
— El padre da el dote, y Dios la buena mujer.

El río Tamsui, en Borneo, que desemboca cerca de la villa de Tamsui, parece cantar armoniosamente cuando sus aguas chocan con las olas del mar; estas armonías extrañas provienen de la gran cantidad de peces cantantes propios de las costas de Borneo: estos peces producen un sonido limpio y penetrante, cuyo origen es hasta ahora desconocido, y puede verosímilmente proceder de las vibraciones de sus largas y delicadas aletas semitransparentes.

Para limpiar los cuadros se lavan con alcohol, pasando luego un paño con agua limpia y fresca.

Se obtiene un magnífico papel de cal sumergiendo el de escribir en petróleo y dejándole secar entre otros papeles ligeramente prensados: encima de ese papel, sumamente transparente, se puede dibujar al lápiz y á pluma; si se aproxima luego al calor, pierde la transparencia y se convierte en un papel fuerte, apergaminado y de aspecto agradable.

Para destruir las hormigas hágase una fuerte decocción de hojas de nogal y échese en el hormiguero.

Si se desean preservar los árboles de las orugas sujétese en la parte superior del tronco un mangote grueso de tierra, y de este modo, no sólo se impedirá que suban al árbol las orugas, sino que las que se encontrarán en las ramas más elevadas, caerán también á los pocos días.

También se evita que suban estos insectos á los árboles poniendo sebo alrededor del tronco.

El hombre es un ser eminentemente sociable, y el castigo más riguroso que, en mi opinión, puede sufrir, es el de privarle de toda sociedad.— FRANKLIN.

Un soldado en tiempo de paz es como una chimenea en verano, y no obstante, ¿qué hombre encontraríamos que quisiera destruir su chimenea porque el almanaque le advierte que nos hallamos á 15 de Junio?— TONC BROWN.

Admirar la virtud del prójimo es ya una prueba de virtud.— TEMISTIUS.

El cuerpo de un enfermo necesita un médico: el alma enferma tiene necesidad de un amigo.— MENANDRO.

Los verdaderos amigos son los que vienen á compartir nuestra prosperidad cuando se les llama, y nuestra adversidad sin ser llamados.— DEMETRIUS DE PHALERO.

En donde empieza la desconfianza cesa la amistad.— EPICURO.

El amor tiene alas, pero puede también prestarlas.— HOMERO.

Los que en amor buscan únicamente el placer no lo encuentran.— DIÓGENES.



SURTIDOR PORTÁTIL

Las leyes de la hidráulica no se contradicen nunca: los líquidos sólo pueden subir hasta una altura igual á la de que han descendido, si se dejan en libertad: mas

cuando por compresión se obliga al líquido á buscar salida por un orificio practicable, el efecto es el mismo, siendo la causa muy diferente.

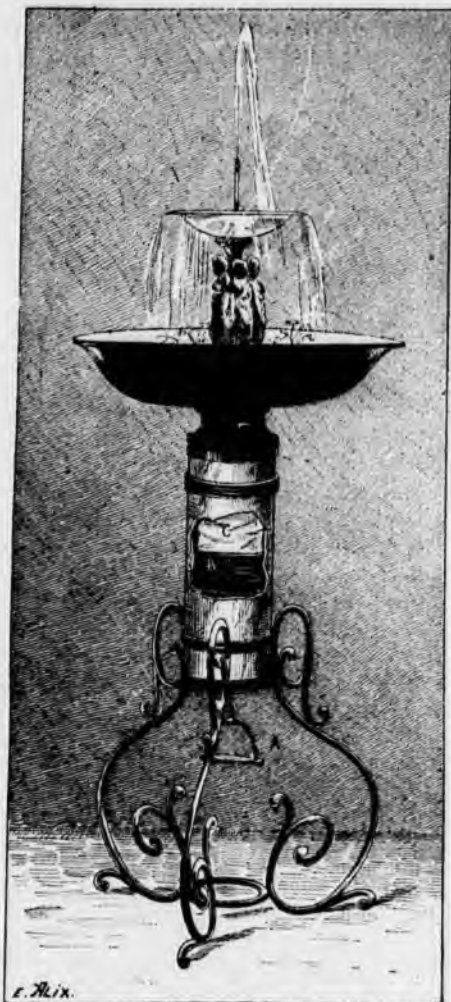
El surtidor es siempre grato á la vista y contribuye con su ruido y hasta con su influencia química á hacer

más agradable y fresco el ambiente, pero no siempre puede obtenerse este resultado sin gastos y trabajos de instalación.

Pues bien, con menores dispendios y con poquísima molestia es posible construir un surtidor móvil, de salón, que por buen rato suministre la corriente de abajo arriba

que se precipita por la boquilla de salida y cae en el recipiente. El lector encontrará quizás complicado el aparato; pero conste que para obtener un resultado tan bello como inesperado y conseguir lo que parece imposible, *un surtidor portátil*, este es el sistema sencillo entre todos. Ensáyese y se verá su eficacia.

JULIÁN.



y viceversa: llamaremos á ese aparato, *surtidor de estribo*.

Consiste en un tubo de hojalata, colocado y fijo sobre un pie cualquiera y en cuyo extremo superior se asegura un recipiente con boquilla en el centro; el interior del tubo contiene otra bolsa de caucho (C) con dos rodajas de madera arriba y abajo: la de arriba con un orificio que corresponde á la boquilla de salida; y fija en la de abajo una espiral de alambre (B) alrededor de un eje; en el extremo inferior de esta espiral hay otra rodaja en la cual está fijo un alambre fuerte, y termina en forma de estribo (A); construido ese mecanismo ni difícil ni costoso, basta apoyar el pie en el estribo para distender la espiral, y ésta, al ir recobrando su forma primitiva, empuja la bolsa de caucho llena de agua

Soluciones al número anterior:

A la charada:

PA-RA-DO-JA

Al jeroglífico

Á RÍO REVUELTO GANANCIA DE PESCADORES

Al ejercicio mnemotécnico:

Cántaro	Cantores	Cantón	Cantazo	Cantuariense
Cantabro	Cantores	Cantal	Canturrear	Cantaucuzeno
Cantárida	Cantillana	Cantú	Cantonal	Cantalapiedra
Cantirera	Canticos	Cantavieja	Cantarina	Cantillo
Cantilena	Cantos	Canterac	Canteras	Cantimplora

CHARADA

Se lleva *todo* el que quiera
sin calentar la mullera,
y no fijándose en nada,
acertar esta charada.

El *dos dos* asusta á algunos;
hay *unos* muy importunos;
dos una dos, en el teatro
incomoda á más de cuatro.

Dos y una, en adelante
podrá decir el cesante;
y hallar el *todo* confío
allí donde no haga frío.

JUNÍPERO.

PROBLEMA NUMÉRICO

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

RECTÁNGULO GEOGRÁFICO

T
O
R
T
O
S
A

Sustituir los puntos por números desde el 4 al 9 consecutivos, teniendo cuidado de que en cada columna vertical, horizontal ó en cruz ha de ponerse precisamente desde el 4 hasta el 9, y cuya suma vertical, horizontal ó en cruz, sea igual á 39.

F. ANGLADA, de Vélez Málaga.

Sustituir los puntos con letras de modo que, leídas horizontalmente, dé cada línea el nombre de un pueblo catalán.

LUIS RIBÉ, de Reus.

FUGA EXTRAVAGANTE

Cita... á Juan Pet.t.
por lo que d.b. (y n. e. p.c.),
+ cayendo en un d.sl.t.
an... de .o de re.t.
olvid... p.n.r l.c.

JULIÁN.



ENTRADA DEL VALLE DE LAS TUMBAS, EN EGIPTO



MUJER

I

HAN enganchado ya,—dijo Alfonso de la Cueva entrando viva y alegremente en el tocador de su esposa, que en aquel mismo instante abría los brazos para facilitar á la doncella la colocación del abrigo, de brocado blanco y plata.—El movimiento del cuerpo de la dama fué tan gracioso al agasajarse en su magnífica *salida de teatro*; la cabeza chica y atrevidamente peinada á la griega resaltaba con tal donaire sobre el cuello aureolado de piel de cisne, que el joven marido, entusiasmado, iba á permitirse alguna familiaridad indiscreta, á no contenerle expresiva ojeada, entre maliciosa y suplicante.

La doncella, muy seria y digna, murmuró:

—No me ha mandado la señora sacar abanico ni pañuelo. ¿Se la olvida á la señora?

—¡Es verdad! exclamó Ana. Saque usted un pañuelo... cualquiera... de encaje... y el abanico de los pastores... el de concha.

Mientras la doncella abría y cerraba armarios, los esposos, alborozados y risueños, trocaban señitas como dos novios.

En efecto, eran casi novios todavía; su luna de miel contaría de fecha cinco meses. El casamiento se había verificado en Julio, con gran aparato y pompa, en casa de los padres de Ana, los marqueses de Monclares; y después de la ceremonia los desposados salieron hacia París, prolongando luego el viaje, perdiéndose en los bonitos y aislados hoteles de Alemania y Suiza, desgranando el tiempo á placer y según el capricho de su pasión nueva y fresca. Porque conviene advertir que, á pesar de las razones prácticas y de vanidad que habían influido en el enlace—los Monclares nobles recientes y opulentísimos, los la Cueva nada acaudalados pero de la pierna del Cid—á pesar de la vulgaridad y la rutina elegante que presidió á la boda, á pesar del pasado borrascoso y el bullicioso genio de Alfonso, que contrastaba con el carácter grave y firme de Ana,—la posesión, la vida común, y sobre todo alguna otra causa de esas que no se explican, porque pertenecen á la esfera de lo indefinible, hicieron germinar, crecer y abrirse la flor rara y exquisita de un grandísimo amor, que llamaré *conyugal* sólo porque Ana y Alfonso

estaban casados ante la ley, pero que unía la dulce seguridad de los afectos lícitos á la inquieta vehemencia de los extralegales.

Ha de saberse que en el alma de la esposa no brotó la flor así de pronto. Recelos de niña millonaria, que teme no ser querida por sus propios atractivos; pudores de un espíritu que necesita tiempo para no avergonzarse de la dicha; involuntario miedo al hombre, que ya nada ignora, y tal vez se ha cansado de todo; recato de mujer honesta, tardía en rasgar el último velo; aplazamientos naturales en un carácter que sabe aguardar porque sabe perseverar también —todo esto hizo que la conquista de Ana no fuese fácil para su marido, habituado á más rápidas victorias.—Alfonso de la Cueva contaba con una señorita pasiva y dócil: encontró personalidad y algo que pudiera llamarse resistencia moral: su corazón se interesó, y ya interesado, le sirvió de buen consejero para lograr lo que con todas veras apetecía. Los azares y sorpresas del viaje le ayudaron, creando intimidades deliciosas, dejándoles solos ante la naturaleza, el arte y los recuerdos, suprimiendo amigas, amigos, parentela, negocios y cuidados, y concentrando todas las facultades de la sensibilidad en un punto: el cultivo del naciente amor. Poco á poco Ana iba transformándose, y Alfonso tuvo la suerte de asistir al precioso espectáculo, al diorama en que el país nevado se borra, y le reemplaza insensiblemente el Vesubio en ignición, derramando lava y coronándose con un penacho de fuego.

Cuando regresaron á Madrid hallábanse los dos esposos en la mejor disposición para vivir muy felices al amparo de todas las leyes é instituciones divinas y humanas. ¡Caso en verdad poco frecuente, y por lo mismo ejemplar! Alfonso (sin que le pesase la mucha hacienda adquirida por medio del casamiento), antepone ya el cariño de su Ana á las riquezas, de que no pensaba abusar, sino usar en buena compañía, formándose una vida de familia y de sociedad muy agradable, muy decorosa, llena de legítimas satisfacciones, con la alegría de la prole que continúa el linaje, y la consideración, blanda almohada de raso donde reposa á gusto la encanecida cabeza. De sus tiempos de soltero quedábanle á Alfonso memorias de mil aventuras estériles, de amargo ó vulgarísimo desenlace; de mil apuros y reprimendas paternas; de una existencia insegura, falsa, borrascosa, agitada por la mentira del placer, la humillación de amor propio del noble relativamente pobre... y nunca embellecida por el rastro luminoso de la gran adhesión femenil, que en el matrimonio había venido por fin á encontrar. No, Alfonso no echaba de menos el estado de soltería. Era dichoso.

Y Ana lo era más aún, por la juventud virginal de su alma, que poblaban divinas ilusiones. Tenía Ana una de esas naturalezas generosas, que en cada edad realizan todo el contenido de ella, siendo traviesas y descuidadas en la niñez, soñadoras en la primera juventud, apasionadas en la segunda, desengañadas y reflexivas en la madurez, serenas en la ancianidad.—Suspensa entre el sueño y la pasión, Ana tenía á su Alfonso retratado en el alma con tales colores y tales rasgos de belleza, que si él se viese, no podría menos de temblar; porque el idealismo de la mujer constituye peligro horrible para la mayor parte de los hombres; puede ser lo que es la claridad del día para la tez ajada que sólo se ha contemplado á la luz artificial.

Algunas veces, en momentos de expansión, Ana, recostada sobre el pecho de su marido ó entretenida en alisarle el negro pelo, le había dicho lo que de él pensaba. «Te conozco ya... te sé de memoria, Fonsín. Tú has sido un poquillo... así... mala cabeza...» «No, hija... lo de todos... es decir, lo de todos cuando no son unos madamitas ó unos sacristanes como Manolo Andújar...» Es de saber que Manolo Andújar, muchacho muy católico, y primo de Ana, la había pretendido, recibiendo calabazas formidables. «No, no; tú has ido más allá... ya estoy impuesta, ¿sabes? Hubo locuritas, señor mío, se ha hecho el diablo á cuatro... Lances, conflictos, calaveradas gordas... ¡Si me dirás á mí!... ¡Estoy yo más fuerte en la historia de Alfonso XIV!» Al oír tales afirmaciones la Cueva sonreía con discreta fatuidad, halagado. Realmente, el concepto que expresaban estas frases tenía mucho de lisonjero.—Ana, en su desconocimiento absoluto de ciertas esferas sociales y del significado de ciertas palabras, entendía la de *calave-*

rada de un modo romanesco, literario, sin realidad alguna. El aspecto vulgar, innoble, mezquino, cursi y hasta aburrido que toma el vicio en capitales pequeñas como Madrid, y más para señoritos de corta hacienda, no lo sospechaba siquiera Ana; la vieja y siempre gallarda silueta del *Tenorio* flotaba en su fantasía, y la idea de haber *redimido* á Alfonso la estremecía de placer. ¿A qué negarlo? El hombre debía ser así: mocedad azarosa, pendenciera, arrogante, hasta que el verdadero amor le aparta de la extraviada senda. ¡Pobre Ana! «Ahora vida nueva, Fonsín, decía atrayéndole á sí y apretándole las sienes con delirio. ¿No es cierto que nunca fuiste tan feliz? Claro, me lo has dicho cien veces... pero siempre gusta oírlo. Ahora, juicio, nada de historias; el mal genio y el puntillo de honor bajo llave... y la lleva me la das á mí... ¿eh? Ya tengo otra: ¿no dices que la del corazón? Pues así son dos las que guardo muy guardaditas... No las suelto.»

Al regreso del viaje, en medio de la grata faena de instalarse en el flamante hotelito de la calle de Ferraz,—todo coquetón y emperifollado, vestido de cretonas, sedas y tapices, con la atmósfera oliente á barniz y madera recién labrada, y el jardincillo recortado á tijera, lleno de macetas cucas,—Ana reiteró las mismas advertencias hechas durante el camino. Por la noche, cuando no salían—y era muy á menudo—sentábanse cerca de la chimenea de leña, lumbre clara que combatía las primeras humedades y el frío, ya sensible, de Noviembre, y más tiempo abrazados que distantes, charlaban con la efusión y la inagotable locuacidad de los que no se separan ni una hora—únicos que tienen siempre qué decirse.—El periódico de la noche, que les traían á cosa de las diez, solía quedar sobre la mesa, doblado como había venido en la bandeja de plata. Tan cierto es que los que tienen plenitud de vida interior prescinden del mundo exterior con magnífico desdén.

Hay, sin embargo, en el amor satisfecho y venturoso, alternando con la tendencia á aislarse, otra á dejarse ver, á ostentar ante los ojos de la gente gala de tanto precio, que á tasarla en lo que vale, por ella se desdeñarían perlas y solitarios. En los recién casados estimula el deseo de salir á vistas la pueril é inocente vanidad de enseñar las galas, los trajes de atrevido corte, de París, los aderezos deslumbradores,—y sobre todo el palmito de la novia, realzado por el nuevo estilo de vestir y el nuevo modo de vivir.

Esta primera exhibición en público la realizaban Ana y Alfonso la noche en que hemos visto que la novia se olvidaba de accesorios tan indispensables como el abanico y el pañuelo. Iban á una tertulia semanal; el tresillo de su tía, la marquesa de Lanza fuerte. La marquesa, al encontrar á los novios una tarde de otoño en la Moncloa, les había echado, entre bromas y veras, una peluca: que no la hacían caso, que la nueva sobrina no se dignaba aportar por su rincón, que hasta los tórtolos salen alguna vez del nido... Y fué el mismo Alfonso quien dijo un miércoles, entre el helado y el asado: «Nitis, feúcha, ¿crees tú que es cosa de ir mañana?» «Pecho al agua; iremos.» «¿Te pondrás el vestido de Félix, el azul?» «Si quieres... Pero no; es demasiado estrepitoso, con aquel volantazo, para un jueves como otro cualquiera. Sacaremos á relucir el gris... y las turquesas, bueno.» «Hoy te probarás esos trapos, Nitis: así tendré yo las primicias.»

Hasta que estuvieron reclinados en el coche, el marido casi oculto bajo la amplia y crujiente faldamenta de la mujer, no sintió Ana la aprensión instintiva que nos causa toda variación de costumbres en medio de un período de bienandanza completa. Una ligera opresión en el pecho, una cavilación involuntaria que la hizo enmudecer, fueron los síntomas primeros de su estado de alma. Y lo singular que Alfonso también parecía pensativo y guardaba silencio, afectando mirar por el vidrio, que empezaba á empañarse, la sucesión de casas y la alternativa de sombras y luces que en ellas proyectaban los faroles. Las ideas desagradables de Ana se concretaban ya: eran vaguedades celosas, temor al mundo y á la sociedad, que podía robarla su tesoro. ¡Alfonso valía tanto! ¡Existe en Madrid tantísima mujer de presa, ladrona de almas! Y al pronto, sólo este riesgo presintió.

Otra clase de recelos rumiaba Alfonso... Estos sí que eran amarguillos; se asemejaban al desasosiego involuntario de la mala conciencia.—Él sabía que al hacer corte de cuentas con la vida de soltero, no había saldado todas sus deudas morales con la puntualidad escrupulosa del pagador honrado... Más de una vez se había declarado insolvente, y más de una vez, con astucia ó con descaro, eludiera el reconocerse deudor... Y temía por instinto, lo que temen todos los que conservan en su poder algo ajeno: oír la voz, ver la cara del acreedor maldito... Sacudió aquella pesadilla cuando entraban en la calle del Arenal.

—¿Nitís?

Ella se volvió de pronto, sonriendo... Y los dos, como si despertasen de un sueño angustioso, se buscaron las manos en la tibia semioscuridad de la berlina.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).



RUINAS DEL RAMESEUM, EN EGIPTO

SOR VERÓNICA



ERÍAN las siete de la noche cuando al acabar de vestirse, en la estrecha celda en que dormía, después de comer, oyó sor Verónica que llamaban á la puerta. Era la madre superiora, que acabadas unas diez cuentas del rosario, entró en el aposento.

Respetuosa, inmóvil, casi temblorosa, en la actitud de sumisión que engendra el hábito del sacrificio, sor Verónica esperó á que la reverenda madre le dirigiera la palabra.

—Hija mía, el Señor le llama á usted otra vez á la cabecera de una moribunda. Bien sé que las cuarenta noches pasadas junto al infeliz niño que Dios, en su infinita misericordia, ha tenido á bien llamar á sí esta mañana, la han extenuado; por esto pensaba darle una semana de descanso; pero la Providencia lo ha dispuesto de otro modo. Todas nuestras hermanas tienen trabajo, y yo misma he de velar á la anciana marquesa de Mainvilliers. Me veo, pues, obligada á confiarle el cuidado de asistir á una anciana sin recursos de ninguna clase, y por

consiguiente, más estimada de nuestro Divino Esposo. ¿Se siente usted con fuerzas para ello?

—¡Bendito sea el nombre de Jesús! Él no niega las fuerzas á los que trabajan para su gloria. Nunca me había sentido tan bien dispuesta, mi reverenda madre; estoy ya restablecida y animosa con sólo considerar que puedo dar á Dios algo de mi propio ser.

—Pues la anciana Lecreux de Ronceville necesita su asistencia. Está enferma del tífus. Sus vecinos, los esposos Robión, vendrán á buscarla á usted dentro de una hora; tome usted la manta, porque, á pesar del calor que se siente en estos días de Mayo, las noches son frescas, y una vez en el cuarto de la enferma, no olvide usted las lociones fenicadas. Ya sabe usted que es un pecado exponer la vida sin necesidad. Tendrá que hacer usted dos horas de camino en un carro sin toldo, pero irá bien acompañada: los Robión son buenas personas, muy cristianas, de las que el señor cura me ha dado excelentes informes. Le darán á usted de comer y le ayudarán en los cuidados de la Lecreux. Allí podrá usted dormir. Por la tarde la señorita Robión la reemplazará á usted.

—Ya estoy dispuesta, reverenda madre. ¡Que el santo nombre de Jesús sea glorificado!

Al cabo de una hora el carro de los Robión salía velozmente arrastrado por un magnífico caballo de labor, y traqueteando sobre el empedrado de Malesherbes, se perdía luego en la blanca línea de la carretera que serpentea y da vueltas entre los bosques, ocultándose bajo la rica alfombra de verdura que sobre ella tejen los gigantescos álamos, los espesos olmos, los rígidos pinos, las altivas encinas, las retorcidas acacias, los fresnos melancólicos, los atrevidos sicomoros y los frondosos plátanos.

Al salir del pueblo, la cuesta era dura y el tordillo iba al paso lento de la labor. Después

de algunas lamentaciones sobre la cruel enfermedad que sufría la vecina, guardaron los Robión un profundo silencio. Los campesinos no están acostumbrados á hablar durante la noche. Sor Verónica sacó de un cestillo de paño negro, que llevaba, un oficio de la Santísima Virgen, y se puso á leer en voz baja los versículos iluminados por los rayos de la luna.

Del fondo del valle percibíanse armoniosos cantos, cuyas notas culminantes las daban los batracios. El silbido corto y singular del sapo cortaba acompasadamente la confusa, continua y ensordecedora gritería de las ranas. De vez en cuando la culebra hacía sentir su solo de flauta, muy parecido, si bien que más intenso, al solo del sapo, al que, oculta entre los juncos, acechaba impaciente. Entre la espesura de los bosques, con excepción de la sordina intermitente del cuco, los agudos gritos del mochuelo y de los lejanos alaridos del buho, los ruiseñores eran los únicos concertistas en aquella nocturna sinfonía; causaba maravilla oírles cómo se disputaban el puesto de honor entre los *virtuosi*, mientras los ancianos Robión roncaban, el tordillo daba fuertes resoplidos, exhalando dos corrientes de vapor que salían de sus pulmones, y golpeando con sus cascos aplastados el afirmado del camino.

Sor Verónica continuaba moviendo maquinalmente los labios, distraída; pero su devocionario estaba abierto en la misma página y su mirada se perdía por encima de las hojas gastadas por el continuo roce de los dedos de la angelical hermana, la cual permanecía absorta en la contemplación del impenetrable misterio del bosque.

Muy luego, silenciosa, con los labios entreabiertos por el éxtasis, los oídos acariciados por las armonías de aquella noche de Mayo, la mirada dominada por el claro resplandor de la luna que coronaba los árboles y por las grandes y poéticas sombras dulcemente agrupadas sobre el camino, aquella esposa del Señor sentíase de nuevo y de un modo inconsciente mujer, y se abandonaba á los recuerdos de su juventud todavía no acabada. Apareciósele como un sueño la magia dolorosa de sus amores terrestres bruscamente abreviados por la muerte, y apresurábase á observar inocentemente, como en las templadas noches de hace cinco años, las variaciones de los trinos amorosos del ruiseñor.

¿Por ventura, durante los arrobamientos primaverales, en el gran parque del castillo donde el destino la había hecho nacer, cuando andaba lentamente, silenciosa como hoy, al lado de su primo el conde Hugo de Damblay, oficial del cuarto de húsares, no había oído alguna vez aquellas misteriosas armonías?

El novio, á quien la muerte acechaba para arrebatarlo en una hermosa tarde de Mayo, era alto y muy pálido, sus ojos muy abiertos, claros y azules; su corazón latía con demasiada fuerza, dentro de un tórax aplanado, al impulso de las emociones del amor en aquellas sombrías y espesas avenidas, en cuyas sinuosidades «la traidora muerte» afilaba su arma mortífera.

Ambos dándose la mano y con el corazón palpitante se refirieron más de treinta y cuatro romanzas sin palabras deliciosamente matizadas por el Chopín de los bosques. Y se habían comunicado muy bajito las impresiones siempre idénticas que los bosques evocaban en aquellas almas ya unidas, confundidas y unificadas por el amor de los veinte años.

Hugo de Damblay murió en Mayo, en casa de los padres de la novia, junto á la ventana «de la hermosa Enriqueta,» frente á los gigantescos árboles del parque, mientras el ruiseñor entonaba un nocturno, el mismo que había acompañado su primera explosión de amor.

Una vez en lo alto de la cuesta detúvose de golpe el caballo, y bajando la cabeza bostezando, echaba espumarajos por la boca sacudiendo con el temblor los pesados jaeces que oprimían sus ijares; relinchaba y pifaba despertando á Robión.

—¡Arre, Charlot! gritó Robión frotándose los ojos con una mano rugosa y agrietada como cuero viejo. ¡Arre, Charlot!

—Dispense usted, hermana, nos habíamos dormido... ¡maldita alfalfa!... ¡Arre, Charlot!

Charlot apretó la collera en las varas del vehículo y husmeando ya las lejanas emanaciones de la cuadra, en donde mascando ramitas de mielga pronto descansaría, levantó las patas delanteras, alargó el trote y emprendió de nuevo su pesada pero magnífica marcha de caballo de rico colono.

Una ráfaga de viento hinchaba la blusa de Rubión, cuando éste hizo restallar el látigo á fin de quitarse el sueño, despabilarse y despabilar al caballo.

Al ruido producido por el latigazo despertó la Robión, levantó sus arrugados párpados y miró á la hermana:

—¡Ah, buena hermana! ¿llora usted? No se inquiete; hay enfermos que curan de esta enfermedad. La vaca de Michardon ha tenido lo mismo y el veterinario la ha salvado. La Lecreux curará también. Es una mujer robusta y nada perezosa, y el mal no la abatirá tan fácilmente... Vamos, no llore usted, hermana, ya la ayudaremos nosotros .. Además, es mujer muy cristiana y rogaremos á san José que la cure, y ¡vaya! ya verá usted cómo se salva.

Sor Verónica, sin darse cuenta, había llorado. Algunas lágrimas silenciosas y dulces resbalaron por aquellas mejillas, hoy demacradas, pero que cinco años atrás rivalizaban en frescor con las puras y lozanas rosas.

Avergonzada se sonrojó, y balbuceando algunas palabras, dióse un alfilerazo por vía de castigo con el alfiler de forma de espina que sujetaba el crucifijo en su pecho, recitó un *confiteor* y prosiguió, con risueña mirada pero sin contestar, pues no quería mentir excusándose, la lectura de los versículos.

La Lecreux pasó muy mala noche, y sor Verónica, en la que tan vivo era el fuego de la caridad, hizo prodigios, pasando de rodillas prosternada todo el tiempo que no inclinaba su cuerpo de aristocrática apostura sobre el camistrajó en donde se consumía ya el verdadero esqueleto de una hija del campo.

Por la mañana el doctor dijo:

—¡No hay esperanza alguna!

Y después de un momento de reflexión añadió:

—Y sin embargo...

Sor Verónica le dió una mirada llena de ansiedad.

—Pero no... es inútil, no podríamos en modo alguno hacer esta prueba aquí. Sería menester una persona de voluntad de héroe. La infeliz anciana no tiene hijos... ó por lo menos la han abandonado... ¿Quién es posible que se preste al sacrificio?

—Yo, dijo con timidez sor Verónica poniéndose colorada.

—¡Ah! ¡usted!... La necesito para mis enfermos... ¡Pardiez! bien sé que me bastaría una indicación... No, dejémosla morir en paz.

—Doctor, prorrumpió entonces la hermana, tenga usted la bondad... ¿De qué se trata?

—Se trata... se trata de hacer la prueba de la transfusión de la sangre, de infundir á este cuerpo corrompido una vida nueva. ¿Dónde quiere usted que encuentre la sangre necesaria, que ha de ponerse en contacto con las purulencias tíficas á causa de las que se muere este pobre cuerpo?

Sin pronunciar una sola palabra, con suma sencillez, como si se tratara de sus ejercicios ordinarios de enfermera, aquella esposa del Señor desabrochóse la manga de su camisa ajustada á la muñeca y mostró su brazo más blanco que el griñón que cubría su cuello, y hecha la señal de la cruz con los ojos bajos:

—¡Vamos! exclamó dirigiéndose al doctor.

Éste, pálido y sin decir una palabra, resolvióse á practicar la operación.

Como la anciana tenía los tejidos de su cuerpo muy gastados, no se salvó, pero tuvo hasta el último instante perfecto conocimiento de lo que la rodeaba.

Al ver á la hermana le tomó la mano en señal de agradecimiento, y sor Verónica entonces, acercándosele al oído, le dijo:

—Ahora ya sois algo de mí misma puesto que tenéis mi sangre. Si encontráis en el cielo alguien que de mí se acuerde, decidle que le amo todavía, que le amo en Dios y que hago cuanto puedo para reunirme con él.

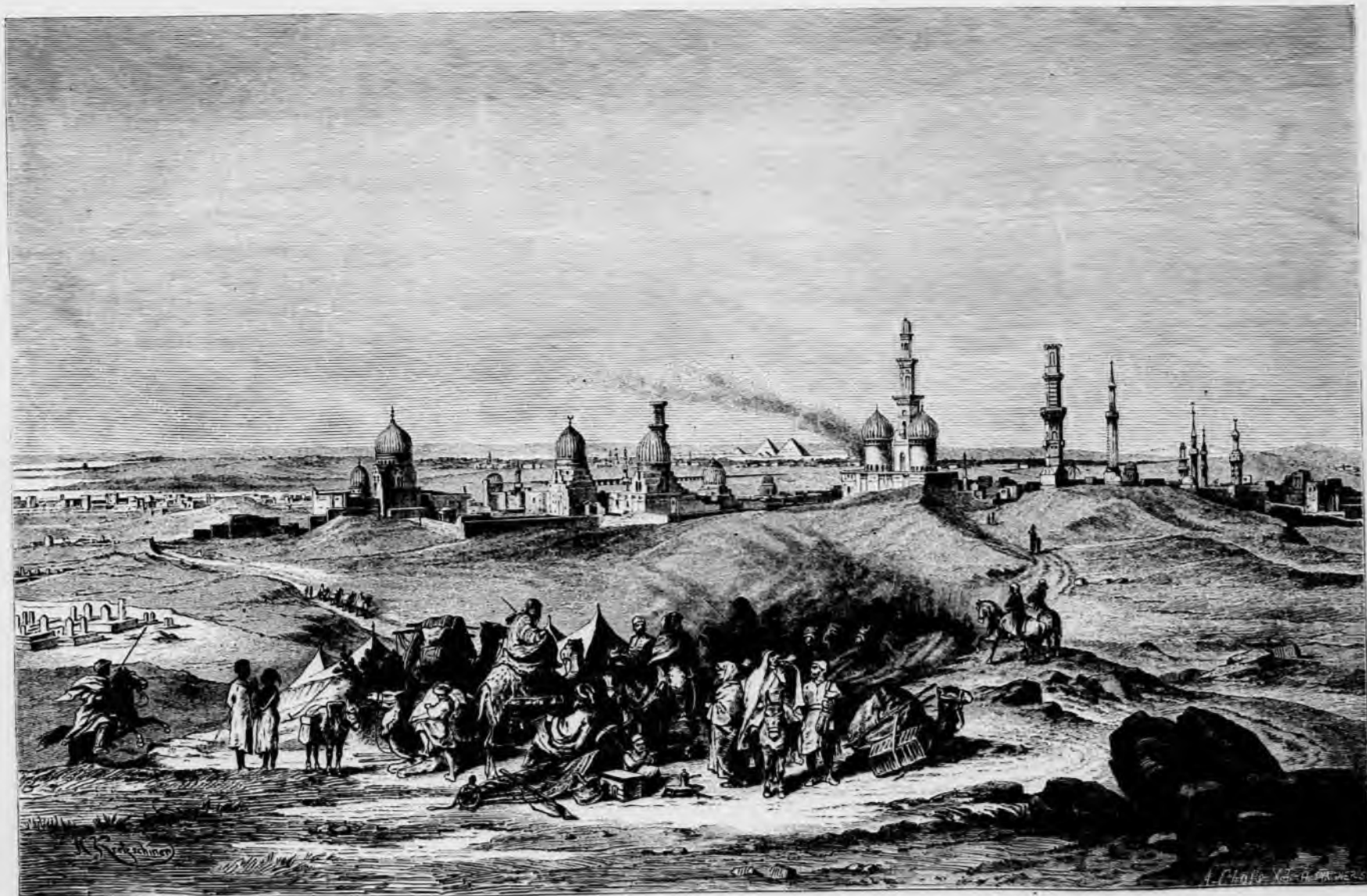
La anciana sonrió, y al dar un apretón de manos á sor Verónica exhaló el último suspiro.

Al cabo de tres días enterraban á sor Verónica.

M. DU TARTRE.

(De *Le Figaro*).





CIUDAD DE LOS MUERTOS, AL PIE DE LA CIUDADELA DEL CAIRO

Ayuntamiento de Madrid



La Noche de los Muertos

BALADA DE APELES MESTRES

I

Hay fiesta en el cementerio,
fiesta á la luz de la luna,
que mientras los vivos lloran
los pobres muertos disfrutan.

Una á una es van abriendo
á media noche las tumbas,
y entre crujidos y risas,
la tierra que les sepulta
los difuntos van dejando.
Las lámparas de las urnas
apagan y los blandones
que arden en las sepulturas,
y se entregan á una danza
descompasada y convulsa.

Gime el viento entre los sauces,
graznando huyen las lechuzas,
y el aire los fuegos fatuos
escandalizados cruzan.

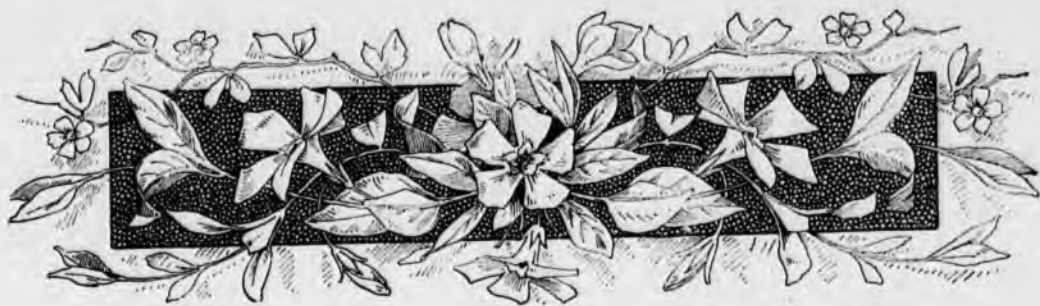
II

En tanto, sin tomar parte
en aquella zambra impúdica,
dos muertos van de braceró
y en la oscuridad se ocultan;
bajo de un ciprés reposan
y en coger flores se ocupan.

«No rosas que se deshojan
ni claveles que no duran,
¡oh mi amor! voy recogiendo
para la guirnalda tuya.

De siemprevivas será
que es la flor que siempre dura,
que es la flor de los amantes,
que no se marchita nunca »

Traducida del catalán por
J. TRAJANO MERA.



MI ÁLBUM

EPISODIO TRÁGICO

CONVERTIDO, más que en el escuadrón disperso de una batalla, en horda que destroza y rompe cuanto encuentra al paso, subió de la campiña un resto de jinetes del combate, y penetró, sonando los cascos de pedernal contra el suelo, en la larga angostura limitada por bastidores de rocas de la vía férrea, la cual iba ganando en amplios círculos las alturas del monte.

Un galopar furioso excitaba el sudor de los caballos, que caía en gotas calientes sobre las piedras. Ni monturas, ni rendajes, ni bocados, llevaban los relinchadores cuadrúpedos, que aún traían impreso en las anchas fosas nasales el dislocante olor de la pólvora.

Sólo un amontonamiento de crines revueltas, de brazos echándose como forzudos garabatos al aire, de ancas estremecidas, de belfos cubiertos de espuma y sangre y de seres humanos con el desencajamiento del delirio en los ojos, componía aquel tropel de guerra que huía de la muerte.

En los pechos ardía un sentimiento atroz de venganza; cuanto hallasen delante caería deshecho, tronchado, fuesen personas ó haciendas. Aquello era el hambre, la indisciplina, el odio, la fiereza, la depravación y lo contrario de toda justicia, á caballo.

—Cada uno queda en libertad de hacer lo que quiera, repitió el jefe de la tropa agitando el sable como un rayo.

Y un rugido de feroz alegría rasgó todas las bocas y vació, como tromba, el aire de los pulmones.

Un ruido de palos descargados en la cabeza de las bestias, un talonear sordo y recio en los ijares de los brutos, un redoblar inmenso de pisadas, de alientos robustos, de gritos, sucedió á la voz del capitán.

¡Soberbio espectáculo de fuerza! El túnel sin arco, el talud gigante por donde huían aquellos, más que cuadrúpedos, relámpagos, devolvía las sonoridades tremendas y fingía un derrumbarse de montaña.

Sola estaba una mujer á la salida del talud, con un niño de unos tres años cerca de ella. Horrorizada, absorbida por el instinto de conservación que despierta el aparato de la muerte, huyó y se escondió no se sabe en qué sitio. El niño quedó al borde de la senda en el instante de desembocar el escuadrón, y antes que estallar en llanto, animó su rostro con una expresión

de alegría. Acaso la afición de los pequeñuelos á los caballos, tal vez el ansia prematura de verse volando á lomos de un resoplante bruto, arrancaron aquella llamarada de alegría de su faz.

Era rubio el niño, con cabellos todo luz, ojos grandes y llenos de majestad, tez en la que parecían haber colaborado hojas de rosa y plumas de cisne. Llevaba por juguete una fingida arma de fuego, y en la gorra, que sujetaba la espléndida sublevación de sus rizos, se leía: «¡Viva la patria!»

—¡Pues vivan los valientes!—clamó, y fué contestada por las demás voces, la del que hacía de jefe del tropel.

Y tirándose un jinete al suelo, estampó un sonoro beso al niño. Lo encajó luego sobre la cruz del caballo, lo afianzó, y la horda siguió su huracanada carrera.

Entonces, en el escape furioso, ocurrió un espectáculo sublime. Todos los jinetes, guiando sus bridones, escaparon en seguimiento del muchacho; se precipitaban, encerraban á un lado y otro, en la carrera, al soldado que le conducía, le acosaban, le tendían los brazos, y una lluvia de besos echados al aire caía sobre la rubia cabeza del improvisado triunfador.

—¡Venga, que quiero yo llevarlo!

—¡No, venga á mí!

—¡A mí!

—¡A mí me pertenece, que fui quien lo vió primero!

—¡Pues yo tengo la vez!

—¡A mí me toca luego!

Y de aquellos pechos, de los que nadie esperara ver salir sino rayos y muerte, se levantó una ola avasalladora, imponente, de amor humano en su manifestación más hermosa.

El niño pasaba de un caballo á otro, recaudaba atropellados besos, recogía entusiastas abrazos, y quién le improvisaba unas riendas para que guiase el correr desatentado y loco; quién le llevaba de pie sobre la cruz del bruto; quién le hacía cuna con los brazos y le miraba con ojos de ternura.

El relieve desmesuradamente soberbio del cuadro, se grababa en el alma con fuerza extraordinaria.

Habíase tornado más apiñada que nunca aquella masa disuelta que aún hacía falta en la batalla, porque el enemigo perseguía á todo correr á los fugitivos.

El corazón de aquellos hombres se había elevado cien mil codos desde la aparición del niño. Serían ahora capaces los perseguidos de hacer huir á los perseguidores.

De pronto apareció otro más lejano tropel de caballos: eran los enemigos, que á escape también conducían á una mujer que habían recogido para cantinera; era la madre del niño.

Las dos fuerzas contrarias pusiéronse una frente á otra.

—¡Por nuestro niño, á vencer!—desgajó de su garganta el capitán.

Los dos bandos se arremetieron con ímpetu ciego. Espadas, cuerpos, caballos se hicieron una sola masa terrible, inmensa.

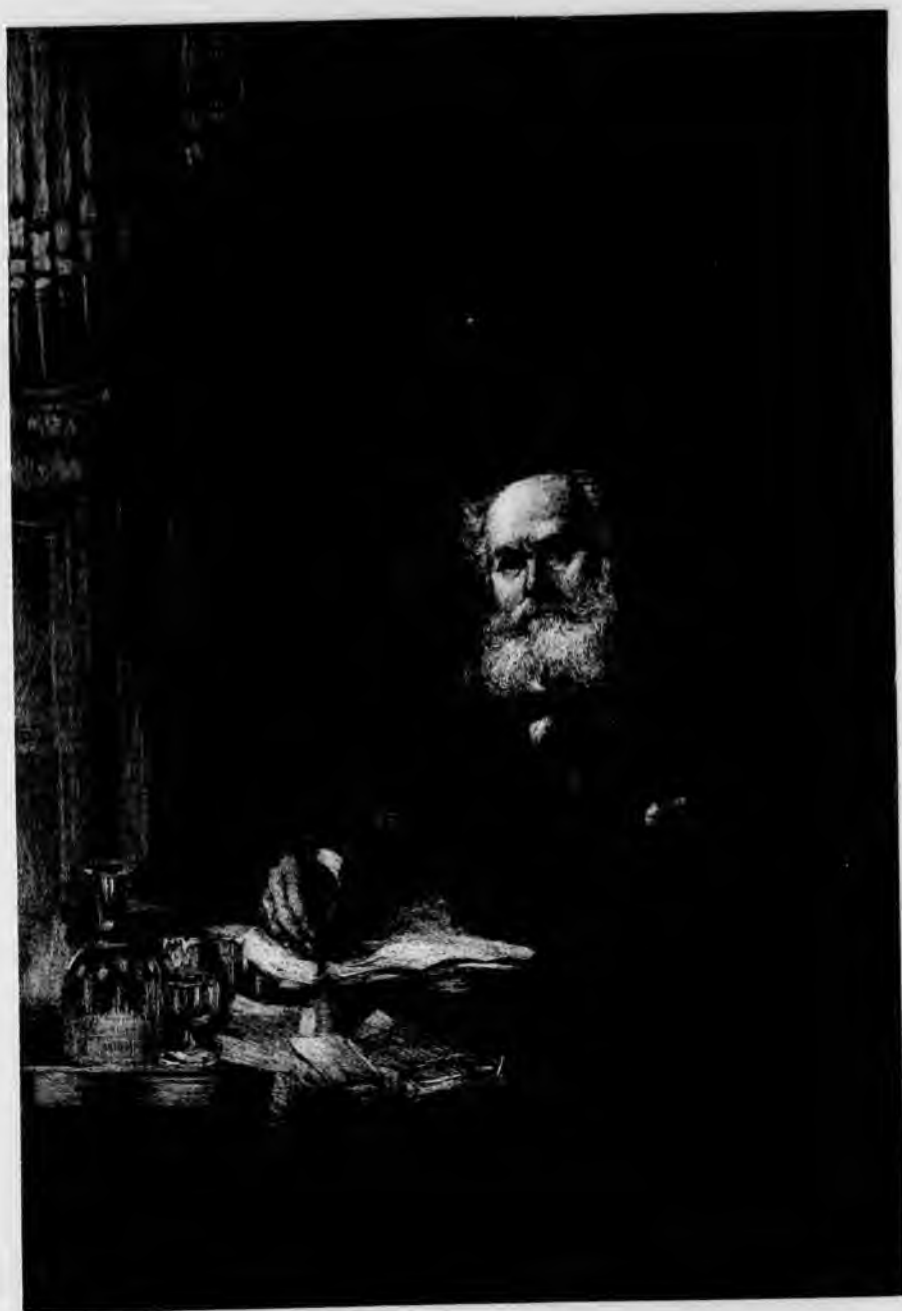
Aquello tocó en lo trágicamente sublime de la guerra...

Cuando sólo quedaban dispersos algunos jinetes de ambos bandos, los que habían venido persiguiendo alzaron en brazos un niño rubio, que habían hecho cautivo á las fuerzas contrarias, y dijeron:

—¡Ved lo que hacemos con vuestro héroe!—y de un tajo dejaron tinta en sangre su cabeza.

—¡Y ved lo que nosotros hacemos con vuestra cantinera!—contestaron roncamente los otros, y le separaron la cabeza del tronco.

SALVADOR RUEDA.



CARLOS GOUNOD

Ayuntamiento de Madrid



LA FLORA DE TENERIFE

SEGÚN las mitologías de algunos pueblos de la antigüedad, el jardín de las Hespéridas, en el que los árboles producen frutos de oro fino, estaba situado en unas islas próximas al continente, que fueron hundidas por los Atlantes. Estas islas, en opinión de nuestros modernos geógrafos, debían ser las actuales Canarias.

No es de extrañar, por lo demás, que en los tiempos fabulosos fueran aquellas regiones consideradas como jardines encantados y maravillosos. La flora, en estas islas felices, es, en efecto, abundante y variada, de modo que pocos países pueden ofrecer á los viajeros conocedores de la materia tan vasto asunto de admiración. En este concepto, la isla de Tenerife es en particular muy interesante, y lo es principalmente por la extraordinaria variedad que su vegetación presenta.

En efecto, gracias á los diferentes climas que se encuentran en las distintas comarcas, según su altura, se observa que á poca distancia se cultivan plantas de países templados y de regiones tropicales.

La parte occidental de la isla está resguardada por modo admirable de los vientos desecantes del desierto; hállase poblada por una vegetación exuberante, y aun en ciertos valles, entre otros los del Orotava, crecen varios de los más curiosos ejemplares del mundo vegetal.

Allí, en efecto, se han encontrado los dragos más colosales que se conocen.

El *dracon draco*, representado en el grabado, es uno de los más bellos ejemplares conocidos de la especie. Esta planta es monocotiledónea, de la familia de las tiliáceas, grupo de las asparagidas, y debe su nombre á una especie de resina roja de la naturaleza de la sangre del drago que transpira de su tallo.

El drago tiene muchas ramas en la extremidad superior cuyas hojas son casi carnosas; sus flores, fasciculadas por cuatro ó cinco hileras en pániculos terminales ramosos, con ramas unidas de tres en tres y provistas de un perianto coroloide, tubuloso, profundamente divi-

dido en seis segmentos iguales. Los estambres, adheridos al cuello del perianto, son en número de seis. El ovario libre, sesil, á tres celdillas, está coronado de un estilo cilíndrico terminado por un estigma trilobado. El



El drago mayor de las islas Canarias

fruto es una baya subglobular que contiene una ó tres pepitas.

Estos son los caracteres botánicos de aquella planta, de la cual algunos ejemplares causan verdadera admiración, á causa de sus extraordinarias dimensiones y por la prodigiosa duración de su existencia.

Humboldt, en sus notas de viaje, nos habla de

un drago gigante del valle de Orotava, al que atribuye diez mil años de existencia; el tronco mide diez y ocho metros de circunferencia. Hoy día ya no existe, una fuerte borrasca lo derribó.

Otro de los vegetales dignos de llamar la atención entre los que se crían en Tenerife, es el agave.

Los agaves son plantas que pertenecen á la familia de las amarilideas; se crían en abundancia en las regiones tropicales, tienen el tallo corto y grueso con hojas alternas, anchas, carnosas, agudas en su extremo, provistas en sus bordes de espinas, y en su parte supe-

alcanzando una altura de algunos pies, y en cuyo extremo superior aparecen varias cimas multiflores, cuyo conjunto forma una especie de panículo terminal.

La producción de este pedúnculo floral se verifica á expensas de los materiales de reserva acumulados anticipadamente en las hojas y el tallo.

A pesar de su origen, los agaves son vegetales bastante fuertes y pueden resistir muy bien todas las estaciones del año. Entre nosotros sólo merecen alguna atención, considerados como plantas de adorno, y, sin embargo, pueden muy bien figurar en el número de los vegetales útiles. El *agave americano*, que hoy día se ha extendido por todo el globo, es, bajo el punto de vista de la utilidad, muy notable. Gracias á sus inmensas hojas carnosas, de un color verde oscuro, provistas en sus bordes de puntas muy fuertes que alcanzan hasta dos metros de longitud, es extraordinariamente útil para la construcción de cercas; además, sus hojas se utilizan en la industria de fibras textiles y ordinariamente, con el nombre de fibras de aloes, se emplean para la fabricación de ciertos tejidos, hamacas y redes.

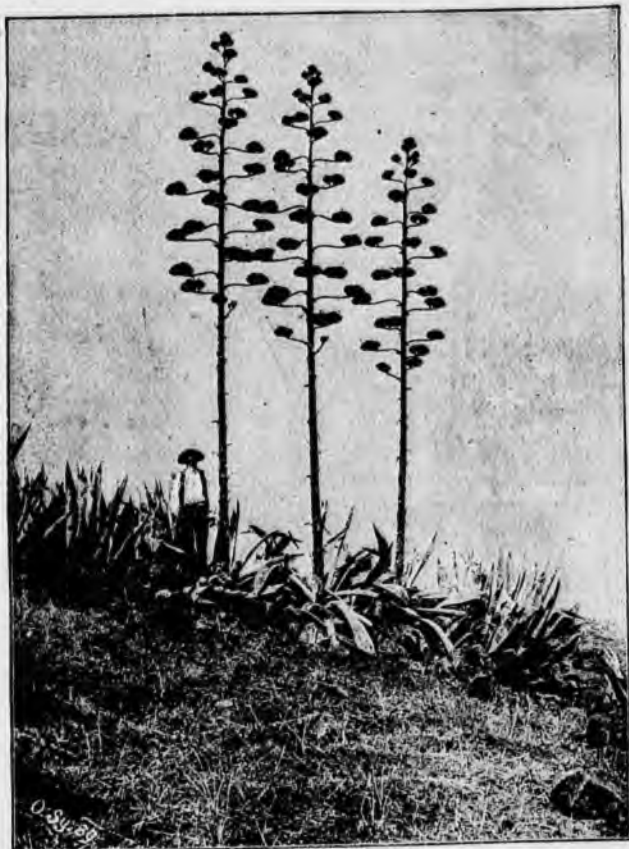
Los mejicanos aprovechan además el líquido que se desprende de las hojas del centro en cuanto se las separa del tallo. Este líquido, sometido á la fermentación, constituye una bebida que ha recibido el nombre de *pulque* y se parece bastante á la cerveza.

El pedúnculo floral del *agave americano* alcanza algunos metros de altura y crece con rapidez maravillosa: baste decir que su desarrollo completo se verifica en el espacio de un mes.

En Tenerife los agaves se plantan en los límites de los campos, al modo que en Europa se plantan nogales, castaños y otros árboles frutales.

Entre las muchas plantas que componen la flora de las islas Canarias, no son únicamente los dragos y los agaves los vegetales dignos de ser estudiados. Hay algunas plantas de la familia de las euforbiáceas, entre otras la *euforbia canariensis*, que á veces alcanza dimensiones extraordinarias. Tiene un tallo fuerte, carnoso, anguloso y provisto de espinas; por su aspecto general recuerda el caucho. Algunos de estos vegetales presentan el aspecto de verdaderos matorrales y los hay que alcanzan un diámetro de algunos metros.

En la playa vecina al puerto de Orotava se encuentra uno de los ejemplares del *euforbia canariensis* que mide ocho metros de anchura. Como todas las euforbias, el canariensis posee abundantes vasos laticíferos, y cuando se le practica el más pequeño corte en su tallo, deja transpirar un jugo resinoso que tiene propiedades drásticas y se emplea en caso necesario para producir en el exterior efectos vejigatorios.



Agaves en la eflorescencia

rior cóncavas, de modo que pueden ajustarse exactamente con el botón ó yema.

El aspecto del agave recuerda el de los aloes, con los que comunmente se confunde.

El desarrollo del agave presenta dos fases distintas; en la primera, por lo regular muy larga y que precede á la florescencia, el tallo se conserva muy corto y las hojas están muy cerca unas de otras, formando una especie de roseta muy apiñada.

Durante este período el vegetal no hace más que acumular en el interior de sus tejidos materiales de reserva. Esto no impide, sin embargo, que cuando llega el tiempo de desarrollar el aparato floral, se separe del tallo del agave un ramo que florece rápidamente,

Sus flores hermafroditas son regulares; los estambres con anteras biloculares están dispuestos en cinco haces opuestos á las divisiones del perigonio floral.

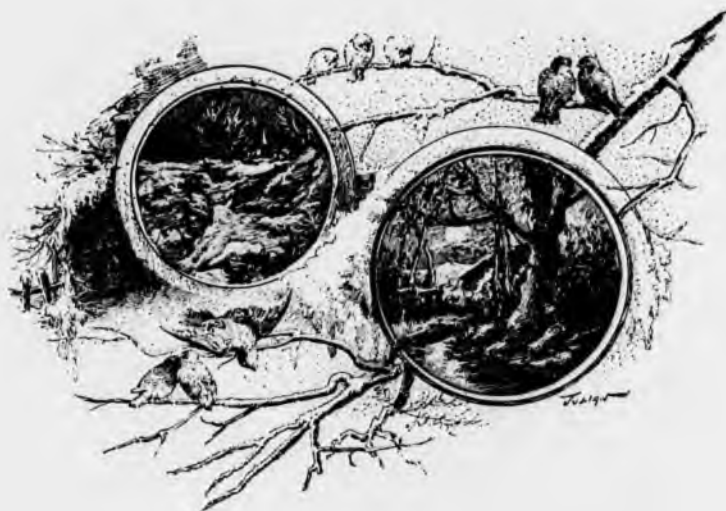
El ovario es trilocular, y cuando está maduro, cada una de las celdas menospermas que lo componen se separa del eje central y se abre con elasticidad, de modo que queda en libertad una semilla más ó menos cubierta de un arillo más ó menos carioso.

Las euforbiáceas, tan poco abundantes en nuestros

climas, en las que sólo se ven algunas muy bajas, se hallan, por el contrario, en abundancia en ciertas regiones tropicales, particularmente en la América ecuatorial.

La *euforbia canariensis*, que crece particularmente en Tenerife y en las demás islas del Archipiélago de las Canarias, es una de las más grandes especies de las euforbias.

PEDRO GRANDSELVE.





LA CRIPTA DEL MONASTERIO DE CAPUCHINOS, EN PALERMO

Ayuntamiento de Madrid



UN SEGURO SOBRE LA VIDA

RECUERDO DE RUSIA

POR

TEODORO HERMANN LANGE

HACE algunos años fui enviado á Varsovia por una sociedad de seguros sobre la vida de Nueva York, en la cual tenía yo el empleo de revisor é inspector. Nuestra sociedad de seguros era una de las pocas sociedades extranjeras que el Ministerio del Interior de San Petersburgo permitía en los vastos dominios del czar. Aplacé mi viaje á través del Océano para el buen tiempo, y una vez hube desembarcado en Hamburgo, sin detenerme, seguí por Berlín, Thorn y Alexandrowno hasta Varsovia, donde se hallaba la subdirección de la sociedad, para Polonia y Rusia.

A mi llegada á la estación de Bromberg, en Varsovia, fui recibido por algunos empleados de nuestra sociedad, y á la mañana siguiente me sentaba ya junto á ellos con diligente actividad en las oficinas de la plaza del Teatro. Como poseía perfectamente el polaco y el ruso, había recibido de nuestro director general de Nueva York el encargo de examinar cuidadosamente y á fondo todos los libros, correspondencias, certificados médicos, dictámenes, pólizas y demás. Debía hacer también algunas advertencias al médico de la sociedad y marchar luego á Odesa para buscar é instalar allí un agente general. Había tenido en Varsovia la gran satisfacción de encontrarlo todo en regla, cuando á los ocho días de mi llegada nos fué anunciada la muerte de un tal Pertmann, que estaba asegurado por diez mil rublos, el cual cuatro días antes había pasado largo rato en nuestra oficina. Recordaba perfectamente al individuo, pues no estando presente cuando él vino el director señor Chludzinski, tuve que conferenciar á lo menos media hora con él. Pertmann quería cambiar su seguro por otro de veinte mil rublos, pero como me pareció que estaba algo delicado de salud, le contesté con evasivas, diciéndole entre otras cosas que, siendo indispensable un nuevo reconocimiento facultativo, debía ante todo ver al médico de la sociedad, y que luego podrían darse los pasos necesarios para elevar su póliza de la manera que él deseaba.

La señora Pertmann nos participó por escrito la muerte de su esposo, y por cierto que lo hizo ya á las doce horas de haber ocurrido. Yo no sé explicarme el por qué, pero mientras tenía en las manos la carta de la señora Pertmann, hablando al mismo tiempo de este asunto con los demás empleados, sentía involuntariamente en mi interior que había algo no del todo correcto en este suceso. Busqué en los libros y en el archivo los nombres, números y firmas, y todo concordaba. La última cuota, llamada prima, había sido pagada, y el recibo lo mandaba la

señora Pertmann junto con la póliza; á pesar de lo cual resolví examinar bien el asunto por todos lados, ya que por mi parte no podía librarme de un cierto sentimiento de desconfianza, y á que también los empleados lo comentaban meneando la cabeza. Cuatro días antes, como queda dicho, había estado Pertmann en la oficina, y si bien su apariencia era de un hombre poco robusto, sin embargo su muerte nos sorprendió. La causa de ella, según decía su mujer, había sido un vómito de sangre. Examiné de nuevo sus papeles, y en la solicitud presentada algunos años antes al tiempo de su admisión, en la cual había tenido que dar cuenta de las enfermedades que había padecido en su vida, se hacía observar que ya dos veces había estado atacado por largo tiempo de un grave catarro de estómago, pero que fuera de esto no había tenido enfermedad de importancia. Resolvimos, empero, con el director señor Chludzinski, averiguar el asunto á fondo, y nos fuimos inmediatamente á la casa del médico de la sociedad para comunicarle lo que pasaba. El doctor Bronikowski, así se llamaba el médico, fué también de opinión que debíamos llegarnos desde luego los tres al domicilio del difunto.

La casa y comercio de Pertmann estaban situados en la calle del Dragón, que lleva á un barrio estrecho y sucio habitado por obreros y una multitud de judíos pobres. Pertmann era jefe de un comercio de maderas, carbones y expediciones. Al cabo de un cuarto de hora paraba nuestro coche delante de la casa de Pertmann, al lado de cuya puerta de entrada estaban colocadas, á derecha y á izquierda, las mesas para firmar, en ruso la una y en polaco la otra, conforme lo exige la etiqueta en Varsovia. Por lo demás, la casa era uno de los mejores edificios de toda la calle. Estaba sólidamente construída, cubierta con tejas y pintada al óleo, mientras que la mayoría de las casas vecinas tenían tejados de tablillas solamente.

Así que llamamos nos abrió la puerta una mujer con los ojos encarnados y llorosos. Era la señora Pertmann, la cual, al ver quienes éramos, se conmovió vivamente y se puso colorada, pero nos condujo en seguida, sin titubear, al cuarto donde estaba el cadáver. Al fijar yo la vista con insistencia en la señora, ésta no pudo resistir mi mirada y bajó los ojos al suelo.

—¿De manera que el marido de usted ha muerto de un vómito de sangre? preguntóle el doctor.

Un «sí» en voz baja fué la contestación.

—Sin embargo, hace cuatro días que estuvo en las oficinas de la sociedad, y no tan sólo no dijo que se sintiese malo, sino que aún solicitó que se elevase su póliza de diez mil rublos á veinte mil.

—Nada sé de esto, contestó la señora.

—¿Quedan hijos? siguió preguntando el doctor.

—Sí, tengo dos hijos, el uno en Wilna y el otro en Smolensko. Ambos son dependientes de comercio.

A una seña del médico se alejó la señora Pertmann y quedamos solos. El doctor reconoció inmediatamente el cadáver y opinó que, según todas las apariencias, la muerte había sido causada por un vómito de sangre. Las facciones del muerto no estaban todavía muy alteradas, y le reconocí en seguida aun cuando sólo le había visto una vez.

Extraña parecía la circunstancia de estar el cadáver relativamente muy descompuesto á pesar de que, según afirmaba la viuda, la muerte había acaecido á media noche y á consecuencia de un ataque repentino; pero á esto objetaba el doctor Bronikowski que una tan rápida descomposición no era extraordinaria en las personas que mueren de enfermedades del estómago y de los intestinos. Además, como estaba allí todavía la escupidera del difunto, confirmó al doctor de nuevo su opinión de que Pertmann habría muerto de un vómito de sangre; pero con todo, juzgóse necesario llamar desde luego al médico forense del distrito, ya que hasta aquí no había completa seguridad de que no existiese un crimen, tanto más cuanto la conducta de la señora Pertmann llamaba no sólo mi atención sino también la de mis dos compañeros.

El doctor Bronikowski llamó desde la ventana á un joven obrero que pasaba por la calle para que fuese á buscar al médico forense, que tenía su despacho en una calle inmediata.

A los pocos minutos compareció éste, y á su llegada la señora Pertmann, á la que habíamos vuelto á llamar al cuarto, perdió toda su serenidad y se puso á gritar y á gemir de una

manera lastimera junto al lecho de su marido; pero su dolor me pareció tan estudiado, que me afirmé más y más en la idea de que Pertmann no había muerto de muerte natural.

El médico forense interrogó nuevamente á la viuda.

—De todas maneras, díjole en tono áspero, hace cuatro días su marido debía sentirse bien de salud sin que nada le hiciese presentir un fin próximo, puesto que estuvo en las oficinas de seguros para elevar del doble su póliza.

La señora Pertmann serenóse repentinamente y con voz firme contestó:

—Mi marido volvió bueno el lunes de las oficinas de seguros, pues no daba ninguna importancia á la enfermedad de estómago y de los intestinos que le aquejaba desde dos años próximamente. Cuando hace cinco años se hizo asegurar en la sociedad, disfrutaba de perfecta salud. Sintióse indispuesto el martes y tuvo un pequeño ataque, pero pudo volver á salir anteayer miércoles, y sólo ayer jueves, temprano, se sintió tan abatido que hubo de pasar el día echado sobre el sofá; por la noche le sobrevinieron dos fuertes vómitos de sangre, y una hora antes de la media noche había fallecido. Escribí esta mañana misma á la sociedad á causa de la póliza...

El médico forense, doctor Gutrow, hizo salir á la señora del cuarto, prohibiéndole antes que abandonase la casa sin su consentimiento.

—Creo que lo mejor será, dijo el doctor Bronikowski, que por pura forma hagamos reconocer el cadáver por el inspector de policía del distrito y que pidamos luego al juez de primera instancia que disponga que el médico del juzgado haga la autopsia en presencia de un delegado competente.

Esta propuesta mereció nuestra aprobación. El médico forense, que conocía desde mucho tiempo al difunto, reconoció el cadáver, manifestó que Pertmann disfrutaba en todo el barrio de envidiable reputación por ser un comerciante honrado, activo y prudente, y luego de extendida la sumaria, que debía firmar con nosotros la señora Pertmann, consideré terminada de momento nuestra tarea y volvíme con el doctor Bronikowski y el señor Chludzinski á la oficina, en donde, como había anochecido, nos separamos pronto.

Al día siguiente antes de las ocho me hallaba ya en mi despacho. La agitación me había dejado dormir pocas horas y aun atormentado por angustiosas pesadillas. Soñé que en la autopsia del cadáver se había descubierto un envenenamiento por el arsénico, y que en el registro de la casa, practicado por la policía, se había encontrado una cajita de este veneno en el armario de la cocina. La señora sostenía que se lo había dado una vecina para exterminar los ratones, pero ésta negaba terminantemente que hubiese nunca entregado arsénico á la señora Pertmann.

Conservaba todavía la impresión desagradable de esta pesadilla al sentarme ya antes de las ocho, conforme he dicho, en mi despacho. También el señor Chludzinski compareció más temprano que de costumbre, y á las diez se presentó el doctor Bronikowski para comunicarnos que el Procurador del Estado aprobaba que se hiciese la autopsia; que ésta se verificaría aquella misma tarde en el cuarto en que se hallaba el cadáver, en presencia del delegado competente, y que se nos permitía asistir al señor Chludzinski y á mí como representantes de la sociedad interesada.

Entretanto la policía había indagado los antecedentes de Pertmann, de su mujer y de sus dos hijos, que estaban en Wilna y Smolensko, á los cuales se avisó por telégrafo la muerte de su padre; pero nada pudo descubrir que les fuese desfavorable, antes por el contrario, los vecinos de la calle del Dragón dieron los mejores informes del matrimonio.

De la autopsia no resultó nada sospechoso ni que comprometiese á la señora de Pertmann. La muerte había efectivamente sido producida por un vómito de sangre, y se conocía que el difunto debía padecer desde algunos años del estómago y de los intestinos; en vista de lo cual no nos quedó más, al doctor Bronikowski, al señor Chludzinski y á mí, que presentar nuestras excusas á la señora Pertmann. Asistimos luego al entierro, en el que figuraban los dos jóvenes hijos del difunto, y una semana después quedaba arreglado el asunto del seguro, que iba á ser pagado dentro de breves días á la viuda.

Despachados ó terminados, pues, mis asuntos en Varsovia, hice mi maleta y marché á

Odesa para instalar en este puerto ruso sobre el Mar Negro una agencia general de nuestra sociedad. Costóme algún trabajo encontrar un representante idóneo, porque las personas capaces que se me presentaban no tenían capital para prestar fianza, y las que podían hacer el depósito, que sin ninguna excepción exige actualmente la sociedad, ó no tenían dotes para agente de seguros ó no conocían bastante las condiciones especiales del lugar. En aquel tiempo me escribieron de Varsovia que había sido pagada á la viuda Pertmann el seguro de diez mil rublos, y añadían que dicha señora debía sentir verdaderamente la muerte de su esposo, puesto que pasaba diariamente algunas horas junto á su tumba en la cual mandaba poner una lápida conmemorativa.

Llevaba ya más de cinco semanas en Odesa, cuando por fin tuve la fortuna de encontrar un agente á mi gusto, lo cual me llenó de alegría porque me facilitaba poder regresar á Nueva York.

Así las cosas quedéme de repente parado sin dar crédito á mis ojos, pues por el otro lado de la calle pasaba tranquilamente el difunto Pertmann llevando del brazo á una hermosa joven que ningún parecido tenía con su esposa. En el primer momento se me clavarón los pies al suelo sin poder dar un paso, pero dominada en seguida esta impresión, me apresuré á atravesar la anchurosa calle para aclarar el misterio de tan extraña aparición.

¿Sería por ventura el otro yo del difunto? Esto no era posible, porque en aquel momento Pertmann reparó en mí, palideció y apretó el paso para alejarse con su bella compañera que le miraba estupefacta.

Dos enormes carros que venían uno tras otro me detuvieron algunos segundos en medio de la calle, y cuando yo pude atravesar Pertmann y la joven habían desaparecido. Pensé que habrían entrado en alguna casa y quedéme sin saber qué resolución tomar, ya que no me quedaba ninguna duda de que en el asunto Pertmann había un misterio más grave aún de lo que habíamos podido imaginar, pero de todas maneras creí de mi deber procurar descubrir todo lo referente á este misterioso crimen. Era posible que existiese una ó varias personas de exacto parecido al de Pertmann, pero era también muy cierto que yo había dado con el verdadero Pertmann, el supuesto difunto, pues á no serlo, no le hubiese causado espanto mi vista ni hubiera escapado. Perplejo, paseé un rato arriba y abajo por delante de las casas y al fin tomé sin darme cuenta de ello el camino del puerto, pero los buques no lograron distraerme. En cada palo, en cada chimenea de los vapores creía ver la cara de Pertmann que me miraba con expresión burlona, y al mismo tiempo me parecía oír una voz que me murmuraba al oído:— ¡Se te ha escapado! ¡Se te ha escapado!

Volvíame de muy mal humor á la ciudad, cuando precisamente al doblar una callejuela dí sorprendido un salto atrás, pues allí mismo delante de mí tenía á Pertmann y á su compañera. Lleno de cólera agarré por el cuello á mi hombre que palideció de nuevo y temblaba, y empecé á gritar:— ¡Socorro! ¡detened al ladrón!— Sin embargo, Pertmann no se dejó coger tan fácilmente. Trató de deshacerse de mí mientras su compañera me golpeaba el rostro con su sombrilla, y por último quería arrancarme los ojos con sus manos. En esto habíanse ido agrupando á nuestro alrededor una multitud de curiosos, que no sabían bien por quién habían de tomar partido, y así que llegaron á toda prisa dos agentes de policía pediles que Pertmann y la joven que le acompañaba fuesen conducidos al cuartelillo más cercano. Pertmann, que chillaba y temblaba como un azogado, pidió también mi detención, pretendiendo que había querido robarle el reloj y la cadena. Los agentes de policía, no sabiendo quién sería el ladrón y quién el robado, nos llevaron á los dos y á la joven, seguidos de los curiosos, al cuartelillo más próximo, en la creencia de que habían hecho una buena presa. Allí lo primero que hice fué contar brevemente al jefe de policía lo ocurrido en Varsovia; pero Pertmann aseguró formalmente que jamás había estado en aquella ciudad ni entendía el polaco; dijo además que, aunque de origen ruso, era súbdito turco, que desde algunos años no se había movido de Turquía, y que sólo hacía dos semanas que estaba en Odesa para casarse con la joven rusa que le acompañaba, la cual confirmó todo cuanto acababa de decir.

Pertmann manifestó que su nombre era Wilkowski, y que sus padres, después de haber vivido muchos años en Kiew, se habían establecido en Constantinopla, donde él había nacido, continuando sus padres sirviéndose del idioma ruso en el seno de la familia. Para ates-

tiguar su relato mostró un documento de naturalización turco extendido á nombre de Wilkowski, que parecía estar en regla, correspondiendo además perfectamente las señas personales allí indicadas con las suyas. El jefe de policía parecía dispuesto á soltarle y aun tal vez á proceder contra mí por acusación falsa, cuando vino á sacarme del apuro una verdadera casualidad. Pertmann estaba tan acalorado, que el sudor le corría abundantemente por la frente; para limpiárselo sacó el pañuelo del bolsillo de la levita, del cual cayó al suelo un periódico que, según ví inmediatamente, era el *Correo de Varsovia* en lengua polaca. Pertmann ó Wilkowski, como él se apellidaba, bajóse apresuradamente á recogerlo, pero al momento mismo se lo arranqué de las manos y lo entregué al jefe de policía, que lo desarrugó exclamando:—Pero ¿cómo, señor Wilkowski, acaba usted de decirnos que no entiende ni una palabra de polaco y lleva usted un periódico polaco en el bolsillo?—Pertmann aseguró que lo había tomado en la fonda donde se hospedaba para envolver un libro, pero al mismo tiempo la voz le temblaba, y entonces noté claramente que hablaba el ruso con acento polaco, sobre lo cual llamé la atención del jefe de policía. Éste examinó el periódico por todos lados y al llegar á los avisos arrugó la frente y miróme á mí primero, y luego de un modo particular á Pertmann como interrogándole, mientras con el dedo señalaba una rayita encarnada hecha con lápiz encima de uno de los avisos que contenía las siguientes palabras é iniciales: «P. en V.—Recibido dinero.—Todo va bien.—P. en O.»

No podía tardar en descubrirse el misterio, pues el jefe de policía no dudaba ya de que el aviso se relacionaba con Pertmann, y yo, por mi parte, hubiera jurado que este mismo había mandado insertar el aviso en el diario polaco de Varsovia para dar noticias suyas á su mujer y acusarle recibo del dinero, que sin duda debía proceder del seguro, pues no habría sido prudente escribir directamente por el correo, porque la carta hubiese podido caer en manos de la policía y descubrir su paradero. Comprendíase desde luego que haría poco tiempo que su mujer le habría enviado el dinero dentro de un sobre.

El jefe de policía opinaba que habíamos sido víctimas en Varsovia de un grave error en la identificación del cadáver, y como además comprendía que había un enredo en todo el asunto, dispuso la prisión preventiva del supuesto Wilkowski, ya que en todos los casos se trataba de un engaño. Por lo que toca á la compañera del detenido, confesó que sólo desde ocho días le conocía y que le había dado palabra de casamiento. Resultó, además, que la tal joven estaba empleada en la venta en una casa de modas de Odesa y que ignoraba los antecedentes de Pertmann, y al decirle yo que éste tenía ya esposa en Varsovia, vióse claramente que le retiraba las simpatías. Dióse, pues, libertad á la joven, y antes de que llevasen á Pertmann al calabozo pedí que se le registrase, y, efectivamente, se le encontraron ocho mil rublos, que debían ser del seguro pagados por nuestra sociedad á su mujer, los cuales quedaron bajo la custodia de la policía.

Había llegado para mí la hora de obrar con prontitud. Quise primero telegrafiar á nuestra oficina de Varsovia, pero desistí luego. A las once de la noche salía de Odesa el tren rápido para aquella ciudad, pasando por Schmerinka y Kasatin, y aun cuando este viaje resultaba muy largo y fatigoso para hacerlo de un tirón, sin embargo, como no podía perder ni un minuto, á fin de poner en claro cuanto antes lo ocurrido y salvar á lo menos la mayor parte de los diez mil rublos, tomé aquella misma noche el rápido y abandoné á Odesa. Estos últimos sucesos tenían lugar un martes por la tarde, casi al anochecer, y el jueves siguiente, también por la tarde, me presentaba ya con dos agentes de policía en casa de la señora Pertmann, calle del Dragón, en Varsovia.

Llamé á la puerta y me abrió la misma señora, quien me hizo entrar, sin mostrar la menor señal de emoción. Los agentes de policía, á los cuales había yo aleccionado bien, entraron conmigo y no se movieron de mi lado.

—Señora, díjele, será mejor que después que su marido ha confesado su crimen haga usted otro tanto, para que así el castigo que debe imponerle la justicia no sea tan severo. Una confesión hecha con arrepentimiento aminorará su delito.

¡Cosa singular! Pareció que mis palabras no le causaban ninguna impresión.

—No entiendo á usted, caballero, contestóme. Mi marido descansa en el cementerio.

—Esto no es cierto, señora, pues yo le hice prender anteayer en Odesa y quitarle el dinero

que tanto él como usted han estafado tan infamemente á nuestra sociedad. Como acabo de decirle, su marido ha hecho una confesión completa, y tenemos también en nuestro poder el número del *Correo de Varsovia* en el cual le participaba á usted que había recibido el dinero. ¿Persistirá usted todavía en negar?

Para quitar la máscara cuanto antes á aquel par de embusteros, había convenido con la policía que me serviría de la falsa noticia de las declaraciones del señor Pertmann; pero su esposa, si bien quedó algo perpleja, movió la cabeza y pareció poco dispuesta á hacerlas. Díjele entonces que, siquiera por su propio interés, no debía ocultar la verdad, ya que su marido, una vez recibido el dinero, no se acordaba más de ella, tanto, que había dado palabra de casamiento á una bella joven de Odesa, y que era probable que en la causa procurase echar la culpa principal sobre su mujer.

Lo que mis promesas y amenazas no habían podido alcanzar, lograron los celos. Cuando la señora Pertmann oyó que su marido, que tenía algunos años menos que ella, sostenía relaciones amorosas con una joven en Odesa, cesó ya de disimular, y llena de cólera por una parte, y temerosa por otra de empeorar su situación si mentía, hizo una amplia confesión, á consecuencia de la cual fué inmediatamente detenida por los agentes de policía, quedando yo bien enterado de todos los detalles del caso. La mañana misma en que por vez primera ví á Pertmann en nuestra oficina solicitando elevar su póliza á veinte mil rublos, era éste un hombre honrado todavía, pero una especial circunstancia le convertía pocas horas después en un criminal. Al volver á su casa saliendo de la oficina, detúvose en casa de un tal Wilkowski, establecido de poco tiempo en Varsovia y que se le parecía hasta el punto de llegar á confundirlos. Pertmann y Wilkowski eran oriundos de una pequeña población de Polonia, y ya desde jóvenes tenían el mismo parecido, aunque no había entre ellos ningún parentesco. Cuando Pertmann entró en casa de Wilkowski hacía pocos minutos que éste había muerto de un vómito de sangre. Una idea singular cruzó por la mente de Pertmann: si podía llevar secretamente aquel cadáver á su casa de la calle del Dragón y se extendía luego la noticia de que él había muerto, podría entonces su mujer cobrar los diez mil rublos de su seguro; pero para esto tendría, naturalmente, que desaparecer de Varsovia, y convenirse antes para realizar el engaño con la mujer del difunto, que vivía sola y no tenía hijos. Pertmann pudo llevar á cabo su proyecto, porque la mujer de Wilkowski, que quedaba pobre y deseaba marcharse cuanto antes de Varsovia, donde no estaba á gusto, le vendió el cadáver por dos mil rublos, prometiéndole guardar el secreto, y abandonó pronto la ciudad. Aquella noche misma el cadáver era colocado en un cofre y llevado á la calle del Dragón, sin que esto llamase la atención de nadie, pues Pertmann tenía negocio de expediciones, y allí, luego de vestido con la ropa de Pertmann, y con su alianza al dedo, le puso la señora Pertmann sobre un lecho mortuario, mientras su marido dejaba la casa para marcharse al Sud de Rusia.

Si realmente había estado en Constantinopla y allí le había dado los documentos un empleado turco poco escrupuloso, ó si los había comprado en Odesa, donde, como en todos los puertos importantes, hay pillos y estafas que negocian con falsos papeles de naturalización, esto era difícil de averiguar. Pertmann, antes de marchar, había acordado con su mujer que ésta, pasados algunos meses, vendiese el negocio y la casa á un vecino que mucho tiempo atrás había ofrecido por ello una cantidad relativamente crecida en pública subasta, y que se trasladase luego á Odesa inmediatamente. Cuando algunas semanas después se leyó á Pertmann el protocolo con la declaración de su mujer, vió que ya era inútil continuar negando. El proceso de los dos esposos se vió á fines de Septiembre en Varsovia, siendo condenada á un año de cárcel la mujer y á cinco el marido. Por lo que toca á la señora Wilkowski, no pudo averiguarse su paradero.

Los ocho mil rublos que llevaba Pertmann cuando le prendieron, fueron devueltos á la sociedad, siendo además condenado á restituir los dos mil rublos que faltaban y que nos cobramos de la venta judicial de la casa de Pertmann. Hasta el mes de Octubre no pude regresar á Nueva York, pero tuve al menos la satisfacción de haber descubierto una importante estafa contra nuestra sociedad y de haberle salvado una cantidad que podía considerarse ya perdida.

Traducido del alemán.



NUESTROS GRABADOS

ENTRADA DEL VALLE DE LAS TUMBAS EN EGIPTO

Cuanto viajeros han recorrido la región en donde se halla asentado el viejo Egipto, tan floreciente en la antigüedad y hoy desolada y solitaria, recuerdan con viveza la impresión que les causó el llamado «Valle de las Tumbas,» ó «Valle de los Muertos.» La naturaleza toda contribuye á aumentar la impresión de tristeza y profunda melancolía que allí se siente. Rodean el valle montes peñascosos, desnudos de vegetación, en los que dominan las tintas apagadas de las piedras graníticas y, en particular, la entonación cenicienta. Los flancos de las montañas están llenos de hipogeos que sirvieron de enterramiento á los egipcios, singularmente á los pertenecientes á clases elevadas por su riqueza, por su talento ó por los méritos adquiridos en la gobernación del Estado. Allí en aquellas cámaras sepulcrales, muchas de ellas llenas de pinturas ó de esgrafiados, se depositaron hace veinte y veinticinco siglos, y aun más tarde, los cadáveres de los personajes á que aludimos, algunos de regia estirpe, embalsamados al modo egipcio, vendado el cuerpo centenares de veces, y puestos en ataúdes de madera, cubiertos á su vez de pinturas relacionadas con la vida del difunto. La sequedad que reina siempre en el Egipto conservó los ataúdes y las momias, de donde el número extraordinario de los unos y de las otras que se encuentran en los museos de todo el mundo. La ciencia ha sacado de aquellos hipogeos tesoros inapreciables para la historia y para la filología. Los egipcios tributaban una especie de culto á los muertos, porque creían en el alma humana y en que después de esta vida terrena el hombre recibe en otra existencia superior el premio ó el castigo por sus buenas ó malas obras. De ahí el respeto con que miraban todo cuanto se refería á los muertos, la importancia que concedían á los enterramientos, de que es prueba el «Valle de las Tumbas» y las muchas inscripciones impregnadas de sentimientos espiritualistas que aparecen en las pinturas funerarias, en papiros, estatuas, etc.

RUINAS DEL RAMESEUM EN EGIPTO

Ramsés II fué uno de los más insignes faraones del antiguo Egipto. Recibió honores reales al nacer, y á los

diez años se le había revestido con el título de general, porque desde la niñez había dado pruebas de poseer extraordinarias cualidades militares. Triunfó de sus enemigos, y bien puede decirse que llenó el Egipto de monumentos, figurando entre los más famosos que levantó el *Rameseum*, así denominado, del nombre del mismo faraón. La arquitectura egipcia presenta una inmovilidad que trae á la mente la idea de la muerte. Esta idea presidía todos los actos y aparece en todos los monumentos del pueblo egipcio. En uno de los patios del *Rameseum* hay adosadas numerosas representaciones de Osiris en forma de momia, con el rostro vuelto hacia el patio. Este monumento ofrecía un doble carácter conmemorativo y funerario. Diodoro Sículo lo apellida el Sepulcro de Osymandias. Su fundación se halla relacionada con uno de los principales sucesos de la vida de Ramsés II, quien en una sangrienta batalla empeñada cerca de Kadesch, la capital de los chetas, se defendió bizarramente contra las numerosas fuerzas que le rodeaban, abriéndose camino con su espada, y arrollándolas luego hasta obligar al ejército cheta á que se precipitase en el agua, donde desapareció. Esta hazaña se halla celebrada en un poema egipcio, en el cual pone el poeta en boca de su héroe el faraón las palabras: «Estaba solo, completamente solo.» En las vastas superficies del *Rameseum*, en sus salas hipostilas, se ve representada la batalla, que dió origen á la fundación del monumento, por medio de los esgrafiados policromos que los artistas egipcios emplearon como medio de decoración en el interior y exterior de los edificios. Las ruinas de toda la fábrica son imponentes todavía y revelan la grandiosidad y magnificencia que hubo de tener en los tiempos de Ramsés II y de sus sucesores.

CIUDAD DE LOS MUERTOS

AL PIE DE LA CIUDADELA DEL CAIRO

El Cairo, capital de Egipto, es por una parte ciudad de antiguo aspecto y tiene por otra los caracteres de una población moderna. Allí en donde no ha penetrado la influencia europea, son angostas sus calles, desnudas las paredes de sus casas, con escasas aberturas para apartar á las mujeres que las habitan de las miradas de los viandantes. Todo tiene en aquellos barrios aire mu-

sulmán. Por lo contrario, en los puntos de la ciudad especialmente habitados por los europeos, imperan las modas inglesas y los edificios son ingleses, inglesas las costumbres y todo inglés, desde muchos años, aun antes de la ocupación del Egipto por la Gran Bretaña. De influencias exóticas se han librado especialmente todos los edificios y los barrios más íntimamente ligados con las creencias religiosas de los egipcios. Tal ha sucedido con las mezquitas y con sus inmediaciones. Lo propio ha pasado con la ciudadela, centro en el que se hallan mezquitas y edificios funerarios, enterramientos de los soberanos que han gobernado en aquel país. La ciudadela es lugar venerado por los egipcios y por ello se ha elegido sitio inmediato á la misma para establecer el cementerio ó la ciudad de los muertos. De éste y de la ciudadela presenta una vista exacta la lámina que publicamos en este número. Los alminares de los edificios que existen en el recinto de aquella venerada fortaleza, indican el carácter sagrado que tiene y al que se debe el respeto con que la miran los egipcios.

CARLOS GOUNOD

El nombre de Gounod es popular en todo el mundo. Bastárale su ópera *Faust*, que es en verdad su más inspirada y acabada obra lírico-dramática, para que su nombre no fuese olvidado. Con el *Faust* Gounod hizo revivir la música de Gluck, Mozart, Weber y de otros antiguos maestros. En ellos buscó inspiración, conforme lo pregonan las páginas más delicadas de la mencionada ópera. Ninguna otra de las que compuso Gounod se le iguala. Acaso las dos que más se le acercan son *Mireille* y *Roméo et Juliette*. Su inspiración vuelve á brillar en los oratorios *Gallia*, *Redemption*, *Mors et Vita*, en los cuales da á conocer todavía más el profundo estudio que había hecho de los viejos compositores. *Gallia*, escrita á raíz del desastre nacional de 1870, tiene fragmentos grandiosos y de admirable amplitud melódica. Al lado de los oratorios ha de colocarse, si por

acaso no los aventaja, su *Misa de Gloria*, afortunada aplicación del canto figurado y de la orquesta á la música litúrgica. El *Credo*, en particular, de esta misa tiene una severidad y una inspiración que causan penetrante efecto en el ánimo de los fieles. El *In carnatus*, como factura musical y como carácter, deja asombrado al oyente. Gounod acababa de componer un *Requiem*, y según contaron los periódicos franceses, se ocupaba en ensayarlo cuando sufrió el ataque que le llevó al sepulcro. Murió como un buen católico. ¡Dios haya concedido el descanso eterno al alma del insigne maestro!

CRIPTA DEL MONASTERIO DE CAPUCHINOS, EN PALERMO

En distintos conventos de Capuchinos existen criptas en las cuales se guardan los cadáveres momificados ó los esqueletos de los frailes que han morado en ellos, permitiéndose al público visitar estos lugares piadosos, singularmente en el día de la Conmemoración de los difuntos. La cripta del monasterio de Capuchinos en Palermo, que publicamos en este número y que es una de las criptas á que aludimos, no está reservada exclusivamente á los frailes, sino que se permite tener en ella momias pertenecientes á individuos de familias palermitanas. Los cadáveres momificados ó los esqueletos, según fueren, se visten con los hábitos monacales ó con el traje que usaron en el mundo las personas á quienes pertenecen, con lo que, junto al burdo sayal del capuchino, se ve el vestido rico de la doncella de calidad, á la que se adorna, además, con coronas de flores, ó el uniforme que vistió un personaje de elevada posición social. Los deudos de los difuntos cuidan de ir cambiando los vestidos que se ajan y destruyen con los años. El efecto que la cripta produce en el ánimo es aterrador. Es un *memento mori*, una terrible advertencia de que el hombre es polvo, y en polvo ha de tornar, que mueve al ánimo á reconcentrarse y á pensar en lo deleznable de los goces terrenos.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

José Felín y Lodina

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XX

CONFESIÓN

PACO Dulce bajaba de su carruaje, frente al hotel de don Roque Bermúdez, pocos minutos después de haberse despedido de Pepita Alcuneza.

Llegaba decidido,uelto, arrogante, y al franquearle la verja el portero del levitón abotonado, la planta del joven sin miedo cruzó firme y rápida el umbral, como la del domador que penetra en una jaula de fieras. Dulce no tenía en la mano el látigo del domador, pero llevaba su plan en el pensa-

miento, como un látigo recio y flexible para domeñar con él todos los peligros que fueran á saltarle al paso.

En la escalinata, bajo la marquesina que protegía la entrada del edificio, otro criado salió al encuentro de Paco y le introdujo en el vestíbulo.

—El señor está en el comedor.

—Vén, dijo Paco imperiosamente al criado, después de dejar en sus manos el gabán.

Paco subió con osadía por la alfombrada escalera que inundaban de blanca luz los mecheros eléctricos. Siguióle el criado sometido por aquel acento imperativo, primer chasquido del látigo con el cual venía armado aquel domador.

—Por aquí... pronunció el sirviente cuando llegó con el forastero al primer piso, indicando á aquél el camino del comedor.

—¡Vén! dijo de nuevo el recién llegado, con imperio igual al de la otra vez.

Y continuó sin volver el rostro en dirección opuesta á la que el criado le indicaba. Penetró en la crujía principal, avanzó por la sala amarilla, y ya en el saloncito anterior al gabinete de Blanca, se detuvo para hablar al criado.

TOMO III.—76.

Ayuntamiento de Madrid

—Di al señor que estoy en el cuarto de la señorita. Que en él le aguardo... Que quiero hablarle.

Levantó el cortinaje, empujó la puerta, entróse en el camarín rosado. En él fué recibido con una exclamación de asombro por la enamorada niña.

—¡Paco!

—¿No sabes nada?

—¡Tú aquí!

—Mira.

Dulce, ganando segundos, suprimiendo explicaciones, presentó á Blanca el billete en que don Roque le invitaba.

La alegría inflamó el semblante de la niña.

—¡Te invita mi padre!

—Ya ves, dijo el hipócrita fingiéndose gozoso y enternecido. Esto es la amistad, esto es el perdón. Quiero merecerlos; quiero hacerme digno de tí y de tu bondadoso padre.

En la puerta de la estancia se presentó don Roque. Venía presuroso é indignado. ¡Paco en el cuarto de Blanca!... ¡El canalla era en verdad osado! Pero la niña no estaba enterada de la conspiración, ni siquiera sabía que su pretendiente hubiera de comer aquel día en la casa. Era necesario que no se malograra el plan que estaba dispuesto. El lobo había de caer en la trampa, sin advertir antes un solo indicio que le precaviese. Sosegó el anciano su aliento agitado por la zozobra, compuso sus facciones alteradas por el enojo, y al aparecerse por la puerta de la estancia, mostrábase sonriente, fino, amoroso, cual si en efecto no quedase en su corazón la más ligera huella de enemistad.

Blanca en un minuto trasladó cien veces su mirada escrutadora del rostro de su padre al de su amado y del de éste al de aquél. ¿Era la reconciliación, la paz, el amor los que por último entraban en aquella casa, huérfana de felicidades? El espíritu de la niña, siempre alucinado, comenzó á soñar, á exaltarse con la vaga esperanza, á encandecerse con el calor del amantísimo deseo.

Bermúdez avanzó tendiendo la mano á su convidado.

—Esperábamos á usted en el comedor.

Paco había adoptado un continente grave y compungido.

Estrechó la mano del banquero con fingida efusión y dió principio á la labor habilidosa de su comedia.

—Don Roque, dijo con voz sumisa y moderada; hoy recibo de usted un beneficio soberano, y lo que yo quiero hacer para demostrarle mi agradecimiento, no podían verlo testigos. Usted y Blanca solamente han de oírme. Vengo á hacerme digno de la generosidad con que al cabo se me trata.

El banquero no comprendía; escuchaba sin descubrir el objeto que podría proponerse el joven mundano, cuyo rendimiento no le inspiraba fe ninguna. Sin embargo, como creía tenerle en las redes que le había tendido, contuvo cualquier movimiento que pudiera advertirle.

Dejó que el farsante continuase hablando.

—Ya hace tiempo que me hostigaba el afán de dar este paso. La adversidad que en usted veía lo iba retardando, pues no quise que le pareciese á usted cobardía y vileza un acto inspirado en la mayor sinceridad de mi alma. ¿Qué acto es ese?... Voy á decirlo, y debiera, don Roque, postrarme de rodillas á sus plantas para seguir hablando.

El banquero se hizo un paso atrás, como evitando el aliento de Paco Dulce, el cual se le aproximaba hasta darle en el rostro con su respiración agitada.

—¡Sí, de rodillas!... continuó diciendo el mozo engañador. De rodillas... porque lo que vengo á hacer, primero que me siente á su mesa y reciba el perdón con que usted me brinda,

es una confesión rendida, franca, cuyo dolor soporto con la valentía de una conciencia en la cual su generosidad de usted y el amor de Blanca han hecho la luz.

—¡Una confesión! dijo el anciano con frase lenta y sonriendo con menosprecio.

—¡Yo soy el miserable que usted afirmaba! exclamó arrebatadamente Paco Dulce. ¡Sí! yo soy ese infame... ó más bien, ¡yo soy ese desgraciado!

Este *ex abrupto* sobrecogió al banquero, dejándole frío y envuelto en perplejidades.

La niña dió un paso hacia su amado, llena de terror y duelo.

—¡Qué dices! pronunció con voz velada.

Parecía que acababa de recibir una cuchillada.

Paco se lanzó á la carrera por el camino de las revelaciones que traía prevenidas. Ese era el quite que había estudiado, contra la estocada que se le iba á dirigir: primero confesarlo todo, hacer inútiles la presencia y las acusaciones de los testigos convocados, frustrar el golpe, acorralar con el zurriago crujiente de su audacia á las fieras en odio suyo concitadas. Luego el sentimentalismo, la contrición, los ruegos y las lágrimas de la más despreciable hipocresía.

Ese era el plan, y se lanzó Paco á realizarlo de prisa, anheloso, midiendo tiempos y distancias con su imaginación fría en medio del acaloramiento que remedaba. Era necesario cortar el paso á don Roque, anticiparse á todo movimiento de su enojo. Porque Paco no contaba con persuadir al anciano. Toda aquella máquina de superchería rodaba y crujía al solo objeto de producir un nuevo alucinamiento de Blanca.

Habló, pues, el comediante, acosado por el anhelo de no perder la ventaja que en aquel encuentro se había procurado. Habló con frases cortas, suprimiendo hábilmente todo circunloquio, yéndose derecho á la sustancia, soltando prenda tras prenda, confesión tras confesión.

¡Sí! era verdad. Las severidades de don Roque tenían motivo. Él se reconocía un miserable, un desdichado. Se presentaba á reconocerlo todo. Había recibido el ramo de oliva que Bermúdez, al fin templado, le enviara, y en su conciencia sintió el mozo la mordedura de su propia maldad. Acudía á la invitación generosa de don Roque, pero no con la careta que le quemaba el rostro, sino franco, descubierto, sin falacias. Él tenía enemigos... ¡Oh, sí! muchos enemigos. ¡Había sembrado tantas ofensas! Y esos enemigos pudieran volver á atacarle en el momento de su mayor gloria. Por eso iba con la verdad en los labios, el corazón en la mano.

¡Sí! todo era cierto. Él lo declaraba en voz más alta que la de nadie. Por su desventura y para su vergüenza todo era cierto. El vicio y la locura le arrastraron en su corriente. ¡Si él no se comprendía á sí mismo! ¡Si su propio carácter era su cadena! Admiraba la virtud... ¡Bien lo probaba habiéndose enamorado de Blanca, de su Blanca!... Admiraba la virtud, y no podía sustraerse á la influencia del vicio. ¡Lo que había hecho! Iba á referirlo todo, todo, y no para disculparlo con la necesidad de aturdirse, de olvidar los duelos que le ennegrecían el alma, sino para condenarlo como culpa vil, como capítulo de torpezas y delitos.

Y todo lo refirió; vertió en la alfombra, á los pies de la niña aniquilada de espanto y dolor todas las revelaciones de su historia negra.

Las joyas de la boda reducidas á dinero; el lance en el cual mató á un hombre; el envilecimiento en brazos de una cortesana; el viaje escandaloso; la indigna peregrinación con la carta dotal en la mano; la sed de placeres; la codicia de oro; las deudas; la atracción del tapete verde; la debilidad ante la tentación de cualquier aventura...

Pero, ¡era tan desgraciado! Le habían hecho así; le educaron para esa vida; le envolvieron en la ola turbulenta que barre el mundo. En su casa no aprendió otra cosa, sino que era necesario brillar, hacer la rueda, divertirse á costa del bien propio y del ajeno. Él no tuvo un hogar donde aprender moderación y cordura. Y él, que en medio de sus demasías sosegaba á veces su insensatez para sentir la nostalgia de lo bueno, de lo generoso, de lo noble, no hallaba quién le tendiese la mano para encaninarle á la redención. Esa mano él la buscó, la había

encontrado; pero se la quitaron, se la arrebataron en el instante en que la estrechaba y la besaba.

—¡Dénme, decía sollozando, dénme esa salvación! ¡Haya en el mundo quién me sostenga, quién me obligue á avergonzarme de mis errores, quién me dé á gozar la ternura, la paz del amparo, la dicha noble y santa del amor!... ¡Lo pido con voces atribuladas!... ¡Clamo misericordia!... ¡Perdón y olvido para mí, que estoy llamando á las puertas de la gloria! ¡Protéjame usted, don Roque!... ¡Blanca, tú me transformarás!

(Continuará).



DON PUNTUAL...

POR

JOSÉ PANDO



1.—Recuerda que á las doce en punto tiene una cita con el amigo Pérez.



2.—Consulta el reloj y no faltan más que cinco minutos para la hora dada.



3.—Y es preciso andar muy de prisa.



4.—Primer tropiezo.—Le pisé á usted un callo, usted perdone,—(esta gente que se pone en el camino).



5.—Ya van pasando los minutos, hay que correr más, mucho más.



6.—Segundo tropiezo.—¿Por qué se pone usted delante?



7.—¿Que porque la calle es de todos? Pues tome usted.



8.—¡Zis, zas...!!



9.—¡Y para esto da uno citas á hora fija! para pasarse luego las horas muertas en la prevención después de una precipitada carrera.



Los ingleses conservan como una preciosa reliquia la primera locomotora de ferrocarril construida en 1817 por Edward Pease, quien la bautizó con el nombre de *Locomotion*.

En 27 de Septiembre del año 1875, y con ocasión del jubileo de Darlington, se montó aquella máquina para ser exhibida solemnemente.

No puede dejar de causar impresión el recuerdo de una fecha tan reciente en la que el genio industrial luchaba con tenacidad y constancia para llevar á cabo aquella revolución, calificada entonces de locura, intentando colocar en las varas de un vehículo, sitio que parecía destinado para siempre á las caballerías, nada menos que una caldera en ebullición.

Al principio Pease estaba muy lejos de tener la ambición, desmedida entonces, de hacer la competencia á los carruajes. Limitábase sólo á introducir una notable economía en el transporte del carbón, empleando para ello un procedimiento nuevo del que estaba completamente seguro.

No sólo su proyecto encontró viva oposición, sino que se trató de destruirlo con el ridículo. Llegóse á declarar absurdo el tal invento é idiota al inventor. Suscitóse á uno y otro toda suerte de dificultades. El duque de Cleveland se opuso á que la línea que *Locomotion* debía recorrer pasara demasiado cerca de las madrigueras de zorros de las fincas que poseía. Aun después de terminada la línea transcurrieron cuatro años antes que se autorizase la inauguración.

Por fin, en 27 de Septiembre de 1825, el ferrocarril de Stokton á Darlington fué abierto al público entre gran multitud de gentes que no sabían si era más prudente aplaudir ó silbar.

¡Cuántas de las actuales locuras tendrán quizás un período de progreso y prosperidad comparable al ferrocarril!

En la misma época en que vivía Fabricius Suscinus, que de tanta gloria se había hecho merecedor á causa de sus generosas acciones, vivía también Cornelius Rufinus, valiente militar, que al propio tiempo que inteligente y hábil general, estaba dominado por la avaricia y la rapacidad en modo extraordinario. Fabricius, no sólo no le quería, sino que hasta evitaba tratarlo, y sentía por él una fuerte aversión. A pesar de todo, viéndose Rufinus

próximo á ser nombrado cónsul en circunstancias graves y angustiosas por las que atravesaba la República, y no teniendo por adversarios más que personas incapaces, hizo Fabricius cuanto le fué posible para asegurar la elección de Rufinus, que salió nombrado. Como la gente se extrañara de que hubiese prestado su apoyo á un hombre tan difamado por su avaricia, respondió:—No hay por qué admirarse, prefiero ser robado á caer en la servidumbre.

En cierta ocasión preguntaron al sabio Lokman de quién había aprendido la sabiduría, y contestó:—De los ciegos. Antes de haber probado un sitio no pongas en él los pies. Piensa en el modo de salir antes de entrar.

Un hombre poseía una perla preciosa, y al atravesar un estrecho la dejó caer en el fondo de un abismo. Al llegar á la orilla tomó un vaso de madera y se puso á sacar agua del mar echándola luego en la playa. El dios del mar le dijo:

—¿Cuándo pensáis que el mar quedará seco?

—Aun cuando debiese morir de pena, contestó, no me descorazonaría.

El dios del mar, entonces, conociendo la sinceridad con que le hablaba, sacó la perla de entre las aguas y se la entregó.

Pasando Diógenes por unas grandes casas de un hombre de mala vida y fama, vió un letrero que tenía puesto sobre lo alto de la puerta de la casa que decía: «No entre por esta puerta cosa mala.» Y respondió Diógenes:—Pues ¿por dónde ha de entrar el dueño?

Condenaron á uno á que pagase cincuenta ducados, y como por no tenerlos le apretasen á la paga, amenazándole un día los alguaciles de que si no los tenía que ellos se los harían hallar, respondió:—Por vida vuestra, si puede ser sean ciento, porque aún yo he menester otros cincuenta.

Había leído uno un mal soneto á otro, y poniéndole mala cara se desazonó el autor y dijo:

—Bien podía usted tener más modos, que si mucho me enfada le romperé la cabeza.

Y el otro respondió:

—Con gran facilidad lo puede usted hacer, sin tener que sacar la espada, sólo con volverme á leer su soneto.

La contusión ó magulladura es una solución de continuidad no aparente, producida por un cuerpo redondo.

Tan luego como se recibe una contusión se aplicarán al momento sobre la parte unos cabezales mojados con agua bien fría en la que se haya disuelto sal común ó sal amoníaco, ó se haya echado una grande porción de extracto de Saturno, de aguardiente alcanforado, de vinagre, de hielo para aumentar su frialdad, etc. Si á pesar de estos remedios progresa la inflamación, se aplicarán entonces unas cataplasmas emolientes hechas con la harina de simiente de lino, migas de pan desleídas en leche, en una decocción de malvabisco ó de simiente de lino.

En las contusiones con fractura ó dislocación, deberán emplearse los mismos medios mientras se hace venir el cirujano, pues con ellos se disminuye y muchas veces se previene enteramente la inflamación de los miembros fracturados ó dislocados, lo que hace más fáciles y menos dolorosas las operaciones del facultativo.

No pidas que los acontecimientos se presenten á la

medida de tus deseos, antes bien procura conformar tus deseos á los acontecimientos y de este modo serás feliz.

—EPICTETO.

Dos cosas hermosas pueden muy bien formar un conjunto monstruoso.—LUCIANO.

Tan peligroso es entregar una espada á un loco como el poder á un malvado.—JAMBLICO.

La belleza es un engaño mudo.—TEOFRASTO.

Es preciso buscar el bien y la belleza por el mismo camino.—PLOTÍN.

Uno dijo á Diógenes:—Muchas personas se burlan de tí.—A lo cual respondió:—Y yo no me tengo por burlado.—DIÓGENES DE LAERTO.

Evitemos el reprender en público á nuestros amigos... Los vicios son enfermedades vergonzosas y su tratamiento debe ser secreto.—PLUTARCO.



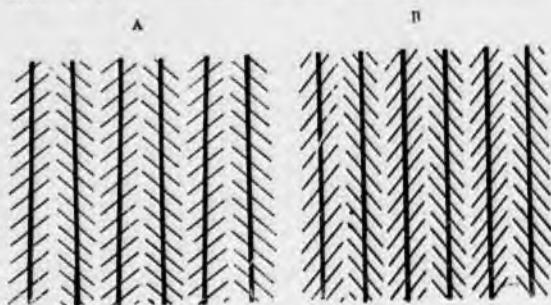
LÍNEAS ENGAÑOSAS

Podríamos en esta sección indicar una numerosa serie de experimentos á cual más curiosos, algunos de los cuales servirían para hacer patentes muchos fenómenos químicos, cuya descripción es bastante difícil: mas nos ata las manos el propósito que hemos formado de no publicar ningún experimento que pueda atraer el menor peligro á nuestros constantes lectores; todas esas experiencias químicas tienen el inconveniente del manejo de sustancias más ó menos nocivas, y si bien la habilidad

que lleva en sí la práctica las hace inofensivas en la cátedra y en el laboratorio, aquí se trata de un aprendizaje repentino que puede costar caro, y por estas razones preferimos los experimentos de física, y en especial los de óptica, por ser los más sencillos de todos.

Véanse las figuras A y B. Miradas por encima aparecen las líneas verticales casi paralelas; las de la figura A se estrechan por arriba y las de la B por abajo: las pequeñas rayas transversales sirven para guiar los ojos hacia las líneas aparejadas, además de contribuir á la demostración general.

Dados estos antecedentes, veamos las transformaciones ópticas que presentan esas rayas hechas como al azar. Primeramente fíjese el lector en que vistas las rayas pequeñas transversales que van de arriba-abajo—



derecha-izquierda, aparecen más negras y espaciadas que las otras: este fenómeno tiene igual origen que el que facilita el trazar un perfil de rostro mirando hacia la izquierda, mientras que es mucho más difícil trazarlo hacia la derecha.

Esas rayitas nos representan las señales de *tren descendente* y *tren ascendente*, que bordean los rails en las grandes estaciones: ahora vamos á contemplar la perspectiva de esos rails poniendo el papel en donde están dibujados, de modo que los veamos en un semiescorzo; ¿qué resulta? que las parejas de rails estrechas de arriba, vistas así, resultan en perspectiva, es decir, aproximándose los puntos en el foco lejano, mientras que las otras líneas separadas de arriba, aparecen, vistas á escorzo, enteramente paralelas, ó sea acompañándose siempre sin tocarse jamás, como deben hacer los buenos vecinos de una casa.— JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

MI-CO

Al problema numérico: Al rectángulo geográfico:

4	5	6	7	8	9	39	T	O	R	D	E	R	A
9	8	7	6	5	4	39	M	O	N	C	L	A	R
6	4	5	8	9	7	39	C	E	R	V	E	R	A
8	7	4	9	6	5	39	T	O	R	T	E	L	L
5	6	9	4	7	8	39	C	A	R	D	O	N	A
7	9	8	5	4	6	39	M	A	N	R	E	S	A
39	39	39	39	39	39	39	A	M	P	O	S	T	A

A la fuga extravagante:

Citaron á Juan Petate
por lo que debe (y no es poco),
mas cayendo en un dislate
antes de lo de remate
olvidaron poner loco.

LOGOGRIFO

¿Por qué mi nombre con porfía loca
el hijo rudo del dios Marte invoca
si un arbolillo soy, tan perfumado
que flores doy al monte y doy al prado?
Metálicos insectos
pequeños arquitectos
que redes y refugios construyeron
cuando el hombre me aclama
y á sus hermanos llama
para destruir lo que crió natura,
huyen donde su vida esté segura.
¡De qué sirven mis flores
si es símbolo mi nombre de dolores
y en medio de la tétrica pelea
mi ramaje abrasado es roja tea!

JULIÁN.

CHARADAS

¿Quién da vida y alegría
á toda la primavera?

Mi primera.

¿Quién sostiene al religioso
y le da dicha profunda?

Mi segunda.

¿Quién entre letras vocales
se distingue y más impera?

Mi tercera.

¿A quién siempre se confía
el compás de cualquier modo?

A mi todo.

¡Vaya con el primera!
¡Qué genio tiene!

Al que se le aproxima
si puede, muerde.

Tendrá, si no lo evita,
un mal *dos tres*

todo el que en polvorosa
no ponga pies.

Mi *todo* se halla cerca
de la Turquía,
isla de mucha fama
que Grecia ansía.

PA. SA. MA.

BALACLAVA.

EJERCICIO LEXICOGRÁFICO

Buscar todas las palabras terminadas en

GATA

ADVERTENCIAS

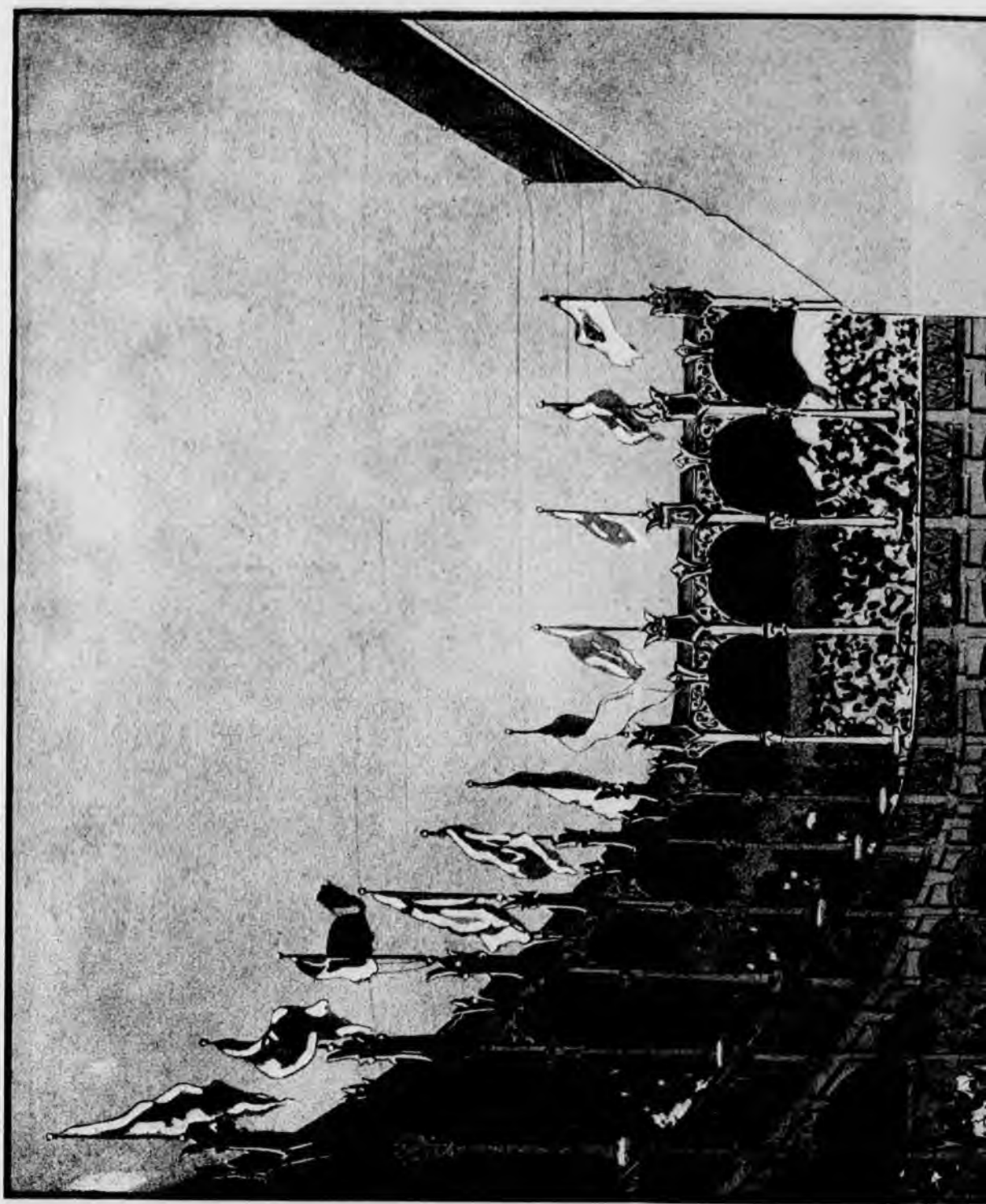
Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

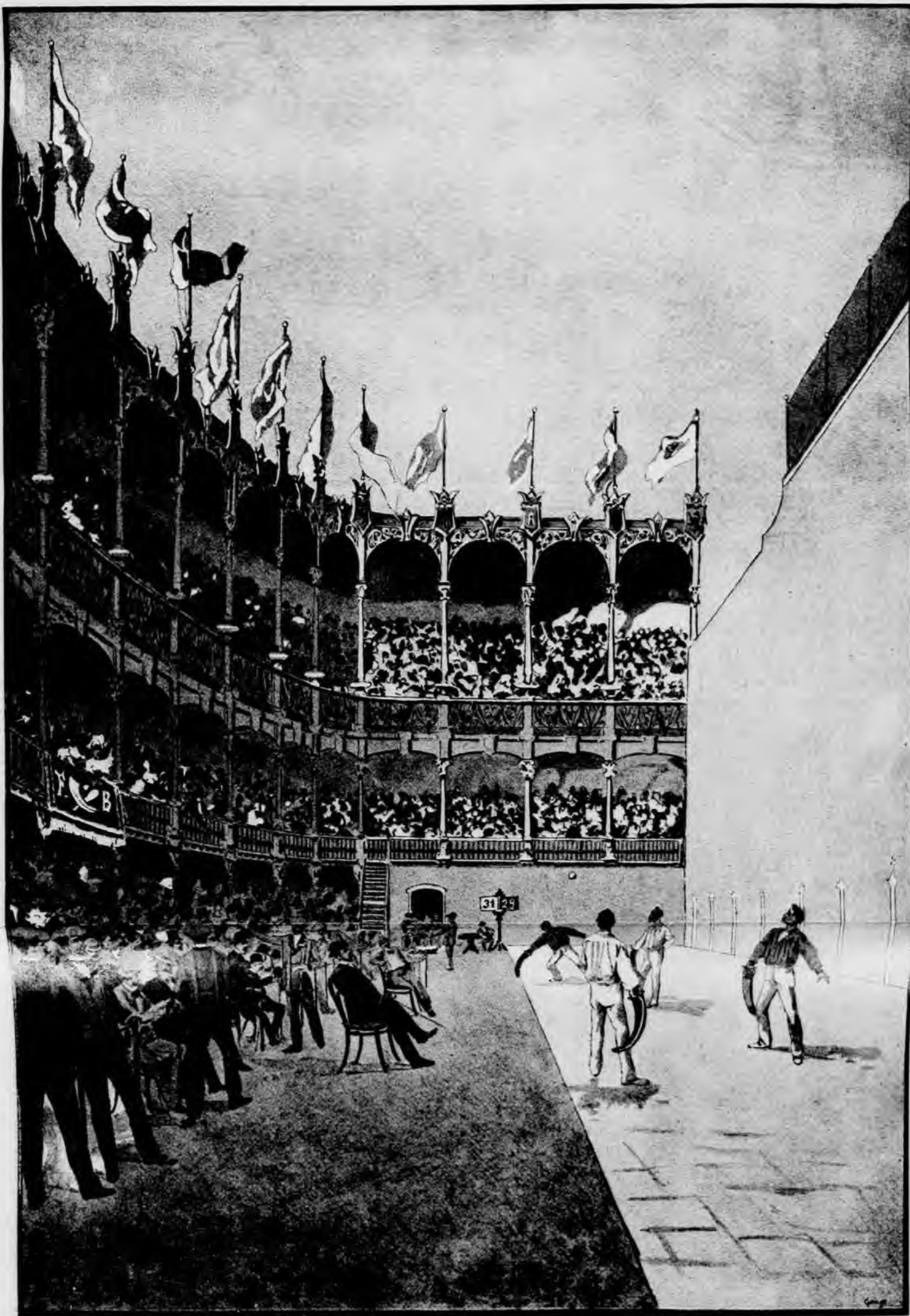
Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



Ayuntamiento de Madrid



EL FRONTÓN BARCELONÉS

DIBUJO DE M. OBIOLS DELGADO

Ayuntamiento de Madrid



MUIER

(CONTINUACIÓN)

II

Les acogieron en la tertulia simpáticamente, como se acoge á la gente rica, moza y sin penas, que trae consigo atmósfera de alegría. La marquesa besó á Ana, la dió golpecitos en el hombro, la sentó á su lado, hízola mil preguntas acerca del viaje, prometió una visita al nido, una sorpresa que daría convidándose á almorzar.

—Me echaréis cuando se os antoje, decía riendo. Después de cinco meses, me parece que aunque os robe una mañanita...

Mientras Ana protestaba afectuosamente y se dejaba *curiosear* las joyas y el traje, Alfonso registraba la concurrencia, con la sorpresa del que, á la vuelta de sucesos que han modificado esencialmente su vida íntima, encuentra el exterior idéntico, invariable, como mar que no se altera por el surco de la quilla. Allí estaban las mismas de antes, hablando con los mismos de siempre: y Alfonso reflexionó que el sigisbeísmo de salón afrenta, con su constancia, al amor y á la amistad verdadera.—Allí, alrededor de las acostumbradas mesas, los eternos tresillistas, las consabidas cabezas calvas y los consabidos moños con peinetas de brillantes, disputándose una puesta ó persiguiendo un codillo.—Allí, en el propio sofá Imperio de raso azul y verde, el propio grupo de muchachas, airosas como ninfas, vestidas de colores finos, sin una alhaja, arremangado el pelo para descubrir la sedosa nuca, rientes las claras pupilas,—cual si en el medio año transcurrido ningún pensamiento grave, ningún desencanto doloroso hubiese caído en su alma, depositando el sedimento de una reflexión...

La idea de monótona continuidad que este cuadro infundió en la mente de Alfonso, dispóse á recibir una impensada sacudida que le estremeció hasta el tuétano de los huesos. Entonces comprendió que la sociedad no es inmutable sino por fuera, y que bajo la superficie lisa é igual bullen y hierven las pasiones y el drama.—Lo que sorprendió á Alfonso; lo que le hizo afluir toda la sangre al corazón y bañarse las sienes en sudor frío, no fueron más que dos ojos, ó por mejor decir, un alma que fulguraba en ellos. Y ni el alma ni los ojos pertenecían á una mujer. Era un hombre, apuesto, descolorido, como de treinta y cuatro años de

edad, rubio y alto, el que, recostado en la puerta, miraba al marido de Ana con intensidad ardiente.

La relación de lo moral y lo físico aparece, más patente que en cosa alguna, en el efecto de la mirada. Si una persona nos sigue en la calle mirándonos fijamente, acabamos por volvernos, sin saber á qué atribuir el movimiento involuntario. Esto le había sucedido á Alfonso: un imperceptible hormigueo en la espalda precedió á su vuelta de cara á la puerta desde la cual le flechaban los garzos ojos de su enemigo. Porque sólo un enemigo mira de tal suerte, y sólo el odio hace competencia al amor cargando de fluido magnético las pupilas. La ojeada le dolió tanto á Alfonso, que sintió deseos de imitar al héroe del *Elixir de larga vida*, de Balzac, reventando los ojos que así le apuñalaban.

Aquél era, aquél, el maldito acreedor, el que aparecía después del festín reclamando la deuda de honra. Su mirar lo decía todo. Equivalía á la reconvención más enojada, á la intimación más fatídica. Decía á voces, sin que le pudiese oír nadie, excepto el interesado: «Qué, ¿ya no te acordabas de mí? Soy Ramiro Dávalos, tu antiguo amigo y compañero de fiestas y zambras. Me demostrabas entonces gran afición; nos llamaban en broma *los inseparables*. Una noche, que me recogí más temprano que otras veces, sentí un rumor sospechoso en el cuarto de mi hermana. Violenté la puerta, y te cogí como al ratón en la ratonera. Te saqué de allí medio á rastras, y te llevé á mis habitaciones: estabas lívido. Yo me dominaba, y con voz bastante firme te dije que señalases día para la boda. Callabas como un muerto, y tu silencio me irritó hasta el punto de que te agarré de un brazo, mientras tentaba en mi bolsillo el revólver que suelo llevar. Apremiado, habíaste por fin. ¡Más valiera que te hubieses quedado mudo! Dijiste una infamia... ¡Aún tiemblo de ira!—Que se case Alcántara... ó Gonzalvo... Hay el mismo motivo...—¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo me retorcí bajo el sangriento bofetón? Pero Dios me tuvo de su mano... y en vez de clavarte las siete cápsulas de mi revólver en el pecho y en la sien... abrí la puerta y te hice seña de que podías salir. Y cuando, avergonzado y corrido, te pusistes á mis órdenes para zanjar nuestra disensión armas en mano, te respondí con el supremo desdén del que es dueño de sí propio:—No me hagas tan necio que ahora te provoque y me bata contigo. Todo Madrid se enteraría del motivo, y pagaría el escote la honra de mi hermana. Pero tranquilízate; ya nos encontraremos en tiempo y sazón. La venganza es manjar que sabe mejor comido frío. Hasta cuando Dios quiera, Alfonso.—Y esperé; ¿no ves en mi cara la señal del esfuerzo sobrenatural que me costó mi paciencia? Al fin te casaste, y á mí me han salido canas, mientras recorrías el extranjero con tu linda novia. Pero al casarte te has entregado... Ya te tengo. Prepárate...»

Esto y mucho más leía Alfonso en los ojos terribles, que de pronto, como linterna que corre el vidrio oscuro tapando su luz, se desviaron, se extinguieron, mientras Ramiro Dávalos, abriéndose paso por entre colas y fraques, se dirigía hacia su deudor y le tendía la mano, si no muy cordialmente, al menos con naturalidad sencilla y de buen gusto. Alfonso alargó su diestra trémula, y las dos manos, al tocarse, se repelieron como si el contacto hiciese saltar de ellas abrasadoras chispas.

Trocaron palabras insignificantes, y al punto Ramiro, sin afectación alguna, se acercó al confidente donde estaba Ana (que era de estos de dos caras), y ocupó el asiento libre.

Prestan los tales confidentes al diálogo, desde el primer momento, carácter de intimidad. Hay que volverse mucho, inclinando todo el cuerpo hacia la persona que nos habla; y mientras el dorado y retorcido respaldo aísla, la postura aproxima y las cabezas casi se tocan. Así estaban las de la señora de la Cueva y el galán Dávalos; platicaban de cosas indiferentes, y desde lejos su palique parecía secreteo confidencial sobre algo que á los dos importaba mucho.

En la conciencia de Alfonso, tan mínimo incidente revestía proporciones que le alarmaban.—«El registro es viejo pero de efecto seguro,—pensaba la Cueva.—Honra por honra, dirá Ramiro: ahora yo comprometo en público á tu mujer y te obligo á provocarme, con lo cual si

algo se murmura será á tu cuenta, y si las lenguas se dan gusto, peor para tí.»—Repito que este súbito recelo que le entró á Alfonso no tenía más fundamento serio que los resquemores del pasado. En sociedad se ven á cada momento apartes, largas chácharas y obsequios de galán á dama que duran una noche, y que ni se interpretan mal, ni hay por qué, si hechos ulteriores no añaden leña al fuego de la malicia. Pero téngase en cuenta que llovía sobre mojado; que la conciencia acusadora estaba despierta para dar la señal de alarma, y que además era la primera vez que Ana se dejaba ver en público desde su boda,—y entonces se comprenderá que Alfonso frunció el ceño al advertir que Dávalos, ofreciendo el brazo á Ana, se la llevaba al comedor.

Siguió á la pareja el marido, desprendiéndose como pudo de la gente que le interpelaba y le embromaba felicitándole. Sorda inquietud, irritación que le hubiese sido imposible fundar en cosa alguna, roía su pecho. No quiso intervenir, temeroso de parecer ridículo, pero acercóse lo bastante para no perder un solo movimiento de Ramiro Dávalos. Éste se dedicaba á servir á la señora de la Cueva, lleno de atención y solicitud, presentándole el plato, el cuchillito, el vaso de ponche sueco, recogiendo de las manos lo que ya la estorbaba, indicándole una silla bien situada, y luego llevándola á que viese las nuevas adquisiciones de la marquesa de Lanza-fuerte, las bandejas de plata repujada, las lozas antiguas que decoraban la pared. Nada tenía de particular todo ello: era la tarea acostumbrada de la cortesía en casos tales. Sin embargo, considerando que Ana salía al mundo casada aquella noche; que á Dávalos se le sabían ciertas historias poco edificantes y menos probantes de su respeto al ajeno hogar, y por último, que el antecedente del agravio justificaba la sospecha, Alfonso vió ya claramente en el proceder de Dávalos una bien calculada maniobra para sacarle de tino. No tenía Ana las mismas razones que su esposo para extrañar la conducta de Dávalos; no obstante, su instinto la avisó de que allí pasaba algo singular por lo menos, y con disimulo miró alrededor, por si divisaba á su marido. Así que le vió, sus ojos se cruzaron: los de él expresaban ya angustia, y ella, notándolo y sintiéndolo, se levantó para aproximarse á Alfonso. En el mismo instante la anciana y sorda vizcondesa de San Jordi se pegó al marido de Ana, y á gritos empezó á preguntarle detalles del viaje de novios, y por su parte Dávalos, fingiendo no comprender el motivo del movimiento de Ana, redondeó el brazo y se lo ofreció á la señora, hablándole con animación, en tono abierto y festivo de cosas absolutamente indiferentes, tranquilizadoras para la más recelosa mujer.

Porque fué la habilidad de Dávalos, en ocasión tan decisiva, no alarmar á Ana con galan-terías ni con la menor frase, de modo indiscreta, que mientras desde lejos parecía cortejarla, de cerca sólo parecía que la tributaba el respetuoso y cordial agasajo debido á la señora de un amigo, del *inseparable*, separado ya por el matrimonio. Ana no ignoraba la antigua intimidad de Ramiro y Alfonso: el que se hubiese resfriado algún tanto lo atribuía á lo más natural y sencillo, á la boda. Y creyendo ver en el obsequio de Dávalos una discreta indicación de que festejaba el nuevo estado de su amigo, hasta que los ojos de Alfonso la avisaron, se prestó sin temor alguno á lo que nada tenía de extraño.

Hallábanse Ramiro y Ana cerca de una de las dos puertas del comedor, esperando á poder atravesarla para volverse al salón; mas como el racimo de gente que la obstruía no permitiese el paso, Dávalos llevó hábilmente á la señora hacia una especie de hornacina forrada de felpa roja, donde sobre estantillos enfileados se lucían curiosos y soberbios ejemplares de porcelana del Retiro y loza alcoreña. Mientras la decía algo muy elogioso para aquellas ricas piezas de cerámica, la iba acorralando con maña en el hueco, semejante á un oratorio japonés, y se quedaba á sus espaldas, obligándola á admirar y detallar de cerca los primores de un grupo ornamental, una nube de blancas ninfas, que trepaban por un montecillo, blanco también como la cuajada leche. Al mismo tiempo dirigía Ramiro una mirada circular á todos los ámbitos del comedor y á las puertas, cerciorándose de que todo estaba como podía convenir á sus planes. En la puerta inmediata al hueco ú hornacina, se apiñaban dos ó tres señoras y otros

tantos hombres, que antes de decidirse á entrar en el comedor, echaban un párrafo, y que, si bien aparecían distraídos por la charla, no lo estaban tanto que no pudiesen observar lo que en el comedor sucedía, á poco que mereciese ser observado. Formaba parte del grupo (y Ramiro lo notó con fruición), el conde de Cetina, vejete verde, fisgón incansable y descubridor infalible de cuanta travesura amorosa ocurría en la sociedad. Ramiro no olvidaba que el conde de Cetina siempre tenía el ojo fijo en los rincones donde por casualidad ó intencionalmente se encontraban dos personas de distinto sexo. Los solteros llamaban al conde—recordando con tal motivo en chanza una tradición gloriosa de su ascendencia—*el vigía*.

En la otra puerta Ramiro vió á Alfonso, pronto á zafarse de la sorda, que ya le atosigaba menos. Las pupilas del marido de Ana se clavaban en Ramiro; pero éste no mostró haberlo notado, y como todo estuviese en el crítico punto favorable á sus deseos, y pudiese, dentro de un segundo, perderse la ocasión, afectó recorrer el comedor y convencerse de que allí no había más que él, Ana y un criado, que, vuelto, preparaba tazas en una bandeja..., y con rápido movimiento se incluyó sobre los descubiertos hombros de la señora de la Cueva é hizo ademán de apoyar en ellos los labios. La verdad es que se guardó bien de tocar á la epidermis de raso nacarino; quedóse á tal distancia, que Ana, no pudiendo sentir la injuria, y creyendo que se inclinaba Ramiro para indicarla algo que debía notar en las porcelanas, se volvió sonriendo, animada. En cambio Alfonso saltó como un tigre, mientras el *vigía* se precipitaba hacia el comedor por no perder detalle de la escena.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).





DESCANSO

ESBOZO POR

H. VON KAHLENBERG

A CABABA de casarse la hija menor. Por causa de un luto en la familia del novio, la boda había sido sencilla y sin estruendo. La joven pareja marchó á las tres, y luego los invitados, los unos después de los otros. La nuera había de volver al cuidado de sus hijitos. Al hijo le reclamaba el servicio. Las luces se apagaron y el ruido de los vasos resonaba en la cocina. El silencio reinaba en la vieja casa. Los dos ancianos quedaron solos.

A la cena se sentaron frente el uno del otro, ocupando cada uno todo un lado de la gran mesa de familia, en la cual antes tenían siempre que apretarse y poner las sillas medio de lado para dejar sitio al vecino.

—Mañana quitaremos una tabla, dijo la madre: la mesa es demasiado grande para nosotros dos.

El padre hizo un gesto de aprobación y pensó cómo se habían ido quitando una después de otra todas las tablas hasta quedar la mesa completamente redonda. Como no tenía costumbre de preparar el té, la madre se puso á hacerlo con bastante dificultad. Éste había sido siempre el oficio de las hijas, y la más joven lo había tomado de la mayor. La madre cortó el pan y luego vió que había cortado demasiado rebanadas, si bien en verdad todo sobraba en este día. El anciano tampoco tenía apetito. Volvióse alguna vez como para decir algo, pero no había nadie á su lado y se calló. Tosió y se asustó de oír cómo resonaba su tos en la habitación vacía. Hablaron algunas palabras sobre los invitados y la comida de boda, mas pronto volvieron á enmudecer. Los viejos suelen volverse silenciosos y se acostumbran á dejar hablar á los hijos. Lo que más les preocupa es los hijos. Les prodigan sus cuidados y son su alegría. Esto es lo natural. Sólo la juventud se pertenece á sí misma; ¡es el tiempo del gran egoísmo y de las pasiones! Nacen los hijos y gradualmente y sin sentirlo el yó principal se convierte en varios pequeños yó. Se marchan como el grano de semilla que se lleva el viento, y el viejo

tronco vive todavía un par de hermosos días otoñales. Es el tiempo de la tranquilidad, de los recuerdos y del descanso.

El anciano encendió la pipa y se sentó en su viejo sillón delante de la chimenea. Al poco rato vino también la esposa y se sentó á su lado.

—Henos aquí otra vez solos, dijo ella con tristeza.

—Como en la luna de miel, añadió él.

—De esto hace ya mucho tiempo.

—¡Treinta y seis años!... El martes pasado fué el aniversario de nuestra boda.

Ella se sorprendió de que su marido se hubiese acordado. En cuanto á ella todo el día había pensado en lo mismo; pero no habían hablado de tal cosa, ni lo habían celebrado. Estaban muy ocupados en los preparativos de la boda y ella había pensado:

—No se acuerda de ello. Es natural.

¡Treinta y seis años! La esposa suspiró y los dos callaron largo rato. Pensaban en todo lo ocurrido en los treinta y seis años de su matrimonio. Allá en la luna de miel también se sentaban á menudo en grandes sillones muy arrimaditos delante de la chimenea. La lámpara no se encendía. Ellos se sentían, y se habla mucho más intimamente á oscuras cuando se tiene tantísimo qué decirse... En la estancia se percibía el aroma de los jacintos y lilas que llenaban el jardín. A ella le gustaban las flores, y á él el vestido blanco que ella llevaba, los largos paseos sobre la hierba y partirse una copa de champagne para que se conociese que estaban todavía en la luna de miel.—¿Me quieres, Hans?—solía preguntarle ella á menudo tomando su cabeza entre sus manos. La pregunta era tonta, y él, naturalmente, contestaba tan tontamente cualquier trivial y absurda protesta, muchas palabras y más besos, y esto les parecía siempre nuevo y delicioso. Luego hablaban de su amor, y todo se volvían declaraciones y confesiones como las oye murmurar bajito en todos los idiomas la luna cien veces cada día; definiciones anticuadas, comparaciones gastadas, pero que ellos no veían cuán pasadas de moda y ridículas eran. Los planes que hacían durante la luna de miel eran muy ambiciosos. Él llegaría á ser, naturalmente, excelencia y ministro. ¡Como que era tan inteligente y laborioso! ¡Sus hechos serían gloriosos y admirados en todo el universo, y ella le ayudaría, sería su Madame Roland!... ¡Su genio! Proyectaban magníficos viajes por las altas montañas sobre el mar azul. Todo lo grande y hermoso del mundo creado por la mano de Dios y de los hombres querían disfrutarlo juntos. Él también hacía entonces versos, bien entendido todos únicamente de ella, y que nunca se imprimieron. Estaban llenos de ojos azules, de resplandor de la luna y de delicias de la mar. Ningún editor los había aceptado: á ella, empero, le gustaban y los cantaba en el piano sobre una de las melodías más antiguas y monótonas; pero esto ¿qué importaba? Por la noche leían poesías de Torcuato Tasso, Schiller y Enoch Arden, pero nada moderno. Eran muy idealistas, muy felices y muy enamorados en el tiempo de la luna de miel.

Nació el primer hijo. Entonces se sentaron tres delante de la chimenea y todo se volvía risas, chanzas y planes sin fin. Ya no se hablaba más de amor y sí sólo del pequeñuelo, de lo que hacía y de lo que haría más adelante. ¡Por supuesto, algo grande y extraordinario!

De pronto el niño lloraba, y se le tenía de alimentar, bañarle y acostarle, con lo que quedaba poco tiempo para cantar y pasear. Él cesó de hacer versos y de leer, porque estaba fatigado cuando volvía de la oficina, ó á lo mas cogía el periódico. Otros cuatro hijos nacieron sucesivamente, y entonces tuvieron que reducirse y atenerse á su exiguo sueldo. En el salón, allí donde se ponían antes las flores, se secaba ahora la ropa de los niños; de aquel antiguo vestido blanco se hicieron tres vestiditos, y cuando pensaban en el champagne que bebían durante la luna de miel, casi se avergozaban de su locura. Ya no se hablaba más del porvenir, y cada día traía sus preocupaciones. Preocupaciones domésticas; preocupaciones por los hijos; preocupaciones por la jalea que se había vuelto agria y por la cuenta del zapatero que había

de pagarse. El ama de la casa estaba apurada; su espalda se encorvaba á fuerza de trabajar, y su cabello clareaba de una manera inquietante.

—¡Si pudiese tan sólo poner de lado la pensión para el largo tiempo del servicio y para la orden del Águila roja! decía á menudo.

Fuera de esto no ambicionaba otra cosa.

Los hijos fueron á la escuela, y entonces vinieron las preocupaciones por las notas y los exámenes. El tifus se declaró en la ciudad y se llevó en ocho días á la hija mayor, una hermosa y amable joven de diez y siete años. La madre no volvió á ser la misma; continuó siendo activa y bondadosa, pero la alegría había huido de sus ojos y envejeció rápidamente. El hijo mayor fué á la Universidad, es ahora juez y tiene mujer é hijos. El segundo se hizo soldado; era el favorito y el orgullo de su madre. Se condujo mal y tuvo que marcharse á América para ganarse la vida; ¡afortunadamente esto le dió resultado! Pero el corazón de la madre tenía una herida más y los cabellos del padre se habían vuelto blancos. Lore se había casado con el pastor del lugar después de siete años de relaciones. Vivían en la frontera del Este y el viaje era caro y penoso. En este día se había llevado el doctor á la hija menor, Tinchén, á la casa que él mismo se había arreglado: cuatro habitaciones en un tercer piso en el económico barrio del Norte de Berlín.

Los dos ancianos volvían á estar completamente solos; solos los dos como en la luna de miel.

—¿Me quieres, Hans? preguntó ella de repente. Ni ella misma sabía cómo le había venido á los labios la antigua y necia pregunta. Le parecía como si los treinta y seis años transcurridos hubiesen sido un sueño del cual despertaba ahora y que sus primeras palabras habían de ser precisamente éstas.

—¡Amada esposa, amor mío! contestó él enteramente como antes.

Y luego el anciano besó á la anciana y volvieron á hablar de amor. Tenían los ojos llenos de lágrimas mientras conversaban, pero sonreían. Las lágrimas eran recuerdo de todas las esperanzas frustradas, de los sufrimientos y de los que ya no existían; la sonrisa lo era del antiguo y radiante amor, al que no matan las vicisitudes y preocupaciones de la vida ordinaria.

Traducido del alemán.



EPIGRAMAS

I

Cuando visito al tonto de Fonseca,
y en su desventurada biblioteca
rodeado de volúmenes le hallo;
me parece un eunuco en el serrallo.

II

«Conspiraciones, rapiñas,
infanticidios, sangrientas
luchas, quiebras fraudulentas,
timos, suicidios y riñas.
Hoy en la Puerta del Sol...»
— ¡Oh! ¡Qué es esta fiebre insana.
— Es filosofía alemana,
traducida al español.

III

Por su riqueza el agiotista Cloro,
de honores goza y de elevado rango.
Es como el sol el oro,
da consistencia al fango.

IV

— ¿Dónde— un simple exclamó— se fué dejando
su poder y su honor la patria mía?
— ¿Dónde?— dijo Fernando,—
los perdió caminando
del patriotismo á la patriotería.

V

No lo justo y lo bueno;
lo útil se busca sin pudor ni freno.
La ciencia filosófica que priva
en los tiempos de ahora,
no es especulativa,
es especuladora.

VI

Al ver qué amor la libertad provoca
y al ver por qué y por quién tanto se invoca,
dudo con todas veras,
si en sociedad vivimos ó en galeras.

VII

Lindoro se ama á sí mismo.
Afortunado mortall
No tendrá nunca rival.

VIII

— ¿Por qué hablar no me dejas,
y á oír me invitas, Zoilo impertinente?
— Porque con una boca solamente,
tienes un par de orejas.

IX

Se ve fuera de casa á toda hora
de enjambre de galanes rodeada,
tiene atrevido el porte y la mirada;
se pinta el rostro y los cabellos dora
¡y tú la dices púdica doncella!
¿A quién debo creer? ¿A tí, ó á ella?

X

¿Medir pretendes ¡oh censor menguad!
al público varón por el privado?
De progreso no entiendes ni una jota:
se puede ser mal padre y buen patriota.

XI

Reconviniendo á Luis porque abandona
esposa limpia y casta,
y en torpes meretrices se malgasta;
me contestó con humos de hombre honrado:
— Yo antepongo el bien público al privado.

XII

Ya hablando ó ya comiendo, el buen Carmena,
abre siempre la boca á costa ajena.

XIII

¿Calla á tus despropósitos la gente?
De tí se burla... respetuosamente.

C. SUÁREZ BRAVO



LA INUNDACIÓN.—CUADRO DE CHARODEAU

Ayuntamiento de Madrid



NUEVA ORLEANS

POR

JULIAN RALPH



Un ciudadano adoptivo de esta población dice de ella que es «la mayor de las pequeñas ciudades del país.» La verdad es que con un poco más de la cuarta parte de un millón de habitantes tiene toda las trazas y apariencias de una capital, y que descuella por muchos conceptos sobre el escaso número de poblaciones que pueden compararse con New-York, por más que sean algunas de ellas más populosas.

Tiene una sociedad digna, por su distinción, de figurar en primera línea en cualquiera de nuestras ciudades, y su Teatro de la Ópera y sus clubs pueden llamarse tales porque lo son en realidad y no locales meramente destinados á ser puntos de reunión de sus socios. Además tiene hermosos teatros é iglesias y otros edificios públicos muy notables. En cuanto á los deleites gastronómicos, que Chesterfield contaba entre los dignos del hombre ilustrado, no sólo pueden allí disfrutarse en muchos clubs y restaurants, sino también en

una infinidad de casas particulares.

Sus mercados están inmejorablemente abastecidos. Su comercio la relaciona con el mundo entero y su población es cosmopolita, comprendiendo todos los elementos que presupone el epíteto en su acepción más lata. Los diversos caracteres de los barrios que la componen ofrecen, como en las primeras capitales del orbe, á los desocupados y á los observadores una gran variedad de cuadros acumulados por espacio de cerca de dos siglos por los españoles, los franceses y los americanos.

En verdad vale la pena de indagar las cualidades que tal importancia han dado á esa capital del Sud, porque no hay duda que está destinada á ser el refugio de los que en invierno suelen huir del Norte asustados por los rigores del clima.

El martes de Carnestolendas tiene aquí tal atractivo, que en el último se han reunido para celebrarlo cien mil forasteros procedentes de todos los Estados y de todas las ciudades importantes de la República. Hállase situada en el camino meridional de la California, en el que va del Oeste y el Noroeste á la Florida y en el que conduce á Tejas y á Méjico. Es en invierno el refugio predilecto de los norteamericanos, porque además de contar con todos los atrac-

tivos de otras localidades, como el sol y una tibia temperatura, tiene teatros, tiendas, restaurants, clubs, una población animada; en una palabra, todos los encantos de las grandes capitales. Es, en suma, una ciudad alegre en donde abundan las mujeres hermosas, los sabrosos manjares y las flores. Cuando se haya modificado, que será pronto, el sistema de canalización de sus aguas sucias, sólo hará falta una reforma para sellar los labios á los murmuradores.

La preocupación local de que un hotel que era el mejor del país en 1837 puede considerarse todavía como un hotel de primera clase, es realmente deplorable. Aquí habría que gastar un millón de dollars para erigir un edificio adecuado al objeto y en el cual se estableciesen precios fijos que no pecasen de excesivos. Yo tengo para mí que los habitantes de esta ciudad no se han hecho cargo de la trascendencia que tendrá una mejora de esta naturaleza.

Desde luego, es indudable que aumentaría extraordinariamente el número de forasteros que suele acudir todos los años á visitar la población. Si hubiese quién cuidare de ello no tiene más que ver lo que ha pasado en las que se hallan situadas al extremo del largo camino que conduce á las costas del Pacífico. En una ciudad llamada Fairhaven, en el extremo superior de Puget-Sound, hay un hotel mejor que los de todo el litoral del golfo de Méjico al Occidente de la Florida. La gente de aquel país ha comprendido que los turistas habían de enderezar con preferencia sus pasos hacia la comarca en donde encontrasen mejores fondas, absteniéndose de visitar aquellas poblaciones en las cuales no pudiesen estar bien alojados. Nosotros, los americanos, trocamos de buen grado un asiento de diligencia por un modesto cuarto en una fonda regular, pero no dejamos un tren Pullman para aposentarnos en un mal hotel, si podemos excusarnos de ello. Es una lástima que no todos los forasteros sepan al llegar á Nueva Orleáns cuán excelentes son sus casas de pupilos de primera clase, ni cuán cómoda y agradable vida es alquilar un buen aposento sin tomar en él más que el desayuno, comiendo en uno de los muchos restaurants que sin duda merecen contarse entre los principales atractivos de esta ciudad hospitalaria por excelencia.

El martes de Carnestolendas, víspera del primer día de Cuaresma, es la mejor ocasión para visitar esta ciudad, porque las escenas á que da lugar el Carnaval retratan perfectamente el carácter de sus habitantes. A la verdad, en nada se parecen á las que estamos acostumbrados á presenciar en las ciudades del Norte, cuyos mal llamados Carnavales se reducen al fastidioso desfile de un sinnúmero de anuncios comerciales llevados por una turba mercenaria que no tiene el carácter, la animación ni el aspecto de una verdadera muchedumbre popular. En Nueva Orleáns las manifestaciones carnavalescas son una espontánea y gozosa expansión de la raza latina, y fueron en otro tiempo regocijos verdaderamente populares en los cuales tomaban parte todas las clases sociales. Hoy puede decirse que las monopolizan los hombres más ricos y calificados de la ciudad.

Hay en ella hasta seis sociedades carnavalescas que se denominan de los Argonautas, los Atlantes, los Compañeros de Proteo, los Amigos de Momo, la Sociedad de Como y Rex. Los más de los socios son comerciantes. La más antigua es la de Como, que data de 1857, en cuya fecha se inauguró con un baile y una mascarada, que de entonces acá se han repetido todos los años. En 1879 se fundó la de Momo, en 1880 la de Rex, en 1881 la de los Compañeros de Proteo y en 1891 la de los Atlantes y los Argonautas. Los socios satisfacen una cuota anual y con estos fondos se sufragán los gastos de toda la temporada.

Es la tal fiesta de origen católico y latino como la misma ciudad. Al principio, y por

espacio de muchos años, fué popular en toda la extensión de la palabra, y á fuer de tal carecía de reglamentación y de programa, dejándose todo abandonado á la iniciativa y al capricho de los particulares y de las asociaciones pasajeraamente formadas. En 1857, la sociedad de Como hizo la primera mascarada nocturna bien organizada, y en 1880 la Sociedad Rex, haciendo otra de estas manifestaciones el lunes de Carnaval, logró acabar con los sucios antifaces y las bromas soeces de antaño, con la abigarrada muchedumbre que henchía las calles ostentando miles de rostros blanqueados con cal ó harina, y así desaparecieron al mismo tiempo los borrachos y los desórdenes inevitables en semejantes concursos. Desde entonces no se han visto otros disfraces que los de los niños, no ha tenido que lamentarse ni una reyerta grave, no se ha notado aumento en el número de beodos y no ha debido hacerse ningún arresto con motivo de las bromas propias de aquellos días.

En todas nuestras ciudades se distingue el pueblo por el orden y compostura irreprochables con que se reúne en las grandes fiestas, mas no he visto en parte alguna á la multitud

hacer gala de tanta circunspección como los habitantes de Nueva Orleáns en esa bulliciosa fiesta. Confieso que me quedé atónito al contemplar tan inusitado espectáculo y que subía de punto mi asombro al considerar que entre aquella muchedumbre había cien mil forasteros atraídos por la perspectiva de una lucha de pugilato.

En semejantes ocasiones la calle del Canal se llena de bote en bote. Sin embargo, al pasar por allí la mascarada de la Sociedad Rex, en 1892, sólo vi diez *policemen* para mantener el orden, y al desfilir la de Como no había más que siete.



from Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

La calle del Canal

Esas estrepitosas manifestaciones del martes de Carnaval son el término y remate de una serie de fiestas que duran al menos por espacio de diez días. La primera es el baile de las Rosas. Se efectúa quince días antes de Carnaval y es algo así como el tan conocido baile del Patriarca, de New-York.

En la semana siguiente apenas se pasa un día sin que el forastero reciba una impresión agradable. El lunes los Argonautas inauguran las fiestas con un torneo, una carrera de carros y un baile por la noche. El martes dan los Atlantes el suyo. El jueves los Amigos de Momo dan á su vez un baile de trajes. El viernes de esta gozosa semana el Club Alemán Carnavalesco celebra su fiesta, costeada por los veinticinco socios que lo componen y en la cual no bailan sino 75 parejas.

En suma, el Carnaval consiste en bailes y mascaradas, sobre todo por la tarde y la noche del lunes y el jueves lardero. Rex, el rey del Carnaval, llega á la ciudad el lunes por la tarde. Pocos saben quién es. En 1891 se publicó su nombre; pero generalmente se calla.

Todos los años se fleta un yacht real para traerlo del misterioso imperio donde reina, allá en el fondo del Oriente. No há mucho tiempo encargábase de la expedición el falucho guardacostas *Galveston*; mas ahora la sociedad suele alquilar para ello alguno de los vapores dedicados á la navegación fluvial. En pos de él salen otros doce ó quince vapores vistosamente decorados, con músicas y un gran número de pasajeros, formando una gozosa escuadrilla, que

se supone va en busca del monarca, el cual sube á bordo de la capitana al extremo del muelle.

Al regresar los vapores, desembarca el egregio personaje frente á la calle del Canal, saludándole los pitos de los vapores y las locomotoras y el estampido de los cañones, y saliendo á recibirle las personas más calificadas de la ciudad, que toman entonces el nombre de duques del reino y forman la corte del monarca. Esta efímera aristocracia lleva como distintivo una placa de oro. Siguen á esta comitiva unas magníficas sillas de manos en las cuales van hermosísimas mujeres lujosamente ataviadas, que figuran las odaliscas del harem imperial, y cierra la marcha un gran número de coches en los cuales se ve á la más selecta sociedad de la población. Es un espectáculo muy popular y que la multitud contempla siempre con el mismo regocijo que si lo viese por vez primera.

Con toda esta pompa y acompañamiento se traslada el rey á City Hall. El movimiento y algazara de la muchedumbre, las banderas que ondean en todos los edificios, los acordes de las músicas y el sol espléndido que tiende su manto de oro sobre aquel animadísimo cuadro, danle un carácter por todo extremo artístico y alegre.

Al llegar á City Hall, el duque de la ciudad le entrega las llaves de ella dándole la bienvenida. Tras esta ceremonia el rey desaparece misteriosamente, presumiéndose que ha ido á su palacio para descansar de las fatigas del viaje.

Aquella noche los Compañeros de Proteo hacen su mascarada y su baile, ambos muy notables. La última comparsa que hicieron titulábase:

Un sueño del reino vegetal. Fué un verdadero alarde de imaginación y buen gusto. No puedo olvidar la impresión que me produjo una enorme sandía llena de hombres y mujeres caprichosamente vestidos, cubiertos de flores y hojas, de brillantes alhajas y deslumbradora pedrería. Los vegetales estaban cubiertos de mariposas, gusanos, pájaros, caracoles y un sinnúmero de animales fantásticos jamás clasificados por los naturalistas, en tanto que los hombres y las mujeres formaban pintorescos grupos semejantes á los que solemos ver en las comedias de magia.

La verdad es que, merced á la inteligente dirección artística de la comparsa, estos grupos, no sólo superaban en belleza á los que suelen verse en tales ocasiones, sino que podían muy bien parangonarse con los mejores que se hayan exhibido en las tablas de los más famosos teatros. La comparsa desfilaba entre dos hileras de jinetes que la acompañaban, llevando sendas antorchas en la diestra. Los que en ella figuraban disfrazados eran como unos doscien-



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Tipos criollos

tos individuos de la sociedad, todos gente seria y acomodada y que los demás días del año sólo se ocupan en sus negocios.

El martes salió la comparsa de la Sociedad Rex. Titulábase: *El simbolismo de los colores*, y se componía de veinte enormes carros transportando botes, castillos, torres, arcos, kioscos, nubes y tronos; y uno, que me pareció el mejor de todos, una inmensa paleta de pintor cuyas manchas eran figuradas por lindas mujeres soberbiamente vestidas.

La calle del Canal, que de fijo es una de las más anchas del mundo, estaba literalmente cuajada de espectadores, cuya animación era otro espectáculo no menos curioso que la brillante comparsa que semejaba una colosal serpiente de fuego abriéndose paso entre el apiñado gentío. Éste, después de haber presenciado el desfile, corría a ver el de la Sociedad de Como, la cual había organizado una mascarada japonesa titulada: *Nippon, el imperio del Sol*, que no cedía, por cierto, a las demás en grandiosidad y magnificencia.

El baile que se dió aquella noche en el antiguo Teatro de la Ópera Francesa fué la fiesta



From Harper's Magazine.—Copyright, 1905, by Harper & Brothers.

Patio de una casa antigua del barrio francés

más espléndida que he visto en este país. Asistieron a él todos los reyes y reinas representantes de las sociedades carnavalescas, acompañados de sus respectivas cortes y revestidos de las insignias de la realeza. En los palcos veíase contemplando la abigarrada masa de los danzantes a las renombradas beldades de la ciudad formando hechiceros grupos no oscurecidos por la discordante nota del feo traje masculino, todas vestidas de blanco, de color de rosa ó azul claro, con aquel gusto delicado que caracteriza a las damas de Nueva Orleáns. Veíase acá y acullá a una linda muchacha ostentando en la cabeza una ligera diadema de oro; mas, fuera de esto, puede decirse que las joyas brillaban por la ausencia. Las mujeres lucían allí sus atractivos naturales, sin apelar a postizos adornos para llamar la atención del concurso, y ¡vive el cielo! que hacían muy bien, porque maldito lo que los necesitaban. Aquellos de mis lectores que

hayan tenido ocasión de ver las preciosas beldades de raza española ó francesa y los ideales tipos femeninos de sangre anglosajona que pueblan esta ciudad, pueden formarse una idea del aspecto que presentaba en aquellos momentos el teatro, convertido en una inmensa canasta de flores animadas.

El Teatro de la Ópera pertenece a una sociedad particular, siendo en nuestro país el único ejemplo de esta clase de instituciones, tal como se halla organizada. Está exclusivamente destinada a la representación de las grandes óperas francesas. Cuando estuve en Nueva Orleáns tenía dos excelentes cuartetos, un numeroso cuerpo de baile y una buena compañía de ópera cómica que funcionaba todos los lunes. Varias de las primeras partes eran procedentes de la *Grande Ópera* de París.

La buena sociedad de Nueva Orleáns no tiene nada de plutocrática. Los criollos pobres participan de la opulencia de los ricos, porque hay entre ellos una fraternidad engendrada por el orgullo de raza, del cual todos participan. La guerra hizo un grande estrago en la fortuna de muchas familias, y las que salieron mejor libradas del desastre hacen todos los esfuerzos imaginables para no abusar de su posición sonrojando a los menos afortunados con una ostentación que les privaría de alternar con ellas. Los hombres y las mujeres de esta sociedad man-

tienen entre sí cordiales y asiduas relaciones que nunca han dado lugar á la sombra de un escándalo ni pábulo á las murmuraciones que son el pan cotidiano de otros lugares.

Y esta sociedad, que tan aficionada se muestra á las más bulliciosas diversiones, da pruebas de no tener menos inclinación á los más nobles esparcimientos del ánimo en la asiduidad con que cultiva la literatura y las bellas artes. Hay un interesante círculo femenino, cuya presidencia sin duda ocupa de hecho la señora Mollie Moore Davis, que tiene un don maravilloso para reunir una tertulia de personas ilustradas en su hermosa vivienda del barrio francés. No es un grupo de fastidiosas marisabidillas, sino una agradable reunión de personas amantes del saber y de la belleza artística que mutuamente se instruyen y deleitan con sabrosas lecturas y amenas sesiones musicales.

(Del *Harper's new Monthly Magazine*).

Traducido por

J. COROLEU.

(Continuará).





EL FRONTON BARCELONÉS

DIBUJO DE M. OBIOLS DELGADO

Va en este número una vista exacta del *Frontón Barcelonés* que acaba de abrirse en Barcelona. El juego de la pelota, predilecto de las comarcas del Norte, cuyos naturales han conservado, en gran parte, merced á este ejercicio, la agilidad y la robustez, se va extendiendo por toda España, construyéndose frontones en varias de sus principales ciudades. Barcelona no había de carecer de un edificio de esta clase, y para levantarlo se organizó una sociedad en la que figuran en primer término distinguidos hijos de las Provincias Vascongadas. Decidieron éstos que el *Frontón* fuese un edificio suntuoso, y al efecto encargaron los planes al hábil arquitecto don Enrique Sagnier y Villavechia, cuya fecundidad es verdaderamente inagotable.

El joven artista ha construído un *Frontón*,—no terminado todavía en todas sus partes,—en el cual reina la mayor elegancia, notándose en sus líneas arquitectónicas bien proporcionadas, en la esbeltez de todos sus miembros, y en el gusto artístico de todos los elementos que contribuyen á su decorado. La impresión que produce al asomarse el espectador á alguna de las galerías es muy grata, con sus espaciosos palcos y sus desahogados tendidos rojo, blanco y gris. Como es de suponer, en su disposición ha debido atenderse el arquitecto al tipo ya tradicional de esta clase de sitios de esparcimiento. Está formado el frontón propiamente tal por dos paredes en ángulo recto. La primera llamada *frontis*, mide doce metros de altura por once de ancho; la segunda, ó sea la *izquierda*, mide sesenta y ocho metros de longitud, divididos en diez y siete *cuadros*. Llámense así los espacios comprendidos por cada cuatro metros; dichos *cuadros* están señalados por líneas perpendiculares, al extremo de las cuales hay un número que las designa.

La pared *izquierda* mide de altura doce metros desde su nacimiento, ó sea el vértice del ángulo que forma con el *frontis*, hasta el cuadro diez, y desde éste al diez y siete va disminuyendo hasta quedar reducida á nueve metros su elevación. Todo el piso de la plaza está enlosado con fuerte cemento.

En el *Frontón Barcelonés*, como en todos los frontones, hay siete *eskases*, repartidos en la siguiente forma: dos en el *frontis*, uno en la pared *izquierda* y cuatro en el *pavimento*.

Llámense *eskases* á las fajas metálicas, por regla general de cuatro dedos de ancho, que separan la *buena* de la *falta*.

Los dos *eskases* del *frontis* están colocados el uno

encima del marco que forma la red de alambre en la parte superior del *frontis*, y el otro á la distancia de un metro diez y ocho centímetros del *pavimento*; tienen ambos el ancho de todo el *frontis*.

El *eskase* de la pared izquierda está situado en su parte superior, y por consiguiente en las mismas condiciones que el primero de los del *frontis*.

En el pavimento hay cuatro *eskases*: uno á la distancia del primer *cuadro*, otro en el *cuadro* cuarto (donde debe rebasar la pelota en el saque después de haber tocado en el *frontis*), otro en el *cuadro* siete (al que se conoce con el nombre de *pasa* ó *vuelta*, entre el cual y el del cuadro cuarto ha de botar siempre la pelota en el saque para ser considerada *buena*), y el último ó cuarto, que es la línea divisoria entre el pavimento y el piso de plan terreno en toda su extensión.

Las localidades están distribuídas en esta forma: detrás de la baranda que separa la *cancha* del público hay cinco filas llamada de *cancha*, á las que siguen una delantera de tendido y diez gradas divididas por cuatro anchas escaleras, que dan acceso á los tendidos rojo, blanco y gris. A continuación de estos tendidos viene una hilera de palcos, los cuales, lo propio que los del primer piso, son cómodos y también muy elegantes. Hay en el segundo piso una delantera de paraíso y cinco gradas, pudiéndose colocar en este espacio más de mil personas.

Tiene además el *Frontón Barcelonés* todas las dependencias necesarias muy bien estudiadas y correspondiendo al lujo que ha desplegado en todo la sociedad constructora, de la que es presidente el señor don Aristides de Artiñano, entusiasta por el juego de la pelota, diversión que se ha inaugurado con buenos auspicios en Barcelona, trabajando en el frontón los más célebres *pelotaris* y acudiendo á él lo más distinguido de la sociedad barcelonesa.

LA INUNDACIÓN

CUADRO DE CHARODEAU

Los pintores de animales, aparte de copiarlos con exactitud, procuran, con frecuencia, darles una expresión que recuerde, con mayor ó menor exactitud, la del hombre, en casos iguales á los representados en los cuadros de aquella especie. No es cosa fácil lograrlo y de ahí que sean contados los artistas que han llegado al vencimiento en esta empresa. Charodeau, autor del cuadro que damos en este número, lo ha alcanzado sin duda de ninguna clase, y así lo proclamarán cuantos

examinaren atentamente *La inundación*. Véase qué expresión de inquietud y de terror hay pintada en los polluelos del cuadro. Metidos en el zueco que arrastra la corriente miran con curiosidad, y á la vez con cierto terror, aquella gran masa de agua, la cual presienten acaso que puede poner en peligro sus vidas. Contemplamos sonriendo la escena humorística trazada por Charo-

deau, mas pronto nuestra sonrisa se convertirá en seriedad y hasta en tristeza, si impresionados por la verdad que domina en el conjunto del cuadro nos acordamos de las tremendas ruinas y de las terribles desgracias que han causado las inundaciones. Y hete ahí cómo tiene *La inundación* un lado regocijado en el aspecto cómico de los pobres animalitos y otro muy triste en el espec-



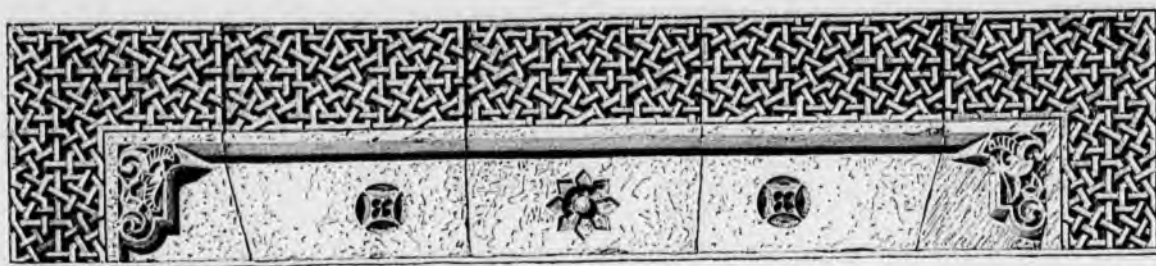
EL GENERAL DE MIRIBEL

táculo de una comarca devastada por la fuerza impetuosa de las aguas.

EL GENERAL DE MIRIBEL

Este insigne militar francés era una esperanza de su patria. En él se confiaba para el caso de una guerra extranjera, creyéndose que tenía reunidos los elementos necesarios para disponer con acierto el plan de campaña y desarrollar las operaciones. Contaba sólo sesenta y dos años de edad á su fallecimiento. Formó parte del cuerpo expedicionario de Méjico, y en el asalto de Puebla fué herido en la cabeza. En 1870 figuró en diferentes

combates y el sitio de París le proporcionó ocasión de desplegar sus cualidades de valor, de ciencia militar y de serenidad. Encargado de practicar un reconocimiento en la Malmaison y viéndose rodeado de improviso de tropas prusianas, muy superiores en número á las suyas, gracias á una maniobra de artillería tan rápida como atrevida, detuvo en el acto la marcha del enemigo y salvó la división delante de la cual iba su destacamento. El general Campenon le nombró Jefe de Estado Mayor general. La muerte le sobrecogió en una propiedad suya, causándosele un ataque cerebral que le derribó del caballo al montar para dirigirse á las maniobras militares que se estaban ejecutando.



EL ORO DEL RHIN

PRÓLOGO DE LA TRILOGÍA

EL ANILLO DE LOS NIBELUNGOS

POR

RICARDO WAGNER

ARGUMENTO

EL poema dramático de Wagner, titulado *El Oro del Rhin*, prólogo de la trilogía denominada *El anillo de los Nibelungos*, está dividido en cuatro escenas ó cuadros, cuyo objeto es preparar dramáticamente el desenvolvimiento músico de la fábula heroico-mitológica, de carácter esencialmente germánico, que constituye el fundamento de la trilogía. Al asentar que los hechos y personajes de esta acción larga y complicada están basados en las creencias religiosas de la antigua Germania y en su más famosa epopeya nacional, se comprende desde luego que el carácter de esta obra, en vez de ser positivista ó naturalista en el sentido que hoy se da á estas palabras, es exactamente lo contrario, puesto que, en vez de describir las tristes realidades de la vida ordinaria, en su forma más material y repulsiva, buscando la belleza dramática en lo que carece totalmente de ella, se refugia el autor en un mundo de maravillas y de portentos, que sobrepujan en mucho á los mayores alardes de licencia y de desenfreno á que pudiese entregarse hoy la más delirante imaginación. Los imperios de la verdad y de la belleza son distintos é independientes por completo, habiendo muchas verdades que no entran ni pueden entrar nunca en los dominios de lo bello, y grandes bellezas opuestas diametralmente á toda noción de verdad. Nada hay que tanto recree al género humano como un cuento ingenioso, nuevo y bien hablado, y sin embargo, nada hay tampoco más contrario á lo que se denomina el positivismo y la realidad. La imaginación es una de nuestras facultades más preponderantes, quizá la que más goces nos proporciona, y renunciar á ella por completo es dejar de ser el hombre lo que es. En sus alas nos arrancamos del fango y del

polvo de la tierra y nos trasladamos á otros mundos más perfectos que el nuestro, soltando todas las cadenas que nos sujetan, rompiendo todas las trabas que nos aprisionan y viajando á nuestro antojo por las ansiadas regiones de lo infinito, en las cuales disfrutamos de la más omnímoda libertad.

En la escena primera de este prólogo, y en el fondo del Rhin, se presentan á nosotros tres ondinas ó ninfas, hijas de aquel río, centinelas vigilantes de un tesoro que se guarda en el seno de sus aguas, y en la cumbre de uno de sus peñascos. Un nibelungo, llamado Alberico, especie de enanos monstruos del país de Nibelheim, que vienen trabajando en el seno de la tierra, buscando metales en sus entrañas, y labrándolos artísticamente, sale de una de las cavernas del río, trepa por uno de sus peñascos y contempla con deleite los juegos y escarceos natatorios de las bellas hijas del Rhin. Las formas graciosas y los juegos de las ondinas excitan en Alberico deseos voluptuosos vehementes, y siguiéndolos, se esfuerza en acercarse á los objetos de su amor, ó atraerlos á él. Las tres hijas del Rhin se burlan, sin embargo, de sus inútiles tentativas, y de la fealdad ridícula y repugnante de su nuevo galán. Cuando el amor impotente de Alberico se trueca en rabiosa ira, y amenaza á las ninfas, y parece dispuesto á vengarse materialmente de sus desaires, penetra en las ondas del río un resplandor tenue, que se detiene en la cima del peñasco central, aumentándose poco á poco su brillo hasta iluminar toda la escena y llenarla con sus rayos. La sorpresa del nibelungo al contemplar este espectáculo, fascinado por el fulgor del oro, que vela y duerme, guardado su sueño por las ninfas, cede su puesto á la codicia, al saber por las mismas ondinas en un momento de entusiasmo y de indiscreción que el dueño de ese tesoro, si forja de él un anillo, tendrá un poder sobrenatural y extraordinario. Pero no basta poseer el tesoro, que guardan las hijas del Rhin, y labrar con él una sortija, sino que es necesario, además, que quien lo haga renuncie para siempre al amor y erija á la castidad y á la continencia en norma de todos sus actos. Alberico, entonces, arrastrado por la codicia, por la ambición y por la fe más firme en la energía de su voluntad, maldice al amor y á sus goces, y se apodera al fin del tesoro con espanto no leve de las ninfas, que huyen aterrorizadas por lo inesperado del robo, creyendo en su inocencia que los deseos voluptuosos de Alberico y sus trabajos y caídas por alcanzarlas eran prueba y garantía suficiente del escaso valor que tenía á sus ojos la presencia de este enemigo. Baja al nivel del río, desaparece en los peñascos que lo llenan, aléjase Alberico riéndose y burlándose de las inconsolables hijas del Rhin, transfórmase la niebla en nubes espesas, que desaparecen poco á poco, y ocupa su lugar un ligero vapor transparente.

El lugar de la escena del cuadro segundo es una meseta ó planicie en una montaña elevada. Wotan y Fricka, en el crepúsculo de la mañana, duermen sobre un lecho de flores. Wotan es el Odín germánico, numen aéreo que preside á la política y á la guerra, y Fricka, su esposa, es á la que incumbe todo lo relativo á la fecundidad, á la familia y al hogar doméstico. Apenas abren los ojos, observan alegres que ya ha terminado la construcción de un castillo ó fortaleza para ambos, que se obligaron á levantar los dos gigantes Fafuer y Fasolt. Este placer, sin embargo, es amargado por el recuerdo del salario del trabajo, concertado con los gigantes, los cuales se obligaron á satisfacer los deseos de Wotan, si recibían en cambio la posesión de la diosa Freia, Venus germánica, hermana de Fricka, y diosa por tanto de los amores y de la perpetua juventud. En efecto, no tarda en llegar á la presencia del divino matrimonio la desdichada divinidad, huyendo de los gigantes, que la reclaman. Wotan había accedido al ruego de los constructores del castillo, dudando quizás que lo edificaran, ó lisonjeándose con la esperanza de eludir el contrato de alguna manera, y dejar á Freia en libertad; pero Fasolt y Fafuer insisten en sus pretensiones, tan justas en verdad y tan innegables, que Freia al fin se queda en su poder. En este duro trance, y á pesar de las exhortaciones y protestas de Fricka, y de la indignación y amenazas de Donner, dios del trueno y del rayo, y de Froh, divinidad que dispensa la paz, la lluvia y la abundancia, hermanos ambos de la víctima, los gigantes se

cobran en los términos convenidos, y los dioses, á trueque de la posesión de un castillo, pierden á la bella y frívola Freia, y á la vez la juventud y la vida que les infundía, sirviéndoles las manzanas de oro que crecían en sus jardines, y á las cuales debían esos dones tan preciados. La tribulación del Olimpo germánico era, por tanto, inconsolable, no quedando otra esperanza que la fundada en la astucia y en las artes de Loge, personificación del fuego y del genio del mal, al servicio de Wotan, en cuyas manos era un instrumento precioso para tales casos, no obstante la malquerencia y secreta enemistad que Loge profesaba á las divinidades superiores germánicas. En fin, consultado Loge por Wotan, resuelve arrebatar al nibelungo Alberico el tesoro del Rhin y el anillo portentoso, labrado por los servidores y hermanos nibelungos de Alberico en el centro de la tierra. Los gigantes, que se enteran de esta novación del antiguo contrato, seducidos también por la codicia y la ambición, transigen al cabo, y prometen devolver á Freia, si en su lugar se les entrega el encantado tesoro. Loge y Wotan, pues, acompañados de los deseos y ardientes votos de los demás dioses, se encaminan en busca de Alberico, quedando tristes y marchitas las demás divinidades, y la bella Freia, como rehén ó prenda, en poder de los gigantes.

La escena tercera representa el imperio subterráneo de los nibelungos. Alberico recibe de manos de Mimo, nibelungo también como él y artífice consumado, el yelmo, cuya fabricación se le encargara por Alberico. Sus virtudes mágicas, que consisten en hacer desaparecer quien se pone delante de la vista de los demás, son probadas prácticamente en la misma escena. Alberico desaparece para forzar al trabajo á los nibelungos, quedando Mimo en la escena, atormentado por los golpes y pellizcos de su hermano mayor. En este momento llegan Loge y Wotan, y averiguan del mísero enano el poder maravilloso del yelmo labrado recientemente, y de un anillo de oro, que posee también Alberico, y con el cual oprime y esclaviza á los demás nibelungos sus hermanos, haciéndolos trabajar en su provecho sin tregua ni descanso, no como antes, á modo de solaz ó recreo, para obsequiar con las joyas ú obras de sus manos á sus propias esposas. Alberico regresa en breve con el yelmo colgado á su cintura, y esgrimiendo un látigo, que sacude con frecuencia sobre los nibelungos, que le preceden, cargados de objetos de oro y de plata, que amontonan por su orden en la escena. Los nibelungos, después de obedecer á Alberico, desaparecen con Mimo para proseguir su continuo trabajo, y Alberico se encuentra frente á frente de Wotan y de Loge. La desconfianza, el odio del enano á Loge y á los dioses, y su orgullo y su insolencia, excitan naturalmente la curiosidad de las divinidades intrusas en aquella región sombría, y justifican sus preguntas al mismo Alberico acerca de las causas que han producido esta mudanza, no otras, á la verdad, que la posesión por el enano del tesoro del Rhin, del yelmo y del anillo, que en su concepto han de hacerlo todopoderoso en los dominios del cielo y de la tierra. Wotan y Loge fingen una incredulidad que no sienten respecto de tales maravillas, y Alberico, para convencerlos y humillarlos, se cubre con el yelmo, y se transforma en una serpiente monstruosa. Loge se confiesa convencido de la certeza de las palabras del enano, pero duda y desconfía de que el poder mágico del yelmo, visible y evidente, empleado en seres de gran tamaño como la serpiente, sea de igual efecto en otros animales pequeños. Alberico, para disipar sus recelos, cayendo en el lazo que le tienden, se pone el yelmo y se convierte en sapo, bajo cuya triste y asquerosa figura, Wotan lo sujeta con su pie, Loge le arranca el yelmo de la cabeza, y ya en su figura natural y atándolo con una cuerda de corteza, triunfan de él y se lo llevan.

Loge y Wotan, con Alberico atado de pies y manos, aparecen en el cuadro cuarto en una planicie ó claro de una montaña elevada. El rescate de la libertad de Alberico, pedido por Wotan, consiste en el tesoro guardado en las entrañas de la tierra, propiedad del nibelungo y en el yelmo y el anillo. A consecuencia del poder mágico del último, los nibelungos salen de una caverna cargados con los diversos objetos del tesoro, que se entregan á Wotan. Alberico se resiste desesperadamente á dar el yelmo y el anillo, y cede al fin á desprenderse de ellos, ya

que no hay otro medio de verse libre, pero protestando enérgicamente, y pronunciando terribles maldiciones contra cualesquiera poseedores de su perdido tesoro. Alberico desaparece refugiándose de nuevo en su caverna, no tardando en sobrevenir los gigantes y los demás dioses. Estos, á la simple vista de Freia, que viene entre Fasolt y Fafuer, recobran su lozanía primitiva. Fasolt, al realizar el cambio concertado, exige, como su hermano, que los objetos que componen el tesoro sean en número bastante para ocultar por completo la vista de Freia. Trazan, pues, un espacio en la tierra, y colocan en él á la bella diosa, esperando el cumplimiento de la condición impuesta para cederla. Los gigantes aprietan los objetos del tesoro para que no quede entre ellos hueco ni resquicio alguno, cerrándose los últimos, á pesar de la oposición de Wotan con el yelmo y el anillo. Erda (en alemán *la Tierra*), se aparece al cabo á los dioses, y profetizándoles grandes males, persuade al fin á Wotan á complacer en todo á los gigantes. Loge aconseja á su vez á Fasolt, en voz baja, que al hacer la partición del oro con su hermano, reserve para sí el anillo. Fasolt y Fafuer disputan sobre la distribución de los objetos del tesoro, y Fafuer, arrastrado por la ira, mata á Fasolt de un estacazo y le arranca el anillo. La maldición de Alberico comienza ya á cumplirse. Los dioses, aterrados de esta lucha fratricida, acuerdan encaminarse á su nuevo palacio, atravesando el espacio que de él los separa por un puente, formado por el arco iris, que Donner, dios del rayo, evoca con su famoso martillo. Wotan bautiza con el nombre de Walhala su nueva residencia, aunque sin explicar á Fricka, que se lo pregunta, el significado de esta palabra; Loge, aparte, y cuando los dioses han emprendido su paso por el arco, expresa la antipatía que los demás númenes le inspiran, los peligros que les amenazan y sus hostiles proyectos contra ellos, y las hijas del Rhin, invisibles y reclamando su tesoro, terminan este cuadro.

PERSONAJES

WOTAN. . . .	FASOLT. . . .	FRICKA. . . .	WOGLINDE. .
DONNER. . .	FAFUER. . .	FREIA. . . .	WELLGUNDE.)
FROH. . . .	ALBERICO. .	ERDA. . . .	FLOSSHILDE.)
LOGE. . . .	MIMO. . . .		

Dioses

Gigantes

Diosas

Hijas del Rhin

Nibelungos

ESCENA PRIMERA

En el fondo del Rhin.

Crepúsculo de resplandor verdoso, más claro arriba y más oscuro abajo. Agua corriente de izquierda á derecha llena la parte superior. Hacia el fondo las ondas se transforman en nieblas, que disminuyen insensiblemente de espesor, de tal suerte que, desde el suelo, dejan libre de agua un espacio de la altura ordinaria del hombre, pareciendo que el líquido se precipita en el abismo, á modo de espesas nubes. Peñascos escarpados surgen por todas partes y forman el límite de la escena; el suelo ofrece tales y tan confusas desigualdades, que no se ve en él nada llano, aparentando cimas profundas, sumidas en impenetrables tinieblas.

Alrededor de un peñasco que se levanta en el centro de la escena y cuya cima llega hasta el agua corriente, más y más clara circula, nadando con soltura y elegancia, una de las hijas del Rhin.

WOGLINDE

¡Veia! ¡Vaga! ¡Muévete, ola; mécame en tus brazos!
¡Vagalaveia! ¡Valala, veiala, veial!

WELLGUNDE

(*Bajando al peñasco desde la corriente*). Veamos cómo
velas tú. (*Intenta apoderarse de Woglinde*).

WELLGUNDE

(*Cuya voz viene de arriba*). Woglinde, ¿velas tú
sola?

WOGLINDE

(*Que se escapa nadando*). Segura de tí. (*Se juntan y
retozan, aparentando perseguirse*).

WOGLINDE

Con Wellgunde seríamos dos.

FLOSSHILDE

(*Hablando desde lo alto*). ¡Heiala veia! ¡Insensatas
hermanas!

WELLGUNDE

¡Nada hacia aquí, Flosshilde! Woglinde huye: ayúdame, y atraparé á la fugitiva.

FLOSSHILDE

(Que baja nadando entre las dos, mientras éstas retozan). Mala guarda hacéis del sueño del oro; vigilad más atentas el lecho del durmiente, no expiéis ambas vuestra negligencia. *(Las otras dos prosiguen su juego, dando gritos de júbilo; Flosshilde se esfuerza en atrapar á la una ó á la otra; escapanse ambas, juntándose luego, para perseguir á su vez á Flosshilde: deslízanse como peces de peñasco en peñasco, riéndose y jugando).*

Alberico, saliendo de un abismo oscuro, sube poco á poco con trabajo, trepando por el peñasco. Detiénese favorecido por la oscuridad, y contempla con gozo creciente el escarceo de las ninfas).

ALBERICO

¡Eh! ¡eh! ¡Ninfas malignas de las aguas! ¡Lindas sois, en verdad! ¡Seductor es vuestro linaje! De buen grado llego hasta vosotras desde las tinieblas de Nibelheim; acercaos, pues, á mí. *(Páranse las ninfas, y suspenden sus juegos, al oír la voz de Alberico).*

WOGLINDE

¡Hola! ¿quién hay allí?

WELLGUNDE

Algo se vislumbra, y alguien habla.

FLOSSHILDE

Mentís; ¿quién podrá espiarnos? *(Sumérgense las tres y ven al nibelungo).*

WOGLINDE Y WELLGUNDE

¡Repugnante está, cubierto de lodo!

FLOSSHILDE

(Ascendiendo con rapidez). ¡El oro, el oro! Nuestro padre nos puso en guarda contra ese enemigo. *(Las otras dos la imitan, y juntas las tres se mantienen hacia la mitad del peñasco).*

ALBERICO

¿Os vais arriba?

LAS TRES

¿Qué quieres tú con nosotras abajo?

ALBERICO

¿Interrumpo acaso vuestro recreo, contemplándolo tan tranquilo como admirado? Bajad nadando: el nibelungo retozará con vosotras, y hasta os abrazará gozoso.

WELLGUNDE

¿Quiere jugar con nosotras?

WOGLINDE

¿Se burla acaso?

ALBERICO

¡Cuán bellas y deslumbradoras parecéis desde aquí! ¡Con qué placer os estrecharía entre mis brazos, si bajarais á mi alcáncel!

FLOSSHILDE

Mis temores me hacen ahora reír: ese enemigo se ha enamorado de nosotras. *(Riense las dos).*

WELLGUNDE

¡Zumaya libidinosa!

WOGLINDE

Veámoslo de más cerca. *(Deslízase hacia abajo á lo largo del peñasco, á cuyo pie ha llegado Alberico).*

ALBERICO

¡Baja hacia mí!

WOGLINDE

¡Acércate tú!

ALBERICO

(Trepando con agilidad sobrehumana, pero resbalando con frecuencia, é incapaz de mantenerse en lo alto del peñasco). ¡Roca resbaladiza y fangosa! ¡no puedo asirme á ella bien! ¡Inútiles son mis manos y mis pies para sostenerme en esta pendiente escurridiza! *(Estornuda).* El agua me llega hasta la garganta: ¡extemporáneo estornudo! *(Acércase á Woglinde).*

WOGLINDE

(Riéndose). Mi galán me enamora estornudando.

ALBERICO

¡Corresponde á mi amor, núbil doncella! *(Intenta abrazarla).*

WOGLINDE

Si he de ser tuya, llega hasta aquí. *(Espéralo en otro peñasco, mientras ríen sus hermanas).*

ALBERICO

(Rascándose la cabeza). ¡Ay de mí! ¿Te escapaste de nuevo? ¡Vuelve á mi lado! Ardua empresa es para mí, y muy fácil para ti.

WOGLINDE

(Que nada hacia otro peñasco en lo más profundo del río). Si logras alcanzarme seré tuya sin tardanza.

ALBERICO

(Bajando apresuradamente). Mejor estás abajo.

WOGLINDE

(Que sube rápidamente hacia uno de los peñascos más

altos de los costados). Prueba ahora hacia arriba. (*Búrlanse las tres*).

ALBERICO

¿Cómo pescar yo de un salto pez tan nadador? Pero aguarda, fermentida. (*Esfuérzase en llegar hasta ella*).

WELLGUNDE

(*Apoyada en un peñasco más hondo del lado opuesto*). ¡Mira tú, lindo galán! ¿No me oyes?

ALBERICO

(*Volviéndose*). ¿Me llamas acaso?

WELLGUNDE

Sigue mi consejo. Ven á mi lado, y deja ya á Woglinde.

ALBERICO

(*Que corre apresuradamente por el fondo, dirigiéndose á Wellgunde*). ¡Cuánto más bella eres tú que la otra doncella tímida, tan inferior á tí por sus encantos como esquivia y feroz!... Pero sumérgete más, si deseas complacerme.

WELLGUNDE

(*Descendiendo algo hacia él*). ¿Estás contento ya?

ALBERICO

No lo bastante, hasta que tus brazos me estrechen, y contra tu pecho oprima el mío, y mitigue en tu seno rotundo el ardor que me devora.

WELLGUNDE

¿Me amas y pretendes mi cariño? Deja que te vea, apuesto doncel... ¡Quita allá, fatuo velludo y musculoso, monstruo del averno, negro y grosero! ¡Busca otra amada, á quien puedas agradecer!

ALBERICO

(*Esforzándose en detenerla*). Ya que no te enamoro, por lo menos no te suelto.

WELLGUNDE

(*Subiendo con rapidez el peñasco central*). No me sueltes; si aflojas, me escaparé sin remedio. (*Búrlanse las tres*).

ALBERICO

(*Colérico corriendo hacia ella y tropezando*). ¡Me engañas también, pez frío y lleno de espinas? Si no te agrado por mi belleza, por mi gracia y mi elegancia, desfigurado como estoy por el lodo y por mis esfuerzos, conquistete una anguila más lisa que yo.

FLOSSHILDE

¿Dudas acaso, lindo espectro? ¿Tan pronto te desalientas? A dos enamoraste, pero quizás la tercera, si te decides, te dará crédito, y te prodigará sus consoladoras caricias.

ALBERICO

¡Armonioso contento son para mí tus palabras, é inefable mi dicha de no habérmelas con una sola! Agradaré á alguna, entre tantas. ¿Ninguna será mía?... Si eres sincera, deslízate aquí abajo.

FLOSSHILDE

(*Descendiendo á nado hacia Alberico*). ¡Locas y estúpidas sois en verdad, hermanas mías! ¿No os agrada mancebo tan apuesto?

ALBERICO

(*Acercándose ansioso á ella*). Torpes y antipáticas me parecen, cuando contemp'n tus encantos.

FLOSSHILDE

(*Con zalamería*). Canto melodioso y embriagador son para mí tus palabras: han penetrado, dominándolo, en lo más profundo de mi corazón.

ALBERICO

(*Palpándola familiarmente*). El mío late, salta y se consume, al oír tales alabanzas de labios tan risueños y seductores.

FLOSSHILDE

(*Rechazándolo dulcemente*). Tu gracia regocija mis ojos y tu sonrisa es bálsamo que refresca mi alma. (*Oprímelo tiernamente*). ¡Mortal afortunado!

ALBERICO

¡Doncella dulce como la miel!

FLOSSHILDE

¿Me amarás?

ALBERICO

¡Siempre, mientras exista!

FLOSSHILDE

(*Abrazándolo con efusión*). ¡Ojalá que pueda yo, mientras viva, extasiarme en tus ojos perspicaces y tocar tu erizada barba! ¡Ojalá que tus ásperos cabellos, punzantes y rígidos, envuelvan perpetuamente á Flosshilde! ¡Ojalá, por último, que atónita y muda, me mire, como en espejo, en tu rostro de sapo, y me deleite con tus acentos de rana.

(*Woglinde y Wellgunde, que han descendido lentamente, y sin ser sentidas, prorrumpen en una carcajada*).

ALBERICO

(*Desprendiéndose, asustado, de los brazos de Flosshilde*). ¡Pérfidas! ¿os burláis de mí?

FLOSSHILDE

(*Abandonándolo de repente*). Natural es cuando la copla toca á su fin. (*Sube rápidamente, reuniéndose con sus hermanas, riéndose todas de concierto*).

ALBERICO

(*Con voz penetrante*). ¡Ay! ¡ay de mí! ¡Oh dolor!
¿También la tercera me engaña, tan leal en apariencia?...
¡Pérfido linaje, falaz, astuto y burlón! ¿Sólo la mentira
os alimenta, raza infiel de estas aguas?

LAS TRES HIJAS DEL RHIN

¡Valala! ¡lalaleia! ¡lalei! ¡eial! ¡eial! ¡aa! ¡Rabia,
duende grotesco! ¡No alborotes ahí abajo! ¡Oye nues-
tras palabras! ¿Por qué en vez de temblar, no retienes
á la fuerza á la doncella que te agrada? Somos leales y
sin doblez con el amante que nos aprisiona. ¡Ánimo y
no vaciles un instante! En la corriente no podemos es-
caparnos. (*Sepáranse nadando en distintas direcciones,
ya hacia abajo, ya hacia arriba, provocando á Alberico*).

ALBERICO

¡Fuego devorador abrasa y consume mi pecho! ¡La
cólera y el amor, sin trabas que los sujeten, conturban
profundamente mi alma!... A pesar de vuestras burlas
y engaños, he de perseguiros frenético, y alguna de
vosotras ha de caer en mis manos. (*Persiguelas con es-
fuerzo desesperado, trepando con sorprendente agilidad de
peñasco en peñasco, saltando de uno á otro, é intentando
en vano apoderarse de las tres ninfas, que se le escapan
siempre, mofándose de él. Al fin tropieza, cae en el abis-
mo y reaparece pronto en lo alto. Impaciente al cabo, sin
aliento y arrojando espuma de coraje, amenaza á las tres
ninfas con el puño cerrado*).

ALBERICO

(*Fuera de sí*). ¡Si llego á atraparos!... (*Detiénese de
repente, después de enmudecer algunos instantes ciego
de ira, y, al mirar hacia arriba, queda suspenso y ató-
nito, contemplando el espectáculo, que se le ofrece*).

Un resplandor, que aumenta progresivamente, penetra
en el seno del río, ilumina el extremo superior del peñasco
central, y tiñelo de color de oro, de claridad deslumbradora;
desde allí se difunde por el agua esa misma luz do-
rada).

WOGLINDE

¡Mirad, hermanas; en el fondo nos sonríe la encar-
gada de la guarda!

WELGUNDE

Atravesando las olas verduzcas, saluda con efusión
al durmiente venturoso.

FLOSSHILDE

Ahora besa sus ojos, abiertos para recibirla; mirad,
él sonríe también á su vez, brillando incomparable. El
astro refulgente surca en todos sentidos las ondas.

LAS TRES

(*Nadando con gracia alrededor del peñasco*). ¡Heiaya-
heia! ¡heiayaheia! ¡lalalalalal! ¡leiayaheia! ¡Oro del Rhin!
¡oro del Rhin! ¡Luz seductora, que tan clara y serena

nos sonríes! ¡resplandor ardiente, que con tanta molice
inundas las olas! ¡Heiayaheia! ¡heiayaheia! ¡Despierta,
amigo! ¡despierta contento! Por honrarte y deleitarte
celebraremos nuestros juegos: el río se ilumina, y res-
plandece la corriente, y nosotras, nadando y girando,
con bailes y cánticos cercaremos tu lecho en las aguas
sagradas. ¡Oro del Rhin! ¡Oro del Rhin! ¡Heiayaheia!
¡Valalacia! ¡yahei!

ALBERICO

(*Cuyas miradas atraídas por ese resplandor, se fijan
avidas en el oro*). Fugitivas mías, ¿qué es eso que allí
brilla?

LAS TRES

(*Alternando*). ¿De dónde eres, personaje grosero, que
no has oído hablar del oro del Rhin? — ¿Nada sabes,
ser grotesco, del ojo de oro, que duerme y que vela?
¿Ni del astro bienaventurado de estas aguas profundas,
que ilumina majestuosamente sus ondas? — Envidia
nuestra dicha, deslizándonos dichosas sólo por ense-
ñarlo. No tiembles; y si ansías también bañarte, nada
con nosotras, y gozarás inefables delicias. (*Ríense las
tres*).

ALBERICO

Vuestros solaces acuáticos ¿importan algo al oro?
Para mí son indiferentes.

WOGLINDE

Si conociera su encanto maravilloso, no desdeñaría
el homenaje que le rendimos. El mundo entero será la
herencia del artífice que labre un anillo del oro del
Rhin; su poder no tendrá límites.

FLOSSHILDE

Díjonos, y nos ordenó además nuestro padre, que
guardáramos prudentes esa joya inestimable, evitando
así que sea robada por manos criminales. ¡Callad, pues,
habladoras!

WELGUNDE

¿Eres tú la hermana más obediente? ¿nos acusas
acaso? ¿Ignoras, por ventura, quién ha de ser el afortu-
nado que pueda labrar ese oro?

WOGLINDE

Sólo quien renuncie al amor, sólo quien se burle de
sus goces, sólo éste será el encantador que labre el oro
del Rhin.

WELGUNDE

Confiadas y tranquilas podemos, pues, vivir. Y si
cuanto existe también ama, ninguna de nosotras debe
huir del amor.

WOGLINDE

Y menos que nadie ese ardiente galán. Ojalá que
sus ansias amorosas le hagan sucumbir!

FLOSSHILDE

No lo temía cuando lo conocí; antes bien el fuego de su pecho casi me contagió.

WELLGUNDE

Las ondas del río hervían á su contacto como si las abrasara fuego oculto y voraz, inflamadas por la violencia de su amor.

LAS TRES

(A un tiempo). ¡Valalaleia! ¡laheil Amante mancebo, ¿no sonríes tú también? ¡Cuánto te embellece el reflejo del oro! ¡Vén, alma mía! ¡Míranos también con amor! *(Riense).*

ALBERICO

(Que, mirando fijamente el oro, no pierde una sílaba de la charla burlona de las tres hermanas). ¿Que el mundo sería mi patrimonio, si lograra hacerte mío? Si, á pesar de mis esfuerzos, me ha desdénado el amor ¿no conseguiré con astucia proporcionarme siquiera otro placer? *(Gritando de un modo terrible).* ¡Mofaos cuanto os agrade! ¡El nibelungo se decide á participar de vuestros juegos! *(De un salto formidable llega al peñasco central, y trepa rápidamente hasta su fin. Las ninfas se separan gritando, y se zambullan en distintas direcciones).*

LAS TRES HIJAS DEL RHIN

¡Heia! ¡heia! ¡heiahaei! ¡salvaos! ¡Nuestro galán ha perdido el juicio! ¡Con sus saltos llena de espuma las ondas: el amor le ha trastornado por completo! *(Riense frenéticamente á carcajadas).*

ALBERICO

(En la cima del peñasco, alargando sus manos hacia el oro). ¿No os sobresaltáis? ¡Regocijaos ahora en las tinieblas, ninfas de este líquido elemento! Yo extingo la luz, que os alumbra; despojo al peñasco de su tesoro, y labro con él el anillo vengador. ¡Óigalo, pues, el Rhin!... ¡yo maldigo al amor! *(Arrebata violentamente el oro del peñasco, y se precipita en seguida en el fondo, en donde desaparece en seguida. Espesas tinieblas invaden la escena. Las doncellas se sumergen en persecución del ladrón).*

LAS HIJAS DEL RHIN

(Gritando). ¡Detened al ladrón! ¡salvad el oro! ¡socorro! ¡socorro! ¡ay! ¡ay de mí! *(Las aguas descienden lentamente con ellas, y en lo más profundo se oyen las voces y las risas burlonas de Alberico.— Los peñascos desaparecen en aquella profunda oscuridad; negras nubes llenan el escenario desde arriba hasta abajo, transcurriendo largo tiempo en esta transformación).*

(Continuará).



Vestido para el interior de la casa de M.^{mes} Lipman

La calle de la *Paix*, centro de todas las elegancias, disfruta los honores de estos días. Las parisienses y muchas extranjeras de renombre, á quienes han atraído á París el Gran Premio de otoño y las fiestas franco-rusas, acuden todos los días á la citada calle para buscar nuevos vestidos y tocados inéditos.

A la verdad, la moda en sus grandes líneas como en el conjunto no ha tenido cambios importantes: algunos detalles inéditos, ciertos adornos nuevos han modificado un poquillo el aspecto general, mas las formas siguen siendo, á poca diferencia, las mismas de antes.

Algunas casas están haciendo tentativas para restaurar el reino del miriñaque y de las grandes caderas. Las parisienses, de ordinario tan inconstantes, parece que quieren mantenerse fieles á la falda campana, tocando apenas en el suelo, con cuerpo adornado de faldones cortos muy ondulados y algunas veces plegados en grandes pliegues que abultan las caderas. Las mangas á la Valois son de anchura incommensurable y muy guarnecidas. Por la noche, como adorno del cuerpo, se llevarán grandes cuellos Luis XIII, de guipure antiguo ó de encaje de un sello artístico elegantísimo.

Por lo demás tiende la moda á volver á las formas Luis XIII con ricos adornos bordados é incrustaciones de piedras. La diversidad de tejidos, la orgía de colores que ahora reinan, hace hoy complicado el arte de la modista. Necesítase á la verdad gusto impecable y suma habilidad para dar á las *toilettes* del próximo invierno la distinción y el sello de elegancia que buscan siempre las parisienses. M.^{mes} Lipman son maestras en el delicado arte de armonizar los colores y las telas, y á la vez que nos han procurado, con su habitual amabilidad, las indicaciones que preceden, nos han enseñado admirables colecciones de telas y modelos de *toilettes* y de capas que nos han probado una vez más el gusto estético y el carácter parisiense que ponen siempre en la invención de los vestidos femeninos.

Entre los tejidos de que se valen para los trajes de calle citaremos las lanas vellosas,

suaves como la seda, cuyas tintas pasadas resultan muy gratas á la vista: los paños castor ó zibelina, colores espliego, castaño, verde viejo se usarán adornados con pieles. Vienen luego las lanas San Bernardo, las *Frileuses*, las *du Guesclin*, también muy sedosas, las bisontes, los paños de doble cara, tejido con cambiantes que se presta para mil afortunadas combinaciones. Lo mismo puede decirse de los cruzados de lana, de tonos mezclados, de los rayados de dos tintas, azul viejo y castaño, grosella y castaño, azul y negro, listados Rienzi, crespones Cherdon, en fin, otras muchas fantasías, al lado de las cuales hemos admirado una soberbia colección de sederías, rasos *soleil*, terciopelos *épinglés*, moarés antiguos camaleón, raso *déesse*, con los cuales se confeccionarán vestidos muy elegantes para reunión ó visita.

Otros varios lindos tejidos han aparecido con la estación, entre ellos terciopelos muy curiosos, muy artísticos que recuerdan las felpas, y á los que el colorido y las impresiones de hojas y flores dan un marcado aire de elegancia y de novedad.

Las capas y abrigos tienen derecho á una mención, y los que M.^{me} Lipman preparan en estos instantes dan la nota exacta de la estación. En efecto, acabamos de ver en sus salones modelos muy nuevos. Una de ellas está hecha de paño, doble cara, bronce y azul pálido, chaqueta con faldones de mediana longitud, muy anchas por abajo, cruzando por delante y con vueltas que forman un gran cuello. Otro de los abrigos á que aludimos es de paño zibelino, tono *biscuit* con adornos de terciopelo tornasolado, castaño y *biscuit*, formando un gran cuello cuadrado y con largas vueltas. En otro abrigo, más elegante todavía, se ha empleado el terciopelo negro, presentándose muy ajustado, con faldones ondulados, género Carlos X y triple cuello ó valona bordada, haciendo oficio de mangas.

¿Qué diremos de los vestidos para el interior de la casa, de las batas y de la lencería que preparan M.^{me} Lipman? Compiten en ellas la elegancia con la sencillez. La canastilla de princesa que acaban de ejecutar y cuya exposición atrajo en los últimos días en sus salones de la calle de la Paz una multitud de hermosas damas, es un modelo acabado en el género. El bordado *à jour* adorna casi exclusivamente todas sus prendas, y no hay cosa que no aparezca delicada, encantadora y femenina cuando va enriquecida con viejo *valenciennes* ó encaje de París.

El vestido infantil, acerca del cual nos han dirigido preguntas muchas de nuestras lectoras y que á primera vista parece que no debería hallarse sujeto á las variaciones de la moda, cambia no obstante de un modo sensible en cada estación. Este invierno habrá y ha habido ya gran modificación en las formas. El estilo Luis XIII le ha procurado á una de nuestras primeras modistas de niños,—¿por qué no hemos de nombrar á M.^{me} Thirion?—materia para mil variaciones interesantes, dignas de notarse, porque la moda interpretada así, se convierte en un arte lleno de seducciones. Es necesario un gusto muy seguro é imaginación fecunda para componer las *toilettes* que no son exclusivamente Luis XIII, sino francamente modernas, con un sello antiguo de una picante fantasía. Entre los trajes que hemos admirado en este género, citaremos el encantador modelo compuesto por M.^{me} Thirion, que esta modista expone en los salones de la calle de la *Paix*. Está confeccionado en paño, color orín de hierro, con falda lisa y cuerpo de terciopelo, plegado en el busto. Un canesú liso va guarnecido de una soberbia guipure Luis XIII y el propio adorno se ve en las hombreras, cayendo sobre las holgadas mangas, que acaban á su vez á lo mosquetero. En otro bonito modelo se ha usado la seda brochada fuego y verde. La falda se halla unida al cuerpo por un estrecho cinturón de terciopelo sujeto por delante por medio de un *chou* y habiendo otros dos en la falda. Adorna el cuerpo un

canesú de terciopelo verde oliva y una berta que tiene encima una guipure Richelieu de idéntica forma. De terciopelo castor es otro vestido adornado con encaje de aplicación, y otro por fin de zibelina capuchina, forma blusa por delante con gran cuello chal, abriendo sobre un lazo de surah *beige* deshilado ó de muselina crema. En los abrigos se encuentran formas muy bonitas y siempre sencillas. Por lo que toca á los sombreros existen géneros nuevos, entre ellos la lindísima capota religiosa, que recomendamos con empeño á las mamás, deseosas de encontrar para sus hijitas tocados inéditos que ofrezcan un carácter artístico.

Nuestro figurín representa un elegante vestido para casa inventado por M.^{ma} Lipman, 2, calle de la *Paix*. Está hecho en flor de seda paja, dibujando bien el talle y adornado de dos encajes punto de Venecia que encuadran la parte delantera del vestido, cuya anchura está fijada por un cinturón de terciopelo, color espliego. Las mangas muy anchas y muy caídas son del propio terciopelo, lo mismo que la berta orlada de punto de Venecia.

Un pescador pescado

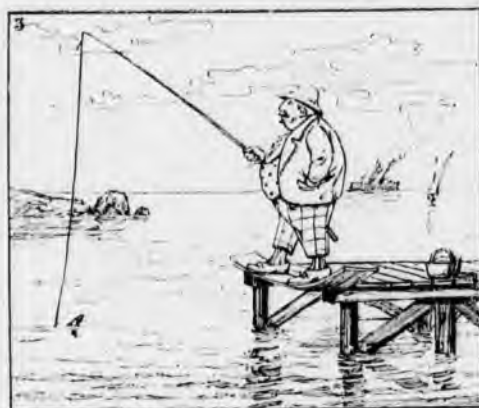
FOR
BALDOMIÉ



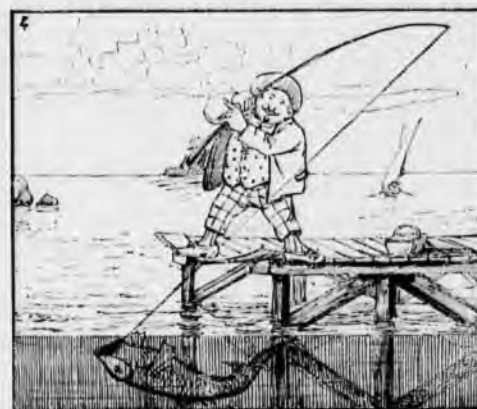
¡Si pican tanto los peces como pica el sol...



Preparen...



¡Armas!...



Apunten...



¡Fuegol!



¡¡Pum!!!...



DESDE hace mucho tiempo, los químicos por una parte y los industriales por otra, buscan el medio de poder medir la intensidad de los perfumes. M. Mesnard acaba de inventar un aparato sumamente ingenioso que permite, dado un olor determinado, trazar un dibujo que da á comprender la medida del olor.

El principio de su procedimiento analítico está fundado en la propiedad que tiene la esencia de trementina, aun diluida en cantidad casi imponderable en el aire, de impedir que el fósforo brille en la oscuridad.

Colocándose en condiciones especiales, determina M. Mesnard, por la simple medida del volumen de aire, la cantidad de esencia de trementina que esparcida en el aire que puede contener un recipiente determinado provoca la extinción de la fosforescencia. De este modo la esencia de trementina pasa á ser una medida conocida por medio de la cual se determina el poder odorífico de los perfumes.

Basta para ello neutralizar la atmósfera perfumada del recipiente por el aire cargado de esencia de trementina y medir luego el grado de saturación ó carga de la esencia por medio del fenómeno de la extinción de la fosforescencia. Un aparato muy bien combinado, movido por medio de bombitas de caucho, permite realizar todas las operaciones sucesivas del análisis.

Según refiere la *Revue Scientifique*, la población humana que ha adoptado el sistema métrico decimal alcanza la extraordinaria cifra de 794 millones de hombres, y desde el año 1877 ha aumentado en 126 millones.

En la actualidad el sistema métrico es el sistema legal de medidas en Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Brasil, República Argentina, España, Francia, Grecia, Italia, Méjico, Países Bajos, Perú, Portugal, Rumanía, Servia, Suecia y Noruega, Suiza y Venezuela. Es potestativo; en los Estados Unidos de América, en la Gran Bretaña y sus colonias, el Japón y Turquía. Rusia lo tolera en la aplicación de las tarifas de aduanas.

En Australia es en donde hoy gana más terreno la adopción del sistema decimal. El gobierno de Victoria va á proponer á la metrópoli que invite á los adheridos á la unión postal universal para que establezcan una unión decimal universal para la moneda y las pesas y medidas.

Fácilmente se puede prever el día en que esta unión será un hecho. Por lo demás no hay que admirarnos de la resistencia que encuentra el sistema métrico en todos los países, pues en la misma Francia sólo al cabo de cincuenta años, á partir de 1846, la unificación decimal tiene fuerza de ley.

Según refiere una leyenda persa, cierto día un hombre fué á visitar á Mahoma y le dijo:

— ¡Oh, profeta! yo soy pobre.

Y Mahoma le respondió:

— La pobreza es mi gloria.

Al poco rato presentósele otra persona que se lamentaba de su pobreza y Mahoma le respondió:

— La pobreza afea el rostro en este mundo, y en el otro es despreciable.

Y luego, volviéndose hacia sus discípulos, añadió:

— Si os extraña la contradicción aparente de las respuestas que acabo de dar á estos hombres, que al parecer se hallan en igual situación, atended á que el primero es un hombre que por vocación ha abandonado el mundo, y el segundo un holgazán á quien el mundo ha abandonado.

Un asno que no tenía cola sintió un día con más fuerza que de ordinario aquella privación y se puso á recorrer el país en busca de una cola. Andaba, pues, sin decir palabra, cuando por casualidad y sin querer atravesó un campo recién sembrado. Vióle el labrador y saltando sobre él le cortó ambas orejas. Tal ha de ser la recompensa de aquel que no sepa mantenerse dentro de los límites que le convienen.

Un gato y un ratón estaban tranquilamente sentados á la entrada de una vivienda particular. El ratón no se atrevía á salir de su escondrijo, de pronto un fuerte estornudo resonó en el interior y el gato dijo en tono benévolo: — Mil años viva. — En vista de lo cual los demás ratones dijeron entre sí: — Puesto que es tan cumplido ¿qué nos impide que le hagamos una visita? — ¿Por ventura tuvo nunca un corazón sincero? repuso el primer ratón. Únicamente con el fin de engañarme es por lo que me dice que viva mil años. Si saliera de mi escondrijo no me perdonaría la vida.

El sabio Lokmann formaba parte de una caravana que cayó en poder de unos bandoleros, y alguien le dijo:

—Tomad la palabra, amonestad á esta gente, haceldes prudentes observaciones, tal vez recobremos nuestro dinero.

Lokmann respondió:

—Perdería además las palabras prudentes que pronunciara.

Cuando en tiempo seco sopla el viento fuerte, la polvareda que se levanta produce en los ojos una viva irritación. Los viajeros, expuestos particularmente á esta acción continua, deben lavarse á menudo el ángulo de los ojos con agua fresca de manantial, y con este medio tan sencillo tendrán la doble ventaja de limpiar el polvo y calmar la irritación; pero hay casos en que esto no basta, y los párpados se ponen alguna vez tan encarnados que se sigue una dolorosa inflamación, y en este caso es preciso consultar al médico.

Para fortificar los dientes, tómense cantidades iguales de incienso, almáciga y corteza de granada seca pulverizada; póngase este polvo, antes de acostarse, sobre los dientes, después de enjuagada la boca con buen vino. Con este remedio se pondrán firmes los dientes.

Cuando la pobreza se apodera de un hombre le enseña todas las industrias posibles. — PLAUTO.

El servicio interesado no es un servicio sino un préstamo con interés. — CÍCERÓN.

Los crímenes que comete la multitud quedan siempre impunes. — LUCANO.

En medio de la sorprendente movilidad de las cosas humanas sólo hay una cosa completamente segura, y

ésta es la muerte. Y sin embargo, todo el mundo se queja del único acontecimiento que no engaña á nadie. — SÉNECA.

Es más fácil cerrar la puerta al vicio que reglamentarle. — EL MISMO.

¿Qué es practicar el bien? Imitar á Dios. — PUBLIUS SYRUS.

El crimen puede poner al culpable al abrigo de todo peligro, pero de la inquietud nunca. — SÉNECA.

Á menudo acontece que la mujer detesta á las personas que el marido aprecia. — DIONISIO CATO.

Durante el transcurso de los peligros y las grandes crisis de la vida de los hombres es cuando debemos estudiarlos; en la adversidad podremos conocer sus verdaderos sentimientos. Entonces y sólo entonces la verdad surge del fondo del alma, cae el antifaz y sólo queda la realidad. — LUCRECIO.

Nuestras acciones no deben buscar la gloria, antes al contrario, la gloria debe seguir las. — PLINIO EL JOVEN.

El hombre, este ser tan débil, recibió de la naturaleza dos cosas que debían convertirle en el más fuerte de todos los animales: la razón y la sociabilidad. — SÉNECA.

Los jóvenes dicen lo que hacen; los viejos dicen lo que han hecho; los necios dicen lo que quieren hacer. — ***

Los avaros atesoran como si hubiesen de vivir eternamente, y los pródigos disipan lo mismo que si fuesen á morir. — ARISTÓTELES.

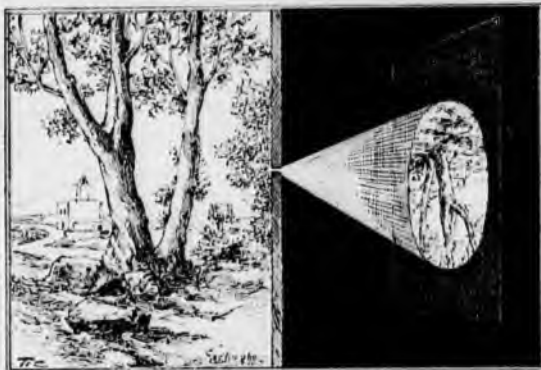
Recreos instructivos

EL MUNDO AL REVÉS

No es difícil ni peligroso forjarse la ilusión de una catástrofe inocente como la del mundo al revés; y con ello se da idea clara, sencilla y concreta de varios fenómenos ópticos que empezaron por la invención de la cámara oscura y terminarán, Dios sabe cuándo, con las múltiples aplicaciones del maravilloso invento de la fotografía.

Es sabido que á través de un pequeño agujero practicado en el postigo, cuando la ventana está cerrada y da el sol en ella, se proyecta sobre una superficie lisa y plana el espectro de todo lo que existe en el exterior iluminado.

Oscura la habitación y penetrando la luz solar única-



mente por un pequeño y circular orificio, se verá todo lo que hay en el exterior, con una limpieza de detalles extraordinaria, encima de un papel blanco, si se coloca éste, por tanteo, en el punto incidente de los ángulos ópticos; las casas, los árboles, el terreno, las figuras, se dibujan limpia y exactamente sobre el papel; pero eso sí, todo anda al revés, y hasta las cascadas del agua que cae se convierten en copiosos surtidores que parecen enviar sus chorros al cielo.

Esto depende de una ley física, fecunda en aplicaciones, que participa de la *reflexión*, de la *refracción* y de la *incidencia*.

El movimiento se prueba andando; y esas leyes físico-ópticas se demuestran por el sencillo sistema que indicamos y de que da idea el grabado.

Así se puede gozar impunemente del extraño y hermoso espectáculo que contraría en apariencia las leyes de la gravedad y al que llamamos no sin motivo *el mundo al revés*.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

Al logogrifo:

MATA

A las charadas:

SOL-FE-O

CAN-DÍ-A

Al ejercicio lexicográfico:

Cabalgata, Zaragata, Regata, Cabo Gata, Fogata, Fragata, Vulgata, Ágata

CHARADA

A un *prima* desafinado
dirá un músico *una dos*;
y de *tres segunda* armado
el cacique más tostado
se igualará á un semidiós.
La *tercera* es letra rara
que los niños dicen mucho,
y sin esgrimir la vara
con la *cuarta* al mulo para
el arriero cuando es ducho.

El *todo* con gran primor
en la mesa del billar
hace el hábil jugador.

PATÍN.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 3 4 5 6 7	Nombre de varón.
6 7 5 4 1 5	Verbo.
3 4 5 6 1	Nombre de mujer.
5 4 1 2	Moneda.
2 7 6	Río francés.
2 1	Nota musical.
1	Vocal.
5 4	Nota musical.
6 4 7	Combustible.
2 4 4 5	Verbo.
5 4 6 1 5	Desafiar en términos antiguos.
3 7 2 4 5 7	Baile.
3 1 5 6 7 2 7	Nombre de varón.

E. L. DE G., de Barcelona.

ROMPE CABEZAS

LEQUERO Y BARRIE

Componer con estas letras, debidamente combinadas, el nombre de una zarzuela castellana.

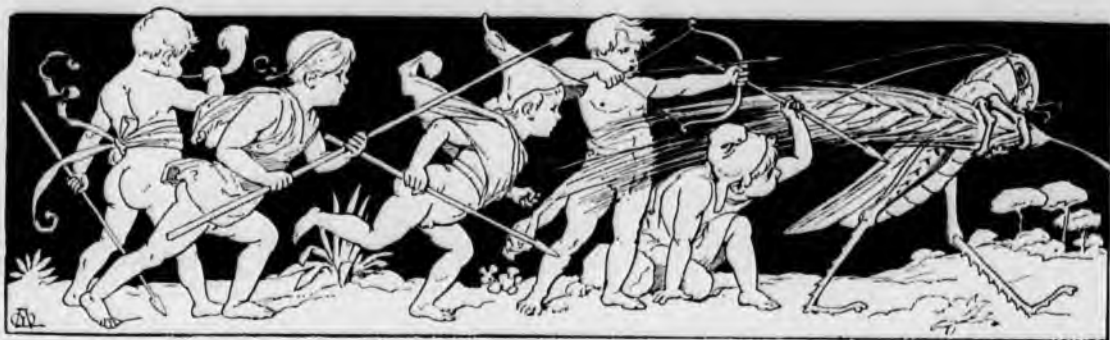
J. MONTANÉ GRIVER, de Granollers.



DOLCE FAR NIENTE

Ayuntamiento de Madrid
CUADRO DE FRANCISCO MIRALLES





MUJER

(CONTINUACIÓN)

III

RAMIRO permanecía plantado, tranquilo, despreciativo, y más blanco que su corbata, esperando al antiguo *inseparable*.

El que nunca hubiese visto cómo ocurre un lance en un salón, se admiraría de seguro, al advertir que se puede provocar con tan pocas palabras, dichas en voz tan baja, y sin que las acompañe ningún ademán violento.—De los dos hombres que, poseídos de furia mortal, se medían con inflamados ojos, el más sereno era sin duda Ramiro; la razón es bien sencilla: traía premeditado y calculado el conflicto, como diestro mecánico que prepara el juego de un resorte, mientras Alfonso tenía en contra suya la sorpresa, la rabia y el desairado papel del marido á quien todos han visto ultrajar.

Porque Alfonso no podía dudarlo; el movimiento de Dávalos había sido notado por el grupo de la puerta, y en especial por el insigne fisgón Cetina; y lo que más enloquecía al enamorado esposo era el que Ana, en vez de indignarse, se hubiese vuelto, con la sonrisa del placer en los brillantes ojos, y el carmín de la alegría en las mejillas juveniles. ¿Era posible tanta infamia? ¿En dos horas de conversación se rinde así una mujer, no ya Ana, su Ana, sino otra cualquiera? ¡Condenación y muerte! Alfonso oía el ligero castañeteo de sus dientes apretados.

Y no obstante, al encararse con Ramiro, se aplanó. Aquel ofensor era un ofendido; aquel burlador, un vengador, cuyos justos móviles mejor que nadie entendía la Cueva, y cuya presencia sola era para él un castigo. Mientras Dávalos esperaba arrogante y desdeñoso, la Cueva avanzaba perdiendo á cada paso el vapor de cólera que le sostenía. Quedóse en pie, amenazador aún, pero falto ya del irresistible empuje que presta la razón al que la tiene. El primero que rompió á hablar fué Dávalos:

TOMO III. —81.

—¿Qué traes, Alfonsillo? preguntó con voz que silbaba como una culebra, y en que la entonación del desdén al pronunciar el diminutivo era maravillosa obra de arte; tanto, que logró devolver al interpelado su primer brío, haciéndole exclamar con ahogada ira:

—Lo que traigo te lo diría de distinta manera, pero te vale que aquí no es sitio á propósito...

—Pues vamos á otro, respondió con naturalidad y sin alzar poco ni mucho el diapasón Ramiro, haciendo á la atónita señora respetuosa cortesía, algo ceremoniosa y exagerada quizás.

—Vamos, confirmó Alfonso tratando de pasar al salón y sin poder conseguirlo, porque una onda de gente, azuzada por la curiosidad, que cunde como el reguero de pólvora, se amontonaba allí. Más resuelto Dávalos, hizo un quiebro, enjaretó por la otra puerta su cuerpo flexible y resistente de *sportman*, salió á la sala, y con desembarazo se dirigió á la antecámara, donde un criado, habiéndole visto de lejos, ya buscaba su abrigo y se lo presentaba extendido por los hombros.

Al hallarse contenido por una pared de cuerpos humanos, Alfonso reflexionó, y creyó ver claro que sin Ana no podía marcharse. ¿Por qué? Él mismo no acertaba á definirlo, pero marcharse sin Ana le sonaba á inconveniencia enorme. La verdad es que ni esta idea ni las otras se precisaban mucho: en la cabeza de Alfonso rodaban, se entrechocaban y se herían, á guisa de encarnizados combatientes. Sorpresa, espanto, rabia, dolor de celos repentino, agudo y furioso, y en medio de todo otro sentimiento nuevo, extraño, que aún no se delineaba bien y sólo revestía forma cautelosa.—«Esta es una red, una trampa para cazarme,»—pensaba, revolviéndose como la alimaña montés que efectivamente ha caído en el lazo. Y cazado estaba, no lo podía dudar. Las sonrisas, los cuchicheos, las ojeadas entre susto y malignidad de las damas, la cara repentinamente grave de los hombres, la oficiosidad del *vigia*, que se pegó á él y á Ana con mil preguntas y otros tantos ofrecimientos vagos é impertinentes, bien probaban que entre los tertulianos de Lanza fuerte nadie ignoraba ya el caso, con todos sus picantes pormenores y su gravísima trascendencia.

Una sola persona, una no más, incapaz de darse cuenta de lo acontecido, permanecía asombrada, herida de estupor. Ya se comprenderá que era Ana, en quien se fijaban todos los ojos con avidez burlona ó compasiva. ¡Vamos, que no se estrenaba mal la Monclaritos! ¡Para primer salida, menudo escándalo! El run run, desde el salón, llegaba ya al gabinete de tresillo, y las cabezas calvas como perillas de balcón y los moños complicados donde chispeaban los brillantes, se volvían, desatendiendo el juego por comidilla más sabrosa. De algún ángulo se oyeron salir dos ó tres carcajaditas ligeras, reprimidas instantáneamente. Un hombre, Perico Gonzalvo, satélite de Dávalos, levantó un instante la voz en repentina disputa. La dueña de la casa, la misma marquesa de Lanza fuerte, aprovechándose de que la correspondía dar, se levantó y con cuanta prisa pudo corrió á ver qué le pasaba al sobrino. El sobrino ya estaba pidiendo el abrigo de su mujer, y ésta, pasando del asombro al azoramiento y del azoramiento al terror irreflexivo, se ponía atropelladamente la preciosa manteleta, y sin esperar á que la ofreciesen el brazo, bajaba las escaleras á escape, en su afán de quedarse sola con Alfonso y preguntarle qué ocurría. Pero al instantáneo rodar de la berlina, cuando el lacayo posaba la mano en la portezuela para abrirla, Alfonso dijo á su mujer con voz alterada: —«Vete á casa y espérame;»—y en la esquina del caserón, en la zona de luz de la farola, vió Ana destacarse la gallarda silueta de Dávalos. Arrancó la berlina. El corazón de la dama saltó en el pecho. Si comprendió á medias tan sólo, alarmóse completamente: adivinó el lance, y lo adivinó terrible, peligroso, mortal. El mismo temor la paralizó: quería tirar del cordón para que el coche se detuviese; pero el cochero, por descuido, no lo llevaba puesto. Hirió con la mano los vidrios; el retemblido del carruaje cubrió el estrépito de los golpes. Gritó entonces sacando la cabeza de la portezuela, y al cabo fué oída.—«Vuelva usted á la casa de la señora marquesa...»—El cochero obedeció dando un codazo al lacayito, y al pararse los caballos, con gran resbale de

herraduras, ante el viejo palaciotte de Lanzafuerte, Ana, antes que llegase á saltar del coche, vió á su marido que volvía y á Ramiro Dávalos que se alejaba.

—¡Alfonso, Alfonso!

—¿No te dije que me aguardases allá? contestó él duramente, entrando y dejándose caer en los cojines.

La conversación que se entabló fué á voces, porque el ruido del coche no permitía entenderse en tono natural y moderado.

—¿Qué pasa? A ver si me entero, hijo...

—Pues tú eres quién mejor lo sabe, exclamó con atroz retintín el marido.

—¿Yo? ¿Yo, por qué?

—Tú... ¡Está bueno! Cualquiera pensaría que el beso fué á mí.

—¿El beso? ¿Pero te has vuelto loco? ¿Qué beso?

—¡Vamos, hija, no me apures la paciencia! No acostumbro tratar mal á las mujeres... y á tí... á tí, menos, aunque hoy... ¡Quién me lo diría!

Y Alfonso rió nerviosamente.

—¡Fonso, alma mía... mira que no te entiendo, que no te entiendo!... ¡Parece como si tuvieses alguna queja de mí... Habla claro; que nos expliquemos, por Dios y su santa Madre!

Cual si se prestase al deseo de la dama, la berlina rodó más despacio por la entonces solitaria calle Mayor, y Alfonso, sintiendo lo cariñoso de la insistencia de su mujer, se enterneció, y exclamó casi con lágrimas en la garganta:

—¡Ana... si no fuese porque otros lo vieron... yo creería que era sueño ó chifladura mía... que Ramiro Dávalos te besó en un hombro!

—¡A mí!... Fonso... ¿A mí?

—¡Claro que á tí!... Si fuese á otra... ¿qué me importaba?

Y la Cueva cerró los puños y ocultó el rostro en el mullido rincón del coche.

—Pero ¿cuándo?... ¿cómo?... ¿en dónde pasó esa atrocidad que dices? gritó la dama, ya recobrados su energía y aplomo para protestar.

—¡Si bien lo sabes!... ¡En el comedor... cerquita del nicho de las lozas!

—Alfonso, exclamó la señora rehaciéndose y revelando en su acento gran energía, suspendamos esta conversación hasta llegar á casa. Apenas nos oímos; tenemos que gritar, y pueden los cocheros... Dentro de diez minutos... silencio ahora.

Calló Alfonso y esperó, muy fosco y cabizbajo. La escalera del hotelito no la subieron del brazo, sino ella delante, pálida y silenciosa, y él detrás, no menos sombrío. La doncella, que velaba, se presentó dispuesta á hacer su oficio desnudando á la señora; despidiéronla, y se fué pensando para su sayo: —«Cosas de novios.»—Alfonso corrió á echar la llave del salón, que con un gabinete, un cuarto de tocador y el espacioso dormitorio, formaba el departamento de Ana; y volviendo hacia su mujer, que aguardaba de pie, recostada en la chimenea aún tibia, murmuró sordamente:

—Ya no tenemos escuchas.

—Mira, Fonso, dijo Ana irguiendo la cabeza y fijando en su marido los irradiadores ojos. Al casarme no sé si te quería ó no, porque como es uno tan inocente... se me figura que no tiene aplicación á aquel tiempo la palabra *querer*. Ahora sé de fijo que...—La voz de Ana se humedeció,—que te quiero... y basta. Mientras te quiera así... no pueden suceder barbaridades como esa que dices. No concibo, sintiendo lo que siento, que tengas ni asomo de celos, cuanto más... Bueno: pues siempre que me ocurrió el temor de que tú te celases por cualquier motivo... ¡porque no creas que no me ocurrió! ¡yo soy muy cavilosa! pensé que no debía defenderme, sino sólo darte mi palabra de honor de que tus celos eran infundados, y si esto no te bastaba y sobraba...

Y terminando el período con la acción, Ana, majestuosa y sencilla, echó á andar camino del gabinete.

Alfonso, conmovido ya, la detuvo.

—Hija... ¡Pero atiende! ¡Eso de la palabra de honor... es bueno para nosotros!

—No, repuso Ana, nunca lo he creído; nuestro honor consiste en lo mismo que el vuestro: en la lealtad y la sinceridad. Nuestro honor lo mancha también la mentira. Yo te aseguro, bajo palabra de honor, que todo cuanto dijiste sobre un desmán de Ramiro Dávalos conmigo, me coge tan de nuevas que me parece invención ó broma de mal gusto. Y no sé más ni me disculpo más.

—Pues yo, bajo palabra de honor, te aseguro también que he visto á Dávalos, estando tú de espaldas, permitirse el desmán... y lo peor es que como yo lo ví lo vió Cetina, y como Cetina media docena, que equivale á verlo toda la tertulia, que equivale á ver cosas aún peores todo Madrid. Y tú te volviste con cara muy placentera, en vez de sorprenderte ó de indignarte...

Ana no respondía: reflexionaba. Su pie, flexible dentro del calzado de raso perla, hería impaciente uno de los remates dorados del guardafuego. Una arruga honda plegaba su ebúrnea frente. Sus labios temblaban.

—No tengo que añadir sino que tal desmán no llegó á conocimiento mío... Y el caso es que no creo que te propongas... matarme ó volverme loca por gusto, inventando esa historia. Escucha... ¡dí la verdad! ¿Teníais tú y Ramiro algún disgusto anterior? ¿Le interesaba á Ramiro, por cualquier motivo, ponerte en evidencia ante el público? Porque ya me extrañó bastante aquello de pegarse á mí toda la noche, de no soltarme, de obsequiarme con tanto empeño... Y al mismo tiempo que me acosaba, no me decía sino insulseces indiferentes y cosas muy formales, como si en vez de hablar con una mujer joven hablase con un señor machucho...

A medida que Ana se expresaba así, la cara de su marido se iluminaba como si el sol barriese de ella un densísimo nublado: sus pupilas, antes siniestramente turbias, destellaban amor y contento; sus brazos se tendían, sus rodillas se doblaban. Cayó en el sofá más próximo á la chimenea, pero arrastrando consigo á Ana, á quien había cogido fuertemente por la cintura. Palabras inarticuladas y un dulce silencio completaron la reconciliación.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).



LA INOCENCIA

CORRE manso y suave
arroyo cristalino,
espejo solitario
entre flores perdido;

Tan claro y tan hermoso,
y tan puro y tan tímido,
como el alma inocente
del inocente niño.

Tus márgenes fecundas
á tu influjo benigno
coronadas se ostentan
de pomposos jacintos.

Dobléganse los tallos
trémulos, indecisos,
y en tu corriente flotan
capullos infinitos.

Rosas, nardos, laureles,
entrelazados mirtos,
cándidas azucenas
y violetas y lirios,

sobre el borde asomados
de tu raudal tranquilo,
tu corriente matizan
de colores distintos.

El aura, de quien eres
amado y bendecido,

te besa, y al besarte
se lleva tus suspiros.

Las aves en tus ondas
dan á sus plumas brillo;
solicitas las beben
para endulzar sus trinos.

— « ¿Quién eres, manso arroyo?
¿Qué poderoso filtro
te da tanta pureza,
te da tantos hechizos? »

Así Lálage un día
la de mirar divino,
la de la tez de rosa,
la de los blandos rizos,

siguiendo del arroyo
los caprichosos giros,
le hablaba y le decía
con sin igual cariño.

Mas una voz tan dulce
como es dulce un suspiro,
gimiendo entre la espuma,
— « Es la inocencia, » dijo.

Y desde entonces Lálage,
con afán infinito,
baña sus labios puros
en el raudal tranquilo.

JOSÉ SELGAS.



MARRUECOS ⁽¹⁾

POR

EDMUNDO DE AMICIS

TÁNGER

• • • • •
Mi primera ocupación en cuanto quedé solo, consistió en observar las condiciones de la casa en que me hallaba, pudiendo desde luego consignar, que la morada de un ministro europeo en África, y sobre todo de un ministro en el ejercicio de sus funciones, que hace los preparativos indispensables para un viaje al interior, es un objeto verdaderamente digno de observación. Por lo que se refiere al edificio, nada tiene que le dé carácter extraordinario: blanco y desprovisto por de fuera de todo adorno, precédele un jardincillo; ostenta en el centro un patinejo, y en éste cuatro columnas sobre las cuales descansa una galería cubierta, que á la altura del primer piso da la vuelta en derredor. Es un edificio parecido á las casas de familia acomodada de Cádiz ó de Sevilla: en cambio las gentes y, en especial, su manera de vivir, fueron para mí cosa nueva completamente. El ayuda de cámara y el cocinero eran italianos, del Piamonte: había una criada mora de Tánger y una negra del Sudán, que iban descalzas: los criados y mozos de cuadra eran árabes y vestían largas túnicas blancas: la guardia consular usaba fez, caftán rojo y puñal, y todo el mundo estaba en continuo movimiento. Además, á ciertas horas, se unía un enjambre de operarios hebreos, ganapanes negros, intérpretes, soldados del bajá y moros protegidos de la Legación, que formaban entre todos una baraúnda espantosa. El patinejo rebosaba de cajas, camas de campaña, tiendas y faroles, escuchándose continuamente el seco golpear del martillo, el estridente chirrido de la sierra, y la voz de las gentes del servicio doméstico que se llamaban entre sí con los nombres de Fátima, Racma, Selam, Mohamed, Ali, Abd-er-Rhaman. ¿Y qué diremos de la mezcolanza de las lenguas? Un moro daba un recado en árabe á otro moro, que lo transmitía en español á la criada, y ésta á su vez lo repetía en piamontés al cocinero. Era aquello un encadenamiento continuado de traducciones, comentarios, equívocos, dudas y exclamaciones, bordado de *Por*

(1) Atendida la importancia que tiene hoy para todos los españoles y para toda Europa la cuestión de Marruecos, hemos creído que nuestros suscriptores leerán con gusto algunos de los trozos de la obra que sobre el citado país escribió el reputado y popular Edmundo de Amicis, uno de los escritores que sin disputa recorrió más detenidamente aquel imperio y estudió con gran cariño sus usos y costumbres.

Esta interesante obra se publica por la casa editorial de los señores Espasa y Comp.², y consta de un tomo de 484 páginas ricamente ilustradas con tipos, vistas y costumbres de los habitantes de Marruecos.

Dios, de Alá, y de juramentos é interjecciones italianas. En la calle veíase una verdadera procesión de caballos y de mulas; ante la puerta un grupo de curiosos, ó de pobres diablos, árabes y hebreos, aspirantes á una protección lejana de la parte de la Legación: de cuando en cuando la visita de un ministro ó de un cónsul, ante cuya presencia inclinábanse todos los fez y todos los turbantes: á cada instante la aparición de un mensajero misterioso, de un uniforme desconocido, de una cara extraña, y en resumen, un conjunto abigarrado, confuso y variado hasta lo infinito, de figuras, colores, ademanes, voces, acentos é idiomas, en donde sólo faltaba la música para que el espectador se hubiese creído transportado á un teatro en el cual hubiese tenido lugar la representación de un baile mímico de asunto oriental.

Hechas estas observaciones, ocurrióme que, antes de ocuparme en el estudio de las costumbres, me convenía enterarme, por medio de alguno de los libros de mi huésped, de las circunstancias del país en que me hallaba.

Esta región, comprendida entre el Mediterráneo, la Argelia, el desierto de Sahara y el Océano, atravesada por la vasta cordillera del Atlas, cruzada por algunos ríos caudalosos, abundante en dilatadas llanuras, en la cual se encuentran todos los climas; rebo-sando en inestimables riquezas correspondientes á los tres reinos de la Naturaleza, y destinada por su posición á ser la principal vía de comercio entre Europa y el África central, cuenta al presente con una población de unos ocho millones de habitantes, berberiscos, moros, árabes, hebreos, negros y europeos, esparcida en un territorio más extenso que la Francia. Los berberiscos, que forman el fondo de la población indígena, salvajes, turbulentos, indómitos, moran en las inaccesibles estribaciones del Atlas, casi en independencia absoluta de la autoridad imperial: los árabes, pueblo conquistador, ocupan la parte llana, haciendo la vida nómada del pastor, y conservando notables rasgos de la fiereza de su antiguo carácter: los moros, árabes cuya raza ha degenerado al cruzarse con otras, descendientes en su mayor parte de los que durante largos siglos vivieron en España, habitan en las ciudades y son los dueños de la riqueza, del comercio, de los cargos públicos: los negros, cuyo número se acerca á quinientos mil, proceden del Sudán, y se ocupan en los quehaceres domésticos como criados, en las faenas agrícolas, ó sirven como soldados: los hebreos, en número casi igual al de los negros, descendientes casi todos de los desterrados de Europa en la Edad Media, oprimidos, vejados, odiados y perseguidos como en parte alguna, se dedican á las artes, á los oficios y al comercio, y con el ingenio, la ductilidad y la constancia que caracterizan á su raza, se industrializan de mil distintos modos, hallando una compensación á las vejaciones de que son víctimas, en la posesión de las riquezas arrancadas á sus opresores: los europeos, á los cuales la intolerancia musulmana va paulatinamente arrojando del interior, para dejarlos reducidos á la costa, y que no llegan á dos millares en todo el imperio, habitan principalmente en la ciudad de Tánger, viviendo con toda



Soldado marroquí

seguridad á la sombra del pabellón de los consulados. Esta población heterogénea, dispersa, inconciliable, más bien que amparada, hállase oprimida por un gobierno despótico, que como un pólipo inmenso chupa todos los humores vitales del Estado. Las tribus y las aldeas obedecen á los jeques; las ciudades y poblaciones á los caides; las provincias al bajá, y el bajá al Sultán, gran scherife, pontífice máximo, juez supremo, ejecutor de la ley que de él emana, y dueño de cambiar á su antojo moneda, impuestos, pesos y medidas; en suma, señor absoluto de las vidas y haciendas de sus súbditos.

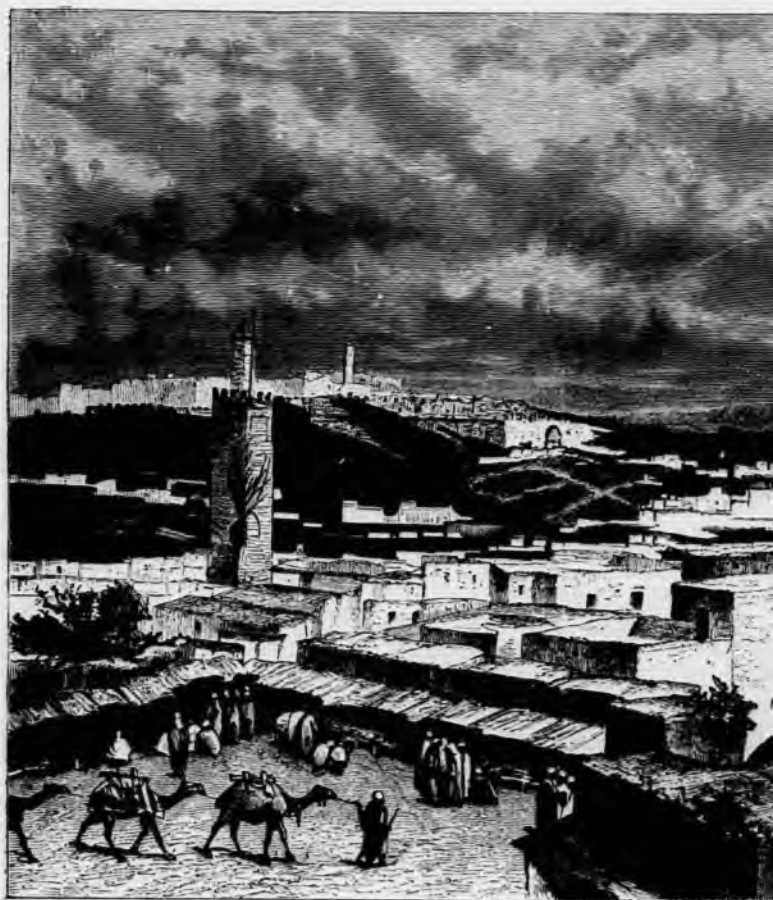
Bajo el peso de semejante gobierno, y reducido al inflexible círculo de hierro de la religión musulmana, fuera del alcance de todo influjo europeo, é impregnado de un fanatismo salvaje, cuanto en los demás países se mueve y se agita, permanece en éste inmóvil ó semi-arruinado. El comercio yace oprimido por el monopolio, por las disposiciones prohibitivas de importación y exportación, y por la caprichosa movilidad de las leyes. La industria, reducida á la inacción, merced á las trabas puestas al comercio, encuéntrase en el mismo estado en que se hallaba al ser lanzados los moros de España, con sus instrumentos primitivos y con sus infantiles procedimientos. La agricultura, cargada de gabelas, sin derecho á la exportación de productos, limitada á proveer las necesidades más indispensables de la vida, hállase en tal

estado de decadencia que apenas si merece el nombre de arte. La ciencia, ahogada por las prescripciones del Corán, y contaminada de toda suerte de supersticiones, redúcese en las escuelas superiores á algunos elementos insignificantes, tales cuales se enseñaban hace seiscientos años. No existen imprentas, ni libros, ni cartas geográficas: hasta la misma lengua, corrupción del árabe primitivo, sólo representada por medio de una escritura imperfecta y variable, va degenerando incesantemente: el carácter nacional se corrompe en la general decadencia, y toda la antigua civilización musulmana desaparece. Marruecos, este lejano baluarte occidental del islamismo, asiento un día de un reino poderoso que dominaba desde el Ebro al Sudán, y del Níger á las Baleares, lleno de florecientes universidades, de riquísimas bibliotecas, de sabios ilustres, de ejércitos y flotas formidables, no es al presente otra cosa más que un Estado insignificante, poco menos que desconocido, desolado y miserable, que opone sus postreras y débiles fuerzas á la invasión de la civilización europea, y que se mantiene sobre sus carcomidos cimientos, merced á los celos que su posesión despierta en las diferentes naciones de Europa.

En cuanto á Tánger, la antigua *Tingis*, que dió nombre á la Mauritania tingitana, y pasó sucesivamente del poder de los romanos al de los vándalos, de los griegos, de los visigodos, de los árabes, de los portugueses y de los ingleses, es una ciudad de quince mil almas, á la cual sus



Tipos marroquíes



TÁNGER



demás hermanas del imperio consideran como una «prostituta de los cristianos,» siquiera no queden ni restos tan sólo de las iglesias y monasterios que fundaron en ella los portugueses, y aun cuando la religión cristiana tenga sólo una pequeña capilla semiescondida entre las casas consulares.

Con tales precedentes dime á recorrer las calles de Tánger, con el propósito de hacer estudios preparatorios para mi viaje, notando día por día mis particulares observaciones. Véanse á continuación algunas de ellas, aisladas, incompletas, pero escritas bajo la inmediata impresión producida por los espectáculos, y por consiguiente, más eficaces y exactas que una descripción meditada.

* * *

Confieso que me siento humillado cada vez que pasa junto á mí un moro en traje de fiesta. Comparo mi sombrerillo con su enorme turbante de muselina; mi escueta americana con su holgado caftán celeste ó rosado; la angostura, en suma, de mi vestimenta negra ó gris, con la amplitud, la blancura y la sencilla y elegante majestad de la suya, y antójaseme que mi facha ha de tener algo de semejante á la de un escarabajo junto á una mariposa. A veces desde la ventana de mi habitación me paso horas enteras contemplando un palmo de calzón de color de sangre y una babucha amarilla de oro, que asoman detrás de una pilastra, junto á la plazoleta, y experimento un placer tal, que me es imposible apartar la mirada de semejantes objetos. Pero lo que más me enamora y hasta excita mi ambición, es el jaique, aquella luenga pieza de lana ó de seda blanquísima, con rayas transparentes, que se arrolla alrededor del turbante, cuelga sobre la espalda, rodea el talle, descansa sobre el hombro, descende hasta los pies, y velando vagamente los vivos colores del vestido, al más leve soplo de la brisa tremola, ondea, se hincha, parece que se inflame bajo los rayos del sol, y comunica á toda la persona la vaporosa apariencia de una visión fantástica. En este bellissimo velo el musulmán enamorado envuelve y estrecha consigo á su esposa en la noche de sus bodas.

* * *

El que no lo haya visto no puede comprender hasta qué punto posee el árabe el arte de tumbarse. En el sitio en que nosotros nos veríamos embarazados para colocar un saco de harapos ó un haz de paja, encuentran ellos manera de acomodarse tan perfectamente como en un colchón de pluma. Se adaptan á todas las desigualdades, llenan todos los huecos; se adhieren á las paredes cual si fuesen bajo relieves, se alargan, se encogen según los accidentes del terreno, hasta tal extremo, que nadie diría, al verlos, sino que son mantos blancos puestos á secar: se retuercen, toman la forma de bola, de cubo, de monstruos sin brazos, ni piernas, ni cabeza; de manera que las calles y las plazas de las ciudades parecen sembradas de cadáveres y troncos humanos, como un campo de batalla después de la pelea.

* * *

Cuanto más contemplo estas gentes, mayor admiración me causa su continente majestuoso y gallardo. Entre nosotros apenas si hay uno que, ó por angostura del traje, ó por llevar el calzado ajustado en demasía, ó por vicio, no tenga un andar desgarrado: en cambio, el árabe se mueve con la elegancia y libertad de movimiento propios de soberbio animal salvaje. Por más que busco, no logro encontrar uno solo que ofrezca aquel aire de jaque, de bailarín, ó de amante desgraciado ó no comprendido, á que tan acostumbrados nos hallamos, merced á lo que abundan tales ejemplares en nuestro país. En su noble continente, en su andar majes-

tuoso, se encuentra algo de la gravedad solemne del sacerdote, de la respetable majestad del rey, y el desgaire y desenfado del militar. Y es en verdad cosa extraña que esa misma gente que se pasa tantas horas, casi la mayor parte del día, acurrucada, inmóvil, poco menos que entorpecidos sus músculos, en cuanto se halla acosada por una pasión, despliegue una fuerza, una energía y un vigor en la expresión del rostro y en la modulación de la voz que rayan en frenesí. Mas aún en los momentos en que se abandonan al dominio de las pasiones, conservan una especie de dignidad trágica que de seguro podría servir de modelo á muchos actores. Dificilmente olvidaré al árabe de esta mañana, un anciano alto y flaco que, habiendo recibido por una nonada un mentís de otro, de un cualquiera, con el cual había estado discutiendo tranquilamente, pálido, convulso, ha retrocedido unos pasos, y después ha echado á correr calle abajo cubriéndose el rostro con las manos crispadas y lanzando rugidos de ira y de dolor. En mi vida he visto una figura más terriblemente bella.

Traducido del italiano por

C. V. DE V.

(Continuará).





EL ORO DEL RHIN

PRÓLOGO DE LA TRILOGÍA

EL ANILLO DE LOS NIBELUNGOS

POR

RICARDO WAGNER

(CONTINUACIÓN)

ESCENA SEGUNDA

Las ondas se truecan insensiblemente en nubes, y, cuando se disipan al fin, como neblina, aparece un *espacio descubierto* en la cima de una montaña, iluminado sólo al principio por el resplandor nocturno. — La aurora, que comienza á rayar, destaca poco á poco con su luz un castillo con almenas y torreones, que se divisa en el fondo, en la cima de un peñasco, entre el cual y el proscenio hay un valle profundo, por donde corre el Rhin. — Wotan yace á un lado en un lecho de flores, juntamente con Fricka, ambos dormidos.

FRICKA

(Que despierta y mira al castillo, quedando atónita y horrorizada). ¡Wotan! ¡esposo mío, despierta!

WOTAN

(Soñando agradablemente). ¡Barras y puertas guardarán la venturosa mansión de los placeres! ¡Mi grandeza y mi perpetuo poderío lograrán fama inmortal!

FRICKA

(Sacudiéndolo). ¡Arriba! ¡Renuncia á las deleitosas visiones de los sueños! ¡Despierta y reflexiona!

WOTAN

(Abriendo los ojos, y levantándose un poco: sus miradas se detienen como encadenadas en el castillo). ¡Acabóse

ya la obra eterna: en la cima de la montaña se ostenta imponente y suntuoso, maravilla del arte, el castillo de los dioses! Como lo vefa en sueños, como lo trazaba mi imaginación, tan fuerte como bello, ofrécese ya á la vista de todos. ¡Salve, magnífico y soberbio edificio!

FRICKA

Lo que tanto me horroriza ¿llena tu pecho de placer? El castillo colma tus votos y la muerte de Freia me hace temblar. ¿Tan grande es tu ligereza, que has olvidado el precio convenido que has de pagar? El castillo está terminado: ¿no recuerdas ya, cumplido el plazo, la obligación que contrajiste?

WOTAN

Presente tengo el pacto y las condiciones inseparables de la construcción del castillo; en virtud de ellas

accedió esa raza obstinada á levantarme obra tan insignificante. ¡Vedla ahí! ¡Rinde homenaje á mi poder, y no te cuides del pago!

FRICKA

¡Qué frivolidad tan criminal y tan ridícula! ¡qué alegría tan egoísta! Si ese pacto llegara á tiempo á mi noticia, me hubiera opuesto á él; pero vosotros, los maridos, alejáis de vuestro lado á las mujeres para pactar tranquilos con los gigantes, y sin exponeros á nuestras reconvenciones. Freia, mi amada hermana, ha sido víctima de ese tráfico sórdido, impudente y punible... Satisfacer vuestra ambición es sólo vuestro afán, y todo lo demás, cosa baladí y despreciable.

WOTAN

¿Era Fricka extraña á la ambición, cuando deseaba también poseer ese edificio?

FRICKA

Desconfiando de la fidelidad de mi esposo, hube de pensar con tristeza muchas veces cómo le encadenaría á mi lado y evitaría sus prolongadas ausencias. Una morada regia, un palacio, mansion de deleites, era á propósito para retenerte junto á mí, con dulces y duraderos lazos. Pero tú, en vez de consagrarlo á tu pacífica residencia, soñabas tan sólo en la protección y en la defensa que había de proporcionarte, en aumentar tu dominación y tu poder, y, una vez construido, en que te sirviera de escudo y fortaleza para soltar el freno á tus desordenadas pasiones.

WOTAN

(*Sonriendo*). ¿Querías tú, esposa mía, guardarme prisionero dentro de sus almenas, y que, al mismo tiempo, sin medios de acción, sujetase yo al mundo allende sus murallas? El tráfico y el movimiento es el único afán de la vida, y yo, por consiguiente, no puedo renunciar á lo que forma su encanto.

FRICKA

¡Corazón execrable é insensible al amor! ¡En aras del poder y de la ambición, vanas fantasmas, te propones sacrificar el cariño y la reputación de tu esposa y burlarte siempre de su ternura?

WOTAN

(*Con seriedad*). Por subir á tu tálamo de un tiempo uno de mis ojos, y ¡ahora lo censuras locamente! Yo honro al bello sexo más de lo que te imaginas. Y en cuanto á Freia, tan bondadosa, no la cederé; nunca me lo propuse formalmente.

FRICKA

Protégela ahora; sin defensa y llena de angustia, corre hacia aquí pidiendo auxilio.

FREIA

(*Entrando apresuradamente*). ¡Socórreme, hermana! ¡Cuñado mío, defiéndeme! Fasolt, desde aquellos peñascos de allá arriba, me amenaza y dice que viene á buscar á su amada.

WOTAN

¡Ríete de sus amenazas!... ¿No has visto á Loge?

FRICKA

¿Siempre has de fiarte de ese personaje astuto? No escarmientas de los males que has sufrido por su causa y tornas de nuevo á caer en sus redes.

WOTAN

A nadie necesito cuando sólo el valor y la entereza son garantías del acierto; para explotar en mi provecho la envidia de mis enemigos, conviene emplear el arte y la doblez, en los cuales es Loge maestro. Prometiéndome, al concertar este convenio, que Freia sería libre; flíame de su palabra.

FRICKA

Y, sin embargo, te abandona... Cuando los gigantes acorren hacia aquí ¿los espera acaso tu sagaz consejero?

FREIA

¿Qué hacen mis hermanos, que no vienen en mi auxilio, cuando mi cuñado no ampara á esta desventurada? ¡Socórreme, Donner! ¡Froh de mi corazón, salva á tu Freia!

FRICKA

Todos, todos cuantos te vendieron, aconsejándote ese pacto malhadado, todos se esconden ahora.

FASOLT Y FAFNER

(*Gigantes ambos, y armados con sendas estacas*). Tu párpado se cerró, y dormiste luego dulcemente. Nosotros dos, mientras tú descansabas, levantábamos ese castillo. Con nuestro trabajo tenaz, sin flaquear nunca, asentábamos infatigables piedra sobre piedra; una torre elevada, puertas y poternas protegen y cierran el salón de ese castillo elegante. Mira allí nuestra obra; la clara luz del día la muestra ahora en todo su esplendor. ¡Entra en él y páganos después nuestro estipendio!

WOTAN

¿Y cuál es, buenos amigos, esa recompensa? ¿Cuál podrá dejaros satisfechos?

FASOLT

Convenido está ya el precio señalado á nuestro trabajo. ¿Tan flaca es tu memoria? La bella Freia, libre y seductora... este fué el trato, y venimos por ella.

WOTAN

¿Habéis perdido el juicio, al hablar de esta manera? Proponed otra recompensa: yo no vendo á Freia.

FASOLT

(Que enmudece un momento de sorpresa y de rabia). ¿Qué dices? ¿Piensas engañarnos? ¿Faltarás á lo pactado? Las letras rúnicas, trazadas en tu lanza, que lo confirman, ¿son para tí un juguete?

FAFNER

Hermano crédulo. ¿Qué otra prueba de tu candidez que esa perfidia?

FASOLT

Tú, hijo de la luz, ligero é inconstante como ella, óyeme, y no olvides mis palabras. Sé prudente y fiel á lo pactado. Lo que eres, sólo á eso lo debes: tu poder está por él limitado, y nuestra seguridad es completa. Si te precias de más sabio que nosotros de ingeniosos, es lo cierto que, con toda libertad, concertaste la paz con nosotros. Yo maldigo tu prudencia y renuncio á tu alianza si no has llegado á aprender que los contratos han de guardarse fielmente, sin amañes, con lealtad y con honradez... Un gigante estúpido te lo aconseja, y de él, á pesar de tu sabiduría, recibirás esa lección.

WOTAN

¿Qué razones alegáis para considerar cosa seria y formal una broma nuestra, ya que esa diosa, de gracia tan relevante, tan bella y tan frívola, en vez de deleitaros, ha de contrariar vuestra natural rudeza?

FASOLT

¿Te burlas de nosotros? ¡Cuán injusto eres!... Si vuestro linaje esclarecido, resplandeciente de belleza, os da la supremacía, ¿cómo lleváis vuestra locura hasta desear torres de piedra, y prometernos, por un salón y por un castillo, disfrutar de los encantos de esa mujer? Toscos como somos, con harto dolor nuestro, á costa de nuestro sudor y con nuestras manos callosas hemos ganado una mujer, para que viva entre nosotros, y alivie nuestra pobreza con su dulzura y con sus gracias. ¿Y te atreves ahora á anular el trato hecho?

FAFNER

Deja ya tu inútil charla, porque nada ganaremos: la posesión forzosa de Freia poco podrá servirnos; mejor será sustraerla con maña del poder de los dioses. Manzanas de oro crecen en su jardín, y sólo ella sabe cuidar los árboles que las producen: con este alimento gozan de juventud perpetua; y si Freia los abandona, pálidos y marchitos como flores ajadas, y débiles y ancianos han de ser en breve. Apartémosla, pues, de su lado con astucia.

WOTAN

(Aparte). ¡Cuánto tarda Loge!

FASOLT

¡Respóndenos sin ambages!

WOTAN

Elegid otro salario.

FASOLT

¡Ningún otro: sólo Freia!

FAFNER

¡Tú, vénte con nosotros sin tardanza! *(Dirigiéndose á Freia).*

FREIA

(Huyendo). ¡Socorro! ¡libradme de estos criminales! *(Donner y Froh acuden precipitadamente).*

FROH

(Abrazando á Freia). ¡Conmigo, Freia! . ¡Dejadla, bandidos! Froh protege su belleza.

DONNER

(Adelantándose hacia los dos gigantes). ¿No habéis ya probado, oh Fasolt y Fafner, el peso terrible de mi martillo?

FAFNER

¿Nos amenazas acaso?

FASOLT

¿Qué te propones? No venimos á combatir, sino á pedir nuestra recompensa.

DONNER

(Blandiendo el martillo). Muchas veces he pagado tributo á los gigantes; nada quiero deber á tales malvados. ¡Acercaos! os pesaré con colmo el precio de vuestro trabajo.

WOTAN

(Interponiendo su lanza entre los combatientes). ¡Detente, soez personaje! ¡Nada por la fuerza! El asta de mi lanza protege los contratos. Deja en paz á tu martillo.

FREIA

¡Ay! ¡ay de mí, que Wotan me abandona!

FRICKA

¡Ahora te conozco, corazón sin piedad!

WOTAN

(*Que se vuelve hacia donde viene Loge*). ¡Al fin pareció Loge! ¿Así te apresuras á esquivar el convenio grave, que antes hiciste?

LOGE

(*Que se presenta en el fondo, viniendo del valle*). ¿Cómo? ¿qué pacto hice yo? ¿No es cierto que tú, después de aconsejarte, cerraste el trato con los gigantes? Arrástrame mi inclinación natural á recorrer montes y valles, y no me agradan ni los encantos del hogar doméstico, ni las moradas humanas; Donner y Froh sueñan con techos y aposentos, y una casa es su mayor deleite. Un salón suntuoso y un castillo fuerte llenan también los deseos de Wotan. Altivo y formidable se levanta ya el ansiado edificio, morada y corte, fortaleza y salón suntuoso. Yo mismo he examinado las murallas de ese edificio magnífico, y he probado su solidez. Fasolt y Fafner cumplieron honradamente su promesa. ¡Ningún sillar se mueve! Ni he estado yo ocioso, como algunos de los que me oyen. ¡Miente quien lo diga!

WOTAN

Arteramente rehuyes contestar á mi pregunta, ¡pero guárdate bien de engañarme y de ser desleal! Entre todos los dioses yo he sido el único que te ha tendido la mano de amigo cuando figurabas tú en ese cortejo de malvados y de miserables. Habla, pues, y piensa lo que dices. No ignoras que, al concertarse la construcción del castillo, dando á Freia en recompensa, obliguéme tan sólo por haber tú prometido que hallarías el medio de rescatarla.

LOGE

Lo que prometí, y no lo niego, fué apurar todos mis recursos para librarla. ¿Cómo obligarme yo, sin embargo, á encontrar aquello á que nadie accede ni nadie aprueba?

FRICKA

(*A Wotan*). Ya ves en qué bellaco, fecundo en enredos, depositaste tu confianza.

FROH

¿Loge es tu nombre?... yo te llamo embustero (1).

DONNER

Llama infernal, que yo apagaré (2).

LOGE

¡Los estúpidos me insultan para encubrir su vergüenza! (*Donner y Froh intentan castigarle*).

WOTAN

(*Defendiéndole*). ¡Dejad en paz á mi amigo! Vosotros

(1) Loge, nombre del personaje, suena casi como *lüge*, mentira en alemán.

(2) Lohe, llama en alemán.

no conocéis á Loge: cuanto más vale su consejo, tarda más en darlo.

FAFNER

No retardes el pago; entrégalo pronto.

FASOLT

Largo tiempo esperamos nuestra recompensa.

WOTAN

(*A Loge*). ¡Escúchame, obstinado! Atiende á mi pregunta. ¿Qué has hecho vagando sin cesar por todas partes?

LOGE

La ingratitud es siempre el premio de Loge. Sin olvidar un momento tus órdenes, he rebuscado con harto trabajo en todo el mundo, si hallaba algo que compensara para los gigantes la posesión de Freia. Vanos fueron mis esfuerzos; también estaba yo convencido de que nada hay en el universo que valga tanto, para el hombre, como el amor y los placeres que le proporciona la mujer. (*Quédanse todos atónitos*). Interrogué á cuanto vive y se mueve en el agua, en la tierra y en el aire, sin abstenerme en mis investigaciones de cuanto encierra en sí algún poder ó lleva en sí gérmenes fecundos: «¿Hay algo que el hombre prefiera al valor que atribuye á la mujer y á los goces que de ella espera?» Sin embargo, cuanto vive y se mueve respondió en son de burlas á mi artificiosa cuestión: «En el agua, en la tierra y en el aire nada conocemos superior al amor y á la mujer...» Sólo encontré un ser que renunciara al amor, y que, por el oro reluciente, se privara por su voluntad de las caricias femeniles. Las hijas del cristalino Rhin me contaron su cuita. Alberico el sombrero, el nibelungo, pretendió inútilmente los favores de estas ninfas, y, por vengarse, robó, el miserable, su oro, estimándolo en más que ningún otro bien y mucho más aún que el amor de la mujer. El llanto de las desoladas hijas del Rhin por la pérdida del brillante juguete, arrancado de las profundidades del río, resonó por esta causa en mis oídos. Acuden á tí, pues, ¡oh Wotan! para que les hagas justicia, y obligues al ladrón á restituir lo robado, y después, no abandonarlo jamás... Prometí á esas ninfas decirte: Loge ha cumplido su palabra.

WOTAN

Insensato eres, en verdad, si tus artificios no superan á tu insensatez. Viéndome en tal embarazo ¿pretendes que ayude á los demás?

FASOLT

(*Que ha escuchado atentamente: á Fafner*). Agrádame poco que el nibelungo, que el enano sea dueño del oro, porque nos ha puesto ya antes en graves aprietos, y siempre con su astucia se ha escapado de nuestras garras.

FAFNER

Nuevas asechanzas, hijas de su envidia, tramará contra nosotros, si el oro aumenta su poder... ¡Oyeme, Loge; responde con lealtad. ¿Qué misterio encierra ese oro, para satisfacer tanto al nibelungo?

LOGE

Es sólo un juguete sepultado en las aguas, para servir de recreo á esas alegres doncellas. Sin embargo, si lo labran en forma circular, tendrá virtud tan formidable, que hará á quien lo posea señor del mundo entero.

WOTAN

Un rumor singular, acerca del oro del Rhin, ha llegado á mis oídos: si en su amarilla brillantez se trazan caracteres rúnicos, poderío y tesoros sin cuento serán el galardón de su dueño.

FRICKA

La reluciente labor de ese juguete de oro ¿servirá como adorno, para aumentar la belleza de la mujer?

LOGE

Llevando esa joya ¿cree Fricka que encadenará la fidelidad de su esposo? Los enanos lo labrarán con el fuego; pronto, con su arte, lo transformarán en anillo.

FRICKA

¿Podrá mi esposo poseer ese oro?

WOTAN

Prudente me parece pensar en el medio de hacer mío ese anillo... ¿Cómo ¡oh Loge! aprenderé ese arte? ¿De qué manera labraré ese metal con arreglo á mis deseos?

LOGE

Un encanto rúnico convertirá el oro en sortija. Nadie lo conoce, y, no obstante, quien se prive de los placeres del amor lo conseguirá fácilmente. (*Wotan le mira desalentado*). Tú debes renunciar á él, porque has llegado tarde. Alberico no vaciló un instante. Con firme y pronta resolución hizo suyo el poder del encanto, y la sortija ha sido para él.

DONNER

Ese enano, con su virtud, nos dominará á todos, si no se logra arrancarle el talismán.

WOTAN

Menester es que el anillo sea mío.

FROH

Sin maldecir al amor puede adquirirse ahora.

LOGE

¡Burla burlando, y sin arte, como si fuese un juego de niños!

WOTAN

¿Cómo? Dí cómo.

LOGE

¡Robándolo! Se roba á un ladrón lo que él antes robó. ¿Hay medio más sencillo de apropiarnos lo ajeno?... Pero conviene no olvidar que Alberico se ha de defender con las armas de su astucia, y tú has de ser tan sagaz como avisado, si despojas de su joya al ladrón con apariencias de justicia, para devolver á las hijas del Rhin ese oro amarillo, que era antes su recreo. Así en verdad te lo suplican.

WOTAN

¿Las hijas del Rhin? Inútil consejo.

FRICKA

Nada quiero saber de esos engendros acuáticos. Con sus provocaciones amorosas, y con dolor de mi corazón, han hecho sucumbir en el río á algunos hombres. (*Wotan enmudece, presa de una lucha interior; los demás dioses no separan de él los ojos, silenciosos é inquietos... Fafner, mientras tanto, habla aparte con Fasolt*).

FAFNER

Créeme; ese oro resplandeciente nos importa más que Freia, porque el dueño de esa joya encantada ha de disfrutar de perpetua juventud. (*Acércanse ambos á Wotan*). Dije, Wotan, lo que te proponemos hartos de esperar; que Freia viva en paz entre vosotros, y en su lugar concédenos más leve recompensa: el oro amarillo de los nibelungos nos dejará pagados á nosotros, al fin groseros gigantes.

WOTAN

¿Habéis perdido el seso? ¿Cómo daros yo, ¡oh canalla sin vergüenza! lo que dista mucho de ser mío?

FAFNER

Con harta fatiga se levantó allá abajo tu castillo. No será ardua empresa para tí, que tanto puedes y sabes tanto, forzar á los nibelungos á obedecerte. Nunca fuimos afortunados en tramas inspiradas por la envidia.

WOTAN

¿Por nosotros y por vuestro bien he de indisponerme yo con esos enanos? ¿Por vosotros he de aprisionar yo á ese enemigo vuestro? ¡Que llegue vuestra estupidez, tan sórdida como impudente, á abusar de ese modo de mi bondad!



VISTA GENERAL DE RIO JANEIRO

Ayuntamiento de Madrid

FASOLT

(Que se apodera de Freia de repente, y acompañado de Fafner, se coloca en uno de los lados de la escena).
¡Aquí, doncella! ¡Ya eres nuestra! Ahora nos seguirás para responder como prenda del pago concertado. *(Freia da voces, y todos los dioses se muestran profundamente conmovidos).*

FAFNER

¡Llevémosnosla lejos de aquí! Hasta la noche, tenedlo presente, será para nosotros garantía de vuestra obligación: volveremos luego, y, si á nuestra llegada no tenéis ya preparado para nosotros, como pago de nuestra obra, el oro amarillo y brillante del Rhin...

FASOLT

Habrà terminado el plazo, perderéis á Freia, y siempre será nuestra.

FREIA

¡Hermana mía! ¡hermanos! ¡salvadme! ¡socorredme! *(Los gigantes se la llevan apresuradamente; los dioses, aterrados, escuchan á lo lejos sus imprecaciones y lamentos).*

FROH

¡A ellos! ¡sigámoslos!

DONNER

¡Nuestra ruina completa! *(Miran ansiosos á Wotan).*

LOGE

(Siguiendo con la vista á los gigantes). ¡Hollando troncos y piedras atraviesan el valle; ya pasan los gigantes el vado del Rhin: la mísera Freia acompáñalos triste, y á la fuerza, carga leve sustentada en sus hombros groseros!... ¡Ay! ¡ay de mí! ¡Cómo remueve el agua esa gente soez! ¡Ya llegarán al valle, y no descansaràn hasta la comarca de Ríesenheim! *(Vuelvese hacia los dioses).* ¿Qué piensa ahora Wotan tan preocupado?... ¿Qué sucede á los dioses celestiales?

(Una niebla pardusca llena el teatro, haciéndose poco á poco más espesa; los dioses, por esta causa, van apareciendo también más pálidos y más viejos; todos miran á Wotan, temerosos é inquietos, mientras aquél, pensativo, no separa la vista del suelo).

LOGE

¿Me engaña acaso esa niebla? ¿Estoy soñando por ventura? ¡Cuán pronto os marchitáis y palidecéis, azorados é inquietos! Apágase el brillo de vuestras mejillas; extínguese la vida de vuestros ojos... ¡Alerta! amigo Froh, no te desanimes de ese modo... Tu mano ¡oh

TOMO III.—83.

Donner! abandona su martillo... ¿Qué sucede á Fricka? ¡Asítese quizás de la canicie ingrata de Wotan, que con tanta presteza le transforma en anciano prematuro?

FRICKA

¡Ay! ¡ay de mí! ¿Qué desdicha es esta nuestra?

DONNER

Mis manos desfallecen...

FROH

Mi corazón se detiene.

LOGE

Ya sé lo que es. Escuchadme, porque os interesa. Hoy no habéis saboreado el fruto que Freia os ofrece: las manzanas doradas de su jardín os infundían juventud y robustez con su jugo cotidiano. La que cuidaba de ellas está en rehenes ahora, y las manzanas se marchitan y se corrompen en las ramas, y caen en breve podridas... Menor es mi pena, porque Freia siempre ha sido avara conmigo de tan precioso don. No ya bastardo, sino casi tan legítimo soy como vosotros; ¡oh, divinidades superiores! Esas manzanas, que os rejuvenecían, tienen para vosotros innegable importancia. No se ocultaba á los gigantes, y por eso atentaron á vuestra vida. ¡Pensad, pues, en defenderos, porque sin ese fruto, ancianos y con los cabellos blancos, repugnantes y llenos de arrugas, seréis el ludibrio del mundo entero, y perecerá el linaje de los dioses.

FRICKA

¡Desdichado Wotan! ¡Esposo imprudente! ¿Ves cómo tu ligereza y tu imprevisión nos convierte en objetos de desprecio y de mofa?

WOTAN

(Mostrando tomar una resolución repentina). ¡Ea, Loge! ¡abajo conmigo! Descenderemos hacia Nibelheim, y el oro será nuestro.

LOGE

Las hijas del Rhin te lo piden. ¿Pueden esperar el cumplimiento de sus votos?

WOTAN

(Con ardor). ¡Calla, charlatán! Freia, la bondadosa Freia, será rescatada.

LOGE

Con toda mi alma obedezco tus órdenes: bajando de peñasco en peñasco ¿atravesaremos el Rhin en línea recta?

nubes espesas. Hácense invisibles los personajes, que en el quedan).

WOTAN

No; por el Rhin no.

LOGE

Entonces será nuestra ruta por la caverna del azufre. ¡Entra, pues, en ella conmigo! *(Precédelo, y desaparece por un lado en una caverna, de la cual sale vapor azufrado).*

WOTAN

Esperad, vosotros, aquí hasta la noche. ¡A mis manos vendrá el oro, prenda de nuestra juventud perdidal *(Sigue á Loge en la caverna: el vapor azufrado, que ésta despide, llena todo el escenario, y lo cubre pronto con*

DONNER

¡Adiós, Wotan!

FROH

¡Que la fortuna te ayude!

FRICKA

¡Vuelve pronto al lado de tu triste esposa! *(El vapor de azufre se oscurece hasta trocarse en nube negra, que sube desde abajo: luego aparece una caverna de piedra, oscura y abrupta, elevándose siempre de manera que figure el hundimiento de la escena bajo la tierra).*

Traducido del alemán por
E. DE MIER.

(Continuad).



NUEVA ORLEANS

POR

JULIAN RALPH

(CONTINUACIÓN)

AUNQUE Nueva Orleáns es, como he dicho, el refugio de los frioleros en invierno, hay que considerarla como un prototipo de las ciudades meridionales, pues todo está en ella hábilmente calculado para resistir los rigores del estío, como es de ver en los jardines y espaciosas galerías de sus casas. La temperatura es allí elevada desde Junio hasta Noviembre, durante cuyo período las familias acomodadas suelen trasladarse á las comarcas montañosas.

Los más ricos suelen pasar el invierno en Nueva Orleáns y el verano en París. Los que no pueden hacerlo sostienen que la estación calurosa no es tan insostenible como se ha dado en decirlo, porque la brisa refresca sin cesar el ambiente. Lo mismo decimos en New York, en Filadelfia, en Boston y en San Luis. Pero á mí me parece que el clima de Nueva Orleáns es enervador en verano. Para convencerse de ello basta fijarse en las condiciones arquitectónicas de sus edificios, ora sean antiguos ó modernos, contruidos por los criollos ó por los americanos.

Nótase sobre todo en los grandes balcones corridos que se ven en todas las calles y á los cuales corresponden otros tantos en la parte posterior de las casas, todas provistas de patios y jardines. Los criollos, no pensando sino en las molestias del calor, edifican sus viviendas como los italianos, conformándose con pasar una corta temporada del año junto á la estufa, á trueque de disfrutar la mayor parte de él de una agradable temperatura.

Paseando por la ciudad nueva díjéronme un día las amigas de mi mujer mostrándome los balcones de las casas:

—Deberíais verlos en verano antes de marcharse la gente ó al volver de su expedición al



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

El antiguo barrio francés

campo. Entonces toda la población sale á tomar el aire y todos los balcones están llenos de señoras cubiertas de vestidos claros, sobre todo blancos, porque aquí no hay ninguna que no los tenga á docenas. En esa época hacen las visitas en coche, con la cabeza descubierta, y se les pasa el tiempo abanicándose y tomando el fresco.

La verdad es que el abanico figura en el país entre los artículos de primera necesidad, porque parece mentira lo que abundan allí los mosquitos.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers

Casas de campo de Claiborne, en los pinares próximos á Nueva Orleáns

El agua de que se surte la población es procedente del Mississippi. Generalmente no se gasta en los clubs, pero en cambio no tienen reparo en servirla á la mesa en los dos primeros hoteles de la ciudad. Las aguas efervescentes son demasiado flojas y gaseosas para apagar la sed, y así, díme á beberla del río y adopté la costumbre local de echarme encima un gran jarro de agua filtrada después del baño. En el barrio de los americanos no se bebe otra.

Una de las cosas más típicas y verdaderamente curiosas de Nueva Orleáns es la abundancia de cisternas, ó, hablando con más propiedad, de receptáculos del agua de lluvia. Son unos enormes cilindros de madera cuya forma los asemeja á grandes melones cortados por ambos extremos. Los criollos se sirven para ello de unas ánforas de barro que recuerdan las famosas vasijas de Ali Babá. Tienen como la mitad ó las dos terceras partes del tamaño de los barriles de harina y unas formas muy simétricas. Las envían del Mediodía de Francia. Píntanlas con colores muy vivos y contribuyen al adorno de los frescos y umbríos patios de las viviendas particulares. De estos depósitos se sacan las nueve décimas partes del agua que se gasta para guisar y para la bebida; de modo que cuando escasea, lo que acontece dos ó tres veces al año, se pasan muy malos ratos en los barrios pobres. Desde que yo estuve allí se han adquirido filtros para hacer potable el agua fluvial y con ella habrá mejorado mucho la población en este concepto.



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Un balcón del antiguo barrio francés

A mi juicio, el punto más fresco de Nueva Orleáns, en verano, debía ser el Club Boston. En muchas cosas recuerda los de la isla de Cuba, pero es mucho más pequeño; blanco por defuera y muy desahogado por dentro, porticado á derecha é izquierda, y con tan buena ventilación, que en verdad no podrían elegir mejor sitio los fumadores y los jugadores de cartas que lo frecuentan.

Hay en Nueva Orleáns cuatro clubs muy notables, todos en fila y muy cerca el uno del otro en la calle del Canal. El Club Boston es el más antiguo y aristocrático. Fué fundado en 1845 y pusiéronle este nombre, no para honrar á la Atenas americana, sino en memoria de un juego de cartas que á la sazón hacía furor en aquellas regiones. También hay el club comunemente llamado del Ajedrez, aunque su verdadero título es Club del Ajedrez, las damas y el whist. La Armonía es el club de los judíos, lo cual no quiere decir que sea un centro de sectarios.

El más moderno por la fecha de su fundación y por su espíritu es el titulado Pickwick. La actividad social está concentrada en unos barrios en los cuales los hijos del Norte nos encontramos como en casa. En el piso bajo hay un comedor y un salón para señoras; el primero decorado con extremado lujo artístico. Allí, después de la ópera, de una excursión á caballo ú otra expedición por el estilo, se reúnen las beldades más conocidas de la antigua y la nueva ciudad para cenar á la suave luz de la electricidad en compañía de los hombres que estuvieron con ellas en el espectáculo ó en la salida de campo. Entretanto en el piso primero el sexo feo continúa siguiendo sus tradicionales costumbres, como si no hubiese una mujer en una milla á la redonda.

El mejor sitio para ver las hermosas más renombradas de Nueva Orleáns es el Teatro de la Ópera francesa. Las noches de buena función ó de moda vense allí docenas de mujeres



From Harper's Magazine.

Copyright, 1903, by Harper & Brothers.

El Club de Regatas de Nueva Orleáns

blancas como la leche y con las mejillas frescas como una rosa, ó morenas y agraciadas de negros ojos y azulada cabellera; criollas españolas de rostro ovalado, rasgados ojos y tez pálida y morena, altivo continente y labios mortíferos como el arco de Cupido. Entre ellas están las americanas de otras regiones luciendo una ecléctica hermosura que recuerda los rasgos de varias nacionalidades. En suma, aquello es un ramillete de flores. Debo añadir que la elegancia suprema y genuinamente parisiense con que visten ha sido una de las principales causas de su fama.

Hasta cierto punto puede decirse que las criollas viven alejadas de los americanos, obedeciendo á la preocupación de sus antepasados, que no querían cruzar la calle del Canal para pasar los límites de su antiguo barrio y se amotinaron cuando los buques empezaron á reunirse frente al barrio americano en el centro de la ciudad. Sin embargo, estas dos razas han ido mezclándose más y más cada día por efecto de los matrimonios, que eran antaño muy raros entre ellas, de modo que la venidera generación verá desaparecer esta barrera que algún día debió considerarse eterna é insuperable.

Por lo que respecta á los matrimonios he oído decir que se necesita un ánimo intrépido para hacer la corte á una criolla. Hanme contado que cuando el pretendiente va á pedir la mano de su amada encuentra el patio y el salón oscuros como boca de lobo, y después que los criados han encendido las luces aparecen los padres. En lo que todos convienen es en que el hombre que se casa con una de esas criollas es realmente digno de envidia, porque sobre tener tantas cualidades físicas, no hay quién las iguale en ternura y constancia como esposas y como madres.

(Del *Harper's new Monthly Magazine*).

Traducido por

J. COROLEU.

(Continuad).



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XXI

ABSOLUCIÓN

BERMÚDEZ, que en guardia siempre, desconfiado, inconvencible, ponía en presión su inteligencia por descubrir el objeto inmediato de la farsa de Paco Dulce, lo comprendió todo así que vio á éste lanzarse al sentimentalismo con que daba fin su dramático parlamento.

Explicóse el anciano lo estratégico de la maniobra. El mozo había ido á cortarle el camino para el ataque. Era una verdadera sorpresa que comprometía en efecto el resultado de la operación.

A medida que el joven, con el rostro cubierto de falsa expresión de angustia, humilde, inclinado, casi de rodillas á los pies de Blanca, esforzaba sus acentos, fingía sollozos y falsificaba clamores del alma, don Roque fué sorprendiendo la intención falaz en que se inspiraba toda aquella superchería. Conoció también que peligraban las posiciones que tenía tomadas, y que el enemigo se las batía. Lanzóse, pues, rápidamente á defenderlas.

—Blanca, dijo atropellando el discurso de Dulce, este hombre sabía que en casa estaban reunidos los testigos de sus faltas. No le oigas. Vén, que allí están los que deben acusarle, los que han de introducir en tu ánimo el convencimiento firme de que este hombre es un canalla.

Ya era tarde. Dulce tenía ganada toda la ventaja. En el espíritu apasionado de la niña ya se había verificado la evolución.

Sucedía lo que era forzoso, dado el enamoramiento apasionadísimo que embargaba la voluntad y la inteligencia de la hija del banquero.

Sucedía lo que ella había predicho á su padre en una hora de íntima conversación. El hombre amado no desaparecía detrás de la niebla que venía á envolverle. Fortalecíase en aquel corazón vehemente y recio la augusta virtud de amar. El sér noble, soñado, todo gloria y dignidad, cuyos despojos caían y se enterraban en una huesa de vil polvo, continuaba siendo el sér adorado. El miserable aparecíase como un desgraciado. La caricia tal vez se convertía en oración, el embeleso en piedad... Pero el amor no se extinguía. En el alma de la mujer existe esa misteriosa fuerza de adhesión, que da al cariño la abnegada y valiente resignación de la mártir, cuando no el influjo de la redentora; planta sagrada de hermosa fidelidad, que arraigada sigue en el muro arruinado. Ella con su frescura refrigera el pecho del criminal hasta en la capilla y en el patíbulo.

Blanca sentía despertarse en su interior ese impulso amoroso, al cual ya estaba dispuesta de mucho tiempo; y cuando su padre con el enardecimiento de la refriega en que se hallaba, le decía:

—¡Vén! allí están los testigos...

Ella blanda y tiernamente le respondió:

—¿Para qué esa gente?... ¿Qué testigos hacen falta?... Vé, págalos y despídelos. ¿No has oído que Paco se acusa antes que le acusen otros?... ¿Y no le escuchas, no le ves, que pide perdón... perdón y auxilio porque se pierde y quiere salvarse?...

—¡Sí, sí! repitió Dulce. ¡Perdón y auxilio!

—¡Se pierde! opuso don Roque, agresivo é iracundo. Él no se pierde; está perdido. ¡Te pierde á tí, Blanca, hija mía!

El padre cuitado soltó en aquel momento de crudísima prueba, todos los raudales de su elocuencia, de su cólera embravecida, de su amor aterrado en presencia del descalabro que sus planes estaban sufriendo. Desgarró con mano fiera la vestidura de hipócrita arrepentimiento con que Dulce se disfrazaba; desentrañó de cada una de sus torpezas la maldad, la vileza, el engaño despreciable que envolvía; contó lo que durarían en poder del pródigo encenagado los millones de la dote, aquellos millones perseguidos, codiciados, corruptores, que él, el viejo trabajador que los había ganado, maldecía y odiaba, porque ellos ponían á su hija en poder del salteador de salones, del bandido enguantado, del pirata cobarde y traicionero.

¡Y el porvenir!... El porvenir ¡qué negro, qué ominoso! En ruinas la fortuna codiciada, en ruinas vergonzosas; la pobreza sin amor, sin el consuelo de la intimidad en la desgracia; la afrenta traída por la necesidad, por el vicio hambriento, por la fiebre de aquel loco en quien la ambición se revelaba por una furia brutal, repugnante, destructora.

La niña, arrebatada por la nueva corriente de su pasión, poseída por su ardoroso enajenamiento, no modificaba su actitud.

—¿No le has oído?... Mi cariño le transformará... Mirale; se arrepiente.

Dulce se había callado. Abrigaba el convencimiento de su total victoria. Comprendía que no era necesaria una frase más, y guardaba su continente mojigato, bañándose interiormente en delicias y regocijos.

Don Roque midió toda la extensión de su derrota, y allá, en su pensamiento, experimentó la vibración dura y brava de la rebeldía. El vencido no quería entregarse. No; más guerra, más encuentros, nuevas heridas y nuevos dolores; pero nada de soltar las llaves de la fortaleza. En el corazón sentía el latido fatal, el pisar apresurado de la enfermedad que avanzaba; pero estaba resuelto á caer luchando, al pie del cañón, junto á su hija sobre cuya pureza no había de poner el aventurero audaz la mancha de su mano.

Experimentado como ya era en la lucha de asechanzas, evitó el anciano la explosión que habría producido el choque á que su justo enojo quería lanzarle; nada opuso á las palabras de la niña, ni continuó sus invectivas contra el mozo engañador. Le era necesaria una tregua para pensar lo que le conviniera hacer en defensa de sus derechos de padre. Sofrenó su genio irritado, y dejando las cosas en la situación á que los conceptos de Blanca las llevaron, fué, sin sentirlo en apariencia, á la suavidad de tonos y á la demostración de un disgusto manso, casi resignado que engañó á Paco Dulce, cuya frialdad de entendimiento ya alteraba el gozo del triunfo.

Llevó don Roque su ficción al extremo de mantener el convite que había hecho á Dulce.

—Los convidados nos aguardan.

Pero como Blanca rehusara el ir á sentarse á la mesa, Paco también lo rehusó, aprovechando de buen grado el pretexto para no ponerse á tiro de Carlos Albuera y de los otros personajes que fueron á aquella casa dispuestos á hacerle blanco de su fusilería. Ignoraba, además, qué papel tendría señalado en la frustrada función de agravios la turbulenta Encarna, y parecióle gran prudencia huir el encuentro con ella poniendo pies en polvorosa.

Marchóse del hotel sin abandonar su talante compungido, que le sirvió á maravilla, según su astucia se lo daba á entender, para dejar el pleito de sus pretensiones punto menos que resuelto. Bendiciendo á Blanca y humillándose como penitente perdonado ante don Roque, se alejó como si las puertas de la honrada casa ya quedaran para él abiertas de par en par. Y en efecto, él proyectaba volver á ella al día siguiente, valido de su impavidez, y ganar el poco terreno que le faltaba.

Despidióse, pues, el mozo, diciendo:

—Hasta mañana.

Y Blanca le saludó con una mirada de protección y amistad, que revelaba su consentimiento á aquella cita para el día siguiente.

Don Roque no dijo palabra, y después que Paco hubo salido, se encaminó solo al comedor, mandando de paso á un criado que despidiera á Nicanor, el traficante de billetes que esperaba en la portería.

A la gentil fierecita enjaulada en la rotonda, fué á despedirla Lope Fuentevera, que era quien la había traído. Encontróla consumida é impaciente, dando vueltas desordenadas por la estancia, habiendo estado veinte veces á punto de salir y lanzarse por la casa en busca de su Paco Dulce, el traidor que la dejaba para casarse con otra.

—No ha venido, dijo Lope á la bella.

—Le sorprenderé otro día.

—Indudablemente. Yo prometo ayudar á usted.

En el comedor, Albuera, Laso y el otro doncel adjunto saborearon las viandas y los vinos del banquete, charlaron sobre cualquier cosa y se despidieron al fin, los dos gomosos sin sospecha de lo que había ocurrido, y aun del todo ajenos al objeto con que fueron invitados, y el *gentleman* prestamista absteniéndose discretamente de pedir explicaciones, lisonjero, servil,

con la mente puesta en el ópimo negocio del sindicato con el cual le tenía hipnotizado Fuentevera.

Este último y don Roque Bermúdez quedaron solos, en el silencio del hotel destinado poco antes á ser el campo de estrepitosa batalla. El tren de guerra estaba deshecho, las trincheras abandonadas, el plan bélico escarnecido por la mayor destreza del adversario.

Lope daba rápidos paseos por el lujoso comedor, aun iluminado á toda luz; devorábale el despecho. Bermúdez, por lo contrario, mostrábase frío, sereno, y echado en una butaca junto á la caja del calorífero, buscaba reacción para sus miembros helados y meditaba calladamente.

El fué quien, al cabo, rompió el silencio.

—Amigo Fuentevera, marchese usted ya.

—¿Me despide usted, don Roque?

—Sí. No se ofenda, pero... retírese usted.

—¿Sin que me entere de sus intenciones?

—No tardará usted en conocerlas. Ahora déjeme, se lo suplico. Mañana, cuando vuelva, sabrá usted algo de lo que ahora me reservo.

—¿Piensa usted darse por derrotado?

—Eso, jamás.

—¿De modo que Dulce no será dueño de Blanca?

—He de oponerme con mi fuerza entera.

—Sin embargo, ese hombre va venciendo.

—Tengo un proyecto radical para vencerle yo.

—Y yo tengo el mío.

—Bastará el que yo tengo.

—¿No me dice usted cuál es?

—Me basto yo solo para realizarlo. No quiero más alianzas. ¡Yo solo, yo solo!...

—Está bien. Con igual aislamiento trabajaré yo. Quizás nos encontremos, y hayan de aunarse nuestras acciones.

Lope se marchó, y Bermúdez dejó pasar más de dos horas sin moverse de la butaca en la que seguía sentado. Le oprimía el pecho la dura pesadumbre de su mal, que iba enseñoreándose del organismo socavado por el dolor; respiraba dificultosamente, venciendo con esfuerzo doloroso la resistencia del pulmón que parecía no admitir el aire; sentía por sus miembros culebrear el escalofrío de la calentura, difundirse la pesadez de la circulación retardada. Y allí, junto á la estufa por cuyos orificios se exhalaba el calor del agua vaporizada, permanecía tan obstinadamente el anciano, para convertir todos aquellos síntomas de decadencia en vigor y aliento, en vida poderosa que en aquel instante necesitaba.

El pensamiento en que se condensaban su resolución y designio, parecía clavado, fijo, hundido como una cuña en la hendidura que formaban las dos cejas contraídas. Era aquel un pensamiento firme, y para cumplirlo procuraba el viejo millonario reparar sus fuerzas.

Con exceso habían transcurrido las dos horas de aquella meditación triste, silenciosa, contraída á una idea única y á un intento único también. Jamás la imaginación del banquero hizo labor más simple, aunque tampoco más dolorosa. En la quietud, en la soledad, en el silencio, aquel viejo, padre idólatra, se armaba contra su hija; las fuerzas que estaba restaurando con lenta y calculada porfía, eran para emplearlas en oprimir á la criatura querida, para compelerla, acaso para castigarla...

En los varios relojes esparcidos por los aposentos del hotel, habían sonado las dos de la noche: primero en el del comedor, luego en el del salón, en seguida en el del despacho... Y en medio del reposo que dominaba, aquellos sonidos, unos graves, otros agudos, lentos una vez, otra vez apresurados, oíanse como el grito de alerta que se va alejando de centinela en centinela.

Don Roque se levantó.

No estaban sus fuerzas repuestas, no se había rendido la calentura, el calor no había aliviado el entumecimiento de las piernas. El anciano sentíase otra vez enfermo. Con todo, irguióse su voluntad, dió impetuosa sacudida á su entereza, y el sufrimiento físico fué sometido, acorralado.

El banquero se dirigió á la cámara de su hija.

Ésta no se había acostado. De rodillas estaba en un reclinatorio, ante un cuadro de la Virgen que alumbraba una lamparilla.

Levantóse para recibir á su padre.

—¿Qué haces?

—Rezo por mi pecador.

—Disponte para salir ahora mismo.

—¿A dónde vamos?

—Vienes conmigo.

—¿A dónde, papá?

—¿Te niegas á seguirme?

—He prometido obedecerte. Pero ¿á dónde?...

—Adonde yo he dispuesto llevarte.

Luego el anciano descendió al jardín, llamó á la puerta de la cochera y mandó enganchar la berlina de campo. Subió al escritorio y tomó de la caja un mazo de billetes de Banco. Fué á su cuarto, cogió ropa para su abrigo, después de ponerse un vestido de viaje, y ya terminados estos rápidos preparativos, volvió al cuarto de Blanca.

—Vamos, dijo, parándose en la línea de la puerta.

Blanca estaba ya vestida para marchar.

Miró á su padre, mostrándole al mismo tiempo su rostro demudado, cubierto de una expresión de suprema angustia.

—Voy muriéndome, dijo, pero te obedezco.

El padre le respondió:

—Yo también me voy muriendo.

La berlina aguardaba en la plazoleta, frente al vestíbulo. El anciano y la niña subieron en ella, la verja se abrió rechinando y el carruaje partió por la carretera de Alcalá, perdiéndose á poco entre las tinieblas.

(Continuará).



NUESTROS GRABADOS

DOLCE FAR NIENTE

CUADRO DE FRANCISCO MIRALLES

Entre los pintores españoles que con más verdad y elegancia han sabido presentar en los cuadros los tipos, y en parte también las costumbres de la sociedad parisiense de campanillas, se encuentra el artista catalán don Francisco Miralles. Artista de veras, sabiendo pintar con una verdad admirable y con una distinción encantadora, Miralles no descuida en sus obras de la expresada clase ninguno de los pormenores necesarios para caracterizar bien las figuras que pone en ellas. Al dibujar y pintar á una mujer vestida á la última moda, la modista más quisquillosa no encontraría en su vestido detalle alguno que no estuviese ajustado al último figurín. Entiéndase, según lo hemos indicado, que no por esto olvida el artista catalán las cualidades serias de la pintura, como son un dibujo firme, una ejecución valiente y un colorido armonioso. Todas las pinturas suyas causan un efecto en extremo agradable. La que reproducimos hoy pertenece á este número. Es una escena arrancada de la realidad misma en las inmediaciones de París, en alguno de aquellos pintorescos sitios próximos al Sena que tanto se prestan para el descanso. ¡Qué lindo es en conjunto el cuadro de que hablamos! ¡Con cuánta naturalidad se hallan dispuestos los grupos! ¡Qué simpáticas las figuras colocadas en primer término, sobre todo la donosa niña sentada en la hierba y la noble dama del parasol! El carruaje, que se ve en segundo término, contribuye á redondear la escena y á imprimirle el sello de *parisianismo* que en tanto grado se advierte en esta pintura.

TÁNGER

Véase el artículo *Marruecos*.

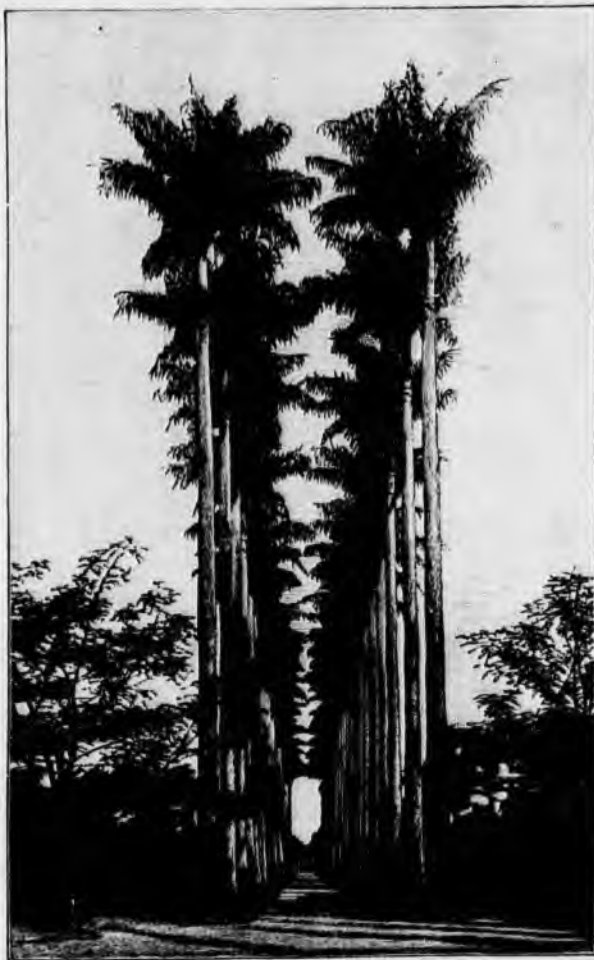
VISTA DE RÍO DE JANEIRO

Damos una vista exacta de la ciudad de la América Meridional, cuyo nombre figura ahora de continuo en los periódicos con motivo de la insurrección acaudillada por el almirante Custodio de Mello. Río de Janeiro, ó

Río, simplemente, como también se la llama para abreviar, es la capital de los titulados Estados Unidos del Brasil, y hasta 15 de Noviembre de 1889 capital del imperio del mismo nombre. Su denominación verdadera es *São Sebastião do Rio do Janeiro*. En 1888 su población, comprendida la capital y arrabales, excedía de 400,000 almas. Los arrabales están construídos sobre playas, de donde la palabra *praías* con que se les designa. Hállase la ciudad junto á la bahía, á la cual da

el nombre y la celebridad. Bajo la influencia de los muchos extranjeros domiciliados en ella ha ido adquiriendo cierto carácter europeo, el que no ha sido bastante á hacer desaparecer las angostas calles que antes formaban toda la capital. Quedan todavía calles sin empedrar, que con las lluvias, frequentísimas en aquella latitud, se convierten en torrenteras y aumentan la humedad del país, húmedo ya por causa del clima. Algo se ha hecho para evitar las malas consecuencias de estas causas, pero la insalubridad de Río de Janeiro es aún muy acentuada. Antes la fiebre amarilla era allí casi endémica, mas ahora, merced á lo que se la ha combatido, no causa de mucho los estragos que producía. No obstante, las epidemias de fiebre amarilla son frecuentes en la bahía de Río y en toda la costa del Brasil. El cinturón de montañas que rodea la población forma como un embudo, en el que la acción del sol se une á la de la humedad. Se calcula que hay 140 días de lluvia al año, 27 de tempestad y que caen 1,123 milímetros de agua. La temperatura media es de

23° 5; en Enero y Febrero, los dos meses más calurosos, llega á 26° 6, y en Julio, que es el más frío, á 20° 8. En 1887 la estadística mortuoria acusó 14,875 defunciones, ó sea la enorme proporción de un 41 por 100. Entre los extranjeros dominan los portugueses de un modo considerable. En la bahía sobresale el elevado cono de la Gaviá, las ondulaciones de *Dous Irmãos* (Dos Hermanos), el Corcovado y por fin al extremo oriental el *Pão d'Azúcar* (el Pan de Azúcar). Todos los viajeros han celebrado la belleza de estos sitios, sobre los cuales dijo Américo Vespuccio: «Si existe en el mundo algún paraíso terrenal, sin duda alguna no puede estar lejano de estos lugares.»



Calle de árboles gigantes en Río de Janeiro

Los bancos anunciadores





M. Brown-Séguard ha presentado recientemente en una de las últimas sesiones de la Academia de Ciencias de Francia un nuevo micrófono perfeccionado, inventado por M. d'Arsonval, quien había ya aplicado en 1878 el micrófono á la percepción de los ruidos musculares. Gracias á este nuevo aparato, que en suma no es más que un micrófono especial y particularmente sensible, se puede percibir en los músculos un ruido particular que indica que se contraen ó que permanecen en el estado de tensión normal. Este ruido puede percibirse en el músculo bastante tiempo después de la muerte. Si se excitan los nervios, éstos transmiten la excitación á los músculos, que la reflejan por medio de un ligero ruido; esto prueba que los nervios tienen vida; esta excitación puede experimentarse hasta diez horas después de la muerte.

Con el micrófono, al revés de lo que indica el micrógrafo, no funciona el músculo por medio de sacudidas, pues produce un sonido mucho antes que la excitación sea suficiente para producir la contracción en masa; la intensidad del sonido es mayor si el músculo está en tensión por medio de un resorte.

En el animal vivo, el ruido muscular aumenta á medida que se pone en tensión el músculo objeto del experimento, y desaparece si se corta el nervio motor ó si se envenena al animal por medio del curare. Dicho ruido no se debe á la circulación de la sangre, puesto que en la rana persiste aún después de la impresión de aquélla.

M. d'Arsonval ha observado que la excitabilidad del nervio puede durar algunas horas después de la muerte. Para demostrarlo basta atar el tendón de Aquiles de un conejo al micrófono y excitar luego el nervio ciático valiéndose de una corriente interrumpida 50 ó 100 veces por segundo. Entonces se percibe como el músculo produce un sonido especial algunas horas después de la muerte. En 1880 M. d'Arsonval pudo percibir dicho sonido en un conejo aún diez horas después de muerto. En repetidos experimentos que ha practicado recientemente en el conejo, en la cobaya y en el perro, la duración de la excitabilidad después de la muerte no ha pasado de tres horas.

Estos experimentos demuestran que el nervio puede obrar sobre el músculo sin que se realice ninguna contracción aparente, y si tan sólo una simple vibración muscular. También ha quedado demostrado con este experimento, que la muerte del nervio es mucho menos

rápida de lo que se creía, y vienen á corroborar, por último, la supervivencia de algunos tejidos observada por M. Brown-Séguard.

La mujer de Sócrates le decía: — ¡Te hacen morir injustamente!—A lo cual repuso Sócrates:—¿Preferirías que fuera justamente?

Algunos soldados lacedemonios contemplaban con admiración unos riquísimos trajes que entre los despojos de los bárbaros se veían, y Pausanias les dijo: — Es preferible valer nosotros mismos un gran precio que poseer objetos preciosos.

Un soldado se apresuró á decir á Leónidas: — Los enemigos están cerca de nosotros.—Leónidas le dijo:— Y nosotros estamos cerca de ellos.

— Calístides es muy dichoso de comer en los suntuosos banquetes de Alejandro, dijeron en cierta ocasión delante de Diógenes. Y éste replicó: — Decid más bien que es muy desgraciado no comiendo ni cenando más que cuando place á Alejandro.

Conversando Agesilas con un extranjero que le manifestaba su sorpresa de que los espartanos vistieran con tanta sencillez y fueran tan sobrios en la comida, le dijo: — El fruto que recogemos de este género de vida es la libertad.

Hallándose Diógenes delante de una estatua le dirigía una plegaria. — ¿Qué hacéis? le dijo uno. Y respondió: — Me ejercito en pedir á los hombres.

Alcibiades tenía un perro de extraordinaria belleza y que le había costado siete mil dracmas. Le hizo cortar la cola á fin de que, decía, teniendo los atenienses un asunto de conversación referente á él no se ocuparan en lo demás de su conducta.

Preguntaron en cierta ocasión á Cariolaos, por qué razón en Esparta las mujeres casadas no salían sin velo, mientras que las solteras no lo llevaban nunca, y respondió: — Porque las solteras han de encontrar marido, y las casadas deben conservarlo.

Vendía uno en una feria un mulo que, aunque arrogante y de buenas señas, tenía el defecto de tirar algunas coces. Antes de ponerle precio quiso informarse un individuo de sus cualidades; pero el marrajo vendedor, protestando decir verdad en todo, lo aseguró de sanidad, ponderando al mismo tiempo lo bien que comía y lo mejor que andaba; sólo tenía el defectillo de ser olvidadizo. Respondió el comprador: — ¿Pues eso qué importa? ¿Quiérole yo acaso para que me gobierne la hacienda, ó vaya á leer en cátedra? Con esto, tratando del ajuste y efectuado el concierto, entregó su dinero, y lleno de gozo con la compra quiso pasarle la mano por el lomo, creyendo le sería agradable aquel agasajo; pero el mohino, que no estaba acostumbrado á dejarse hacer halagos, despidió un par de coces, que por poco no le desbarató los sesos. Quejóse el hombre al vendedor cómo no le había descubierto aquella mala maña; pero él excusábase diciendo: — ¿No avisé á usted de que era olvidadizo? Hábrele dicho mil veces que no tire coces, y acabado de decir al punto se le olvida.

La albumina, ó clara de huevo, mezclada con cal en polvo, da una excelente materia aglutinante, que se seca pronto y es á propósito para componer los objetos rotos. El queso tierno desmenuzado y mezclado con cal sobre un mármol cualquiera, constituye un cemento más sólido que el anterior para juntar piezas de cristal, de porcelana, de piedra y los metales; pero conviene que la cola no sea muy espesa y es indispensable aplicarla inmediatamente, pues en seguida se endurece.

Para marcar la ropa blanca humedézcase el paraje donde se quieren trazar los caracteres con una disolución de una onza de potasa con dos de agua, déjese secar y escríbase en seguida con una disolución de nitrato de plata, seis dracmas de verde de vejiga, media onza de goma arábiga con dos de agua destilada.

Disfruta de tus bienes como si tuvieras que morir al momento y procura ahorrarlos como si debieses vivir. El hombre prudente es aquel que acomodando su conducta á estas dos ideas sabe poner medida á sus gastos y á sus ahorros. — LUCIANO.

El malo es egoísta, puesto que sólo obra en provecho propio; pero el hombre de bien no puede serlo, pues precisamente es honrado porque obra en interés de los demás. — ARISTÓTELES.

Es preferible morir en el ahorro que vivir en la necesidad. — PERIANDRO.

Para la desgracia que nos hiere todos somos igualmente sensibles: el alma encuentra pronto consuelo para las desgracias de los demás. — PÍNDARO.

Ejercítate en trabajos voluntarios, á fin de que puedas luego soportar los que te serán impuestos. — ISÓCRATES.

La lengua que pronuncia palabras deshonestas es el trujamán de un corazón corrompido. — ***



Recreos instructivos

ASTROS... ALBUMINOSOS

No hay que ser mago para adivinar muchas cosas que por estar acostumbrados a verlas consideramos insignificantes, pero cuyas causas no estudiamos hasta que la necesidad nos obliga a ello.

Distinguir por el simple tacto un huevo duro de otro crudo, parece difícil, pero no lo es, teniendo en cuenta que la masa interior del huevo duro forma cuerpo homogéneo con la cáscara, mientras que en el huevo crudo, está nadando la yema en un mar de albúmina contenida por las paredes calcáreas de la cáscara. Así, para cerciorarse de ello, basta tomar un huevo duro y otro crudo, y obligarles a una especie de sport en el alvéolo de un plato bien cóncavo: al cabo de un rato de tan original ejercicio, basta poner los dedos encima de cada uno de los dos huevos de modo que se impida su movimiento, y se notará que mientras el duro se ha detenido por completo, en cambio, dentro de la cáscara de su rival rueda todavía como un astro en la atmósfera el globo de la yema.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

RE-TRO-CE-SO

Al logogrifo numérico:

A L B E R T O
T O R E R O
B E R T A
R E A L
L O T
L A
A
R E
T E A
I E E R
R E T A R
B O L E R O
B A R T O L O

Al rompecabezas:

EL REY QUE RABIÓ

BIFRONTE

Hacia una niña preciosa
de figura angelical,
en *todo*, ciudad famosa,
sentí vehemente *total*.

ANGEL SUERO.

CARTA CHARADÍSTICA

Mi querida *tres primera*,
ayer trajo un *prima dos*
en la *cuatro con segunda*
una cuatro que llegó.
Como estaba en el baúl,
sin duda que allí se hirió
la pobre *prima segunda*
y originó una cuestión;
pues, mi *tercera con cuarta*
casi se me desmayó,
y gritando:—No *dos prima*
esa sangre, me da horror!
la llamó *una dos tres cuatro*
«Doña Miedos y Aflicción»,
y ¡ay *tres prima*! ¡qué jaleo
tan mayúsculo se armó!
Una cuatro defendía
á la *todo* con ardor,

y yo á *tercera con cuarta*,
porque así es mi obligación.
Lo mejor del caso ha sido
que al cuidar al *una dos*
de un modo desatinado,
ha sufrido indigestión,
pues de *una segunda cuarta*
á sus anchas se llenó,
y gracias que al fin no ha muerto
que si no... ¡válgame Dios!
Dos primera Santander
el quince, que allá iré yo,
si es que me dejan en paz
el *primera con la dos*,
prima cuatro, tres y cuarta,
y *todo. Tres prima*,
Adiós.

LEONARDO LÓPEZ, de Villada.

JEROGLÍFICO





UN TRIBUNAL EN MA

CUADRO DE TOMÁS MC



UN TRIBUNAL EN MARRUECOS

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS



MUJER

(CONTINUACIÓN)

IV

CUANDO se mitigó la efusión y se disipó la repentina embriaguez, Ana y Alfonso sintieron una punzada en el espíritu; quedaban en pie dos cosas muy graves: el escándalo y su consecuencia, el duelo.

Alfonso comprendía ya la verdad de los hechos, y reconstruía la comedia representada en la infausta tertulia. Deliberadamente, Ramiro le había marcado con sello profundo de ridiculez y vergüenza. El ademán, bien calculado para que pareciese lo que no era ni podía ser, bastaba: indeleble sobre el hombro casto de su esposa permanecía la mancha oscura. Cien traiciones secretas de Ana no le deshonorarían, y le deshonoraba el inocentísimo y natural movimiento de la señora al volverse risueña hacia Ramiro Dávalos, cuando éste simulaba una familiaridad inconcebible. Lo habían visto; y nadie impediría que, visto, lo contasen, y que, contado, recayese siempre como lluvia de cieno sobre la frente de los dos.

Pasando del salón al tocador, mientras Ana se quitaba sus galas y joyas, y las dejaba con tedio sobre el diván circular, y se ponía aprisa una bata de lana blanca, floja, los esposos trocaban palabras de zozobra y pena, referentes al conflicto.

—No es posible coger persona por persona y enterarlas de lo que hay.

—No, y aunque las enterásemos, no lo creerían, ó harían como si no lo creyesen.

—¡En lo que estriba la buena fama de una mujer! ¿Sabes tú, Fonsín, que es cosa que da qué pensar mucho? Parece una invención sutil para fastidiar al género humano eso de la fama... ¡Fama! Las cosas ciertas, realísimas, tal cual son, sólo el de arriba las sabe.

—Hija, sí, pero en el mundo vivimos, y á sus usos ó sus preocupaciones ó sus tontunas tenemos á veces que allanarnos...

—No digo que no, y con todo... en el caso presente...

Abrochándose los últimos botones de la bata, con los brazos desnudos en las pérdidas

mangas orladas de espumoso encaje, los pies todavía presos en el elegante zapatito gris, Ana se sentó al lado de Alfonso, le puso ambas manos en el hombro, y resueltamente le preguntó:

—¿Qué has tenido tú con Ramiro? Quiero saberlo. Es de rigor que me lo digas.

—¡Ay, Nitís! Déjame en paz... Una historia vieja. Le agravié...

—¿A él mismo?...

—Es igual... A... otra persona... á quien él tenía obligación de defender: para que veas, eso lo reconozco.

—¿A... otra persona? Ramiro es soltero, huérfano de madre... ¿A cuál de las hermanas?...

—¿Qué más da? Yo no debo contarte estas cosas, nena rica...

—¿Que no debes contármelas á mí? Pues se las contarás al Gran Turco... No estamos para bromas: en resumen, tú ofendiste á Ramiro en su hermana... ¿Y él, qué hizo? ¿Te desafió?...

Alfonso volvió la cabeza por no arrostrar los ojos leales de Ana. Sintió que aquellos ojos le miraban desde muy alto.

—No me desafió... al contrario... dijo que esperaría, que aplazaba la satisfacción. ¿Qué te parece de eso?

Ana meditó un poco.

—Me parece tan bien... que por eso solo formo el concepto de que Ramiro Dávalos no es ningún monigote. No quiso que fuese su hermana, sino tu mujer, la que anduviese en lenguas de la gente. Y lo ha conseguido de plano. La jugada es segurísima, Fonso mío; es redonda.

—¡La jugada es de un canalla! exclamó la Cueva levantándose violentamente.

—¡No por cierto! replicó la señora con mayor energía. Hay casos de guerra en que todo es lícito. ¡Caramba! Ya que la sociedad nos ha colocado á las pobres mujeres en tan difícil situación, á los que tenéis encargo de mirar por nosotras no os basta el valor, sino que necesitáis la astucia; tenéis que ser algo así... como generales que sostienen una plaza contra enemigos sin número. Los pecados los castiga Dios, pero el mundo voy viendo que sólo castiga las imprevisiones y las torpezas. ¡Dígalo el caso presente! Yo que nada malo hice, pago las ajenas culpas, y vé tú á convencer al público de que...

—Ni intentarse debe, pronunció sombríamente Alfonso, cuya voz volvió á sonar dura y agria. Sólo un remedio hay para tapan la boca á los murmuradores, que mañana andarán por ahí dando un cuarto al pregonero á cuenta mía y tuya. A bien que no está en Roma el remedio...

—¿Qué remedio es ese? preguntó Ana, ansiosa, inmutadísima, echando los brazos á su esposo.

—¡Bah! Hija, es bufo que esté hablando contigo de estas cuestiones... Necesito dormir, y tú también. Que descanses.

No tuvo tiempo Ana de detener á su marido: tan rápidamente se zafó, y tan á la carrera desapareció por el pasillo que conducía á su despacho y dormitorio, cerrando con llave. La señora llamó á la puerta, primero muy suave, luego fuerte. Silencio dentro. Ana sintió algo parecido á humillación, y recelo de que los criados acudiesen y se enterasen. Agobiada de inquietud y tristeza, volvió á su tocador. Ardían las bujías color de rosa, y un ramo de crisán-temos blancos languidecía al borde de la psiquis. Ana se desnudó maquinalmente, y trocó su camisa de vestir por la de dormir, que la doncella había extendido sobre la cama. Tiritaba, y creyendo que era de frío, se deslizó entre las sábanas y se acurrucó bajo el inmenso edredón de seda. Cerró los ojos, y al punto su valeroso espíritu formuló el problema con precisión terrible. El remedio único y soberano á que Alfonso había aludido, ¿cuál podía ser? Que Alfonso matase á Ramiro ó Ramiro á Alfonso... Si el escándalo de la tertulia era imposible de borrar, la muerte del ofensor ó del ofendido bastaba, según las ideas admitidas en sociedad, para ahogar la risa mofadora y convertir en respeto el desdén... Todo era, en este caso, como en otros muchos, extraño é ilógico, ante el pensador, ante el hombre que raciocina; pero dado

que no había de dirimir la cuestión un individuo que pensase rectamente, sino el conjunto de personas que forman la entidad llamada *mundo*, había que someterse, como á legislación de país salvaje, á la rutina tradicional... En el fondo de la historia latía algo que reclamaba sangre: la falsa apariencia pública respondía de la realidad secretísima, por nadie sospechada: el absurdo tenía su base, y el más paciente y sagaz de los dos enemigos había ganado la partida, pues vivo ó muerto, su honor social, gracias á una aberración de ideas, á un cuerpo de doctrinas anticristianas, quedaba incólume.

De todas maneras, lo secundario era el por qué del duelo á muerte; lo de menos, aquella especie de involuntaria admiración que Ana sentía ante la perseverancia y el acerado temple de alma de Ramiro Dávalos. Lo esencial, que su Alfonso, su marido, su amor, tenía que jugarse la vida, exponer al cañón de una pistola la frente y el pecho, recibir una cuarta de hierro en el corazón tal vez. La idea del peligro se presentó de repente, pavorosa, envuelta en visiones de espanto, que acosaban á Ana por medio de reminiscencias literarias y artísticas, escenas de dramas, tragedias y óperas; veíase cual otra *Valentina* de los *Hugonotes* corriendo á salvar á Raúl; y también un cuadro de pintor contemporáneo, *El duelo interrumpido*, se destacaba ante sus ojos, ó mejor dicho dentro de su fantasía: ella misma, Ana, la hija del opulento Monclares, en traje de baile, descotada, corría con zapatos de raso gris por la hierba húmeda, á la hora del amanecer, hacia un claro del bosque: mientras apretaba el paso, oía con horror dos palmadas, y luego una detonación, repercutida por el eco... Quería gritar, y en su garganta no se formaba sonido alguno... Apresurábase más, jadeando, y sobre la hierba divisaba tendido á un hombre... ¡Qué asombro! No era Alfonso, ¡era Dávalos! una gran placa de sangre se extendía, al lado izquierdo, por la chamuscada camisa... Y Ana, en vez de regocijarse, lloraba, lloraba lentamente, y sus lágrimas se confundían con la sangre y la borrraban, y mientras Dávalos abría los ojos y sonreía y la miraba con adoración, Alfonso recogía cortésmente del suelo un abanico de pluma.

La señora, sudando, anhelosa, se enderezó en el lecho.

—¡Vaya una manera de soñar! ¡Y qué de absurdos! Serenémonos... Hoy, ¿quién duerme en paz? Yo no quiero que á Alfonso me lo maten. No sé lo que haré, pero he de impedirlo. ¡Señor, Dios mío, alumbra mi razón! A él no le pido que no se bata; en primer lugar sería quitarle la serenidad que necesita; y en segundo... verdaderamente ¿qué ha de hacer Alfonso? no va á darle al otro excusas, después de la gracia de anoche. Ni el otro las admitiría... Ni á mí me gustaría que Alfonso las diese... ¿Qué harás, Ana? Pues tampoco es cosa de ir, como en los dramas, muy rebozada en un velo á casa del adversario de mi marido... ¡Sólo faltaría! No perdamos la brújula... Hay un recurso; es muy vulgar, muy chabacano, muy tonto... pero surte efecto... á veces... Por desgracia... aquí no lo surtirá; sólo vale para casos en que no tienen ganas de verse frente á frente los duelistas... Y si Dávalos es vengativo, Alfonso no se ha de quedar atrás en ningún terreno; eso lo sé yo de sobra... Alfonso irá adónde le quieran llevar, é irá de frente; irá al límite. De casta le viene... ¡Un la Cueva!

En medio de su agitación horrible, Ana saboreó cierto pueril orgullo recordando la hidalga alcurnia de su esposo y enlazando esta idea con otras de dignidad y bizarría. Por las cortinas del gabinete contiguo á la alcoba se filtraba tenue rayito de claridad. La señora saltó de la cama, abrió las ventanas, volvió el grifo de su lavabo, y se lavó á chapuz el rostro y los encendidos ojos; recogióse el pelo sencillamente; se vistió un traje de mañana corto, de paño liso; sacó del armario el Eucologio, el rosario y el gran velo de encaje, y se envolvió en él la cabeza, sin dejarlo pasar de los hombros, recogiénolo bajo la garganta con un trébol de rubíes. Había calculado que el velo, colocado así, puede bajarse sombreando la cara, y tapar unos párpados cuyo matiz rojizo delata el insomnio y la aflicción.

Estos preparativos de tocador no se hicieron tan aprisa que los criados no empezasen ya á rebullirse por la casa adelante, y que no se oyese en el patio interior resonar patadas de los

caballos, que el cochero lavaba y almohazaba fuerte, pasos calmosos por el piso bajo y la cocina, y los primeros campanillazos tímidos de los proveedores, que madrugan á fin de no estorbar y dejar entregada su mercancía antes que empiece la faena del aseo de habitaciones y preparativos de almuerzo. La doncella debió de percibir que algo extraño sucedía en el cuarto de la señora: por su parte el ayuda de cámara acudía al del señor, que ya estaba en pie, con batín, pero bien calzado y muy atusado de pelo. «Estas cartas al señor brigadier Antequera y al señorito Donato Cármenes... Ya estás allá. Que les despierten si duermen.»

Regino salió escapado, no sin pensar para su americana:

—¡Vaya un humor y un gesto que se trae hoy mi señorito!

Por su parte la doncella, con el tono de extrañeza de un aya púdica que ve á una *miss* echar los pies por alto, decía á la esposa de Alfonso:

—¿Sale tan temprano la señora? ¿No quiere la señora que enganchen?

—Si quisiera lo mandaría, respondió impaciente la dama, mientras llenaba de dinero la bolsita de felpa y gamuza, y tendía la pierna para dejar abotonar las botas de suela doble. Minutos después bajaba la escalera sin ruido, y llegada á la esquina de la calle, observando que ya no podían verla desde las ventanas de su hotel, llamaba á un simón y saltaba dentro, diciendo al soñoliento auriga:

—A casa del señor Gobernador de Madrid.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).





SILUETAS MODERNAS

EGUILAZ

Su verdadero nombre era Dámaso Martínez. Él lo encontró poco eufónico, y cuando resolvió lanzarse á escribir para el teatro, quiso adoptar otro. Felizmente no tuvo necesidad de grandes combinaciones ni de pedirlo prestado á nadie. Lo encontró hecho en su propia partida de bautismo, es decir, dentro de su misma casa. Como el segundo de sus nombres de pila era *Luis* y el apellido materno *de Egúilaz*, prescindió de *Dámaso Martínez*, y se encontró de la noche á la mañana, convertido en don Luis de Egúilaz, que realmente es apelativo que suena bien en los carteles. El talento del escritor no tardó en darle celebridad.

Había nacido en Sanlúcar de Barrameda, provincia de Cádiz, el año 1830. En el instituto de Jerez de la Frontera estudió segunda enseñanza, y pasó los años de la adolescencia, conservando toda su vida tanto cariño á la rica ciudad andaluza, tan célebre por sus vinos, que muchos le creían jerezano. Casi desde la infancia comenzó á dar pruebas de precoz afición á la literatura dramática, y aún no le apuntaba el bozo, cuando escribió una comedia en un acto intitulada *Por dinero baila el perro*. Ignoro si llegó á imprimirse, pero sé que se representó en Jerez y alcanzó buen éxito. Claro es que la obra no podía ser ninguna maravilla, y que en el aplauso del público tendría no poca parte la precocidad del autor; pero así todo se comprende

que tampoco sería un disparate, cuando hubo cómicos que la representasen y espectadores que la escucharan y aplaudieran.

El presbítero exclaustrado don Juan María Capitán, que era un notable humanista, fomentó y dirigió las aficiones literarias del incipiente poeta, hasta que éste se trasladó á Madrid con el propósito de seguir la carrera de leyes, y sobre todo de lanzarse de lleno al campo de las letras. Estudió en la Universidad central con gran aprovechamiento, y aunque terminó con brillantez su carrera, tengo para mí que no llegó á sacar nunca el título de abogado.

* * *

Paralelamente con los estudios universitarios marchaban las aspiraciones literarias de Eguílaz. En la Universidad podía hacer progresos, porque éstos dependían exclusivamente de su aplicación y su talento; pero en la literatura no se avanza sino con mucha lentitud. No hay carrera, ni profesión, ni oficio en que el aprendizaje sea más duro. No le basta al autor componer una obra y que ésta sea buena. Es preciso hacerla llegar hasta el público, y para conseguirlo necesita valerse de un intermediario, editor, si se trata de un libro, ó empresario si de una comedia. Ahora bien, el editor y el empresario son especuladores, que como arriesgan un capital, necesitan defenderlo. Por más que se clama contra su tiranía, es imposible desconocer que se apoya en motivos muy fundados. Ni uno ni otro tienen por objeto practicar la caridad ni fomentar la literatura, digan lo que quieran en prospectos y programas; los dos se dedican á un negocio lícito, buscan la mayor ganancia posible, y si por añadidura logran enriquecer el arte con alguna obra maestra, no dejan de celebrarlo, pero atendiendo con preferencia al éxito. ¡Ojalá lo consiguieran siempre por el camino honrado y recto, de proporcionar al público grato solaz, sin daño de la moral ni de las buenas costumbres!

Como ni los editores ni los empresarios presumen de literatos, no pueden juzgar la obra que aceptan. Los editores, por regla general, no las leen nunca; los empresarios suelen leerlas ó hacer que las lea persona más ó menos inteligente, sin que esta lectura pueda servir más que para adquirir la certeza de que la producción no es un desatino y encaja en las condiciones de la compañía, pues en cuanto al éxito de las obras teatrales nadie es capaz de adivinarlo hasta que se ponen en escena. Muchas veces fracasan las que hicieron concebir mayores esperanzas, y son estrepitosamente aplaudidas las que se acogieron con más desconfianza.

¿Qué garantía ha de buscar el empresario? Racionalmente no puede ser otra que el nombre del autor. El que acertó una ó muchas veces, tiene probabilidad de acertar de nuevo. Pero es el caso que el principiante no tiene nombre, ni ha acertado nunca; y como es materialmente imposible que un escritor empiece por la segunda obra, es natural que el aprendiz de literato tenga que pasar por un largo y doloroso calvario antes de ver admitida la primera.

* * *

No se sustrajo Eguílaz á esta regla general. A poco de llegar á Madrid comenzó á recorrer los cuartos de los primeros actores y los despachos de los empresarios, que muchas veces no son sino una misma persona, llevando debajo del brazo el original de su comedia *Verdades amargas*, y solicitando lecturas que no obtenía, ó que daban por último resultado desdenes más ó menos encubiertos, y repulsas más ó menos corteses.

Ansioso por oír los primeros aplausos de un público en el que no influyeran, como en el de Jerez, consideraciones de amistad ó simpatías personales, realizó un trabajo, bien ajeno por cierto á su modo de ser y á sus verdaderas aptitudes literarias.

Funcionaba entonces en el teatro del Instituto, que ya pocos recuerdan, una compañía

dramática, que explotaba el género andaluz, bajo la dirección de don José María Dardalla, actor no desprovisto de talento, que ejecutaba á la perfección los tipos de bandidos, gitanos y majos, de aquel repertorio patibulario y canallesco.

Allí acudió Eguílaz, llevando una piecécita en un acto intitulada *Mariana la Barlú*, parodia del drama de Legouv  , *Adriana Lecouvreur*, que por entonces se ejecutaba con grande éxito, traducido por don Ventura de la Vega. La pieza fué representada algunas noches, y en el estrecho local de la calle de las Urosas escuch   por primera vez el poeta la música embriagadora del aplauso.

* * *

No parece sino que aquel barrio de Madrid ejerc   influencia favorable para las aspiraciones de Eguílaz.

A doscientos pasos del Instituto estaba, en la calle de la Magdalena, el teatro de Variedades, que fué, hace pocos años, destruido por un incendio. Incómodo, pequeño, sucio, con butacas forradas de bayeta, que producian el efecto de un sinapismo, aquel coliseo tiene derecho    figurar en la historia del arte. En la suya propia hay páginas brillantes y otras que sólo    título de curiosidad pueden recordarse.

All   la compañía que dirigió el notabilísimo actor don Joaquín Arjona, de la que formaba parte la sin par Teodora Lamadrid, alcanzó lauros, representando notables producciones de nuestros primeros escritores dramáticos; y all  , cuando ya se acercaba al ocaso de su vida y de su gloria, el eminente Julián Romea, al frente de un cuadro de actores en que figuraban la Palma, la Hijosa y la Berrobianco, al lado de Romea (don Florencio), Oltra, Mario y Morales, puso en escena comedias como *El Café*, de Moratín, cuya ejecución no se borrar   nunca de la memoria de los aficionados al teatro.

Y bajando de la esfera más elevada del arte    otra mucho más modesta, hemos de recordar que en el teatro de Variedades se verificó el renacimiento de la zarzuela.

Era empresario el señor Olona, hombre de agudo ingenio y muy entendido en asuntos teatrales, como sus hijos don Luis y don José lo eran en traducir y arreglar comedias al gusto del público. Don Luis compuso la zarzuela en dos actos *El Duende*, que puso en música el maestro Hernando. Represent  se la obra, y aunque no fué mal recibida, tampoco alcanzó el éxito que el empresario deseaba para hacer un buen negocio. Pero aquí del ingenio de Olona. El día de la segunda representación vió desde por la mañana que se vendían pocas entradas, y    media tarde, cuando se persuadió de que la concurrencia será escasa, mand   cerrar el despacho, puso el anuncio de *no hay billetes* y regaló todas las localidades. Durante ocho    diez días repitió la misma maniobra, hasta que por fin el público de buena fe llegó á persuadirse de que la zarzuela tenía mucha aceptación y llenó de veras el teatro. *El Duende* se representó más de cien noches consecutivas.

También en Variedades nació el género bufo, que más valiera que no hubiese nacido, porque ni la moral ni el arte han ganado nada con semejante engendro. Un empresario que no pecaba de escrupuloso, don Francisco Arderius, gran conocedor del público, ech   all   los cimientos de su fortuna representando *El joven Telémaco*, libreto no desprovisto de gracia de brocha gorda, escrito por don Eusebio Blasco y salpicado con una música ramplona por el maestro Rogel.

Por último, en el mismo teatro se verificó la transformación de dar funciones por horas. Una compañía muy subalterna, dirigida por dos cómicos de algún mérito, los señores Vall  s y Luján, después de hacer una tentativa afortunada en cierto teatr  cho que existía en la calle de la Flor Baja, se trasladó al de Variedades, formalizó su empresa y logró, durante muchos años, el favor del público, ejecutando con bastante perfección comedias en un acto.

* *

En el teatro de Variedades, cuya accidentada historia acabo de trazar á grandes rasgos, vió por fin Eguílaz lucir esplendorosa su estrella y formó su reputación en una sola noche.

Recorriendo saloncillos y haciendo antesalas á cómicos y empresarios, sin lograr que su comedia *Verdades amargas* fuese admitida para la representación, ni conseguir quizás que la leyesen los que la rechazaban, tuvo el joven poeta la fortuna de trabar relaciones con don Eugenio de Ochoa, que sin ser un escritor de primer orden era un literato en toda la extensión de la palabra, por su exquisito gusto, su gran erudición y su incansable amor á las letras, de las que fué toda su vida entusiasta propagandista. El bondadoso anciano (pues ya lo era entonces don Eugenio) desempeñaba la dirección de Instrucción Pública, con lo cual está dicho que figuraba entre los personajes, pues ser director en aquella época significaba algo más que ser hoy ministro. Hombre sumamente benévolo, por lo mismo que tenía mucho saber y no poco talento, complacíase en alentar y proteger á los jóvenes principiantes en quienes descubría algunas cualidades. Leyó la comedia de Eguílaz, la encontró digna de ser representada y se propuso conseguir que lo fuese. No le costó poco trabajo, pero al fin, poniendo en la balanza todo el peso de su influencia, logró ver realizado su propósito. El 20 de Enero de 1853 se representó por primera vez *Verdades amargas* en el teatro de Variedades, obteniendo un gran triunfo, no sólo el autor, sino la compañía de Arjona, encargada de la ejecución.

* *

He dicho antes que la reputación de Eguílaz se hizo en una sola noche y así es la verdad.

El poeta desdénado y casi escarnecido antes, fué desde el estreno de *Verdades amargas* el niño mimado de la fortuna. El público le colmó de aplausos, los periódicos, con la sola excepción de alguno redactado por indigesto Aristarco, apuraron el vocabulario de los elogios, y la comedia, como se dice en jerga teatral, *dió mucho dinero*, es decir, obtuvo en Madrid y en provincias gran número de representaciones.

El nombre de Eguílaz voló en alas de la Fama por todos los ámbitos de la Península, y ésta me parece ocasión oportuna para presentar al hombre antes de decir cuatro palabras sobre su obra literaria.

* *

Luis de Eguílaz cuando llegó á Madrid era un muchacho guapo. Sin ser alto, tenía buena estatura y una figura gallarda. Su rostro bastante agraciado perdió muy pronto sus ventajas á consecuencia de las viruelas, que se cebaron cruelmente en él y en su inseparable amigo Diego Luque. Los dos vivían juntos y padecieron al mismo tiempo la terrible enfermedad.

Cuando les conocí habitaban un sotabanco en la calle del Mesón de Paredes, y ya Luis había dado al teatro, además de *Verdades amargas*, el drama *Alarcón* y la comedia *Prohibiciones*. Yo era entonces casi un niño, con pujos de escritor, y miraba, poco menos que con veneración, al poeta celebrado que me parecía, en cierto modo, un ser sobrenatural. Traducía-se mi admiración en frecuentes visitas, que Eguílaz soportaba pacientemente. Hoy, mirando las cosas á través de los años, comprendo que mi asiduidad no dejaría de ser algunas veces molesta. ¡Inconvenientes de la celebridad! En todo caso, como he dicho, es lo cierto que Eguílaz me soportaba, y andando el tiempo, sea porque simpatizasen nuestros caracteres, sea porque los hombres, como las mujeres, acaban casi siempre por rendirse al amor que inspiran, fuimos intimando, y acabamos por contraer una amistad que sólo pudo desatar la muerte.

* *

Tenía Luis de Eguílaz un carácter sumamente retraído. Le costaba mucho trabajo hacer amistades, pero cuando llegaba á contraerlas, era muy consecuente y hasta exagerado en el afecto. Todo lo que hacían sus amigos, militares ó literatos, médicos ó pintores, músicos ó comediantes, diputados ó periodistas, le parecía admirable, y encontraba en él un defensor acérrimo y entusiasta. En cambio solía mostrarse poco benévolo con los que no habían logrado su amistad. Triste, taciturno, misántropo, le he visto sonreír algunas veces, reír abiertamente nunca. Hablaba poco, y aunque tenía gracejo, no era aficionado ni á contar cuentos ni á decir chistes. En esto no parecía andaluz. Formaban su círculo íntimo el popular Antonio Trueba, Carlos Prayía, un periodista moderado de bastante talento que murió joven; Julián y Florencio Romea, Pizarroso, el editor don Alonso Gullón, que administraba sus comedias; el fundador de *El Imparcial*, señor Gasset y Artime; el gobernador que fué de Barcelona, señor Pérez Cossío; el que escribe estas líneas y algún otro. Todos los días á eso de las tres de la tarde salía Eguílaz de su casa, iba al antiguo café de la Iberia, situado en la Carrera de San Jerónimo, se sentaba en la primera mesa de la derecha, detrás de los cristales, y allí recibía las visitas de los amigos, y permanecía hasta que iba anocheciendo. Aquella mesa, donde el insigne poeta tomó tantísimas tazas de café, se consideraba de tal modo como una propiedad suya, que todos los concurrentes al establecimiento la respetaban. Cuando murió Eguílaz, el dueño hizo pintar en la pared sobre el asiento que generalmente ocupaba, una corona de laurel con la pluma y los atributos de la comedia, sujetos por un lazo de crespón negro. Allí estuvo aquel delicado recuerdo hasta que la casa fué derribada. Por las noches, si había función en el teatro, iba al cuarto de Julián Romea, donde pasaba toda la velada. Si el teatro estaba cerrado no salía de casa.

* *

Al hablar de los amigos de Luis de Eguílaz he omitido de propósito el nombre de Diego Luque, porque éste era más que su amigo, y, estoy por decir, más que su hermano.

Luque es jerezano, conoció á Eguílaz en la adolescencia y le consagró desde luego una amistad que no se ha desmentido nunca. Hasta tal punto llegaron á identificarse que no se concibe al uno sin el otro, y sus dos personalidades se completaban. Juntos vivían, y eran comunes en ellos las alegrías y los pesares, el bolsillo y las amistades, las antipatías y hasta los pensamientos. Como he dicho antes, los dos padecieron al mismo tiempo las viruelas y los dos quedaron igualmente desfigurados á consecuencia de la enfermedad.

Teniendo sobradas cualidades para brillar con luz propia en el mundo literario, como lo prueba su novela *La dama del Conde-Duque*, publicada cuando aún era muy joven, prefirió el escritor jerezano eclipsarse por completo y poner al servicio de Eguílaz toda su inteligencia, como había puesto todo su cariño.

Hombre de muy buen gusto y gran conocedor del teatro, tengo para mí que Luque fué colaborador de Eguílaz. No sé si materialmente le ayudaba á escribir las obras, pero esto á mi juicio sería lo de menos. Lo que tengo por seguro es que los dos las pensaban y planeaban de común acuerdo. Después de escrito el último verso la personalidad del poeta casi desaparecía, y entraba en funciones la de su amigo, que se entendía con los empresarios, cuidaba de disponer la época en que habían de representarse y tomaba parte principalísima en los ensayos. Cuando llegaba el día de la primera representación convertíase en jefe de *claqué*, y no he conocido á nadie que desempeñara con más inteligencia tan difícil cometido. Obra dramática que Luque tomara bajo su protección, tenía vencida la mitad de las dificultades para alcanzar un

gran éxito. Si fuera francés y hubiese querido dedicarse á jefe de *alabarderos*, las empresas teatrales se hubieran disputado sus servicios y hoy tendría una gran fortuna. Dadas estas cualidades, no hay que decir si pondría en juego todos sus recursos, cuando se trataba de comedias de Eguílaz, que miraba como propias, y quizás lo eran en parte.

Ejercía sobre el autor de *Verdades amargas* una amistosa tiranía, algo así como una tutela, de que el poeta, que fué toda su vida un niño grande, tenía mucha necesidad. Luque, sin serlo demasiado, era algo más práctico que su camarada en las cosas de la vida, y le prestó siempre el inapreciable servicio de ocuparse por él en las enojosas cuestiones de intereses. Aun, así y todo, hay que reconocer que los dos amigos eran muy malos administradores. Eguílaz ganó bastante, vivió siempre pobremente, no tenía ningún vicio y jamás tuvo dinero. Vestía con modestia rayana en desaliño. En verano un traje siempre negro que llevaba hasta dejarlo raído. Al principio del invierno se ponía la capota con que aparece en el retrato, y no se la quitaba hasta la primavera. Es el último y el único español que llevó esta prenda, hasta que pasó á mejor vida. El pintor le representó con ella en el telón de boca del teatro de la Comedia. Hizo perfectamente. La capota formaba parte integrante de su persona. No se concibe cómo viviendo de este modo y logrando ingresos relativamente considerables luchó todavía con dificultades económicas. Débese indudablemente este fenómeno á que ni él ni Diego Luque brillaban por sus talentos financieros, y sospecho que cuando contralaban una deuda, ya no lograban verla extinguida, aunque la pagaran seis ó siete veces. Tal eran de ruinosos los contratos que aceptaban.

*
* *

Como todos los hombres de corazón sano, Eguílaz era muy agradecido. Podía olvidar los agravios, pero no olvidaba jamás los beneficios que recibía.

La memoria de don Eugenio Ochoa, á quien debió la representación de su primera comedia, fué para él siempre sagrada, y el mismo sentimiento de gratitud dedicó toda su vida á los que más ó menos directamente le habían favorecido en alguna ocasión.

Antonio Trueba contó en un escrito muy sentido, á poco de la muerte del poeta, uno de sus rasgos que merece ser consignado.

Cuando ya Luis se acercaba al fin de su vida fué una noche á su casa el autor del *Libro de los cantares*, y comenzó á leer un artículo que destinaba á *La Ilustración Española y Americana*, comentando en tono humorístico el discurso que valió al señor Echegaray la cartera de Fomento.

Aunque Trueba no tenía hiel, y es de presumir que su trabajo pecara poco de sangriento, no dejaba de ridiculizar aquello de la cabellera, que Echegaray decía haber encontrado, en un sitio donde suponía que estuvo el quemadero de la Inquisición, cuando en realidad no hubo allí en ningún tiempo más que un muladar. Eguílaz le escuchó en silencio, y cuando vió terminada la lectura preguntó á Trueba:

—¿Sabes cómo entré yo en el cuerpo de Archiveros Bibliotecarios?

Trueba sabía que el poeta desempeñaba un cargo en aquel cuerpo, pero nunca se le había ocurrido preguntar cómo lo obtuvo.

Entonces Eguílaz refirió que, encontrándose mal de intereses, porque los productos de las comedias habían disminuído mucho en los tiempos de la revolución, se resolvió á escribir á Echegaray, á quien no conocía, confiándole el secreto de sus apuros y rogándole que hiciera algo por mejorar su situación. La respuesta del ministro, pues ya lo era el que todavía no se había dado á conocer como gran poeta dramático, no se hizo esperar más que veinticuatro horas. Aprovechando la circunstancia de que el reglamento de dicho cuerpo reservaba entonces algunas plazas para los literatos que se hubieran distinguido, confirió al poeta una,

dotada con seis mil pesetas de sueldo, y le envió la credencial acompañada de una carta cariñosísima.

A medida que Egúilaz, con verdadera emoción, hacía este relato, Trueba iba rompiendo sus cuartillas en menudos pedazos, y cuando el uno acabó de hablar y el otro de romper, los dos se confundieron en estrecho abrazo.

He querido recordar este episodio porque honra igualmente á Echegaray, á Egúilaz y á Trueba.

* * *

No logró el poeta, como acabo de decir, eximirse de esa fatalidad que condena á casi todos los españoles á ser empleados.

Él lo fué poco tiempo.

El destino que le dió el señor Echegaray lo desempeñó solamente tres ó cuatro años, ó sea hasta el 74 en que ocurrió su fallecimiento.

Antes el señor González Bravo, que tenía con él relaciones de amistad y le debía el favor de haberlo tenido oculto en su casa el tristemente célebre 22 de Junio de 1866, le había nombrado delegado del gobierno cerca de la compañía de seguros *La Nacional*.

Este destino le duró próximamente dos años.

* * *

Aunque mi propósito al escribir estas siluetas sea dar á conocer á los hombres y no hacer el estudio crítico de sus obras, he de decir, antes de dejar la pluma, solamente cuatro palabras sobre las comedias de Luis de Egúilaz.

El poeta que tuvo tan grande y repentina celebridad ha sido ya poco menos que relegado al olvido, por cierto con notoria injusticia.

Hoy la moral de sus comedias ha sido declarada casera y cursi por algunos sabios que guardan todos sus entusiasmos para las obras naturalistas, entendiendo por tales las que sólo retratan mujeres perdidas y hombres dignos del presidio, como si las costumbres de las gentes honradas y decentes no fueran tales costumbres, y no tuvieran bellezas ó no fuesen dignas de que se emplearan en retratarlas la pluma de los poetas.

Es como si los pintores buscaran exclusivamente sus modelos en las clínicas de los hospitales y se decidiese que las personas sanas y robustas no merecen los honores de que el pincel las reproduzca.

Egúilaz no consagró su talento á pintar enfermos. Sus comedias, especialmente las mejores, que son á mi juicio *Verdades amargas*, *Los soldados de plomo* y *La cruz del matrimonio* muestran una marcada tendencia moralizadora, en que el talento del autor le hizo evitar siempre el escollo del sermoneo. Especialmente las dos últimas tienen el inapreciable mérito de que con asuntos sencillísimos y muy pocos personajes, sin ninguna situación violenta, sin recursos de relumbrón, entretienen y conmueven, dejando en el ánimo del que las escucha una sensación agradable y una lección provechosa.

Egúilaz profesaba la creencia de que el teatro puede y debe ser escuela de costumbres. Tal vez se equivocaba, por lo menos en cuanto al alcance de las lecciones que se dan desde el tablado, pero hay que reconocer que su error era generoso y procedía de un espíritu recto y un corazón noble.

Habilísimo en disponer los argumentos y preparar situaciones de efecto, logró componer dramas tan conmovedores como *La vaquera de la Finojosa*, y zarzuelas tan interesantes como *El salto del pasiego* y *El molinero de Subiza*.

Su versificación era poco fluida, pero en cambio estaba cuajada de pensamientos elevados, expresados con propiedad, de suerte que siempre se grabarán en la memoria del público como otras tantas sentencias.

Cuando pintaba personajes históricos, sabía encontrar los acentos más nobles y los movimientos más adecuados. *Las querellas del rey sabio* lo demuestra.

*
* *

El día 21 de Julio de 1874 falleció el poeta, á la temprana edad de cuarenta y cuatro años, después de larga y penosa dolencia, que soportó con resignación cristiana.

Sólo dejó en el mundo la memoria de sus virtudes y una niña de corta edad, habida en su matrimonio con la señora doña Rosa Renard, de apellido ilustre en las letras catalanas, con quien casó en una de sus excursiones á Barcelona.

Las dichas del matrimonio fueron para Eguílaz fugaces, porque su esposa falleció antes que él, cuando apenas había terminado su luna de miel.

¡Dios los tenga en su seno!

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.





CAZADORA CON HALCÓN.—CUADRO DE L. SORIO



MI ÁLBUM

EN UNA PANDERETA

PARA llevarte un recuerdo
de las costumbres de España
á la aterida Polonia
donde lloras por tu patria,
una alegre pandereta
por álbum fino me mandas,
tú, no mujer, más bien lirio,
rosa de thé, rosa blanca.

Por agradarte ¡oh mi reina!
corto un tallo de albáhaca,
cojo un nardo de una reja,
de una mantilla una franja,

de una corrida una moña,
una concha de una jarra,
un metálico platillo
de una andaluza parranda,
de un pañuelo de Manila
el fleco color de grana,
y haciendo que el sol brillante
sobre ellos vierta su llama,
de la alegre pandereta
los pongo entre las sonajas,
amarrados por la fibra
de una cuerda de guitarra.

A UNA FUENTE MEDICINAL

Una región deliciosa
hay en el centro de España;
es Noblejas la preciosa,
y hay cerca de ella y de Ocaña
una fuente milagrosa.

En *Los Llanos*, que atraviesa
el Tajo con su hermosura
y los arrulla y los besa,
existe una inmensa altura
que con nubes se empavesa;

y en su ladera, en que choca
el río al ir resbalando
y las ramas verdes toca,
de las grietas de una roca
bajan mil gotas brillando.

Es la fuente cristalina
llena de rara virtud
á quien llamara divina
porque su seno ilumina
con el sol de la salud.

Bajo el ramaje frondoso
que le tiende verde toca,
vela el manantial precioso,
como en un ara de roca,
el milagro prodigioso.

Tiemblan á la luz del día
los claros hilos formando
musical algarabía,
y van las gotas cantando
un poema de alegría.

Bebed en esa corriente
que se desata entre abrojos,
que en su cristal transparente
retrata el cielo su frente
y Dios retrata sus ojos.

Bebed de esa vena rota,
enfermos de alma afligida,
bebed del agua que brota,
¡que va un minuto de vida
palpitando en cada gota!

EL TEATRO REAL

Ya la legión del arte detrás del amplio foro,
—*Hernani, Traviata, Ofelia, El Trovador...*—
sus túnicas se ciñen de púrpura y de oro
para salir cantando sus penas ó su amor.

Lohengrin, el caballero de la triunfante espada,
requiere el duro acero por la invencible cruz,
y viene sobre un cisne de pluma inmaculada
rasgando el haz del agua como un cendal de luz.

Norma en pasiones arde y á combatir se apresta
los daños que terribles se fraguan en su mal,
y deja oír en medio de la grandiosa orquesta
la exótica y vibrante campana de metal.

Ensaya *Rigoletto* la carcajada loca,
del rey, á quien divierte, como vasallo fiel,
y al par que salta y fluye la risa de su boca,
sobre sus labios tiemblan las lágrimas de hiel.

Y la infeliz *Lucia* con frases de ternura,
ó arrebatada y ciega, perturba su razón,
y lanza de sus labios el vals de la locura
mezclando en un diluvio de notas su pasión.

Enérgico en sus ímpetus, el indomable *Otelo*
abriga ante *Desdémona* la duda pertinaz
y quiere con sus iras estremecer al cielo
lanzándose á un tormento más negro que su faz.

Sonámbula inocente suspira sin fortuna
y en alas de la noche derrama su canción,
visión enamorada de un rayo de la luna,
sutil y vaporosa como una aparición.

La pura *Margarita*, que á la traición se fia,
mira las ricas joyas feliz resplandecer,
y ofusca su alma virgen la ardiente pedrería,
y «¡Enrique, Enrique!» exclama ya próxima al no ser.

Carmen las castañuelas repica alborozada
y sabe aires de España cantar con dulce son,
y entre el amor y el vinc, su vida disipada
comparte con toreros que excitan su pasión.

Rindiendo el alma bella cual místico tributo
y despreciando todo lo que su gloria fué;
—«¡*Io credo in Dio!*» canta valiente *Poliutto*
ardiendo en una hoguera de anhelos y de fe.

Selika vela el sueño de Vasco valeroso
y como madre al niño le entona su cantar,
y mueve el abanico espléndido y sedoso
para que á gusto pase las horas del soñar.

Rossina, la gallarda, la alegre, la graciosa,
habla con *Almaviva* de picaresco amor,
y vence á la guitarra brillante y melodiosa
de su adorada charla con el gentil primor.

Todos los personajes que concibió el ingenio
é hicieron los poetas surgir de lo idéal,
pasan entre las luces del lírico prosenio
hablando con las notas del músico inmortal.

En las doradas noches, á veces se oye inquieta
la voz que tierna exhala su amor grande y sin fin;
¡es el feliz *Romeo* que canta con *Julieta*
la escena de la alondra, la escala, y el jardín!

SALVADOR RUEDA.



EL ORO DEL RHIN

PRÓLOGO DE LA TRILOGÍA

EL ANILLO DE LOS NIBELUNGOS

POR

RICARDO WAGNER

(CONTINUACIÓN)

ESCENA TERCERA

Al fin, á lo lejos y en direcciones diversas, brilla un resplandor rojizo hasta hacerse visible una caverna subterránea, que no se descubre al principio, y limitada por todos lados en su desembocadura por capas estrechas de peñascos.

Alberico, tirando de las orejas á Mimo, que grita, se presenta por una de las galerías laterales.

ALBERICO

¡Hola! ¡hola! ¡aquí! ¡aquí, enano bribón! A pellizcos vas á morir á mis manos, si no obedeces la orden que te di de labrarme con esmero ese oro á la hora señalada.

MIMO

(Aullando) ¡Ay! ¡ay! ¡ay de mí! ¡Suéltame! ¡Hecho está lo que mandaste, y con harto trabajo y sudor mío; pero deja en paz á mis orejas.

ALBERICO

(Soltándolo). ¿Por qué tardas, pues, en enseñármelo?

MIMO

Temía, pobre de mí, que le faltara algo.

ALBERICO

Pero ¿qué puede faltarle?

MIMO

(Perplejo). Aquí... y allí...

ALBERICO

¿Qué es eso de aquí y de allí? ¡Dame tu obra! *(Intenta de nuevo agarrarlo de las orejas: Mimo, asustado, suelta un artefacto metálico que ocultaba penosamente con*

sus manos. Alberico lo levanta en seguida del suelo, y lo examina con atención. ¡Escúchame, bribón! Se ha hecho cuanto ordené, así en lo forjado como en los detalles. ¿Te proponías, oh bellaco, engañarme? ¿Intentabas apropiarte esa preciosa joya, que mi habilidad te ha enseñado á labrar? ¿No te conozco, acaso, estúpido ladrón? *(Pónese, á modo de yelmo, la pieza de metal labrada).* Ajústase el yelmo á mi cabeza; ¿si mostrará también su mágico poder?... ¡Noche y niebla, hazme invisible! *(Desaparece y ocupa su lugar una columna de niebla).* Hermano, ¿me ves?

MIMO

(Que se vuelve sorprendido). ¿En dónde estás? Yo no te veo.

LA VOZ DE ALBERICO

¡Pero vas á sentirme, bribón, torpe y redomado! ¡Toma, por tu inclinación á apropiarte lo ajeno!

(Mimo grita y se retuerce al recibir algunos latigazos, cuyo sonido se oye, permaneciendo el látigo invisible).

LA VOZ DE ALBERICO

(Riéndose). ¡Gracias, imbécil! ¡Bueno es tu trabajo! ¡Viva! ¡viva! ¡Prostérnense todos los nibelungos delante de Alberico! Ahora estaré en todas partes para vigilarlos; renunciad ya á la huelga y al reposo; trabajaréis en su provecho sin notar su presencia, y sin verlo, él os verá á todos. Siempre viviréis sometidos á su voluntad. ¡Victor! ¡Victor! ¡Oído! ¡ya se acerca el señor de los nibelungos!

(La columna de niebla desaparece en el fondo: se oyen á lo lejos, siempre más distantes, las voces y las amenazas de Alberico: gritos y aullidos les responden desde las cavernas inferiores, desvaneciéndose al cabo en lontananza y gradualmente. — Mimo parece abrumado por el dolor: sus sollozos y lamentos llegan á oídos de Wotan y de Loge, que bajan de una de las cavernas superiores).

LOGE

Aquí está Nibelheim: llamaradas y centellas brillan en el espesor de la niebla.

WOTAN

Aquí se lamentan á gritos. ¿Qué es eso, que hay allí entre aquellas piedras?

LOGE

(Que se inclina hacia Mimo). ¡Es extraño! ¿Por qué gimes aquí?

MIMO

¡Oh! ¡oh! ¡Ay! ¡ay de mí!

LOGE

¡Vamos, Mimo, ámate! Enano, ¿qué motivo poderoso te obliga, contra tu voluntad, á exhalar esas quejas?

MIMO

¡Déjame en paz!

TOMO III. — 87.

LOGE

Tal es mi deseo. Y favorecerte más de lo que piensas. Oyenos, pues; en tu ayuda vengo, Mimo.

MIMO

(Levantándose lentamente). ¿Quién ha de ayudarme? Oblígame fuerza incontrastable á obedecer á mi caro hermano, de cuyas redes no puedo escapar.

LOGE

¿Qué poder, oh Mimo, le ha dado ese privilegio?

MIMO

Alberico, tan sagaz como hábil, ha hecho labrar un anillo reluciente con el oro del Rhin; asustados y temblando, somos víctimas del poder de sus encantos, sobrados, por desgracia, para trocarnos en esclavos, á cuantos formamos en el ejército nocturno de los nibelungos... Artífices alegres, labrábamos antes á nuestro albedrío algunas joyas para adornar á nuestras esposas, ó juguetes, preciados por su belleza, para recreo de los nibelungos: nuestra labor servíanos tan sólo de distracción y de solaz. Y ahora, el perverso, nos mantiene á la fuerza sumidos en esas cavernas, trabajando sin descanso y siempre para él. Avaro y codicioso, emplea el anillo de oro en descubrir nuevas venas de ese metal en el seno de la tierra. Nosotros rebuscamos, removemos y cavamos para encontrar y fundir minerales, y labrar lo fundido, amontonando para nuestro señor, sin dormir ni descansar, tesoros sin cuento.

LOGE

Tu pereza ¿suscitó hace poco su cólera?

MIMO

Á mí, desventurado, me distinguió entre todos para extremar sus rigores. Mandóme labrarle un yelmo, explicándome con toda puntualidad los pormenores más insignificantes de mi obra. No se me ocultó el poder temible y misterioso del trabajo que me había encargado. Deseaba emplearlo, y aprovechar así el yelmo como su encanto misterioso, en sacudir las cadenas con que me sujetaba Alberico... ¡Quién sabe, sí, quién sabe si hubiese logrado vencer en sagacidad á ese tirano, someterlo á mi albedrío, y, hurtándole el anillo, trocar su osadía en servilismo, y ser yo libre y señor, y él mi esclavo!

LOGE

Pero ¿cómo no fuiste bastante avisado para apropiártelo?

MIMO

¡Ay de mí! ¡Porque yo, artífice de esa obra, no logré descubrir el poder mágico que atesoraba! Quien me ordenó ese trabajo, arrancándolo de mis manos, me lo reveló al cabo, pero demasiado tarde, por desgracia. El encanto estaba vinculado en el yelmo, púsoselo y desapareció de mi vista, y sólo conocí su presencia

sintiendo los golpes repetidos que su brazo descargaba en el misero ciego. Ya veis cuán generoso es el pago que da á la labor de este estúpido. (*Revuélcase aullando. Ríense los dioses*).

LOGE

(*A Wotan*). Confesarás, pues, que no es fácil empresa la captura que intentamos.

WOTAN

Sin embargo, si tu sagacidad me ayuda, sucumbirá el enemigo.

MIMO

(*Cuya curiosidad, excitada por las risas de los dioses, le induce á mirarlos atentamente*). ¿Pero quiénes sois, oh extranjeros, que me hacéis tales preguntas?

LOGE

Somos tus amigos, y venimos á librar de su esclavitud al pueblo de los nibelungos. (*Oyense de nuevo las voces y el tumulto, ocasionados por Alberico que se acerca á la escena*).

MIMO

¡Cuidado! ¡Alberico se aproxima!

WOTAN

Aquí lo aguardamos.

(*Siéntase tranquilamente en una piedra, y Loge á su lado. — Alberico, que se ha quitado el yelmo de la cabeza, colgándolo del cinto, acosa á latigazos á muchos nibelungos, que desembocan de una caverna baja y profunda: todos vienen cargados con obras de plata y de oro, que amontonan, formando con ellas apretado haz en presencia de Alberico, que les prodiga insultos y burlas*).

ALBERICO

¡Aht! ¡así! ¡bien está! ¡Rebaño de holgazanes, depositad en tierra ese botín y amontonad vuestras obras! ¡Pronto, pronto! ¡apresuraos todos! ¡Dejad ahí vuestros trabajos, canalla despreciable! ¿Habré yo de ayudaros? ¡Todo, todo ahí! (*Observa de repente á Wotan y á Loge*). ¡Hola! ¿quién está ahí? ¿Quién ha penetrado en estos parajes?... Dí, Mimo, harapiento bellaco, ¿has hablado acaso con esos dos vagabundos? ¡Vete de aquí, flojo! ¿Querrás irte de una vez á fundir y labrar el metal? (*Azotándolo con el látigo, obliga á Mimo á refugiarse entre sus compañeros*). ¡Ea, á trabajar! ¡Largo de aquí todos! ¡abajo en seguida! ¡Extraedme el oro de las venas recién descubiertas! ¡El látigo os visitará con frecuencia, si no caváis con ardor! ¡Mimo ha de responderme de todos vosotros sin excepción, y, si no lo hace, pronto conocerá cuánta es la fuerza de mi brazo! ¡Sabed que estaré en todas partes sin sospecharlo nadie, cómo, según creo, le consta con toda evidencia!... ¿Dudáis todavía? ¿qué aguardáis, pues? (*Quítase el anillo del dedo, lo besa, y lo presenta con aire amenazador*). ¡Obedeced y temblad, rebaño de siervos! ¡Obedeced sin

réplica! ¡Pronta sumisión ordena el anillo de vuestro señor! (*Los nibelungos, gritando y aullando, y Mimo con ellos, se separan unos de otros, y se hunden en todas direcciones en las galerías*).

ALBERICO

(*Acercándose de mal talante á Wotan y á Loge*). ¿Qué buscáis aquí?

WOTAN

Extrañas nuevas llegaron hasta nosotros de la región tenebrosa de Nibelheim. Declase que Alberico hacía en ella grandes portentos. La curiosidad, pues, nos ha traído aquí á ser tus huéspedes.

ALBERICO

La envidia os ha aconsejado venir á Nibelheim; creedme, conozco bien á mis nuevos huéspedes.

LOGE

¿Me conoces bien, enano infantil? Dime ahora: ¿quién soy yo para que me ladres así? Cuando te encontrabas encogido y helado en un agujero, ¿quién te dió luz y fuego consolador sino Loge, que se acordó benévolo de tí? ¿De qué te servía tu fragua, si no la encendiera yo? Primo tuyo soy, y te probé entonces mi amistad. Generosamente me la pagas.

ALBERICO

Loge, astuto personaje, goza ahora y sonríe en la región de la luz. Si eres tú allí amigo tan falso, como un tiempo lo fuiste mío, alégrome por mi vida, porque nada temeré de los que habitan allá.

LOGE

Si es así, según presumo, te fiarás de mí.

ALBERICO

Tu perfidia, no tu fidelidad, me tranquiliza... Pero sea lo que fuere, á todos os desafío sin temor.

LOGE

Grande será tu poder, si te infunde tamaña osadía: tu fuerza, sin duda, será casi incontestable.

ALBERICO

¿Ves tú ese montón que mis siervos han levantado?

LOGE

Ninguno ví tan digno de envidia.

ALBERICO

Es sólo el de hoy. Poca cosa, en verdad, pero sin término ni medida será después con el tiempo.

WOTAN

¿Qué bienes te traerán esas riquezas en esta región desolada de Nibelheim, en donde nada puedes comprar con ellas?

ALBERICO

Las tinieblas de Nibelheim se prestan á crear riquezas y á conservarlas; sin embargo, yo pienso hacer maravillas con las acumuladas en estas cavernas. El mundo entero será mío.

WOTAN

¿Cómo empezarás tú esta empresa, buen amigo?

ALBERICO

Con mis manos llenas de oro aprisionaré á todos vosotros, que allá arriba amáis y gozáis y vivís respirando gratas brisas. Como yo he renunciado al amor, así os veréis privados de todo lo que vive, y, seducidos por el oro, la avaricia os hará á su vez delirar. En esas deleitosas alturas, y meciéndoos con todo linaje de bienandanzas, sois unos libertinos empedernidos, que despreciáis al negro enano... ¡Alerta, pues, alerta!... Cuando vosotros los esposos seáis esclavos de mi poder, á vuestras bellas cónyuges, que me desdijeron, siendo libre... transformará el enano en instrumentos de sus juegos, ya que el amor le está vedado.. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¿Os bien lo que digo? ¡Alerta os repito! ¡Guardaos del escuadrón nocturno, cuando los tesoros del nibelungo aparezcan á la luz del día, abandonando las cavernas, en donde yacen.

WOTAN

(*Levantándose de repente*). ¡Así perezcas para siempre, ave repugnante de mal agüero!

ALBERICO

¿Qué dices?

LOGE

(*Interponiéndose entre los dos*). ¡Sé prudente! (*A Alberico*). ¿Quién no ha de maravillarse al conocer la obra portentosa de Alberico? Si logras alcanzar con tu tesoro lo que se ha propuesto tu sagacidad singular, no podré menos de declararte todopoderoso. La luna y las estrellas y el sol resplandeciente han de verse forzados á hacer tu voluntad... Paréceme, sin embargo, que antes te conviene disipar la envidia que has de suscitar en los nibelungos, instrumentos al fin de tu riqueza. Tu pueblo tiembla y se estremece, cuando tú, lleno de confianza, tocas siquiera á tu anillo; pero si un ladrón, aprovechándose de tu sueño, te lo roba con astucia, ¿qué serás entonces tú, y de qué te servirá tu prudencia?

ALBERICO

Loge se estima el más astuto y piensa que los demás son siempre torpes é ignorantes; si yo necesitara de sus servicios y de sus consejos, que hartos caros me los vendería, ¡con qué gozo oiría hablar de ese ladrón!... Yo fui el inventor de ese yelmo encantado, y Mimo, el más hábil artífice, lo labró para mí: ese yelmo, á mi albedrío, me convierte en seguida en la forma que elijo, y nadie me ve, aunque me busque con afán, y me hallo en todas partes invisible. Así, pues, ¡oh amigo solícito y diligente!

para nada te necesito, y me tienen sin cuidado tus temores.

LOGE

Mucho he visto yo; no hay maravilla que me sorprenda; pero la verdad es que, como esta tuya, no he encontrado hasta ahora ninguna. No puedo creer en ese encanto incomparable, porque, de ser posible, sería también eterno tu poder.

ALBERICO

¿Imaginas, acaso, que yo miento y me vanaglorio como Loge?

LOGE

Digas lo que quieras, cuido de tu obra ¡oh enano! mientras no presencien mis ojos sus efectos.

ALBERICO

Este necio, tan hinchado con su suficiencia, habrá al fin de reventar. La envidia te atormenta: ¡dime! ¿bajo qué forma quieres que me presente á tí?

LOGE

En la que quieras. Mi asombro me hace enmudecer.

ALBERICO

(*Poniéndose el yelmo*). «¡Reptil gigantesco; arrástrate enroscando tus anillos!» (*Desaparece en seguida, y una serpiente monstruosa se arrastra por el suelo en el lugar que antes ocupaba: con la cabeza levantada y con las fauces abiertas se acerca á Wotan y á Loge*).

LOGE

(*Fingiéndose el mayor espanto*). ¡Qué horror! ¡Serpiente descomunal! ¡no me ahogues por tu vida! Perdona compasiva á Loge.

WOTAN

(*Riéndose*). ¡Bien, Alberico! ¡Bravo, amigo sagaz! ¡Qué pronto se transformó el enano en portentoso reptil! (*Desaparece la serpiente, y se presenta de nuevo Alberico en su verdadera forma*).

ALBERICO

¿Qué tal? ¿me creéis ahora, á pesar de vuestro saber?

LOGE

Mi temblor te lo dirá. Pronto te trocaste en serpiente de tremenda magnitud; y, habiéndolo visto, he de creerlo. Sin embargo, como puedes crecer ¿te es dable también convertirte en otro animal pequeño y mezquino? Y no deja de ser importante, porque á ése le es más fácil huir de los peligros. ¡Casi imposible se me antoja á mí!

ALBERICO

¿Casi imposible? porque no sabes de esto una palabra. ¿A qué tamaño quieres que me reduzca?

LOGE

Al del hueco estrecho en donde el sapo se refugia cuando tiene miedo.

ALBERICO

¡Bah! nada más hacedero. Mira con atención. *(Pónese de nuevo el yelmo)*. «¡Arrástrase el sapo pardusco y contrahecho!» *(Vuelve a desaparecer, los dioses ven entre las piedras un sapo, que se acerca hacia ellos)*.

LOGE

(A Wotan). Coge en seguida ese sapo. *(Wotan pone su pie sobre el sapo; Loge lo agarra por la cabeza, y se apodera del yelmo)*.

(Concluirá).

ALBERICO

(Que aparece otra vez en su forma verdadera, retorciéndose bajo el pie de Wotan). ¿Qué es esto? ¡Maldición! ¡soy tu prisionero!

LOGE

¡Firme con él hasta que yo lo sujete! *(Saca una cuerda de corteza y sujeta con ella los brazos y las piernas de Alberico, y ya sujeto y resistiéndose lleno de ira, llévanselo los dos, saliendo con él de la caverna por el mismo lugar por donde bajaron)*.

LOGE

¡Arriba con él! ¡Allí es nuestro! *(Desaparecen, viéndoseles subir)*.

Traducido del alemán por
E. DE MIER.



MARRUECOS

FOR

EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

La inmensa mayoría sólo lleva encima una holgada capa blanca, y sin embargo, ¡cuánta variedad ofrece la manera como la visten! Quién la lleva abierta, quién cerrada, éste echada á un lado, aquél sobre el hombro, estotro recogida, el de más allá suelta, pero todos puesta con garbo, con pliegues variados y pintorescos, cayendo en líneas fáciles y severas, como si la hubiese arreglado, ó mejor, cual quisiera saber arreglarla el artista más exigente. Todos tienen aire de antiguo senador romano. Esta mañana Ussi ha descubierto un maravilloso Marco Bruto en medio de un grupo de beduínos. Debo consignar que si no se tiene adquirida la costumbre, la capa por sí sola no basta para ennoblecer la figura: algunos de los nuestros hanse provisto de ella para el viaje, pero por más vueltas que le han dado nunca han conseguido parecer más que viejecillos convalecientes envueltos en una sábana á la salida del baño.

*
* *

Todavía no he logrado ver entre los árabes un giboso, ni un contrahecho, ni un raquítico: en cambio abundan los que han perdido la nariz á consecuencia del morbo céltico, y son muchísimos los ciegos, y de éstos en gran número los que tienen huecas las cuencas de los ojos, espectáculo que me hace estremecer cada vez que considero que algunos lo deben á hallarse en vigor en el imperio la horrible pena del talión. Pero en cambio, en medio de tantas figuras extrañas y mortificantes, no se descubre una sola imperfección ridícula. Y es que los defectos insignificantes desaparecen bajo la holgura del traje, del mismo modo que el grave continente y el color leñoso, térreo ó bronceado de las carnes disimulan las huellas de los años. Así se

explica que se encuentren á cada paso hombres de edad indefinible, de los cuales solamente puede decirse que no son viejos ni jóvenes, pues ó se juzgan ya en los últimos términos de la edad varonil, y una sonrisa fugaz revela inesperadamente el vigor de la juventud, ó se les considera jóvenes, y por debajo del capuchón asoman los mechones de su pelo gris.

* * *

Los hebreos de esta ciudad se parecen bastante, en cuanto á los rasgos de su fisonomía, á los de nuestro país; pero su estatura más elevada, su tez más morena, su pelo negro muy largo y, en especial, su traje pintoresco les comunican un aire completamente distinto. Consiste éste

en una túnica parecida á nuestras batas, de diferentes colores, bien que oscura por punto general, que ciñen al talle por medio de una faja roja, una gorrilla negra, calzón largo, que apenas asoma un palmo por debajo de la veste, y pantuflos amarillos.

Es muy común encontrar entre ellos «elegantes» que usan riquísimas estofas, camisas bordadas, faja de seda, cadenas y sortijas de oro, pero nada vistoso, más bien austero en el conjunto de su arreo, y haciendo gala de gracia y de dignidad señorial, de cuyas condiciones carecen, sin embargo, aquellos seres, verdaderamente desdichados, que á las prendas referidas han sustituido el sombrero cilíndrico y el gabán oscuro. Entre los niños se ven caritas preciosísimas, á pesar de que no cuadra á su edad la pequeña bata en que van envueltos. Los niños hebreos se me antojan aficionados de teatrillo estudiantil, vestidos para desempeñar el papel del protagonista en el juguete *La Campanilla del boticario*.

* * *



Moro con traje de gala

Me he convencido de que no hay exageración en lo que se dice respecto de la hermosura de las judías de Marruecos, pues realmente ofrecen un carácter especial que no existe en otro país. Es una belleza opulenta y espléndida, realzada por grandes ojos negros, nivea frente, boca purpurina, formas mórbidas y turgentes y contornos estatuarios: una belleza de escenario que deslumbra de lejos y que contemplada de cerca arranca más bien un aplauso que un suspiro. La mente goza representándosela entre los murrinos vasos y las tazas ceñidas de flores de antiquísimo festín, considerando que es su lugar más apropiado. Las hebreas de Tánger no visten en público su riquísimo traje tradicional: han adoptado últimamente las modas europeas, mostrando especial predilección por los colores chillones, como el azul napoleón, el rojo magenta, el amarillo de azufre y el verde alfalfa, de suerte que contempladas desde lejos, con sus chales y sus basquiñas rabiosamente entonadas, semejan mujeres envueltas en los pabellones de todas las naciones del universo. Cuando en los sábados se pasa por las calles en que moran los judíos, vense en todas partes aquellos colores, aquellos semblantes bellísimos, aquellas miradas

dulces é insinuantes, aquellas trenzas larguísimas y de un negro aterciopelado, una exuberancia de juventud y belleza sensual, que contrasta extraordinariamente con el silencio y soledad de las demás calles.

*
*
*

Los rapazuelos árabes mueven á risa; pues mientras llegan á edad de poder usar la capa, van metidos en el capuchón de manera que parecen apagaluces andando. La mayor parte



Hebreas

llevan la cabeza rapada como la palma de la mano, y sin más pelo que una delgada trencita de unos dos palmos, que les cae sobre el cogote: diríase dejada á posta para colgarlos de un clavo como los títeres de un teatrillo. Algunos la llevan junto á la oreja ó sobre la frente, acompañada de varios mechones cortados en forma de cuadrado ó de triángulo, distintivo del postrer nacido en la familia. La mayor parte tienen un rostro agradable, pálido, un cuerpecillo esbelto y airoso y una expresión de inteligencia precoz. En los sitios más frecuentados en la ciudad nada dicen á los europeos: en las calles apartadas contentánse con contemplarlos detenidamente, cual si quisieran decir:—No me agrada.

Los hay de seguro que se sienten con impulsos de soltar una fresca, pues se les lee la intención en la expresión de los ojos y hasta en la contracción de los labios. Con todo, cuidan

muy bien de cerrarle el paso, no tanto por temor al nazareno, como por miedo al padre, que se tiene aprendido á lo que sabe la Legación. De todos modos la vista de una moneda apaga todos sus furores; mas guárdese muy bien cualquiera de tirarles de la colita. Ayer se la tiré al paso á un renacuajillo que no levantaba dos palmos, y se me encaró iracundo pronunciando algunas palabras que no entendí, mas que, según me manifestó mi intérprete, significaban: «Permita Dios que se ase vivo tu abuelo, cristiano maldito.»



El santón

Por fin he conseguido ver dos santones, que tanto vale como decir idiotas ó locos, ya que en este país, como en toda la África septentrional, es venerado como santo todo aquel á quien Dios, en testimonio de su especial predilección, le ha quitado el juicio, para retenerlo prisionero en el cielo. El primero estaba delante de una tienda en la calle Mayor. Distinguílo desde lejos y me detuve para contemplarlo; pues sabiendo que á los santones todo les es lícito, no quise exponerme á recibir un varazo que me doblara, como le aconteció á M. Sordeu, cónsul de Francia, ó un salivazo en el rostro, como le avino á sir Drummond-Hay. Pero el intérprete me tranquilizó diciéndome:

—No tenga su merced cuidado, que los santones de Tánger han puesto juicio, desde que las Legaciones les metieron en cintura, merced á algunas *razones convincentes*, y en todo caso los mismos árabes le servirían á usted de escudo para evitar que el santón se comprometiera.

Con estas seguridades pasé delante de aquel fantasma, y le observé atentamente. Era un viejo todo cara y barriga, cuyos larguísimos cabellos blancos le caían por la espalda descendiendo hasta la cintura su barba hirsuta y enmarañada: ceñía aquellos con una corona de papelón, llevaba un capisayo muy corto echado hacia atrás, y con la mano derecha empuñaba un lanzón de punta dorada. Sentado en el duro suelo, con las piernas cruzadas y apoyado contra el muro, contemplaba á los viandantes con aire enojado. Paréme, me miró.

—Aquí es ella, dije para mí; ahora requiere la lanza.

Pero ésta tuvo juicio, y pude quedar maravillado ante la expresión tranquila é inteligente de aquellos ojos, y del rayo furtivo de redomada bellaquería que en ellos brillaba y que parecía decir: —Tú esperabas que yo te diera ¿eh? pues te has llevado chasco.

Indudablemente era uno de tantos impostores que se fingen locos para gozar las inmunidades y privilegios concedidos á los santones. Arrojele una moneda, que recogió con afectado descuido, y dirigíme hacia la plaza donde apenas llegado encontréme con otro. Éste era un santón de veras, ó sea un mulato, casi desnudo, apenas hombre en el rostro, hecho su cuerpo una lepra asquerosísima que de los pies á la cabeza le cubría, todo huesos y pellejo, hasta el punto de poderse contar uno á uno los de su esqueleto: milagro parecía que alentara. Daba vueltas por la plaza con lentitud extraordinaria, sosteniendo con no poca fatiga una bandera blanca que los muchachos se apresuraban á besar, en tanto que otro mendigo, al cual acompa-

ñaban dos músicos, que tañían rabiosamente un pífano y un tambor, pedía limosna para aquél, yendo de una á otra tienda. Paséle cerca, enseñóme el blanco de sus ojos: miréle, me miró: y como me pareciera que revolvía algo en el interior de su boca, larguéme más que de prisa sin volver siquiera la cabeza.

—Ha hecho su merced perfectamente en alejarse,—me dijo el intérprete,—porque si le hubiese escupido, no le quedaba más remedio que aguantar, ya que, lejos de compadecerle, habría de seguro oído decir á algunos árabes: «¡No te seques, afortunado cristiano! ¡No ocultes la señal de la benevolencia de Dios! ¡Dichoso tú que has alcanzado la ventura de que el santo te escupa á la cara!»

Traducido del italiano por

C. V. DE V.

(Continuaré).





NUESTROS GRABADOS

UN TRIBUNAL EN MARRUECOS

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS

Por muchos años ha permanecido en el imperio marroquí nuestro paisano el distinguido artista Tomás Moragas, acompañándole en algunas ocasiones el malogrado Mariano Fortuny, puesto que los dos artistas eran amigos inseparables. Dotados ambos de potente imaginación, les gustaba ocupar el pincel en la reproducción de escenas y de tipos arábigos en los cuales pudiese hacer alarde de la mayor magnificencia en el colorido. El cuadro que damos en este número, original de Tomás Moragas, aun desprovisto del color, comprueba lo que hemos dicho, puesto que la escenografía, que es grandiosa y rica, la disposición de los grupos, la holgura oriental de los trajes, los tipos de todos los personajes marroqueses presentan la magnificencia á que hemos aludido antes, y que era tan del gusto de Fortuny y de su amigo Moragas.

Representa el grabado, que ofrece interés de actualidad por causa de los asuntos de Melilla, una sesión del Tribunal de Tafílet en Marruecos. Reúne ese tribunal varias veces al mes, en el patio de un edificio enriquecido con variadísimos adornos arquitectónicos, siguiendo la costumbre tan repetida entre los orientales de administrar justicia en sitio abierto, á la vista de todos. Sentados y con las piernas cruzadas sobre la alfombra sagrada hay allí algunos hombres, de enjutas carnes, rostro fiero, acentuado color moreno, mirada penetrante y cubiertos con el blanco albornoz que forma marcado contraste con las caras atezadas. Son los *cadis* ó jueces que constituyen el tribunal. Delante de la alfombra encuéntrase acurrucado el demandante ó querellante que presenta sus quejas ó su acusación. Escúchanle los *cadis* y cuando ha concluido de hablar interrogan al acusado. En las demandas se exige que vengan acompañadas de pruebas que no dejen duda acerca de la culpabilidad del acusado, y de ahí que pocas veces en los tribunales marroqueses deba darse lugar al interrogatorio de testigos. Deliberan los jueces breve rato y el superior entre ellos pronuncia la sentencia, que se ejecuta acto continuo.

Cuando se trata de crímenes de asesinato, robo ó hurto asiste el acusado con las manos metidas en una tabla, á modo de esposas, ó mejor de cepo, según se ve en el cuadro de Moragas. Guardan al acusado jinetes

vestidos con el pintoresco traje de las tribus de Marruecos. Encima del tapiz se ve en nuestro cuadro un albornoz ensangrentado, porque, en lo posible, exigen las leyes marroquesas también que el cuerpo del delito se ponga á la vista del Tribunal. Pronunciada la sentencia se ejecuta en seguida, conforme hemos dicho antes. El cuadro del reputado pintor catalán presenta la escena con extraordinaria verdad, resultado de los muchos estudios que hizo en Marruecos y de haber observado atentamente las costumbres de un pueblo, que hasta el día se ha mostrado refractario á la civilización europea, conservando sentimientos y hábitos que parecen de los tiempos de mayor ferocidad y rudeza de los secuaces de Mahoma, en sus distintas ramificaciones.

LUIS DE EGUILAZ

DIBUJO DE J. DIEGUEZ

Véase *Siluetas modernas*.

CAZADORA CON HALCÓN

CUADRO DE L. SORIO

Famosísima fué durante la Edad Media la caza con halcón. Amaestraban á estas aves maestros halconeros, quienes por medio de hábiles ejercicios las iban acostumbando á apoderarse de la caza y á depositarla intacta en manos de sus dueños. Los maestros halconeros y cuantos cuidaban de los halcones eran tenidos en particular consideración en los castillos feudales y en los palacios aristocráticos, ya que la diversión de la caza, en la expresada forma, constituía uno de los pasatiempos predilectos de los grandes señores y de las damas ilustres durante toda la Edad Media. En los tratados de cetrería ocupaba puesto privilegiado todo lo referente á la cría y educación de los halcones. Hasta muy cerca de nuestros tiempos se conservó esta especie de caza, si bien no con el auge que tuvo en los siglos XIII, XIV y XV. Su último refugio fué la quinta real de Loo, en Holanda. El artista L. Sorio ha pintado en su cuadro una figura alegórica para representar la caza con halcón, echando mano de elementos variados, todos muy elegantes é imprimiendo á la pintura un agradable sello moderno. El asunto le sirvió de pretexto para hacer alarde de elegancia en el dibujo y en la pincelada, cosa que por sí sola revela ya el excelente grabado que publicamos.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINET Y

(CONTINUACIÓN)

XXII

LA ENCERRONA

DULCE no juzgó conveniente presentarse en casa del banquero hasta entrada la tarde del día siguiente al de la representación de su farsa, y con el objeto de consumir el tiempo fuese, después que hubo almorzado, á charlar de sus cosas con la devotísima amiga de la calle de Belén.

Iba el *fashionable* pícaro ardiendo en deseos de explicar á la vieja intrigantona su gran triunfo de la noche última, y de hacerla partícipe de las confianzas que le infundía la venta-

josa situación que se había determinado. Aquel era asunto concluido; el mozo, con el acostumbrado ímpetu de su carácter egoísta, ya daba todo el campo por suyo, y la cuestión sólo consistía en aplicar á la tierra tal labor y tan poderoso abono, que apareciesen los frutos con la presteza que las circunstancias hacían necesaria. Este apremio era el que no permitía templanza en el espíritu del mozo; la vehemencia natural con que éste solía perseguir el logro de sus anhelos, se precipitaba aún más ardiente y atropelladora con el acicate del compromiso que había de solventarse con la codiciada dote de la novia millonaria. Faltaban quince días, quince días únicos, para que espirase el plazo de tres meses que Dulce alcanzó en Nápoles, y en medio de la calma cínica con que el mozo sabía vivir, no dejaba de zumbir en lo recóndito de su mente el rumor que amenazaba con la venganza del *clubman* napolitano, ofendido y rencoroso.

La estrechez del plazo era terrible, y frecuentes veces, mientras duraron las dificultades que en el camino de Paco Dulce se atravesaban después de su vuelta á Madrid, el delincuente había visto sus horas de confiado ardimiento turbadas por ciertas ráfagas de terror que le enfriaban la sangre y le confundían las ideas. Por eso al creer que ya estaba ganada la partida con la osada estratagema de su confesión y arrepentimiento, el joven se sentía poseído de gozo, hasta el punto de haber otorgado los favores de su apacibilidad á la noble familia de la *Bombonera*, y de haber calmado en la hora del almuerzo, que compartió aquella mañana con los papás y las hermanitas, las congojas de todos, dejándoles entrever la proximidad de la tierra prometida.

—Eso se va arreglando, les dijo.

Con lo cual se desbordó el río de ilusiones y esperanzas que siempre corría humedeciendo, aunque no fertilizando, los secos terrones del pejugal de los Dulce.

Ya era tiempo, en verdad, de que aquello se arreglase y viniese la boda tan suspirada á remediar las penurias de los ilustres desvalidos; porque el temporal arreciaba, los empeños del haber pasivo de don Luis Eugenio no dejaban ya un céntimo sano, el abono del Real no había podido renovarse, los tertulianos estaban declarados en fuga ante el azote de la devastadora *baccará* y hasta el famoso piano Pleyel había emigrado en la ocasión de cierto inaplazable vencimiento, dejando todo el ancho hueco que su magnificencia ocupaba en el salón de los conciertos, para la *ètagère* de las romanzas, que allí permanecía triste, abandonada, henchida de papeles.

Ya era tiempo, sí, de que aquello se arreglase; pero el tío Magdaleno, que allí estaba con su jarro de agua fría, no participó de la confianza y alborozo de sus parientes, como lo probó el hecho de volverse él á una de las cuatro hermanas, la mayor y la más fea, y decirle con su voz de falsete, tan á propósito para dar desazones:

—Tú, por si acaso, Rosarito, no dejes escapar al novio que Dios te ha enviado. Así que obtenga su registro de hipotecas, pesca tú al registrador y véte al pueblo con él, á ejercer de registradora. Lo demás es música y pamplina para los canarios.

Tan ufano y alegre como se había mostrado entre los suyos, acudía Paco Dulce al domicilio de Pepita Alcuneza.

La experta vividora llegaba de la calle en aquel preciso momento; aún tenía puestos los guantes y la capota, y ni siquiera había soltado el manguito en el cual sumergía sus manos siempre heladas.

Cogió a Paco y le hizo sentar junto á la chimenea.

—Vén á la lumbre, le dijo, porque hace hoy mucho frío.

La interesante huérfana estaba á todas horas hecha un carámbano, desde Octubre hasta Abril.

—Y dime, continuó, explícame lo que ha pasado anoche.

El mozo refirió la escena de la noche anterior con sus pelos y señales. Y extrañóle el ver

que la setentona ni se entusiasmaba con las valentías del paso, ni se derretía con lo excelente de sus consecuencias. Muy al contrario, escuchó la vieja con grande impasibilidad, aunque con atención, y una vez enterada dijo á su protegido y alumno:

—Todo eso estaba muy bien, Paquito. Muy bien el cálculo y mejor el desempeño. Pero á pesar de eso, has de saber que don Roque te la ha jugado de puño.

—¿Qué dices!

—Vengo de casa de Bermúdez.

—¿Y qué?

—El banquero se ha marchado con su hija, á las tres de esta madrugada.

—¿Se la ha llevado?

—Como lo oyes.

—¡Ah! les seguiré.

—¿Sí?... ¿A dónde? Nadie sabe en el hotel qué dirección ha tomado el raptor. Ha pedido la berlina de campo, se ha metido en ella con la muchacha, y no hay más noticia ni más indicio.

—Yo voy allá...

—No te canses, hijo. ¿Qué espigarás tú donde yo no he espigado? Siéntate otra vez, no te aturdas y escúchame.

Paco, que se había puesto en pie, lívido de coraje, cedió á la indicación de Pepita, que le tiraba de la mano para que de nuevo tomara asiento.

—Hablemos, pronunció reposadamente la vieja.

—¿De qué sirve hablar?... Lo que importa es proceder. Hay que descubrir á toda costa el paradero de ese viejo intrigante y canalla.

—No lo descubrirás. Pero supongamos que lo descubras. ¿Qué adelantas? Lo que has adelantado hasta aquí; nada entre dos platos.

—Es que de otra suerte todo está perdido.

—Mira tú lo que son las opiniones: ahora es cuando me parece á mí que todo está ganado.

—¿De veras!

Paco, en quien la impresión optimista era siempre tan rápida é intensa, trocó su talante iracundo en otro de feliz esperanza.

—Mucho confío en tí, dijo tomando una de las escuálidas manos de la diplomática.

—¡Si nadie más que yo ha de poner en tus manos esos millones!

—Pero muy pronto... Mira que ha de ser muy pronto... Antes de quince días..

—Antes. O dentro de ocho días ó nunca.

—¿Qué te propones?

—Habré ganado bien mi recompensa...

—Tú verás si soy agradecido. Explicame tu plan.

—Nada de eso. Has de entregarte ciegamente á mi dirección.

—Como quieras. Dispón. ¿Qué he de hacer?

—¿En dónde estuviste anoche después de la escena?

—Fuíme directamente á mi casa.

—¿Y á quién encontraste allí?

—Solamente á los míos. Ya sabes que se acabaron las tertulias.

—Magnífico. ¿Y ahora te has venido desde tu casa?

—Sí, en coche.

—De manera, que á excepción de los tuyos, nadie te ha visto en Madrid durante la noche ni tampoco esta mañana.

—Exactamente.

-- Has de seguir invisible. Tú también debes desaparecer.

-- ¿Con qué objeto?

-- No me preguntes. Haz lo que te digo: es necesario que no te vean por Madrid ni se sepa de tu persona en algunos días. Hasta que yo te avise.

-- Muy bien. Saldré hoy de Madrid para cualquier parte.

-- Podrían verte cuando te dirigieses á la estación, ó en la estación misma, ó en el tren, ó en el punto adonde fueras. No; la precaución ha de ser más rigurosa. A estas horas, en este momento, ya hay que darte por desaparecido. No puedes ver la luz del sol, ni pisar la calle.

-- ¿Qué hago entonces?

-- Aquí te quedas; te secuestro. Acomódate en esta choza, y dispensa, hijo, que no te ofrezca comodidades. Yo me trasladaré al gabinete interior; ya ves, te cedo mi cámara. Esta encerrona, por otra parte, no puede salirte á la cara como la otra que te diste en el palomar de Encarna. Conque aquí te quedas, y lo que te he ofrecido: ó soy una mema á quien hay que licenciar, ó te saco de aquí para llevarte á la vicaría. Déjame y obedece, que yo he vivido mucho, y más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Avínose Paco muy gustosa y confiadamente á las disposiciones de la preceptora, y en el cuartito menguado y triste de la calle de Belén se instaló desde luego, procurándose todas las comodidades que eran compatibles con el secreto de la reclusión. Pepita le proporcionó libros, periódicos y servicio de un restaurant, cediéndole además las mejores piezas del cuarto para su estancia.

(Continuad.)





UNA revista científica alemana ha publicado recientemente las siguientes consideraciones prácticas y estéticas que deben tenerse en cuenta cuando se trata de fundar una población:

1.º La circulación en una ciudad exige la existencia de calles radiales, circulares, diagonales y laterales, así como también plazas y travesías. Las calles deben ser en lo posible á nivel y su anchura suficiente atendida la circulación.

2.º Conviene regularizar las manzanas de casas limitadas por las calles, de suerte que se presten á la construcción, y por consiguiente suprimir los ángulos agudos. En cada una de las manzanas de casas las separaciones deben hacerse de un modo normal con respecto á las calles. El plano general debe también tener en cuenta que las manzanas han de ser de distinta extensión según convenga levantar en ellas casas particulares, palacios, casas de comercio ó casas para obreros.

3.º Bajo el punto de vista sanitario, debe estar la ciudad ó pueblo al abrigo de toda inundación y el subsuelo desecado; ha de procurarse una buena canalización subterránea para el desagüe de las aguas pluviales y las procedentes de las casas y fábricas, al propio tiempo que una perfecta distribución de agua potable. Por lo que respecta á la iluminación natural, conviene que las calles estén bien orientadas y que sean suficientemente anchas: particularmente cuando se trate de la subdivisión de manzanas no debe olvidarse esta consideración. En cuanto al alumbrado artificial es preciso dar la preferencia á la electricidad. La buena circulación del aire puro exige, además de lo dicho con respecto á la orientación y anchura de las calles, la formación de plazas y jardines particulares, de barrios donde sólo haya casas aisladas y las plantaciones de árboles en las calles y plazas. Las industrias que ofrezcan algún peligro para la salud pública deben instalarse en barrios especiales apartados del centro de aglomeración. Bajo el punto de vista estético, las calles no deben ser demasiado largas, las rectas deben alternar con las oblicuas. También conviene evitar que las calles resulten demasiado anchas y desiertas y procurar su adorno por medio de plantaciones de árboles y monumentos artísticos. En las plazas se ha de huir en lo posible, de las superficies convexas, y de construir las demasiado grandes y vacías. Han de ponerse á su alrededor buenas vías para el tránsito rodado.

Para que resulten convenientemente armonizadas las calles y plazas con las construcciones, es preciso aplicar las siguientes reglas: la anchura de la calle no debe ser inferior á la altura de las casas; los edificios

importantes deben estar en pequeñas plazas; los monumentos públicos han de construirse en los sitios más elevados y con preferencia en el eje de una ó más calles, evitando, no obstante, que sean un estorbo para la circulación. Por último, no conviene prodigar estatuas ú otros adornos artísticos en el centro de las plazas, si no más bien repartirlas por los extremos de las mismas.

En cierto día de feria, como Xanto tuviera deseos de obsequiar á algunos de sus amigos, encargó á Esopo que comprara lo mejor que encontrase y sólo lo mejor.— Te enseñaré, dijo el frigio para sus adentros, á escoger lo que deseas, sin que tengas necesidad de fiarte de la discreción de un esclavo.—Y así fué en efecto; sólo compró lenguas y las preparó con toda clase de salsas. Los invitados elogiaron al principio el acierto en la elección de plato tan escogido, pero al último se fastidiaron.—¿Pues no te he encargado que compraras lo mejor que hubiese? —¿Y por ventura hay otra cosa mejor que la lengua? repuso Esopo. Ella es el lazo de la vida civil, la llave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razón; ella hace construir las ciudades y las civiliza; por ella se persuade y se domina en los comicios, con ella se cumple con el primero de todos los deberes cual es el de alabar á los dioses. — Pues bien, dijo Xanto, que quería chasquearle, mañana me comprarás lo peor: los mismos señores vendrán á comer y quiero variar por completo la comida. Al día siguiente Esopo les sirvió los mismos platos del día anterior, diciendo que la lengua es lo peor que hay en el mundo. — Ella es la madre de todas las riñas y pendencias, la nodriza de los procesos y el manantial de las divisiones y de las guerras. Es cierto que es el órgano de la verdad, pero también lo es del error, y, lo que es peor todavía, de la calumnia. Por ella se destruyen las ciudades y se mueve á las gentes á toda clase de cosas malas.

Antífano refiere que existía una ciudad en la que las palabras se helaban, á causa del mucho frío que allí reinaba, y que cuando llegaba la época de los calores se derretían, oyendo de esta suerte en verano lo que se había dicho durante el invierno. Lo mismo acontece con las lecciones que un filósofo da á sus jóvenes discípulos, que no son oídas hasta que han entrado ya aquéllos en la edad madura.

Se acusaba al pintor Zeuxis de trabajar con demasiada lentitud.— Es verdad, solía replicar, necesito mucho tiempo para pintar, pero pinto para mucho tiempo.

Prometió un letrado á un labrador, si le daba un doblón, de enseñarle á pleitear y que siempre venciese; prometiéndolo el labrador, y el letrado dijo: — Pues niega siempre y vencerás. — Pidióle el doblón prometido, y el labrador respondió: — Niego habérselo prometido.

Cayó un médico de una mula y, obligándole el dolor á quejarse, dijo para su consuelo: — Así como así me iba á apear.

Habiéndose ocasionado gran riña en el juego entre don Gabriel Zapata y otro caballero, éste envió muy de mañana á decir á Zapata que le esperaba en tal lugar á las seis de la mañana para reñir con él. — ¡Cómo! respondió Zapata, decid á quien os envía, que para mis placeres no acostumbro á levantarme hasta las once; que juzgue si querré levantarme á las seis sólo para matarme con él.

Preguntóle uno á otro que había estado ausente: — ¿Ya ha venido usted? — Y respondió: — No señor, pero me estoy esperando.

Suelen encontrarse muchas dificultades en el verano para conservar el caldo de un día para otro, pues se agria hasta en las mejores despensas, y en la cueva toma casi siempre mal gusto. El medio seguro y sencillo con que puede mantenerse bien, aun en medio de los grandes calores, es hacerlo hervir por la mañana y por la tarde; pero como se concentra á cada ebullición, será preciso no salarlo mucho en la olla.

Para prevenir, en medio de los grandes calores, la putrefacción de la carne, se deja zambullida en leche

cuajada, con lo que se pone tierna y toma un sabor mucho más delicado.

Se puede también, conforme á los guisados para que se destina la carne, ponerla en maceración con vinagre por espacio de cuarenta y ocho horas.

El que dirige sus esfuerzos á distinguirse de los demás sin emplear la calumnia, aumenta la prosperidad del Estado; por el contrario, el envidioso que cuenta menos con sus propias fuerzas que con los obstáculos que opone á sus competidores desanimando á los demás con injustas censuras, privando por este modo al Estado de la noble ambición de la virtud, destruye, cuanto destruir puede por su parte, el honor de su patria. — PLATÓN.

Julio César, con sus larguezas, excitó la codicia de los soldados sin satisfacerla; de esta suerte facilitó el camino, no á la equidad civil y á la igualdad cristiana, sino á la creación de los pretorianos, dispuestos á vender el imperio más bien que á defenderle, y más tarde, á causa de las intestinas guerras, estas milicias corrompidas provocaron la invasión de los bárbaros y el imperio se derrumbó. — TOMMASEO.

Los verdaderos consueios se encuentran en la energía de nuestro corazón y en la firmeza de nuestras convicciones; no en los pésames con frecuencia triviales que recibimos de las gentes. — ANNIEAL CARO.

La inteligencia, al igual que la belleza, son un peligro cuando están al servicio de la corrupción. — TOMMASEO.

Vemos con frecuencia la felicidad en la realización de insensatos deseos, sin que se nos alcance que de este modo deseamos nuestra ruina. — CASTI.



Soluciones al número anterior:

Al bifronte: A la carta charadística:
AMOR—ROMA A-VE-LI-NA

Al jeroglífico

CADA CUAL PROCURA TRAER EL AGUA Á SU MOLINO

CHARADAS ENLAZADAS

Una PRIMA *tercia* echó en una gran *todo* un *TODO*, y á *TERCIA DOS* con buen modo á pasear invitó.

Prima *DOS* sé que gustó esa acción tan lisonjera; después se fué á *tres PRIMERA* al pie de una *TERCIA tres*

con muchísimo interés para sembrar *dos TERCERA*.

ANGEL SUERO

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7
6	1	2	5	5	4	
3	4	5	4	1		
7	6	5	6			
3	4	5				
5	6					
3						

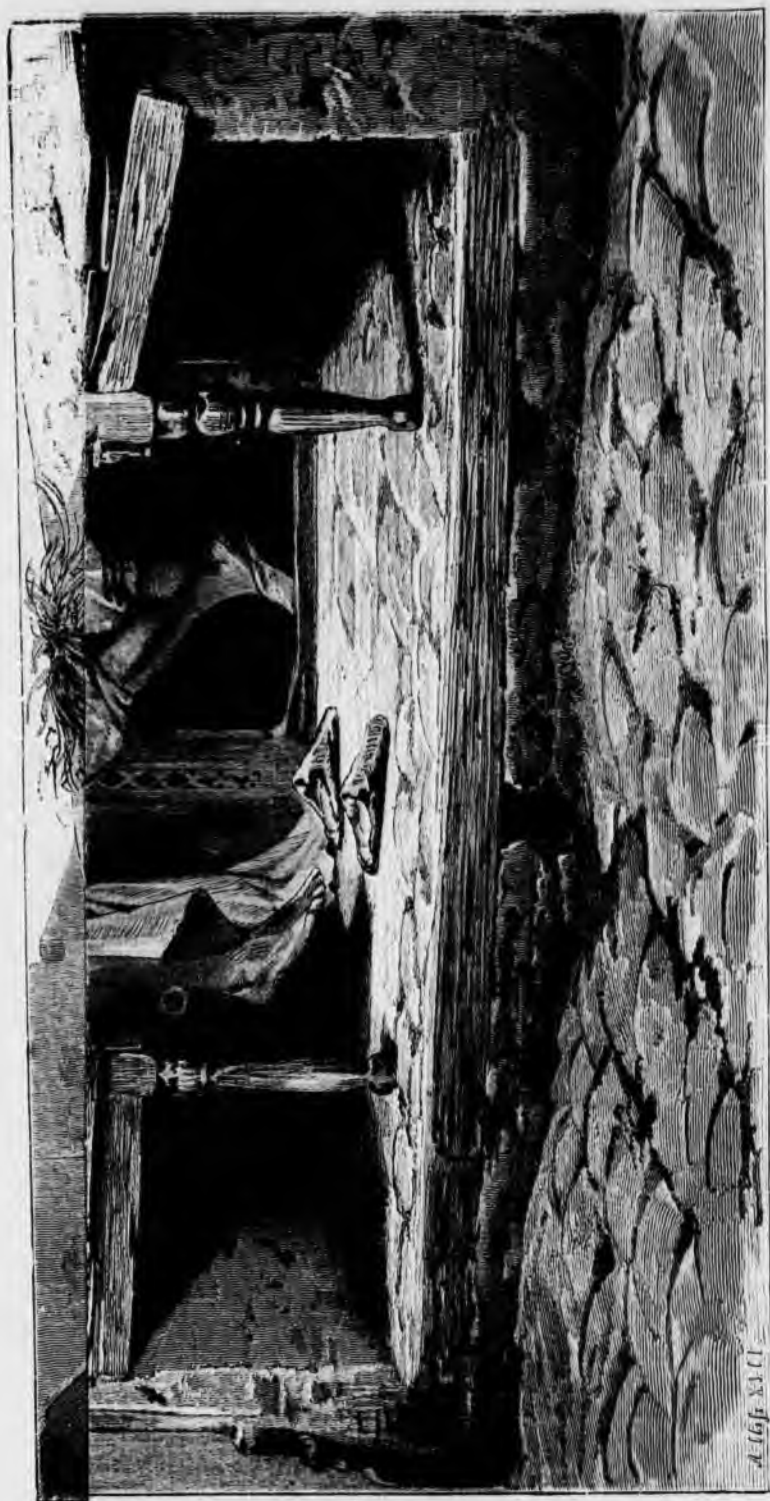
1.^a línea, nombre de varón; 2.^a, adorno; 3.^a, descubridor; 4.^a, habitación; 5.^a, planta; 6.^a, nota musical; 7.^a, consonante.

JULIÁN ITRABE, de Barcelona.

TERCIO DE SÍLABAS

Sustituir los puntos con letras, de manera que, leídas las líneas horizontal y verticalmente, den los siguientes resultados: 1.^a, nombre de varón; 2.^a, provincia española; 3.^a, artículo de alfarería (en plural).

LUIS RIBÓ, de Reus.



UNA BARBERÍA EN TÚNEZ
CUADRO DEL PROFESOR C. HABERLIN



UNA BARBERÍA EN TÚNEZ
CUADRO DEL PROFESOR C. HABEPLIN



MUJER

(CONTINUACIÓN)

V

AUNQUE arrancado de las sábanas á horas en que los trasnochadores apetecen y gozan el reposo, el recibimiento del Gobernador no se resintió del mal temple que causa en el espíritu impresión tan poco grata. Desempeñaba por entonces el importante cargo un título, antiguo diplomático, algo literato y muy observador, hombre de exquisita cultura, el más á propósito para acoger bien á una dama en casos tales como el de Ana la Cueva.

Absorta en su preocupación y en sus terrores, la señora notó, sin embargo, que la sala donde la mandaron esperar revelaba hábitos delicados, gustos artísticos. Vió, sin querer verlos, los tapices descoloridos, las colgaduras rozagantes, los cuadros pocos en número, pero elegidos con inteligencia, de asunto simpático y célebres firmas: en una esquina el piano abrigado por su charro mantón de manileña estirpe, y como para contrastar con la nota afeminada del piano y las cortinas de seda, divisó por las paredes trofeos de ricas armas, las azagayas caprichosas de los piratas joloanos y las emponzoñadas flechas de los pieles rojas, junto á los artísticos sables japoneses y las herrumbrosas espadas góticas, comidas de orín secular. Le hubiese sobrado tiempo á Ana para registrar el gracioso saloncito, pues el Gobernador tardó en salir media hora bien larga. Y la señora no pudo quejarse del plantón, al ver que el marqués se presentaba atildado y limpio, resplandeciente de pechera y ceñido de bota, sin conceder más á la hora intempestiva que el batín de fina franela y la ligera chalina anudada alrededor del terso y alto cuello de la camisa.

Ana había mandado pasar su tarjeta, y la reverente inclinación del Gobernador le probó que no tenía que habérselas con un fatuo, ni menos con un burócrata entontecido, sino con una persona de su misma esfera, con quien podía hablar sin miedo.

Desde el primer momento el funcionario adivinaba ó presentía para qué clase de asuntos

podía venir á despertarle una señora de tan honesto porte. Así es que Ana habló á su talante, y el Gobernador la oyó en silencio. Terminada la relación, él se aproximó algún tanto á la dama, de la cual se había mantenido á distancia muy cortés.

—Señora, dijo en tono casi confidencial, yo creo que no necesito asegurar á usted que procuraré complacerla: además, tengo el deber de impedir que se lleven á cabo los desafíos: la ley los prohíbe y hasta los castiga severamente. ¡Pero... siempre hay un pero!

—Sí, ya comprendo lo que usted quiere indicar... Que una cosa está usted obligado á hacer en concepto de Gobernador, y otra piensa usted como caballero. ¡Si á mí me sucede algo de lo mismo! Yo quiero que no haya lance, que usted lo estorbe: yo no puedo, no puedo transigir con que á Alfonso le hieran ó le maten. Y sin embargo, póngame usted en el lugar de Alfonso, y siento y procedo como él.

El Gobernador, sin responder ni aprobar con la cabeza, sonreía enigmáticamente. Por fin, frunciendo apenas el entrecejo, se resolvió á descifrar sus palabras:

—No, señora... No es eso precisamente... Es otra cosa... mucho menos... La ruego á usted que no se disguste, ni lleve á mal... ¡Cuánto lo sentiría! En sustancia: el Gobernador tiene el derecho y hasta el deber de impedir los duelos *serios*... Pero representaría un papel asaz desairado si se lanzase, con gran aparato de policía y guardia civil, á deshacer lo que ya está deshecho de suyo y á impedir que crucen las espadas dos personas... que maldito si las querían cruzar, aunque el Gobernador no se lo impidiese.

Ana hizo un movimiento vivo, sublevándose é irguiéndose.

—En el caso presente, señor Gobernador...

—¡Por Dios, señora! No es mi ánimo ofender ni con el pensamiento al señor la Cueva... Usted no me ha enterado, ni es preciso, de las causas del lance... pero dice usted...

—Digo y repito que las causas son de tal índole... que un hombre de honor... Y aunque no fuesen graves las causas... no tratándose de ningún muñeco...

Volvió la misma sonrisa, discretamente maliciosa, á jugar en los labios del Gobernador, el cual se limitó á suspirar bajito:

—¡He visto tanto duelo!...

—¿Tanto duelo?

—Tanto conato de duelo, debí haber dicho.

—¿Pero qué, no se realizan nunca? ¿No hay casos en que suceden... cosas... desagradables? ¿Heridas... muerte?

El Gobernador posó en Ana una mirada sagaz, escrutadora, piadosa, comprensiva: una mirada que registró hasta los últimos senos el alma transparente de la mujer entusiasta, apasionada y exaltada en su amorosa fe.

—En las ocasiones en que ha de suceder eso que usted teme... —advirtió por último, — nuestra intervención sobra. Entonces los contrincantes están resueltos á batirse por encima de todo, y de no hacerlo en Madrid lo hacen en Segovia, y de no poderlo hacer en Segovia pasan la frontera y lo hacen en Francia... El odio es como el amor; desacata toda ley; las leyes escritas no van con él, señora. Por eso manifesté á usted que si el lance entre su marido y Ramiro Dávalos es serio, no está en mi mano evitarlo, y si no es serio, se evitará él solo... Y como lo segundo es lo que más á menudo pasa...

—No lo niego; pero yo no considero á Alfonso de... esa pasta que por lo visto abunda tanto, exclamó Ana con indicios evidentes de dolor y despecho.

—Lo creo, lo creo, estoy persuadido de que tiene usted razón, asintió el Gobernador con urbanidad, que pudiéramos calificar de exagerada, á no parecer tan oportuna y tan impuesta por la necesidad. Pero salvando y dejando aparte al señor la Cueva, á quien ni siquiera aludo, permítame usted que la pida un poco de indulgencia para los que no poseen esa tenacidad y esa resolución enérgica de su marido de usted. Creo que usted, en su fuero interno, califica

con excesiva severidad á los duelistas frustrados, que son el noventa y nueve y medio por ciento de los duelistas!

—¿Según eso, he de pensar que la humanidad se compone de cobardes?

—¡Por Dios, señora! ¡Compasión, una miaja de compasión para la pobre humanidad! El valor es multiforme. Hay clases de valor que todo el mundo... ó casi todo el mundo... posee; hay otras que es difícilísimo cultivar y afirmar en las horas críticas. En riña casi nadie se amilana: la sangre hierve, los nervios se alborotan y está uno hecho un Cid. Pero usted no se imagina lo que es eso de dejar transcurrir horas; de aguardar en casa la llegada de los padrinos; de ir poco á poco perdiendo vapor, nervios y ánimo; de esperar á que otros decidan á qué distancia se situará usted del cañón de un arma de fuego; de saber que el adversario hace blancos y agujerea cartitas de baraja á tantos pasos como usted va á ponerse; de que así pasen días, días en que se reflexiona sobre el precio de la vida y lo desagradable que sería un viaje á la sacramental...

Pálida y con los labios contraídos, Ana se agitó en el sofá sin notarlo. Recordaba haber oído que el hombre que la hablaba así había dado en alguna ocasión señales de bizarra entereza. Y sin meditar exclamó:

—No parece sino que usted ha ajustado su vida á esos principios.

—Señora... pronunció él más rendidamente que nunca, agradezco la lisonja que envuelve ese argumento de carácter personal... y no debo ocultar á usted que no me exceptúo del número de los que no encuentran maldita la gracia á la perspectiva de la pistola enfrente.

Ana vibró al Gobernador una mirada de fuego: sus facciones adquirieron la apasionada tensión que se advierte en las máscaras trágicas antiguas: inclinóse y con voz honda preguntó:

—¿Qué, no se batiría usted teniendo que batirse?

No fué necesaria contestación verbal. La cara, los ojos, la actitud serena del varón contestaron plenamente á la pregunta de la hembra. Fué uno de esos instantes en que el carácter sexual se afirma con más pujanza aún que en las manifestaciones eróticas. El sexo débil recordaba al fuerte su papel, y el fuerte respondía que estaba dispuesto á desempeñarlo, á justificar su tradicional dominio.

Y Ana, entonces, se puso en pie.

—Ya comprenderá usted, dijo ciñendo al talle las puntas del velo é indicando un ligero saludo de despedida, que estimo á mi marido tanto, tanto... por lo menos... como á otro caballero digno de estimación. Y esto es lo que... precisamente... me... me preocupa... porque... temo... temo que...

—Seréne usted, señora, dignese tomar asiento hasta que se calme... suplicó el Gobernador, conociendo que por fin la valerosa mujer desfallecía y se entregaba indefensa á la emoción profunda.

Ana se dejó caer otra vez en el sofá y cubrió un minuto los ojos con el pañuelo, sollozando, mientras el Gobernador, en vez de importunarla con ofrecimientos de sales, éter, tila, consumado y demás reparos que se ofrecen al desfallecimiento femenino, se apartaba prudentemente, dejando pasar el acceso de natural sensibilidad, tanto tiempo reprimido. Conocía el *crescendo* de los afectos en semejante género de entrevistas, y nunca forzaba el tiempo ni excitaba la neurosis de las que allá para sí llamaba *sus penitentes* con importunas exhortaciones y consuelos de brocha gorda. «No me pesa, calculaba al oír el anhelo de la reprimida congoja de Ana, no me pesa de lo que dije á esta infeliz señora tan joven y tan linda. La he preparado para el desencanto: así quizás la duela menos. ¡Una mujer honrada, y sobre honrada prendada de su marido, y sobre prendada llena de ilusiones romancescas! ¡Qué drama interior! Al lado de éste, vale un camino el que ha de desarrollarse sobre el terreno... si es que se desarrolla... que eso está por ver. Lo peor es que no habré conseguido quitarla de la cabecita la funesta idea de que se ha casado con el mismo Cid Campeador ó Bernardo del Carpio.»

Dominando ya su enternecimiento, levantábase Ana y volvía á despedirse.

—Me voy descorazonada... indicó al Gobernador, que se inclinaba con el más halagüeño respeto. Usted nada hará para impedir que se realice el desafío.

—Señora, afirmo á usted del modo más terminante y más explícito que haré todo, todo lo humanamente posible, se entiende. Ahora mismo voy á tomar mis medidas, y si usted vuelve á llorar, al menos no será por mala voluntad ó por negligencia mía. Ruego á usted que acepte mi promesa formal, y la considere insignificante muestra de lo que agradezco haber tenido la honra de saludarla... siquiera lamente el motivo.

Cuando Ana volvió á entrar en su hotel, oídas fervorosamente dos misas, eran las diez y media de la mañana; más bien las once.

—¿Hay alguien con el señorito? preguntó con afán al portero.

—Sí, señora... El señor brigadier Antequera... el señorito Cármes... y otros dos más que han pasado tarjeta, desconocidos; nunca los ví.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).





MARRUECOS

POR

EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

ESTA noche he vuelto á oír el son de la guitarra y la voz que llegó á mis oídos el día de mi llegada á Tánger, pudiendo añadir que por vez primera he *sentido* la música árabe. En aquella interminable repetición del mismo motivo, casi siempre melancólico, existe no sé qué de indefinible que va derechamente al corazón. Es algo semejante á un lamento, á una queja dulce y plañidera que acaba por sojuzgar el ánimo como el murmullo de la fuente, como el canto del grillo, como el acompasado golpear del martillo sobre el yunque, cuando llega al oído del viandante que pasa de noche por las cercanías de una aldea. Siéntome obligado á recogerme y á meditar cual si quisiera hacerme cargo del significado de aquella eterna y arrobadora palabra que suena constantemente en mis oídos. Es una música bárbara, sí; pero ingenua, sencilla, llena de dulcedumbre, que me transporta con el sentimiento á las edades primitivas; que hace revivir en mi memoria las infantiles impresiones que en mí produjo la primera lectura de la Biblia; que despierta en la mente el recuerdo de ensueños mil completamente olvidados; que me hace fantasear curiosidades y espectáculos de pueblos y países fabulosos; me traslada á tierras lejanas pobladas de bosques de árboles desconocidos, en medio de los cuales distingo sacerdotes colocados en derredor del ídolo de oro, ó á llanuras inmensas, interminables; á soledades solemnes, junto á caravanas en reposo que inquieren con la mirada el inmenso abrasado horizonte, ó humillada la cabeza rezan sus oraciones. De todo cuanto me rodea, nada hay como esas pocas notas de una apagada voz y de una guitarra mal templada que más vivamente me haga sentir el deseo de volver á ver á mi amada madre.

* * *

Las tiendas moriscas son dignas de estudio por su rareza. Imagínese una especie de cuchitril levantado del suelo cosa de un metro, con una sola abertura hacia la calle, en la cual se

apoya el comprador como en una ventana, y se tendrá de ellas una idea exacta. El tendero se sitúa en el interior, sentado al estilo oriental con una parte del género amontonada al alcance



Tendero árabe

de su mano, y otra por detrás de él colocada en pequeños estantes. Es realmente un espectáculo curioso el que ofrecen aquellos moros viejos, barbudos, inmóviles como autómatas, metidos en el fondo de aquellos oscuros tenduchos. Diríase que no son las mercancías sino ellos los que están expuestos á guisa de muestra, y á semejanza de lo que sucede con los *fenómenos vivos* que se exhiben en los barracones de las ferias. ¿Están vivos? ¿Son de madera? ¿Dónde se halla el mecanismo en cuya virtud aparecen y se esconden? Y de esta suerte inmóviles y silenciosos se están una hora y otra y otra y aun el día entero, repasando las cuentas de un rosario y murmurando sus plegarias. Imposible imaginar el aspecto de soledad, de fatiga, de tristeza que aquellos interiores respiran. Diríase que cada uno de aquellos tabucos es una tumba, en la cual, el que debe ocuparla, separado

ya del mundo, hase instalado á prevención para aguardar tranquilamente la llegada de la muerte.

* * *

He visto dos niños llevados en triunfo, después de la solemne ceremonia de la circuncisión. Uno de ellos tenía como seis años, el otro no llegaba á cinco. Iban montados en una mula blanca, y vestían túnicas rojas, verdes y amarillas, recamadas de oro, cubiertas de cintas y de flores, en medio de las cuales á duras penas podían distinguirse sus pálidas caritas, en las cuales veíanse aún pintadas las señales del espanto y del estupor. Delante de la mula engualdrapada y encintada como caballo en día de gala, marchaban tres músicos que sonaban furiosamente un tambor, un pífano y una corneta: á los lados y detrás veíase á los padres y amigos, uno de los cuales sostenía á los niños sobre la silla y otro les ofrecía confites, en tanto que algunos les acariciaban y los demás disparaban escopetadas al aire saltando y gritando. Si no hubiese conocido el significado de aquella ceremonia, habría creído que los pobres niños eran dos víctimas inocentes conducidas al sacrificio, con todo y que el espectáculo no estaba desprovisto de cierta gracia y poesía. Sin embargo, habríale encontrado más poético aún, si no me hubiesen dicho que la operación sagrada se había llevado á cabo con la navaja del rapabarbas y mondacráneos.



Cambista judío

* * *

Esta noche he asistido á una extraña transformación de Racma, la criada negra del ministro. Su compañera ha venido á buscarme, me ha acompañado andando de puntillas hasta una puerta entornada, y abriéndola de repente, ha dicho:

—He ahí á Racma.

He quedado tan sorprendido ante el espectáculo que ofrecía á mis ojos aquella negra, que había visto siempre vestida con el traje de una misera esclava, que apenas sabía dar crédito á la realidad. Dijérase que era una sultana escapada del palacio del emperador: la reina de Tumbuctu: una princesa del ignorado reino del Africa, transportada por arte de encantamiento al lugar en que se hallaba. La ví sólo brevísimos momentos y me será difícil describir con exactitud su traje. En él se veían el blanco de la nieve, el rojo de la púrpura, y un deslumbrante fulgor de galones de oro, amortiguado en parte por un velo transparente, que con el rostro negrisimo de la joven, ofrecían una tan desusada armonía de color y una riqueza tan bárbaramente magnífica, que no existen palabras que basten á encarecerla. Cuando me acercaba para observar los detalles, toda aquella pompa desapareció repentinamente bajo la lúgubre mortaja mahometana, y la reina quedó transformada en espectro, y el espectro desapareció, dejando lleno el aposento de aquel olor nauseabundo y salvajino propio de la raza negra, que acabó por disipar el último resto de ilusión.



Racma, criada negra



Castigo de un ladrón

* * *

Como llegara á mis oídos un gran rumor que procedía de la plazuela, heme asomado á la ventana y he visto pasar un negro, desnudo de medio cuerpo arriba, montado en un asno, á cuyos lados marchaban algunos árabes armados de sendas varas y seguidos de un enjambre de

chiquillos que gritaban como endemoniados. De pronto imaginé que era cosa de broma y miré con los gemelos; mas en seguida me retiré horrorizado. El blanco calzón de aquel infeliz estaba manchado por la sangre que manaba de sus heridas. Los árabes con varas eran soldados que le apaleaban. Pregunté por qué se le castigaba de aquella suerte, y dijéronme que por haber robado una gallina.

— Puede darse por dichoso, — añadió un soldado de la Legación, — pues según parece no le será cortada la mano.



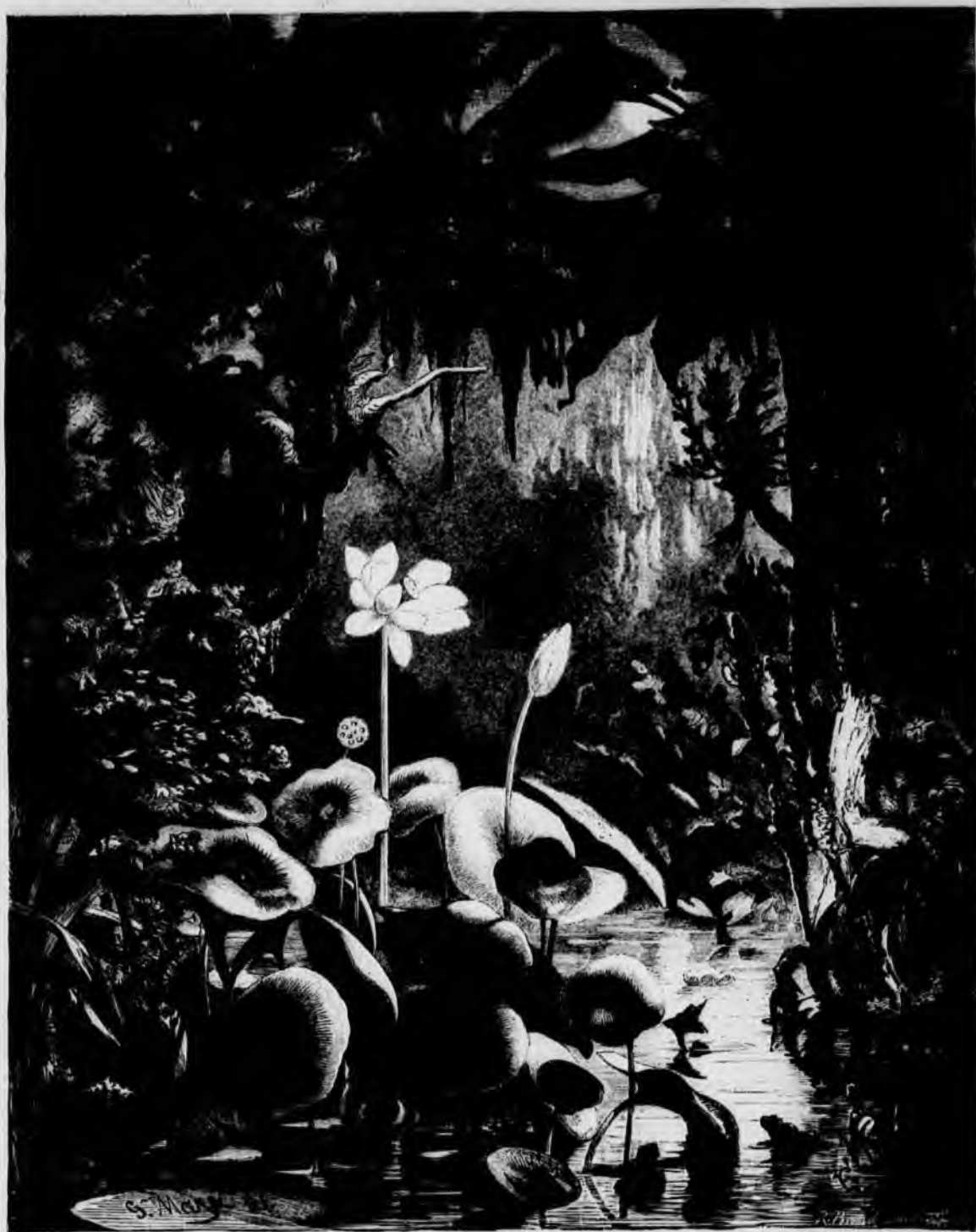
Mujer árabe

Hace siete días que estoy en Tánger y esta es la hora en que no he visto una mujer árabe. Figúraseme que me encuentro en una inmensa reunión de mujeres disfrazadas de hechiceras, cual se las imaginan los muchachos, y envueltas en una mortaja. Andan á grandes pasos; pero lentamente y un poco encorvadas, cubriéndose el rostro con el extremo de una especie de manto de lienzo, debajo del cual no llevan más que una camisa de mangas muy anchas y largas, ceñida al talle por medio de un cordón, como el hábito de un monje. Nada más se ve de su cuerpo que los ojos, la mano que sujeta aquella especie de antifaz, teñida de rojo, especialmente en la extremidad de los dedos, y los pies desnudos, teñidos del propio modo, y metidos en anchas babuchas de color amarillo. La mayor parte sólo dejan ver un ojo y la mitad de la frente: aquél, por punto general oscuro, y la segunda pálida como la cera. Si encuentran á un europeo en una calle apartada, algunas se cubren todo el rostro con un movimiento brusco y desgarbado y pasan arrimándose cuanto pueden á la pared: otras aventuran una mirada entre desconfiada y curiosa; no faltando alguna que, más atrevida, lanza una ojeada provocativa y baja la cara sonriendo. Sin embargo, la inmensa mayoría ofrece un aspecto triste, cansado, envilecido. Las jovencitas son graciosas, y como no están obligadas á cubrirse, pueden apreciarse sus ojos negros, sus redondas mejillas, su tez pálida, sus bocas bien contorneadas, sus manos pequeñas y sus breves pies. Pero á los veinte años están ya ajadas, á los treinta son viejas y á los cincuenta una verdadera ruina.

Traducido del italiano por

C. V. DE V.

(Continuará).



FLOR DE LOTO

COMPOSICIÓN DE G. MARX

TOMO III. — 90.

Ayuntamiento de Madrid



Soneto

EL REALISMO

DEJA tus alas reposar, Liseno,
si del aplauso público te curas;
ya no crece el laurel en las alturas,
sino en los charcos, entre sangre y cieno.

Ya no se vuela en el azul sereno,
ya no se bebe en las corrientes puras;
de pasto vil, el vulgo quiere harturas,
y no hay siquiera que dorarle el heno.

Vístele al adulterio nuevas galas;
ennoblece con pluma lisonjera
la orgía torpe, el robo, el homicidio.

Para esto ¡vive Dios! sobran las alas,
pues el arte ha plantado su bandera,
entre el burdel, la fonda y el presidio.

C. SUÁREZ BRAVO.

LA RESIGNACIÓN PERFECTA



I
Lo que vamos á referir no es invención nuestra: es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas* que brotan del corazón de ese eminente poeta que se llama *pueblo*, cuando el sentimiento religioso le inspira; exacto regulador que marca al hombre de observación los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentirlas y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo: este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo, que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellísimas al par que profundas creaciones que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

He aquí cómo nos fué referida esta fábula por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Títiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo, y era de oficio *mochilero*, es decir, contrabandista al pormenor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II

Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero, arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares después, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va á besar mansamente la roca en que, cual una blanca gaviota, se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía, que arranca de la sierra de Ronda, y se extiende hasta las peñas de Gibraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de hiedra; de las dehesas sin término en que se crían las toradas salvajes; de los castillos morunos que se arruinan, cual obras perecederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que, como inmutables obras de Dios, á todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes, y de cuya hermosura sólo puede formar idea el que la haya contemplado, como nosotros, repetidas veces al paso de un caballo, que sólo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

En una de estas excursiones, á que nuestras aficiones de joven nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de Noviembre con dirección á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podía entre los pliegues de una manta murciana dispuesta á

la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su marsellés remendado y el peso de sus setenta años.

—¿Qué hora es, tío Pellejo? pregunté yo de repente en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente á las estrellas y contestó sin vacilar:

—La una y cuarto.

—Me parece que el reloj de usted se ha parado, dije yo chanceándome.

—Pues no se duerme el Señor que le da cuerda, replicó gravemente el tío Pellejo.

—¿Pero no ve usted que á las doce salimos de la venta del Mimbral y que, por lo menos, llevamos ya tres horas de camino?

—Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come, replicó el tío Pellejo. A las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares ni tomares... ¿Ve usted allí las tres hermanas? prosiguió señalando las tres estrellas del cinto de Orión. Pues cuando se ponen en este tiempo encima de la Peña de Tempul apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto menos. Media hora después cae la mitad de las lágrimas de la Virgen hacia la sierra de San Cristóbal... Véalas su merced como ya van cayendo.

Y al decir esto me mostraba con el dedo la Vía láctea, que empezaba, efectivamente, á ocultarse tras de la sierra indicada.

—¿Y por qué llama usted á esas estrellas lágrimas de la Virgen? pregunté yo deseando saber el significado de esto.

—Pues por lo que al pan se le llama pan, y al vino vino, contestó sencillamente el tío Pellejo. Ese montón de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo; los ángeles las recogían, y Dios las iba colocando en el cielo... ¡Por eso son tantas y son tan hermosas!

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, vínosenos á la memoria la fábula de la Mitología griega que inmortalizó el pincel de Rubens y ensalzan críticos y poetas. ¡Cuánto más hermosa y poética nos pareció la versión del tío Pellejo, que, si bien no ha encontrado ningún Rubens que la pinte ni ningún crítico que la ensalce, habrá conmovido sin duda más de un corazón que se complace en ver en María la Madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos.

Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

—¿Quién le ha contado á usted eso, tío Pellejo?

—¡Pues si eso lo saben hasta los no nacidos!... Es como el llorar, que todos lo saben y nadie lo aprende... A mí no me lo ha contado *naide*; pero, mire usted, señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria, casi en este mismo sitio, un poco más hacia la izquierda, allá camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... ¡Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenía tres hijos: á los tres les tocó la suerte, y los tres fueron á la guerra del moro... Chana (1) no tenía ya lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba, pero tenía un *illo illo* en el cuerpo, que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡Miste yo, que, cuando entraba en casa, hasta el candil se alegraba!

Una tarde ví llegar al aperador del cortijo de la Horca: me vió desde lejos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fuí allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de África, y por él se supo que, de los tres míos, había muerto el mayor en la toma de Sierra-Bullones; al segundo lo mató á traición un moro en una trinchera; y el tercero, Sebastián, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana y dí la noticia... La mujer se encogió como si se viera

(1) Diminutivo de Sebastiana, popular en Andalucía.

venir encima el torreón de Tempul; los ojos se le desencajaron, y se puso más blanca que un papel.

—¡Vamos á Algeciras, Cristóbal! me dijo.

Aparejé la burra, y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martelilla: Chana caminaba en la burra, *arrebujáa* en un pañolón, rezando credos y salves. Yo iba detrás, echando sapos y culebras y renegando de cuanto bicho viviente se meneaba... Yo no era malo; creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que creer en el mundo; pero aquella pena me había derramado toda la *jié* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me sabía amarga... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... ¡Me cegué!... me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre; que va creciendo, creciendo, y una lloviznilla es la que al fin le hace rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del Juicio; se me puso delante, más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

—¡Calla esa lengua, Cristóbal!... ¡Calla esa lengua, que bien merece que Dios mate á tu último hijo!

—¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropelías? grité yo más furioso.

—¡Porque somos pecadores! contestó con una voz que parecía un juez sentenciando á muerte... ¡Mira, añadió levantando la mano á esos puñados de estrellas; mira las lágrimas que costamos á María Santísima!... ¡Cuéntalas, si puedes!... ¡Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fui quedando atrás, atrás, por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

—¡Virgen Santísima, que por mí lloraste, decía yo á voces, si no supe lo que dije!... ¡Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida!... ¡Madre de Misericordia, cúbreme con tu manto!... ¡Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

Llegamos á Algeciras por la mañana, y nos fuimos derechos al Hospital; preguntamos á un cabo por Sebastián Pérez, y nos hizo entrar en la oficina del Registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

—Sebastián Pérez, dijo, entró el 25 de Mayo... Salió el 1.º de Junio...

—¿Y para dónde ha salido? preguntó Chana.

—Para el camposanto, con los pies por delante, respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

—Vamos al camposanto, dijo.

Y fuimos al camposanto; pero lo habían ya cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá dentro, dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía á su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una Misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un padre cura, y me confesé mientras tanto, llorando hilo á hilo. A la vuelta caminamos siete horas sin hablar.

Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto á un pozo de abreviar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

—¿Qué haremos ahora, Chana? pregunté yo hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

—¿Qué haremos? Lo que dice el Padre nuestro, Cristóbal... *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...*

Yo me eché á llorar como una criatura, porque, aunque era hombre que con una mano

paraba una yunta de bueyes, no tenía en el corazón el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino ángel del cielo.

—Cristóbal, me dijo con voz que parecía cosa del otro mundo: había un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía mujer é hija, y labraba un hacecillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuése derecho al Cristo del Mimbral, y, postrado ante la imagen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo.

—¡Señor! decía, alzando sus cruzadas manos. ¡Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! ¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo!

El Señor no escuchó, sin embargo, las súplicas de Juan, y tras de la cosecha perdida, llamó á su puerta la miseria.

—¡Cómo ha de ser! dijo entonces á su esposa. El Señor nos ha conservado salud y brazos... El bendecirá nuestro trabajo.

Pero de allí á poco cayó su mujer enferma, y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

—¡Señor, decía, postrado ante la imagen, salva su vida!... ¡No dejes á mi hija sin madre!... ¡Devuélvele la salud, rayo del sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres días dejando solo á su marido y huérfana á su hija.

—¡Cómo ha de ser! se dijo Juan entonces. El Señor me ha quitado á mi mujer; pero me ha dejado á mi hija.

De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió, más angustiado que nunca, ante el devoto Cristo.

—¡Señor, decía, apoyando su frente en la reja, salva á mi hija!... Anciano soy y desvalido... ¿Qué haré yo solo, como árbol sin ramas y sin fruto!...

Juan volvió á su casa esperanzado: acercóse á la cama de su hija y la vió inmóvil; palpó su frente y la encontró yerta; tocó su corazón y ya no latía...

Pidió entonces de limosna una mortaja blanca; hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió él mismo sepultura á los pies de su madre.

—¡Perdí mi cosecha!... ¡Perdí mi mujer!... ¡Perdí mi hija!... pensaba Juan volviendo á su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada... ¡Nada le pediré!...

Y diariamente seguía yendo á la capilla, se arrodillaba humilde ante el Cristo, cruzaba paciente las manos, bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás, ya no suplicó nunca. Sólo decía aquel modelo de cristianos:

—¡Señor, aquí está Juan!...

Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó á las puertas del Cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

—¡Señor, aquí está Juan! dijo.

Y las puertas del Cielo se abrieron de par en par...

El tío Pellejo, al acabar su relación, guardó silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

—¿Y qué ha sido de Chana? le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

—A Chana le pasó lo que al caballo viejo, que no resiste tres días de verde, me contestó. Desde entonces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió á levantar nunca. Corazón le sobraba, pero el cuerpo se le iba solo á la sepultura, y tres meses después estaba en la eternidad con sus tres hijos.

¡Yo me quedé solo, señorito, solo!... Solo y sin más hato que el de la botella, el tapón y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista á ladrón no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me

niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño á los señores cuando vienen á tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral me asomo á la capilla y le digo:

—¡Señor, aquí está el tío Pellejo!... Setenta años tengo ya... ¡Señor, no se os olvide!...

III

Este era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como antes dijimos, una bellísima *fábula ascética* que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignación. El ejemplo de Chana y el tío Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuánta fidelidad practicaba lo que con tan subida perfección sentía.

Hoy ha desaparecido todo esto: el mismo tío Pellejo era, en el tiempo que le conocimos, un resto casi fósil de aquel antiguo pueblo español, que ha dejado de existir, para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

¿Qué ha pasado por España, Dios mío?

¿Qué viento asolador ha arrancado á este pueblo su robusta fe y sus sencillas creencias, como arranca el huracán la poderosa vid que vivifica y las suaves enredaderas que embellecen?... Es cierto que ha pasado una revolución impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancando del corazón del pobre, para sembrar el germen de la terrible rebelión, aquella alegre conformidad que dice sonriendo: *hágase tu voluntad*; aquella bendita falta de ambición que sólo pide el *pan nuestro de cada día*; aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fe religiosa que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... que todo lo asegura!...

Pero también es cierto que, á veces, se combinan varias causas para producir un mismo efecto, y á ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata, no sólo de lamentar el mal, sino también de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolución impía y esas doctrinas disolventes encontraron al pobre *resignado* amparado en brazos de su hermano el rico *caritativo*. Porque la *resignación* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos por Dios para mantener y dulcificar el orden admirable de su Providencia.

Y nótese bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo:

«Al perder el pobre la paciencia que le infundía la caridad, ha perdido la esperanza; y al perder la esperanza es cuando ha sentido, en toda su brutal plenitud, el derecho de la fuerza.»

Por eso preguntamos nosotros: ¿qué faltó primero en España?... ¿La caridad del poderoso ó la resignación del desvalido?

Lector: si eres rico, haz esta pregunta á tu conciencia, y medita luego la respuesta y el remedio al pie de aquella imagen de Cristo que oía repetir en otros tiempos al humilde pobre de España:

—¡Señor, aquí está Juan!

P. LUIS COLOMA.



EL ORO DEL RHIN

PRÓLOGO DE LA TRILOGÍA.

EL ANILLO DE LOS NIBELUNGOS

POR

RICARDO WAGNER

(CONCLUSIÓN)

ESCENA CUARTA

Múdate la escena en sentido inverso á la anterior, reapareciendo al fin *un claro ó meseta en la cima de una montaña*, como en la escena segunda, y diferenciándose sólo de ella en la niebla pardusca, que lo envuelve todo como un velo, semejante al segundo cambio después del rapto de Freia.

Wotan y Loge, llevando á Alberico atado, salen de la caverna.

LOGE

¡Descansa ahora, primo! Mira, querido íno, allí ves el mundo, cuya posesión anhelas con toda tu alma; dime ¿qué rinconcillo destinas en él, para que yo me cobije?

ALBERICO

¡Ladrón infame! ¡Bribón! ¡falso! ¡Suelta las ataduras de corteza, y déjame libre, porque sino expiarás justamente tu delito!

WOTAN

Eres mi prisionero y no puedes defenderte, cuando presumías nada menos que el mundo entero, y cuanto en él vive y se mueve, sería tuyo. Yaces atado delante

de mí; tu sorpresa y tu estupor no impedirán que lo confieses; pero, si has de verte libre, sólo será pagando tu rescate.

ALBERICO

¡Pobre diablo soy yo! ¡insensato visionario! ¿Cómo fuí tan estúpido, que me presté cándido á ese robo engañoso? ¡que una venganza terrible haga expiar ese delito!

LOGE

Si la venganza ha de servirte, será después de verte en libertad, porque ningún hombre libre es castigado nunca por su crimen, si está preso el vengador. Piensa, pues, en tu desquite cuando pagues el rescate que tanto te impacienta.

ALBERICO

(*De repente*). ¡Veamos! ¿Qué pedís vosotros?

WOTAN

Tu tesoro y tu oro resplandeciente.

ALBERICO

¡Codiciosa estirpe de ladrones! (*Aparte*). (Si llego á conservar el anillo, poco me importa privarme del tesoro: si el anillo lo manda, pronto tendré otro, ganado sin trabajo. Insignificante será mi pérdida á trueque de la lección que he recibido: no pago muy cara mi falta, porque mi daño es leve é inmenso mi lucro...)

WOTAN

¿Me entregas ó no el tesoro?

ALBERICO

Suéltame la mano, y lo haré venir aquí. (*Loge le suelta la mano derecha. Alberico toca el anillo con los labios, y pronuncia en voz baja el encanto*). ¡Arriba, nibelungos! ¡Acercaos á mí, que os llamo! Obedientes á vuestro señor, traed aquí el tesoro desde las profundidades en que os halláis... Soltadme ahora estas ataduras que me lastiman.

WOTAN

Te soltaré cuando lo hayas pagado todo. (*Los nibelungos salen de la caverna cargados con los objetos que componen el tesoro*).

ALBERICO

¡Insoportable es mi ignominia, ofreciéndome aquí atado á la vista de estos tímidos esclavos!... ¡Traedlo todo aquí, sumisos á mis órdenes! ¡Haced un montón de todas las joyas del tesoro! ¿Habré de ayudaros yo, holgazanes? ¿Qué miráis atontados? ¡Fuera de aquí! ¡largo! ¡á trabajar allá abajo para mí en las galerías subterráneas! ¡Ah, de vosotros, si llego á encontraros holgando! Vuestros pasos seguiré yo sin tardanza. (*Los nibelungos, después de amontonar las joyas del tesoro, se sumergen de nuevo, temerosos, en las profundidades del abismo*).

ALBERICO

Todo está ahí, sin faltar nada. Dejadme en paz ahora. Siquiera por caridad, sáame devuelto ese yelmo, que Loge tiene en la mano.

LOGE

(*Tirando el yelmo en el tesoro*). Esto es parte también de tu rescate.

ALBERICO

¡Condenado ladrón!... ¡Paciencia, sin embargo! Quien me hizo ese yelmo, pronto me hará otro, porque Mímo, su artífice, es mío, y me obedece. Pero dejar esa arma poderosa á tan astuto enemigo, no es, en verdad,

TOMO III. — 91.

conveniente. ¡Sea, pues! Alberico os lo cede todo; Romped ahora sus ligaduras, infames!

LOGE

(*A Wotan*). ¿Estás satisfecho? ¿Lo desato?

WOTAN

Un anillo de oro lleva todavía en sus dedos. ¿Oyes, enano? Ese anillo es parte también del tesoro.

ALBERICO

(*Horrorizado*). ¿El anillo?

WOTAN

Lo entregarás, si has de rescatarte.

ALBERICO

¡La vida... no el anillo!

WOTAN

Yo quiero el anillo: de tu vida haz lo que te plazca.

ALBERICO

Si rescato mi cuerpo y mi vida, el anillo quedará también rescatado. Ni mis manos y mi cabeza, ni mis ojos y mis oídos son míos tan verdaderamente como ese anillo dorado.

WOTAN

¿Qué dices? ¿que el anillo es propiedad tuya? ¿Delirar, enano impudente? Dinos la verdad sin rodeos. ¿Á quién robaste tú el oro, con el cual se labró ese anillo resplandeciente? ¿Era acaso tuyo lo que sustrajiste con tu astucia de los abismos del río? Pregunta á las hijas del Rhin si te cedieron su oro para que fuese propiedad tuya legítima, ó si lo robaste é hiciste con él el anillo.

ALBERICO

¡Vergonzosa intriga! ¡pérfido engaño! ¿Te atreves, ladrón, á imputarme como culpa lo que es para tí el colmo de tu anhelo más ardiente? ¿No hubieras hurtado tú mismo el oro del Rhin, si supieras el arte de labrarlo? Mi trabajo es para tí tan útil como agradable, y, sin embargo, yo, el nibelungo, vencido por una fuerza ignominiosa, y presa de la ira, me apropié ese encanto temible, cuyos efectos llenan tu alma de placer. ¡Miserio yo y lleno de angustia, perpetré un hecho censurable y digno de castigo, que se trueca para tí en real juguete, que te regocija y te sirve! ¿Mi infortunio será para tí fuente de dicha? Pero guárdate ¡oh despótica deidad! Si delinquí, la responsabilidad es sólo mía; pero tú, que me arrebatas el anillo con tanta desvergüenza, aunque inmortal, has sido, eres y serás siempre más criminal que yo.

WOTAN

¡Dame el anillo! Ociosa es tu palabrería para probar la justicia de tu causa. (*Arranca á la fuerza el anillo del dedo de Alberico*).

ALBERICO

(*Gritando desahogado*). ¡Ay de mí! ¡Muerte y destrucción! ¡No hay esclavo más desdichado que yo!

WOTAN

(*Quien, después de ponerse la sortija en el dedo, la contempla satisfecho*). ¡Bien mío es ya lo que aumentará mi poder sobre todos!

LOGE

¿Lo desato?

WOTAN

Suéltalo ya.

LOGE

(*Astojando las ligaduras de Alberico*). ¡Refúgiate pronto en tu madriguera! ¡Nada te detiene ya! ¡Véte de aquí!

ALBERICO

(*Levantándose con rabiosa sonrisa*). ¿Soy libre ya? ¿Verdaderamente libre?... Escuchad ahora, pues, mis frases benévolas, dándoos las gracias por mi libertad... ¡Maldita sea esa sortija, que vino á mis manos por una maldición! ¡Si me dió ese oro poder extraordinario, que su encanto sea mortal para el que lo lleva! ¡Que la dicha se aparte perpetuamente de quien lo disfrute; que su brillo resplandeciente despida sólo el infortunio para su poseedor; que su dueño sea desgarrado por la suerte adversa, y que corra la envidia á quien no lo tenga! ¡Anhelen todos sus favores, y ninguno goce de su poder, riqueza improductiva para su señor, y que sea su verdugo, en vez de su bienhechor! ¡Que le acarree la muerte, y que sólo le inspire timidez y temor; que, mientras viva, agonice siempre sin morir, y sea esclavo del anillo en vez de ser su despótico dominador; que todos estos males formen su patrimonio, hasta que vuelva de nuevo á mis manos la joya preciosa que me ha sido robada!... Esta... esta es la bendición que pronuncia el nibelungo, abrumado por insoportable desdicha, contra lo que fué antes su tesoro... ¡Guardadlo ahora bien! ¡no escaparéis á mi maldición! (*Desaparece inmediatamente en la caverna*).

LOGE

¿Has oído su felicitación cariñosa?

WOTAN

(*Aborto en la contemplación del anillo*). Déjale que se desahogue del veneno que le consume. (*La niebla del proscenio se va disipando poco á poco*).

LOGE

(*Mirando hacia la derecha*). Allá lejos vienen Fafner y Fasolt, trayendo consigo á Freia. (*Fricka, Donner y Froh aparecen por la izquierda*).

FROH

¡Ya vuelven!

DONNER

¡Bien venido seas, hermano mío! (*Corriendo hacia Wotan lleno de inquietud*).

FRICKA

¿Me traes buenas nuevas?

LOGE

(*Señalando al tesoro*). Con astucia y con la fuerza logramos nuestro propósito: ahí yace el rescate de Freia.

DONNER

Los gigantes se acercan ya aquí con la bienaventurada diosa.

FROH

¡Qué céfiro tan grato sopla ahora hacia nosotros! ¡Qué contento celestial llena nuestros sentidos! ¡Tristes estábamos todos, separados para siempre de ella, dispensadora para nosotros de juventud perpetua, exenta de dolores y pródiga de júbilo sin tasa! (*El proscenio se llena otra vez de claridad; el aspecto de los dioses recobra con la luz su primitiva frescura; sin embargo, la niebla envuelve toda la vía del fondo, impidiendo que se vea el lejano castillo*).

Fasolt y Fafner se presentan, llevando en medio á Freia.)

FRICKA

(*Que corre desalada hacia su hermana para abrazarla*). ¡Amadísima hermanal! ¡Oh placer incomparable! ¿Vuelves de nuevo á nuestro lado?

FASOLT

(*Apartándola*). ¡Quita! ¡Nadie la toque! Nuestra es todavía. Descansábamos en las cumbres de Riesenheim, territorio nuestro: y, con toda lealtad, con arreglo á nuestro trato, cuidábamos de la prenda entregada; y aunque no me sea grato, yo os la devuelvo, si sus hermanos me pagan el rescate convenido.

WOTAN

Preparado está ya; falta sólo ahora medir el oro con legalidad.

FASOLT

Mucho me aflige, sabedlo bien, renunciar á esta mujer, y para olvidarla, arreglad el tesoro de manera, que mis ojos no puedan contemplar esa flor tan bella.

WOTAN

Que la forma de Freia sirva de medida.

(*Fafner y Fasolt clavan sus estacas delante de Freia, de suerte que señalen, en la altura y extensión, la forma de Freia*).

FAFNER

Plantadas están las estacas para trazar la medida. El tesoro ha de llenarla.

WOTAN

Apresuraos, que esta operación me repugna sobremanera.

LOGE

¡Ayúdame, Froh!

FROH

Trabajaré con toda mi alma para borrar la ignominia de Freia.

(Loge y Froh amontonan á toda prisa los objetos que componen el tesoro, entre las estacas clavadas en tierra).

FAFNER

No amontonéis así esos objetos, tan sueltos y dejando entre sí tantos claros: la medida ha de ser completa, apretada y firme. (Aprieta entonces los objetos con toda su fuerza, inclinándose para observar si hay algunos claros). Por aquí veo yo algo. Llenad esas lagunas.

LOGE

¡Apártate, soez personaje! Guárdate de estorbarme.

FAFNER

¿Cómo así? Llenad esas hendiduras.

WOTAN

(Alejándose de mal humor). Oprobio tan insufrible me desgarró el corazón. (Mirando á Freia fijamente).

FRICKA

¡Mira, mira! ¡Tan noble y tan digna y víctima de tal deshonra! Muda y revelando el dolor que la embarga, nos pide con los ojos su rescate. ¡Pérfido esposo! ¿Así afrontas á mi hermana adorada?

FAFNER

¡Más! ¡traed más aquí!

DONNER

Me contengo con trabajo: ese miserable sinvergüenza excita hasta lo imposible mi ira... ¡Vén acá, perro! Si tal es tu afán de medir, médete ahora mismo conmigo, Fafner.

FAFNER

¡Quieto, Donner! Trueno cuando sea preciso: tu fragor es inútil aquí.

DONNER

(No pudiendo contenerse). ¿Ni servirá tampoco para aniquilarte por tu impudencia?

WOTAN

¡Haya paz entre vosotros!... Paréceme que Freia no se ve ya.

LOGE

Acabóse el tesoro.

FAFNER

(Tomando á ojo la medida). Todavía veo brillar el

cabello de esa beldad: ¡añadid esa otra joya á las del tesoro!

LOGE

¿Cómo? ¿El yelmo también?

FAFNER

Sí, es indispensable.

WOTAN

¡Hacedlo así!

LOGE

(Echando el yelmo en el montón). Terminemos ya... ¿Estáis satisfechos?

FASOLT

Ya no veo á la bella Freia. Pagó su rescate y he de cederla sin remedio. (Acércase al tesoro y lo examina atentamente). ¡Ay de mí! Mis ojos ven los suyos, el resplandor que despiden, me ilumina como antes, porque hay cierta hendidura, que ha de cerrarse con arreglo á nuestro pacto... Mientras yo vea sus ojos seductores, no puedo desprenderme de su posesión.

FAFNER

¡Hola! ¡Seguid mi consejo, y llenad también ese hueco!

LOGE

¡Insaciable es vuestra codicia! ¿No observáis acaso, que no tenemos más oro?

FAFNER

¿Es posible, buen amigo? Un anillo resplandece en la mano de Wotan. Echadlo, pues, al montón, para que llene ese hueco.

WOTAN

¿Qué dices? ¿Hablas de esta sortija?

LOGE

¿Por qué no sois razonables? Ese oro pertenece á las hijas del Rhin, y Wotan ha de devolverlo á sus dueños.

WOTAN

¿Qué estás charlando ahí? Botín mío es este oro, ganado con trabajo y sin vacilar lo guardo para mí.

LOGE

¿Qué crédito darán entonces á mi promesa, cuando me lo reclamen sus legítimos poseedores?

WOTAN

Tu palabra no me obliga, quedome con el anillo como parte de mi botín.

FAFNER

Sin embargo, menester es que sirva también para el rescate.

WOTAN

Podéis pedir cuanto queráis: á mi riesgo resérvome el anillo, y no lo cedo á ningún precio.

FASOLT

(Arrastrando iracundo á Freia detrás del tesoro).
¡Está bien! ¡Acabóse esto! Rija ahora el antiguo pacto, y Freia habrá de ser nuestra otra vez.

FREIA

¡Socorro! ¡Socorro!

FRICKA

¡Accede á su ruego, dios sin piedad!

FROH

¡No te cuides del oro!

DONNER

¡Entrega también el anillo!

WOTAN

¡Dejadme en paz, que no lo cedo! *(Fafner detiene á Fasolt, que intenta llevarse á Freia. Todos se quedan atónitos, y Wotan, lleno de ira, se aleja algunos pasos. La escena se oscurece de nuevo; de una caverna lateral sale un resplandor azulado y de repente Erda se presenta á los ojos de Wotan, pero sin descubrir más que la mitad de su cuerpo. Su figura es distinguida y avanza cubierta de negra cabellera).*

ERDA

(Extendiendo la mano hacia Wotan, en ademán profético). ¡Cede, Wotan, cede! ¡Esquiva la maldición de ese anillo! Su posesión te condena á oscura é irreparable muerte.

WOTAN

¿Quién eres tú, que así profetizas?

ERDA

Yo sé todo lo que era, y cómo todo es, y lo que será después. Erda, la tierra primitiva del mundo sempiterno, es la que te exhorta. Tres hijas, las primeras concebidas, llevó mi seno: te dirán en las tinieblas lo que ha de suceder. Sin embargo, grave é inminente peligro muéveme hoy á hablarte: ¡atiende! ¡atiende! ¡atiende! ¡Todo lo que es, muere! ¡Triste día amanecerá para los dioses! Entrega, pues, el anillo, y sigue mi consejo. *(Desaparece lentamente, sin dejar visible más que el pecho, mientras el resplandor azulado comienza á oscurecerse).*

WOTAN

Tus palabras misteriosas han penetrado en mis oídos, no te vayas; ¡declárame cuanto sepas!

ERDA

(Al desaparecer). Basta que te avise... sabes lo necesario: reflexiona, vela y teme. *(Desaparece completamente).*

WOTAN

¡Debo, pues, vigilar y temer!... Fuerza me es detenerte para averiguarlo todo. *(Intenta precipitarse en el abismo para detener á Erda: Donner, Froh y Fricka se oponen y le contienen).*

FRICKA

¿Qué te propones, insensato?

FROH

¡Detente, Wotan! ¡Respetá á esa noble señora, y no olvides sus palabras!

DONNER

(Á los gigantes). ¡Oid vosotros, gigantes! Apartaos y aguardad: el oro será vuestro.

FREIA

¿Podré esperar esta dicha? ¿Me creéis, acaso, digna de tan caro rescate? *(Todos miran á Wotan).*

WOTAN

(Reflexiona primero profundamente, y hace luego ademán de tomar una resolución enérgica). ¡Con nosotros, Freia! ¡Eres libre ya! ¡nuestra es otra vez por este precio la perpetua juventud!... Vosotros, gigantes, tomad vuestra sortija. *(Echa la sortija en el tesoro. Los gigantes sueltan á Freia, que se acerca placentera á los dioses, y recibe de todos ellos plácemes y caricias).*

FAFNER

(Que abre en seguida un saco monstruoso, y se acerca al tesoro, como para encerrarlo en él).

FASOLT

(Oponiéndose á su hermano). ¡Alto ahí, avarientol! ¡Algo me darás! Reparte con equidad entre los dos ese tesoro, para que ambos lo aprovechemos.

FAFNER

Quando estabas neciamente enamorado, te acordabas de Freia más que del oro: tan grande era tu locura, que harto trabajo me costó que accedieras á este cambio. ¡Tuya era Freia, sin dar participación á nadie: si yo divido este tesoro, justo es que la parte mayor sea para mí.

FASOLT

¿Serás capaz de esta villanía? ¿Llegará á tal punto tu infamia?... *(Á los dioses).* Sed árbitros de nuestra disputa: con arreglo á justicia, distribuid entre nosotros el tesoro.

WOTAN

(Aparta de ellos los ojos, mostrando su desprecio).

LOGE

(Á Fasolt). Déjalo que se lleve el tesoro, y conténtate sólo con el anillo.

FASOLT

(Que se precipita contra Fafner, mientras éste llena

ofanoso el saco). ¡Atrás, bribón! El anillo es mío, y lo es porque pagó el rescate de los ojos de Freia (*Intenta apoderarse con violencia del anillo*).

FAFNER

En mi mano está ya, y mío será el anillo. (*Luchan ambos y Fasolt arrebató el anillo a Fafner*).

FASOLT

Lo tengo, y me pertenece.

FAFNER

Guárdalo bien no se te escape. (*Ciego de ira arre mete a Fasolt con la estaca, le derriba de un golpe, y después le arranca el anillo a la fuerza*). Recréate ahora con las dulces miradas de Freia. ¡Al anillo no tocarás más! (*Mete el anillo en el saco, y lo llena poco a poco con las joyas del tesoro. Todos los dioses se quedan atónitos. Largos instantes de solemne silencio*).

WOTAN

Terrible es, sin duda, el poder de la maldición.

LOGE

¡Qué puede superar a tu dicha, oh Wotan! Muchos bienes te ha traído la posesión del anillo, y el haberlo perdido ahora ganancia también es. Mira, tus enemigos se matan por el oro que les diste.

WOTAN

(*Muy conmovido*). ¡Cuán grande es mi zozobra! El temor y la inquietud embargan mis sentidos; Erda me enseñará cómo ha de acabar esto. Menester es que la vea.

FRICKA

(*Acariciándole con zalamería*). ¿Qué te detiene, Wotan? Ese magnífico castillo, que espera a su señor para ofrecerle todo linaje de placeres, ¿no te atrae dentro de sus murallas?

WOTAN

¡Funesto ha sido el pago de su construcción!

DONNER

(*Señalando hacia el fondo envuelto todavía por las nieblas*). Vapores sombríos, que os agitáis en el aire; moléstame con exceso esta opresión que me aflige. Yo transformaré en truenos y relámpagos esas pálidas nubes y el cielo se serenará después. (*Siéntese en un peñasco elevado, que sobresale en la pendiente del valle, y mueve a un lado y otro su martillo*). ¡Hola! ¡Vedme aquí! ¡Venid a mí, ligeros vapores! ¡Obedecedme, que Donner, vuestro señor, os lo manda! ¡Acumulaos como os lo ordena mi martillo! ¡Hola! ¡Aquí! ¡Nieblas espesas, Donner os convoca! (*Las nieblas se acercan a él, y se transforman en nubes oscuras, girando alrededor. Oyese luego un golpe pesado de su martillo, al chocar contra el peñasco: un relámpago brota de las nubes, siguiéndole inmediatamente un trueno formidable*). ¡Hermano, ayúda-

me! ¡echa un puente para nuestro paso! (*Froh ha desaparecido con las nubes. De improviso se aclaran éstas y se hacen visibles Donner y Froh, y a sus pies, con deslumbrantes colores, se extiende un arco iris desde el valle hasta el castillo, mostrándose este último en todo su brillo, alumbrado por los rayos del sol poniente. — Fafner, que ha llenado al fin el saco junto al cadáver de su hermano, se lo carga en las espaldas, mientras las nubes acumuladas por Donner abandonan el escenario*).

FROH

Este puente lleva al castillo, y, aunque ligero, ofrece apoyo a vuestros pies: atravesad, pues, sin miedo, la fácil senda que se presenta.

WOTAN

(*Contemplando absorto el castillo*). ¡Cómo brillan los rayos del sol en su ocaso! ¡el castillo se ostenta en todo su esplendor! Por la mañana, al romper la aurora, brillaba también y atraíame sin descanso, huérfano todavía de su señor. De la mañana a la tarde, con angustia y con trabajo, lo ganamos llenando nuestro deseo. Acércase la noche, y ahora, ocupándolo ya, esquivaremos sus rigores. Así, libre de temor y de sobresalto, saludo satisfecho a mi palacio... (*A Fricka*). Sígueme, esposa: ahora habitarás conmigo en el Walhala ó Paraíso. (*Cógele la mano*).

FRICKA

¿Qué nombre es ese? A mi parecer nunca lo he oído.

WOTAN

Cuando, sin temor alguno, encuentre lo que busco, y salga victorioso de mi empeño... entonces lo comprenderás. (*Wotan y Fricka atraviesan el puente, siguiéndoles Froh, Freia y Donner*).

LOGE

(*Esperando en el proscenio, y siguiendo a los dioses con los ojos*). ¡Acérquense a su fin los que tan fuertes se creían! ¡Casi me avergüenzo de confundirme con ellos! ¡Ojalá que pudiese, obediente a mis deseos, transformarme de nuevo en viva llama de infinitas lenguas! Yo les abrasaría, por haberme vencido en otros tiempos, y no perecería insensatamente con esos ciegos... ¡Así fuesen los númenes más divinos!... ¡La idea no es despreciable; pensaré en ella, y ¡quién sabe lo que podré hacer! (*Con cierta negligencia camina para juntarse con los dioses. — Oyese el canto de las hijas del Rhin, que parece venir del fondo*).

LAS TRES HIJAS DEL RHIN

¡Oro del Rhin! ¡Oro puro! ¡qué limpio y resplandeciente brillabas para nuestro deleite! ¡Ahora sólo por tí lloramos! ¡Dadnos nuestro oro! ¡devolvédnoslo tan puro como antes!

WOTAN

(*Que al poner el pie en el puente, se detiene, y se vuelve*). ¿Qué lamentos son esos que llegan hasta mis oídos?

LOGE

Las hijas del Rhin, que deploran el robo de su tesoro.

WOTAN

¡Ninfas importunas!... ¡Mándalas callar!

LOGE

(*Gritando hacia el valle*). Vosotras las que estáis en el agua ¿por qué lloráis ahora? Escuchad lo que Wotan os ordena. Si el oro no ha de relucir más para vosotras ¡oh doncellas! sabed que, en adelante, disfrutaréis de la

dicha de miraros en el espejo de la bienaventuranza celeste. (*Los dioses se ríen en voz alta y atraviesan el puente*).

LAS HIJAS DEL RHIN

(*Desde lo hondo*). ¡Oro del Rhin! ¡Oro puro! ¡Cuán felices seríamos si resplandecieras todavía en estas profundidades, sirviéndonos de gratísimo solaz! Aquí, en lo hondo, sólo habitan la lealtad y la honradez, y allá arriba los cobardes y los falsos se abandonan á los deleites.

(*Cuando todos los dioses han pasado el puente del castillo, cae el telón*).

Traducido del alemán por

E. DE MIER.



UN KABILA

Ayuntamiento de Madrid

NUEVA ORLEANS

POR

JULIAN RALPH

(CONTINUACIÓN)

OTRA de las costumbres que más llaman la atención de los forasteros es la de pegar los anuncios mortuorios en los postes del telégrafo. Antes de ir á Nueva Orleáns ya había oído á muchos ensalzar este sistema como más adecuado que el de la publicación del aviso en la prensa para hacerlo llegar al conocimiento de todos. Voy á copiar un par de ellos sin otra modificación que el cambio de los apellidos. Dicen así:

JUANA

Hija de Jaime Coudert y Adela Palm

Se invita á los amigos y conocidos de las familias Coudert, Palm, Rochefort y Bellecamp á asistir á sus funerales, que se celebrarán el sábado próximo á las cuatro de la tarde.

La comitiva saldrá de la casa de los padres, situada en la calle Plaisant, número 2,091, entre San Jaime y Corona.

Este anuncio estaba redactado en francés. El que sigue lo estaba en lengua inglesa.

BIRMINGHAM

FALLECIMIENTO

El miércoles 2 de Marzo de 1892, á las seis y media de la tarde, dejó de existir R. L. BIRMINGHAM á la edad de cuarenta y cinco años.

Los amigos y conocidos de las familias Birmingham, Smith, Robinson y Decatur son invitados á asistir al funeral, que se celebrará el jueves á las cuatro y media de la tarde en el templo de la Trinidad.

No faltan tipos excéntricos que se complacen en coleccionar esta clase de anuncios. En achaque de colecciones todo se excusa. También hay en esta materia otra costumbre notable, y es la de publicar en el *Picayune* y en el *Times Democrat* una apología del difunto, aprovechando la ocasión de anunciar al público su fallecimiento. Esta clase de anuncios trae á la memoria los que suelen publicarse en verso en los diarios de Baltimore y de Filadelfia.

Ya que de tan triste asunto hablamos no será inoportuno decir que el cementerio de Nueva Orleáns es muy digno de ser visitado. Y cuenta que no somos de los que se empeñan en llevar visitantes á esos fúnebres recintos incluyéndolos en el catálogo de los espectáculos notables. Los recomendamos por excepción, porque en nada se parecen á la generalidad de los camposantos. Sus paseos están tan bien cuidados como en nuestra región septentrional, pero con un aseo que raya en pulcritud. Puede decirse de ellos que son realmente ciudades de los muertos,

pues las tumbas son verdaderas casas en las cuales hay varios compartimentos para la colocación de los cadáveres, estando dispuestas las tumbas como los cajones de una cómoda. Nada los describe mejor que la expresión vulgar que los denomina *hornos sepulcrales*. En pocos cementerios se ha desplegado tanto lujo, pues todos esos sepulcros son de mármol ó de granito,



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Leyendo un anuncio mortuario

ó cuando menos de ladrillo imitando la piedra. Algunos son abovedados seme- jando templete griegos, y en todas partes se ven adornados de cruces, coronas, estatuas y otras esculturas. Los mausoleos desparra- mados por aquel fúnebre recinto producen un efecto más agradable que lúgu- bre, gracias á los muchos naranjos, cedros, encinas y magnolias.

Esta manera de sepul- tar los cadáveres se ha adoptado á causa de la ex- tremada humedad del sue- lo. También he visto se- pultarlos en un terreno

arenoso en un pequeño cementerio de la ciudad en el cual había un gran número de sauces llorones que daban un aspecto familiar á la escena. Estaba situado junto á la capilla de San Roque, el templo más extraño que he visto allí, en el Canadá y en la California. Es un pequeño edificio de ladrillo cuya fachada oculta por completo un inmenso manto de hiedra. En el interior hay varios bancos, pero ningún reclinatorio, y debajo del altar vese una estatua yacente de tamaño natural figurando al Salvador desnudo después del descendimiento de la cruz. Lo más im- portante del local es una colección de losanges de mármol, á modo de grandes tarjetas de visita, en los cuales había generalmente esculpida la palabra *Gra- cias* y una fecha, colocados encima del altar. En el mismo, y colgando de cintas de colores, había un gran número de manecitas, antebrazos y piecitos, y además unas manos de tamaño natural dentro de una urna de cristal. Eran exvotos ó dones dedica- dos á Dios por la curación de varias enfermedades. En el altar se ve arder constantemente una infinidad de cirios ante los cuales hay postrada á todas horas una multitud de devotos.

Las catorce estaciones que se ven en todas las iglesias católicas están aquí en la parte exte- rior en unas capillitas de madera á las cuales trepan y forman graciosos doseles unas enredade- ras cuajadas de florecillas. Las devotas oran postradas de hinojos ante estas capillitas. En suma, no he visto en Nueva Orleáns nada más pintoresco que esa capilla.

No tengo espacio para describir el mercado francés, la catedral, el barrio de los franceses ni otros lugares que por otra parte han sido ya descritos hasta la saciedad por nuestros padres y abuelos. Con lo que ellos han dicho basta y sobra para llevar batallones de turistas á esa



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

La antigua iglesia de San Roque

ciudad tan elegante y atractiva y á la cual dan dichos edificios un aire extranjero y característico.

He notado en mis viajes un fenómeno extraño, y es que pocas veces se enseña á los extranjeros lo más típico y artístico de las poblaciones con tanto orgullo como sus barrios modernos. Esto pasa en Nueva Orleáns como en Montreal y en otros muchos lugares.

La avenida de San Carlos y el *Garden District* son como el célebre *Hill*, de Brooklyn, de un carácter semirural, pues en ellos abundan los jardines plantados de bananos, naranjos, magnolias y rosales, rodeando las casas construidas con mucho gusto y con todas las comodidades apetecibles en aquel clima. Los árboles alcanzan allí una corpulencia y frondosidad muy notables, y sobre todo agradables en extremo cuando los rigores de la estación hacen tan amable la sombra. No puede darse nada más hermoso que la perspectiva de aquellos largos paseos en los cuales ostentan su lujo arquitectónico una infinidad de casas de todas épocas desde el tiempo de la buena reina Ana hasta el presente siglo.

En Chicago habría hombre que se escandalizaría si le contasen hasta dónde llega el atraso de Nueva Orleáns en punto á las novísimas invenciones, que no parecen hechas sino con la mira de convertir la vida moderna en una función mecánica y automática. Nosotros tenemos afición á esa ciudad precisamente por esas circunstancias que ciertas gentes critican como defectos.

Es sabido que la mejor bestia es la mula, y allí tienen las mejores del mundo. Verdad es que, en cambio, sus caballos son los peores de la tierra. Sus carricoches, que van y vienen sin cesar por los alrededores de las calles del Canal y de San Carlos, son unos vehículos pequeños y sucios que crujen y traquetean sin cesar mientras se hallan en movimiento.

(Del *Harper's new Monthly Magazine*).

Traducido por
J. COROLEU.

(Continuará).



From Harper's Magazine.

Copyright, 1894, by Harper & Brothers.

El camino de las Conchas



From Harper's Magazine.

Copyright, 1894, by Harper & Brothers.

Un fragmento de arquitectura antigua en el barrio francés



NUESTROS GRABADOS

UNA BARBERÍA EN TÚNEZ

CUADRO DEL PROFESOR C. HABERLÍN

El hombre de Oriente, hasta el que pertenece a la clase más humilde, tiene con frecuencia aires de gran señor. Parecen algunos sucesores de reyes y de príncipes, que por azares de la fortuna hubiesen descendido al punto de tener que llenar los modestos menesteres del pueblo. Sentado el árabe cabe la puerta de su tienda, fumando la pipa, meciéndose en la voluptuosidad de la indolencia oriental, mira con desdén al europeo, nada le aparta de aquella especie de ensueño en que se halla metido y sólo la codicia, que es poderosa en las razas orientales, consigue sacarlo de su silencio y de su ensimismamiento. Movido por la sed del dinero, insta al europeo en las ciudades del Cairo, de Damasco, de Bagdad y otras para que le compre las baratijas que tiene a la venta o los perfumes y pomadas que fabrican con gran habilidad aquellos pueblos y a las que son muy aficionados. El barbero de nuestro grabado pertenece sin duda a los árabes a quienes aludimos. Tiene una barbería lujosamente decorada con labores arabescas de elegante estilo y fuera de ella dos anchos sillones, también al modo de Oriente, para acomodar en ellos a los parroquianos y rasurarles las quijadas o cortarles el cabello. Al aire libre ejercen su industria como antaño la ejercían también en nuestra misma patria muchos descendientes de Fígaro, quienes afeitaban a sus parroquianos cara al sol, o de espaldas, según gustasen, recibiendo las caricias de la tenue brisa o soplando el viento por el cogote si el día no se señalaba por lo apacible. El barbero árabe, en nuestra lámina, terminada su tarea, coge de nuevo la larga pipa y le echa algunas chupadas, mientras el parroquiano, ya limpio y aseado, se queda departiendo con él por algún rato. Comodamente se ha instalado en el ancho sillón, soltando las babuchas y dejando los pies al aire libre, lo cual es uno de los predilectos placeres de los árabes del Oriente. El cuadro que publicamos tiene grandiosidad, a pesar de lo trivial del asunto, y además la riqueza característica de las cosas arábigas.

FLOR DE LOTO

COMPOSICIÓN DE G. MARX

El loto era la planta sagrada de los egipcios y es también objeto de veneración, aun hoy día, por parte de los indios. Los egipcios pusieron la flor de loto en la mano de sus principales divinidades y de la misma sacaron el tema de que se derivó todo su sistema decorativo. En flor abierta o en capullo se ve el loto en los capiteles de los templos y de los palacios del antiguo Egipto. En el Nilo crece con abundancia y se le daba el significado de la renovación de la vida y por traslación otro espiritual, referente al alma humana después de la existencia terrena. En el Ganges significa el mundo y la protube-

rancia que encierra el embrión del fruto la sagrada montaña de Meru. La especie representada en nuestro grabado es el nelumbo (*Nelumbum speciosum*) llamada también rosa acuática india o lirio acuático. La flor tiene unos quince centímetros de diámetro y ofrece un aspecto encantador cuando es blanca con un matiz ligeramente sonrosado, saliendo por encima del agua. Su forma es esbelta y a dar mayor brillantéz a la corola contribuyen en gran manera las hojas, de un color verde bastante oscuro y sumamente armonioso.

UN KABILA

La guerra que España sostiene en Melilla presta vivo interés a todo cuanto se refiere al pueblo marroquí, y muy especialmente a todo lo que tiene relación con las kabilas que rodean la mencionada plaza fuerte. Los kabilas son gente por natural selvática, berberiscos, que tienen a la guerra por la más agradable ocupación de la vida. De ahí que vivan en guerra siempre con las naciones civilizadas que poseen colonias en terrenos próximos a sus aduanas, y bien puede decirse que en guerra también con sus mismos compatriotas y con el Sultán de Marruecos. Es sabido que este soberano se ve con frecuencia en apuros para hacerse obedecer de las kabilas del Rif y que en repetidas ocasiones ha tenido que enviar allá numeroso contingente de moros de rey para castigar a aquellas gentes levantiscas. Este es el caso también en la ocasión presente. El kabila dice ya por su aspecto que es hombre rudo y salvaje. En medio de la civilización no abandona sus hábitos, y en los bulevares de la ciudad de París se les veía, durante la época de la Exposición de 1878, sentados, desnudos los pies y con las babuchas en el suelo. Su traje es primitivo, y el ancho sombrero de palma con que cubren su cabeza imprime a sus atezados rostros aspecto más terrible. Levantan las kabilas sus aldeas en la cima de las montañas. Las casas, de piedra o de barro y cubiertas con rojas tejas, forman calles angostas y empinadas. Las viviendas se construyen en el interior de un patio, el cual no tiene más que una puerta abriendo a la calle. Siguiendo la costumbre árabe, apenas se ven ventanas en la casa, para que nadie pueda atisbar desde fuera lo que pasa en el interior. Todo el ajuar lo constituyen ollas y cántaros, de barro vidriado algunas, y de bonitas formas, bancos de piedra, esterillas, una muela de mano de carácter muy primitivo y vasijas para el aceite, que parecen más urnas que tinajas y que se hallan adornadas de arabescos. La magnitud y número de esas vasijas revela la posición de cada familia. No tienen hogar las casas de los kabilas, porque la comida se guisa en el patio. Aparte del establo, tienen estas habitaciones dos departamentos, el de la planta baja, donde duermen los hombres, y el del piso superior destinado para las mujeres y niños. La rusticidad y la sobriedad reinan en todo cuanto constituye la vida del kabila y de su familia.

UN ALCALDE DE ALDEA EN EL DÍA
DE LA FUNCIÓN

Tipo popular de España es el personaje sacado con

fidelidad en este dibujo. A alguna de las provincias aragonesas parece pertenecer á juzgar por el traje y hasta por el aire que tiene, mucho del que es peculiar á los baturros. Satisfecho se muestra, conforme lo indica su regocijada cara, porque con motivo de la función



UN ALCALDE DE ALDEA EN EL DÍA DE LA FUNCIÓN

DIBUJO DE N. MORAL

podrá hacer oficios de autoridad, sin daño de barras, ó sea sin que deba de intervenir en reyertas y en alborotos, aun cuando por temor de que esto suceda anda armado del garrote, que le sirve más para sus propósitos que fusil ó carabina. «Aquí estoy yo, dice con su pos-

tura, y á ver quién se atreve con el alcalde, con la autoridad que representa al gobierno y al rey.» Ese tipo, como todos los populares españoles, descubre también la bondad y la malicia juntas peculiares de las gentes del terruño en nuestros antiguos reinos.



LA MODA

DE

PARÍS



Sombrero de Virot

La gran reforma de este invierno se hará en el tocado. Muchas hermosas damas, deseosas de sustraerse á la tiranía del moño á la griega, han adoptado ya los *bandeaux* planos, que tanto éxito alcanzaron durante el segundo Imperio. Las coquetas, cuyas facciones tienen menos regularidad, prefieren los *bandeaux* ondulados y muy soplados al modo como los lleva Jane Hading. Bajo la inspiración de Lenthalic parece que el *bandeau* ha de reinar este invierno y que compartirá los favores de la moda con el tocado estilo Luis XV, con los cabellos levantados y vaporosos. Ya que hemos citado el nombre de Lenthalic, diremos de paso que el perfumista del gran mundo tuvo una ingeniosa idea, con motivo de la estancia en París de la escuadra rusa, al guarnecer con profusión los tocadores de los oficiales de los productos más finos y de los extractos más delicados de su perfumería de las orquídeas.

Pero volvamos al tocado de las señoras. Los sombreros se resienten del cambio en el peinado, y ya Virot ha imaginado formas nuevas, deliciosas todas y con un verdadero sello artístico. Tal es, verbigracia, el sombrerito *cornette*, de terciopelo espejo gladiolo, con el casco sujeto por medio de hebillas de azabache. Una *aigrette* de plumas, sujetas por un alfiler y una fina orla de zibelina completan su adorno. Es igualmente muy coquetón el sombrero *Granier*, de terciopelo negro, muy levantado, con penacho de plumas y cordoncillo de oro. Allá se va con éste el *Satán*, negro también, con cuernos salpicados de oro.

Con el peinado en *bandeaux*, el sombrero amazona vuelve á ponerse á la moda. Virot los ha confeccionado con aire moderno y muy graciosos, de fieltro negro ó castaño, de terciopelo viola ó verde realzados con ramitos de violetas ó de pensamientos. Indicaremos asimismo un elegante abrigo que será muy apreciado por las damas ansiosas de novedades, con ocasión de las próximas visitas; se compone de un gran cuello canesú, de terciopelo color de pensamiento, formando como charreteras, guarnecido con zibelina y cuello de lo mismo. La toca es de terciopelo, que armonice con la pieza anterior, adornada de pieles. Por lo que hace al manguito tiene una originalidad y una elegancia que recuerda los usados por las mujeres elegantes en el siglo XVIII.

Los sombreros de niñas y señoritas muy jóvenes, de *bebés* y de niños ofrecerán también este invierno un sello particular. M.^{me} Thirion ha sabido sacar partido de las tendencias de la moda creando tocados graciosísimos. Hablamos en otra ocasión de la capota religiosa para niñas, y al lado de este modelo inédito hemos de poner la gran capelina de fieltro *beige* ador-

nada de terciopelo castaño y de zibelina, con un *chou* color de cielo en el interior. Hay igualmente la forma *canotier*, siempre gentil.

En cuanto á trajes de niños, hemos visto un lindo modelo que estaba acabando M.^{me} Thirion, el cual es de terciopelo verde olivo con calzas y blusa á la rusa, y un cinturón en piel de guante crema. Es sencillo y encantador.

Para contestar á las cartas que hemos recibido de nuestras lectoras referentes á la higiene y á la belleza del cutis, hemos de recordar que el Anti-Bolbos no constituye una medicación. Es sólo una loción higiénica, conveniente para la epidermis y destinada especialmente á dar al color una gran pureza, empleándose particularmente para destruir los puntos negros de la nariz y de la barba.

Nuestro primer figurín representa un sombrero de teatro, modelo de Virot. Es de paño de oro, incrustado de piedras y rodeado de plumas negras. Tiene fijado detrás un ancho lazo abanico de terciopelo color espliego. Va en lo alto un manojito de plumas negras con una hebilla artística.

El segundo figurín reproduce un elegante traje, estilo Luis XIII, inventado por M.^{me} Thirion, 15, calle de la *Paix*. La falda está confeccionada con paño verde olivo, ligeramente plegada por lo alto. El cuerpo es de terciopelo, de idéntica tinta, plegado por delante sobre un canesú adornado con guipure antiguo. Grandes mangas con hombreras que bajan mucho, guarnecidas de guipure completan el vestido. De él forma parte sombrero de fieltro verde olivo, adornado con moaré antiguo crema y manojito de plumas verdes.



Traje, Luis XIII, de M.^{me} Thirion



El celebre astrónomo Arago negaba que la luna ejerciera influencia de ninguna especie en nuestro globo y atmósfera. A pesar de la autoridad de Arago, muchos ha habido después de él, como antes de él existían también, que han afirmado con entera convicción que nuestro satélite tiene poderoso influjo, tanto en los fenómenos atmosféricos y cambios de temperatura, como en la vegetación y desarrollo de la vida, con sus muchas alternativas de los demás seres vivientes en la superficie terrestre.

Aducía en apoyo de su aserción el astrónomo francés, que la luz reflejada por la luna no impresionaba de ningún modo las sustancias químicas más sensibles expuestas á sus rayos, y que respecto del calor tampoco se notaba efecto alguno en nuestro planeta. La experiencia ha venido después á desmentir las aserciones de Arago. En cuanto á luz y su insuficiencia no hay para qué repetirlo, después que se sabe desde muchos años que se sacan vistas fotográficas del disco lunar como de cualquier objeto terrestre.

En cuanto al calor irradiado por nuestro satélite, muchos han intentado medir su intensidad, sin ocurrírseles la menor duda de si tal calor existía ó no, y de que á nosotros pudiera llegar. De esto no sabemos que haya dudado sino M. Arago. La dificultad estaba en disponer de un medio, suficientemente delicado y sensible, para poder apreciar los grados de intensidad selenio-calorífica. M. Boys ha realizado experimentos de resultados admirables, empleando un *microrradiómetro* de sensibilidad verdaderamente prodigiosa. Júzguese de ella por lo siguiente: colocado frente á la llama de una bujía que se halle á 2,800 metros de distancia del microrradiómetro, el calor de la llama, cuya luz apenas es visible á esa distancia, se hace apreciable en dicho instrumento.

Los resultados más importantes respecto del calor lunar, comprobados, según se dice, por M. Boys, son los siguientes: en luna nueva el calor aumenta desde el borde cóncavo hasta el borde convexo; es decir, menos intenso hacia la parte oscura del disco. De la parte que está en sombra, el instrumento no indica señales de temperatura. Al hallarse el astro en cuadratura, el máximo de irradiación calorífica se aleja del borde más iluminado y parte de región media del segmento bañado de luz solar que se ve desde la tierra. Dicho máximo calorífico se halla en el centro del disco en la época de la luna llena, sin contar diferencias entre el borde que

lleva catorce días mirando al sol y el que acaba de ser iluminado.

Los censores Camilo y Postumius ordenaron que los ciudadanos que hubiesen envejecido en el celibato fuesen castigados con una multa que ingresaría en el tesoro público, y que incurrirían en una segunda pena en caso de que murmuraran contra tan justa disposición. Esto era lo mismo que decirles: «La naturaleza al daros el ser os ha impuesto la obligación de transmitirla á otros seres; vuestros padres al prodigaros los cuidados durante la infancia os han impuesto también una obligación que el honor os debía hacer cumplir, la de procuraros y educar vuestra descendencia. La fortuna os ha dejado el tiempo necesario para que pudieseis pagar esta deuda, y á pesar de todo habéis consumido vuestra existencia sin llevar los nombres de esposo ni de padre. Id, pues, y vaciad vuestra bolsa de avaro en provecho de la gran familia.»

Llevaba una labradora un hijo suyo á las ancas de un borrico, y como la madre le riñese diciéndole muchas veces: «hazte atrás, que le maltratas» el muchacho tanto atrás se hizo, que vino á dar en el suelo.

Preguntóle la madre:

—Muchacho, ¿cómo te caíste?

Y el muchacho por disculparse respondió:

—Acabóseme el asno.

Llegó un amigo á un anciano viejo diciéndole: —Yo quiero deciros un gran secreto; pero habéis de prometerme no decírselo á otro.

Y respondió:

—¿Cómo quieres tú que yo no lo diga, si no te puedes aun tú contener en decírmelo á mí?

No había uno visto eclipses de sol en su vida, y oyendo decir que lo había al día siguiente, respondió muy alborozado:—Pues á fe mía que me he de levantar á verle una hora antes de amanecer.

Alfonso, rey de Aragón, estando cenando, como un

viejo inoportuno no cesase de hablar y toser, exclamó diciendo: — Aun los asnos son de mejor condición que los reyes, porque á aquéllos déjanlos comer quietamente y estotros ni aun en la mesa pueden estar sin inquietud.

* * *

Llevaba una mujer muy fea un vestido de color verde, y al verla un discreto, dijo:— El vestido inclina á la esperanza, pero su cara á la desesperación.

* * *

Lloraba una mujer con grandes ansias á su marido difunto, y un discreto le dijo á otro:— El pretexto del llanto es el marido que se ha ido, y el objeto es el marido que no viene.

* * *

Reñía un padre á su hijo porque no se levantaba de mañana, y dábale por ejemplo que uno se había levantado de mañana y había hallado una bolsa con muchos dineros. Respondió el hijo:— Más madrugó el que la perdió.

* * *

Don Juan II, rey de Portugal, hallándose en la caza pidió de beber, y el caballero que le servía se dejó caer la taza de la mano; por lo que los demás caballeros circunstantes se pusieron á reír, y el rey los hizo cesar, diciendo:— Aunque á éste se le cayó la taza, nunca le ví caer la lanza de la mano, como se habrá caído á alguno de vosotros.

* * *

Para blanquear una estampa basta meterla en una disolución de cloro, dejándola en maceración más ó menos tiempo conforme á la suciedad del papel.

Cuando se hace la operación en un libro encuadernado, para que todas las hojas queden mojadas en la disolución, es preciso abrirlo bien y hacer de manera que sólo el papel esté sumergido en el líquido, separando después las hojas unas de otras para que se humedez-

can igualmente por ambos lados; concluyendo la operación en lavarlo en agua muy limpia y hacerlo secar.

Con este procedimiento se quitan también muchas manchas de tinta.

* * *

Se puede evitar muy fácilmente que el sudor de las manos manche ó altere algunas obras en las que se tiene que trabajar. Para ello basta restregar ambas manos con un poco de licopodio ó azufre vegetal, y se evitará este molesto inconveniente.

* * *

Un hombre que practique el bien no tendrá á sus ojos menos mérito si sus buenos sentimientos son en él naturales.—FRANKLIN.

* * *

Enseñadme el tocador de una mujer y os diré quién es.—***

* * *

Los procesos peores que se encuentran en el transcurso de la vida son los que hemos instruido contra nosotros mismos.—***

* * *

El orgullo es un vicio insociable, aunque se le considere en relación con los demás vicios.—BACON.

* * *

Cuando sale el sol dejan de brillar los demás astros. SASKYA-PANDITA.

* * *

La contemplación del vicio es vicio.—MEIDANI.

* * *

Muchas personas se lamentan de no poseer bastantes bienes; más debieran lamentarse de no saber contentarse con lo necesario.—PENSAMIENTO CHINO.

Recreos instructivos

UNA Y UNA... TRES

Podrían atribuirse a una especie de *memoria* orgánica ciertos fenómenos que solo dimanar de la sensibilidad exquisita de los nervios, á la que da una costumbre de muchos años ciertos atributos que parecen reflexivos.

Vaya un ejemplo:

Tomando una bolita entre los pulpejos de los dedos medio y anular, colocados en forma de X y apoyándolos en la susodicha esferilla, resulta que materialmente parece haberse convertido la bola en dos exactamente iguales, y cuanto más se hacen deslizar las yemas de los dedos por encima, crece la ilusión; esto es debido á la facultad que he indicado: cada pulpejo tiene la sensibilidad por el movimiento normal de los dedos: así es que no invirtiendo el orden de colocación sólo se encuentra el relieve de una bola; pero como se altera la colocación acostumbrada, resulta que cada pulpejo toca á su vez un punto de la esfera, de un modo á que no están las *tactilas* acostumbradas, y así es que encuentran dos bolas donde sólo hay una, y si se ponen dos, encuentran tres. La experiencia á que me refiero es tan fácil como curiosa.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A las charadas enlazadas:

BAR-QUE-RO
AL-BER-CA

Al logogrifo numérico: Al tercio de sílabas:

NICOLÁS

CRIS TÓ BAL
TO LE DO
BAL DO SAS

CHARADA

El *todo*, antiguo mortal
en la medicina ducho
una tres, no dijo mucho

siendo lo más natural.
Tercia es sílaba fatal
que al más animoso espanta,
y con *dos una*, levanta
un muerto tal polvareda
que las familias enreda
y á los deudos solivianta.

ROQUE.

JEROGLÍFICO



ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello. Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

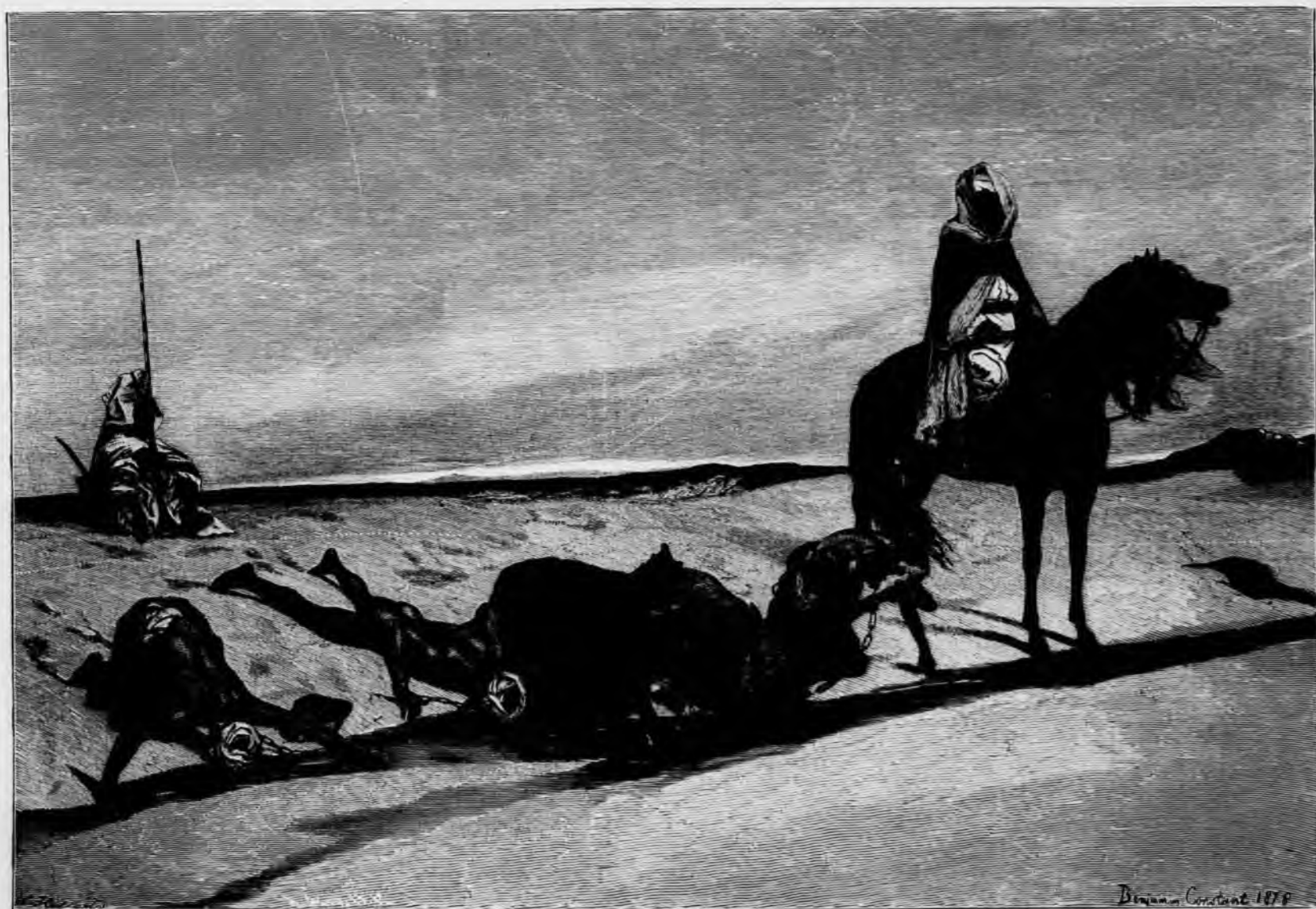
Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

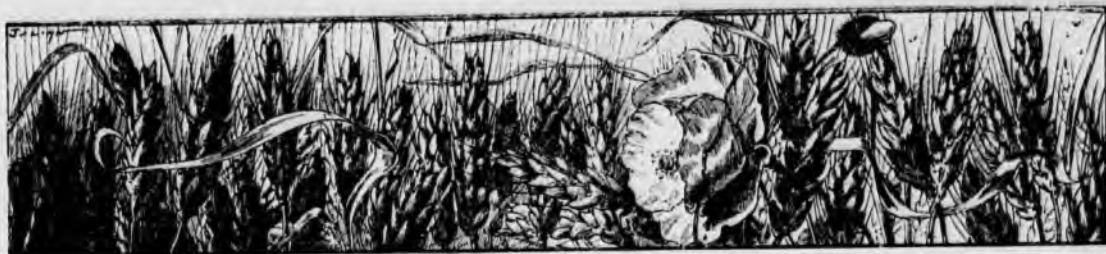
Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. — IMP. ESPASA Y COMP.

Ayuntamiento de Madrid



UNA CARAVANA DE ESCLAVOS EN EL DESIERTO. — CUADRO DE BENJAMÍN CONSTANT



MUJER

CONTINUACIÓN)

VI

QUIEN no haya asistido á los preliminares de un desafío, no puede adivinar ni siquiera inferir la peregrina jurisprudencia y la enrevesada casuística que los rodea y acompaña. Ello es que el verdadero desenlace de un lance de honor no pende del momento en que los adversarios se ven frente á frente y con las armas en la mano, sino de esas horas laboriosas en que cuatro hombres, ajenos al interés secreto que impulsa á los duelistas, ajustan las condiciones del encuentro y echan en la balanza de la suerte el peso de su carácter, de sus convicciones, de sus preocupaciones y hasta de su estado físico, que puede inclinarles más ó menos á las soluciones belicosas. Al duelista, por punto general, no le mata nunca su contrario, sino sus testigos; ni le deshonra su propia flaqueza, sino la ineptia de ellos, y la complicidad moral, que ante las personas honradas (aunque no lo sean sino á medias), tienen prevenida para todo desfallecimiento del ánimo. Forzosa consecuencia del primer absurdo, que consiste en fiar á la ajena custodia cosa tan personal é íntima como la defensa de la honra y conservación de la vida, de la cual no somos más que depositarios, no dueños.

En el asunto de Alfonso, desde el primer momento tuvo el debate carácter especialísimo. Fueron los que en él intervinieron, no *padrinos*, sino *testigos* verdaderos, con restringidísimos poderes, ya que los adversarios, por razones que conocemos, no les hacían jueces de los motivos de la cuestión, sino reguladores de sus trámites.

Al llamar Alfonso al expertísimo brigadier Antequera y á Donato Cármenes, especialistas en duelos correctos y bien llevados, notó en la cara de los dos testigos que sabían perfectamente el *porqué*. Ninguno asistiera la víspera á la tertulia de Lanza fuerte; pero sin duda algún tertuliano, yendo á concluir la noche en el Casino, la Peña ó el Veloz, había encontrado á los amigos de Alfonso, y faltádole tiempo para enterarles del escándalo. Y la rabia de la impotencia se apoderó de la Cueva al comprobar lo bien tendida que estaba la red de su enemigo. En cualquier caso, vencedor ó vencido, el afrentado era él, Alfonso.

—Creo,—dijo á sus testigos,—que poco tardarán en presentárseme las personas que

designa Dávalos. Puesto que ustedes están conformes en representarme, así que vengan esas personas las enviaré á que se entiendan con ustedes, ó las citaré aquí á una hora en que ustedes puedan acudir. Mis instrucciones..., —Alfonso vaciló un poco,—mis instrucciones son... que se avengan ustedes á las condiciones y armas que fijen los testigos de Ramiro. La cuestión no tiene arreglo fácil, porque á la salida de casa de Lanza fuerte se han cruzado entre nosotros palabras muy gordas é injuriosas, y hasta se alzó un brazo para herir una mejilla y hubo un puño que lo sujetó. Y como fui yo quien amagó el bofetón —total lo mismo que si lo diese— resulta que es Ramiro el ofendido, y pasará por lo que él desee.

Hicieron los testigos las acostumbradas objeciones, formulando el inevitable alegato en pro de la avenencia; pero conocíase que sus frases las dictaba una rutinaria obligación, y no el convencimiento, que presta vigor sustantífico á la palabra humana. Incapaces de entender la clave del enigma, sentían que un esposo ultrajado de tal manera y tan en público, ni podía avenirse, ni conformarse. Al oír á Alfonso declarar que el ofendido era Ramiro, lo traducían como astuta prevención para despistarles, si fuese posible. Y ya se levantaban, preocupados, Cármenes mordiendo el bigotillo, el brigadier frunciendo el entrecejo y tosiqueando con afectación, cuando sonó en la verja un campanillazo seco y hostil, y el criado pasó las tarjetas de los señores conde de Alén y don Pedro Ordóñez de Lara.

—Los tenemos ahí, murmuraron los testigos, sentándose otra vez y tendiendo la mano al cajón de puros abierto sobre la mesa ministro de Alfonso.

Y éste, al enhebrarse por la puerta que comunicaba con el cuarto de baño, advirtió soltando la cortina:

—Recuerden ustedes lo dicho... Acepten las condiciones, y no pongan dificultad ninguna, por fuertes que parezcan.

El tiempo que tardaron en entrar los testigos de Dávalos, bastó á los de Ramiro para fijarse en el retrato de Ana que adornaba, en lugar preferente, el escritorio de Alfonso. Rodeaba la fotografía un bonito marco de fulgurante *strass*, y Ana aparecía sencillamente ataviada, el hermoso pelo negro recogido en lo alto de la cabeza por medio de un agujón de pedrería, la nuca juvenil descubierta, las finas y expresivas facciones bien acusadas por el claro oscuro, y en el busto, donde ya se desvanecían los contornos del traje, una rosa detallada con primor, una rosa gentil y erguida no menos que su dueña.

—La verdad es que es *de buten*, dijo con fatuidad Cármenes, fantaseando planes de porvenir y segundas mesas deliciosas.

—Sí, buen bocado,—gruñó el austero brigadier,—¡pero que todas han de ser cortaditas por un patrón! ¡Mientras no se restablezca la jurisprudencia antigua y se las azote por mano del verdugo, puestas á horcajadas sobre un asno, darán estas malditas qué sentir á los hombres decentes y qué reír al demonio!

Mientras deliberaba el consejo de los cuatro, Alfonso esperaba en su cuarto tocador, inmediato al de baño, donde por delicadeza no había querido permanecer, pues corría el riesgo de oír lo que se platicase. Aficionado á una pulcritud británica y á estar en los ápices de la comodidad, Alfonso tenía su tocador, no como el de una dama, sino como el de un hombre refinado é inteligente en las artes del bienestar y el lujo. Un ropero con tres secciones, de lunas hábilmente combinadas, hacía frente á un diván de masaje, cubierto por muelle revestimiento turco. El lavabo, de mármol rojo con grifos de plata, era muy amplio, y en sus tabletas se alineaban en orden de batalla, de mayor á menor, las esponjas, los cepillos, las tijeras inglesas, los frascos de colonia y vinagre, los limpiaoidos y los menudos y relucientes chirimbolos con que se completa el aseo de la dentadura y el pulimento de uñas y piel. El tocador, severo y sin faralae, lucía un complicado surtido de peines de pelo y barba, tohallicas, frasquetes, brochas y espejillos de formas raras, señal del esmero con que era atusado aquel pelo negrísimo que desordenaban luego las manos cariñosas de una mujer ciega de amor.

Dejóse caer Alfonso en la butaca donde solían peinarle y exhaló un suspiro, reconociendo que se encontraba quebrantado de espíritu y cuerpo, que sentía el madrugón y la toledana noche, — amén de las emociones borrascosas del dichoso sarao de Lanza fuerte. Allí que nadie le veía; allí que no se necesitaba mantener la serena actitud que imponen los preparativos de un duelo, Alfonso podía dejar caer los brazos y confesarse á sí mismo... al otro Alfonso que se reflejaba en el espejo triple... que lo del duelo... tal cual era en realidad, preparado, combinado y puesto en escena por Dávalos con la destreza y la picardía y la vengativa sorna de un agraviado rencoroso... era, en puridad y dejándose de farsas... una broma pesadísima, una locura, una farsa, una contrariedad de marca mayor, una teja que le caía sobre la cabeza á un hombre completamente feliz la víspera de tan impertinente asunto.

Quizás la vista del tocador fuese lo que le sugería estas desagradables reflexiones. Alfonso había deseado mucho, cuando soltero, procurarse una instalación así, de un *confort* sólido y extremado; y ahora, con su casamiento, este sueño y otros más se realizaban, y formaban á su alrededor esa atmósfera grata y tibia que infunde voluntad de vivir. — No tachemos á Alfonso de interesado coburgo: no amaba en su mujer el dinero: la amaba con su caudal, pero en su persona, en toda su hermosura honesta y fresca, que como huerto cerrado y sellada fuente sólo el dueño poseía. La riqueza y la ventura, dentro del ambiente gratisimo que le cercaba, eran cosas tan inseparables, que Alfonso no las distinguía: de ambas reunidas se formaba aquel estado envidiable, aquel puerto de reposo donde creyó haber anclado y de donde le arrancaba ahora el huracán. Sus planes de vida de familia, sociable, recta y decorosa, sus sueños de paternidad y de alegrías babosas, mezcladas con dulces angustias de sarampiones, escarlatinas y otras plagas infantiles; su resolución de agotar el amor conyugal como se agota una copa colmada de vino puro, rancio y sabroso... ¿dónde iba todo? ¿qué probabilidades tenía de llegar á gozarlo? ¿qué esperanzas de dilatar los años para prolongar las dichas, y qué garantías de tranquilidad, si le acechaba en la sombra aquel vengador de romance y drama, aquel hermano sediento de sangre y de ignominia?

La víspera recordaba Alfonso que su dolor fué de otro género: celosa rabia, en los cortos instantes que sospechó de su mujer. Hoy, convencido ya y desengañado de la diestra estrategema de Ramiro, lo que sentía no era furia, sino postración, abatimiento, desgana, repulsión, zozobra inexplicable, algo como frío que le serpeaba sutilmente por las venas. Confundiendo la impresión moral con la física, prendió una cerilla en el mechero de alcohol siempre encendido, y la aplicó á la chimenea de gas, que al punto resplandeció con intensa claridad reverberada en la bruñida placa del fondo. Arrimóse al calor, y tendió las manos con un *brr!* de estremecimiento profundo.

Desde su butaca percibía el rumor de las voces: sin duda hablaban entonces un poco más alto los testigos. No distinguía las palabras: sólo le llegaba el rumor entrecortado por largos silencios. Sintióse Alfonso irritado, nervioso, y se cogió la cabeza con las manos, por repeler los informes sonidos que no entendía. Allí se estaba decidiendo su destino; allí se le estaba sin duda sentenciando á hacer cualquiera barbaridad enorme, como si no fuese estúpido matarse con un individuo á quien no queremos mal, y cuya hermana era muy linda... ó muy fácil!... antaño. Sí: allí se estipulaban, una pierna sobre otra, entre veguero y veguero, condicioncitas de esas que para los demás se pactan con suma frescura! y que, no obstante, son á todas luces un resto de barbarie, y hacen del duelo un asesinato... Que á veinte pasos, avanzando... que disparar cuantos tiros hagan falta hasta que uno de los dos adversarios se inutilice... ¡Inutilizarse! La palabreja la leía ahora Alfonso con letras rojas sobre la placa dorada de la chimenea... *Inutilizarse*, vocablo hipócrita! Equivales á caer de bruces dando antes la terrible voltereta de la lesión traumática mortal; equivales al frío del acero penetrando en un corazón que latía lleno de juventud y salud y amor; equivales al agujero en la cabeza, por donde asoman fragmentos de masa encefálica; equivales al brazo que cuelga inerte, á la pierna que se desangra,

al ojo que se vacía, al rostro que se desfigura, todo lo que horripila y consterna, y todo lo que sabe al alma como al paladar el zumo del ajeno!

Tales cosas vió Alfonso en la claridad de la chimenea, que su cara palideció, sus pupilas se dilataron, y una constricción intolerable bajó de su epigastrio á sus riñones... Y en aquel momento de agonía, cuando imperceptible sudor brotaba de sus cabellos, cuando una voz cruel y burlona le murmuraba dentro del cráneo:

—Lo que tú tienes se llama miedo en todas partes...

Ana, entrando por una puertecilla interior, vestida aún con el traje de su correría matinal, se lanzó á él exclamando alarmada:

—Fonsín, ¿qué te pasa? Pareces un cadáver... Mirame... Pero, ¿qué es eso? Estás malo, muy malo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuad).





MARRUECOS

POR

EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

EXISTE en Tánger un monstruo, una de esas criaturas sobre las cuales no es posible fijar la mirada, sin que se suscite el sobresalto de la duda hasta en el ánimo del más creyente. Dicen que pertenece al sexo bello; pero la verdad es que no parece ni mujer ni hombre. Una cabeza de orangután, mulata, con pelo corto é hirsuto: un esqueleto con la piel cubierta de andrajos negros, casi siempre tendida en medio de la plazuela con la rigidez de un cadáver, ó sentada en un rincón: inmóvil y muda como una imbécil, cuando no la acosan los muchachos, contra los cuales se revuelve aullando ó gimiendo. Lo mismo puede tener quince años que treinta: su monstruosidad impide adivinarlo. No tiene padres, ni parientes, ni casa, ni hogar; se ignoran su nombre y el país de dónde procede. Pasa las noches acurrucada en las calles, en medio de la basura y de los perros. La mayor parte del día está dormida: cuando tiene qué comer se ríe: si la acosa el hambre llora: cuando los días son claros, es un montón de polvo; cuando llueve, un hacinamiento de barro.

Una noche, pasando cerca de ella uno de los nuestros, púsole en la mano una moneda de plata envuelta en un pedazo de papel, para que al otro día tuviera una agradable sorpresa. La mañana siguiente encontrámosla en medio de la plazuela, sollozando amargamente, enseñando una mano ensangrentada: alguno la había arañado á fin de apoderarse de la moneda. Tres días después la ví montada en un asno y deshecha en llanto, sostenida por dos soldados y seguida de una turba de chiquillos que marchaban dejando oír una gritería infernal. Se me dijo que la conducían al hospital, pero ayer la ví de nuevo dormida cabe la osamenta descarnada de un perro, que fué más dichoso que ella.

* *

Al fin he sabido quiénes son esos hombres rojos, de rostro siniestro, que, al pasar á mi lado en las calles apartadas, me miran de una manera particular, que parece decir que ha cruzado por su mente la tentación de cometer un homicidio. Son aquellos temibles rifeños de raza berberisca, sin más ley que su espingarda, que no reconocen autoridad de cadí ni de



Rifeños berberiscos

juez; piratas audaces, bandidos sanguinarios, en estado constante de rebeldía, que pueblan los montes de la costa desde Tetuán á la frontera argelina; que no han logrado hacer entrar en razón ni los cañones de los buques europeos, ni el ejército del Sultán; en suma, los habitantes de aquel Riff famoso, dentro del cual no puede penetrar extranjero alguno, como no sea bajo la égida de los santones ó la protección de los jeques, á los cuales va unido el relato de innumerables leyendas espantosas, y de quienes los pueblos limítrofes hablan vagamente, cual si se tratara de un país lejano é inaccesible.

En Tánger se ven algunos. Son altos y robustos; la mayor parte visten capa oscura adornada de borlitas de varios colores; alguno con el rostro lleno de arabescos amarillos; armados todos con espingardas ó fusiles extremadamente largos, cuya funda roja llevan ceñida á la frente á guisa de turbante; y marchan en grupos, hablando en voz baja, con la cabeza inclinada y ojo avizor, como cuadrillas de salteadores que siguen la pista de su víctima. Comparados con ellos los árabes más salvajes parecenme amigos de la infancia.

* *

Estábamos comiendo entrada ya la noche, cuando hemos oído algunos escopetazos que sonaban en la plazuela. Echámonos á la calle, y bien que de lejos, nos

fué dado contemplar un espectáculo curioso. La callejuela que desemboca en la parte del Zoco de Barra, hallábase iluminada en una gran extensión, por medio de intensas luminarias que se distinguían perfectamente por encima de la muchedumbre, brillando alrededor de un objeto semejante á una caja, colocado sobre la grupa de un caballo. Esta enigmática procesión marchaba lentamente al compás de una música melancólica, de un canturreo arrastrado y nasal, de disparos de arma de fuego, de gritos estridentes y de ladridos de perros. Habiéndome quedado solo en medio de la plaza, permanecí durante algunos minutos haciendo calendarios respecto al significado de aquel aparato lúgubre, y devanándome los sesos acerca de lo que encerraba aquella caja, que así podía ser un reo condenado á muerte, como un cadáver, un monstruo ó un animal destinado al sacrificio. En semejante incertidumbre, sentíme acometido por una especie

de temor, que me hizo volver la espalda y dirigirme á casa lleno de tristes pensamientos. No había transcurrido un minuto cuando se me reunieron los amigos y me dieron la explicación del enigma. Dentro de la caja iba encerrada una desposada, una novia, y la gente que la rodeaba eran los parientes que la conducían á la casa del marido.

* *

Ha pasado por la plazuela una turba de árabes, hombres y mujeres, precedida de seis ancianos portadores de sendas banderas de diverso color, y todos al par salmodiaban una plegaria con acento melancólico y aspecto triste, que me ha impresionado profundamente. He preguntado, y se me ha dicho que reclaman de Alá el beneficio de la lluvia. Seguí sus pasos y ví que penetraban en la mezquita principal. Ignorando que aquí se halla terminantemente prohibido á los cristianos penetrar en una mezquita, al encontrarme junto á la puerta he hecho ademán de entrar. Un árabe anciano me ha atajado el paso, y balbuceando, con aire asustado, no sé qué palabras que he traducido por — ¡Qué haces, infeliz! — me ha empujado hacia atrás, con un ademán semejante al que se emplearía para apartar á un niño de un precipicio. En consecuencia he debido contentarme con contemplar desde la calle las blancas arcadas del patinejo, no pesándome gran cosa, habiendo visitado la gigantesca mezquita de Constantinopla, de que se me haya impedido la entrada en la de Tánger, desprovista completamente de todo carácter monumental, excepción hecha de los alminares. Pero aun éstos, — robustas torres de planta cuadrada ó hexagonal, revestidas de mosaicos de diferentes colores y terminados por una torrecilla de techo piramidal, — nada valen comparados con los blancos y ligerísimos, que como delgadísimas antenas de marfil, se lanzan al espacio desde las elevadas cimas de las colinas de Estambul. Mientras permanecía en la calle contemplando el patiecillo, una mujer, desde la parte posterior de la fuente de las abluciones, me hizo una seña con la mano. Podría dejar creer que me envió un beso; pero he de confesar que me amenazó con el puño.



Rogativas para la lluvia

* *

He subido á la alcazaba ó castillo levantado sobre una altura que domina á Tánger. Es un grupo de pequeños edificios rodeados de vetustos murallones, en los cuales se hallan establecidos la autoridad, la guarnición y los prisioneros ó encarcelados. Sólo he visto dos centinelas que dormitaban, sentados ante una puerta situada en el fondo de una plazuela desierta, y

algunos mendigos tumbados bajo los rayos de un sol abrasador y medio comidos de moscas. Desde aquella eminencia se abarca con la mirada toda la ciudad de Tánger, que se extiende á los pies de la muralla de la alcazaba y trepa sobre otra colina. Involuntariamente se aparta la vista de aquella inmensa y deslumbrante blancura, sólo interrumpida aquí y allá por las manchas verdes de alguna higuera aprisionada entre las paredes. Distínguense las azoteas de todas las casas, los alminares de todas las mezquitas, los pabellones de los consulados, las almenas de la muralla, la plaza solitaria, la bahía desierta, los montes de la costa, un espectáculo inmenso, silencioso y espléndido, que bastaría á mitigar las más honda nostalgia. De mi muda contemplación vino á sacarme una voz aguda y trémula que con entonación extraña partía del

lugar elevado. Volvíme hacia donde sonaba, y sólo al cabo de un rato de buscar logré descubrir, en la parte más alta del alminarete de una mezquita de la alcazaba, una pequeña mancha negra. Era el muezín que, dando á los cuatro vientos los nombres de Alá Mahoma, llamaba á los fieles á la oración. Después volvió á reinar el profundo y melancólico silencio propio del medio día.

* * *

El cambio de moneda en este país constituye una verdadera calamidad. He dado un franco al expendedor de tabaco para que me devolviera diez sueldos, y este moro feroz ha abierto una cajita, de la cual ha empezado á sacar puñados de monedillas negras, roñosas y deformadas, que ha ido amontonando sobre el banco, hasta tanto que han formado una cantidad bastante á constituir la carga de un faquín: ha contado con gran rapidez y esperado tranquilamente, dándome tiempo para que las embolsara.

—Dispensad,—le he dicho, procurando coger mi moneda de plata,—carezco de la robustez indispensable para comprar en vuestra tienda.



La alcazaba

Creí arreglarlo tomando más cigarros; pero aun así sobró lo suficiente para llenar mi bolsillo de aquella menudencia monetaria, con la cual me hice explicar lo que era. Es una moneda de bronce llamada *flu*, cuya unidad no llega al valor de un céntimo, y aun así va descendiendo diariamente, porque Marruecos se halla verdaderamente inundado de ella, no teniendo por qué decir que la causa de su profusión proviene principalmente de que el gobierno sólo admite en los cobros oro y plata, al paso que en los pagos da únicamente la moneda que nos ocupa. Sin embargo, como no hay cosa mala que no tenga, si bien se mira, su lado bueno, estos *flu*, este azote del comercio, tiene para los marroquíes la inapreciable virtud de librarles de no sé cuántos males, y en especial de ser víctimas de mal de ojo, gracias al llamado anillo de Salomón, que llevan grabado en una de sus caras; una estrella de seis puntas, mal dispuesta y peor trazada, imagen auténtica y fidelísima del verdadero anillo guardado en el sepulcro del gran rey, que con él en la mano regía los buenos y los malos espíritus.

(Continuará).

Traducido del italiano por

C. V. DE V.



AL TEQUENDAMA

A mi nobilísimo amigo el doctor Carmelo Arango M.

TEQUENDAMA grandioso:
deslumbrada ante el séquito asombroso
de tu prisma riquísimo atavío,
la atropellada fuga persiguiendo
de tu flotante mole en el vacío,
el alma presa de febril mareo
en tus orillas trémula paseo.
Raudas apocalípticas visiones
de un antiguo soñar al estro vuelven,
resurgen del olvido sus embriones
y en tus iris sus formas desenvuelven.
¡Y quién no soñará, de tu caída
al formidable estruendo,
que mira á Dios crear omnipotente,
entrevisto al fulgor de tu arco horrendo!...

¡A morir!... Al abismo te provoca
algo á la mente del mortal extraño;
y del estribo de la ingente roca
tajada en babilónico peldaño,
sobrecogido de infernal locura,
perseguido dragón de la llanura,
cabalgas iracundo
con tu rugido estremeciendo el mundo.

¿Qué buscas en lo ignoto?
¿Cómo, á dónde, por quién vas empujado?...
Envuelto en los profusos torbellinos
de la hervidora tromba de tu espuma,
é irisado en fantástico espejismo,
con frenesí de ciego terremoto
entre tu aérea clámide de bruma
te lanzas despeñado,
gigante volador sobre el abismo.

Se irgue á tu paso murallón inmovible
cual vigilante esfinge del Leteo,
mas de tu ritmo bárbaro al redoble
vacila con medroso bamboleo.

Y en tanto al pie del pavoroso salto,

TOMO III. — 94

que desgarras sus senos al basalto,
con tórrida opulencia
en el sonriente y pintoresco valle
abren las palmas florecida calle.
Por verte allí pasar, la platanera
sus abanicos de esmeralda agita,
la onduladora elástica palmera
riega su gargantilla de corales,
y al rumor del titán cosmopolita,
con sus galas y aromas estivales,
la indiana piña de la ardiente vega,
adorada del sol, de ámbar y de oro,
sus amarillos búcaros despliega.
Sus ánforas de jugo nectarino
te ofrece hospitalaria
la guanábana en traje campesino,
á la par que su rica vainillera
el tamarindo tropical desgrana
y la silvestre higuera
reviste al alba su lujosa grana.
Bate del aura al caprichoso giro
sus granadillas de oro mejicano
con su plumaje de ópalo y zafiro
la pasionaria en el palmar del llano;
y el cámbulo deshoja reverente
sus cálices de fuego en tu corriente...

Miro á lo alto. En la sien de la montaña
su penacho imperial gozosa baña
la noble águila fiera,
y espejándose en tu arco de topacio
que adereza la luz de cien colores,
se eleva majestuosa en el espacio
llevándose un jirón de tus vapores.
Y las mil ignoradas resonancias
del antro y la floresta
y místicas estancias
do urden alados silfos blanda orquesta,

como final tributo de reposo
¡oh, émulo del Destino!
ofrece á tu suicidio de coloso
la tierra engalanada en tu camino.

Mas ¡ahl que tu hermosura,
desquiciada, sublime catarata,
el insondable abismo desbarata,
la inmensidad se lleva,
sin que mi osado espíritu se atreva
á perseguirte en la fragosa hondura.

Átomo por tus ondas arrastrado,
por retocar mis desteñidos sueños
y reponer mi espíritu cansado
en tu excelsa visión de poesía,
he venido en penosa romería;
no á investigar la huella de los años
de tu drama en la página perdida,
hoy que la fe de la ilusión ya es ida
y abatido y helado el pensamiento
con el adiós postrer de la esperanza,
en tu horrible vorágine se lanza
desplomado al más hondo desaliento.

En vano ya tras el cristal enfriado
de la vieja retina
el arpa moribunda se alucina,
y en el triste derrumbe del pasado,
cual soñador minero,
se vuelve hacia el filón abandonado
de nuevo á rebuscar algún venero.

¡Adiós! ¡adiós! Ya á reflejar no alcanza
del alma la centella fugitiva
ni tu ideal fastuosa perspectiva
ni el prodigioso ritmo de tu danza;
y así como se pierden á lo lejos,
blancos al alba, y al morir bermejos,
en névea blonda de la errante nube
ó en chal de la colina
los primorosos impalpables velos
de tu sutil neblina,
va en tus ondas mi cántico arrollado
bajo tu insigne mole confundido,
é, inermes ante el hado,
canto y cantor sepultará el olvido.

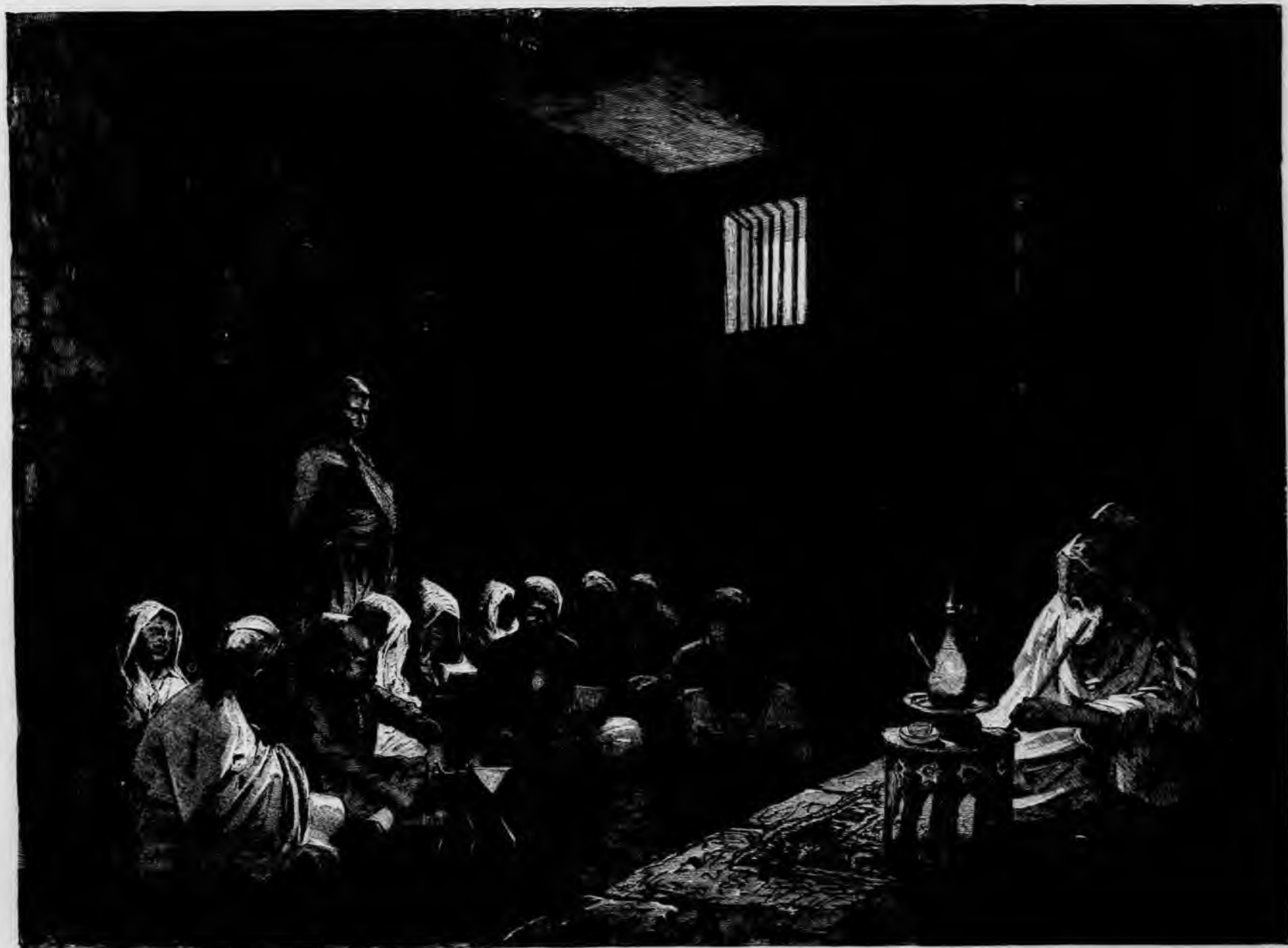
AGRIPINA MONTES DEL VALLE (1).

(1) Doña Agripina Montes del Valle nació en Salamina (Antioquia) á mediados del presente siglo. En Bogotá, donde se trasladó por segunda vez en 1878, dedicóse á la enseñanza, y en 1887 fué nombrada directora de la Escuela Normal del Magdalena.

De rara precocidad en el cultivo de su talento poético, en 1872 obtuvo en Chile una medalla de honor en un concurso literario con una poesía titulada *A la América del Sur*; ha figurado con lucimiento en varios otros certámenes literarios. En 1883 publicó en Bogotá un primer tomo de *Poesías*, con extensa introducción del conocido crítico don Rafael Pombo.

La poesía que hoy publicamos es una de las más notables de la ilustre poetisa.





UNA ESCUELA EN TÚNEZ. — DIBUJO ORIGINAL DE E. BERNINGER

¿CASUALIDAD?

POR

ARTURO ACHLEITNER



ALREDEDOR de una mesa de la posada de Huber, en Kitzbichel, sostenían animada conversación varias personas á quienes, ya el azar, ya el amor á la vida de la montaña, habían atraído hacia aquel lindo rincón de las comarcas tirolesas. Los unos se preparaban para una visita, en cuanto mejorase el tiempo, al pico de Kitzbichel, que se elevaba soberbio ante su vista, los otros se interesaban por las minas de cobre del país, explotadas, según tradición oral, desde el año 1539.

Terminaba apenas la conversación cuando un rayo de sol se deslizó por la sala, aclaróse el cielo y empujadas las nubes por un viento fresco del Este huyeron del ameno valle.

El júbilo se apoderó de los expedicionarios y los vasos chocaron alegremente brindando por el éxito de la subida al pico, desde cuyas alturas se descubre un panorama superior aún al del Alto Salve. Ya era famoso el monte cuando todavía no existía camino de andadura que condujera á lo alto ni refugio alguno construido sobre sus crestas de peñascos.

—¡Posadera, necesito un bastón! exclamó el músico H., profesor en Praga, que se había unido á los expedicionarios.

Pero aunque insistía en su petición, la posadera negaba tenazmente el que tuviera bastón ninguno más, á pesar de que la contera de hierro de uno de ellos asomaba tras de un armario viejo. Los ojos de lince del músico descubrieron la contera sospechosa, y la buena mujer se encontró muy apurada, y al fin hubo de confesar que, en efecto, aún quedaba un bastón en la casa, pero que nunca lo entregaría á nadie.

—¿Y por qué? le preguntaron con asombro.

La posadera bajó la voz hasta convertirla en una especie de susurro, se persignó, y echando una mirada recelosa hacia el bastón murmuró:

—El que lo llevaba cayó en un precipicio, y se despeñó, Dios le haya perdonado: yo no entregaré el bastón á ningún otro.

—¡Tontería! exclamó el alegre músico. ¿Por qué razón?

—Porque el que lleva el bastón de uno que ha muerto despeñado, sufre también la misma suerte.

—Pura superstición, dijo el músico aunque algo pensativo.

Pero como un vienés de buen humor objetara que el prestar fe á la charla de la tirolesa era demasiado ridículo, y los demás añadieran que cualquiera podía caer sin llevar aquel bastón de mal agüero, el profesor de Praga dominó su indecisión, y se empeñó con terquedad en llevar para la subida precisamente el palo encantado.

La posadera no cedió, sin embargo, y persistió en su negativa, pero los huéspedes siguieron insistiendo, burlándose de la tradición y de los pronósticos de la mujer, que auguraba un fin funesto. El bastón fué arrebatado en triunfo y la ascensión comenzó.

El más decidido y alegre de la banda era el profesor, que llevaba al hombro como un fusil el bastón encantado, demostrando á sus compañeros que, en tales casos, un bastón de montañas, es un trasto inútil.

Pero conforme iban subiendo iba también enfriándose la algazara, y al llegar arriba, casi á los 6,000 pies sobre el nivel del mar, los ánimos más ligeros se sintieron sobrecogidos de una impresión grave á la vista de aquel grandioso panorama de hielos, desde la cumbre del Hafner hasta las sierras gigantescas de Ankogel, Hochlaw Glockner, el pico de Wiesbach y en el fondo el majestuoso Kaiserstock.

Á la bajada dividiéronse en dos grupos. El profesor, á quien impelía el afán de entregar sano y salvo á la supersticiosa posadera el bastón hechizado, escogió con otro compañero el camino más corto, mientras el resto de la compañía decidió volverse por San Juan.

Se separaron alegremente y emprendieron el descenso.

Á pesar de que el grupo más numeroso había elegido para la bajada el camino más largo, y aunque desde San Juan tenía que volver otra vez á Kitzbichel, los que lo formaban se encontraron, sin embargo, los primeros en la posada de Huber.

Pálida y ansiosa preguntó la posadera por el profesor que había emprendido la expedición con el bastón objeto de la contienda. Él y su guía faltaban.

—¡Jesús, María, una desgracia! ¡Dios mío, mis presentimientos! clamó la aterrada mujer.

Después se enteró por los demás del camino que habían seguido los que faltaban.

—¡Dios todopoderoso! con la niebla han caído en el precipicio.

Toda la casa se puso en conmoción. El posadero pidió socorro, acudieron algunos mineros, varios guías trajeron cuerdas y linternas y se pusieron á la cabeza de la expedición, que tomó el camino más corto y procuró llegar cuanto antes á la cima. La niebla, que se había echado hacia ya algunas horas, obligaba á tomar grandes precauciones; sólo trabajosamente, paso á paso, iban adelante.

Una vez en lo alto se ataron con cuerdas y emprendieron el regreso por el estrecho paso que había elegido el profesor, siempre lentamente, por la niebla espesa y traidora que impedía ver los pies y dificultaba la respiración. La triste luz de las linternas se abría paso trabajosamente por las capas de la niebla, ninguno distinguía al que iba delante, los guías se daban señales por medio de silbidos, y recomendaban en voz alta el tener tirante la cuerda.

La angustia y el terror se habían apoderado de los viajeros incorporados á la expedición de socorro.

Y los que faltaban, ¿cómo se encontrarían en aquel momento? ¿medio destrozados, tal vez con vida? ¡Desesperados; perdidos sin remedio en aquel espantoso mar de niebla!

De pronto el guía que marchaba á la cabeza de la cuerda pronunció un aterrador «¡Alt!» Todos se detuvieron con espanto, nadie aventuró un nuevo paso, que podía traer la muerte consigo. Por la cuerda se conocía que alguien de los de delante se soltaba.

Sonidos confusos llegan á lo alto, palabras incomprensibles arrebatadas por el viento de la noche, pero que hacen correr escalofríos por el cuerpo. Indudablemente el guía primero ha descubierto algo, acaso un rastro, tal vez un cadáver.

—¡Á paso lento, sostener por la izquierda! grita la voz del guía á través de la niebla.

Las puntas de hierro de los bastones suenan en las rocas, la comitiva se pone en marcha vacilante.

De pronto se oye un «¡Alto!» tan aterrador que la angustia y el miedo están á punto de apoderarse de todos.

Sopla una ráfaga de aire huracanado, las nieblas se comprimen unas contra otras, el viento irritado de la montaña arranca grandes jirones de las capas nebulosas y las arroja con furia de aquel paraje. Por una cortadura aparece arriba el cielo de la tarde, abajo se precipita la niebla de ladera en ladera, masas de un verde oscuro se hacen visibles, hasta que la niebla desaparece y sólo queda un jirón que otro entre las ramas de los pinos y abetos.

Todos los ojos se fijan adelante. Dos guías frotan con vinagre las sienes de un hombre; es el acompañante del profesor, perdido el conocimiento y pálido como un cadáver. ¿Y el profesor?

Las miradas interrogan el abismo donde se escalonan las rocas. Todavía allí quedan restos de niebla.

El herido se repone, cobra el sentido y fija los ojos espantados en los guías arrodillados á su lado.

Comprende la situación, se ve salvado, pero después mira á lo profundo lleno de terror y grita tembloroso:

—¡Despeñado!

—¿Dónde?

—Delante de mí.

—¿En la niebla?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas. Le oí gritar: «¡Oh, desgracia! ¡mi bastón!» se le había escapado de la mano y caía de roca en roca. La niebla impedía ver nada. Después, un grito espantoso... Despeñado... Caí aterrado y perdí el sentido... Ha sido un milagro que yo también no haya perecido destrozado.

—Ahora ¡adelante! exclamó el primer guía.

Hizo trepar á todos lentamente y con gran precaución á la ladera más próxima, ató una á otra las sogas que se llevaban de reserva, dió concisas instrucciones, se amarró al cuerpo el extremo de la cuerda y se adelantó al borde del precipicio.

Su brazo asió la rama de un árbol, la soga se puso más tirante, y el audaz explorador fué descendiendo cada vez más al fondo.

La soga rechina al rozar con los cantos de las peñas. El segundo guía avanza hasta el borde, se acuesta boca abajo en el suelo y mira al fondo, conteniendo el aliento, en acecho de la señal.

Poco á poco van soltando soga los hombres con pausa, con firmeza. Algunos metros más, y la larga cuerda toca á su fin.

Con el oído alerta espera el segundo guía.

Llega de lo hondo un lejano: «¡Aalto!»

—¡Alto! grita entonces á los otros.

La cuerda se afloja visiblemente. Todos aguardan en silencio, llenos de ansiedad, latiendo el corazón. Nadie abriga esperanzas. A juzgar por la largura de la cuerda, el despeñado debe estar hecho pedazos.

Se nota una sacudida en la cuerda y los hombres vuelven á cogerla con fuerza.

—¡Arriba!...

Sube por tirones lentos y acompasados. Luego una parada, el guía, colocado en el borde, hace un esfuerzo; otra sacudida, y sobre la cornisa descansa un cuerpo humano con el cráneo destrozado.

Una impresión de terror se apodera de todos, y las rodillas tiemblan.

El guía desata al muerto.

—¡Alerta! ¡Abajo la cuerda! se oye gritar al que manda, y la sogla baja con rapidez hacia el fondo del barranco.

Vuelve á sonar la voz de ¡Alto! transcurre un corto espacio mientras el guía de abajo se lía la cuerda á la cintura; luego le izan arriba.

Sube del valle el son de la campana que toca el Ángelus. Los hombres caen de rodillas y rezan por el alma del despeñado.

Con las sombras de la tarde entra en el valle el cadáver, y la capilla del camposanto le ofrece asilo para la noche. A los pies del cuerpo se sienta la posadera sollozando y acusándose de haber sido causante por el bastón de la triste suerte del infortunado.

Tres días después dan tierra los amigos al amigo, y precisamente en el mismo día llega la prometida de la víctima.

La joven al volver á su país se lleva el bastón del desgraciado, que un guía le ha recogido bajando al fondo del precipicio.

Traducido del alemán por

FRANCISCO SUÁREZ BRAVO.





SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS VENENOS DE LA LOCURA

EN EL ÚLTIMO CONGRESO DE MÉDICOS ALIENISTAS

No debemos quejarnos de que los congresos estén cada día más de moda, pues la ciencia gana mucho con estas reuniones en las que las personas que se dedican a una misma clase de estudios pueden comunicarse el fruto de sus trabajos. Las discusiones que suscitan abren nuevos horizontes y arrojan luz sobre muchas cuestiones que hasta entonces habían sido controvertidas y oscuras.

En el congreso de médicos alienistas celebrado en la Rochelle desde el día 1.º hasta el 6 del último Agosto se tuvo la feliz idea de poner a la orden del día una de las cuestiones que más llaman la atención de algunos años a esta parte, ó sea la influencia de las auto intoxicaciones en la génesis de las enfermedades mentales.

Es verdad que dichas intoxicaciones no son hoy más que una hipótesis, pero es preciso reconocer que después de las memorables investigaciones de M. Bouchard sobre el papel patogénico que desempeñan los venenos del organismo, esta hipótesis es muy fundada.

Este distinguido hombre de ciencia ha demostrado que si aumenta la elaboración de dichos venenos ó si resulta insuficiente su destrucción, las perturbaciones del estómago producen una acumulación de tóxicos que a la larga es causa de una terrible enfermedad que perturba el buen funcionamiento de los órganos reguladores de la economía.

Este proceso demuestra el origen de las más diversas afecciones, como gastritis, hepatitis, nefritis, arteritis, neuritis, etc.

Ahora bien, ¿los desórdenes intelectuales pueden reconocer esta misma causa? He aquí una cuestión interesantísima; por lo demás el camino estaba ya trazado. Toda auto-intoxicación determina un cambio en los humores y en los líquidos de excreción.

Por consiguiente, la averiguación de la existencia de estas alteraciones nos dará á conocer, en la psicosis, la existencia de perturbaciones en la nutrición. Teniendo en cuenta que la orina es la vía de eliminación más

importante, el señor Ballet, profesor agregado de la Facultad de Medicina de París, con la cooperación de los señores Bordas y Roubinovitch, ha dirigido sus estudios á la toxicidad y la composición química de dicho líquido en los alienados.

Primeramente ha procurado encarecer la importancia de una técnica invariable que permite comparar los experimentos entre sí. Conviene luego, ha dicho, tener en cuenta el régimen de los enfermos, la cantidad de orina emitida durante 24 horas, su temperatura, la velocidad de la inyección y la resistencia del animal que se haya escogido como sujeto para los experimentos.

Éstos se han realizado en un conejo. Tomando una cifra de toxicidad normal, la cifra media de 45 centímetros cúbicos por kilogramo, recomendada por M. Bouchard, los orines de tres maníacos parecen ser menos tóxicos que en el estado fisiológico. En dos casos de confusión mental, uno post-puerperal, otro consecutivo de fatiga física y moral, han resultado tóxicos con exceso. Por último, las de los melancólicos presentan una hipertoxicidad constante, que casi siempre ha coincidido con un estado saburral en las vías digestivas. El resultado de estos experimentos coincide con los de los señores Chevalier-Lavaure, Beck y Schloss, Brugia, Mairat y Bosc.

La orina más tóxica (9 centímetros cúbicos por cada kilogramo) resulta ser la de un hombre que sólo presenta como manifestación mórbida el histerismo.

Todas estas pruebas serían incompletas, si el análisis químico no nos diera á conocer la presencia de productos anormales. Las ptomaínas han llamado particularmente la atención de los señores Ballet y Bordas. Dos degenerados, un maníaco y una mujer enferma de confusión mental puerperal, no han revelado ningún indicio, pero en cambio se ha hallado gran cantidad de aquella sustancia en otros seis enfermos.

Solamente en dos (melancólico simple y confusión



ROGATIVAS EN SAN ANDRÉS DE LLEVANERAS. — CUADRO DE JOSÉ MASRIERA, DIBUJO DEL MISMO

mental) ha resultado tóxica la orina y no lo ha sido en un degenerado con delirio melancólico, que presentaba, sin embargo, como en los dos últimos casos hipertonía. Este ejemplo da motivo para creer en las propiedades nocivas de aquel líquido.

Entre los epilépticos, M. Julio Voisin ha demostrado que la hipertonía durante los períodos que preceden y acompañan a las convulsiones, coincide con una perturbación gástrica profunda, revelada por el aspecto de la lengua. Terminados los ataques cesa, a menos que el estado mental se haya agravado mucho. En este caso, persiste aún después de los paroxismos.

Según los señores Regis, de Burdeos, y Chevalier-Lavaure, de Aix, la toxicidad de la orina se encuentra notablemente rebajada en la manía y aumentada en la melancolía. Con respecto a la sangre pasa todo lo contrario, al igual que en determinadas enfermedades auto-tóxicas, por ejemplo, la eclampsia.

Estos resultados, aunque muy imperfectos, dejan, no obstante, entrever el importante papel que desempeña la auto-intoxicación en la alienación mental. Con todo, necesitaban ser corroborados por la clínica, y esto es lo que han hecho estos últimos señores en el estudio que han comunicado al congreso de la Rochelle, sobre las locuras de enfermedades infecciosas, las locuras viscerales y las locuras diatésicas.

Las primeras provocadas por la acción directa de los microbios ó sus secreciones, pueden manifestarse bajo dos distintos aspectos. En el estado febril revisten de ordinario la forma de un delirio agudo parecido al delirio alcohólico. Durante la convalecencia se presenta una especie de desarreglo intelectual, una pseudo-demenia. Por fin, es posible que exista además la tercera forma, que recuerda más ó menos la demencia parálitica. Sea lo que fuere, el síntoma característico de la psicosis infecciosa parece ser la confusión mental, determinada

sin duda por los venenos microbiológicos en el cerebro.

Muy distinto es el punto de partida de la psicosis visceral. Tratándose de esta enfermedad no debemos creer que su causa sea un elemento extraño al organismo, pues es la misma célula cuyas funciones no siguen la marcha regular. Si el hígado ó los riñones son atacados se presentará la locura hepática ó la locura biliar. Según las observaciones practicadas por M. Cullerre, esta última no es rara en los manicomios.

En cuanto a las psicosis diatésicas no nos hallamos tan adelantados en su estudio. Sin embargo, se sabe que durante los períodos agudos toma el carácter del delirio tóxico, y en el intervalo, el de la parálisis general, ó de la locura por acceso. Los señores Regis y Chavalier-Lavaure han observado, además, que las descargas de ácido úrico indican con frecuencia la terminación de la crisis; así como han observado también la hipertonía.

M. Mabilie hace notar que los artríticos se despiertan muy á menudo por la mañana en estado de hipocondría y de abatimiento, caracterizados por los siguientes síntomas: cansancio en todos los miembros, pesadez en la cabeza, sensación del vértigo, tristeza continua, pérdida de voluntad, repugnancia al trabajo y á la distracción. Analizando la orina de estos enfermos se observa que contiene siempre mucho ácido úrico, un poco de albúmina y algo de indican. Hay, pues, retardo en la nutrición, lo cual da derecho para suponer que es causa de las perturbaciones psíquicas.

Es de desear que estas investigaciones, apenas empezadas, continúen practicándose con celo é inteligencia: de esta suerte podrá el médico tal vez dominar una de las enfermedades que hasta el presente son más rebeldes á todo tratamiento.

JOSÉ NOÉ.

GENERALES DE REDACCIÓN

Fuí á visitar las tan celebradas ruinas de Itálica acompañado de un amigo artista. Dentro de lo que fué circo romano, explicábame mi acompañante el sitio donde se levantaban los gladiadores después de la lucha; cuál era el *chiquero* de donde salían las fieras; lugar de la presidencia; dónde se colocaban los lictores, dónde los soldados, departamento destinado á depósito de muertos, y otros detalles y pormenores explicados de tan buena fe y tan poseído de su exactitud como pudiera explicar el último partido de cesta jugado en el Frontón Barcelonés.

No estábamos solos. Atento á la plática histórica se encontraba también á nuestro lado el guarda de aquellas ruinas; un andaluz viejo y socarrón.

Así que mi amigo hubo terminado con sus conocimientos arqueológicos, el guarda miróme sonriente, guiñó el ojo, encogió los hombros, señaló ligeramente al disertante y dijo:

—Aquí too er que viene se despacha á su gusto.

¡Cuántas veces he recordado esta salida!

Especialmente estos días en que tanto se habla de la cuestión de Marruecos.

No puedo apartar de mi mente la ocurrencia de aquel buen hombre.

Porque, ya lo habrán ustedes notado; todo el que se ocupa de Melilla *se despacha á su*

gusto, como todos los visitantes de las ruinas de Itálica.

No hay más que tomar los periódicos.

La mayoría pide el Gurugú solo; otros, el Gurugú con puré de patata; alguno propone tomar el Gurugú empezando por la cumbre, ya que por abajo había de costar niucho, y se vuelven airados contra el Ministro de la Guerra diciéndole:

—¿Por qué no llevan los ingenieros sus globos?

Y no van descaminados. Pueden emplearse en la conducción de tropas por los aires; infantería aérea de desembarco en lo más alto del Gurugú.

El Gurugú ha trastornado á bastantes plumas mecánicas. Y no es esto lo peor, sino que han llegado á inculcar en el vulgo la creencia de que ondeando allí nuestra bandera ya no había que pagar la cuenta al sastre.

Varias tonterías se han pedido, pero la del Gurugú es la que ha hecho más prosélitos. Este fenómeno se debe al nombre del monte, porque eso de Gurugú, se parece á guirigay, zaragata ó río revuelto.



También he leído la conveniencia de poseer el Cabo de Tres Forcas y establecer allí tres faros (uno en cada forca). A esto contesta otro *órgano de la opinión* que, no refiriendo la historia ningún tropezón de barcos contra el referido Cabo, encuentra más práctico establecer

allí una tienda de lavado y planchado, una administración de loterías ó una peluquería donde se corte y rice el pelo, cosas de las que carecen los rifeños, según opinión de Julio Cervera, Bonelli y otros autorizados africanistas.

—No tenemos generales, oímos decir de continuo.

Error grandísimo.

No hay periódico que no disponga de un Napoleón Bonaparte, lo menos.

A lo mejor el general de redacción es algún ex-cadete que no pudo deglutir el *orden abierto* y se vió obligado á colgar la guerrera.

Pero eso no quita para que increpe á López Domínguez por poco previsor, y no haber

echado á tiempo un segundo piso á Melilla donde albergar seis mil hombres más.

Como éste, conozco varios Wellingtons doctores en *El Juanito* y en *El amigo de los niños*, socios honorarios de Bohemis-Club, que á diario meten la pluma de un modo criminal en los asuntos de Marruecos.

El militarismo les atrae, como atrae lo desconocido, y allá se van cuartillas confundiendo la Zapa turca con la Zapatista, el alza del fusil con la de fondos públicos, y la preponderancia de las piezas con la de España al otro lado del Estrecho.

¿Que no?

Yo he leído, escrito por uno de esos Gonzalos de Córdoba, que *el Batallón había desplegado en polinomios*.

Otro Cormontaigne de redacción escribía en cierta ocasión:

«Rodeando el reducto había gran número de *alambreras* para detener el asalto de la caballería.»

¡Confundir las alambradas con las alambreras de los braseros! Y luego... eso de la caballería marchando al asalto de una fortificación, con escaleras y todo, supongo yo, pues no pretendería el General Reporter que los jinetes hicieran la tortuga.

Con motivo de la reciente desgracia ocurrida en Santander, ha escrito un célebre Peixans del reporterismo:

«Como sabemos todos, la nitroglicerina es una mezcla de *nitrogli* y *cerina*; lo primero se extrae del nitro ó salitre y lo segundo de la cera amarilla.»



Pues bien, estos son los encargados de formar la opinión del público, hablando bien ó mal de las operaciones realizadas por el general Macías, según que les consienta ó no estar dentro de la plaza.

Estos son los que llenan la cabeza al público con aires del Gurugú, y le hacen creer que allí estaría de perilla un observatorio astronómico; que una colonia agrícola en el Atalayón nos pondría á quince céntimos el metro de salchichón de Vich; que es para nuestra patria una vergüenza no tener un faro en el cabo de las Tres Forcas alumbrando los nidos de las desventuradas gaviotas habitantes de aquellas acantiladas orillas; que es una desidia incomprensible no explotar el comercio de monas en Tetuán y tener el Atlas sin encuadernar con tanta piel como hay de sobra en Tafilete.

En verdad que no me explico los apuros del Gobierno, dado el caso que intente mandar á Melilla otro General cuando empiecen las operaciones.



Lo práctico será ir de redacción en redacción y echar un guante de eminencias militares, diciendo:

—En nombre de la patria. ¿Tienen ustedes la bondad de prestarme ese Napoleón Bonaparte que anda por ahí?

Otro periódico prestaría su Turena; otro, su Brialmont; otro, un Moltke ó dos, y, así, dispondríamos de un cónciave de sabios con los cuales, y sin más que diez hombres con Maüser, dispuestos á dormir, donde les cogiese la noche, sobre la punta de la bayoneta, comer cantos rodados y arena de la playa, y

decididos á no beber más que sangre africana... entonces sí que, en menos que canta un *farruco*, sometíamos las kabilas de Gazuza, Frambuesa, Ven á Comer y Ven á Almorzar.

Somos así: nos parece muy bien y muy razonable que el zapatero remendón de la esquina entienda de medias suelas más que nosotros, y á él nos sometemos incondicionalmente cuando le enviamos unas botas para componer; como reconocemos superioridad en nuestra cocinera y en la que nos plancha la ropa, y en otras personas ocupadas en cosas al alcance de todos los caletres.

Pues nada, en asuntos de milicia todos sabemos más que todos los generales; si de Derecho se trata, estamos por encima de los presidentes de Audiencia; en Teología dejamos tamañitos á los arzobispos; en Marina somos unos ballenatos...

En todo somos eminencias.

Por eso hoy que el caso lo requiere nos dedicamos á Generales de Reportería.

MELITÓN GONZÁLEZ.

15 de Noviembre de 1893.



NUESTROS GRABADOS

UNA CARAVANA DE ESCLAVOS EN EL DESIERTO

CUADRO DE BENJAMÍN CONSTANT

Es la esclavitud cáncer que corroe la sociedad en los pueblos orientales. Los incesantes esfuerzos y la incansable propaganda de los misioneros católicos han logrado en algunos puntos, sobre todo del litoral, que aquel vergonzoso comercio no se lleve á cabo ni con la extensión ni con el descaro con que antes se hacía por los mercaderes de esclavos. Son muchas, empero, todavía las ciudades del Oriente en las cuales el mercado de esclavos existe, consentido por los soberanos y gobiernos y hasta patrocinado por ellos mismos, ya que de aquellas indignas ventas salen centenares de mujeres jóvenes directamente destinadas á los serrallos. Para sostener el comercio les es preciso á veces á los mercaderes internarse, y en aquellos pueblos, ó por la fuerza ó por el oro, apoderarse de hombres, mujeres y niños, á quienes conducen como infeliz rebaño á los sitios en donde pueden venderlos con ganancia. La lámina que publicamos pinta un cuadro de la triste odisea de míseros esclavos en el Oriente. Desde el punto en que los adquirió el mercader, hasta la ciudad en donde han de ser vendidos, media larga distancia, en parte ocupada por desiertos. Arrastran á los esclavos los jefes de la caravana, sin conmiseración alguna, sin atender para nada á sus padecimientos, y cuidando sólo de que no exhalen el último suspiro para no perder el precio de su venta. La caravana está atravesando el desierto y los esclavos, sedientos, se lanzan á beber en un charco que es para ellos reparador oasis. Esta escena, sobre el fondo que resulta de la monótona extensión del desierto, produce, en el cuadro de Benjamín Constant, conmovedora impresión en el ánimo y da idea de la barbarie que reina en los países en los cuales no han penetrado las salvadoras doctrinas del Evangelio.

UNA ESCUELA EN TÚNEZ

DIBUJO ORIGINAL DE R. BERNINGER

En Túnez, como en otras poblaciones arábigas, son las escuelas en extremo curiosas. Suelen establecerse en un rincón de alguna mezquita, costumbre que viene de

lejos, puesto que en la Edad Media se seguía ya en las más importantes ciudades dominadas por los árabes. Sólo las separa de la calle un portal, casi siempre abierto, de modo que desde fuera se ve y se oye cuanto pasa en el interior de la escuela. Los chicos están agachados ó sentados en el suelo, con las piernas cruzadas á la manera oriental, y el maestro delante de ellos pronuncia las palabras que constituyen la lección ó el ejercicio, las cuales repiten los niños en coro. Las suras del Corán figuran de ordinario en el texto de las lecciones. Muestran los discípulos aplicación algunos días, mas otros se presentan levantiscos y con más ganas de cuchichear que de aprender la lección. A la vara acude el maestro en tales casos, administrando una buena corrección á los más alborotadores, con lo que se aquieta el gallinero y se vuelve á la recitación del Corán. Cuando el maestro hace la señal de haberse acabado la clase, levántanse los chicos muy ligeros, se envuelven en sus albornoces y se echan á la calle, ya con la gravedad que el árabe muestra en su actitud y ademanes desde que viene al mundo. El excelente dibujo del artista Berninger, que va en este número, presenta un trasunto exacto y lleno de vida de una escuela en Túnez.

ROGATIVAS EN SAN ANDRÉS DE LLEVANERAS

CUADRO DE JOSÉ MASRIERA, DIBUJO DEL MISMO

Los pueblos situados tierra adentro en la costa de Levante de Cataluña son en extremo pintorescos, porque reúnen los atractivos de los que están colocados á orillas del mar y á la vez muchos de los encantos que presentan las aldeas y villas levantadas cabe las laderas de los montes ó en las pendientes y mesetas de los mismos. Así ocurre con el pueblo de San Andrés de Llevaneras, del cual ha sacado abundantes temas para sus elegantes paisajes el artista José Masriera. Mirando hacia la costa se descubre la inmensidad del mar, que da un hermoso fondo para un cuadro: mirando hacia el monte encuéntranse rieras y torrentes, con abundante vegetación en sus orillas y hondonadas, en las cuales apenas penetra el sol por causa de la espesura del follaje. Un fondo de esta última especie eligió Masriera para su lienzo *Rogativas en San Andrés de Llevaneras*. La procesión que se

adelanta por el rieral para impetrar del cielo el beneficio de la lluvia ó para rogar que cese alguna calamidad que está afligiendo á los habitantes del pueblo, reúne la sencillez y la majestad al mismo tiempo que se nota en los actos de la Religión Católica que se celebran en el campo, á pleno sol, entre plantas y árboles. Esta procesión aumenta el interés de la obra artística, como sucede siempre con las figuras discretamente puestas en el paisaje, en lo cual es maestro José Masriera, quien dibuja con igual corrección la figura de un campesino ó de una aldeana, como todos los accidentes propios de la pintura de paisaje. El grabado que publicamos es una reproducción acabada del cuadro al óleo.

BEDUÍNO ATRAVESANDO EL DESIERTO

La radical de la palabra beduíno significa en árabe «el que vive en despoblado,» y así llámase beduinos á los árabes que moran en el desierto ó en lugares muy solitarios, que se sustentan con el merodeo y con frecuencia despojando á los infelices viajeros. Para atravesar el desierto, para ir desde la península del Sinaí á la

Palestina necesitan las caravanas llevar consigo medios de defensa, á fin de librarse de los beduinos, ora yendo armados los hombres que las componen, ora escoltándolas fuerzas regulares turcas ó de alguna otra procedencia. Los beduinos son gentes acostumbradas á las mayores fatigas. No les espanta el ardoroso sol del desierto ni las nubes de arena que levanta á veces el viento, sepultando á hombres, camellos y tiendas. De ellos puede decirse que su descanso es el pelear, puesto que se hallan en lucha con cuanto les rodea, á excepción de los miembros de su tribu, en donde el jefe les tiene á raya, por aquello que ha de existir autoridad ó quien mande, hasta en una gavilla de ladrones. El beduíno reproducido en nuestra lámina es tipo exacto de los que atemorizan á los pacíficos habitantes de la Tierra Santa. Montado en un camello atraviesa extensos espacios, resistiendo todas las fatigas y todas las privaciones. La espingarda es su compañera y con ella y con la cabalgadura del desierto, que así se llama el camello, no hay correría que le espante por difícil y expuesta que fuere.





LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL.

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

XXIII

CRÓNICA DE SALONES

LA misteriosa labor de Pepita Alcuneza no fué difícil. De suerte que poco tardó en revelarse la influencia del hechizo, por cuyo medio aquella bruja de moderno cuño se había propuesto colmar las ambiciones del pulido y oloroso rufián.

No hubo menester la vejancona de otro conjuro para realizar su maleficio, que el de unas cuantas palabras que en confianza dijo á cierto revistero de salones con el cual se halló en el primer *five o'clock* de aquella semana.

El cronista fomentaba el conocimiento de la dama picotera, porque ésta solía enterarle de chismes y novedades del buen tono, que luego él aprovechaba para sus artículos. Llamóle Pepita aquella tarde, y en un ángulo del salón donde el gran mundo celebraba la fiesta vespertina, tuvieron los dos amigos una conferencia de cinco minutos.

En los grupos de los que no bailaban y sorbían té, dijo algún curioso:

—¿Qué secreto estará confiándole Pepita á *Cotillón*?

Ese de *Cotillón*, era el seudónimo que empleaba el cronista.

Contestaban otros:

—Mañana nos lo dirá él... en confianza.

Vióse que el cronista sacaba su lapicero de plata y que ponía una anotación en su cartera de piel de Rusia, alejándose en seguida de la cotorrón; y á la noche siguiente, en efecto, el todo Madrid de los saraos, de las recepciones y de los primeros turnos halló en las columnas de su diario favorito la revelación del secreto de Pepita Alcuneza.

Allí, en la *Crónica de salones*, entre la reseña de la última *matinée* y las proclamas de los casamientos concertados, leíase el siguiente trozo de literatura chismográfica:

* *

«Los cierzos otoñales no han enfriado los ardores de la juventud, siempre fogosa.

»La lista de raptos y fugas no termina.

»En los círculos del buen tono es objeto de todas las conversaciones y comentarios, la desaparición simultánea de un joven muy conocido por su elegancia y distinción, y de una bella señorita, que lleva el nombre de uno de los más opulentos personajes de la alta banca.

»Toda la *fashion* madrileña ha seguido con simpatía la historia de los combatidos amores de los dos fugitivos, y ha hecho fervientes votos por que se templaran los rigores implacables que eran obstáculo á su tierna felicidad.

»Créese que el respetable padre de la niña ha salido á toda prisa en seguimiento de los *tórtolos* huidos, pues dicho señor también ha desaparecido de su suntuoso hotel.

»El lance no puede menos de acabar en boda, y éste deseamos que sea el feliz desenlace por el cual se convierta el drama en regocijada comedia.»

* *

Pepita llevó el periódico al mozo cautivo, y éste no pudo menos de romper en exclamaciones de aplauso fervoroso y sincero. Fué aquel uno de los momentos de su vida en que se sintió poseído de amistad y gratitud por algún ser viviente.

—¡Hermoso, magnífico, soberbio!... Eres una gran mujer.

—¿Te parece que con esto volverá Bermúdez?

—Si lee el periódico...

—En cualquier parte que esté, ha de leerlo. Es su diario preferido.

—Vuelve infaliblemente.

—Y vuelve á buscarte.

—Para comerme vivo.

—Ó para casarte con su hija. Ya no tiene más remedio.

—Esa es la verdad.

—No tiene otro remedio, te digo. Es posible que al pronto le ocurra otra cosa... Leerá el suelto, se pondrá ciego de ira y ya le tienes dando la vuelta con la niña en brazos, creído de que con su sola presencia en Madrid y con pegarte á tí un tiro ó una estocada ya queda vencida la maledicencia y deshecha la equivocación. Se lanzará por ahí clamando que Blanca no huyó contigo, que él ha sido quien se la llevó; buscará á *Cotillón* y le pedirá que rectifique en su *Crónica de salones*.

—¿Y rectificará *Cotillón*?

—De seguro. Ya cuento con eso.

—Justo; porque si rectifica...

—Peor que peor.

—Es claro.

—Bermúdez no es tonto, huele bien, conoce el mundo en que vive, y apenas dé los primeros pasos comprenderá que ha de quitar el pistón á su escopeta. Verá que cuanto más ruido arme, menos retrocede la opinión, y entonces se dará á partido. Te casará con la muchacha.

—Creo que no te equivocas. Le hemos acorralado. Pero ¿será eso pronto?... ¡Porque ha de ser pronto!...

—Calcula. Esos matrimonios comprometidos se hacen por la posta.

—Hay que estar desde ahora con el ojo alerta.

—¿Para saber cuándo regresen los viajeros? Yo monto esa guardia. Extrañada y cuidada por la repentina marcha de mis amigos, todavía más alarmada después de la noticia de *Cotillón*, ya ves si es natural que yo vaya al hotel á enterarme todos los días.

Renacieron desde aquel instante las gloriosas esperanzas de Paco Dulce. Si; el viejo león estaba enjaulado. La honra de su nombre y el concepto de Blanca exigían la deposición de todas las resistencias. La paz era forzosa. El casamiento se imponía, y como decía muy bien la doctora Pepita Alcuneza, era cosa cierta que aquella victoriosa solución había de venir presurosa, acelerada; realizándose dentro del término fatal de los pocos días que le restaban al falsario para salvarse del presidio.

Todo iba á pedir de boca, y Paco durmió aquella noche su regalado sueño, lo mismo que un héroe sobre los laureles tras de una insigne empresa; seguro de su éxito, de su próxima opulencia, de la impunidad de todas sus tropelías, como si el mal no llamase el mal y como si la justicia no se conociese en la tierra.

En su reclusión de la calle de Belén, no había modificado el buen mozo su costumbre de madrugar después del medio día. Levantóse cuando ya su poltronísima pereza estuvo saciada, dándole lugar á discurrir sobre sus asuntos y á que las urgencias y preocupaciones recobrasen su seriedad. Silbando y canturreando aires de ópera, celebró el feliz mortal, mientras se vestía y aderezaba, el galardón de sus esperanzas.

Mientras él dormía, su agente había madrugado y salido á explorar el terreno enemigo, tan próximo á ser conquistado. Pero de aquella primera correría no regresaba la escucha habiendo hecho descubrimiento ninguno. Esto era muy natural, mas á Dulce le desazonó, porque el impetuoso joven aún no había aprendido á esperar y habría querido que en toda ocasión sus apetitos fueran como leyes naturales por cuyo poder rodaran sumisas hasta sus pies las circunstancias y sucesos de la vida.

—¿Cuánto durará esto? decía él, hiriendo con el pie la percutida alfombra de Pepita Alcuneza.

—Paciencia, muchacho. ¿Habían de volver por el aire, como palomas mensajeras? El suelto se publicó anoche... No sabemos dónde pararán, para poder leerlo, nuestros prófugos. Apaga ese incendio, y ten calma por tres días, por dos, quizás uno solo.

La setentona, que no por tener de huésped á Paco Dulce, había dejado de frecuentar las tertulias, los palcos y los comedores de sus amigas, salió aquella tarde y volvió á salir por la noche, que era nada menos que de primer turno en el Real.

Cuando entró de nuevo en su domicilio cerca del amanecer, porque después de la función de ópera solía tomar té en las casas donde lo daban, el recluso estaba aguardándola muy despierto é impaciente.

—¿Qué noticias me traes? preguntóle al verla entrar toda llena de perifollos.

—De los viajeros, nada, como supondrás. Pero, ¡hijo!... de tu novela amorosa... Nadie

habla de otro asunto en el teatro y en los círculos. Tenemos al mundo de nuestra parte; todos te dan á tí la razón. Es cosa corriente que la niña se ha ido contigo, y se espera la boda tan fija como el sol que va á salir esta mañana.

Al día siguiente, lo mismo.

—¿Qué hay?

—Nada; no han vuelto. Ya volverán.

La gente, que hablaba; la chismografía, que andaba sin freno por los salones; la boda, que se daba por inevitable; nada más.

—¿Y si no volvieran?... decía Paco en sus momentos de duda.

—Tranquilízate; no faltarán.

No; no faltaron. Al tercer día de espera y observación, la diligente Celestina compareció á la presencia de Dulce todavía adormilado, portadora de la gran nueva.

—Ya están aquí.

—¡Llegaron!...

—Llegaron anoche.

¡Oh, placer! ¡oh gloria! ¡oh triunfo!... En la sala mezquina de aquel cuarto bajo, se representó una escena digna del Capitolio. Laurel y roble ceñían los Césares victoriosos; de rayos del sol y de estrellas del firmamento fué la corona que Paco rodeó á su cabeza. Ni hubo triunfador que oyese himnos de tan sonora música y de tan desvanecedora lisonja, como los que en el alma del mozo entonaron la ambición y el orgullo embravecidos. A la vieja intrigante, su vil instrumento, hizole promesas de magnate, de emperador, de dios olímpico... Aquel loco miserable creía ir subiendo hacia su glorificación; no pensaba que lo que en realidad estaba haciendo era alejarse del presidio, de la infamia, de la expiación rigurosa y justa que le estaba llamando.

Pasó aquel rapto de alegre demencia, de entusiasmo atizado por la fatuidad y el egoísmo.

—¿Y ahora, preguntó á la setentona, ya puedo salir á la calle?

—Sí, hijo mío. Sal, déjate ver, ponte á tiro de todo el mundo... Anda, que te acribillen á preguntas, que te pulvericen á fuerza de molerte con parabienes y abrazos. Tú... no he de decírtelo; mucho tiento, medias palabras, ni que sí, ni que no... Ya sabes; que ruede la bola, pero no sueltes prenda. Lo que tú calles, lo han de hablar los otros. Anda, hijo mío.

—¿Y tú, qué te propones?

—Yo, ahora mismo, volando á casa de don Roque Bermúdez.

—¿Y nos veremos?

—Esta noche comeré en tu casa.

—Allí estaré.

—Allá iré yo, con mi mensaje.

—¡Adiós, maga!

—Adiós, millonario.

XXIV

LASTRE AL AGUA

Aunque Paco Dulce estaba deseoso de lanzarse con su señera de escándalo por los sitios de reunión donde bulle la novelería, no pudo dispensarse de ir ante todo á su casa, al salir de la de Pepita Alcuneza, pues le era preciso restaurar algunos efectos de desaliño que el cautiverio había dejado en su persona.

En la *Bombonera* aguardábale una novedad poco satisfactoria. Durante su ausencia había

estado varias veces á pedir noticias de él una señora... es decir, una señorita... El criado no acababa de determinar cuál de los dos títulos era el apropiado.

—¿Rubia? preguntó Dulce.

—Sí, señor.

—¿Bien parecida?...

—Sí, señor; muy guapa. Y muy elegante... así... ¡vamos! muy elegante.

Era Encarna; seguro estaba Paco de ello. Era Encarna, que no habiendo podido explayar sus iras la noche del frustrado juicio oral, buscaba una escena de reproches é indignaciones, un rato de temporal como ella solía provocarlos para solaz y apaciguamiento de su genio levantisco. Pero ¡bah!... ¿qué le importaba á Paco, intrépido tirador de todas armas? El mejor partido era recibir á aquella enajenada cuando volviera, que con seguridad volvería, y terminar de una vez corriendo todas las fatigas en una sola batalla.

—Si vuelve estando yo en casa, introdúcela y pásame aviso.

¡Claro! ¿Había de continuar indefinidamente bajo el peso de tal amenaza? ¡Valiente estorbo!... Que él era quien había encendido aquella hoguera de amor sentimental y tumultuoso. Bueno, ¿y qué? Un entretenimiento, una distracción, una aventura de las de todos los días; ya se sabe que estas orgías bipersonales son cosa de tres ó cuatro meses y nunca pueden tener consecuencias. Era necesario arrojar ese lastre al agua.

En tales reflexiones se hallaba el mozo mientras se componía en su gabinete, cuando el criado abrió la puerta.

—Ahí está esa señora.

—Que pase.

Precipitóse Encarna en el aposento, hecha una Juno, irritada, vengativa, tempestuosa, envuelta en la balumba de su vestimenta á la *dernière*, como en una nube de apoteosis olímpica; todo un espectáculo de plumas, cintas, encajes y bullones, que se agitaba dentro de una zona de perfume sensual y delator, una epidemia de Ylang Ylang.

—¡Ya sabía que habíais vuelto!

¡Hola! Encarna hablaba en plural: «habíais vuelto.» También por las afueras sufragáneas de la sociedad militante habían cundido las hablillas, como en la metrópoli.

Eso fué todo lo que la entrada impetuosa de la rubia tonante dió qué pensar al primogénito de la *Bombonera*.

—Sí; aquí estoy. ¿Y qué me quieres?

¡Ah, infame, pillo, descastado!... Se atrevía á preguntarle: ¿qué me quieres?... Las ilusiones, el porvenir, la vida de aquella mujer á quien volvió loca de amor. Eso era lo que ella quería. Lo que él le había ofrecido. ¿Pensaba acaso que á ella se le burlaba como á una señorita boba? ¿No sabía él quién era ella?... Pues se había de juntar el cielo con la tierra, si él se negaba á ser suyo, pero suyo, completamente suyo. No se quedaría ella como un pasmarote viéndole casar con otra... ¿Conque á eso vino de Nápoles? ¿Conque esa era la fe por la cual le juró en Nápoles que volvería? ¡Necia, estúpida! Y ella le había creído. ¡Claro! como que la tenía hechizada; como que le oía hecha una babieca, sin recelo de que pudiese engañarla...

—¡Vuelvo contigo!... ¡Sí, vuelvo! Y venía á casarse con otra. Una millonaria, ¿eh?... La hija de un banquero. ¡Cómo no se buscara otro novio!... Paco era de Encarna, de Encarna, que no lo soltaría, que no se dejaría robar, que no pasaba porque la burlaran.

—Ya sabes ahora lo que quiero.

Todo eso era lo que esperaba Dulce; aquella iracundia, aquel chisporroteo de denuestos, aquella explosión de amenazas. Dejó pasar el estrépito con la misma impasibilidad que el pirotécnico deja que arda y estalle la pólvora por él preparada. Cuando hubo sonado el último traque, y la damisela cayó en una butaca, rendida y nerviosa, entonces levantó el mozo la fusta y comenzó á castigar los bríos de aquella jaquita desmandada.

—¿Estás loca, hija mía?... Pero, ¿qué te has propuesto?... ¡Tendría que ver! ¡Tomar en serio aquel arrechucho!... ¿Tú no has pensado quién eres, y lo qué eres y para lo qué eres?... Ese arrebató es bufo; tu amor frenético, tus romanticismos de Traviata, tus pretensiones de modistilla violada, todo bufo, y desatinado, é insufrible. Aquello no fué nada, aquello fué entretenimiento, correría, *juerga*, una partida de placer... ¿No lo sabéis vosotras de sobras?... ¿Pasó? pues todo eso ganaste, y buenas noches. No seas, pues, cócora; no seas imbécil. Vete, que me estorbas. Anda, y diviértete y triunfa, y quitateme de delante, y no me impidas el paso, porque... te lo digo y he de hacerlo... si te interpones, ¡sin misericordia te arrollaré!

—¿Y si soy yo la que te arrolla? saltó la moza aguerrida, poniéndose en pie con ademán descompuesto.

—¿Tú?...

Paco acompañó este monosílabo de una carcajada burlesca, despreciativa, insultante, que produjo en el ánimo de Encarna remolinos furiosos de llamas; el huracán soplando sobre un incendio.

Y desatados aquellos dos caracteres, frente á frente las enemistades, producido el choque, rota la brida que aún sujetaba las expresiones del más brutal descoco, representóse en el salón, guarnecido y decorado de los Dulce linajudos, una escena de plazuela, de garito, de lupanar. El joven, lanzando sobre ella torpes adjetivos que chorreaban infamia y herían como navajas. Ella, la vil mujerzuela, rugiendo al golpe de cada uno de aquellos vocablos, como al dolor de una cuchillada, agitando las manos como si arrojase sobre aquel hijo de la *crème* puñados de barro, vertiendo por la boca espumeante todo el diccionario de los burdeles, todo el *argot* con que hace más soeces sus insultos la gentualla del montón infecto, todo el raudal de ternos y desvergüenzas recogidas en los comienzos de la vil carrera y que dormía rebalsado bajo los adobos y barnices de la *demi-mondaine* encopetada.

Hubo un momento en que el fiero altercado amenazó convertirse en una riña á brazo partido. La dama terrible llegó á coger una solapa de la levita de Dulce, y tirando de ella con arrebató nervioso, parecía querer arrancársela.

—¿Eso á mí?... decía apretando los dientes. ¡A mí, tú faltarme de este modo!... ¡Gran tunarra... perdis... granuja!...

Paco la cogió duramente por la muñeca, y la obligó de un tirón á soltar la solapa de la cual le tiraba ella zarandeándole.

—¡Mira! le dijo después de arrojarla sobre un sillón. Me estás requemando la sangre hace media hora; tengo la bilis revuelta... No puedo aguantarte más. Da gracias á que no estoy para meterme en belenes, porque de no ser así, te juro que lo hubieras pasado mal.

Eso era exacto. Aquel caballero habría pegado á aquella mujerzuela, si no hubiese mirado que no le convenían complicaciones en tales momentos.

—¡Vete! continuó él, señalando imperativamente hacia la puerta. Déjame en paz; no te acuerdes de mí... Hemos concluido. ¡Vete! ¡Digo que te vayas!

Ella se irguió más fiera que nunca en la butaca donde había caído.

—¿Que me vaya? Pues no me voy. Aquí me quedo contigo. No me separo de tu lado. ¡Déjame, Paco!... ¡Si yo no puedo vivir sin tí!

Se enterneció; el chispazo sentimental saltaba otra vez por encima de la cólera. En aquel espíritu no había equilibrio; subía y bajaba la pasión sin propósito ninguno, como un fuego fatuo á merced del aire.

Paco seguía diciendo:

—¡Vete, vete!... ¡Vete enhoramala! Aquí no puedes estar un minuto más; este no es tu sitio.

—Pues no me voy.

—Pues mandaré que te eche el criado.

El joven se dirigió á la puerta; detúvose un paso antes de llegar á ella, y vuelto hacia Encarna, le dijo:

—¿Te vas?... En seguida, al momento, ó mando que te arrojen.

Encarna resistía. Allí estaba clavada en el sillón. No se iba, no le daba la gana. Se quedaba al lado de Paco.

—¡Infame!... Pero ¿no ves cómo te quiero?

Dulce entreabrió la puerta; la dama se levantó.

—¿Vas á mandar eso?

—Que te saquen á la calle.

Una palidez de agonizante cubrió el rostro de Encarna; sintió ésta que se le enfriaba la sangre en las venas, perdió la fuerza, se le ofuscó la luz, y tuvo que sostenerse apoyándose en una silla.

—No hagas eso, Paco... No lo hagas...

Su voz temblaba, y eran los acentos velados, roncós, anhelantes.

—¡No lo hagas!... ¡Por Dios, que no lo hagas!

—Véte por tí sola.

—¡No lo hagas!... Te digo que no lo hagas...

Paco no se detuvo. Abrió la puerta y dió una voz. Compareció el criado, fresca aún en sus labios la sonrisa que no había podido borrar muy prestamente, porque el guilopo lo había oído todo; entraba, por lo tanto, impuesto de su misión.

—Acompaña á esta señora á la puerta, le dijo el amo.

Llegóse el criado á Encarna é inclinóse ante ella muy finamente.

Pero Encarna no se meneaba. Seguía en pie, apoyándose en la silla, repitiendo en voz baja y con frase entrecortada:

—Yo no me voy... Yo no me voy...

—Si no te sigue, cógela de un brazo, gritó el joven. ¡Llévala, plántala en la calle!

El criado obedeció. Encarna se dejó llevar.

—¡No hagas esto, Paco! repetía. ¡No hagas esto!...

—¡Afuera! pronunció él con altivez y desprecio. ¡Afuera! ¡Largo de aquí!

El criado se llevó á Encarna, la sacó á la calle, la metió en una berlina alquilona que á la sazón pasaba, y se volvió al vestíbulo del hotel, en el cual acababa de penetrar, preguntando por el señorito, la embajadora esperada, Pepita Alcuneza, que se dirigió al cuarto del noble Paquito, anunciándole que Blanca Bermúdez iba á ser su esposa por voluntad y acuerdo del padre insurrecto, á la postre vencido y acorralado.

(Continuará).



MESA REVUELTA

NADIE ignora el importante papel que en el desarrollo de los vegetales desempeña el agua, como disolvente de los fosfatos, nitratos, sulfatos y demás sales

absorbidas por las plantas para su alimentación; pero en lo que tal vez se han fijado pocos es en la influencia esterilizadora del mencionado líquido cuando lluvias fre-



BEDUÍNO ATRAVESANDO EL DESIERTO

cuentes lo hacen correr en abundancia por los terrenos. La sequía prolongada, que traspasando ciertos límites mata é imposibilita la vegetación y lleva consigo la escasez y la pobreza á las regiones que la tienen por ca-

racterística, puede resultar altamente beneficiosa desde el punto de vista agrícola, cuando se cuenta con medios de combatirla por medio del riego. Así lo ha demostrado no hace mucho tiempo el profesor Hilgarth ante la

Sociedad de Fisiología de Berlín, entre cuyos miembros ocupa un lugar distinguido. Al efecto ha practicado numerosas operaciones de análisis con diferentes tierras del nuevo continente, de las cuales se deduce que la riqueza de elementos alimenticios aumenta con la sequedad del clima; es decir, que un suelo contiene tanta mayor cantidad de sustancias propias para la nutrición de las plantas, cuanto menor sea la cantidad de lluvia recibida anualmente.

La explicación de este hecho no es difícil de averiguar, si se tiene en cuenta que las aguas, cuando después de empaparse en el terreno lo abandonan formando arroyos y corrientes de mayor caudal, arrastran consigo una porción de sales disueltas que necesita el vegetal para su crecimiento, de modo que si no se procura la reparación de semejantes pérdidas apelando á los abonos, las cosechas han de ir decreciendo gradualmente hasta acabar por un rendimiento incapaz de retribuir los trabajos del cultivo. Hilgarth recuerda á este propósito, que los pueblos civilizados de la antigüedad parecían mostrar empeño en elegir por residencia los parajes secos antes que los húmedos, sin duda porque la experiencia les había dado á conocer las ventajas que aquellos reunen para una explotación más productiva.

No menos curiosas son las observaciones de otro profesor, Lovauer, acerca del reblandecimiento que sufren las ramas de los árboles frutales á consecuencia de la nutrición forzada. Los arboricultores, como es sabido, con objeto de aumentar el tamaño del fruto, y hacerlo todo lo delicado y exquisito que sea posible, suelen esmerarse en proporcionar á los árboles abundantes sustancias asimilables, procedimiento que, según el ilustre botánico últimamente citado, adolece de un inconveniente hasta ahora inadvertido. Sucede, en efecto, que cuando la absorción del agua y principios nutritivos alcanza en el vegetal excesivas proporciones, el tejido blando de éste se desarrolla de un modo considerable á expensas del anillo leñoso, originándose de aquí una disminución en la consistencia que necesita la planta para hacer frente á los agentes exteriores. Por ignorar los efectos de tal transformación, comprometen muchas veces los hortelanos la vida de excelentes frutales, á que no se cansan de prodigar cuidados, que por lo desmedidos llegan á degenerar en dañosos.

Según refiere Valerio Máximo, el Senado romano encargó á Cayo Pompilio la misión de comunicar á Antíoco que se le prohibía continuar la guerra incesante que hacía á Tolomeo. Al llegar Pompilio ante el príncipe recibióle éste con mucha amabilidad, alargándole la mano como si fuera un amigo. Pero Pompilio, en lugar de darle la suya, le entregó la carta que contenía el decreto del Senado. Después de haberla leído dijo Antíoco que lo consultaría con sus amigos. Indignado Pompilio al ver que difería una contestación, trazó sobre la arena con una varilla, una línea alrededor del rey y le dijo:—Es preciso que antes de salir del círculo que os he trazado, me deis una respuesta categórica que comunicar al Senado.—De modo que no era un embaja-

dor quien hablaba á Antíoco, sino el mismo Senado. Así fué que Tolomeo declaró al punto que no daría ningún motivo de queja, y entonces Pompilio le apretó la mano y reconoció por aliado. ¡Cuán eficaz es esta varonil dignidad de carácter y de lenguaje! Al momento quedó abatida la Siria y salvado el Egipto.

Dando cuenta un criado á su señor por escrito de lo que había gastado, decía: «De un pan, que compré para mí, ocho maravedises: de paja y cebada para su merced, dos reales.»

Teniendo un pobre hombre un hijo de buen ingenio, y muy dado á los estudios, vendió una pequeña posesión, que le había quedado, para que con aquel dinero se mantuviese el hijo en ellos, y en adelante pudiese mantener su vejez con algún alivio; pero el hijo cuando había de sacar algún fruto de sus fatigas, se metió á fraile. El padre, llorando, le preguntaba ¿por qué así le hubiese abandonado? Respondió el hijo:—Para vivir en pobreza.—¡Oh qué loco eres! exclamó el padre. ¿Podías tú vivir en mayor pobreza que estándote conmigo, cuando nada me ha quedado?

Trajeron á un enfermo para su asistencia, una mujer que sabía hacer grandes conservas, y habiéndoselo dicho, respondió:—Pues que me conserve la vida, que no he menester otra cosa.

M. Schlumberger aconseja un procedimiento de extinción de los incendios producidos por el petróleo. Según él, puede evitarse todo peligro si se toma la precaución de colocar una ó varias botellas de vidrio de las llamadas castañas llenas de amoníaco (alcali volátil).

Cuando un frasco ó bote de petróleo se inflama, produce una explosión que rompe el vaso que contiene amoníaco. Entonces los vapores de este líquido se esparcen por la atmósfera inflamada, y en virtud de la propiedad que posee el gas amoniacal de impedir toda combustión, se apaga instantáneamente el fuego.

Toda vez que el amoníaco es un producto que se encuentra fácilmente en el comercio, ¿por qué no se obliga á los vendedores de petróleo y de esencias minerales á que tengan siempre al lado de aquella sustancia cierta cantidad de amoníaco?

Los deberes para con la patria no admiten términos ni medida.—CICERÓN.

La venganza pasa por justa, y sin embargo, es inhumana: sólo se diferencia de la ofensa en orden al tiempo, y el que se venga no tiene más que una ventaja, que consiste en ser culpable con circunstancias atenuantes.—SÉNECA.

De todos los sufrimientos que lleva consigo la indigencia, el más terrible para los desgraciados es el de parecer ridículos.—JUVENAL.

El primer obstáculo que se presenta siempre al perezo es el mismo.—SÉNECA.

No es posible vencer un peligro sin correr otro peligro.—PUBLIUS SYRO.

La justicia consiste, primero en no perjudicar á nadie, y luego en obrar teniendo en cuenta los intereses de todos.—CICERÓN.



Soluciones al número anterior:

A la charada:

GA-LE-NO

Al jeroglífico

EL CACIQUE COLOCOLO ERA ARAUCANO

CHARADAS

¡Sopla, viento, la *una tres*!
¡Marca, *dos una*, impaciente!
Al *dos* aclama ferviente
en toscano ó piamontés.
El *todo*, sin arrogancia,
aunque á Germania sujeto,
de sus amores objeto
hace á la vecina Francia.

PHILOS.

(Explica nuestra guerra actual en África)

El santón Kadi-Melquik
amaba á *prima tercera*,
que es *dos prima dos y tres*
y *tres tres* por su belleza.
Ella á su vez adoraba
al que de otra *tres primera*
por España era soldado
y en *todo* nacido era.
Veíanse donde el fuerte
de Sidi-Guariax se empieza,
y el santón, rabiando en celos,
les juró una guerra eterna.
Por eso fué á predicarla
entre las kabilas tercas
contra España y sus soldados,
y encendió en la cumbre hogueras
fanatizando á los moros
con ridículas creencias.
Y por eso cuando el fuego

cesa en la sangrienta guerra,
llanto de *prima tres* se oye
hasta que en la plaza suena
un silbido prolongado
del valiente de esta tierra
como diciéndola: á *todo*
te llevaré si reniegas
de tu *tercia prima*, cuando
el fuerte se haga, espera.

LEONARDO LÓPEZ, de Villada.

ROMPE CABEZAS

RAMÓN RIAD Y TRIS
CONFITERO

Con estas letras componer el nombre de un drama castellano.
JULIO MARTICÁS.

ESFINGEOGRAFÍA



Dadas las manchas que se publican, completarias con líneas hasta obtener un conjunto (1).

(1) Este recreo se presta á una variedad infinita de interpretaciones; agradeceremos á los señores suscriptores que nos envíen las que se les ocurran.



UNA SENTENCIA EN EL ORIENTE.—CUADRO DE CHLEBOWSKY



MUJER

(CONTINUACIÓN)

VII

Si no tengo nada... tú ves visiones, hija.

Y Alfonso, estimulado por la presencia de su mujer, se incorporó, se rehizo, enderezó el cuerpo; hasta sonrió.

—Allí están esos señores, añadió señalando á la puerta del cuarto de baño. Hace un rato que conferencian, y es fácil que de un momento á otro salgan, por lo cual debes subir á tus habitaciones y esperarme allí.

—¿Irás á decirme?...

—Sí; mi palabra.

—¿Pero todo? ¿Sin ocultar cosa ninguna?

—Todo absolutamente. Te seré franco: si desde el primer momento te hubiese podido callar esta zambra... mejor para los dos. Como ya estás impuesta en lo principal, no hay razón... Oye, continuó observando el atavío de Ana, ¿á dónde has ido tan de madrugada tú?

—A rezar, contestó intrépidamente la dama, que no mentía. A pedir á Dios... ¡Ya ves que en ciertas ocasiones!...

Dióse Alfonso por satisfecho con la explicación, y haciendo alarde pueril y fanfarrón de escepticismo, murmuró:

—Pues ya se ha salvado al país... ¡Anda, Nitis, criatura, sube... anda!

—¿De veras no estás enfermo? Al entrar, juraría...

—¿Que había de estar enfermo? ¡Vamos, no digas ridicleces! ¡Enfermo! Arriba, feúcha, tonta... ¡Por los clavos de Cristo... que van á encontrarte esos señores!

Ana subió preocupada, rumiando una aprensión indefinible, pareciéndole que volvía á ver á su Alfonso, tan desencajado, con aquel color de muerto, aquel extravío en los ojos, aquella postración en la actitud...

Su retirada fué oportuna: aún no habría empezado á dejarse quitar las horquillas del velo,

cuando el criado avisó á la Cueva de que acababan de retirarse el señor conde de Alén y el señor Ordóñez, y que los señores de Antequera y Cármenes le aguardaban.

Procurando caminar con paso suelto y firme, dirigióse Alfonso á su despacho, y á fin de aparecer todavía más fresco é indiferente, al entrar, en vez de formular la pregunta que le importaba, fué derecho al cajón de puros y dijo entre dientes:

—¡Caramba! El caso es que no me acordé de llevarme uno cuando salí...

Llamóle la atención la cara de sus testigos, que la tenían mitad asombrada, mitad satisfecha, cual si les hubiesen quitado de encima grave peso; y como se oyen las voces que en sueños nos interpelan, oyó resonar la de Donato Cármenes:

—Chico... ¿Sabes que va á sorprenderte el giro que ha tomado la cuestión? Es decir, á tí puede que no te sorprenda tanto como á nosotros... porque naturalmente, estás en todos los antecedentes posibles...

Aquí el acento de Cármenes adquirió ciertas inflexiones de ironía.

Alfonso, tendiendo el oído, queriendo reprimir el interior anhelo, preguntaba con los ojos. El brigadier casi parecía mohino; Cármenes iniciaba sonrisas de desenfado y mostraba tendencias á la broma.

—Verás: tú nos habías dicho que el lance, según todas las probabilidades, sería á muerte; que Ramiro daría á sus padrinos instrucciones de proceder á raja tabla, y que nuestra misión era aceptarlas y ajustarnos á ellas... sin discutir las. Pues, hijo, en esa intención estábamos, pero suponte tú que nos salen con la pata de gallo siguiente: Ramiro comprende que anoche, cuando cuestionasteis, al salir del tresillo de la Lanza, ibas tú acalorado; que él te sujetó el brazo antes de que llegases á darle el bofetón, y como demostró con eso que pudo darte otro si quisiese, no hay verdadera ofensa; que sin embargo está á tu disposición si deseas batirte, y que entonces aceptará tus condiciones, sean como sean. No ha pasado ni más ni menos. ¡Ah! Y que si no tienes empeño en llevar adelante la cosa, se firmará un acta. Como es natural, dijimos que lo consultaríamos contigo, pues ignorando si había algo más entre vosotros que la gresca en la calle, no podíamos resolver así de buenas á primeras. Tú dirás.

—Usted dirá: nadie más que usted puede decir, confirmó Antequera, siempre fosco y huraño.

Alfonso tardó en responder. Los oídos le zumbaban; la sangre se le agolpaba al corazón, y de allí subía á la cabeza congestionándola: su lengua seca impregnaba de pegajosas hieles su paladar. Comprendía... ¡Demasiado que comprendía! Ramiro ya no aspiraba á matarle; lo que quería era cubrirle de ignominia y de baldón: amancillar lo primero en su honor de esposo, y dejarle luego estampada la nota de infamia del que no ha pretendido borrar la mancilla y volver por su dignidad en la única forma que en su aberración admite y sanciona el mundo. La hipócrita actitud de Ramiro era un prodigio de pérfida habilidad: semejaba respetuoso homenaje á Ana, deseo de evitar mayor escándalo, de no herir á una señora, cuando realmente era nueva emboscada contra Alfonso, y emboscada de tal índole, que de ella tenía que salir ó desprestigiado ó muerto.

Lo conoció perfectamente la Cueva, y conocerlo fué su castigo. Un solo camino decoroso le quedaba abierto, y era exclamar: «Vayan ustedes y díganle á Alén y á Ordóñez que quiero duelo, hasta que Ramiro ó yo nos inutilicemos de verdad.» Pero en vez de estas palabras, salieron de sus labios otras, dictadas por la victoriosa naturaleza: «Déjenme ustedes pensarlo unas horas... Les avisaré á su casa. Gracias por todo, ¿eh? Es cosa de reflexionar, como ustedes conocen.»

—De reflexionar, de reflexionar... ¡Carabinero! ¡Maldito si vale un pepino en estas cosas la reflexión! masculló el brigadier. Son del primer instante, y sinó... En fin, usted sabrá...

—Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato, respondió mostrándose amostazado Alfonso.

—Pero, Antequera, decía Cármenes á la salida, riendo ya francamente; usted parece un testigo de comedia, de pieza por horas. Empeñado en que á Alfonso le ensarten...

—¡Hombre! ¡Por vida! Me parece á mí que después de lo que hizo Dávalos con la señora de la Cueva...

—¡Chs! Si eso *no lo sabemos*...

—¿Que no lo sabemos? ¡Carabinero real! Pues no dijeron anoche que allí, á vista de todos...

—¡Bstt! ¡Si eso *nunca se sabe!*... Cualquiera pensará que ahorita mismo viene mi brigadier de los montes de las Amézcoas!

—Allí me dan ganas de hacerme ermitaño cuando veo ciertas cosas. ¡Por vida! ¡Carabinero real!

Solo ya Alfonso, á la manera del banquero que próximo á declararse en quiebra hace balance exacto de sus haberes, calculó la provisión de energía y fuerza con que contaba, y espantado y trémulo vió que no podía alcanzarle para hacer frente á la pavorosa situación.

Su terror fué doblemente profundo, al recordar que la víspera se sentía lleno de acometividad fiera, y la perspectiva del lance le enardecía y exaltaba. Es que entonces se creía ofendido, traicionado, vendido, despojado del amor de su esposa: hoy, sabiendo que de la traición sólo vanas apariencias existían, el rencor se apagaba, la saña extinguíase en su espíritu, y quedaba sólo en pie el deseo de disfrutar largos años la hermosa vida y de conservar íntegros la salud y el cuerpo. Si al menos Ramiro insistiese, apretándole y constriñéndole á aceptar el empeño, ¡qué remedio entonces! sería preciso ir derecho al campo, ocultar la flaqueza y entregarse cerrando los ojos al peligro... Lo que desfallecía en Alfonso era la voluntad; lo que se relajaba era la fibra de la iniciativa; lo que tenía enfermo era el carácter. Analizando en aquella suprema hora su estado moral, Alfonso reconocía que si fuera soldado, la subordinación le llevaría á arrostrar la metralla; que si fuese obrero, con su escuadra descendería á la mina; que si fuese marinero, subiría á las gavias, que en suma, dirigido, mandado y desplegando otros la voluntad de que carecía él, era posible que saliese con lucimiento de las grandes pruebas. Mas siendo él mismo quien tenía que desarrollar la fuerza misteriosa de la volición, que es como la virilidad del espíritu, Alfonso notaba con humillante dolor la vergonzosa deficiencia, la postración invencible, la incapacidad absoluta, irremediable... para decirlo pronto: la afrentosa *cobardía*.

Hundido en un sillón; puestos los codos sobre la mesa; caída la cabeza en las manos; clavadas las uñas en el pelo, la Cueva pasó algunos instantes horribles, mil veces peores que los que se pasan al frente de la pistola apuntada ó del florete esgrimido por mano maestra... Entre sus dedos rezumó un licor salado y amargo; y levantándose de repente, más blanco que su camisa, murmuró casi en voz alta: «Lo único que me faltaba era llorar.»

Fué á apoyarse en la chimenea. El sol hería ya con sus calientes reflejos los recortados arbolillos del jardín; abrió la ventana y respiró lleno de placer. En suma, ¿por qué se apuraba de tal manera? Ciertamente se había divulgado lo de casa de Lanza fuerte; pero la sabia y honesta conducta de Ana borraría bien pronto esa mala impresión. Novios como eran se irían á París; entretendrían allí el invierno, y al regresar, estarían agotados los comentarios, y el incesante remolino de la vida cortesana se habría tragado el incidente, como leve arista. ¡Qué de escandaleras, qué de alborotos de un día ó una hora, hasta de una semana ó de un mes, había visto Alfonso desaparecer, borrarse, difumarse entre las nieblas del olvido, mientras la rueda social daba rápidas vueltas y el bullicio, con su perpetuo run run, cubría gritos, ayes, imprecaciones y carcajadas!

El tiempo era el médico soberano para estas cosas. Nuevas comedias y tragedias quitaban del cartel las antiguas. La frivolidad condenaba las evocaciones del pasado, y el buen gusto ponía el pedal para apagar todo estrépito. Lo único que el transcurso de los años no podía

curar, era una estocada á fondo ó un balín en la sien. ¡Morir! El ataúd, los cirios de la capilla ardiente, la cama imperial, los responsos, las fúnebres salmodias, el carro empenachado, Ana de crespón negro, Ana á los dos años de lila, blanco y gris, volviendo al mundo, festejada, galanteada otra vez, alegre, linda!

Alfonso se sentó de nuevo á la mesa y escribió á sus testigos. Acaso Ramiro tuviese razón: ofensa no la había: tratábase de una quimera, dos ó tres palabras fuertes, en sustancia nada entre dos platos... Autorizábales para redactar el acta, dejando á salvo el honor... Esto en el supuesto de que el señor Dávalos persistiese en brindarse á un arreglo decoroso por ambas partes, y no exigiese retractaciones, ni más concesiones que las mutuas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Concluirá).



NUEVA ORLEANS

FOR

JULIAN RALPH

(CONTINUACIÓN)

Las luces eléctricas brillan en lo alto de unas torres tan altas que parecen erigidas, no para alumbrar la ciudad, sino para iluminar las nubes.

Los carros de la leche son muy dignos de verse. Son de dos ruedas, como los de los carniceros de New York, y llevan dos magníficos barriles cuyos aros de cobre centellean como ascuas de oro. Muchas veces van conducidos por mujeres. Cuando no, van escapados por las calles causando frecuentes desgracias.

El carbón lo transportan unos hombres que tienen gran destreza para llevarlo en grandes cestas sobre la cabeza sin permitir que pierdan jamás el equilibrio. Los cazadores de perros no cesan sus errantes excursiones por todos los barrios de la ciudad con el lazo en la mano. Cuando atrapan algún vagabundo individuo de la raza canina, métenlo en un extraño carrutón muy semejante á un barril. En cuanto el animal se siente cogido, arma un alboroto de mil demonios, aullando como si lo desollaran; asómanse las mujeres á las puertas y ventanas y los hombres acuden á salvar á los canes amenazados y harto inexperimentados todavía para saber que la pereza es el defecto característico de los laceros.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1895, by Harper & Brothers.

En el antiguo teatro de la Ópera francesa

Las mujeres andan por las calles vendiendo almendras y *pecan candy*, cosa cuya existencia ignoraba antes de ir allá, y panes de ostras, muy recomendados como pacificadores del hogar, por lo que los recomiendo á mi vez al lector, por si es aficionado á trasnochar. Confieso que nunca me ha sido dable ni catar siquiera esas mágicas tortas. Entre las industrias



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Tranvía urbano en Nueva Orleans

callejeras hay también la de los fabricantes de iniciales. Hácenlas de filigrana de oro, y las mujeres las usan como alfileres de pecho. De seguro que muchos de esos artífices saben muy bien quiénes son los individuos afortunados cuyas iniciales son con tanto orgullo ostentadas ó enlazadas con las de las compradoras.

La policía municipal es poco numerosa, porque no hay en la ciudad la multitud de vagos y mal entretenidos que infestan la de New York, y llevan como los policemen de ésta capote y kepis con botones de plata. Siendo la lotería un juego legal, los billetes se venden por las calles, dedicándose á esta industria un gran número de hombres, mujeres y chiquillos. En una de las casas expendedoras

leí un letrero que decía: «Este es el afortunado número once. Esta la administración que ha despachado mayor número de billetes favorecidos por la suerte.»

Dió la casualidad que se celebró un sorteo mientras yo estaba en Nueva Orleans, y comprendiendo que la Compañía no pediría la renovación de sus privilegios, de modo que muy pronto no sería sino un recuerdo aquel cuadro de costumbres, no quise desaprovechar la ocasión que se me ofrecía para presenciarlo.

Celebróse el acto en un teatro llamado *Academia de Música*, á las once de la mañana. La amarillenta luz del gas luchaba débilmente con la del día en el corredor donde la multitud se estrujaba, confundiéndose en ella todas las clases sociales. Las dos terceras partes del local se llenaron como por ensalmo de espectadores. En el palco escénico había un grupo de hombres sentado entre dos ruedas en forma de bombas. La de la derecha era de plata, con las superficies planas de cristal y una abertura á modo de ventanilla. Un niño tapado de ojos empuñaba el manubrio que ponía en movimiento la rueda y sacaba los números, que iba entregando al general Beauregard, el último general sobreviviente de la guerra. Es el tal un tipo aristocrático que trae á la memoria los de los cortesanos de la monarquía francesa, con el pelo y la barba encanecidos y vestido con irreprochable elegancia.

Junto á otra rueda de mayor tamaño estaba el mayor general Jubal A. Early, tipo acabado del convencional de la época de nuestros padres, de gallarda estatura y noble continente, vistiendo un traje del mismo color que el uniforme que ilustró en la guerra con sus hazañas. ¡Oh caducidad de las cosas humanas! Me han dicho que esos dos héroes cobran cada uno treinta



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Calle del antiguo barrio francés, vista desde el Hotel Real

mil dollars anuales por el trabajo de ejercer todos los meses estas modestas funciones. Un niño, igualmente vendado de ojos, le iba entregando los números que sacaba del bombo. Eran los de los billetes premiados. Los del otro designaban la suerte que respectivamente les había correspondido. Además había dos hombres encargados de pregonarlos:

Early leyó en alta voz:

—¡Número 21,152!

Y Beauregard añadió:

—¡Doscientos dollars!

Los pregoneros, á su vez, repitieron:

—¡Número 21,152! ¡Doscientos dollars!

Pero éste era un premio pequeño.

—¡28,439! dijo Early.

Y Beauregard replicó:

—¡Trescientos mil dollars!

Aquí fué ella. Levantóse un rumor inmenso que ahogó la voz de los pregoneros, centenares de lápices trazaron con nerviosa rapidez el número afortunado en otros tantos pedazos de papel preparados al efecto, mientras los niños se quitaban la venda de los ojos y ellos y los pregoneros se retiraban siendo reemplazados por otros individuos.

Al cabo de un rato salió el general Beauregard á tomar media hora de descanso, porque el pobre ya no podía con su alma. Tras él siguieron dos pregoneros que, al pasar por su lado, ni siquiera se descubrieron. Parecióme una



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.
Policemen de Nueva Orleáns



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.
Un billettero de Nueva Orleáns

insigne irreverencia, porque, al cabo, el general era hasta cierto punto el dispensador de la fortuna. A buen seguro que no se hubieran visto semejantes rasgos de ingratitud antes de desvanecerse las ilusiones de los mal aconsejados que pedían la renovación del privilegio de la lotería.

Con las tiendas de muebles de lance de Nueva Orleáns podría hacerse un excelente museo. Los extranjeros se agrupan delante de ellas acudiendo en masa como las mariposas á la luz. En esa ciudad hay muchas familias cuyos antepasados fueron coleccionando muebles de valía por espacio de muchos años, y cuando se deshacen de ellos, ya por la necesidad de partir la herencia ó porque se les antoja cambiarlos por un mobiliario más moderno, esos revendedores, que en todas partes son como arqueólogos de profesión, adquieren por poco dinero verdaderas preciosidades. En sus establecimientos se pueden comprar muebles de las épocas del Directorio y del Imperio, relojes de sobremesa, cornucopias, jarros chinoscos, objetos de cristal entallado, morrillos monumentales y tenazas artísticas para la chimenea, camas antiguas con preciosas esculturas y ricos pabellones, etc.

Voy notando que en un artículo como este no es posible hablar ni de la mitad de las cosas de Nueva Orleáns dignas de ser recordadas y descritas. Proponíame decir algo de la interesante colonia italiana, de sus ocupaciones, su flotilla de lugres y su renombrada sociedad de la Mafia.



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.
Un carro de panadero

Pensaba también describir los encantos de las regiones silvestres, los extensos pinares del



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Típos del Dago.

interior, la comarca de Bayon Teche y las márgenes del lago Pontchartrain. Proyectaba asimismo decir algo de los sabrosos manjares y los especiales platos que allí se usan. Pensaba, en una palabra, contar muchas cosas interesantes, ciñéndome á tratar de lo que otros no refirieron por extenso, como por ejemplo, los establecimientos de enseñanza, el movimiento artístico, los gimnasios y los clubs de regatas, las excursiones en carruaje y en bote y otras cosas dignas de ser explicadas; pero veo que he de renunciar á ello dejando para otro esta agradable tarea. Me limitaré, por lo tanto,

á decir algunas palabras acerca del movimiento comercial importantísimo en esta ciudad, como es de todos bien sabido.

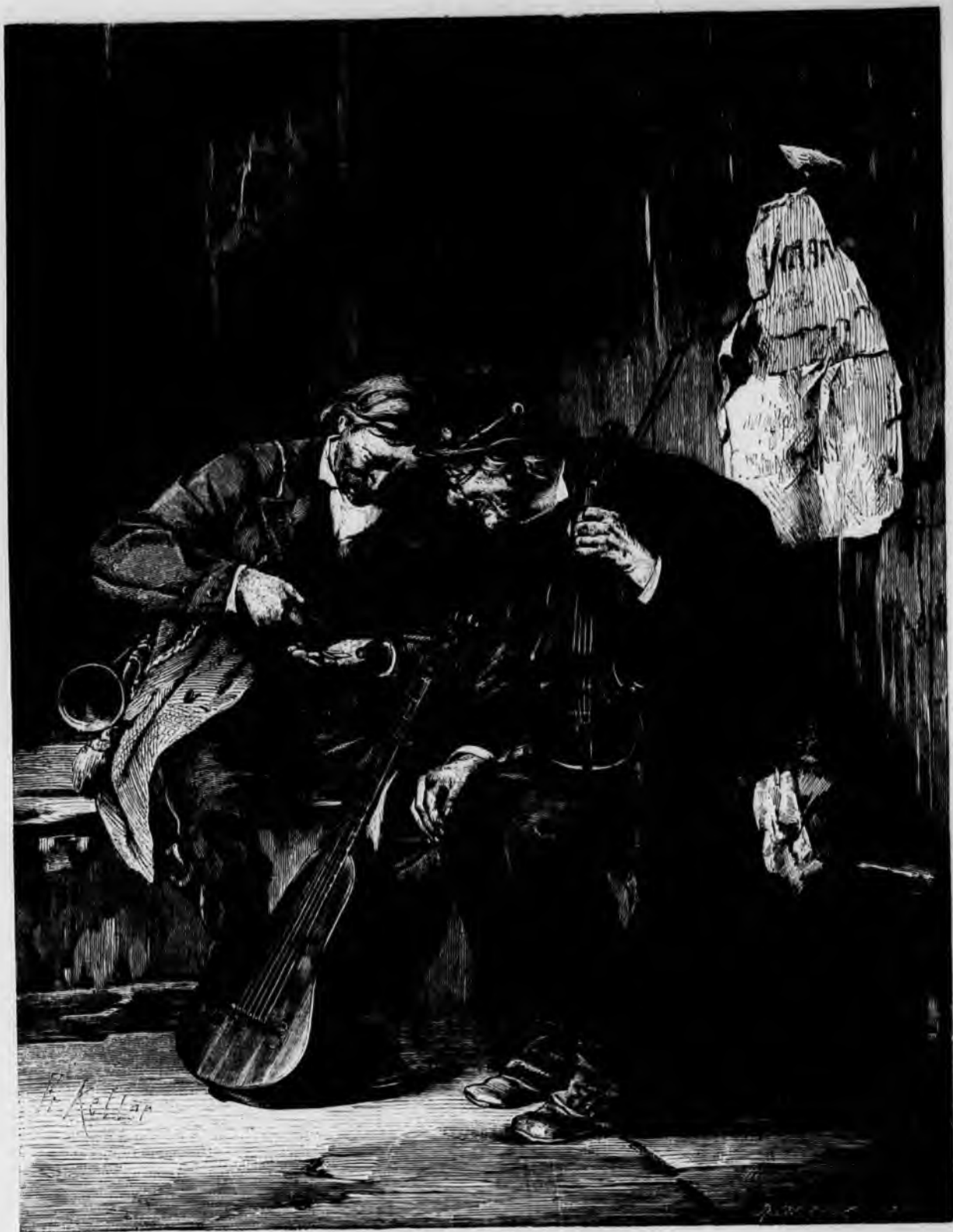
(Del *Harper's new Monthly Magazine*).

Traducido por

J. COROLEU.

(Concluiré)





RECuento DE CAJA.—CUADRO DE FERNANDO KELLER

TOMO III.—98.

Ayuntamiento de Madrid



MI ÁLBUM

BAILE EN LA LUZ

YA llegó la tarde,
átomos del viento;
ya el sol va espirando,
alados insectos;
ya en oro se inflaman
las nubes del cielo,
chispas que llenáis
el espacio inmenso.
Dentro de los rayos
de púrpura y fuego,
bailad vuestra danza
de alegría ebrios.
Moscas revividas,
cínifes pequeños,
volátiles leves
de invisible cuerpo,
las últimas luces
de visos sangrientos
cual un varillaje
vienen de lo lejos,
y regios se tienden
como un terciopelo
que toma los tonos
de pálido incendio.
¡Sus! ¡al torbellino!
desplegad los vuelos,
y bailad la danza
flotante del viento.

..
Sobre los remates
del ramaje seco,
ya vienen danzando
los locos insectos.
Ved los alirrubios,
ved los alinegros,
los alimorados,
los alibermejós.

En la pedrería
que esmalta sus cuerpos,
la luz pone brillos
fugaces y trémulos,
é irradian sus clámides,
que abiertas al viento
parecen bruñidas
corazas de fuego.
Su baile entrelazan
pasando y viniendo
en feliz delirio
de loco contento,
é imitando al iris
sus tonos diversos,
van, mientras que bailan,
la luz absorbiendo.
Polkas, rigodones,
pavanas, lanceros,
vales presurosos
que incitan al vértigo
y habaneras lánguidas
de círculos lentos,
los alados seres
describen huyendo
y tornan y giran
y pasan de nuevo.
¿Quién marca su ritmo?
¿qué alado *maestro*
su breve batuta
agita frenético?
¿quizás una abeja?
Están en invierno
en su claustro oscuro
rezando ó durmiendo.
¿Un mosquito acaso?
Velan, según creo,
junto á las tinajas
y toneles llenos

que allá en las bodegas
tomaron asiento,
y entonan del vino
el himno de fuego.
¿Será alguna hormiga
de flotante cuerpo
la que marca el ritmo
del baile ligero,
una hormiga rubia
de esas que en el cuello
se atan manto ardiente
de rubíes hecho?
Ahora las hormigas
guardan sus graneros,
y no saben música
según, en secreto,
hace tiempo supe
por un grillo negro.
¿Quién dirige entonces
el paso diverso
de tanto inflamado
danzarín del viento?
No sé; mas se mira
con dulce embeleso
que bailan á un ritmo
sin son y sin ecos.
Les pone el crepúsculo

un fondo de fuego
con crestas al fondo
de azules reflejos.
Un tul inflamado
se extiende tras ellos
cuajado de brillos
alegres y trémulos.
En la última púrpura
del sol medio muerto,
palpitan, se abrasan,
voltean inquietos,
y, en juego de luces,
fascina el cerebro
la galop brillante
de sus libres cuerpos.
Ya el sol va á esconderse
y en ese momento
palpita la atmósfera
en un baile inmenso.
El sol se sepulta,
y, por largo tiempo,
ante las retinas
que el baile aprendieron,
aún siguen tramando
los leves insectos
con alas flotantes
la danza del viento.

SALVADOR RUEDA.



JAULA SIN PÁJAROS

I



PREOCUPADO, nervioso, colérico, el pintor Benedicto se paseaba dando grandes zancadas por su taller, retorciendo frenéticamente su fino bigote negro.

Ora se paraba de golpe delante de los maniqués, *bibelots* árabes, bordadas sederías y alteraba completamente su armonioso conjunto, ora con un pedazo de carbón trazaba un extravagante y extraño bosquejo en uno de los caballetes.

Luego continuaba su interrumpido paseo echando sordas exclamaciones.

Hacía ya muchos días que buscaba el maestro la composición de un plafón decorativo (*El Amor en Oriente*), encargado por el virrey de Egipto, y no daba en el *quid* de la composición.

La luz del sol poniente, penetrando con la melancolía del otoño por la gran vidriera, bañaba con su claridad de color de rosa el pintoresco desorden del taller, desde el pequeño y ancho sofá recubierto de tapicería de Levante y felpa atornasolada hasta los viejos cofres incrustados de marfil y las adamasquinadas armas de las paredes.

—¡Se acabó! exclamó Benedicto dejándose caer desalentado en una silla Pompadour.

Y apoyando la cabeza en las manos, pensaba en el porvenir glorioso que en aquellos momentos se le desvanecía.

Ya veía asomar la risa en los labios de sus antiguos admiradores, que acechaban el momento de su fatiga; ya sorprendía sus miradas burlonas, sus sonrisas disimuladas y los equívocos picantes, cien veces más temibles que una dura pero franca crítica.

Sabía que se cuchicheaba en los cenáculos artísticos que el maestro estaba en decadencia, que su reputación, formada tan rápida como ruidosamente, gracias al compadrazgo, se desvanecía por momentos.

Los aduladores tenían ocasión de tomar el desquite de sus alabanzas, y sus antiguos amigos, aquellos que más habían elogiado la seguridad y firmeza de su dibujo y la magia de su paleta, serían ahora los primeros y los que con más ensañamiento criticarían sus *trucs*, sus empastes y sus preparados: hasta llegarían á negar los triunfos más legítimos. Y sin embargo, Benedicto había tenido en su mano gloria, fortuna, honores, y en un momento de entusiasmo había sido considerado como uno de los primeros maestros del arte contemporáneo.

Aviváronse en él las continuas luchas contra la miseria, la rutina, la envidia... y veíase de

nuevo en aquella dolorosa y lenta ascensión del calvario de la celebridad, sostenido por la fe sublime que forma los verdaderos artistas.

Un día, en camino duro y pedregoso, encontró una hermosa muchacha, entusiasta por el arte, enamorada del talento del maestro, segura de su porvenir. Casáronse y al cabo de un año un sonrosado rorro parecía haber unido para siempre la frágil cadena de aquellos dos seres. En efecto, Marcela había sido el ángel del hogar, la amiga cariñosa en sus días terribles, la compañera orgullosa de sus triunfos. Ella le trajo el equilibrio y la serenidad en su existencia, más bien gobernada por su fantasía que por la razón.

¿Por ventura no debía á su pura y tierna sonrisa las obras más inspiradas, los momentos más preciosos de su vida de hombre y de artista? Todo lo que de ella procedía era como ella, sano, templado, grande; había sido á un tiempo la musa y la esposa.

En una noche de invierno ¡noche horrible! una tos de muy mal augurio les había despertado. Levantáronse precipitadamente sin decir una palabra, sin mirarse, temiendo adivinar en los ojos la horrorosa sospecha que oprimía violentamente sus corazones.

La enfermedad, huésped inesperada, verdugo desapiadado, se había introducido como un asesino en el cálido nido de amor y había envenenado la garganta del pajarillo. Y los más insignificantes detalles de aquella noche inolvidable aparecieron ante los ojos del padre con cruel intensidad.

Durante la tarde, el nene se había quejado de mal en la garganta; estaba ronco y tosía de vez en cuando. De pronto no hicieron gran caso; era un constipado que cedería con sólo tomar algunas infusiones calientes y calmantes.

El enfermito, sin embargo, había perdido su acostumbrado buen humor, y al ver á la madre ya no sonreía con aquel aire expansivo que revela siempre la salud en los niños. La voz se enronqueció, la tos volvióse dura y seca, y más tarde una ansiedad terrible le devoraba.

—Mamá, *bebé* pupa, murmuró agarrándose á las faldas de su madre, probando de recoger el aire que se le escapaba y ocultando su cabecita entre sus brazos como un pájaro herido.

¡Inútiles esfuerzos! El aire penetraba en su cuello obstruido, produciendo una especie de silbido lento y prolongado; la angustia se reflejaba en la cara del enfermito, terrible calentura invadió todo su ser; su cara tomó un color de plomo: era el crup.

¡La cobarde y estúpida enfermedad, que ponía en convulsión el adorado cuerpecito de aquel niño, tornaba en azul su delicada cabeza de ángel! Y siempre la misma tos ronca precursora de la agonía, y el estertor horrible, sordo trabajo de la muerte, cebándose en su presa y apoderándose de ella poco á poco, avanzando por minutos en su horrible tarea.

El recuerdo de aquellas horas no se borra en toda la vida, oprimiendo con fuertes tenazas los corazones inconsolables... y Benedicto veía en su imaginación la cuna, la mesita de noche con las tazas, las botellas de medicamentos; al otro lado los vestiditos que ya no debía llevar más el pobre angelito...

Luego al médico moviendo la cabeza con aire de ansiedad, dudando en aquel momento fugaz entre la vida y la muerte si llevar ó no el acero sacrilego á la garganta del mártir inocente...

Veía también á la madre loca de dolor y á él llorando de impotencia y rabia.

¡Ya era tarde! La insensibilidad, una insensibilidad eterna, había sucedido á las convulsiones de la suprema lucha. Percibíase en el aire un imperceptible soplo, dulce como el batir de alas; era el ángel que volaba al cielo. ¡Oh! ¡Aquel mirar vidrioso y fijo, aquel cuerpo inmóvil y frío cubierto por la blanca sábana, húmeda de lágrimas y agua bendita, que vagamente

dibujaba las formas graciosas y encantadoras!... Luego el lecho mortuorio cubierto de blancas rosas, rodeado de cirios como un altar en día de Corpus. Y aquel último retrato, fugaz silueta del ser adorado, trazada apresuradamente con los ojos nublados por las lágrimas y la mano trémula por la emoción.

II

Desde aquel día amor, felicidad, talento, esperanza, todo parecía aniquilado en casa del pintor.

Los esposos estaban siempre separados, evitaban las miradas uno de otro con los ojos preñados de lágrimas y de mudos reproches, y su dolor fué tan grande y repentino que había llenado sus corazones de odio y rencor.

El artista encerróse en su taller; la madre vivió con el pensamiento fijo en el angelito; pero al cabo de algún tiempo las necesidades del mundo hicieron indispensable el trato: él renovó unos antiguos amores tan sólo para combatir el fastidio, y ella buscó distracciones en las futilidades mundanas.

A la simple indiferencia de los primeros días siguieron las discusiones, las censuras intempestivas, las palabras violentas y las lágrimas.

Marcela se lamentaba de verse abandonada y de no ser comprendida; Benedicto encontraba que su mujer era muy vana y derrochadora. Las pendencias aumentaban cada día; la situación era ya tan tirante, que un choque violento era inminente, y un día por la mañana en el momento de almorzar, Marcela manifestó... «que se iría á casa de su madre y que ya no permanecería ni un minuto más en compañía de un hombre que la engañaba indignamente y que la postergaba á cualquier mujerzuela.»

En esto la disputa tomó mal cariz; Benedicto trató á su mujer de «estúpida,» hasta el punto de que resolvieran una separación amistosa interin se tramitaba el divorcio.

Y sin embargo, á aquella mujerzuela, Juana, que así se llamaba, con quien había reanudado unas antiguas relaciones en un día de melancolía y abandono, no la amaba el pintor. Había vuelto á ella como quien vuelve á seguir una perdida costumbre y con la esperanza de encontrar á su lado un recuerdo de su antigua vida de bohemia, de su vida libre. Pero muy pronto se cansó de aquella muchacha sin talento y sin corazón, que con su jerga de palabras de taller y muletillas de *café-concierto* ya no le divertía.

—¡Basta ya! ¡Basta ya! exclamaba algunas veces el pintor Benedicto, apurada su paciencia y resuelto á romper tan insoportable cadena... ¡Ah! ¡pobre Marcela! ¡Cuán caras pagaba sus lágrimas, sus amarguras y sus mudos reproches!

Y levantándose resueltamente con la mirada encendida, Benedicto se dispuso á volver al taller inmediatamente.

El ruido de la puerta y el de la seda hicieron volver de golpe la cabeza al pintor, que se encontró delante de su esposa. El ademán provocativo de Marcela no daba lugar á duda respecto á sus sentimientos. Lleno el corazón de concentrado despecho y de enojo no aplacado, estaban éstos á punto de desbordar en sus labios; conteníase, sin embargo, y la cólera, que daba extraordinario brillo á sus ojos al animar su cara, la embellecía muchísimo. Benedicto no pudo menos que reparar en ella y establecer una comparación con Juana, poco favorable por cierto para esta última.

- Vengo de casa de mi procurador, dijo en tono seco y con sonrisa de triunfo.
- ¡Ah! Muy bien, contestó Benedicto con aire de profunda indiferencia: ¿cómo está el bueno del señor Moulineaux?
- Me ha leído el Código, continuó Marcela.
- Lectura muy recreativa...
- La ley está de mi parte: injurias graves, abandono de la mujer por el marido...
- Dispense usted un momento...
- Vamos á presentar la demanda del divorcio, pues mi procurador está decidido á activar el asunto.
- ¿Tiene prisa el bueno del señor Moulineaux? Debe molestarle mucho este negocio.
- Ha estado muy amable conmigo... Todo, todo se lo he dicho...
- Pues la confesión no puede haber sido muy larga.
- Dispense usted, era la de usted. En vez de tres artículos hemos encontrado seis aplicables al caso, y á buen seguro que si hubiese buscado hubiéramos encontrado otro.
- Buscad y encontraréis, dice el Evangelio.
- ¡Oh! El negocio está en muy buenas manos, repuso Marcela con volubilidad. Primero, la demanda al presidente del Tribunal civil, luego, la citación para el acto conciliatorio, — por supuesto, en el estado en que se hallan las cosas es simple formalidad, — designación de residencia provisional...
- La felicito por lo muy enterada que está usted...
- Ya lo estaré con el tiempo; mi procurador, que es muy complaciente, y se hace cargo de mis penas, me ha explicado...
- ¡Ah, diantre! Moulineaux será, por lo visto, un don Juan oculto en tres capas de papel sellado.
- Está todavía muy bien conservado.
- Como conserva, lo concedo: los hombres de leyes viven poco; se procede con tanta lentitud en los pleitos...
- Además, ellos no son calaveras...
- Sin embargo, hay algunos que...
- ¡Bah! no diga usted disparates.
- Decía usted que..., añadió rápidamente Benedicto parando atención.
- Que antes de enipear un pleito creo que hay la costumbre de conceder un plazo. Porque como he dejado aquí algunos objetos que me pertenecen, y como me retiro á casa de mi madre,—espero que usted tendrá el acierto de no imponerme su domicilio,—venía únicamente para buscarlos...
- Como usted guste, es usted libre.
- Al escudriñar el taller, acercóse á un pequeño lienzo colgado en la pared que representaba un *bebé* desnudo y sonriente, sentado sobre una almohada.
- Usted no se llevará este lienzo, exclamó el pintor adelantándose.
- ¿Y con qué derecho pretende usted impedirme que me lleve el retrato de mi hijo? repuso Marcela llena de cólera. ¿Por ventura no soy su madre?
- Pues yo soy su padre...
- Benedicto descolgó el pequeño lienzo, y lo contempló algunos instantes en silencio.
- Se le parece mucho, murmuró el pintor. Tiene mis ojos, y mi frente...
- De mí tiene la barba y la boca, dijo Marcela interrumpiéndole. Mire usted, ¡qué son-

risa! Los niños se parecen á las madres. ¡Pobre hijo mío! Tendría cinco años, sería ya un hombrecito...

—¡Ah! Siempre me acordaré del día en que por primera vez exclamó con su pequeña voz bien timbrada: «¡Papá! ¡papá!» No había medio de hacerle callar, ¡pobre angelito!

—Era el día de tu santo, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo perfectamente. ¡Ah! Gustoso daría mi talento, mis triunfos, una parte de mi vida, para oír una vez más, ¡papá! ¡papá! ¡Y tú quisieras quitarme este precioso recuerdo!... Era mi alegría, mi felicidad, mi vida... Por él yo trabajaba: quería que estuviese celoso de su padre, quería que fuese rico. Pero mira, no parece sino que ha de volver á exclamar: ¡papá! ¡papá!

—¡Pobre *bebé*! murmuró Marcela besando el retrato. ¡Pobre angelito! ¡Y se van siempre de este mundo á la edad en que más se les quiere!

Y dos gruesas lágrimas rodaron á lo largo de sus mejillas. Alrededor del retrato de *bebé*, las manos de los dos esposos se encontraron unidas por la casualidad, que á veces es el procurador de la Providencia.

—Di, pues, dijo muy bajo Benedicto al oído de su esposa, ¿no puede darnos la Providencia otro hijo como éste?

LUCIANO HENDEBERT.



TUAREGS MEDITANDO UN ASALTO

Ayuntamiento de Madrid



MUJER KABILA

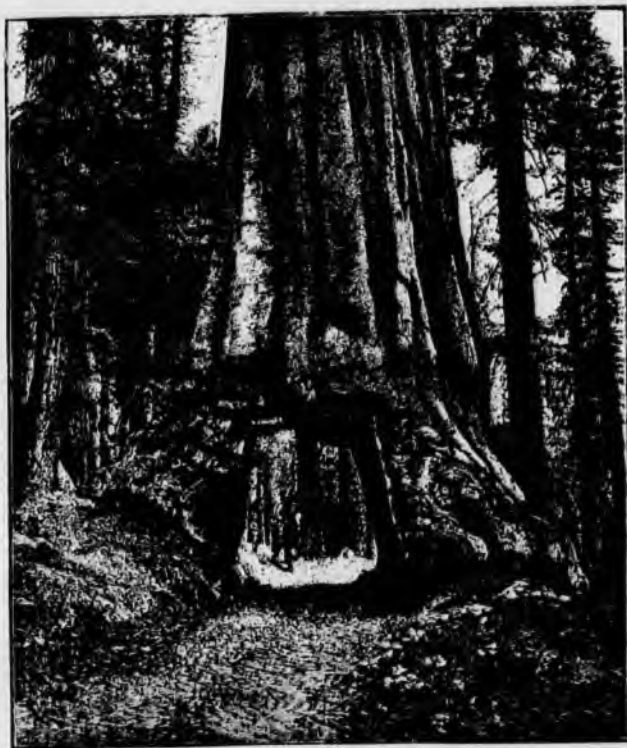
Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS ÁRBOLES GIGANTES DE CALIFORNIA

SEGÚN refiere el *Scientific American*, los famosos árboles conocidos con el nombre de *big-trees*, árboles gigantes de California, forman unos veinte grupos irregulares diseminados en una extensión de cien millas en la vertiente occidental de la Sierra Nevada, á partir de Calaveras, en el *County* de Tulare (California). El gra-

bado que ofrecemos á nuestros lectores representa uno de dichos árboles, que tiene la particularidad de que, á pesar de haberse practicado en su tronco una abertura bastante ancha por la que pueden pasar carruajes, no ha muerto. Está situado en el plantío del Mariposa y alcanza un diámetro de 28 pies.



Un árbol gigante en California

En el mismo vivero ó plantío se encuentra el *Grizzly geant*, que alcanza 34 pies de diámetro. El de mayor altura se halla en el plantío de Calaveras y tiene 325 pies de altura. No debe confundirse este árbol, *Sequoia gigantea*, con los árboles rojos de California conocidos con el nombre de *Sequoia sempervivens*, árbol que alcanza comunmente 15 pies de diámetro y 300 de altura. El mejor ejemplar que se conoce de estos ár-

boles se halla á siete millas hacia el Sur de Santa Cruz; tiene 20 pies de diámetro y 366 de altura. En la frontera del Norte de Méjico se encuentra también esta variedad formando extensos bosques en las vertientes de las montañas cercanas al Pacífico. La madera de estos árboles es muy ligera y se parece bastante al cedro: se puede labrar muy fácilmente, dura mucho y se emplea en la construcción, en ebanistería y en gran número de

usos, por manera que constituye una de las principales fuentes de riqueza de los bosques de California.

Causa verdadera extrañeza que se permita á los leñadores destruir los *Sequoia gigantea*. Estos árboles no se crían en ningún otro país del globo; dada su belleza, sus grandes dimensiones y su maravillosa edad son en extremo interesantes, y no se concibe la locura y la falta de cuidado del gobierno, permitiendo que los destruyan. El plantío de Calaveras, en el Norte del valle de Yosemite, está aún intacto, y lo mismo el de Mariposa, situada á 35 millas de Yosemite, pero en cambio el plantío de Fresno-Flats ofrece una escena de destrucción. Este último pertenece á la California Sumbu C.^o de San José, la cual destruye el arbolado sin tener para nada en cuenta la edad, la belleza ni la dimensión extraordinaria de los árboles. Tiempo atrás era un magnífico plantío, pero hoy día está devastado; los gigantes del bosque de 15, 20 y 30 pies de diámetro yacen derribados y en desorden. Los troncos más corpulentos, que no ha sido posible aserrar, se han derribado y reducido á pequeños pedazos por medio de la pólvora; astillas de 6, 10 y 12 pies de altura están diseminadas por todas partes. Sin embargo, todavía quedan algunos árboles gigantes que no han sido derribados pero con agujeros de 5 pies de profundidad. Puede afirmarse que este plantío está hoy día completamente devastado, y lo poco que queda desaparecerá muy pronto, pues la compañía que lo explota dejará el suelo completamente despoblado. Desgraciadamente se ha propuesto destruir por completo el arbolado y especialmente los árboles *sequoia*.

Si la venta de estos árboles reportara más pingües beneficios que la de otros, se comprendería en cierto modo esta devastación; pero en el mercado no tienen más estima que el *pino de azúcar*, muy abundante en dichos plantíos; por manera que la compañía hubiera

alcanzado el mismo beneficio y aún se hubiera ahorrado la pólvora, dejando los gigantes y derribando en cambio los pinos de azúcar.

En los plantíos situados más hacia el Sur, se observa la misma destrucción, pues en toda la región que se extiende de Norte á Sur del Tulare se han derribado casi exclusivamente dichos árboles. Es muy probable que, temiendo los concesionarios que algún día el gobierno dicte alguna prudente medida para proteger dichos árboles, quieran mientras tanto sacar el mayor beneficio posible de la concesión.

En el plantío de Fresno existe el parque nacional del general Grant, en el que se conservan algunos ejemplares de los árboles gigantes, pero este plantío no alcanza más que un cuarto de milla cuadrado y aún no comprende todo el plantío. Lo demás desaparece rápidamente. Un poco más hacia el Sudeste se encuentran los plantíos de North-Kaweah y Sud-Kaweah, que han sido exceptuados á tiempo de la venta á fin de evitar la destrucción. En lo restante del plantío todos están derribados. En todas partes la sierra, el hacha y la pólvora son los instrumentos de la rápida obra devastadora.

Se tiene el propósito de extender los límites del *Sequoia Park* de modo que comprenda los plantíos de *Sequoia* del County de Tulare y proteja las vertientes de las montañas y las cimas de las sierras en la línea forestal inferior. Si este proyecto comprendiese toda la zona de Norte á Sur, merecería la aprobación unánime de todas aquellas personas (excepción hecha de los concesionarios por supuesto) que han visitado aquellos plantíos y saben muy bien que sin tomar estas medidas la conservación de aquellos hermosos árboles es de todo punto imposible.

X.



LA MILLONARIA ⁽¹⁾

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

(CONTINUACIÓN)

XXV

LA DICHA POR LA HONRA

Sí; había boda. ¡La había!

Bermúdez estaba de vuelta en el hotel, con su hija ya destinada á perdición inevitable.

Tras de su defensa rabiosa, el padre se consideraba derrotado, impotente, prisionero de guerra, forzosamente reducido á entregar la víctima al verdugo.

Ahora sí que sus planes estaban por tierra.

Crejó que era suya la victoria, cuando en aquella noche de calentura y de violencia heroica sobre sí mismo, se convirtió en tirano y secuestrador de Blanca y se la llevó con el intento de esconderla y aislarla de todo trato que pudiera facilitarle comunicación con Paco Dulce.

(1) Desde este número la novela del señor Felíu y Codina irá ilustrada por don M. Obiols Delgado, en la imposibilidad de continuar haciéndolo don José Cabrinety, por haber tenido que marchar á Melilla.

Vencedor seguía creyéndose en la estrechez y oscuridad del carruaje, que iba corriendo por el solitario camino, dejándose atrás la corte, el hotel, la comodidad opulenta, los riesgos de afrentosas desgracias, la persecución tenaz del bandolero desenfrenado.

Hallábase el banquero decidido á desaparecer con su hija, á perderse con ella en la anchura de la tierra, sin que el ojo más perspicaz consiguiese descubrir una huella de su paso. No sabía aún adónde iba; su primer pensamiento fué huir, y continuaba huyendo. Y su proyecto hasta aquel instante se circunscribía á no detener su carrera en paraje ninguno mientras no le condujese el azar, ayudado por la pesquisa, á un sitio lo bastante remoto ó desconocido en el cual pudiera conseguir ignorado refugio.

Por el pronto se proponía viajar á pequeñas jornadas, de noche, por caminos carreteros, en su berlina, cambiando tiros, sin valerse de los ferrocarriles, deteniéndose en los pueblos más humildes y arrinconados, y de este modo dar la vuelta á España, darla al mundo, sin soltar la presa adorada, el tesoro defendido, aquella hija por cuya salvación estaba dispuesto á sacrificar fortuna y vida.

Al emprender la fuga, en aquella primera noche, el término de su primera jornada estaba en el castillo de Plateros, una vieja fábrica del siglo xv restaurada por un noble arqueólogo, de rancia alcurnia, aquejado de prodigalidad artística y de atavismos feudales, el cual tenía en aquel monumento su residencia. Ese castellano aristócrata era amigo del banquero, y tenía ofrecido hospedaje siempre que le pluguiera hacer una visita al señorial albergue.

El castillo, modernamente edificado sobre las viejas ruinas, alzábase en la cumbre de un cerro cuya base lamía el Tajuña. Distaba de Madrid no más de ocho ó diez leguas, y don Roque esperaba llegar á él con la mañana, forzando la marcha del poderoso tronco que llevaba enganchado al carruaje.

El anciano y la niña guardaban profundo silencio. No se veían el uno al otro, aunque sus cuerpos se tocaban en el espacio limitado de la berlina. De cuando en cuando Blanca, que iba echada en su rincón, dolorida, pero siempre serena, se incorporaba y cogía el brazo de su padre, por haber notado en este último algún movimiento convulsivo, señal que descubría la alteración y el sufrimiento de la enfermedad castigada.

Entonces la niña quebrantaba el silencio.

—¿Estás malo?

—Sí; pero no importa.

Ni una palabra más.

La hija cumplía el ofrecimiento de seguir á su padre, sumisa, abandonada, ignorante del camino que recorrería y del término próximo ó remoto que hubiese de tener. El padre, abrasado por la fiebre, asfixiándose, sorbiendo el aire enrarecido del interior de la berlina lo mismo que un sediento el agua de un charco cenagoso; pero en el cerebro todo el resplandor, toda la fuerza, el propósito firme, la idea valerosa.

Cuando la berlina se detuvo ante el portalón del castillo, largo rato después del amanecer, don Roque se apeó con resolución y esfuerzo.

Tendió una mano á su hija, diciéndole secamente:

—Aquí.

Blanca bajó del coche, y cogida al brazo del viejo entró en el castillo, como una prisionera en una cárcel. No comprendía qué sitio era aquél; no lo preguntaba tampoco. Obedecía impasible; ésta era su determinación, y éste el sacrificio que ofrecía á la autoridad de su padre, que no quería ni podía desacatar.

En el resucitado alcázar hubo para los dos viajeros cortés acogida, hospitalidad galante, regalado confort que el gusto moderno mezclaba diestramente con la austeridad decorativa del simulacro medioeval, y trato galante y entretenido de damas principales que allí tenían colonia, juntando asimismo los estilos de la vida patriarcal con los hábitos del gran mundo. Tenía el

castillo armería y billar, capilla con ábside y sala de tertulia con piano, comedor con amplio hogar blasonado y cocina de cock para todos los refinamientos del *menú* fin de siglo; y en una sala de la planta inferior, contigua al patio donde cantaba el agua, se hallaban instalados los anaqueles del archivo, cargados de mamotretos, y la biblioteca de volúmenes novísimos, franceses y españoles, de lomos bermejos y dorados, con la mesa central de lectura sobre cuyo paño verde se reunía el repertorio de *Ilustraciones* y *Semanarios*, *Almanaques*, *Revistas*, y los periódicos de Madrid, que todas las mañanas traía el peatón desde el pueblo inmediato.

Allí fué, junto á aquella mesa de lectura, donde Blanca y don Roque leyeron la sabrosa crónica de *Cotillón*.

Estaban solos en la biblioteca, y la niña, que era quien había tomado el periódico, dijo á su padre concisa é impasiblemente:

—Mira, papá.

Leyó don Roque, y exclamó:

—¡Qué infamia!

Desde luego nació en el ánimo del banquero la creencia firme de que la calumnia había sido urdida por el mismo Paco Dulce.

Blanca acudía mientras tanto á otros pensamientos y formaba otras resoluciones.

No dejó, sin embargo, que se traslucieran, y en aquel instante de ruda emoción y de opresora gravedad, conservó la entereza que era rasgo tan principal de su carácter.

Pausadamente dijo á don Roque:

—Espero conocer tu determinación.

—¡Mi determinación!... respondió el anciano en quien la cólera tenía la razón en entredicho. Yo no altero por nada el plan que tengo trazado para salvarte del infortunio que te amenazaba.

—¿Y cuál era ese plan? No me lo has comunicado, yo te sigo hasta ahora sumisa y ciega... Pero llega la ocasión en que he de preguntarte y en que es necesario que me lo digas todo. ¿A dónde íbamos, papá?

Blanca interrogaba con resolución y dignidad; su tono era reposado y al mismo tiempo tenía cierta blandura cariñosa que lo hacía más sugestivo. Don Roque hubo de templar la rigidez con que procedía; en medio de su turbación airada no pudo ocultársele el derecho con que su hija reclamaba explicaciones, desde el momento en que ella se veía traída en lenguas y en que su honestidad y su concepto ya rodaban por los mentideros de la corte.

Avínose, pues, el banquero á dejar la reserva que hasta aquel punto observó con su hija.

—Blanca... le dijo cogiendo una de sus manos y estrechándosela con aquella ternura vehementemente que brotaba del corazón enfermo. Blanca, tienes razón; me preguntas lo que tienes derecho á saber, y voy á decírtelo. Adonde vamos... yo no lo sé todavía. Hemos salido huyendo de nuestra casa; me propongo llevarte á un sitio en el cual no pueda sorprenderte la influencia de ese hombre funesto. Ese es todo mi plan: huir abandonándolo todo, sepultarme contigo y hacer que se reponga en tí la razón que tienes perdida.

—Ese habrá sido tu plan, hasta ahora, dijo la niña fijando severamente su mirada en la del anciano.

—Ha sido mi plan, y sigue siéndolo.

—¿Después de haber leído lo que dice este periódico?

—Ese es un ardid del miserable que nos persigue. ¿No reconoces su obra? ¿no echas de ver el designio que le ha guiado? Pensó que con la calumnia nos encadenaba, que ya no cabía para nosotros más suerte que la de ir á someternos bajo su yugo, y ha buscado esa publicidad confiada en el poder del escándalo. Se engañó; ni aun delante de esa emboscada indigna ha de retroceder mi resolución. Crea lo que le plazca el mundo maldiciente; sálvete yo á tí, Blanca, hija mía, y nada me importa lo demás.

—Papá, contestó Blanca, te propones un imposible.

El banquero irguió la cabeza.

—¿Te rebelas al fin? preguntó á su hija, contrayendo el ceño.

Blanca llevó á sus labios la diestra del anciano. Ésta era su contestación. En seguida le habló, en unas frases humilde, cariñosa, con afán de ser persuasiva, en otras frases apasionada, entera, determinada á lo que su voz iba anunciando.

No; ella no se rebelaba. Ella quería ser la hija obediente y respetuosa; por eso, en lugar de ponerse en tal rebelión, lo que ansiaba era convencer á su padre. Ya no hacía al caso discutir si la especie calumniosa de la *Crónica de salones* era una astucia de Paco. Ella no creía tal, puesto que su amado no era capaz de un delito semejante, aunque lo hubiera sido hasta entonces de incurrir en otras culpas, de las cuales ya había hecho confesión, de las cuales ella, su prometida, le había absuelto. No; la torpeza divulgada no podía ser obra de Paco, porque éste sólo respeto y amor sentía hacia la mujer cuya mano pedía como socorro para su enmienda y regeneración. Pero Blanca no hablaba de eso en aquel instante; prescindía de su convencimiento. Tampoco invocaba su pasión por aquel hombre que sin ella se perdería, ni siquiera mentaba el fervoroso anhelo en que se consumía su ser desde la noche última, aquella unión misericordiosa y enamorada con que aceptaba el deber de redimir al pecador herido que se postró á sus plantas.

Nada de eso. Ella no quería poner enfrente de su padre más que la razón fría y escueta, los hechos en crudo, la realidad abrumadora. La difamación habría tenido el origen que se quisiera; no interesaba averiguarlo. Tal vez el rumor injurioso se debiera á que con la desaparición de la niña arrebatada por su padre, hubiese coincidido la de Dulce, quien podía haber partido en busca de ella, súbitamente, sin tiempo para dejar explicada la verdad de lo que ocurría.

Don Roque meneaba la cabeza sonriendo incrédulamente á cada razonamiento que su hija empleaba para apartar de Paco la culpa de la villana mentira.

—No, dijo al oír la última suposición de la doncella. Paco se ha valido de la calumnia para que tu honra quedase en sus manos y de él dependiese el restituírtela, yuviésemos que pedirle como un beneficio que al cabo fuese tu esposo.

—Pues bien, contestó la joven resuelta y bravamente; aunque así sea, la consideración que tú acabas de hacer es la verdad. Mi honra se halla hoy en las manos de ese hombre. ¿A quién convencerás de que el rumor que ha difundido el periódico es falso?

—Volveremos á Madrid, á desmentirlo.

—Volveremos, y volverá Paco. Y dirán las gentes: «ya están de vuelta los tórtolos...» Nadie creerá que no ha pasado lo que todos han creído. A tus protestas, á tus gritos, dirán «el pobre padre, ¿qué ha de hacer?...» Y siempre más... siempre más, piénsalo bien, en cualquier sitio adonde yo vaya, habrá una voz que diga más alto ó más bajo: «ésa se escapó con un novio...» ¡Ah, no, papá!... ni la exaltación de tu cariño, ni lo sagrado de tu autoridad pueden valerte para que en justicia me impongas semejante sacrificio. Yo he de ser esposa de Paco Dulce; ya es ley fatal que á ningún precio se puede eludir.

—¿Qué quieres, pues, hija, Blanca mía?... exclamó don Roque abrumado.

—Que me lleves á Madrid á casarme con ese hombre.

—¿Y tu dicha?

—¿Y mi honra?

Padre é hija guardaron silencio, mirándose algunos segundos frente á frente como dos adversarios. Blanca se sorprendió á sí misma en aquella actitud, y se sintió el alma dañada.

—¡Llévame! pronunció con voz suplicante, ciñendo con los brazos el cuello del anciano.

—¿Y tu dicha?... repitió este último, besándola en la frente.

La niña respondió con acento firme:

—En mi dicha no hay que pensar. Aunque vaya á perderla para siempre, puesto que así

lo supones tú... aunque vaya á perderla para siempre, hemos de resignarnos. No hay más remedio, papá: mi dicha por mi honra.

Don Roque sintió caer sobre sus ideas y sentimientos la pesadumbre de las razones que Blanca aducía. En efecto, no era lícito al anciano imponer á su hija la resignación ó la indiferencia ante el vilipendio que había de acompañarla. Él, sí; él se sentía valeroso para afrontar las consecuencias todas de la infame patraña; pero él no veía á su hija afrentada, constábale que la honra y el recato de ésta se mantenían ilesos, y en cambio miraba destruida su felicidad, seguro é irremediable el infortunio. Tal manera de pensar era una excepción en medio del concepto general; el padre amante, previsor, iluminado por los fulgores de su cariño, hallábase solo delante de la hija fanatizada y de la opinión del mundo sorprendida. El banquero reconoció que en ese estado no le asistía el derecho de hacerse fuerte; su hija le hablaba en nombre de su propia estimación, y en ésta ni aun á la providencia de un padre le era dado intervenir de una manera absoluta. Había llegado, pues, el momento de ceder, de sufrir el asalto, de franquear al enemigo la entrada en la fortaleza que había ganado á traición.

—¿Estás resuelta? preguntó el anciano, oprimiendo dulcemente á su hija sobre el pecho.

—Resuelta, papá.

—¡Piensa en tu dicha!

—Salvo mi honra.

—¡Está bien! repuso el padre todavía brioso, recobrando el tesón y descubriéndolo en su frase. ¡Está muy bien! Te volveré á Madrid, te entregaré á ese hombre, serás su esposa. De este modo atiendes tú á la salvación de tu honra... En cuanto á tu felicidad... no podré yo salvarla toda, ¡no! ¡no podré!... Pero alguna parte de ella he de poner á salvo.

XXVI

LOS MILLONES EN SALVO

La parte que don Roque se proponía salvar, de la dicha venidera de Blanca, era su fortuna.

El banquero sentíase morir; dábale clara cuenta de que el esfuerzo de ánimo con que podía amparar á su hija contra los sinsabores que el porvenir le guardaba, pronto había de descaecer, y aún se profetizaba á sí mismo la muerte en un plazo más ó menos sostenido, pero siempre escaso para lo que exigiría la defensa de la víctima entregada á los desafueros de un marido egoísta y villano. Con esta lucidez que le ayudaba á estimar con tanta exactitud su estado, comprendía también Bermúdez cuál habría de ser la suerte que corriera su fortuna, el día que, faltando él, se apoderase Paco de los millones, tras de los cuales iba lanzado su sórdido apetito. No era dudoso el vaticinio: aquel disipador corrompido devastaría en poco tiempo el campo florido que cultivó don Roque para Blanca, y ésta se vería arrastrada al afrentoso desvalimiento de la miseria engendrada por el vicio.

¡Imposible! Eso no había de poder ser. Había que ocultar los millones; había que ponerlos á salvo. Él se los robaría al mismo ladrón que ya pensaba tenerlos en sus manos. Él guardaría el caudal de modo que estuviese á cubierto de la voracidad y de los desmanes del rufián hambriento.

A eso se apercibió desde el instante en que, rendido á la voluntad de Blanca, ya tuvo el funesto matrimonio por cosa inevitable. Dejó á su hija en la biblioteca, y salióse al parque del castillo á discurrir sobre los medios de realizar su proyecto. Importaba que éste se cumpliera brevisísimamente y en el secreto más riguroso. Las circunstancias estrechaban. ¿Cómo alcanzar la ocultación de aquella fortuna opulenta? ¿cómo hacer que desapareciese de modo súbito el caudal conocido, envidiado, objeto de los cálculos y ponderaciones del mundo, el patrimonio de bienes manifiestos, el capital impuesto en cajas, bancos y toda suerte de instituciones de crédito y especulación?

El banquero iba ensimismado recorriendo los senderos del parque sin verdores y sin sombras, pisando la hojarasca que los cierzos del invierno derribaban y esparcían. Al calor tibio del sol de Diciembre caminaba lentamente, daba vueltas en torno de los viejos muros del castillo. Parábase á la sombra de los torreones aquel millonario abstraído en el problema de hacer desaparecer la riqueza que había reunido á costa de cavilaciones, tal vez menos difíciles que las que en aquellos instantes oprimían y torturaban su pensamiento.

Pero el discurso habituado á la labor de hilar cálculos y tejer combinaciones, llegó finalmente á la solución que perseguía. Ayudaba á Bermúdez en su porfía un sentimiento oculto, confundido con el anhelo de padre; ese sentimiento era el de la venganza contra Paco Dulce, á quien el anciano defraudaba malográndole el fruto de tanta vileza y tanta tropelía. La idea de burlar al malandrín, despertaba en el viejo un ansia viva con una esperanza de profundo y voluptuoso placer. Movidó por ese afán, más acaso que por la solicitud amante en pro de su hija, consiguió resolver en su mente el problema en que la traía ocupada. Sí; la combinación era segura. El banquero dió aún alrededor del castillo algunas vueltas, saboreando el éxito que su plan le prometía. Dibujábase en su semblante una intensa sonrisa, expresión transparente de un complacido encono. ¡Ah! el castigo sería cruel, la venganza haría brotar sangre.

Sólo necesitaba don Roque, para la seguridad de su proyecto, el auxilio de un hombre fiel, y ese hombre le tenía en el dueño del castillo, el barón de Fermina, su huésped, que era un caballero. En su busca fuése Bermúdez.

El barón estaba en la armería, clasificando unas armas viejas, dardos y hachas de la edad de piedra, rodeado de panoplias y en compañía de maniqués armados de punta en blanco. Suspendió la gustosa tarea al ver que entraba el banquero, y concedió á éste la grave atención que entraba reclamándole.

Toda una confidencia; una revelación larga, detenida, llena de sorpresas para el prócer que escuchaba y de amargos desahogos para el padre triste é irritado que la hacía. Los amores funestos de la muchacha, la codicia torpe del seductor villano, la lucha, las conspiraciones, los riesgos, las heridas en el alma, la muerte en el corazón, la derrota, la boda próxima é inevitable, y finalmente, el proyecto de salvación y castigo á la vez, para cuyo cumplimiento necesitaba el viejo opulento la fe del noble anticuario.

—Voy á dejar en poder de usted toda mi fortuna. Saldré de aquí hecho un pobre en la apariencia. Guárdeme usted, barón, sin más garantía que su lealtad honrada..., tampoco mi idea consiente otra..., guárdeme mi fortuna á cubierto de los asaltos de ese miserable que quiere saquearla, y de esta manera salvo lo único que puedo salvar del porvenir de mi hija. Es necesario, barón; reciba usted ese depósito. Procuraré aliviarle pronto de él; yo he de arbitrar otros medios para que mi fortuna no se pierda en derroches vergonzosos, reduciendo á mi hija al vilipendio de una miseria ocasionada por los vicios de su marido. Pero ahora, por el momento, no existe otra forma de defensa. Yo he de llegar á Madrid, en disposición que no pueda ser robado; mis energías se acaban, lo estoy sintiendo... yo me muero, barón; traigo aquí, en el pecho, la enfermedad que labra, que va minando, y sospecho que el golpe último, el que me derribe en la cama ó en la sepultura, puede venir de un momento á otro. Pues bien, si eso acontece, yo no quiero que la dote de mi Blanca quede expuesta al pillaje. Usted, barón, amigo mío, la custodiará; sea mi heredero de confianza. Ya sabe usted que lo que recibe es el patrimonio de mi hija; si yo fallezco antes de disponerle otra salvaguardia, usted se lo restituirá, pero teniendo presente siempre que ha de servir para su dicha y su decoro, que no ha de poder arruinarlo el canalla que lo apetece para sus disipaciones.

El hombre bien nacido comprende sin extrañezas rasgos como el que don Roque Bermúdez ejecutaba, y el barón de Fermina, que era un hidalgo por su nacimiento y por su educación, no opuso resistencia ninguna al propósito de su amigo. Aceptó sin aspavientos. La confianza no le asombraba; juzgábase acreedor á ella. El sentimiento inspirador de aquel acto, se lo

explicaba su nobleza. Lo radical y fiero de la resolución complaciale, porque la dignidad es propia admiradora del valor.

Las observaciones que se le sugirieran, únicamente hacían referencia á la posibilidad de cumplir lo que el banquero había trazado.

—Pero ¿será eso factible, querido Bermúdez?... La gran riqueza de usted es notoria; sus fincas todo el mundo las señala; sus fondos están calculados; de sus rentas y negocios llevan la cuenta todos los tenedores de libros de Madrid, ¿cómo ocultar en un momento y con seguridad todo eso?... Yo no estoy fuerte en puntos de derecho, pero creo que las leyes de nuestro país no permiten á usted deshacerse en daño de su heredera forzosa, más que de la tercera parte de sus bienes. Desheredar á su hija, sobre que no querrá usted hacerlo, tampoco podría, puesto que, según también entiendo, no nos está permitido desheredar sin causa á nuestros sucesores legítimos, y el matrimonio á disgusto del padre, y aún contra su voluntad, no es causa legal de desheredación.

—Todo eso he tenido ante mis ojos al meditar mi proyecto; y asimismo que ni siquiera por donación me es lícito despojarme en vida de lo que ha de pertenecer á mi hija después de mi muerte. ¡Oh! no he perdido de vista nada de lo que importa. El baratero utilizaría su título de marido para reclamar contra todo lo anulable. Los pícaros saben de leyes.

—¿Cuál es, entonces, el camino?

—Óigalo usted, dijo el anciano, con el tono seguro del negociante experimentado. Si no me está permitido salvar la dote de mi hija ni por una desheredación aparente en mi testamento, ni por una donación en vida, conservo, sin embargo, íntegra la libertad de poseer mis bienes y administrarlos; conservo, pues, la libertad de arruinarme. Nadie me impide haberme metido en uno ó en varios negocios, cuya explicación no he de dar, en los cuales haya perdido todo mi haber.

—Eso es exacto, observó el de Fermina convencido.

—¿Ve usted cómo existe un camino? Después de haber cavilado tanto durante mi existencia para ganar esos millones desdichados que tengo, ¿no me había de servir la misma cabeza para soltarlos donde me pluguiera?... Ahí está, pues, el recurso, querido barón.

—Veamos el ardid.

—Yo me he arruinado; nadie puede preguntarme cómo. Y en los inmensos desembolsos que he tenido que hacer, usted me ha valido otorgándome préstamos igualmente considerables. Toda mi hacienda le está á usted obligada, y hoy que procedemos á nuestra liquidación, he de pagar á usted, entregándole mis fondos, mi cartera, mis fincas, con lo cual se declara usted satisfecho y á mí me hace quito. El notario que más cerca tengamos otorga mañana la escritura, y yo me presento en Madrid pobre y desnudo á asestar á ese cazador de millones la puñalada más fiera que nunca se dió á un malhechor. ¿Le parece á usted bien?

—Bien me parece... por el pronto, como usted ha dicho. Pero dése prisa en poner su fortuna á mejor recaudo. Yo también puedo morirme, y entonces sí que sería verdadera la ruina que ahora sólo es simulada.

De acuerdo el banquero y el anticuario, llevóse rápidamente á la práctica lo convenido. El notario de Perales de Tajuña subió aquel mismo día al castillo, recibió los datos para la otorgación, instalóse en una habitación reservada, puso activamente manos á la obra, y á la mañana siguiente, siendo testigos los dos amanuenses de la notaría, quedó firmada la escritura por la cual don Roque entregaba al barón toda su hacienda en pago y liquidación de deudas.

Por la noche el banquero y su hija volvieron á tomar el camino de Madrid, llegando por la mañana al hotel de la calle de Alcalá, donde la setentona Pepita adquirió las nuevas de cercana boda que corrió jubilosa á poner en conocimiento del heredero de los Dulce.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

UNA SENTENCIA EN EL ORIENTE

CUADRO DE CHLEBOWSKY

¡Triste condición la que tiene la mujer en el Oriente, en aquellos países en los cuales no reinan las máximas salvadoras del Evangelio! De su inteligencia y de su corazón no se hace el menor caso: sólo se aprecia su belleza física, que pasa presto con los años, dejando después solamente arrugas y fealdad. El despotismo más horrible pesa por añadidura sobre las mujeres orientales. Para ellas no hay justicia, no existe amparo alguno. El tirano señor que las posee es dueño de su voluntad y de su vida, y con frecuencia pagan con ésta la menor sospecha, originada por la pasión de los celos, que tan terribles estragos ha hecho y está haciendo en los pechos de los hombres de las razas asiáticas, singularmente de los que siguen las doctrinas de Mahoma. En estas ideas se inspira el cuadro del pintor ruso Chlebowsky que reproducimos en este número. Es una escena que tiene el colorido oriental más acabado, con el fondo arquitectónico arábigo, la mujer tendida en el lecho, el esbirro que se adelanta quedo para matarla, y los que en la penumbra aguardan silenciosos también para cumplir hasta el último punto las órdenes de su amo. Sospechó éste de la fidelidad de la hermosa mujer y los celos le movieron a vengarse, encargando a sus gentes que espíasen el momento de estar la infeliz durmiendo para hundir el puñal en su pecho, y arrojar luego su cadáver, caliente aún, envuelto en burdo saco, al río ó al mar, á fin de que quede oculta la venganza que por tal manera resulta más misteriosa. Repetidas veces se han ejecutado en el Oriente sentencias iguales á la pintada por el mencionado artista, con la circunstancia además de que en algunos casos la ira del señor alcanza hasta á las esclavas y criadas de la mujer odiada, las cuales pagan igualmente con su vida el delito, casi siempre soñado, de su desdichada ama.

RECuento DE CAJA

CUADRO DE FERNANDO KELLER

No les ha ido mal la jornada á los músicos ambulantes de nuestro cuadro. Una á una van sonando las monedas que han recogido y que los dos contemplan con íntima alegría. La caja ha respondido al trabajo de los pobres artistas, quienes de este modo podrán confortar sus míseros cuerpos y tocar al día siguiente con más ánimo las tocatas de su repertorio. ¡Triste vida la de esos pobres músicos! Ateridos de frío muchas veces, con los pies en el barro y en el agua, han de estarse horas y más horas arrancando al violín y al violoncelo notas regocijadas muchas veces que se hallan en oposición completa con el estado de su ánimo. Menos mal si los caritativos viandantes, al oír los sonos lastimeros de sus instrumentos, lastimeros aun cuando toquen aires alegres, echan mano al bolsillo y sueltan unas moneditas de cobre, según ocurrió el día en que se hizo el *Recuento de caja* tan hábilmente pintado por el artista Fernando Keller. Diestro observador éste de los tipos populares en Alemania, sacó del natural los dos músicos y los puso en el lienzo con la verdad y la expresión que admirarán nuestros lectores. Las dos figuras tienen una vida que encanta, sobresaliendo acaso la del violinista, que contempla sonriente á su camarada contando y haciendo trincar las monedas.

TUAREGS MEDITANDO UN ASALTO

Pueblan el África numerosas razas, todas en general de instintos belicosos. Junto al famoso desierto de Sahara hallanse algunas que en lo crueles pueden parangonarse con los beduinos, á quienes también se asemejan por el instinto del robo. ¡Ay de la caravana á la que ellos atisban, porque de seguro serán robadas las mercancías que transporte y acaso degollados los mercaderes y esclavos que vayan acompañándolas! Divídense los tuaregs en dos grupos; los del Norte y los del Sur. Son los primeros más guerreros que los segundos y establecen sus moradas entre peñascos, á manera de pequeñas fortalezas. Los del Sur viven en los llanos y han adquirido la jovialidad de los negros, con quienes moran en continuas relaciones. Los tuaregs son altos y sus formas quizás las más correctas entre los pueblos que viven en el continente africano. Siguen el islamismo y en varias partes del cuerpo se cuelgan amuletos y bolsitas con fragmentos del Alcorán. Según la tribu usan el traje. En unas los llevan ajustados y cortos dejando el talle en descubierto; en otras visten túnicas tan holgadas que debajo de ellas ni siquiera se adivina la forma humana. El turbante que se ponen deja en descubierto el mechón de pelo que suelen arreglarse en la coronilla. El chal en que se envuelven les sirve en aquellos calurosos climas sólo para preservar los ojos y la boca del arenoso polvillo del desierto. Estas gentes aparecen pintadas en nuestro grabado. Meditando un asalto las ha representado el artista para dar á conocer una de las más aviesas y más características pasiones de esta raza de hombres.

MUJER KABILA

Retrata este grabado con suma perfección el tipo de la mujer kabila, más hermosa que la mujer árabe y con una distinción de líneas que tiene algo de la belleza peculiar de las andaluzas. Merced á las distintas interpretaciones que se dan al texto alcoránico sobre el vestido femenino, la mujer kabila no se tapa la cara, antes la muestra toda, dejando ver sus rasgos escultóricos. Sin que sea modelo de limpieza, porque ésta no hay que buscarla entre los berberiscos, no es con todo desaseada al punto que lo son las mujeres de diversas tribus árabes, y cambia de vestido con relativa frecuencia para mantener en él cierta limpieza. La mujer kabila tampoco suele estar tan sujeta y metida en casa como la árabe y la turca, sino que, por el contrario, sale de ella repetidamente y va al mercado y allí vende las mercancías como nuestras campesinas y hortelanas. Come con el marido y con la familia, aun cuando hubiere convidados en la casa, señal de la consideración de que goza en el interior del hogar doméstico. El tocado de las mujeres kabilas es una especie de turbante muy sujeto por cuerdas ó cordones que caen al lado acabando en borlas muy prolongadas. Adórnase el cuerpo con joyas de grandes dimensiones y de estilo marcadamente árabe, las cuales tienen incrustadas muchas veces piedras de escaso valor como el coral y la turquesa. Con estos adornos y con una túnica ancha, plegada y sujeta al modo oriental, ofrecen el conjunto artístico que tiene la mujer kabila de nuestro grabado y que es tan del gusto de los pintores.

LA MODA DE PARÍS



Sombrero de la casa Virot

La cuestión de la capa es la que hoy día preocupa especialmente á las señoras.

Las formas y los tejidos adoptados para dicha prenda en este invierno, son muy variados. Con todo, se pueden dividir las capas y abrigos en dos categorías: cortos unos, semilargos los otros. Los primeros son coquetones y muy indicados para las señoritas y las señoras jóvenes. Se hacen de paño ó de terciopelo y con frecuencia de *caracul*, de astracán ó de nutria.

Los faldones tienen á lo sumo quince centímetros y forman ondulaciones alrededor del talle. Hemos visto un lindísimo modelo en este género, hecho de paño verde olivo con forros de nutria, cruzados, dando origen en la espalda á un gran cuello ondulado. Había otro modelo de astracán, cerrado del todo por delante, pudiendo abrirse á voluntad y dejando ver en este caso forros de moaré antiguo. Las vueltas de todas las formas y di-

mensiones están muy en favor y se ponen en los cuerpos, en las chaquetas, en las batas á las que imprimen notable elegancia.

El *Spincer*, que disfruta de una boga reciente, modela el talle y les va bien así á las señoras delgadas como á las que se encuentran metiditas en carnes. Confeccionado en astracán, *caracul* ó nutria con vueltas de zibelina, constituye una prenda excelente para visitas ó paseo.

Por lo que toca á la chaqueta larga es, á nuestro juicio, mucho menos graciosa; usada con la falda redonda divide á la mujer en dos y acorta las piernas, lo cual nada tiene de agradable para la vista. La única forma larga que se presenta bajo un aspecto elegante y bonito, es de estilo Luis XV, con bolsillos, adornos y vueltas bordadas. Las grandes *douillettes* en seda brochada ó terciopelo, las capas y los cuellos se reservan para las salidas en horas de noche y para paseo en carruaje. Se forran por completo de armiño, la piel que reina en esta estación.

¿Qué decir del vestido? Cuantas tentativas se hacen para cambiar la forma de las faldas resultan infructuosas. Las parisienses, tan vivas, jóvenes y gentiles con los vestidos forrados, muy prácticos, que tocan apenas al suelo, no quieren oír hablar, por ahora cuando menos, de plegados ni de doble falda que les molesta. Sólo las formas ahuecadas y los atavíos inspirados en las épocas más galantes, reaparecerán en los vestidos de comida ó de recepción.

Para la calle, la falda acanalada sujetando las caderas será la única admitida. Las modificaciones resaltan en los adornos, pues las faldas irán guarnecidas, más recargadas, de un modo diverso del empleado hasta ahora, lo cual cambiará su aspecto. Los adornos no se colocarán en líneas circulares sino perpendiculares ó según el estilo Luis XVI, en anchas almenas curvilíneas.

M.^{me} Pelletier Vidal, con el exquisito arte que posee de coqueta parisiense, ha imaginado mil encantadores modos de adornar las faldas. Como ejemplo citaremos una linda *toilette* de

baile para una señora joven, en moaré antiguo rosa tornasolado de verde Nilo, bordado de grupos de rosas musgo. El cuerpo con grandes mangas globo, va cruzado por delante y adornado con una berta de punto de Alenzón, sujetada por dos lazos en los hombros y por una pequeña *draperie* de terciopelo rosa pálido que viene á morir por delante en forma de fichú cruzado. La falda tiene un alto volante de punto de Alenzón, dispuesto en almenillas con lazos y guarnición de terciopelo. El punto remonta por el lado y forma como un *peplum* de un efecto muy gracioso.

Al lado de esta preciosa *toilette*, M.^{me} Pelletier Vidal exponía un hermoso vestido para comida en faya suave, de grano grueso, gris plata, adornado en el cuerpo con vueltas de guipure aplicación sobre faya blanca. Un lazo monísimo de muselina de seda y encaje completaba el conjunto muy acertado de este vestido. Otro debe mencionarse de medio luto, confeccionado con moaré antiguo á rayitas blancas: la falda formaba á los lados dos abollados sujetos por lazos negros. El cuerpo con grandes vueltas de moaré blanco se abría sobre un chaleco del mismo tejido, velado con un ligero lazo de muselina de seda.

Así interpretada, es la moda actual muy linda, por más que se diga mal de ella. Comunica á nuestras mujeres la juventud y la belleza y les imprime un encanto que Guerlain se ha encargado de variar á cada momento. En efecto, á casa del eminente perfumista acuden todas las señoras elegantes para completar su *toilette*, y allí van á buscar el instrumento más seguro y más delicioso para la seducción: el perfume.

Impregnada de Jicky, su última invención, ó de *bouquet russe* apropiado, durante los fríos fuertes, para las pieles, no hay mujer que no resulte irresistible. Nadie ha sabido combinar perfumes más suaves para el pañuelo. El *Imperial Russe*, de que Guerlain posee el secreto, es el aroma delicado con que impregnan todas las señoras elegantes las piezas de su vestido, como se complacen en usar para las abluciones el Agua de Colonia rusa que da al cutis un frescor y una suavidad incomparables.



Traje para señora joven en la primera temporada de invierno

Ir por lana y salir trasquilado





HACE algún tiempo que los higienistas han declarado la guerra á los pavimentos de madera, y dan gran número de razones para justificar su hostilidad. En Inglaterra se observa ya una reacción contra el empleo de los pavimentos de madera en las calles estrechas, en los patios de las casas y en las salas de recreo de los colegios. En efecto, humedecida la madera con orines ó simplemente con agua, fermenta y se convierte en sustancia putrescible; en opinión de muchos médicos, el polvo de la madera en las calles de París ha sido causa de un sensible aumento, durante el último verano, de las conjuntivitis y de las enfermedades de garganta.

Hablando de este asunto publica la *City Press*, en uno de sus últimos números, la opinión del doctor Sedgwick Saunders, médico encargado de la salubridad en la ciudad de Londres.

En primer lugar exige el célebre doctor, para el saneamiento de la vía pública, el empleo de los desinfectantes, mezclados en el agua que se usa para el riego en las calles y plazas. Este sistema, que ha dado considerables resultados, tiene por objeto evitar los inconvenientes resultantes de las deyecciones de los animales y de otras materias orgánicas que se depositan en las calles de más tránsito, y, muy particularmente, en los pavimentos de madera, sobre cuya sustancia se adhieren mucho mejor que en otra alguna.

El médico inglés apoya su opinión con algunos ejemplos, y la formula en los siguientes términos: «El pavimento de madera es el sistema de empedrado más antihigiénico que ha podido inventar el hombre.»

Cita luego las grandes vías de Londres en las que deben emplearse los desinfectantes por lo menos dos veces al día, porque tienen el pavimento de madera, y las materias orgánicas se infiltran en las juntas y entran en estado de descomposición, despidiendo, al propio tiempo, malísimo olor.

Termina el doctor Saunders encareciendo muchísimo el empleo del pavimento de asfalto comprimido ó de toda otra materia que sea impermeable, y manifestando la esperanza que le anima de que su opinión prevalecerá muy pronto en bien de la higiene pública.

El *Journal des Transports* da cuenta y hace la descripción de un velocípedo con velas que acaba de ser inventado en América.

Este nuevo aparato consiste en una especie de velocípedo de dos ruedas que dan vueltas sobre un mismo

riel, y una tercera rueda lateral que gira sobre un segundo riel paralelo al primero. Encima de la rueda delantera se levanta un pequeño palo al que se sujeta una vela de 2 metros 15 centímetros de altura.

El aparato puede obtener una velocidad de 29 millas (46 kilómetros) por hora. En él pueden acomodarse dos viajeros, y aun parece que la presencia de un segundo viajero es indispensable, porque el inventor recomienda que si falta este segundo viajero, se ponga lastre equivalente en peso.

Un par de pedales que verifican una transmisión ordinaria permiten mover la máquina si de ello hay necesidad. El modo especial con que está construido, consiente quitar los pedales de modo que el viento sea la única fuerza motriz.

Refiere Valerio Máximo que después de la completa derrota de Asdrubal y de las tropas cartaginesas en Umbría, le participaron á aquel capitán que los galos y los ligures andaban errantes de un punto á otro de la campaña, lejos de aquéllos, sin jefes y sin banderas, de modo que hubiese bastado un puñado de hombres para exterminarlos. — «Respetémosles, dijo; de este modo nuestros enemigos tendrán mensajeros que les comuniquen las noticias de tan gran desastre.»

El papa León X decía que tres cosas traen á un príncipe gloria y felicidad. La una, el consultar las cosas arduas con los amigos prudentes, y ejecutar al punto aquello que se ha deliberado en la consulta: la segunda, no olvidarse nunca de los amigos ausentes; y la tercera, no tener por superflua ninguna sospecha que importe á la vida propia, ó á la quietud de la monarquía.

Despidió uno al sastre y al barbero que le asistían; y preguntándole el motivo, respondió que despedía al sastre porque rapaba mucho, y al barbero porque rapaba poco.

Á un vizcaíno que estaba enfermo, mandóle el médico que tomase unas píldoras, y como tomó una, comenzó á mascarla, y como le amargase, tomó las otras, y metiéndolas en un agujero. Cuando vino el médico, preguntóle si había tomado las píldoras, y el vizcaíno respondió:

—En un agujero tienes, uno comido tienes, no están maduros.

Reñía uno á un estudiante sobrino suyo porque estudiaba mucho: hízole novedad á un amigo suyo, y preguntándole por qué reñía una cosa tan apreciable, le respondió:—Amigo, yo conozco el siglo y puede ser que si estudia sepa que es el modo de no acomodarse en toda su vida.

Un médico encargó á un vizcaíno que estaba enfermo, que guardase la boca; y cuando volvió á visitarle, hallóle con una espada y un broquel puesto en postura. Preguntóle qué hacía, y respondió: — Guardo la boca.

Para hacer el papel incombustible hasta sumergirlo en una fuerte disolución de alumbre, y hacerle secar tomando las precauciones necesarias para que no se rompa. No importa que el papel sea blanco, escrito, ó impreso.

Lejos de alterar el color y la calidad, esta operación contribuye á mejorarlo. Algunos papeles necesitan ser sumergidos dos ó tres veces.

Para conservar los tomates, cójanse bien maduros, lávense y escúrranse; córtense después en pedazos, que se pondrán al fuego en un vaso de cobre bien estañado. Cuando se hayan reducido á una tercera parte de su volumen, pásense por un tamiz para separar las pepitas; póngase otra vez la decocción al fuego y déjese hervir hasta que se haya reducido á dos terceras partes. Enfríense en seguida en barreños de greda, y trasládese á botellas, en las cuales se hará hervir al baño-maría.

La resignación no es lo mismo que la inacción. — BIDPAI.

Envejecer, estar enfermo y morir, he ahí los grandes males de la vida. Las riquezas no pueden procurar el

remedio contra ellos, antes al contrario, acontece á menudo que por ellas se envejece más pronto, se está más veces enfermo, y se llega más pronto á la muerte. — PENSAMIENTO CHINO.

El hombre no tiene más que una lengua, y tiene dos oídos: habla, pues, poco y escucha mucho. — NABI-EFFENDI.

El hombre que desea el absoluto descanso debe ser sordo, ciego y mudo. — HOECK.

El gato es un león cuando apresa un ratón, pero es un ratón cuando combate con una pantera. — SAADI.

Todo árbol tiene su sombra; toda cualidad viene acompañada de un defecto. — PROVERBIO TURCO.

El perfecto perdón no está más que en el olvido de la falta. — PROVERBIO ÁRABE.

Cada día de tu existencia es una hoja de tu historia. — PENSAMIENTO ÁRABE.

Vale más el silencio que la mentira, la pobreza que el tráfico vergonzoso, la soledad de los bosques que el trato con los tontos. — VAN-SHA-TANTRA.

Los hombres prodigan alabanzas al pavo real á causa de los colores y dibujos de su cola, mientras el pavo está avergonzado en secreto de sus horribles patas. — SAADI.

El hombre sensato no debe dar á conocer ni la pérdida de su fortuna, ni sus penas, ni el daño que se le haya hecho, ni sus decepciones, ni sus humillaciones. — HITOPADESA.



LA SIRENA MISTERIOSA

Sin necesidad de recurrir á las supercherías del marino neerlandés que, uniendo las pieles desecadas de una mona y un pescado falsificó una sirena, vendiéndola á buen precio para el museo de Leyde, nosotros crearemos con poco esfuerzo uno de esos extraños seres, dán-

dole toda la belleza que permita nuestra habilidad, y haciendo que nade cual una miss Lurline diminuta, en el interior de un acuario de mesa, llamado vulgarmente botella, llena de vino ó de agua.

Para obtener ese curioso resultado es preciso recortar en una hoja fuerte de papel gelatina la silueta de una verdadera sirena; luego se pinta al óleo con blanco

mezclado de rojo y unos toques de negro; se deja secar; se pega en el extremo de la cola una bolita de lacre para que mantenga la posición horizontal, y se agujerea la cabeza, pasando una seda á través: hecho esto, se ata la seda á un canutillo de pluma bien transparente, cerrado por ambos extremos con cera: en el extremo inferior



se abre un pequeño agujero para dar entrada al líquido y al aire: construido el aparato, se sumerge en una botella, y basta entonces empujar más ó menos con el tapón de corcho para que la sirena, ó lo que se quiera poner en su lugar, baje, suba, nade, se mueva en todas direcciones como una verdadera hija de las aguas. El motivo de ese vaivén está en que, al penetrar el líquido por el orificio del canuto, le da un peso superior al líquido en que se halla, mientras que, suprimiendo la presión del tapón, el aire que contiene el canuto, le permite, por su densidad inferior á la del líquido, remontarse con ligereza.

No es preciso que la figurita sea como la describimos; basta para el caso cualquier cuerpo ligero bien equilibrado y de la forma que se quiera: el quid del aparato está en el canutillo, al que sirve de lastre nuestra sirena. —JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A las charadas:

1.^a LO-RE-NA

2.^a ZA-MO-RA

Al rompe-cabezas:

TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR

CHARADA

En el *todo* está la rana,
ésta no tiene *una tres*;
y la *dos primera* es
pasión grosera y mal sana.

PATÍN.

CHARADA-LOGOGRIFO

Cuando me mira el curioso
dice, aunque esté disgustado,
mi nombre, y está probado
que ha de parecer gozoso.
Es de un curso caudaloso
rápido, ó lento, ó mezquino;
de los altos montes vino
para perderse en el mar
y aunque se ponga á llorar
halla alegre su destino.

PATIOS.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 3 4 5 6 7
1 6 4 5 3 5
1 3 6 5 3
7 5 6 7
5 4 7
5 7
3

COMBINACIÓN

B . . .
A . . .
R . . .
C . . .
E . . .
L . . .
O . . .
N . . .
A . . .

1.^a línea nombre de varón;
2.^a, calle de Barcelona; 3.^a,
percance; 4.^a, entre rivales;
5.^a, entre zarzuelas; 6.^a, nota
musical; 7.^a, vocal.

JULIO MANTICÓ.

Sustituir los puntos con le-
tras, de modo que, leída hori-
zontalmente, dé cada línea el
nombre de un pueblo de la pro-
vincia de Barcelona.

LOIS RIBÉ, de Reus.

PROBLEMA



¿Cómo se pueden sacar
de este triángulo seis?
El *quid* está en el cortar,
mas todos han de guardar
la forma de ese que veis.

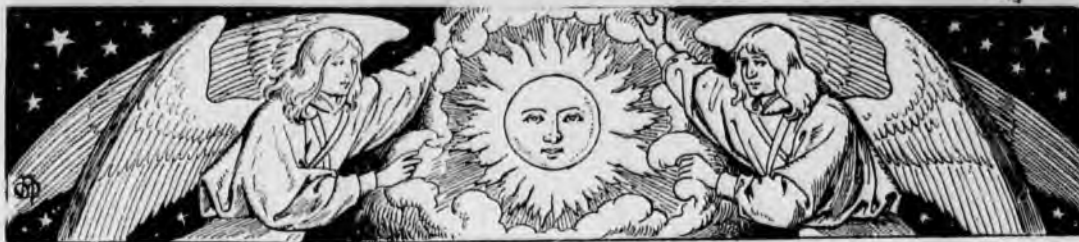
ANGEL SUERO.



LA VIRGEN, EL NIÑO JESÚS Y SAN JUAN. — CUADRO DE G. BOUGUEREAU



LA VIRGEN, EL NIÑO JESÚS Y SAN JUAN. — CUADRO DE G. BOUGUEREAU



CUENTOS DE NAVIDAD

UNA NOCHE BUENA EN EL MARAIS

EL señor Majesté, fabricante de agua de Seltz en el Marais, que había asistido á una modesta cena en casa de unos amigos de la Place Royal, regresaba á su domicilio canturreando.

—Dan las dos en Saint-Paul. ¡Qué tarde es! dijo para sí el buen hombre apresurando el paso.

El empedrado está resbaladizo, las calles oscuras, y además en aquel dichoso barrio antiguo, que data del tiempo en que los carruajes eran muy raros, hay gran número de vueltas y revueltas y piedras salientes, delante de las puertas, para uso de los jinetes. Todo esto impide ir de prisa, sobre todo cuando se tienen ya un poco pesadas las piernas y se siente cierta fatiga en los ojos á causa de los brindis de la cena... Llega por fin el señor Majesté á su casa, deteniéndose junto á su portalón adornado, donde á la luz de la luna brilla un escudo de armas dorado de nuevo y con blasones antiguos repintados con los que ha formado su marca de fábrica:

HOTEL (ANTES) DE NESMOND

MAJESTÉ MENOR

FABRICANTE DE AGUA DE SELTZ

En todos los sifones de la fábrica, en las facturas de la casa y en los membretes de las cartas aparecen resplandecientes los antiguos cuarteles de los Nesmond.

Después de la puerta de entrada viene el patio, un anchuroso patio ventilado y claro, que al abrirse durante el día da luz á toda la calle. En el fondo se ve un gran edificio muy antiguo, de ennegrecidas paredes, con muchos adornos y labores, balcones de hierro redondos, balcones con balaustres de piedra, inmensas ventanas muy altas, coronadas por frontones y capiteles que se elevan hasta los altísimos pisos, otros tantos aleritos dentro del alero general, y por fin en la armadura de la techumbre, entre las pizarras, las lumbreras de las buhardillas, redondas, elegantes y rodeadas de guirnaldas como el marco de un espejo. Luego la gran escalinata de piedra corroida, verdosa por la lluvia, y otra raquítica trepando por las paredes, tan negra y tan retorcida como la cuerda que pende balanceándose desde la garrucha del granero; en

conjunto, cierto grandioso aspecto de vetustez y de tristeza... Tal es el antiguo palacio de Nesmond.

En pleno día no parece el mismo palacio. Por todas partes relumbran con letras de oro las palabras *Caja*, *Almacenes*, *Entrada á los Talleres*, dando vida, rejuveneciendo aquellos viejos muros. Los camiones del ferrocarril hacen retemblar la puerta de entrada: los dependientes, con la pluma detrás de la oreja, salen á la escalinata para hacerse cargo de las mercaderías. El patio está lleno de cajas, cestos, paja y telas para embalajes, y todo allí tiene la fisonomía peculiar de la fábrica... Pero el gran silencio de la noche, y sobre todo en aquella luna de invierno que arroja y mezcla sombras entre la espesura de aleros complicados, la antigua casa de los Nesmond recobra aires señoriles. Los balcones parecen de encaje, el patio de honor más grande y la vieja escalinata iluminada por tragaluces desiguales como que presenta escondrijos de catedral, con nichos vacíos y gradas ruinosas semejantes á altares.

Esta noche, en particular, el señor Majesté encuentra que su casa presenta un aspecto singularmente grandioso. Al atravesar el desierto patio el ruido de sus propias pisadas le impresiona. La escalera le parece inmensa y muy pesada de subir. Sin duda consistirá en la cena... Al llegar al primer piso detiéndose para tomar aliento y se acerca á la ventana. ¡Lo que es vivir en una casa histórica! Por fortuna el señor Majesté no es poeta; y sin embargo, al mirar aquel inmenso patio aristocrático donde la luna extiende una sábana de luz azulada, aquella vetusta residencia de gran señor que parece dormida, con sus aleros cubiertos con gorros de nieve, le asaltan ideas del otro mundo:

—¡Hum!... ¡Si apareciesen los Nesmond!...

En este momento suena un gran campanillazo. La puerta se abre de par en par con tal rapidez é ímpetu que se apaga el farol y por espacio de algunos minutos prodúcese entre la sombra de la puerta un ruido confuso de roce de telas y de cuchicheos. Disputan, pugnan por entrar. Criados, muchos criados, carrozas con cristales que reflejan la luz de la luna, sillas de manos balanceándose entre dos antorchas que se avivan con la corriente de aire del portallón. En un instante queda el patio invadido, pero al pie de la escalinata cesa la confusión. De los carruajes apéanse personas que se saludan y entran charlando como si conocieran la casa, y en la escalinata no cesa un punto el continuo ruido de sedas y espadas. Sólo se ven cabelleras blancas y empolvadas; sólo se oyen vocecitas agudas algo temblonas, risitas algo destempladas y pasos menudos. Todas aquellas gentes parecen viejas, muy viejas; tienen los ojos empañados, las joyas descuidadas, antiguos brocados de seda de suaves matices y de cambiantes que á la luz de las antorchas brillan con reflejos pálidos. Sobre todo esto flota una neblina de polvos que las pelucas, ensortijadas en tirabuzones, despiden á cada una de las graciosas reverencias algo tiesas á causa de las espadas y de los trajes que lucen aquellos personajes... Pronto la casa entera presenta un aspecto de la vida de sociedad íntima. De ventana en ventana lucen las antorchas, suben y bajan por las revueltas de la escalera y hasta los tragaluces de las buhardillas se ven con su chispa de luz en señal de fiesta y alegría. Iluminase todo el palacio de Nesmond como si los vivos rayos del sol poniente se reflejaran en los cristales.

—¡Ah! ¡Dios mío!... ¡van á prender fuego!... exclama para sí el señor Majesté.

Y saliendo de su estupor trata de sacudir el entumecimiento de sus piernas y baja apresuradamente al patio en donde los lacayos acaban de encender una gran hoguera. El señor Majesté se aproxima á ellos y les habla, pero los lacayos no le contestan y continúan hablando entre sí, sin que entre la glacial oscuridad de la noche se vea salir de su boca la más pequeña corriente de vapor. El señor Majesté no está á su gusto, pero una cosa le tranquiliza. Aquella gran hoguera cuyas llamas suben tan altas y tan derechas es un fuego singular, una lumbre sin calor que luce y no quema. Algo más tranquilo ya, sube el buen señor la escalinata y penetra en los almacenes.

Estos almacenes de planta baja debían ser antaño unos magníficos salones de recepción.

En todos los ángulos lucen aún fragmentos de oro deslucido. Pinturas mitológicas adornan el techo, rodean los espejos y flotan sobre las puertas vagos matices un poco empañados como el recuerdo de los años transcurridos. Por desgracia allí no hay cortinajes ni muebles y no se ven más que cestos, grandes cajas llenas de sifones con embocaduras de estaño y las ramas secas de un viejo arbusto suben oscuras por detrás de los cristales. Al entrar el señor Majesté se encuentra los almacenes llenos de luz y gente. Saluda á todos, pero nadie se fija en él. Las mujeres, del brazo de sus cortejantes, continúan haciendo arrumacos ceremoniosos envueltas en sus sedosos trajes. Pasean, charlan, se dispersan. No parece sino que aquellos señorones están en sus propias casas. Una pequeña sombra se detiene temblando ante un entrepaño pintado y exclama:

—¿Quién dirá que yo soy esa?

Y contempla sonriendo una Diana esbelta y sonrosada que con una media luna en la frente se destaca sobre el entarimado.

—¡Nesmond, vén á ver tus armas!

Y todos se echan á reír al ver el blasón de los Nesmond estampado en una tela para empaquetar.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Majesté!... ¿Todavía hay majestades en Francia?

Y todo son burlas, sucediéndose unas á otras, risitas aflautadas, dedos que apuntan al aire, bocas que hacen melindres...

De pronto grita uno de los concurrentes:

—¡Champagne! ¡Champagne!

—¡No lo es!...

—Sí, lo es... Sí, es Champagne... Vamos, condesa, cenemos al punto.

Han tomado por Champagne el agua de Seltz del señor Majesté. Lo encuentran un poco flojo; pero ¡bah! se lo beben, y como aquellos fantasmillas no tienen muy sólida la cabeza, poco á poco la espuma del agua de Seltz les anima, les excita, les da ganas de bailar. Organizanse minués. Cuatro violines que Nesmond hizo venir comienzan un aire de Rameau, todo él en tresillos, dulce y melancólico, dentro de su misma vivacidad. Es de ver cómo giran con lentitud y saludan á compás todas aquellas antiguas bellezas. Sus adornos y atavíos, las chupas de oro, las casacas bordadas, los zapatos con hebillas de diamantes, todo parece rejuvenecido; los mismos plafones parecen revivir al escuchar los antiguos aires. El vetusto espejo, sujeto en la pared doscientos años há, también los reconoce, y deslucido, negro en los ángulos como se encuentra, brilla suavemente y envía su imagen á los que bailan, imagen algo borrosa y como enternecida por un penoso recuerdo. Rodeado de tantas elegancias el señor Majesté se siente molesto y se ha escondido detrás de un cajón desde donde mira todo aquello...

Poco á poco empieza á amanecer. Por las puertas vidrieras de los almacenes se percibe ya la blancura del patio, luego lo alto de las ventanas, por fin todo el lado del salón. Al poco rato el señor Majesté no ve más que dos de los violinistas retrasados que se evaporan al tocarles la claridad del alba. En el patio advierte todavía, aunque muy vaga, la forma de una silla de manos, una cabeza empolvada y con estrellas de esmeraldas, las últimas chispas de una antorcha que un lacayo tira al suelo, las cuales se mezclan con las que hacen saltar las ruedas de un vehículo de transporte que penetra con gran estrépito en el patio por la gran puerta de entrada.

ALFONSO DAUDET.



MUJER

(CONCLUSIÓN)

VIII

ENVIADA la carta, Alfonso sintióse regocijado y dolorido á la vez: respiró primero ruidosamente; luego, opresión inexplicable le apretó el pecho y los pulmones. Como subía la escalerita que conducía á las habitaciones de su mujer, atribuyó al sobrealiento aquel singular ahogo.

Ni en el saloncito ni en el gabinete estaba Ana. Tampoco la encontró en la gran alcoba, ni en el cuarto tocador. Ocurriósele entonces que podría estar en un aposento espacioso, con vistas al patio, donde la señora de la Cueva tenía algunos libros, estantes, plantas, flores, un costurero incrustado de nácar. Era aquella habitación, para Ana, especie de retiro, al cual cada día agregaba algún mueble á su gusto, algún armario cómodo, algo que no tenía cabida en las demás. Alfonso entraba rarísima vez allí, y advirtió una gran emoción, casi un sacudimiento, cuando al empujar súbitamente la puerta sorprendió á Ana arrodillada ante un reclinatorio, oculta la cabeza en las manos, en actitud de anonadada plegaria; y al incorporarse la señora, vió sus mejillas encendidas como de haber llorado mucho, y su cara descompuesta por el espanto.

Fué Alfonso derecho á su esposa, y tomándola en brazos tiernamente, con risa húmeda de gozo, con esa efusión del hombre que sabe y siente que por él solo ha implorado la mujer á su Dios, la dijo muy quedo, al oído casi:

—Ea, á serenarse, á no lloriquear, á pensar en el almuerzo... Ya se acabaron los sustos. Todo arreglado...

Y como la dama le mirase fijamente, atónita, sin comprender:

—Arreglado... á satisfacción, sin tropellías... sin paseito al terreno... ¿No entiendes? ¡Tontina! Que ya no se bate Fonso... tu Fonso, el Fonso de Nitís la fea...

En vez de abandonarse al abrazo conyugal, Ana se enderezó rígida, y haciéndose un poco atrás, apoyando las palmas en los hombros de la Cueva, preguntó ansiosamente:

—Pero... ¿qué? ¿cómo? No entiendo... Haz el favor de explicarme bien... ¿Que no hay lance? ¿Es eso?

—Eso es.

—Y... ¿cómo puede no haberlo? insistió Ana sin reflexionar lo que decía, notando que se alteraba su voz al formular la pregunta.

—Hija... articuló Alfonso con extrañeza, porque... porque las cosas... se han presentado bien, y Ramiro...

—Ramiro... ¿qué?

—¡Ha... dado... explicaciones!

—¿Explicaciones? ¿Qué explicaciones? ¿A quién?

—¡Voto á cribas! exclamó él ya más alterado que confuso. ¿A quién había de ser, hija del alma? A mis padrinos, por medio de los suyos.

—Pues aún no lo entiendo, declaró Ana enérgicamente, ya plantada fuera del círculo de los brazos de su esposo.

—Naturalmente que tú no has de entender estas cosas de duelos, hijita; ¡bueno fuera que las entendieses! Por lo mismo, cuando yo te digo que el asunto se arregla, me parece que no hay razón para que te asombres de ese modo. Hasta lo encuentro... ¿sabes tú? un poquitillo feo: cualquiera pensaría que deseabas verme... ir... al terreno... á que...

Tan pronto como hubo dicho Alfonso, con risa amarga, estas palabras antipáticas y mezquinas, pesóle de ellas, y diera gustoso algo bueno por no haberlas pronunciado. Vió que, al encendimiento causado por las lágrimas, sustituía repentina palidez, y que Ana, sin desplegar los labios, le hincaba en la conciencia un mirar escrutador, fijo, hondo, elocuente, terrible. Bajo aquel mirar, Alfonso se sintió tan cohibido como aquel á quien desnudan y obligan á descubrir y patentizar la fealdad de su cuerpo, que antes ocultaba la ropa. ¡Horrible caso! Ana le veía la vergonzosa lacra, la parálisis de la voluntad, mutilada y sin alientos para la acción reparadora! Y mientras su mujer, antes sofocada, palidecía, Alfonso, inmóvil, sentíase enrojecer hasta la frente, como si le sumergiesen poco á poco en un baño de agua hirviendo. Y el silencio se prolongaba, penoso, abrumador, cargado de pensamientos y de revelaciones, sin que Ana rompiese á hablar, sin que Alfonso se atreviese á articular una sílaba.

Por fin él fué quien quebrantó, torpe y balbuciente, el doloroso mutismo. Según práctica general de los que no pueden defenderse con razones, acudió á las obras, y se acercó á Ana demostrando cariño y rodeándole el talle para atraerla á sí, mientras murmuraba:

—Vamos, hija... perdona... Me has sacado de mis casillas... Está uno nervioso... y tampoco se puede negar que las señoras mujeres sois bien raras! Te me pasas la noche sin dormir y la mañana afligiéndote; te encuentro hecha una Magdalenita, pidiendo á todos los santos que no le suceda nada á tu niño... y vengo á enterarte de que nada le pasará, y me recibes como á un perro! El diablo que os entienda... ¿Qué, ya no me quieres? Se me figura que te apartas...

—No, respondió ella, que en efecto se apartaba; hijo, es que estoy así... sobrecogida... Déjame un poco... ¿eh? necesito reponerme...

—¿Ahora me echas? ¡Eso faltaba!

—¿Echarte? ¡Qué cosas dices! Quédate si quieres...

—¡Si quieres tú... sí que me quedaré!

—A la verdad... me duele la cabeza de un modo espantoso: tengo un jaquecón... No vale nada, ya pasará... pero voy á echarme y á cerrar las ventanas... Acaso sea falta de sueño.

Y saliendo del cuarto, Ana se dirigió á su dormitorio. Alfonso la seguía; pero la señora iba tan aprisa, que cuando el esposo llegó á la puerta sintió el ruido del pasador que corrían por dentro. Dudó la Cueva si debía ó no respetar la consigna: por último, suspirando, bajó la escalera lentamente, esperanzado en que á la hora del almuerzo se reuniría con su mujer. No obstante, cuando sonó tan apetecida hora, y Alfonso, de pie ante la coquetona mesita que alegraba un macizo de violetas y rosas tardías, y donde sonreía en el cristal el claro sol de invierno, esperaba á Ana para sentarse y honrar la tortilla francesa y los riñones al Jerez, el criado de comedor se le acercó, y cuchicheó con cierto misterio:

—De parte de la señora, que almuerce el señor, que la señora no puede bajar: está descansando.

Alfonso calló y apenas tocó á los platos que le sirvieron. Era la primera vez, desde su casamiento, que almorzaba solo. Algo duro le apretaba la garganta, y el comedorcito, tan gracioso, tan lleno ya de memorias, tibio aún por los efluvios del amor que poblaban su ambiente, se le figuraba una tumba. Levantóse antes del café, y se retiró á su despacho.

Las horas pasaban con lentitud insufrible, sin que ningún ruido animase los ámbitos del hotel. Alfonso, encendiendo cigarro tras cigarro, ya paseaba, ya quería abrir un libro ó un periódico; ya se apoyaba de codos en la ventana, ya mudaba de sitio un cacharro, un bronce, una silla. Sus paseos acababan siempre al pie de la escalera interior, de caracol, cuyos peldaños encerados solían crujir bajo el noble peso del cuerpo de Ana, cuando bajaba á sorprender á su marido, á revolverle el despacho, á traerle la alegría y el mimo de su ternura juvenil. La escalera también permaneció muda: ningún rumor salía del piso alto.

A cosa de las tres y media, hizose tétrica ya para Alfonso la espera y la soledad. Llamó al timbre y mandó que se le dijese á la señora que ya era hora de paseo, que pronto estaría lista la berlina, que la tarde era magnífica, que no tendrían frío, que se abrigase, sin embargo... El criado volvió de allí á poco, entre malicioso y cariacontecido: no se podía pasar el recado, porque era orden expresa de la señora que la dejasen reposar... El marido miró hacia la escalera, y un momento pensó subir, forzar puertas, provocar explicaciones, reconquistar con un golpe de audacia su sagrada monarquía... Mas cuando deliberaba si poner por obra semejante resolución, un hielo paralizó sus piernas; una vergüenza interior le detuvo; no acertaba á analizar sus sentimientos, ni por qué le sujetaban así al piso, y sería necesario que alguien más sagaz, alguien hecho á discernir sentimientos y á encadenar los hechos en demostración de la lógica de las leyes morales, le dijese al oído que la base de la religión entre las dos mitades de la humanidad, entre el varón y la hembra, es tan anómala y tan artificial, en medio de su secular persistencia, que ni él puede perdonarle á ella jamás un instante de flaqueza, ni ella á él un segundo de miedo... Así como estaría Ana ante la conciencia de Alfonso si se presta á la osadía de Dávalos, estaba Alfonso ante la conciencia de Ana, por tolerar la ficción de esa osadía y no castigarla con pena de muerte: ¡justa compensación de dos puntos de honra, y bien contado rescate con que ha de pagar el varón su ilimitada soberanía!

—El faetón para mí, mandó secamente Alfonso.

Y á eso de las cuatro y cuarto, declinando ya el sol, entró en el Retiro. Muchas cabecitas curiosas, empañando con su aliento el vidrio de las berlinas, se tendían para estudiar si la palidez de la Cueva era sólo causada por el frío. Bastaba ya para estimular la curiosidad el hecho de que Ana no acompañase á su esposo: precisamente la única distracción á que antes de la fatal tertulia habían concurrido, y siempre juntos, era el paseo. Preocupado, sombrío, absorto en guiar maquinalmente el tronco tarbés, Alfonso no se enteraba de las ojeadas inquisidoras. Ni vió siquiera que el Gobernador de Madrid, asomándose á la ventanilla de un clarens, le contempló un buen rato, entre risueño y pensativo.

Un seco galope resonó casi al lado del faetón, y Alfonso, que había puesto las jacas al paso, vió de reojo á Ramiro, caballero en su eterno árabe, algo viejo, procedente de los tiempos de esplendor de los Dávalos, familia arruinada ya. Estremecióse la Cueva, y, como la vispera, cruzó ardiente ojeada con su mortal enemigo. La cara de Dávalos permaneció impassible: los ojos sí destellaron mofa, júbilo y triunfal desdén, en términos que el marido de Ana, hiriendo con la fusta á sus vivas jacas, las sacó á un trote muy largo, desviándose á toda prisa del vengador terrible que, —por raro procedimiento, sin lograr ni el más leve é inocente favor de la honestísima señora de la Cueva, —había sabido robar á Alfonso el honor y la dignidad ante el público, y la dicha y el amor en la intimidad conyugal.

EMILIA PARDO BAZÁN.



EL ALMOGÁVAR

1285

E comptar vos he un bell exempli e miracle que s'esdevench... lo qual yo viu, e tot hom comunament: e aquest vos vul recomptar, però que cascú se guardi de la ira de Deus.

MONTANER.—(Crònica dels Reis d'Aragó, cap. CLXX).

ENTRE áridas breñas un seno hay abierto,
cual balsa que un muro del viento preserva;
de glorias antiguas tan sólo conserva
dos torres cuadradas, y el nombre de puerto.
Apenas abriga su espacio hoy desierto
la pobre barquilla que mueven dos remos;
y un tiempo se vido, por ambos extremos,
de surtas galeras, de naves cubierto.

Sin duda algún pino de ramas vetustas
un tiempo copiaban las plácidas olas,
que agora no lejos columpian á solas
de aquellas dos torres las sombras adustas.
Ni existe tampoco de argollas robustas
la férrea cadena labrada en las fraguas,
que el puerto cerraba, midiendo sus aguas,
y entrada de noche vedaba á las fustas.

Pequeño oratorio se ve todavía
alzarse en la costa que el piélago azota:
de Mira al obispo la gente devota
allí tributaba sus cultos un día.
Al culto el olvido sucede á porfía;
desierto es el templo, cual yermia la costa,
y sólo hoy resuena su bóveda angosta
al ronco mugido del onda bravía.

Callada una noche cubrióse de un velo
oscuro, cual manto que viuda se viste;
triste era el silencio, la sombra era triste,
sin brisas el aire, sin astros el cielo.

Cual sábana inmensa de sólido hielo
la mar sin espuma se vía aplanada:
y en tanto en el puerto dormía una armada,
cual banda de grullas cansadas del vuelo.

Algunos soldados que en tierra albergaban
en torno de hoguera, del templo al abrigo,
sin sueño, ni frío, ni miedo al castigo,
jugando á la taba la noche pasaban.
Sus pocos florines y el hueso arrojaban,
y un fiero almogávar, apenas caía
el hueso, miraba, sus labios mordía,
y sordas blasfemias de entre ellos saltaban.

El último sueldo ya había sacado
del fondo grasiento de vieja escarcela;
de nuevo en el aire la taba allí vuela,
y cae, y la mira con ansia el soldado.
Cual busto de piedra se queda parado;
mas antes que el grupo deshaga la rueda,
la cruz por tres veces de aquella moneda
golpea el maldito con puño cerrado.

Mofaron su rabia los más compañeros,
y en busca de hierbas se van de consuno,
que es víspera santa, que es noche de ayuno,
y entonces ayunaban también los guerreros.
Mas él por desdicha ve cuatro carneros,
que ya desollados del pórtico penden,
y para vengarse sus iras pretenden
burlar de la Iglesia los ritos austeros.

De inútil ballesta cubierta de herrumbre
el arco destuerce, y en él atraviesa
de un gordo carnero la pierna más gruesa,
que luego despacio volteá á la lumbré.
Mecerla parece la llama en su cumbre:
los otros volvieron, y en voz de reproche:
—¿Qué es esto? exclamaron, ¿quién osa esta noche
romper del ayuno la antigua costumbre?

—Antigua ó moderna, costumbre es más sana
que hartarse de berzas, probar el carnero,—
con risa grotesca replica el guerrero,
y en dar al asado más vueltas se afana.
Creyeron los otros que en zumba profana
paraba el amago de escándalo impío,
y sólo dijeron:—¿Qué va que el judío
á Cristo nacido no espera mañana?

—Ni de hoy ni mañana me importa la fiesta;
y si las deshonro comiendo esa carne,
por más que Dios vivo cien veces se encarne,
privarme no quiero de cena cual ésta.—
A tales bravatas ninguno contesta;
asombro ó desprecio tal vez les arredra;
y ven al blasfemo que sobre una piedra
cubierta de harapos su vianda ya apresta.

Le miran callando cual llega á su boca
el trozo de carne que alegre cortara,
y ven de repente que inmuta su cara,
y asirse procura convulso á la roca.
Le ven que vacila con fuerza ya poca,
que súbito viene de espaldas á tierra;
y alzando tal grito que á todos aterra,
á Santa María tres veces invoca.

Mas luego enmudece: de rayo invisible
parecen tocados sus miembros ya muertos,
su pelo erizado, sus ojos abiertos,
de sólo mirarlos dan grima terrible.
Temblando los otros, cual seña infalible
de eterna venganza tal caso comprenden;
y heridos de espanto con lágrimas tienden
en vieja frazada su cuerpo insensible.

Tres horas le velan; mas cuando en su oído
penetra el confuso rumor de campanas
que en voz misteriosa publican lejanas
que media la noche, que Cristo ha nacido,
y el canto del gallo se mezcla al tañido
que en todos los pechos contento derrama;
también se aperciben que á un clérigo llama
el triste almogávar por muerto tenido.

Fué nueva sorpresa, pues era su grito
igual al que exhala quien cruza un desierto;
creía estar solo de sombra cubierto,
sin ver ni la hoguera que alumbraba el distrito.

Tullido y cegado semeja un precito,
que siente las llamas sin verlas ni huirlas
y en el sacerdote que viene á oirlas,
sus culpas enormes depone contrito.

Y añade en voz alta: que cuando en mal punto
la vianda vedada llevaba á su boca,
ve un hombre que al techo del pórtico toca,
de horrible gigante reflejo ó trasunto;
y mientras le observa, le vido á sí junto
coger de ceniza disforme puñado,
que le echa en el rostro con brazo irritado,
tumbándole al suelo ya cuasi difunto.

Absuelto del crimen que al alma encadena,
mas no del castigo que al cuerpo arruina,
le lleven al templo que á Palma domina
el pobre almogávar demanda en su pena.
Del ara en las gradas su acerba condena
sufra en silencio, lloraba á raudales;
al pueblo y al clero dolían sus males,
y en lloros y preces el templo resuena.

Y el día de Reyes después que termina
la plática usada de buen religioso,
que á doctos y legos explica celoso
misterios sublimes en lengua latina,
al Dios de justicia que su ira fulmina
demanda piedades inmenso gentío,
que puesto de hinojos entona con brío
la tierna plegaria de *Salve Regina*.

Terrible prodigio la súplica obra:
del mísero enfermo rechinan los huesos,
y aúlla y se agita con tales accesos,
que seis lo sostienen y ni uno le sobra.
Atónito el pueblo lo ve con zozobra;
mas cesa la *Salve*, y oyendo un gemido,
observa al momento que el ciego y tullido
recobra sus fuerzas, su vista recobra.

El júbilo entonces los ámbitos llena
del templo que á Palma da lustre y orgullo;
el órgano acalla del pueblo el murmullo,
y el himno de gracias triunfante resuena.
Muy pronto al soldado que el gozo enajena
en alta galera descubren, el día
que Alfonso tercero, que al mar desafia,
con rumbo á Menorca zarpar les ordena.

Si de este milagro, lector, no te admiras,
poniéndolo en duda cual vieja leyenda,
no temas que alcemos por ella contienda;
tus juicios al mío ligados no miras.
Mas si porque dudas, del cielo las iras
confiado arrostrares, medita mi aviso:
dudar no es bastante, saber es preciso
que tales ejemplos son cierto mentiras.

TOMÁS AGUILÓ.



NAVIDAD. — DIBUJO DE APELES MESTRES
Ayuntamiento de Madrid



La playa, cerca del cabo Malabat

MARRUECOS

POR

EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

No existe más que un sitio donde se pueda pasear y éste es la parte de la playa comprendida entre la ciudad y el cabo Malabat: una playa llana, sembrada de conchas y vegetales arrojados por las aguas, y cubierta en distintos puntos de extensas charcas difíciles de vadear durante la alta marea. Estos son como si dijéramos los Campos Elíseos, ó la *Cascine* (1) de Tánger. La hora del paseo es la de la caída de la tarde. En ella puede verse una cincuentena de europeos que pasean en parejas ó en grupos, á algunos centenares de pasos los unos de los otros, de manera que desde la muralla de la ciudad se les conoce perfectamente á distancia de una milla.

Distínguese en primer lugar una señora inglesa á caballo, acompañada de un guía; un poco más lejos, dos moros campesinos; después de los moros, el cónsul de España con su esposa; después un santón; después una camarera francesa con dos niños; después un grupo de campesinos árabes que cruza una charca enseñando las rodillas y tapándose la cara, y más lejos y á intervalos una chistera, un capuchón blanco, unas trenzas, y últimamente uno que debe ser el secretario de la legación de Portugal, á juzgar por el pantalón de color de perla que recibió ayer de Gibraitar. Porque debe saberse que en esta reducida colonia todo el mundo está enterado de cuanto les pasa á los demás. Si no fuese irreverente la comparación, diría que se me antoja un paseo de condenados á domicilio limitado, ó viajeros convertidos en huéspedes

(1) Nombre del paseo principal de Florencia. Como si dijéramos *Quisería*.

forzados de los piratas de una isla desierta, que aguardan la llegada del buque que trae el dinero del rescate.

* * *

Es más fácil orientarse en medio de la inmensidad de Londres, que en este pequeño puñado de casas que cogerían perfectamente en uno de los ángulos de Hyde-Park. Todas estas callejuelas, rinconadas y encrucijadas, por las cuales á duras penas puede transitarse, se parecen unas á otras como las celdillas de un panal, y sólo por medio de una atentísima observación de las más insignificantes particularidades, puede llegarse á distinguir un lugar de otro.

En cuanto dejo la plaza ó la calle principal, para internarme por las laterales, ya me hallo perdido. En uno de estos corredores silenciosos y oscuros, dos árabes podrían apoderarse de mí en mitad del día, secuestrarme, y hacerme desaparecer de sobre la faz de la tierra, sin que persona alguna se percatara de ello. Y sin embargo, un cristiano puede pasear solo por este laberinto y á la hora que mejor le cuadre, de día y de noche, en medio de estos bárbaros, con más seguridad que en cualquiera de nuestras ciudades. Una simple asta de bandera europea enhiesta sobre una azotea, como el índice amenazador de una mano escondida, influye más en estas gentes que entre nosotros un verdadero ejército.

¡Qué diferencia entre la civilización de Londres y la de Tánger! Pero cada una tiene sus ventajas: aquélla puede enorgullecerse con sus palacios y caminos de hierro subterráneos; aquí se puede pasear entre la multitud con el sobretodo desabrochado.

* * *

No existe en todo Tánger ni un carro ni un coche: no se oye el rumor producido por las gentes trabajando en las labores de sus oficios respectivos, ni sonidos de campanas, ni gritos de vendedores: no se nota movimiento alguno apresurado en personas ni en cosas: hasta los mismos europeos que no tienen dónde meterse, se pasan las horas muertas en la plaza: todo reposa y todo convida al reposo. Yo mismo, que hace pocos días me encuentro aquí, empiezo á sentir el influjo de esta vida muelle y soñolienta. En cuanto llego al Zoco de Barra, siento irresistibles deseos de volver á casa: cojo un libro, y no bien he leído diez páginas, se me cae de la mano sin poderlo remediar: no bien reclino la cabeza sobre el respaldo de la butaca, he de hacer un verdadero esfuerzo, tal como recapitular, por ejemplo, un par de capítulos de Smiles, para levantarla de nuevo, y la sola idea de que he de trabajar ó de que me esperan, me abrumba de fatiga.

Este cielo siempre azul, y esta ciudad toda blanca, son una imagen de la paz inalterable y monótona, que para cuantos habitan este país viene á ser paulatinamente el supremo deseo de la existencia. Tal es el motivo de interrumpir en este punto la nota de mis observaciones. La pereza se ha apoderado de mí y me ha vencido...

* * *

Entre la mucha gente que bullía junto á la puerta de la Legación, veíase un moro elegante, que desde el primer día se me había llevado los ojos tras su persona. Era uno de los mancebos más apuestos que en Marruecos había visto: alto, esbelto, de mirar dulce y melan-

cólico, con una sonrisa por demás expresiva; en suma, un aspecto de sultán enamorado, que Danasch, el espíritu maligno de las *mil y una noches*, habría podido colocar al lado de la princesa Badura en lugar del príncipe Camaralzaman, en la seguridad de que no se habría aquélla quejado del cambio. Llamábase Mahomet, tenía diez y ocho años y era hijo de un moro de Tánger entrado ya en años, protegido de la Legación de Italia: un honrado y campechano musulmán, que, hacía algún tiempo, iba casi todos los días con despavorido semblante á pedir protección al ministro, contra un su enemigo que le había amenazado de muerte.

Dicho Mahomet hablaba algo en español, *moresco more*, es decir, usando todos los verbos en infinitivo, con lo cual le fué posible trabar amistad con mis compañeros. Hacía pocos días que estaba casado. Su padre le casó para que sentara la cabeza, y al efecto enlazóle á una muchacha de quince años, bella como él. Con todo, el matrimonio no le había cambiado gran cosa. Continuaba siendo, según nosotros declamamos, *un moro de porvenir*, que no le hacía ascos á las copas de buen vino,—como no le vieran los suyos;—que chupaba los habanos con plácida



El moro Mahomet

delectación; cansábale por lo monótona la vida de Tánger; buscaba el trato de los europeos y por fin y remate acariciaba la idea de un viaje á España.

Sin embargo, lo que en aquellos días le retenía á nuestro lado, era el deseo de obtener, por nuestra mediación, permiso en forma para agregarse á la caravana y de esta suerte visitar á Fez, la gran metrópoli, su Roma, el sueño de su infancia, la ilusión de su vida. A este propósito nos prodigaba saludos, sonrisas y afectuosos apretones de manos, con tal expansión y gracia tanta, que bastaran á seducir entero el harem del emperador.

Como casi todos los moros de su edad pasábase el día yendo de una á otra calle, de esta

á aquella esquina, para hablar del nuevo caballo de tal ó cual ministro; de la marcha de un amigo á Gibraltar; de la llegada de un buque; del robo ó hurto que se había cometido; de habladurías de mujer, ó permaneciendo horas enteras, inmóvil y taciturno en un ángulo de la plazuela del mercado, con la cabeza sabe Dios dónde.

A este bellissimo desocupado va unido el recuerdo de la primera casa morisca en que puse la planta, y el de la primera comida árabe en que sometí á prueba mi paladar. Un día su padre nos convidó á comer. Era un deseo que abrigábamos hacía mucho tiempo.

Una tarde, casi á prima noche, guiados por un intérprete, y acompañados por cuatro criados de la Legación, después de haber atravesado algunas callejuelas oscuras, llegamos delante de una puerta adornada con arabescos, que se abrió como por encanto al aproximarnos, y pasado un aposentillo blanco y completamente desmantelado, nos encontramos en el centro de la casa.

Lo primero que nos llamó la atención fué un gran tropel de gentes, una luz extraña, una maravillosa pompa de colores. Saliónos al encuentro el dueño de aquélla, acompañado de su hijo y de sus parientes, ciñendo todos grandes turbantes de deslumbrante blancura: marchaban detrás algunos servidores con las capuchas echadas: más lejos, en los ángulos

menos iluminados y junto á los umbrales de las puertas, podían distinguirse mujeres y niños en cuyos rostros veíase pintada la sorpresa; mas á pesar de hallarse reunida tanta gente, reinaba un silencio profundo. Imaginaba hallarme en una sala: levanté la cabeza, y ví el cielo estrellado. Estábamos en el patio.

Como todas las casas árabes, era aquella un pequeño edificio cuadrado con un patinejo en el centro, á dos de cuyos lados se abrían dos puertas que daban ingreso cada una á un aposento largo y de elevada techumbre, desprovisto de toda ventana, y sin más abertura que la arqueada puerta de ingreso, de la cual pendía un pesado cortinón. Las paredes eran blancas como el ampo de la nieve; los arcos de las puertas dentellados: el pavimento de mosaico; aquí y allá pequeños ajimeces pareados y diminutos babucheros. La casa había sido adornada convenientemente con motivo de nuestra recepción. Los suelos estaban cubiertos de alfombras y alcatifas: junto á las puertas brillaban velas de color de rosa, verdes y amarillas, puestas en magníficos candelabros, y, colocadas sobre diminutas mesillas, veíanse macetas con flores, que reproducían los tersos y brillantes espejos instalados detrás de ellas.

El efecto de todas estas cosas, extraño en sí mismo, y aisladamente considerado, resultaba extrañísimo al considerarse en conjunto. Había allí algo de decoración de iglesia y al par de adorno de teatrillo, de sala de baile y de postiza majestad; pero lleno todo de gentileza y de gracia, y en la distribución de las luces, y en la combinación de los colores, un efecto nuevo, un significado profundo, una maravillosa correspondencia en todo cuanto, bien que confusamente, habíamos pensado y sentido respecto de aquel pueblo, cual si fuese aquella luz, si así podemos decirlo, y al par que la luz, el colorido de su filosofía y de su religión. Viendo el interior de aquella casa, penetrábamos por vez primera en el interior de la raza entera.



El té en casa de Mahomet

Pasáronse algunos minutos en cortesías y afectuosísimos apretones de manos, después de lo cual fuimos invitados á ver el aposento nupcial. Por mi parte, con la curiosidad propia de un europeo poco aprensivo, por no decir descarado, busqué inútilmente los ojos de Mahomet; mas inútilmente, pues éste había inclinado la cabeza y velado el rubor bajo el turbante. La cámara nupcial consistía en una sala alta, larga y estrecha, cuya puerta salía al patio. En el fondo veíanse á un lado el lecho de la esposa, y en el opuesto el de Mahomet, cubiertos ambos de riquísima estofa de un rojo subido, recortado por bellísima franja: el pavimento hallábase cubierto de preciosas alcatifas de Rabat, y las paredes de tapices rojos y amarillos: entre los dos lechos veíase el ropero de la novia adosado al muro, abundantemente provisto de jubones, faldas, calzas, vestimentas y prendas de formas desconocidas; de todos los colores de florido jardín; de lana, de seda, de terciopelo, lisas, recamadas y bordadas de oro y de plata; toda la canastilla de una muñeca de archiduquesita; un espectáculo capaz de trastornar la cabeza á un coreógrafo y hacer morir de envidia á una bailarina.

Desde allí pasamos al comedor. También se veían en él alfombras, tapices, flores, ricos candelabros puestos en el suelo; cojines y almohadones de mil colores colocados junto á las

paredes, y dos lechos adornados con gran magnificencia, puesto que la estancia constituía la cámara nupcial del amo de la casa. Al lado de uno de aquéllos, hallábase dispuesta la mesa, contra la costumbre de los árabes, que colocan los platos en el suelo y comen sin cubiertos, y á despecho de los preceptos del Profeta, brillaba en derredor una corona de añejas botellas, destinadas á recordarnos, en medio de las voluptuosidades del festín moro, que éramos cristianos de pura raza.

Antes de acercarnos á la mesa, nos sentamos en los cojines cruzando las piernas á estilo oriental, en derredor del secretario del dueño de la casa, un hermoso moro con turbante, que preparó el té delante de nosotros y nos sirvió, según la costumbre establecida, tres tazas á cada uno, debidamente azucaradas y aromatizadas con esencia de hierbabuena, en tanto que entre taza y taza acariciábamos la colilla y la pelada cabezuela de un morito de cuatro años, último de los hermanos de Mahomet, que contaba furtivamente los dedos de nuestras manos, para convencerse de que eran cinco como los de todos los mahometanos. Apurado el té nos sentamos á la mesa. El dueño, para más obsequiarnos, consintió, después de muchas súplicas, en sentarse como nosotros, y entonces comenzaron á desfilas ante nuestros encantados ojos los platos de la cocina árabe, objeto de nuestra curiosidad.

Traducido del italiano por

C. V. DE V.

(Continuará).



NUESTROS GRABADOS

LA VIRGEN, EL NIÑO JESÚS Y SAN JUAN

CUADRO POR G. BOUGUEREAU

El pintor Bouguereau, uno de los artistas contemporáneos á quienes se puede proclamar abiertamente maestro eximio en el difícil arte del dibujo, ha estudiado con verdadero amor las obras pictóricas de Rafael Sancio, de Andrés del Sarto y de otros artistas que en el siglo xvi se hicieron justamente famosos. Bouguereau ha ido en busca, tras del estudio de aquellos maestros, de su portentosa corrección en la línea y en el modelado, y al modo de ellos no ha perdonado en sus cuadros medio alguno de conseguir una pulcritud de dibujo, que han de reconocer y casi aplaudir sus más decididos contrarios. Se ha dicho que las pinturas de Bouguereau eran más científicas que artísticas, si así vale decirlo, porque en ellas todo estaba calculado y medido, y ni rebuscando mucho se encontraba el menor defecto de la línea. Esto puede disgustar á los naturalistas é impresionistas, mas para cuantos entienden que en el arte ha de haber selección y en ella idealidad, ha de ser por el contrario motivo de agrado y de aplauso. Sólo quisiéramos en el artista francés de nuestros días más ingenuidad de sentimiento, pero para esto era preciso que buscara la inspiración en los pintores de la centuria anterior á Rafael y del Sarto. De todos modos, las Sacras Familias y las Vírgenes de Bouguereau son obras magníficas, concebidas con grandeza, dibujadas con distinción, pintadas con finísimo y elegante colorido. *La Virgen con el Niño Jesús y San Juan*, que publicamos hoy, por medio de un excelente grabado, hará bueno á los ojos de nuestros lectores lo que llevamos dicho, y acreditará que su autor es artista de gran aliento y merecedor del renombre que se ha conquistado en su patria y fuera de ella.

NAVIDAD

DIBUJO DE APELES MESTRES

El cántico que se lee en el cap. II del Evangelio de San Lucas, resuena en el día de Navidad en todos los países cristianos del orbe. Día es de regocijo para todos, porque se conmemora en él la feliz Redención del género humano por nuestro Salvador.

» Y había unos pastores—dice el Evangelista—en aquella comarca, que estaba velando y guardando las velas de la noche sobre su ganado.

» Y he aquí se puso junto á ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron grande temor.

» Y les dijo el ángel: No temáis, porque he aquí os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo.

» Que hoy os es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.

» Y esta os será la señal: Hallaréis el Niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.

» Y súbitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan á Dios, y decían:

» GLORIA Á DIOS EN LAS ALTURAS Y EN LA TIERRA PAZ Á LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.»

Hermosas palabras que confortan el espíritu y lo elevan á las regiones de eterna bienandanza en donde es todo luz y claridad. Hermosas palabras que han sido la fuente más viva de inspiración del arte cristiano en los pasados siglos y en el presente. Sería interminable el catálogo de las creaciones que en la poesía, en la pintura y escultura y en la música, en todos los órdenes del arte han nacido al calor de la inspiración dimanada de los versículos de San Lucas que hemos copiado. Ellos animaron también el lápiz del reputado dibujante Apeles Mestres para idear y realizar la lámina que figura en este número. Es una composición alegórica que en primer término recuerda el nacimiento del Señor, y en seguida, como natural complemento, la alegría que en los países cristianos reina en la noche de Navidad, sin que á nadie le asusten los fríos ni las nieves que cubren la tierra en aquel día, en muchas de las comarcas del mundo. Un lápiz elegante y un sentimiento delicado acrecen el interés y el mérito de la hermosa lámina de Apeles Mestres.

CAPILLA DE LA NATIVIDAD EN LA CRIPTA DE LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA EN BELÉN

Este venerable Santuario se encuentra en la Basílica de Santa María, que había pertenecido á los latinos, á quienes fué arrebatado por las maquinaciones y por el oro de los cismáticos griegos. Consiste la capilla de la Natividad en una cueva de doce metros de longitud por cuatro de ancho y poco más de dos de altura, siendo más estrecha en el fondo. Preciosos mármoles de varios colores cubren el pavimento y las paredes: la luz del día no llega hasta allí, pues si bien la gruta tuvo antes salida al valle, el temor á los turcos hizo que se cerrase aquel paso. Treinta y dos lámparas de plata, ofrendas de soberanos de España, Austria, Francia y Nápoles, difunden constante y suavísima claridad, ayudando por tal modo al arrobamiento que en aquel Lugar Santo se apodera

de las almas creyentes y las sumerge en tiernas y devotas meditaciones. En el extremo oriental de la capilla, entre las dos escaleras que á ella conducen, desde el coro griego en la Basílica, hay en el suelo una plancha de mármol blanco con jaspe incrustada y rodeada de un círculo de plata en forma radiante. En este círculo se leen las palabras

HIC DE VIRGINE MARIA
JESVS CHRISTVS NATVS EST

A siete pasos de distancia hacia el Sur, dejando á la espalda una de las escaleras que llevan á la iglesia superior, se halla el Pesebre, al que se baja por medio de tres escalones. Una pieza de mármol blanco labrada en forma de cuna ha sustituido al pesebre de madera en donde la Santísima Virgen colocó entre pajas al Soberano Señor de Cielo y Tierra, pesebre que después fué trasladado á la Basílica de Santa María la Mayor en Roma, en donde lo veneran los católicos. Como esta parte de la



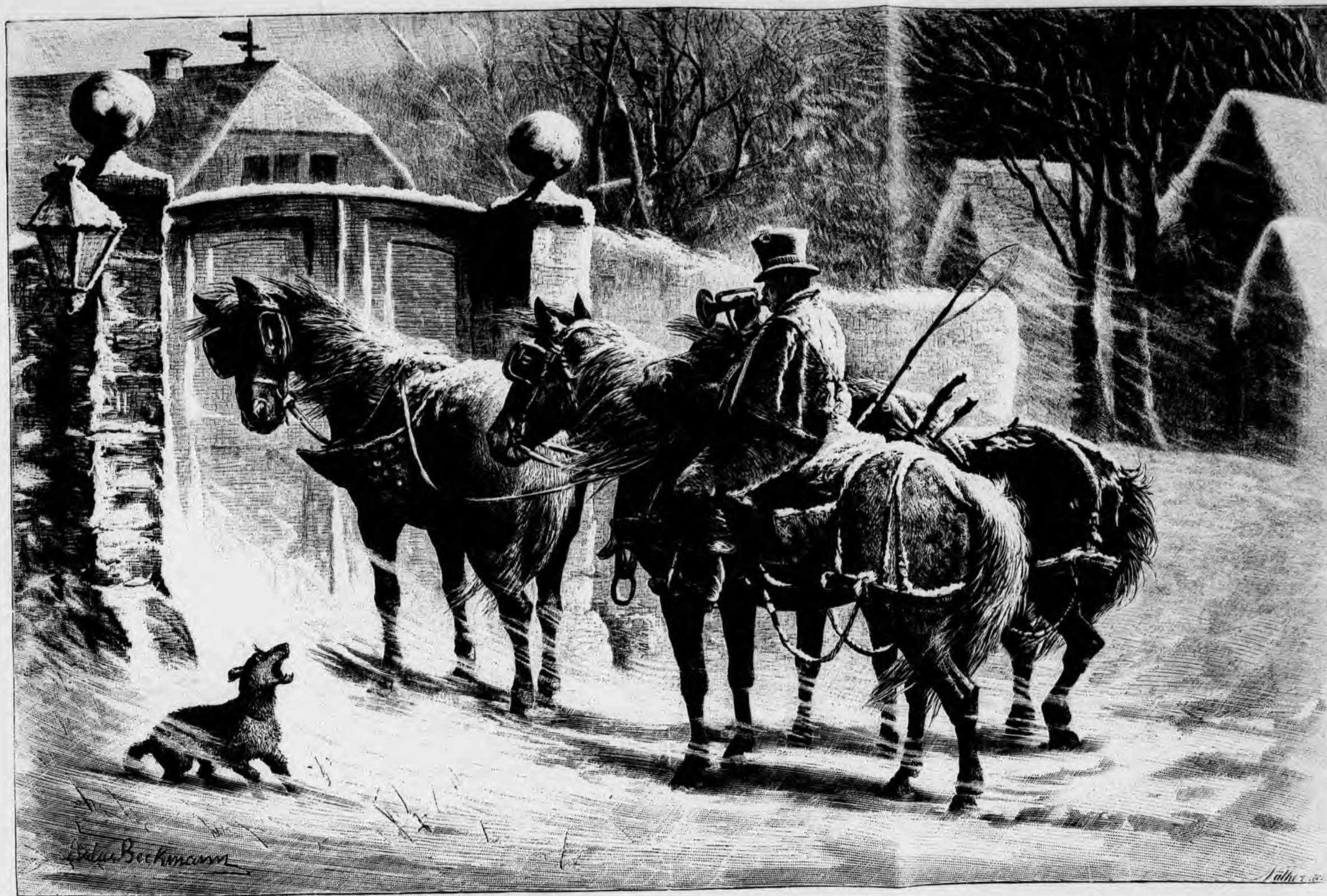
CAPILLA DE LA NATIVIDAD EN LA CRIPTA DE LA BASÍLICA DE SANTA MARIA
EN BELÉN

gruta no permite por lo baja que en ella se celebre el Santo Sacrificio, se ha levantado muy cerca un altar, llamado de los Magos ó de los Tres Reyes, en el sitio en que estuvo sentada la Santísima Virgen al presentar el Divino Infante á la adoración de aquellos príncipes de Oriente. Allí mismo le adoraron antes los Pastores. Este altar, lo propio que el Pesebre, lo poseen los católicos.

«Nada puede darse tan agradable y devoto como esta iglesia subterránea—escribe Chateaubriand;—enriquecenla varios cuadros de las escuelas italiana y española, representando los misterios de estos lugares. Vir-

genes y niños á la manera de Rafael, Anunciaciones, la Adoración de los Magos, la llegada de los Pastores, milagros todos en que la grandeza acompaña á la inocencia. Los adornos ordinarios del Pesebre son de raso azul bordados de plata. Ante la cuna del Salvador humea de continuo el incienso, y he oído en la misa tocar con gran expresión en el órgano los aires más suaves y tiernos de los mejores maestros de Italia. Estos conciertos encantan al árabe cristiano que, dejando en el campo sus camellos, viene como los antiguos pastores de Belén á adorar en su cuna al Rey de Reyes. Yo he visto al morador del desierto comulgar en el altar de





LA NOCHE BUENA DEL POSTILLÓN.—DIBUJO DE LUIS BECKMANN

los Magos con un fervor no sentido por los cristianos de Occidente.»

LA NOCHE BUENA DEL POSTILLÓN

DIBUJO DE LUIS BECKMANN

La fiesta de Navidad es la fiesta del hogar. Para celebrar la Noche Buena se congregan las familias junto á la chimenea en la que chisporrotea el fuego, todos rebosando contento, todos dispuestos á abrir el corazón á los más dulces sentimientos al calor de la cristiana festividad, al calor del recuerdo de la venida de Nuestro Señor Jesucristo al mundo para salvar á los hombres. Rica ó modesta la casa en donde se celebre la Noche Buena, no falta en ella la cena después de haber dado las doce, ni el árbol de Navidad en los países del Norte, todo arreglado á los recursos con que cuenta el dueño. La alegría, empero, no se mide por la riqueza en aquellos días. Acaso allí en donde es más pobre la cena, abunda el regocijo, porque éste nace, más que de los manjares succulentos y de los vinos añejos, del corazón honrado, al que no le inquieta ni sombra de mala acción ninguna. ¡Qué bien se pasa la Noche Buena alrededor de la mesa ó junto al hogar! ¡Qué hermosos recuerdos se

evocan! ¡Cómo se canta y se baila si la gente joven domina en el corro! ¡Qué bueno se encuentra la tibia temperatura de la casa! Mas no todos pueden celebrar la Noche Buena. ¡Cuántos, por sus ocupaciones, en vez de hallarse á aquellas horas en el caliente recinto del hogar doméstico, han de ir por montes y por valles, sintiendo frío, azotándose el viento los rostros, viendo caer la nieve en espesos copos y blanquear las llanuras y las montañas! Esto le pasa, por ejemplo, al postillón dibujado por Beckmann, un postillón de otros tiempos, de aquellos en que corrían por el mundo las sillas de postas y se requerían los relevos para llevar á cabo los viajes con la mayor rapidez posible. El postillón de nuestro interesante dibujo tiene que pasar la noche de Navidad, montado, aterido de frío, corriendo de un punto á otro porque su oficio se lo demanda. El aire levanta la nieve que se pone en el sombrero y en el gabán del jinete, mas éste acaso los resiste sin grave molestia, porque queda en su corazón un calor que templará los fríos más terribles: el cariño á la mujer y á los hijos, la esperanza de que tras de la jornada podrá abrazarles y celebrar entonces juntos, ya que no la Noche Buena, la fiesta del Hombre-Dios que nació en un portal y entre pajas para dar ejemplo á los poderosos y á los humildes.





EL CIEGO DICHOSO

DESDE la rústica terraza de su casita, elevando su cuerpo hermoso sobre los pámpanos que festoneaban el muro, despidió Aurora á su prometido que marchaba á servir á la patria.

Los rayos del sol formaban en torno de la joven un nimbo luminoso, y el soldado veía de lejos la silueta de su novia como esfumada en el azul purísimo del fondo, y semejante á esas celestiales visiones que se aparecen á los santos en sus éxtasis extraterrenos.

Aurora despedía á su novio agitando un pañuelo cuyo vivo tremolar parecía dar vuelo rapidísimo á los besos y suspiros que la muchacha enviaba al soldado.

Al llegar éste á un recodo del camino, á una curva tras de la que iba á perderse para largos años la adorada imagen de Aurora, quedó como petrificado sobre el polvo de la carretera, y fué preciso que la voz del cabo le mandara seguir, para que en una última y persistente mirada grabara en su alma la imagen querida, y prosiguiera la marcha, abrumado de dolor, como si caminara hacia el infierno.

* * *

Un año llevaba Juan en el ejército, y en este tiempo no cesó el pobre soldado de recibir mensualmente carta de su novia, dándole dulces consuelos en las tristezas de la ausencia y gratas esperanzas para un porvenir cada vez más cercano.

Aquel día vió Juan llegar al cartero con la alegría de siempre; tomó en sus manos el sobre, y se fué á leer las nuevas de Aurora al más apartado rincón del cuartel, donde nadie turbara la dicha de su alma.

«Querido Juan: Desde mi última carta me han pasado cosas terribles.

»Al día siguiente de escribirte caí enferma; se me declararon las viruelas, y en poco tiempo han hecho en mi cara estragos tan grandes que hoy al mirarme en el espejo me dió miedo de mí misma.

»No quiero que me vuelvas á ver, porque me moriría de pena y de vergüenza: tan horrible estoy, y tan segura de que habías de huir de mí como de un monstruo.

»Adiós, olvídame, porque la Aurora de hoy no es aquella á la que tú comparabas con la Virgen de la Consolación, sino una pobre mujer que tiene que ocultar de las gentes su horrenda fealdad.

»La memoria de nuestros días felices será en adelante la única alegría de tu desgraciada

AURORA.»

Juan estuvo enfermo algunos días por efecto de la conmoción que le produjo la carta de su novia.

Cuando, ya más tranquilo, reflexionó acerca de lo que debía contestar á Aurora, sostuvo una lucha espantosa consigo mismo, pues si la bondad de su alma le aconsejaba no abandonar á la doliente joven, en su corazón se revolvían las heces del egoísmo, haciéndole ver lo inmenso del sacrificio que iba á imponerse.

* * *

Todo era júbilo en Barcelona la mañana aquella.

Celebraba la Iglesia el santo del rey de España, y el elemento oficial solemnizaba la fiesta con salvas y repiques.

El castillo de Montjuich iba á hacer los disparos de ordenanza, y Juan, al pie de uno de los cañones, preparaba la mecha aguardando la voz de fuego.

Sonó ésta, y al intentar el artillero disparar el arma, no halló el fogonazo fácil salida por el cañón, y la llamarada envolvió á Juan, que cayó al suelo sin sentido.

Le trasladaron á la enfermería, reconociólo el médico, y los circunstantes oyeron con horror estas palabras del facultativo:

—Este infeliz tiene quemadas las pupilas: está ciego para siempre.

* * *

La tarde era apacible, templada, melancólica.

Desde la rústica terraza de su casita, elevando su cuerpo hermoso sobre los pámpanos que festoneaban el muro, contempla Aurora el camino por donde debe llegar el inválido.

Ya no teme la joven que Juan fije la mirada en su rostro afeado por las viruelas; ya está segura de que su novio, al mirarla con los ojos del alma, la verá en todo el esplendor de su muerta hermosura, como estaba la tarde aquella en que el sol la envolvía en nimbo luminoso.

Y Juan llegó al pueblo apoyado en el hombro de un lazarillo, y Aurora salió á su encuentro gozosa y compasiva al mismo tiempo, y al abrazarse los dos amantes, Juan creía que se apoyaba en su pecho el rostro celestial cuyos graciosos perfiles tenía grabados en el alma.

A. JIMÉNEZ GUERRA.





EL SUICIDIO EN INGLATERRA

DESDE algún tiempo á esta parte reina en Inglaterra una verdadera epidemia de suicidas. Los periódicos publican cada día largas listas y atribuyen este aumento de muertes voluntarias á la acción de las sociedades de *Euthanasia* que, según parece, se han fundado recientemente en Londres. Esta denominación eufónica y de una etimología irreprochable, es sinónima de buena muerte. Y sin embargo, no es precisamente al culto de la buena muerte al que se entregan los *euthanasistas*; tampoco buscan una muerte agradable, porque el descubrimiento es muy antiguo. El cloroformo es la sustancia que ha llenado cumplidamente el objeto que se proponen. Las personas de gusto más refinado pueden, si lo desean, saborear de antemano la embriaguez deliciosa del éter, y luego acabar la existencia con algunas bocanadas de cloroformo. En realidad lo que buscan los miembros de estas lúgubres asociaciones es más bien la singularidad, la excentricidad en el género de muerte.

El precursor de todos estos individuos es un inglés extraordinariamente original, que se suicidó, hace veinte años, en Castellamare. Concibió la idea de guillotinarsé él mismo y al efecto construyó en la casa que habitaba, en la que nadie había podido penetrar, una pequeña máquina del modelo de la que funciona en la plaza de la Roquette.

Para montarla y hacerla funcionar á su gusto fueron menester muchos ensayos y numerosos experimentos practicados en animales de diferentes especies. No es que el hecho de cortarse á sí mismo la cabeza presente grandes dificultades materiales, pero aquel sibarita había querido poner un refinamiento á la ejecución, y procuró el medio de que la cabeza al caer fuera á dar sobre una elegante almohada dispuesta previamente para recibirla, y esto ya no es cosa tan fácil. Sin embargo, después de muchos ensayos y de haber sacrificado gran número de carneros, alcanzó por último su objeto, y la operación obtuvo un éxito más lisonjero de lo que esperaba. A pesar de la originalidad de la idea y de la perfección en el procedimiento, dicho inglés no ha formado escuela ni ha encontrado imitadores. Sin embargo, los *euthanasistas* marchan por igual senda.

El *spleen* es, como nadie ignora, enfermedad de origen inglés, y se concibe fácilmente: basta atravesar la ciudad de Londres para empezar á sentir sus efectos. Aquel cielo bajo y oscuro, aquella atmósfera húmeda llena de humo, aquellas calles tristes llenas de barro, nada elegantes, aquella población atareada que anda corriendo como empujada por la fatalidad, todo

aquello es lúgubre y hace entrar en ganas de salir de allí ó de acabar con la existencia. He ahí, sin duda alguna, el origen de la pasión por el suicidio que la leyenda (pues es sólo una leyenda) presta á los ingleses. En Inglaterra, sin embargo, es el país donde menos suicidas hay, puesto que figura en el duodécimo lugar en la lista formada en las últimas estadísticas.

Las sociedades de *Euthanasia* aumentarán tal vez en algunos grados el lugar que actualmente ocupa, pero entretanto la leyenda no resulta del todo exacta.

La etiología del suicidio es el problema más difícil que la higiene puede proponerse. Generalmente sólo se le considera bajo uno de sus varios aspectos. Los etnólogos lo consideran cuestión de raza ó de clima; los moralistas atienden sólo á la relajación del sentimiento religioso, y los higienistas señalan al alcohol como causa y todos tienen en parte razón. La dificultad se presenta solamente cuando se quiere fijar á cada uno de dichos elementos la parte que le corresponde.

La influencia del clima es incontestable y ni aun es menester la estadística para demostrarlo. Hace poco hablábamos de la profunda tristeza que se experimenta en las calles de Londres; otro tanto podemos decir de la mayor parte de los países del Norte. Y con todo, aquella tristeza cautiva y atrae, aquellas melancólicas regiones tienen un particular encanto que resulta peligroso. Conduce á nuestro espíritu por una pendiente resbaladiza y le transporta á un país encantado, le desliga de las cosas terrenas y le inspira insensiblemente el deseo de abandonar este mundo cuando los disgustos vienen á perturbar nuestra existencia habituada ya á este estado especial de desesperación.

En el Mediodía las impresiones cambian completamente. Una especie de bienestar, una alegría se despierta en nosotros con el dulce calor del país favorito del cielo. En aquella atmósfera luminosa, en el centro de las risueñas ciudades en las que los rayos solares filtran al través de la espesura dibujando arabescos en la arena de los paseos frente al azulado mar, somos felices, y á pesar de los disgustos que nos asedian, nos sentimos dispuestos, aun á pesar nuestro, á participar de la alegría de aquellas poblaciones que parecen estar siempre alegres. Italia y España son los países de Europa que cuentan menos suicidas.

La influencia de la raza es también muy notable. Los alemanes son los que más se suicidan. En Sajonia se cuentan 325 suicidas anuales por cada millón de habitantes, 198 en el gran ducado de Baden, 180 en Wurtemberg, 154 en Prusia y 93 en Baviera. Sigue luego Suiza con 230 suicidas por cada millón de habitantes y los cantones alemanes los presentan en mayor número que los demás. Lo mismo se observa en Austria, donde se registran 149 suicidios anuales por cada millón de habitantes, y las provincias de origen alemán tienen mayor número que las de origen eslavo ó italiano. Francia, lo mismo que Austria, tiene 149 suicidas; Suecia 80, Bélgica 78, Noruega 74 é Inglaterra 69. Hungría y los Países Bajos siguen luego, la primera con 56 y los segundos con 44; por último, viene Italia, que sólo cuenta 39 suicidios anuales por cada millón de habitantes, España y Rusia cuentan 30, y en último lugar de la escala, se encuentra Irlanda que sólo presenta 17.

Las creencias religiosas deben igualmente tenerse en cuenta; el suicidio ha abundado siempre en las sociedades materialistas, y se explica. Si un hombre está convencido de que todo acaba con la existencia, de que no hay un más allá, es natural que abandone este mundo del mismo modo que se sale de un teatro cuando se tiene demasiado calor ó el espectáculo nos fastidia. Por otra parte la estadística prueba que el suicidio es mucho más frecuente en los países protestantes que en los católicos.

Según Legoyt, se cuentan 103 suicidas cada año por cada millón de protestantes, 62 en igual número de católicos, 36 entre los ortodoxos griegos y 48 entre los israelitas. Se puede oponer á la frecuencia del suicidio en los protestantes de Alemania los pocos que se observan entre los católicos de Italia y de España, pero esta oposición es más notable aún en el Reino Unido. Inglaterra es el país más rico de Europa, en él la población aumenta con rapidez, las

costumbres son relativamente austeras, el puritanismo es muy vivo, y á pesar de todo se cuentan cuatro veces más suicidas que en Irlanda, país pobre y desdichado en el que sus habitantes se mueren de hambre, emigran en masa y van despoblando el país.

Ni en los pueblos ni en los individuos es siempre el sufrimiento el que produce el disgusto de la vida. No son, pues, los seres felices los que más temen abandonarla, sino los desheredados de la existencia, aquellos á quienes ha faltado por completo la dicha, y se obstinan en continuar con la esperanza de ver salir, al fin, el número que al nacer han tomado en la lotería de la felicidad.

Examinemos por fin el alcoholismo. Sólo por él puede explicarse el rápido acrecentamiento del suicidio en Europa. La raza y el clima no han cambiado, el elemento moral no ha variado, por lo menos de una manera sensible, el bienestar se ha esparcido por todas partes y el suicidio aumenta en todos los países del mundo, con excepción de Noruega. En Francia ha triplicado desde unos sesenta años á esta parte, ha duplicado en los países alemanes, y si Noruega constituye una excepción es debido á que tiene prudentes leyes que han hecho disminuir el consumo del alcohol.

El alcoholismo, la locura y el suicidio son tres azotes que marchan á la par en las sociedades modernas, á las que degradan é impiden su desarrollo. En ellas encuentran el terreno abonado de antemano, á causa de la debilidad moral y física reinante y por el nervosismo, consecuencias todas de una civilización muy adelantada.

El bienestar que se introduce en todas las clases de la sociedad ha mitigado los grandes sufrimientos. El hambre ha desaparecido, las epidemias se han ido atenuando, la misma guerra ha perdido sus horrores; la medicina ha encontrado además por su parte una serie de medios con que combatir el dolor, de suerte que los pueblos son cada día más inhábiles para soportarle. No tenemos ni el estoicismo, ni la fuerza de resistencia de nuestros padres, y esta impotencia con respecto al sufrimiento ha trascendido del orden físico al orden moral. No podemos resistir ni la inquietud ni los disgustos. Éstos toman en nuestra imaginación proporciones aterradoras, y para los espíritus apocados transforman en tortura los más vulgares contratiempos. Las exageradas quejas de los desgraciados en extremo impresionables, aumenta su sensibilidad enferma, así es que se convierten en verdaderos ecos de sus propios lamentos y acaban por persuadirse de que han agotado la copa de todas las amarguras y que la vida ya no les es posible. Entonces la idea del suicidio germina y echa raíces en su alma y esperan sólo ocasión propicia para realizarla.

Muy difícil es detener el curso de esta corriente en los sentimientos é ideas y producir otra corriente contra esta pusilanimidad reciente que debilita los lazos de la familia, destruyéndola en lo que tiene de más viril, contra la debilidad de carácter que no permite hacer frente ni á los acontecimientos ni á los hombres, que se refleja por continuos desfallecimientos, tanto en la vida pública como en la privada, y que acabará por enervar á las mismas naciones. Puede, sin embargo, combatirse este estado de debilidad atacándola en su origen; debemos esforzarnos en dar á las generaciones del porvenir una educación más viril; es preciso enseñar á los niños á soportar el dolor, á desafiar el peligro, á habituarse á las privaciones y á la fatiga y á no dar al *confort* más importancia de la que realmente merece; es preciso acostumbrarse á vivir para el prójimo, y por último, y esto es lo más urgente, es preciso quitar al suicidio la más activa y al mismo tiempo la más vergonzosa de sus causas haciendo una guerra sin cuartel al alcoholismo. Es un deber de la higiene continuar esta campaña hasta tanto que los poderes públicos se decidan á emprender el camino indicado.

V. M.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

(CONTINUACIÓN)

XXVII

NOCHE DE BODAS

COTILLÓN, con su pluma dulzona, fué el encargado de divulgar el venturoso mensaje, en suelto ditirámico. La bella y angelical señorita de Bermúdez, heredera de fabulosa fortuna, se casaba con el distinguido y noble vástago de los Dulce. Alborozóse toda la sociedad madrileña. ¡Feliz desenlace de la dramática historia!

En la *Bombonera* festejábese la cercana prosperidad con salvas, con luminarias, y sobre todo con alborotados dispendios, ya consentidos otra vez por la munificencia de los prestamistas amansados. Toda era júbilo la poco antes desolada vivienda, y al amor de la nueva y purificada atmósfera, cuya blandura hizo renacer las pérfidas caricias del sesenta por ciento, pudo encargarse por último sin dificultades la canastilla de novia de la hermana mayor, que esperaba el primer descuido de la suerte enemiga para casarse con el desventurado registrador de hipotecas.

Paco estaba ciego de soberbia y de felicidad. No era él hombre que en los triunfos descu-

briese gran cosa más que la pura satisfacción del goce apetecido; pero en este caso, después de la ruda campaña, no dejaba de sentir el placer de su éxito, que revestía todos los caracteres de una sabrosa venganza.

Cierto que, no obstante la docilidad con que todas las circunstancias se le iban rindiendo, hubieron de perseguir al mozo varias contrariedades. Faltóle dinero para la ficción ostentosa, porque el antiguo amigo, Carlos Albuera, después de lo ocurrido cuando el fracasado juicio de residencia, ya no pudo ser solicitado para el préstamo sobre la dote; también hubo de desazonarse el novio algunas veces ante la actitud zahareña del futuro suegro, el cual, aun después de haber dado su consentimiento para el matrimonio, parecía á cada paso inclinarse á deshacerlo. Pero lo que tenía al triunfador Paquito en estado de verdadera consunción, era la tardanza con que la boda se disponía. El plazo estaba espirando, se venía encima la fecha temerosa, el vencimiento de los tres meses otorgados por el marqués de Césare; y aunque todos los interesados en el matrimonio estuvieron acordes en precipitarlo, y se obtuvo dispensa de amonestaciones, y la ceremonia había de celebrarse, omitiendo pompa y convite, en el punto mismo de quedar llenados los requisitos indispensables, el hecho fué que por las dilaciones del Ordinario ó porque en realidad fuese premioso, Dulce no logró satisfacer su impaciente azorado afán, y el término se extinguió sin que la unión estuviera realizada.

Con todo, el día en que ese vencimiento llegó ya no fué muy grande el sobresalto del joven. Siempre confiado en que su conveniencia había de ser la ley de cuantos sucesos tocaban á su persona, halló en aquel caso razones bastantes á calmar la desazón que habría debido experimentar. La diligencia empleada en conseguir que la boda se acelerase, no fué eficaz para que el suspirado acto se anticipara al término de los tres meses; pero la demora no era cosa mayor. El casamiento se verificaba el día siguiente al de la espiración. Veinticuatro horas más ó menos, poco importaban. Dulce tenía barruntos de que el marqués de Césare se hallaba en Madrid, y aun antojábasele que en cierta peña del casino había oído sonar entre la charla de los circunstantes, el nombre del *clubman* napolitano en unión con el de la divina Encarna. Por consiguiente, si el marqués estaba en la corte, y en ella tan bien entretenido, ¿á qué se había de desazonar el doncel galardonado por el apremio de un solo día? El siguiente al del matrimonio buscaría al prócer agraviado, y á toca teja, con hermosos billetes de la dote rescataría los malhadados títulos que le acusaban.

Todo iba, pues, á pedir de boca. Llegó el día señalado, uno de los últimos de Diciembre, y se acercaba el instante sin que á Paco le asaltara el temor de que esta vez se frustraran sus esperanzas gloriosas, como otra vez se habían frustrado.

Paco iba á salir del hotelito de la calle de Ferraz. Anocheecía, pues para no retardar la ceremonia ni un minuto más de lo necesario, ésta se verificaba por la noche. Esperaban al novio para acompañarle al hotel de la calle de Alcalá el eximio don Luis Eugenio y su digna consorte. El carruaje, un alquilón disimulado, estaba á la puerta.

—¡Vamos allá! dijo el feliz mancebo presentándose radiante y gallardo, vestido de etiqueta, en el saloncito donde le aguardaban los autores de sus días.

Dirigíanse los tres hacia el vestíbulo, cuando Paco fué detenido por el criado.

—Señorito... esta tarjeta.

La tarjeta venía encerrada en un sobre que el señorito rompió. Tenía la cartulina estampado el blasón y el nombre del marqués de Césare, y olía á llang llang, el perfume favorito de Encarna la rubia.

—¿Alguno que te felicita? preguntó el papá.

—Sí, el marqués de Césare; un amigo de Nápoles. Vamos.

Embarcáronse, y arrancó el tronco.

Paco sintió dentro del coche algunos momentos de turbación. En la tarjeta que acababa de recibir venía algo más que un blasón y un nombre: venía al pie manuscrita esta leyenda: «S. D., para Nápoles.» Y este rengloncito fué el que momentáneamente turbó la serena alegría que llevaba el novio. Porque iba éste pensando:

—Se despide... ¡Qué diablos! Se le ocurre á este hombre marcharse hoy precisamente...

¿Aguardaría la terminación del plazo?... ¿O qué quiere decir esto?...

Pero se tranquilizó en breve el mozo imperturbable, siempre amparado por su optimismo egoísta. ¿Qué había de pasar, sino lo que á él le conviniera?

—¡Bah! Esta misma noche le pongo un telegrama á Nápoles, y mañana le giro su dinero. Libre y horro de sobresalto, dejóse el novio conducir camino de la tierra prometida, y no volvió á pensar en cosa que le desagradara.

En la suntuosa morada del banquero millonario aguardaba al joven mundano, idólatra del placer, el espectáculo gratisimo, la glorificación de sus esperanzas, el paraíso dorado, la mina abierta, de filón generoso, inagotable. Allí esperaba al prometido galán, al penitente redimido, al calavera hecho cuerdo por la potencia del amor, la pobre niña engañada, seducida, sujeta á la fascinación y encendida en afanes vagos, indefinibles de misionera y de amante. La boda estaba dispuesta, boda triste, solemnidad extraña de la que el regocijo había huído, dejando tan sólo en ella trazas de rebelión y de emboscada, luto y frialdad que se mezclaban produciendo un ambiente pesado, desapacible, impuro.

El oratorio parecía esperar á un reo, más bien que abrirse é iluminarse para una boda. Los padres de los desposados, el capellán con su acólito, el juez municipal y dos testigos; nadie más que careciese de misión precisa en aquel acto, hecha excepción de Pepita Alcuneza, la gran entrometida, que acudió sin ser convidada, afanosa de liquidar su cuenta y percibir sus gajes. Nadie más; no hubo cortejo, ni hubo fiesta en aquella boda difamada, impuesta por la maledicencia de los salones, amañada por un rufián y una celestina, tolerada por el padre aherrojado, dispuesta y concluida apresuradamente como una amputación en el hospital ó como una sentencia en la cárcel.

Paco soportó impávidamente el desagrado profundo de aquella situación embarazosa; sus padres no llegaron á sentirlo. Blanca llegó ante el altar con la frente baja, dolorido el corazón, mas esperando consuelo y reposo del amor y gratitud que el compañero de su existencia iba á mostrarle muy pronto... muy pronto, dentro de un instante. El único que en la capilla sofocaba rugidos y enjugaba lágrimas era don Roque, para quien el acto á que asistía era un resumen de todas las penas y de todas las ignominias.

El sacerdote bendijo, el juez extendió su acta, y los concurrentes á la boda salieron silenciosos, huyéndose unos á otros, de la capilla oscura que parecía la de un panteón. Dispersáronse, y allí no hubo más parabién que el de la huérfana setentona á Paco, al cual tendió la mano como si ya esperase cobrar su tanto de infamia.

Paco salió llevando á Blanca del brazo, y con ella se dirigió á lo largo de la crujía hacia la cámara nupcial, junto á la rotunda, caminando airoso, de prisa, impávido, sonriendo al corro de los criados que en un rincón estaban sin ocupación en aquel espectáculo, más que la de murmurar.

En el alma de Paco Dulce radiaba la aurora con todas sus galas y esplendores. Sentíase aquél orgulloso, fuerte, soberano. El que iba recorriendo ese terreno de conquista. ¿Quién le disputaría el dominio de la mujer que á su lado llevaba prisionera? ¿Qué le importaba ya el odio del viejo ceñudo é indomable? Todo era suyo, la esposa, el palacio, los millones, el porvenir. Más allá de la puerta bajo cuyo dintel iba á pasar dilatábase la senda florida, llana, anchurosa, esplendente, la vía triunfal de la riqueza, el *carrousel* de los placeres, el hipódromo henchido de bullicio y fausto para el gran *handicap* de la disipación.

En el misterio é intimidad del aposento donde entró con su enamorada, él se sintió enamorado también, enamorado de veras, tierno, vehemente, embebecido, porque el bienestar y el humor apacible suelen producir esos chispazos de amor en los espíritus egoístas.

Blanca le recibía en sus brazos, contemplábele á sus plantas, sorbía con pecho anhelante las palabras dulcísimas de pasión, de humildad, de agradecimiento con que él iba adormeciéndola. ¡Oh, cómo se apoderaba el villano de aquella alma cándida y ardorosa! Barrido por el hálito de su boca lisonjera huía el recuerdo, borrándose la impresión, de los errores confesados. El pecador ya no estaba allí; estaba el amado, el ídolo otra vez, el dueño irresistible de la criatura embaucada.

—¡Mío!... decía ella. ¿Serás mío? ¿Vas á hacer la felicidad de toda mi vida?...

—¡Sí! ¡Tuyo, siempre tuyo!... ¡coronándote de gloria, envolviéndote en luz del sol, mostrándote á la envidia de toda la tierra!...

—¡Creo en tí, mi amado, mi esposo!... ¡creo en tí!

—¡Oh, qué dichoso me haces, Blanca mía!

—Tú eres bueno, tú eres noble... ¡Yo te adoro, yo te abandono mi alma!

Los celos se habían extinguido; el amor y la fe reinaban entre los esposos. Blanca súbita, Dulce el monarca. La victoria era absoluta.

Se abrió la puerta del aposento, y en ella apareció don Roque.

Los esposos comprendieron desde luego que el anciano venía en son de guerra. Dulce se puso vivamente en pie, altanero, desafiando. Blanca tembló, acurrucada en el confidente donde cayera un momento antes desvanecida.

Bermúdez iba, ciertamente, á la cámara nupcial con ánimo agresor, y no detuvo con circunloquios el momento de acometer. Penetró hasta el centro de la estancia, y allí hizo su revelación tremenda, cual si arrojara una bomba con mecha de tiempo, que al menor retardo fuera á estallar en sus manos.

—El casamiento ha sido un acto de reparación, indispensable de todos modos. Por eso con anterioridad á él no hablé de intereses. Ahora vengo á decirte lo que hay. Paco, yo estoy arruinado; tu mujer es pobre.

Jamás en alma humana se produjo perturbación más profunda ni más violenta que la que experimentó en aquel instante el alma de Dulce. Todavía su anhelo codicioso se mecía en una ola de incredulidad, pero el anciano deshizo prontamente esa ola, exponiendo punto por punto los hechos y las pruebas que acreditaban su ruina. Mostró la escritura de cesión de bienes. Era una verdad evidente: los millones no existían.

Y entonces... entonces, cuando aquel hombre que hacía un minuto murmuraba ternezas y soñaba tesoros llegó á persuadirse de que la palabra fría y cruda del viejo no mentía, cuando se miró burlado, desposeído, sujeto en el lazo, entonces se abandonó sin freno y sin desvergüenza al arrebató de su furor innoble.

¿Conque todo había sido una aña-gaza?... ¿Conque se había jugado con él de un modo tan artero? ¡Qué canallada!... ¡Buen par de bribones!... ¡sí, los dos, los dos, el padre y la hija!... Pues, ¿qué se habían creído en aquella lonja de mercachifles... que él iba á dar su nombre, su juventud, su vida brillante por el amor romancesco de una señorita enamorada?... ¡No, quíá, nada de eso!... No le conocían aún. La jugada había de costarles lágrimas de sangre... ¡Porque aquello era indigno, aquello era para volar el hotel, y Madrid entero, y el mundo!... ¡Aquello era una puñalada tramera!... ¿Qué hacía él ahora?... Él; sí, él que... lo declaraba, lo repetía á gritos... nació para gastar y brillar; él, que necesitaba trenes, palacios, fausto, vida grande y regalada; él, que sentía hambre y sed de dinero, de dinero... sí, montones, raudales de oro, de oro, el que había ido á buscar á aquella casa, bazar de horteras, garito de petardistas.

Iba y venía por la habitación, recorriéndola descompasadamente, gesticulaba, mesábase el pelo, y entre el flujo de palabras que se vertía por su boca, chasqueaba la blasfemia iracunda ó la palabrota soez. Allí, desnudándose de las hipócritas galas y atildamiento con que mentía en el mundo educación y cordura, dejó al descubierto los harapos de su miseria. La bestia voraz, desordenada, ciega, revolvíase en la trampa.

Don Roque se gozaba deliciosamente en aquel desvarío insensato á los ojos de Blanca. Manteníase imperturbable, y sólo de cuando en cuando, como si descargase un nuevo latigazo á la fiera, intercalaba en el monólogo de Dulce alguna frase corta é indiferente:

—¡Qué quieres!... ¡Ya ves!... Eso es lo que hay...

Blanca, transida de dolor, cubierto de espanto el rostro, hallábase en un rincón del aposento, envuelta en la sombra, oprimiéndose las sienes, estrechando su espalda contra la pared, como si quisiera abrirla para retroceder aún más allá. La metamorfosis del hombre amado la turbó un instante; luego comenzó á repugnarle... Allí cayó la venda de sus ojos, allí comprendió la despreciable índole del ser por quien se había alucinado. Con gesto de repulsión seguía escuchándole y le miraba agitarse desesperado pidiendo su oro, clamando por su riqueza. Medía el abismo de perdición á que se había lanzado. Era la esposa de aquel miserable. ¡Oh, qué había hecho!

Y para la desgraciada no concluían allí el espanto y la decepción. Era aquella la hora del dolor... dolor inagotable. La alucinación de la hija, sorda á los vaticinios de su padre, debió de ser una gran culpa, porque en la ocasión de expiarla venía el castigo brutal, acerbo.

Prolongóse la ignominia de aquella noche de novios profanada, porque una vez se hubo deshecho en toda suerte de destemplanzas el primer enojo del avariento defraudado; después que hubo éste consumido el acopio de dicterios, y llorado por su oro perdido, y blasfemado

por el ludibrio de que se le hacía objeto, su cólera no apagada quiso saciarse en algo, y buscó un azote con qué sacudir y una víctima en quien descargar la venganza. Allí estaba el padre, autor de la ofensa, y allí la hija, la imagen adorada de su altar. Un anciano y una niña. ¿Qué más necesitaba un cobarde? ¡Allí todo su valor!

Encaróse con el viejo. Diríglase á herirle en la frente y á traspasar su corazón.

—Y he dicho, habló el furioso, he dicho que esta truhanada iba á costar lágrimas de sangre, y eso no se lo ha llevado el aire... Esta es mi mujer, ¿verdad? añadió cogiendo rudamente á Blanca por un brazo. Tú eres mi mujer, ¿no es eso? ¡Mientras dure tu vida purgarás el ultraje que me habéis hecho!...

Agitábala fieramente, la sacudía, la doblegaba.

—¡Déjala! gritó Bermúdez acudiendo y arrebatando al villano la presa.

Lucharon un momento como dos fieras; el joven obstinado, fuerte: el anciano fatigoso, débil... Y entre los dos, la pobre mujer aterrada, lanzando sollozos con los que iban pedazos del alma.

Don Roque logró al cabo separar á su hija de las manos de Paco, y la estrechó contra su pecho, amparándola con sus brazos.

—¡Yo mando en ella! clamó el marido, clavando su mirada colérica en el rostro del anciano.

—¡No! dijo éste. No mandas en ella; yo te la quito. Vén, hija mía.

Quiso dirigirse á la puerta, conduciendo á Blanca de la mano.

—¡No salgas, Blanca! gritó Dulce, ya empeñado y ciego en aquella porfía.

Corrió hasta el hueco de la puerta, y allí plantado en el dintel desafió á don Roque, con el rostro abrasado por la sangre y el juicio completamente trastornado.

—¡Atrévase usted á pasar!...

—¡Sí, pasaré, miserable!

Paco levantó un brazo; iba á pegar á don Roque. Blanca dió un grito desgarrador.

—¡Qué vas á hacer!... ¡Es mi padre!

—¡Aparta! rugió el joven, sin detener su primer movimiento.

Y la mano que tenía en alto, cayó sobre el rostro de Blanca.

Don Roque lanzó un grito, un aullido. ¡Qué era aquello!... ¡Pegaban á su hija!... ¿Y quién? ¡Aquel miserable! Una nube de sangre le ofuscó la vista; fué á lanzarse, fué á acometer... No pudo. Avanzó un paso, vaciló, vino á tierra de rostro sobre la alfombra.

Los criados, que por allá cerca andaban, penetraron en el aposento á las voces de la hija desolada. Don Roque estaba sin sentidos. Lleváronle y el lecho en que le colocaron fué lecho de muerte para el banquero. La enfermedad había asestado su último golpe. El corazón roto, mal herido, ya no latía. El conocimiento no volvió á la cabeza del enfermo. Y al amanecer del próximo día, Blanca se halló sola entre el padre muerto y el esposo despreciado.

(Concluirá).



UN MÁRTIR DE LA FO



1.—¡A Melilla! Sí, señor. Allí encontraré ancho campo para desarrollar mis aficiones fotográficas...



2.—Con esta vestimenta y esta cámara-detective, me tomarán por un inglés perfecto, moros y cristianos.



5.—No, lo que es este apunte no se puede perder.



6.—¡Dios me valga!

GRAFÍA INSTANTÁNEA



3.— ¡Atrás el inglés!
— ¡Ca, no senyó! Catalá, ben catalá... Pepet Masdeu,
molt amich d' en Martínez Campos...



4.— ¡Ole ya! ¡Viva España! ¡Magnífico, sublime pa-
norama! ¡Lástima de hallarme tan lejos!



7.— Toma, honrado hebreo, marcha á Barcelona,
entrega estos preciosos clichés al director de LA VELA-
DA, y si esto haces moriré contento.



8.— ¡Ah! te recomiendo eficazmente le digas que
remitiré nuevos clichés desde el otro mundo.



UN sabio inglés, Mr. Crowbridge, ha tenido ocasión de observar curiosísimos fenómenos debidos á la acción de las descargas eléctricas.

Durante su permanencia en un hotel alumbrado por lámparas eléctricas incandescentes, se desarrolló por la noche una fuerte tormenta y pudo observar que á cada descarga eléctrica, aunque tuviese lugar á gran distancia, como lo indicaba el intervalo de tiempo que transcurría entre el momento de observación del fenómeno y el de percibirse el ruido del trueno, las lámparas oscilaban. A medida que la tempestad se aproximaba las variaciones de intensidad de las luces se acentuaban, y algunas descargas violentas y próximas provocaban la extinción momentánea de las lámparas.

Estos fenómenos se explican fácilmente teniendo en cuenta las propiedades inductivas de las descargas oscilatorias. Las corrientes inducidas, desarrolladas en los conductores que sirven para el alumbrado por las descargas eléctricas que modifican la intensidad de la corriente eléctrica, producen las variaciones en la luz. Estaban ya previstas estas oscilaciones, pero no se creía que llegaran á acentuarse de tal modo que hasta produjeran la extinción de la luz.

Esto es un inconveniente por fortuna de poca duración; pero las consecuencias del desarrollo de las corrientes por inducción en los conductores del alumbrado eléctrico pueden ser peligrosas cuando los conductores, como acontece de ordinario, pasan junto á los aparatos de gas. Estos dejan escapar continuamente una pequeña cantidad de fluido, ya sea por las juntas, ya por los pequeños agujeros formados por algún granito de arena en la masa de los aparatos fabricados por fusión y vaciado. Por otra parte, el aislamiento de los conductores eléctricos, si bien satisface las condiciones normales de alumbrado, puede resultar insuficiente cuando por dichos conductores se desarrollan corrientes de fuerte tensión inducidas por las descargas eléctricas.

Y no vaya á creerse que este peligro es una quimera. Mr. Crowbridge refiere que en el hotel de que hemos hablado, una pequeñísima corriente de gas que se escapaba por un agujero por el que no habría penetrado un alfiler, se inflamó sin causa aparente durante la borrasca, y que, á no ser porque un criado acudió á tiempo, se hubiera declarado un incendio.

Hoy que el alumbrado eléctrico, recomendable por muchos conceptos, se propaga con gran rapidez, deben tomarse toda suerte de precauciones si se quieren evitar

accidentes de esta naturaleza. Conviene particularmente renunciar por completo al empleo mixto del alumbrado eléctrico y del alumbrado por gas.

Un pobre barquero, que no había ganado nada en todo el día, regresaba muy triste á su casa, cuando oyó que alguien le llamaba para pasar en la barca. La travesía se hizo alegremente. Pero al pedir el importe el barquero, protestó el pasajero alegando que no llevaba ni un céntimo, pero que en cambio le daría un buen consejo que valdría tanto como el dinero que le debía.

—¡Buenos estamos! ni mi mujer ni mis hijos viven de consejos, exclamó el infeliz barquero.

Pero al ver que nada podía alcanzar del pasajero le pidió que le diese el consejo.

—Consiste en que no paséis á nadie en la barca sin cobrar por anticipado.

Un florentino conocido por Foggio quiso comprar un caballo. El vendedor pidió por él veinticinco ducados.

—Os daré quince al contado, dijo el florentino, y os quedaré en deber el resto.

El vendedor se avino á ello y al cabo de algunos días fué por los diez ducados.

—Es preciso, observó el comprador, atenernos á lo convenido. Os dije que os quedaría en deber el resto, y si os pagaba ya no lo debería.

Al ver una zorra algunos polluelos acostados junto al gallo en un corral, procuraba hacerlos salir por medio de halagadoras palabras:

—Tengo una buena noticia que comunicaros, los animales han celebrado un gran consejo y han convenido una paz eterna. Bajad, celebraremos como buenos amigos este acontecimiento.

Al oír esto el gallo, que por esta vez fué más astuto que la zorra, levantándose sobre los espolones se puso á mirar á todos lados, por lo que la zorra le preguntó:

—¿Qué miráis?

—A dos perros que vienen hacia aquí con gran pres-teza.

En vista de lo cual la zorra huyó precipitadamente.
—¡Cómo! dijo entonces el gallo, ¿la paz está acordada entre todos los animales?

—¡Oh! gritó huyendo la zorra, es posible que estos dos perros ignoren todavía la noticia.

Existe un procedimiento sencillísimo para comunicar al papel de escribir y á los sobres de cartas un olor agradable y permanente. Consiste en empapar con esencia de madera de sándalo algunas hojas de papel secante; dejarlo secar y colocarlo entre las hojas de papel ó entre los sobres. Al poco tiempo el papel queda perfumado de tal modo que conserva el olor por espacio de algunos años.

Para distinguir el marfil animal del marfil vegetal basta poner en la superficie del objeto una gota de ácido sulfúrico concentrado, el cual produce, al cabo de diez á quince minutos, un color de rosa que desaparece lavándolo simplemente en agua clara, si el objeto es de marfil vegetal. Si es de marfil animal no toma ningún color aunque esté en contacto con el ácido sulfúrico.

La actividad es la mercadería que produce mayor beneficio.—PROVERBIO ÁRABE.

Hay tres cosas que no se alcanzan con el auxilio de otras tres más y son: la riqueza con el deseo, la juventud con el afeite y la salud con los medicamentos.—VSCHEK.

La mayor parte de los placeres no son más que frívolos pasatiempos, y tienen un grave inconveniente, el cual consiste en que hayan de tomar parte en ellos varias personas; el juego más insignificante exige por lo menos dos, mientras el estudio procura placeres útiles en la profunda soledad.—PROVERBIO CHINO.

La pretensión de ser más virtuoso de lo que uno es se llama hipocresía; pero no debe olvidarse que tiene algún mérito quien sabe ocultar en público los vicios de que es culpable.—STERNE.

A veces la desgracia es útil.—C. RUTILIUS.

No haber conocido la desgracia es una desgracia.—PUBLIUS SYRUS.

La pobreza nada teme; ella me ha determinado á escribir.—HORACIO.

Las enfermedades del alma no se parecen á las del cuerpo; cuanto más graves se presentan menos las sentimos.—SÉNECA.

Desventurado el que tiene completa libertad para obrar mal.—CICERÓN.

Recreos instructivos

EL REMOLCADOR... SECO

Cuando el aire está completamente libre de humedad, con gran contento de los reumáticos y de los tañedores de instrumentos de cuerda, puede verificarse una experiencia curiosa é instructiva, por lo que indica sencilla y claramente la naturaleza de los dos fluidos eléctricos, cuya conjunción de oposiciones produce tantas maravillas en nuestros tiempos.

Tómese una tarjeta de visita, ó un naípe, y frotándolo vigorosamente con un paño ó con un cepillo, durante un buen rato, queda electrizado de manera que puede atraer cuerpos de peso bastante regular, puestos en equilibrio, como, por ejemplo, una escoba encima del respaldo de un sillón, ó si no se quiere democratizar tanto la experiencia, un bastón con puño rico.

Inmediatamente después de haber sido electrizada la cartulina, se aproxima al objeto que se quiere atraer y que está en equilibrio y se verá adelantar al *solicitado* como si le obligase á perder su posición una especie de fascinación magnética: excuso añadir que el bastón cederá porque, sin tocarlo, habrá perdido el equilibrio; por esto preferí emplear la escoba que no puede estropearse tan fácilmente.

La misma cartulina atrae los cuerpos ligeros como barbas de pluma, papelitos, arenilla fina, etc., esto es debido á que el fluido eléctrico que contiene corresponde al género resinoso ó negativo, que atrae... como el vicio, y como él hace caer.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

LA-GU-NA

A la charada-logogrifo:

RÍO

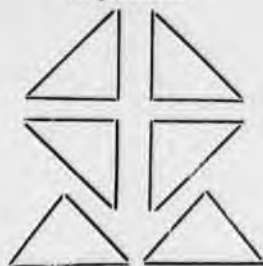
Al logogrifo numérico:

CLAUDIO

A la combinación:

C O R B E R A
P I N E D A
D O S R I U S
C A L A P
A R G E N T O N A
C A P O L A T
O R P Í
M A S N O U
G R A C I A

Al problema:



Solución á la esfingeografía del número 80:



CHARADA COJA

Diz que si mi *todo* es bueno
es émulo de... 1, 2, 3,
y cuando tiende la mano
dice muy contento... 1, 3,
y si en sus manos se entrega
un enfermo rico... 2, 1.

PHILOS.

ROMBO

TERCIO DE SÍLABAS



Sustituir los puntos por letras de modo que resulte: 1.^a línea horizontal, vocal; 2.^a, cantidad; 3.^a, nombre de mujer; 4.^a, sustancia química; 5.^a, capital de España; 6.^a, nombre de mujer; 7.^a, vocal.

E. L. DE G.

Sustituir los puntos por letras de manera que, leído vertical y horizontalmente, den los siguientes resultados: 1.^a línea, nombre de hombre; 2.^a, la llevan los niños que van á la escuela; 3.^a, oficio.

JULIO MANTICÁS.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. — IMP. ESPAÑA Y COMP.^a



LA NAVIDAD DEL ARTISTA

ESBOZO POR

GUILLERMO HERBERT

LA muchacha más bonita de la ciudad con el más rico de los padres! ¡No me maravilla que los jóvenes zumben aquí como un enjambre de abejas haciendo monadas!

Así hablaba uno de los criados dirigiéndose al otro mientras ambos descansaban un momento en un rincón de la gran sala y en ocasión en que Olga Steinbach distribuía los regalitos que la familia destinaba por Navidad á sus amigos. Tal era la costumbre en casa del comerciante Steinbach. La víspera de Navidad se dedicaba únicamente á la familia. En la salita hallábase iluminado el árbol para los más allegados, cuadro característico de aquel día en los hogares de Alemania. En la noche del siguiente día juntábanse todos los que de cerca ó de lejos estaban en relaciones con la casa y se reunían en los vastos salones destinados para estos casos. Ninguno de los que acudían se marchaba sin un pequeño recuerdo, que los amables dueños de la casa habían ya escogido para él antes de invitarle, colgándolo de un abeto gigantesco lleno de brillantes luces.

—¡Bueno!—dijo riendo la preciosa joven de los ojos negros, hija de la casa, echando atrás con la mano los magníficos rizos que con el mucho moverse se le habían venido sobre los hombros y sobre las rosadas y aterciopeladas mejillas.—¡Ahora el niño Jesús no tiene nada más! El que sea bueno y esté contento irá al cielo, y el que no lo esté irá al cuarto oscuro á beber ponche hasta que vuelva á ponerse de buen humor!

Un aplauso ruidoso y general celebró este discursito y por algunos minutos pareció que verdaderamente había allí un enjambre de abejas; ¡tal era el murmullo de adulaciones, admiraciones y alabanzas que rodeaban á la joven!

—¿Y usted? decía ésta un momento después, cuando los invitados, diseminados en pequeños grupos, antes de la comida, bromeaban sobre los regalos que habían recibido. ¿Y usted, señor Rolf? Otra vez me parece que de todos nuestros convidados es quien está menos contento,

¡Qué feo es esto! Oiga usted: cambiaré esta preciosa cartera con el teniente Grieben, que se consideraba muy dichoso con un jarro en el cual había yo pintado dos hojitas de viña solamente, mientras que aquí he bordado casi por cinco marcos de sedas! ¡Sí, sí, por cinco marcos! Ya puede usted mirarme; ¿cree usted que no ha sido un buen bajón para mi bolsillo particular? Y ante todo la labor. ¡Á lo menos merecería otra cara que la ceñuda y descortés que pone usted abiertamente á la hija de la casa! Otros que esperaban tener algo más y mejor disimulan aquí, hacen buena cara y me saludan sonriendo como muñecos de porcelana; en cambio usted ¡verdadero gruñón alemán! ¿Qué le vuelve á pasar á usted?

—¡Ay!

El esbelto joven de rubios cabellos había vuelto la cabeza y suspiraba al reparar que dos señoritas le estaban mirando riéndose.

—¿Lo que tengo? ¡Bien lo sabe usted! ¡Estoy tan disgustado con el mundo entero que quisiera hacerlo pedazos, exceptuando naturalmente el pequeño espacio en el cual usted se mueve!

—¡Vaya, vaya! exclamó la joven burlándose. ¿Y le parece á usted que estaría contenta sola en el mundo, aguantándome en este trocito de pavimento, temiendo á cada momento caerme en el abismo sin suelo?

—¿Qué quiere usted? dijo con amargura el joven artista, ¡soy así! ¡Me contengo, me contengo, pero quizás á lo mejor me saldré de quicio! ¡No tengo ganas de trabajar, ni tengo inspiración, ni talento, ni tampoco energía, ni voluntad; todo se ha acabado!

—En una palabra, dijo Olga. ¡Está usted hecho un holgazán! ¡Sí, sí! ¡Un holgazán! ¡Ha dejado usted descansar tanto tiempo y enmohecerse su magnífico, extraordinario y original talento, que ahora yace olvidado en cualquier rincón en el fondo de su alma! Vamos á ver. ¿Qué es lo que ha hecho usted este año? He podido convencerme por mi misma con indignación y avergonzándome por usted. ¡Nada! Sus compañeros, de los cuales algunos se hallan en esta sala, han ido adelante y haciendo esfuerzos han podido llevar á la Exposición cosas bien hechas, bonitas y que rebosan talento. ¿Y usted en cambio?... Su único cuadro «Señora de espaldas» no me ha gustado poco ni mucho! Me parecía que hubiera vuelto el cuadro del otro lado y le hubiera preguntado: ¿quién eres al fin por delante? Deja que se vea si del otro lado eres bonita, pues de espaldas parece que el artista hubiese querido pintarte de frente pero que no se ha atrevido.

Un gesto de amargura se dibujó un momento en el rostro del pintor.

—¿Sabe usted cómo sería la señora vista de frente? —preguntó él mientras buscaba en el bolsillo un pequeño estuche que sacó de él. — Así, le dijo.

Y alargó un retrato á la joven.

Olga se acercó al rincón más próximo y debajo de la lámpara se puso á contemplar el retrato, mas á la primera mirada se puso colorada y lanzó una pequeña exclamación de sorpresa.

—¿Yo? murmuró. ¿Yo?

—¡Sí, usted! repuso el pintor Rolf á media voz, pero con pasión. Es usted mi único pensamiento, el único rayo de luz que ilumina mi alma á través de las tinieblas de mi abatimiento, y también es usted lo único que yo podría pintar. Efectivamente, tiene usted razón: la «Señora de espaldas» parece como si el artista hubiese querido reproducirla por entero y no se hubiese atrevido! ¡De cara, á la vista de todo el mundo, con estos ojos radiantes, con estas hermosas mejillas, con este rostro ideal, así quisiera yo pintarla! Este es, señorita, el deseo que arde en mi pecho, el luminoso oasis que convida al sediento en medio del desierto. En ello encontraría aún la salvación. ¡Yo se lo ruego, aunque sé cuántas veces me lo ha rehusado á mí y á otros! ¡Déjeme usted pintar su hermosa imagen! Creo que entonces me sentiría inspirado y que tendría fuerzas para volver al Arte verdadero.

La joven bajó los sedosos párpados sobre los ojos y permaneció un minuto ensimismada como escuchando el dulce sonido de las campanas de Navidad que se oían á lo lejos anunciando paz y ventura.

Luego, irguiéndose, le alargó la mano.

—¡Me pintará usted, señor Rolf!

—¡Olga! exclamó él olvidándose de la etiqueta que ha de guardarse en sociedad. ¡Estas palabras, después de una confesión tan alborotada!... ¡Oh, no me deje usted ahora solo, no me deje usted reflexionar, pues si llegase á profundizar todo lo que esta concesión puede significar en este momento!... ¡Olga! Ha leído usted en mi alma; ahora sabe usted que todo mi corazón es suyo y me concede usted lo que niega á todos! ¡Oh! esta es también una revelación, de alma á alma, de corazón á corazón.

Olga en voz baja repetía expresiva:

—Sí, ¡me pintará usted!

Empero, inmediatamente hizo una seña con el dedo que contuvo una nueva explosión en el joven.

—Con una condición, añadió:

—¿Cuál? exclamó él. Tengo ahora ánimo para ir á buscarle una corona de princesa en el Rhin.

—¡Ah! dijo la joven sonriendo, no pido tanto. El permiso para pintarme le costará á usted cinco mil marcos.

—¿Cómo? balbuceó Rolf consternado sin acabarlo de creer. ¡Cinco mil marcos!

—Sí, sí, repuso ella muy seria con un movimiento de cabeza; ¡cinco mil marcos!

—¡Cómo! prosiguió él de nuevo con la mayor extrañeza. ¿La acaudalada hija de un comerciante exige realmente cinco mil marcos al pobre artista que nada tiene?

—Pero que puede en realidad tener algo, prosiguió Olga acentuando sus palabras, si quiere mover asiduamente las manos como las ha movido el comerciante Steinbach para convertirse de pobre tenedor de libros en lo que es! Además, no pido el dinero para mí sino para un fin muy bueno y benéfico. Tan pronto como me ponga usted cinco mil marcos encima de la mesa, me retratará usted, antes no.

—Bueno, exclamó el artista, mañana tendrá usted los cinco mil marcos y pasado mañana empezaremos el cuadro.

—¡Fuera! respondió Olga con energía. ¿De modo que pedirá usted dinero prestado? ¡Usted quiere ponerme en la mano dinero extraño! ¡Nunca, jamás! Lo que yo pido ha de ser ennoblecido por su trabajo, ha de ser dinero ganado, ¿lo entiende usted? ¿Me dará usted su palabra de que no habrá un centavo que no sea así?

—¡Dinero ganado! dijo Rolf con desesperación. ¡Entonces nunca podré pintarla! No me quedan relaciones ni con algún protector ni con ningún mercader! Nadie me comprará nada, á no ser tal vez un dorador de telas á diez marcos cada una para adornar un marco; mas antes de alcanzar de esta manera cinco mil marcos me retorcería el cuello de asco de mí mismo! ¿No quiere usted desistir de esta prosaica condición? Usted ve que no puede cumplirse.

—¡Se cumplirá si usted quiere! contestó Olga con gravedad. Y no llame usted prosaico á lo que exijo. ¿Ha olvidado usted la poesía que hay en el trabajo digno, animoso y coronado de éxito? ¡Recobre usted lo perdido y entonces sabrá usted comprenderlo! Ahora, adiós, querido amigo; otros deberes llaman á la hija de la casa. Le concedo á usted un año de tiempo. Mándeme usted en los días que preceden á las fiestas de Navidad los cinco mil marcos de dinero honradamente ganado con obras artísticas, y en la noche de Navidad misma recibirá usted delante de todo el mundo el permiso para pintarme! ¡Adiós!

Rolf la vió alejarse con amarga sonrisa y pensó:

—¡Jamás te pintaré!

Furioso abandonó inmediatamente la sala, y al andar presuroso sobre la nieve, que crugía, en una clara noche de luna, prorrumpió en exclamaciones contra Olga: —Debía haberlo supuesto: ¡la hija es como el padre! ¡Todo depende del 'dinero! Sabe Dios á qué institución de negritos de abultados labios, en el fondo del Africa se quiere proveer de medias de algodón ó de biberones, y ésta sería la verdadera ocasión de distinguirse por su caridad delante de las demás señoras, mientras se aprovecha la locura de un pobre estúpido artista y se hostiga su pincel para alcanzar una bonita suma de dinero! ¡Sería bueno! Yo no pinto, ni pintaré ahora tampoco, suceda lo que suceda. ¡Mi última estrella se ha eclipsado!

Si hasta aquí se oía hablar mucho menos en el mundo del arte de Rolf, desde entonces no se supo nada más de él, y lo que se decía privadamente no merecía ningún elogio. Se le veía en las tabernas frecuentadas por *artistas* perdidos que de artistas sólo tenían el nombre; decayó física y moralmente, y Olga Steinbach desesperaba cada vez más de poder llevar á efecto su plan.

De pronto un contratiempo vino á sacarle del pantano en el cual se hallaba metido.

En un paseo, al principiar la primavera, vió de lejos en un establecimiento de recreo por primera vez desde aquella noche, á Olga, y á su lado un joven hermoso y elegante que la obsequiaba extraordinariamente.

¡Hola! ¿qué significaba aquello? Una viva sensación de desfallecimiento se apoderó del artista al contemplarlo de lejos. ¿Existía realmente en él algo todavía que le apegaba al mundo y conmovía todas sus fibras? ¿Habría todavía en la existencia algo que le interesase tanto como en aquel instante aquella criatura que le aparecía doblemente hermosa y aquel desconocido que la rodeaba de atenciones tal vez bien recibidas?

Era preciso obrar. Vió entonces clara y perfectamente que amaba á Olga y que no la cedería á nadie. Por loca que pareciese la idea, se apoderó de él la de conquistarla y arrebatársela á aquel hombre.

De todos modos lo intentaría, y si no salía victorioso, tendría por lo menos el triste consuelo de haber cumplido lealmente lo que Olga le había exigido, mientras ella, olvidándolo demasiado pronto, habría faltado á lo que, si bien no con palabras, le había prometido con los ojos.

He ahí que de repente volvió á hablarse de Rolf. Primero con motivo de la primavera fué elogiado su magnífico cuadro lleno de sentimiento con una encantadora señora pintada de espaldas; luego un paisaje, otra vez con la misteriosa señora de espaldas; todo ello delicioso y aun magistralmente pintado. Más adelante expuso una sala de espléndida perspectiva sin que tampoco faltase la señora de espaldas. En todas partes se hablaba de lo mismo, se hacía broma de ello, se preguntaba con afán quién podía ser aquella señora; empero nadie lograba averiguarlo, y por esta misma razón se pagaban más caros los cuadros del artista. Si se le preguntaba al pintor mismo, la gravedad de su rostro se cambiaba en una sonrisa y contestaba:

—La señora de espaldas es la felicidad que me las vuelve á mí.

—No diga usted esto, le decía la gente. ¡Cuán pronto se ha hecho usted un nombre con sus obras de arte!

¡Sí, en verdad, por su arte... que halló de nuevo en medio del dolor y de la angustia!

A mediados de Diciembre empaquetaba cinco mil marcos en billetes de Banco y les ponía la dirección de la señorita Olga Steinbach, cuando entró uno de sus acreedores.

—Ahora no tengo dinero, aguarde usted; después de año nuevo tendré el dinero que me darán por el cuadro que terminé ayer.

Y le recibió con tan mal humor que el buen hombre echó á correr asustado.

Empero Rolf se sentía interiormente más tranquilo y animado. Se había portado bien y se había hecho hombre. Si no le daba el resultado que apetecía, su conciencia por lo menos nada le reprochaba. En esta disposición de espíritu fuése á casa Steinbach la noche de Navidad, por

vez primera desde el año anterior. De todas maneras quería tener esta triste satisfacción. Luego acaso podría vencer al señor de Wedel, el joven, rico, elegante é ilustrado propietario, del cual, junto con Olga, se hablaba por todos lados... ¡Habría así ganado una noble batalla! Y tal vez... ¡Fuera tal locura!

Cuando Olga se le acercó sus ojos brillaban con más intensidad.

—Aquí tiene usted su regalo de Pascua, le dijo con un ligero temblor en la voz. Querido amigo, ¡cuánto tiempo sin vernos!

Con mano temblorosa tomó Rolf el paquetito. ¿Cómo? ¿qué era aquello? ¡El recibo de todas sus deudas pagadas algunos días antes!

—Con los cinco mil marcos, díjole Olga sonriendo y con los ojos húmedos. Ahora es usted un hombre libre, otra vez un verdadero artista amante del trabajo, y puede usted ya...,—añadió en voz baja mientras la mirada del joven se clavaba en la suya como haciéndole una pregunta,—pretender á la hija del consejero de comercio. Nadie podrá ya echarnos en cara que mi dinero ha servido para sacarle de apuros.

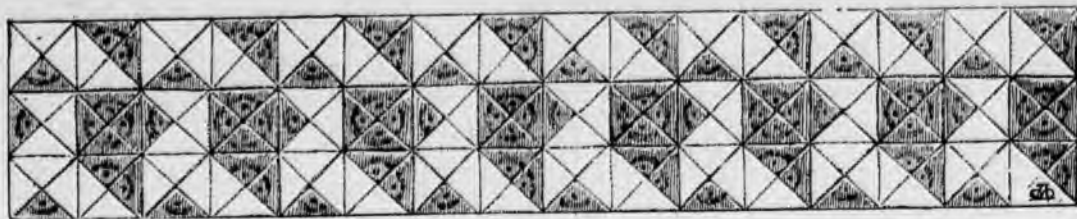
Rolf temblaba de felicidad y gratitud.

—¡Noble, hermosa y discreta mujer! balbuceó sonriente. ¿Y el señor de Wedel?

—¡Pobrecillo! ¡Se consolará! Ahora venga usted... ¡Brindis á los novios... dicha sin fin... radiante, feliz y dorada fiesta de Navidad!

(Traducido del alemán de *Kunst für Alle*).





MARRUECOS

POR

EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

Yo comencé el primero con la mayor confianza... ¡Dios eterno! Mi primer impulso fué lanzarme sobre el cocinero y ahogarle entre mis manos. No, no exagero si digo que mi rostro hizo cuantas contorsiones puede ofrecer el semblante de aquél que se siente acometido de improviso por un cólico agudo, ó ha recibido la inesperada noticia de la quiebra de su banquero. Entonces comprendí perfectamente que las gentes que de aquella manera comen, crean en un Dios distinto del nuestro y tomen en otro sentido la vida humana. Sólo comparándome á un desgraciado que se hubiese visto en la dura precisión de comer en los cachivaches de un peluquero, podría conseguir que se formara una idea aproximada de lo que sentí en la boca: aquello sabía á pomadas, á ceretas, á jabones, á tinturas, á cosméticos, á menjerges á demonios, á todo cuanto, en fin, pueda imaginarse de más impropio para ser introducido en una boca humana. Á cada nuevo plato cambiábamos miradas de sorpresa y terror. La materia prima debía ser buena, puesto que la formaban aves, carnero, caza y pesca, platos enormes de muy buen aspecto, pero nadando todo en salsas abominables; todo untoso, perfumado, cubierto de pomada; todo dispuesto al parecer más bien para ser alisado con el peine, que cogido con el tenedor. Con todo, era indispensable acabar con algo, y me preparaba al sacrificio recordando que Aleardi ha dicho:

¿A quién en la vida,
de escondido delito no le pesa?
Mas ¡algo se expía!

Lo único comible era el carnero asado. Ni siquiera el alcuzcuz, el plato nacional de los moros, hecho con grano triturado del tamaño de la sémola, cocido al vapor y condimentado con caldo ó con leche, — fermentido simulacro de arroz, — ni siquiera el alcuzcuz pude engullir sin gesticular y mudárseme la color. Y hubo alguno de los nuestros que, por bien parecer,

llevó su heroísmo al extremo de comer de todos los platos. ¡Dígame después de esto que en Italia no existen los caracteres!

A cada bocado nos preguntaba nuestro huésped con la mirada, qué tal nos sabía, y nosotros poniendo los ojos en blanco respondíamos á coro: — Soberbio, excelente. — Y luego para cobrar valor apurábamos un sorbo de vino.

Llegada la ocasión oportuna, estalló en el patinejo una música extravagante que nos hizo incorporar como impulsados por un resorte. Eran tres tañedores, venidos, cual lo exige la costumbre árabe, para animar el festín: tres árabes de ojos grandísimos y acaballada nariz, vestidos de blanco y rojo que, sentados junto á la puerta del aposento donde nos hallábamos, y arrimados á un babuchero, en el cual dejaron sus pantuflas, tañían uno la tiorba, otro la bandurria y el tercero el tamboril. Sentámonos de nuevo, y los platos comenzaron á desfilar



Concierto en casa de Mahomet

en interminable procesión (veintitrés, comprendido el postre, si la memoria no me es infiel), y á experimentar contorsiones nuestro semblante, y á saltar al aire los tapones.

Las repetidas libaciones, siquiera parsimoniosas, el aroma de las flores, los perfumes que ardían profusamente en cincelados pebeteros de Fez, y aquella extraña música, que, á fuerza de repetir su melancólico y misterioso lamento, acaba por apoderarse del ánimo con irresistible simpatía, produjéronnos una pasajera embriaguez taciturna y fantástica, durante la cual cada uno de nosotros creyó sentir sobre la frente el peso del turbante, y encima del pecho la cabeza de una sultana.

Terminada la comida nos levantamos y esparcimos por la sala, por el patio, por el vestíbulo, por todas partes, buscándolo todo y husmeándolo todo con curiosidad verdaderamente infantil. En cada ángulo oscuro, quieto como una estatua, distinguíase un árabe de talla enorme, envuelto en su capa blanca. La puerta de la cámara nupcial había sido cerrada con el cortinón, y al través del ajimez podía distinguirse un gran movimiento de cabezas veladas. En las aberturas superiores aparecían y desaparecían algunas luces. Oíase rumor de voces de gente

escondida. Encima y alrededor de nosotros bullía una vida invisible, que nos advertía hallarnos dentro de los muros, pero no en el interior de la casa; que la belleza, el amor, el alma de la familia, habíase refugiado en los rincones más apartados; que nosotros éramos los que constituíamos el espectáculo, en tanto que la morada aquella continuaba envuelta en el misterio.

A deshora apareció, saliendo por una puertecilla, la criada del ministro que había ido á ver á la desposada, y al pasar á nuestro lado para marcharse, exclamó:

—¡Ah! ¡si vieseis qué hermoso capullo de rosa; qué ángel del paraíso!

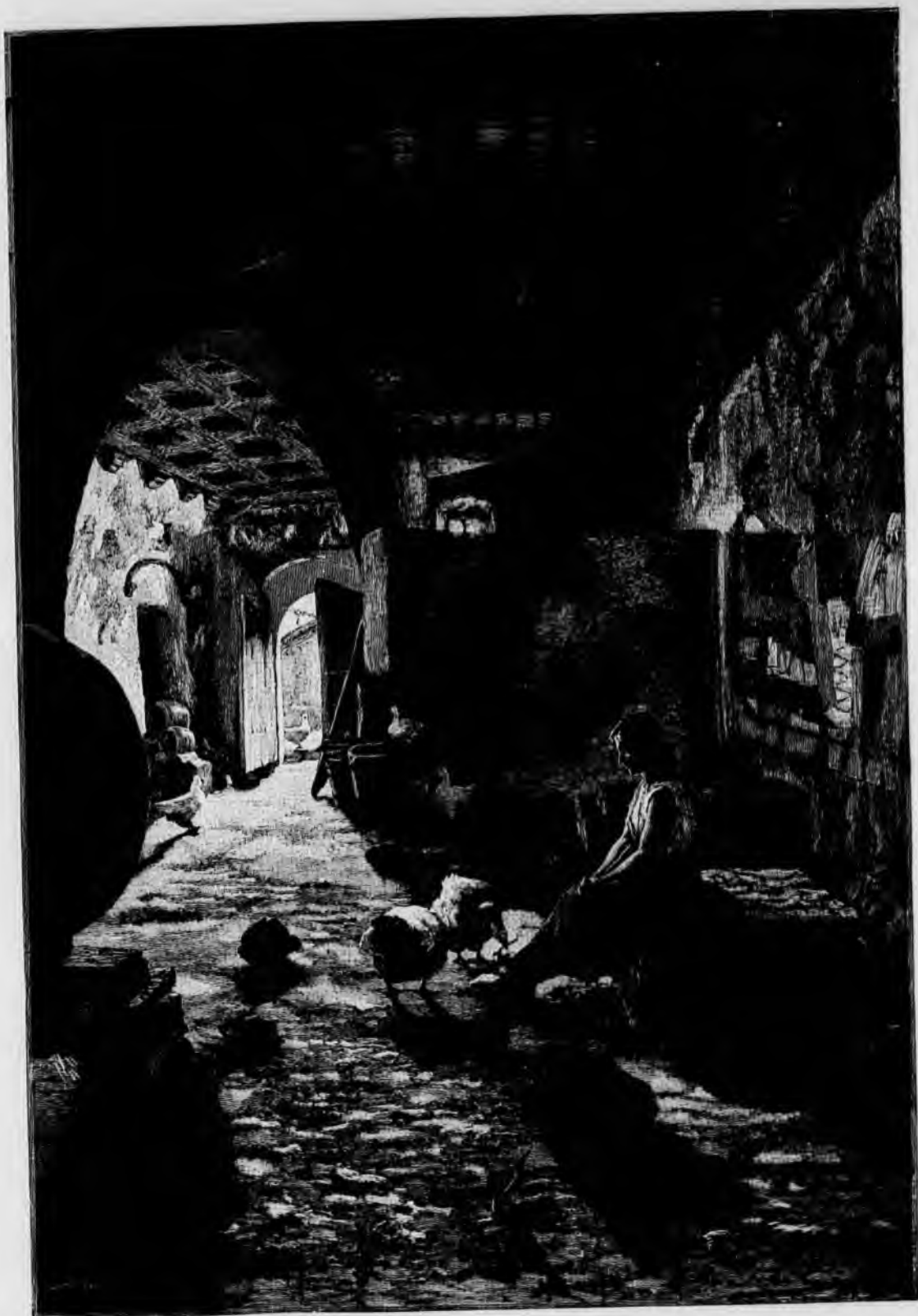
Y en tanto la música continuaba sonando, el áloe despidiendo su penetrante perfume, y nosotros recorriendo y husmeando, y la cabeza fantaseaba, fantaseaba... y fantaseaba cual nunca, cuando al dejar en pos de nosotros aquel ambiente lleno de luz y de perfumes, tomamos por una callejuela solitaria y tenebrosa á la luz de una linterna y en medio del silencio más profundo.

Traducido del italiano por

C. V. DE V.



ULEMA




LOS FEUDALS D'ARA «LOS FEUDALES DEL DÍA»

CUADRO DE ERNESTO SOLER DE LAS CASAS



UNA VISTA DE MELILLA

Ayuntamiento de Melilla



¡Pro patria

BASTA ya del fantástico espejismo
que produce el lirismo esplendoroso,
y mueran por olvido generoso,
los coloristas en su propio abismo.
Descanse en paz el nuevo gongorismo
con su enredo de frases, contagioso,
y vuelva a cautivar lo delicioso
de nuestro excelso y clásico lirismo.
¡Abajo el resplandor de hoja de lata,
y cesen ya, de compararse á coro,
los tomates con globos de escarlata,
el estiércol con fúlgido tesoro,
los besugos con góndolas de plata
y los buñuelos con sortijas de oro...

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

DOS VERSOS PARA OTROS DOS



OMO el bueno de don Francisco de Quevedo y Villegas era asaz amigo del chocolate con ricos bollos, se pasaba largas temporadas, merodeando por cuenta ajena, en el monasterio de San Lorenzo del Escorial. Es cierto que no había por estos años *diligencias peninsulares*, pero allá se las entendían unos con otros, y sus mulas (en préstamo) picaban por menudo como ovejas en rebaño. ¡Y digo!... si sentían caballeros como Quevedo, que no parecía sinó que le conocían en el montar, por el trotecillo que tomaban hasta desprenderse de un cabalgante de pies tan alejandrinos (largos, dice la historia).

El venerable monasterio del Escorial era el panteón de nuestras glorias, y unos por pasar algunos días de holgorio, y otros por contemplar la octava maravilla del mundo, visitaban este monumento debido á la constancia del riguroso Felipe II. Pero el genio, que es juguetón y travieso como él mismo, jimotea en un baile, ó se ríe en un duelo, como Quevedo ha descargado una broma en verso (son las más pesadas) contra Montalván, bajo los suntuosos claustros del monasterio que era

palacio magnífico á los reyes,
y albergue penitente á solitarios,

y Voltaire ha disparado un epigrama ó cosa parecida contra la Academia Real de París, que era el archivo de la Francia intelectual del siglo XVIII. Con Quevedo y Montalván tengo que habérmelas por un rato, y entretanto que no se da principio á esta entretenida historia, una mirada á la rúbrica del artículo, que es lo primero que se lee entre gente que lo entiende.

Por los años de 16... (la crónica está apollidada en este interesante renglón), todos admiraban el cuadro que representaba á San Jerónimo, azotado por darse tanto á los autores clásicos, el cual estaba en uno de los claustros del Escorial, y como por los años que corrían había furor de lucir erudición, era un contento escuchar los bien razonados diálogos que sostenían los monjes con los viajeros. Cada imagen se convertía en un centón histórico, y cada cuadro en un *para todos*. Y he aquí, lector benévolo, como por el hilo viene el ovillo, porque no habrá cristiano

viejo que no se acuerde del *para todos* del bueno del doctor Pérez de Montalván, recordando con maliciosa sonrisa aquella inocente redondilla:

El *Doctor* tú te lo pones,
el *Montalván* no lo tienes,
con que en quitándote el *Don*,
vienes á quedar *Juan Pérez*.

Sucedió, y en mal hora, que en la solemne función de... (malditas apolilladuras), se contaba Montalván como uno de los muchos que recorrían los claustros del Escorial, acompañado de algunos monjes que le seguían... como la sogá al caldero. El doctor Pérez, sorprendido por la idea que había tenido el pintor, en presentar á san Jerónimo azotado porque se devanaba los sesos con los autores clásicos, se detiene largo trecho, la diestra en la barba, la izquierda sobre la espada y con el ferreruelo terciado, sorprendido de la originalidad del pensamiento y de la verdad con que había sido desempeñado. Por estos tiempos, en que no había libertad de imprenta (¡¡literatura!!!), cada *victor* era un álbum, y cada pared de convento ó de universidad un tomo de poesías de *muchísimo peso*, y validos los monjes del Escorial de esta añeja usanza, ya con macarrónicas alabanzas, ya con campanudas calificaciones, le manifestaron que era necesario escribiese allí algunos versos alusivos al cuadro... redondilla ó cosa tal... así... pues... cosa que se leyese.

Montalván en vano contesta que no posee gracia de hacer graciosas improvisaciones, pero á cada momento se repite el tiroteo de los monjes, y mi buen poeta no tiene más remedio que escribir... unos versos... así... pues, cosa que se leyese.

Todas las cabezas están sin moverse, todos los semblantes sin inmutarse, y hombre hay que adelanta uno de los pies para divisar antes que nadie los versos del ingenio. Montalván da término á su pesada tarea, y los monjes se agolpan á leer los versos que había escrito á encontrar trones, porque ser poeta y escribir bien es un milagro. La inspiración, la tierna inspiración, la sublime inspiración del doctor Pérez Montalván se reducía á estos dos versos:

Grandes azotes le dan
porque á Cicerón leía.

Mucho celebraron la agudeza del buen doctor, saliendo del apuro con poco trabajo; y desde aquí guarda la historia completo silencio, hasta que por encantamiento nos pone en el mismo convento, bajo el mismo claustro, delante del mismo cuadro, al mismísimo don Francisco de Quevedo Villegas, poeta estafalario de quien era necesario huir si retorciendo sus lacios bigotes y con un *pie* entre pecho y espalda... (no hay que asustarse que era un *pie* métrico), revolvía sus negros ojos en busca de consonantes para una glosa. Quevedo, hablando sin rodeos, no podía ver á Montalván... y lo mismo fué saber que el autor de los versos era su *amigo* el doctor Pérez, que se dejó de protestas y disculpas y formó *propósito* de concluir la redondilla... con intenciones de descargar alguna sátira contra el doctor Montalván. ¡Oh, sublime oportunidad del genio! ¡Al *pie* de un san Jerónimo azotado, vapulear Quevedo al *ingenio* del *para todos*! Con acento irónico lee los primeros versos

Grandes azotes le dan
porque á Cicerón leía,

y sin pararse en barras concluye la redondilla de esta manera:

¡Ira de Dios! ¿qué sería
si leyese á Montalván?

A las primeras pareció muy bien el final de Quevedo; se celebró la idea por todo el con-

vento, y aun dicen que el rey se divirtió mucho con esta donosa ocurrencia; pero Montalván, que lo sabe

traspasa el alta sierra,
ocupa el llano,
no da paz á la mano,

y se pone de buenas á primeras en el convento del Escorial. A su llegada desapareció la dichosa redondilla, y esta circunstancia ha borrado la intención que él tenía de desafiar al calavera de Quevedo. Montalván debió resignarse, porque siempre se ve á pique de naufragar el que hace las cosas á medias, y porque

el que compone por Dios
como á veces Montalván,
pierde en ello, voto á brios,
pues siempre prontos están
dos versos para otros dos.

ANTONIO NIERA DE MOSQUERA.



NUEVA ORLEANS

POR

JULIAN RALPH

(CONCLUSIÓN)

PUEDE decirse que la mitad de los negociantes de la ciudad es procedente del Norte y del Oeste confundidos con los naturales por recíprocas alianzas de familia y por las asociaciones mercantiles. Allí no encontramos, por regla general, sentimientos hostiles. Sólo una vez me sucedió este desagradable encuentro yendo de San Luis á la Florida, y aun hube de simpatizar con la persona que me los manifestaba. Era una anciana muy distinguida que



From Harper's Magazine

Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Dagos y sus botes

acaso frisaba ya en los ochenta años y se había visto presa diez días por haberse negado á saludar á los soldados que habían tomado posesión de su casa. Es muy digno de nota este apaciguamiento de las pasiones después de las muchas muertes y ruinas que ocasionó la guerra. En la actualidad los septentrionales somos tan bien recibidos en ese país que en uno de los principales clubs de la ciudad figuran varios de ellos como individuos de la junta directiva.

Hasta cierto punto puede decirse que la mayoría de los comerciantes de nota son hijos del Norte

y forasteros. Nadie ignora que antes de la guerra los hombres más acaudalados del país eran plantadores y propietarios rurales. He oído decir muchas veces que la prosperidad de esa opulenta región puede considerarse asegurada de un modo permanente, aunque el algodón figure entre sus productos como un mero accesorio.

Nueva Orleáns, en el punto de vista comercial, es como una ciudad recién nacida, como quiera que en la actualidad no hace más que ir recobrando el puesto que ocupó en la República antes de la guerra. El perpetuo temor de la fiebre amarilla le ha hecho mal tercio dificultando su crecimiento, pues de otro modo sería hoy una de las mayores ciudades del mundo. Por for-

tuna hace ya catorce años que no ha sufrido este azote, con lo cual nos vamos persuadiendo de que es un mal exótico y de que en suma la ciudad, no sólo es en muchos conceptos agradable, sino tan sana como otra cualquiera.

Tiene un puerto fluvial con un canal permanente de setenta y seis pies y unas márgenes sólidas para la edificación. Sus caminos interiores conducen á las regiones mineras del Missouri de la Pensylvania, tan rica en hierro, y el Michigán, renombrado por la abundancia de cobre. Su puerto es cabeza de varias vías férreas y depósito comercial para el tráfico que se hace con Tejas, el Sudoeste, Méjico y la América Central. Domina 1,500 millas de litoral, y aseguran los comerciantes que sus vías fluviales tienen una extensión de 18,000 millas.

Las poblaciones que se van fundando en el territorio de Tejas y en el Sudoeste, región que crece como la hierba, consideran á Nueva Orleáns como su natural depósito de provisiones, y lo mismo podría decirse, hasta cierto punto, de Méjico, la América Central y el país situado á lo largo del Pacífico meridional hasta la California. La vía fluvial que termina en Nueva Orleáns cruza una región que se extiende hasta más allá de la ciudad de Kansas. Chicago, San Pablo, San Luis y otras ciudades de Occidente importan mucho por Nueva Orleáns, que de este modo se halla en competencia con Nueva York para el comercio exterior. El tráfico actual por el Mississippi y sus tributarios es relativamente escaso, pero poco á poco va creciendo, notándose un aumento perenne en el número é importancia de los fletes.

El comercio de Nueva Orleáns tiene bases muy sólidas. La baja del algodón no ha causado aumento de catástrofes financieras. Lo que ha producido mayor perjuicio ha sido la insuficiencia

del capital circulante para el desarrollo de las industrias. El excedente y los depósitos de los bancos ascienden á unos treinta y tres millones de dollars, á los cuales hay que añadir otros doscientos ó trescientos millones que importan anualmente las cosechas. La importación de frutos es muy considerable. No ha muchos años era inferior á Nueva York en la importación de bananas y otros frutos tropicales, pero en el año económico que terminó en la primavera de 1892 superó á su rival en unos 170,000 racimos. Este comercio no data sino de unos diez años y emplea varias líneas de vapores que hacen de tres á cinco cargamentos semanales. En 1891 se importaron de este modo 3.735,481 racimos de bananas, además de una enorme



A lo largo del muelle

From Harper's Magazine.—Copyright, 1892, by Harper & Brothers.

cantidad de cocos y otros frutos. Las razones de este gran desarrollo mercantil se comprenden fácilmente. Este tráfico se hace allí por medio de travesías cortas y de buques contruidos especialmente para el caso. El clima de la ciudad no es perjudicial, como el del Norte, para los frutos, y éstos, al ser trasladados á los vagones, también contruidos al efecto, no sufren ningún menoscabo y pueden ser prontamente distribuidos entre las poblaciones de Occidente.



From Harper's Magazine.—Copyright, 1892, by Harper & Brothers.

El viejo y el nuevo Sud

La importación directa de frutos de las orillas del Mediterráneo, también ha aumentado de una manera considerable, merced á los muchos vapores que los traen á Nueva Orleáns llevándose trigo, algodón y otras cargas de retorno. Los veleros vapores del Centro América cargan á su regreso muchos productos americanos, tráfico que también se halla en vías de un gran progreso, gracias á los tratados de comercio que han dado en esta parte á Nueva Orleáns una importancia de la cual no hubiera sin ellos disfrutado.

El trasbordo del trigo de los vagones y las barcas del Mississippi y los vapores para la exportación es una industria importantísima que ha llegado al estado de esplendor en que se halla en el breve espacio de un año, ó sea desde la época en que yo me encontraba allí (Marzo de 1892). Las causas de ella han sido la riqueza de las cosechas, las malas condiciones de los puertos del Atlántico para acapararlas y los muchos buques europeos que llegan continuamente á Nueva Orleáns, unos con carga y otros en lastre para tomar cargamento con destino á sus respectivos puertos.



From Harper's Magazine.—Copyright, 1892, by Harper & Brothers.

Una reliquia del viejo Sud

El trigo va á la ciudad por el Illinois Central, el valle del Mississippi, los ferrocarriles Tejas Pacífico y las barcas de la compañía de navegación fluvial. La compañía del camino de hierro del valle del Mississippi transportó cerca de 3.000,000 de fanegas de trigo y maíz en el período transcurrido entre el mes de Septiembre y el de Abril de 1892. En esa época adquirió la compañía una línea de vapores trasatlánticos y un *elevator* de mayor capacidad, mientras que la del Tejas Pacífico construía uno de la capacidad de 350,000 fanegas. La exportación de harina fué también muy considerable durante el año que terminó mientras yo me encontraba en la ciudad. La importancia de este comercio es debida á los tratados comerciales existentes con la Isla de Cuba y las naciones del Sud y Centro de América. Además, hay que tener en cuenta la flor de harina, el algodón procedente del Missouri y el Kansas para las regiones latinas. La harina, los instrumentos de agricultura, las mulas, los bueyes y los caballos son también artículos que se exportan en grande escala para esas naciones.

La fabricación de abonos es también una industria de mucha importancia, sobre todo la de los fosfatos, la potasa, la semilla de algodón pulverizada y los fosfatos que se emplean en las plantaciones de algodón y de azúcar. Es curiosa la relación que hay entre estos dos productos, pues el algodón influye así muy eficazmente en el aumento de la producción del azúcar. Se ha calculado que se emplean en ello unas 10,000 toneladas de esas semillas. En totalidad cuéntase que se gastan anualmente 15,000 toneladas de abono en las plantaciones de algodón y azúcar.

En cambio la producción de éste redundará en beneficio de la del algodón, como quiera que de esta materia se fabrican los sacos que le sirven de embalaje. Los consumidores los encuentran muy preferibles á los barriles, no sólo porque son más manejables, sino también porque se utilizan más fácilmente después de haber servido para este objeto.

La refinación del azúcar es una de las industrias más importantes de Nueva Orleáns. Hay cuatro refinerías que trabajan sin parar noche y día con el azúcar procedente de la Luisiana y del Oeste. Esta industria ha tomado tal incremento que, según el dictamen de personas competentes, Nueva Orleáns está llamada á satisfacer en esta parte las necesidades de la dilatada región comprendida entre Rockies y el Mississippi.

Hay otra industria destinada á producir pingües rendimientos, y es la que explota una inteligente compañía dedicada á cebar ganado joven de Tejas, no mayor de dos ó tres años,



LA TIENDA DEL ANTICUARIO.—CUADRO DE F. BEDA



con harina y cáscaras de algodón. Es extraordinario el número de reses que embarca anualmente para Liverpool y para las granjas del Oeste. La torta hecha con el orujo ó residuo de esta simiente es asimismo un artículo no despreciable de exportación para Inglaterra, Escocia y Alemania, en cuyos países la usan también para cebar el ganado. Esta industria se puede decir que es allí genuinamente indígena. Da ocupación á cinco ó seis molinos, á los cuales llevan las simientes de Tejas, el Alabama, el Mississipi, el Arkansas y el valle del Mississipi.

Tan importante y productiva es la industria de prensar el algodón que, mientras estaba yo allí, se ofrecieron capitales ingleses para explotarla. El algodón lo llevan á la ciudad en ferrocarril y en barcos; lo clasifican, lo almacenan y después de vendido lo vuelven á clasificar, lo pesan y lo prensan para el embarque. La proporción del coste de una bala de algodón con el de la operación de prensarla es tal que se acusa á esos industriales de hacerse la parte del león. No he de hablar de la exportación de las cosechas porque hartó se ha dicho sobre la materia. En 1891 embarcóse en el puerto más algodón que los demás años, á excepción de 1860. Recibiéronse 2.270,190 balas.

Nueva Orleáns tiene dos grandes fábricas de hilados de algodón que elaboran tela para sábanas y para camisas, géneros crudos y de color, tejidos de punto y otros. La una de estas fábricas tiene 45,000 husos y la otra 16,000. Además, tiene 14 grandes fábricas de cerveza que, no sólo proveen el consumo de la localidad, sino que hacen grandes envíos de este líquido á Centro-América y á las repúblicas meridionales.

Hay cuatro grandes manufacturas de tabacos en las cuales hay empleados 2,500 personas. Las hojas se reciben de Cuba, Méjico, Sumatra, Connecticut, la Florida y el Wisconsin. Sus productos se venden en gran cantidad en Tejas y en California, pero los principales mercados los tienen en New-York, Chicago y Filadelfia. Cada una de estas casas fabrica anualmente 36 millones de cigarros, y se conjetura el producto total en unos 54 millones de cigarros y como unos 150 millones de cigarrillos.

En Nueva Orleáns no se importa hielo. Las ocho ó diez fábricas de este artículo hácenlo por medio de amoníaco, surtiendo á la ciudad y su comarca y á otras muchas poblaciones enlazadas con ella por los ferrocarriles. Emplean para esta industria el agua del Mississipi filtrada. Data de unos diez ó doce años, habiendo crecido mucho en los seis últimos. Solía pagarse el hielo artificial á 14 ó 15 dollars la tonelada y ahora se paga á 5 ó 6 dollars.

Otra industria que ha progresado asombrosamente en el espacio de unos cinco años es la de los bazares de sastrería. Los criollos y los negros no tienen precio para esta clase de trabajos, sobre todo los primeros, que no sirven para otras más fatigosas labores, pero en casa trabajan á precios mucho más reducidos que los hijos del Norte. Nueva Orleáns surte de ropas hechas á las regiones sud-americanas y ha empezado ya á enviarlas á los Estados del Norte.

El arroz que se cosecha en la Luisiana es molido en Nueva Orleáns, en donde hay doce ó quince molinos dedicados á esta tarea. También son muy productivas allí las fábricas de calzado. Los pescadores son en número de 2,000; los que se dedican á la pesca de las ostras, 3,000 y los que viven de la de los langostinos 1,000. Hay más de sesenta sociedades que preparan el clin vegetal, tan usado para fabricar colchones y para la sillería.

TOMO III. — 107.



Esquina del palacio
del Banco

From Harper's Magazine.—Copyright,
1893, by Harper & Brothers.

El aceite de oliva se fabrica en Nueva Orleáns con aceitunas cogidas en las riberas del Mississipi, á 84 millas de la ciudad. Es una industria que con el tiempo ha de tener mucha importancia. Hace unos diez años que se empezaron á plantar olivos y se ha observado en primer lugar que prosperan allí más que en toda la Luisiana meridional y que soportan las heladas mucho mejor que los naranjos. El propietario que los plantó, que es un comerciante muy ilustrado, tiene en la actualidad 1,500 árboles, cuyo fruto dedica exclusivamente á la fabricación de aceite. Este vegetal fructifica comunmente á los cinco años de plantado. El fruto madura en Agosto y Septiembre, de modo que se hace la cosecha tres ó cinco meses antes de cogerse las aceitunas en el Mediodía de Europa. Además, el aceite americano siempre tendrá la doble ventaja de no acarrear el gasto de flete ni el de los derechos de entrada. Los olivos son muy prolíficos en el país, y las aceitunas de gran tamaño y de una cualidad excelente, hasta el punto de poder competir con las mejores del mundo. Decíame ese propietario que todo el suelo del litoral del Golfo, desde Florida hasta Tejas, es muy adecuado para el cultivo de este precioso vegetal.

La Luisiana ha concedido importantes exenciones á los establecimientos que no emplean menos de cinco personas en la fabricación de tejidos, cuero, calzado, sombreros, harina, maquinaria, abonos químicos y vegetales, jabón, tinta, papel, botes, chocolate, objetos de madera, mármol y piedra y á los silleros y guarnicioneros.

Dicen en Nueva Orleáns que la mortalidad entre los hombres de color es mucho más crecida que entre los blancos. Yo encuentro en una tabla publicada por el *Picayune* la segunda semana del mes de Marzo de 1892, que entre los blancos había habido 79 defunciones equivalentes al 22,33 por mil anual, mientras que de los negros murieron 66 ó sea 49,55 por mil en igual período. Las enfermedades que causaron mayor número de defunciones fueron la tisis pulmonar y la pulmonía.

La temperatura media, calculada por el termómetro Farhenheit, fué la siguiente:

ESTACIONES	Temperatura media mensual	M. máxima	M. mínima	Frecuencia de lluvia. Semanal	Días claros por ciento	Temperatura media relativa de humedad por ciento
Invierno...	56	63	49	13,00	47	70
Primavera...	69	77	62	13,67	53	71
Verano...	81	88	76	17,97	54	73
Otoño.....	70	76	62	11,94	78	72

(Del *Harper's new Monthly Magazine*).

Traducido por

J. COROLEU.

SECCIÓN CIENTÍFICA



EL ARADO EGIPCIO

EL Nilo ha formado el Egipto, y además de proveer al valle de elementos de fertilidad y de una tierra fácil de arar, que se presta al cultivo, ha determinado y regularizado el clima. El año, en aquel país, se divide en tres períodos de cuatro meses:

1.º En los meses de la inundación, que son Julio, Agosto, Septiembre y Octubre, durante los cuales debe suspenderse todo trabajo agrícola, el país celebra una continua fiesta, tanto mayor cuanto más alto es el nivel alcanzado por las aguas, por manera que, al revés de lo



FIG. 1.— La labranza en Egipto

que acontece entre nosotros, la inundación, que es allí la riqueza, se encarga de procurar la vida y la prosperidad en el país, en vez de sembrar la ruina y la desolación;

2.º Los meses de las siembras y del cultivo, que preceden al descenso de las aguas, y son: Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero, y

3.º Los meses de la cosecha y de la sequía, ó sean Marzo, Abril, Mayo y Junio.

La regularidad de estos períodos, el cielo siempre azul y el clima constante han dado á las poblaciones egipcias un carácter especialísimo de uniformidad y regularidad que se refleja en las costumbres, en las leyes y en la arquitectura. El Nilo dispensa al Egipto de

la necesidad de pensar en una agricultura más ó menos científica; según Herodoto, el fellah del Delta no trabajaba: en cuanto el agua se retiraba sembraba á puño y soltaba los cerdos para que revolvieran y enterraran el grano; luego no hacía más que esperar la cosecha.

En una palabra, el Egipto, como dijo muy bien Herodoto, era un don del Nilo; por esto se prestaba un culto especial al río sagrado y por esto el Nilo tuvo sus templos y sus sacerdotes.

El Egipto es un país sumamente pequeño, puesto que el territorio habitable no alcanza la superficie de Bélgica, de manera que es cerca de 18 veces más reducido que Francia; el valle sólo tiene una anchura de 700 á 1,800 metros. En cambio no hay ninguna comarca en Europa que esté tan poblada, y, según se calcula, en la antigüedad el número de sus habitantes era mucho mayor que en nuestros días. Se cree que en los tiempos de su prosperidad, cuando los regadíos se extendían en una super-

ficie mayor que la actual, hubiera podido alimentar el Egipto de siete á ocho millones de habitantes.

Los pueblos de la antigüedad envidiaron siempre al Egipto, no sólo por sus grandiosos é importantes monumentos elevados en las orillas del Nilo por audaces arquitectos, y por su grado extraordinario de adelanto en las ciencias, sino particularmente por las importantes cosechas que con tanta abundancia se recogían en el valle del río sagrado.

¿No admiraban los hijos de Israel los dorados granos que José vertía en su presencia en número «infinito como los granos de arena de las orillas del mar?»

Bajo la dominación romana el Egipto fué el granero del mundo civilizado y proveía á la más importante de las tres flotas encargadas de abastecer de trigo á la soberana del mundo. Aquellas tres flotas eran la de Egipto, la de Sicilia y la del reino del Ponto.

Desde entonces hasta hoy día han transcurrido dos

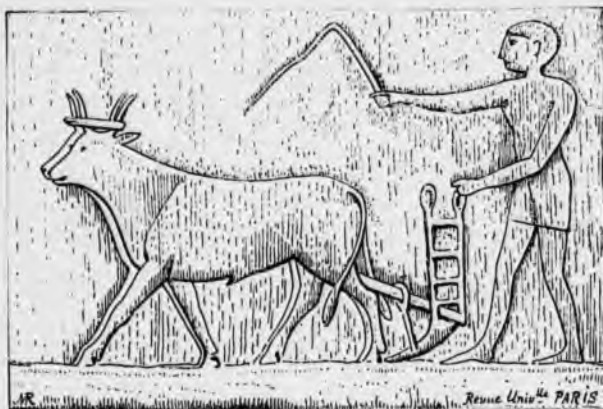


FIG. 2.— Arado antiguo, según un bajo relieve de la tumba de Chamhati

mil años; la población, las costumbres los dioses y el idioma de los antiguos egipcios se han modificado, pero á pesar de todos los trastornos y cambios sociales, el fellah de hoy cultiva la tierra siguiendo los métodos que se empleaban por sus antepasados hace más de cinco mil años.

La figura número 1 representa un labrador egipcio; nos hallamos en el llano del bajo Egipto; algunas palmeras se levantan en el horizonte; un pozo de balsa ó *sackiech* se ve hacia la izquierda del paisaje.

Un buey y un dromedario forman el tiro ó la yunta; los dos animales de tan distinto tamaño están sujetos por un arnés sencillísimo; una traviesa de madera de palmera hace de yugo, une los motores con el arado de primitiva construcción é idéntico á los que se ven en los numerosos bajo-relieves, como por ejemplo, el de la tumba de Chamhati, de Bulak, del cual damos, con el grabado número 2, la copia de un fragmento.

Dicho arado se compone de dos varas de madera encorvadas y unidas en su extremo por una reja de hierro; las varas verticales forman las manceras y el todo está sujeto á un largo eje, que se une á su vez al yugo del tiro.

En las esculturas antiguas Osiris se ve representada con un arado en cada mano y un rastro suspendido por una cuerda que le pasa por encima de la espalda izquierda. Todo parece indicarnos que el arado, al propio tiempo que se empleaba como instrumento de cultivo, se usaba también en la guerra, y se cree que con armas parecidas combatieron los israelitas á sus enemigos los filisteos; según afirma lord Macartney, á últimos del siglo pasado se empleaba en la China de igual modo.

Si el pobre fellah de nuestros días usa todavía el antiguo arado que sólo alcanza una profundidad de 10 á 12 centímetros á lo más, no vaya por esto á creerse que acontece lo mismo en todo el Egipto.

Este país exporta grandes cantidades de trigo, particularmente á Inglaterra; exporta, además, legumbres, plantas industriales, algodón, etc. En los terrenos del gobierno y en los de los grandes propietarios agrícolas hace más de diez años que existen numerosos arados movidos por el vapor, que surcan aquel suelo fecundado por las periódicas inundaciones del Nilo.

M. RINGELMANN.



LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ FELÍU Y CODINA

(CONCLUSIÓN)

XXVIII

EL ÚLTIMO ATROPELLO

NADIE en Madrid sospechó la verdad de lo que había ocurrido en casa de don Roque Bermúdez la noche del casamiento.

Por las indiscreciones de los criados se supo que en el cuarto de los novios habían disputado algo fuerte el anciano y el joven, lo cual todo el mundo se explicó por la contrariedad que el banquero hubo de experimentar con la derrota de sus tenacidades, y á esta causa ué atribuido el ataque que le mató casi repentinamente.

La realidad de las cosas había quedado oculta, y Paco Dulce puso en ello toda la fuerza de su porfía, porque aquella frívola naturaleza, que jamás se había preocupado con las cuestiones de honra, llenábase ahora de terror y vergüenza por un punto de insignificante honrilla. Acobardó el riesgo de la chacota que habría de promover en el mundo el descubrimiento de la burla inferida á sus esperanzas y á su orgullo. Danzábanle en la cabeza, y se la aturdían sonando como cascabeles, los chistes á que el sabroso chasco daría pie, las carcajadas de los amigos misericordiosos. Y con el empeño de la vanidad amenazada, creó un aparato de ficciones, una comedia que engañó á la sociedad, no permitiendo á ésta sorprender indicio de que los millones tan perseguidos se hubiesen deshecho en humo.

Instalado en el hotel de la calle de Alcalá, poco valor concedió á la frialdad severa con que su esposa comenzó á demostrarle desdén y repugnancia. Dejóla en libertad de menospreciarle cuanto quisiera, bastándole que ella no se apartase de su lado. Y como el luto explicaba la clausura á que Blanca se redujo, no fué preciso más para que los de fuera se persuadiesen de que en la morada de los recién casados se estaban gozando las delicias de la luna de miel.

Más arduo problema era para el menesteroso vergonzante llegar á cubrir su indigencia con la mentira de una espléndida suerte; pero ello al cabo era cierto que Paco Dulce gastaba y triunfaba, iba diseminando el dinero, lucía grandezas, y si en su palacio no se daban recepciones ni convites, merced á la observancia del luto, que le excusaba de esa comprometida obligación, en cambio no perdía el aventurero coyuntura de que á la luz del día y á la de las lámparas de los casinos brillara su ropaje vistoso de novio afortunado.

¿De dónde salían los recursos? Cualquiera que se hallara impuesto en la historia de los millones evaporados hubiera discurrido que el caudal oculto había sido descubierto y consiguientemente rescatado. Mas nada había de eso.

Don Roque Bermúdez espiró sin haber revelado el paradero de sus bienes, y Dulce nada había podido indagar, aunque su malicia le hiciera desconfiar de que los hechos hubieran pasado tal y como las apariencias los mostraban. Quien conocía el secreto era Blanca; se lo comunicó el barón de Fermina pocos días después de la muerte del millonario, pues pretendía aquel varón recto devolver el depósito que había recibido. Pero Blanca contestó al noble castellano del Tajuña que nada hiciese, que nada quería, y encomendándole más y más la reserva, dispuso que todo quedara según el difunto lo había dejado.

—Mi padre hizo bien. Ese caudal serviría para disipaciones y vergüenzas.

—Pero ¿usted va á seguir al lado de su marido, ahora que le conoce?

—Sí, á su lado sigo. No tengo derecho á promover el escándalo. Yo elegí á mi esposo; sufrirle tal como sea es mi deber y mi penitencia. Pero no quiero darle armas para su mayor perdición.

A pesar de eso, Paco Dulce derrochaba. Encontró dinero por el pronto, gracias á la confianza que ofrecía en su calidad de marido de una rica heredera. Habló á los usureros de liquidaciones entretenidas, de negocios que no era posible cortar, y de este modo logró levantar cantidades para el simulacro de su opulencia, una *mise en scène* que engañó al mundo.

En la carrera desatinada que nuevamente emprendió desvaneciéndose otra vez aquel espíritu liviano é impetuoso. Llegó á olvidarse de su verdadera situación. El empréstito fácil, corrosivo, á interés desmedido y escandaloso, le tendía la mano confiadamente y le agasajaba con sus dones, creyendo que la que cebaba para sumergirla en su laguna era una víctima destinada al pasto de sus lampreas. ¿A qué discurrir, á qué preocuparse del mañana, ni á qué pensar en otra cosa que no fuera la locura del placer, la soberbia del alarde?

Allá, en la más escondida habitación del desierto hogar, en el fondo del lujo fastuoso de la regia vivienda, se quedaba la esposa abandonada, sometida, absorta en la contemplación de su desventura. El calavera corría por las calles y paseos en sus caballos y en sus carruajes, revolviéndose á los rayos del sol y derramando á todas horas insultante alegría. Era envidiado,

feliz, y agasajábale la gente mundana. Donde quiera hallaba sonrisas y lisonjas, y en su camino victorioso no perseguían á aquel héroe de la *élite* más que dos solos puntos negros que alterasen las vistosas combinaciones del mágico caleidoscopio; dos figuras que le enojaban, la de Pepita Alcuneza persiguiéndole y reclamándole su alboroque, y la de Encarna, á quien se encontraba el mozo de cuando en cuando, y que, aun á despecho de su desdeñosa indiferencia, no dejaba de impresionarle con la mirada rencorosa y amenazante que le tendía. Nada más. Ninguna nota discordante fuera de esas dos. El marqués de Césaire, como si no existiera, puesto que no respiraba.

A gozar, pues, sin riesgo y sin cuidado. A las carreras, á los frontones, al Retiro, al tapete verde del círculo aristocrático, á la cacería, al viaje de Semana Santa, á la cena opípara, á la trasnochada, al libertinaje... Y cuando vino el estío y el gran tono emigró de la corte, haciendo vergonzoso, y cursi, y cosa de gentecilla tronada el permanecer en la capital desierta, con sus salones cerrados y sus paseos solitarios, entonces... ¿quién paraba el vendabal, ni quién detenía á Paco Dulce, personaje preeminente de la alta moda? ¡A veranear! ¡Al extranjero, sin encomendarse á Dios ni al diablo!... A consumir los fondos habidos con el último pagaré ó la última escritura de depósito... Al *Sud-Express*, acompañado de la esposa oprimida, resignada y penitente, y precedido de la servidumbre en falanje aparatosa, con la impedimenta de coches, troncos, caballos de silla y baúles henchidos de ropas y bártulos suntuarios... A la playa de moda, á Biarritz, donde ya esperaba el *chalet* magnífico, la Villa-Alejandra, que habitó el pasado otoño una princesa ó una reina... Allí unos días, breves días, de existencia fanfarrona y desvanecida, entre el pulular de los magnates y los pudientes... Luego la presentación enojosa de Encarna, la perseguidora, la sempiterna, con su mirada feroz, su sonreír de mujerzuela vengativa, su aire de amenaza, con el cual parecía aún estar repitiendo aquella frase de la *Bombonera*, el día que Paco la echó de su presencia poco menos que á puntapiés; aquella frase:

—No hagas eso, Paco... No lo hagas...

Ave era de mal agüero la preciosa Encarna, agüero terrible que en escasos días se cumplió, porque á muy poco de haber inaugurado el primogénito de los Dulce su esplendente veraneo, ensombreció toda la luz de aquella gloria la catástrofe negra, el mensaje de oprobio y desesperación, y la cortesana vil fué la que con su mano, impura como la de todo ejecutor de justicias, lanzó con su castigo sobre la frente del criminal las venganzas juntas de Lope Fuentevera, el semidiós postergado, que inspiró á la cortesana y le enseñó el camino de aquel sangriento desagravio; del marqués estafado, que de los títulos falsos hizo á la rubia seductora presente de amor el mismo día en que el cumplimiento del plazo ofrecido le libertó de su palabra empeñada; del padre infeliz, sucumbido bajo la persecución del libertino audaz; de la misma esposa escarnecida, sierva del destino que había aceptado como expiación.

Dulce, por la primera vez desde que merodeaba por la sociedad, se sintió vencido, aniquilado, sin pensamientos de rebelión y de lucha.

Allí estaba, en uno de los regios salones de la Villa-Alejandra, hundido en un sillón, lanzando aullidos de dolor y miedo, llorando miserablemente sobre el recuerdo de sus soberbias y sus osadías.

El agente había penetrado en el *chalet* sin miramientos ni delicadezas de urbanidad.

—¿Es usted el llamado Paco Dulce?

—¿Qué tiene usted que mandar?

—Dése usted preso.

—¡Yo! ¿Por qué?

—Por falsario. Está usted reclamado por el gobierno de Italia.

Llevaronle, y al día siguiente, en el andén de la vecina estación, conversaban el preso y el tío Magdaleno, á quien sorprendió la desventura gozando su rica temporada en el paraíso de la Villa-Alejandra.

—¡Si te lo decía! exclamaba el hombrecito contristado. ¡Si te lo tenía dicho! Caminabas ciego sin acordarte de que hay esquinas. Pero, vamos á ver, continuó; si tú te sabías el disparate que habías hecho ¿cómo has salido de España donde no podía cogerte la extradición?

—No pensé yo en ese riesgo.

—Lo de siempre... Por venirte tras de tu gusto. Has vivido siempre atropellando á las gentes; pero ahora... ya ves, de tal modo disparaste el vehículo que te caíste de él y te has atropellado á tí mismo. El último atropello.

Don Magdaleno despidió á Paco junto al estribo del vagón celular. Nadie más despidió al héroe caído. Don Luis Eugenio, reñido con él, hallábase acompañado de toda su familia en el pueblo de su yerno, el registrador de hipotecas, al cual había declarado protector de los Dulce, huidos de la miseria madrileña, sin paga y sin recursos.

Blanca partió en el mismo tren que conducía á su marido.

Antes de salir de su casa, camino de su calvario, había escrito al barón de Fermina:

«Esos millones, le decía, para los hospitales, para los asilos, para los desamparados de todas partes.

»Para mí, una mínima parte, una limosna que me deje vivir sin mendigar, junto al presidio, cerca del hombre á quien elegí y por el cual he cavado la sepultura de mi padre.»



Bromitas de Juan

POR

N. MORAL



1.—Tan fenomenal fué la *curda* que tomó Juanito que no le fué posible hallar su casa.



2.—Y como no era cosa de quedarse en la calle...



3.—Llama al sereno...



4.—Y le ofrece veinte reales si le acompaña á su casa.



5.—Habiendo aceptado el *gusanito de lus*, (¡podía no!) pusiéronse en marcha.



6.—Mas el caso fué que, como no le conocía, le preguntó que adónde habitaba; á lo que Juan contestó:— ¡Si yo supiera adónde habito, no le daría un duro porque me acompañara!!



NUESTROS GRABADOS

MOMENTO DECISIVO

CUADRO POR R. WEHLE

Un momento decisivo es en verdad el que representa el cuadro de R. Wehle, momento del cual depende si no la suerte de millares de vidas, por lo menos la felicidad de la joven pareja que pasea por el jardín pintado por el artista. Érase en otoño y en tiempo de maniobras; el elegante oficial ha sido esta vez afortunado en su alojamiento, pues en la casa de campo del opulento propietario se descansa perfectamente de las fatigas de las marchas y de los ataques. Tanto el propietario como su esposa son gente apreciable é ilustrada y no lo es menos su graciosa hija, á quien el teniente hizo al punto la corte, aunque la cosa no fuese muy sencilla, pues la joven, á pesar de sus pocos años, mostró desconfianza hacia la galantería militar, y las frases que en bailes de casino habían dado excelentes resultados no producían en esta ocasión ningún efecto. Esto, empero, entusiasmaba todavía más al joven militar; cuanto más reservada se mostraba ella más aprisionado quedaba su corazón y el don Juan iba convirtiéndose poco á poco en un enamorado de veras. Como tal le vemos en nuestro grabado. Es ésta la última tarde de su estancia en la casa; á la mañana siguiente ha de marchar tempranito, y tanto que no puede esperar verla y despedirse de ella. ¿Volverá á verla jamás? — Esto se pregunta mientras se pasean entre los cuadros del jardín que el otoño ha engalanado con abundancia de matizadas flores, al par que un solo grupo de rosas recuerda el pasado estío. ¿Quién no conoce la dulce melancolía y tierno efecto de los días otoñales? — «¿Volveré jamás á veros?» — Y ella, en vez de responder, coge una rosa y se la alarga. Acaso significaba esto: «Cuando vuelvan á florecer las rosas.» — Mas ¿á qué rompemos la cabeza? El joven oficial no ha pasado en vano tres años en la academia para saber lo que es un momento decisivo, y bien podemos dejarle con la tranquilidad de que hará lo restante hasta conquistar la mano de su adorada. Todo esto lo ha expresado con peregrina vida y elegancia el renombrado artista alemán, autor del cuadro que ofrecemos á nuestros suscritores, y uno de los que gozan hoy de mayor nombradía en todo aquel extenso imperio.

LOS FEUDALS D' ARA (LOS FEUDALES DEL DÍA)

CUADRO DE ERNESTO SOLER DE LAS CASAS

Ernesto Soler de las Casas es poeta y es artista. Que

es poeta lo dicen sus composiciones líricas y dramáticas; que es artista lo proclaman sus cuadros. En éstos, á la vez, campea siempre el ingenio del poeta. Soler de las Casas siente horror por las pinturas que no dicen nada; por esto busca siempre para sus cuadros alguna idea, un pensamiento que se grave en la mente del espectador. *Los feudals d' ara* pertenece á esta clase de obras. Un pintor naturalista no hubiera hecho más que reproducir la sala y poner alguna figura insignificante en ella. Soler de las Casas hace lo primero y añade luego una figura sentada, expresiva, y varios pormenores que responden al título de la pintura. Quedan todavía en Cataluña algunos castillos feudales convertidos, no pocos, en viviendas de colonos, conservados algunos por los herederos de los señores que cubrieron su cuerpo con la férrea armadura, mientras ellos visten el ridículo frac y el antipático sombrero de copa. ¡Vicisitudes de los tiempos! Una sala bizantina de un castillo feudal, convertida en bodega y habitada por una sencilla niña y por unos ánades, *los feudales del día*, ha tratado de representar el citado artista en el cuadro que damos con este número. Algo habrá sacado del natural para componerlo y pintarlo, mas mucho le habrá procurado su imaginación de poeta. Su asunto recuerda las creaciones de los pintores alemanes. Hay en todas sus partes una delicadeza que encanta, cierto sentimiento de melancolía que conmueve, arte y poesía, en una palabra, aparte de un desempeño que habla altamente en pro de la habilidad de ejecución del artista y poeta catalán.

ULEMA

Así se llama entre los turcos y en otros países que siguen la religión de Mahoma á los doctores en el Alcorán y en todas las ciencias que del mismo se derivan. Los ulemas son tenidos en gran respeto por su sabiduría, y aparte de las funciones de carácter religioso que desempeñan, se dedican con frecuencia á la enseñanza ó se ocupan en trabajos literarios y científicos. Algunos de ellos viajan, en ocasiones, provistos de un firmán del Sultán para llevar á cabo investigaciones en las bibliotecas y archivos de Europa, relacionadas todas, por supuesto, con los períodos en que dominaron los musulmanes en España y en Sicilia. Pasan los ulemas por diferentes períodos hasta llegar á ser propiamente doctores, á usanza de su país, y entre ellos son especialmente considerados los que empezaron sus estudios en la Meca, junto á la Caba, por suponerse que allí se conserva con mayor viveza y con mayor fidelidad la tradición alcorá-

nica. Suelen ser los ulemas hombres ya canosos, que llevan luengas barbas y cuyo aspecto recuerda el de los patriarcas de la Ley Antigua. La mayor parte, conforme acontece igualmente con los ancianos del Oriente, tienen

el cuerpo demacrado y por lo tanto flaco el rostro, y sus ojos negros brillan en él con extraordinario fuego. Su andar es solemne, reposadas sus maneras, gesticulan poco y hablan también con una entonación salmódica, á lo



HEBREO

cual se presta en sumo grado la lengua árabe en todas sus variedades. El tipo del ulema que reproducimos está sacado fielmente del natural.

UNA VISTA DE MELILLA

El grabado de Melilla que publicamos en este nú-

mero está tomado desde la plaza de la ciudad en donde se encuentra situada la casa del Gobernador. Desde ella se descubre el campo en una extensión considerable, viéndose también las alturas en donde sientan sus aduares las kabilas y de donde salen para hostilizar á la guarnición española. En Melilla existen aún construcciones que recuerdan los primeros tiempos del dominio de Es-

paña, conforme acontece, por ejemplo, con el torreón del recinto fortificado que se ve en nuestra lámina. Otras fábricas son de fecha moderna, muy particularmente los edificios para viviendas, en los cuales predomina, como es natural, el tipo característico en nuestro país de las construcciones militares destinadas á cuarteles y pabellones. En ellas la sencillez llega con frecuencia hasta la vulgaridad, de manera que no es posible encontrar en parte alguna de las mismas el menor rastro de arte. Grandes paredones lisos, con aberturas cuadrangulares y á veces con pobres balconadas, todo con una mano de color amarillo claro ó encarnado constituyen los alzados de los edificios á que nos referimos. El propio carácter ofrecen los levantados en la plaza de Melilla, cuya vista damos por ser uno de los sitios principales en aquella ciudad africana, asunto hoy todavía de todas las conversaciones.

LA TIENDA DEL ANTICUARIO

CUADRO DE F. BEDA

En el pasado siglo hubo también, como en el actual, gentes aficionadas á coleccionar trastos y cachivaches antiguos. También los romanos tuvieron aficionados de esta clase, figurando entre ellos aquel famoso Verres que saqueó las provincias en donde tuvo mando y contra quien Cicerón dirigió los discursos que del mismo pretor se han llamado *Verrinas*. Cuantas obras de arte, viejas y nuevas, encontraba, llevábaselas en seguida para aumentar su colección. En las tiendas de los anticuarios, como en la pintada por el artista Beda, andan barajados todos los objetos y todas las épocas. Al lado de un busto en bronce romano aparece una figurilla del Renacimiento, junto á un cofre gótico una arquilla varagueña, al lado de una espada de lazo una espingarda y una gumiá, y un morrión de miliciano tocando á un sombrero de tres picos. En el siglo pasado los amadores de cosas viejas no debían ir ojo alerta como ahora, porque los ejemplares de trampa no se habían inventado todavía. Hoy los que tienen tales aficiones han de abrir unos ojazos como rosetón de iglesia, porque los objetos falsificados abundan que es una bendición. Encuéntrense en las tiendas de los anticuarios espadas del siglo xvi, que están calientes aún de la forja; platos y jarrones cerámicos de la propia centuria y aun de otras anteriores, que tienen también todavía el calor de la cochura, y arquillas del tiempo de los Médicis, carcomidas por la polilla, que huelen aún á pólvora de los perdigones con que se hicieron los agujeritos.

HEBREO

Todos los países dominados por los musulmanes se encuentran llenos de judíos, quienes acuden á ellos aun cuando los naturales les miren con prevención y hasta con odio. El moro recibe en su casa al cristiano y le agasaja; al judío ó hebreo no le permite que tras pase el dintel de la puerta, y si lo hace, acude en seguida á lavarlo y purificarlo todo porque el contacto de aquel hombre de raza maldita lo ha contaminado. La maldición que pesa sobre los judíos, la repulsión que hacia ellos sienten todos los pueblos, y que en absoluto no ha podido borrar el cosmopolitismo moderno, es causa de que en el Asia, en el África, en la Turquía europea vivan aquellas gentes en barrios especiales, según acontecía asimismo entre nosotros durante la Edad Media. La suciedad impera en sus callejas y también en las casas de los hebreos pobres. Parece imposible que se pueda vivir en medio de la podredumbre, escombros, animales muertos y suciedad de toda clase que hay en medio de aquellas angostas calles, y con el espantable desaseo que reina en el interior de las moradas. De esta suciedad no se libran ni los hebreos ricos, los cuales, hombres y mujeres, tienden siempre al descuido en todo lo que se refiere á la limpieza en la persona y á la pulcritud en el traje. Con todo, ya comprenderán nuestros lectores que las riquezas en los hebreos que las poseen han de revelarse en algo y este algo es la mayor ostentación en las habitaciones y el mayor lujo en los vestidos. Las hebreas ricas los llevan de costosas telas de seda, con magníficos bordados en oro y seda, yendo por añadidura adornados con preciosas joyas de oro y pedrería que hacen casi oficios de tocado y les caen sobre el pecho, sirviendo unas y otras para que luzcan más sus soberbias cabelleras negras como la endrina. Los judíos opulentos se hacen notar por sus gabanes y hopalandas de paño de la mejor clase y por el chaleco y faja, asimismo de sedas excelentes, como las empleadas en los vestidos de sus mujeres é hijas.

El tipo judío, de nariz aguileña, del todo oriental, se adviene admirablemente con el traje talar que usan, presentando sus individuos un conjunto venerable, máscara con frecuencia de sus sórdidas pasiones. El retrato de un hebreo rico que va en este número dará á nuestros lectores idea cabal del aire que tienen los que se ven en las ciudades africanas y asiáticas y en las dominadas por el sultán de Constantinopla. Es imposible superar en fidelidad el excelente grabado á que aludimos.



Capota de M.^{me} Julia

La *toilette* de terciopelo moaré para las visitas y los *five o'clock* de Enero es en estos instantes la última novedad de la moda. No hay cosa más rica que este terciopelo moaré, á la antigua, que tiene aspecto sedoso con cambiantes de pedrería. La forma princesa resulta encantadora con este nuevo tejido. Las costuras, que se continúan hasta el extremo de la falda, quedan ocultas por un bordado de perlas formando en su dibujo plumas de pavo real. Arrancan estos bordados del talle y se ensanchan hacia lo alto del cuerpo y en la parte baja de la falda. Es muy gracioso el efecto de estos bordados, que comunican á la *toilette* incomparable riqueza. El cuello, en relación con el vestido, es también de terciopelo, cortado á la manera de los radios de una rueda, con plumas bordadas en

las costuras. Un gran cuello de marta completa este traje. Algunas veces se reemplazan los bordados con las pieles, ó bien se mezclan los dos. Las bandas se ponen perpendicularmente en la falda, semejando con frecuencia un delantal.

He de llamar la atención de mis lectoras sobre un nuevo adorno, ó sea las trencillas de seda con calados que parecen hechos á la aguja. Se hacen con ellos corpiños con transparente de seda color pálido. M.^{mes} Lipman, autoras de este feliz invento, han confeccionado con él lindos trajes de visita. Merece singular mención uno de ellos de moaré antiguo negro, adornado en la falda con un volante de aquella trencilla. El cuerpo, de trencilla también, con transparente de moaré paja, tiene grandes mangas de moaré á pliegues con largos puños de trencilla sobre moaré amarillo.

Al darnos los pormenores que preceden nos han mostrado á la vez aquellas hábiles modistas mil coquetones atavíos que preparan para las visitas y recepciones próximas: *toilettes* de comidas de intimidad y prendas de uso interno; trajes de *soirée* y trajes de teatro. Cada modelo tiene un sello particular, su especial elegancia. Para la noche se confeccionan muchos cuerpos de tejido diferente del de la falda, pero siempre de tintas que se armonicen y con adornos parecidos.

Por lo que hace á los sombreros de visita y de teatro son todos de una coquetería indescriptible, hechos de terciopelo *miroir* con pompón fino y ligero, que tiene entremezcladas minúsculas alas de mariposa de mil colores irisados ó mosqueadas de color verde noche. M.^{me} Julia, buscando siempre cuanto puede embellecer á las damas, ha inventado tocados tan



Toilette de teatro ó visita por M.^{me} Lipman

ven, de terciopelo negro, con copa formada por una ancha cinta de raso, negra igualmente, y asimismo con plumas negras.

El tercer figurín reproduce una *toilette* de teatro ó visita, original de M.^{me} Lipman, 2, calle de *la Paix*. La falda es de moaré antiguo negro, con volante de muselina de seda negra. El cuerpo en bordado-encaje sobre transparente de moaré claro, va ajustado al talle por un cinturón negro: grandes mangas de globo, muy caídas, terminan en el codo por medio de un brazalete de cinta. Sombrerito fondo oro con ramitos de violetas y lazo de terciopelo *miroir* gladiolo.

diversos y tan apropiados todos, que se hace difícil dar consejo acerca de la elección. Lo esencial se halla en que el tocado que se elija encuadre bien la fisonomía, que se armonice con la disposición del cabello y que por su tinte realce la brillantez del cutis. La elegancia del traje depende de estos detalles, en apariencia mínimos, pero que no descuidan las señoras de gusto, y que M.^{me} Julia, la más parisiense de nuestras modistas, es la primera en hacer observar. Por esto sus parroquianas se fían siempre de su gusto irreprochable. Con los figurines se completarán estas notas sumarias de los sombreros, inventados ayer en aquella casa.

Los dos figurines de sombreros representan otros tantos modelos de M.^{me} Julia, 7, bulevar *des Capucines*. El primero es una gentil capota con fondo de encaje de Brujas, adornada por delante con un ramo de rosas amarillas, coronadas por alitas: hay á cada lado rosas blancas y detrás un lazo mariposa de raso antiguo verde esmeralda.

El segundo modelo de sombrero está hecho para señorita ó señora muy jo-



Sombrero para señorita de M.^{me} Julia

MESA REVUELTA

COSA de interés son en la actual estación los constipados. Hay personas que se constipan siempre y otras que no se constipan nunca. Las que ofrecen la particularidad de estar siempre constipados ya se sabe cuáles son, los artríticos, linfáticos, escrofulosos, anémicos, etc. Por más que hagan, en tiempo brumoso y húmedo, tanto si se están siempre junto a la lumbre como al aire libre, cogen una bronquitis, y aun es fortuna para ellos que no tome esta enfermedad grandes proporciones. Esto es inevitable consecuencia de la constitución individual; con todo, no tienen gran motivo para quejarse, puesto que siempre es preferible un constipado benigno a un ataque de reumatismo, de gota, de eczema y de alguna de las otras afecciones ordinarias en los artríticos. Afortunadamente los que sólo tienen un simple constipado si siguen un buen régimen higiénico, tomando algunas precauciones, pueden en la mayoría de los casos detener el mal y evitar su completo desarrollo.

Una bronquitis común empieza generalmente por una irritación en las vías respiratorias ó por una coriza. En este caso conviene al punto cuidar la coriza é impedir que la inflamación descienda hasta los bronquios. En el lenguaje familiar se indica esta precaución diciendo:—Vaya usted con cuidado que este constipado no le baje al pecho.—Y en efecto, conviene que la coriza no tome incremento. Los lavados de la boca y la nariz repetidos con frecuencia en tiempos de humedad son una excelente precaución. Para ello conviene emplear un inyector nasal y usar soluciones antisépticas, aguas boratadas, fenicadas, con algunas gotas de coaltar saponificado, aguas sulfurosas, jugo de limón, etc. A falta de inyector pueden introducirse dichas disoluciones, siempre muy calientes, por las ventanas de la nariz, inspirando profundamente. Si á pesar de ello el romadizo ó coriza tiende á desarrollarse, se puede probar el uso de los polvos medicinales. Cada médico tiene sus fórmulas especiales para el caso; nos limitaremos á indicar algunas de entre las mejores.

Cuando se presentan los primeros síntomas, ó sea cuando se empieza á estornudar y á segregarse por la nariz un líquido claro, hay grandes probabilidades de poder detener la evolución de la coriza introduciendo en la nariz, á tanta profundidad como sea posible, los siguientes polvos:

Ácido bórico.	6	gramos
Salicilato de sodio.	1	"
Clorhidrato de cocaína.	0'20	"

M. Capitán emplea la siguiente fórmula:

Salol.	1	gramo
Ácido salicílico.	0'20	"
Tanino.	0'10	"
Ácido bórico en polvo.	4	"

Se aspiran dichos polvos tan sólo una vez por hora y en una regular toma; de otra suerte se correría el peligro de irritar la parte exterior de la nariz.

M. Chantemesse, que ha practicado excelentes trabajos de bacteriología, recomienda la siguiente mezcla reconocida generalmente como muy eficaz:

Menthol.	0'250	gramos
Clorhidrato de cocaína.	0'050	"
Antipirina.	2	"
Azúcar de leche.	8	"

Una toma para cada una de las ventanas de la nariz de vez en cuando.

Si en cuanto se presentan los primeros síntomas de la coriza se hacen estas aplicaciones, el mal cede por lo regular en un día. Sin embargo, si se ha empezado á combatir el constipado demasiado tarde ó si se trata de una persona que sufra un constipado rebelde y que le sea ya habitual, la coriza invade la parte anterior de la nariz y la faringe nasal y sobreviene el malestar, empieza la infección, luego aparece el dolor, el cansancio, la calentura, etc. ¿Qué se hace en este caso? Pues intentar resistir el mal. Para ello conviene aumentar el número de lavados con mucha agua, por medio de aspiraciones ó repetidas inyecciones de agua boratada, á una temperatura de 40 grados, á lo cual pueden añadirse algunas gotas de tintura de eucalipto ó de benjuí. Pueden probarse también las inhalaciones de vapor de agua fenicada á un 4 por 100 ó bien agua en que haya hervido cantidades iguales de hojas de coca (un puñado de cada clase por cada medio litro de agua). Por último, cuando debe combatirse el mal en la faringe posterior, es muy conveniente alternar las inyecciones de agua boratada en la nariz con gargarismos de agua boricada caliente.

Conviene siempre tener presente que no debe descuidarse el constipado cuando empieza á desarrollarse, muy particularmente por parte de aquellas personas á quienes no son habituales estas dolencias. Un constipado insignificante que persiste puede llegar á ser peligroso, y de este modo acontece muy á menudo que por descuido se convierten en bronquitis malignas y aun en bronquitis crónica. Si es, pues, persistente, debe cuidarse el constipado, por insignificante que sea, y no reparar en llamar al médico, porque el malestar que á veces se presenta bajo las apariencias de un simple constipado, oculta complicaciones más graves y por lo mismo conviene tomar precauciones contra posibles enfermedades.

Decían á Massena, quien sólo contaba con un ejército de diez mil hombres para hacer frente á treinta mil rusos:

—El enemigo está muy cerca de nosotros.

—Decid más bien que nosotros estamos cerca de él.

Convidó uno á comer á otro, y aunque estuvo espléndido en variedad de platos el banquete, comió el que convidaba con tanto exceso que obligó á que el convidado dijese: —Amigo, cualquiera puede ser convidado de usted, como usted no coma en la mesa.

Sabiendo cierto caballero que uno se componía mucho la barba y que era voz de que gastaba dos pesos al mes para componerla, dijo: — Yo juego que la barba de éste es de más precio que su cabeza.

Decía un portugués: — Desde que me vejo armado, de mi mesmo tenho medo.

Cortaron á uno la cara, y el cirujano que le fué á ver dijo:

— Yo le pondré de calidad que no se conozca la señal.

Y respondió el herido:

— No señor, deje usted que se vea, que quien me la cortó para eso lo hizo, y si no se ve me la volverá á cortar mañana.

Preguntó un caballero á Perico Ayala qué virtudes tenía la turquesa. — Que si caéis de una torre abajo, os haréis mil pedazos, y quedará la piedra sana.

Diciéndole á un caballero que uno decía mal de él delante de todos, respondió: — Más quiero que lo diga delante de todos, que todos delante de uno.

El mismo decía que deseaba tres provechos á sus enemigos: pleitos con justicia, juegos en que al comienzo ganasen y que amasen donde les quisiesen bien.

Decía un soldado que los franceses al primer ímpetu son más que hombres y después menos que mujeres.

Enojado un médico con un criado que tenía, para injuriarle más, dijo:

— Calla, mezquino, pues sé que tu padre fué un mal albañil.

El criado, con grande prontitud, le rebatió la injuria respondiendo:

— Nadie puede habértelo dicho si no el tuyo, que llevaba la cal y la piedra al mío.

Para quitar al aceite su olor rancio échese una libra del aceite rancio sobre 3 ó 4 onzas de carbón machacado, se le deja así empaparse por dos ó tres días; pasado este tiempo se le pasa por un pedazo de paño obteniéndose el aceite claro y libre de su olor rancio. Si el aceite estuviese colorado, se pone muy claro. Para mayor cantidad de aceite se echa en proporción el carbón.

Está en la naturaleza misma del hombre el aborrecer á los que ha ofendido. — TÁCITO.

La fortuna es ciega y casi todos los favorecidos por ella se vuelven también ciegos. — CICERÓN.

El que está dispuesto para el ataque pierde siempre esperando. — DANTE.

RECREOS INSTRUCTIVOS

ILUSIONES...

No son de las que aparentan flores y esconden espinas; mas sirven para pasar un rato entretenido, en esos momentos en que una digestión comenzada predispone al esparcimiento, sobre todo encontrándose entre amigos y en un sitio agradable.

Los sentidos, como he dicho otras veces, son muy fáciles de engañar: la percepción nerviosa, por lo mismo que es tan delicada, es múltiple en sus efectos y confunde unas sensaciones con otras con más facilidad de lo que las gentes se figuran.

Por ejemplo: si se vendan los ojos á un fumador empedernido y se le hace chupar alternativamente un cigarrillo encendido y otro sin encender, al cabo de algunas vueltas de cigarrillo se hallará en el caso de no poder distinguir cuál es el cigarrillo encendido y cuál el apagado.

También puede engañarse el oído valiéndose de dos cajas de fósforos, de cartón fuerte, estando una de las dos llena y la otra vacía. Se juntan entre los pulgares y haciéndolas sonar junto al oído, será imposible acertar cuál de las dos está llena y cuál está vacía, como no sea por casualidad.

La explicación de esos fenómenos es muy sencilla: el fumador tiene humo de tabaco dentro de la boca y con sus labios calienta la perilla entreabierto del cigarrillo apagado; así, éste presenta toda la apariencia de tacto, perfume y temperatura de un cigarrillo encendido y de ahí la ilusión de que lo está.

Y el sonido que producen las cerillas al agitarse dentro de la caja, se reproduce en el hueco de la que está vacía y por esto no se sabe distinguir cuál de las dos contiene las cerillas.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada coja:

GA-LE-NO

Al rombo:

A
U N O
E L I S A
A N I L I N A
A V I L A
A N A
A

Al tercio de sílabas:

R I C A R D O
C A R T E R A
D O R A D O R

ÍNDICE LITERARIO

- ACHLEITNER (ARTURO).—¿Casualidad? traducido del alemán por FRANCISCO SUÁREZ BRAVO, 748.
- ADLERSFELD (EUFEMIA VON).—Un nombre favorito, 245, 273, 304, 321, 353, 385 y 417.
- AGUILÓ (TOMÁS).—El Almogávar, poesía, 807.
- A. H.—*Economía doméstica*: Manchas, 423 y 452.
- A. M.—La leyenda de Azenor, 2.
- AMICIS (EDMUNDO).—MARRUECOS: Tánger, 646, 693, 709, 741, 769, 810 y 838.
- ARTEAGA PEREIRA (JOSÉ M.^a).—Del Libro del corazón (1874):
—De las Marinas (poesías de APELES MESTRES, traducidas del catalán), 328.—Poesías de Heine, 550.
- BARÓ (TEODORO).—El tío Alegría, 225.—¡Fuego! 395.—RECUERDOS DE ÁVILA: Santa Teres de Jesús, 481.
- BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON.—El padre, 548.
- BOIS (D.).—El crisantemo, 391.
- C. G.—*Sección científica*: El metal del porvenir, 294.
- C. J.—Los microbios del hielo, 373.
- COLCHERO (VIRGILIO).—El amanecer, poesía, 272.
- COLOMA (LUIS).—La resignación perfecta, 715.
- COROLEU (JOSÉ).—V. RALPH (JULIÁN).
- COUPIN (ENRIQUE).—*Sección científica*: Las lilas rosas, 235.—Tortugas marítimas, 267.—Nuevas fantasías vegetales, 337.—Los conejos de Australia, 359.
- DAMIDON (V.).—*Economía doméstica*: Lavado y planchado, 151.
- DAUDET (ALFONSO).—Casa para vender, 33.—El abanderado, 289.—La defensa de Tarascón, 426.—Una Nochebuena en el Marais, 801.
- FELIU Y CODINA (JOSÉ).—La Millonaria, novela original, 23, 51, 85, 119, 153, 181, 215, 281, 311, 345, 375, 409, 439, 503, 569, 601, 663, 699, 759, 787, 823 y 853.
- FOLEY (CARLOS).—Mis Bell, 470, 490, 534 y 552.
- FUENTE (ADOLFO DE LA).—Las alabanzas, poesía, traducida de la sección «El Gran siglo» de la *Comedia de la historia* de J. AUTRÁN, 8.
- GÓNGORA (LUIS DE).—Romance morisco, 460.
- GONZÁLEZ (MELITÓN).—En el instituto de Sobreda, 46.—Generales de redacción, 754.
- GRANDSELYE (PEDRO).—La flora de Tenerife, 590.
- HENDEBERT (LUCIANO).—Jaula sin pájaros, 780.
- HERBERT (GUILLERMO).—La Navidad del artista, 833.
- IGLESIAS DE LA CASA (JOSÉ).—La ausencia, poesía, 82.
- JIMÉNEZ GUERRA (A.).—El ciego dichoso, 818.
- JULIÁN.—Recreos instructivos, todos los números.
- KAHLENBERG (H. VON).—Descanso, 613.
- KLEIN (CLARA).—Dos escultores rivales, traducido del inglés, 10.
- LABADIE-LAORAVE (G.).—Los canarios, 212.
- LANGE (TEODORO HERMANN).—Un seguro sobre la vida, recuerdo de Rusia, 593.
- LENBACH (ERNESTO).—Coco de mar, historieta, 76, 113 y 145.
- LLOPIS Y BOFILL (M.).—El algarrobo, 197.
- MAURY (M. F.).—*Sección científica*: La radiación, 49.
- MÉLIDA (JOSÉ RAMÓN).—¿Duendes?, 513.
- MIER (E. DE) V. WAGNER (RICARDO).
- MONTES DEL VALLE (AGRIPINA).—Al Tequendama, poesía, 745.
- MUNTADAS (FEDERICO).—Lógica inflexible, 65.—;Siempre igual!, poesía, 211.—El que malas mañanas ha..., 269.
- NIERA DE MOSQUERA (ANTONIO).—Dos versos para otros dos, 843.
- NOÉ (JOSÉ).—*Sección científica*: Los venenos de la locura, en el último congreso de médicos alienistas, 752.
- OSSORIO Y BERNARD (M.).—Fortunato y Desiderio, 449.
- OSSORIO Y GALLARDO (CARLOS).—La fortuna, 5.—Pro patria, poesía, 842.
- PALACIO (EDUARDO DE).—Zapatos nuevos, 101.—Función de tarde, 177.—Los amigos del muerto, 257.—Magos de levita y de cazadora, 519.—Fórmulas, 545.
- PARDO BAZÁN (EMILIA).—Mujer, 577, 609, 641, 673, 705, 737, 769 y 804.
- PEIGNON (J.).—Cercas económicas, 517.
- PROELK (JUAN).—La apuesta, cuento, 134 y 166.
- QUEVEDO (FRANCISCO).—Romance, 75.
- RALPH (JULIÁN).—Nueva Orleans, traducido por J. COROLEU, 618, 659, 727, 773 y 846.
- RILGENMANN (M.).—*Sección científica*: El arado egipcio, 851.
- RUEDA (SALVADOR).—La bacanal, poesía, 15.—SEIS POESÍAS: La palmera.—Pesadilla.—Los pavos reales.—A un río.—Pensamientos.—Los ancianos, 111.—MI ÁLBUM: Los estruendos del Cantábrico, poesía, 243.—El trabajo perdido.—El aberrojo, poesías, 302.—SEIS POESÍAS: Madrigal.—A una niña.—Interrogaciones.—Con la cama al hombro.—El amanecer, poesías, 399.—MI ÁLBUM: La feria de Madrid, poesía, 531.—Episodio trágico, 587.—MI ÁLBUM: En una pandereta.—Á una fuente medicinal.—El Teatro real, poesías, 686.—MI ÁLBUM: Baile en la luz, poesía, 778.
- RUSSELL (W.).—El perfume de las orquídeas, 83.
- SCHACK (ADOLFO FEDERICO).—Poesía árabe, 366 y 431.
- SCHULTE (EDUARDO).—Cuando no se lleva dinero en el bolsillo..., 454.
- SELOAS (JOSÉ).—Misterios de una pasionaria, poesía, 44.—La inocencia, poesía, 645.
- SUÁREZ BRAVO (CEFERINO).—Á orillas del precipicio, 97, 129, 161, 193 y 238.—Epigramas, 616.—El realismo, soneto, 714.

ÍNDICE LITERARIO

- SUÁREZ DE FIGUEROA (CRISTÓBAL).— Los cabellos de oro, poesía, 172.
- TARTRE (M. DU).— Sor Verónica, 581.
- TERESA DE JESÚS (SANTA).— Glosa, 487.
- TOMÁS SALVANY (JUAN).— ¿Cara ó cruz?, cuento, 139.
- TRAJANO MERA (J.).— La noche de los muertos, balada de APELES MESTRES, traducida del catalán, 586.
- VALERA (JUAN).— Poesía arábica, 366 y 431.
- VAULABELLE (ALFREDO).— *Sección científica*: Los filtros de porcelana de amianto, 143.
- V. M.— El suicidio en Inglaterra, 820.
- VRCHLICHY (JAROSLAV).— La rosa, 362.
- VUILLIER (GASTÓN).— Viaje á las Baleares, traducida del francés por C. V. DE V., 17, 37, 70, 106, 173, 206, 260, 295, 339, 367, 402, 432, 462, 497, 527 y 564.
- WAGNER (RICARDO).— El oro del Rhin, traducido del alemán, por E. DE MIER, 626, 652, 688 y 720.
- X.— *Sección científica*: ¿Es la foca un animal doméstico?, 522.— Colas para pegar, 561.— Árboles gigantes de California, 785.
- ZAMORA Y CABALLERO (EDUARDO).— *Siluetas modernas*: Mariano Fernández, 199.— Manuel Fernández y González, 329.— Egullaz, 677.
- El Cid en San Pedro de Cardeña, romance antiguo, 138.
- La moda de París, 60, 188, 251, 316, 379, 634, 732, 795 y 861.
- Mesa revuelta, todos los números.
- Nuestros grabados, todos los números.

MÚSICA

- ARNAU (LUIS).— María, nocturno.
- BALERDI (VICTORIANO).— « Atoz onera » (Vén aquí), zortzico para piano.
- DOMENECH ESPAÑOL (M).— II.— Oriental.
- GAY (JUAN).— La canción del soldado.
- LEÓN YÁÑEZ (AUGUSTO DE).— Minuetto.
- LLADÓ (E.).— « Delusioni », romanza.
- MARTÍNEZ IMBERT (C.).— Juguete musical para piano.
- MORERA (E.).— « Lasciali dir », melodía.
- PEDRELL (FELIPE).— Romance popular del *Tratado de vi-huela* de MIGUEL FUENLLANA.
- SADURNÍ (C.).— HOJAS DE ÁLBUM: I. Serenata.
- TORT DANIEL (JACINTO E.).— « Le retour », melodía inspirada en la poesía de A. DE LAMARTINE del mismo nombre.



ÍNDICE ARTÍSTICO

	Pág.		Pág.
Á la caída de la tarde, cuadro de Modesto Urgell. . .	105	En la orilla, cuadro de Modesto Taxidor. . .	1
Alberto de Vriendt (retrato). . .	117	En primavera, cuadro de B. Von Maffei. . .	205
Alegoría de la ciudad de Brujas, pintura mural, por Alberto de Vriendt. . .	148	Entrada del Valle de las Tumbas, en Egipto. . .	577
Alejandro I, rey de Servia. . .	310	Epístola, por Ramón Escaler. . .	94 y 95
Alfonso Daudet. . .	293	Esto, cuadro de C. Vautier. . .	353
Beduino atravesando el desierto. . .	766	Flor de loto, composición de G. Marx. . .	713
Bisonte atacado por lobos, escultura de José Campeny. . .	165	Gritos de guerra, por Melitón González. . .	445
Bromitas de Juan, por N. Moral. . .	857	Hebreo. . .	859
Brujas lucha por su independencia, pintura mural, por Alberto de Vriendt. . .	141	Ir por lana y salir trasquilado, por Flik-Flok. . .	797
Cabeza de tigre, dibujo de Julián Bastinos. . .	425	La emperatriz María Teresa, cuadro de Guillermo Camphausen. . .	81
Calle de árboles gigantes en Río de Janeiro. . .	668	Lago hirviendo en la isla Dominica. . .	461
Capilla de la Natividad en la cripta de la basílica de Santa María, en Belén. . .	315	La iglesia de Santa María de Ripoll en la función del día 2 de Julio de 1893, dibujo de José Cabrinety. . .	177
Carlos Gounod. . .	589	La inundación, cuadro de Charodeau. . .	617
Caza de focas en la playa. . .	525	La leyenda de Azenor, acuarela por Apeles Mestres. . .	1
Cazadora con halcón, cuadro de L. Sorio. . .	685	La lista de la lotería, cuadro de Joaquín Tejada. . .	225
Ciudad de los Muertos al pie de la ciudadela del Cairo. . .	585	La Millonaria, novela, ilustraciones de J. Cabrinety, 23, 51, 85, 119, 153, 181, 215, 281, 311, 345, 375, 409, 439, 503, 569, 601, 663, 699 y 759	
Cogiendo rosas, cuadro de A. Aublet. . .	45	La Millonaria, novela, ilustraciones de M. Obiols Delgado. . .	787, 823 y 853
Consagración de la iglesia restaurada de Santa María de Ripoll, dibujo de Ramiro Lorenzale. . .	161	La niña enfermera, cuadro de F. Sonderland. . .	551
Cripta del monasterio de Capuchinos, en Palermo. . .	593	La Nochebuena del postillón, dibujo de Luis Beckmann. . .	817
CUENTOS PUEBLES: Astronomía, por Felipe Cámara y N. Moral. . .	221	La pastora, cuadro de Yeend King. . .	17
Dime qué sombrero llevas y te diré quién eres. . .	253	La peinadorcita, cuadro de Pablo Wagner. . .	69
Dios es caridad, cuadro de Juan Llimona. . .	65	La pequeña calcetera, cuadro de Adolfo Echter. . .	468
Distintas actitudes de Mr. Gladstone en la discusión del proyecto de Home Rule. . .	33	La primera capa, por Melitón González. . .	541
Dolce far niente, cuadro de Francisco Miralles. . .	641	La reina Natalia. . .	310
Don Puntual, por José Pando. . .	605	La tienda del anticuario, cuadro de F. Beda. . .	849
El acorazado Victoria, buque almirante de la escuadra inglesa del Mediterráneo. . .	129	La Virgen, el Niño Jesús y San Juan, cuadro de G. Bouguereau. . .	801
El almirante inglés, sir Jorge Tryon. . .	158	L' heréu escampa. — La pibilleta, bustos en tierra cocida, por Celestino Devesa. . .	361
El camino de la vida futura, acuarela de Carlos Gherts. . .	237	Los bancos anunciadores, por Flik-Flok. . .	669
El Camperdown, acorazado de la misma escuadra. . .	137	Los feudales d' are «Los feudales del día», cuadro de Ernesto Soler de las Casas. . .	833
El contraalmirante Avellan. . .	568	Los fugitivos, cuadro de León Glaize. . .	489
El doctor don Juan Bautista Grau y Vallespinós, obispo de Astorga, retrato por J. Diéguez. . .	532	Los regidores de Brujas en el taller de Juan van Eick, pintura mural, por Alberto de Vriendt. . .	104
El duque Desiderio de Alsacia deposita la reliquia de la Sangre de Jesucristo en la iglesia de San Basilio, pintura mural, por Alberto de Vriendt. . .	97	Luis de Eguílaz, retrato por J. Diéguez. . .	677
El Frontón Barcelonés, dibujo de M. Obiols Delgado. . .	609	Manuel Fernández y González, retrato por J. Diéguez. . .	329
El general de Miribel. . .	625	Mariano Fernández, retrato por J. Diéguez. . .	199
El monaguillo, cuadro de Arcadio Mas y Fondevila. . .	438	MARRUSCOS: Soldado marroquí. . .	647
El niño mimado, cuadro de Antonio Rotta. . .	321	Tipos marroqueses. . .	648
El pelotari Ángel Pastor. . .	574	Tánger. . .	649
El poeta flamenco Jacobo von Maerland, pintura mural, por Alberto Vriendt. . .	140	Moro con traje de gala. . .	694
El príncipe Fernando de Bulgaria y su esposa la princesa María Luisa de Borbón Parma. . .	36	Hebreas. . .	695
El rey Milano I. . .	310	El santón. . .	696
El sacamuelas, grupo escultórico de José Campeny. . .	437	Tendero árabe. — Cambista judío. . .	710
El trovador, por Baldomío. . .	381	Racma, criada negra. — Castigo de un ladrón. . .	711
En el «boudoir», cuadro de Román Ribera. . .	257	Mujer árabe. . .	712
En el «foyer», cuadro de Román Ribera. . .	273	Riffeños berberiscos. . .	742
		Rogativas para la lluvia. . .	743
		La alcabala. . .	744
		La playa, cerca del cabo Malabat. . .	810

INDICE ARTISTICO

	Pág.		Pág.
El moro Mahomet.	812	Un kabila.	726
El té en casa de Mahomet.	813	Un mártir de la fotografía instantánea, por Cuchy.	828
Concierto en casa de Mahomet.	839	Un pescador pescado, por Baldomé.	637
Miseria y caridad, cuadro de Tomás Moragas.	417	Un punto escapado, cuadro de G. Jacobides.	369
Momento decisivo, cuadro de R. Wehle.	833	Un tribunal en Marruecos, cuadro de Tomás Moragas.	673
Monólogo dramático, por Renato Bull.	509	Verdadero retrato de la Santa Madre Teresa de Jesús, por Fr. Juan de la Miseria.	487
Mujer kabila.	785	VIAJE A LAS BALEARES.— Vista de Palma.	17
Navidad, dibujo de Apeles Mestres.	809	Los maceros del Ayuntamiento.	20
NUOVA ORLEANS: La calle del Canal.	620	Dama palmesana.	21
Tipos criollos.	621	Ayuntamiento ó Casa Consistorial.	37
Patio de una casa antigua del barrio francés.	622	Un tamborero.	38
El antiguo barrio francés.	659	Visita al cadáver del rey don Jaime.	40
Casas de campo de Claiborne, en los pinares próximos á Nueva Orleáns.	660	Puerta del Mar.	42
Un balcón del antiguo barrio francés.	660	La Catedral y el Palacio Real.	71
El Club de Regatas de Nueva Orleáns.	661	Puerta de la iglesia de Monte Sión.	71
Leyendo un anuncio mortuario.—La antigua iglesia de San Roque.	728	Puerta de San Francisco.	72
El camino de las Conchas.— Un fragmento de arquitectura antigua en el barrio francés.	729	Sepulcro de Ramón Lull.	73
En el antiguo teatro de la Opera francesa.	773	Claustro de San Francisco.	73
Tranvía urbano en Nueva Orleáns.— Calle del antiguo barrio francés, vista desde el Hotel Real.	774	La Lonja.	74
Policemen de Nueva Orleáns.— Un billettero de Nueva Orleáns.—Un carro de panadero.	775	Interior de la Lonja.	107
Tipos del Dago.	776	Patio Sollerich.	173
Dagos y sus botes.	846	El castillo de Bellver y el Terreno.	174
El viejo y el nuevo Sud.— A lo largo del muelle.	847	Escalera de Ruxa.	175
Una reliquia del viejo Sud.	848	Baños árabes.	206
Esquina del palacio del Banco.	849	Patio de casa Olesa.	207
Palacio real de Belgrado.	300	Cartuja de Valldemosa.	260
Procesión de Santa Teresa de Jesús en la ciudad de Ávila.	481	Los olivos monstruos.	261
Recuento de caja, cuadro de Fernando Keller.	777	Entrada de Miramar.	263
Renovación del privilegio de comercio á las ciudades anseáticas, pintura mural, por Alberto de Vriendt.	147	El ermitaño de Miramar.	263
Rogativas en San Andrés de Llevaneras, cuadro de José Masriera.	753	La costa del Norte.	264
Rosina, cuadro de E. von Blaas.	449	El camino del mar.	295
Ruinas del Rameseum, en Egipto.	580	La pequeña ensenada de La Estaca.	297
Salida á misa, cuadro de Ramiro Lorenzale.	9	La Foradada.	299
San Francisco de Asís, imagen escultórica de Agustín Potellas.	407	Una labradora de Miramar.	299
Sepulcro del infante don Juan, hijo de los Reyes Católicos, en el convento de Santo Tomás en Ávila.	497	El torrente de Pollensa.	339
SS. AA. RR. la princesa Victoria May de Teck, y Jorge, duque de York.	234	Torrente de Soller.	341
Tarde aprovechada.	350	Campesinos.	341
Tuaregs meditando un asalto.	784	Joven con rebocillo.	367
Ulema.	840	Calle de Pollensa.	369
Una barbería en Túnez, cuadro del profesor C. Haberlin.	705	Puente romano en Pollensa.	370
Una caravana de esclavos en el desierto, cuadro de Benjamin Constant.	737	En el campo santo de Pollensa.	370
Una escuela en Túnez, dibujo original de E. Berninger.	747	Cascada sobre el camino.	371
Un alcalde de aldea en el día de la función, dibujo de N. Moral.	731	Castillo dels Reys.	402
Una nube de verano, por Apeles Mestres.	477	Cascada de la <i>cala de Molins</i>	404
Una sentencia en el Oriente, cuadro de Chlebowsky.	769	Una jota mallorquina.	432
Una vista de Melilla.	841	Regreso de la fuente.	433
Un bebedor, cuadro de Román Ribera.	280	Salida del templo.	433
Un capítulo de la orden del Toisón de Oro, pintura mural por Alberto de Vriendt.	113	Santuario de Nuestra Señora del Lluch.	434
Un inteligente, cuadro de N. Nani.	401	¡Adiós, Pirata!	435
		El Predio son Moro.	462
		Entrada en las grutas del Drach: el vestibulo.	464
		El lago Negro.	465
		La Palmera.	467
		El Dosel de la Virgen del Pilar.	499
		El Teatro.	500
		Cueva del Descanso de los Extraviados.	501
		Lago de las Delicias.	502
		Las Arañas.	527
		Bajada del Purgatorio.	528
		Entrada de las grutas de Artá.	530
		Abertura que pone en comunicación las cuevas llamadas del Drach con el mar.	564
		Sala de las Columnas.	566
		Vista de Montserrat.	301
		Vista general de Río de Janeiro.	657

INDICE ARTÍSTICO

	Pág.		Pág.
El moro Mahomet.	812	Un kabila.	726
El té en casa de Mahomet.	813	Un mártir de la fotografía instantánea, por Cuchy.	828
Concierto en casa de Mahomet.	839	Un pescador pescado, por Baldomé.	637
Miseria y caridad, cuadro de Tomás Moragas.	417	Un punto escapado, cuadro de G. Jacobides.	369
Momento decisivo, cuadro de R. Wehle.	833	Un tribunal en Marruecos, cuadro de Tomás Moragas.	673
Monólogo dramático, por Renato Bull.	500	Verdadero retrato de la Santa Madre Teresa de Jesús, por Fr. Juan de la Misericordia.	487
Mujer kabila.	785	VIAJE A LAS BALEARES.— Vista de Palma.	17
Navidad, dibujo de Apeles Mestres.	809	Los maceros del Ayuntamiento.	20
NUEVA ORLEANS: La calle del Canal.	620	Dama palmesana.	21
Tipos criollos.	621	Ayuntamiento ó Casa Consistorial.	37
Patio de una casa antigua del barrio francés.	622	Un tamborero.	38
El antiguo barrio francés.	659	Visita al cadáver del rey don Jaime.	40
Casas de campo de Claiborne, en los pinares próximos á Nueva Orleans.	660	Puerta del Mar.	42
Un balcón del antiguo barrio francés.	660	La Catedral y el Palacio Real.	71
El Club de Regatas de Nueva Orleans.	661	Puerta de la iglesia de Monte Sión.	71
Leyendo un anuncio mortuario.— La antigua iglesia de San Roque.	728	Puerta de San Francisco.	72
El camino de las Conchas.— Un fragmento de arquitectura antigua en el barrio francés.	729	Sepulcro de Ramón Lull.	73
En el antiguo teatro de la Opera francesa.	773	Claustro de San Francisco.	73
Tranvía urbano en Nueva Orleans.— Calle del antiguo barrio francés, vista desde el Hotel Real.	774	La Lonja.	74
Policemen de Nueva Orleans.— Un billeteo de Nueva Orleans.— Un carro de panadero.	775	Interior de la Lonja.	107
Tipos del Dago.	776	Patio Sollerich.	173
Dagos y sus botes.	846	El castillo de Bellver y el Terreno.	174
El viejo y el nuevo Sud.— A lo largo del muelle.	847	Escalera de Raxa.	175
Una reliquia del viejo Sud.	848	Baños árabes.	206
Esquina del palacio del Banco.	849	Patio de casa Olesa.	207
Palacio real de Belgrado.	309	Cartuja de Valldemosa.	260
Procesión de Santa Teresa de Jesús en la ciudad de Ávila.	481	Los olivos monstruos.	261
Recuento de caja, cuadro de Fernando Keller.	777	Entrada de Miramar.	263
Renovación del privilegio de comercio á las ciudades anseáticas, pintura mural, por Alberto de Vriendt.	147	El ermitaño de Miramar.	263
Rogativas en San Andrés de Llevaneras, cuadro de José Masriera.	753	La costa del Norte.	264
Rosina, cuadro de E. von Blaas.	449	El camino del mar.	295
Ruinas del Ramesseum, en Egipto.	580	La pequeña ensenada de La Estaca.	297
Salida á misa, cuadro de Ramiro Lorenzale.	9	La Foradada.	299
San Francisco de Asís, imagen escultórica de Agustín Potellas.	407	Una labradora de Miramar.	299
Sepulcro del infante don Juan, hijo de los Reyes Católicos, en el convento de Santo Tomás en Ávila.	497	El torrente de Pollensa.	339
SS. AA. RR. la princesa Victoria May de Teck, y Jorge, duque de York.	234	Torrente de Soller.	341
Tarde aprovechada.	350	Campeños.	341
Tuaregs meditando un asalto.	784	Joven con rebocillo.	367
Ulema.	840	Calle de Pollensa.	369
Una barbería en Túnez, cuadro del profesor C. Habberlin.	705	Puente romano en Pollensa.	370
Una caravana de esclavos en el desierto, cuadro de Benjamín Constant.	737	En el campo santo de Pollensa.	370
Una escuela en Túnez, dibujo original de E. Bernin-ger.	747	Cascada sobre el camino.	371
Un alcalde de aldea en el día de la función, dibujo de N. Moral.	731	Castillo dels Reys.	402
Una nube de verano, por Apeles Mestres.	477	Cascada de la <i>cala de Molins</i>	404
Una sentencia en el Oriente, cuadro de Chlebowsky.	769	Una jota mallorquina.	432
Una vista de Melilla.	841	Regreso de la fuente.	433
Un bebedor, cuadro de Román Ribera.	280	Salida del templo.	433
Un capítulo de la orden del Toison de Oro, pintura mural por Alberto de Vriendt.	113	Santuario de Nuestra Señora del Lluch.	434
Un inteligente, cuadro de N. Nani.	401	¡Adiós, Pirata!	435
		El Predio son Moro.	462
		Entrada en las grutas del Drach: el vestíbulo.	464
		El lago Negro.	465
		La Palmera.	467
		El Dosel de la Virgen del Pilar.	499
		El Teatro.	500
		Cueva del Descanso de los Extraviados.	501
		Lago de las Delicias.	502
		Las Arañas.	527
		Bajada del Purgatorio.	528
		Entrada de las grutas de Artá.	530
		Abertura que pone en comunicación las cuevas llamadas del <i>Drach</i> con el mar.	564
		Sala de las Columnas.	565
		Vista de Montserrat.	301
		Vista general de Rio de Janeiro.	657